



UNAMUNO
OBRAS COMPLETAS



UNAMUNO
OBRAS COMPLETAS



MIGUEL DE UNAMUNO

OBRAS COMPLETAS

Tomo V

DE ESTO Y DE AQUELLO



AFRODISIO AGUADO, S. A.
EDITORES-LIBREROS

TODOS LOS TEXTOS INCLUÍDOS EN ESTE VOLUMEN, TITULADO "DE ESTO Y DE AQUELLO", SE PUBLICAN EN SEGUNDA EDICIÓN Y FORMAN EL TOMO V DE LA NUEVA COLECCIÓN DE "OBRAS COMPLETAS DE DON MIGUEL DE UNAMUNO", DIRIGIDA POR DON MANUEL GARCÍA BLANCO, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA. TANTO ÉSTE, COMO EL EDITOR Y LOS HEREDEROS DE UNAMUNO, GARANTIZAN LA INTEGRIDAD DE LOS QUE AQUÍ SE REPRODUCEN.

PRÓLOGO, EDICIÓN Y NOTAS DE
MANUEL GARCÍA BLANCO

DEPÓSITO LEGAL: M. 298 — 1958.

Impreso en España — Printed in Spain

EDITA
VERGARA, S. A., DE BARCELONA
POR CONCESIÓN ESPECIAL DE AFRODISIO AGUADO, S. A.

P R O L O G O



> *"Lo que yo escribo es, después que lo he escrito, de quien quiera aprovecharse de ello, y si acierta a valorarlo mejor que yo, es más suyo que mío."*
>
> *"Pero... ¿no he dicho estas mismas cosas otras veces? ¿No me estoy repitiendo? Estoy, viviendo, y mi vida es escribir, como la tuya lector, es ahora leerme. Y el eco que te llegue de pasadas cosas mías te dará otra nota que la que ahora oyes."*

Así se expresaba Unamuno, en 1916 y en 1923, en dos escritos albergados en este volumen, cuyo título requiere una aclaración por nuestra parte. Con una clara e intencionada resonancia unamuniana lo elegimos, hace ya varios años, para ponerlo al frente de una edición de sus escritos no recogidos antes en sus libros. Dicha edición fué planeada en seis volúmenes para la Editorial Sudamericana, de Buenos Aires, de acuerdo con un plan que entonces fué trazado. De ellos sólo vieron la luz cuatro, en los años 1950 a 1954. Los dos primeros, ya para entonces aparecidos en Buenos Aires, fueron incorporados, como tomo V, a la anterior edición de Obras Completas, *y el tercero y el cuarto, reagrupados sus textos con otro criterio, los reencontrará el lector en otros tomos de esta nueva edición. Parte de los materiales del quinto volumen de la edición argentina, que iba a estar todo él dedicado a los escritos de don Miguel de tema americano, los referentes a la lengua española en aquel continente, figuran ya en el tomo VI de estas*

Obras Completas, *titulado "La raza y la lengua", y los de tema literario, con numerosas reseñas de libros de escritores hispanoamericanos, verán la luz en el tomo VIII de aquéllas. En cuanto al sexto y último de los volúmenes antaño proyectados, algunos de sus textos pasaron al libro* En el destierro, *Madrid, Editorial Pegaso, 1957, y otra numerosa parte de ellos están reunidos en los dos tomitos que bajo el título de* Mi vida y otros recuerdos personales *ha incluído la Editorial Losada, de Buenos Aires, en su* "Colección Contemporánea", *1959. Huelga advertir que todos estos escritos de carácter autobiográfico estarán a disposición del lector en el tomo X de esta nueva edición, conforme se ha hecho público. Con numerosas adiciones.*

Aclarada ya —así lo creemos— esta pequeña cuestión bibliográfica, pasemos a puntualizar algunas observaciones sobre tan vario y disperso contenido. Su agrupación, era lo aconsejable, se ha hecho por temas, respetando dentro de cada uno de ellos la ordenación cronológica, el que don Miguel llamaba orden genético. Los escritos y ensayos así agrupados vieron la luz en diversas publicaciones periódicas españolas y americanas, detalle que hemos procurado precisar siempre que ello nos fué posible, y a diferencia de otros, brotados de la misma pluma, no alcanzaron la perennidad del libro. Y adviértase que son varios los libros unamunescos que, antes de serlo, conocieron la misma forma dispersa que el propio autor redujo a volumen. Así nacieron desde En torno al casticismo *(1902), hasta* Andanzas y visiones españolas *(1922). Si después de esta fecha no reincidió en tal sistema, por ciertos apuntes autógrafos que entre sus papeles se guardan, hemos sabido de otros proyectos semejantes que un tiempo abrigó. Uno de ellos nos ha guiado, en cuanto a la elección de criterio, para esta labor cumplida. "Agrupar los artículos en espe-*

cies —se lee en él—. Los de soledad, los de gráfica, los de alusiones al rey". Y más adelante: "Cómo hago estos artículos: como poemas, la primera línea tira de las demás", de lo cual hay numerosos ejemplos en este volumen.

La técnica de la dispersión, el cultivo de lo que él mismo llamó "escritos volanderos" pudo tener sus riesgos, y don Miguel los señaló un día en estos términos:

> *"Y así, en vez de recogerse uno a meditar sus propias concepciones y las ideas que aprenda de otros, y organizarlas y tramar una obra orgánica y completa, se apresura a echar fuera lo que se le vaya ocurriendo. Y hasta los libros suelen hacer el efecto de ser colecciones de artículos".*

Por eso, sin duda, muchos años más tarde, acuciado aún por el dramático conflicto entre lo actual y lo eterno, escribe estas palabras:

> *"Cabe escribir periódicamente, en periodista —analista o diarista, según el periódico—, para siempre, como dijo Tucídides que escribía su* Historia de la guerra del Peloponeso. *¡Para siempre!"*

Y como rechazando una presumible objeción íntima, volvió a decir dos años antes de su muerte:

> *"Este ejercicio, a mi modo, del periodismo —ensayismo periódico— podrá haberme desviado de otra actividad, pero ¡me ha emancipado de tantas cosas!... ¡Vaivenes y altibajos de menester tan menesteroso! ¡Libertan tanto ciertas servidumbres!"*

Con estos materiales de su ensayismo periódico se han formado este y otros volúmenes de sus Obras

Completas, *salvándolos de un olvido seguro y por estimar que tienen perfecto derecho a ser incorporados a su producción más conocida. Habrá, es inevitable dado su número, insistencias, reiteraciones, a las que se nos antoja considerar como fruto de espontaneidad más que como secuela del "menesteroso menester" a que él mismo se refirió. Para los que así lo consideren va dedicado, exhumado también, el segundo de los pasajes unamunianos que va al frente de estas líneas, al que nos gustaría poner por contera esta confesión suya:*

> *"lo que se hace de un respiro, de una respiración, es lo verdaderamente inspirado; lo cotidiano es lo secular, lo del momento es lo eterno, cuando se halla la forma y se la recibe",*

y don Miguel la consiguió casi siempre.

LECTURAS ESPAÑOLAS CLÁSICAS.

Así hemos titulado el primero de los apartados que sigue al de "España y los españoles", cuya primera mitad forma parte del volumen anterior. Dos observaciones previas: No menos de cuatro de los escritos ahora incorporados a él, no figuran en ediciones anteriores; y dos de los que en éstas figuraban, han pasado a otros apartados, como el titulado "Examen de conciencia", que se une a "Inquietudes y meditaciones", en el tomo IX, y "Vicios propios de los españoles", que cambia de lugar en éste. La otra observación aspira a aclarar el sentido que aquí hemos dado al término "clásicas", que no es el tradicional, sino en función de lo que no es rigurosamente coetáneo del autor. Ello nos ha permitido incorporar

una serie de escritos que van desde Lucano, español al cabo, a Zorrilla, muerto en 1893.

El titulado "Sobre Góngora", en realidad una carta abierta, dirigida, creo, a Juan Ramón Jiménez, vió la luz en la revista madrileña Helios, y en sus páginas estaba olvidada. No es, acaso, muy original, pero nos parece muy revelador este antigongorismo de 1903, no muy diferente al común de la época. Recuérdese que el aprecio y admiración por el poeta cordobés es muy posterior a esa fecha, y en cuanto al propio Unamuno quisiera recordar dos ademanes suyos. Uno está contenido en la "Presentación" de su libro de versos Teresa, aparecido en 1924, donde juzga de frívolo a Góngora comentando una famosa letrilla suya. El otro se nos revela en el prólogo que redactó cuatro años más tarde para una posible edición de las primicias de su Cancionero, en el que se refiere al cordobés como entusiasta de la música de las palabras, o le recuerda, trasladándolo a su propia circunstancia personal de desterrado, en uno de sus versos más expresivos: "del Pirineo en la ceniza verde". Y es que Unamuno debió de releerle, y bajo otra luz, con motivo del centenario de 1927, aunque fué bien escaso su entusiasmo por éste.

Libros y autores españoles contemporáneos.

He aquí otro epígrafe cuyo contenido continúa y completa el del anterior. Su nómina no es completa, pero nos resulta reveladora. En cuanto a lecturas y, claro es, a las amistades que aquéllas nos descubren. Renunciamos a trazar aquella cuya diversidad apreciará el lector por sí mismo, y tan sólo nos permitimos señalar dos modificaciones. El desplazamiento de la amplia reseña que don Miguel dedicó a la novela La Quimera, de su amiga Emilia Pardo Bazán,

al tomo XIV de esta edición, y el haber incorporado otra reseña olvidada en una revista de la época: la del libro Del campo y de la ciudad, *del escritor salmantino Luis Maldonado, amigo y compañero de Unamuno en la Universidad de Salamanca, de la que como él fué también rector, teniéndole, por cierto, como vicerrector durante su mandato.*

Y uno de los escritos antaño incorporados a esta sección, "Trasgos y botones", ha pasado a la de "Ensayos erráticos", que por su tema, y sobre todo por su tono, era la que le correspondía.

De literatura vasca.

No se ha acrecido este epígrafe respecto a las ediciones anteriores, aunque seguimos estimándole como un grupo reducido, pero lleno de interés. En él están presentes varios amigos y paisanos de Unamuno, cuyos libros examina, y completan la galería que se prolonga en el libro Sensaciones de Bilbao, *que por ser más de recuerdos personales, hemos reservado para el tomo X de estas* Obras Completas.

Y aunque en el tomo VI figuran numerosísimos escritos unamunianos sobre el vascuence, animados también por la silueta de otros amigos suyos del País Vasco, fueron incorporados a aquél con un criterio preferentemente lingüístico, reservando para éste los de un carácter literario más definido.

Ya percibirá el lector un par de temas que reiteradamente irrumpen en estas páginas. Uno de ellos es la frase de Menéndez Pelayo sobre "la honrada poesía vascongada", que tanto preocupó a don Miguel siempre y contra la que reaccionaba en cuanto le era posible. El otro, la insistencia con que cita los pasajes que Tirso de Molina dedicó en su obra dramática La prudencia en la mujer *a la región vasca.*

Lo que Unamuno se complace en analizar en su escrito "Alma vasca", que es su colaboración a un proyecto llevado a cabo en los primeros años de este siglo por la revista madrileña Alma española, *según el cual varios escritores de entonces fueron exponiendo lo que sobre sus tierras nativas sentían. Colaboraron en la empresa, entre otros, Pereda, que escribió sobre el alma montañesa; Blasco Ibáñez, sobre la valenciana; la Pardo Bazán sobre la gallega; Maragall, sobre la catalana; Santos Oliver, de la de Mallorca; José Nogales, de la andaluza; Antonio Royc Villanova, de la aragonesa, etc.*

SOBRE LA LITERATURA CATALANA.

Un escrito deja de concurrir ahora a la cita. El titulado "Política y cultura", indebidamente incluído en anteriores ediciones, puesto que ya su autor lo había incorporado al libro Mi religión y otros ensayos.

Lo remoto de estas colaboraciones —1898— pregonan el temprano interés de Unamuno por los escritores catalanes en ellas representados: Guanyabens, Narciso Oller, Rusiñol, Eugenio d'Ors y, sobre todo, Juan Maragall, por quien sintió una auténtica devoción.

Las apreciaciones sobre las letras de Cataluña van ligadas al problema de la lengua, que don Miguel aspira a resumir en expresiones como ésta: "Para la lengua no hay metrópoli ni madre patria; es por igual para todos los que la hablan". Léanse a este respecto los escritos en que polemiza con Luis de Zulueta, y en especial el titulado "Sobre el imperialismo catalán, que data de 1911, en el que puede leerse lo que sigue:

> *"Que se haga imperialista el catalanismo, ojalá. Cuanto antes, mejor. Que traten los catala-*

nes de imponernos su ideal de vida civil, pero en castellano, en lengua hispanoamericana"; y más adelante: "Esfuércense por catalanizar a España y a Cataluña misma los catalanes, pero en la lengua que escribieron —y la escribieron muy bien— Boscán, Capmany, Pi y Margall, Milá y Fontanals, Piferrer... en la lengua en que escribe Zulueta"; para terminar con este consejo: "¿Quieren los catalanes dar su espíritu, difundirlo? Viértanlo en castellano".

QUIJOTISMO Y CERVANTISMO.

He aquí el tema que mayor número de novedades ofrece en esta edición. No menos de seis escritos se incorporan a él por vez primera, y uno sólo, "San Quijote de la Mancha", queda relegado al tomo XIV, como ya se anunció en el prospecto de la nueva edición.

El tema es una de las constantes unamunianas: su original y apasionada exégesis del Quijote, *de la que los lectores recordarán su temprano ensayo iconológico "El Caballero de la Triste Figura", que remonta a 1896, y, sobre todo, su libro la* Vida de Don Quijote y Sancho, *coetáneo del que tituló, y pensó ponerlo al frente de éste "Sobre la lectura e interpretación del* Quijote*". También en otra de sus obras, anticipada en colaboraciones en la prensa,* Soliloquios y conversaciones, *asoció la figura del héroe manchego a la de Simón Bolívar.*

Pese a estas circunstancias apuntadas, aún nos ha sido posible agavillar casi una veintena de ensayos, cuyo tema central es el que da título a este apartado, dados a conocer entre 1895 y 1932. Si ellos pregonan la afortunada y provechosa entrega del autor a la que es considerada como suma representación de

lo hispánico en el mundo del espíritu, tal densidad permite suponer que hubo un tiempo en que albergase el propósito de reunirlos en volumen. Ello debió ser hacia 1916, ya que en una carta de ese año a su amigo y paisano Jiménez Ilundain le dice esto que sigue:

> "*Libro nuevo por ahora no preparo. Acaso haga uno sobre el quijotismo*". (Carta de 20-III-1916) (1).

El proyecto no debió ser abandonado, y unos diez años más tarde, en plena aventura quijotesca de Hendaya, tras su prólogo de Fuerteventura, parece ser que iba tomando cuerpo, ya que entre sus papeles se conserva el esquema de un llamado Manual de quijotismo, *cuya decena de capítulos llevaba estos epígrafes:*

I. *¡Yo sé quién soy!*
II. *La realidad ideal. Locura de Don Quijote.*
III. *Personaje. Historia. Teatro.*
IV. *Virginidad paternal de Don Quijote.*
V. *Don Quijote y Hamlet.*
VI. *Don Quijote y Don Juan.*
VII. *Don Quijote y Segismundo.*
VIII. *La ética y la política quijotescas.*
IX. *Don Quijote y Robinson.*
X. *Escatología.*

Si los lectores tienen a la vista este plan descubrirán no pocas resonancias de él en los escritos que aquí se le brindan reunidos. A él hubiesen ido a parar sin duda tantas y tantas anotaciones que su mano trazó después de haber compuesto y publicado su capital libro quijotista de 1905, más la propia experien-

---

[1] En el libro de Hernán Benítez, *El drama religioso de Unamuno*, Buenos Aires, 1949.

cia personal recogida en sus años de extrañamiento de España, completando la silueta quijotesca que ya entrevió Rubén Darío, y que los críticos extranjeros de su obra tanto airearon con ocasión de aquél.

Finalmente, y no creemos que sea ésta la menos importante de las adiciones a que más arriba nos hemos referido, se dan aquí reunidos tres escritos unamunianos de 1898 que levantaron no poco revuelo. Sobre todo el primero de ellos, el que lleva por título nada menos que el de "¡Muera Don Quijote!". Por ello nos parece conveniente evocar aquellas circunstancias.

Fué Rubén Darío quien, en una de sus correspondencias al diario La Nación, *de Buenos Aires, aparecida el 2 de febrero de 1899, y enviada desde París, escribió esto que sigue:*

> *"Creo que el fuerte vasco Unamuno, a raíz de la catástrofe, gritó en un periódico de Madrid de modo que fué bien escuchado su grito: "¡Muera Don Quijote!" Es un concepto a mi entender injusto. Don Quijote no puede ni debe morir; en sus avatares cambia de aspecto, pero es el que trae la sal de la gloria, el oro del ideal, el alma del mundo. Un tiempo se llamó el Cid, y aun muerto ganó batallas. Otro, Cristóbal Colón, y su Dulcinea fué la América."*

Pero de todos los comentarios que el escrito de Unamuno suscitó fueron los más inmediatos a su grito los que, al parecer, merecieron su atención. Se trata de dos crónicas suscritas por Federico Urales, aparecidas en El Progreso, *de Madrid, a las que el propio autor replicó en sendas cartas dirigidas a aquél, las cuales vieron la luz en las mismas columnas, los días primero y seis de julio de 1898. La primera lleva por título "¡Viva Alonso el Bueno!", en la que don Miguel se duele de que no hayan com-*

prendido su propósito, y la segunda "Más sobre Don Quijote", en que se refiere a la traducción al catalán de su escrito antiquijotesco, y a un artículo de Aladern, muy anterior al suyo, ya que se remonta a 1889, en el que su autor se refiere a la agonía de Don Quijote.

Todo esto, y ya que los textos están ahora a disposición del lector, ha de ser considerado en estrecha relación, y como antecedente necesario, con los párrafos que a este asunto dedicó en su Vida de Don Quijote y Sancho, *capítulo LXIV de la segunda parte, publicada en 1905, en los que pide sincero perdón al héroe cervantino de aquel grito de guerra que contra él lanzara en 1898.*

> *"Yo lancé contra ti —escribe—, mi señor Don Quijote, aquel muera. Perdónamelo; perdónamelo porque lo lancé lleno de sana y buena, aunque equivocada, intención, y por amor a ti; pero los espíritus menguados, a los que su mengua les pervierte las entendederas, me lo tomaron al revés de como yo lo tomaba, y queriendo servirte te ofendí acaso."*

Lo lejano del incidente que este grito motivó le presta una categoría ya histórica, y la profesión de quijotismo unamuniana ha sido tan auténtica que ni aun los que más se revolvieron contra su grito han podido discutir la entereza de su credo. Léase, por ejemplo, el ensayo titulado "La bienaventuranza de Don Quijote", fechado en 1922.

La vida literaria.

Están situados los escritos reunidos bajo este epígrafe entre 1900 y 1923, fecha esta segunda en que otras preocupaciones y nuevos escenarios de su vida

le alejan del medio literario en el que comenzaba a abrirse camino en torno a 1900, y al que siempre observó desde su fecundo retiro de Salamanca.

Responden todos ellos a su íntimo ademán ante el oficio de literato y su modo de cumplirlo, del que ya hay huellas patentes en otros ensayos recogidos en sus libros. Recuérdese, por vía de ejemplo, el titulado "Viejos y jóvenes".

A pesar de ello creemos de interés los testimonios que ahora se congregan, en especial los más tempranos en fecha, ya que en ellos descubrimos un tono combativo muy propio del escritor que empieza al darse a conocer, o viéndolos también como reflejo de un impulso generacional para cuya filiación se ofrecen ahora y aquí estos materiales. Tal vez sorprenda a algunos su aversión al modernismo, pero una recta comprensión de esta actitud sólo será posible colocándonos en el momento en que aquélla se produce, y a la luz, añadimos, de las primeras poesías unamunianas. Por lo demás, bien claras y terminantes son las lecciones que don Miguel pretende dar, guiado por su formidable espíritu intuitivo.

Señalemos que hay varias novedades en esta edición.

ENSAYOS ERRÁTICOS.

Es el epígrafe más numeroso de este volumen. Pues aunque se le ha aliviado del que lleva por título "La firma", que ya figura en el tomo VI, por cuya razón se suprime, queda compensada esta baja con la incorporación de otros tantos ensayos olvidados. Tales los que llevan por título "La boina", "¡Cro, cro, cro!", "Amenas divagaciones sobre neurastenia", "Más arabescos", "Hacerse el zueco" y "Las verdades del barquero", muy a tono con esta modalidad, cuya traza requiere algunas aclaraciones.

En primer lugar conviene que declaremos que la denominación de "Ensayos erráticos o a lo que salga" no la hemos inventado. Es del propio Unamuno, quien en uno de los así llamados, escrito en junio de 1922 y titulado "Pintamonas y pantalones", escribe estas palabras:

> *"Un breve ensayo errático, de esos que empieza uno a lo que salga... y que suelen ser los que más firme intimidad guardan bajo su aparente incoherencia".*

Esta constituiría su genética. Pero ¿cuál su técnica, el modo de hacerlos? Recordemos lo que él mismo escribía en 1914:

> *"Estos mis ensayos no brillan por su orden lógico, y veces hay en que al empezar uno de ellos no sé cómo lo he de seguir y mucho menos cómo lo he de acabar. Su ordenación es como la de las odas pindáricas; dejo que corra mi pluma, llevada por el oleaje de la espontánea asociación estética de las ideas"* (1).

Con estos matices esenciales, más el de representar tales escritos momentos muy señalados en la vida de quien los redactó, extremo al que luego hemos de referirnos, no resultó muy ardua la empresa de agruparlos.

Porque se da, además, la circunstancia de que este tipo de ensayos menudea en los años comprendidos entre 1920 y 1923, es decir, en la etapa inmediatamente anterior a su destierro, en plena campaña de ataques a la monarquía, cuando la virulencia de alguno de sus artículos políticos le ha acarreado denuncias y procesos. Y como tiene necesidad de seguir

---

[1] "Disociación de ideas", correspondencia publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, 6-X-1914.

escribiendo, de comunicarse con sus lectores, elige una serie de temas, al parecer intrascendentes, que le sirven, casi siempre, de cañamazo sobre el que va tejiendo sus disquisiciones.

No sólo ingeniosidades, como las que pudieran suponerse en algunos de estos jugueteos, sino páginas, en ocasiones de honda ternura o de tan marcado tono autobiográfico —léanse los titulados "La cama" o "La escalera de vecindad" o "La soledad de la niñez"—, que deberán ser tenidas en cuenta por sus biógrafos futuros.

> *"Dejé aquí hace unos días suspendidas estas líneas —escribe en el último de los citados—, y al querer reanudarlas hoy, 18 de abril, después de quince o veinte días en que, lejos de mi soledad he corrido una brava tormenta, me encuentro con que no encuentro ya la vena de mi inquietud pueril. Las olas del mundo engañoso, enamorado de las apariencias, me han sacudido. Pero yo vuelvo a mis abismos."*

Y téngase en cuenta que no pocas de estas páginas se incorporarán con toda justicia a su autobiografía y recuerdos personales, en el tomo X de estas Obras Completas.

El último de este apartado, que lleva por título "El Zaragozano", está redactado el 11 de febrero de 1924. Pocos días más tarde era llevado su autor confinado a la isla atlántica de Fuerteventura, en el archipiélago de las Canarias. Tal vez por eso no pudieron leerlo sus habituales lectores argentinos hasta entrado el mes de julio de aquel año. Hasta tal punto alienta el matiz biográfico en no pocos de estos ensayos.

La mayor parte de ellos vieron la luz en la revista bonaerense Caras y Caretas, *algunos con ilustraciones*

de su pluma, pero no pocos aparecieron en el semanario madrileño Nuevo Mundo, *cuyas columnas siguieron acogiendo las colaboraciones unamunianas desde Fuerteventura y desde París.*

En el titulado "Enquesta o enquista" parece adensarse esta trayectoria del ensayismo errático, cuyos primeros pasos están ya en 1901. Sus pasajes iniciales, a vueltas de un tono irónico bien perceptible, nos autorizan a suponerlo:

> *"Como hay tan pocas cosas graves en que podamos ocuparnos ahora —escribe en 1920—, lector amigo y curioso, y como la cuestión es pasar el rato matando el tiempo, mientras el tiempo nos mata, no estará de más —ni de menos— que nos echemos a ojear voquibles...; es, por lo menos, una diversión honesta y nada arriesgada, y a la que hay quienes le conceden cierta importancia."*

Análogo tono se descubre en la frase final del mismo artículo: "¿Verdad, lector, que no hay ahora cuestiones de más meollo en que ocuparse uno?"

Esta modalidad del ensayo errático la cultiva Unamuno hasta la víspera misma de su destierro, como indicado queda, pero creo que nunca estuvo ausente de su habitual dedicación a la pluma, aunque por muy diversas causas. Así, en 1918, publicó en el diario El Sol, *de Madrid, fundado el año antes, ciertos arabescos, el primero de los cuales lleva por título "Arabescos en torno al cetro". Y en fecha anterior, aunque la coyuntura de la vida nacional fuese distinta, hechos casi siempre para servir a la apremiante necesidad de atender sus compromisos de colaboración, por lo que más adelante se dirá.*

Al menos me ha parecido encontrar un clima creador muy semejante en algunos escritos de los prime-

ros años de este siglo, como las digresiones sobre el Antruejo, su ingeniosa consideración de los orígenes del balcón, o algunos jugueteos etimológicos.

Uno de los aparecidos en estos años lleva por título "España-Perejil y la isla de Calipso", divertimiento sobre el nombre y situación de un islote situado junto a la costa africana, no lejos de Ceuta, donde aseguró un francés que retuvo Calipso al itinerante Ulises. Léase con atención y téngase en cuenta después de hacerlo esta confesión de su autor, que creo nos descubre el carácter de obligado pasatiempo de alguna de estas colaboraciones.

> *"En cierta ocasión vino por acá —escribe— como propagandista de una idea fantástica, un español establecido hace ya años en esa República Argentina, y después de saludarme y colmarme de elogios me dijo que conocía bien mi labor, y para demostrármelo hizo alusión a cierto articulejo que para ganarme unos cuartos, en ocasión en que los necesitaba, escribía acerca de la isla del Perejil. El tal perejil se me indigestó. Pásese usted la vida bregando por causas que estima nobles y altas, vertiendo el corazón, predicando ideales, para que luego le venga a usted un buen señor con el perejil"* (1).

Y, sin embargo, este carácter circunstancial de la mayoría de estos escritos no impide que en ellos se nos descubra, como en los de otro tono, mucho del sentir y del pensar de Unamuno.

1 "A los postalistas", correspondencia en *L. Nación,* de Buenos Aires, 10-VI-1907.

Aforismos y definiciones

Relegados al tomo IX, con otras novelas unamunianas, los relatos y cuentos que antes ocupaban la última parte de este volumen en anteriores ediciones; se ha completado su contenido con una serie de pequeños ensayos, redactada en 1923, a la que don Miguel puso este título.

Son coetáneos de la mayor parte de los ensayos erráticos, pero de otra envergadura muy diferente, y se nos aparecen transidos de más altas preocupaciones filosóficas. Como novedad importante debemos consignar el hallazgo en el archivo del autor de dos ensayos más de la misma serie, que no tenemos noticia de que fuesen publicados, junto con los cinco primeros, ya dados a conocer en la edición anterior. Y de inéditos nos hemos permitido reputarlos hasta que aquel extremo pueda tener confirmación.

* * *

Tal es, sumariamente, el vario contenido de este volumen, único que llevará el título "De esto y de aquello", que creemos responde acertadamente a aquél. La mayor parte de estas páginas son fruto de las lecturas copiosísimas de Unamuno, y de su constante meditar con la pluma, escribiendo porque ha leído, y no leyendo para tener que escribir, según pregonó siempre.

Los de tipo literario no son simples reseñas al uso, sino ecos y posos de aquel diverso y constante leer, que fué una de sus formidables tareas intelectuales. Pese a este origen no hay rastros de ese sentido, o espíritu libresco del que tan decidido adversario fué siempre.

Y todo ello fruto de sus colaboraciones en la pren-

sa periódica, que si este menester tan menesteroso, —como él dejó escrito— mata a la literatura, obligándola a ser al por menor, al detalle, también es cierto que estuvo animado por un anhelo unánime e indivisible, el que nos parece descubrir en estas palabras que escribió en 1931: "Pero el que, aunque viva en parte de escribir, obedece al hacerlo a otra necesidad íntima, o, digámoslo con su nombre, a otra vocación, se dirá, al revés de Larra: "decir la verdad, éste es nuestro objeto; ser leídos, éste es nuestro medio". Y al servicio de este lema su primitivo plan se complica, y las alusiones a lo que le rodea, atenaza y preocupa, aunque se trate de lecturas clásicas y lejanas en el tiempo, van proliferando, siempre acuciantes, hasta dejarnos entrever cómo a través de su prosa palpita siempre la que fué suprema ambición unamuniana, el que en ella aliente un hombre vivo y verdadero. Tal fué la trayectoria de aquel su ensayismo hondo y trascendental, aun en los momentos, como en sus ensayos erráticos, en que la capa irónica, burlona o humorística, parece distraer al lector.

MANUEL GARCÍA BLANCO.

Salamanca, mayo 1960.

B I B L I O G R A F I A

I. Ediciones

De esto y de aquello. I.—Escritos no recogidos en libro. Ordenación, prólogo y notas de Manuel García Blanco, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1950, 586 págs.

Sumario: I. Lecturas españolas clásicas (1895-1936). II. Libros y autores españoles contemporáneos (1898-1936). III. De literatura vasca (1890-1919). IV. Sobre la literatura catalana (1898-1934). Apéndice. Discurso sobre la Lengua española.

De esto y de aquello. II.—Ordenación, prólogo y notas de Manuel García Blanco, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1951, 553 págs.

Sumario: V. Quijotismo y cervantismo (1895-1932). VI. La vida literaria (1900-1923). VII. Ensayos erráticos o a lo que salga (1901-1924). VIII. Relatos novelescos (1886-1923).

Obras Completas, tomo V.—*De esto y de aquello.* Colección de escritos no recogidos en sus libros. Prefacio de Manuel Sanmiguel. Edición, prólogo y notas de Manuel García Blanco, Madrid, Afrodisio Aguado, S. A., 1951, 1133 págs.

Con el mismo contenido que los dos tomos anteriores.

Obras Completas, tomo IV.—*Ensayos.* Presentación

de M(anuel) S(anmiguel), Madrid, Afrodisio Aguado, S. A., 1950, 1059 págs.

(Por vez primera se incorporan a este volumen los cinco artículos titulados "Aforismos y definiciones", págs. 721-740, que el autor había dado a conocer en el diario *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, en 1923.)

De esto y de aquello. III.—Ordenación, prólogo y notas de Manuel García Blanco, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1953, 617 págs.

En el epígrafe X, *España y los españoles* (1897-1932), seguido de un apéndice en el que se reproduce el texto de la conferencia que con el mismo título pronunció su autor en Cartagena en 1902, páginas 507-609.

España y los españoles.—Prólogo, edición y notas de Manuel García Blanco, Madrid, Afrodisio Aguado, S. A., 1956, 302 págs. Colección Clásicos y Maestros. Reedición, con numerosas adiciones de lo señalado en el volumen III *De esto y de aquello.*

Wolgesinger, M.—*España. Bellezas y contrastes.* Texto de M. Schwarz. Con un estudio preliminar "La soledad de la España castellana", por Miguel de Unamuno. Barcelona, 1959, 23 + 230 fotos.

(Dicho preámbulo es uno de los escritos de *España y los españoles.*)

Miguel de Unamuno. Autodiálogos, Madrid, Aguilar, 1959, 322 págs. y 2 de índice, con una nota preliminar. (Reproduce, entre otros, los siguientes: Nuestra egolatría de los del 98. La soledad de Costa. La sociedad galdosiana. Galdós en 1901. Nuestra impresión de Galdós. Recuerdo de don Francisco Giner. Una vida pública ejemplar. De los recuerdos de la vida de Cajal. Patriotismo y optimismo. ¡Ay, mi jardín, mi jardín! Ganivet, filósofo. En la muerte de Maragall. ¡Por no quejarse! Leyendo a Maragall. El "Alma", de Manuel

Machado. "Vidas sombrías". "Lecturas españolas". La humanidad y los vivos. El habla de Valle Inclán. Vida e historia. La generación de 1931. Sueño y acción. Glosas al "Quijote". "En un lugar de la Mancha...". Alma vasca, procedentes de los tomos I y II *De esto y de aquello.*)

II. Reseñas y Estudios.

Andrenio: "Maeztu y Unamuno. El problema español", *Nuevo Mundo,* Madrid, 16-XII-1909.

Anónimo: "Unamuno. De la colección de escritos no recogidos en sus libros", Suplemento dominical del diario *España,* Tánger, 1-VI-1952. (Se refiere al tomo V de *Obras Completas,* y reproduce el escrito titulado "La charca".)

Idem: En *La Carovana,* Roma, núm. 26, nov.-dic. 1956. (Por la edición de *España y los españoles.)*

Araquistain, Luis: "Unamuno y el europeísmo" (Carta al Director), en *Hispania,* año III, vol. III, número 30, Londres, 1.°, VI. 1914, págs. 1108-1110.

Bergamín, José: "Don Quijote a las puertas del infierno. (In Memoriam)". *La Nación,* Buenos Aires, 11-IV-1937. (Sobre el quijotismo de Unamuno.)

Blanco Aguinaga, Carlos: "Unamuno, Don Quijote y España", *Cuadernos Americanos,* 1952, XI, número 6, Méjico, p. 204-216.

Bueno, Manuel: "Galdós, Cavia, Unamuno", *Los Aliados,* Madrid, 12-X-1918.

Cano, José Luis: "Los libros del mes", *Insula,* número 78, Madrid, 15-VI-1952. (Reseña *De esto y de aquello,* tomo I, y *Obras Completas,* tomo V.)

C(arranza), C(arlos) P.: Reseña *De esto y de aquello, Cuadernos,* París, 1954, núm. 4, enero-febrero, p. 103-104.

Cobos, Alfredo de los: Reseña *De esto y de aquello,*

tomos I-III, *Cuadernos Hispanoamericanos,* Madrid, IV, 1953, p. 379-382.

Colón, A.: Reseña el tomo V de *Obras Completas, España,* Tánger, 3-II-1953.

Chicharro de León, J.: Reseña *España y los españoles, Solidaridad Obrera,* Suplemento Literario. París, núm. 576, abril 1956.

Idem íd.: "Unamuno y Zorrilla", ibíd., núms. 531 y 532, 26-V y 2-VI-1955.

Idem íd.: "Ganivet visto por Unamuno", ibíd., número 637, 6-VI-1957.

Dos Passos, John: "Rosinante to the road again", New York, 1922.

Fuster, Joan: *Les originalitats,* Barcelona, Editorial Barcino, Colección "La Revista". ("Unamuno y Maragall").

Ellis, Havelock: *El alma de España,* Barcelona, Araluce, 1928 (págs. 409-410).

Fernández Almagro, Melchor: Crítica y glosa *De esto y de aquello,* por Miguel de Unamuno, tomo II, *A B C,* Madrid, 3-IV-1952.

Fuster, Joan: "Maragall i Unamuno, cara a cara", *Pont Blau,* Méjico, mayo-junio 1953.

Idem íd.: "Maragall, con Unamuno a un lado", *Verbo,* núm. 26, 1952, p. 23-31.

Gamallo Fierros, Dionisio: "Maeztu y su generación", *Correo Literario,* núm. 162, Madrid, 15-XII-1952.

Garcés, Tomás: "Letras españolas. Unamuno y Maragall", *Sur,* núm. 36, Buenos Aires, set. 1937, p. 55 y ss.

García Blanco, Manuel: "El poeta valenciano Vicente Wenceslao Querol y Unamuno", *Revista Valenciana de Filología,* 1951, I, p. 3-11.

Idem íd.: "Recuerdos de Ramón y Cajal en Unamuno", *Boletín de la Real Academia Española,* Madrid, 1953, XXXIII, p. 7-18.

Idem íd.: "Unamuno, lector atento de Gabriel y Galán", *Monterrey,* Salamanca, 1955, I, núm. 1, enero, p. 24-26.

Idem íd.: "El novelista asturiano Palacio Valdés y Unamuno", *Archivum,* Oviedo, 1958, VIII, p. 5-13.

Gómez de la Serna, Ramón: "La vida como sueño en Calderón y Unamuno", *Cultura Universitaria,* Caracas, 1953, núm. 40.

Horrent, Jules: Reseña *España y los españoles, Marche Romane,* 1959, abril-junio, núm. 2.

Llopis, Arturo: "Escritores del 98 en Barcelona", *Correo Literario,* Madrid, feb.-mar. 1955.

Maeztu, Ramiro de: "El optimismo de Cataluña", *La Correspondencia de España,* Madrid, 1-V-1907.

Idem íd.: "Los poetas, la vida y el catalanismo", ibíd., 17-V-1907.

Idem íd.: "El camino para imponerse", *ibid.,* 18-V-1907.

Idem íd.: "La rosa y la flor del cerezo", *ibid,* 3-VI-1907. (Sobre el Japón.) Reproducido en *Cuadernos Hispanoamericanos,* núm. 33-34, Madrid, set.-oct. 1952, p. 191-194).

Idem íd.: "Los japoneses y Unamuno", *ibid.,* 28-VIII-1907.

Idem íd.: "Cataluña y sus críticos", *ibid.,* 5-XII-1907.

Miguel, Julio (Emilio Salcedo): "La esperanza europea de Unamuno", *La Gaceta Regional,* Salamanca, 3-II-1956. (A propósito de *España y los españoles.)*

Morón, Guillermo: Reseña de *España y los españoles, Revista Nacional de Cultura,* Caracas, núm. 117-118, jul.-oct. 1956, p. 200-201.

Narbona, Rafael: "Menéndez Pelayo y Unamuno", Conferencia en el Instituto de Cultura Hispánica, Madrid. Reseña en *A B C,* 13-XII-1957.

Onís, Federico de: Reseña *Obras Completas,* to-

mos I-V, *Revista Hispánica Moderna,* New York, 1953, XIX, p. 108-109.

Parker, K. M.: Reseña *De esto y de aquello,* I-III, *Books Abroad,* 1954, p. 190-191.

Puccini, Mario: "Unamuno saggista", *Il Giornale,* Nápoles, 11-XI-1952. (Por *De esto y de aquello,* I, II.)

Ribbans, G.: "Unamuno and Antonio Machado", *Bulletin of Hispanic Studies,* 1957, XXXIV, 10-28.

Ricard, Robert: "Le visage d'Unamuno", *Etudes,* tomo 289, núm. 5, París, mayo 1956, p. 235-242. (Se refiere a *España y los españoles.)*

Rodríguez Alcalá, Hugo: "Ortega, Baroja, Unamuno y la sinceridad", *Revista Hispánica Moderna,* New York, 1949, XX, 107-114.

Rodríguez Monegal, Emir: "Crónica de Libros", *Marcha,* Montevideo, 30-I-1953. (Reseña los cinco primeros volúmenes de *Obras Completas.)*

Rossi, Giuseppe Carlo: "La Spagna e gli spagnoli secondo Unamuno", *Idea,* VIII, núm. 16, Roma, 15-IV-1956. Reproducido en *L'Eco di Bergamo,* 24-IV-1956.

Rüegg, August: Reseña *De esto y de aquello,* I-III, *Erasmus,* 1952, V, p. 701-705.

Salcedo, Emilio: "El primer asedio de Unamuno al *Quijote* (1889-1895)", *Anales Cervantinos,* Madrid, VI, 1958, p.

Idem íd.: "Clarín, Menéndez Pelayo y Unamuno", *Insula,* núm. 76, Madrid, 15-IV-1952.

Idem íd.: "Unamuno y Ortega y Gasset; diálogo entre dos españoles", *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno,* Salamanca, 1956, VII, p. 97-130.

Sánchez-Albornoz, Claudio: "Un eslabón moro en la cadena que va de Séneca a Unamuno", en el libro *Españoles ante la historia,* Buenos Aires, Losada, 1958, p. 32-74.

Sánchez Barbudo, Antonio: "Unamuno y Ganivet", *Letras de México,* 15-XII-1942.

Silva Castro, Raúl: "Baroja, Unamuno y Ortega y Gasset", *Atenea,* Concepción (Chile), mayo 1926, p. 312-318.

Sureda, Guillermo: "Páginas de Unamuno sobre España y los españoles", *Papeles de Son Armadans,* Palma de Mallorca, 1956, I, p. 382-385.

Taire, Juan Octaviano: "Unamuno y el quijotismo para niños", *Noticias,* Tucumán, 29-XII-1958.

Torre, Guillermo de: Reseña de *De esto y de aquello,* tomo I, *Pro Arte,* Santiago de Chile, 2-IV-1951.

Idem íd.: "Libros", *Saber vivir,* Buenos Aires, número 105, setiembre 1953. A propósito *De esto y de aquello,* tomo III.)

Idem íd.: *La aventura y el orden,* Buenos Aires, Losada, 1943, 322 páginas. "Unamuno y "Clarín", p. 51 a 60; "Unamuno y Ortega", p. 61-85.

Wills, Arthur: *España y Unamuno: Un ensayo de apreciación,* New York, Instituto de las Españas, 1938, 375 págs.

(Reseñas: M. Romera-Navarro, *Hispanic Review,* 1939, VII, p. 364-365.—J. T. Reid, *Hispania,* California, 1939, XXII, p. 229 y ss.)

I

ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES.-II

(1919-1936) (Final)

EL ESPAÑOL PINCHA MAS QUE CORTA

Hispano, punctim magis quam caesim assueto petere hostem. (Titus Livius. *Historiarum,* libro XXII, 46)

Hay en castellano un viejo y castizo dicho decidero que dice así: "ése ni pincha ni corta", con lo que se quiere decir que el tal no sirve para maldito de Dios la cosa. Pero cabe que haya los que pinchan, sin cortar, y los que cortan, sin pinchar. Y aquí parece que priva más el pinchazo que no el corte. Buen ejemplo de ello la navaja. Y mejor el estoque de matar toros, a los que luego corta el matador, en premio, no más que la oreja.

Y que esto de preferir el pinchazo al corte, el estoque al sable, es ya viejo en España, nos lo prueba el pasaje de Tito Livio que aparece al frente de este escrito y como lema de él. Al contarnos, en efecto, el historiador patavino, en el capítulo 46 del libro XXII de sus *Historias,* la disposición que Aníbal hizo de sus tropas antes de la batalla de Canas —que tanto admiraban los alemanes de antes de la guerra—, nos dice cómo armó a los españoles con espadas puntiagudas —*mucrones*—, especie de estoques o bayonetas, porque estaba "el español acostumbrado a acometer al enemigo a pinchazo más que a tajo —*punctim magis quam caesim*".

Dícese, además, que la lanza, arma punzante y no cortante, era de origen español.

Y las cosas no han cambiado mucho desde los tiempos de Aníbal acá, aunque el mismo Tito Livio (XXII, 21) atribuya a los españoles un ánimo inquieto y ávido de novedades: *Hispanorum inquieta avidaque in novas res sunt ingenia.* Sentencia que hoy, convencidos como estamos de nuestro misoneísmo y horror a toda novedad y renovación sustanciales, no deja de sorprendernos.

Quedamos, pues, en que a los españoles de tiempos de Aníbal y de Quinto Fabio Máximo, Cunctator, les gustaba más pinchar que no cortar, y usaban armas punzantes de preferencia a las tajantes. Y de entonces acá no parece que hemos cambiado, sin duda porque hemos creído que nos iba bien con eso de pinchar más que cortar, y que con ello hemos obtenido resultados o éxitos. Y éxito es, según al susomentado Quinto Fabio Máximo le hace decir el mismo Tito Livio, "el maestro de los tontos" *—eventus... stultorum iste magister est* (XXII, 39).

Nuestro Señor Don Quijote, el que con su locura se propuso redimir de su tontería a España, unas veces pinchó y otras cortó. Acometió a las ovejas a lanza y a Sancho de Azpeitia a tajo de espada. Y cuando se fué al león (parte II, cap. XVII), "arrojó la lanza y embrazó el escudo y, desenvainando la espada... se fué a poner delante del carro". Se fué "con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras"; pero espada de tajo más que de pincho. Que el león no era un toro, ni parece que al león, como al toro, se le pueda lidiar a estoque.

La tauromaquia, sin duda alguna, ha confirmado a los españoles en su preferencia por matar a pinchazo, *punctim,* más bien que a tajo, *caesim.* Y para matar toros, lo mismo que hombres, un buen pinchazo, sobre todo si va a sitio vital, parece ser de

más resultado que no un tajo. Con una buena estocada o navajada en el corazón se despacha a un hombre más fácilmente que cortándole el cuello. Lo de Judit con Holofernes, que de dos tajos le segó la cabeza (Judit, XIII, 10), no parece ser hazaña al alcance de cualquiera.

Pero si para despachar a un hombre, quitándole el resuello, el pinchazo puede ser más eficaz que el corte, no parece que sea así en la cirugía y para extirpar un tumor maligno. También en cirugía se pincha y se corta; pero los pinchazos quirúrgicos no son de los que cortan por lo sano. Pinchar por lo sano apenas si tiene sentido. Con un pinchazo se desahoga de pus un absceso, pero no se extirpa un tumor. El pinchazo, o es exploratorio, o es, las más de las veces, un alivio, pero después de él ha de venir, por lo común, corte o raspa.

El atormentado y tormentoso Joaquín Costa pedía para los tumores sociales y políticos de España un cirujano de hierro. Creemos que lo que pedía era un cirujano de corte y no de pincho, uno que operase en el cuerpo social español a tajo, *caesim,* y no a pinchazo, *punctim.* Pero aquí casi todos los remedios que se aplican a nuestros males sociales son de pincho, cuando más, y no de corte. Al caciquismo se le han dado algunos pinchazos que le han permitido reproducirse y volver a henchir de su pus a la patria; pero ningún tajo, y menos por lo sano. Y a estocadas no se acaba con él.

Nuestros políticos manejan bastante bien la navaja, pero no el alfanje. Aunque algunos manejan el otro sable, el simbólico. Y los hombres de sable más le esgrimen como estoque que no como sable. Pinchan pero no cortan. Y el tumor se reproduce.

"¡Hay que cortar y cortar por lo sano!", exclaman nuestros revolucionarios; y cuando llega la hora del corte se contentan con pinchar. Creen que van

a acabar con el tumor de un descabello, y con el tumor no se acaba sino como Judit acabó con Holofernes: cortándole de raíz la cabeza, separándole del tronco. No descabello, sino descabezamiento. No basta descuajar, hay que desarraigar el tumor.

Y decimos que no basta descuajar, sino que hay que desarraigar el tumor, porque hay quien cree que descuajar es lo mismo que desarraigar. El que así cree es presidente de la Real Academia Española de la Lengua, y el Diccionario oficial de ésta le ha inducido, sin duda, a error. El cual Diccionario, dejándose llevar de una etimología de sonsonete, define descuajar así: "Agr. Arrancar de raíz o de cuajo las plantas, matorrales o malezas." Y descuajar no es eso, ni descuajar, en esta acepción, viene de cuajo *—coagulum—*, sino de *squalidum;* es decir, de *ex-squalidare,* y quiere decir dejar escuálido, mondo o pelado un árbol. En tal sentido se lo hemos oído a los campesinos y labradores, que distinguen muy bien entre descuajar, descepar y desarraigar, y no entienden que el descuaje de un bosque sea arrancar de raíz o de cuajo los árboles.

Cierto que el descuaje del caciquismo, o de lo que sea, es un corte; pero que a las veces no vale más que un pinchazo. Arbol descuajado puede volver a echar ramas; el desarraigado, nunca. Y hay descuajos que, siendo cortes, se parecen a pinchazos. El tumor se hincha de pus y hasta se multiplica. Porque lo que hay que buscar es la madre del pus y su raíz. Lo que el cirujano tiene que ver es cuál sea la raíz de la maleza que trata de curar. Y mal puede desarraigar el caciquismo quien cultiva, como si fuese el fundamento del orden —¿de qué orden?—, la raíz misma de que aquél brota.

No, no se puede confundir una estocada retórica con un tajo dialéctico.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 30-V-1919.]

CONCIERTO PARA OBRA COMUN

Es fácil, amigo Maeztu, decir que en la vida española "las gentes de talento no pueden concertarse para colaborar en una obra común"; pero no es tan fácil señalarnos cuál es esa obra común en que las gentes de talento hayan de colaborar en España. O hayamos de colaborar, porque, naturalmente, nos incluímos entre esas gentes. Lo que no es inmodestia, ya que lo que aquí se llama talento es una de las más modestas cualidades.

Sí, llevamos oyendo esa cantilena más de treinta años, el tiempo casi que lleva sirviendo, día a día, al Estado el que esto escribe, y todavía nadie ha acertado a definirnos esa obra común ¿Pero definírnosla en concreto, eh? O mejor a describírnosla. Porque lo de la definición huele a geometría y a teología y aquí se trata de historia. Esa obra común no puede ser sino una obra histórica.

El que esto escribe, por su parte, ha acudido siempre allá adonde se le ha llamado a una obra común. Es decir, siempre que se lo han permitido las auotridades de que en su calidad de funcionario público depende. Y que se lo han permitido con dignidad y decencia.

¿A ver, qué obra común es hoy en España la que pide el concierto de las gentes de talento? El que esto escribe cree saber de una, pero se guardará mucho de exponerla, entre otras razones, porque la

reprobarían y condenarían los que se quejan de la imposibilidad de ese concierto. Y buena gana...

No, amigo mío; no es hoy y aquí, en España, en el presente histórico, la soberbia el principal motor de los hombres que hacen de primeras figuras, ¡no! ¿Soberbios? ¡Pobrecillos! Acaso todo lo contrario. Y todo lo contrario no es que sean humildes. Aunque en el catecismo se nos enseñara que contra cada vicio capital hay una virtud opuesta y que contra soberbia, humildad, lo contrario de cada vicio es otro vicio y la virtud está, según vieja máxima, en el medio. Y si de algo pecan nuestras primeras figuras es de todo lo contrario a la soberbia.

No, no, nada de eso de "a mí no se me impone nadie". Las gentes, aquí, lo mismo las de talento que las otras, lo que están deseando es que se les imponga alguien para cobrarse de esa imposición, para explotarla. Es lo que los políticos llaman una "compensación".

A ver, venga la indicación de esa obra común, de una obra común en que deban concertarse las gentes de talento de España y ya verá el amigo Maeztu quién, desde dónde, cómo y por qué manejos hace que se quiebre el concierto. ¡Qué empeño de no querer ver claro! Aunque no, no es esto; la buena, la óptima buena voluntad de nuestro amigo nos es manifiesta. Pero está el agua de la charca tan alojada que no es tan hacedero ver el fondo de ella. No tan ainas se percata uno del manadero del fango.

¡Obra común..., obra común...! Sí, y la unión sagrada. O siquiera la unión patriótica. Hace poco que un político se la pedía a otro político para una obra que él estimaba que no es de partido. Pero que acaso no es más que de plataforma y de espectáculo. No, no; la unión no se hace más que en libertad; el concierto no se hace más que en libertad; para que las gentes de talento colaboren a una obra común es

menester libertad, porque las gentes de talento o son libres o no son de talento. ¿Y dónde está aquí la libertad?

Hay, amigo, un asqueroso cáncer que está devorando la cabeza de España, y no es la soberbia, ¡no! Es otro. No es la soberbia que dice "¡a mí no se me impone nadie!" ¡Ojalá lo fuese! Porque sería menor el daño y la curación más fácil.

Un joven generoso, pero en exceso cauteloso también, nos decía eso mismo no hace mucho en la Corte y Villa, y al pedirle que nos concretara cuál es esa obra común, se perdía en vagarosos caracolitos o en fórmulas diplomáticas. No pudimos sacar nada en limpio. Y cuando le señalábamos lo sucio y el deber de empuñar una escoba y barrerlo, alzaba la barbilla con el gesto del que no quiere enterarse que va pisando estiércol.

¡Ay, amigo, la soledad en que vivimos...! La soledad en que nos han puesto. Porque esa otra gente, la que estorba todo concierto, sabe más que la gente de talento. Y sabe que mejor que apresarle a uno, que encerrarle en una celda, es desollarle el alma, dejársela en carne viva —¡en carne viva del alma!— y que luego, como el menor roce le hará ver las estrellas, ya se cuidará él de aislarse, de refugiarse en la soledad. ¿Conoce a fondo nuestro amigo la triste historia del Licenciado Vidriera? ¿Sabe quién y cómo le hizo de vidrio? Y mientras haya desolladores de almas... Y por oficio de servidumbre, que es peor; al modo de verdugos de nómina. Y lo único de veras trágico es el verdugo en la nómina. Y la servidumbre.

Aquel barón Saturno, verdugo por vocación y pagando encima, que forjó el conde de Villiers de l'Isle-Adam en uno de sus "Cuentos crueles" ("El convidado de las últimas fiestas"), es hasta una figura noble; tan noble como el verdugo a que exaltó el conde

—¡otro!— José de Maistre; ¿pero el de nómina..., el que se gana el pan agarrotando a otro el tragadero? ¡Y hay tantas formas de ser verdugo de nómina...! Y desollador de almas...

¿Obra común? Harto es que pueda hacer cada uno la suya —"cada uno su cadaunidad", remedando una frase de Montaigne— que es también común.

[*El Liberal,* Madrid, 29-v-1921.]

EL PORVENIR DE ESPAÑA

La Correspondencia de España del día último del año 1921 —¡que en paz descanse!— trae varias contestaciones a una enquisa o enquesta —no "encuesta"— formulada así: "¿Qué opina usted del porvenir de España?" Las contestaciones son, en general, como hay que esperar de tal preguntita y en esas condiciones. El procedimiento catequístico de preguntas y respuestas rara vez da buen resultado, y el pensar por encargo, de sopetón y a quemarropa, tiene grandes quiebras.

Figuran entre los preguntados varios actores y actrices, lo que es dar a entender que se supone que es desde las tablas de un escenario teatral de donde mejor se puede avizorar el porvenir de España. Y como los cómicos suelen ser por lo común, y en contra de un prejuicio muy extendido, gente modesta y discreta, más bien tímida —sobre todo frente al público— y con un miedo terrible a desentonar, se salen a la enquisa con los más recatados y menos comprometedores lugares comunes. A los cómicos les ha enseñado el oficio a huir de la originalidad, del sentido propio y de la paradoja. Para ellos más que para nadie valen la tradición y los precedentes.

¿Pero y los otros cómicos? Porque el resto de los que contestan a la pregunta, entre ellos Romanones, Cambó, Francos Rodríguez, el obispo de Sión, etcétera, etc., son también actores, sea cómicos, sea trágicos, según la ocasión. Divídense en optimistas y pesimistas, aunque nosotros no sepamos distinguir el optimismo del pesimismo, ni ellos tampoco. Sobre

todo desde que hay un optimismo de real orden. Porque las reales órdenes no hacen sino sancionar camelos. Y el optimismo patriótico es ya hoy en España un camelo de real orden.

Entre las contestaciones a la enquesta o enquisa —no encuesta, repetimos— de *La Correspondencia de España* nos han saltado de ojo, sin embargo, dos: la de Manuel Bueno y la de don Miguel Villanueva.

Manuel Bueno, después de unas observaciones sobre el proceso histórico de los pueblos, dice, entre otras cosas de sustancia, lo siguiente:

"Aquí, en cuanto se refiere a la vida pública, no se tiene siquiera el presentimiento de lo que pudiera ser un régimen de justicia. Gritan los apetitos y deciden de todo los intereses, que no son, en último caso, más que un decoroso disfraz de esa incurable pasión que llamamos egoísmo. Jamás país alguno ofreció políticamente un espectáculo más triste y desconsolador que el que ofrece España a la hora presente. ¿Mi opinión sobre el porvenir? Pesimista. A mis dudas sobre la inteligencia y el patriotismo de los núcleos partidistas que nos gobiernan se junta mi desilusión sobre la capacidad de rebeldía del pueblo español contra este caos político, que paraliza todas las energías que pudieran salvarle..."

Y algo peor que la incapacidad de rebeldía, y es la resignación, casi animal, al régimen de sistemática arbitrariedad, de injusticia organizada, de despotismo anti-ilustrado. Sólo obran y se mueven las feroces banderías contrapuestas, las de las dos dictaduras. Y la una traerá la otra. Y si viene la otra, la roja, la del "Daniel de nuestros destinos", como le llama Bueno a Lenin, no tendrán derecho a quejarse los de la otra dictadura, la policíaca, la del sistema de represión arbitraria que hoy padecemos. La otra contestación que nos ha saltado de ojo es la

de don Miguel Villanueva, ex presidente del Congreso, y que entre la turbamulta de los sedicentes liberales y demócratas parece ser uno de los pocos que conservan todavía alguna chispa de liberalismo democrático. Dice así:

"Mirando el porvenir de España creo que, desgraciadamente, seguirá acentuando su decadencia y su debilidad, si no varía radicalmente; y no lo hará mientras no cambie el corazón de esclavo que abrigan sus hijos por el propio de los pueblos libres."

¡Corazón de esclavo! ¡Y qué bien está esto! Porque es lo que observamos los que, "obcecados en el estudio" de la vida pública civil —o incivil— ambiente, no podemos dar en el camelo del optimismo de real orden: ¡corazones de esclavos! O de mendigos, que es lo mismo. Esclavitud cordial y mendicidad. Y con la mendicidad y la esclavitud, ¡es claro!, mendacidad. Porque el mendigo es mendaz, y el que aspira a vivir de mercedes no sabe sino mentir.

Villanueva, que ha sido ministro de esta Monarquía y presidente del Congreso, ha podido notar que los hijos de España abrigan corazones de esclavo. ¡Y al que no lo tiene, al que guarda un corazón de ciudadano libre, a ese le llaman soberbio, loco o ingrato! Este régimen, el régimen de despotismo y de embustería, y de arbitrariedad sistemática, y de injusticia organizada y legalizada que padecemos, este régimen no busca para que le sirvan sino esclavos de corazón. Y de aquí el "declive" de que habló Maura, y que bajo su presidencia se precipita.

Y en tanto aumenta el descrédito, más aún el deshonor de España ante el mundo civilizado. ¡Y no es leyenda negra, no!

Pero... ¿qué hacerle? Pecho al agua, cara al sol y a gritar la verdad, hagan lo que hagan Caifás y Compañía.

[*El Mercantil Valenciano*, Valencia, 6-I-1922.]

REY O EMPERADOR O LA PRIMERA BATALLA DE BAILEN

Es curioso cuando menos, y acaso más que curioso, saber cuándo aparece por primera vez en la historia el título romano de emperador. Fué en España, en el año 208 antes de Cristo, y a consecuencia de la que podríamos llamar la primera batalla de Bailén.

En ese año, Publio Escipión, el llamado después Africano, derrotó en Baícula, cerca de la confluencia del Guadalquivir y Guadalimar, próximo a Castulone —hoy Cazlona—, al cartaginés Asdrúbal, hijo de Amílcar y hermano de Aníbal. Asdrúbal, derrotado, huyó, y con su huída prestó aliento a la rebelión de los iberos. Los cuales quisieron proclamar a Escipión rey. Pero "el ambicioso procónsul era demasiado sagaz —dice G. de Sanctis en su *Historia de los romanos*— para aceptar un homenaje que, acogido, habría importado su ruptura con el Gobierno romano, y en ello su ruina, y no quiso otro título que el de *imperator*". Y "es éste —agrega— el primer ejemplo que sepamos del título de emperador conferido por los soldados". Y en cuanto a Baícula o Bécula, se supone que sea Bailén, donde más de veinte siglos después habían de ser derrotadas tropas del emperador de los franceses.

Los ingenuos andaluces de fines del siglo II antes de nuestra Era, una especie de moros del Rif, quisieron hacer rey a P. Escipión, el Africano, y éste

se contentó con emperador. Que era por entonces menos que rey. Pero pronto aquellos españoles se dieron cuenta de que habían ganado poco al pasar del dominio de los cartagineses al de los romanos. "Los indígenas —dice G. de Sanctis— se iban dando cuenta de que la prepotencia romana no era en nada inferior a la cartaginesa, con esta agravante: de que mientras los cartagineses se veían obligados a usar de ciertos respetos, pues tenían necesidad de las armas ibéricas, los romanos, acostumbrados a servirse de armas propias, no encontraban para hacer de amos otro freno que el temor de una vuelta ofensiva de los adversarios." Y estableció Escipión el "protectorado" romano sobre aquellas cábilas ibéricas.

Pero he aquí que al norte del Ebro, en lo que hoy es Cataluña, se le sublevaron algunas tribus de ilergetes bajo el mando de Indíbil y Mandonio. A los que se ha creído obligado a cantar el poeta Guimerá, haciéndole hablar a Indíbil en catalán, aunque no precisamente de Lérida, Ilerda o Lleida. Los pobres Indíbil y Mandonio acabaron luego mal, muy mal.

Y en esa Baícula o Bailén en que en el año 208 antes de Cristo fué proclamado emperador Escipión por haber vencido a las tropas de Asdrúbal, hermano de Aníbal, que poco después recibía la segada cabeza de aquél; en esa misma Bailén, veinte siglos después, en el verano de 1808, las cábilas ibéricas, bajo el mando del general Castaños, derrotaban a las tropas del general P. Dupont, uno de los caudillos napoleónicos. Cábilas las que lucharon al lado de Escipión, especie de Policía indígena, contra los cartagineses, y quisieron hacerle rey; cábilas las que Indíbil y Mandonio le levantaron contra el Protectorado romano como antes en Sagunto otras cábilas resistieron el Protectorado cartaginés o semítico; cábilas las que con Castaños se alzaron contra el Protectorado francés.

Pero lo que a más interesantes reflexiones históricas se presta es que para Escipión, el Africano, el que luego venció al semita Aníbal, el título de emperador era menos peligroso y de menor excelencia que el de rey. Y es que aún no había surgido el pretorianismo, porque los legionarios romanos, labradores puestos en armas, no eran todavía profesionales de la milicia. El emperador —*imperator*— no era entonces sino el jefe del ejército. No había aún aparecido César.

¡Y aquellos incautos indígenas de nuestra vieja España; aquellos iberos cabileños que, huyendo de los semitas, cayeron en los latinos! ¡Y cuán profundamente fueron romanizados luego! Mas no sin que les quedase no poco de la dominación semita. Sobre todo, a los paisanos de Indíbil y Mandonio, los cantados por Guimerá.

Y en ese Bailén, en que Escipión derrotó a Asdrúbal y Castaños a Dupont, se hacían últimamente no ya emperadores, sino... bacines. Por lo cual solía decirse por aquellas Sierras, entre el Guadalquivir y el Guadalimar, que Bailén es uno de los pueblos que más "servicios" ha prestado a España.

¿Que la historia da vueltas? Sí, pero en derredor de un quicio. ¿Que cambia? Sí, pero sobre un fondo permanente. Todo se repite. Y por lo que hace a España, nuestra más moderna historia apenas si se diferencia de la de la Hispania que conocieron Polibio y Tito Livio. Del galo de Julio César al francés de hoy podrá haber diferencia; pero del ibero de Escipión al español de nuestros días apenas si la hay. Andan por estas tierras todavía Indíbil y Mandonio, si no al norte del Ebro, al sur del Estrecho de Gibraltar. Porque España o el Rif es todo uno y lo mismo. Aunque no sea uno y lo mismo rey y emperador.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 26-v-1922.]

¿QUE MAS DA?

A las veces nos ahoga la presión de la cobardía ambiente y no hacemos sino tachar de cobardes, de collones, a los más de los que nos rodean. La cobardía del español de hoy ha llegado a sernos un lugar común. Sobre todo su cobardía civil, la falta de lo que se suele llamar valor cívico. Que le lleva a la mendicidad y a la mendacidad. Porque todo cobarde es mendigo y todo mendigo es mendaz. El pordiosero es embustero.

Mas luego, recapacitando, nos damos cuenta de que mucho de lo que aparece como cobardía no es sino pereza, flojera, holgazanería, haraganería. El español de hoy, por lo menos el que hace como que se dedica a la vida pública, es perezoso, flojo, holgazán, haragán. Le gusta ocupar el puesto de mando, pero para no mandar, sentarse en la presidencia y no presidir. Que lo dejen en paz.

Y entrando más de lleno en el escudriño del caso venimos a dar en que esa flojera, madre de la cobardía —y con ella de la pordiosería y la mendacidad—, tiene un fundamento físico o corporal. Suele proceder de falta de vigor corporal, de enfermedad en algún grado. Son los nervios los que no están bien templados; es acaso el estómago el que no digiere bien; es el corazón de carne; es el hígado; es cualquier otra entraña.

Pero, ¿será esto así? ¿No tendrá a su vez lo del cuerpo su origen en lo del espíritu? ¿No es acaso

el alma la que hace su cuerpo, según enseñaban los animistas? ¿No habrá un pecado original, arraigante en el meollo del alma, que fragua la flojera del cuerpo con todas sus consecuencias? La gana o el talante, ¿no arranca de algo ideal? Hubo en Holanda, entre los siglos XIV y XV, de 1380 a 1433, una mujer singularísima, tan flaca y enferma de cuerpo como robusta y firme de espíritu, que fué Santa Liduvina de Schiedam —Lidwine, que aquí se dice Ludivina y hasta Luzdivina—. De sus cincuenta y tres años de vida pasó treinta y ocho enferma, postrada en cama, hecha una llaga, sufriendo horrores carnales desde que, a los quince años, se rompió, de una caída, una costilla.

Pues bien; esta mujer singular pedía a Dios que todos aquellos sufrimientos físicos que otros fieles no pudieran soportar con paciencia, sino que se vieran arrastrados por ellos a desesperarse y a maldecir, o acaso blasfemar, se los pasara a ella. Y a su muerte le pidió que su cuerpo se derritiera y sirviese, hecho como aceite, para cebar la lamparilla que alumbraba al Santísimo. Fué el trasunto, en mujer, del santo Job.

¿No habría manera de que algunos españoles tomáramos sobre nosotros las indignaciones calladas de los demás y clamáramos por lo que otros callan? ¿O mejor, que sufriéramos por lo que otros no sufren? Y si se nos dijere que el caso no es el de Santa Liduvina, pues que ésta pedía para sí sufrimientos que otros no podían soportar y que nosotros reconocemos que los más de los españoles no es que no los soporten, sino que no los sienten, diremos que el terrible padecimiento es el de ese acorchamiento.

¡Y luego poder quemar el alma y que alumbre! Con lumbre de incendio. ¿Qué otra cosa hizo Don Quijote, el Loco?

Y a todo esto nos sale la terrible frase española,

análoga al *nichevo!* ruso, el que engendró la revolución moscovita, la terrible frase de "¿Qué más da?" Es la cifra y cuño del talante nacional. No lo del "¡No importa!", no, sino "¿Qué más da?" El español de hoy, el de la santísimas ganas, el de la real gana —"¡No me da la real gana!"— no dice, como el de la guerra de la Independencia: "¡No importa!", sino que dice: "¿Qué más da?" Y esta frase terrible nos lleva a perder la verdadera, la íntima independencia, la santa libertad cristiana.

"¡Valiente tonto!" —se nos dice—. "¡Para lo que va a sacar!..." Pero es que no vamos a sacar, sino a meter; a meter, a enfresar nuestra alma en la de los que la tienen dormida, o acaso muerta, y que viva allí, y allí, hecha como óleo, arda y alumbre. Que no hay luz sin fuego. Y lo decimos en estos tiempos de luz eléctrica. No, no hay lumbre espiritual sin fuego.

¡Pasión, pasión, Señor, pasión! Y más ahora, en que los del "¡Qué más da!", los conservadores a lo español —que es la más terrible de las conservadurías—, dan a cada paso en sacar el *chibolete* del apasionamiento (1). Pasión, Señor, pasión, ¡que es acción! Que activa, y muy activa, fué Santa Liduvina de Schiedam, postrada en el lecho del dolor, y activo y muy activo fué Job en su muladar. Y otra actividad santa es clamar por los que se callan e indignarse por los que se resignan. Que así lo quiere Dios.

Con nuestro "¿Qué más da?", con nuestro *¡nichevo!*, vamos a la nada, al vacío histórico, a la muerte civil colectiva. Y tiene uno que pegarse fuego a sí mismo para poder alumbrar a los demás. ¡Pasión, Señor, pasión!

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 14-IV-1922.]

---

[1] Sobre el significado que da Unamuno a la palabra *chibolete*: "Santo y seña de un partido", véase su ensayo "La Fe", que data de 1900, e incluído en *Ensayos,* tomo II. Ahora, en el tomo XIV de estas *O. C.* (N. del E.)

En el prólogo de la edición francesa del Baedeker se decía que el español es *pointilleux et ombrageux*, quisquilloso y receloso. Y esto acaso se deba a esa terrible plaga nacional que es la envidia. ¿Sólo de España? ¡Lo que le preocupaba a Heródoto, el de la democracia helénica! Y recuerdo que en cierta ocasión me dijo Cambó en la Plaza Mayor de Salamanca que la envidia nació en Cataluña. Pero, ¡es claro!, a cualquier otro ciudadano universal de España que se le oiga se le oirá decir lo mismo de su propia región o patria chica. Porque la envidia, que es recíproca, es de estas patriezuelas que se achican. Lo más del anti-caciquismo, ¿no es acaso producto de esa típica secreción democrática?

Y ahora veamos esas pequeñas anécdotas insignificantes a que esa enfermedad de la visión, que consiste en no poderse ver —de *invidere*, no ver, deriva *invidia*—, convierte en vigas las pajas. ¿Quién no ha oído la tópica anécdota de: "¡hable usted en cristiano!"? Y, sin embargo, esto es de un grosero rarísimo y excepcional. Y tal vez a ese grosero incomprensivo le provocó otro grosero que, pudiendo hablarle en comprensión mutua, prefirió molestarle poco cristianamente. Si bien esto era más raro aún. Porque mi experiencia personal en Cataluña me ha enseñado que en el "archivo de la cortesía", que dijo Cervantes, todos los hombres cultos —y no he tra-

tado otros allí— se acomodan al modo de entendimiento mutuo. Y eso que yo les rogaba que me hablasen en su cristiano vernacular, pues deseaba ejercitar mi oído y mi sentido a su comprensión. Otra cosa habría sido si hubiesen pretendido imponérmelo.

Esa tan asendereada y sobada anécdota revela un estado de lamentable neurastenia colectiva en quienes la recogen y repiten. Un pueblo sano de verdad no se percata de cosas como ésas, o las olvida al punto. Es algo parecido a las pequeñeces que agrandó poéticamente la gran Rosalía a cuenta del trato que se daban los segadores gallegos y no que les daban los castellanos de Castilla. ¡Triste enfermedad esa de creerse un hombre o un pueblo vejados! ¡Tristes quisquillosidad y recelosidad españolas! ¡Triste manía persecutoria colectiva! ¡Por dónde se va a parar a las republiquetas de taifas, al pueril juego de estatutillos resentimentales!

Recuerdo ahora otra simpleza de pobres resentidos, y era la de creer que dialecto es respecto a lengua o idioma un término peyorativo, algo que expresa un grado inferior. "Dígame, don Miguel —me preguntaba un ingenuo víctima de lo que hoy se llama un complejo de inferioridad—, esta nuestra lengua, ¿usted cree que es dialecto o idioma?" Y le respondí conforme a mi condenada profesión: "Mire, amigo, ello es cuestión de palabras, y pues que estamos en éstas, sepa que idioma significa lo particular, el resultado de la acción particularizadora, como poema es lo creado, y que si el poe-ma corresponde al poe-ta, lo creado al creador, el idio-ma corresponde al idio-ta, o sea al particular, que no empezó queriendo decir otra cosa esto de idiota. Un idiotismo es una particularidad". Y el buen amigo se quedó pensando no sé en qué, acaso en la generalidad más o menos particular; es decir, contradictoria. O dicho en oro y sin recovecos, que España tiene el deber

de imponer a todos sus ciudadanos el conocimiento de la lengua o dialecto —me es igual— español; pero que no debe consentir el que se imponga —así, se imponga— a ninguno de ellos el bilingüismo. Sea bilingüe quien quiera, y trilingüe y políglota; ¿pero como obligación de ciudadanía?, ¡jamás! La ciudadanía es simple, y no la hay doble ni triple ni múltiple. Y en lenguas las hay diferenciales y las hay integrales.

A base de idiotismos, que degeneran en idioteces, de particularidades, de anécdotas, de antojos, de reconcomios, de visiones de ictericia, de agravios fantásticos, hay señoritos que quieren forjar la conciencia personal de pueblos sanos. ¡Qué cartas henchidas de amargura recibo de españoles que empiezan a sentirse tratados de metecos —meteco es algo así como maqueto— en su propia España, y a cuyos hijos se les quiere imponer una doble ciudadanía y con ella una doble comprensión cuando no se ha acabado la sencilla!

¡Pobres españoles que tendrán que pagar en represalia agravios históricos, los más de ellos más supuestos que efectivos, de lejanos tatarabuelos, resentimientos que sólo conservan los neurasténicos! Porque miren, hermanos, que eso de recordar el *bon colp de fals* no es cosa de historia, sino de histeria. ¡Y pobres metecos!

Mas de esto de los metecos, maquetos, forasteros o advenedizos nos queda mucho por decir.

[*El Sol, Madrid,* 23-VII-1931.]

INDIVIDUO Y ESTADO

No bien leído en este mismo diario el artículo del amigo Araquistain sobre "El complejo sindicalista", tomo la pluma, y no con talante polémico, para comentar algo de lo que en él dice su autor. Es esto: "La tesis del individualismo español, o sea el antiestatismo español, como generalización, me ha parecido siempre una tontería. Un régimen tan férreamente estatista como el que ha imperado en España durante tantos siglos no se explica sin una anuencia espiritual de la mayoría del pueblo".

Dejemos por ahora la segunda parte de lo citado, ese del que el régimen español haya sido férreamente estatista, lo que me parece un error de historia, sino que antes más bien lo que llamamos Estado o Poder central —que ni es central— ha sido en España de una debilidad manifiesta. Dejemos esto para detenernos en lo de "el individualismo español o sea el antiestatismo español". ¿Es que son términos convertibles? ¿Es que el individualista, por serlo, es antiestatista? ¿Es que quien pone sobre todo en el orden civil los llamados derechos individuales, los de la Revolución Francesa, es que el liberal, el neto liberal se opone por ello al Estado? ¿Es que vamos a volver a la tesis spenceriana del individuo contra el Estado? Creo más bien lo contrario, y más si por Estado entendemos el Poder más amplio, el más extenso, el más universal. Tratándose de individuos es-

pañoles, el Estado español, el Poder público de la nación española. Y digo que el individuo busca la garantía de sus derechos individuales en el Estado más extenso posible, a las veces en Poderes internacionales. Lo que sabía muy bien Pi y Margall, que era un proudhoniano.

Por individualismo español, por liberalismo español, es por lo que vengo predicando contra los Poderes intermedios, municipales, comarcales, regionales o lo que sean, que puedan cercenar la universalidad del individuo español, su españolidad universal. Yo sé que en mi nativa tierra vasca, por ejemplo, y lo mismo en Cataluña, en Galicia, en Andalucía o en otra región española cualquiera, ha de ser el Poder público de la nación española —llámesele, si se quiere, Estado español— el que ha de proteger la libertad del ciudadano español, sea o no nativo de la región en que habite y esté radicado en ella, contra las intrusiones del espíritu particularista, del "estallido" a que tiende la región. Como la experiencia me ha enseñado que los llamados caciques máximos o centrales, los grandes caciques de Estado, si alguna vez se apoyaban en los caciquillos locales, comarcales o regionales, muchas veces más defendían a los desvalidos, a los ciudadanos sueltos, contra los atropellos de estos caciquillos.

Hay una conocidísima doctrina lógica que enseña que la comprensión de un concepto está en razón inversa de su extensión, que cuantas más notas la definen se aplica a menos individuos, y así escarabajo-coleóptero-insecto-articulado-animal-viviente-ente es serie que va creciendo en extensión y menguando en comprensión. Y así yo, mi propia individualidad, soy lo más comprensivo y lo menos extensivo, y el concepto de ente o ser lo más extensivo y lo menos comprensivo. Pero hay Dios, que es algo como lo que Hegel llamaba el universal concreto; hay el Uni-

verso, que sueño sea conciente de sí; hay la totalidad individualizada y personalizada, y hay, en el orden político, la Ciudad de Dios.

Es, pues, por individualismo, es por liberalismo, por lo que cuando se dice "Vasconia libre" —*Euskadi askatuta* en esperanto eusquérico—, o *Catalunya lliure,* o "Andalucía libre", me pregunto: "Libre, ¿de qué?; libre, ¿para qué?" ¿Libre para someter al individuo español que en ella viva y la haga vivir, sea vasco, catalán o andaluz, o no lo sea, a modos de convivencia que rechace la integridad de su conciencia? ¡Esto no! Y sé que ese individuo español, indígena de la región en que viva o advenedizo a ella, tendrá que buscar su garantía en lo que llamamos el Estado español. Sé que los ingenuos españoles que voten por plebiscito un Estatuto regional cualquiera tendrán que arrepentirse, los que tengan individualidad conciente, de su voto cuando la región los oprima, y tendrán que acudir a España, a la España integral, a la España más unida e indivisible, para que proteja su individualidad. Sé que en Vasconia, por ejemplo, se le estorbará y empecerá ser vasco universal a quien sienta la santa libertad de la universalidad vasca, a quien no quiera ahogar su alma adulta en papeles de niñez espiritual, a quien no quiera hacer de Edipo.

[*El Sol,* Madrid, 23-VII-1931.]

"¡ESPAÑA, ESPAÑA, ESPAÑA!"

Venimos observando una tendencia, hija de pereza mental revolucionaria, a creer que se solucionan cuestiones no más que con motes. Los de república, republicano, revolución, revolucionario y otros de la misma laya adquieren ya un sentido mítico y hasta mágico. Y junto a ellos, para condenar ciertos hechos, cuando no se encuentra bien a mano la justificación histórica de la condena, basta con achacarlos a la Monarquía, así, sin más. Basta decir de algo que es de origen monárquico para que se dé a entender haberlo dicho todo. ¡ Santa simplicidad y bendita pereza!

Pero ¿es que en los siglos de Monarquía española unificada no hubo pueblo español, y este pueblo español no tuvo voluntad, también española, y no la incorporó a la Monarquía con que se daba a sí mismo unidad? Y voluntad muchas veces radical, es decir, de raigambre y de raíces. Voluntad radical española, de raíces, y no sólo de follaje, no sólo de hojas, aunque éstas sean hojas de papel, de papeletas de voto. Y la voluntad radical, la de raíces, se afirma y sustenta bajo el suelo, en el seno de la tierra oscura que une los que fueron a los que serán, en las entrañas mismas de la nación, de la patria común. Mientras las hojas, que se mecen a todos los vientos, se ajan y pudren pronto, las arrastra el viento del otoño y forman mantillo que va a abonar las raíces que darán otro follaje, otra hojarasca. Pero la hojarasca, a las veces sonora cuando la menea vendaval —*vent*

d'avalt, viento de abajo—, no es la raigambre soterrada y silenciosa y continua.

¡La voluntad nacional radical! Aquí mismo marcamos una cierta distinción entre la República española y la España republicana. Pues bien; ha habido en siglos una Monarquía española y una España monárquica, voluntaria y radicalmente monárquica; una España que se sentía un poder —*arquía*—, uno —*monos*—, esto es, monárquico, y aun aparte del linaje carnal y perecedero que simbolizara y encarnara ese poder.

En Francia, cuando Luis XIV decía: "El Estado soy yo", no se refería a su pobre yo individual, mortal y frágil —¡y tan frágil!—, sino que quería decir que el Estado era la nación francesa, una y radical. Y cuando la Revolución francesa, francesa, o sea nacional, degolló a su pobre descendiente, el bonachón y fragilísimo Luis XVI, siguió la nación revolucionaria y republicana diciendo: "El Estado soy yo." Es que sentía su imperio. Y tan lo sentía, que trató de sembrar su revolución por todo el mundo imperialmente. Revolución imperial la francesa, como lo es en el fondo la rusa bolchevique, heredera del imperialismo zarista. Y se asentó y afirmó en la Revolución francesa el Imperio napoleónico; su colmo, Napoleón, el corso insular que encarnó la nación continental francesa, podía haber dicho: "¡El Estado soy yo!" Representa a la nación francesa una y radical, la que hunde su raigambre en la tierra común, oscura y silenciosa, sobre que ruedan las hojarascas del sufragio. Y la voluntad popular común sigue subconciente.

Tuvimos, sí, una Monarquía española; mejor, una realeza que en su forma dinástica se ha hundido, quisiéramos creer que para siempre; pero tuvimos también una España monárquica, que, si no en pie, sigue bajo el pie del árbol, en la tierra materna

que guarda a los que fueron y a los que serán. Y ésta es la España imperial. Y si sus raíces no se estremecen cada vez que sobre el solar rueda la hojarasca amarillenta y ahornagada a que arrebata el *vent d'avalt,* el viento de abajo, es porque la raigambre sabe lo que es y lo que vale el follaje. La España monárquica, es decir —entendámonos, perezosos de mente—, la del Poder —*arquía*—, uno —*monos*—, no era la Monarquía española histórica, como institución jurídica; era la España que sentía su imperio, la España radical. El gran poeta imperial de Roma, Virgilio, cantó: "Italia, Italia, Italia"; y esta estremecida jaculatoria pasó al gran gibelino Dante, y al gran gibelino republicano Mazzini, y al gran gibelino republicano Carducci. Y los güelfos se quedaban de lado rumiando particularidades feudales y podercillos temporales, y distincioncillas escolásticas y eclesiásticas, con dialéctica dialectal.

Y los güelfos de España —¡España!, ¡España!, ¡España!—, ¿qué harán? Porque no creemos que se les ocurra a los descendientes de los almogávares hacerse de nuevo a la vela, llevando a bordo a un Montaner, a la conquista de un nuevo ducado de Atenas. A encontrarse, acaso, allá, en Grecia, con unos chuetas que hablan español de la más grande España, de esta radical ibérica y de sus retoños ultramarinos. ¡España, España, España!

El Estado es España. Y es la nación. Nación, aunque sin rey —gracias a Dios—, monárquica en el sentido que hemos explicado a los perezosos del mito y la magia revolucionarios.

[*El Sol,* Madrid, 12-VIII-1931.]

SOBRE EL ESPAÑOL MEDIO

Recogimiento de celda. Aquí se inquiere mejor a los prójimos que estando entre ellos. El techo de la alcoba —celda— llega a parecer un cielo —todo es ilusión—, y hasta se sueña en él nubes. Nubes fantásticas, quimeras humanas, en las que va uno hiñendo el futuro español medio, el que salga de todo esto. ¿Será otro?

Esto del español medio me lo sugiere una expresión felicísima de M. Herriot, el jefe de los radicales socialistas franceses, hombre de fina cultura literaria, y por lo tanto, de atinados aciertos verbales. Esa expresión que halló fortuna, fué la de *le français moyent,* el francés medio. Término éste de origen estadístico. *Durschnittsmensch,* hombre de corto medio, dicen los alemanes; *aversage man,* los ingleses. Si metéis cien hombres en una especie de caldera psíquica y los fundís, de modo que desaparezcan sus individuales notas diferenciales —esa diferencialidad de que tanto se envanecen los pobres sujetos que no tienen otra cosa de que envanecerse—, y sacáis luego un cacho de la masa, ya bien fundida, para hacer el término medio, éste lo determinará. ¿Aceptable? Hay quien cree que un cacho así de muchedumbre puede ser útil para ser manejado —sobre todo como elector y votante—; pero que es poco apetecible para quien busca algo más íntimamente humano. A mí, por lo menos, este término medio me seduce muy poco. Tengo lo impresión que en ese sujeto —mejor: ob-

jeto— medio se acusa y exacerba el defecto, la nota diferencial, de la masa de que forma parte.

¡El francés medio! ¡El inglés medio! ¡El español medio! ¿No es de temer, amigo Salvador de Madariaga, que en cada uno de éstos se acentúe el vicio diferencial de estos tres pueblos que usted tan agudamente inquirió, más aún que en los casos extremos? El español de tipo medio ha de marcar el vicio característico y diferencial de la españolidad más aún que el español divergente excéntrico o extravagante. La divergencia, la excentricidad o la extravagancia libran algo del común pecado. ¡Y el nuestro es tan terrible!

Desde luego, el español medio tal como me lo figuro no es el español de la calle. Es más bien del hogar. Si bien por otra parte mi reciente experiencia me ha hecho llegar a la conclusión de que no sé qué es eso del hombre de la calle. Los que he oído llamar así hombres de la calle no eran hombres, sino mozalbetes. Mozalbetes que se dedicaban al deporte de alborotar sin importarles la finalidad del alboroto.

Pero... ¡el español medio! Cuando Herriot, el caudillo radical socialista francés, soltó lo del francés medio, exclamé yo con cierta petulancia patriótica: "Afortunadamente, no hay español medio; en España tenemos sólo extremos." ¡Qué pronto y qué improvisadamente lo dije! Mas después he ido recapacitándolo mejor y he ido viendo formarse el hombre del periódico, el hombre del santo y seña, el hombre de partido, el ciudadano conciente, y me he puesto a pensar en el español medio. Que ha de ser, naturalmente, una medianía.

Sí, ya sé que Cervantes, que tan bien conoció al español medio de su tiempo —Sansón Carrasco, entre los extremos sanchopancesco y quijotesco—, hablaba de las medianías bien intencionadas; pero ¡ay, mi Dios!, desconfío tanto de las intenciones medianas.

Prefiero las extremas. Y llego en esto a tal punto, que hasta me inquietan las inteligencias moderadas. ¿Te has fijado, lector, en los terribles efectos de la acción de muchos de esos hombres de inteligencia moderada? Y aquella triste y trágica sonrisa, aquella sonrisa abismática, de tan amarga dulzura, en que anegó Cervantes a su España, ¿no nació acaso al choque con las medianías bien intencionadas?

Estamos pasando tiempos en que se va fraguando un nuevo español; en ésta que he llamado renación española está renaciendo un nuevo español. ¿Qué guardará del viejo? Porque renacer es continuar la Historia. Lo cogolludo, lo nuclear, lo más profundo del hombre del llamado Renacimiento era el hombre medieval. Y no digamos nada del hombre de la Reforma. Y yo aquí, en este recogimiento de celda, a solas con mis compatriotas, sin el obstáculo de su presencia, voy sintiendo qué de antiquísimo régimen son éstos del nuevo.

¡El español medio de mañana! ¿Cómo será, Dios mío, cómo será? ¿Lo voy a deducir de todos esos pretendientes en corte que no saben hablar sino de enchufes? ¿Lo voy a deducir de todos esos otros que, aspirando a hacer una que sea sonada, apenas se preocupan sino del son? Y siento formarse una singular especie de espíritu público, mejor será decir de desánimo público, la de un pueblo que de repente ha hecho casi sin saberlo, como en hipnosis, un cambio, y se da cuenta de que no sabe qué hacer con lo que ha hecho. Y cuando oye decir a los militantes que tienen que responder a los anhelos del pueblo, éste, el pueblo, se pregunta: "Pero ¿cuáles son mis anhelos?" Y de este estado de conciencia, o si se quiere de inconciencia pública, ¿qué español medio va a salir? Porque los extremos, los unos o los otros extremos, ya no me inquietan. ¡Qué conflicto, Señor!

[*El Sol,* Madrid, 20-x-1931.]

Es ya antiguo amigo mío Corpus Barga. Ha recordado hace poco que yo le di lo que él llama espaldarazo literario, cuando llamé la atención hacia algo que escribió con motivo de la muerte del gran pobre Tolstoi. Después, en París, durante mi destierro, tuve ocasión de conocerle, es decir, de quererle mejor. Por lo cual he podido agradecer todo lo que hay en el tono de un artículo que, en el *Crisol,* me dedica y en que me llama "el tío espiritual de tantos españoles, el tío de Salamanca". Acepto lo de tío, que muchas veces es más cariñoso que "padre" o que "abuelo". Y ahora, ese tío debe comentar brevemente algo de lo que, por intermediación, tomándome de mingo, dice a sus lectores Corpus Barga, en su artículo "Lo inesperado: se está formando un español de cemento".

Este español de cemento —no sé si armado o por armar— parece ser que sea el que este tío ha llamado "el español medio de mañana", y que, la verdad, sigue inquietándome y hasta dándome miedo. Me da miedo ese español de santo y seña, de disciplina, de partido, que me dicen está fraguando la República, esta quisicosa ya casi mística. "Lo que hace falta —dice Corpus Barga— es que el cemento en que se está vaciando el español medio de mañana, no sea de fraude, como el que ponen los contratistas en las casas nuevas." ¡Cabal! Y luego "que desaparecerá la originalidad media del señor de café que tiene opiniones propias sobre todo". Bien, con tal de que no tengan

opiniones ajenas sobre todo y aquello de "eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante, etc." Qué si la fe implícita jesuítica es fatal, más fatal es la fe antijesuítica o radical o marxista. Y acaba: "El español de cemento sustituirá al español de trapo." ¿De veras? Sospecho, por otra parte, que una muralla de trapo puede ser más resistente que una de cemento.

¡El español de cemento! Permita el lector que este tío, llevado de su oficio, arrastrado por las asociaciones verbales, piense que el cemento ha de ser muy bueno para edificar cementerios. No es que el vocablo cementerio tenga que ver con el vocablo cemento, aunque éste modificó, por lo que los lingüistas llaman contaminación, analogía, la forma primitiva de aquel latinizado *cocmenterium,* que quiere decir acostadero o dormitorio. No sé qué tal se dormirá en una cama de cemento, pero presumo que se ha de dormir mejor en una cama de trapo. Ahora, si se usa la cama como potro... Porque al hombre de un santo y seña no conviene dejarle dormir. Ni que consulte su futuro voto con la almohada. Hay que hacerle que vote al romper el alba, después de diez o doce horas de envenenamiento, y cuando no sabe ni lo que va a votar. Esta es la disciplina. Disciplina que no se puede imponer a los verdaderos discípulos. Es la disciplina del tercer grado de obediencia, la obediencia de juicio que estableció Iñigo de Loyola, forjador de una disciplina de cemento armado.

¡El cemento! ¡Y cómo me entristece! La madera, el ladrillo, la piedra, pueden soñar y sueñan. Sueña el Escorial, sueña el acueducto de Segovia, sueñan las murallas de Avila, sueña la Giralda de Sevilla..., ¡pero esos rascacielos de cemento!, esos no sueñan, duermen. Sueña el acueducto de Segovia a la luz de la luna.

Nos dice también Corpus Barga que una de las

manías de este tío ha sido echarle la culpa de todo lo que pasaba en el pueblo al pobre Sansón Carrasco, "el cual —añade—, jóvenes comentaristas literarios, está pidiendo una justa rehabilitación". ¿Pero es que Sansón Carrasco era acaso también de cemento? Puede ser, pero con su grieta, con la terrible grieta del cemento, con la grieta por la que el cemento se quiebra.

Pues Sansón Carrasco, que empezó compadeciendo cariñosamente a su convecino Alonso Quijano el Bueno, y a la vez de compadeciéndole, también envidiándole la locura y el renombre que ésta le daba, y que un poco por compasión y otro poco por envidia, trató de curarle, reduciéndole a su hogar; Sansón Carrasco, cuando después de vencido, fué otra vez a Barcelona a curar —¡a curar!— a Don Quijote, era ya un resentido y un resentimental. El bachiller manchego de cemento llevaba ya su grieta, su terrible grieta, su grieta radical.

Nos dice Corpus Barga que las sociedades de las viejas naciones más individualistas, al parecer, Inglaterra, Francia, están hechas a base de santo y seña y de disciplina. Sí, y de grietas. He vivido, lo sabe bien Barga, en París y algo sé de los tristes agrietamientos de su cemento parlamentario. Y los griegos sabían muy bien cuál es el terrible morbo de las democracias. El pensar en las grietas del cemento aumenta mi radical pesimismo. ¿Qué le va a hacer este tío?

[*El Adelanto*, Salamanca, 29-x-1931.]

SOMNIA DEI PER HISPANOS

En aquel tan sugestivo libro *The autocrat of the breakfast table* (El autócrata de la mesa redonda) —¡y qué extraño que no se haya traducido ya!— le hacía decir su autor, Oliver Wendell Holmes, al monopolizador conversacionista, esto: "No supondrá usted que las observaciones que hago en esta mesa son como otros tantos sellos de correo, cada uno de los cuales sólo se usa una vez. Y si supone así, se equivoca. Tiene que ser un pobre hombre el que no se repita a sí mismo a menudo. ¡Imagínese al autor de aquella excelente pieza de consejo "¡Conócete a ti mismo!" sin volver a aludir a ese sentimiento durante todo el curso de una prolongada existencia...! Porque las verdades que un hombre lleva consigo son sus herramientas; ¿y cree usted que un carpintero no tenga que usar el mismo cepillo más que una vez para cepillar una tabla nudosa o tenga que colgar su martillo después que ha metido su primer clavo? Jamás repetirá una conversación; pero una idea a menudo. Usaré los mismos tipos cuando me plazca; pero no, de ordinario, de la misma estereotipia. Un pensamiento es muchas veces original aunque lo haya uno expresado cien veces. Se le ha ocurrido por nuevo camino, por un nuevo y expreso curso de asociaciones." Y además, añado yo, es en vano que esquivemos repetir la respuesta. Así ahora.

Pues me escribe uno de esos mozos de vanguardia sin peso de historia, que, forasteros en dondequiera, tiran tan sólo a arrasarlo todo a su propio vacío rasero —¡claro que de boquilla!—, que la República

debe ir a paso de carga, y yo le respondo —a él, ¡irresponsable!— que no, sino a paso de trilla. ¡Aunque después se pongan a pegar fuego a las parvas! ¡Es tan entretenido!

Invoca, ¡claro!, la revolución. ¡Y dale con ella! Pero yo le pregunto qué quisicosa es ésa de la revolución que tanto traen en boca. ¿Es revolverlo todo? ¿Es volver la tortilla? ¿O es lo que se llama en astronomía revolución, la de los planetas en torno del sol, la de los satélites en torno de un planeta? En un reloj de bolsillo el segundero va más de prisa que el minutero, y éste más que el horario; pero todos vuelven al mismo punto, cumplen su revolución, y... vuelta a empezar.

¿A paso de carga? ¿A cargar sobre qué? Ni él, mi corresponsal el mozo de vanguardia, lo sabe. Es que se encuentra en un estado de ánimo que podríamos llamar catastrófico, en un tenor revolucionario que no es político, o sea civil, ni ético, o sea moral, ni menos religioso, sino estético; es que sufre de lo que se diría acedía seglar —correspondiente a la acedía claustral, que tanto torturaba a los ascetas—, de tedio civil, o, en una palabra, de aburrimiento. Es el mismo triste estado de ánimo que lleva a tantos a las corridas de toros no más que en acecho de lo que llaman hule. "¡Así no se puede vivir; aquí no pasa nada!" —decíame uno de esos mocetes—. Y es lo que les llevó a quemar conventos a mozalbetes que ninguna enemiga abrigaban contra sus frailes. Una enfermedad del magín; un efecto de la leyenda cinematográfica de la actualidad. Y en el fondo, una falta de formación histórica.

Los más de esos chicos y grandes que hablan de la revolución que está por hacerse en España no saben de lo que se trata. Es aquello "cuando venga la gorda..." Prim hablaba de destruir en medio del estruendo —así— todo lo existente, y apenas si quedó

el estruendo. "Se fué para siempre la raza espúrea de los Borbones", decían; pero en Cartagena —que está en la misma costa que Sagunto— prepararon los cantonales su vuelta restauradora. Y segunderos, minuteros y horarios se pusieron a dar las horas al paso del sol, que no se sale del suyo.

Y es por esto por lo que vengo insistiendo y volviendo a insistir en que se críe a la generación nueva en el hondo sentimiento de la historia patria, en el arregosto de la tarea cotidiana, en el consentimiento del lazo que nos une con los que nos han hecho españoles. Porque aquí la historia es historia española, y España es su propia historia, su obra. *Gesta Dei per francos,* los gestos; es decir: las acciones o hazañas de Dios por medio de los francos —dijeron éstos—. *Somnia Dei per hispanos,* los sueños de Dios por medio de los hispanos —digamos nosotros—. Y éste será el más profundo sentimiento de la patria y de su historia. ¿Meta última? El gran historiador alemán Ranke solía decir que cada generación está en toque inmediato con la Divinidad. Y es que hay como una visión beatífica civil y mundana, y es la contemplación, la comprensión y el goce de la historia que se está haciendo. Hacer historia es comprender y gozar de su comprensión. Y hacer historia es hacer patria y es hacer religión.

Y hasta para ponerse a echar mano a un derribo y desescombro, que no es otra cosa una históricamente inevitable revolución, se debe ir a ella, no por emociones catastróficas, no por holgorio callejero, sino con la alegría del sentido de la responsabilidad histórica. Sentido que nos dice que la verdadera revolución —diríase que astronómica—, la permanente, va a paso de trilla. Y ¡ay del que, arrastrado por la afición catastrófica, no va sino a salir del paso!

[*El Sol,* Madrid, 14-1-1932.]

LA ENORMIDAD DE ESPAÑA

Téngome aquí con la confesión íntima, entrañable, de un castizo —"lígrimo" (legítimo) se diría en habla charruna— jabato español de hoy en día, de un chico de España, donde se acabaron ya los grandes de ella. ¡Y lo que me ha sucedido! Pues, ¿hay acaso algo más malencónico que ver caer las hojas, amarillentas y ahornagadas, de la enredadera que se enreda a las ruinas y las enreda? ¿Y si esa enredadera fuese, no estéril yedra, sino fructuosa vid cuyos sarmientos lañaran en verde los ruinosos sillares desmoronados? Malencónico, digo, pues que de romanceada —también charruna— malenconía, que no de culta melancolía se trata, de esa malenconía que remata en mal encono, en nuestro típico resentimiento celtibérico. Y es que resiento por los mal-enconos de este jabato lígrimo que se me confiesa no ya com-pasión, sino con con-miseración; es que me resiento no tan sólo padeciente, sino miserable con él y como él.

Vamos, chico..., tienes mucha razón. España no es alegre ni tiene por qué alegrarse. Ni por qué holgarse, que ni puede pararse a tomar huelgo, que el tiempo aprieta. Y la huelga suele dar en juerga, y los duelos con pan son menos. Lo que tiene España es que tomar contento —y contenido—, que contentarse; mejor, tiene que conformarse con su destino, con su misión eterna y no sólo temporal. Conformidad. ¿Pero con qué forma? ¿Qué forma le daréis a España los que habéis nacido a la vida nacional y popular —ci-

vil y laica— bajo el sino de la República? Laica es religiosa. ¿Qué forma y qué norma?

Norma, sí, pues a muchos de vosotros —"estos chicos..., estos chicos..."—, acaso a los mejores, se os reputa de anormales. Y dejadme que en esto de la anormalidad me pare un poco.

Anormal, ya lo sabéis, es un vocablo híbrido —mestizo— de prefijo griego y tema latino. Lo propio latino, que se hizo castellano, es: enorme. Enorme es lo que sale de norma, lo anormal. Y norma era una escuadra de que se valían los agrimensores romanos, una regla, por donde lo enorme es lo irregular, lo inescuadrado o acaso desescuadrado. ¿Y cuál la norma española? ¿Cuál la norma de cuando España, la eterna, talló aquende y allende la mar dos mundos? ¿Cuál la norma, la escuadra, del universal imperio español, carolino y filipino, calderoniano y cervantino —mejor: segismundiano y quijotesco—, iñiguiniano y teresiano? ¿Cuál esa norma? Esa norma fué y es —y ésta sí que es paradoja, y trágica— la enormidad. La norma castizamente española es la enormidad, es una escuadra para escuadrar el cielo y tallarlo a nuestra medida. Lo anormal, nuestra normalidad.

Ya Nietzsche dejó dicho que España osó, se atrevió —esto es: se atribuyó— demasiado, y Carducci habló de "la afanosa grandiosidad española". Y, antes que ellos, Edgar Quinet —aquel apocalíptico profeta galo-romántico—, ya en 1844 (*Mes vacances en Espagne*, publicado en 1857), cuando decía a nuestros abuelos que no vale una gota de sangre "enmascarar, desfigurar a Felipe II bajo una Constitución de papel" —¡así!—, les decía que tomaran la vía de la revolución propia que pide un alma regia, para lo que basta ser sencillamente español. Y les hablaba de la vasta herencia de democracia que la vieja Monarquía española había preparado, les hablaba de

continuar una nación de hidalgos —*gentilshommes*— proletarios sin rebajarla a burguesía; de asombrar —*étonner*— a Europa en vez de imitarla. "No haréis nada de vuestro pueblo —les decía— si no le ponéis ante los ojos alguna alta misión a que Dios os convida... Encontraréis la América con doscientos hombres, las Indias con ciento cincuenta. No poseeréis ya ni una ni otra de las Indias, pero si el empuje interior de vuestro espíritu nacional vive todavía descubriréis otros mundos sin salir de vuestra casa." Y acababa: "¿Por qué no habréis de combatir en vuestra fila de batalla el antiguo combate por la antigua Iglesia verdaderamente universal, no de Roma, sino del mundo; no del Papa, sino de Cristo? La iglesia cristiana nacional, civil y laica."

Y tres siglos antes que Quinet, en 1541, Miguel Servet, el bravío aragonés a quien hizo quemar, en nombre del Cristo, Juan Calvino en Ginebra —si no le habría hecho quemar en Viena de Francia, y a nombre también del Cristo, el cardenal de Tournon, a él, y no a su efigie, que quemaron— dejó dicho que el ánimo de los españoles es inquieto y revolvedor de cosas grandes: *inquietus est et magna moliens hispanorum animus.* ¡Revolvedor —y rumiador— de grandezas! Lo de Quinet, lo de Nietzsche, lo de Carducci, lo nuestro. Y este revolver grandezas es nuestra verdadera revolución. Revolución y revuelta, vuelta atrás. Pero no en el tiempo. Nuestra escuadra lo es de eternidad.

¿Devolverá, revolviéndose, el inquieto mocerío español de hoy y de mañana, su mocedad a la España de siempre? Aquella su enormidad es la gloria eterna de España. ¿La que pasó? La gloria no pasa, sino que se queda. O mejor, la eternidad que por el tiempo pasa se queda por encima y por debajo del tiempo. "Cualquier tiempo pasado fué mejor." ¡No, no y no! Pero cualquier eternidad pasada es —no

fué— mejor. Como tiempo no, aquel tiempo pasado del siglo XVI, su cuerpo temporal, no fué mejor, pero como eternidad, como alma intemporal, aquélla es mejor. Y

a reinar, fortuna, vamos,
no me despiertes si sueño...

Tenéis que revolvernos al reinado de España, de S. M. Imperial España.

¿"Simulación, verbosidad y sofística", que decía Servet? Ah, de esto ya hablaremos. ¿Verbosidad? Con el verbo hicieron nuestros antepasados lo mejor, lo más eterno que hicieron, con la palabra, y no con la espada. Norma, la palabra.

Y ahora, ¡qué congoja me entra al ver caer de la verde enredadera hojas amarillentas y ahornagadas sobre los ruinosos sillares de la patria!

[*El Sol,* Madrid, 10-III-1932.]

¿En qué recodo de esquina de España hallar sosiego seguro en estos nuestros tiempos seglares que se amontonan entrechocándose? Sosiego para recobrar huelgo, y después... ¿Después? ¡Sosiego! ¡Qué palabra tan nuestra, tan castellana!, de las que se paladean. "¡Sosegaos!", solía decir Felipe II de España, el Prudente, a los que se estremecían ante su mirada de acero limpio y dulce. "¡Sosegaos!" Sosiego el del cartujo que se aceita para el viaje sin fin y se olvida, en puro pensar en ello, de que tiene que morirse, y le deja el orujo al cerdo —o al jabalí—, empeñado en hozar trufas en tierra. ¿Dónde hoy el sosiego íntimo en España? Que el sosiego no es fiesta, ni menos festejo, no es esparcimiento sino recogimiento. El sosegado no se esparce, sino que se recoge. En la fiesta suele haber desasosiego, que se trata de ahogar con la fiesta misma. El sosiego del silencio bizma el ánimo como no le bizma la música de la fiesta. Y si la muerte llega, según el inmortal coplero, "tan callando", es porque con su silencio nos briza para el sueño de la eternidad. ¡Sosiego seguro y silencioso! ¿Dónde encontrarlo hoy?

¿Dónde? ¡En el seno mismo de la batalla inacabable! Pasé más de una docena de años de mi apretada mocedad trabajando en una obra, en una especie de epopeya de la guerra civil que brizó los ensueños civiles de mis años mozos, a que titulé *Paz en la guerra,* y dentro de aquel trabajo, que era

también, a su modo, una guerra, hallé paz y el contento que la paz ganada en guerra trae consigo. "Hay que trabajar, nada más que trabajar" —*il faut travailler, rien que travailler*—, le escribía el gran escultor Rodin al gran poeta Rilke. ¿Nada más que trabajar? Pero es que el trabajar, cuando no es trabajo servil, cuando no es maldición del Altísimo, es más que puro trabajo que busca fruto eterno. Es rezo y es sumersión en las aguas del misterio del destino. Dar con el mazo es rogar a Dios y pedirle luz.

Porque otro poeta, el gran poeta civil de la Italia unificada, de la tercera Roma, Josué Carducci, dijo:

Meglio oprando oblir senza indagarlo,
questo enorme mister del'universo! (1).

esto es: :"Mejor obrando, olvidar sin indagarlo, este enorme misterio del universo". Obrar no es propiamente trabajar tan sólo, pues hay trabajos que se emprenden sin esperanza de rendir obra. Y son trabajos de desesperación, de maldición. Pero ¿es que cabe obrar, conseguir obra, crear algo, sin indagar, por el mero hecho de la operación, este enorme misterio del universo? ¿Es que todo trabajo fecundo no es una indagación del misterio? ¿Es que quien pone toda su conciencia en su propio trabajo, en el de su vocación, no está indagando el enorme misterio de su propio destino? Y en este trabajo se halla sosiego. Como la eternidad no está fuera del tiempo, sino en sus entrañas, así la paz está en las entrañas de la guerra y el sosiego en las de la revolución. Y he aquí cómo al revolver de los años, cuando voy frisando en los sesenta y ocho, me revuelvo a las meditaciones de cuando entraba en mis veinte en aquel mi Bilbao palpitante de los ecos de la contienda civil

---

1 "Idillio maremmano". (N. del E.)

entre dos tradiciones españolas. Y la contienda sigue. Y sigue la guerra. Pero sigue también la paz.

¡Sosiego! ¡Sí, sosiego! En este trabajo, por ir haciendo la historia de nuestra España —nuestra si la hacemos nosotros—, cada uno según su vocación y su profesión; yo, procurando aclarar con la limpieza de nuestro lenguaje la limpieza de la obra que estamos obrando; en este trabajo, por ir haciendo la historia de nuestra España, el sosiego está en contemplar, en momentos de silencio y seguridad, la historia ya hecha, en contemplar nuestra obra. ¡Y esto sí que es una fiesta del alma eterna! ¿Que aún queda por hacer? ¿Y quién nos quita ya lo hecho?

Seguimos haciendo a España, que es obra sin fin y obra de continuidad. En cualquier tarea que se nos presente, que nos imponga la Providencia divina, por ejemplo, en lo que se llama la reforma agraria, no se trata sólo, ni aun primeramente, del bienestar material y terreno del pueblo trabajador, se trata de ir formando a la patria para su último destino histórico. Y así, en el caso de esta reforma, se trata de una obra que cuadra al pueblo español como tal. Y aquí, donde vivo y escribo esto, al pueblo castellano. Y pienso, al contemplar las sosegadas encinas, flor de la roca, de los campos que ciñen a esta ciudad gloriosa de Salamanca, encina plateresca y arenisca también, pienso que en generaciones venideras puedan los nietos de nuestros nietos, al pie de esas encinas, no taladas por la ciega codicia de los roturadores, gustar sosiego pensando en nuestras obras de reforma.

Sí, disturbios, cargas, huelgas, atracos, refriegas... e infundios. Y ¿dónde y cuándo no? Lo que no excluye, sino que más bien incluye la íntima paz, la que cimenta la guerra, el sosiego entrañado. Y merced a esos inevitables disturbios se nos va aclarando el enorme misterio de nuestro providencial des-

tino histórico. Porque nunca hemos pensado más los españoles en lo que ha sido, en lo que es, en lo que será, en lo que podrá llegar a ser España —pensar en lo que pudo haber sido no es sino ocioso desvarío—, que pensamos ahora. Y esto sí que es continuar la historia de España —lo de Cánovas del Castillo, liberal, despues de todo—, y esto sí que es restauración. En la que colaboran los que se proponen, torpe y ciegamente, estorbar el enraizamiento del régimen republicano, y que son, sin saberlo ni quererlo, la oposición de la República al Gobierno republicano.

¿En qué recodo de esquina de España —os decía— hallar seguro sosiego en estos nuestros tiempos de lucha civil? No en recodo de esquina, sino en medio de la plaza pública, recogiéndose cada cual, a sus horas, en medio del público esparcimiento. Y cuando nos llegue la que se viene "tan callando", nuestra obra nos abrirá el enorme misterio del destino histórico de nuestra —¡nuestra!, ¡nuestra!— España.

[*El Sol*, Madrid, 17-v-1932.]

LAS DOS VERTIENTES DE ESPAÑA

Hijo del Cantábrico yo, del golfo de Vizcaya o de Gascuña —Gascuña viene de Wasconia: gascón, de wascón—, recocido en la encumbrada meseta castellano-leonesa, en la cuenca —concha— del Duero, al que va el Tormes, cuenca que fué, se dice, lecho de un mar interior antediluviano, he venido, remero de España, a esta costa alicantina, a esta marina de Levante, por donde sale el sol. Y he venido atravesando la Mancha, ese piélago de tierra de Don Quijote, en el que Sancho soñó su ínsula. En Criptana contemplé los molinos contra el cielo implacable. Que ahí, en ese campo de los molinos y de las encinas, el hombre también se recorta contra el cielo y sobre él por fondo. La "extensidad" —e intensidad— del campo es extensión —e "intensión" que se hace intención— del hombre en que arraigar para la eternidad. Y esa extensión —e "intensión"— se extiende, tensa, en redondo hasta soldarse con el cielo mismo. El horizonte, o sea el lindante, borra las lindes. Y se hace, se tesa, un campo austero, ascético, casto. Como Don Quijote y como también Sancho. Pues hay que ver en el trato todo lo que hay de contención y de contenido contento, sin efusión aparatosa, en la cortesía —no cortesanía— celtibérica, en eso que los franceses solían motejar de *morgue castillane,* en la gravedad señoril. En esa gravedad que es tersura, tiesura de dueño de sí.

Luego venía declinando, tendiéndose la tierra ha-

cia la mar, y por fin dimos vista a este Mediterráneo. ¡Mediterráneo! "¡Es un verso adónico!", solía decirme Gabriel Alomar, el mallorquín. ¡Mediterráneo! Aquí, a su vera, las rocosas colinas —pueyos podríamos decir—, sin leña ni pasto, se desnudan ante la mar, para tomar el sol. Pero sufren sed, sed de agua dulce, de sierra, que la de la mar no la apaga. Presidiendo a Alicante, a Alacant, el castillo, roca de mano humana, de Santa Bárbara, en Benacantil, roca de mano divina. Y los ríos —"nuestras vidas son los ríos"—, ramblas mejor, como el Vinalapó, en Elche, o el Guadalest, llegan secos, sin vida, sedientos, a la mar, que es su último morir. Y he venido de aquellas encinas sosegadas, recogidas y castas, que ocultan, pudorosas, su verde y recatada flor, la candela, a estas palmeras costeñas que se cimbrean, vistosas, a la brisa de la marina que aparentan hacer muestra de su floración carnosa y encendida. La luz es otra. No la luz de cumbre de tierra —tal la meseta— cruda y cortante, sólida, sino luz de marina, fundente y como líquida. Y los dos, la meseta y el mar, dos espejos del cielo.

Y aquí, en Alicante —Alucant, Alacant—, extremo sur del en un tiempo dominio lemosín, el recuerdo de Don Quijote me trajo el de Tirante el Blanco, uno de los caballeros andantes —a las veces navegantes— que suscitaron a nuestro manchego. Tirante el Blanco no fué continente, ni contenido, ni casto. La sangre le bullía en las venas, y en el cuerpo le bullía la carne. Y los recuerdos mellizos de Don Quijote y de Tirante el Blanco me han traído —otra vez— la noción de las dos vertientes de nuestra España, la que nos ha hecho y estamos haciendo.

Porque España, de partirla en dos —¿por qué no en tres o en más?—, habría que partirla, no por latitud ni longitud, sino según las dos vertientes, según que las aguas de sus tierras vierten al Medite-

rráneo y a aquella porción del mar del Estrecho que le es aledaña o vierten al Cantábrico y al Atlántico. Y como que cruza y traspasa a estas dos vertientes el río epónimo de Iberia, el Ebro, que al pie del Pirineo nos une. Y lo vigila el Urbión, cuna del Duero, donde nació la leyenda del Cid castellano, conquistador de Valencia. Como Don Quijote, conquistador también del Mediterráneo. Que a ser vencido, conquistado, y con ello a conquistar, pues su vencimiento fué su victoria, le llevó Dios a la playa de Barcelona, al mar latino. ¿Latino allí o fenicio? Aquí, en Alicante, acaso helénico. ¿Y quién se acuerda hoy, ni en su tierra, ni en su marina, de Tirante el Blanco, de Tirant lo Blanc? Ni aunque a la crónica de sus hazañas y proezas se les perdonara el castigo del fuego en el escrutinio de la librería que volvió loco de desatarse a Don Quijote. ¡Y quién sabe lo que acaso habría dicho Tirante el Blanco, en su lengua líquida, al pie de una palmera, frente al mar latino —ellos le decían *mare nostrum*—, con un puñado de dátiles en la mano y dirigiéndose a los tripulantes de algún falucho de pesca mientras dormía la vela latina de éste! Pero Tirante no se rozaba con gente tan humilde, de faluchos y de laúdes.

Conquistador Don Quijote, conquistado al desengaño en Barcelona; conquistadores Cortés, Pizarro, Alvarado..., hombres de tierra adentro, de paramera y de meseta. Que suelen ser los hombres de cumbre, de serranía o de meseta, los que van cobrando tierra, y al llegar a su lindero, a la mar, se lanzan a ésta a cobrar más tierra, en ultramar. Así, en Grecia, los dorios. Los costeros, los de la marina, se arregostan en ésta. Y es de creer que en la cruzada de almogávares, de catalanes y aragoneses, a la conquista del ducado de Atenas, en aquella luminosa cruzada que narró Muntaner, los del empuje serían los de tierra adentro, los de las faldas del alto Pirineo. El

empuje de ensanchamiento del solar común, de Iberia, lo dieron, sobre todo, los que dominaban las cabeceras de las dos vertientes. Y en estas cabeceras sonó el verbo imperial. Lengua que se fué liquidando, que se fué en cierto modo ablandando según bajaba, con los ríos, hacia la mar. La lengua robusta, robliza —*robustus* deriva de *robur,* roble—, encinosa, cobra, en Andalucía, por ejemplo, aceitosidad de olivo y se hace más resbaladiza, más lúbrica —lúbrico es lubrificante—, menos casta. Y también menos castiza. Pero gana en otra vida terrenal más íntima. Sin que esté de más aquí, a este respecto, el hacer observar que el ya famoso busto de la llamada dama de Elche, se discute ahora que sea dama, y no más bien digamos... "damo", una divinidad masculina o femenina, quién sabe si común de dos o ambigua. ¡Hay tantas ambigüedades en nuestra religión popular ibérica!

Y aquí, en este Alicante, al sur del antiguo reino de Valencia, que, Murcia intermedia, se enlaza con Andalucía, se siente la honda trabazón y la semejanza estrecha entre el dominio lemosín, mejor diríamos catalán, y el andaluz, y cuán profundamente se asemejan estas dos porciones de la vertiente mediterránea. Y todo lo otro, de españoles del Norte y del Sur, no es sino apariencia, y norteño un epíteto engañoso. Hay hombres de llano y costa, y los hay de sierra y cumbre, contando como cumbres las mesetas centrales, las de las fuentes de los siete grandes ríos, que cumbres son Burgos y Salamanca, a más de ochocientos metros, y Avila y Soria, a más de mil.

[*El Sol,* Madrid, 2-IV-1932.]

"¿Qué quiere usted? —me dijo encogiéndose de hombros—; éste es un país imposible, de niños gastados y donde la gente se muere de sueño", y al oírle le miré a los ojos y sentí escozor en el meollo del espinazo. ¡Morirse de sueño! —pensé—, no de de hambre, ni de sed, ni de asco, ni de dolor, ni de aburrimiento, ni de cansancio, sino de sueño, y de sueño de dormir, ¡no de sueño de soñar! ¡Que la vida, y con ella la muerte, sea sueño, pase!, ¡pero que sea dormida!... Y en seguida me acordé de aquel pasaje del libro de la *Agonía del tránsito de la muerte,* publicado en 1544, del casticísimo escritor toledano Alejo Venegas, donde nos dice que los que están a la puerta de poder ver a Dios, en trance de morir, "no es razón que se duerma". Por lo que aconseja que para curar "este sueño profundo, que los médicos llaman Jubet", se le ate al moribundo "fuertemente con unas vendas los muslos y dende a poco abajar las ataduras a las pantorrillas y fregarle las piernas con sal y vinagre y ponerle a las narices ruda y mostaza molida"... y "echarle a cucharadas por la boca euforbio trociscado, que tienen los boticarios, e por no dejar remedio alguno, travarán un lechón de la oreja para que gruña a los oídos del flemático soñoliento"... Basta.

Pero... Vicente Medina, siglos después, cantó:

"No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
¡a ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertara!...
¡Tengo una cansera!..."

Y el pueblo, anónimamente, había cantado:

"Cada vez que considero
que me tengo que morir,
tiendo la capa en el suelo
y no me harto de dormir."

¡Morir de sueño!

Y el mismo Venegas, en el mismo libro, tratando de "los vicios propios de España, de los cuales tienta el diablo a los españoles, ni han de pasar del monte Pireneo adelante, ni del estrecho de Gibraltar"; es decir, de nuestros vicios, "demás de los otros que son generales a todos los hombres", decía que son cuatro. ¡Y menos mal al menos! "El primero es el exceso de los trajes..." "El segundo vicio es que en sola España se tiene por deshonra el oficio mecánico, por cuya causa hay abundancia de holgazanes y malas mujeres... los cuales, si no tuviesen por deshonra el oficio mecánico, allende que represarían el dinero en su tierra que para comprar las industrias de las otras naciones se saca, se excusarían muchos pecados"... "El tercero vicio nasce de las alcuñas de los linajes"... "El cuarto vicio es que la gente española ni sabe ni quiere saber... Deste vicio nasció un refrán castellano, que en ninguna lengua del mundo se halla, si no en la española, en donde solamente se usa, que dice: Dadme dineros y no consejo."

¡Vaya con Alejo de Venegas, uno de aquellos a quienes leyó Santa Teresa seguramente, el toledano del XVI, y cómo acuñó tópicos que habían de correr los siglos posteriores! No debió de haber salido mucho ni despacio de su tierra. No debió de haberse preguntado si el tener por deshonra el oficio mecánico no provendría de que este oficio no daba, "no podía dar" de comer a todos los que paría España y que sería inútil represar un dinero que no valdría

en las naciones industriosas; si la holganza no provendría de una pobreza radical de la tierra y no la pobreza de la holganza. Y en tiempo de Venegas y después de él, ¿no ha sido muy nuestro el dormirnos en la suerte que es dormirse a morir? Ni se preguntó el toledano, el que tanto sabía, si el no saber ni querer saber más sus coterráneos y contemporáneos no sería porque sentían de antemano la vaciedad de todo saber que no les diese una última finalidad de vida. Que aquí, en el sentido del "para qué" está el toque.

Pues este mismo Alejo Venegas, en la "Breve declaración de las sentencias y vocablos oscuros que en el Libro del tránsito de la muerte se hallan", nos dice: "Acuérdome aquí de lo que dijo un día Atanasio, el menor de los hijos de casa. Dióle un dolor de ijada, y él, como era tan niño, no sabía qué cosa era ijada, y después de haberse hartado de llorar y de decir: "¡ay que me duele, ay que me duele", dijo con un gran descuido a su madre: "Señora, ¿adónde me duele que me duele mucho?" Y bien con haberle dicho su señora madre que en la ijada, no le habría dicho nada. Como no remedian los médicos una enfermedad con sólo ponerle un nombre. No cuando el pueblo dice que adónde le duele que le duele mucho, se arregla el dolor con hablarle de la holganza y de la ignorancia.

"¿Es que se arregla más —se nos preguntará— con declararle la raíz última de sus males y cómo ha de acomodarse a ellos?" En aquellos tiempos de Alejo Venegas, en que los pobres españoles —¡pobres, pobres, pobres!— sentían que el entregarse a oficios mecánicos les era como sacar agua del pozo con un cedazo y que no represarían un dinero que no valdría nada fuera de España —ni dentro de ella— y sentían que los consejos que les daban no aclaraban el sentido y fin de sus vidas; en aquellos tiempos el ansia

de vivir, o mejor, el ansia de sobrevivir, les dió un ensueño, les dió un consuelo de haber nacido a morirse. Y holgazanes e ignorantes se dieron a soñar una patria última y definitiva. Y este ensueño, por maravilla, les hizo trabajar en él, en el ensueño, y estudiarlo. Y así, si es que se murieron de ensueño, de soñar, no se murieron de sueño, de dormir. A pesar, siglo después, de Miguel de Molinos, el de nuestra castiza nada, el del quietismo, el del silencio de pensamiento, el aragonés tan nuestro.

Sí, ya lo sé, ya lo sé; ya sé que a algún lector se le encabritará el ánimo ante semejantes crudas revelaciones y hasta me echará en cara, en reproche, el que las largo deteniéndome en un desmesurado saboreo de ellas y de su picor; pero es que, lector, me está desazonando el observar cómo se hinchan ilusiones de un porvenir de riqueza y de sabiduría y de bienestar, en una España renovada por arte mágica. ¿Que mejoraremos?, ¿quién lo duda? Pero hay que poner tope a las ilusiones. Y sobre todo hay que pensar para qué; esto es: en el para qué del para qué; para qué fin —esa mejoría—. Y si no es mejor el opio —que dijo Lenin— de morir dormido.

[*El Sol, Madrid,* 16. X. 1932.]

ENTRE AQUILES Y EL CID

En el poema homérico se nos cuenta de cómo Ulises, en su odisea, bajó al reino soterrado de los muertos, de las sombras de los que habían de veras vivido, y de cómo evocó la de Aquiles, y al presentársele, el héroe le saludó como a rey de los muertos, a lo que éste le respondió que es mejor que ser rey de los muertos ser lo peor que pueda serse en el reino de los vivientes. Y que lo peor que puede a uno caberle en suerte en el reino de los vivientes es ser ciado de amo labrador pobre. Amo de labranza pobre, diremos que es igual que amo pobre de labranza. Lo peor en esta tierra es ser labriego a servicio y sueldo de labrador. De pobre pegujalero que necesita brazos de alquiler, de pequeño propietario, de arrendatario o colono que tiene que empeñarse para pagar la renta. Y ésta ha sido la tragedia en las mesetas centrales de este reino —ahora república, y es igual— de los pobres vivientes españoles. Cuya suerte no sabemos si envidiará la sombra del Cid Campeador, el que iba por la cuenca del Duero reclutando desesperados para que saliesen de miseria y lacería con el botín arrancado a los moros de las ricas huertas de Valencia.

Lo que nos hemos acordado de las palabras de Aquiles y de otras del Cid ahora en que ingenuos creyentes en la virtud de una reforma agraria —de una cualquiera— parecen esperar que ésta corregirá una... llamémosla injusticia de la suerte. O del destino. Porque hay en esta pobre, pobrísima tierra de nuestros vivientes algo peor que ser criado de amo

de labranza pobre, y es, dejando de ser criado, jornalero, pretender sacar harina de las peñas, que a lo más sirve para muelas con que se muela el centeno. Por lo que se comprende que muchos de esos pobres vivientes quisieran no tierra sino jornal, y el más alto posible. De la tierra saben ellos que se saca para darles el jornal; pero saben también que ellos, los pobres jornaleros, no podrían sacar de ella, por sí mismos, el jornal que sus pobres amos les tienen que dar aun a costa de agotar sus reservas y arruinarse.

¿Que hay tierras ricas? ¿Que hay, por lo tanto, amos ricos de tierra? Sin duda, y aquí viene lo de los grandes terratenientes, lo de los latifundarios, envuelto ya en fábula y leyenda. Y aquí cuadraría decir algo de la famosa ley de la renta, del famoso economista Ricardo, que fueron él y Malthus los principales inspiradores de la doctrina teórica del socialismo de Carlos Marx. Y después de decir algo de cómo en una comunidad económicamente solidarizada esa renta natural que rinden a quienes las trabajan esas tierras más ricas, tendría que ir a sostener decorosamente a los que se condenan o los han condenado a trabajar las tierras que no pueden mantener a sus trabajadores. Suprimid los grandes terratenientes; confiscad o expropiad sus tierras a los grandes señores, y llegad a la distribución de sus rentas entre todos los trabajadores de la tierra, y entonces veréis cara a cara la realidad y lo que son las desigualdades naturales de los hombres y de las tierras. Y entonces veréis cómo nuestro Aquiles, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, el de la áspera y enjuta cuenca del Duero, veía claro el trágico problema cuando llevaba a los pobres pecheros castellanos a que viviesen de la presa arrancada a la renta natural de los ricos moros huertanos de Valencia. Luego aquellas altas tierras del Duero, y las del Tajo, y las del Guadiana, se despoblaron en gran parte, pues iban los

descendientes de los mesnaderos del Conqueridor a conquistas en Flandes, en Italia, en las Américas. Para que luego sus más remotos descendientes, los más cerca de nosotros, los de nuestros tiempos, sin Valencias, sin Países Bajos, ni Italias, ni Américas que conquistar, se pusiesen a talar los montes donde medraban ganados, los de aquellos rabadanes de casta celtibérica que por cañadas y cordeles de la Mesta guiaban sus rebaños desde las navas de Extremadura hasta las montañas de Asturias y León, y vuelta a volver. Talaron los montes para romper páramos, porque los pobres se propagaban de manera abrumadora, y la vida pastoril no tolera tanta propagación. Las vacas, las ovejas, las cabras y hasta las conejas se comen a los hombres que han de comer de ellas. Y cuando les sustituyen los hombres se comen éstos los unos a los otros, y vienen luchas, no de clases —¡qué clases ni qué ocho cuartos!—, sino de oficios —labradores, de Caín, y pastores, de Abel—, de gremios, de regiones, de lugares o términos municipales, y de asociaciones, sindicatos y clientelas proletarias entre sí. Que todo es por la prole, y proletarios todos.

Dice el versillo 28 del capítulo I del Génesis bíblico que "los bendijo Dios y díjoles Dios: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces de la mar, y en las aves de los cielos y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra." Y al crecer y multiplicarse y henchir España, los españoles no pudieron ya señorear lo debido a los peces, y a las aves, y a las bestias, y entraron en lucha —y no de clases, otra vez— unos con otros. Y cegados por la ilusión engañosa de la renta jurídica, personal, del tributo que había que pagar al amo, no vieron la renta natural, real, la preeminencia de la tierra rica sobre la tierra pobre, de la huerta sobre el páramo, ni vieron el tributo que hay que rendir a la suerte, que suele ser muerte. Y los pobres criados

de amos labradores pobres empeñados, a los que envidiaba el rey de los amos muertos, Aquiles, creyeron que podrían mejorar de suerte acabando de arruinar a sus pobres amos para igualarse todos en pobreza. Que es a lo que lleva la tragedia de la prole.

Y tendrán que sentir, para luego comprender, ante el pavoroso problema de la distribución, no de riqueza, no de renta, sino de población, de prole, que no está el remedio en arruinar a los dueños de tierras pobres, sino en empobrecer a los trabajadores de tierras ricas, dueños o no de ellas, para que no vivan de hambre —que es peor que morirse de ella— los que se propagan en tierras pobres. Y si resucitase el Cid y predicase una nueva cruzada —¡ lo que tapa la cruz !— para ir a medrar del botín de los naturalmente ricos, de los que heredaron y trabajan tierras ricas, tampoco lograría hoy mucho; pero lo llamarían de seguro comunista y echaríanle en cara que propugnaba la tiranía del Estado —monárquico o republicano—. Providencia civil tiene a las veces que empobrecer a prorrateo a los ciudadanos para poder subsistir en él en su unidad integral. Y que las reformas —de forma— de casi nada sirven sin refundiciones —de fondo— que pongan a un pueblo de cara a su fundamental destino. Y que el peso de la refundición agraria recaería al cabo sobre las regiones a que se cree que la reforma afecta menos. Y que entre los "trabajadores de todas clases" que somos constitucionalmente los españoles, los hay de varias clases, en efecto, como las tierras y según ellas. No en el sentido mítico que el término clase ha cobrado en el socorrido tópico de la "lucha de clases" del marxismo, que tan proletarios son los llamados burgueses como los otros, sino en el sentido rigurosamente histórico y natural a la vez.

[*El Sol*, Madrid, 30-x-1932.]

Respírase un ambiente espiritual emponzoñado en que se cierne un vaho de desesperanza. La violencia pura de moda. Suicidios de niños, síntomas de suicidio colectivo. En el fondo, acaso, un proceso malthusiano. Pero en Italia se incita a las mujeres a hacer hijos, no para que vivan, sino para que maten, peor que para morirse. Y muchos se preguntan: "¿vivir, para qué?" Se predicó la acción directa, sin idea medianera. Y con ello va el odio a la inteligencia. Inútil a esos cuitados cachearles el seso; no se les encontraría en él si no entre telarañas alguna bombilla sin filamento a la que ni galvanizados podrían dar lumbre. A lo sumo arrojarla al suelo para que, como petardo, metiese más estrépito que un ¡muera! Y en resolución apetito de servidumbre.

Ambiente de eso que llaman revolución, en el que se borra el sentimiento de justicia y el de libertad con él. Aquella máxima, atribuída a los jesuítas, de que el fin justifica los medios, tiene otra cara, y es que los medios justifican el fin. Ante un medio injustificable se dice: "¡Es la revolución!" Y no suele llevar a inhumanidad, sino a deshumanización, que es peor. A las veces se acude a expedientes mentirosos. Y con ello, un vacío espiritual que espanta. No hay doctrina, que lo que como tal se finge es delirio de enfermedad mental, colectiva, de epilepsia comunal. Pobres muchachos que, embaídos y deslumbrados, obran sin intención ni retención, disparándose al disparar. Luego de cometer un asesinato, que

en estado sano sería un crimen, se asusta el actor de lo que ha deshecho. Alguna vez se suicida luego, pero es que asesinó para suicidarse, que es de lo que da ganas. ¡Cuántos asesinatos no son sino suicidios frustrados, y al revés!

Y ante este estado, más terrible en lo mental que en lo moral, al borde de un desenlace caótico, de una locura juvenil colectiva, contagiosa y endémica, la necedad, también colectiva, de andar pensando en poner dique —¿quién pone barreras al campo?— a la avalancha de constituir la revolución. Tengo que repetirlo: o el régimen acaba con esta Constitución, o ella acaba con él. Una noción pedantesca de la legalidad y otra disparatada de la soberanía de la representación popular. ¡Soberanía! "¡El Estado somos nosotros, los representantes populares!" "¡El mundo es mi representación!", que dijo el soberano filósofo pesimista alemán. Nadie toque a su obra. La Cámara soberana, haciendo Estado con soberanas vaciedades "de toda clase". ¡Ojo con tocar a su obra, que si no la revolución! A la locura de las masas que se dice representadas, responde la tontería de la masa representativa.

Y luego se habla a tontas y a locas de desencadenar la revolución. Como si no se les hubieran ido de las manos las cadenas, si es que en ellas las tuvieron, y no más bien ciñéndoles los cuellos. Las verdaderas revoluciones se desencadenan ellas solas, y los pueblos no las hacen, las padecen. Son una epidemia de epilepsia, mal comicial, morbo sagrado. ¿Democracia? ¿Pero dónde el *demo* y dónde la *cracia?* Y el que se lamente de no poder contener algo es que él no supo, no quiso o no pudo contenerse antes. La revolución verdadera es sobrehumana —o subhumana, lo mismo da—, sea con hoz y martillo o con haz y porra. Es la trágica. La otra, la de escuadra y compás jurídicos, la constituyente, pura

comedia. ¿Forjar con leyes constitucionales una España nueva, cortando la historia? No sirve confundir la dirección del oleaje, que la lleva el viento, con la dirección del curso del río, que sigue la pendiente y que puede ser contraria a la otra.

¿Salida? Acaso la de que la conciencia nacional española recobre la conciencia —conciencia de conciencia, refleja— de su propio destino, soterrada en el hondón de la historia, de la tradición, y enturbiada por todos y no en menor parte por los sedicentes y presuntos —a menudo presuntuosos— tradicionalistas. Salida que sería una entrada, ocaso para un orto en otro mundo. Y ello sería nuestro Renacimiento, marrado, cortado, entre el siglo XVI y el XVII, o mejor nuestra Revida.

El verdadero Renacimiento germánico, marrado, interrumpido en el siglo XVI por la guerra de los treinta años y la paz de Westfalia, lo llevaron a cabo, en el tránsito del XVIII al XIX, no Federico el Grande, sino Kant y Goethe; no la política, sino la filosofía y la poesía. Y la religión. Y aquí las aguas ideales del Guadiana espiritual —¡lagunas manchegas de Ruidera, visión quijotesca!— volverían a aflorar, páramo adelante, derrotero al océano universal humano. Y quién sabe si, como Vasco de Gama, Colón, Balboa, Magallanes, ibéricos que descubrieron, ciñéndola, la redondez del mundo físico, geográfico, otros ibéricos, navegantes del alma universal, habrán de descubrir la redondez y formación de un nuevo mundo espiritual, psicográfico. Aquéllos, navegantes del océano terrestre, dieron la mano a Copérnico, navegante del océano celeste.

¡Ay, pobre España nuestra! ¡Cuándo podrá decir un día ante el anuncio del ángel de la Historia: "He aquí una sierva del Señor; sea en mí según tu palabra"!

[*Ahora*, Madrid, 23-XI-1934.]

¡PACIENCIA Y BARAJAR!

Cogí el libro de España y volví a leer aquel capítulo XXIII de su parte segunda, en que se nos cuenta lo que soñó ver Don Quijote en la encantada cueva de Montesinos. Y llegué a cuando éste, Montesinos, presenta a su primo Durandarte el Caballero de la Triste Figura, diciéndole que viene a desencantarlos, después de quinientos años que allí yacían encantados, que no muertos. A lo que, sacudiendo su modorra de cinco siglos... "Y cuando así no sea —respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja—, cuando así no sea, ¡oh primo!, digo: paciencia y barajar." Y volviéndose de lado tornó a su acostumbrado silencio, sin hablar más palabra. Releído lo cual, me di cuenta de cuán por alto pasé todo ese pasaje en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, publicada por primera vez hace ya treinta y un años, en 1905. No sería ahora lo mismo, pues si bien treinta y un años no son los quinientos en que Durandarte se acostumbró al silencio —santa costumbre, ya para mí, inasequible—, son los bastantes para acostumbrarse al "¡paciencia y barajar!" Y voy a seguir barajando.

En mi otra obra *Cómo se hace una novela*, publicada en la Argentina, en 1927, en plena dictadura primo-riverana, y hallándome yo desterrado en Hendaya, conté, entre otras experiencias de paciencia y de impaciencia, mis partidas de tute y de mus en el pequeño café hendayés, y allí sí que recordé el "¡pa-

ciencia y barajar!" de Durandarte, aunque atribuyéndoselo —tal es mi impaciencia para controlar citas— a Montesinos. Y decía allí: "Y mano y vista prontas al azar que pasa. ¡Paciencia y barajar! Que es lo que hago aquí, en Hendaya, en la frontera, yo con la novela política de mi vida —y con la religiosa—: ¡paciencia y barajar! Tal es el problema." Y luego contaba cómo me entretenía en hacer solitarios a la baraja, lo que en Francia se llama *patience*...

"Mientras sigo el juego —escribí entonces—, ateniéndome a sus reglas, a sus normas, con la más escrupulosa conciencia normativa, con un vivo sentimiento del deber, de la obediencia a la ley que me he creado —el juego bien jugado es la fuente de la conciencia moral—, mientras sigo el juego es como si una música silenciosa brezara mis meditaciones y la historia que voy viviendo y haciendo. Y mientras manejo reyes, caballos, sotas y ases, pasan en el hondón de mi conciencia y sin yo darme entera cuenta, el rey, sus sayones y ministriles, los obispos y toda la baraja de la farsa de la Dictadura. Y me chapuzo en el juego y juego con el azar. Y si no resulta una jugada vuelvo a mezclar los naipes y a barajarlos, lo que es un placer. Barajar los naipes es algo —en otro plano— como ver romperse las olas de la mar en la arena de la playa. Y ambas cosas nos hablan de la Naturaleza en la Historia, del azar en la libertad. Y no me impaciento si la jugada tarda en resolverse, y no hago trampas. Y ello me enseña a esperar que se resuelva la jugada histórica de mi España, a no impacientarme por su solución, a barajar y tener paciencia en este juego solitario y de paciencia. Los días vienen y se van como vienen y se van las olas de la mar; los hombres vienen y se van —a las veces se van y luego vienen— como vienen y se van los naipes, y este vaivén es la Historia. Allá a lo lejos, sin que yo

concientemente lo oiga, resuena en la playa la música de la mar fronteriza. Rompen en ella las olas que han venido lamiendo costa de España. ¡Y qué de cosas me sugieren los cuatro reyes, con sus cuatro sotas, los de espadas, bastos, oros y copas, caudillos de las cuatro filas del orden vencedor! ¡El orden! Paciencia, pues, y barajar!"

Así escribía yo hace diecinueve años en aquella Hendaya, a la que no sé si tendré que volver —también yo, amigo Prieto— a barajar en paciencia, a volver a los solitarios. Aunque, ¿qué más solitarios que estos comentarios que barajo aquí?

Y recordando todo esto y meditando estos recuerdos, he aquí que he leído el "Discurso edificante" que sobre un pasaje evangélico escribió mi Soeren Kierkegaard, el danés. Comentaba en él aquello del capítulo XXI del Evangelio según Lucas, en que se cuenta lo que Jesús decía del próximo fin del mundo, de la catástrofe y de las señales con que se anunciaría, añadiendo a sus discípulos que no se acongojaran, pues "en vuestra paciencia ganaréis vuestras vidas". "Vidas" mejor que "almas". "En vuestra paciencia" y no "con vuestra paciencia". Y al releer el pasaje evangélico y el hondo comento de Kierkegaard, previendo la catástrofe —quién sabe si el fin de "nuestra" España, de la nuestra—, me dije: "En tu paciencia ganarás tu vida. Y tu alma." Ya otra vez escribí que "es el fin de la vida hacerse un alma" (1). A hacérmela, pues, con paciencia y barajando.

Uno de mis más viejos recuerdos es el de cuando allá, en mi Bilbao natal, hace más de sesenta y tres años, iba cada mes a llevar la mesada a mi primer maestro de escuela, a don Higinio, antiguo músico mayor de algún regimiento de los ejércitos de Car-

---

[1] Es el verso final de uno de los sonetos, el VIII, del *Rosario de sonetos líricos,* Madrid, 1911, fechado en Bilbao en septiembre de 1910, y que lleva por título "el fin de la vida". (N. del E.)

los V el Pretendiente, y él, al recibir el óbolo, en un cuartito que olía a incienso, sacaba de una bolsita una paciencia, una pastita, y nos la daba a los pagadores de la mesada. Y sigo, no mes a mes, sino día a día, comulgando con paciencias como la de mi niñez. Y ahora, barajando. *Patience,* paciencia llaman en francés al solitario; mas también le llaman *réussite,* esto es, éxito o buen resultado. Y sólo con paciencia y barajando se logra éxito. Y si éste no llega, ¿qué más da? Esperándole habrá uno vivido y ganado su alma. Pues hasta el desesperanzado, antes de llegar a desesperación, que aguarde a la esperanza. Dícese que al desganado se le abren las ganas comiendo sin ellas. Y lo de Heráclito: "Hay que esperar para lograr lo inesperable". No lo inesperado, sino lo inesperable.

Esperemos, pues, aunque sea desesperadamente; tengamos paciencia y hagamos de la paciencia barajando. Y si salvamos nuestra alma, o sea nuestro juego en la Historia, nuestra responsabilidad, no habrán sido baldías ni nuestra barajadura ni nuestra paciencia. Paciencia, pues, y a barajar. No del todo en silencio como Durandarte, sino murmurando entre dientes: "¡Acaso...!" Y los impacientes, o sea los que se creen revolucionarios —¡pobretes!—, a su juego.

[*Ahora,* Madrid, 8-VII-1936.]

MANDARINES Y NO MANDONES

Recorría hace unos años este comentador aquí esta su ciudad de Salamanca en compañía de un profesor ruso que había venido a estudiar las escuelas rurales y del entonces rector del Colegio de los Irlandeses —para Teología católica—, don Miguel O'Doherty, actual arzobispo de Manila. Al hablarse —era lo obligado— del pueblo español, el sacerdote irlandés hubo de decirle al profesor ruso: "Acaso haya usted oído que este pueblo es ingobernable; pero nada más lejos de la verdad. El español es obediente y poco rebelde. Lo que no le gusta es mandar. Le gusta ocupar el puesto de mando, pero no mandar; sentarse en la presidencia, pero no presidir". No he vuelto a olvidar aquellas palabras del actual arzobispo de Manila. Y ellas me recuerdan uno de los más típicos pasajes de aquel libro inapreciable que es *La Biblia en España,* de Jorge Borrow, que tan excelentemente tradujo Su Excelencia el actual Presidente de la República española. Es cuando don Jorgito, harto de no lograr que se le diera permiso para publicar en español la Biblia sin notas, pues se le salía con que era ley en España el Congreso de Trento, acudió al presidente del Consejo —me parece que era Istúriz—, y éste, harto de aquellas gestiones, le contestó que no le moliese más y la publicase sin licencia. ¡Típicamente español!

Al español, en efecto, no le gusta mandar, sino ocupar el puesto de mando y vivir de él. Y lucirlo. Y

vestirlo. De mandón tiene muy poco, dígase lo que se diga; mucho más de mandarín. El mandar exige una cierta concentración mental, a la que se opone nuestra natural holgazanería, que se complace en soñar. Lo que aquí suele llamarse acción no pasa de ser sueño de acción, que se disipa en palabras y más palabras. Y es que la imaginación se nos desmanda y nos lleva a verdaderos desmandes o desmanes. ¿Acción? ¡Ni por pienso! ¿Mandonería? No, sino mandarinismo.

Al leer últimamente el libro que nuestro buen amigo Marañón ha dedicado al conde-duque de Olivares me di cuenta de que este buen figurón hinchado era, en el fondo, un pobre hombre elocuente, y en rigor, un abúlico. Un abúlico a las veces voluntarioso. Parejo al pobre Felipe IV, otro abúlico que tal vez soñaba la acción. Y todo aquello que se llama —no sabemos por qué— la decadencia de la Casa de Austria en España y la decadencia de España, ¿qué era sino sueño de acción y "noluntad" —no voluntad— o desgana de obrar? ¿Decadencia? ¿Decadencia con Cervantes, y Quevedo, y Lope de Vega, y Calderón, y Velázquez, y..., y...? Los dos hombres que mejor estudiaron esta supuesta decadencia de la Casa de Austria española, Leopoldo Ranke, el gran historiador alemán, y nuestro gran don Antonio Cánovas del Castillo —el monstruo, que se le llamó— otro soñador de acción y de energía, nos pueden enseñar mucho al respecto.

A lo peor se le hace a un hombre público un mito de energía y de actividad, y es él mismo quien tiene que advertirnos que es mito, quien tiene que confesarse abúlico y que se deja arrastrar de la saca y resaca de los sucesos eventuales. ¿No es así, mi querido Prieto? Pero ¡ay!, que nuestro sino es servir al mito con que nos envuelven y aprisionan los demás. El pueblo necesita un mesías —digamos un cacique—

y lo busca; y si no lo halla, lo inventa. Y ¡ay de aquel en quien el pueblo se fija! Ahora, lo que es difícil es hacer de un mandarín un mandón.

Hablaba hace poco de esto que se llama crisis de autoridad —es crisis de voluntad— con un pobre hombre aquejado de la congoja endémica hoy aquí y me decía: "Que manden unos u otros: los comunistas o esos que llaman fascistas, pero que manden ellos por sí y no tirando de los hilos, como a unos monigotes, a los mandantes —dijo mandantes y no "mangantes"—; que manden con la responsabilidad del mando. Y que sepamos a qué atenernos. Y que no se dé el caso que se me ha dado a mí de que una autoridad subalterna, al quejarme de una de sus resoluciones, evidentemente injustas, me dijese: "Tiene usted razón, pero ¿qué quiere usted que le haga? A sus votos debo mi puesto, y he tenido que sufrir hasta que me llamasen, cara a cara, "¡hijo de tal!" Y como este pobre hombre, los que se quejan son ya legión. Y empiezan a formar legión. Sólo que tampoco encuentran el mandón. Y es que lo buscan entre mandarines. Y luego unos y otros se satisfacen con ponerse motes, con alimentarse de rumores. En tanto que la masa se desmanda. Y se desmanda por holgazanería mental. Porque hay que ver su espantoso vacío ideológico. Que no encubren las tonterías rimbombantes y retumbantes de sus guiones. Y ¿qué remedio? ¡Aguantar y aguardar!

El ensueño del joven español que piensa en la vida pública es lograr una posición. O sea, una colocación. Es escalar un puesto. Y, una vez en él, asentarse. Y, una vez asentado, que le dejen en paz, que no le jeringuen. ¿Mandar? ¡Quiá! Ocupar el puesto de mando. ¿Crear algo nuevo? No; soñar que lo hubiese creado. Y si el pobre mozo cae en la pedantería de la energía, de figurarse ser enérgico, entonces peor que peor.

Nuestros históricos hombres de acción lo han soli-

do ser de acción instintiva, irreflexiva, juguetes del azar. Nuestra castiza energía se ha vaciado en la contemplación. Nietzsche dijo que España se agotó por osar demasiado. No; por soñar demasiado. Carducci habló de la afanosa grandiosidad española. Y Don Quijote, más que un héroe de voluntad, es un héroe de ensueño de ella. Nuestro más castizo pensador resulta Miguel de Molinos.

[*Ahora*, Madrid, 15-VII-1936.]

II

LECTURAS ESPAÑOLAS CLASICAS

(1895-1935)

ARTE DE MAREAR

"Es éste un libro de buena fe."

MONTAIGNE.

O sea "Libro que trata de los inventores del Arte de Marear y de los trabajos de la galera, compuesto por el ilustre señor don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, Predicador y Cronista y del Consejo del Emperador Carlos V".

"Fué reimpreso este libro a expensas de don Julián de San Pelayo en la oficina de José de Astuy, a la mayor honra del autor y aumento de las buenas letras. Acabóse el día XV de junio de MDCCCXCV." Así reza a la postre de él.

Mi antiguo amigo Julián de San Pelayo distrae sus ocios en pro de las buenas letras, dando a la estampa rancias curiosidades que, sin tan delicada solicitud, quedarían olvidadas. Y es lo peor que es tal la decadencia a que han venido las buenas letras en nuestra patria, que ni aun en generosos esfuerzos logran sacarlas del todo a flote.

Hale servido al señor San Pelayo el *Arte de Marear* de ocasión para dar a la estampa un estudio acerca de Fray Antonio de Guevara, interesante personaje y curiosísimo ejemplar de religioso de la España de Carlos V. El "Estudio preliminar" ocupa CLVIII páginas y 80 el *Arte de Marear* propiamente dicho.

La vida del obispo Guevara fué accidentadísima en sucesos de la mudable fortuna. Tomó parte muy

activa, como medianero entre los de un bando y los de otro, en la revuelta de los Comuneros de Castilla, a los que dirigió aquel hermoso discurso que bajo el título de "Razonamiento hecho en Villabrajima a los Caballeros de la Junta" figura en el texto del *estudio* del señor San Pelayo, páginas XCV a CVII.

No se conoce de ordinario lo bastante bien el proceso de aquella lucha de las Comunidades, suceso tan preñado de enseñanzas, ni se le saca toda la sustancia que encierra al relato de Sandoval. Es, por lo tanto, no poco meritorio que al tratar el señor San Pelayo de poner en relieve la importancia del obispo de Mondoñedo nos le haya presentado en el marco de aquellos memorables acaecimientos y que haya seguido los relatos del mismo Guevara y de Sandoval, reproduciendo numerosos pasajes de ambos cronistas, pasajes que avaloran tanto el *estudio* precedente al *Arte de Marear*.

Guevara, fraile socarrón y de una familiaridad no poco desenvuelta, obispo candongo, mitad clérigo y mitad soldado, cortesano independiente y desenfadado consejero, es una de las más castizas figuras del reinado de Carlos V. Sus sentimientos para con los moriscos anuncian un espíritu sano y despreocupado, como puede verse en el pasaje que tomado de una de sus epístolas familiares inserta el señor San Pelayo en las páginas CXXX a CXXXII.

Es muy de alabar el cuidado con que el editor del *Arte de Marear* se ciñe en su *estudio* a las autoridades coetáneas de los sucesos, porque descubre manteniendo así, con copiosas citas, el rancio sabor de época, y haciendo que de ello surja la figura del antiguo obispo Guevara.

Pocos son los reparos que se nos ocurren. Es el uno cierta desafección, heredada acaso de Guevara, a los cerrajeros, tundidores, perailes y pellejeros de Valladolid, Medina, Avila, Burgos, Salamanca, Soria.

Se comprende el enojo del famoso obispo de Zamora, Acuña, contra su colega de Mondoñedo, cuando éste largó su filípica a los comuneros.

Mas éstas son diferencias de opinión.

Es el otro reparo de poca monta y que lo habríamos ahorrado de no tratarse de obra estampada con el mayor esmero posible. El reparo es tipográfico y se reduce a lamentar que por la desgraciada circunstancia, sin duda, de no existir en la oficina de don José de Astuy *eses* largas, se haya echado mano para representarlas, al reproducir pasajes de Sandoval, a *efes* corrientes, que se diferenciaban de aquéllas en el rasgo o tilde atravesado de éstas, que en aquélla faltaba. Porque no cabe ni aun suponer que persona tan perita en todo género de curiosidades antiguas como el señor San Pelayo, se acueste al error de los que creen que en lo antiguo se escribieron a las veces las *eses* como *efes*. Y repito que este pequeño detalle en nada altera lo sustancial del trabajo, puesto que el lector discreto no es llamado a engaño. A lo que hay que añadir que la impresión se hizo lejos de la presencia del editor.

El éxito que obtendrá sin duda alguna con el *Arte de Marear,* espero haga que siga mi amigo Julián de San Pelayo dedicando sus ocios a procurar la mayor honra a viejos autores y aumento a las buenas letras.

[*El Nervión,* Bilbao, 26. VII. 1895.]

S U E Ñ O · Y A C C I O N

A mi buen amigo J. L. Díaz Bárcenas.

Cada vez que me acuerdo del portentoso drama de nuestro Calderón, *La vida es sueño,* recuerdo siempre, con pasajes de éste, uno de los pasajes de Shakespeare, de los más famosos y más preñados de sentido.

De Calderón me acude a la memoria aquello de:

Esto es sueño, y pues lo es,
soñemos dichas ahora,
que después serán pesares.

y lo de

Soñemos, alma, soñemos
otra vez, mas ha de ser
con atención y consejo
de que hemos de despertar
deste gusto al mejor tiempo

y lo otro de

A reinar, fortuna, vamos;
no me despiertes si duermo.

Los versos de Shakespeare, conocidísimos, son éstos:

We are such stuff
as dreams are made of, and our little life
is rounded with a sleep.

[*The Tempest,* IV, 1.ª]

En el *Sartor Resartus,* de Carlyle, es donde mejor puede verse desarrollado este último pensamiento; el libro todo del genial imaginador apenas es sino glosa de ese texto.

Y adviértase desde luego la honda diferencia que media entre la afirmación del español de que la vida es sueño, nuestra vida y no nosotros que la vivimos, y la afirmación del inglés de que estamos hechos, nosotros, de la misma madera que nuestros ensueños, que somos ensueño nosotros.

Afírmase el individualismo más poderoso en Calderón que no en Shakespeare; para éste somos nosotros mismos un sueño, para aquél soñamos la vida. Ocúrresele a uno pensar leyendo la sentencia shakespeariana que somos los hombres y es el universo todo que nos rodea y envuelve ensueño de Dios y que en el momento en que Dios despierte tornaremos todos a la insondable nada, que es la divina vigilia. Y ocurre pensar leyendo la sentencia calderoniana que es Dios mismo quien dentro de nosotros sueña la vida y que al despertar de ésta habremos de encontrarnos en el insondable seno de la Divinidad, unos con él.

Mas, dejando tales ensueños, el caso es que fuimos grandes los españoles cuando con mayor ahinco soñamos nuestra vida viviendo nuestro sueño, y que han sido los ingleses grandes cuando más se han adelantado en la madera de los sueños de que están hechos.

El sustancioso novelador venezolano Manuel Díaz Rodríguez, hablándonos en su hermosa novela *Sangra patricia* (1), del protagonista Julio Arcos y de su estirpe —estirpe española—, nos dice que "desde el origen su familia había venido en hazañas múltiples

---

[1] De ella se ocupó poco después Unamuno en la revista *La Lectura,* Madrid, año III, tomo 1.º, abril, escrito que encontrará el lector en el tomo VIII de estas *O. C.* (N. del E.)

despilfarrando su capacidad para la acción; y así como ésta disminuía, bien podía en grado igual y de insensible modo haber venido aumentando su capacidad para el sueño". Y añade: "En verdad, una estirpe guerrera, al través de muchas generaciones, apenas había consagrado al sueño breves pausas y raros individuos. De todos los Arcos, numerosos como un ejército, apenas hubo dos que penetraron el secreto de la miel escondida en la copa insondable y azul del ensueño." Y más adelante dice que "la capacidad para el sueño, sin empleo ninguno, había venido tal vez acumulándose".

Antes de proseguir y comentar estos pasajes tengo que repetir una observación que ya antes de ahora ha sido varias veces hecha y es la de que nuestra lengua castellana no tiene más que un solo sustantivo para expresar la acción de *dormir* y la de *soñar,* confundiéndose en nuestro vocablo *sueño* los dos tan distintos sentidos de las voces francesas *sommeil* y *rêve* o de las inglesas *sleep* y *dream*. Por esto han adoptado algunos la voz *ensueño* para expresar la acción de soñar —sacando a aquel vocablo de su sentido vulgar y corriente—y reservando *sueño* para el acto de dormir.

Ahora bien, en el pasaje citado de *Sangre patricia,* una vez parece oponerse a la capacidad para la acción la capacidad de dormir, y otra vez la capacidad de soñar. En lo que a lo primero, a la capacidad de dormir, respecta, es muy posible que la casta española esté reponiendo en un largo y letárgico sueño las fuerzas que derrochó en violenta acción conquistadora. Pero este sueño, este triste sueño, está atormentado con pesadillas. Por lo que hace a la otra capacidad, a la capacidad de soñar, ésta se nos fué con la capacidad de obrar y estoy seguro de que sólo volveremos a ser capaces de acción ro-

busta y viva, si de ello volvemos a serlo, cuando lo seamos de soñar con ahinco.

El momento de reflexión en que nos percatamos dentro del ensueño de que estamos soñando, suele ser un terrible momento para la vida de acción. Cuando al que sueña se le ocurre preguntarse, ¿si estaré soñando?, es que anda cerca del despertar, y de un despertar muy amargo. En el profundo sueño no suele soñarse que se sueña.

Acuérdome ahora de nuestro gran soñador, de Don Quijote, y de aquel sublime momento de su ensueño en que al encontrarse en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, camino de Zaragoza (cap. LVIII de la segunda parte) topó en un pradillo verde con unos labradores que llevaban cubiertas con lienzos las imágenes, de relieve y entalladura, de San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, imágenes que servirían en un retablo que hacían aquellos labradores en su aldea. Y al verlas exclamó el gran soñador: "Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos, y pelearon a lo divino, y yo soy pecador, y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo, padece fuerza, *y yo hasta ahora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura, y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.*"

¡Crítico momento en la vida de Don Quijote éste en que desciende del sueño de su locura a la vigilia de su cordura, y muestra la duda de que conquiste algo de sustancia a fuerza de sus trabajos!

¡Momento de momentánea contrición! Diríase que se propone volver al ocio de su aldea, a vegetar en ella comiendo mal, o meterse, más bien, en una nueva locura, en la que se ha llamado la locura de la cruz, en la locura mística. Porque de la misma madera se hacen los grandes aventureros y los grandes místicos, los Cortés y Pizarros y los San Juan de la Cruz y Miguel Molinos, de la misma madera se hacen los grandes hombres de acción y los profundos contempladores. Alguna vez, como en el Cardenal Cisneros, se unen una y otra cosa.

Y esto es lo que aquí sostengo: que sólo obra con eficacia y empeño quien se alimenta de la eterna ilusión consoladora, que soñar la acción es lo mismo que actuar el ensueño.

¿Qué llevó a la acción a Don Quijote, y a Colón, y Cortés y Pizarro y Magallanes y a toda la perdurable raza de los héroes? Un sueño generoso y grande: el sueño de gloria. No digo yo que Cervantes se propusiera simbolizar en Dulcinea del Toboso a la gloria —pues no gusto de atribuir a los autores simbolismos que sus lectores vemos de tras mano— pero siempre he visto en ella, lo mismo que en la Beatriz del Dante o en la Laura del Petrarca, a la gloria.

La sed de inmortalidad es la fuente de las heroicas acciones; la sed de una o de otra inmortalidad. Sólo el ansia de sobrevivir, de un modo o de otro, ahoga el enervante goce de vivir. En el grandioso drama de Guillén de Castro *Las mocedades del Cid* —drama que sirvió de modelo a *Le Cid*, de Corneille— exclama al morir Rodrigo Arias: ¡muera yo, viva mi fama!

Este soberano ensueño de la inmortalidad, esta flor fecundísima y esplendente de aquel esfuerzo por perseverar indefinidamente en el propio ser, esfuerzo que constituye según Spinoza la esencia misma de

cada cosa, ese soberano sueño es el padre de las acciones duraderas y grandes.

Cromwell, otro gran soñador, cuya alma estaba llena de las esperanzas y temores de ultratumba, Cromwell fué un vigoroso hombre de acción, que dió a su patria un gran empuje hacia el predominio. Y recientemente Cecilio Rhodes, el Napoleón de Africa, ¿qué ha sido sino un gran soñador? Sus doctrinas, tal cual nos las expuso Stead, ¿son algo más que misticismo darwiniano? La sobrevivencia del más apto, *the survival of the fittest,* entendiendo por el más apto el más inglés, ha llegado a ser un principio tan místico y tan de fe como cualquiera de los más recónditos dogmas de la religión más esotérica. Porque, ¿qué es decir que sobrevive el más apto?

Si vamos a estrechas cuentas resulta que el único criterio aceptable para juzgar de quién sea el más apto de sobrevivir es ver quién sobrevive, y así el decir que sobrevive el más apto, siendo el más apto quien sobrevive, equivale a tanto como decir que sobrevive el que sobrevive, a lo que llamamos en castellano una perogrullada y en inglés llaman *a truism.*

¿Quién es el más apto? Donde no hay escape el gato es más apto para comerse al ratón que éste para no dejarse comer; pero donde hay un agujerito por donde el ratón cabe y el gato no, aquél es más apto para escaparse que éste para cogerlo.

La civilización no es algo estadizo y si la ley de la evolución —honor científico del pasado siglo— es una verdad fuera de vida, ha de evolucionar la ley misma conforme a la cual evolucionan los seres. Hay cambio de las cosas y ley de ese cambio, pero a su vez cambia la ley del cambio y obedece a ley en su cambiar, siguiendo así el proceso todo. De donde resulta cierto aquello de Hegel de que sólo es estable la inestabilidad.

Y, ¿quién nos dice que lo que a los pueblos motejados de moribundos por los soberbios los hace más ineptos para el tipo de civilización que hoy priva y triunfa en el mundo, no sea esa misma su actual ineptitud lo que les haga mañana más aptos para un diferente tipo de civilización futura?

¡La sobrevivencia del más apto! ¡Vaya una fórmula! ¿Del más apto para qué? Para sobrevivir, sin duda. No han faltado médicos que se hayan pronunciado contra la vacuna fundándose en que la viruela se lleva a los niños débiles y selecciona la raza. Sí, la viruela se lleva a los niños débiles... para resistir la viruela, y los más ineptos para resistirla pueden ser los más aptos para otras muchas cosas. La fórmula de la sobrevivencia del más apto o es una enorme perogrullada o no quiere decir nada verdaderamente científico, no siendo más que una profesión de fe.

Sí, una profesión de fe, una robusta profesión de fe, una afirmación de vivificante ensueño. Porque esos pueblos e individuos que enarbolan la bandera de la sobrevivencia del más apto es que creen, creen por fe, creen en su propia mayor aptitud, se creen inmortales o poco menos. Sueñan, y porque sueñan obran. ¡Bendito ensueño!

El profundo pensador norteamericano William James dirigió a los clubs filosóficos de las Universidades de Yale y Brown un hermoso discurso sobre la voluntad de creer, *the will to believe*. La voluntad de creer es la voluntad de sobrevivir y sólo la voluntad de sobrevivir nos lleva a la acción heroica, lo repito.

Un ilustre escritor alemán emprendió cuando tenía más de ochenta años la publicación de una vasta obra que le exigiría años de trabajo y al advertírselo contestó: "No, no me moriré hasta concluirla." Y alguien, comentándolo, decía que el anhelo de lle-

var a su término su obra le mantuvo en vida hasta pasar de los noventa años. Mas bien creería yo que al emprender el largo trabajo y ponerse a obra de tanto aliento a los ochenta años cumplidos era porque sentía dentro los diez años más de vida, era porque creía sobrevivir a su obra.

Y nos dicen a los españoles —e hispano-latinos— que no soñemos, que despertemos, que volvamos en nosotros mismos, que olvidemos nuestras mentidas glorias. Es el camino para que no actuemos.

¡No! Soñemos nuestra inmortalidad, soñemos que volverá a tocarnos la hora, soñemos en hacer un mundo en que nuestra relativa ineptitud de hoy se trueque en la aptitud mayor,

> soñemos, alma, soñemos

y

> a reinar, fortuna, vamos;
> no me despiertes si sueño.

Salamanca, diciembre 1902 (1).

---

1 Ignoro dónde apareció este escrito por vez primera. Sé que fué reproducido por dos periódicos americanos, *The Puerto Rico Herald*, y posteriormente por *El Estado*, de Caracas, el 24 de junio de 1905. (N. del E.)

Mi muy estimado amigo: Cuando me pidió usted que diese, con destino a la revista *Helios,* algunas líneas en que expusiera mi parecer respecto a Góngora, se lo prometí a usted así, diciendo que lo haría, porque no sé negar nada a nadie, y menos a los amigos. Pero me puso usted con ello en un verdadero aprieto, por la sencilla razón de que no sabía entonces de Góngora más de lo que acerca de él se dice, conociéndole de referencia tan sólo, y hoy poco más sé de él.

Es Góngora uno de esos poetas de quienes se habla mucho y a quienes se lee poco. Dió nombre al gongorismo, y con esto como que se agotó. Tenemos los más de los españoles de algunas letras una idea más o menos clara del gongorismo: pero de Góngora no. Sucede como con el churriguerismo y Churriguera, y si respecto a éste tengo más clara idea, débese a que aquí, en Salamanca, hay un pomposo retablo que salió de su cabeza.

Mas aunque no conocía yo a Góngora, le di palabra de escribir acerca de él, diciéndome: "Lo leeré en estos días". Ya ve cuál mal se me presentaba la cosa, porque en unos días, y bajo el apremio de tener que dar un parecer, no cabe leer a Góngora.

Decía Schopenhauer que hay tres clases de escritores: los que escriben sin pensar; los que piensan para escribir, y los que escriben porque han pensado. Y yo no podía en este caso escribir sobre Góngo-

ra, porque le había leído y gustado o repugnado, sino que tenía que leerlo para escribir sobre él, y ya es un mal paso, el mal paso en que se ve metida toda crítica profesional. Sé por experiencia que no hay peor manera de leer un libro que leerlo para hablar luego de él.

Con tal presupuesto emprendí la lectura de Góngora, y así ha salido ello. Sin sosiego de espíritu, sin ocio, entre otras lecturas, distraído en ajenos pensamientos, embargado el ánimo por preocupaciones nada poéticas, me metí en el tomo de la biblioteca de Rivadeneyra que nos trae a Góngora. Y quise empezar por lo que se dice ser más gongorino: por las *Soledades* y el *Polifemo.*

No tengo razón alguna para suponer que Góngora no quiso decir allí algo; pero yo no he acertado a dar con lo que quiso decir. La edición es, como usted sabe, tipográficamente detestable; apenas se ven los puntos finales. Y no traigo esto a despropósito. Sino que como yo lo leí en voz alta; con la entonación y énfasis que pide, y apenas distinguía con la vista los puntos tipográficos, me resultó que tampoco podía atinar por el contexto dónde acababa una oración y empezaba otra, y me hacía una madeja. A los cinco minutos estaba mareado. Aquellas violentas trasposiciones, aquel hiperbatón, con el cual no hay rima que se resista, aquellas alusiones mitológicas, todo aquello me impacientaba, y acabé por cerrar el libro y renunciar a la empresa.

No puedo, pues, darle opinión alguna personal respecto a Góngora.

Comprendo que se tome uno trabajo para entender a un autor oscuro o sutil, o para penetrar misterios sibilinos; pero es cuando espera que el premio que logre le resarcirá de su fatiga. Pero a mí sólo podía llevarme al empeño de penetrar en la poesía de Góngora una de dos cosas: o la esperanza

de sacar de su lectura un gusto y contento que me compensara de la labor, que tener que estudiarlo o interpretarlo antes, o el deseo de adquirir un conocimiento tal de su ingenio y de las prendas de éste, que me permitiera luego lucirme resistiendo al común sentir y exaltando a Góngora para deprimir el gusto consagrado, vulgar y corriente. Esto último no me tienta, ni siento la menor comezón de lanzar desdenes al vulgo profano desde una torre marfileña en que me encastille. No voy, pues, a tomar a Góngora de achaque para despacharme a mi favor contra los que no gustan de ciertas supuestas exquisiteces, más o menos gongorinas, que ahora corren. Y mucho menos cuando la mayor parte de los poetas de nuevo estilo —llámelos usted modernistas, decadentes, estetas o como quiera— no me parecen estrafalarios, ni sibilíticos, ni enrevesados, ni archisutiles, sino pura y sencillamente insignificantes. La vulgaridad adopta siempre la última corbata, y en todos esos susurros de fuentes y princesas pálidas, nimbadas de oro, no veo nada y siento menos. Me parecen ñoñeces insustanciales.

Y en cuanto molestarme en hacerme a Góngora por el deleite que de él haya de sacar, la vida es breve y el arte es largo; hay mucho y muy bueno que leer y muy poco tiempo para leerlo. Poetas hay ya en nuestra lengua, ya en otras, que creo me darán más contento que Góngora y me costará menos leerlos. Me quedo, pues, sin Góngora.

Lo que sí deseo es que ustedes, los más jóvenes —pues por joven me tengo—, si se ponen a leerlo y estudiarlo, le saquen cuanta sustancia poética contenga, aprendan en él cuanto de buena pueda de él aprenderse y nos lo sirvan luego en odres nuevos. Con esto me habré aprovechado de Góngora sin las molestias de tener que leerlo. Y en punto a gongorismo, el que menos me importuna es el último, el

más moderno, pues es, para mí, el más inteligible.

Ahora que de aquí a veinte años nadie resistirá las gongorinadas de hoy, como no resistimos las de hace veinte años. Son flor de un día.

Sabe cuan su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO.

(Publicada en *Helios*, año I, tomo I, núm. IV, Madrid, julio 1903, páginas 475-477.)

LEYENDO A LUCANO

Para poder descansar de las emociones que la guerra nos procura, ¿qué mejor refugio que algún escondido rincón, ceñido de verdad, adonde los ecos del combate no lleguen? Así un día de estos me iré a mi nativa tierra vasca, a ver si allí en algún repliegue de una de aquellas maternales montañas brizadas por el canto del mar, encuentro, al pie de unos castaños, de unos robles o de unas hayas, el baño sedante que me aplaque los nervios. Para poder luego continuar la brega, aunque... ¡no! Allí, en mi tierra, lo presiento, sentiré exacerbada mi acometividad.

Entre tanto, y ya que aquí no se me ofrece ese rincón de verdura, busco, sin embargo, en este rincón ciudadano, bajo el reflejo del esplendor del Renacimiento, un refugio. Es un refugio en el remoto pasado. Desde mi balcón, en los atardeceres de estos ardientes días de canícula, tengo a la vista, de un lado la torre de Monterrey, con su calada crestería, verdadero encaje de piedra, resaltando sobre la masa ingente de la Clerecía, y de otro lado veo cómo emerge de una masa de verdor, de una umbrosa avenida de álamos, la torre de las Ursulas. Y todo esto equivale a un paisaje, es un paisaje también. El follaje de piedra de los ornamentos de estas torres renacentistas, platerescas, ha vivido y vive como el verde follaje de los álamos. ¡Y tienen estas torres raíces, vaya si las tienen! Raíces en el suelo y raíces en la historia.

¿Qué mejor, pues, cabe hacer bajo el esplendor de esta visión pétrea del Renacimiento, en estas calmosas y aun bochornosas tardes caniculares, qué mejor cabe hacer que transportarse a aquel Renacimiento, cuando la antigüedad greco-latina resucitaba? Y más ahora que tanto se habla de latinismo. Y me he puesto a repasar una vez más los clásicos. Y ahora, dejando por un momento a los griegos, a los que tengo obligación de explicar durante el curso, me he vuelto a los latinos. Y en este balcón, buscando un poco de frescura, leo a Tito Livio, a Lucrecio, a Lucano.

Aquí está Lucano, nuestro Lucano, ¡el español! Le tengo en una edición, no muy buena para la vista —¡gracias que soy miope!—, de 1721, de Padua, con notas de Hugo Grocio y de Tomás Farnabio. ¡Lucano! Este es el nuestro, el cordobés, ¡el español! El autor de la primera epopeya que se compuso en España. Y esta epopeya —poema épico, no epopeya, diría acaso un pedante—, esta epopeya la *Farsalia*, canta a un vencido, a Pompeyo. El primer canto robusto de esta mi patria —¡bendita sea!— ¡fué un canto a un vencido! Ya se anunciaba el quijotismo. Lucano fué un profeta de Don Quijote.

Leo, pues, a Lucano. Los robustos hexámetros latinos, algo conceptuosos a las veces —Lucano era cordobés—, desfilan por mi espíritu como un verdadero ejército. Cantan de guerra, dicen de guerra, y oyendo de esa guerra templo mi espíritu de las emociones de la de hoy.

Canta Lucano guerras más que civiles, *plus quam civilia.* ¿Es que esta guerra de hoy no es también más que civil? ¿Es que los pueblos europeos no forman, en el fondo, una verdadera nación, una verdadera hermandad? ¿O no será acaso el fin último, el fin providencial de esta guerra, el que descubramos esa hermandad, esa civilidad, velada ayer por un

bárbaro militarismo que se apacentaba de ensueños megalomaníacos y por un comercialismo no menos bárbaro que no quería ver en el mundo más que un mercado por conquistar?

Nuestro Lucano trata de investigar, poéticamente, por supuesto, las causas de la guerra que estalló entre César —no se olvide que Kaiser y César es lo mismo en cuanto al origen lingüístico— y Pompeyo. Quiere el poeta descubrir las causas de tan grandes sucesos:

Fert animus causas tantarum expromere rerum.

[I-67]

Y busca seis. Como podía haber buscado cinco o siete o setenta. César, también, en su libro de la guerra civil —*De bello civili*—, trata de inquirir esas causas. Pero César era un abogado, y en causa propia, mientras que Lucano, el profeta de "Don Quijote", cantó al vencido. Y Lucano inquiere esas causas. Y empieza por la fatalidad, que quiere que un pueblo al llegar a un colmo de poderío decline:

Invida fatorum series summisque negarum
stare diu.

[I-70-71]

¡La fatalidad! ¿Para qué más? No hagamos caso de las otras cinco causas. El misterioso Hado lo explica todo. ¡La fatalidad! ¿Pero es que ahora, en esta guerra, esos tudescos, que aprendieron de Lutero lo del siervo albedrío —*servum arbitrium*— y de Kant el imperativo categórico, que es otra forma de lo mismo, no nos hablan de necesidad de contrición, de *Noetigung?* ¿No invocó el canciller Bethmann-Hollveg el Hado, y no dijo, en medio de los aplausos del Reichstag, en la sesión del 4 de agosto del año pasado, que la necesidad no conoce

la ley? Ese pueblo que ha estado teorizando y sistematizando el instinto, cuya filosofía toda —¡y la llaman racionalista!— no es en el fondo más que una justificación de los instintos elementales y primarios del animal humano, ese pueblo es más fatalista que el pueblo de Lucano, que este nuestro pueblo español. Como que fueron nuestros teólogos, los teólogos españoles, los más acérrimos defensores del libre-arbitrismo. Aunque hay quien dice que nuestra real gana —"¡no me da la real gana!"— es otra forma de fatalismo.

Dejemos, pues, las otras cinco causas que Lucano señala a la guerra y quedémonos con la fatalidad, con la *invida fatorum series*. Es lo más cómodo. Y prosigamos. Hasta llegar a aquel verso ya inmortal, a aquella espléndida sentencia de nuestro profeta de "Don Quijote", a aquella en que dice que la causa vencedora —la de César— plugo a los dioses, pero la vencida —la de Pompeyo—, a Catón:

Victrix causa deis placuit, sed victa Catoni.

[I-128]

Y aquí tenemos a Catón por encima de los dioses.

Catón de Utica, eterno modelo de hombre. De hombre, no de sobre-hombre, ¡no!, sino de hombre. Guardando la isla del Purgatorio le puso el Dante. Allí le encuentra solitario al viejo Catón, con un aspecto que infunde tanta reverencia como la que un hijo debe a su padre:

Vidi presso di me un veglio solo
Degno di tanta riverenza in vista,
Che più non dee a padre alcun figliuolo

[Purgatorio, I-31.]

Y es que Catón era uno de los padres espirituales del Dante, padre espiritual de Italia. Y le vió con

los rayos de las cuatro luces santas —de cuatro estrellas— frisándole de luz de tal manera el rostro que le veía como si tuviese delante al Sol:

Li raggi delle quattro luci sante
Fregiavan sì la sua faccia di lume,
Ch'io'l vedea come il Sol fosse davante.

[Purgatorio, I-37]

Pregunta luego Catón a Virgilio y el Dante qué van buscando allá, al Purgatorio, y el guía dice a Catón que Dante busca libertad, que es cosa tan querida, como lo sabe bien quien por ella rechaza la vida, como Catón hizo:

Libertà va cercando, ch'è si cara,
Come sa chi per lei vita rifiuta.

[Purgatorio, I-70]

Y habla Catón al Dante. Pero es mejor que oigamos lo que le hace decir nuestro Lucano, uno de los maestros del Dante (v. Inferno XXV, 94).

Hay que leer y releer en estos días de vergonzosa neutralidad —de esta vileza a que llaman neutralidad en la tierra que fué de Lucano—, hay que leer y releer las palabras que pone éste en boca de Catón cuando contesta a Bruto primero, y a Marcia, su mujer, después. "Confieso, Bruto —dice—, que la guerra civil es la mayor desdicha, pero lo que trae el Hado, puede la virtud seguir segura. Será un crimen que me haga dañoso a los dioses. ¿Quién ha de querer ver que se caen el mundo y las estrellas, libre él de miedo? ¿Quién, cuando se hunda el alto éter y la tierra se vaya, mezclado el peso todo del mundo, ha de estarse con las manos cruzadas? ¿Han de ir gentes desconocidas al furor hespérico, a la guerra romana, y reyes que vienen de rincones puestos bajo otro astro, y yo sólo he de estarme en ocio? *Otia solus agam?*

"... Así como a un padre que se queda huérfano de sus hijos el dolor mismo le manda hacer largo luto junto al túmulo, y le vale haber metido la mano en las negras cenizas y haber tenido las teas en el montón de tierra de la sepultura, así no me arrancaré de aquí antes de haberte abrazado exánime, ¡oh Roma!, y tu nombre, Libertad, y vaya luego a la vana sombra. ¡Así me vaya! Que los implacables dioses cumplan la expiación toda romana; no hurtemos a la guerra sangre alguna

nullo fraudemus sanguine bellum.

[II-305]

"¡Así plugiese a los dioses del cielo y del infierno echar sobre mi cabeza, condenada, las penas todas! ¿Las enemigas catervas no cargaron sobre Decio, víctima dedicada? ¡Que me ataquen los dos ejércitos, que me acometa con sus dardos la bárbara turba del Rin —*me barbara telis Rheni turba petat* [II. 310-11]— por medio de las lanzas todas yo, abriéndome paso, recibiré las heridas de la guerra toda! Esta sangre redima a los pueblos, límpiense con esta matanza las costumbres romanas que hayan merecido pagar castigo. ¿Por qué perecen los pueblos fáciles al yugo?, ¿por qué los que quieren soportar crueles reinados? ¡Atacadme con el hierro a mí solo, a mí que en vano guardo las leyes y los hueros derechos! ¡Este cuello, éste, dará la paz y el fin de sus penas a las gentes hespéricas; después de mí ya no le hace falta guerra al que quiere reinar!

—post me regnare volenti
non opus est bello—

[II-318-319]

¿Por qué no hemos de seguir las públicas banderas, siendo jefe Pompeyo? Si la fortuna nos favore-

ce, no está averiguado que él, Pompeyo, quiera arrogarse el poder del mundo todo. Venza siendo yo su soldado; ¡no crea que ha vencido para sí!

ideo me milite vincat,
ne sibi se vicisse putet!

[II-322-323]

Sic fatur! ¡Así habla! —dice— Lucano, Lucano, tan grande como Catón, pues supo expresar para siempre el alma invicta del gran romano. ¿Ha de sorprendernos que Dante pusiese a Catón de guarda en la isla del Purgatorio? Catón, que dijo ya: "¡Roma y Libertad!" ¡Roma y Libertad! ¡El grito sagrado frente a la "turba bárbara del Rin" ¡Roma y Libertad!

Cuando el sol se pone en el incendio de las nubes de oro del ocaso, tras la cortina de verdura de estos álamos de que emerge el torreón de las Ursulas —¡verde y oro!, ¡visión de Renacimiento!— sigo leyendo, a la luz que se derrite, a mi Lucano. Habla de los fieros, de los duros íberos. ¡Ay, mi Lucano, cuánto han cambiado los nietos de los nietos de tus hermanos!

Y llego a aquel pasaje en que arengando Pompeyo a sus tropas, antes de haber tenido que abandonar Brindisi al vencedor César, les dice refiriéndose a éste que "aprenderá que no huyen de la guerra los que pudieron sufrir la paz":

disces non esse ad bella fugaces,
qui pacem potuere pati.

[II-558-559]

Ya sé que puede traducirse el *pati* de otro modo que por sufrir. El honrado comentador Farnabio nos dice que eso quiere decir "vivir en paz" —*in pace vivere*— y nos remite a otro pasaje de la misma *Far-*

salia, el verso 313 del libro V en que Lucano dice: "aprende a poder pasarte sin las armas" o "a aguantar sin las armas":

disce sine armis
posse pati.

Y en la nota a este otro pasaje nos dice que es un modismo muy usado por los españoles —*Hispanis usitatus*—, en apoyo de lo cual aduce textos de Séneca, el tío de Lucano, cordobés como él, que habla de poder pasarse sin el reino, una vez, y otra de poder pasarse sin hombre. Y en griego el verbo padecer o sufrir —de la misma raíz que el latino *pati*— significa también pasarlo bien o mal. Pero yo, español como Lucano, creo que se debe traducir: "no huyen de la guerra los que pudieron sufrir la paz".

¡No huyen de la guerra los que pudieron sufrir la paz! No, no esquivan la guerra, cuando ella se les viene encima, los pueblos pacíficos, civiles, que pudieron sufrir la paz. Porque la paz se sufre. Y no la sufren a la larga los pueblos que más que pueblos son ejércitos, ejércitos de soldados o de comerciantes, disciplinados y organizados para la conquista del botín, los pueblos de presa que a la larga no pueden vivir sino a expensas de los otros pueblos; aquellos para quienes la guerra es una industria nacional según dijo el economista (!!) Adolfo Wagner, este apóstol del socialismo de Estado que es todo lo contrario acaso del socialismo del pueblo. ¡Sufrir la paz! ¡Soportar la paz! He aquí una de las más grandes virtudes para un pueblo. Porque cuesta más sufrir la paz que sufrir la guerra. De la misma manera que es más difícil llevar la salud que llevar la enfermedad.

Esta mañana precisamente leía en el número del 7 de este mes de agosto de la revista conservadora inglesa *The Saturday Review* un artículo redonda-

mente conservador, en que se hace la crítica de un libro de C. Ernest Fayle sobre *El gran arreglo* (*The great settlement*) que ha de seguir a la guerra. Y el crítico de la *Saturday,* un antipacifista al modo conservador —porque hay otros modos de serlo— un partidario, me figuro, del servicio militar obligatorio, de la *conscription* —que sería la mayor caída moral de Inglaterra, guardiana hoy y maestra de la libertad civil y de la democracia del mundo—, el crítico conservador nos dice que Mr. Fayle no explica lo que entiende por paz ni lo que entiende por guerra. "Su libro supone —nos dice— que la vida ordinaria es paz y que sólo la lucha militar y naval es guerra. Si el producir daño a las vidas humanas significa guerra, entonces la vida ordinaria nada tiene que ver con la paz, puesto que cada fase de las empresas humanas provoca toda una batalla de accidentes y siniestros. En 1913, por ejemplo, el tráfico ferroviario, por caminos y callejero, impuso al Reino Unido enormes pérdidas, que incluyen no menos que 3.293 personas muertas y 76.340 heridas." El crítico habla luego de las vidas y las saludes que cuestan el industrialismo y la guerra comercial entre naciones en competencia, y dice que habrá que estudiar si es que el mundo ha visto un poder gobernante menos incaballeresco o más agresivo que el industrialismo. "Huelgas, trusts, combinaciones, tarifas, una acucia por la ganancia que se las arregla muy bien con las ambiciones germánicas, siniestras "colmenas de industria", donde abundan los oficios malsanos y donde moradas de una o dos habitaciones degradan a las mujeres y debilitan a los niños..., etc., etc." El crítico hace una vez más el proceso del industrialismo... ¡pacífico! Y añade: "Si Mr. Fayle considera toda esta común desgracia como paz, ¿adónde va a buscar la discordia civil? ¿Y cómo supone que las naciones todas del

mundo han de aprender a besarse una a otra, cuando no hay una sola nación en el mundo que desee ser sino de presa en su política de partidos y en sus competencias de negocios?" Todo lo cual acaba en una lección, y es que hay que desconfiar del liberalismo, aunque el crítico no lo diga así. Le advierte a Mister Fayle que se prevea contra la ilusión llamada paz.

¡Cuán lejos estamos ya de aquel cándido ensueño de Spencer de una época industrial sucediendo a una guerra! Ensueño tan pueril como el de Comte, de aquellas tres edades: teológica, metafísica y positiva. ¡La guerra surgiendo, en gran parte, aunque no en la principal, del industrialismo! ¡O mejor dicho, la competencia industrial y mercantil, la necesidad que un pueblo de presa, carnicero —en el sentido en que empleamos esta palabra al referirnos a animales no hervíboros, como al león, al lobo, al tigre, etc.—, tiene de ensanchar sus mercados y buscarse otros nuevos a cañonazos, esa competencia suscitando las más profundas luchas de personalidad étnica y por la personalidad! ¡Qué razón tienen los que dicen que la industria y el comercio alemanes estaban también organizados militarmente! Lejos de ser su industrialismo y su mercantilismo algo opuesto a su militarismo, eran la misma cosa. Se dice que el partido liberal suele ser industrialista y mercantilista —más esto que aquello— y el conservador militarista. Pues bien, ahora se les ve unidos a conservadores y liberales en Alemania. Si es que en Alemania ha habido nunca verdaderos liberales, lo que los europeos entendemos por liberales. ¿Era, pues, un puro ensueño aquello de que el mercantilismo mataría al militarismo? Un ensueño, sí, en los pueblos que no saben sufrir la paz.

¡Sufrir la paz! *Pacem pati!* Claro está que dentro de ella, de la paz, hay siempre alguna forma de gue-

rra, la que el mismo Lucano llama alguna vez *concordia discors*, una concordia discorde. Y es esta concordia discorde, son estas nuestras queridas discordias intestinas, las que queremos preservar y defender, como dice muy bien Chesterton. Es para conservar esa concordia discorde, esa paz preñada de pequeñas luchas, de conflictos entre sendas libertades y sendas personalidades, es para conservar esa paz y para sufrir esa paz fecunda para lo que los aliados luchan contra los que quieren organizar a Europa industrial, mercantil, científica y militarmente. No, no queremos una industria militarizada. Nos horroriza el socialismo de estado.

Se ha puesto el sol y antes de retirarme a descansar con luz artificial repaso aún mi Lucano. Leo aquella triste retirada de Brindisi, cuando Pompeyo el Magno, perseguido por César, se hizo a la vela con su ejército, hacia el Epiro, y su suegro ocupó el puerto que él dejara. César quiere copar al ejército de su yerno, pues no le basta con ocupar Brindisi. Y Pompeyo, por esa vez, se le escapó. Y el poeta exclama: "¡oh vergüenza! ¡Pequeña es la victoria si huye el grande!"

Heu pudor!, exigua est fugiens victoria Magnus.

[II, 708.]

Y pienso en la entrada, hace pocos días, de las tropas del káiser en Varsovia, sin haber logrado copar al ejército del gran duque ruso. Hay quien recuerda con este motivo las victorias famosas de Pirro. Yo no sé... La parte técnica de la guerra me interesa muy poco. No he llegado aún a discutir quién vencerá, eso que nuestros pobres trogloditas llaman vencer. Me preocupa otra victoria más alta. Sin que quiera esto decir que no me angustien las vicisitu-

des de la campaña cuando parecen desfavorables a la causa que estimo ser la causa de la civilización. Y por eso, para escapar de esas lamentables disquisiciones sobre la marcha de la campaña, para no envenenarme con la pedantería estratégica y las vaciedades de la supuesta ciencia (!!!) militar, para no sufrir eso, me refugio en mi Lucano, Lucano, un poeta, un poeta español y a la par romano, cantor del vencido y no un pedantesco dómine, un bárbaro adulterado por la ciencia —hay una forma científica de la barbarie— que sólo creyera en el éxito.

Salamanca, agosto 1915.

[*La Nación,* Buenos Aires, 17, IX, 1915.]

MORIRSE DE SUEÑO

El maestro Alejo Venegas, que en 1544 publicó su libro *Agonía del tránsito de la Muerte* (reimpreso la última vez en el tomo XVI de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles,* de la casa Bailly-Baillière), al tratar del género de tentaciones que en el trance de la agonía nacen de la complexión particular del agonizante, discurre de las que asaltan al sanguíneo, al colérico, al melancólico y al flemático.

Este, el flemático, "es blanco en el color; abunda de mucha saliva; tiene poca sed; pocas veces bebe fuera de comer y cenar; tiene blanda la garganta y la lengua; tiene la orina blanca. Es perezoso en el movimiento; es débil en el trabajo; abunda de reuma por las narices y por la boca; tiene cargazón en los ojos; es hombre muy dormilón; es malicioso y es amigo de mucho holgar; no es inclinado a mujeres; crécenle mucho los pelos y las uñas; finalmente, es húmedo y frío, frío en todas sus cosas".

Y este hombre, perezoso, débil, dormilón y malicioso y frío en todas sus cosas, ¿qué riesgo corre en el supremo trance de la agonía del tránsito de la muerte? Pues corre el terrible peligro de morirse de sueño, de morirse dormido, de dormirse para no volver a despertar. "¡Vaya un peligro! —exclamará más de un lector—. ¡Pues qué más quisiera yo que dormirme a morir...!" Es para muchos la verdadera eutanasia, la verdadera buena muerte.

¿No conocéis aquella copla andaluza que reza así?: "Cada vez que considero — que me tengo de morir — tiendo una capa en el suelo — y no me harto de dormir." Y son no pocos los españoles que entienden que aquello de la "vida es sueño" no se dijo tanto en el sentido de que el vivir sea soñar como de que el vivir sea dormir. Pues se da el pícaro caso que en nuestra lengua castellana, que dicen es tan rica, no hay un sustantivo de dormir distinto del de soñar, sino que uno mismo: "sueño", sirve para los dos menesteres, sin que distingamos, como en francés entre *sommeil* y *rêve,* en inglés *sleep* y *dream,* etc. Y para muchos la vida es un sueño sin ensueño,s un dormir sin soñar, una verdadera modorra. La enfermedad del sueño, que hace estragos en nuestra Guinea española —¿nuestra?, ¿es española?— existe también aquí, aunque en otra forma, y sin necesidad de mosca *tsetsé* que la produzca.

Al maestro Alejo Venegas le entristecía que el flemático, cansado de vivir sin haber vivido, se fuera del cansancio al deseo de reposar y "al reposo que viene de esta manera, sucesivamente sigue la muerte". Preocupado con ello y encendido en caridad por sus prójimos, escribe así: "E porque este sueño profundo, que los médicos llaman Jubet, puede ser tan grande y profundo que no le pueda el paciente vencer, no sería mal consejo que los circunstantes le ayudasen con beneficios exteriores, como son atar fuertemente con unas vendas los muslos, y dende a poco abajar las ataduras a las pantorrillas y fregarle las piernas con sal y vinagre, y ponerle a las narices ruda y mostaza molida. Echarle a cucharadas por la boca euforbio trociscado, que tienen los boticarios; e por no dejar remedio alguno, travarán un lechón de la oreja, para que gruña a los oídos del flemático soñoliento, con otros muchos remedios que

los médicos suelen dar para despertar del sueño profundo."

Bendito varón el maestro Alejo Venegas, ¡y cómo se preocupaba de que sus prójimos flemáticos no pasasen por el espantable trance de morirse de sueño! Bien es verdad que al maestro toledano no le fué concedido el poder dormir a pierna suelta, ya que, padre de familia de dilatada prole, comían de su trabajo nada menos que doce personas, "con que realmente sentimos —decía— que se nos desagua el ingenio de la especulación por cumplir con el oficio de Marta". Y añade: "Mientras Dios fuere servido darnos esta vida, con el tributo del cuerpo somos forzados a quitar de las horas debidas al sueño para entresacar alguna partecilla del talento que Nuestro Señor nos ha dado en cargo." ¡Bien merecía, pues, descanso! Y acaso cuando llegó al espantable trance de la agonía del tránsito de la muerte y quiso desquitarse del sueño atrasado y las forzosas velas, no estaría bien que sus hijos le pusiesen junto a los oídos un lechón trabado de la oreja para que, gruñendo, no le dejase morirse dormido o bien dormirse a morir. Y no corría peligro, pues como varón piadosísimo y muy probado, no era de temer que tuviese que recorrer su alma las mil y ciento e noventa y tres leguas que, según cuenta geométrica que él hizo, hay de la haz de la tierra al infierno.

¡Pero a cuántos, y no ya sólo hombres, sino pueblos enteros de ellos, no hay que ponerles a los oídos el lechón trabado de la oreja para que, gruñendo, no les deje morirse de sueño!

Ya lo sabemos, pues. Cuando a alguno de los que nos pasamos buena parte de la vida dando voces en el desierto nos pregunten por qué somos tan gruñones, podremos responder que por caridad cristiana nos dedicamos a lechones despertadores

para que nuestros prójimos, y acaso nuestro propio pueblo, no se mueran de sueño y sin saber que se mueren. Porque para flema la que por aquí se gasta.

Ya sé yo que una de las mayores ofensas que a un buen español puede hacérsele es la de cortarle la siesta; pero es cosa de que se quede en ella y vaya, no al Infierno, que está a mil ciento noventa y tres leguas de aquí, sino al Limbo, que se encuentra mucho más cerca, según el mismo maestro Alejo Venegas.

Hay quien cree que esa muerte por sueño es la más dulce de todas, y yo me permito creer que ni es siquiera muerte en muchos casos. Pues como el que parece que va a morir nunca hizo sino dormirse, su muerte no es sino la continuación, en cuanto al alma, de su estado habitual. Y en cuanto al cuerpo, ¿qué más da que se descomponga y pudra antes o después? Y empiezo a dudar de que los lechones gruñidores podamos despertar al que nunca estuvo sino dormido.

Lo que hay es que gruñimos para no dormirnos también nosotros, ya que el sueño es una enfermedad contagiosa. Si no estuviéramos voceando y agitándonos unos cuantos, esto sería un verdadero cementerio. Porque cementerio en su valor original y primitivo, el que tiene en la voz griega de que deriva, no quiere decir sino dormidero.

[*El Día Gráfico*, Barcelona, 4. X. 1915.]

CATON DE UTICA Y LUCANO DE CORDOBA

Victrix causa deis placuit, sed victa Catoni.
Lucano, *Farsalia,* I, 128.

La primera epopeya que un español escribiera, la *Farsalia,* del cordobés Marco Anneo Lucano, sobrino de Séneca, fué un canto al vencido. Anunciábase ya el culto al quijotismo. "La causa vencedora agradó a los dioses, pero a Catón la vencida" —dijo Lucano, y como a Catón a Lucano también. Y acabó el austero Catón suicidándose en Utica.

En el canto segundo de la *Farsalia* nos presenta Lucano a Bruto yendo a consultar sobre la guerra, más que civil, surgida entre César y Pompeyo, a Catón de Utica. Y después de haber hablado Bruto, Catón, sacándolas del arcano pecho, le dijo estas palabras sagradas:

"Confesemos, Bruto, que la guerra civil es el sumo crimen; pero lo que traen los hados puede la virtud seguir segura. Será un crimen de los dioses obligarme a ser nocivo. ¿Quién ha de querer contemplar que se caen el mundo y las estrellas, y él sin sentir miedo? ¿Quién, al derrumbarse el alto cielo y hundirse la tierra, confundido el peso del apretado mundo, ha de estarse con las manos cruzadas? ¿Gentes desconocidas han de acudir al furor itálico y a las guerras romanas y reyes sacados de sus estrechos bajo otra estrella? ¿Y yo sólo he de estarme en ocio? ¡Apartad lejos esa furia, dioses, y que se

vaya esa mortandad a los dacios y los getas, y que Roma me quede a mí seguro! ¡Es como un padre a quien la muerte le arrebata los hijos y le manda el dolor mismo que muestre un largo duelo junto a la tumba; se consuela metiendo las manos en los tristes fuegos y en haber llevado él mismo los lúgubres haces al montón del quemadero fúnebre! ¡Que no me arranquen antes de que te abrace exánime, Roma, y que tu nombre Libertad se pierda en las vanas sombras! ¡Que así sea! ¡Que los implacables dioses se lleven víctimas romanas! ¡No hurtemos a la guerra sangre alguna! ¡Así pluguiese a los dioses del cielo y a los del infierno entregar esta mi cabeza condenada a las penas todas! Las tropas hostiles empujaron a Decio; que ambos ejércitos me claven; que la bárbara turba del Rhin me acometa con sus flechas; ¡que, atravesando yo por entre las lanzas todas, reciba en medio las heridas de la guerra entera! ¡Que esta sangre redima al pueblo y que con esta mortandad se limpie lo que merecieron pagar las costumbres romanas! ¿Por qué perecen los pueblos fáciles al yugo? ¿Por qué los que se doblan a sufrir crueles dominios? ¡Atacadme con el hierro a mí sólo; a mí, que atiendo en vano a las leyes y a los hueros derechos! ¡Este cuello, éste, dará paz y fin a los trabajos de las gentes itálicas! Quien después de mí quiera reinar no habrá menester de la guerra. ¿Por qué no hemos de seguir las banderas públicas del general Pompeyo? Si la fortuna le ayuda, no está bien averiguado que haya él de anteponer su derecho al del mundo entero. Y, por lo tanto, venza siendo yo su soldado, y no crea que ha vencido él por sí mismo." [Versos 286-323.]

Así hizo hablar nuestro truculento español del siglo primero al gran Catón de Utica, y añade que, al oírle Bruto, se le encandecieron sus no muy grandes amores de la guerra civil... ¡Cuán de otro modo

hace hablar a este Bruto el gemebundo Leopardi! Antes le preguntaba Bruto a Catón si había él, Catón, de mantenerse en paz; teniendo señales inconcusas, mientras se hallaba en duda el acuerdo (II, 247-248). No parece que siguiera la máxima aquella de: "en la duda, ¡abstente!", que es el mejor medio para no salir de dudas nunca. Porque las dudas se desvanecen obrando más que pensando.

El estilo es el de Lucano; en el fondo, el mismo de Séneca, el estilo cordobés, entre conceptuoso y gongorino, retórico y enfático, muy español; pero ¡qué henchido de grandeza trágica y de magnanimidad de espíritu! ¿Qué español de hoy, del siglo vigésimo, hablaría como ese español del siglo primero?

Confesemos que la guerra es el sumo crimen, mas cuando los hados la traen, ¿voy yo, por egoísta virtud, a no plegarme a ellos? ¿He de ver con las manos cruzadas que se revuelva en un caos el mundo, en un caos del que acaso salga un mundo nuevo? ¿Han de acudir a ese trágico furor gentes remotas y desconocidas y he de estarme yo ocioso? ¡Que se destrocen otros! ¡Yo me estoy seguro en Roma! ¡No, que no me arrebaten la vida antes de haber abrazado el cadáver de Roma y haber visto desvanecerse la libertad! ¡No hurtemos a la guerra sangre alguna!

¡Nullo fraudemus sanguine bellum!

[II, 305.]

Y se ofrece él, él, Catón de Utica, a dar su cuello por la paz y ya, quien después de él reine, no necesitará de guerra.

Post me regnare volenti
non opus est bello!

[II, 318-319.]

Él, Catón de Utica, pedía que le acometiera con sus flechas la bárbara turba del Rin:

> *me barbara telis*
> *Rheni turba petat*
>
> [II, 309-310.]

aquella turba de galos y germanos que seguían las enseñas del César y con él pasaron el Rubicón. Del César sabíase que aspiraba a la Monarquía, a acabar con las libertades romanas; no así de Pompeyo. Y por eso, si ayudándole la Fortuna vence Pompeyo, que venza conmigo, su soldado, y no crea haber vencido por sí,

> *me limite vincat,*
> [illegible] *ne sibi se vicisse putet!*
>
> [II, 322-323.]

¡Generoso Lucano que presta esos nobles pensamientos al generoso Catón! ¡Generoso Lucano que supo cantar al vencido de Farsalia!

Apenas, Lucano, si esta patria que nació de la tierra en que naciste se sostiene como aquella encina de que nos hablas (I, 136-143); aquella alta encina que en fértil campo lleva los viejos trofeos del pueblo y los dones de los jefes, falta ya de fuertes raíces con que agarrarse, está fija al suelo por su peso, tiende al aire sus desnudas ramas y da sombra con su tronco, no con su fronda, y aunque se bambolea al primer viento como para caerse y tantos árboles cedan en derredor, ella sola es venerada.

Aquella fecunda pobreza de varones —*fecunda paupertas*— huyó, Lucano, de la patria que se hizo en el sueño en que naciste, y un vano rumor cualquiera provoca en ella verdaderos temores,

> *vana quoque ad veros accessit fama timores*
>
> [I, v. 469.]

No llegó nuestro Lucano a contarnos la muerte de Catón en Utica, ¡y es lástima! ¡Cómo discordaría de lo que Leopardi hizo decir a Bruto! Un pobre erudito latinista inglés, Tomás Marius —latinizado su apellido—, agregó siete nuevos cantos a la *Farsalia* de Lucano; pero este Tomás May ni era español cordobés ni menos del siglo primero.

* * *

En estos días y años que corremos, de egoísmos y temores individuales y colectivos —y el temor y egoísmo colectivos cuestan más caros que los individuales—, ¡qué consuelo y qué descanso volver los oídos a la voz inmortal de los grandes que fueron, y oír que, al través de los siglos, el indomable coraje ibérico nos habla en la lengua madre de que nació nuestro romance!

¡Una guerra más que civil cantó nuestra primera epopeya, y en ella cantó al vencido!

Siglos más tarde, don Alonso de Ercilla y Zúñiga cantaba también a los vencidos araucanos, a aquella gente

> tan soberbia, gallarda y belicosa
> que no ha sido por rey jamás regida,
> ni a extranjero dominio sometida.
>
> [*La Araucana*, canto I, v. 46-48.]

Y en nuestra gran epopeya en prosa; en nuestra epopeya, la única, en el *Quijote*, ¿cuándo se le ve al gran Caballero de la Derrota cruzarse de manos ante una felonía cualquiera?

Lucano fué, sin saberlo, un profeta de la patria que estaba entonces, en su siglo, por nacer; que está por renacer hoy.

> ¡Llamé al cielo, y no me oyó;
> y, pues sus puertas me cierra,
> de mis pasos en la tierra
> responda el cielo, y no yo!

Comparemos esta blasfemia que Zorrilla pone en boca de Don Juan Tenorio con aquellas piadosísimas palabras —aunque a primeras parezcan otra cosa— que Lucano pone en boca de Catón de Utica cuando le hace decir que si los hados traen la guerra, puede la virtud acudir segura a ella y que cargue sobre los dioses el obligarle a ser dañoso a alguien. Don Juan Tenorio se cree abandonado e imputa a Dios su albedrío; Catón de Utica se resigna al hado que le presentan los dioses, y en ellos, en la voluntad divina, aceptada como propia, hace descansar su obra guerrera. Y es que media un abismo entre el impío seductor de doncellas, el hombre menos belicoso, el de "¡si tan largo me lo fiáis!...", el que temblaba a la muerte agarrándose cobardemente a la vida —de la que era un vil enamorado—, y el piadoso y austero suicida de Utica, el que siguió las banderas del vencido y a quien rindió culto Lucano, que habría, de haberlo conocido, despreciado al otro. Bien es verdad que en la Roma heroica un Tenorio, un ente tan profundamente incivil, tan apolítico, habría sido un monstruo imposible.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, XII-1916.]

MUDARRA, EL HIJO DE LA CARCEL

Cuando Almanzor sacó a Gonzalo Gustioz el Bueno, de la cárcel en que le tenía, para enseñarle las ocho cabezas, siete de sus siete hijos, los siete infantes de Salas y la octava la de Nuño Salido, el amo que los crió, puestas las ocho en haz y tendidas sobre una sábana blanca después de bien lavadas y limpias, al verlas y conocerlas el pobre padre, "tan grand ovo ende el pesar —nos dice la *Estoria de España* que mandó componer Alfonso el Sabio— que luego all ora cayó por muerto en tierra, et desque entro en acuerdo, començó de llorar sobrellas que maravilla era". Reconoció las cabezas de sus hijos y la del amo, y comenzó a hacer tal duelo y llanto sobre ellas, que no hubo quien lo viese que pudiera sufrir de no llorar. "Et desi tomava las cabezas una a una, et retraie et contava de los infantes todos los buenos fechos que hizieran." Y ciego por el dolor, tomó una espada y mató, delante de Almanzor, a siete pobres alguaciles que ningún daño le habían hecho. Tuvieron los moros que sujetarle para que no hiciese más daño. Y el pobre padre rogó a Almanzor que le mandase matar. ¿Para qué vivir ya? Mas el moro lo que hizo fué soltarle de la prisión y dejarle libre para que se fuese a su tierra de Castilla, a Salas, a unirse y consolarse con doña Sancha, su mujer.

El consuelo mayor en aquellos malos tiempos, lo mismo que en estos más civiles, era la venganza.

¿Y quién había de vengar a Gonzalo Gustioz el Bueno, del solar de Salas, de la felonía que le hiciera Ruy Velázquez, del alfoz de Lara, haciendo que los moros matasen, descabezándolos, a sus siete hijos y al amo de éstos? Le vengó Mudarra González, el hijo que, estando en la cárcel de Córdoba, engendró en la moza hidalga que le servía de carcelera, pobre mora que había, a su vez, perdido sus doce hijos en una sola batalla. Fué Mudarra, el moro castellano, reconocido por su padre merced a la mitad de la sortija que le presentó, quien dió muerte al traidor, vengando así a su padre y a sus hermanos. El vengador fué engendrado en la cárcel por el cautivo y engendrado en la compasiva carcelera. Almanzor lo hizo criar con dos amas.

Duro es de ver, como Gonzalo Gustioz, las cabezas de sus hijos y la del amo que los crió, las cabezas, esto es, las ideas de nuestras obras, de nuestros hijos espirituales, frías y mudas y sin sangre, aunque bien lavadas, muertas, en fin, como separadas de los cuerpos que les dieron vida. Terrible cosa es ver que nuestra obra ha muerto y que sólo quedan sus cabezas, muy pronto no más que sus cráneos, como recuerdo congojoso de lo que fué y debió haber seguido siendo vida.

El hombre que menos deja, deja un esqueleto, se dice. Pero el esqueleto, que no es nada vivo, no es suyo. El hombre que no deja más que ideas esqueléticas, puramente lógicas, conceptos categóricos, no deja nada suyo ni nada vivo. El esqueleto es sostén de lo vivo, pero no vivo él. Lo vivo es la expresión, la imagen emotiva, lo vivo es lo flúido. Una imagen se trasforma en otra porque vive en agua y es viva; una idea no se trasforma jamás en otra aunque se combine con ella. De un concepto a otro se pasa saltando. Hay, sí, ideas que no son puras, ¡benditas ellas!, y que son como semillas envueltas en imá-

genes vivas, y que pueden germinar luego de enterradas. No sabemos dónde fueron enterradas las siete cabezas de los siete infantes de Salas ni qué fruto dieron. Pero sabemos de la venganza que tomó Mudarra, el moro castellano, el moro expósito, como le llamó siglos después el romántico duque de Rivas. ¡Romántico y ministro!

La idea impura, engendrada en el cautiverio del dolor y en la hidalga mora carcelera, la idea impura es la que vengará la muerte de las otras, de las puras ideas separadas de sus cuerpos. Sobre estas puras ideas, hijas de los tiempos de engañosa libertad, caen los moros "tan espesos como las gotas en la lluvia que cae" y las matan sin que sirva que ellas se defiendan bravamente. Pero luego venga su muerte la idea impura, el hijo del cautiverio.

En una cárcel, en Córdoba, fué engendrado por Gonzalo Gustioz el Bueno Mudarra González, el vengador de los siete infantes de Salas, sus hermanos de padre, y en una cárcel, en Sevilla, fué engendrado *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* por Cervantes. Dos hijos de cautiverio y dos hijos vengadores ambos. Y ambos dos hijos de ingenio, es decir, de amor, y no de discurso. ¿O es que Mudarra no fué también hijo de ingenio de amor, de amoroso ingenio, de ingenioso amor? Al amor ingenioso del pobre cautivo Gonzalo Gustioz, que buscaba consolarse de la falta de su doña Sancha, se rindió la pobre mora hidalga, la compasiva carcelera que buscaba consolarse de la pérdida de sus doce hijos muertos en batalla y en un solo día. "Et assi aveno a pocos dias que don Gonzalo yaziendo en aquella prisión et aquella mora sirviendol, que ovieron de entender en sí et amarse ell uno al otro, de manera que don Gonzalo ovo de fazer un fijo en ella, a que llamaron después Mudarra Gonçalez."

No te importe, pues, el cautiverio si en él has de

engendrar en tu carcelera hijos vengadores. Los hijos de la cautividad, los hijos de la cárcel, son los que vengan la muerte de los otros. Los hijos de la cárcel llevan fuego en las venas.

Fuego lleva en las venas el *Quijote,* hijo de cautividad, que vengó la muerte de la épica leyenda castellana, que sigue vengando la muerte del Cid. Porque la risa que al presentarse levanta el Caballero de la Triste Figura es una risa que muere pronto, ahogada en un llanto de remordimiento y de piedad.

¡Feliz aquel a quien le es dado engendrar en cautividad!

Cuando te sientas preso y que por todo tu derredor te ciñen los muros de tu calabozo, muros de hielo, no pienses en romperlos; por encendido que sea tu corazón no lograrás horadar los muros de hielo de tu calabozo apechugándolos a tu ardiente pecho. Vuélvete más bien, a engendrar hijos en tu carcelera, que ellos te vengarán un día. Y cuando sólo queden los cráneos de tus ideas puras, las de los tiempos de libertad, alzará su brazo vengador tu Mudarra, todo él carne de fuego y de pasión. Tu Mudarra, hijo del encendido e ingenioso amor, del amoroso ingenio de tu cautividad, será quien lleve con tu nombre tu vida.

[*El Norte de Castilla,* Valladolid.]

ITALIANOS Y ESPAÑOLES EN EL RENACIMIENTO

Benedetto Croce —¿quién no conoce a este ilustre filósofo, no inferior a cualquier otro de los que hoy filosofan públicamente en el mundo?—; Benedetto Croce, benemérito de la actual cultura italiana, acaba de reunir en un volumen las investigaciones que llevó a cabo de 1892 a 1894 con el intento de escribir una amplia historia del influjo español en la Italia de la Edad Media y hasta terminar el siglo XVIII. La obra, publicación de la casa Laterza, de Bari, se llama *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza.*

Croce, que empezó su obra pública con trabajos de erudición literaria y de historia —sobre todo de su propia tierra napolitana—, pasó luego a darnos una concepción total y unitaria de la vida y del universo, o mejor del espíritu, todo un sistema filosófico —el más amplio y a la vez el más lógico y coherente de los brotados de pensador hoy vivo— en sus tres obras: *Estética, Lógica como ciencia del concepto puro* y *Filosofía de la práctica: economía y ética,* a las que falta, para cerrarse y concluirse esta nueva presentación de los eternos problemas —que será a su vez arranque de nuevos desarrollos—, una cuarta, anunciada como en preparación ya, la *Teoría e historia de la historiografía.* Y así esta filosofía del espíritu —que es como la llama su autor—, cuya más íntima inspiración procede en parte de fuentes ita-

lianas —de Vico y de De Sanctis sobre todo—, pero en mayor parte acaso de Hegel, cuyo pensamiento arraigó y aun floreció y fructificó en Nápoles tanto como en otros suelos espirituales, se corona y termina con la teoría de la historiografía. Y es que para Croce, como para Hegel, todo se resume en el espíritu, y la vida del espíritu, es decir, el espíritu mismo, es historia. Lo que se llamó filósofía de la historia fué la flor suprema del hegelianismo.

Croce representa, en cierto modo, un historicismo en contra del naturalismo de la segunda mitad del pasado siglo XIX, en contra de lo que se llamó positivismo y fué una especie de escolástica que operaba con pseudoconceptos y que, en rigor, reducía las explicaciones a clasificaciones.

Mas no es esta ocasión de tratar de la filosofía de Croce, que tiempo habrá de ello, mayormente habida cuenta de que a medida que el tiempo pase, y sobre todo luego que se asiente el humo de la actual contienda de sangre y se acalle su gritería de pasión, irá reconociéndose todo lo que el pensamiento crociano significa y vale en la filosofía contemporánea. Hoy quiero llamar la atención de mis lectores sobre esta obra en que Croce nos habla de la influencia de España en la vida italiana durante el Renacimiento y de la opinión, o más bien de las opiniones que respecto a los españoles tenían los italianos de aquellos tiempos.

No sé si decir que Croce es un hispanófilo, pues tales se han puesto las cosas que ya no sé lo que se quiere decir con esas palabras de hispanófilo e hispanófobo. Que es un hispanista y de los más eminentes y uno de los que mejor conocen la historia y la literatura españolas, aun en Italia, donde los hay tan enterados y tan bien informados de nuestras cosas de España, se puede afirmar. Y si por hispanófilo se entiende esto, uno que estudia y co-

noce, con el amor que todo estudio y todo conocimiento llevan consigo, el espíritu español tal como en la historia, las letras y las artes se revela, Croce es, con Eugenio Mele, con Arturo Farinelli, con Papini, con Savj-López, con tantos otros italianos de hoy, de los mejores y mayores hispanófilos que haya.

No es Croce, además, un abogado, quiero decir que no es un espíritu que vaya, a tiro hecho, a buscar argumentos para sostener y defender una tesis previa, un prejuicio, adoptado por el interés de la pasión. No se acerca a la historia como se acerca a ella un político, como a un arsenal de armas con que pelear por su partido. Aspira siempre a comprender, y a comprenderlo todo y a explicarlo con aquella explicación que lleva ya en sí un valor moral. La parte tercera de la *Lógica como ciencia del concepto puro* de nuestro autor, trata de las formas de los errores y la investigación de esta verdad, y en ella es donde Croce establece aquella doctrina tan compacta cuanto terrible del origen práctico de los errores. Es lo que decimos al decir que pasión quita conocimiento. O lo desvía. Y esa pasión puede ser la de la pereza, productora de los más de los errores.

En la investigación histórica, la causa capital de los errores proviene de estudiar las épocas pasadas a través de las pasiones y los intereses de nuestra propia época y de nuetro propio país. Y Croce, por su parte, ha procurado siempre mantenerse por encima del polvo y el humo de la contienda, *au dessus de la mélée,* que diría Romain Rolland. Cosa que no queremos, o no podemos hacer otros, metiéndonos de hoz y de coz en el torbellino de las pasiones colectivas y de las individuales.

Este nuevo libro de Croce consta de doce estudios o ensayos: I. España e Italia en la Edad Media; II. Los catalanes y los italianos; III. La corte española de Alfonso de Aragón en Nápoles; IV. Espa-

ñoles y cosas españolas en la corte de Fernando de Nápoles; V. Los españoles en Roma y en otras partes de Italia a fines del siglo XV; VI. La protesta de la cultura italiana contra la barbárica invasión española; VII. La sociedad galante italo-española en los primeros años del siglo XVI; VIII. La lengua y la literatura española en Italia en la primera mitad del siglo XVI; IX. Las ceremonias españolas en Italia; X. El espíritu militar y la religiosidad española; XI. Aspectos del dominio y de la población española en Italia; XII. Conclusión: La decadencia hispano-italiana. Tal es el índice o catálogo del libro.

Ya estoy viendo que alguno de mis lectores españoles —alguno que otro, ¿eh?, y no los más de ellos—, de esos que se llaman españoles hispanófilos y no pasan de ser quisquillosos de un patriotismo receloso e incomprensivo, arruga el ceño y tuerce el gesto al leer lo de la protesta de la cultura italiana contra la barbárica invasión española. Y, sin embargo, preciso es reconocer que casi toda la invasión de un pueblo en otro es bárbara, y lo es más cuando el pueblo que invade es menos culto, menos civil, menos comedido que el pueblo invadido. Y los pueblos todos que en el curso de los siglos han invadido las tierras de Italia han solido ser menos cultos, mucho menos cultos que era entonces, cuando le invadían su suelo, el pueblo italiano. Y en cuanto a los españoles, ¿quién puede negar que nuestros abuelos del siglo XVI, los que con el gran capitán Gonzalo de Córdoba invadieron Italia, los de Ceriñola y Garellano, eran mucho menos cultos que los italianos de entonces? Como que fueron allá nuestros ingenios a aprender y no a enseñar. Italia fué la principal maestra de nuestros máximos ingenios, empezando por Cervantes, que tanto y tan bueno aprendió de ella.

Los españoles que fueron a Italia, a Nápoles, con Alfonso de Aragón, fueron de aquellos rudos espa-

ñoles, almogávares y otros, que luchando contra los moros y por arrojarlos de España y a la vez de Europa, no se habían refinado y pulido en las bellas artes de la paz y de la civilización. En el mismo entusiasmo de Alfonso de Aragón por los estudios había, como advierte Croce, algo de barbárico y de provinciano. "¡Vayte, vayte a estudiar!", gritaba a los jovencitos con quienes se encontraba. Y es que, en efecto, las almas ingenuamente bárbaras, rudas, incultas, acaban por sentir la fascinación de la cultura de que carecen. El que suelo llamar cientificismo, y sobre lo que soy tan machacón y pesado, es enfermedad de que ante todo adolecen los que menos saben de ciencia. Y hay que ver el supersticioso recogimiento con que ciertos espíritus rudos pronuncian la palabra cultura.

Los italianos de la época del Renacimiento, políticamente oprimidos y vejados, sin verdadera independencia, se reconocían, y con razón, superiores en cultura y en civilidad —*civiltà,* ¡hermosa palabra!— a los pueblos que los oprimían y vejaban. Llegaron a odiar a todos los ultramontanos, los extranjeros, y todos a la par, españoles, tudescos, suizos, franceses, eran, como decía el Bervi, "enemigos de la sangre italiana". "Pero la extensión misma de este juicio —dice Croce— comprueba cómo no tenía él nada de específico contra los españoles en cuanto españoles, en el fondo más soportables y realmente mejor soportados que los insolentes mujeriegos franceses, o más estimados que no los groseros y bárbaros tudescos; sino que expresaban el aborrecimiento genérico contra todos los agentes fiscales o militares opresores, fuesen forasteros o nacionales. España, a lo más, figuraba en primera línea porque, según Pietro Nelli dijo con un juego de palabras, era "la esponja" de aquella edad, la triunfadora, dominadora y explotadora". El

juego de palabras que aquí se alude está en las *Sátiras* de Nelli, donde se dice: *O Spagna, spugna de la nostra etate.*

Ya en el sentido primitivo helénico, en el etimológico, bárbaro quiere decir extranjero, y apenas hay pueblo con algunas pretensiones de culto en la tierra que no considere bárbaros a los extranjeros todos. El recelo o el desprecio, a las veces el odio al extranjero, es de los pueblos todos, aun de los que se tienen por más hospitalarios. Y es muy humano también que cuando un pueblo domina a otro quiera hacerle sentir el peso de su prepotencia.

Mas no siempre la imputación de barbarie lleva consigo desprecio ni odio, y hasta se da casos en que implica una cierta admiración. "¡Qué bárbaro!", suele decirse en tono de alabanza. O bien: "¡cosa bárbara!" ¿Y quién no ha oído hablar de la acción depuradora, por discutible que ello sea, de los bárbaros —los llamados por antonomasia "los bárbaros"— que invadieron el Imperio Romano? Y así el mismo Croce, al decirnos cómo se comprende que los representantes de la cultura italiana del Renacimiento desdeñasen una invasión que les parecía barbárica y tratasen de reaccionar contra ella, agrega que la tal invasión era realmente barbárica "hasta en el buen significado de la palabra", en el significado que llamaríamos viquiano de "barbarie generosa". Porque Vico, en efecto, emprendió una entre poética y filosófica justificación de las épocas primitivas, de ingenuidad. Lo bárbaro se toca y hasta confunde con lo que podríamos llamar homérico. La cultura que refleja y expresa la Ilíada es barbarie junto a la refinada civilidad de la Atenas de Pericles. Y un español en el siglo XVI, en Italia, tenía que parecer como un soldado de Agamemnón, redivivo, habría parecido a los atenienses de la guerra del Peloponeso.

Que el concepto de bárbaros en que tenían a los españoles muchos de los italianos cultos del Renacimiento no era un concepto despectivo, se deduce de no pocos testimonios documentales de la época. Alguna vez he dicho que en las épocas que más se maldijo, y no sin razón, la prepotencia española —pues toda prepotencia así es maldita— no se despreció a España. El desprecio ha venido después, cuando España no era ya prepotente. Más aún, hoy en día el español será todo menos ridículo. En el ensayo que Croce dedica al espíritu militar y la religiosidad españoles cita aquellas palabras de Trajano Boccalini, que, tratando del soldado fanfarrón, el *miles gloriosus,* que solía ser por entonces un español en las comedias italianas, decía que era "torpe desproporción haber introducido en las comedias, como matamoros, al español, que no se envanece de lo que no ha hecho y no dice lo que quiere hacer, que niega o encubre los malos hechos y antes pone la mano que las amenazas de boca, llevando a cabo, a la callada, más hechos que palabras". A lo que agrega muy acertadamente Croce: "personaje, en fin, más bien de tragedia que de comedia". Y cita luego, el mismo Croce, otro texto, éste de Perruci, en su obra *Dell'arte rappresentativa,* que, en el siglo XVII, decía: "cuando el capitán se hace en español, es preciso hacerlo con decoro, porque esta nación, en todos respectos gloriosa, no sufre, como sufren las otras, el que se burlen de ella". Y no es esto sólo, sino que en las épocas en que España mereció execraciones no mereció burlas. Estas han venido después.

Croce estima disparatado, *cervellòtico,* lo que han afirmado algunos escritores del odio y del desprecio que se hubieron de manifestar en Italia, durante la hegemonía de España, hacia el soldado español.

El décimo de sus ensayos es muy instructivo a este respecto.

Que en el orden cultural, de las artes, las ciencias, la filosofía, la literatura, los italianos se creyeran entonces superiores a los españoles, se creyeran sus maestros, como éstos, los españoles, se creían a su vez inferiores a aquéllos y sus discípulos, es muy otra cosa. Pese a los vanos esfuerzos de Menéndez y Pelayo no se ha podido demostrar que en épocas pasadas —¿para qué hablar de la actual?— se reconociera nunca primacía cultural en España. Sigue siendo una verdad histórica incontrovertible lo que escribió Carducci (en *Mosche cocchiere)* diciendo: "En el concilio olímpico, donde se asientan Dante y Shakespeare, hasta España, que jamás tuvo hegemonía de pensamiento, tiene su Cervantes."

Lo que ha pasado es que después, deshecho ya el poderío español, en plena decadencia de nuestra patria, se han formado nuevos juicios respecto a ella proyectándolos al pasado, y se ha visto éste al través de pasiones turbias modernas. La leyenda de la tiranía española, lo mismo en Europa que en sus colonias, ha nacido después. Y sobre todo, no se ha tenido en cuenta que España no tuvo, en el grado al menos que otras naciones, dos medidas; y que si trató mal a sus súbditos de fuera no trató mejor a los de dentro, y que su desgobierno exterior fué el reflejo del interior. Hoy mismo no trata aquí peor a los que se quejan que a los que la defienden. Lo que hay es que los mejores son los que se quejan, y lo son precisamente por querer, saber y poder quejarse.

Este libro de Croce de que aquí hablo se presta también a reflexiones sobre la decadencia española. Vamos a verlo.

Salamanca, noviembre 1916.

[*La Nación,* Buenos Aires, 24. XII. 1916.]

LA DECADENCIA HISPANO-ITALIANA

Al hablaros en mi correspondencia anterior del libro de Benedetto Croce sobre España en la vida italiana durante el Renacimiento —*La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*— os decía que se presta a reflexiones sobre la decadencia española. La conclusión del libro de Croce, su ensayo o capítulo XII, versa sobre la decadencia hispano-italiana, la que empezó ya en el siglo XVII. Mas antes conviene referir aquí otra cuestión que suelen proponerse los que estudian y cultivan la historia como una abogacía, o como un arsenal de donde extraen armas para luchas políticas del presente. Es la cuestión de si el dominio de un país sobre otro fué o no beneficioso a éste.

Hablando del dominio de España sobre Italia en aquellos siglos, escribe Croce así:

"Que si ahora se preguntase si este triunfo y dominio fué un bien o un mal, nos convendría responder que la respuesta fué ya dada por la nueva conciencia italiana que lo consideró como oprobio y abyección, pero que, por esto mismo, esta respuesta ha sido ya implícitamente negada por la historia, la cual no puede juzgar con el sentimiento de la nueva conciencia italiana, de los italianos del Resurgimiento, sino que hay que trasferirla a la Italia del Renacimiento. Y puesto que Italia no pudo entonces, por causas conocidas, constituirse en estado unitario nacional; puesto que las mudadas condiciones de

Europa no le permitían continuar viviendo como en los siglos XIV y XV; puesto que era necesario que saliese de cualquier manera del municipalismo de la tardía Edad Media y se viniese cuajando en la forma de las monarquías modernas; el dominio de España le fué, entonces, el mayor bien o el menor mal, según quiera decirse. España empezó a recoger los estados en grandes masas; España ordenó en cierta medida las fuerzas y concurrió con sus milicias a defenderla contra el peligro turco; España reprimió la anarquía de la vida italiana, abatió a los turbulentos barones y señoruelos que no conocían sino los intereses de sus casas, y con su dominio, con su hegemonía, hasta con las oposiciones que suscitó vino formando y preparando en los italianos ciertos sentimientos de devoción al rey y al estado, que no dejaron de tener eficacia sobre el futuro desenvolvimiento civil y político. Italianos fueron y a Italia sirvieron aquellos tantos italianos que sirvieron al gobierno español y derramaron su sangre sobre todos los campos de Europa, estimándose así no traidores, sino fieles a su patria. Cierto que aun entonces, en la primera mitad del siglo XVI, no pocos oponían Italia a España, pero, o eran vanos añoradores del tiempo pasado, de la "vida que se llevaba en tiempo de los italianos y no de los franceses y de los españoles" (Aretino), o utopistas, casi vaticinadores, como el grande autor de la exhortación a libertar a Italia del dominio bárbaro, Nicolás Maquiavelo, o retardatarios partidarios de Francia contra España, dos nombres que perduraron largo tiempo como símbolos de opuestas simpatías políticas. Los momentos que parecieron más propicios para libertar a Italia de los españoles y devolverla a los italianos, como el memorable año 1526, pasaron sin efectos porque en Italia faltaba la fuerza moral para aquella empresa, y fracasaron

miserablemente las varias tentativas posteriores de Burlamacchi en Toscana, de los Fiescos en Génova, del príncipe de Salerno en el Reino, de los desterrados florentinos en Siena: tentativas que contaban casi todas con la ayuda de Francia, como sobre ello contaba el papa antiespañol por excelencia Pablo IV. El cual, hasta él, invocando la libertad de Italia —esto es, los extranjeros echados de la tierra italiana y la ninguna preponderancia de un estado italiano sobre los otros—, echaba de menos "la antigua armonía de esta provincia en cuatro cuerdas: la Iglesia, la Serenísima, el reino de Nápoles y el Estado de Milán." y maldecía a las almas infelices de Alfonso de Aragón y de Ludovico Sforza, que fueron los "primeros en estropear tan noble instrumento de Italia". Y se oponía particularmente a España porque "de la experiencia de las cosas pasadas" se sacaba que "los franceses no sabían ni podían detenerse mucho en Italia", donde "la nación española es como la grama, que donde agarra allí se queda", y poseyendo ya tanta parte de Italia "deseaba también el resto". Pero la grama se agarraba tan firme, porque era vigorosa y el terreno adecuado; y la "antigua armonía de Italia, la lira de cuatro cuerdas estaba para siempre rota, y pertenecía al pasado, al pasado que no torna".

Hasta aquí la cita de Croce.

Pablo IV, a mediados del siglo XVI, creía que la nación española es como la grama, que donde agarra allí se queda. ¡Cuán de otro modo pensaría hoy si resucitase! Y precisamente el que se haya podido arrancar la grama española de los suelos a que se había agarrado ha sido la principal causa del cambio de juicio —o más bien prejuicio— y de actitud de muchos frente a esta nación española.

En una nota al pasaje que he traducido y citado (página 239) trae Croce los testimonios de que los

nombres de español y francés simbolizaron en la Italia de los siglos XVI al XVIII dos opuestas simpatías políticas. "Franceses" y "españoles" se hicieron nombres de partidos locales en las ciudades italianas. "No hay que mezclar España y Francia" es un proverbio que cita el ilustre folklorista Pitré, y en este proverbio vibra un eco, según advierte Croce, de la vieja secular división. Corre el tiempo, estalla a fines del siglo XVIII la Revolución francesa, la grande, la gloriosa, la liberadora, y todos los amantes de la libertad en los pueblos todos se vuelven hacia ella. Mas bien pronto la Revolución cae en la anarquía tiránica —o en la tiranía anárquica— y contra ella se vuelven los más nobles espíritus que fuera de Francia saludaron alborozados su aurora. Y cuando el imperialismo napoleónico, habiendo dominado la anarquía tiránica jacobina, empezó, a nombre de la gran Revolución, a oprimir y a tiranizar a los pueblos europeos, pisoteando sus independencias y tratando de renovarlos por la fuerza, hubo un momento en que España, sublevada contra el todopoderoso corso, luchando por su independencia, fué el símbolo de la libertad de los pueblos. Entonces el poeta inglés Wordsworth, que empezaba cantando a la gran Revolución, cantó en algunos de sus inmortales sonetos a España heroica. Y en Italia fué España símbolo de independencia que se defiende. Y nuestra Constitución de 1812, la gran constitución liberal que fraguaron las gloriosísimas cortes de Cádiz —con la colaboración de diputados americanos, de las entonces colonias españolas—, esa constitución fué la enseña de no pocas revoluciones de estados italianos. Lo que puede verse, entre otras obras históricas, en la de Alfredo Orlani *La lotta politica in Italia,* cuya lectura he intercalado estos días con la de Croce. Y así España, en su época liberal, cuando peleó contra el imperialismo, cuando

se revolvió contra una hegemonía prepotente, gozó de las simpatías de los espíritus generosos de toda Europa.

Que cuando España ha sido execrada en Europa lo ha sido más que por su prepotencia por sus tentencias reaccionarias. Reaccionarismo que aplicaba con tanto o más rigor dentro que fuera de sí. La Inquisición española fué más dura en España misma que fuera de España. No se puede culpar a España en una doble medida. Y si azotó a otros pueblos, se azotó a sí misma con bárbara fruición ascética.

Al tratar Croce de la decadencia hispano-italiana sostiene que no fué España la causante de la decadencia italiana, sino que ambas decayeron por análogas causas. Desde mediados del siglo XVI hasta comienzos del XIX faltó en Italia toda vida política y sentimiento nacional, la libertad del pensamiento se agotó, empobrecióse la cultura, la literatura se hizo amanerada y grosera, las artes figurativas y arquitectónicas se abarrocaron. Y de esto se ha querido culpar a España. Y contra este juicio de culpa se pronuncia Croce.

"El que quiera entender la calidad y las razones de lo que se ha convenido en llamar decadencia italiana —escribe Croce— tiene la obligación estrechísima de librarse del fantasma de una España fuente de iniquidad y corruptora de una Italia incorrupta, porque esta concepción es lógicamente absurda, no habiendo influjo que pueda ejercerse donde no hay un ánimo dispuesto a acogerlo y elaborarlo y devolverlo a su vez potenciado y más o menos profundamente modificado. Y que España no representase una potencia enemiga y maléfica queda demostrado por la conciencia de los contemporáneos, que en su generalidad estaba satisfecha y has-

ta orgullosa de que Italia estuviese unida a España." De lo que Croce aduce pruebas. Y añade luego: "La verdad acerca de la vida de aquellos siglos hay que buscarla por otra parte, o sea en reconocer que Italia y España eran ambas, en aquel tiempo, países en decadencia." Y aquí diserta Croce con su concisa precisión acostumbrada sobre la decadencia española, ya que España se retardó en la Edad Media: "medievales eran sus ideas, aquellas ideas de que viven los pueblos, su religiosidad era superstición; su sentimiento monárquico, devoción al señor, y no sabía qué hacerse con la ciencia y la filosofía".

"De aquí la impropiedad —dice luego— de figurarse como una eficacia maléfica ejercida por España sobre Italia lo que fué analogía o comunidad de proceso histórico, a lo largo del cual es cierto que España dió, pero también recibió, e Italia dió y recibió a su vez." Y sigue una compendiosa y densa exposición de esta reciprocidad de decadencia común. "Era una decadencia —dice— que se abrazaba a una decadencia."

Concluye Croce la conclusión de su libro con estas notabilísimas palabras:

"Espero que alguien querrá dibujar y colorear en sus particulares y según la verdad el cuadro del influjo de España en Italia desde mediados del XVI a fines del XVII, persiguiendo, además, las varias huellas de españolismo que duran en la Italia del siglo XVIII. Es una investigación por hacer, indispensable a la historia de la muerte de la vieja Italia y de la génesis de la nueva; indispensable a la historia misma de España y de toda la Europa meridional y católica. Y quien se ponga a esta rebusca de seguro que no querrá por la comunidad y las analogías del proceso histórico perder del todo de vista las persistentes diversidades entre los dos países. Porque si en aquel enflaquecerse de la vida prác-

tica, en aquel vaciarse de la vida intelectiva, España, que había sido militarmente tan fuerte, pudo todavía conservar largo tiempo la fama de sus ejércitos y sobre todo de su infantería y sus virtudes y aptitudes militares, y, pueblo de heroica tradición, hacer valer hasta más allá de mediados del XVII, junto a la literatura cortesana, y mezclada con ella, la escueta inspiración popular y nacional, que tuvo su última forma en el gran florecimiento de la poesía dramática, en compensación, Italia, entre las frivolidades de su vida, conservó algo de alto y viril en la obra del pensamiento, ante todo de los grandes filósofos súbditos de España, Bruno, Campanella y Vico, y después en la ciencia positiva y natural de la escuela de Galileo, y en sus juristas y jurisdiccionalistas sostenedores del Estado contra la Iglesia, y en sus técnicos y literatos que se esparcieron por el extranjero, mientras daba con el poema del Tasso, con la poesía pastoral, idílica y erótica, con la obra musical, con sus escuelas de pintura y de escultura y de decoración del siglo XVII, la última forma de la poesía y del arte del Renacimiento, singularmente atractiva a menudo en sus colores otoñales, y herida acá y allá por algún relámpago del porvenir. Y la fe en el pensamiento, tan tenaz en Italia, le hizo posible acoger, siendo políticamente sierva, antes que su dominadora, el nuevo impulso de cultura, el racionalismo, que venía de Francia, y desenvolver, antes y más felizmente que aquélla, todas las consecuencias, hasta prácticas y políticas, reformísticas y revolucionarias; de modo que mientras España en el siglo XVIII yacía aún exhausta y como aniñada, Italia resurgía ya, en el gobierno de los estados, en la economía, en la ciencia, en la literatura, y comenzaba a despertarse o más bien a formarse en ella, por virtud del pensamiento, el sentimiento nacional unitario, que durante

el dominio español no estuvo siquiera oprimido porque de hecho no existía."

Así termina Benedetto Croce este libro escrito con un tan claro y penetrante conocimiento de las cosas de España y de su historia, y por lo tanto con tan verdadero amor a nuestra patria.

Leyendo el cual libro he pensado muchas veces en las investigaciones que espíritus serenos y de verdadero sentido histórico prosiguen hoy acerca de la obra de España en América y en las que fueron sus colonias. Porque también aquí hay que saber leer los documentos y testimonios para ver la relación espiritual que mediaba entre los españoles de España y los españoles de América, puesto que españoles, de raza y de sangre y de espíritu, fueron la inmensa mayoría, la casi totalidad de los próceres de las independencias americanas. He dicho más de una vez, y volveré a repetirlo, que nadie acaso exaltó más el espíritu español en el mundo de la acción que lo exaltó Bolívar, ni nadie más en el del pensamiento que Sarmiento, y que cuando más lo exaltaron es cuando pelearon, aquel con su espada y éste con su pluma, contra España. Y así como no puede culparse a España de la decadencia italiana, así también es algo disparatado —*cervellòtico,* que diría Croce— atribuir a herencia específicamente española los males de las naciones americanas de lengua española. Es éste un cómodo expediente para salir del paso.

Del cual triste expediente, hijo, cuando no de peores pasiones, por lo menos de la pereza de estudiar y pensar, no estamos libres —¡qué hemos de estarlo...!— los españoles de hoy. No hace mucho que el formidable caricaturista Bagaría publicada en el semanario *España* una caricatura rebosante de tremenda amargura. Eran dos "aficionados" —es decir: dos aficionados a corridas de toros— en cuyos ros-

tros, ferozmente animalizados, había acertado a expresar el artista toda la córnea mentalidad del genuino troglodita aficionado a la tauromaquia; en el fondo, el ruedo de una plaza de toros y en ella un picador sobre un lamentable jamelgo —al que Zuloaga llamó "el héroe de la fiesta" y Guerra Junqueiro "el cristo de los caballos"— arrastrando sus ensangrentadas tripas y uno de esos llamados monosabios arreándole. Y al pie esta terrible sentencia: "Desengáñate, Celipe, Francia e Inglaterra tienen la culpa de nuestro embrutecimiento."

¡Cuánto de esto se oye hoy por aquí...! Que si en Italia fué para algunos escritores cómodo el atribuir a la influencia española la decadencia y servidumbre políticas de Italia desde el siglo XVI al XIX, aquí es muy común hoy el que se dé en atribuir a influencia y presión francesas e inglesas, sobre todo inglesas, nuestra decadencia. Se ha hecho lugar común entre nuestros trogloditas, echar a Inglaterra la culpa de los males todos de España desde el siglo XVII hasta este siglo XX. Para ello falsifican la historia con la mayor imprudencia.

Pero de esto hay que tratar algo más despacio.

Salamanca, noviembre 1916.

[*La Nación*, Buenos Aires, 1-I-1917.]

Arturo Farinelli es uno de los italianos beneméritos de las letras españolas y de los que más. Difícilmente habrá en Italia quien conozca mejor que él nuestra literatura española antigua y moderna, y en España misma serán pocos, pero muy pocos, quienes le aventajen en tal conocimiento. Conócela, además, comparativamente —que es la mejor manera de conocer bien una cosa—, en cotejo con otras literaturas, pues su conocimiento de éstas es vastísimo. Aparte de la de su propia patria, de la italiana, conoce a maravilla la alemana, a la que ha dedicado muy doctos trabajos de investigación y de vulgarización. Los últimos trabajos de él en este campo de la historia literaria germánica han sido sus lecciones sobre el romanticismo en Alemania (*Il romanticismo in Germania,* Bari, Gios. Laterza e figli, 1911) y las que dió en la universidad de Turín sobre el dramaturgo Cristián Federico Hebbel, que al cabo de años de casi olvido empezaba a ponerse de moda en su patria en vísperas de la guerra (*Hebbel e i suoi drammi,* Bari, Laterza, 1912).

En los ocho años, de 1896 a 1904, en que volvió a su patria italiana, Farinelli dió en la universidad austriaca de Innsbruck cursos sobre Molière, el drama de Racine, el *René* de Chateaubriand y los descendientes del *Werther* en Francia, Torcuato Tasso y la Corte de Este, Leopardi, el *Paraíso* del Dante, los *Ensayos* de Montaigne, la lengua y la lírica

en Italia en el período de los orígenes, Petrarca y los comienzos del humanismo en Italia, la *Vida* de Cellini y el *Cortesano* de Castiglione, la novela en Italia en la Edad Media y el Renacimiento, el *Príncipe* de Maquiavelo con lecturas y ejercicios, la poesía épico-caballeresca en Italia, desde los orígenes hasta Ariosto, Leopardi y Manzoni, la prosa científica en Italia, los dramas bíblicos de Racine, el *Infierno* del Dante, Mme. de Stael y su libro *De l'Allemagne,* y, por lo que hace a nuestras letras españolas, en esos mismos ocho años dictó en Innsbruck lecciones de introducción en el español y de morfología de nuestra lengua; comentó los dramas y autos de Calderón, los primeros capítulos del *Quijote, La prudencia en la mujer,* de Tirso de Molina, *Os Lusiadas,* de Camoens, y cotejó nuestro *Don Juan* con el *Tartuffe* molieriano. Sobre el Tenorio tiene una obra que provocó aquí, en España, otra del malogrado Víctor Said Armesto.

Dirige ahora Farinelli una colección de estudios titulada *Letterature moderne* que edita la casa Fratelli Bocca, en Turín. En esta colección, que consta ya de cinco volúmenes —los otros tres sobre el drama de Zacarías Werner, Novalis y su *Heinrich von Ofterdingen,* e Ibsen—, dedícanse los dos primeros a Calderón y son del mismo Farinelli. Llevan el título común de *La vida es sueño (La vita é un sogno),* dedicándose el primer volumen a los preludios al drama de Calderón y el segundo a la concepción de la vida y del mundo —acaso sería mejor decir del sueño— en Calderón y al drama mismo. Representa esta obra un obstinado trabajo y meditación de años enteros y atesora una enorme, enormísima erudición, y erudición viva y vivida.

No hace falta decir que la sentencia o aforismo que sirve de título al más famoso acaso de los dramas españoles es una sentencia antiquísima y que

desde los albores de la conciencia dolorosa de la humanidad viene rodando de siglo en siglo y de pueblo en pueblo. La concepción de la vida y del mundo que se cifra y compendia en el dicho de "la vida es sueño" debió de nacer con el nacer mismo de la conciencia refleja, y la historia no hace sino corroborarla y alimentarla, con una u otra variante. Pues si atendemos al espectáculo que nos está dando la actual guerra europea, esta guerra a que cierta jerga reporterística llama conflagración y otras veces conflicto, diríamos que la vida es pesadilla, y si atendiésemos a lo que pasa en no pocos lugares de esta nuestra España, que la vida es siesta o que es modorra.

Sí, la concepción hipnológica de la vida es antigua, antiquísima, y Farinelli la sigue desde las más remotas edades y los más remotos pueblos, desde el Oriente, China, India y las doctrinas búdicas, por los persas y los hebreos —ahí está el Libro de Job— y los griegos clásicos, y la Edad Media cristiana, y el Renacimiento, y la Reforma, hasta llegar a los tiempos de Calderón. Y podía haber seguido estudiando el desarrollo de ese íntimo y eterno tema de la más profunda inquietud humana después de Calderón, hasta nuestros días, y de hecho hace numerosas referencias a este ulterior desarrollo ya que los dos volúmenes están henchidos, en su maravillosa erudición, de citas al respecto de autores modernos.

Claro está que aparecen los textos ya clásicos, el de "vanidad de vanidades y todo vanidad", el de Píndaro de que el hombre es el sueño de una sombra, y aquel de Shakespeare de que estamos hechos de la sustancia de los sueños, de que yo dije en mi obra *Del sentimiento trágico* que es sentencia más trágica que la del nuestro, pues mientras en aquélla, en la de Calderón, sólo se declara sueño a nuestra vida, mas no a nosotros los soñadores de

ella, el inglés nos hace también a nosotros sueño, sueño que sueña, comentario mío que me hace Farinelli el honor de citar y trascribir. Pero hay otra concepción más trágica aún que la de estimar, con la legión de espíritus a que Calderón representa, que la vida es sueño, o la de estimar con Shakespeare que estamos hechos de la madera de los sueños, y es imaginarse que todo este mundo humano y su historia no es más que un sueño de Dios y que el día en que éste, Dios, se despierte se desvanecerá el sueño. Alguien ha dicho que la historia es el pensamiento de Dios: algún otro podría creer que es su sueño el ensueño divino y no faltará quien ante la guerra sospeche que la historia es la pesadilla de Dios.

El drama de Calderón es, según Farinelli, la negación de la vida. ¿Será así? ¿Es negar la vida declararla sueño? Pues si la vida es sueño, el sueño es vida y váyase lo uno por lo otro.

Este largo estudio de Farinelli resulta hoy de una grandísima utilidad. El drama calderoniano brotó en España cuando ésta, roto su ensueño de hegemonía mundial, comenzaba a declinar. Fué entonces cuando Calderón, condensando en un título la sustancia de filosofías mundiales, declaró que debíamos acudir a lo Eterno,

que es la fama vividora
donde ni duermen las dichas
ni las grandezas reposan.

¿Quién sabe si este Calderón, que en tan alto predicamento estuvo hace un siglo en la docta Germania romántica, merced, sobre todo, a Federico Schlegel, y tan estudiado y ensalzado fué entonces allí, no volverá a estarlo de nuevo pronto?

Farinelli recorre, como dije, los siglos y las civilizaciones, recogiendo todas las más expresiones que

puede de ese tema fundamental de que la vida es sueño y todas las fábulas y leyendas referentes al hombre a quien se le hace dormir para ponerlo en una situación de vida que no es la suya propia cotidiana, para volver luego a su habitual estado, sea por burla, sea por otro móvil. El Oriente, aquella edad —porque el Oriente es una edad tanto como una región y categoría cronológica, aun más que geográfica, ya que hay hombres actuales de todos los siglos y hasta trogloditas—, el Oriente es el que da más cosecha de expresiones del tema calderoniano. Y es que el Oriente histórico era sueño. Ocurríale lo que a los niños que apenas distinguen entre el sueño y la vigilia, hasta que para decir de uno que no dice verdad, dicen: "lo habrá soñado". El Oriente es el que más presta al tema, pero también la Grecia clásica, platónica, no tan separada de aquél como por muchos se creía y aún se cree.

Hay mucho, en efecto, de tópico en lo de la serenidad y la "aquendidad" helénicas. Basta, a falta de más detenidos y directos estudios, leer el libro *Psyche,* de Rhode, para convencerse de que es un prejuicio infundado el de creer que los griegos clásicos no se preocuparon de ultratumberías, de la "allendidad", de lo de más allá de la muerte. Porque, en rigor, eso de que la vida es sueño, y este punto no lo desarrolla suficientemente Farinelli, nace de la preocupación del más allá de la muerte. La sentencia de la vida es sueño lleva como correlativo esta otra: la muerte es vela.

Calderón, estricto y rígido católico apostólico romano a la antigua española, sin sombra de duda —y esto lo ha visto muy bien Farinelli— creía que al morir despertamos del sueño de la vida. Su sentencia, aunque de antiquísimo origen, es, en el sentido que él le da, una sentencia cristiana y no budista y ni aun pindárica o platónica. Porque la otra vida si-

gue siendo un sueño para Platón, y basta leer el *Fedón* para convencerse de ello. Para Calderón no: era una realidad, una vela, algo más real y sólido que esto.

Es que el cristianismo, como hace muy bien notar Farinelli, dió sustantividad ideal al hombre, a quien se guardaba mucho de reducir a la sombra. San Agustín defendía la duda, pero diciendo que el hombre cierto de la ciencia de su vida no dice: "sé que estoy despierto", sino: "sé que vivo", pues que vive, ya "duerma, ya esté en vela". "Porque dormir y ver en sueños es cosa de vivo", añade.

"No hay que despreciar los sueños", dijo Hebbel, según la cita de Farinelli, y él, Hebbel, soñó terriblemente. Como que algunos de los pasajes de sus dramas llegan a la pesadilla.

"¿Y no es singular —escribe Farinelli— la fe persistente en la virtud de los sueños en el poeta de las luchas más heroicas y desesperadas de los germanos, que se cierran con la matanza inmensa de los Nibelungos? Aquí no había lugar de contemplación o de absorción estática. La mano corre instantánea a la espada para agredir y para atravesar. Se ruge venganza por la menor afrenta. Las pasiones desbordan. La sangre ciega. No hay placer, sino en la lucha, en la violencia, en el exterminio. Y caen los gigantes uno a uno; estirpes enteras luchan para abismarse y desaparecer. Sin embargo, dentro de la voluptuosidad y la orgía de muerte tiembla un temor sagrado por todo indicio de una fuerza sobrenatural que se revela y se despliega en los sueños. Despiértase Dios mientras duerme el héroe. Y manda en los sueños que recuerde sus mensajes, preanuncio de los ayes y de las desgracias que vendrán. Y el gladiador impávido y fortísimo se aprieta en sí con un gemido, anubla la frente, se detiene un momento, pero sigue

y combate, palpitante, hasta que se cumple su último trágico sentido."

El sueño de la vida es muy otro para estos Nibelungos que lo era para los héroes de Calderón. Su último poeta, aquel Hebbel tan estudiado y tan querido de Farinelli, decía que "el demonio que rige la sangre es aún en ellos poderoso y le siguen alegremente —*freudig*— cuando cuece y humea". ¿No es el *Schadenfreude?*

Precisamente estos días leía una reciente canción alemana que dicen —digo no más que dicen, pues aún me resisto a creerlo— de la que es esta estrofa que fielmente traduzco: "Allá, allá está el enemigo en cobardes trincheras de abrigo. Atacámosle, y un perro sería el que hoy creyese que hay que darle perdón. ¡Matad a todos los que pidan gracia; fusilad a todos como a perros! ¡Más enemigos, más enemigos!, sea nuestro ruego en esta hora de retribución." *Mehr Feinde! Mehr Feinde!* ¿Es que este grito de la desesperación no ha brotado acaso en una pesadilla? Entretanto, Segismundo, el calderoniano, creía que el hacer bien no se pierde ni aun en sueños, y tal era su razón práctica.

Farinelli recoge cuanto acerca de la concepción que se simboliza y compendia en el título del drama calderoniano pensaron y dijeron los más grandes espíritus, Dante, Boccacio, Petrarca, Montaigne, Descartes, Miguel Angel, Pascal, Shakespeare, Bossuet, etcétera, etc. Háblanos del pesimismo del Renacimiento, pues nunca se expresa el pesimismo más fuertemente que cuando el optimismo lo hace igual, ya que a más deslumbrantes claros más negras resultan las sombras. Y la tesis pesimista se recrudece con la Reforma y con el humanismo que la acompañaba. "En aquel su "gocemos, bebamos en alegres copas", hay un vibrar de secreto sufrimiento y de tácito dolor", dice Farinelli.

Junto a los máximos ingenios de otros pueblos que glosaron el tema de la vida es sueño, cita Farinelli a los españoles, a los que aquí prepararon el camino al drama calderoniano, empezando por Lope, por el gran Lope, poeta, sin duda, más grande y más completo que Calderón. Todo un capítulo dedica Farinelli a los místicos, teólogos, poetas y soñadores de España en el alba del drama de Calderón. Sólo he echado de menos a dos, al P. Mariana, aquel recio jesuíta que tan hondas inquietudes espirituales sintió y tan sombría concepción tuvo de la vida, y a Miguel de Molinos, el apóstol del quietismo. ¡Para éste sí que era la vida sueño! Pero sueño de dormir, no sueño de soñar. Y es extraño que se le haya pasado ese aragonés que vivió lo mejor de su vida y actuó en Italia.

Entra en cuenta, claro está, Cervantes, que también dijo —en la *Galatea*—, ¿y quién no?, que "es nuestra vida un sueño", pero fué un sueño henchido de realidad para él. Toda la locura de Don Quijote fué un sueño generoso, y él lo sospechó. Releed la aventura de la cueva de Montesinos. "Sueña Sancho como sueña Don Quijote —dice Farinelli—. Su isla es su mundo más verdadero, más tenazmente construído, fijo en él como están fijos los astros en el cielo."

Lope de Vega soñó como sólo saben soñar los niños y los grandes poetas, despierto y con toda el alma. "Ninguna escisión dolorosa en Lope —dice Farinelli— entre un mundo de fantasía y el mundo de la pura realidad. De los reveses de la fortuna, de las desilusiones inevitables, de los engaños recibidos, no hizo argumento de llanto y de alegría." "Soñemos, ya que debemos soñar, y en el sueño abramos bien los ojos: imaginemos estar despiertos; dominemos nuestros fantasmas."

Despertar a quien duerme. Así se titula una comedia de Lope de Vega y por mi parte he dicho

y repetido cien veces que la décimaquinta obra de misericordia es despertar al dormido. ¿Para qué? Para que sueñe la realidad. Y esto aunque la realidad sea, como es, un sueño. Lo malo es que el dormido no sueñe sino duerma, en la más profunda inconciencia. Si la vida es sueño, cuanto más se sueñe más se vivirá. El que sabe soñar vive siglos en un año, en un día.

Ahora sí que se sueña, y fuertemente, en Europa. Y los que más sueñan más viven, aunque la muerte siegue más entre ellos. En cambio, esta miseria moral que han dado en llamar aquí la neutralidad absoluta, la neutralidad indiferente, aparte de que es un engaño —suele ser la capa de la germanofilia vergonzante cuando no del más abyecto egoísmo nacional (mejor que egoísmo, "nostrismo")— es un dormir sin soñar, sin querer soñar, es una modorra.

La vida es sueño es de realidad siempre, porque es de perennidad, de eternidad, pero es de mayor actualidad ahora que se ha intensificado este sueño de Dios, que es la historia humana. Cualquiera diría que están saliendo a luz de conciencia humana, las profundidades del inconciente, del *Unbewusstes* divino, de la inconciencia de Dios. Y Segismundo, el soñador de Calderón, nos puede enseñar mucho; nos puede enseñar cuán deleznables y perecederos son los sueños de la hegemonía.

Pero hay otra cosa en esta obra de Farinelli, por donde pasan en grave letanía los más hondos lamentos del hombre soñador, y es sus fines y justas consideraciones sobre la índole del ingenio español y la de nuestro pueblo.

Salamanca, enero 1917.

[*La Nación*, Buenos Aires, 26. II. 1917.]

EL ZORRILLISMO ESTETICO

Hace pocos días se ha celebrado el centenario del nacimiento del poeta don José Zorrilla. Es decir, como celebrarse, apenas si se ha celebrado. Los tiempos no están para celebraciones de centenarios de poetas, aunque éstos hubiesen sido Zorrillas. No se celebró el centenario de Cervantes... y Cervantes, para todos, hasta para los más entusiastas de Zorrilla —entre los que no me cuento ni muchísimo menos—, significa bastante más que éste.

Zorrilla, sin embargo, significa algo. Han celebrado su centenario primero, y quien más, como es muy natural y muy justo, su pueblo natal: Valladolid. Y aun en éste la fiesta ha sido muy modesta, y por así decirlo, para los de casa. Y luego lo han celebrado, con artículos y juicios sobre el poeta, algunas publicaciones periódicas. Y por cierto que en la mayor parte de esos juicios, firmados por las firmas más conspicuas en nuestra literatura, hemos creído ver un cierto fondo de poca sinceridad o más bien como si se respondiese a una tácita consigna. Parécenos, en efecto, que Zorrilla no suscitó grandes entusiasmos, y que todos estamos en el secreto del culto que aún parece que se le rinde. Es una especie de liturgia patriótica, y creemos que de un patriotismo mal entendido y peor practicado.

Son éstos, sin duda, los tiempos menos adecuados para que se pueda juzgar con serenidad y con puro sentido estético, independiente de otros sentimientos

e intereses, la poesía de Zorrilla. Porque estamos aquí pasando por unos días calamitosos y tristes en que el patriotismo, lejos de ensancharse e iluminarse, se empequeñece y se oscurece; en vez de hacerse un patriotismo español, sí, pero universalista, se hace nacionalismo estrecho y de vista corta. Los que pretenden monopolizar el españolismo están dedicándose a defender nuestros defectos y nuestras pequeñeces, a cultivar lo que nos diferencia y separa de los demás pueblos en vez de aquello que nos asemeja a ellos y con ellos nos une. Nuestros patrioteros —que no patriotas— de la nueva y flamante hispanofilia española hacen algo parecido a aquellos torpes y mal aconsejados católicos que se empeñan en dar a los dogmas diferencial y específicamente católicos, a los que distinguen al catolicismo de las demás confesiones cristianas, más importancia que a lo que es común a todas estas confesiones, a lo genéricamente evangélico. Y a algunos de esos patrioteros les ha servido Zorrilla.

Muchas veces hemos dicho y repetido que un poeta es tanto más universal cuanto más de su tiempo y de su pueblo es, si tiene profundidad de comprensión, estética de expresión. El Dante era un florentino del siglo XIII; muy florentino y muy del siglo XIII. La universalidad no es el cosmopolitismo. La universalidad no se alcanza por vía de remoción o de exclusión de diferencias, sino muchas veces ahondando en éstas. Pero tanto, que dejan de serlo. Hacia adentro, hacia las raíces, se encuentra lo que no es común. Un lírico, sin más que ahondar en sus propios personales dolores y goces, llega a la universalidad. Buen ejemplo es Leopardi.

Y una vez sentado esto, cumple decir que Zorrilla no llegó a esa universalidad, y que no llegó a ella porque no ahondó ni en sí ni en su pueblo. La poesía de Zorrilla es, estéticamente, superficial. Es-

téticamente, decimos. No que carezca de profundos pensamientos filosóficos, lo cual es evidente, pues lo que podría llamarse el pensamiento zorrillesco es de una vulgaridad aplastante. No, no es eso; es que, estéticamente, como expresión, impresión y emoción artística es superficial. Los sentimientos que quiere expresar son sentimientos superficiales y están superficialísimamente expresados. Las metáforas son las del común acervo, las viejas, las de siempre, las del montón, las que se vienen repitiendo de siglo en siglo y están expresadas en una lengua diluída y vaga, sin precisión estética alguna. Rara, rarísima vez acertaba el improvisador verboso, hojarascoso, que era Zorrilla con el epíteto estéticamente justo, con el más concretamente expresivo, con el definitivo, con el único. Y, sin embargo, produce en los que no se fijan y leen para no enterarse, la ilusión de que su lengua era rica. Sería abundosa, pero rica no. La abundancia de palabras diferentes no equivale a riqueza. Pues la riqueza de una lengua más se pesa que se cuenta. Una palabra de oro, precisa, concreta, sugestiva, vale más que una docena de palabras de plomo. Lo que ocurría a Zorrilla es lo que les ocurre a no pocos oradores nuestros, abundosos e improvisadores como él, y es que al faltarles el epíteto justo o la expresión ceñida nunca les falta el rodeo de doce o veinte palabras con que lo suplen. Y es claro, no acuñan una de esas frases que una vez oídas se clavan para siempre, con clavo de emoción, en la memoria. Zorrilla no tenía idea ni sentimiento muy claros del valor de muchas de las palabras que usaba; le sonaban bien, es decir, encajaban bien en el sonsonete melopeico y bastante metronómico y primitivo de que se valía, y eso le bastaba. El poco más o menos, el *a peu près* era, como en tantos de los nuestros, su defecto capital.

Recuerdo algunos versos suyos de los que aprendí

en el texto de retórica y poética, donde venían como ejemplos, hace ya cuarenta años, y repasándolos en la memoria me percato de la imprecisión de aquellos epítetos. El "oloroso abril", el "ruiseñor gentil" el eco del torrente "grave y majestuoso", la "inmensa soledad" del desierto, etc., etc., etc. Pocas, muy pocas veces llevó a cabo aquella proeza artística que estima la de más valor nuestro Valle Inclán y es unir por primera vez dos palabras que antes no se vieron unidas y de tal modo que satisfagan al que lo lee y le enriquezca la visión de la realidad. Los epítetos de Zorrilla suelen ser los consagrados, es decir, lo gastados.

Y si ese poeta —que lo era, y a su modo, muy significativo y representativo— no tuvo precisión de lenguaje y sus metáforas eran las del común acervo, lo que revela pobreza de imaginación, pues imaginación no es la facundiosa facilidad de enristrar lugares comunes artísticos, tampoco fué rico en sentimiento. Zorrilla es de ordinario frío, muy frío. Su lírica no acusa emoción alguna profunda y verdadera.

¿Por qué, pues, se empeñan muchos en querer hacer de él el primer poeta español del siglo XIX, si es que no de todos los siglos, el poeta de la raza? Sin duda porque representa a ésta en lo que tiene de más exclusivo, de menos universal, en sus defectos. Zorrilla es un espejo en que debemos mirarnos, pero para huir de él y de lo que nos refleja. El zorrillismo es peor, mucho peor, que el gongorismo. Porque éste, el gongorismo, en Góngora sobre todo, acusa, como el barroquismo en arquitectura, escultura y pintura, un desarreglo imaginativo, pero imaginativo; violenta y contorsiona las imágenes, las metáforas, pero las crea nuevas. El zorrillismo no es sino hojarasquería sonora. Y con una sonoridad muy simple, para oído muy sencillo e incapaz de apreciar la íntima consonancia de ciertas a primera impresión disonan-

cias. La melodía de Zorrilla es melodía de caramillo de pastor. A lo más, de flauta. Al órgano apenas llega, y a la orquesta nunca. Sus estrofas preceptivas, erizadas de agudos, son de lo más primitivo que se puede oír.

No sólo nos parece una enormidad lo de que Zorrilla haya sido el más grande poeta español del siglo XIX, sino que preferimos a muchos poetas españoles del pasado siglo que pasaron sin tanto ruido, y algunos que son estimados como de segunda o tercera fila. Hasta el mismo Quintana, de quien tanto y tan ligeramente hemos maldecido, y yo el primero. Y luego Espronceda, y Bécquer y Campoamor. Y yo, por mi parte, no siento deseos de releer a Zorrilla y sí de releer a algunos de esos poetas íntimos, recogidos, delicados, que, como Vicente Wenceslao Querol, Ventura Ruiz Aguilera y algunos más, pocos, muy pocos —entre los muertos, pues nada quiero decir de los vivos y alguno de estos vive hoy ahí, en la Argentina—, pasaron sin meter el ruido que metió Zorrilla y sin coronaciones ni estrépitos. Doy todo Zorrilla por las cosas que Querol decía de sus padres y su hermana muerta o las que a sus hermanas vivas decía, o por aquellos cantos que a Aguilera le inspiró el dolor de los dolores, el que le causó la muerte de su hija, y que son de lo más hondo, de lo más trágico, de lo más universal que se ha hecho en España.

En Zorrilla, que tiene, repito, un gran valor artístico, pero sobre todo un valor representativo, atrae aquí sobre todo los defectos. Al elogiarle es que nos defendemos, y nos defendemos de nuestro aislamiento espiritual, de nuestro empequeñecimiento. Y sobre todo, de nuestra pereza. Que es pereza estética, lo mismo que intelectual y económica y moral. No queremos conquistar nuevas y más altas fuentes de emoción y de goce estético, nuevos y más puros y más altos goces.

Zorrilla no podrá nunca ser representativo de nuestra casta en el más alto y noble sentido de tal representación. No podrá nunca representarnos ante los demás pueblos. Nos representará ante nosotros mismos, o mejor dicho, nos servirá de espejo para que veamos nuestra desnudez estética, nuestra desnudez de pensamiento, de sentimiento y hasta de imaginación. Pero no nos representará ante los demás pueblos como nos representan, y dignamente, Cervantes y Lope de Vega y Calderón y otros más. Zorrilla no pertenecerá nunca a la literatura universal. Es absolutamente intraducible. Y poeta en que al traducirle no queda poesía, no podrá ser poeta universal.

Hay, en efecto, lo que llamamos literatura universal que tanto preocupó a Goethe. Hay escritores nacionales, de una nación cualquiera, que difícilmente saldrán, con valor, de ella, y hay otros que interesarán en todos los países y tiempos. Y esto aunque hayan escrito de cosas muy estrictamente nacionales e influídos por pasiones muy nacionales. No es cuestión de asunto. El *Facundo,* de Sarmiento, por ejemplo, llegará a ser mucho más universal a medida que vaya siendo conocido —ahora empieza a serlo en España—, que teniendo que chocar y luchar entre sí los vecinos, chocando y luchando aprenden a conocerse y conociéndose se quieren aunque otra cosa parezca. Estamos convencidos, por ejemplo, de que hasta debajo de los ataques y censuras que algunos energúmenos dirigen hoy aquí a los franceses —aunque la consigna es más bien insultar y calumniar a la casi desconocida Inglaterra— late un fondo de estimación, mientras que las disparatadas adulaciones a los alemanes suenan a falso, por la sencillísima razón de que casi todos esos aduladores de Alemania no conocen a ésta ni por el forro ni saben nada de ella ni les importa, además, saberlo. Como que no tenemos, ni por tierra ni por mar, medianería al-

guna con ellos y no se puede ir de España a Alemania sin pasar por tierras o aguas jurisdiccionales de otro pueblo.

Chocando y luchando aprenden a conocerse los hombres y luego a compadecerse mutuamente. Y es en la calle, y no en el campo, en la calle, donde se originan las disputas, donde la compasión nació. Los crímenes cometidos en el campo y por campesinos suelen ser mucho más feroces que los cometidos en lugares, villas y ciudades. En mi tierra nativa he podido observar que las gentes de las villas y lugares, las de la calle, son más humanas, más compasivas, más piadosas que las de los caseríos desparramados por los montes. Los trágicos dramas de familia son más del monte. La dureza, por ejemplo, de los hijos para con los padres inválidos por ancianidad es cosa montesina. La pureza de costumbres del campesino es un mito y nada más. Hay, dígase lo que se quiera, más íntima moralidad en las villas y ciudades, aunque alguna vez haya más disipación. Y ello se debe, sobre todo, a que hay otras luchas.

Ahora, por ejemplo, se está poniendo aquí de manifiesto el predominio del espíritu de montaracía o de servidumbre —y el montaraz es siervo hasta cuando se rebela, pues lo hace para que no le quiten las cadenas— sobre el espíritu de ciudadanía. Para los que están lejos y nos oyen a los veinte que gritamos y no a los millones que callan, parecerá que aquí hay lucha y choque de ideas y pasiones con esto de la guerra y de sus salpicaduras a España, pero no es así. Somos unos cuantos españoles concientes de nuestra españolidad y preocupados del porvenir y la dignidad espirituales de la patria, los que peleamos contra unos cuantos alemanes, que tomando a sueldo a unos sujetos nacidos y naturalizados en España, o sea españoles oficialmente, atentan contra la integridad de nuestro espíritu y quieren corromper el

alma de nuestro pueblo infestándola de embustes y mentiras y de bajos rencores. Pero lo más del pueblo permanece, desgraciadamente, sordo a lo que decimos unos y otros. No parece importarle nada. Vive en su alquería, cortijo o caserío, que no parece ser otra cosa hoy lo más de esta tierra. Su sensibilidad es montaraza o campesina. Su actitud puede resumirse en esta castiza frase: "por ahí me las den todas". El egoísmo colectivo nacional es suicida. Cuando no hay más remedio que encarar las cuestiones internacionales, se las encara con un sentido no ya nacionalista —pues el nacionalismo tiene raíces internacionalistas y si no no es más que vacuidad o barbarie— sino con un sentido localista o lugareño. Diríase que la nación toda es una vasta aldea de cortijos o alquerías separados unos de otros.

No hay choques, no hay verdaderos choques. El antipoliticismo es la fórmula de este lamentable estado. La guerra interesa a muy poca gente, y de esta gente la más de ella no la sigue sino con el inespíritu con que se sigue una corrida de toros. "¡Qué tíos!", tal es la expresión. Y los alemanes que aquí operan para incautarse de esto y explotar nuestra pereza espiritual, se cuidan muy bien de hablar apenas más que de su eficacia y de sus triunfos y de su poderío y de lo que van a hacer y a acontecer, además de falsificar nuestra historia y recordar chismes. Porque saben que el alma colectiva se va volviendo alma de comadre, que sólo recuerda que el día tal de tal mes y año la otra le pisó un callo o no le saludó al pasar.

Y es claro, en tal estado de montaracia, el recurso es la caza. La caza del destinillo.

Salamanca, abril 1917.

[*La Nación*, Buenos Aires, 14-v-1917.]

LAS COPLAS DE CALAINOS

Muchas veces nos hemos preguntado de dónde podrá venir el sentido de la frase: "¡Esas son las coplas de Calaínos!" Según el Diccionario de la Real Academia Española, en su décimatercia edición, decir coplas de Calaínos equivale a decir "especies remotas e inoportunas", lo que se acerca mucho al valor en uso de dicha frase. Y que es muy análogo al que antaño tenía aquella otra de "hablar adefeseos" —vocablo del que ha venido el actual *adefesio,* muy alterado de su primitiva significación—, como en lo que dice Mata en el Coloquio IV del *Viaje de Turquía,* de Cristóbal de Villalón, y es: "Que eso es hablar adefeseos que ni se ha de hazer nada de eso ni habéis de ser oydos." Y luego *adefesio* vino a significar "despropósito, disparate, extravagancia"; después "traje, prenda de vestir o adorno ridículo y extravagante", y por último, "persona de exterior ridículo y extravagante".

Sabido es que en la misa de velación de los recién casados se lee a éstos parte del capítulo V de la Epístola del apóstol San Pablo a los efeseos o efesios, y como se supone que estos consejos apenas si los oyen entonces, entrándoles por un oído y saliéndoles por el otro, de aquí que hablar *ad epheseos* o a los efesios —en ese caso recién casados— es decir cosas que ni han de ser oídas ni acaso cumplidos. Pero, ¿por qué las coplas de Calaínos son "especies remotas e inoportunas"?

Tan remotas parecen ser ya, que hay un eruditísimo crítico que cree que Calaínos fué el autor de las coplas, cuando es sabido que es el protagonista de ellas de un romance antiguo que figura nada menos que en el tomo II, pág. 149, de la edición de *Romances viejos castellanos,* de Wolf y Hofmann, hecha por don Marcelino Menéndez y Pelayo; tomo que forma el IX de la *Antología de poetas líricos castellanos.* ¡Cuán verdad es que acaso se lee menos a aquellos autores de que más se habla! Don Marcelino no continuó su *Historia de las ideas estéticas en España,* según nos manifestó él mismo, porque esta obra no tenía lectores compradores —es decir, solventes, porque hay lectores insolventes, aunque muchos menos de los que se cree— que bastasen a sufragar los gastos de la tirada.

Las coplas de Calaínos se titulan: "Romance del moro Calaínos. De cómo requería de amores a la Infanta Sebilla y ella le demandó en arras tres cabezas de los doce pares de Francia."

No vamos a contar aquí en prosa el argumento de ese bello romance, teniendo mayormente en cuenta que nuestros viejos romanceros castellanos, a diferencia de cierta llamada poesía posterior de nuestras letras, eran una maravilla de concentración. El ritmo verdaderamente poético por lo común adensa la expresión, y así adensándola, la enriquece. Pues nos parece evidente que mayor riqueza de lenguaje son cuatro palabras precisas, de oro, que no cuarenta meramente sonoras o de calderilla. Y de aquí que no sean, verbigracia, los oradores de más abundoso vocabulario, los que usan más palabras diferentes, los de lenguaje más rico. La riqueza no es el número precisamente.

No contaremos, pues, el argumento del romance de Calaínos, puesto que, sobre todo, el argumento y el romance mismo son una sola y misma cosa. Pretender

contar el argumento de una verdadera obra de arte, drama, novela, poema épico o lo que fuese, es como pretender extractar una sonata de Beethoven o un cuadro de Velázquez, y aun en éste cabe la pálida reproducción fotográfica.

Y en el mismo caso están los desdichados que quieren, en unas cuantas páginas, darnos el argumento filosófico, esto es, poético, de la *Etica*, de Spinoza; la *Lógica*, de Hegel, u otro poema por el estilo.

Dejemos las razones que pasaban entre "la grande infanta Sebilla" y el moro Calaínos, el de Arabia, señor de los Montes Claros, a quien siempre enviaba poesías el Preste Juan de las Indias, y cómo se fué a París de Francia a traer tres cabezas de tres de los doce pares, la de Oliveros, don Roldán y Reinaldos de Montalván.

Ya se parte Calaínos,
ya se parte, ya se va;
hace broslar sus pendones
y en todos una señal;
cubiertos de ricas lunas,
teñidos en sangre van.
En camino es Calaínos
a los franceses buscar,
andando jornadas ciertas
a París llegado ha.

Y ya nos vemos haciendo lo que pretendíamos evitar, y es contar, de una manera u otra, el argumento del romance. Mas no, no; dejémoslo y que el lector vaya al lugar que le hemos citado —y si no tiene esa obra a mano, que la compre para otra vez— y que allí lea las coplas de Calaínos. Que merecen ser leídas.

Y si merecen, como así es, ser leídas, ¿de dónde el sentido de "especies remotas e inoportunas"?

Acaso de lo populares y famosas que se llegaron a hacer esas coplas, de lo mucho que eran recitadas. Por aquello de que siempre gallina amarga la cocina, y porque cuando las gentes querían especies más próximas y oportunas, de esas que se comen con pan —de donde: "¿con qué pan se come eso?"—, les iban con las coplas de Calaínos.

¡Y qué falta nos hacen coplas de Calaínos!

Di, ¿adónde vas tú, el moro?
¿Cómo en Francia osaste entrar?
¡Grande osadía tuviste
de hasta París llegar!

Hubo su trifulca entre los pares, por cuál había de ir a pelear con el moro Calaínos, y al fin se fué el menor de edad, Valdovinos. Y no bien el moro le vió, le dijo:

Bien vengáis el francesico,
de Francia la natural,
si queréis venir conmigo
por paje os quiero llevar;
llevaros he a mis tierras
do placer podáis tomar.

No era muy modesto el Calaínos, como se ve. Y eso que no creemos que fuera catedrático de estrategia y táctica.

El arrogante moro venció fácilmente a Valdovinos, el menor de edad de los doce pares, el más endeble; le quiso perdonar la vida y llevarle preso para que fueran a buscarle su buen pariente Oliveros y su tío don Roldán y Reinaldos de Montalván,

que por esos tres ha sido
mi venida a pelear

le dijo el moro. Y llegó don Roldán y exigió a Ca-

laínos que soltase a Valdovinos, y viniéronse el moro y don Roldán a las manos y cayó el moro.

Dime tú, traidor de moro,
no me lo quieras negar;
¿cómo tú fuiste osado
de en toda Francia parar,
ni al buen viejo emperador,
ni a los doce desafiar?
¿Cuál diablo te engañó
cerca de París llegar?

Y aquí cuenta el moro cómo la infanta Sebilla le pidió que le llevara las tres cabezas de Oliveros, Don Roldán y Reinaldos de Montalván.

¡Mujer que tal te pedía
cierto te quería mal,
porque esas no son cabezas
que tú las puedas cortar!

Y cortó Don Roldán la cabeza al moro Calaínos, llevándosela a Carlomagno.

Así murió Calaínos
en Francia la natural,
por manos del esforzado,
el buen paladín Roldán.

Y todo por una mujer, la infanta Sebilla, como dicen que por una mujer, Helena, se riñó la guerra de Troya, y por una mujer, Dulcinea del Toboso, se puso en el más glorioso ridículo nuestro Señor Don Quijote. Pero esas mujeres eran más que mujeres.

Cuando Helena subió a uno de los torreones de la muralla de Troya a presenciar el singular combate entre su anterior marido, Menelao, y su raptor Paris, al verla llegar los ancianos, que charlaban como cigarras que posadas en un árbol lanzan su

dulce chirrido, se dijeron: "No hay que indignarse de que los troyanos y los aqueos de buenas perneras sufran tanto tiempo dolores por semejante mujer, parécese en su figura terriblemente a las diosas inmortales" (*Ilíada,* III, 150-158); y luego aquel cortante sofista —¡qué falta hacen los sofistas!— que fué Eurípides nos dijo cómo aquella Helena no fué la real, la efectiva, la de carne y hueso, sino un fantasma, una nube —*nefele*—, que en vez de ella, recogida a Egipto, puso en su lugar Hera (Juno), como puede verse en el drama euripidiano *Helena.*

Nube la Cultura o Helena, nube la Gloria o Dulcinea, nube la infanta Sebilla, ¿qué es qué? ¡Nubes la democracia y la libertad y nubes también el imperio y la disciplina! ¡Todo nube! ¿Mas ha de dejarse de vivir por eso? Y vivir es luchar, aunque sea en las nubes. Y mejor en las nubes. La tierra firme, ¿no es nube también?

No sabemos qué explicación darán de Helena y de Dulcinea y de la infanta Sebilla y hasta de otra mujer, bendita entre todas ellas, que ha inspirado tantas hazañas guerreras de héroes cristianos, esos pobres espíritus atenidos a lo que se ha llamado la concepción materialista de la historia y que no ven sino el estómago en el fondo de toda guerra o de toda revolución. Para estos tales, para los del estómago y el fenómeno económico como base de toda la historia, la *Ilíada* y el *Quijote* y la *Biblia*—en que se atribuye el primer crimen humano, el asesinato de Abel por su hermano Caín, a muy otro móvil que el de la concurrencia industrial o mercantil o disputas por pan—, esos poemas no serán más que coplas de Calaínos.

Coplas de Calaínos creen muchos que son las esforzadas proezas del buen paladín Roldán, el de Roncesvalles. Y hasta hay quien toca el cuerno para que vayamos a guardar el paso de Roncesvalles, en-

tre Altobiscar e Ibañeta. Y no, no es ese el paso que hay que guardar, sino otro.

El paso que hay que guardar y cerrar es aquel por donde se nos viene el terrible viento, que creo sea el ábrego, que nos deshace y disipa las nubes de romances, las nubes románticas, las coplas de Calaínos. Porque hay gentes tan acongojadas con la sequedad de nuestro suelo que creen que se ha de remediar el mal resolviendo en lluvia esas nubes románticas. Dicen que tienen sed y que las coplas de Calaínos no se la apagan. Pero hay quien muere de sed en medio del océano, rodeado de agua hasta los confines de la vista, y aquí hay en España quienes viven de hambre, en medio de un piélago de trigo, viendo ondular al viento los panes aún verdes y no segados hasta donde la vista alcanza. Y el remedio no está sólo ni principalmente en buscar agua, ni se saca ésta de las coplas de Calaínos. De las coplas se saca otra cosa, pues no sólo de agua bebe el hombre, sino también de la palabra de la belleza.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 21. V. 1917.]

MOHARRACHOS SIN NOMBRE

Aunque Don Marcelino no le incluyera, en su *Historia de las ideas estéticas en España,* entre los escritores españoles que en el siglo XVI trataron de preceptos de arte, merece atención, y muy grande, a tal respecto, aquel purísimo hablista y maravilloso artífice de estilo que fué el P. Fr. José de Sigüenza, de la Orden —hoy ya extinguida— de San Jerónimo. El cual, a la conclusión de su *Historia* de dicha Orden, describiéndonos la fábrica de El Escorial, a cuya fabricación asistió, vierte no pocos conceptos de preceptiva de arte y hasta de estética, notables por su sereno clasicismo y en la más estrecha consonancia con el arte y el tono del mismo Escorial. Y a tal punto, que debe decir que no conoce bien el alma del Escorial quien no haya leído, y a poder ser en El Escorial mismo, esa reseña del P. Fr. José de Sigüenza, estético escurialense.

En el capítulo XVII del libro 1 de la parte tercera de su *Historia* —página 71 del tomo II de la edición de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*—, al tratar el P. Sigüenza de la Casa de Belén, en Lisboa, espejo del manuelino portugués y lo menos escurialense posible, nos dice que "Tiene esta fachada del medio día mucho desto (de follages, y de figuras y molduras, y mil visages impertinentes) ansí en la Iglesia como en el antecoro y dormitorio, que es todo mármol, y lleno de florones, morteretes, resaltos,

canes, pirámides y otros mil moharrachos que no sé cómo se llaman ni el que los hazía tampoco."

Para el clásico y clasicista P. Sigüenza, el que un artista no sepa cómo se llama algo de lo que hace, es decir: como no sepa clasificarlo y etiquetarlo entre las formas, ya catalogadas, denominadas y consagradas, es ya bastante condenación de su obra. Y no estamos lejos de los días en que si un autor, al dar al teatro o a la prensa una obra la llamaba drama o novela, se le discutía si lo era o no más bien comedia o cuento largo. Pero este mismo P. Sigüenza, al describir uno de los claustros pequeños del Escorial (pág. 536 del tomo II) dice de su obra que "se ve en ella que no consiste la architectura en que sea deste órden ó aquél, dórico ni jónico, sino que sea un cuerpo bien proporcionado, que sus partes se ayuden y respondan, aunque no sea sino unas piedras cortadas de la cantera, assentadas con arte, una en cima ó enfrente de otra, que vengan á hacer un todo de buenas medidas y partes que se respondan". Y esto, ¿cómo se llama? ¿O es que los moharrachos dejan de serlo en cuanto se les da nombre? Que así cree, en general, el vulgo.

Y es que tan importante como la creación formal de algo es su denominación, a que podemos llamar su creación espiritual. Dios no puso nombre a las cosas al crearlas; pero las creó por el Nombre, por la Palabra —véase Evangelio según San Juan, I, 3—, y, según nos cuenta el Génesis —cap. II, v. 19-20—, luego que formó de la tierra las bestias del campo y las aves de los cielos, se las llevó a Adán para que las diese nombre; es decir, para que las crease espiritualmente, para que las conociese.

Dar nombre a algo es, en cierto respecto, crearlo espiritualmente. Y es justo que la América se llame América, de Américo Vespucio, y no Colombia, de Cristóbal Colón o Colombo, ya que quien de veras

la descubrió al gran público de Europa fué aquél y no éste, ya que Américo fué el autor del primer libro descriptivo del Nuevo Mundo que se popularizó por el Viejo. Descubrir es dar a conocer a otros. Y hasta el que crea una denominación para una cosa preexistente, pero antes de él innominada, la descubre y aun la crea.

El P. Sigüenza, maravilloso estilista y creador de lenguaje, nos dice (pág. 574, t. II): "y no piensen, como ya he dicho en otra parte, que Gramático quiere dezir sólo el que trata de preceptos de la congruencia, que essa no es más que una práctica pobre, para los niños (como en la Arismética y en la Música, el tañer o sumar y restar alguna cosa), que no es sino una parte de la Filosofía, sciencia perfecta, y que junto con esto se estiende á la buena inteligencia y interpretación de quanto los inventores de las sciencias han escrito." Donde vemos definida la Filología en su más elevada y noble y más moderna acepción. Acepción que no aceptan no pocos meros gramáticos de preceptos de la congruencia, de práctica pobre, como para niños, y que son en el fondo rabiosos misólogos, que es el contradictorio de filólogos.

Y el P. Sigüenza, filólogo —filólogo más que filósofo, pues que rindió más culto a la razón, al *logos*, que no a la sabiduría, a la *sofía*—, y además de filólogo, soberano artista de lenguaje, creaba el suyo Y hasta inventaba palabras. Sospechamos, por lo menos, y hasta prueba en contrario —que pudiera muy bien venir, pues no presumimos de eruditos en lexicología—, que inventó lo de *ensangostar,* cuando dijo "que aunque á algunos se les ensangosta, á otros se les ensancha el alma, etc." Por lo menos, no recordamos haber visto eso de *ensangostar* en otra parte, aunque el Diccionario de la Academia lo registre.

Y el nombre, no ya la cosa, dicen los que de las cosas de Dios creen saber, que puede ser de inspiración divina. Todo el Antiguo y aun el Nuevo Testamento contienen pasajes en que Dios manda a los padres de un niño que le pongan a éste tal o cual nombre, y Homero nos dice de algunas cosas cuál era el nombre que le daban los dioses junto al que le daban los hombres. Y el P. Nadal, de la Compañía de Jesús, al contarnos cómo Iñigo de Loyola, después San Ignacio, tuvo en Manresa, y a las orillas del río Cardoner, en un rapto, la revelación de que había de fundar el Instituto de su Compañía, añade que el nombre mismo de ésta, nombre que tanto le reprocharon, como presuntuoso y aun irreverente, en un principio sus enemigos y sobre todo los Dominicos, el nombre de "Jesús" fué de inspiración divina: *ex divina inspiratione fuisse a Deo illud nomen Societati impositum* (v. P. Astrain: *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España,* tomo I, libro I, c. VII).

Yo llamé a una novela, y muy novela, digan lo que dijeren los preceptistas de la congruencia, que es la titulada *Niebla, nivola,* y en ella mismo explico este nombre, recordando lo que el ingenioso y elegantísimo escritor Manuel Machado le dijo una vez a aquel formidable preceptista de congruencias que fué don Eduardo Benot (q. e. p. d.), y fué que al oírle un soneto, éste le dijo, por no sé qué tiquismiquis preceptivos de práctica pobre, como para niños: "¡pero eso no es un soneto!", a lo que Machado respondió, creando entonces como buen artista una nueva palabra: "¡no; esto es un *sonite!*" *Sonite* éste de Manuel Machado que no sé cuál sea ni si le conozco; pero que estoy seguro que ha de ser bello y, sobre todo, fino y elegante, mientras hay tantos sonetos hechos a la norma preceptiva de aquel que mandó hacer Violante a nuestro Lope, y que no pasan

de ser moharrachos con nombre. Pues no le quita a un moharracho su moharrachería el que se le dé nombre y sepa el que lo hizo cómo se llama. Y si esto de la indenominación se cree una condena en estética, ¿qué diremos en política, en moral y aun en religión? Mas de esto otra vez.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 22. VIII. 1919.]

LOPE DE AGUIRRE, EL TRAIDOR

Los que admiran con admiración estética, a los grandes bandoleros de la Historia, a las espléndidas bestias humanas que fuera de toda ley hicieron alarde de temple luzbeliano —que es un temple angélico—, a los grandes caracteres inmorales, deben leer en el volumen XV de la Nueva *Biblioteca de Autores Españoles*—, continuación de la de Rivadeneyra, que es el tomo II de *Historiadores de Indias*— la "Relación verdadera de todo lo que sucedió en la jornada de Omagua y Dorado que el gobernador Pedro de Orsúa fué a descubrir por poderes y comisiones que le dió el visorrey Marqués de Cañete, desde el Pirú, por un río que llaman de las Amazonas, que por otro nombre se dice el río de Marañón, el cual tiene sus nascimientos en el Pirú, y entra en el mar cerca del Brasil. Trátase ansimismo del alzamiento de D. Fernando de Guzmán, y Lope de Aguirre, y de las crueldades destos perversos tiranos". La Relación está sacada del manuscrito J. 142 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Entre los tantos desesperados trágicos y demoníacos como nuestra raza española ha producido, pocos, si es que alguno, igualarán en grandeza infernal a este Lope de Aguirre, *el Traidor,* como él mismo se apellidaba, o *el Peregrino*. Así, con este apodo, firma la carta que en 1560 dirigió a Felipe II. El principio y el fin de la carta retratan a su autor. Empieza así: "Rey Felipe, natural español, hijo de

Carlos invencible: Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres, hijodalgo, natural vascongado, en el reino de España, en la villa de Oñate vecino, en mi mocedad pasé el mar Océano a las partes del Pirú, por valer más con la lanza en la mano y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien...” y acaba firmando la carta así: “Hijo de fieles vasallos en tierra vascongada, y rebelde hasta la muerte por tu ingratitud, Lope de Aguirre, *el Peregrino.*”

Asusta el número y la calidad de fechorías y feroces crímenes de Lope de Aguirre en esta segunda bajada de los españoles por el Amazonas, desde el Perú —la primera fué, como se sabe, la de Orellana, en 1542— hasta que mató a su propia hija, “que mostraba quererla más que a sí”, por no dejarla en el mundo sola e infamada como hija de tal, y la mató cuando vió que le iban a matar. Asusta el número y calidad de sus crímenes, pero maravilla la trágica y diabólica conciencia que de su maldad tenía. Era un desesperado de infernal excelencia y de una profundidad enorme.

Entre las palabras que la lengua inglesa ha tomado de la nuestra española está, con *torero, siesta, pronunciamiento* y otras, *desperado,* es decir, desesperado. Y la cosa debe ser muy española, cuando han tenido que tomar para expresarla un vocablo español. Y quien vuelva a leer atentamente el estupendo drama de Tirso de Molina *El condenado por desconfiado,* tanto más profundo que su otro drama *El burlador de Sevilla,* cuando Paulo, el desesperado, el protagonista de aquél es más profundo y estéticamente más grande que Don Juan Tenorio, el héroe del segundo drama, quien vuelva a leer esa joya de nuestro teatro verá al prototipo de Lope de Aguirre. Porque Lope de Aguirre fué como el Paulo del drama de Tirso de Molina, un desesperado con clara

conciencia de su desesperación. ¡Y que se diga que el drama del insigne mercedario no es más que una tesis teológica teatralizada, que su héroe no es de carne y hueso!

Lope de Aguirre, en efecto, no fué un criminal vulgar, instintivo, una pura bestia humana; fué más bien un ángel caído y demoníaco, un demonio, pero angélico. Angélico como Luzbel. No era la carne bruta, era el espíritu torturado el que le llevaba a sus atroces crímenes, era la desesperación.

"Era de agudo y vivo ingenio para ser hombre sin letras" —dice de él, de Lope de Aguirre, el autor de la susomentada *Relación,* quien se harta de llamarle perverso, tirano, diablo, traidor, etc. Al narrar su muerte agrega: "Y ansí, fué su ánima a los infiernos para siempre, y dél quedará entre los hombres la fama que del malvado Judas, para blasfemar y escupir de su nombre, como del más malo y perverso hombre que había nascido en el mundo."

Pero no; ni ha quedado esta fama de él, sino que su nombre es casi olvidado hoy. Y con ello ha querido acaso Dios castigarle, ya que Lope demoníaco espíritu del Renacimiento, encendido en torturador anhelo de dejar renombre de sí, fuera el que fuese, solía decir "que a lo menos la fama de las cosas y crueldades que hubiese hecho quedaría en la memoria de los hombres para siempre, y que su cabeza sería puesta en un rollo para que su memoria no peresciese, y que con esto se contentaba". Y decía también querer irse a los infiernos, donde estaban Julio César, Alejandro Magno y otros bravos capitanes.

¿Fué sólo esta loca hambre de fama, este ardor de erostratismo, que en tantos condenados del *Infierno* del Dante se halla, fué esto solamente lo que arrebató a Lope de Aguirre? No; había también la desesperación, la genuina desesperación del Paulo

del drama de Tirso. "Decía este tirano algunas veces —nos dice el autor de la *Relación*— que ya sabía y tenía por cierto que su ánima no se podía salvar, y que estando él vivo, ya sabía que ardía en los infiernos; y que pues ya no podía ser más negro el cuervo que sus alas, que había de hacer crueldades y maldades por donde sonase el nombre de Aguirre por toda la tierra y hasta en el noveno cielo." Por donde se ve que al erostratismo, a las ciegas ganas de fama aunque fuese infame, uníase en Lope la genuina y castiza desesperación religiosa. Y no sin sus puntas y ribetes de luteranismo, con su doctrina de la justificación por la sola fe y el *pecca fortiter* de Lutero. "Decía —añade su biógrafo— que no dejasen los hombres por miedo de ir al infierno de hacer todo aquello que su apetito les pidiese, que sólo el creer en Dios bastaba para ir al cielo, y que no quería él los soldados muy cristianos y rezadores, sino que, si fuese menester, jugasen con el demonio el alma a los dados." Y a cada paso de la *Relación* se ve cuánto exasperaba a Aguirre todo lo que fuese cosa de frailes y aun de la Iglesia. Y de uno de los compañeros a que mató. Miguel Verde, flamenco, dice Toribio de Ortiguera en su *Jornada del río Marañón* —que se halla en el mismo volumen al principio citado— que "algunos quisieron decir que este Miguel Verde era luterano". Otras veces hacía Aguirre profesión de desesperación religiosa, diciendo: "Ni creo en la fe de Dios, ni en la secta de Mahoma, ni Lutero, ni gentilidad, y tengo que no hay más de nacer y morir." O "que no creía en Dios si Dios no era bandolero". O "Dios, si algún bien me has de hacer, agora lo quiero, y la gloria guárdala para tus santos".

Vese, sin embargo, en la *Relación,* que había quienes siguiesen y sirviesen a Lope de Aguirre y no sólo por miedo; vese en ella que aquel demonio de la desesperación despertaba admiración, acaso un in-

fernal cariño, en sus secuaces: que éstos se percataban de la grandeza trágica del hijodalgo de Oñate, que fué al Perú como domador de potros —pues tal fué allí su primer oficio—, se alzó luego contra su rey en las soledades del Marañón y acabó su vida en Barquisimeto el 27 de octubre de 1561.

¿Cómo se ha hecho el silencio en torno de este asombroso demonio, de este formidable ángel caído, de este trágico desesperado que pasó, fuliginoso meteoro, por la historia tormentosa de nuestra conquista del Perú y se ha perpetuado la memoria de otros, sino más grandes como caracteres, no menos repulsivos en el orden moral? ¿Será por la misma razón que el estúpido Don Juan Tenorio, y el de Zorrilla, no el de Tirso, ha oscurecido al Paulo de *El condenado por desconfiado?* Porque hay gentes que donde no ven sexualidad no ven pasión. Y Luzbel, Lucifer, el Angel de la Luz, el gran Rebelde, no cayó por lascivia, no le hizo caer, atrayéndole con la carne, mujer alguna.

El alma torturada y tenebrosa de Lope de Aguirre, *el Peregrino,* el domador de potros, merece un estudio detenido. Tanto como la de Caín, o la de Judas, o la de César Borgia. El que escribe estos apuntes piensa hacerlo. Pero le da miedo y vértigo.

La da miedo y vértigo porque Lope de Aguirre era paisano suyo, de Oñate, villa muy cercana a la de sus padres y abuelos y en la misma provincia, y porque uno de sus tatarabuelos, el abuelo materno de su abuelo paterno, era un Aguirre. Mas es preciso zahondar en todas las simas del alma, hasta en las del fango hirviente y venenoso. Es la manera de despertar la compasión redentora.

¡Pobre Lope de Aguirre!

[*Asturias Gráfica,* Oviedo, enero, 1920.]

LEYENDO A BALTASAR GRACIAN

A Andrenio.

Paciencia, y no poca, hace falta para ir de mano del P. Baltasar Gracián, S. J., el legislador de la agudeza y arte de ingenio, a todas las partes adonde Critilo llevó a Andrenio; pero en estos días de sofocante calor —hoy, día de San Juan—, ¡qué paseo más grato que, estándose a la sombra y en una refrescante corriente de aire, recorrer las tres partes a *El Criticón,* oráculo de engaños! Empezó ya su autor, el ingenioso jesuíta, por llamarse en su portada Lorenzo, que es seudónimo.

Lástima grande que, además de su longitud y su latitud, que quitan mucho a su profundidad, dilatándola y desvaneciéndola, esté la obra maestra del gran conceptista manchada, no con juegos de conceptos, sino con juegos de palabras. Porque todo aquello de: *a veces y a voces... sepultado entre peñas y entre penas... cada uno de su gesto y de su gusto... que todo lo hacen cuento sin dar jamás en la cuenta... del tálamo al túmulo... hacían en sonora competencia bulla el valle, brega la vega, trisca el risco y los bosques voces... el pecho de cera, no de acero... los pies de plomo para lo bueno y de pluma para lo malo...* ¡basta! Pero con todas estas y otras muchas camelancias, que parecen anunciar a *Melitón González* o a Muñoz Seca —más ingenioso de verdad el primero de éstos, porque sabe más y

brotan sus camelos de raíces más hondas, lo que acaso para su mejor suceso les perjudica—, con todo eso, ¡qué de cosas no encuentra el paciente lector en la selva de conceptuosidades del amargo jesuíta aragonés!

Es su amargura lo que les da sabor a los conceptos de Gracián. El que quiera tomarlos con azúcar, no sabrá nunca de su verdadero sabor.

Es inútil querer, no ya negar, mas ni aun paliar el pesimismo de Gracián, dada la significación que el término, tan ambiguo de pesimismo ha venido a tomar. El hombre que escribió: "¡Oh vida, no habías de comenzar!", pasará siempre por pesimista, aunque agregase: "¡pero ya que comenzaste, no habías de acabar!"; y para muchos pasará por tal por haber agregado esto, que es el grito del más entrañado optimismo. Pero, ¡cómo a lo que se le llama pesimismo se le llama así por antonomasia...! "Madrastra se mostró la Naturaleza con el hombre —dice luego el jesuíta—; pues lo que le quitó de conocimiento al nacer le restituye al morir: allí, porque no se perciban los bienes que se reciben, y aquí, porque se sientan los males que se conjuran."

Por algo Schopenhauer, tan aficionado a España y a los españoles, como a pueblo de más voluntad, creía él, que inteligencia y de inteligencia voluntariosa y de santísima real gana —*gana* y *nada* son las dos palabras que más redondamente suenan en boca de español—; por algo Schopenhauer tenía a Gracián por su autor predilecto, llamándole "mi Gracián" (*mein Gracián*) —y suyo se lo hizo al traducirlo—. *Mein Lieblings-Schriftsteller,* mi escritor favorito, le llama, en efecto, en una carta a Keil (v. *Baltasar Gracián,* por Adolphe Coster, obra preciosa). Coster cree que Gracián pudo influir en Nietzsche.

¿Pesimista? En el sentido vulgar, el que le dan

los cobardes, los atrágicos —y aun antitrágicos—, sí; Gracián tiene que resultar pesimista; pero el hombre que escribió: "¿dónde irá uno que no guerree?", no era pesimista, no, no lo era. Porque lo pésimo es la paz de los optimistas, la paz de los pacíficos. La paz de los guerreros es ya otra cosa.

Xenius, enamorado del diálogo, nos hablaba aquí hace pocos días de la dialéctica —diálogo... dialecto... dialéctico...—, fundada en ironía y en que fué maestro Sócrates, y al punto le sacamos la polémica, basada en la tragedia, y en que fué señor Job, el hijo de contradicción, el que disputaba, polemizaba con su Dios. Que para tratar con otros hombres bien están el diálogo y la dialéctica y la ironía; pero el tratar con Dios, el conquistarle, es menester de polémica y de tragedia. Que el reino de Dios padece fuerza (Mat., XI, 12; Luc., XVI, 16), y Dios mismo, según nuestro M. R. P. Fr. Juan de los Angeles, de la religión de los menores.

Gracián tenía al español por soberbio. Hablando de aquella petulancia que se atribuye a Alfonso *el Sabio* de Castilla —es decir, el X—, de que si Dios le hubiese consultado al hacer el mundo, éste habría salido mejor, dice el jesuíta: "no fué tanto efecto de su saber cuanto efecto de su nación, que en este achaque de presumir aun con el mismo Dios no se modera". Y esto lo repite de varios modos.

Pero el ingenioso jesuíta se queda muchas veces, con todo su ingenio, en la corteza de las cosas. Resabio de confesonario acaso, y de casuística. Porque la casuística, como el psicoanálisis de Freud, que viene de confesonario laico y... científico, se quedan en la corteza. Y ni ven lo que hay debajo de ella.

En la Crisi VII de *El Criticón,* "La fuente de los engaños", nos dice Gracián que Critilo y Andrenio "caminaban a la fresca de árboles frondosos, todos

ellos descorazonados, gran señal de infructíferos". Pero todo el que ha andado por seculares encinares —¡oh, campos de Salamanca!— o por seculares olivares —¡oh, maravillosas cuestas mallorquinas de Valldemosa!—, sabe que los viejos árboles descorazonados dan mucho fruto. Y ello porque el corazón de los árboles no está donde el de los hombres. Que la savia del árbol va entre corteza y leño por la albura. Y así marra la comparación, como tantas otras.

¿No habéis oído decir que a los árboles hay que enderezarlos cuando pequeñitos? Y preguntamos: ¿para qué? Si es para que den pies derechos, vigas, postes para el telégrafo, madera con pocos nudos, ¡bien!; pero si es para que den fruto, entonces, ¡ya no!

Es peligrosa la apologética que se funda en apólogos —aunque aquélla no venga de éste, sino de apología—, en apólogos o fábulas. La parábola es un arma de muy difícil manejo, aunque bien manejada es más eficaz. Ella y la paradoja. Pero en mano del mal avisado se vuelve contra él. Casi todas las fábulas, más o menos esópicas, tienen dos filos, y por eso ha podido decirse que apenas hay apólogo moral que no resulte inmoral. Claro, una encina, un olivo, una zorra, una rana, una hormiga, un ciervo, un león... predicando, ¿qué van a decir? Lo que quiera entenderles el que les oiga. Y es lo que decían las ranas que habían oído aquel famoso sermón de San Antonio de Padua a ellas y a los peces, y es que el santo dijo: ¡cro, cro, cro! Y de aquí la leyenda de que el santo portugués dijo a las ranas y a los peces paduanos: ¡cro, cro, cro! Acaso mala traducción. Porque es tan difícil traducir bien un apólogo...

Todo apólogos y alegorías y parábolas y paradojas es *El Criticón* del gran conceptista jesuíta y aragonés. Y así, cada lector lo traduce como más le

guste, y para algunos no dirá más que: ¡cro, cro, cro! Los juegos de palabras, lo de las *peñas* y las *penas*, v. gr., no son más que croídos —voz que inventamos porque nos hace falta—; pero, ¡hay tanto más en la selva de Gracián!...

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 23. VII. 1920.]

¡ADMIRABLE TODO!

Aquel ingeniosísimo jesuíta que fué nuestro —¡y tan nuestro!, es decir, ¡tan español!— P. Baltasar Gracián, el padre del conceptismo que codificó en su *Agudeza y Arte del Ingenio,* aparecido en 1648... Pero, ¿por qué su compañero de Orden, el P. Antonio Astrain, de la misma Compañía, dice en el tomo V, cap. V, § 3 de su *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* —también yo soy a ratos perdidos erudito—, que "por cierto... la Compañía tuvo la desventura de que saliese de su seno el legislador de esta algarabía", refiriéndose al conceptismo literario? ¿Desventura? ¿Algarabía? Hoy le llamarían a eso paradojas...

El P. —padre del conceptismo—, pues Baltasar Gracián, a quien tanto han admirado tantos y entre ellos Schopenhauer, que le tradujo al alemán, en la Crisi II de la Primera Parte de su obra *El Criticón* —sigo de erudito una vez tomada carrera—, dice que: "Entramos todos en el Mundo con los ojos del alma cerrados, y cuando los abrimos al conocimiento, ya la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean, no dexan lugar a la admiración."

Acaso sea así o acaso sea más bien que uno no tiene tiempo de maravillarse por serle maravilloso todo. Que es lo que le contestó uno delante mío a don José Echegaray, que le preguntaba, como en examen, por qué se mantienen en equilibrio el trom-

po bailando y la bicicleta corriendo, y fué que le dijo: porque no tienen tiempo de caerse. Y así el que en el fondo se maravilla o admira de todo parece no admirarse de nada.

El mismo Gracián dice en unas líneas después de las citadas esto: "El no admirarse procede del saber en los unos, que en los más del no advertir." Pero yo, que si no soy jesuíta no me falta mucho de conceptista, creo que hay quienes, como los supuestos salvajes y los niños, si no se admiran de nada es porque para ellos todo es admirable, esto es: milagroso. Porque el milagro, *miraculum*, es lo que se admira. Y el precepto latino a los sabios, aquel de no admirarse de nada *—nihil mirari!—* se dirige a los que, por imaginarse neciamente que saben la razón de algo que ignoran, no saben el porqué de cosa alguna y no se admiran. Que es lo propio de los que se enjuagan la boca con la palabra Ciencia —así, con mayúscula— y se romadizan la sesera con su vaho. Y son los que caen de rodillas en adoración ante cualquier juguete de Física o de Química y con tanto mayor fervor cuanto menos sepan cómo funciona.

"La postración mental del salvaje se conoce —nos decía un amigo— en que al ver por primera vez volar sobre su cabeza un aeroplano se queda tan fresco y no se admira..." Y le replicamos: "Más fresca se queda un águila, y es que el águila y el salvaje saben que se mueven en un mundo milagroso, que todo cuanto ven es milagro, y uno más no les choca..." Porque el salvaje, en efecto, no se explica cómo vuela el aeroplano o cómo habla el fonógrafo, pero tampoco cree que sabe cómo vuela el águila o cómo habla su mujer. Acostumbrado a ver maravillas y a tener conciencia de que lo son, un nuevo milagro no le hace efecto.

Ni distingue el salvaje entre milagro subjetivo y

milagro objetivo. Es subjetivo, v. gr., el que uno sueñe que se le aparece un ángel, y es objetivo el que se le aparezca un ángel en sueños. Y para el salvaje un aeroplano es, lo mismo que un águila, un ángel.

"Pero, ¿y la novedad...? —preguntará algún lector descontentadizo—. Pues bien, amigo mío, —lo soy de todos los descontentadizos—, para el salvaje no hay nada nuevo bajo el sol, porque cada sol de cada día es un sol nuevo y es todo siempre nuevo y está él, el salvaje, naciendo a cada momento. Digo, me lo figuro... Porque en rigor yo no he sido todavía salvaje. Me cogió la civilización al nacer y han estado predicándome milagros los que no creen en ellos. Y no creen en ellos porque no se han percatado de que es milagroso todo, absolutamente todo lo que ocurre. Y hasta lo que no ocurre.

En cuanto a la novedad, mira, mi descontentadizo lector y amigo, ríete de las novedades de la mecánica que los salbios traen de vez en cuando a éste que nuestro Gracián llamó ""plausible Theatro del Universo", y créeme que lo más nuevo sería lo más viejo. Figúrate que un sabio que fuese de exploración científica en un aeroplano se encontrase por los aires con uno de aquellos gigantescos reptiles voladores de las edades paleontológicas o que al aterrizar tropezase con un dinoterio, un iguanodonte, un plesiosaurio u otra novedad así... ¡Eso sí que sería nuevo! ¡Compara un tanque con un mamut y dime luego!

Pues bien, el salvaje tiene —digo... me parece que la tiene...— una cierta oscura noción de que la mayor novedad es él mismo, el salvaje...

¿Pero no crees, lector amigo, que el salvaje no existe ni ha existido nunca y que somos nosotros, los que presumimos de civilizados, los que lo hemos inventado para darnos importancia? Porque la peor

manía del hombre que ha leído un manual científico es la de darse importancia.

Tengo curiosidad por ver como *ilustran* este... desahogo. Y luego te hablaré de la *ilustración.* Y de la *información gráfica* en relación con el cine.

Salamanca, 1920.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 24. VIII. 1920.]

LA INJUSTICIA INEXORABLE DE ALFONSO VI

"¡Dios, qué buen vasallo, sí oviesse buen señor!"

De este verso, que es el vigésimo del viejo *Cantar de mio Cid,* gustaba recordar Joaquín Costa. Y aunque para el gran ciudadano y repúblico español, aragonés neto, no hubiese habido otro señor que el pueblo. O más bien una señora: la madre España.

El buen vasallo, si hubiese tenido buen señor, fué el Cid Rodrigo Díaz de Vivar, el Castellano, el Campeador, y el señor de este buen vasallo fué el Rey Don Alfonso VI de León y de Castilla, el hermano de Don Sancho, que murió a manos de Bellido Dolfos en las afueras de Zamora, ocupada por Doña Urraca. Y el Rey Don Alfonso, el señor, desterró al cabo de su tierra, le echó de ella, le hizo salir —y de aquí *el salido,* como el *Cantar* le llama— a su mejor vasallo. ¿Por qué?

Hay que leerlo en la "Estoria de Espanna que fizo el muy noble rey Don Alfonso, fijo del rey Don Fernando et de la reyna donna Beatriz", es decir, en la primera Crónica general que mandó componer Alfonso X, *el Sabio,* sucesor del VI, que fué *el Bravo.*

Cuando los castellanos y navarros llegaron a Zamora, a rendir homenaje al *Bravo* y recibirle por señor, hiciéronlo con tal que jurase no haber tenido arte ni parte en la muerte de su hermano, ni haber consentido a ella. "Pero al cabo non le quiso ninguno tomar la yura, maguer que la el rey quisiesse

dar, sinon Roy Díaz el Cid sólo, quel non quiso recebir por sennor nin besarle la mano fasta quel yurasse que non avíe él ninguna culpa en la muerte del rey don Sancho; et ell yurógelo assí como agora aquí diremos." Disimuló el Rey; hizo que le placía la franqueza de Don Rodrigo, y prometió jurar en la iglesia de Santa Gadea, de Burgos; y cuenta la *Estoria* que hizo componer *el Sabio* cómo pidió el Cid al Rey por dos veces el juramento, y cómo, al decir las dos veces "¡amén!", se le mudó toda la color al Soberano. "Después que la yura fué tomada —dice la Crónica— et acabada, quiso Roy Díaz el Cid besar la mano del rey don Alfonso; mas non gela quiso él dar, segund cuenta la estoria; ante diz quel desamó dallí adelante, maguer que era muy atrevudo et muy hardit cavallero."

El P. Juan de Mariana, S. J., al narrar este juramento en el cap. X del Libro Nono de su *Historia General de España,* dice: "Disimuló el rey por entonces el desacato; mostróse alegre y cortés con todos como el tiempo lo pedía; pero quedó en su pecho ofendido gravemente contra el Cid, como los efectos adelante claramente lo mostraron; además, que algunos cortesanos, que suelen con su mal término atizar los disgustos de los príncipes y mirar con malos ojos la prosperidad de los que les van delante, no cesaban con chismes y reportes de aumentar la indignación del rey."

En el Romancero hay un romance en que se narra otro disgusto entre el vasallo y su señor, cuando éste se enamoró, sin conocerla, de su hermana doña Elvira, la de Toro.

"—Ios de mis tiendas, Cid,
no quiero que estéis en ellas.
—Pláceme, respondió el Cid,
que son viejas y no nuevas;
irme he yo para las mías,

que son de brocado y seda,
que no las gané holgando,
ni bebiendo en la taberna;
ganélas en las batallas
con mi lanza y mi bandera."

Volviendo a la vieja *Estoria*, la del siglo XIII, nos cuenta como Ruy Díaz el Cid fué mezclado con el Rey Don Alfonso y echado de su tierra; cómo los "ricos omnes" que estaban con el Rey, "aviendo muy grand envidia del Cid, trabajáronse de mezclarle otra vez con el rey don Alfonso", y cómo éste se avisó y les creyó cuanto decían, "ca non le querie bien el rey por la yura quel tomara en Burgos sobre razón de la muerte del rey don Sancho".

Estos mezcladores —que así se les llamaba—, encismadores o delatores, son aquellos mismos *mestureros* de que hablaba al Cid su mujer cumplida, doña Ximena, cuando, hincando ante él ambas rodillas, y llorando de los ojos y queriéndole besar las manos, le decía, según el cantar (versos 266 y 267):

"¡Merced, Canpeador, en ora buena fostes nado!
Por malos mestureros de tierra sodes echado."

Y el señor, Don Alfonso, creía a los *mestureros* o mezcladores, porque se trataba de quien le pidiera juramento tratándole como a hombre falible y sin dar a su palabra más valor que el humano, que necesita ser corroborado con el divino. Mal toleraba el señor que en nada quisiese corregirle un vasallo.

Los tales mezcladores o mestureros, según el padre Mariana, "decían no convenía disimular ni dar rienda a un hombre loco y sandio para hacer semejantes desatinos; que era bien castigarle y hacer que no se tuviese en más que los otros caballeros, ni pretendiese salir con lo que se le antojase".

¿De dónde sacó el buen jesuíta de Talavera de la Reina, el hijo de padre oculto, que los mezcladores

del Rey Don Alfonso trataron al Cid de loco y sandio, como de tal le trató a Don Quijote el grave eclesiástico que solemnizaba la mesa de los duques? ¿Lo leyó en alguna crónica, o fué más bien un atisbo de su malicioso ingenio y de su suspicaz agudeza? Sólo le faltó añadir cómo el Rey, tratado por el Cid a lo humano, estuvo pronto a creer en la sandez y locura de su vasallo.

La camarilla de mezcladores era toda una institución regia. Por ellos, Fernando II de León se vió en 1158 envuelto en una insurrección, y es que doblaba con fácil credulidad sus oídos a las lenguas de los chismosos, *susurronum linguis,* según nos dice Rodrigo Toledano (*De Rebus Hisp.*, VII° 13.°). Y cuando su hijo, otro Alfonso, el IX, subió al trono en 1188, lo primero que juró en León, ante la Corte, fué no airarse contra nadie por "mezcla" o delación, sin antes oír al mezclado. Y don Ramón Menéndez Pidal, tratando de esto, escribe: "La injusticia de los reyes solía ser inexorable: Alfonso VI, la segunda vez que el Cid fué mesturado, no quiso aceptar ninguna de las cuatro fórmulas de excusación que le proponía el acusado." ¡Pues claro! ¿O es que iba el rey a declarar y confesar que se había equivocado?

Los mestureros encismaban e intrigaban, sabedores de que el señor, una vez llevado a error, no lo reconocería más tarde; que nada hay más seguro que engañar a aquel a quien se le ha hecho entender que es infalible e incapaz de engaño.

Hoy es el Cid, el buen vasallo, quien alza el nombre del señor, de Alfonso VI, y los mestureros no murieron porque no vivían. Que no son hombres, sino fuerzas elementales de la Naturaleza, especie de duendes que retoñan y que Dios puso para abatir a las naciones.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 8-x-1920.]

DOÑA XIMENA

> *Ya doña Ximena, la mi mugier tan complida*
> *commo a la mie alma, yo tanto vos quería.*
>
> ("Poema de Mio Cid", versos 278 y 279.)

¡Doña Ximena! ¡He aquí una Dulcinea de carne y hueso, de vida y alma, poética e histórica a la vez, épica! No la *Chimène* de *Le Cid* del gran poeta francés españolizado, Corneille, por grande que ella sea; ni tampoco la Jimena Gómez del Romancero, la que pedía justicia al Rey contra el Cid que había matado a su padre, de Jimena, diciéndole que:

> "con sangre de mis palomas
> ensangrentó mi brial".

y aquello de que le amenazó de:

> "que me cortará mis haldas
> por vergonzoso lugar";

sino que esta doña Ximena que queremos aquí recordar ahora, esta Dulcinea de carne y hueso, de vida y de alma, poética e histórica a la vez, épica; este espejo y dechado de esposas castellanas, es la del viejo y venerable *Cantar de mio Cid* en que el alma del pueblo de Castilla balbuce sus primeras visiones a mediados del siglo XII. Esta doña Ximena es la "mugier tan complida", es la esposa del héroe, la heroína.

¿Heroína la esposa del héroe? ¡Sí! El héroe lo es casi siempre por la compañera de por vida, por la

que es carne de su carne y hueso de sus huesos, por la que anda confundida con él tanto como en la sangre de sus hijos, en la de sus obras de espíritu. La mayor hazaña del Cid Campeador, su conquista de Valencia, la hizo en pro de su mujer y de sus hijas, como se lo dijo a ellas mismas cuando, llenas de miedo, sentían que se les quería quebrar el corazón (versos 1660 al 1664 del *Cantar*) o cuando invitándolas a entrar en la ciudad conquistada les decía (versos 1606 y 1607):

> "entrad conmigo en Valencia la casa,
> en esta heredad que vos yo he ganada".

¿Recordáis aquella despedida del Cid y de doña Ximena, del héroe y de la heroína, cuando echado aquél de su casa y hogar por malos *mestureros*, según su esposa dijo, y por la *injusticia inexorable* de Alfonso VI, según la felicísima expresión de don Ramón Menéndez Pidal, el egregio editor del *Cantar*..., recordáis aquella separación, que nada tiene que envidiar a la de Héctor y Andrómaca en la *Ilíada*, después que la "mugier complida" reza una hermosísima oración al Señor glorioso Padre que en el cielo está?

> "El Cid a doña Ximena ívala abraçar;
> doña Ximena al Cid la manol'va besar,
> llorando de los ojos que non sabe qué se far.
> E él a las niñas tornólas a catar:
> "A Dios vos acomiendo e al Padre spirital:
> agora nos partimos, Dios sabe el ajuntar!"
> Llorando de los ojos, que non vidiestes atal,
> assí s'parten unos d'otros commo la uña de la carne."
>
> [V. 368-375]

El pobre héroe, el de corazón tan robusto y prieto no sabía qué hacerse y llorando volvió a mirar a las niñas, a doña Elvira y doña Sol, ¡y separá-

ronse luego como la uña cuando la arrancan de la carne! Para comprender la tan enérgica expresión poética conviene retener que en aquellos rudos tiempos de lucha desnuda y a muerte, uno de los tormentos que se infligía —y no sabemos si lo habrá registrado Mirabeau en su *Jardín de los suplicios*— era el de arrancarle a uno con tenacillas las uñas de la carne, y tal dolor como uno siente en tal tormento sintió en su corazón el Cid cuando le arrancaron de su *mugier complida,* de su doña Ximena.

Cuéntasenos en la *Ilíada* cómo la divina Helena, la esposa de Menelao a la que robó Paris, se iba a uno de los torreones de Troya a presenciar desde él la lucha que los aqueos y los troyanos reñían por su robada hermosura y cómo al verla pasar los ancianos que, cual cigarras posadas en un árbol del bosque, chachareaban allí, decían: "No hay que indignarse de que los troyanos y los bien calzados aqueos sufran penas tanto tiempo por semejante mujer; parécese en su cara terriblemente a las diosas inmortales" (canto III, versos 150 a 158). ¿Y doña Ximena, la *mugier complida,* la esposa cristiana, la de recatada y no robada hermosura?

El Cid se dirigió, se *adeliñó,* con ella y con sus hijas, al alcázar de Valencia.

> "allá las subía en el más alto logar;
> ojos vellidos catan a todas partes,
> miran Valencia, cómmo yaze la cibdad"
>
> [V. 1621-1623]

Y alzando las manos al cielo ruegan a Dios dándole gracias de una ganancia tan buena y tan grande. Pero luego le entra miedo a doña Ximena, heroína y todo como era, y no por ella, sino por su hombre. El cual sentía deleite —*delicio*— al ver que su mujer y sus hijas le verían lidiar, viendo así, "¡por los

ojos, cómmo se gana el pan!" Y entonces dice el caballero aquellas palabras:

> "Mugier, seed en este palacio, en el alcaçer;
> non ayades pavor porque me veades lidiar,
> con la merced de Dios e de santa María madre
> crecem'el coraçon porque estades delant;
> con Dios aquesta lid yo la he de arrancar."
>
> (V. 1652 a 1656.)

El héroe que al tener que separarse de su *mugier complida* sentía en el fuerte corazón el dolor que se siente cuando a uno se le arranca la uña de la carne, sentía ahora que se le crecía el corazón al tener delante a la que era hueso —no ya uña— de su carne y vida de su espíritu. Y tenía allí a sus hijas, a las que quería casar con príncipes.

Pasa solemne y grave, henchida de nobleza y de recato, doña Ximena por las rudas y balbucientes tiradas del viejo y venerable Cantar del siglo XII, pasa ahinojándose ante su señor y marido, pasa rezando la más antigua oración poética que tengamos en castellano, y al sentirla pasar sentimos el soplo del amor casto y a la vez encendido del cariño estadizo y arraigado, con raíces en el suelo solariego y copa en el cielo que le da luz y aire. Y en esta oración, en que pedía a San Pedro, patrón de Cardeña, su hogar de amor, que le ayudase a rogar

> "por mio Cid el Campeador,
> que Dios le curie de mal",
>
> [V. 364]

en esta oración le dice a Cristo que anduvo por tierra treinta y dos años *mostrando los miraclos, por en avemos qué fablar*. ¿Es que el fin de los milagros del Cristo fué el que podamos hablar hoy de ellos?

Milagro fué de esforzada caballería la conquista de

Valencia por Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, y la conquistó porque se le creció el corazón al ver que le miraba su *mugier complida,* doña Ximena, la Dulcinea de carne y hueso, de vida y de alma, el espejo y dechado de las esposas castellanas.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 19. III. 1921.]

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

No para olvidar, sino para digerir mejor las amarguras del presente en esta prisión —que tal es, de hecho— de la ciudad en que se nos tiene, hemos estado leyendo la *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España* que, ya viejo, escribió el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de los "verdaderos conquistadores", como él dice, que fué con Hernán Cortés a Méjico. Escribióla dolido y hasta indignado de que el cronista Francisco López de Gomara atribuyera a Cortés, luego marqués del Valle, el mérito todo de la hazaña.

Pocos libros, si es que alguno hay en castellano, de una lengua más viva, más enjuta, más hablada. Se le oye en el libro al viejo capitán, al que en sus mocedades mereció ser llamado galán. Y sorprende cómo el poeta francés José María de Heredia, que tradujo al retórico y no más que escritor Solís, no lo hizo con este hombre. Verdad es que Heredia, el de los cincelados sonetos de *Los trofeos*, era un académico.

Robertson hablaba del amor propio y vanidad tan graciosos del viejo capitán Díaz del Castillo. No vemos la vanidad. "Dignos éramos de estar escritos en letras de oro" —dice una vez el conquistador, y lo repite—, pero... ¿vanidad? Y en el capítulo CCX escribe estas memorables palabras: "miren las personas sabidas y leídas esta mi relación desde el principio hasta el cabo, y verán que en ningunas escri-

turas en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado, como nosotros los verdaderos conquistadores para nuestro rey y señor, y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en cuenta de ellos y el más antiguo de todos; y digo otra vez que yo soy el más antiguo y he servido como muy buen soldado a su majestad..."

Si cuando hace ya diez y seis años escribí mi *Vida de Don Quijote y Sancho* hubiera conocido este pasaje de Bernal Díaz del Castillo no hubiera dejado de mentarlo al comentar aquellas palabras del Caballero a Pedro Alonso, cuando éste le encontró revolcándose por el suelo y molido a palos por los mercaderes, y fueron las de: "¡yo sé quien soy!" Pero si Dios me da salud y esta nuestra cautividad acaba, pienso dar unas conferencias sobre el Quijotismo —y quiero que sean ahí, en esa República Argentina—; lugar y tiempo tendré de mostrar que el yo a modo de Don Quijote y de Bernal Díaz del Castillo es la categoría moral más desinteresada, más pura, más universal, más abnegada y la menos egoísta y la menos vanidosa.

"Yo no soy testigo de mí mismo" —decía el capitán, pero hablaba de sí, como hablaba el Cristo diciendo que su Padre atestiguaba por él. Y la verdad por el capitán y por el caballero.

Viejo, pobre, con hijas por casar, escribía el capitán sus hazañas, para que digan en los tiempos venideros: "Esto hizo Bernal Díaz del Castillo, para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heroicos hechos." Que no fué de los que se ahogaron por salvar el oro, como aquellos soldados de Pánfilo de Narváez, de quienes nos dice que si "murieron muchos más que de los de Cortés en las puentes, fué por salir cargados de oro, que con el peso

dello no podían salir ni nadar". No era de los que decían: "¡Oh, qué triste está el alma mía hasta que la corte vea!" No era de ésos, Bernal Díaz del Castillo, el que recordaba la frase del obispo de Burgos don Juan Rodríguez de Fonseca, a Carlos el Emperador, cuando le pedía que se castigase a Cortés, y fué que "más riqueza es hacer justicia que no todos los tesoros que puede enviar."

¡Más riqueza es hacer justicia! Y esto lo sentía el viejo capitán de la Nueva España, el del "yo, yo, yo" que aunque, como él mismo nos declara, no sabía latín —¡ni falta!—, conocía, sin duda, en llano romance, aquella definición latina de la justicia que dice que es *suun cuique tribuere,* esto es: "dad a cada uno lo suyo", y sentía que aquí está el peso tanto como en el *suun,* lo suyo, en el *cuique* (de *quisque)* en el cada uno. Y que no tiene sentido de justicia el que no reconoce en cada uno *(quisque)* su "cada unidad" *(chascunerie,* diría Montaigne), su individualidad, su yo.

¿Cómo murió el viejo capitán que en 1568 se puso a escribir sus hazañas? Murió, al parecer, de su muerte. Y esto de "morir de su muerte" es expresión suya. Pues en el capítulo CCV de su *Historia,* al contarnos las muertes de sus compañeros —de quinientos cincuenta que pasaron a Méjico sólo quedaban en ese entonces vivos cinco—, nos va diciendo que éste murió en poder de los indios, el otro en las puentes, y así va diciendo; y de los que murieron tranquilamente, de enfermedad, y no por guerra, nos dice que "murió de su muerte". ¡Qué hermosa expresión! Y a él, a Bernal Díaz del Castillo, Dios y su bendita Madre Nuestra Señora le escaparon a no ser sacrificado a los ídolos, "e me libró —dice— de otros muchos peligros e trances para que haga ahora esta memoria". No para que se hiciese rico; no para que pudiese dotar bien a sus hijas.

Y en ese viejo relato del viejo capitán conquistador, solemne y llano y escueto y austero como las llanuras de Medina del Campo, donde nació y se crió el héroe —héroe de la espada y de la pluma— hay de pronto frescuras como la de aquel árbol que encontró en Naco, "un árbol que en mitad de la siesta, por recio sol que hiciese, parecía que la sombra del árbol refrescaba el corazón y caía del uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas". Y todo ello dicho "según nuestro común hablar de Castilla la Vieja", el hablar que el conquistador llevó a la Nueva España.

"Volvemos a nuestro cuento" —dice de vez en cuando el capitán, capitán de cronistas también, cuando se desvía de él. Y lo va contando paso a paso, vigorosamente, con memoria de viejo que narra a sus nietos, junto al fogón, sentado en el escaño, las proezas de sus mocedades. Y la ternura del corazón ablandado y adulciguado por los años —como la fruta ya más que madura— se aparenta en frases tan sencillas, tan sobrias, como ésta: "y murió el Garay fuera de su tierra, en casa ajena y lejos de su mujer e hijos". O se sonríe recordando al otro, al que llamaban "Tarifa el de las manos blancas", y dice: "también era natural de Sevilla; murió en el río del Golfo-Dulce, en el viaje de Higueras, ahogóse él e su caballo, que nunca parecieron más".

Y este hombre —¡todo un hombre!— Bernal Díaz del Castillo, el que dijo de Cortés, de sus compañeros y de sí mismo cuando los recibió el gran Moctezuma: "¿qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?", este hombre —¡todo un hombre!—, al contar cómo Cortés mandó ahorcar a Guatemuz (Guatimocín o Cuantiteuroc) dice sobria y llanamente, a su modo castellano: "Y que esta muerte que le dieron muy injustamente dada, pareció mal a todos los que íbamos aquella jornada."

Y al escribir esto, años después, ya viejo y pobre, recordaría las palabras del obispo de Burgos don Juan Rodríguez de Fonseca al Emperador Carlos de Habsburgo, de que "más riqueza es hacer justicia que no todos los tesoros que puede enviar".

Se oye en esa *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España* la voz de Bernal Díaz del Castillo, como si sonase al aire libre y a la luz del sol, llevada por el aire sutil de la meseta castellana y de la mejicana, y no como voz "vagarosa e entonada, como que salía de bóveda", según nos dice de la del capitán Pánfilo de Narváez.

¡Y lo que podríamos contaros aún de este hombre! Él, llevándonos a tiempos y lugares remotos, entre dispersos olvidos, nos ha hecho zahondar durante unos días en las raíces del presente histórico; él nos ha hecho sentir que "más que riqueza es hacer justicia"; él nos ha hecho meditar en el valor infinito del individuo, de cada uno, del yo: él nos ha refrescado nuestra españolidad.

Salamanca, julio de 1921.

[*La Nación,* Buenos Aires, 21. VIII. 1921.]

Nos ha hecho un muy buen servicio don Juan Marqués Merchán con su obra *Don Bartolomé José Gallardo. Noticia de su vida y escritos.* Ella nos ayuda al mejor conocimiento del siglo XIX español, el de nuestros verdaderos orígenes, el del liberalismo y el romanticismo. Gallardo fué un romántico —romántico clásico, como le llama con acierto su biógrafo último, el señor Marqués Merchán— y un liberal. ¡Qué liberal! Algo más: un republicano, y republicano de 1840, que ya es ser. Como miembro de la Junta directora del partido, firmó en aquel año un programa que empezaba con la "supresión del trono" y acababa con el "reparto a los jornaleros de las tierras del Estado". Y siempre, antes y después de esto, romántico. Y el romanticismo fué, según el señor Marqués Merchán, un socialismo literario.

Don Bartolomé José Gallardo, uno de nuestros primeros periodistas —en orden de tiempo y de excelencia— no tuvo buena Prensa. Los enemigos que le atrajo la índole recia y desgarrada de su carácter y su amor desenfrenado a la verdad, a la libertad y a la justicia, le maltrataron cuanto pudieron y le envolvieron en una leyenda. Parte de la cual fué la de presentarle como bibliófilo sustractor de libros. Conocido es aquel soneto de don Serafín Estévanez Calderón, *el Solitario,* el tío de don Antonio Cánovas del Castillo —que con tan estremecida y afectuosa

veneración le biografió—, que refiriéndose a Gallardo, empezaba: "Caco, cuco, faquín, bibliopirata..."

Bibliopirata, o sea ladrón de libros. Y fué, sin embargo, ésta una de las actividades y pasiones, y si se quiere habilidades de Gallardo más beneficiosas para la cultura española. Gracias a los robos de Gallardo, sin duda, se han conservado, llegando hasta nosotros, libros que de otro modo se habrían perdido o pasado al extranjero. Cuando el ladrón de un instrumento sabe tañerlo mejor que su presunto dueño, hay que agradecerle, y no ya perdonarle, su ladronicio. Las piraterías bibliopólicas de Gallardo fueron un acto de desamortización. Ellas le permitieron trazar sus ensayos bibliográficos.

Murió Gallardo, el héroe, como le llama su último biógrafo —y heroica fué, sin duda, y quijotesca en más de un respecto su vida—; murió a los setenta y cinco años de su edad, fuera de su último y triste y apagado hogar de soltero, cuando volvía de un viaje, ¡a esa edad!, que había emprendido a Valencia, a ver si compraba la librería que dejó Salvá. Y murió en Alcoy y reciamente.

El amor loco, desenfrenado, a los libros debió de ser lo que más contribuyó a que Gallardo, que empezó extrañándose de sus padres por no querer la tonsura, por rehusar el estado eclesiástico, permaneciese toda su vida soltero. Y no por falta de amoríos y aun de más. Primero, aquella Florinda o Silvia, si es que no fueron dos —¿y quién sabe?, acaso más— de sus primeros versos amatorios aquí, en esta ciudad de Salamanca; después, otras aventuras más de rompe y rasga, y luego, sus "relaciones estrechas y tumultuosas con una encopetada señora", según frase del señor Marqués Merchán, con una señora de título nobiliario. Pero los libros, ¡los pícaros libros! Y en hombre de escasos recursos.

¿Es que don Marcelino Menéndez y Pelayo, que

tan afectuoso culto guardó a la memoria de Gallardo, habría dejado la espléndida biblioteca que dejó a Santander si se hubiera casado y le hubiese Dios deparado ocho hijos como al que esto escribe? Y no es que don Marcelino, como tampoco don Bartolomé, hubiese hecho voto de continencia. Cuando se empiece a estudiar el hombre, que lo merece, y no sólo el escritor y el erudito, y se le pierda cierto indebido respeto, se podrá contar de sus aventuras amorosas.

En cierta ocasión otro erudito, otro bibliófilo, don Antonio Sánchez Moguel, nos presentaba argumentos en apoyo de su tesis de que los investigadores de las letras no se deben casar, aunque ello no les impida ir al ojeo. Y acabamos diciéndole: "Mire usted, don Antonio, eso podrá rezar con un erudito, con un crítico, con un investigador, como usted dice; pero no con un poeta, un novelista, un dramaturgo, un pensador..." Y luego nos enredamos en una discusión en que le hablé de la mujer del Dante, de la madre de sus hijos, a la que ha dejado en santa sombra la etérea Beatriz; y de la mujer de Goethe y de otras compañeras de grandes escritores.

¡El triste y frío hogar de la vejez de Gallardo, allá, en la Alberquilla, a media legua de Toledo, con sus libros! "Sólo admitió el amor físico —dice el señor Marqués Merchán—, y aún llegó a convertirse, en los postreros años, de mujeriego en comedido misógino." El amor físico, ¿qué es eso? Físico quiere decir natural; pero lo que el biógrafo de Gallardo llama amor físico, no es amor a mujer, sino amor a la carne de mujer. Porque amor a mujer —cuerpo y alma, carne y vida, sangre y sentido— no hay más que uno solo.

Ya en su vejez escribía Gallardo estas melancólicas palabras: "Ah, mujeres, mujeres, niñas de mis ojos; en vosotras está la discreción, la perspicacia y

el tacto fino. Vosotras tenéis las llaves de los corazones; vosotras sí que conocéis a los hombres; mas, ¡ay dolor!, que los hombres no os llegan a conocer sino cuando van a perderos." Es, sin duda, más fácil conocer un libro que no una mujer, como no sea conocer a ésta no más que por la pasta y la portada, bibliográficamente.

¿Y no fué la soltería de Gallardo de origen quijotesco?

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 3-11-1922.]

BARTOLOME JOSE GALLARDO

Don Juan Marqués Merchán ha publicado un libro: *Don Bartolomé José Gallardo: noticia de su vida y escritos,* y "Azorín" ha dicho que Gallardo merecía este estudio. Desde luego. Nosotros creemos más, y es que todo escritor característico de una época merece un estudio, si no por él por la época que caracteriza. Y la época de Gallardo, que nacido en 1776 murió en 1852, a sus setenta y seis años, merece nuestro estudio, y aun lo exige la España de hoy, esta España en que seguimos luchando, como hace un siglo, por las libertades civiles que ya no son discutidas en el resto de Europa. Esta España de liberalismo en derrota es la que se formó después de la invasión napoleónica y la pérdida del Imperio americano, la de Fernando VII e Isabel II, la de la Revolución de setiembre de 1868, la de la llamada Restauración de 1875, la de... todo lo que se ha seguido. La España de Gallardo.

El cual murió, decimos, en 1852, a sus setenta y seis años de edad, soltero y liberal impenitente y fuera de la finca, en los alrededores de Toledo, adonde se había ido a refugiar y a esconder las hondas melancolías de su triste vejez. Murió en Alcoy, de vuelta de Valencia, adonde había ido, ¡a su edad!, a ver si compraba la biblioteca que dejó Salvá. Porque Gallardo fué un frenético bibliófilo, un loco enamorado de los libros viejos, por los que acaso no se casó, y eso que le gustaban —tal vez en exceso— las mujeres.

¿Bibliófilo? Bibliopirata se le llamó y pasaba por ser un coleccionador de libros... ajenos. ¿Ajenos? Más bien de libros mostrencos, de libros sin verdadero dueño, de libros que andaban perdidos por archivos y bibliotecas. Acaso a la bibliopiratería de Gallardo debemos que se hayan salvado algunos curiosos ejemplares. Y así como creemos que el violín debe ser del que mejor lo sepa tocar, algo parecido creemos respecto del libro. Son los bibliopiratas los que impiden que ciertos libros se pierdan.

Don José Marqués Merchán ha historiado la vida de don Bartolomé José Gallardo con amor, con verdadero amor, haciéndonos ver en el bibliófilo, en el panfletero —¡un formidable periodista!—, al hombre. Hay que leer el pasaje en que nos cuenta el trágico naufragio de los papeles de Gallardo cuando en 1823, cuando el naufragio de las libertades españolas, cuando con la ayuda de tropas reaccionarias francesas se implanta el absolutismo del abyecto Fernando VII, huía el bibliófilo de las turbas encrespadas que daban vítores a las cadenas. La pérdida de las riquezas que había atesorado coincidió con la pérdida de las libertades públicas. Y ello debió de ahondar y exasperar el liberalismo de Gallardo.

¿Liberal? Y más que lo comprendemos hoy. Gallardo, que se negó a seguir la carrera eclesiástica a que quisieron dedicarle sus padres —"lo del cura, siempre dura", dicen éstos—, fué de los más influídos por las doctrinas francesas que produjeron el romanticismo, al que con gran acierto llama el señor Marqués Merchán, socialismo literario. Gallardo era en España, ya en 1837, republicano. Fué republicano con Espronceda, que luego cambió no poco, y que si no muere joven habría acabado en ultraconservador. El año 1840 firmaba Gallardo un programa que empezaba con la "supresión del trono", seguía con la "supresión de rentas estancadas y de todas

las contribuciones indirectas", "abolición de las quintas", "libertad religiosa, de imprenta, de reunión y de asociación", y acababa con el "reparto a los jornaleros de las tierras del Estado". Y decía el bibliófilo que con ese programa caería "el antiguo edificio romanesco-gótico-moruno de las preocupaciones", pero añadiendo: "Yo, que no soy ningún Jeremías, ni ningún P. Veritas, profetizo (y séame testigo el universo mundo) que indefectiblemente sucederá lo contrario. Pero entonces toda la sangre derramada desde el cruento Dos de Mayo, lejos de servir para nuestra redención, no servirá más que para nuestra condenación eterna." Así Gallardo, en 1840. Como se ve, lo que hoy llamamos un pesimista como lo fué por entonces "Fígaro". ¿Pesimista?

Hoy en España no hay ya modo de saber lo que quiere decir pesimismo y optimismo, sobre todo desde que hay un optimismo oficial, o por lo menos oficioso, y de real orden. Hay quienes cantan el himno de la Internacional estimando anticuada la Marsellesa, pero somos muchos los que creemos que no hemos pasado del himno de Riego, el de 1820, que éste es una novedad todavía. *Constitución o muerte será nuestra divisa,* se cantaba hace un siglo y hoy, con la Constitución yacente y no vigente —llevamos tres años con las garantías constitucionales en suspenso y sin justificación alguna—, el himno de Riego es de candente actualidad.

¡Pobre Gallardo! Por haber llamado a don Serafín Estébanez Calderón, Aljamí Malagón Farfalla, fué condenado a diez y ocho meses de destierro a diez leguas de la Corte y a las costas del juicio. Persiguiósele sañudamente. Cierto que como buen erudito y gramático era de gluma desgarrada y acerba. Pero, señor, ¿qué tendrán la erudición y la gramática que hacen displicentes y malhumorados, y hasta impertinentes a los que a ellas se dedican? Decía

Menéndez y Pelayo que los *Opúsculos gramáticos y satíricos* de Gallardo eran lo más insolente que había leído en castellano. Pero nuestro don Marcelino debía de estar hecho a las insolencias de gramáticos y eruditos. Y cuando no a sus insidias e impertinencias. En Gallardo, escritor casticísimo, a la antigua española, no se concibe la ironía; su arma es más ruda. Su estilo recuerda el de aquel P. Castañeda de la Argentina.

Gallardo cultivó la crítica menuda, la de ir al ojeo de inadvertencias y pequeños errores, y con gran acierto el señor Marqués Merchán le pone a la cabeza de Martínez Villergas, "Clarín", Valbuena, "Fray Candil", Casares. Aunque no es por esa obra, ¡claro está!, por la que recordamos a Gallardo. En esa crítica puso a luz Gallardo el temple de su alma castiza. "El carácter indomable de Gallardo —escribe su último biógrafo—, impregnado de esa tosquedad y rudeza primitivas, que por un atavismo de ineducación florece en el alma de los españoles, plasmóse en su afán de libertad y en las torturadoras circunstancias de su vida, unido a la brava independencia de su alma y nativa tozudez; su originalidad literaria, en ajenas influencias y hasta en imitaciones." ¡Qué bien está eso de "atavismo de ineducación"! Porque es indudable que hay mucho de esto y que lo más de lo que se llama degeneración es más bien ingeneración. pelo de la dehesa, rusticidad.

Y esa rusticidad nativa de Gallardo se mantuvo incólume por su soberanía; el bibliófilo no tuvo junto a sí mano de mujer solícita y amorosa. Y no que no las conociera y tratara. Aquí, en esta Salamanca, debió de tener sus primeros amoríos; aquí conoció a aquella Florinda que cantó en sus primeras poesías, y no cabe duda de que sintió la delicadeza femenina el que compuso la canción romántica *Blanca Flor,* de cuyos versos dice Valera que

"parecen propios del más gentil poeta de principios del siglo XVI". Sí, la Blanca Flor, "la bella niña cenceña — la del quebrado color", la que decía: "¿A qué puertas y ventanas — clavar con tanto rigor — si de par en par abiertas — tengo las del corazón?" es una bellísima figura de mujer. Y Gallardo, el rústico, el rudo, tuvo amores con una encopetada dama aristocrática, con una condesa, pero aunque no admitamos con el señor Marqués Merchán que su héroe —así le llama— sólo admitió el amor físico, por lo menos no conoció el amor doméstico, el del fuego del hogar. Acaso los libros no dejaban en su casa sitio a una mujer. Y ya viejo, escribió estas melancólicas y significativas palabras: "¡Ah, mujeres, mujeres!, niñas de mis ojos; en vosotras está la discreción, la perspicacia y el acto fino; vosotras tenéis la llave de los corazones; vosotras sí que conocéis á los hombres; mas, ¡ay dolor!, que los hombres no os llegan a conocer sino cuando van a perderos."

Pero hay otro problema, y es si un liberal de principios del siglo XIX en España, de tiempo del abyecto Fernando VII, podía casarse y constituir familia sin peligro para ésta, si podía tomar sobre sí el cargo de una mujer. Los más de ellos tuvieron que llevar una vida errante y azarosa, y esto les obligó a conocer y gustar sino el amor errante, al azar de los caminos de la peregrinación.

Salamanca, marzo 1922.

[*La Nación*, **Buenos Aires, 7. V. 1922.**]

LA ORACION DE DOÑA XIMENA

La primera oración que en nuestra lengua castellana conocemos es la que en el *Cantar de mió* (mió y no mío, monosílabo y agudo) *Cid* dirige su mujer, Ximena, echada en las gradas delante el altar, a Jesucristo y ocupa los versos 330 a 365 del poema casi ocho veces secular. Es casi seguro que no se había aún traducido al romance, romanceado, la oración dominical, el padrenuestro, sino que se le rezaba en latín como se siguió haciendo por mucho tiempo.

La oración de doña Ximena empieza dirigiéndose al Creador, a quien llama "señor glorioso, padre que en el cielo estás". Le dice luego que tomó encarnación en Santa María Madre, y ya continúa narrando la vida y pasión del Cristo. ¡No es que llame a éste padre, no! Aunque doña Ximena no leería el Evangelio —que ni andaba en romance todavía— ni sabría acaso que el mismo Cristo vedó el que se le llamara padre (Mat. XXIII, 9) ni se lo llamaran unos a otros entre sí sus discípulos —como título de reverencia y honor, se entiende—, no se le ocurriría darle semejante título. Ni se le llama allí así al obispo don Jerome, y eso que era monje. No fraile, porque los frailes no empezaron sino en el siglo XIII.

La oración sigue, sin embargo, confundiendo al Hijo con el Padre, al Redentor con el Creador. Parece atribuir al Cristo el que salvara a Jonás, a Daniel y a Susana. Toda la historia llamada sagrada se condensa allí fuera de tiempo, en visión momen-

tánea. A Daniel sigue San Sebastián, y a San Sebastián sigue Susana. Para doña Ximena, ¡mujer al cabo!, no hay historia. O mejor, la hay y la hay toda presente, es decir, toda eterna, toda actuada. La historia es para ella un cuadro y no una película. Como en una familia, como en la vida doméstica, todo se repite, todo va en anillos. Los nietos reproducen a los abuelos, y era costumbre que aquéllos llevaran el nombre de pila de éstos. Acaso era doña Ximena de raza gótica, germánica, y en germano la voz nieto, *Enkel,* parece que quiere decir "abuelito".

Mas hay en esta oración un verso, el 344, que se nos antoja con un sonriente semblante homérico. Es aquel que dice: "por tierra andidiste treinta y dos años, Señor spirital, mostrando los miraclos, por en avemos qué fablar". ¡Gracias a que el Cristo anduvo por tierra treinta y dos años mostrando milagros podemos hablar de ellos, tenemos de qué hablar! ¿No nos recuerda esto aquellas palabras que Homero pone en boca de Alcino, el rey de los feacios, cuando incitando a Ulises a que les cuente sus aventuras le dice que "los dioses traman y cumplen la destrucción de los mortales para que tengan argumento de canto los venideros"? *(Odisea,* VIII, 579-580). Lo que es la esencia de la concepción estética de la historia. Que vale tanto como la económica.

¡Gracias a los milagros de Cristo tenía de qué hablar doña Ximena! Y podía recordárselos en su aflicción y consolarse con su recuerdo. "Del agua fezist vino e de la piedra pan." Su hombre, don Rodrigo Díaz de Vivar, iba a ganarle el pan conquistando piedras. Y rocas y castillos, "Resuçitest a Lázaro, ca fo tu voluntad." Pero no ha resucitado al Cid. Y eso que dice la leyenda tardía que su cadáver, montado a caballo, ganó una última batalla.

Habla luego doña Ximena del milagro de recobrar la vista Longinos, el ciego, con la sangre que le corría "por el astil ayuso" de la lanza y con la que, untadas sus manos, se hubo de tocar los ojos. Versos que hemos más que glosado, modernizado en nuestro poema *El Cristo de Velázquez*. Creyó, y por creer se salvó Longinos por el milagro. Para doña Ximena la religión era milagrería y arte; milagros de qué hablar. ¿No era acaso un milagro la vida misma de su marido el Cid? Milagro gracias al cual tenemos de qué hablar y en qué simbolizar nuestros recuerdos los españoles.

Treinta y seis versos ocupa la oración de doña Ximena, y la petición se reduce en dos solos, los últimos, que dicen: "por mió Cid el Campeador, que Dios le curie de mal. Quando oy nos partimos, en vida nos faz juntar". Y se partieron unos de otros, el Cid de su mujer y de sus hijas, "como la uña de la carne".

Esta oración, ¿la rezó acaso doña Ximena, ante este crucifijo negro, rígido, con los brazos en escuadra, curtido a soles y a hielos que con el nombre de Cristo de las Batallas se conserva hoy en una capilla de la catedral nueva de Salamanca, junto al último sepulcro del obispo don Jerome, crucifijo del que es tradición que fué el que el Cid llevaba para los altares de campaña, en sus correrías? El de este crucifijo es un Cristo Martillo, y sus milagros habrían de ser milagros de guerra. Volver a matar a Lázaro, o volver a cegar a Longinos. Este Cristo Martillo, el que conservamos en Salamanca, volverá tal vez a juntar a hombre y mujer, a padre e hijas separados por la guerra, pero los juntará a martillazos; clavará la uña en la carne de que se partió.

¡Y es con todo, este Cristo de las Batallas, tan nuestro! ¡Y tan de doña Ximena!

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 7. X. 1922.]

DON JUAN TENORIO

En estos días, en derredor del de Difuntos, se viene desde hace años celebrando un acto de culto del catolicismo popular, laico, de España. Acto religioso y artístico. Es la celebración del "misterio" de Don Juan Tenorio. En que lo erótico, lo sexual si se quiere, no es más que una somera envoltura de lo íntimo de él. Porque en el *Tenorio* de Zorrilla, como en el primitivo del teólogo Tirso de Molina, en el del "si tan largo me lo fiais...", lo religioso, lo "misterioso", sigue siendo lo entrañado, lo que atrae al público. ¿O es que no dice nada que sea precisamente al conmemorar a los Difuntos, y junto a ellos a Todos los Santos, cuando se evoque a Don Juan? Don Juan comulga con los difuntos.

La fiesta de Difuntos, de las benditas ánimas del Purgatorio, es el núcleo de la religión popular, laica, española. Tanto o más que la Navidad o la Pascua. No hay mentecatada mayor que sostener que lo del Purgatorio lo inventó la clerecía para lucrarse con ello. Lo inventó, esto es, lo creó el pueblo; el pueblo que quiere comulgar con sus antepasados, que quiere poder hacer algo en su sufragio. Y si los cree irrevocablemente condenados o salvados, ¿qué puede valerles? ¿Y es que hay nada más popular, más laico, que ese culto a los muertos inmortales, sobre todo en las regiones más célticas de Iberia? Un gallego, un portugués, un asturiano podrán dejar de creer en Dios —o creer que dejan de creerlo—, pero

no en las benditas ánimas. Y ven, sobre todo en ciertas noches, pasar la estantigua, la "huestia", la santa compaña, la fantasmática procesión de sus difuntos. Y este culto, probablemente anterior al cristianismo, persiste en éste y persistirá cuando este cristianismo popular, laico, español, se cuele en la religión comunista que le suceda, como en nuestro cristianismo se coló el paganismo. Paganismo de pagano, hombre del pago, campesino, aldeano. Y el hombre del pago, que no es el de la supuesta calle, seguirá creyendo en las almas errantes de los que hicieron la tierra que le hace, la tierra que labra. Las raíces de sus antepasados se hunden en su alma terrenal y terrosa.

Pero dejemos ahora esto para volver a ello y detengámonos en otra revelación misteriosa, religiosa, del "misterio" de Don Juan Tenorio. Es cuando éste dice, conmoviendo al pueblo, a su feligresía, más que con sus arrullos de seductor, aquello de: "Llamé al cielo y no me oyó, — y pues sus puertas me cierra, — de mis pasos en la tierra — responda el cielo y no yo." Misteriosa arrogancia de desesperado a la antigua española, que plantea las responsabilidades del cielo, esto es, de Dios. Porque el cielo es aquí Dios.

Corre por ahí un dicho latino que dice: *Quos Deus vult perdere dementat prius,* "aquellos a quienes Dios quiere perder los entontece antes", en que otros ponen en vez de "Deus", Dios, Júpiter. Pero el texto primitivo, griego, que lo es de un fragmento de Eurípides, no dice ni Dios ni Júpiter —o sea Zeus—, sino que dice "el cielo". Aquellos a quienes el cielo quiere perder entontece o enloquece primero. ¿Y no ha de recordarnos esto aquel relato del libro bíblico del Exodo (del cap. VII en adelante), de cómo Jehová endureció primero el corazón del Faraón para que no accediera a las súplicas de Moisés y

Aarón en favor de los israelitas y castigarle luego enviando sobre Egipto las siete plagas? ¡Divina diablura esta de Jehová! Que me trae a la memoria aquella exclamación del hijo de un amigo mío, que, al explicarle su madre lo que quería decir una estampa del Purgatorio, exclamó: "¡Pero qué cosas que "tié" Dios..." En este muchachito, casi un niño, alentaba ya la misteriosa religiosidad popular española, la de Don Juan Tenorio.

Siente el pueblo toda la agorera misteriosidad del cielo, de ese cielo del que dijo el poeta culto que ni es cielo ni es azul. Pero es que el poeta, Argensola, se refería al cielo azul que todos "vemos", y el cielo de Don Juan Tenorio, el de la piadosa impiedad paganocristiana de nuestro pueblo no es el cielo que se ve, sino el que se siente, el que ha de responder de nuestros pasos en la tierra. ¿Ver? ¡Bah! Cuando los racionalistas combaten la fe, que es, según el Catecismo, "creer lo que no vimos", no se dan cuenta de que razón es creer lo que vemos. Argensola fingía —¡literato al cabo!— no creer en el cielo azul que todos vemos; pero el pueblo —poeta, verdadero poeta ante todo— cree en el cielo, no siempre azul, que siente, en ese cielo por el que desfila en procesión misteriosa la santa compaña; en ese cielo en que es una realidad la estatua del Comendador.

¿Quién ha dicho que es irreligioso, que es incrédulo, el pueblo que acude, ritualmente, cada año a la representación del misterio de Don Juan Tenorio? Y ahora va a decirse misteriosamente, íntimamente, subconcientemente, que del último paso que ha dado el pueblo español, de este paso de un régimen a otro, de esto que llaman revolución, ha de responder el cielo. Todas las otras responsabilidades —o irresponsabilidades— le tienen sin cuidado ni cuita. El pueblo de Don Juan Tenorio, el de Segismundo, el de Don Alvaro, el pueblo pagano y cristiano —es

decir, católico—, el del eterno Purgatorio, cree en el cielo, en ese cielo que unas veces le estraga con la sequía sus cosechas y otras se las arrasa con pedrisco o se las inunda con avenidas. Y cree en ese cielo para descargarse de responsabilidad. Y esta creencia no se la arrancaréis con pedantescas racionalidades pedagógicas. Declarad en el papel que no hay religión del Estado; pero la hay nacional, y es la del pueblo que vive de misteriosidades, y por ellas. "De mis pasos en la tierra responda el cielo, no yo."

[*El Sol,* Madrid, 1. XI. 1931.]

RELEYENDO A LARRA

Como a alguien se le haya ocurrido ahijarnos a Larra a los que han dado en llamarnos la generación del 98 —¡del mítico 98!—, me he puesto a releerle, ya que le tenía casi olvidado. Nunca le cultivé mucho al "Pobrecito Hablador", al suicida de los veintiocho años. Y el suicidio fué, con el surtidor poético de Zorrilla, al borde de la tumba de aquél, lo que más le hizo. Fué el suicidio el que proyectó su trágica amargura sobre la moderada sátira literaria del pobrecito hablador. "Metafísicas indagaciones" llamaba "Fígaro" a las someras divagaciones del "mundo todo es carnaval", y otras veces les llamaba "filosofía", cuando nunca pasaron de literatura en su sentido más estrechamente profesional.

"Ser leídos: éste es nuestro objeto; decir la verdad: éste nuestro medio." Sentencia ésta de Mariano José de Larra, que procede derechamente de un literato, de uno que se pregunta, como él se preguntaba: "¿no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee?" ¡Siempre el oficio de escritor! Pero el que, aunque viva en parte de escribir, obedece al hacerlo a otra necesidad íntima, o digámoslo con su nombre, a otra vocación, se dirá, al revés de Larra: "decir la verdad: éste es nuestro objeto; ser leídos: éste nuestro medio". No dirá la verdad para que se le lea, sino que buscará que se le lea para decir la verdad, y si diciéndola se le lee menos que callándola o disimulándola, dejará que

se le lea menos y aun que no se le lea. Predicará en desierto, seguro de que las piedras de él oyen, o escribirá para un solo lector. O para sí mismo.

"Yo mismo habré de confesar —escribe otra vez— que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí." Y, ¿por qué no? Y si no para sí, para un lector, para el consabido lector. O para cada uno de los lectores, que no es lo mismo que escribir para el público. No, no es lo mismo. El público que lee artículos o ensayos como los de Larra, o como estos míos, se compone, ¡es claro!, de lectores aislados unos de otros. Su lectura no es una lectura pública. El autor puede —y debe— coger a cada uno de ellos a solas y decirle a solas lo que no cabría decirles en agrupación. Cuando nuestro objeto, nuestro fin y no nuestro medio es decir la verdad, debemos decírsela a cada uno a solas.

Y aun lo que dicen que no debe decirse por evitar que los que suponen ser nuestros adversarios se prevalgan de ello y aprovechen para fines de polémica nuestras confesiones, deformándolas y tergiversándolas acaso. ¿Y qué?

"No hay que dar pábulo..., etcétera". ¡No hay que!, ¡hay que!; y luego lo de pesimismo y derrotismo. Pase para el que tiene por fin ser leído y por medio decir la verdad, que cuando diciéndola no consigue su fin o lo amengua se la calla o la disfraza; pase para el literato, aunque acabe en suicida, pero hay algo sobre la literatura, aunque de ella se valga.

Además, a Larra no le mató la tragedia de España, el dolor de España, como no le mató esa tragedia, ese dolor, a mi amigo Ganivet. Más sufrió de ella Costa, aunque sufriera de otros dolores privativos.

"Que el poeta en su misión — sobre la tierra que habita — es una planta maldita — con frutos de bendición", dijo, junto a la reciente tumba de Larra, José Zorrilla, que sí que era un poeta, el poeta

de Don Juan Tenorio, el que sintió su misión como poeta, no como literato, y no se le ocurrió suicidarse, sino que vivió largos años. Vivió encantando a su España con el hechizo de sus cantos, embalsamándola con leyendas. E hizo así el trovador errante más honda política que el pobrecito hablador.

Pongamos las cosas en su lugar, y sobre todo los llamados del 98 no reconozcamos que nuestra sublevación intelectual tuviera que ver con las "metafísicas indagaciones de "El mundo todo es carnaval". Asmodeo no es Segismundo. Hay clases. No, ni Asmodeo, el Diablo Cojuelo de que se prevalía Larra para su "el mundo todo es carnaval" es Segismundo el de la "vida es sueño", ni las críticas literarias de Larra tuvieron gran influencia en la mentalidad de lo que llaman el 98. Las cosas en su punto.

[*El Norte de Castilla*, Valladolid, 5. XII. 1931.]

¡HAY QUE ENTERARSE!

Escapando, de momento al menos, al hoy tumultuoso, a fin de tomar fuerzas para el mañana, me remonté al ayer de hace un siglo, a la época aquélla en que Mariano José de Larra, *Fígaro,* dechado de periodista —de la "mala y diabólica ralea" que tanto atosigaba a don Marcelino—, escribía sus artículos en *El pobrecito hablador.* Me puse a leer los dos primeros: "¿Quién es el público y dónde se encuentra?", y la "Carta a Andrés". Y me encontré al punto en el hoy y en el hoy más candente? Y me di cuenta de que el hoy es el ayer, y que acaso el ayer es el mañana. "Todo está lo mismo, parece que fué ayer", dice un consabido dicho decidero. Y yo he dicho por mi parte, y hoy lo repito, que "cualquier tiempo pasado *es* mejor". El ser pasado, su preteridad lo mejora. ¿Pero acaso está todo lo mismo?

Fígaro resumía su juicio respecto al público diciendo que "el ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende". Y ponía en duda que sea público el que deja en las librerías las obras clásicas nacionales y "en las épocas tumultuosas quema, asesina, arrastra, o el que en tiempos pacíficos sufre y adula". Ese, sin duda, no es público, que es cosa de literatura, mas ni es pueblo, que es cosa de vida común, de civilidad. Y en la "Carta a Andrés" vuelve *Fígaro* al tema, aunque con un rodeo, al preguntarse: "¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?" Que es pregun-

tarse si no se consume porque no se produce o no se produce porque no se consume. Lo que me recuerda aquella contestación de un querido amigo mío, hombre cultísimo, lector infatigable, que preguntándosele una vez por qué no escribía, respondió: "No soy más que lector; yo produzco consumo." Y no era poco en un tiempo en que apenas leían sino los escritores —se leían unos a otros—, haciendo de la literatura coto cerrado. Sin que se pudiera decir por eso que ni los que leían supieran escribir ni tampoco que los que escribían supieran leer. A lo que hay que añadir que de nuestros Institutos de segunda enseñanza —ahora Liceos— se suele salir sin la menor educación de escritor, que un bachiller nuestro apenas si ha aprendido a redactar una carta. Nuestro profesorado de segunda enseñanza no conoce la tan pesada como generosa obra que le incumbe al de Francia con la tarea de tener que corregir los *devoirs*, los ejercicios escritos de los alumnos. Y a pesar de ello...

A pesar de ello hemos adelantado, y no poco, desde hace un siglo, desde los días en que Larra preguntaba quién es el público y si no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee. Y hemos adelantado, es decir, nos hemos civilizado merced a la Prensa. La Prensa ha hecho lo que no ha logrado hacer la enseñanza pública oficial. Y esto os lo dice un universitario que es a la vez un periodista, un escritor de hojas volantes. La Prensa ha hecho que el pueblo se haga público. Y el mismo don Marcelino hizo más por la ilustración popular con su obra de periodista, de apologista de la plaza pública, que con su obra universitaria, a la que nunca le tuvo gran apego.

La Prensa es la que más ha contribuído a hacer conciencia popular nacional. Con-ciencia, o si queréis con-sabiduría, a que los españoles con-sepan lo que

les interesa. Que consaber es el camino para consentir. Y conviene, y más ahora, insistir en esto del consaber, del enterarse —enterarse es la forma romanceada del latinismo *integrarse*—, para librarnos del confuso sentido —muchas veces contrasentido— que se amaga en términos como el de "cordialidad". Cuando de éste se abusa hay que recelar engaño. No concordia, ni discordia, sino con-ciencia. Que cada uno sepa lo que quiere y quiera lo que sabe; que cada uno sepa lo que da y lo que pide, sepa lo que concede y lo que niega.

Para enterarse, para integrarse, naturalmente, lo que hace falta es tener buenas entendederas, pero esto depende, naturalmente, también de las explicaderas de quien se nos dirige. Y es cosa de observación cotidiana lo de que aquellos que más se quejan de la incomprensión ajena suele ser porque no saben —o mejor, no quieren— darse a comprender. Y ni siquiera darse a entender. Que los que más presumen de hablar claro suelen ser los que hablan más oscuro. Desde luego no hay nada menos claro que las llamadas estridencias, como no sea ciertas sinceridades. Que con razón se ha dicho que hay una cierta sinceridad que está reñida con la veracidad.

A la Prensa le compete la labor de aclarar los problemas públicos —públicos y populares—, de enterar de ellos al pueblo. ¿La cumple? En general, sí. La Prensa española es hoy una de las más honradas, de las más veraces y de las mejor enteradas. Y de lo que debe cuidar es de no empeñarse en definir demasiado ni las instituciones ni los problemas, ni menos las personas. Aunque éstas, las personas, sean individuales o colectivas, son, gracias a Dios, indefinidas e indefinibles. No se define a una personalidad viva. Nadie osará definir a Felipe II, a Cisneros, a Calderón, a Cervantes, a Goya, a Prim... Acaso quepa definir —y lo dudo— a un radical socialista,

pero a este concreto, individual, de carne, hueso y espíritu, a éste no lo define nadie. Ni se puede definir él mismo. Cabe definir la república, y la monarquía, y la dictadura, y la anarquía, que todo esto no es más que sociología, pero no cabe definir España, o Cataluña, o Vasconia, o Galicia, o Castilla, que son indefinibles.

Pero sobre esto de la definición, que tanto daño nos está haciendo, a favor de la pereza mental de los partidarios —que pues forman parte de un partido, en el que se definen, y no de un entero en el que se enterarían, no se enteran—, sobre esto he de volver. Y he de volver para insistir en que enterarse es indefinirse. Y si alguien me dijere que éstas no son más que logomaquias lingüísticas le diré que es, en gran parte, merced a ellas como he logrado redimirme de la servidumbre del santo y seña, de eso que llaman disciplina, y que de disciplina, de cosa de discípulo, del que *discit* o aprende, del que se entera, tiene muy poco si es que tiene algo. Y de aquí el que cuando se trata de resolver un asunto en que hay que enterarse, el mayor tropiezo para el enteramiento sea la falsa disciplina del partido. Un partidario no suele enterarse.

[*El Sol*, Madrid, 15. V. 1932.]

ANTE LA ESTATUA DEL COMENDADOR

Hace ya más de ochenta años que se puso en escena en nuestra España el *Don Juan Tenorio,* un verdadero "misterio" al que su autor, Zorrilla, le llamó "drama religioso fantástico". ¡Y de qué fantasía! Y viene celebrándose anual y religiosamente, en el día de Difuntos. Luego han caído sobre el pobre Don Juan, el principal personaje del misterio, toda clase de analistas y escudriñadores de almas encarnadas. Pero apenas nadie, que sepamos, se ha detenido a escudriñar a otro personaje del drama, al más misterioso de él, que es Don Gonzalo de Ulloa, comendador de Calatrava y padre de Doña Inés. ¡Y que no es tragedia la de ese pobre hombre convertido, después que Don Juan le mata, en estatua!

¡Sobrevivir en estatua! ¡Tener que hacer de estatua! Ya él mismo presentía su muerte cuando, al ir enmascarado a la Hostería del Laurel, a presenciar el reto entre Don Juan y Don Luis, dijo: "Que un hombre como yo tenga — que esperar aquí, y se avenga — con semejante papel..." ¡Papel el que tuvo que hacer luego, muerto resucitado, en estatua! Ya Butarelli dijo de él y de Don Diego Tenorio, el padre de Don Juan: "¡Vaya un par de hombres de piedra!" "¡Comendador, que me pierdes!", le dijo Don Juan antes de matarle de un pistoletazo, con lo que le perdió haciéndole estatua sermoneadora. Y luego fué lo de: "¡Llamé al cielo y no me oyó — y

pues sus puertas me cierra, — de mis pasos en la tierra — responda el cielo, y no yo!" Y a quien había llamado no era al cielo, sino al Comendador, que venía a ser procurador, o más bien fiscal, del cielo. Que como tal le encontró Don Juan en el panteón de su familia. Al fin, Doña Inés —"mármol en quien Doña Inés — en cuerpo sin alma existe..."— se hizo sombra, sombra consoladora, y no estatua acusadora. Pero el desdichado Comendador, su padre, obligado, es de creer que contra su entrañado sentido, a hacer de estatua, ¡que es el más triste papel que puede a un hombre caberle! Cuando tuvo que decir aquello de: "¡Ahora, Don Juan! — pues desperdicias también — el momento que te dan, — conmigo al infierno ven", ¿qué sentiría en sus entrañas de piedra? Y luego, cuando el pobre pecador empedernido exclama: "¡Señor, ten piedad de mí!", el Comendador, el convidado de piedra, más empedernido que el pecador, sale con lo de: "¡Ya es tarde!" Y esto para estar en su empedernido papel de estatua.

¡Trágica suerte la de tener que hacer de estatua, y de estatua moralizadora y agorera! ¡Trágica suerte la del hombre estatua! La del hombre estatuado o estatuído! ¿Y habrá quién pueda contemplar su propia estatua? Harto es verse envuelto no en bronce o en mármol, sino en leyenda, y no reconocerse. Y tener que decirse: "éste es el de los demás". ¿Hacer de estatua en vida? ¡Ah, no, no! Y menos para tener que decir: "¡Ya es tarde!", o cosa así. Tormento igual...

Allá en el Patio de las Escuelas de la Universidad de Salamanca, se alza una estatua —una de las mejores que tenemos visto en España— de Fray Luis de León, que parece estar repitiendo en silencio el mítico: "decíamos ayer...", que se ha hecho ya una frase estatuída —o estatuada— en leyenda. Y el "de-

címos ayer...” de la estatua en bronce de Fray Luis de León nos parece algo como el: “¡ya es tarde!” de la estatua en mármol literario del Comendador. Y no lejos de la de Fray Luis se alza otra estatua, ésta del P. Cámara —a quien oímos vivo—, con un brazo erguido en actitud de predicar. Pero se calla. Como se calla ese Castelar en bronce estatuído que yergue su brazo en el Paseo de la Castellana, aquí, en Madrid. ¡Una estatua en actitud de hablar! ¡Al demonio se le ocurre! Las estatuas deben callarse. Y a los hombres, cuando en vida se les estatuye o estatúa, es para que se callen.

A la estatua de Memnón, en Egipto, dice la leyenda que le hacía cantar la Aurora; que cantaba al salir el sol (1). ¡Maravillosa estatua! Y otras estatuas cantarán también, al salir o al ponerse el sol; pero cantan más y mejor los hombres de carne y hueso, los que respiran aire. Las estatuas, ¡ay!, de ordinario no cantan. Alguna vez plañen. Y los hombres que tienen en vida que hacer de estatua tampoco cantan. Mejor hacer de sombra, como Doña Inés. Porque las sombras sí que cantan y que respiran. ¡Sombra, sí; pero estatua, no! “Mármol en quien Doña Inés — en cuerpo sin alma existe...” Pero desde que el mármol se convirtió en sombra, el cuerpo se fué y volvió el alma. ¿Pero el alma del Comendador? No, el alma del Comendador se quedó fuera de su estatua. Un alma no dice nunca: “¡ya es tarde!” Para un alma, y aunque sea de severo Comendador, siempre es temprano, siempre es a tiempo.

¿Quedarse en una frase estatuída, en un aforismo, en una sentencia, en un oráculo como los de las estatuas de los dioses paganos? Mejor vagar como la sombra de una nube sobre el verdor de una pradera

---

[1] A este tema había dedicado Unamuno un soneto, que le envió a Rubén Darío. Se titula “Memnón” y lo incluyó su autor en el libro *Poesías*, 1907. (N. del E.)

o sobre la azulez de un lago. "Sueño de una sombra", llamó Píndaro al hombre, y pudo haberle llamado "sombra de un sueño". De un sueño que se hace, se deshace y se rehace; de un sueño que no es dogma, ni precepto, ni programa, ni sentencia. Pero los pobres mortales ciudadanos que no saben valerse ni guiarse por sí mismos piden a sus guiones y caudillos certidumbres y soluciones. Y se empeñan en convertirlos en estatuas. Al quitarles contradicción les quitan vida. ¡Cuánto mejor ponerse a la sombra de un sueño! Ah, no, que no le definan, que no le fundan a uno. Y si le funden, que la estatua se calle.

[*El Sol*, Madrid, 8-XI-1932.]

NOTAS A LUCANO

Mi trato último con Lucio Anneo Séneca me ha llevado, como de la mano, a su pariente Marco Anneo Lucano, de la misma familia *—gens—* Annea, de Córdoba. Y apenas vuelto de Mérida y recogido en esta mi librería de Salamanca, eché mano de un viejo ejemplar de la *Farsalia,* entre cuyas hojas dejé, hace ya años, no pocas notas y acotaciones manuscritas. El ejemplar es de Padua y de 1721. Y he aquí que lo primero con que topo en él es con una frase que, en mi Comentario "Séneca en Mérida" (1), confundí tomándola como de Virgilio. Es la que dice: *etiam periere ruinae* (IX, 969), "¡perecerán hasta las ruinas!" ¿Qué demonio me trastornó la memoria induciéndome a esa confusión? El mismo que me ha inducido varias otras veces a confusiones parecidas —y aun más graves—: un demonio que se me antoja actúa en España, tierra de improvisadores, más que en otras partes. Pero una vez rectificado ese desliz y puesto en claro que fué otro español —uno es Séneca— quien dijo que "hasta las ruinas perecerán", me puse a repasar mi antiguo repaso de la *Farsalia* de Lucano, y, ¡cómo, al repasarlo, resucitó la historia actual de nuestra España, cómo revivió lo que estamos viviendo!

Ya en el primer verso de su celtibérica epopeya nos habla Lucano de guerras más que civiles *—bella...*

[1] Lo encontrará el lector en el tomo I de estas *O. C.* (N. del E.)

plus quam civilia— y es expresión felicísima que se ha repetido mucho. "Los primeros muros (de Roma) se regaron con sangre de hermanos", se dice poco más adelante. Y aquí está este cordobés cantando al vencido, a Pompeyo, y execrando, pero admirando, al vencedor, a César, al instaurador del cesarismo, que no es ni más ni menos que el fajismo: "La causa vencedora —nos dirá Lucano— plugo a los dioses, pero la vencida a Catón." A Catón, una especie de Don Quijote romano y pagano. Y Lucano, el celtíbero, se prosterna ante el que supo desafiar al Hado ante el esforzado Catón de Utica, que se suicidó por no rendirse al cesarismo, al estatismo. Dechado noble, sobre todo en esta gloriosa agonía del liberalismo a que asistimos.

¿También se tiñeron de sangre en guerra más que civil, hermanal, aquellas tierras de la Bética —*ultima mundi* (IV, 147), que no sería forzado traducir por "Extremadura"— hacia Córdoba, y las causas de aquella guerra? La primera el Hado, la Fatalidad, la Suerte, "la envidiosa seguida de los hados y el estar negado a los dioses el mantenerse mucho tiempo", se entiende que en paz y en reposo. Y basta con esta primera causa; ¿para qué más? Es la causa primera de todas las revoluciones, empezando por las de los astros. Es la historia misma.

¿Y en cuánto a los hombres? Tienen que seguir al Hado que les arrastra. No les fué posible la neutralidad: unos siguen al Grande (Pompeyo) o a las armas de César; sólo Catón será jefe de Bruto", el tiranicida. "A cada cual le arrebatan sus causas a los malvados combates" (II, 252), cada cual toma partido y con el partido armas por motivos que él se fragua, por antojos, mas en rigor arrastrado por la fatalidad, y esto aun cuando crea que lo hace por abrirse camino en la carrera civil, o sea política. No se suele tomar partido ni por fe, ni por razón, ni por

conciencia; el partidario no suele ser ni un creyente —aunque sea fanático—, ni un razonador, ni un concienzudo. Cuando hay que defender una suprema injusticia suele decir: "¡es la política!" —broquel, no de bárbaros, sino de salvajes—, o aquello otro de que "la política no tiene entrañas". Y quien no las tiene es el que lo dice. ¡O "es la revolución"! Y esto sin comentario.

¿Y César? ¿O sea el Estado, el Estado todopoderoso y absorbente? César necesita enemigos para ejercer su actividad guerrera, le daña el que le falten enemigos —*sic hostes mihi desse nocet* (III, 365)—, y así, cuando no los encuentra los inventa u hostiga a los resignados a que se le rebelen. Duro trance cuando se nos rinde a primeras aquel contra quien vamos. Hay que provocarle a que nos provoque. Y acudir luego a una ley de supuesta defensa.

Aquella guerra, más que civil, azotó también campos hispánicos, campos celtibéricos. "Aprenderás que no huyen a la guerra los que saben sufrir la paz", hace decir a Pompeyo, Lucano. Y a la guerra fueron los "fieros iberos", los "duros iberos", los conterráneos de Lucano, "creyendo que no habían hecho nada mientras quedase algo por hacer". Pobres. ¡Terrible "fecunda pobreza"! ¿Y su religión, entonces? "Añade terror no conocer a los dioses a que se teme" (III, 416). Y allá fueron, prontos a no morir sin matar, a no perder la muerte (*non perdere letum*). ¡Pobres, pobres! "El vencer era peor". ¡Pobres! "Hesperia —o sea España— está erizada de cambroneras, sin arar por muchos años, y les faltan manos a los campos que las piden" (I, 28 y 29). Entonces. ¿Y ahora? ¿Les faltan manos a los campos que las piden? A estaciones sobran manos y todo el año sobran bocas para el pan que pueden dar esos campos esquilmados. ¿Y el arado? El daño que ha hecho, y seguirá haciendo, si Dios no lo remedia, ese

arado —aún queda, en rincones retirados, el romano— que araña en el pellejo de la roca o en el páramo. Y sin poder sufrir la paz, huyen los pobres a la guerra.

En los tiempos que cantó Lucano, los soldados, los cesarianos, se revolvieron contra la civilidad degenerada —*degenerem... togan*— y contra el reinado del Senado —*regnumque Senatus*—. Y el reinado del Senado era la República. Y en cuanto triunfó la revolución cesariana, se le siguió llamando República al Imperio y siguió el Senado. O, como si dijéramos, las Cortes. Todas estas ambiguas y equívocas distinciones entre Monarquía y República no existían entonces. ¿Y en cuanto al cesarismo, imperialismo —o napoleonismo—, qué más da de dónde surge? La suprema encarnación de la Revolución Francesa fué Napoleón. Por otra parte, la dictadura de una facción es tan cesarista como la de un hombre. Y no importa que los cesarianos anden disfrazados de civiles. Que en estas guerras más que civiles, los que parecen civiles no lo son. Y menos mal si llegan a bárbaros sin quedarse en salvajes. Que hay medidas gubernativas, como esa de los cantones o términos municipales, que no son sino salvajería de facción de tribu cabileña. La comunidad bárbara es más universal. Y no se preocupa miserablemente de clientelas electorales. Alberga más humanidad.

¡Es la suerte! ¡Es la fatalidad! ¡Es la política! Dios sobre todo, digamos. O bien: ¡es la Historia! Es la Historia que florece en Farsalias como la de Lucano, uno de los creadores del mito de César y de su mitología. Mito que vale tanto como relato, como nombre. *Nullum est sine nomine saxum!*, "no hay una piedra sin nombre" en la Troade, dice Lucano (IX, 973). Y aquí, en su España, dijo no sé quién, "que no hay un palmo de tierra sin una tumba española". Sobre todo en España. Y si hasta las ruinas

perecerán, ¿no han de arruinarse las tumbas? Antes las cunas.

He ido a buscar en esas dos cuartillas de letra apretada —como patitas de moscas, que se dice—, que guarda mi vieja *Pharsalia* patavina, un relativo consuelo para las congojas que costriñen mi espíritu a la visión de esta guerra, más que civil, que desvela los campos erizados de jarales y cambroneras y he sentido que soplaba sobre mí el aliento del Hado. He recordado a Pompeyo, a César, a Catón. Luego a Don Quijote. Y luego me he repetido: ¡Sueños españoles de Dios!

[*Ahora*, Madrid, 4. VII. 1933.]

GLORIOSO DESPRECIO

> **"Brama, gime, rechina, ladra, ahulla,**
> **y en estallidos su congoja arrulla."**
>
> **Quevedo.**

El ansia de sacudirnos de la mente, siquiera por un rato, el obsesionante fantasma público del hombre-masa, del hombre macizo como la mano o majadero del almirez, nos ha vuelto a llevar a recostarnos en Quevedo, el manchego, una de las rocas de que mana la tradición flúida del sentimiento ascético español.

¡Qué hombre! ¡Qué persona! Nada de masa. Oigámosle: "La multitud... es carga y no caudal." "Vulgo y loco todo es uno." "Felipe II... era más formidable cuando trataba consigo las razones de Estado que acompañado de fuerzas y gente..." Y esto que Quevedo, que tuvo que sufrir de la razón de Estado, dejó dicho que "no hay cosa más diferente que Estado y conciencia, ni más profana que la razón de Estado". Fué cesarista por personalista. Y pesimista, por de contado. ¿Quién otro ha dicho en España lo de: "Vuelve los ojos, si piensas que eres algo, a lo que eras antes de nacer, y hallarás que no eras, que es la última miseria"? La última miseria el no ser y no la pena, aunque sea eterna. "¡Qué insolente que es la felicidad!", dijo otra vez, arrullando su congoja.

O aquello de que "la curiosidad nace más veces del

odio que del amor", y que le llevó a ahondar en el terrible pecado específico de su pueblo y de su tiempo: la envidia. Y así penetró en lo que podríamos llamar la esencia metafísica del Imperio español de su siglo, de aquel imperio que crecía —él lo dijo— como crecen los agujeros, por sustracción. ¡Y cómo quería al Imperio y cómo quería a su España! Amaba la aspereza, la sordidez, la agrura, la decadencia de su patria; aspiraba con deleite el vaho acre de su descomposición; se complacía en la desdicha. Y él, que consideraba la nada, el no ser, la mayor miseria, y se refugiaba de ella huyendo de la insolencia de la felicidad, en la desdicha, cuán cerca, sin embargo, anduvo del quietismo, del nadismo, de Miguel de Molinos, otro de los espirituales grandes de España.

Miguel de Molinos reputaba miserable a la mayor parte de los hombres de su tiempo, porque sólo se empeñaban en satisfacer la insaciable curiosidad de la naturaleza, y se recogía en no pensar ni querer. Y Quevedo, en su espléndido arrebato de altivez manchega, después de afirmar que en ningún género de letras ha excedido al español ningún otro pueblo del mundo, agregaba que "son pocos los que en copia y fama y elegancia de autores, en el propio idioma y en el extranjero, nos han igualado, y si en alguna parte han sido más fértiles sus ingenios, ha sido en la que, por indigna de plumas doctas, capaces de mayores estudios, hemos despreciado gloriosamente". Glorioso desprecio quijotesco. Y causa de desdichas.

Hace unos años, el que esto ahora os cuenta, a quejas de nuestro atraso en invenciones técnicas respecto a los extranjeros, exclamó: "Que inventen ellos, pues luce aquí la eléctrica tan bien como donde la inventaron, y tenemos otras cosas en que pensar." Y ahora, sin tratar de rectificarlo ni de ratifi-

carlo, quiere traer a cuento los tercetos de aquel soneto de Quevedo que dicen:

"No cuentas por los cónsules los años;
hacen tu calendario tus cosechas;
pisas todo tu mundo sin engaños;
de todo lo que ignoras te aprovechas;
ni anhelas premios, ni padeces daños,
y te dilatas cuanto más te estrechas." [1]

Y ahora cotéjese el aprovecharse de lo que se ignora con el glorioso desprecio, y el dilatarse estrechándose con el crecer como un agujero crece del imperio español en cuyos dominios no se ponía el sol. Y sépase que en el griego moderno, en el romaico, a la puesta del sol se le llama reinado, que el sol reina al ponerse. Como el Cristo al morir.

Sí, ya sabemos ingeniosidades, conceptismos, agudezas. Y, sin embargo, el ingenio de Quevedo, el glorioso despreciador, no era agudo, sino afilado. Agudo el de Gracián. Quevedo no aguzaba su ingenio para pinchar con él, sino que lo afilaba para cortar. Y qué cortantes sus burlas, sus sarcasmos, que sacaban no sangre, sino sangraza y materia. De Santa Teresa de Jesús, a la que como ascético antimístico guardó ojeriza, dijo que "todas las cosas de esta vida tenía por burla". ¡Y él si que las tuvo! ¡Y como Séneca, su maestro principal, sintió que todas eran de reír o de llorar! Y lloró riéndose —¡qué muecas sin gozo ni alegría!— y arrulló, como su Orlando, en estallidos su congoja.

¿Hubo o no en su España, en nuestra España, Renacimiento? Mero pleito de nombre. Lo mismo podemos decir que hubo Remuerte. "Porque también para el sepulcro hay muerte", que dijo él. Y en cosa

[1] "A un amigo que retirado de la Corte pasó su edad." (N. del E.)

de nombres, ¿quién como él ahondó y escudriñó y socavó en nuestra lengua, en su lengua?

Este fué su consuelo "Del ocio, no del estudio, — esa aquesta diligencia, — distraimiento del seso, — travesura de la lengua", dijo en un romance. Y aquellas travesuras de su lengua fueron arrullos de congoja.

Y ahora oíd lo que aquel varón manchego, ingenioso —como su paisano Don Quijote— y glorioso despreciador de curiosidades, que no nos sacan del no ser y acaso hacen de odio, decía de los políticos, y es que: "Siempre hay en las repúblicas hombres que con sólo un reposo dormido adquieren nombre de políticos, y de una melancolía desapacible se fabrican estimación y respeto: hablan como experimentados y discurren como inocentes." Ahora que estos hombres pueden ser de la dura y seca casta ascética del ingenioso hidalgo manchego Don Quijote, que reinó al morir reconociéndose, y del ingenioso burlador y despreciador glorioso don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad. Reinan, como el sol, al ponerse.

[*Ahora,* Madrid, 7, II, 1934.]

En esta obsesiva contemplación del misterio clarísimo del pasar de la vida; en esta meditación de que todo tiempo pasado es —es y no fué— mejor, y lo es por haberse pasado, eternizado; en ese acomodarse al potro del Destino le viene a uno como estribillo de honda canción de siempre alguna de las frases que nos renuevan la memoria. Así ahora, en este centenario del romanticismo español, el de hace un siglo, cuando recorro lo que del viejo Madrid de mis mocedades estudiantiles queda, me salen por la ventana de alguna casuca de vieja calleja estos versos que declamábamos melancólicamente: "Sobre una mesa de pintado pino — melancólica luz lanza un quinqué—, — un cuarto ni lujoso ni mezquino — a su reflejo pálido se ve..." ¡Maravillosa evocación que gustábamos al pálido reflejo de las últimas vislumbres del ocaso del romanticismo! Cuarenta años después que empezó a publicarse *El Diablo Mundo,* de Espronceda.

¡Pintado pino! Ya nada queda del pino; todo, hasta el pino mismo, no es más que pintura. Pino y no castaño, ni nogal, ni otro leño noble y duradero. Y luego, la luz melancólica del quinqué, de esa lumbre del siglo de las luces, olvidada ya. ¡Quinqué! La mera palabra, que tanto oí y dije en mi niñez, me evoca un pasado que es mejor que fué. Un pasado que no logro ya soñar al pálido reflejo de la luz melancólica de mi quinqué infantil. ¡Ah, si consiguiera

uno revivir su primera antigüedad, su niñez! Pero no se vuelve a la luz del quinqué. Para renovarse hay que acudir a luz de naturaleza, no de historia; de noche, a la de la luna o a la estrellada, que es espejo de la eterna conciencia humana. Lo sabía Kant. Que ni los hombres ni los pueblos vuelven a su pasado histórico, sino, a las veces, al pasado pre-histórico, pre-humano, al cavernícola, al animal, pero no al niño social que en tiempo histórico fueron. El hombre de la mesa de pintado pino que soñó Espronceda, al despertar de su sueño —nuevo Fausto o, mejor acaso, nuevo Segismundo— se levanta hecho "mancebo ardiente y vigoroso" y se pone a vagar por la estancia en cueros, nuevo Adán. Mas el poeta dice: "¿A qué vuelvo otra vez al Paraíso — cuando la suerte quiso — que no fuera yo Adán, sino Espronceda?" Y su nuevo Fausto —o Segismundo—, el "mancebo ardiente y vigoroso" que se da a salir por las calles de Madrid en cueros, va a dar..., ¿adónde, sino a la cárcel? A Adán, si resucitara, le meterían en ella.

¿Y Espronceda, el soñador de Adán restaurado o renovado? Espronceda, liberal de principios del siglo XIX, juicioso calavera, emigra por motivos políticos, que, en rigor eran literarios; es seducido por Teresa Mancha —"¡ay Teresa, ay, dolor, lágrimas mías!"—; se viene a Madrid; se mete en política al acabar la guerra civil de los siete años; se hace esparterista; empieza en 1840 a publicar su *Diablo Mundo* —que no acabó, como ni el diablo ni el mundo—; es elegido diputado a Cortes por la provincia de Almería en 1842; escribe un folleto sobre el Ministerio Mendizábal y muy atinadas y sesudas reflexiones sobre la desamortización de los bienes del clero y la reforma agraria, y en mayo de 1842, a sus treinta y cuatro años, se muere de garrotillo cuando iba acaso camino de ministro... moderado.

"¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida? Un misterio también...", escribía. Y otra vez: "¡Oh, si el hombre tal vez lograr pudiera—ser para siempre joven e inmortal...!" Pero no en la Historia. Y menos en el Paraíso. ¿Restaurarse, renovarse? Restauración no es renovación. Se restaura un mueble viejo, un trono, por ejemplo, si es de pino, pintándolo tal vez; ¿pero renovarlo? Su leño, su madera, carcomida acaso, no se renovaría sino echando raíces en tierra. Y la tierra es naturaleza y no historia. La arqueología —y, sobre todo, la política— no renueva nada. Sólo resurge renovado el hombre cuando —magnífica fiera— se sumerge en naturaleza prehistórica, propiamente en barbarie o acaso en bestialidad. Cuando rompe su costra histórica. ¿Renuevos del viejo leño? En su cogollo, más viejos que el tronco. Por aventura puede ocurrísele a una dinastía regia, a un viejo leño carcomido y caduco, pretender renovarse acudiendo a abonos —que son maleza— de régimen dictatorial con todo ese artilugio de Estado corporativo y drástico. Lo que no es tradición histórica, humana, sino ir a hundirse en suelo pre-histórico, pre-humano, o sea natural y animal. Es la barbarie; es un falso Adán que se echa en cueros a la calle de la ciudad. La Historia es irreversible. La hoja que quiere ser raíz se hunde en las tinieblas de la tierra y sin luz. Espronceda no puede volver al Paraíso sino en soñación, porque no era Adán, sino Espronceda. Y no volvió al Paraíso, sino que se fué a la diputación a Cortes por Almería. Y, por otra parte, nada hay menos tradicional que el llamado tradicionalismo. Que ni restaura ni renueva.

¡Luz, luz! Aunque sea la melancólica del quinqué. O la de aquel alumbrado de gas o de petróleo de aquellas viejas calles del Adán esproncediano. "Dicen que Sabatini pone faroles...", cantaban en *El barberillo del Avapiés,* refiriéndose a aquel ar-

quitecto palentino del siglo XVIII. Y aquel alumbrado hizo a los faroleros. Faroleros y memorialistas eran dos de las más profundas profesiones. ¿Y son los restauradores y renovadores —o, mejor, renoveros— otra cosa que faroleros y memorialistas? Faroleros en época de luz eléctrica y memorialistas en época de mecanógrafos. Pero es inútil pintar el pino, porque se va en serrín de puro carcomido. Y si se intenta otra renovación, se va a la barbarie pre-histórica, a la demagogia de una mal encubierta animalidad. Acaso a los estallidos selváticos de un pueblo al que se le induce que es raza, que es sangre, que es naturaleza, y no espíritu, no historia propiamente dicha. La España viva, la de siempre, movida por íntima dialéctica de contradicción, es una anti-España, una España que se enfrenta consigo misma y vuelve sobre sí. Pero al pasado que fué, no al que es, no se le vuelve, no se le renueva, no se le procrea, que arqueología no es poesía. A trono desvencijado no se le envencija, no se le faja ni con fajo traducido del italiano.

Ved aquí lo que ha alumbrado en mi memoria el pálido reflejo del recuerdo de la melancólica luz del quinqué de mis mocedades de tras-romanticismo literario y político.

[*Ahora,* Madrid, 5, I, 1935.]

COMENTARIOS QUEVEDIANOS

I

Pero, en fin, se vive.

Otra vuelta a Quevedo, ahora que se anda a tantas con Lope de Vega, que es el de turno. ¡Y qué dos mundos los suyos y ellos mismos! ¿Dos? Y hay los de Góngora, y Cervantes, y Santa Teresa, y fray Luis de León, y... y... Y todo un mundo solo. ¡Y aquella España de Quevedo, de Felipe IV, a lo que se le dice decadencia —concepto histórico bastante huero de sentido—; aquella España que crecía, como los agujeros, por sustracción —es metáfora quevediana— y cuyo más profundo y lóbrego y asqueroso hondón, su sentina, exploró aquel hombre como exploró las entrañas de su lenguaje! ¡Aquella España, comida de hambre y de envidia, hermanas mellizas! Vamos a entrar en esos hondones, de mano de Quevedo. ¿Un pesimista? ¿Y qué es esto?

Tomemos primero *La vida del Buscón llamado don Pablos*. Pasemos ahora por alto todo lo del dómine Cabra, el de Segovia, feroz caricatura que se pasa de la raya. A trechos estas caricaturas quevedianas recuerdan los caprichos de Goya, unos dos siglos después. (Como, por otra parte, Cervantes y Velázquez se emparejan.) Pasemos ahora por alto eso y lleguemos a cuando Pablos va a dar a casa de su tío Alonso Ramplón, el verdugo. "Verdugo era, si va

a decir la verdad, pero un águila en el oficio." ¡Y qué aguileña mirada clava en él Quevedo! El verdugo era una de sus obsesiones. Y otra el rey, Felipe IV, a quien servía Ramplón. Quien en una carta a su sobrino Pablos le dice "que si algo tiene malo el servir al rey, es el trabajo, aunque le desquita con esta negra honrilla de ser sus criados". Y el más rendido criado, el verdugo. Le cuenta a su sobrino cómo ahorcó al padre de éste y cuñado de él. ¡Y aquellas ejecuciones montando el ejecutor sobre el cuello del ejecutado —"jinete de gaznates"— para rematarlos! El tío acaba su carta diciéndole al sobrino: "Vista ésta, os podréis venir aquí, que con lo que vos sabéis de latín y retórica seréis singular en el arte de verdugo." Llega Pablos a casa de su tío el verdugo de Segovia y síguese aquella ferocísima escena de la comilona —y borrachera— entre pícaros, después de echar la bendición el tío, el verdugo, y comieron carne de ahorcados. Ahorcados sin efusión de sangre, añadamos. "Dijeron su responso todos, con su *requiem aeternam,* por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes". Que el verdugo y sus compinches eran buenos cristianos y servidores del rey. Mas el pobre Pablos, sufriendo el canibalismo, decidió huir de casa de su tío Ramplón, el verdugo, y le dirigió una carta de despedida que acaba así: "No pregunte por mí, que me importa negar la sangre que tenemos. ¡Sirva al rey y adiós!" ¡Qué certero y qué empozoñado saetazo, no de Pablos, sino de Quevedo mismo, y no al verdugo, sino al rey a que sirve, a cualquier rey de verdugos! "¡Sirva al rey!" Consabido es lo que quería decir servir al rey. A Flandes fué el gran duque de Alba a servir de verdugo de herejes para su rey. Del gran duque de Osuna, a que sirvió Quevedo, ya tendremos ocasión de hablar. Y más de verdugos servidores de reyes. Por ahora dejémoslo aquí.

Huído Pablos de casa de Alonso Ramplón y camino de Madrid, topa con un pobre hidalgo que se pone a contarle sus miserias. Y tantas y tales son que por boca de Pablos dice Quevedo: "Confieso que, aunque iban mezcladas con risas, las calamidades del dicho hidalgo me enternecieron." ¿Enternecerse Quevedo? ¡Pues claro que sí! Y compadecerse. De los demás y de sí mismo. Ternura y compasión mezcladas con risa, con aquella terrible risa quevediana que destila lágrimas de sangre y de fuego, de aquella sangre que le importaba negar a Pablos. ¿No es acaso Quevedo mismo el que dice en un romance, poniéndolo en boca de Fabio, aquello de: "Parióme adrede mi madre; — ¡ojalá no me pariera!" ¿Es que Quevedo aborrecía la vida y sus miserias? La aborrecía y la amaba. Era, como Job, un hombre de contradicción, que reía y lloraba, afirmaba y negaba a la vez. Sigamos. El pobre hidalgo de quien Pablos —Quevedo— se enterneció, acabó el relato de sus miserias con estas preñadas palabras: "Pero, en fin, se vive, y el que se sabe bandear es rey, con poco que tenga."

"¡Pero, en fin, se vive!", se diría Quevedo mismo para consolarse de sus propias miserias, a la vez que se burlaba de ellas. Y el vivir de Quevedo era burlarse y dolerse y condolerse. De todos y de sí mismo. Y uno de sus consuelos, hurgar y zahondar en las entrañas del romance castellano —en romances muchas veces— y entregarse al peligroso juego de jugar con las palabras y con los conceptos. ¿No hemos quedado en que Quevedo es el dechado de los conceptistas? El habló —y en *La vida del Buscón*— precisamente— de "los hombres condenados a perpetuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones". ¡Condenados! El también condenado a perpetuo concepto, a despedazar vocablos y voltear razones. ¿Condenado? Con esa condena vivía,

pues, en fin, se vive, y con ello, con esas miserias, trataba de olvidar la mayor miseria. ¿Cuál es?

En *La cuna y la sepultura, para el conocimiento propio y desengaño de las cosas ajenas,* la más entrañable acaso de las obras ascéticas de Quevedo dice —y para siempre— esto: "Vuelve los ojos, si piensas que eres algo, a lo que eras antes de nacer y hallarás que no eras, que es la última miseria." ¿Ultima en orden de grado o de tiempo? Para hallar una sentencia así, tan desgarradora, hay que acudir a Miguel de Molinos, nacido cinco años antes de la muerte de Quevedo; a aquel sacerdote aragonés, italianizado, fundador de lo que se ha llamado quietismo —y yo, "nadismo"—, que tanto influyó en los quietistas franceses y en Fenelon, o, mucho antes de él, en San Juan de la Cruz —muerto cuando Quevedo tenía once años— y que, mal que pesara a don Marcelino, tanto parentesco espiritual tiene con Molinos. Es algo que se destaca o, mejor, que se sumerge en aquel mundo de supuesta decadencia. Es una nota digna de Obermann, el abismático. Y para acabar, por ahora, con esto, recordaremos aquellas últimas palabras de Quevedo, en los renglones que dictó, "afligido y flaco sumamente de disentería", para don Francisco de Oviedo, desde Villanueva de los Infantes, a 5 de septiembre de 1645, tres días antes de morirse. Y dicen entre ellos: "Perdone vuesa merced que no discurra en cosas de las guerras ni de las paces; que pareciera ociosidad ajena del peligro en que me hallo. Dios me ayude y me mire en la cara de Jesucristo..." El padre espiritual del *Buscón* y de tantos otros torturados espíritus, el que distrajo el pensamiento de la última miseria, burlándose de todos y de todos enterneciéndose y discurriendo de cosas de guerra y de paz, ¿sentiría en aquellos últimos días, a pesar de la cara de Jesucristo, la sumersión

en la última miseria? ¿En no ser? ¡Quién sabe...! El burlón de España, el de "en fin, se vive", ¿pensaría que esto equivale a "en fin, se muere"?

[*Ahora*, Madrid, 29, V, 1935.]

II

Invidiados y invidiosos.

El más hondo sondaje que se haya hecho en España de la envidia hispánica —o ibérica—, virtud tanto como vicio y resorte de tantas hazañas, buenas y malas, lo hizo nuestro gran Quevedo en su *Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo*: *invidia, ingratitud, soberbia, avaricia.* Y al hablar de la primera peste —en orden de tiempo y de valor— que es la envidia, empieza así: "Escribo de las cuatro pestes del mundo, no como médico, sino como enfermo que las ha padecido. Temo (en esto, por lo menos, acierto) que antes me temerán por el contagio, que me estimarán por la doctrina." ¡Soberbio exordio y confesión soberbia!

Mete luego su lanceta en el tumor de esa peste luzbeliana —la tan mentada soberbia de Luzbel fué, como todas las soberbias, envidia— y dice aquello de: "El hombre, o ha de ser invidioso o invidiado, y los más son invidiados y invidiosos, y al que no fuera invidioso, cuando no tenga otra cosa que le invidien, le invidiarán el no serlo. Quien no quiere ser invidiado no quiere ser hombre, y quien es envidioso no merece serlo." ¿Y qué hombre lo merece?, digo yo. "Los que más se quejan porque los invidian son los que siempre están haciendo porque los invidien", añade. Y luego: "Muchos hombres hay invidiados de otros, y muchos que invidian a otros, y muchos más que se invidian a

sí mismos. Parece esta invidia nuevamente hallada y es la más antigua." Lo sabían San Pablo y Séneca, dos de los maestros de Quevedo.

Dejo para otra ocasión el zahondar en esta abismática doctrina quevediana, que explica la llamada decadencia española de su tiempo —primera mitad del siglo XVII— con sus altezas y bajezas —virtud y vicio—, y explica a la vez la desgana, el desapego y el anonadamiento de ascetas y místicos, desde el fray Luis, que quería vivir —¿vivir eso?— ni envidiado ni envidioso, hasta el quietismo, después, de Molinos. Y por ahora voy a recoger una alusión que me dirigió mi Gregorio Marañón en su contestación al discurso que ante la Academia Española leyó Baroja el 12 de mayo de este año.

En su discurso empezó Marañón por ensañarse con ese "pequeño monstruo —son sus palabras—, anónimo y temible, que es el hombre del café". Quiere distinguirlo del hombre de la calle o de la plazuela. Parece ser el hombre de corrillo, de cotarro o de tertulia. Habla luego Marañón de mi prurito, no de contradicción, sino de contrapelo, que tanto ha contribuído a mantener despierta la conciencia nacional, pero que a veces la enturbia (quizá para que luego se aclare más), y dice que he dado el espaldarazo de mi elogio a este hombre del café. "Es difícil saber la razón", añade. ¿Difícil? El mismo Marañón es quien la da al decir que se me deben a mí "las páginas más profundas sobre la pasión del resentimiento, morbo insinuante y letal de la vida española". ¡Letal y... vital! Y agrega que tanto Baroja como yo sabemos bien que "el hombre del café es, entre otras cosas, manantial inagotable de resentimiento". Y el resentimiento —digo yo—, manantial inagotable de rebeldía, y la rebeldía manantial inagotable de la más alta conciencia espiritual. "El hombre de la calle hace la historia —añade—, y el del café, fundamentalmente antihistórico, la envenena."

¿Qué es esto? Y la historia, como el progreso, como la civilización, ¿no son acaso veneno? Aquí de la doctrina del pecado original, "¡feliz culpa!", que canta la Iglesia Romana.

Mi elogio del hombre del café arranca de que este hombre, el descontentadizo, el resentido —de sí mismo antes que nada—, es el envidioso consciente de su envidia y de su envidiosidad —que no son precisamente lo mismo—; es el hombre en lucha consigo mismo; es el hombre que se sintieron San Pablo, San Agustín, Calvino, Pascal y tantos otros genios de la íntima contradicción humana. La razón por la que he afirmado que el hombre del café es el que forja nuestra cultura —así como suena—, nuestro cultivo de lo hondamente humano —¡qué bien lo sabía Nietzsche!—, es que ese hombre siente su propia miseria y que ésta hace su grandeza. La razón es que, como Quevedo, escribo de esa peste del mundo, no como médico, sino como enfermo. Y voy más allá, y es afirmar que médico que escriba de esa o de otra peste no más que como tal, y no como enfermo, no nos dirá sobre ella nada de provecho. Marañón conoce mi novela quirúrgica *Abel Sánchez,* y puedo asegurarle que ensayé en mí mismo la pluma-lanceta con que la escribí. Y dejo el disertar si hay una envidia, una soberbia, una lujuria, una gula, una pereza, una avaricia... fisiológicas y otras patológicas. ¿No es patológica también la fisiología en cuanto entra en ésta la conciencia? ¿No es la vida misma una enfermedad acaso? El haberlo reconocido así hizo la grandeza de la llamada decadencia española, de aquel nuestro osar demasiado, que dijo Nietzsche, también luzbeliano, también cainita. ¡Qué envidia más trágica y más grandiosa le tuvo al Cristo! Y se tuvo a sí mismo.

¡Ay, amigo Marañón!; ante esta vida enferma, ante esta enfermedad que es nuestra vida, hay quien

se entrega febrilmente a la tarea de entibar y estribar y a la vez estibar su decadente esperanza —esperanza desesperada— en otra vida pura, y la fiebre le llega de los huesos del alma —que los de ésta (pues tiene huesos) sufren calenturas y hasta con ellas se queman—, y a ellos la calentura les llega del tuétano, que es más que entraña y donde está esa peste vital. ¿Pesimismo? Bien, ¿y qué? Porque aquello de "hay que...", "no hay que..." Ya volveremos, y a través de Quevedo, a esto. Mas antes de volver a ello tengo que decir que en el mismo discurso que aquí comento se refiere Marañón a juicios de Cajal en uno de sus libros, "el desdichadamente titulado *Charlas de Café*", dice. ¿Desdichadamente? ¿Y por qué? Pero si son eso: ¡charlas de café! ¡Si Cajal llevó siempre dentro de sí a un hombre de café, al que no logró, afortunadamente, ahogar la investigación histológica! "Tuvo las mismas amarguras que sus contemporáneos —dice Marañón— y abominó como ellos de toda la historia pasada, hecha de optimismos inconscientes." ¿Y no será acaso inconsciente todo optimismo?

En resolución, que hay que hacer lo de Quevedo: escribir de la envidia como enfermo que la padece, sin importársele a uno que antes le teman por el contagio que le estimen por la doctrina. Y mirarse uno en el espejo de los demás, y cuando se crea envidiado escarbarse la propia conciencia. Y compadecerse de sí mismo y a sí mismo envidiarse.

¡Qué tragedia la de nuestro Quevedo!

[*Ahora*, Madrid, 16-VI-1935.]



III

LIBROS Y AUTORES ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS

(1898-1936)

En su hermoso poema *The Excursion* nos habla el gran poeta inglés Wordsworth de un niño nacido en una alquería de las colinas de Athol, en pobre y virtuoso hogar, asentado en el declive de un áspero terreno. Apacentó ganado desde los seis años y en los días inclementes del invierno íbase con su zurrón a la espalda a la lejana escuela. Mas una tarde, al volver solitario desde aquel lúgubre recinto a su distante hogar, vió crecer en la oscuridad las colinas, contempló a solas el aparecer de las estrellas sobre su cabeza y atravesó el bosque sin tener junto a sí a quien poder confiar lo que veía. Así se echaron los cimientos de su espíritu. En comunión tal con la naturaleza, y siendo aún un niño, percibió la presencia y el poder de lo grande, y hondos sentimientos imprimieron en su mente grandiosos objetos, con rasgos tan limpios que, yaciendo en ella cual sustancias, hasta parecían entrar en sus corporales sentidos. Recibió un don precioso, porque al crecer en años comparó siempre con estas primeras impresiones sus remembranzas y sus ideas, y, descontento siempre de todo lo turbio, logró una potencia activa de fijar imágenes en sus pintadas líneas hasta que adquiriesen vivez de ensueños.

Figurémonos ahora que los ojos del héroe del purísimo poema británico se hubiesen cerrado a la luz al trasponer su infancia el niño, y que llevase éste durante su vida todas las cándidas visiones de

su niñez sustanciadas en las entrañas del espíritu y purificadas allí en poético ensueño. Para él sería una verdadera realidad íntima, aquello de que la vida es sueño.

Cándido Rodríguez Pinilla no es ciego de nacimiento. Vió de niño, vió en la edad en que la creación mejor nos muestra sus entrañas, porque la miramos sin intención alguna, vió en la edad en que el sueño y la vigilia se compenetran, cuando tiene humano rostro la luna y aún no hemos despojado a las cosas de su infantil verdura.

He oído hablar a amigos suyos de cuando sale de paseo por las afueras de Ledesma, por aquellos austeros peñascales de grave y seria melancolía, y es seguro que el aroma campestre del tomillo le evocará al caer de la tarde recuerdos de visiones infantiles, de aquellos crepúsculos en que

como un herido gladiador moría
el sol ensangrentando el firmamento.

Recogido en sí a favor de su ceguera, y mirando sin cesar hacia dentro, ha podido Pinilla anegar sus pesares y tristezas en el mundo que recogió en su niñez. Y así es como en el centro de él, en su mismo espíritu, "en el sagrario de su alma", descubre a Dios.

¡Es un Dios todo luz: luz que ilumina
lo interior de mi mismo, lo más hondo,
y con quien vivo en Comunión eterna!

Toda la poesía titulada *Dios alma* parece glosa de pasajes de místicos que han expuesto la misma doctrina, en sus frecuentes comentarios al *Dios es espíritu* de San Juan.

En el hermoso soneto *Consagración* canta al astro

del día, lo mismo que en la oda *Al Sol,* a quien pide luz.

Y si me niegas tan feliz consuelo
e inmóvil en el cielo,
ni mi dolor ni mis angustias calmas,
dame que tras la aurora de la muerte
pueda asombrado verte,
y anegarme en tu luz, ¡Sol de las almas!

Privado de la luz de los cuerpos, levántase el poeta a desear anegarse en la luz del sol de las almas. ¡Cuántas veces habrá meditado en la luz que luce en las tinieblas! En rigor toda intuición poética es a modo de visión de ceguera, y no sin profundo simbolismo hicieron los griegos a Homero ciego.

Y mientras no llegue *la aurora de la muerte* que le permita anegarse en la luz del sol de las almas, cobíjase bajo las negras y piadosas alas del ángel de la noche.

Así, noche inmortal, dolor del cielo,
tú con tu amargo duelo
y tu dulce quietud de bondad llena,
con tu pena, remedo de mi pena,
¡prestas al alma su mejor consuelo!

Casi todas las composiciones contenidas en *Cantos de la noche* (1) llevan cierto dejo de tristeza resignada, de una tristeza suave que se abre como una fruta en sazón para dar la semilla que abriga en su pulpa: la esperanza. La esperanza es, según el poeta, la

---

[1] Madrid, 1899. Con un prólogo de Jacinto O. Picón. La amistad de Unamuno con el poeta salmantino fué entrañable. Para el libro de poesías de éste, titulado *El poema de la tierra,* Madrid, Renacimiento, 1914, escribió aquél un extenso prólogo. Pero por encima de esta amistad literaria recordamos aquellos diarios paseos que Unamuno daba con sus amigos por la carretera de Zamora, aquí en Salamanca. Estando en París, en 1924, hizo un magnífico soneto a este escenario, y los salmantinos recordamos cómo Rodríguez Pinilla, fuertemente asido al brazo de su amigo, le acompañaba en este diario paseo, que durante muchos años fué ritual en la vida de Unamuno. (N. del E.)

estrella que Dios puso en la noche fatal de sus dolores.

No consiente la índole de este artículo el que me extienda en él mucho. Baste *por ahora* lo dicho y ojalá que estas líneas sirvan para abrir a alguien el apetito de leer las sentidas quejas de Rodríguez Pinilla.

De esperar y de desear es también que vuelva el poeta a regalarnos el ánimo con sus cantos de vidente recogido, ya que le es dado mirar hacia dentro sin que las vulgares formas de las cosas le distraigan bastardeando la visión. Del fondo de su debilidad es de donde ha de sacar su fuerza y, de las entrañas de aquel puro panorama de su infancia, impalpables imágenes como las que en sueños nos rozan con sus alas el alma, dejándonos el frescor de sus brisas de otro mundo.

Como el poeta a su canario en *Minora canamur,* así podemos decirle:

Vierte en tu dulce canto
toda la hiel de tu dolor presente,
que ese es un modo de llorar, y el llanto
consuela siempre al corazón doliente!

Digan lo que quieran los *regeneradores* que creen que fabricando maquinitas surgirán fábricas de maquinaria y tupiendo a los niños de contabilidad aumentará la materia contable, una de las cosas de que más necesitados estamos es de buenos cantores y de ciegos videntes, de poetas.

[*El Noticiero Salmantino,* 17, X, 1898.]

A N G E L   G A N I V E T

Titulo a este artículo con el nombre del autor y no con el de su última obra, porque unas veces son las obras las que dan valor al hombre que las lleva a cabo, y otras veces, como en este caso ocurre, sucede la inversa. No son sus libros los que elevarán a Ganivet, sino que es él quien los ha de elevar, mientras no le hagan mal de ojo recomendaciones como la mía.

Es un alivio el de encontrarse con que en la árida estepa de nuestra agarbanzada literatura rompe la soñolienta monotonía un árbol fresco, lozano y bravío como es Ganivet.

Hace tiempo que no había leído nada tan original, tan sugestivo, tan antiguo, moderno y futuro a la vez como las libres y algo deshilvanadas elucubraciones de este granadino, que allá en Rusia, donde reside, rumia con vivos recuerdos de su tierra impresiones de otras tierras y de otras gentes.

Granada la bella, un folleto que publicó en Helsingfors (Finlandia), donde ha sido cónsul, es un encanto de frescura y desenfado. Dió luego a luz el *Idearium español*, un verdadero semillero de ideas, todo un *sugestionadero* de marca mayor. Sus *Cartas finlandesas* nos hacen esperar con impaciencia los *Hombres del Norte,* semblanzas críticas de literatos noruegos, daneses, suecos y finlandeses, a quienes Ganivet ha leído en su ambiente y no en traducciones, lo que nos da derecho a esperar algo más que crítica de críticas.

Mas en lo que voy a fijarme es en su Pío Cid. Publicó primero *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid,* y como su autor no se cuidó de buscar voceros, apenas los tuvo. Ni siquiera sentó plaza de chico modesto y sumiso para que en calidad de novísimo le opusieran a los nuevos. Porque Ganivet ni es *nuevo* ni *novísimo* —como muerte, juicio, infierno y gloria— ni archinovísimo de última hora. Para mí es de cualquier hora, porque lo veo en sí y no en proyección de otros.

Acaba de dar a luz *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid,* novela inextractable, en que un hilo ondulante y caprichoso sirve para que el imponderable Pío Cid haga y diga de las suyas con el mayor desparpajo del mundo.

Pío Cid es indefinible. Hay que verle y oírle cuando intenta desasnar a unos estudiantes, cuando pretende gobernar a unas amazonas, cuando quiere formar un buen poeta, cuando emprende la reforma política de España, cuando acude a levantar a una mujer caída y cuando asiste a una enferma de frivolidad, trabajos los seis que no le resultan más que a medias, si es que le resultan, cosa que, por lo demás, parece importarle poco. El siembra, y el que pueda coger, que coja.

La novela de Ganivet ni tiene más argumento, ni es más extractable que una poesía de Juan Pablo o que el *Sartor resartus* de Carlyle. Es un motivo para ir disertando de todo lo que se presenta, bajo unidad de tono, que es la íntima.

En lo que no se parece ni a Juan Pablo ni a Carlyle es en la oscuridad sibilítica. Las obras de Ganivet son de una claridad meridional, de forma transparente y flúida, su letra fácilmente inteligible. No así el espíritu. Quien no penetre en éste gozará con las ocurrencias graciosas, con las paradojas ingeniosísimas, con las salidas llenal de sal; pero quien

ahonde más llegará a coger el fondo de austera seriedad, de grave melancolía y de fe libre que palpita en las entrañas del pensamiento de este granadino, que rumia en Rusia sus ideas. El ensayo de Pío Cid, *Ecce Homo* (pág. 170 y siguientes del tomo segundo de *Los trabajos),* es de una fuerte moralidad mundana.

A las veces diríase que es Pío Cid un escéptico burlón, un humorista y nada más, a lo cual...

"No es usted sola —contestó Pío Cid— quien ha notado en mí esa desilusión aparente de mi vida. Porque estamos acostumbrados a ver a los hombres luchar por ideas convencionales, y cuando un hombre lucha, o mejor, trabaja sin guiarse por ninguna de esas ideas, se le cree desventurado, necio o loco; pero nadie es capaz de penetrar en el pensamiento ajeno, y bien podría suceder que el que vive sin ideas fijas o dejándose llevar de impulsos contradictorios, tuviera dentro de sí un ideal muy alto y permanente: ¿Cómo se concibe que un hombre irreligioso trabaje en pro de la religión unas veces y otras en contra de ella, y que ese hombre no se mueva sin rumbo fijo, sino que sea tan firme e inconmovible como el árbol muerto, que muerto sigue clavado en tierra, mientras algunas de sus raíces están quizás echando retoños?

"Esto ocurre porque la muerte es fecunda y crea la vida, aunque sólo sea para entretenerse con ella; y un hombre que llevase la muerte absoluta dentro de su espíritu y que se viera obligado a trabajar, sería un creador portentoso, porque no teniendo ya ideas de vida, que siempre son pequeñas y miserables, crearía con ideas de muerte, que son más amplias y nobles.

"Si ha habido un Creador que ha creado cuanto existe de la nada o de la muerte, para que acabe en la muerte y en la nada, y entre dos términos fatales

ha dejado que la vida se desarrolle libremente, yo creo que reniegan de ese gran Artífice cuantos se empeñan en someter la vida a una idea personal y mezquina. Mejor es echar leña al fuego donde le hay, trabajar en favor de cuantos se esfuerzan por levantar su espíritu a las alturas ideales. Vulgar es la comparación, pero exacta. Yo encuentro a un hombre caído en medio de la calle y le ayudo a ponerse en pie, y después lo dejo ir sin preguntarle a dónde va.

"¿Sería justo que por haberle levantado le obligase a venirse conmigo? Pues esto hacen los hombres, todos los hombres, cuando prestan un servicio intelectual; lo prestan para que el discípulo se someta a las ideas del maestro. Yo no he preguntado jamás a nadie las ideas que profesa, ni he intentado cambiárselas por otras, porque yo mismo carezco de ideas personales, y si tengo alguna, la menosprecio mientras no se depura y se convierte en idea humana."

Con estas palabras del infatigable creador Pío Cid cierro este artículo, haciendo votos porque nos dé pronto Ganivet, tan infatigable como su héroe, el anunciado testamento místico de éste.

Tengo curiosidad por ver a qué llama Ganivet místico, ahora que llaman así a cualquier cosa.

[*La Noche,* Madrid, 23, X, 1898.]

"PROBLEMAS DEL DIA"

Tal es el título de la obra que, precedida de un prólogo del conocidísimo sociólogo francés Tarde, ha publicado D. César Silió. Consta de cinco ensayos: *Después del desastre, La civilización y la moral, Contra el anarquismo, El gran problema* y *El regionalismo.*

En poco tiempo han brotado de Valladolid tres obras, que yo sepa, inspiradas en el último golpe que nuestra Nación ha sufrido, golpe que ha tenido la virtud de despertar nuestra conciencia refleja, provocando no pocas manifestaciones del salvador "conócete a ti mismo" nacional. Esas tres obras son: *El problema nacional,* del malogrado Macías Picavea; el prólogo de D. Santiago Alba a su traducción del *En qué consiste la superioridad de los anglosajones,* de Demolins, y éste del Sr. Silió de que ahora trato.

Y los tres, si bien se mira, tienen un tono y dirección comunes; la misma nota de entusiasmo y de sensatez a la par, la misma exposición elocuente de los males que todos lamentamos. No importa que en ellos sea la parte negativa la mayor; es lo de Carlyle: "los viejos a tapar grietas, los jóvenes a remover escombros". Destruir es edificar; "la serpiente —dice el mismo Carlyle— no se desprende de la piel vieja sino cuando tiene ya la nueva por debajo". Es la nueva que nace la que a la vieja expulsa.

Sería el cuento de nunca acabar el ir siguiendo paso a paso los problemas y las cuestiones que el

señor Silió suscita en su libro. El plantearlos tan sólo y volverlos a plantear es labor meritísima en España.

El ensayo *Después del desastre* dice ya en su título lo que es, y, por si no bastase, lleva como subtítulo este otro: *¿Un país o un hombre?* La pregunta es ya sugestiva de suyo. El ensayo termina con estas palabras: "Como haya un hombre, habrá país"; palabras que cabe convertir en otras: "Como haya país, habrá hombres". Porque el mismo Carlyle (¡vuelta a él!: ¡es claro!, estoy traduciendo ahora su *Historia de la Revolución francesa* para publicarla en castellano), el mismo Carlyle, cuya doctrina del heroísmo y del culto a los héroes tan mal entendida se trae y lleva, hablaba en cierto pasaje de los pueblos héroes, que son los que saben conocer y distinguir a sus héroes.

El ensayo *La civilización y la moral* es de más amplio contenido, y no estrictamente circunscrito a nuestras actuales circunstancias nacionales, aunque tal vez por esto más útil. Está inspirado en las doctrinas de Tarde, sobre todo, y creo que se exagera algo en él la falta de fe de nuestro fin de siglo. Creo que ha habido pocas épocas de más fe que esta en que vivimos, de fe religiosa, que no hay que confundir con la ortodoxia, y de fe en el ideal.

En el ensayo *Contra el anarquismo,* debo decirlo con franqueza, echo de menos una visión más serena de lo que el anarquismo sea y de sus causas. Impetuosidad de temperamento, sin duda, y una naturalísima indignación ante los atentados de los dinamiteros, hanle llevado al señor Silió a confundir con frecuencia en un común anatema todo anarquismo. Es de sentir, a mi juicio, que se haya dejado guiar alguna vez de los juicios de Garófalo, pésimo juez. Bueno es reprimir el mal, pero mejor es prevenirlo, y me parece el mejor medio una serena inves-

tigación de las raíces del movimiento anarquista y de lo bueno y malo que en sí contenga, porque no hay bondad sin alguna malicia, ni maldad sin algo de bueno. Propone el autor que se coja a los dinamiteros y se los lleve a una isla *ad hoc* para que allí ensayen su sociedad libre de trabas legales. Pero es el caso que se están ya haciendo ensayos análogos. Lo que no cabe desconocer es que el ensayo éste refleja perfectamente el estado general de la opinión pública respecto al anarquismo.

El gran problema se titula el cuarto de los cinco ensayos, y es acaso el más interesante de todos. Refiérese al problema de población, al hecho de que sean Francia y España los dos países de Europa en que menos crece la población, por falta de natalidad en Francia y por sobra de mortalidad en España. "Francia es hoy, en Europa —dice Silió—, el país de la *esterilidad voluntaria,* y España es, en Europa, el país de la mortalidad *indisculpable*... Allí falta de ingresos, y aquí exceso de gastos; los resultados vienen a ser iguales: utilidad escasa, casi nula, *en la cuenta corriente de la vida nacional.*" Y en seguida, estadística en mano, va presentándonos el autor una serie de datos que ya de por sí son elocuentes, sin los muy elocuentes comentarios que él les pone. "Francia y España, que de 1800 a 1860 aumentaban su población en 6,62 y 4,92 habitantes por cada 1.000 cada año, han visto reducido este aumento, ya harto mezquino, a 3,31 y 2,52, respectivamente, a partir de aquella fecha." Inserta luego un curiosísimo gráfico en que vemos que mientras que con el actual coeficiente de aumento llegaría a tener España dentro de un siglo 25 millones de habitantes, e Inglaterra 107, más del cuádruple, con el coeficiente de aumento prusiano llegaríamos a 46 millones.

¡Hay que hacer hombres, que es la riqueza de un país! O, más bien, criarlos, porque como hacerlos

se hacen en España, pero antes de cinco años se mueren la mitad. Es el país de la muerte como Silió le llama. Y no poca culpa tiene nuestra concepción hospiciana de la vida.

La última parte de este ensayo se refiere a la curiosísima cuestión del valor económico de la vida humana, del precio a que se puede evaluar económicamente el hombre como productor de riqueza, capitalizando la que crea y deduciendo lo que cuesta. Aquí menciona el autor las curiosas evaluaciones de Block, Chadwick, Rochard y otros.

El señor Silió calcula prudencialmente la producción media individual de cada español en 328 pesetas anuales. Y acaba diciendo que si cada una de las 151.595 vidas que podrían conservarse al año, reduciendo el coeficiente de mortalidad al de otras naciones, representa un capital de 1.000 pesetas, "la mortalidad excesiva origina en España una pérdida de *152 millones de pesetas al año*".

Este ensayo me recuerda las nobles y elevadas ideas que el gran Ruskin, que acaba de morir, vertió en los cuatro ensayos acerca de los primeros principios de la economía política, que reunió bajo el título de *Unto this last!* ("Hasta eso último"). "No hay más riqueza que la vida —decía—; la vida, incluyendo sus potencias todas de amor, de gozo y de admiración. Es el país más rico el que mantiene el mayor número de nobles y felices seres humanos". ¡El hombre, el hombre es la verdadera riqueza!

Quisiera detenerme en el quinto de los ensayos que forman el libro del señor Silió, el dedicado al regionalismo; pero es de tanta oportunidad y hay tanto que decir acerca de él, que no queriendo rebasar los límites prudenciales de un artículo crítico de diario, debo dejarlo para otro. Porque es mucho lo que el ensayo del señor Silió me sugiere. Y otra vez he de decir que este ensayo refleja muy bien y

con elocuencia la opinión media en España, entre las gentes que de ello se cuidan, acerca del regionalismo, fuera, sobre todo, de los países en que éste más florece.

Es acaso el mayor mérito de la obra del señor Silió, en que se ve a un perfecto periodista, el de expresar con elocuencia, entusiasmo y calor el estado medio de conciencia de todos aquellos que, después del desastre, han vuelto los ojos a la Patria y quieren practicar el "conócete a ti mismo" colectivo. Realzalo el señor Silió con una vasta cultura moderna, y lo ilustra con oportunas referencias y datos interesantes. Su obra, que es un verdadero examen de conciencia nacional, es síntoma de un estado de espíritu público de que debe esperarse cosa de provecho.

[*La Epoca,* Madrid, 3, V, 1900.]

"VIDAS SOMBRIAS"

Tal es el título de una obra de mi paisano Pío Baroja, obra a que un catalán, mi buen amigo Pedro Corominas, señaló como genuinamente vasca. Como me propongo escribir de largo acerca del pueblo vasco y de su alma colectiva, entonces sera ocasión de discutir el parecer de Corominas, de que tengamos los vascongados una concepción algo lúgubre del mundo y de la vida, que todo lo nuestro sea en el fondo deprimente y sombrío de puro adusto y austero. Acaso haya generalizado demasiado pronto Corominas, basándose en los amigos vascongados que en su escrito cita, Maeztu, Baroja y yo, porque en Soriano confieso que nada hay de sombrío. Sea de ello lo que fuere —y digo que espero volver a eso—, lo cierto es que, el libro de Baroja, es ciertamente sombrío, aunque no tanto como pudiera parecer por ciertas críticas que de él he leído.

Hay algo de doloroso, un cierto ensañamiento en la observación menuda, en los relatos que componen las *Vidas sombrías,* y hay en algunos de ellos algo de dostoyeusquiano. A Dostoyeuski recuerdan, en efecto, ciertas cosas, a Poe otras. Léase el relato *Bondad oculta,* y se recordará al primero, al ruso; léase *Médium,* narración cuya mayor belleza estriba en no ofrecer apenas sentido, y se recordará al segundo, al yanqui. Se les recordará, sí; pero viéndose que no de ellos, sino de su propia experiencia, de su corazón, de su mente, entre dormida e inquieta, los ha

sacado Baroja. Dormida e inquieta he dicho, y, en efecto, así parece el espíritu de Baroja, inquieto en sueños o soñando su inquietud. Sus relatos tienen la viveza de detalles fugitivos y vagos de ciertos ensueños, y su nebulosidad, y a veces incoherencia de conjunto.

Mari Belcha (en vascuence María la negra), es un relato delicioso, verdaderamente poemático, sugestivo y sutil, un relato que pasa como un sueño romántico. ¡Lástima que no esté en verso!

En la *Parábola* aparece el espíritu sombrío de que Corominas habla, en aquella parábola en que se nos habla de la "aborrecible existencia", y en que nos dice: "... esperaré tranquilo la hora de la muerte, la dulce hora de perder la personalidad en el crepúsculo del pasado, y de fundirme en la augusta inconsciencia, como un rayo de sol en las masas azules de los mares". Pero, ¿no habrá aquí algo de sugestión libresca? ¿No será esto en parte eco de lecturas de libros en que se predica el nirvana? O, ¿no es más bien el efecto que en todo vasco tiene que producir la vida predominantemente intelectual? Porque se me ha antojado más de una vez que nosotros no hemos nacido para elucubrar, sino para obrar, y que las tristezas que nos invaden a los vascongados que nos metemos a intelectuales, son análogas a la morriña de un vigoroso cafre, a quien le obligasen a ser telegrafista o escribiente.

Baroja vive "rumiando el pasto amargo de sus pensamientos", como dice él mismo, soñando la vida, añorando con las honduras de su ser la vida de monte, bajo las hayas, de sus antepasados, o allá junto al mar Cantábrico, triste siempre, cuya continua contemplación supone él ha hecho inexpresiva la mirada del vascongado.

Mas si queréis una impresión viva, hermosísima, de nuestro país vasco, leed *La venta*. Es la venta, es la

venta de mi país, la venta en que he entrado tantas veces en mis correrías por las nativas montañas, es la venta de Iruzubieta, o la de Auntzagana, o la de Echebarri, o la de Garaigorta, o la de Olamendi o la de Zamudio, es la venta de mi país vasco, la venta aislada, calmosa, a cuya puerta paran los bueyes mientras entra el *guizon* a reposar un rato. Sí, respondo a Baroja, las ventas de nuestra tierra "son las más dulces, las más candorosas de este mundo, el mejor de todos los mundos".

Leed también en las *Vidas sombrías, La sima,* aquel relato lúgubre, lleno de concentrada energía, vivísima pintura de las supersticiones populares. Y leed *Nihil,* y leedlo todo, en fin.

Hay, es cierto, relatos inferiores a los restantes, relatos en que ha sacrificado Baroja la verdad a cierta lógica abstracta, a una tesis, como sucede en *Un justo,* y otros relatos a que cierto exceso de intelectualismo abstracto les perjudica. Donde Baroja resulta es en las impresiones vagas, misteriosas o fantásticas (dos adjetivos que prodiga), en las narraciones casi sin asunto, en las notas de íntima melodía. Leed a este respecto la titulada *Angelus,* y diréis conmigo: ¡lástima que esté en prosa! Y si queréis humorismo suave también os lo puede dar; leed *El vago.*

Acabé de leer las *Vidas sombrías* y me dije: pero, ¿por qué será tan frecuente el que se publiquen aquí tantas colecciones de artículos, cuentos o relatos, y tan pocos libros de trabajos más extensos, de novela o tratado de alguna extensión? Y al punto me ocurrieron a la mente reflexiones acerca de las relaciones entre la prensa periódica y la producción puramente literaria.

[*Las Noticias,* Barcelona, 9, VI, 1900.]

EL "ALMA" DE MANUEL MACHADO

Los recientes sucesos de Barcelona me habían llevado a cierta excitación de espíritu; discutía, enardeciéndome, acerca de la religión anarquista y de la redención por la sangre inocente, mezclando así preocupaciones de índole económico-social con preocupaciones de índole religiosa. Acababa, además, de leer el libro de Hoffding sobre Soren Kierkegaard, el poderoso pensador y sentidor danés, el gran melancólico, el filósofo del irracionalismo y de la contradicción y del salto, de las disyunciones y del *o todo o nada,* el principal modelo de aquel grandioso y sombrío Brand, de Ibsen. Meditaba acerca de la contemplación y la acción y el valor del Arte, inclinándome a estimarlo, no ya inútil, sino dañino. Lo que de esteticismo pagano haya podido dejar en mí la frecuentación profesional con los poetas y pensadores griegos, parecía anegarse bajo el flujo de religiosidad cristiana. Un amigo me había llamado jansenista, otro hugonote.

En tales circunstancias recibí las poesías de Manuel Machado, reunidas bajo el título de *Alma.* No podían llegar en peor ocasión. Se las leí, sin embargo, a un amigo ciego (1), y, según las leía, un soplo de calma oreaba mi espíritu enardecido. Lo que acaso ha brotado de tempestades espirituales de un hombre, sirve para encalmar las tempestades espirituales

[1] Cándido Rodríguez Pinilla, poeta salmantino, de cuyo libro se ocupa Unamuno en páginas anteriores. (N. del E.)

de otro. Era un sorbo de rocío que encontraba en el hueco de una peña, en pleno ardiente Sahara, y ese sorbo, al humedecer los labios de mi alma, me hacía soñar con la fuente inagotable.

Recordé, sin querer, aquel encuentro entre Brand y Einar, que al empezar el sombrío drama se nos muestra. Y dejé que los versos alados, rocío poético, bañaran el granito de mi alma, pues así la desgastan, y el polvillo a que se reduce va sedimentándose en sus grietas, para que luego en ellas broten esas plantas humildes que refrescan a los desiertos ardientes.

Hay un momento en que me revuelvo contra esta poesía, contra la poesía toda, acaso, y reniego del turrieburnismo. "Pero para este hombre —me digo— no hay patria, ni religión, ni Dios, ni hambre, ni miseria... Ante el invierno que arroja a tantos a la desesperación, ¿no se le ocurre otra cosa que pedir a su amada sus rojos labios, única flor que en el invierno queda? Pide reunirse en familia con un libro y fuego alegre; ¿no sería mejor que saliera a enardecer a los que ofrecen su vida a las balas sobre la nieve?" Y luego me añade con el *Eclesiastés:* "¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!" Y recuerdo el "la vida es sueño" y el hondo sueño de resignación de nuestro pueblo y la mansedumbre del vencido. Y vuelvo a leer *Adelfos,* la poesía que Machado me debía —Apolo se lo pague—, y yo, hijo de la raza vasca, amiga de la montaña que hay que trepar y del océano que hay que domar con los remos o las velas, amigo del cielo gris y de la acción enérgica, releo lo que dice ese hombre de "la raza mora, vieja amiga del sol", ese hombre de los que todo lo ganaron y todo lo perdieron, ese hombre cuya voluntad se ha muerto una noche de luna.

Que las olas me traigan y las olas me lleven,
y que jamás me obliguen el camino a elegir.

¡Elegir camino! ¡Y yo que no quiero elegirlo, sino hacérmelo por la intrincada selva, por lo intransitable; camino al infinito, a lo inaccesible!

> ¡Ambición!, no la tengo. ¡Amor!, no lo he sentido.

¡Sin ambición ni amor!, ¿qué es esto?

> ...Que la vida se tome la pena de matarme,
> ya que yo no me tomo la pena de vivir!

¡La pena de vivir! Sí, la pena de vivir; pero ahí está la fuente de la dicha suprema, de la dicha de la victoria, en la pena de vivir. Sin pena no quiero vida.

Y, sin sentirlo, me siento llevado a discutir con el poeta; es que me defiendo del encantamiento de su palabra; es que quiero ahogar la voz ésa de la raza mora, que también habla en mi interior, aunque yo no crea tener sangre mora. ¿La tendré? Y recuerdo que de cuantas comparaciones se han hecho entre el vascuence o eusquera, la lengua nativa de mi casta, y otros lenguajes, la que más me ha convencido es la que Gabelentz, un alemán, llevó a cabo, comparándolo con los idiomas berberiscos del norte de Africa. El hombre es nexo de contradicciones, y por eso vive y obra; la contradicción es la fuente de la vida. A cada instante morimos, a cada instante nacemos; la lucha entre el nacimiento y la muerte es la que nos hace la vida. Y así sucede con la acción y la contemplación. La guerra se asienta en paz; la paz, en guerra. Y cuando más enardecido me siento, cuando más ansia tengo de acción —de acción interior—, viene uno y me canta al oído:

> Que las olas me traigan y las olas me lleven,
> y que jamás me obliguen el camino a elegir.

Al conjuro del canto voy adurmiéndome y empie-

zo a soñar, y una voz secreta, una voz a la que el tráfago de la vigilia no me deja oír, me dice al oído, quedo, muy quedo: "Y tu acción toda, esa acción que a palabras y predicación se reduce, esa acción interior, ¿no es contemplación acaso? ¿No buscáis en el esfuerzo el deleite que no os es dado alcanzar en la renuncia a todo esfuerzo? Y, después de todo, ¿qué mas da?"

Y despierto y vuelvo a la vigilia, y la voz del poeta me canta al son de una guitarra...

No importa la vida, que ya está perdida,
y después de todo, ¿qué es eso, la vida?
Cantares...
Cantando la pena, la pena se olvida.

["Cantares."]

Y vuelvo a encabritarme y exclamo: "¿Que está perdida? Pues ¡se la conquista, se la crea, se la hace!... ¿Qué es la vida? Y, ¿qué no es la vida? La vida no es, se hace; se hace día a día, momento a momento".

Y el poeta, en vez de contestarme, me cuenta cuándo

Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro— el Cid cabalga,

["Castilla."]

y cómo la niña le ruega que pase, sin pretender entrar en su casa, que, de admitir al desterrado, sería arrasada por el vengativo Rey, y me habla de Felipe IV, y de Villamediana, y de Antonio y Cleopatra, y de Oliveretto de Fermo, presentándome sus retratos, de firme trazo, de sobrio color, tan depurados por el Arte que no me indigno de que se le llame a Oliveretto de Fermo "asesino elegante y discreto". Y al punto me acuden a la memoria aquellos perdu-

rables versos de la Odisea: "Los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres, para que los venideros tengan algo que cantar." Y me digo: "Estos poetas viven en el pasado, en el recuerdo; hasta cuando cantan esperanzas, las tejen con recuerdos —y, ¿quién no?, me dice una voz interior—; sólo cantan lo que la muerte ha depurado. Pero, ya cuando me habla de Versalles y del Trianón, y de la Corte del rey Sol, de las damas galantes, de las pelucas rizadas, de las cornucopias, de los brocateles y madapolanes, de la "hora tranquila de los camafeos", entonces invoco a Marat, a Danton, a Robespierre, a aquellos hombres de fe, de verdadera fe, que expresaron la revolución según el Evangelio de Juan Jacobo, y que hicieron rodar las cabezas de las damas galantes y de las pelucas rizadas al son de la *Carmañola*. Pero..., ¿es que las damas galantes de la hora tranquila de los camafeos no tenían alma? ¿No la tenía, acaso, "la princesa pequeñita de los cuadros de Watteau"? Y el poeta me dice:

...Yo adivino en su semblante
que ella goza, goza y quiere,
vive y ama, sufre y muere...
¡como yo!

["Figulinas."]

—"¿Como tú? ¿Pero tú gozas, tú quieres, tú vives, y amas, y sufres, y mueres? Pues si quieres, y vives, y amas, y sufres y mueres, ¿por qué no unes tu voz al coro de los miserables, de los que sufren hambre y sed de justicia?"

Y en vez de contestarme me habla de *Gerineldos, el paje*, el paje, es decir, el esclavo.

Del color del lirio tiene Gerineldos
dos grandes ojeras;
del color del lirio, que dicen locuras
de amor de la Reina.
... ...

al llegar la noche
junto a los macizos
de arrayanes vaga
cerca del castillo.

Gerineldos es paje, es esclavo; pero la Reina, su señora y dueña, se entrega a él, y él es por un momento dueño de su señora y dueña, dueño en el amor. Y el esclavo se consuela de su esclavitud, y la ha vencido.

Y me viene a las mientes una fantasía que se me ocurrió hace algún tiempo, y que pugna por cobrar expresión. La fantasía es que habitaban un castillo, desde hace siglos, los señores de una comarca, y allí cerca habitaban sus esclavos. Sucedíanse en el castillo los reyes a los reyes y las princesas a las princesas, y en las cabañas se sucedían los siervos a los siervos.

Tanto lujo y voluptuosidad de vida, tanto ocio y hastío, acabaron por engendrar, al rodar de los siglos, una princesita imbécil, el más refinado producto de aquel señorial linaje; y de otra parte tanta miseria y dureza de vida, tan rudo trabajo y resignación desesperada engendraron, al rodar de los siglos, un zagal imbécil, último producto del tugurio de los siervos. Y en vano fué que quisieran mantenerlos encerrados; los dos imbéciles, la princesita y el zagal, se escaparon al bosque, se vieron, se sonrieron a los ojos, y, sin decirse palabra, se amaron en el seno de su imbecilidad. Y de allí surgió el redentor de unos y de otros, de los reyes y de los esclavos.

¡Ah, si cogiera esta fantasía el poeta!...

Y el poeta viene y me habla de Pierrot y de Colombina, de Colombina, que se entrega al marqués

por una pulsera de oro y un collar de perlas, y luego duerme y sueña

> en el brazo blanco de Pierrot, desnudo,
> mirar su pulsera...
> en el cuello blanco de Pierrot, desnudo,
> su collar de perlas.
>
> ["La noche blanca."]

¡Pobres gentes! No me extraña que Colombina quiera

> morir y no sabe
> por qué...
>
> ["Copo de nieve."]

Mas..., ¿no es esto sentimentalismo, artificio, blandenguería, molicie? Y recomienza mi lucha contra el poeta. Y el poeta, al son de su guitarra, me canta:

> La prima que canta y el bordón que llora...
> Y el tiempo callado se va hora tras hora.
> Cantares...
> Son dejos fatales de la raza mora.
>
> ["Cantares."]

¡La raza mora! Pero es que la raza mora de este Machado es una raza mora que se ha bautizado en París y ha oído a Musset y a Verlaine, y en algunos de sus cantos hay dejos fatales de Leconte de Lisle, como en su *Oasis,* y de José María Heredia, como en sus *Flores.* ¿Y qué? Todos nos buscamos a través de los demás, y no hay otro modo de llegar a encontrarse. Y él canta su canto, y hasta cuando las palabras sean de otros, es la música suya. Y muchas veces de su música surge su letra, la suya.

Me escribe este moro que se va a París de nuevo. ¿No sería mejor que se volviera a su morería? Pero, ¿no estará acaso en París su morería? Lo casi in-

dudable es que su alma de moro dará mejor sus frutos fuera de su nativa morería; fuera de ella valen los moros. Como allí, entre la morisma, todos se dejan traer y llevar por las olas, sin tomarse el trabajo de elegir su camino; creen que esto es lo universal y no sienten su valía toda; es preciso que salgan y contemplen cómo otra gente se afana por abrirse camino, y la compadezcan. La cigarra redobla a cantar cuando ve pasar a la muda hormiga cargada con su botín; fué el trajinar de Marta lo que movió a María a echarse a los pies de Jesús. Sí, que se vaya a París.

Que se vaya a París a cantar antífonas a la "reina de los besos, flor de la orgía",

amante sin amores, sonrisa loca...

a reír juntos, mientras lloran,

hasta que se confundan en el olvido
tu hermosura podrida, mi lira rota.

["Antífona."]

Y me digo: ¿todo esto es verdad o es un tema poético? Y ¿qué es verdad? Todo esto, ¿es sincero? ¿Y qué es sinceridad? Me acuerdo de Musset. ¿Y qué derecho tenemos a dudar de la sinceridad ajena? Verdad de hoy, mentira de mañana; sinceridad de ahora, insinceridad de después. Si cuando lo cantaba lo creía, ha hecho obra incesantemente poética. Vive al último soplo de viento, al minuto, abierta el alma a las más fugitivas impresiones; ahora, creyente; luego, impío; hoy, ansiando el amor; mañana, la muerte. Así fué Verlaine, y esta impersonalidad da personalidad a su obra; fué arpa eólica vibrante a las brisas, auras, vendavales y aquilones de la vida, eternizando lo momentáneo.

Y así estos versos fugitivos, alados, breves, de ritmo que se escapa, hechos para aprenderlos de me-

moria y recitarlos casi maquinalmente, como se tararea una vieja canción, mientras se piensa en cualquier otra cosa. ¡Qué lejos de Quintana y de sus elocuentes y enfáticas arengas rimadas! Hasta el viejo y recio romance castellano, el de los períodos anquilosados, el de los relativos y preposiciones y adverbios, parece que se disgrega y se hace más invertebrado y suelto en estos versos...

> Al destierro, con doce de los suyos
> —polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Un paréntesis invertebrado, que no pesa, sin lañas ni corchetes. ¿Llegaremos a hacer de esta lengua oratoria la del amplio y ondulante período, la del *así como..., así también,* del *sin embargo,* y el *en efecto,* y el *por lo tanto,* y el *entiendo, señores,* y de toda clase de balancines, una lengua poética, suelta, de rápidas notaciones que se sucedan?...

Estoy pensando en esto, distraído, cuando oigo al poeta:

> —¡Ven tú conmigo, reina de la hermosura,
> hetairas y poetas somos hermanos!
>
> ["Antífona."]

Y mientras mi Brand, el que llevo dentro, se indigna de esto, exclamo: —¡Qué atrocidad! ¡Prostitutas y poetas hermanos!... Pero al punto me acuerdo de la hetaira Magdalena, y me recojo a reflexionar —¡a reflexionar!— y me digo: —Sí, son hermanos hetairas y poetas, y somos hermanos todos, todos, todos; santos y criminales, héroes y viles, sabios e imbéciles; todos hermanos, todos... Y todos vendemos lo que no tiene precio, y todos damos al mundo por oro nuestros amores y nuestra poesía —porque todos tenemos poesía y amor—, y en el olvido se confundirían.

Su hermosura podrida, mi lira rota y la hazaña heroica de ésta y la ciencia de aquél y la santidad del uno y el crimen del otro, y, ¡ay del hombre si no hay para todos perdón! Y mientras venga ese santo día del olvido, ese día piadoso que se trague hermosuras podridas, liras rotas, ciencias petrificadas, hazañas agotadas, santidades diluídas, crímenes, muertes; mientras llega ese día de suprema misericordia, que es la justicia suprema, que venga el poeta y me cante al oído y me aduerma y me haga soñar y refresque con recuerdos mis esperanzas, que en recuerdos se convertirán al cabo, y cuando esté más enardecido en mi batalla, que me cante aquello de

No importa la vida, que ya está perdida,
y, después de todo, ¿qué es eso, la vida?...
["Cantares."]

que me lo cante, que al son de su guitarra me ganaré mi vida y me abriré camino. Después de haber oído al poeta y de haber luchado en mi espíritu contra el encanto de sus cantares, y de haberme defendido, mientras de su alma —del alma de su *Alma*— me dejaba penetrar; después de ese combate, vuelvo a mi labor, a abrirme por lo intransitable camino a lo inaccesible. Se lo debo al poeta; Dios se lo pague.

Y veo en mi interior que Brand y Einar se acercan uno a otro y se ofrecen las diestras y se aprietan con efusión, recordando los días dichosos, los días de la poética infancia, en que juntos soñaron en esperanzas que hoy son recuerdos. Y me acerco al poeta, le tiendo mi diestra y le digo: ¡Gracias, hermano!

[*Heraldo de Madrid*, 19, III, 1901.]

“LA MUJER GADITANA”

Apuntes económicos-sociales. Obra póstuma de don Federico Rubio *(El doctor Ruderico), con el retrato del autor.*

He aquí un libro delicioso; sedante como la conversación de un anciano lleno de experiencia y de bondad.

Ni traté ni hablé nunca a don Federico Rubio, pero su venerable aspecto —del que nos da alguna idea el retrato que al frente de esta su obra póstuma figura— se me impuso al verle, revelándome el alma misma que me ha revelado *La mujer gaditana.* Porque es un alma lo que en este libro se revela, un alma y no los conocimientos que ella atesora. El alma joven encerrada en un cuerpo viejo; un espíritu de nobleza y de sencillez. Acaso lo más entrañable de este libro sea su estilo, estilo que es, de por sí sólo, una revelación y una verdad, verdad de tanto alcance como cualquiera de aquellas a que vivifica. Es un decir caliente, sencillo, apacible y vivo; es un decir que vale por sí mismo toda un alma. A las veces llega este decir al colmo del acabamiento, y es que parece desaparecer el libro de ante nuestra vista y que oímos al autor; y le llamo a esto colmo, porque si es terrible y huidero el que hable un hombre como un libro, nada nos embelesa más que el oír a un libro que hable como un hombre.

Libro éste lleno de apartes, de digresiones y de

relatos de sucesos, libro de hombre de mundo y de vida, de médico que ha visto sufrir y gozar, libro en que se revela más un *sage* que un *savant;* sirviéndome de intraductibles voces francesas, en que hay más sabiduría —lo que los alemanes llaman *Weisheit* y *wisdom* los ingleses— que ciencia —la *Wissenschaft* de aquéllos, o la *knewledge* de éstos—. Hablando de la mujer me recuerda a las veces don Federico Rubio a uno de aquellos prudentes ancianos de la ciudad de Príamo, de qienes nos dice la *Ilíada* que acudieron a sus puertas a presenciar el singular combate entre el divino Paris y el rudo Menelao, y que chachareando como cigarras que posadas en los árboles del bosque dan su voz al aire, al ver que se acerca al torreón Helena, se dicen los unos a los otros: "No debe causar indignación el que los troyanos y los cabelludos aqueos sufran dolores tan largo tiempo por semejante mujer, pues su rostro se parece terriblemente al de las diosas inmortales." Alienta por las páginas de este libro un soplo de suprema y piadosa indulgencia, un aroma de perdón, y un hálito de santo culto a la mujer.

En lo estrechamente científico es en lo que me parece flaquea más, y no ya a pesar de haber sido don Federico, según competentes juzgadores, un eminente especialista en los estudios a que más ceñidamente y de profesión se dedicara, sino precisamente por haberlo sido. Su relato de la primera población de Cádiz es algo fantástico y caprichoso; muy discutible lo que nos dice de que cuanto más distantes las razas humanas aparecen más fecundos sus elementos al unirse; más que discutible la extrañísima afirmación de que toda materia es en último análisis fuego, lo que equivale a decir que toda materia es en último análisis un movimiento particular; y así otras cosas. Algunas de ellas muy curiosas dentro de lo discutibles que son, como lo de ase-

gurar que la aptitud para la oratoria, que supone muy grande en los gaditanos, les viene a éstos del elemento helénico. La afirmación misma de esa aptitud no sería yo quien la discutiese, pues tengo de la oratoria un concepto muy poco... gaditano. Hay otros particulares, como el de llamar al discreto y juicioso Castro y Serrano nada menos que *genial,* que prueban la bondad del autor y cuán amigo era de sus amigos.

Mas dentro de esta general flaqueza, donde flaquea más es en cuestiones económico-sociales, a despecho del subtítulo de su obra. Llevado, en efecto, de su natural bondad de corazón y de la natural claridad de su mente, allega una y otra, sin la bastante preparación técnica, a problemas que se resuelven mal con puro sentido común y conocimientos generales. Ve tales problemas demasiado claros, es decir, que los ve demasiado por fuera, y los resuelve con sobrada facilidad; esto es, deja de resolverlos. Es lo que se ve cuando trata de la prohibición del trabajo de la mujer, por ejemplo. Del socialismo no parece que acabara de formarse don Federico muy ceñida idea, pues cae en el vulgar error de suponer que pretende obligarnos "a una regimentación más rígida, autoritaria y seca que la de Esparta", y se entretiene en combatir una proposición, la de "¡muerte al capital!", que no hay socialista, ni aun anarquista, que la sustente, resultando ocioso recomendar el que no se confunda el capital con el *capitalismo*. Alguna vez descubre mediterráneos, como ocurre con la que llama la teoría del *Pagasi,* o sea de "pagarse así su trabajo con lo producido por el trabajo mismo", sistema que adoptaron, nos dice, los pescadores. Lo cual es exacto y debido a que el mar no paga renta, importantísimo factor que se escapó tal vez a la perspicacia de don Federico. Otras cosillas, como su hostilidad al actual

sistema monetario por pesetas y céntimos de ella, resultan hasta graciosas.

Pero, ¿qué vale todo esto que para no convertir en ditirambo esta nota aduzco? ¿Qué vale todo ello junto a la amplitud de espíritu de aquel noble anciano que a los setenta y cinco años de su vida mostraba un alma más juvenil, más abierta y más jugosa que las de los más de nuestros jóvenes de veinticinco? A esa avanzada edad, en la que, por lo común, a la vez que los tejidos tienden a osificarse y los vasos sanguíneos a perder su elasticidad, cargándoseles de sales las paredes, a esa edad de la esclerosis o endurecimiento escribía don Federico refiriéndose a sus apuntes de sociología titulados *La Felicidad*: "No quiero recordarlos. Huyo de lecturas ajenas cuando medito. Huyo de lo que yo mismo he dicho. No quiero la sugestión ajena ni la propia. ¿Veo como antes? Bueno. ¿No veo como antes? Mejor. No me duele la inconsciencia. Que el lector escoja una u otra opinión, o se quede sin ninguna. Si le hice pensar con mayor acierto, ¿qué más quiero?" Es natural que un hombre de alma tan joven, un hombre que así piensa y siente, no se asuste ante lo que es para otros espantajo. "¿Y qué más queda?", pregunta, y se contesta: "¿Para la generalidad, el temeroso problema socialista. Para mí, la Libertad y la Igualdad por que he luchado. *El ideal de Fraternidad no cumplida,* oculto en las banderas socialista y anarquista." Y más adelante se pregunta esto otro: "¿Y cómo se educa a esas gentes ignorantes y rudas?" Y se contesta: "Pues por lo pronto, dejadles que hablen y discutan los unos con los otros en sus Sociedades públicas, lean periódicos y los comenten. No conozco medio educativo más eficaz ni rápido." Y añade: "Por curiosidad, que el lector asome las narices por una de estas reuniones, y luego visite una Sociedad de obre-

ros de esas que están bajo el patrocinio de personas bien intencionadas, a cambio de afiliarse en un *partido manso de socialistas católicos.* Vea y compare; vea cómo se avispan y discurren los primeros, y cómo se encazurran y encapotan los segundos. Entre los unos se respira bullicio, vida y libertad; entre los otros reserva, silencio y peso de autoridad. No conozco dinero más perdido que el que gastan esos buenos señores en querer fabricar socialistas para el uso de sus tranquilas inclinaciones."

Hay en las páginas que al problema social dedica una frase felicísima y de verdadero vigor, cuando al hablar del resorte del descontento dice: "Hambre de pan, no puede ser. No sale el vocerío de los lugares de mayor pobreza, antes reina en ellos silencio sepulcral. El hambre de pan debilita. Más parece apetito de fuertes, imperioso impulso de pasión, *sed de ser.*" ¡Sed de ser! ¡Hermosísima expresión! Hermosísima y mucho más exacta y menos pedantesca que aquello de la capilaridad social. ¡Sed de ser! Leyendo esta expresión recordé aquellas cuatro hondísimas proposiciones: la sexta, séptima, octava y novena de la parte tercera de la *Etica* de Spinoza, aquellas proposiciones acerca de que la esencia actual de una cosa no es nada más que su esfuerzo mismo por perseverar en ser, *conatus, quo unaquaeque res in suo esse perseverare conatur,* esfuerzo o conato que envuelve no ya tiempo finito, sino indefinito, arrancando de la sed de ser la sed de ser siempre, de no cesar nunca de ser, el ansia de inmortalidad, base de toda vida elevada y verdaderamente humana. Y la sed de nunca dejar de ser, junto a la triste convicción de que hemos de dejarlo algún día, produce "una enfermedad del día, que estraga algo la ciencia, y sobre todo el arte", produce "un estado de rebeldía del espíritu contra la propia impotencia". Pero hago mal en

mezclar mis propias reflexiones a las reflexiones de don Federico.

Abunda el libro, además, en observaciones agudas y ajustadas, como la referente a la *bohemia* de que se padece en España, sobre todo entre los que viven de sueldo y "libran el porvenir a la paga y al ascenso", enfermedad endémica y parasitaria que junto con la *monástico-manía,* como el autor la llama, hace que esté consunta nuestra patria. Salillas, en su *Hampa,* ha trazado a las mil maravillas la etiología de esa *bohemia,* arrancando de la pobreza del sueldo y las costumbres de vagabundaje y trashumancia a que forzaba a los que lo habitaban. Otra felicísima observación es la que toca a nuestra mala educación, a lo frecuente que es tropezar "con marqueses que parecen aperadores", como el autor dice. A tal propósito añade: "Hay duques que más semejan cocheros o mozos de café que tales duques. Entregadas casi en absoluto la primera y segunda enseñanza a las Ordenes monásticas, de todo se cuidan menos de eso. Visten hábitos los preceptores, y los alumnos carecen de modelos que imitar. Los conventos, incluso los que *presumen* pertenecer a Ordenes sabias, están rellenos de gente de basta cuna y mala educación; aun si hubiere algún sabio, asoma en él la grosería original." Merece leerse, además, su defensa de las tertulias y sus atinadísimos embistes a las reuniones unisexuales, a los Casinos y Sociedades para hombres solos, focos de groserías y de torpe desperdicio de tiempo.

Mas lo que da realce a la obra póstuma de don Federico Rubio son las historias y los relatos de que está esmaltada, historias narradas en apacible y sobria tonada homérica, como puede narrarlas junto al fuego un viejo que ha ido atesorando vida. La historia de las convulsiones de Puerto de Santa María; la de la histérica de los varios amantes: el ban-

quero, el propietario, el ministro solterón, el personaje político y el marido; la de D. A. Huertas, a quien mantenía su anciana criada haciendo palillos durante dieciséis horas diarias; la hermosa historia de Conchilla, la sombrerera redimida..., todas esas y otras historias nos pone ante los ojos, envueltas en un ambiente de dulce indulgencia. De don Federico pudo haberse dicho, a juzgar por este libro, aquello de que: quien todo lo comprende, lo justifica todo.

¿Y la mujer gaditana?, se preguntará. La mujer —gaditana y de todas partes— anda por el libro todo: anda donde de ella se habla y anda también donde para nada se la mienta. El alma de la mujer circula por las páginas todas de este libro de un hombre que debió de haberla querido con religioso querer, de un hombre que llegó sin duda a lo más hondo de la convivencia con ella. Es de una delicadeza grandísima cuanto nos dice de aquellas señoras "que sostienen noviazgos, sin esperanzas de casamiento, desde la infancia a la vejez"; es de una virilidad tierna lo que nos cuenta de las mujeres que fueron el oscuro sostén de la familia. Pocos hombres han debido de comprender y de sentir más hondamente el heroísmo doméstico, el callado sacrificio de todos los instantes de una mujer recogida y amadora; pocos hombres han debido de sentir más a lo vivo, junto a sí, en los senderos de la vida, el quedo paso espiritual del alma femenina que casi siempre nos acompaña en ellos. Habla de ellas con la sobriedad serena y viril de un hombre que las respeta; sin baboserías. No es el idólatra que mantiene al ídolo preso en el altar, mientras lo sahuma de barato incienso; es el compañero de vida, en todo el más sencillo y hondo sentido de la compañía. Los feministas de profesión me apestan; los que se pican de conocer los escondrijos y recovecos de la psico-

logía femenina me parecen insoportables tenorios. Raro es el pintor de mujeres que me agrada. La sexualidad les estropea la vida y el corazón, y ni ven bien ni sienten mejor.

Tengo que acabar, y acabo diciendo que *La mujer gaditana* es la obra de un hombre bueno, cuya bondad era hermosura y era verdad.

El estudio preliminar que *a manera de prólogo* —que es como lo titula— pone a la obra don Luis Marco, discípulo del autor, así como el soneto *In memoriam* que lo precede, son delicada ofrenda de piedad realmente filial. El doctor Marco es, además de hombre cultísimo y muy laborioso —uno de los más meritorios y más incansables obreros de nuestra cultura—, poeta muy distinguido. Su *Sonetos y poesías varias* es de los contados libros de versos que merecen ser conocidos, y lo es por ser sus composiciones de las que tienen, como vulgarmente se dice, miga; composiciones nutridas de pensamientos y sobrias de forma. Y este hombre en quien se aunan y robustecen y vivifican el científico, el pensador y el poeta, es quien ha puesto digna introducción a la obra póstuma de don Federico Rubio.

Ahora sólo falta que, como indica don Luis Marco, publiquen los discípulos y admiradores de don Federico, con el consentimiento de su familia, las *Memorias de niñez y juventud* que dejó escritas. Están en la obligación de hacerlo.

[*La Lectura,* Madrid, año III, tomo I, 1903, páginas 120-123.]

GANIVET, FILOSOFO (1)

El tema es forzado; así me lo dieron al decirme: "nos hemos repartido a Ganivet para la velada del 29, y a usted le toca tratar a Ganivet como filósofo". Y me resigné. Yo me resigno casi siempre.

Lo primero que se me ocurre es pensar qué diría Ganivet si, resucitando, viese cómo nos repartimos sus entrañas espirituales, y cómo yo me apresto a tratarle como filósofo. De seguro que protestaba.

En seguida se me ocurre volver a repasar sus obras, y además de sus obras las cartas que me escribió, y entresacar la filosofía que haya en ellas. Pero... de esto sí que protestaría, ¡él, que rara vez volvía a leer un libro, que no tomaba notas al leerlos!

No, ir a buscar filosofía en un autor, pluma en mano y cuartillas a la cara, no es leal, ni medio leal. Me atengo, pues, a la impresión fresca, la que conservo de aquel espíritu con el que viví en trato durante algún tiempo, prestándonos atisbos y visos, dando y recibiendo ideas uno de otro.

Para poder tratar a Ganivet como filósofo, sería preciso que supiese yo quién era y qué era Ganivet y qué es un filósofo, y no me atrevo a saber ni una ni otra cosa. Ganivet es para mí un hombre y no una cifra, y la ondulante complejidad de su espíritu me impide clasificarlo. Ni aun debiera ha-

---

1 Reproducido en el libro *Angel Ganivet,* Valencia, 1905, páginas 35-44. (N. del E.)

blar de su espíritu como de algo que no sea él. Decir el espíritu de Ganivet es emplear una expresión que no hace sino oscurecer y embrollar el contenido que lleva la enunciación de su solo nombre: Ganivet. Era él, todo él, uno e indivisible.

Un filósofo es un animal raciocinante que procura formarse un concepto del universo y de la vida y reducirlos a sistema lógico; es más, en especial, un ocioso que investiga eso que se llama el problema del conocimiento. Un filósofo es o realista o idealista; o dualista o monista; o nominalista o conceptualista o realista en otro sentido que antes —un filósofo tiene algo de metafísico—. Y Ganivet fué profundamente antimetafísico, aflorándose así en él una de las más grandes marcas, de las entrañas del alma española, que será mística, pero no metafísica. Ganivet no se cuidó tanto de formase un concepto del universo cuanto un sentimiento de la vida; su tendencia fué siempre práctica, por muy idealista que fuese. Y práctica ha sido siempre la orientación española.

Dicen que podrá haber filósofos españoles, pero que no hay una filosofía española. Y no la hay, no, fuera del sentido vulgar que suele darse al vocablo, al decir, v. gr., que aceptamos nuestra derrota con mucha filosofía. El pensador español se va en seguida a la ética, al deber, al derecho, a lo que debe hacerse; el conocer por conocer no le satisface ni le llena el llegar a las causas primeras de las cosas. Busca más bien los fines. Nuestra filosofía, si así puede llamarse, rebasa de casilleros lógicos: hay que buscarla encarnada en sucesos de ficción y en imágenes de bulto. En *La vida es sueño* o en el *Quijote*. Y observad que el idealismo calderoniano no es un idealismo filosófico o metafísico, sino ético y práctico; Segismundo no es ningún berckeleyano; Segismundo, estoy seguro de ello, creería

que vemos las cosas donde están y no en nuestra cabeza, y que no tiene sentido alguno eso de la cosa en sí y el fenómeno, que el árbol que veo a cuatro pasos lo sueño a cuatro pasos, y no se daría el menor trabajo por averiguar si el espacio estaba fuera de él o era una forma de su comprensión. De pareja laya es el idealismo quijotesco, idealismo puesto en el mundo real, y que al soñar gigantes en los molinos va a topar con ellos y ser por ellos aporreado. Más de una vez da a entender Don Quijote que no se dejaba engañar en el sentido trascendente o filosófico, que allá, para sí, sabía bien que Dulcinea era creación de su fantasía y Aldonza Lorenzo moza real y de carne, pero él quería sustanciar a ésta en aquélla, y a su voluntad se atenía.

Así, como Segismundo o Don Quijote, dos héroes a los que tanto estudió, podría ser filósofo Pío Cid, pero no al modo metafísico, aunque metafisiqueara, por no dejar de hacerlo, alguna que otra vez. Pío Cid vivió, no fraguándose una concepción lógica del universo, sino fraguándose una vida libre y cumplida, siendo escultor de su propia alma. Pío Cid como el Hai-ben-Yocdan, el *homúnculus* del filósofo guadijeño, el autodidacto arábigo, se estuvo haciendo un mundo, pero no en meditación solitaria, sino en acción comunal (1). Y para eso ni la metafísica, ni la lógica misma, le hizo nunca mucha falta. No hace falta lógica para irse como Pío Cid a vivir con unas cuantas mujeres; basta tener arranques.

Alguna vez filosofó Ganivet sobre la muerte, sobre todo en una de las últimas cartas que me escribió, y requerido por mi obsesión, entonces opre-

---

[1] "Hai ben Yocdan", se titula un soneto que compuso Unamuno en 1900, y que he dado a conocer en *Cincuenta poesías inéditas*, Madrid-Palma de Mallorca, Colección Juan Ruiz, volumen III, 1959, pág. 53.

sora de mi alma, del misterio de ultratumba, pero en general Ganivet no filosofó sobre la muerte, sino que soñó sobre la vida. Y soñó la vida.

Fué, como buen español, un realista, pero realista completo, con realismo idealista. Ganivet sabía —aunque acaso no supiera que lo sabía— que una idea es tan real como un hecho, es tan hecho como una piedra; que es real todo lo que causa un efecto, y que es torpeza querer dar más crédito al conocimiento indirecto y deducido que al directo e intuitivo. Yo, por mi parte, no comprendo que se suponga más real lo que nos registra un aparato de física, que lo que nos registran nuestros sentidos, y lejos de creer que fuera no hay sino vibraciones del éter o de lo que fuere, y sólo en mi conciencia deberes, creo que fuera hay colores, y esas vibraciones no más que en los aparatos que las registran. Mi realismo es el sanchopancesco, y sólo de él, de este realismo ingenuo y de primera mano, premetafísico, puede uno ascender al idealismo quijotesco. El otro realismo, el de los que han entrado por Kant y andan en lo de fuera y lo de dentro, y la cosa en sí, y el fenómeno, y el hecho objetivo y su representación en nosotros, ese realismo lleva a un idealismo ocioso y desengañado, tristón y escéptico.

Pío Cid tenía raíces sanchopancescas y flores quijotescas.

Ganivet no cayó en el practicismo, y mejor que practicismo pragmaticismo torpe, en que caen hoy los más de los que aquí predican escupideras, vacuna, altos hornos, máquinas, escuelas de artes y oficios, y nada más que esto. Leed su *Granada la bella* y veréis cómo vió claro que sin el embellecimiento interior de una vida libre y armónica, el jamón y el agua de colonia pueden llegar a ser una forma de barbarie. Sin la tolerancia y la amplia

comprensión de espíritu la higiene no hará sino animales muy limpios, muy limpios y muy sanos, pero muy animales. La riqueza exterior no hará sino ahogarnos, si no cultivamos la riqueza interior.

Y Ganivet fué un cultivador de la vida íntima, de la libertad del espíritu, de la plenitud de la conciencia. La quiso para sí; la quiso para su pueblo. No tiró a dar a éste un sistema lógico de nociones abstractas enlazadas y coordinadas entre sí; procuró despertar a los más avisados del pueblo, excitarlos a que zahondaran en las entrañas del pueblo mismo y a que buscaran en los hondones de ellas el sedimento que dejara el mundo fresco y abierto en cuyo seno el pueblo se ha formado.

Ganivet no fué un pedante ni su psicología fué libresca. Abrió los ojos al mundo que lo rodeaba y lo miró cara a cara e hito a hito.

¿Habrá alguna vez filosofía española? No lo sé, pero presumo que no, por la sencilla razón de que maldita la falta que nos hace eso que llaman filosofía. El día en que el instinto del puro conocer, el instinto metafísico, se sobreponga en nosotros al instinto de vida, al ímpetu de crearnos un mundo a nuestro antojo, habremos empezado a agonizar de veras como pueblo. Nuestra voluntad nos pide inacabable persistencia, nuestra vida es continuo anhelo de más vida, de sobrevida o trasvida; ¿qué importa lo que la razón raciocinante diga? ¿Es que no hay más realidad que la revelada por la razón y la ciencia?

Concluyo. Ganivet no fué un intelectual, no, no lo fué. Fué, si queréis, un volitivo y un afectivo. Y siento en el alma que el condenado tecnicismo libresco se me trabe a los puntos de la pluma y me impida decir esto en la lengua de Sancho Panza, de aquel heroico Sancho Panza que, siendo cuerdo, creyó en un loco; de aquel buen escudero que ja-

más estudió, como hemos estudiado otros, psicología fisiológica, y se hubiera reído si le van con el cuento de si se tiembla porque se tiene miedo o se tiene miedo porque se tiembla. Y menos mal que de los laboratorios mismos empieza a surgir la protesta y a despojarse de tapaduras metafísicas —inclusas las del positivismo y las de la fisiología—, el realismo vulgar, el primitivo, el fresco, el directo, el que fragua la vida de los que creen y producen y no la de los que filosofan y critican, la vida inmediata, plena, entera, la vida como fué la de Ganivet.

Y aquí acabo. Si los organizadores de la velada creen que yo debería haber aducido textos de las obras de Angel Ganivet y estudiar su espíritu filosófico y hacerlo con perfecta objetividad, creo que se debe decir así, sin meterme tanto como me he metido yo mismo en este estudio o lo que sea, que no lo lean. A Ganivet lo recibí en mi conciencia, en ella vive mezclado y anulado con lo demás de ella, no me es posible arrancármelo y mostrároslo ensento y mondo. Sería entonces una abstracción, un concepto, un esquema, un filósofo tal vez embotellable en un frasco de la historia, pero no un hombre.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 30-XI-1903.]

DEL CAMPO Y DE LA CIUDAD (1)

Hace unos pocos años formé el propósito de no escribir artículo alguno, ni crítico, ni siquiera bibliográfico, de obra literaria de autor español vivo; pero reservándome —todo lo hacemos con reservas— el romper, por excepción, ese propósito cuando algo excepcional me lo requiriera. No recuerdo haberlo roto ni para escribir del hermoso libro de poesías, *Alma,* de Manuel Machado; pero es que Manuel Machado, cuando acierta a herirme el sentimiento, es el poeta español vivo que más hondamente y con más novedad me lo hiere. Ahora vuelvo a quebrantarlo a favor de una colección de cuadros de costumbres charrunas, de los charros de esta provincia de Salamanca, y tengo motivos más que sobrados para tal quebrantamiento, aparte del valor que en sí tiene el libro, que es muy grande.

Conocí a Luis Maldonado hace más de una docena de años, cuando llegué a Salamanca; así que nos conocimos, quedamos muy buenos e íntimos amigos, y esta amistad sigue y seguirá. Véase, pues, con cuanta ingenuidad echo por delante lo de ser íntimo amigo mío el autor del libro que voy a elogiar con poca tasa, y esto a nadie debe sorprender, porque si nos hicimos amigos fué precisamente porque él era capaz de escribir cosas tales y yo de gustarlas.

Pero aún hay más. Andaba yo cierta temporada

---

[1] Luis Maldonado, *Del campo y de la ciudad,* con ilustraciones de Eloy Romano, Salamanca, 1903.

muy enamorado del *Martín Fierro,* hermoso poema gauchesco —escrito en el habla de los gauchos argentinos—, y a tanto llegó mi afición por el tal poema, que se lo leía a los más de mis amigos o hice que lo leyeran. Entre ellos estaba Maldonado, el cual aparentó tomarlo un poco a barato y a broma y extrañarse de que me dejara yo sorprender por esos remedos de ruda poesía popular. Y decidió jugarme una pasada. Fingió un cierto poeta charro autor de unas "Querellas", y me las leyó. Y caí en el lazo. Las "Querellas del ciego de Robliza" me encantaron; ponderé y ponderamos todos los que las leímos sus bellezas y su frescura y quedó el alguacil alguacilado, o séase burlado el burlador. Había evocado, para embromarse, al charro poeta que lleva dentro, y éste salió y se adueñó de él. Me atrevo a decir, sin jactancia, que le descubrí al que llevaba dentro. Y tanto le dijimos, que acabó por convencerse de que tomábamos en serio sus "Querellas", e hizo una tirada de ellas, con un prólogo mío (1), pero la hizo privada, sin ponerla a la venta y sin que apareciese su nombre, por si acaso. Cierto recelo le hacía temer la crítica y no fuese que quería yo embromarle a mi vez.

Mas, a partir de entonces, se animó, despertó el costumbrista y el lozano escritor en él y se dedicó a trazar cuadros de la tierra, que fué dando a la "Plana literaria" de *El Adelanto,* diario de esta ciudad de Salamanca, plana que dirigía el atildado escritor Ramón Barco, hermano de Juan, que tan hermosas pinturas ha trazado de estos campos. En la dicha plana salieron los cuadros que forman el volumen cuyo título encabeza estas líneas.

Todos ellos son preciosos, llenos de jugo y de vida, pero los hay hermosísimos en su concisión. Léase "Oficio nuevo" y aquella trágica exclamación de

---

1 Prólogo que encontrará el lector en el tomo VII de estas *O. C.* (N. del E.)

"¡hay mina!, ¡hay mina!", que lanza alborotado el padre cuando se desmaya en el charco de sanguijuelas el hijo que, para pescarlas, con su cuerpo entró a él desnudo. Léase "El último recurso", lleno de tierna sencillez: una tragedia contada del modo más admirablemente natural.

Pero lo que más resalta en esta colección de escenas es la manera franca y sana, natural y poética de expresar el amor. Un amor antiguo, quiero decir, un amor eterno, un amor robusto como las encinas y fresco como la brisa que las orea, un amor de los que engendran mozos robustos, un amor para la vida. "Silvano y Gumisinda" es un idilio teocritano, lleno de salud campestre, y lo mismo "Declaración". No es la cursi traducción de los faunos, sátiros, ninfas, centauros y demás tramoya poética helénica traducida del francés, no; es la vida de hoy, que responde a la vida aquella. Es ir a beber a la fuente misma de donde bebieron los antiguos, antes de que se despojara del verde a toda cosa, que dijo Leopardi, y no recoger las escurrajas de lo que dejaron ellos en sus cántaros. Pocas cosas pueden leerse más frescas, más aromosas, más *lígrimas* (véase el vocabulario que va al fin del libro). "Silvano, halagado por la respuesta, abrazóse con ella —con Gumisinda—, y la pareja, alumbrada por el sol de primavera, al atravesar por los floridos majadales, parecía un brote más de la fecunda tierra." Y todo el amor que pinta Maldonado es brote de la tierra.

Pero lo que hay que leer es "El tío Cavila", el que va acezando, besana adelante, arrojando el trigo en los surcos mientras pronuncia las palabras sacramentales: "*Pa,* los pájaros..., *pal* diezmo..., *pal* fisco..., *pal* amo..., para mí...". En este hermoso relato se descubre todo el inexhausto fondo de rebeldía que guarda aún el campesino en sus honduras, y todo el fondo, inexhausto también de resignación, rebeldía y

resignación que, aunque parezca mentira, se dan y viven juntas en una misma alma.

En estos relatos campesinos aparece hasta en tres de ellos el médico de pueblo, que va repartiendo consuelos más aún que recetas, tipo éste al que parece tener afición Maldonado. Más aún que al cura de aldea, que no aparece ni una sola vez.

Del campo y de la ciudad se titula el libro, y, en efecto, algunos de los relatos se refieren a cosas de la ciudad de Salamanca, mas aun éstos son en cierto modo campesinos por ser recuerdos infantiles del autor. ¿Y qué ciudad no es campo, y campo florido, para los niños?

Pocas cosas revelan mejor el natural poético de Maldonado como la viveza con que evoca sus recuerdos infantiles, el más corriente y puro manantial de poesía. "El misterio de la Santísima", "El dómine Lupus" y otros tienen el encanto que todo recuerdo infantil tiene.

En los relatos todos que constituyen esta colección todo está visto, y visto en vivo, por su autor. El titulado "Vamos con Dios" es de tan maravillosa verdad que sería imposible inventarlo, y es de las narraciones que nos hacen exclamar: "¡Esto es verdad! ¡Esto ha sucedido!", como ante un retrato de hace siglos exclamamos: "¡Qué parecido!" Pero esta verdad está realzada por una imaginación tan madura como fresca, infantil y disciplinada a la vez. En mi vida olvidaré el retrato que nos hizo de palabra Maldonado de una visita al antiguo castillo de Villanueva de Cañedo. Vimos los fosos, el puente levadizo, los sombríos torreones, el patio de armas y hasta a las castellanas asomadas a las ventanas en noche de luna oyendo al trovador. Después he visitado el antiguo castillo, convertido hoy en casa de labor, y he visto sus derruídos torreones, sus fosos, en gran parte rellenados, su patio y todo lo demás; pero ¡qué

diferencia! Todo lo que Maldonado nos contó era verdad; pero todo era nuevo.

No sé por qué, lector, no me siento hoy en vena de glosar a Maldonado, y temo, o quedar corto en mis elogios, o, si me excedo, que lo atribuyan a nuestra amistad.

El lenguaje... el lenguaje es de lo más brioso, robusto y castellano que conozco. Como el de Pereda, tiene dos fuentes principales, el *Quijote* y los clásicos, y la lengua del pueblo. Está lleno de voces, giros y modismos charrunos, que se subsanan en parte con el vocabulario que va al fin del libro. Y digo en parte porque usa algunos, como *entoñar, rachizo, cogüelmo, corruto, terraguero, chileja,* etc., que ni los incluye en su vocabulario ni los trae el Diccionario de la Academia. Esta tierra de Salamanca es riquísima en tales voces y modismos muy expresivos y propios. Lo sé bien, pues llevo todo el tiempo que llevo aquí recogiéndolos y estudiándolos.

Tentaciones me están dando de copiar aquí, a guisa de prueba, pensamientos, comparaciones y pasajes enteros de este libro; pero me temo reproducirlo todo o casi todo.

Este libro es un fruto más de cierto renacimiento literario que en esta ciudad de Salamanca se observa y de un como alborear de una nueva escuela salmantina. José María Gabriel y Galán, el tan conocido poeta; Mariano Domínguez Berrueta, de gran fuerza cómica y de sagacidad en su *Alma Charra;* Luis Romano, poeta delicado aún, poco más que en capullo, sin contar, o a los ausentes y que ya, por no vivir aquí, no están influídos por este ambiente, o a los casi veteranos en las letras, como el tiernísimo poeta, mi entrañable amigo, Cándido R. Pinilla. Y detrás asoman otros jóvenes henchidos de esperanzas. Y he de decirlo con toda ingenuidad, aunque haya quien lo tome a mala parte: en este renaci-

miento creo me cabe buena parte. A Galán y a Maldonado yo fuí quien primero les animó, tratando de infundirles ambición literaria; a todos los he animado. Y estoy satisfecho de ello.

No quiero concluir sin decir lago de las ilustraciones de Eloy Romano, hermano de Luis, el poeta. Porque he de decirles a ustedes que también yo he hecho monos en tiempos y creo se me alcanza algo de dibujos. Los de Romano son sobrios, cual corresponde a la tierra y a las costumbres que se dicen en el libro. La efigie del tío Clamores es muy exacta y muy expresiva; la de Felipe el de la Herrumbrosa, muy elegante.

Concluyo. El libro de Luis Maldonado *Del campo y de la ciudad* nos ofrece una de las lecturas más sanas, más amenas, más refrescantes y más dulces de que se puede gozar.

[*Revista Contemporánea*, tomo CXXVIII, año XXX, Madrid, enero-junio, 1904, páginas 623-626.]

POR ARMANDO PALACIO VALDES

He olvidado casi todas las novelas que he leído en mi vida —no han sido muchas— y de pocas guardo algún recuerdo. Menos aun el fruto de emoción. Entre esas pocas está *Maximina,* que hace años ya, siendo un mozo, leí y di a leer a la que hoy es mi mujer y era entonces mi novia. Y todavía me repite de vez en cuando algunas de sus escenas.

Supone en su ficción Palacio Valdés que es Maximina una muchacha vascongada, una señorita de una de aquellas pequeñas y dulces villas de mi tierra, y, en efecto, lo es. Lo es tanto, que no creo fácil superar aquella presentación del alma de las muchachas de mi tierra vasca. Digo presentación y no estudio, porque esto de estudio trasciende a algo que se aparta de la inspiración de esa novela.

Decía Schopenhauer que hay tres clases de escritores: los que escriben sin pensar, los que piensan para escribir, y los que escriben porque han pensado. Y lo cierto es que en las novelas se distingue desde luego al novelista de profesión, al que se ha propuesto ser novelista, y que observó, estudió, pensó y acaso sintió para hacer una novela, y a aquel otro que la hizo para dar salida y desahogo a algo que había visto, pensado o sentido. Casi todos los flacos y defectos de Zola, y sobre todo los mayores, proceden de esto, de que se metía a observar y estudiar tal o cual aspecto de la vida social para convertirlo en novela; y que hizo de la novelística un oficio. Y de aquí también el que en general prefiera las novelas de aquellos escritores que no fueron novelistas

profesionales, sino que hicieron una o dos en su vida para verter en ellas pensamientos o sentimientos que no cabían en otra forma literaria. Le temo a la habilidad técnica novelística.

Y es tan así, que debo confesar y declarar aquí honradamente que de las varias novelas que Palacio Valdés ha publicado, sólo conozco tres, *Maximina* y otras dos. Y me basta con ellas, en rigor me basta con la primera, para rendir culto de gratitud y cariño a uno de los hombres que me han procurado de los goces más puros y más fecundos de mi vida.

Después de haber gustado el goce de esas lecturas, tuve el de conocer y tratar a Palacio Valdés, y entonces, al conocer al hombre, encontré al escritor. Como que éste depende, en este caso más aún que en otros, de aquél. Al conocer y tratar a Palacio Valdés comprendí el encanto de sus escritos y el aroma de honradez de propósito y de bondad de corazón que de ellos se desprende.

En nuestra literatura no abunda, ni mucho menos, la nota íntima y recogida, el tono de apacible entrañabilidad. Casi todo es exterior, y casi todo, en el fondo, violento. Y así me explico que Palacio Valdés sea uno de nuestros escritores más gustosos, de los de hoy el más gustado tal vez, en países donde es una verdad efectiva la vida del hogar y donde los hombres saben recogerse en él mejor que nosotros.

Otra cosa me encanta en Palacio Valdés, y es la serena dignidad con que ha esperado el premio terreno de su labor, la calma con que ha aguardado el éxito, sin derogar nunca, sin dejarse llevar de las corrientes, haciéndose poco a poco un público en vez de hacerse al público. Por eso, por esa noble confianza en su pueblo, y ese noble desdén a los cotarros profesionales, le rendimos hoy testimonio de respeto.

[*Homenaje de la Universidad,* Oviedo, 5-IV-1906.]

LA CULTURA ESPAÑOLA EN 1906

Un año más que se hunde en la huesa de la historia sin habernos traído ni una voz ni una lumbre nueva al barbecho de nuestra cultura. Por lo menos, ni mis oídos la oyeron, ni la vieron mis ojos. Y sigo al pie del sauce, mirando correr las aguas, entre pescadores de caña que pescan su cena con ellas, a espera yo de que pase una cuna y en ella un niño dormido, y ese niño sea el Moisés que sacándolo de las ollas egitanas nos lleve al desierto, donde Dios nos aguarda, y de él a dar vista, en una mañana de gloria, a la tierra de promisión.

Me piden que escriba sobre la cultura española en 1906, y yo les he dicho que acaso fuera más hacedero escribir sobre la incultura hogaño, y que en todo caso, siendo como es el crecimiento de nuestra cultura como el de la encina, secular y lentísimo, no se aprecia de año en año el grosor que la savia deja bajo la corteza.

Y es, además, el movimiento de nuestra cultura, como el de la encina, subcortical. La labor se está haciendo en España, no por las obras y trabajos de que en los cotarros literarios y científicos se habla y discute, sino por el aluvión manso y continuo de traducciones y por los acarreos de la prensa diaria y de los semanarios y revistas. Llueve poco a poco, un día y otro, en orvallo tenaz y lento, pero son pocos, muy pocos, los chaparrones de que nos queda memoria.

Yo, además, estoy en las peores condiciones para escribir sobre el movimiento de la cultura española en 1906, pues cada vez leo menos lo que en España se publica. De los escarmentados nacen los avisados. Busco con algún interés el movimiento cultural en provincias, pues, en cuanto a Madrid, me parece que en las orillas de la charca villano-cortesana, sigue mascándose la ramplonería, que es su especial gas de los pantanos.

¿Qué voy, pues, a decir de la cultura española en 1906? Durante este año ha aparecido sí, una revista que se llama *La Cultura Española,* pero, por laudables que sean los esfuerzos de sus colaboradores, no me parece que marca el rumbo más a propósito para desencharcarnos. Allí se han dado cita casi todos los enterradores de nuestro pasado, a trechos hiede aquello a erudición camelluna que apesta y en general hay allí de todo menos espíritu y agilidad.

Porque en esto de la agilidad está el toque. Supongamos que el espíritu humano pueda llegar como máximo a desarrollar una energía de 1.000, distribuída entre agilidad y fuerza —aunque la agilidad sea un modo de fuerza, y viceversa. El que tuviese 999 de fuerza y 1 de agilidad sería un genio de fuerza, y el que tuviera 999 de agilidad por 1 de fuerza, un genio de agilidad. Ambas cosas poco menos que absurdas.

La agilidad, lo que comúnmente se llama genialidad, y en esfera más baja ingenio, la fecundidad en hipótesis, paradojas, ensueños, utopías, etc., es el elemento propulsor y creador tanto en arte como en ciencia, y la fuerza, la comprensión, el espíritu de método, es el elemento conservador y fijador. Uno y otro hacen falta, y es tan necia la pantera que desprecia al elefante por pesado, como es necio el elefante que desprecia por ligera y ágil a la pantera. El despreciable es el que desprecia una cosa u otra.

Pues bien; aquí en España, la energía psíquica de que seamos, en promedio, capaces, se distribuye casi todo en fuerza, pequeña y flaca, pero fuerza en fin, y no en agilidad. Es el nuestro un país de pequeños elefantes espirituales, escuálidos, y endebles, pero elefantes al fin. Pueden arrastrar más o menos peso, pero no son capaces de saltar una silla. Este levanta un kilo, aquél veinte, el otro una tonelada, pero no hay quien salte un metro o sepa hacer una pirueta, menos un salto mortal.

La mentira más grande es la de la agilidad mental de los españoles. La inteligencia española es, hoy por lo menos, elefantina, lo cual no quiere decir que sea grande, sino que es pesada. Se comprende aquí los resultados de la investigación extranjera; nos apropiamos y hasta nos asimilamos la cultura elaborada fuera, traducimos las nuevas ideas producidas en otros pueblos, pero apenas se crea aquí cosa alguna, ni se inicia ningún nuevo camino, ni se abre horizonte alguno nuevo.

Marcha nuestro carro sobre las roderas que abrieron los locomóviles exploradores de los otros. Y todo ello por falta de agilidad mental.

Y de esto brota nuestra característica ramplonería, ese especial recelo y especial hostilidad a todo lo que es agilidad mental, cuando ésta no se ejerce en danzas en la cuerda floja. Nos desagradan los saltos mortales sobre el abismo de los misterios. En ciencia, en arte, en letras, una sensatez tan elefantina como anémica —un elefante puede padecer de anemia— nos tiene atollados en los más yermos arenales del sentido común, que es todo lo contrario del sentido propio. Gobierna el bachiller Sansón Carrasco, no Sancho siquiera, que al fin a éste se le pegó algo de la locura de su amo.

Y bien —diréis—, ¿qué novedades, buenas o malas, han ocurrido en el mundo de nuestra cultura en

el año que fina? ¿Lo sé yo acaso? Se han publicado unos tomos de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles,* pero eso no es novedad, sino ranciedad; se han estrenado éste o el otro drama o comedia, pero habría que ver hasta qué punto el teatro entra en la cultura, y no más bien en los deportes: éste o el otro profesional de las letras ha publicado su libro cadañero o sus libros de turno, pero esto acaso corresponda más bien al movimiento industrial... ¿y qué más?

En castellano yo no recuerdo de otra cosa que me haya dejado impresión duradera sino las *Elegías* de Marquina, que enriquecen el tesoro de nuestra poesía. ¿No hablábamos de cultura? —diréis—. Sí, pero es que en la poesía se encumbra, y quien añade al caudal poético de un pueblo, al manantial de sus consuelos permanentes, acrece su cultura. ¿Qué? ¿Voy a hablaros acaso del que nos ha dado la transcripción número ciento o mil de la *Bibliotheque de philosophie contemporaine,* de Alcan, del que nos ha vuelto a descubrir a Spencer, o del que ha derivado hacia acá un hilito de agua de eso que se llama la corriente central del pensamiento europeo contemporáneo? Esto es cultura, sin duda, pero no española. Y si fuera a hablar de traducciones, más o menos directas y más o menos veladas...

He dicho en castellano, porque en catalán —y la producción literaria y científica catalana entra en la cultura española— el noble, el sereno poeta Juan Maragall, el que más alto canta hoy en España, ha enriquecido el tesoro de sus intensos cantos con la colección titulada *Enllá,* en la que vuelve a tocar la maravillosa leyenda del conde Arnaldo que está remozando y modernizando. Este Maragall es todo un poeta, y sus *Cants dels hispans* es la nota más noble, más elevada, más pura y más fuerte que ha inspirado la situación por que pasa hoy España.

En esta situación, ¿qué voces de aliento, de esperanza, de indignación, de cólera hemos oído? Será que vivo lejos de la corriente, en un remanso, pero a mis oídos no han llegado.

Indudablemente, lo más importante que en la vida de la cultura española ha ocurrido en el año que finaliza ha sido la presentación del proyecto de ley de Asociaciones. Podrá haberse hecho la presentación por móviles políticos, pero es el caso que resulta de efectos culturales. Ella está provocando una doble agitación, a diestra y a siniestra, que puede significar el principio de una vida nueva. Hay quienes vaticinan una nueva guerra civil intestina, aunque no sea a tiros y en los montes, y esa guerra es lo que necesitamos para acelerar nuestra marcha en la cultura e ir resueltamente al planteamiento de problemas solucionados ya en otras partes, a nuestra paz de Westfalia. Entre tanto no tendremos ni arte, ni ciencia, ni literatura, ni menos filosofía que puedan llamarse nuestras. Se ahogarán en este infecto ciénago de cobardía y de ramplonería, donde sólo pueden vivir sin indignaciones ni lástimas los repugnantes neutros, los repulsivos indiferentes.

Los tiempos son de lucha y quiera Dios que no volvamos a aquellos años tristes de la llamada Restauración en que los sumos, los faros del pensamiento español, aparecían velados en la bruma de la cuquería; a aquellos años del volterianismo conservador de Campoamor y de Valera, de la duda teatral de Núñez de Arce. Y en aquellos mismos años levantaba Carducci en Italia uno de los más grandes monumentos al espíritu de santa sinceridad y de amor a la patria libre y una.

Vil llamó el gran poeta del desdén— así se le ha llamado— a la patria de sus amores, y así, insultándola, la levantó. A esta nuestra pobre España de hoy ni *vil* podemos llamarla. No llega a la vileza; no es

sino desvergonzadamente ramplona y ñoña. Está comida, como por piojos, por cucos vividores. Y la pobre, emparedada en tradiciones de ladrillo y yeso, corre riesgo de morir podrida por sus propias deyecciones. Antaño estuvo hechizado un monarca; hoy parece que está hechizada la nación entera.

¿Y hablamos de cultura?

Otro hecho culminante, además de la presentación del proyecto de ley de Asociaciones, ha ocurrido en la vida cultural española de este año, y ha sido la formación de la solidaridad catalana. También éste parece un hecho político y es, en el fondo, un hecho cultural. Si trajera —que lo dudo— una hegemonía cultural de Cataluña en España, podría marcar a la patria nuevos rumbos hacia nuevos destinos. Me temo que se quede en un acto meramente político, al igual de una crisis ministerial que es de lo menos cultural que puede ocurrir en España, y por lo tanto, de lo más baja y mezquinamente político.

Porque *política* deriva de *polis,* ciudad, y de *civilis,* que equivale a ciudadano, cosa de ciudad, deriva civilización. Parecen, pues, casi sinónimos, a juzgar por la etimología, política y civilización, pero entre nosotros son dos cosas que apenas tienen nada que ver entre sí.

Y la cultura, por su parte, es la envolvente de las manifestaciones todas de la vida colectiva y duradera de un pueblo. Nos preguntamos: ¿ha avanzado España en estos doce meses? Yo creo que sí, pero con un progreso que se podría llamar soterraño, debido a esa labor oscura que os decía, a ese aluvión de traducciones, a la acción de la prensa, a las modestas conferencias que menudean en casi todas las pequeñas capitales. Hay una enorme fuerza acumulada, una fuerza que muchos de los llamados directores de la opinión desconocen; hay una gran masa de gente que ni habla, ni escribe, sino escucha y lee, y que

espera el advenimiento de una nueva vida. Hay que esperar que esa fuerza se desencadene y se muestre a flor de suelo.

La nación cambia por debajo de su vieja piel y los parásitos de ésta no lo observan. Un día u otro caerá en jirones esa piel vieja, cuando la nueva esté formada, fresca y tersa, por debajo. Y muchos de nuestros prohombres envejecerán en un día más que han envejecido en veinte años.

¿Será esto así? ¿No será un sueño de mis esperanzas?

Y en tanto España se despuebla; sus hijos braceros corren a América, a la España grande y del porvenir, a la tierra de promisión. ¿Y nuestras ideas? Estas no, éstas no emigran, no pueden emigrar; son fósiles y las tenemos encostradas en el espíritu. Parecíamos tener un papel cultural en la América latina, nosotros, los de España la primogénita de las naciones de lengua castellana. Hemos vendido la primogenitura por una olla de garbanzos. Hubo un tiempo en que Bolívar, el Libertador, el Quijote de América, soñó quijotescamente con venir a conquistarnos. Acaso sea éste nuestro porvenir; que nos conquiste la América española. ¿Quién sabe si un día la vieja madre tendrá que vivir de sus hijas emancipadas?

Cierra el año 1906 trayendo la bruma triste del desengaño. La avenida de la ramplonería sube.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, XII, 1906.]

EL PROBLEMA RELIGIOSO EN EL JAPON

Los habituales lectores de *La Nación* conocen bien al señor Gómez Carrillo, por haberse muchas veces deleitado con sus crónicas ágiles y amenas en que se nos da instrucción sin esfuerzo y, bajo el agrado, enseñanzas sugerentes. Y conocen también sin duda sus libros sobre el Japón, *De Marsella a Tokio* y *El alma japonesa,* que acaba de publicar. A propósito de este último quiero deciros algo.

El Japón no ha logrado interesarme del todo ni me ha deslumbrado su triunfo guerrero sobre la podrida Rusia. Cuanto más leo acerca del imperio del Sol Naciente, menos claro veo en ello y se me antoja que muchas de esas excelencias que acerca de él se nos encarecen están más en los ojos de los que miran que no en lo mirado y lo visto.

Debo declarar que así como cuanto sobre el Japón han escrito europeos o americanos —ingleses, franceses, italianos, alemanes, yanquis, etc.— me parece en general interesante, sugerente y curioso, cuanto referente al Japón mismo he leído de japoneses lo encuentro insignificante, cuando no pueril. Me hace el efecto de temas para obtener un premio, escritos por chicos aplicados, que se saben muy bien sus asignaturas, pero que carecen todavía de toda genialidad y de toda personalidad mental. Yo no digo que allá no haya Aquiles, pero Homeros no conozco ninguno. Sabrán, sin duda, llevar a cabo hazañas, pero hasta

hoy no saben contárnoslas. Me resulta, además, bastante ridícula esa falsa modestia que oculta un jactancioso envanecimiento colectivo, que se les sale por todas partes.

Tal vez si yo fuese allá y les viera obrar y conducirse en vez de oír lo que de sus obras y su conducta dicen otros y aun ellos mismos, cambiaría de opinión. Conozco gentes que han estado en el Japón y desean volver a él, y entre las referencias de testigo directo más interesantes que he oído, son las que nos dió el muy simpático y culto oficial de la marina argentina, señor Domecq, en la mesa del señor Gache, cónsul general de esa nación en Barcelona y uno de aquellos con cuya amistad más me honro.

Percival Lowell, a quien el señor Gómez Carrillo cita en su obra *El alma japonesa,* diciendo de él que es el filósofo que más hondamente la ha sondado, dice que el pueblo japonés es el más impersonal, el menos subjetivo. Y acaso por esto me atrae tan poco. Busco en los pueblos más bien individualidades que no masas, y el espíritu de hormiguero o de colmena me es poco grato.

El mismo Gómez Carrillo nos dice que el Japón está "ávido de saber y celoso de no modificar su carácter, resuelto a adoptar las ciencias, pero conservando incólumes las conciencias".

Yamaota, en sus conferencias sobre el *bushido,* a que Gómez Carrillo llama la biblia moral, dice que para conocer el origen de ese sentimiento hay que remontarse al principio fundamental del budismo, a la impersonalidad de los seres contingentes, y este principio tiene que ser repugnante a un espíritu fraguado por veinte siglos de cristianismo occidental. El principio radical de la civilización occidental, en efecto —y lo ha visto bien Benjamin Kid (*Principles of the western civilization)—,* es el del valor absoluto del individuo, el de la persistencia de la con-

ciencia individual, el de la inmortalidad del alma humana, en fin. Díganos lo que nos dijeren la ciencia y la razón, el alma del occidental no se resignará a su completa desaparición; tiene sed de eternidad concreta y consciente. Y las más grandes tragedias íntimas —la de un Pascal, la de un Senancour, la de un Kierkegaard, la de un Nietzsche— vienen de la lucha entre el corazón, que les pedía eternidad individual, y la cabeza que se la negaba. Y de aquí proviene toda la tristeza contemporánea. Sobre todos nosotros pesan aquellas trágicas palabras de Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles: "Si Cristo no resucitó de entre los muertos, somos los más miserables de los hombres".

Gómez Carrillo me brinda el capítulo de su obra en que trata el problema religioso, y al que llama "documentos japoneses", diciendo que su intención ha sido reunir documentos originales sobre ese asunto para que yo los comente. Voy, pues, a comentarlos.

Claro está que es difícil ponerse dos hombres de acuerdo respecto a lo que la religión sea y signifique. Hay quien tiene de ella una concepción política, otros ética, no pocos estética, algunos científica y muy pocos específicamente religiosa. La religión es, sin duda, un esfuerzo para dar un sentido trascendente —ético, estético o lógico— al universo, y para nosotros los hombres la religión es siempre, querámoslo o no, un esfuerzo para dar al universo todo una significación y una finalidad humanas. "P.—¿Para quién hizo Dios el mundo—" "R.—¡Para el hombre!" Esta sencilla y noble ingenuidad del catecismo católico es en el fondo la base de nuestros anhelos.

En el Japón parece que se encuentran y se remejen y reaccionan una sobre otra cuatro grandes religiones: el sintoísmo, el budismo, el confucionismo y el cristianismo. Para muchos pensadores socio-

logos aquél es el campo de experimentación en que va a decidirse la eficacia espiritual y social de cada una de esas religiones y acaso el punto en que se fragüe un sincretismo de ellas, una fusión de que surja una nueva fórmula religiosa.

Los defensores entusiastas de cada una de esas religiones atribuyen a la virtud de su respectiva creencia los progresos del Japón y su rápido encumbramiento internacional. Y así, mientras no faltan quienes con una evidente precipitación y ligereza de juicio ven en la derrota de Rusia por el Japón una derrota del espíritu por no sé qué otro espíritu no cristiano o anticristiano —como si el cristianismo tuviese la culpa de la decadencia moscovita y a la falta de cristianismo hubiese que atribuir el espíritu japonés—, otros hay que, con no menos precipitación ni con menor ligereza de juicio, quieren atribuir a la introducción del credo cristiano en el imperio japonés y a su evangelización parcial sus últimos triunfos. Una y otra cosa me parecen propias de sectarios y, por lo que hace a los segundos, olvidan lo de que el reino de Cristo no es de este mundo ni predicó Jesús para hacer pueblos que ganasen guerras, Dios sabe a costa de qué.

Lo que parece resultar en el Japón es que al ponerse en contacto varias religiones en el seno de un pueblo, tal vez indiferente a todas ellas y además curioso, se modifican mutuamente. Voy a pasar casi por alto lo que al sintoísmo, confucionismo y budismo se refiere.

Por lo que a estos dos últimos se refiere cabe siempre la duda de si son realmente religiones y no más bien filosofías de origen más o menos religioso y tan ineficaces para el pueblo como la religión positivista de Augusto Comte, pongo por ejemplo. El confucionismo es una doctrina terriblemente sensata y lógica, de una pobreza de poesía que mete

miedo y de una ética que espanta por su vulgaridad. No hay alma soñadora y delicada que pueda descansar en sus consejos trivialísimos. Y además no tiene casi nada de religión. No es más que una moral. A los occidentales nos deja fríos, y sospecho que si hay orientales a quienes no les deja también fríos, será porque lo estaban ya.

En cuanto al budismo, no es, en el fondo, más que la desesperación resignada, y sospecho que su efecto es sumir a los pueblos en la indiferencia. Me parece una doctrina de almas decrépitas y cansadas. Nunca he podido saber a punto fijo qué es eso del "nirvana" y si ello representa o no la sumersión en la absoluta inconsciencia, la vuelta a la nada de que surgimos.

"Como yo creo —dice Shimada Saburo, citado por Gómez Carrillo— que, en definitiva, el camino del cielo debe ser único, no existe para mí duda que esas tres religiones —se refiere al confucionismo, budismo y cristianismo— llegarán a armonizarse". También yo lo creo. Y, en efecto, lo propio de toda religión viva es apropiarse los materiales que otras le ofrecen, asimilárselos y transformarlos. El cristianismo logró dominar al paganismo absorbiéndolo en sí, y no pocas cosas que al cristianismo reprochan los neopaganos no son sino consecuencias de su paganización. Si los que se llaman a sí mismos anticristianos y repugnan el supuesto horror a la carne de la religión cristiana y su ascetismo se informaran libres de pasión y de prejuicios, verían que esa tendencia entró en la iglesia desde Grecia más que desde Palestina, y que fueron los adoradores del cuerpo humano y de su belleza los que, vencidos por el hartazgo, dieron en despreciarlo.

"El Japón —añade Shimada Saburo— me parece el país más apropósito para realizar este acuerdo, por no ser los japoneses ni tan exclusivos como los cristianos de Europa, ni tan tercos como los confucio-

nistas chinos". Y por su parte el profesor Ukito Wamin, profesor de historia patria en la Universidad de Tokio, dice que "la religión del siglo xx será una fusión de las tres grandes religiones del mundo, el budismo, el confucionismo y el cristianismo". Y el profesor Ukito Wamin sigue diciendo otras cosas igualmente profesorales que Gómez Carrillo cita en su libro. Y de todo ello saco que esos señores profesores japoneses son tan profesores, quiero decir, tan acamellados, como sus colegas occidentales. Hablan de religión con el mismo tono con que un químico habla de los cuerpos simples, sin sentir amor ni odio al cloro, al bromo, al fósforo o al molibdeno. Por debajo de todo ello se observa una falta de pasión que entristece.

Los japoneses, según el profesor —¡otro profesor!— Tsubuchi de la Universidad libre de Tokio —sigue diciéndonos Carrillo—, se asemeja mucho a los antiguos sofistas griegos. "Actualmente —añade éste— en el Japón es imposible abandonar el punto de vista intelectual de las cuestiones religiosas, pues en tanto que la religión tiene por objeto trabajar para la salvación general, en las explicaciones de los dogmas hay que tener en cuenta los progresos científicos de nuestra época". Yo no sé si los japoneses creerán o no que la razón puede hacer la felicidad del linaje humano, pero por mi parte estoy convencido de que esta felicidad, que en el fondo no puede basarse más que en la esperanza, es como la esperanza misma en que se basa una cosa irracional. Lo cual no quiere decir que sea falsa ni que sea inasequible, sino solamente que no es la razón el único medio de relacionarnos con la verdad y que acaso las verdades que más nos interesan son verdades irracionales, indemostrables o en oposición, tal vez, con la lógica.

Inserta luego el señor Gómez Carrillo en su libro

unos conceptos del japonés Ebina —de éste no nos dice si es o no profesor, aunque por lo que dice lo parece—, gran propagandista del protestantismo, el cual nos dice respecto al cristianismo unas cuantas cosas que parecen tomadas de cualquiera de esos que entre nosotros se llaman por antonomasia librepensadores.

Todos ellos me hacen el efecto de unos doctísimos doctores en medicina que están disertando gravemente respecto a la enfermedad de que se muere el paciente, mientras éste se revuelve en congojas agudísimas y en el terror de la muerte que se le acerca.

Y a propósito de esto he de decir que conozco mucha gente que se admira de la tranquilidad con que ciertos individuos, en ciertos pueblos, reciben la muerte o se la dan a sí mismos, y estiman superioridad de espíritu el que se abran el vientre sonriendo. Yo, por más que se me diga, veré siempre en ello un carácter de animalidad. El que un hombre tiemble más que otro ante la muerte sólo puede significar que la vida tiene para él más valor porque, en efecto, vale más. Los que han llegado a gustar las más profundas aguas de la existencia son los que más temen perderla. La prontitud y facilidad en hacer el sacrificio de la propia vida, no me parece en sí y por sí una superioridad ni mucho menos.

Cuando la guerra rusojaponesa había no pocos europeos que se pasmaban de entusiasmo al leer el relato de aquellos batallones japoneses que iban sonriendo a la muerte, y yo me decía: eso puede ser, en efecto, admirable y sublime, y puede ser, por el contrario, estúpido según el sentimiento que los guíe y, sobre todo, según las esperanzas que abriguen. Y como nadie supo ni ha sabido explicarme el estado de alma de aquellos soldados, me he quedado sin saber si admirarlos o compadecerlos. Porque toda esa retórica del patriotismo, el heroísmo, el amor al emperador, el sentimiento del deber o el del honor,

son cosas que, en mi desarraigable materialidad de esperanzas de extremo occidental, no puedo sentir, aunque trate de comprenderlas. El famoso *bushido,* por ejemplo, me produce el mismo efecto que a los místicos y ascetas cristianos les ha producido siempre el honor caballeresco.

En resolución, lo que todavía no he visto claro es qué es lo que un japonés del pueblo, un japonés sencillo y a la antigua, un japonés no estropeado por el intelectualismo científico y nacionalista de la vieja y cansada y escéptica Europa, piensa y siente respecto a su vida futura y al destino de su propia conciencia individual.

A los europeos de hoy les gusta poco dilucidar este punto. Le tienen miedo. Fingen compadecer a los pobrecitos que no podemos resignarnos al aniquilamiento, a los que vivimos atormentados por la sed de eternidad y se nos vienen con todo género de cantatas, argumentos y razones, como si no las supiéramos todas ellas de memoria. Y hasta han declarado de mal gusto provocar este asunto. Lo que no quita que cuando se quedan a solas se angustien como cada hijo de vecino, ante esta consideración.

Me parece más noble y más franco, y sobre todo más humano, sacar afuera estas inquietudes y no fingir un valor, una resignación o una indiferencia que en realidad no se poseen, aun a riesgo de ser blanco de las burlas de los espíritus fuertes.

Ya sé que esto es cosa de que dicen que no se debe hablar, pues con ello se corta la digestión de los placeres, pero yo creo que un pueblo no puede llegar a ser grande mientras no haya en él un número de almas escogidas torturadas por estas profundas y eternas torturas. Bien sé que no es la angustria metafísica una necesidad social para todos y cada uno de los hombres, pero dudo de la vitalidad espiritual de un pueblo donde apenas hay quienes

se inquieten con esas grandes inquietudes. No concibo nada más terrible que un pueblo en que todos fuesen eso que aquí se llama librepensadores, adoradores de una ciencia que conocen mal y poco más que en sus aplicaciones y creyentes en la omnipotencia de la razón.

Al final del capítulo que Gómez Carrillo dedica a la miseria en el Japón, dice: "lo único que en realidad han imitado de Europa los japoneses, es el arte de matar con ciencia y el arte de tener hambre". Y así como su europeización, siquiera externa, les ha traído la miseria económica, ¿no les traerá, al primer revés que sufran, la miseria espiritual, el desencanto, el sentimiento de la infinita vanidad del todo, para hablar con Leopardi?

"El miedo a la muerte —dice Carrillo—, ese miedo que domina el occidente, no ha invadido aún al Japón." No, no es el miedo a la muerte lo que domina al occidente pseudocristiano, a esta cristiandad que, según la frase trágica de Kierkegaard, juega al cristianismo; no es el miedo a la muerte sino el miedo al más allá de la muerte, el miedo a la nada, el terror loco al aniquilamiento. Cuando se cree con fe sencilla en la otra vida no se tiene miedo a la muerte, antes bien se la busca. Los mártires corrían tras ella.

Y basta, no digan que quiero entristeceros. Leed el libro de Carrillo y no os pasará tal cosa.

Salamanca, marzo 1907.

[*La Nación*, Buenos Aires, 7, IV, 1907.]

MAS SOBRE EL JAPONISMO

Ramiro de Maeztu es un espíritu sutil e impresionable, capaz de interesarse por los más diversos problemas, y creo que poco capaz de enamorarse profundamente y de por vida de una causa cualquiera. Le creo un sensual de la inteligencia, quiero decir, un hombre que tiene la voluptuosidad de los conceptos, de las doctrinas, de las teorías. Un alma, en fin, poco apasionada y sin fanatismo. Y un excelente, excelentísimo periodista.

Cuando yo le conocí, allá en nuestro común país vasco, estaba bajo las garras de Nietzsche, creo que sin conocerlo mucho mejor que yo, que en realidad nunca lo he conocido muy bien y siempre indirectamente, y entonces, cuando nos conocimos Maeztu y yo, no conocía yo al tal Niezsche ni poco ni mucho. Hoy, poco, pero entonces nada.

Digo, pues, que por aquel entonces era nuestro Maeztu un nietzscheniano al parecer rabioso. No dejaba caer de los labios a Zaratustra y apenas había escrito suyo en que en una o en otra forma no asomase el sobrehombre. Cuando se fué de Bilbao a Madrid, decidido a conquistar la corte —y la conquistó a su manera, siendo a la vez, claro está, conquistado por ella—, se llevó en la maleta a Nietzsche y agarrado a la bandera de éste emprendió sus campañas de individualismo a todo trance.

El al parecer frenético individualista de aquellos

años se nos ha vuelto un al parecer no menos frenético antiindividualista y pone en la causa que ahora sustenta el mismo ahinco y la misma sutileza e ingenio que ponía entonces en aquélla. Y yo no puedo menos que recordar lo que le decía en cierta ocasión, diciéndole: "Mire usted, amigo Ramiro, nosotros los vascos somos un pueblo ágil, y hasta ahora sólo se nos conoce por la agilidad corporal, por ser un pueblo de pelotaris: es menester que demos a conocer nuestra agilidad mental y que sabemos también jugar a la pelota con las ideas. Lo importante no deben ser para nosotros las ideas sino el modo de pelotearlas". Y me temo que haya seguido muy a la letra mi consejo.

Cuando se profesaba individualista radical juraba en nombre de un individuo que era Nietzsche, y ahora, que se profesa antiindividualista, o mejor dicho, colectivista —no en el sentido económico, sino en el otro—, jura en nombre de un pueblo: el japonés. Y sospecho que el pueblo japonés que hoy nos predica y pone por modelo de imitación es tan fantástico y tan apartado del verdadero pueblo japonés como el Nietzsche que entonces nos predicaba era fantástico y apartado del verdadero Nietzsche, del hombre y no del escritor.

En un número de *La Correspondencia de España* —el del 2 de este mes de junio— me dedicaba, bajo el título de "La rosa y la flor de cerezo", un artículo en que toma en cuenta el que en estas mismas columnas dediqué yo al problema religioso en el Japón, y que apareció el 7 de abril. Uno y otro trabajo se basan en el libro *El alma japonesa*, de Gómez Carrillo.

Maeztu se empeña en convencernos de que el triunfo japonés —triunfo hasta ahora y al parecer, pues aún nos queda, a ellos mucho que andar y a nosotros mucho que verles andar— se debe al principio fun-

damental del budismo, o sea a la impersonalidad de los seres contingentes, o mejor dicho, a la contingencia de las individualidades.

Hay aquí, por de pronto, dos cosas y son: la primera, si realmente el budismo enseña la impersonalidad de lo contingente, y segunda, si realmente el budismo ha entrado en el cogollo del alma japonesa. Yo, que soy mucho menos dogmático de lo que parezco, y que, sobre todo, soy mucho menos sugestionable que mi amigo Maeztu, no estoy convencido ni de lo uno ni de lo otro. Cuanto he leído acerca del budismo y acerca del pueblo japonés, y si no es mucho es algo, me ha confirmado en mi no convicción.

Dice Maeztu que no me gustan los pensadores japoneses porque carecen de pasión, porque no encuentro en ellos las tragedias íntimas que atormentaron a Pascal, a Senancour, a Nietzsche. No, no, no; entendámonos. Empiezo por no conocer pensadores japoneses, y me guardaré muy bien de suponer que los tales, si los hay, no sufran sus tragedias íntimas. Yo me refería en mi correspondencia a los escritores —no pensadores— japoneses que Gómez Carrillo cita en su libro, y aquellos señores catedráticos me dejan frío, no por su falta de pasión sino por la vulgaridad de su pensamiento. Son unos señores catedráticos tan catedráticos como los de aquí, y que, más bien que imbuídos en el budismo o en la sabiduría tradicional japonesa, me parecen empollados en la biblioteca de filosofía contemporánea que publica Alcan en París. Sus doctrinas me suenan a occidentales y su famoso objetivismo es el que conocemos todos por acá.

Maeztu cree que la pasión es perjudicial a la obra mental, y yo creo, en cambio, que no se ha hecho obra alguna grande y duradera de inteligencia que no haya sido una obra de pasión. Obra de pasión estimo la

Etica, de Spinoza; los *Principios,* de Newton, y la *Crítica de la Razón,* de Kant.

Maeztu supone que en el Japón no existe el miedo a la muerte y al más allá de ella. Como yo no he vivido allá, no puedo decir a esto nada; pero me será permitido dudar de sus afirmaciones redondas y categóricas. Y repito una vez más que estoy persuadido de que el Japón real y verdadero debe ser muy diferente de como nos lo pintan todos estos occidentales que se empeñan en tomarlo como ejemplificación de sus doctrinas, occidentales también.

Afirma Maeztu que los que no sabemos japonés podemos enterarnos de cuál sea el espíritu de aquel pueblo por la serie de obras japonesas que publica en inglés la casa editorial Putnam's Sons de Nueva York. Y yo digo que si por ahí fuesen a formarse idea del alma española por lo que decimos de ella los españoles más o menos ilustres que acerca de la tal alma escribimos, estaban aviados.

Lo que yo sospecho es que esos señores japoneses, más o menos ilustres y más o menos pedantes, que escriben acerca de su propio pueblo dirigiéndose a los occidentales, nos están, sin quererlo, tomando el pelo, porque son unos señores japoneses adulterados por la cultura europea y que ven al pueblo mismo de que brotaron y en que viven al través de espejuelos comprados en Europa. Esos señores profesores japoneses me resultan unos europeizantes empedernidos y tanto más europeizantes cuanto más antieuropeizan u oponen el Japón a Europa. Parece que se han dicho: ¿cuál es el principio cardinal de la civilización europea?; pues hagamos del principio opuesto nuestro principio.

En el número del *Mercure de France,* correspondiente al 10 de mayo de este año, leí un artículo —artículo que recomiendo a Maeztu— de M. Albert Maybon sobre el malestar japonés ("La malaise ja-

ponais") y en el que se comenta, con textos japoneses —que por lo visto sirven para todo—, la anarquía moral que la invasión de doctrinas europeas ha introducido en el Imperio del Sol Naciente. Allí se comenta cómo a medida que el escepticismo religioso se extiende en las clases altas, medra, en las bajas, una monstruosa vegetación de supersticiones groseras.

Yo no dudo de que los jefes del ejército japonés, los oficiales distinguidos formados en la ciencia europea, aquellos cuyos nombres han llegado hasta nosotros, estuviesen, como los señores catedráticos cuyos textos se nos aduce, convencidos de la impersonalidad de lo contingente, pero de lo que dudo mucho es de que lo estuvieran aquellas masas de soldados que se dejaban matar tal vez para ir más pronto al paraíso japonés.

Procedo por analogía. Sé que el pueblo español, el bajo pueblo, el que ha sido carne de cañón de nuestras guerras, piensa y siente muy de otro modo que Maeztu o que yo, aunque por otra parte tenga yo la pretensión, acaso infundada, de conocer mejor que la mayoría de los intelectuales españoles cómo piensa y siente nuestro pueblo que no sabe formular ni su pensamiento ni su sentimiento.

El amigo Maeztu sabe a ciencia cierta y de un modo apodíctico que no hay lucha de religiones en el Japón, que los japoneses son budistas en metafísica, confucionistas en moral privada y sintoístas en política, todo al mismo tiempo y más o menos, según sus grados de cultura. Ni Gómez Carrillo, me parece, ni yo, de esto estoy cierto, sabemos tanto.

"El cristianismo carece de influencias en el Japón", sigue afirmando Maeztu. He aquí una afirmación que no me creo en condiciones ni de ratificar ni de rectificar. Había de vivir una docena de años en el Japón y no me atrevería a hacerlo. Como que no me

atrevo a afirmar si influye o no en España, donde llevo viviendo los cuarenta y dos años que cuento de vida.

Cuando me atrevo a juzgar algo de las cortantes afirmaciones de Maeztu es cuando éste se sale del Japón, en que se escuda acaso porque conoce nuestra ignorancia respecto a él, y se viene a Europa y a España. Afirma que "nuestros místicos no tienen nada que ver con nuestros soldados", y este formidable apotegma me dejó turulato a mí que me he pasado buena parte de mi vida estudiando a nuestros místicos y a nuestros soldados, que me parecen hermanos gemelos. Al leer tan extraordinaria proposición me acordé al punto del cardenal Cisneros dirigiendo la expedición a Orán y de Iñigo de Loyola, soldado y asceta.

He dedicado largas vigilias al estudio de nuestros místicos, de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz, de fray Juan de los Angeles —que son los que cita Maeztu— y de otros más; algo he escrito sobre ellos en mi libro *En torno al casticismo,* y he necesitado leer a Maeztu para enterarme de que trataban de suprimir la conciencia individual. ¡Pobrecito de mí! ¡Y que yo, con casi todos los que han estudiado la mística española y lo que la caracteriza y especifica diferenciándola de las demás, creyera que lo típico de esta mística es su vigoroso individualismo, individualismo que le salva de caer en panteísmo! Yo creía que nuestros místicos, lejos de dejarse absorber en Dios, absorbían a Dios en sí; yo creía que es en la mística donde hay que ir a buscar la expresión más neta y más robusta del individualismo español; yo creía lo que dejé escrito en 1895, que "es tan fuerte el individualismo éste, que si San Juan de la Cruz quiere vaciarse con todo, busca esta nada para lograrlo todo, para que Dios y todo con Él sea "suyo", que "buscaban por renuncia del mundo, "posesión" de Dios, no

anegamiento en Él".” En esta mi creencia me había confirmado la última obra que he leído en que se trata de la materia, la estupenda *Historia da civilisação ibérica* del portugués Oliveira Martins, libro que, si no lo conoce, debe conocer Maeztu y conocerá algo mejor a su propio pueblo.

Cuando leí esa afirmación de Maeztu sobre nuestra mística no pude menos que decirme: “pues señor, si mi amigo Ramiro están tan fuerte en japonismo como en mística española, aviados estamos los que vamos a aprender en sus escritos”.

Luego nos habla del yo egotista, soberbio y odioso. ¡Pobre yo!, y, ¡cómo te calumnian! Estoy por decir que no hay nada menos soberbio, menos odioso y hasta menos egotista que el “yo”. Es mucho más soberbio y más odioso el “nosotros”. Y así como Maeztu tiene una idea de los japoneses, yo conozco un sujeto que los ha tratado mucho, que ha tenido con ellos negocios mercantiles —en los que se dice que no se distinguen por la buena fe—, y el cual me decía que el “nosotros” japonés es mucho más intolerable que el más intolerable “yo” español. Los egotismos colectivos suelen ser más soberbios y más odiosos que los egotismos individuales, y el Japón, como pueblo, ha dado pruebas bastante claras de egotismo colectivo y hasta de soberbia. Y de la peor soberbia, de la hipócrita, de la que se disfraza de humildad y cortesía.

También estoy equivocado, según Maeztu, en suponer un pedante al profesor japonés, y en prueba de ello me aduce lo que dice un señor marqués Lorenzo d'Adda. Y con esto no hay más que hablar. Lo malo es que yo me encojo de hombros ante las afirmaciones de ese señor marqués y me quedo con la impresión que me han producido los textos de profesores japoneses que he leído en el interesantísimo libro de Gómez Carrillo y en otros libros me-

nos interesantes. El que cuando entra un profesor en una casa de té, atestada de senadores, diputados y oficiales, se levanten todos y le saluden con una inclinación, no quiere decir que no sea un señor alcanesco y libresco en general, un fonógrafo de lugares comunes de filosofía barata.

Entre nosotros pasa lo mismo. También por este occidente se honra y festeja y se da banquetes más que a los espíritus originales y valientes, sinceros y profundos, a los que repiten pomposamente y parafrasean retóricamente los lugares comunes de la llamada ciencia contemporánea. Y en el Japón parece que ocurre lo propio.

Lo siento mucho, pero mi buen amigo Maeztu no ha logrado convencerme, lo mismo que no lograré convencerle ya. Y después de todo no importa esto gran cosa, porque él dirigió su escrito, más que a mí —aunque me lo dedica—, a los lectores de *La Correspondencia de España,* y yo dedico este mío, más que a él —aunque con su nombre lo encabezo— a los lectores de *La Nación.* Cuando de algo quiera convencerle personalmente, me dirigiré a él privadamente, y él hará lo mismo cuando trate de convenceme de algo. Eso de ser escritores nos crea una segunda naturaleza, y así resulta que muchas veces somos tanto menos egotistas como hombres cuanto más egotistas aparecemos como escritores.

Salamanca, junio 1907.

[*La Nación,* Buenos Aires, 21, VII, 1907.]

EL POETA EMIGRA [1]

Cuando aparezcan en las columnas de *La Nación* estas líneas, estará ya probablemente en ese Buenos Aires el poeta murciano Vicente Medina. Al frente del ejemplar que me dedica de su última obra *Poesía* —recopilación escogida de sus obras poéticas—, ha escrito estas líneas después de la dedicatoria: "Correspondencia: Buenos Aires, lista de Correos. Me voy a América, querido amigo..., ¡siento ansias de renovación!"

Y después de haber leído estas líneas que parecen de animación y esperanza, siendo, en el fondo, de una gran melancolía, me acordé de aquellos dos versos finales de una de sus más hermosas poesías: *Murria,* aquellos versos que dicen:

¡que me abrigue mi cuerpo mi tierra!
¡¡mi tierra del alma!!

Y este hombre se va, se va tal vez para siempre, se va para que acaso abrigue un día su cuerpo una tierra que hoy le es extraña.

Vicente Medina se dió a conocer hace unos diez años en un tomito de la *Biblioteca Mignon,* que contenía tres poesías cortas, "trece suspiros", como

[1] Este escrito fué reproducido como prefacio o juicio crítico en la edición del libro de Vicente Medina titulado *Viejo cantar,* Rosario de Santa Fe, República Argentina, 1919, volumen primero de la colección de las obras completas de aquél. (N. del E.)

dijo "Clarín". "El arte divino —añadía éste—, reservado a tan pocos, de transparentar el dolor real en poesía inspirada, breve, natural, sencilla; con la retórica eterna que sólo conocen los que saben demostrar la sinceridad absoluta de una manera evidente."

El nombre de Medina se hizo al punto conocidísimo entre los que por cosas de poesía se interesan. ¿Popular? No hay hoy poeta alguno verdaderamente popular, ni puede haberlo. Para bien de la poesía.

Y Medina es un poeta, no un artista tan sólo. Porque los más de los que como poetas pasan en España y en América —y más aún en América que en España— suelen ser a lo sumo artistas, pero poetas no. Todo lo suyo va por fuera, todo lo suyo es meramente formal, ya de la forma más superficial —la del lenguaje—, ya de forma algo más interior, aunque no mucho, de sensación, de visión de detalle. Sus composiciones llamadas poéticas tienen dermis y epidermis, y encima de ésta afeites y ungüentos y cosméticos, pero no tienen carne caliente ni debajo de ésta hueso.

Suelo dividir las tales composiciones literarias en verso, en dos clases: la de las escuálidas y la de las mucilaginosas. Unas veces, en efecto, se ve el hueso abstracto, conceptual, rígido, mal recubierto con una piel, y otras veces se adivina que no hay hueso alguno, que no hay esqueleto, bajo la carne. Unas pecan por demasiado sólidas y otras por demasiado gaseosas. Y rara vez se encuentra el cristal musical que dice Guerra Junqueiro debe ser la poesía.

Por supuesto que esos meros artífices acostumbran tomar por abstracto y puramente conceptual lo que es algo más que sensación. En cuanto algo les levanta dolor de cabeza o no alcanzan a sentirlo de-

cláranlo filosofía. Para los tales lo más de la *Divina Comedia,* casi todo Leopardi, Goethe, Browning, etcétera, etcétera, tiene que ser filosofía.

La musa de Medina no es ciertamente una musa de alto vuelo. Le falta "envergadura". Cuando pretende cernerse en ciertas alturas trascendentales, se siente lo fatigoso y lo roto de su volar. Pero, en cambio, cuando se lanza a vuelos cortos y rápidos, cerca del suelo y a la vista del nido, cantando entretanto, es una delicia.

Como os decía, Medina acaba de publicar, como despedida de su patria, en un solo tomo, sus poesías escogidas. Aquí están sus "aires murcianos" escritos en el habla regional de Murcia, en una especie de subdialecto, con ligeras variantes respecto a la lengua común española, variantes cuya diferencia es poco más o menos como las variantes de los tan cacareados idiomas nacionales hispanoamericanos.

De estos "aires murcianos" se han hecho en España famosísimos, realmente clásicos, dos, y son *Murria* y *Cansera,* sin que esto quiera decir que no haya otros que tal vez los superen. Son dos composiciones que pasarán a las antologías.

¡Llévate esa copa,
no me des más agua!...
Pa apagar la sequía que tengo,
me tenías que dar una jarra
de aquellas tan limpias
que están corgaícas debajo e las parras...
de aquellas tan fresca,
que, gotica a gotica, tresmanan!...

["Murria".]

¿Qué dirá ahora Medina al beber el agua de esa hospitalaria tierra argentina?, ¿qué dirá al beber el agua que espera sea de renovación?

Los últimos versos de *Cansera* son tan definitivos,

tan hondamente dolorosos, tan íntimos como los últimos de *Murria.*

No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
¡a ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertara!...
¡Tengo una cansera!...

La cansera, la cansera de vivir y luchar en España, guitarra al hombro y pluma de forzado del escritorio mercantil en la mano, esa terrible cansera ha llevado a Medina a Buenos Aires.

Los aires murcianos es lo que sobre todo dió fama a Medina, pero yo prefiero tal vez otras cosas suyas, sin ese tonillo algo pegajoso y dulzón del habla murciana. Por ejemplo, aquella hermosísima poesía *Mi reina de la fiesta,* que es un regalo de intimidad de sentimiento.

Yo también tengo amores, pero los tengo lejos...
tan lejos que no aguardo que ya a mi lado vuelvan...
Se fueron una tarde de otoño en que las hojas
de los añosos álamos se desprendían secas...
¡Se fueron una tarde,
con su mirada triste, con su mirada tierna!...
Se fueron y me aguardan...
Ha tiempo que me espera,
¡durmiendo eternamente
debajo de unas flores, mi reina de la fiesta!

Y estas flores bajo las cuales esa reina duerme, ¡florecen tan lejos de esa tierra americana a que el poeta emigra! Pero hay en todas partes flores y a todas partes van tras de aquellos que los amaron, las almas de nuestros muertos.

Y qué ¿voy acaso a ir recorriendo el tomo entero? No acabaría de citar.

Y junto a esos suspiros musicales, envueltos en aroma de hogar, en perfume doméstico, tenéis las

Rebeldes. Este hombre todo dulzura, todo ternura, todo melancolía, lleva un rebelde dentro. Es natural. No sé bien por qué Medina inserta delante de estas poesías unas líneas en prosa en que parece querer sincerarse de haberlas compuesto.

Y es este fondo de rebeldía, es su amor infinito a la verdad y a la justicia lo que ha sacudido su cansera y su murria, y venciéndolas le ha lanzado, con ansias de renovación, a un nuevo mundo. Ese nuevo mundo, esa América de promisión, ¿hará de Medina un nuevo poeta? Dios lo quiera.

José María Gabriel y Galán, mucho más influído por Medina de lo que muchos creen, pensaba mucho en los últimos tiempos de su vida tronchada en flor, en esa América. El éxito que ahí empezó a alcanzar, el premio que ahí se le otorgó, voces de aliento y de saludo que de ahí le venían, todo ello eran aguijones a su musa para que volara más alto. Fué teniendo presente a América como empezó a elevar el tono de sus composiciones. Para revolotear aquí, en estas tierras de Castilla y de Extremadura, entre "las pardas onduladas cuestas", a la vista del nido, le bastaba el vuelo corto y rápido de la codorniz, pero para cruzar el Océano necesitaba vuelo más alto y más sostenido. Y yo creo que el anhelo de volar más alto y más largo y el ahinco de lograrlo, acaban por ensanchar y robustecer las alas.

Conocí a Medina en Cartagena, donde vivía ganándose la vida como tenedor de libros de un comercio, y os aseguro que jamás conocí hombre de alma más trasparente y limpia, de corazón más sencillo y noble. Quedé tan encantado del hombre como encantado iba del poeta.

Y este hombre y este poeta, todo corazón y sencillez, tiene que emigrar de su madre patria, cuyo tesoro espiritual ha enriquecido con cantos imperecederos.

Y es porque Medina, aunque alguna vez se haya sentido rebelde, no ha sabido —¡feliz ignorancia!— luchar como aquí es preciso hacerlo. Ha vivido lejos de los cotarros de Madrid, lejos de esos horrendos cotarros donde se fraguan las más deleznables reputaciones y donde se aprende a vivir sin hacer cosa de provecho. Ha vivido lejos de la feria de las vanidades y las envidias.

También yo vivo lejos de ella, es cierto, y no puedo quejarme. Pero es que yo pude estudiar y acabar una carrera a la edad en que Medina servía a su patria, como soldado, en Filipinas, y yo pude ganar una cátedra que sin gran trabajo me asegurara de la penuria dejándome tiempo libre. Y además yo soy un vasco y los vascos llevamos, según dice un amigo mío, un zorro dentro. Si no me lo tomaran a jactancia, yo diría que no me niego a llevarlo. Y me doy por muy honrado con ello. Porque el zorro es un sujeto estimable y noble, a quien calumnian las estúpidas gallinas y el fatuo del gallo, que se cree que el sol sale nada más que para oírle cantar. Y como algún día he de escribir el elogio del zorro, dejo ahora aquí el tema.

Esta emigración de Medina a América es algo a la vez que melancólico, consolador. Y es, sobre todo, algo muy significativo y tal vez profético.

Hasta ahora apenas emigraban a América, con raras excepciones, si no braceros, trabajadores manuales, gentes que empezaban a vivir, algún que otro desesperado, muy pocos ambiciosos de verdad, y tal cual aventurero. Empieza a irse otra gente. El contagio va ganando a aquellos que se mostraban más apegados al terruño.

Es que yo, por ejemplo, ¿no he emigrado, por mi parte? Desde hace más de un año casi todo lo que escribo es para América, y de esto que para América escribo casi todo es para *La Nación*. Fuera de ello

me atengo a preparar mis futuros libros. (Antes de un mes lanzaré al público mis *Recuerdos de niñez y mocedad,* os lo anuncio). Y no es sólo buscando mayor provecho, aunque esto entre como parte, no; es también buscando más libertad.

Y esta emigración, ya en cuerpo, ya en espíritu, la creo provechosísima para nosotros. Y la creo provechosísima por la razón que ya he dado, y es que para volar tan lejos tendremos que levantar el vuelo, ensanchar y robustecer las alas.

Un escritor ensancha sus propósitos a medida que su público se ensancha. Nuestra fe en nosotros mismos crece a proporción en que aumente el número de aquellos que en nosotros creen. Uno de los peores azotes de la literatura española contemporánea es que la mayoría de los gallos no cantan más que para el corral en que nacieron. Ser consagrado en Madrid es para los más de ellos el colmo del triunfo. Y así es que apenas saben hablar sino de cosas de España, y aun menos que de España, y de un modo que a nadie puede interesar fuera de ella.

Cualquiera puede observar que en cuanto a un autor se le traduce a idiomas extranjeros, empieza, dése o no cuenta de ello, a cambiar de tono y de alcance. Escribe ya, más o menos, en vista de la traducción.

Lo he dicho mil veces y lo repito: lo que a nuestros jóvenes literatos les falta es ambición. Los que más ambiciosos parecen no lo son más que en apariencia: sus aspiraciones suelen ser modernísimas. Hablan de la gloria, pero piensan en lo que tal o cual periódico paga y a lo sumo sueñan con el renombre. Hay pocas almas "icáricas" entre nosotros. Y en cuanto surge alguno real y verdaderamente ambicioso, al punto cobra fama de soberbio. Lo sé muy bien.

¿Qué efecto producirá esa América en la alondra murciana? ¿Cómo entrará esa tierra y esa vida en

el alma de Vicente Medina como alma de verdadero poeta, toda ella receptividad?

Esta correspondencia es un desahogo en parte —como casi todas las mías—, es un saludo de despedida, es también una recomendación. Una recomendación, sí, que os la presento, lectores argentinos, porque nadie me la ha pedido y porque el buen Medina ni sospecha siquiera que se la vaya a dar. ¡Tantas se me piden, las más de ellas sin justificante alguno; tantas se me piden y a tantas he tenido que hurtarme, que creo de justicia dar ésta sin que me la pida nadie!

Hace ya ocho años, a la vista del sereno Mediterráneo, en Cartagena, estreché la mano de Vicente Medina y sentí el calor de ella mezclado al calor de la mía, como se mezclaron ecos de poesías mías —entonces empezaba a hacerlas— a ecos de las suyas. Y ahora, a través del vasto Atlántico, le tiendo la mano espiritual y le digo: ¡poeta, que esas ansias de renovación que te han llevado al nuevo mundo sean satisfechas y, que un día, renovado ya, puedas volver a que al fin abrigue para siempre a tu cuerpo tu tierra, tu tierra del alma!

Febrero, 1908.

[*La Nación*, Buenos Aires, 2, III, 1908.]

"FIN DE CONDENA"

A JUAN ARZADUN.

Ninguno de tus viejos amigos se habrá alegrado más que yo del feliz éxito de tu *Fin de condena,* mi querido Juan. Con ello has forzado de una vez la atención del gran público, del público inatento que aborrece la lectura y necesita que le lean o le reciten las cosas. Porque la preeminencia mayor del teatro entre nosotros es ésa, que el espectador oye que le dicen los actores lo que han leído y no necesita leer. Y aquí la gente no tiene torpes los oídos, ¡pero lo que es la vista!...

¡Qué lejos están, amigo Juan, con no estar sino muy cercanos —¿qué son quince o veinte años comparados con la eternidad?—, aquellos tiempos en que nuestro inolvidable Fermín Herrán, aquel infortunado luchador, publicaba en el tomo II de su *Biblioteca Bascongada* —con b, pero todavía sin k— tu colección de relatos en prosa y verso a que titulamos *Poesía,* y que yo te prologué! (1). Aquel prólogo es una de las cosas que más con el corazón he escrito, y, por lo que a ti hace, me cuesta creer que vuelvas a escribir nada como aquella *Nochebuena del expósito,* aquel *Cabezota,* aquel cotejo entre nuestro Nervión y nuestro Cadagua, o aquel *Canto a la guerra,* que te valió la amistad de Balart, y tantas otras poesías que

[1] *Poesía,* de Juan Arzadun, Bilbao, 1897. Véase dicho prólogo en el tomo VII de estas O. C. (N. del E.)

allí hay. ¿Qué quieres? ¡Manías de un solitario, que va a frisar en la cincuentena!

,Después nos separamos, pensando los dos, entre otras muchas cosas, en una misma, y más de una vez, al volver a encontrarnos, al peregrinar juntos al borde de nuestro bravo Cantábrico, a la vista de aquel islote de Izaro a que has cantando, discutíamos nuestro muy distinto modo de entender la técnica del verso, no digo la poesía. Nunca olvidaré aquella tarde en Elanchobe, mientras el rumor de las olas de nuestro mar, del mar que breza el sueño de nuestras montañas vascas, mecía nuestra polémica.

Has salido, al fin, y muy bien, de tu *Fin de condena,* y no hay quien se alegre de ello más que yo. Y he leído aquí mismo, en *La Noche,* tu artículo contándonos cómo llegaste a escribir tu drama. Recuerdo haberte oído ese relato, y hasta me parece que lo has dado en un cuento, cuando andabas entreteniendo con ellos a los morigerados lectores de algún diario de nuestra nativa tierra, de aquella nuestra tierra, la de la honrada poesía, que dijo, con una justicia y un acierto que son lo que más me duele de ello, mi venerado maestro, el excelso don Marcelino.

Has contado cómo llegaste a escribir tu *Fin de condena,* pero ahora no sería malo que nos contases cómo has llegado a ponerla delante del público.

Eso del teatro ya sabes que es cosa aparte. Precisamente este otoño he estado leyendo la estupenda *Correspondencia* de aquel soberano artista que fué Flaubert, y hay que leer sus desahogos cuando del teatro y de sus misterios eleusinos habla.

Ya veo que nuestros ingeniosos críticos, al hablar de tu drama, le buscan sus precedentes, y veo que tú mismo, por tu parte, te refieres a la noticia que Tomás de Elorrieta, nuestro amigo y paisano te dió; pero ya sabes que, respecto a un escritor, lo más im-

portante es averiguar qué es lo que ha podido leer. Ahí está el secreto de todo. Aunque en rigor no se trata de inquirir qué es lo que pudo leer, sino qué es lo que yo, que le juzgo, he leído. Por mi parte, a una cierta tragedia que tengo a espera de su turno en uno de los teatros de esa corte, la he titulado, curándome en salud, con el título mismo de la de Eurípides, que me la ha inspirado. Pues aunque es totalmente distinta de ella y de la de Racine, como arranca del mismo argumento, bien que modernizado, he querido evitar el trabajo de buscarle precedentes.

Nos has contado cómo se te ocurrió tu *Fin de condena;* acaso sea no menos interesante saber cómo has salido de ella. Aunque, después de todo, tú estás ahí, en la corte, al pie del cañón —no olvido tu cualidad de artillero—, y la presencia personal es un factor poderoso, por muda que sea. ¡Pero esto de vivir en provincias!...

Hay una cosa, permíteme que te la diga, que no acaba de satisfacerme en tu artículo, y es lo que se refiere a la trascendencia social que pueda tener tu drama. Podrías conseguir con él que se mejore el régimen penal y no ser el drama, como drama, bueno, y no conseguirlo y ser excelente. Aquella *Cabaña del Tío Tom,* de Mrs. Stowe, que tanta parte tuvo en la guerra de secesión de los Estados Unidos y en la definitiva abolición de la esclavitud norteamericana es, como novela, una cosa muy endeble. Y no quiero aducir el ejemplo de cierto drama que se representó en el mismo tablado que el tuyo.

La fuerza precisamente de Ibsen, cuyo nombre baraja con el tuyo uno de los críticos, es que sus dramas no tendían a probar nada, ni a demostrar nada, ni a sostener tesis alguna. El mismo Ibsen protestó cien veces de los que le atribuían tales propósitos. Ahora, que en todo drama haya un problema, como le hay en todo suceso real, en todo crimen que apa-

siona, es otra cosa. Pero hay que desterrar del teatro esa cosa horrenda, la más hórrida de las invenciones modernas que se llama sociología. En mi vocabulario privado no hay palabra más despectiva que la de sociólogo; más aún que la de abogado.

Déjate, amigo Juan, de querer "aportar tu grano de arena a la obra de perfeccionamiento de cuantos ensayan en los enfermos de perversidad métodos curativos en vez de amputaciones implacables". Si de tu drama resulta que ayudas a esa obra, bien está. Es muy fácil que la *Iliada,* la *Eneida,* la *Divina Comedia,* los dramas de Shakespeare, de Calderón, de Goethe, de Corneille, hayan ayudado a alguna filantrópica obra social, pero han servido más para elevar, por el arte y la belleza, el nivel espiritual del hombre. Nada de dramas sociológicos ni penitenciarios.

Ahora, si las gentes ven en él un problema, una enseñanza, bien está.

Tu obra es otra, y es infundir nuevo aliento en este nuestro teatro contemporáneo; o mejor dicho, volverle su viejo aliento y formar, con los que, con Benavente a la cabeza, tratan de que no se hunda en el *métier,* en el oficio cuya maña es aquí, como en todas las empresas industriales, meter cada uno su carro en la rodera que hizo el del vecino.

Te felicita con toda efusión tu viejo amigo.

[*La Noche,* Madrid, 28, I, 1912.]

LA OBRA DE EUGENIO NOEL

No hace aún muchos días que se ha celebrado el primer aniversario de la muerte de Joaquín Costa. No han faltado discursos, ni en ellos las declamaciones de rigor en tales casos. Ni tampoco la queja de que no se lee y estudia lo bastante. Mas, a mi juicio, casi todo lo que sobre Costa se dice viene algo desviado del camino que debería llevar, por el empeño de ver en él, ante todo y sobre todo, al pensador, cuando no al sabio o tal vez al erudito. Y aunque Costa sabía sin duda muchas cosas y algunas de ellas muy bien, no puede en rigor decirse que fuera un sabio, lo que nuestros vecinos los franceses llaman un *savant,* y mucho menos un erudito. Sus trabajos de investigación están hechos, más que a la europea, a la española. Faltábale, gracias a Dios, impersonalidad. Sus trabajos eran trabajos de batalla. Fué un sentidor, un hombre de pasión arrebatada, un hombre a quien la patria le dolía. Tal su grandeza.

Y el pobre Costa se encontró en un ambiente arrecido, donde hasta el fuego de la pasión acaba por helarse. Porque no son ideas lo que nos falta; lo que nos falta son pasiones. Aquí se sabe mucho más de lo que algunos pedantes que pretenden aleccionarnos se figuran, y aquí se progresa. Pero se sabe sin pasión y sin pasión también se progresa. El corazón de Costa, aquel volcán de anhelos, cayó bajo una gran nevada. Y las gentes siguieron divirtiéndose, como el día mismo de la pérdida de Santiago de

Cuba acudía la muchedumbre a la plaza de toros de Madrid, vergüenza que encendía en cólera al profeta.

De la suerte de aquel hombre me acuerdo al ver luchar contra el cielo de la indiferencia pública a este otro joven profesor y encendido místico que se llama Eugenio Noel, empeñado en interesar a sus correligionarios, los republicanos españoles, en una campaña contra la torería y la flamenquería.

Este Noel, que creo saber llegó a estar algún tiempo, de muy mozo, en un convento, es un noble visionario y un desenfrenado amante de la verdad desnuda. Tuvo que ir como soldado a Melilla, y escribió desde allí a un diario radical una serie de correspondencias que le valieron ser llevado a la cárcel por el fuero militar. Hoy mismo tiene sobre sí unos cuantos procesos por ese llamado delito de imprenta, que a menudo se reduce a decir lo que no puede decirse, esto es: la verdad.

Y este ardoroso Noel, convencido —como también lo estoy yo— de que uno de los mayores males de España —él cree que el mayor— es la afición a los toros y a la flamenquería con toda su secuela de superficialidad y ramplonería, ha emprendido, en medio de la indiferencia, cuando no de la compasiva burla pública, una campaña contra ella. Primero en la prensa, donde yo le he ayudado algo (1) —aunque poco—, y después dando conferencias.

[1] En efecto, son varios los escritos antitaurinos de Unamuno, de que tengo noticia, y que tal vez contribuyan a perfilar una actitud hacia nuestra fiesta nacional, muy común en los hombres de la generación del 98. Dos de ellos datan de 1906 y llevan por título "A propósito del toreo" y "Temporada taurina". En 1911 llevó a cabo una campaña de artículos en el diario madrileño *La Noche*, que según manifiesta en uno de ellos, le valió varias cartas, una de ellas del propio Eugenio Noel, alentandole, y otra de un torero, en la que muy cortésmente se queja, y a quienes don Miguel contestó desde las columnas del diario citado. Todavía en 1914 merece su atención el tema, y de este año son dos artículos suyos titulados "La penetración pacífica" (alude a los toros como factor de aquélla en Marruecos), en el semanario *La Esfera*, y "El deporte tauromáquico", en *Nuevo Mundo*. (N. del E.)

Empezó por mi tierra nativa, por Bilbao, donde se ha desarrollado una morbosa afición a los toros, que ni tienen ni han podido tener tradición en aquella tierra donde nunca se criaron toros de lidia. Porque hoy es Bilbao, en efecto, uno de los focos de la torería en España. De él han salido ya varios toreros de cartel y hasta anda por ahí uno de Busturria, un pueblecito rural cercano a Guernica, uno que de piloto pasó a torero y que torea en bizkaitarra puro. Cierto es que éstos, los bizkaitarras, aparecen condenando la tauromaquia en sus documentos públicos de partido, pero no es menos cierto que es entre ellos donde hay que ir a buscar los más exaltados taurófilos. Como que en rigor es una misma la especie de mentalidad que produce la xenofobia bizkaitarresca y la taurofilia. Y hasta no falta hoy en Bilbao quien, fatigado de las luchas políticas y religiosas que tienen allí divididos los espíritus, pregona que es en la afición a los toros, campo neutral, donde hay que unirlos y asociarlos. Y de hecho se ha creado un club con el título de uno de los toreros vizcaínos y en ese club alternan todos. Pero es porque en rigor el taurofilismo es ya una especie de partido político y hasta de religión.

Noel, que es duro de palabra y no rehuye crudeza alguna, se ha encontrado con los intereses creados de los que viven de la tauromaquia frente a sí, con la sorda irritación de una parte de los aficionados, que ven puesta en la picota la calaña de su mentalidad, pero se ha visto sobre todo rodeado de la frialdad pública. Porque el pueblo no ve todo el mal de esa maldita afición.

Y no es lo peor de ella, lo he dicho varias veces, el que sea afición a un espectáculo bárbaro, ¡no! Con la barbarie del espectáculo podría acaso llegar a transigirse; lo peor es el tiempo y la atención que se malgastan en hablar de toros. ¡Que vayan al es-

pectáculo si así matan sus penas y se divierten, enhorabuena!; pero, por los clavos de Cristo, que no se pasen las horas y los días y los meses y los años hablando de él y comentando sus lances. Lo triste, lo descorazonador es entrar en un café o en un casino y ver a una y otra tertulia comentando las suertes de la última corrida de toros. Y aun algo peor que esto, y es comentando la vida privada de uno cualquiera de los matadores de moda. A todo español que tenga algo del alma de Costa, del alma de Noel, se le tiene que caer la cara de vergüenza al ver en los diarios columnas y más columnas dando noticias y comentarios del divorcio de un matador de toros y una cantadora de café de concierto. Los retratos de diestros lo llenan todo.

Que un aficionado a los toros vaya a ver lidiar y matar a su diestro favorito puede pasar; mas lo que no puede pasar es que vaya a oírle como quien oye un oráculo las gansadas que pueda decir. Humildad hace falta para que un ciudadano se deje retratar en compañía de esos diestros y al pie esta leyenda: El "Cazoleta" rodeado de algunos de sus admiradores.

Hace poco ha muerto un semanario que se llamaba *El cuento semanal* y donde colaboraban muchos de nuestros más renombrados escritores. Pues bien, los dos números que más se vendieron fueron el de un cura y el de un torero. Porque en uno de sus números apareció con la firma de uno de los afamados matadores de toros un relato que le escribiría cualquiera de sus admiradores. Por otra parte, la *Biblioteca Renacimiento,* que tanto bien está haciendo a las letras españolas, ha publicado un volumen sobre el arte del toreo que aparece como escrito por uno de nuestros más renombrados matadores de cartel y ése ha sido una de las obras que más se han vendido. Aquí, en esta ciudad universitaria en que

escribo, en esta Salamanca, a la que algunos llaman la Atenas española, el éxito de librería de ese libro del torero ha sido el mayor que se ha conocido, después del de *¿Quo Vadis?*, habiéndose vendido de él cuádruple número de ejemplares que se haya vendido de cualquiera de las obras de Pérez Galdós. Sólo nos ha faltado pedir el premio Nobel para cualquiera de nuestros primeros espadas.

No es lo doloroso, no, la barbarie del espectáculo de sangre; no es lo triste ver a un pueblo frenético pidiendo más caballos o presenciando el que se saque de la plaza a un hombre moribundo mientras la corrida prosigue; lo doloroso y lo triste es el histrionismo que a esto acompaña. Lo desconsolador es el culto que se rinde a esos artistas (!!!) del toreo.

Y la afición al toreo se da la mano con la flamenquería, con la chulería y aun con otras cosas peores. Es entre la gente de la "afición" —la afición, así, sin aditamento, quiere aquí decir a los toros— donde más se lee los semanarios pornográficos y me aseguran que apenas hay casa de lenocinio en que no se encuentren libros y semanarios de toreo.

Un amigo mío, que ha corrido por las más recónditas de esas tierras suramericanas, me dijo que en la iglesia de un pueblecillo de indios, allá por donde se tocan la Argentina, Bolivia y el Paraguay, encontró en un altar un número de *La Lidia* con el retrato a toda plana del diestro hoy retirado, Mazzantini, vestido de traje de luces. Y este culto de aquellos pobres indios, que debieron de tomar a Mazzantini por algún extraño santo, si es que no por un dios, me parece mucho más respetable que el culto de los aficionados a su ídolo tauromáquico.

Y no haya cuidado de que alguno de esos ministros del Evangelio que truenan desde el púlpito, contra el teatro como espectáculo corruptor —ya que

se puede poner herejías en boca de un personaje dramático— predique contra la "afición", ¡no! Parece ser que de todas las artes para recreo de la vida el arte de la tauromaquia es la más ortodoxa. Los más exaltados taurófilos se encuentran entre los católicos militantes. Y a mí no me cabe duda de que nada hay más sutilmente reaccionario que mantener la afición. Mientras la gente discute la última estocada del "Pavito" o su escapatoria con la cupletista Carmen o Conchita, no habla de otras cosas, y es muy conveniente hacer que el público tenga hipotecadas su atención y su inteligencia en variedades de ésas. *Panem et circenses,* era una de las máximas de la política de los emperadores romanos, máxima que hemos traducido: ¡pan y toros!

Esto sin contar el otro y acaso el más pavoroso aspecto del problema, cual es el del desastre que para la ganadería, la agricultura y la economía nacional representa la afición, aspecto que no ha escapado a Noel. Donde se cría un toro de lidia se podrían criar tres, cuatro o más reses de carne y leche, y no hace muchos días que un ganadero de reses bravas me decía que la extensión que va tomando la cría de toros de lidia va a acabar con la de ganado lanar.

De en torno a esas dehesas, donde el toro que ha de lidiarse un día cría su fiereza, emigran los pobres labriegos a quienes el toro les quita el pan. Podrá ello ser ventajoso para los ganaderos, al parecer y por de pronto —porque en realidad y a la larga dudo mucho que lo sea—, pero para la economía nacional y para el fomento de nuestra ganadería es un desastre.

Y luego ese espectáculo bochornoso durante los veranos de esos muchachos que recorren aldeas y lugarejos, para sacarse unos cuartos en las capeas, y piden limosna por los caminos y procuran ocul-

tarse en los trenes y sueñan con la gloria del toreo y con hacer en poco tiempo una fortuna con peligro de la vida, sí, pero con poco trabajo. ¡Una vergüenza todo ello!

Mas lo peor acaso, una vez más, lo repito, es la deteriorización mental. Hay que leer en la correspondencia taurina de cualquier diario que la tenga, las cosas que los aficionados preguntan al redactor taurino. Es para desesperar del porvenir intelectual del pueblo.

Sólo el partido socialista, con una gran clarividencia de los intereses morales de la clase obrera, ha hecho en España campañas contra las corridas de toros; apenas si las combaten más que los periódicos socialistas. Y Eugenio Noel ha querido arrastrar a una campaña así al partido republicano, a ese partido que en España se dedica a inventar males ficticios y a exagerar y falsear, abultándolos, los reales, a calumniar a la patria y a pregonar a todos los vientos un tiranía que no existe. Pero se trata de un mal positivo, de un mal para combatir el cual hay que enfrentarse con una buena parte del pueblo y denunciar sus instintos y sacudir su pereza mental, y, es claro, Noel queda como un visionario, un exaltado, un hombre nada práctico. ¡Al demonio se le ocurre andar predicando contra torería y flamenquismo, en vez de preparar la revolución!

Y en cuanto a la prensa.... La prensa explota la afición y vive en gran parte de ella, como explota la morbosa avidez del público por los relatos de crímenes. La prensa es un negocio y no una institución educadora.

Conozco a uno de los más reputados y autorizados críticos taurinos que en el fondo odia tanto o más que yo el espectáculo, y, sobre todo, desprecia al público que asiste a él y lee sus revistas. Intentó otros géneros y fracasó en ellos, hasta que desesperado se

dijo: "voy a hacerme crítico de toros", y fué a una corrida y publicó una revista que gustó, porque el público no se dió cuenta de la hiel que encerraba, y ha hecho famoso su seudónimo y recibe cartas de aficionados y el diario en que trabaja le ha triplicado el sueldo, porque le considera uno de sus más insustituibles redactores. ¡Y hay que oírle hablar en la intimidad!

Noel piensa proseguir su campaña. En las cartas que me escribe parece un visionario medieval, un profeta. No sé si sucumbirá bajo la nevada. Pero en tanto levanta el ánimo ver a un hombre de pasión, ver a un hombre que convencido de que es un mal grandísimo lo que otros estiman un honesto esparcimiento, se apresta a combatirlo con toda su alma: reconforta al corazón ver que aún no se ha desvanecido el alma de Don Quijote. Se le dejará solo como en otro campo se le dejó a Costa solo„ y seguirá la gente creyendo que se divierte. Pero...

Sí, algo queda siempre. No en vano pasan por la tierra aquellos a quienes se llama locos en el sentido en que ahí, en esa república, se le llamó loco a Sarmiento, que tantos puntos de semejanza tiene con nuestro Costa. No en vano pasa sobre las cabezas de los hombres una voz henchida de pasión, una voz que les advierte del peligro de dejarse adormecer en el goce de diversiones. No en vano hay quien predique contra eso de bailar al borde del abismo, contra el histrionismo de toda clase, contra el *cabotinisme,* contra el lugar que en nuestras preocupaciones se da a toreros, boxeadores, volatineros, cómicos y danzantes, a cupletistas y a oradores de moda. No en vano hay quien de vez en cuando nos llama a la seriedad de la vida.

Salamanca, febrero de 1912.

[*La Nación,* Buenos Aires, 31, III, 1912.]

"LECTURAS ESPAÑOLAS"

Lecturas españolas. Así se titula el último libro que de "Azorín" se ha publicado, y en el que este prestigiosísimo escritor recoge varios ensayos dados a luz en publicaciones periódicas. Casi todos son breves, en exceso, tal vez, algunos. Contiene estudios sobre escritores castellanos —de lengua, se entiende, claro está— antiguos y modernos, Juan Luis Vives, Guevara, Saavedra Fajardo, Garcilaso y Góngora, Baltasar Gracián, Cadalso, Mor de Fuentes, Larra y Mesonero Romanos, Pi y Margall, Costa, Galdós, Baroja; contiene también un brevísimo estudio sobre la España de Gautier y otro sobre Dumas en España, y algunos otros trabajos. Todos, digo, muy concisos, pero sustanciosos todos.

¿Quién de los que sigan algo atentos la producción literaria española contemporánea no se ha detenido una y muchas veces ante la obra de José Martínez Ruiz, más conocido por el seudónimo de "Azorín", que ha llegado a hacer famoso en nuestra república de las letras? Todos los atentos a esta producción le conocemos, pero no todos, ni mucho menos, le han hecho justicia.

Martínez Ruiz empezó siendo un escritor de batalla —y de batalla política en gran parte—, un crítico acerbo y duro. Y esto se paga. Creóse desde muy pronto enemigos y creóse algo mucho peor, muchísimo peor que los enemigos, y es que vieron en él un vengador de las que estimaban injusticias

que se les inferían, se creó jaleadores que buscaban les sacase del fuego las castañas. Porque hay siempre un número —mucho mayor por desgracia de lo que buenamente podemos suponer— de pobres hombres que se creen preteridos, oprimidos, desconocidos, incomprendidos, víctimas de la malicia ajena, y que esperan satisfaga sus odios cualquiera que entra en el coro de las letras pegando.

Martínez Ruiz se dió a conocer en la prensa radical y más como anarquista que como otra cosa. Y en el fondo sigue siéndolo, aunque muy de otro modo que los fabricantes y lanzadores de bombas o de frases explosivas. Sigue siendo, sí, anarquista, o si se quiere usar otra palabra que no lleve consigo las groseras asociaciones de ésta, un anómico o anomista, al modo que lo son muchos de nuestros clásicos místicos, al modo que lo fué aquel apóstol de las gentes, Pablo de Tarso, que opuso la gracia a la ley. Ese su íntimo anomismo, de tan castiza cepa española, es el que le lleva a dar al hombre, al hombre vivo, concreto e indefinible, primacía sobre la ley escrita y abstracta que cabe en definitiva. Lo cual no es en el fondo sino un pragmatismo como lo era el de Maquiavelo, el de nuestro Baltasar Gracián, dos de los ingenios a quienes "Azorín" más admira y de quienes ha aprendido más.

El más romo de entendederas podrá haberlo previsto. Podrá haberle llevado a "Azorín" su anomismo y más que él aquella base de melancólico pesimismo que lo sustentaba, adonde le ha llevado, a parar en nuestro partido conservador, que es más que una doctrina, un par de hombres, pero no podrá haberle llevado al progresismo, a nuestro progresismo. El candoroso e ingenuo optimismo trascendente que sirve de cimiento al credo progresista, ese optimismo infantil que cree que el género humano se ha de contentar y debe contentarse con la felicidad

terrena, eso no cabía en ingenio tal sutil y sobre todo en corazón tan hambriento de suprema y duradera idealidad como el de nuestro "Azorín". Porque este hombre encogido y silencioso, que apenas tiene más armas que la pluma, este puro escritor, sin nada de orador ni de hombre de esos que llaman de acción en ningún otro respecto, no es ciertamente un puro contemplativo; es más bien un voluntarista. Su novela *La Voluntad* lo prueba. Sólo que le pasa acaso lo que a Nietzsche le pasaba, lo que nos pasa a muchos y es que celebra y exalta aquello cuya falta más siente en sí. ¿Hay acaso quien con más apasionado fervor rece a Dios que aquel que siente la falta de Dios?

A Martínez Ruiz no se le ha hecho justicia, y lo que es peor, le han salido imitadores no ya de su espíritu —que es inimitable— ni siquiera de su estilo, de la encarnadura de su expresión —tan inimitable como el espíritu—, sino de su manera, del vestido con que adorna esa encarnadura de lo que suele tomarse por estilo sin serlo. Han imitado el artificio de su prosa y no de su vida íntima, ciertos accidentes técnicos de su modo de componer, cierto modo de distribuir los períodos. Y otros le han puesto en caricatura, tarea fácil.

Aquellos sus enemigos de que dije y, sobre todo, aquellos que esperaban los vengase, no le perdonaron el que fuese derivando al pragmatismo anómico conservador, y cuando al fin se encasilló en el partido conservador liberal que acaudilla el señor Maura y salió diputado por él, asaltáronle con todo género de grotescas burlas y de fingidos desdenes. Hubo una temporada en que "Azorín" fué una de las cabezas de turco de casi todos los que se revolvían contra la política del señor Maura. Y se llegó entonces hasta querer desconocer el sobresaliente mérito del escritor perspicaz, penetrante y sencillo.

Mas hoy parece que el entuerto se endereza y que la nueva generación, libre de las pasiones que envenenan el juicio de los compañeros y coetáneos, vuelve por la justicia respecto a nuestro escritor.

En restaurar el espíritu de nuestro pasado, pocos, si es que alguno, le aventajan hoy. Pero, ¿cómo? Oigámosle a él mismo, cuando al comentar aquella frase de Capmany de "corrijamos nuestras costumbres, volviendo a ser españoles de chapa y de calzas atacadas", dice: "No: lo pasado no se puede volver a vivir; la corriente del tiempo no puede ser remontada. Las calzas atacadas, como los cachivaches de la caza, las diversiones, las costumbres, todo se modifica y cambia. Vivamos nuestro tiempo; pero si somos artistas, si sentimos algo ante el paisaje y en las viejas ciudades, tratemos de expresar en unas páginas de prosa o en unos versos —como hizo Gautier— la impresión que en nosotros produce esa llanura parda y solitaria de Castilla, esta callejuela, con sus tiendecillas de abaceros y regatones, este viejo palacio con los cristales rotos y polvorientos, cerradas las ventanas, con su jardín de adelfas, rosales y cipreses, obstruídos los viales por los hierbajos, saturado el ambiente por denso olor de humedad, llenas de hojas las aguas inmóviles, negras, de una fuente." ¿No sentís un alma debajo de esta pura descripción, sin jaculatoria alguna?

Tiene "Azorín" el amor de las cosas viejas, y viejas porque han vivido, el amor al recuerdo preñado de esperanzas siempre. El comienzo de su breve estudio —no más que cuatro páginas— sobre Larra y Mesonero, en que nos habla de la impresión que nos deja el volver a leer un libro que se leyó ya hace muchos años, de mozo, de niño tal vez, es un encanto. "Algo de esto me ha sucedido a mí —dice— al volver a pasar la vista por las páginas de los *Recuerdos de viaje*, de Mesonero Romanos. Evocados

por esta lectura, han surgido desde el fondo de mi memoria cosas y personas que pasaron para no volver jamás. Y algo más que esto; he evocado un ambiente en el que yo viví siendo niño, y —¡oh extraña fascinación!— parece que ha vuelto a vivir también, durante estos momentos de la lectura, un tiempo... que jamás he vivido. Toda la época de 1830 a 1850 ha surgido ante los ojos de mi espíritu. Aquí están el *Semanario pintoresco,* las poesías de Larrañaga, los fraques azules con botones dorados, los pantalones con trabilla; aquí están el brasero con su camilla y las litografías de *Matilde o las Cruzadas,* colgadas de las paredes, entre unos cuadritos de cañamazo, que representan un perrito de aguas; aquí están las melenas largas y sedosas de esos personajes que Esquivel ha retratado en su cuadro; aquí está Pastor Díaz gesticulando sibilíticamente, dando manotazos, ahuecando la voz —tal como nos lo ha descrito Valera—; aquí está Zorrilla escribiendo con un mimbre, en el desván de un cestero, la poesía que había de leer en el entierro de Larra; aquí está el mismo Larra, atildado, elegante, desdeñoso, ganando el sueldo enorme entonces de diez mil pesetas al año por escribir artículos; aquí está, en fin, por no hacer la relación interminable, nuestro don Ramón de Mesonero Romanos."

El paisaje es evocador y exquisito; pero amenaza, en efecto, con degenerar en enumeración, en relación interminable. Es acaso el flaco de "Azorín". Busca producir efecto en la agrupación del mayor número de detalles significativos, como Heródoto construía la historia épicamente, con anécdotas altamente significativas. De un libro del escritor aragonés don José Mor de Fuentes, escritor de fines del siglo XVIII y principios del XIX, a quien en absoluto me ha dado a conocer "Azorín", dice éste que "difícilmente habrá en nuestra literatura libro que, sien-

do tan corto, tan sucinto, contenga tal cúmulo de pormenores e incidentes." Y éste pasa por ser muchas veces el ideal para "Azorín" mismo; escribir ensayos breves, brevísimos, excesivamente breves, en que el efecto se consiga por la manera de agrupar los detalles seleccionados. Si bien es cierto que el procedimiento no sirve para una obra extensa, donde se hace preciso eso que se llama las grandes síntesis como las de los discursos que Tucídides pone en boca de sus personajes.

En la página siguiente a esa evocadora de la época de 1830 a 1850 que acabo de reproducir... Y la he reproducido en parte por una cierta complacencia personal, pues también yo siendo un chiquillo recorría en compañía de un primo mío y en su casa las páginas venerables del *Semanario pintoresco español,* apacentándome de sus grabados y leyendo los artículos de costumbres de Mesonero y las tétricas composiciones de Pastor Díaz y de Romero Larrañaga, y también por allí había el perro de aguas en el cuadrito de cañamazo. En la página siguiente a esa evocación dice "Azorín" que "todo esto (el espíritu castellano), a pesar de su aparente superficial extranjerización, lo sintetiza y representa Mariano José de Larra".

No he sido nunca gran entusiasta de Larra, de "Fígaro", a pesar de que entre los muchos que lo son se cuentan a los que tengo por hombres de mejor gusto y más fina sensibilidad estética; más aún, no siendo nunca gran gustador de sus cosas, he creído también que lo de su extranjerización o digamos más bien afrancesamiento, fué siempre, como "Azorín" dice, muy superficial y aparente. Aprendió en Francia, en la literatura francesa, a ver, a observar, pero vió y observó con ojo español y en España; aprendió allá el oficio de minero del espíritu, pero minó en mina española. Y así pasa con muchos otros; así

pasa con el mismo "Azorín". Porque también a éste se le ha podido imputar un cierto afrancesamiento de estilo, pero esto es más superficial y aparente que otra cosa. Es indudable que lo más de la técnica literaria del estilo lo ha aprendido "Azorín" —que es, al fin y al cabo, un escritor profesional— en modelos franceses, empezando por ese Montaigne, tan español, a que tanto cita, pero el meollo de su estilo es profundamente español. Y español del siglo XVIII.

Más de una vez ha vuelto "Azorín" en defensa de nuestro siglo XVIII, sin duda no por todos lo debidamente apreciado. Pasa este siglo por un siglo de frialdad escéptica y de rigidez académica, y no se ve bien todo lo que de íntima y reconcentrada pasión se oculta bajo las casacas aquellas. Y "Azorín" mismo nos recuerda en no pocas cosas a aquellos escritores de fines de nuestro siglo XVIII, a los enciclopedistas aquellos afrancesados, cuya españolidad era, sin embargo, tan honda y sus almas mucho más tormentosas que a somera vista parecen.

Hay en este libro de "Azorín" dos breves artículos titulados *La España de Gautier,* el uno, y *Dumas en España,* el otro, en que se hace justicia a esos dos célebres escritores franceses que supieron ver, dígase lo que se quiera y aparte inevitables errores, a España. Gautier ha sido acaso uno de los primeros, si no el primero, que supo descubrir la intensa hermosura de la llanada castellana, tan desconocida para los que sólo aprecian la grasa verdura. Y de Dumas apenas queda entre nosotros, respecto a España, sino aquella frase de que el Africa empieza en los Pirineos, frase que no sé por qué ha de molestarnos a los españoles y que de seguro no la dijo en son de desdén aquel mulato Dumas, por cuyas venas corría sangre africana. "No; sepamos ver las cosas —escribe atañedero a esto "Azorín"—; leamos sin indignación el viaje de Dumas. Son páginas ésas

ligeras, frívolas, ingeniosas, algunas exactas; pero no hay en ellas ni el más leve rastro de dañina intención. Alejandro Dumas escribe como pudiera hacerlo un muchacho irreflexivo, voceador y atolondrado. Así pasó por España; él mismo se creía español en espíritu."

Gautier y Dumas vinieron a España en 1846, con motivo de las bodas reales. En aquel mismo año arribó a España Domingo Faustino Sarmiento, el relato de cuyo viaje es entre nosotros poco menos que desconocido, con todo y ser tan interesante. Algunos pocos españoles que en América lo leyeron esparcieron la voz de que era un relato hostil a nuestra patria, y no hay nada más lejos de la verdad. Sólo una susceptibilidad casi morbosa ha podido esparcir esa especie. Sarmiento vió a España con ojos más simpáticos aún que los de Gautier o Dumas y además pudo y supo aprovecharla mejor, porque Sarmiento no sólo entendía perfectamente a nuestros abuelos, pues hablaba la lengua misma de ellos, sino que era en espíritu español, profunda y netamente español, el más español acaso de todos los pensadores y escritores suramericanos. Fué su españolidad —tengo que repetirlo— lo que le hizo ver en nosotros los defectos mismos que nos descubrimos y jamás le ocurrió echarnos en cara lo que quienes no penetran en nuestro espíritu nos achacan. Y creo que vale la pena que "Azorín" lea a Sarmiento, para que nos diga algo de él. Yo no sé si acaso no le atraerá el estilo bravío, indómito, a las veces en exceso prolijo, oratorio y aun declamatorio con frecuencia, de aquel hombre de primer impulso, porque es lo contrario del ideal del estilo azorinesco. Pero "Azorín" es hombre que sabe gustar de lo que menos se le parece.

Natural es, sin embargo, que vayan sus preferencias por lo que más a lo suyo se parezca. Así le ocurre con el estilo de Pi y Margall, uno de mis ídolos lite-

rarios hace veinticinco o treinta años y al que hoy apenas puedo leer. "Como estilista Pi y Margall es limpio, terso, preciso y conciso", escribe "Azorín", y yo añadiré: puede ser, pero pobre y monótono. Y no es que Pi y Margall, como catalán que era, no hubiese llegado nunca a pensar en castellano, ¡no! Acaba de morir el excelso poeta catalán Maragall, una de las más grandes glorias europeas, y deja en su obra un no chico caudal de prosa castellana y de una prosa jugosa, henchida, rica y variada. Es que Pi y Margall, preocupado con la clasicidad y precisión de la lengua, llegó a hacerse una manera, que no representaba tal vez lo más íntimo de su espíritu.

Pero de estas cuestiones de estilo y de manera y de la confusión entre expresividad y corrección, otra vez.

Salamanca, marzo de 1912.

[*La Nación*, Buenos Aires, 27, IV, 1912.]

LA SOLEDAD DE COSTA

Se ha hablado de la soledad en que vivió Joaquín Costa casi toda su vida, y sobre todo los últimos años de ella, cuando parecía estar más acompañado y era sólo triste apariencia, y de la soledad en que murió. Podría añadirse la soledad en que sobrevive, porque hay también una soledad de sobrevivencia que no es, ¡claro está!, el olvido, sino la soledad en el recuerdo.

De esa soledad de Costa se ha culpado al carácte- de éste por los que creyeron conocerle, y así es la verdad. Costa no vivió solo ni por sus doctrinas ni por su manera de exponerlas y defenderlas, ¡no!, sino por su carácter, por su conducta.

Achacábanle el ser soberbio, y es achaque en que incurre aquí casi todo el que no tiene alma de mendigo. Lo que no quiere decir que no lo sean muchos de nuestros mendigos. Es más; el tipo del mendigo arrogante, del mendigo ingrato, que dijo León Bloy, es frecuentísimo entre nosotros, y tiene rancio y castizo abolengo en nuestra tradición picaresca

Costa tuvo la más preciosa y más rara sabiduría, que es la de saber ser pobre. Y sólo el hombre o el pueblo que sabe ser pobre puede aprender luego, cuando se enriquezca, a ser rico. Si hay tanto pobre enriquecido, tanto piojo resucitado que no sabe ser rico, es que cuando era pobre no supo serlo. Y saber ser pobre es la más alta, y más honda, y más

íntima sabiduría. Costa supo ser pobre; es decir, fué pobre sin mendiguez, sin pordiosería.

Y no se mendiga sólo dinero, fortuna económica; se mendiga mucho más. Se mendiga honores, distinciones, fama, poderío político, pompas y vanidades de toda clase. Como un pobre mostrando el gangrenoso muñón de un brazo o una escuálida criatura mendiga una perra chica, hay rico que, mostrando parte de su riqueza, mendiga un título o una condecoración. Esto es de clavo pasado, trivialísimo. Pero, por lo mismo, hay que repetirlo.

Y es en la vida política donde más se despliega entre nosotros la mendicidad. Nuestra política, y lo mismo nuestra república de las letras, las artes y las ciencias —o sea la feria de las vanidades—, está plagada de mendigos. ¡Y no muy ambiciosos, no! Hay pordioseros de esos que se contentan con una perra chica, es decir, con que le hagan ministro, o académico, o excelencia de cualquier laya.

Costa no formó en la Corte de los Milagros, en el cotarro de mendigos donde se cambian los bombos y los palos, y cuyo lema es: "hoy por ti y mañana por mí" y su aforismo el de: "todos somos unos". Fué de aquellos de quienes se dice que gustan de arar solos, y no porque no aren en el mismo campo que los demás, para la misma mies y en concierto con los otros aradores, sino porque no doblan la cerviz al yugo y quieren arar como labrador que lleva la mancera, y no como buey que tira del timón; a lo humano, y no a lo boyuno.

A aquel hombre tan hombre le hastiaba la mendicidad de todas clases. Y hay que mendigar más o menos, creen muchos hasta por buena educación. El que en un país de mendigos no mendiga, aunque sólo sea por fórmula, parece como que quiere afrentar a los otros, y es, por tanto, un pedante o un soberbio.

En cierta ocasión se me acercó un joven pidiéndome le recomendase a algunos de los vocales de cierto tribunal de oposiciones, y le dije que habría de ser inútil y que eso no sirve para nada. "Se equivoca usted —me contestó—. Yo no creo que su recomendación me ponga en mejores condiciones que mis coopositores, pero me iguala a ellos. Si voy huérfano de valedores, sin recomendación alguna, no dirán que no hay quien me conozca y abone por mí, sino que soy un soberbio y un petulante que voy fiado nada más que en mi valer, o dirán que no llevo interés. Además, hay allí quien sabe que estoy con usted relacionado y... usted me entiende." Le entendí, en efecto; me dió vergüenza lo que decía pero comprendiendo que llevaba razón.

Y he visto otra vez, en elecciones, verbigracia, que alguien ha dicho: "Yo estoy, desde luego, dispuesto a votar a ese señor; pero si me pide él mismo el voto, si no, no. Si no me lo pide votaré en blanco o al otro, y eso que el otro es contrario a mí en ideas." Es obligarle al candidato a que haga de pordiosero. Y no está del todo mal, en cierto triste sentido, pues, ¿qué es de ordinario un candidato cualquiera a un cargo público sino un candidato a pordiosero? Que empiece, pues, a pordiosear.

Hay que mendigar, digo, por buena educación, para no distinguirse y señalarse, porque los que se pasan de avisados dicen que el no mendigar en ciertos casos es otra forma de mendicidad. Y el último fondo de esta lamentable filosofía picaresca es que nadie se hace a sí, sino que le hacen los otros, que todos somos unos. Lo que alguien llamó la democracia frailuna española, la igualdad de un convento de mendicantes. Cada uno de nosotros, los mendigos españoles, vale tanto como cualquier otro mendigo español; y todos juntos valemos más que él, por grande que sea.

Se ha hablado de la soberbia de Costa, y la soberbia era y es la de todos los que le rodeaban; la soberbia es la de todos los mendigos de este convento de mendicantes que se llama España. Soberbia que, cuando es colectiva, aun más que cuando es individual, fácilmente se trasforma en otro de los pecados capitales, en el que acaso más estragos hace en España.

Eso de la mendicidad es horrible, se mendiga todo, y no menos que otras cosas se mendiga holganza. Conocida es la épica contestación de aquel pordiosero a quien le ofrecieron trabajo y contestó con altanería: "Yo no pido trabajo; yo pido dinero". Y hay muchos de su escuela, aunque vergonzantes, que piden trabajo no más que como achaque para cobrar dinero, y después que obtienen uno con otro mendigan el que se les exima de aquél, dejándoles, ¡claro está!, con éste.

Y en la misma forma se mendiga también, entre otras cosas, el Poder, y no ya porque sea lucrativo, sino por pura pompa y vanidad y afán de viso, y no para hacer nada desde él, que esto es molesto. Que el español, por no tomarse la molestia de mandar, deja que hagan lo que mejor les venga en gana aquellos que de su mando dependen. La cosa no es regir, sino sentarse en la silla cabecera del regimiento.

Fué Costa quien recordó más de una vez aquel célebre verso del venerable *Poema del Cid:*

"o que buen vassallo si oviesse buen señor!"

aplicándolo al pueblo español. Pero es lo triste que de la misma madera se hacen el señor y el vasallo, y que si el vasallo tiene alma de mendigo, no menos —creo que mucho más— la tiene el señor. Mendigo el que pide por las calles y por los caminos reales limosna, y mendigo, no menos mendigo que

él, el que se la da. ¡Hasta el cielo, hasta la gloria eterna, hasta la posesión de Dios, no la buscamos con trabajo ni la pedimos con dignidad, sino que la mendigamos!

¡No había de vivir solo Costa!...

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 10, II, 1913.]

SOBRE UN LIBRO DE MEMORIAS

I

No hay género literario de que guste yo más que de las memorias y recuerdos personales, las autobiografías de aquellos que o vivieron una vida íntima intensa o, por haberse encontrado en el medio de sociedades agitadas, tuvieron ocasión de conocer a variedad de gentes. Y este género, lo he dicho varias veces, lamentándome de ello, escasea en nuestra literatura española así como en la inglesa abunda y también en la francesa.

Nunca he sabido darme cuenta de la razón de esa escasez de libros de memorias en nuestra literatura española. Acaso se deba a lo monótono y poco saliente de nuestra vida ordinaria; acaso a lo flacos de memoria que somos, ya individual ya colectivamente; acaso también al poco, al poquísimo interés que aquí despierta el hombre.

Parece imposible que en un país como el nuestro, en que la exaltación de la individualidad llega al colmo se dé ese caso. Y lo de esa exaltación es evidente. Ya Martin A. S. Hume, en su historia del pueblo español, habló de "la individualidad introspectiva del español" y yo lo comenté en un ensayo que sobre el individualismo español publiqué en la Revista *La España Moderna* en marzo de 1903 (1).

---

[1] "El individualismo español", recogido en *Ensayos*, tomo IV, Madrid, 1917. Publ. en esta edic., tomo III, páginas 617-632 (N. del E.).

Hume señala como carácter distintivo de la raza afrosemita de que dice procedemos los españoles, una individualidad absorbente, *an overhelming individuality,* y al tratar de nuestra época de grandeza, a mediados del siglo XVI, dice que: “cada labriego iletrado y cada soldado bravucón sentíase de una manera vaga que era una criatura aparte por razón de su fe; que los españoles y su rey tenían una misión más alta que la confiada a otros hombres; y que, de entre los ocho millones de españoles vivos, el particular Juan o Pedro estaba individualmente, a presencia de Dios y de los hombres, como en preminencia el más celoso y ortodoxo de todos ellos”. Y a esta individualidad absorbente e introspectiva atribuye Mr. Hume nuestra falta de solidaridad.

Y Ramón Pérez de Ayala, en su última y dolorosísima novela, de que algún día he de hablaros: *Troteras y danzaderas,* después de citar aquellos versos de Walt Whitman que empiezan *I am an acme of things acomplished,* etc., “soy la cima de todas las cosas realizadas y el compendio de cuantas se han de realizar... a cada paso que doy piso haces de siglos, y entre paso y paso, más nutridos haces... allá a lo lejos, en lo pasado, entre la enorme primera Nada, ya estaba yo allí... inmensas han sido las preparaciones para mí... centurias y centurias condujeron mi cuna a través del tiempo, remando y remando como alegres boteros... todas las fuerzas han sido empleadas abundosamente para completarme y placerme; y heme aquí, en el centro del mundo con mi alma robusta” (1); después de citar estas sentencias apocalípticas de Walt Whitman, el vate de la democracia, agregó Pérez de Ayala, por boca de uno de los personajes de su última y dolorosísima

---

1 Versos 1.145-1.166 del poema titulado “Walt Whitman”. (N. del E.)

novela, estas palabras: "Estos versos debieran titularse: "Nací en La Mancha".)

Acaso alguno de mis lectores recuerde el comentario que en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* —de que va a hacerse una segunda edición— puse a aquellas palabras de Don Quijote: "¡Yo soy quien soy!", palabras que parecen contradecir la corriente idea de que nada hay más difícil que conocerse uno a sí mismo. Y el español introspectivo y absorbente si se conoce a sí mismo —lo que no siempre sucede— no conoce muy bien a los demás con quienes vive. Y es muy difícil, casi imposible, que quien no conoce a los demás bien se conozca a sí mismo, ya que nuestro conocimiento propio no suele ser sino reflejo de nuestro conocimiento de los demás.

Nadie llega a ver el semblante de su alma sino en el espejo de las almas de los demás. Y así en los buenos libros de memorias, como el que me sugiere estas líneas y que aún no he citado, abundan más los retratos de otras personas que no el retrato del autor mismo. A éste se le conoce por el modo de retratar. En un cuadro cualquiera de un gran pintor se le ve mejor retratado que en un auto-retrato. Y así en el libro que me sugiere estas reflexiones y del que vendré a hablar luego que con ellas acabe, en las *Impresiones y recuerdos* que en cuatro volúmenes acaba de publicar el casi octogenario Julio Nombela, el carácter de éste y su modo de ser se retratan en su manera de retratar a los demás mejor aún que en cuanto de sí mismo dice.

Y volviendo a mi tema de que sea nuestra literatura tan pobre en libros de memorias y en buenas autobiografías, siendo como somos los españoles de una individualidad absorbente e introspectiva, diré que es precisamente a esta cualidad a lo que se debe aquel defecto. El hombre de individualidad absorbente apenas se fija en los demás y el que no se fija

en los demás tampoco se fija en sí mismo. Su individualidad es una individualidad vacía, pobre en personalidad; es un continente recio y duro como el de una tinaja de casco muy grueso, pero que no contiene sino la misma agua que las demás tinajas. Es como un faquir que se aduerme contemplándose el ombligo. De individuos así, de recia y dura individualidad introspectiva, suelo yo decir que son en cuanto al espíritu como los cangrejos en cuanto al cuerpo, dermato-esqueléticos, que tienen los huesos fuera y la carne dentro. Y aquí abundan los que tienen los huesos del espíritu por fuera, a la superficie y hasta con pinchos, como suelen tenerlos los cangrejos y langostas, y la carne de ese mismo espíritu dentro, si es que es carnoso su espíritu.

A ese individualismo introspectivo, a ese cada uno lleno de sí mismo, es a lo que hay que atribuir el poco o ningún interés que nos merecen los demás. Y de ello nace una cierta democracia igualitaria que Menéndez Pelayo llamó alguna vez la democracia frailuna española. Y frailuna es, en efecto, pero de frailes mendicantes.

El instinto igualitario es aquí, creo, mucho más fuerte que en otras partes, pero de un igualitarismo de muy fea nivelación. Como que a él se debe más que a otra cosa la Inquisición.

La Inquisición española, en efecto, lo he dicho varias veces, no fué tanto una institución religiosa o más bien clerical cuanto política y dentro de lo político popular, profundamente popular. No fué la Iglesia católica la que impuso a España la Inquisición, sino que fué el pueblo español quien se la impuso a la Iglesia católica española. Y fué mientras duró un instituto profundamente popular y hoy todavía sigue siéndolo. Porque la Inquisición no ha acabado. Y no me refiero a la católica, ¡no! Los otros, los anticatólicos, los librepensadores, los ra-

cionalistas, no son en España menos inquisitoriales que aquellos otros a quienes combaten. Si eso que ahora dan algunos en llamar el ferrerismo triunfase, habría que ver si no dejaba tamañito al tan mentado inquisitorismo antiferrerista.

Al individuo pobre en personalidad, pero sobrado de individualidad, al que tiene el dermato-esqueleto muy espeso y duro, aunque apenas tenga carne dentro o sea ella fofa y poco personal o distintiva, a éste nada le molesta más que el que otro se distinga de una manera cualquiera que él no puede distinguirse. Los hombres de poca imaginación o de poco gusto para idear un traje y una manera de presentarse que llame sobre ellos la atención y en especial les atraiga las miradas de las mujeres, se alegrarían, sin duda alguna, que un tirano impusiese a todos un uniforme cortado por patrón. Y algo así sucede con las ideas. En ese horror que suele demostrarse a lo que se llama novedades, extravagancias o tal vez paradojas, entra por mucho el sentimiento de la impotencia para producirlas. Una vez que cierto sujeto de esos de los que los franceses llaman con vocablo intraductible *ratés,* de los de antemano fracasados, de los vencidos aun antes de combatir, me salió con un tono despectivo diciéndome: "¡Bah! ¡Paradojas!..., es muy cómodo ponerse a sorprender la buena fe de los lectores", no pude contenerme y le dije: "Pues póngase usted, señor mío, si lo cree tan fácil, a inventar paradojas, y lo más probable es que no le salgan a usted más que... tonterías. Y que cuando crea usted decir una novedad atrevidísima, no diga usted sino la cosa más vieja, más trivial y más trillada."

Y estoy convencido de que a aquellos desgraciados a quienes por herejes perseguía la Inquisición, perseguíales, con el no encubierto regocijo de los demás, no tanto porque esparcieran doctrinas da-

ñosas para la salvación de sus almas y las de sus prójimos, cuanto porque se les ocurrían cosas que a sus perseguidores y a aquellos a quienes éstos representaban no se les habían ocurrido. Era la ortodoxia un uniforme para el pensamiento conducente a que nadie osara distinguirse de los demás, haciéndolos así de menos. Y hoy mismo no es sino el sentimiento inquisitorial, o dicho en plata la envidia —que es el vicio genuinamente popular y democrático—, el que moteja de extravagancias lo que a uno se le ocurre y logra con ello llamar la atención respetuosa o tal vez admirativa de los demás.

He hablado más arriba de frailes mendicantes. Y es que no raras veces en el fondo de uno de esos individuos introspectivos y dermato-esqueléticos late un fraile mendicante. El no se fijará en que los demás existen ni se interesará por saber de ellos, pero en cambio le molesta el que los otros no se fijen en él ni se interesen por lo que él cree hacer. Y mendiga la atención ajena. Y al que no mendiga, al que no entra en la cofradía del "hoy por ti y mañana por mí", motéjanle de soberbio.

Todo lo cual produce, entre otras causas, esa escasez de memorias en nuestra literatura, y de esos escritos en que hombres de experiencia dejan consignado el fruto de ella.

En la introducción que el señor Serrano y Sanz puso al volumen de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* —la continuación del Rivadeneyra—, que contiene "Autobiografías" y "Memorias", podrá ver el lector que guste una reseña de las principales que se han publicado en nuestra lengua. Ninguna de ellas ha alcanzado, que yo sepa, verdadera popularidad. Las más conocidas y celebradas son las de nuestros historiadores de Indias, tal como la de Bernal Díaz del Castillo. De las de literatos he oído celebrar los *Recuerdos de un anciano,* de don An-

tonio Alcalá Galiano, y las *Memorias de un setentón,* de Mesonero Romanos, y he oído decir que los *Recuerdos,* de don José Zorrilla, están llenos de invenciones y hasta de embustes. *Mis memorias íntimas* de don Fernando Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorría, es uno de los libros de más amena lectura que hay en castellano. Y no se cuentan las memorias autobiográficas de religiosos y religiosas, porque estos libros, como la *Vida* de Santa Teresa, forman género aparte.

Son además estas memorias el mejor auxiliar para la historia y acaso la historia más verdadera, aunque adolezcan de inexactitudes por la flaca memoria del autor y carezcan de documentación precisa y aunque el autor quiera alguna vez engañarnos. Y más aún para los que vamos a la historia a buscar hombres, sean o no héroes, según los definía Carlyle, más bien que muchedumbres, y nos interesa la psicología más que la sociología.

Un libro así de memorias son las *Impresiones y recuerdos* de don Julio Nombela, el director y propietario de *La Ultima Moda,* de Madrid. Nacido el señor Nombela en esa corte y villa, hace ya más de setenta y seis años, el 10 de noviembre de 1836, ha podido ser testigo y a las veces actor de muchos de los sucesos más culminantes de la segunda mitad del pasado siglo en España y en especial nos da noticias de la vida teatral y de la literaria y algo de la política, ya que él, Nombela, anduvo algún tiempo en el campo carlista, fué secretario del famosísimo general Cabrera —en la época en que éste no hacía ya vida activa, claro está— e intervino activamente en las negociaciones que acabaron por el reconocimiento que hizo Cabrera de la dinastía de don Alfonso XII, que a su vez le reconoció sus títulos y su grado de capitán general.

Y si el señor Nombela ha escrito este libro inte-

resantísimo en que se nos da tantas y tan curiosas memorias sobre la vida íntima en España en la segunda mitad del pasado siglo y en que pasan ante nuestros ojos tantos personajes conocidos, débese en primer lugar, a la ingénita bondad de dicho señor, a su propensión a ver y recordar lo bueno y no fijarse en lo malo de las gentes u olvidarlo. El mismo nos lo dice al decir: "No exagero si afirmo que he sido uno de los periodistas que más ha prodigado los elogios a cuantos necesitan del favor de la prensa para hacer carrera, ganar fama o satisfacer venidades. En cambio, poco he tenido que agradecer en este concepto a mis compañeros". Y en otro pasaje nos dice que era él entonces —hace cincuenta años— "uno de los que desinteresadamente "bombeaba" a los literatos". Y aun en este libro que ahora publica, si en algo es en exceso pródigo es en elogios. Y hasta cuando quiere censurar algo, como le pasa al hablar de Castelar y de don Francisco Silvela, lo hace con la mayor parsimonia.

Y a cambio de esta su bondad —bondad que heredó su hijo Julio, catedrático que era de esta universidad al morir, joven aún, hace cinco años, y de quien os hablaré así como de su obra—, da a entender que él pasaba por un ser insignificante, vulgar, incoloro, sin leyenda, a quien sólo podía motejarse de hurón o de egoísta, porque vivía esencialmente para su familia, salía a paseo con ella y con sus hijos y sin calumniarle no podían atribuirle ninguna de esas flaquezas, tan frecuentes, tan chistosas, tan toleradas y hasta celebradas.

Incansable obrero, Julio Nombela pasó de proyecto en proyecto, y entre altos y bajos es uno de los pocos, poquísimos —no recuerdo ahora otro—, que puedan jactarse de haberse creado una regular posición económica nada más que con su pluma y sin otro oficio alguno, pues no tiene carrera. Y así

es como ha podido escribir al acabar estas memorias: "Obrero intelectual, si se me concede este título honroso, pero obrero en suma, puedo, al caer la tarde de mi vida, sentarme a descansar como el menestral en la puerta de su taller, como el labrador en la de su granja, y en medio del silencio y la quietud que preceden a la noche, recordar la labor realizada contemplando tranquilo y gozoso el melancólico crepúsculo vespertino".

Repasemos ahora este libro de *Impresiones y recuerdos.*

Salamanca, febrero de 1913.

[*La Nación,* Buenos Aires, 21, III, 1913.]

II

La época en que nacimos, la segunda mitad del pasado siglo XIX, en España, se nos aparece, a los que estamos frisando en la cincuentena y que por la madurez de nuestro espíritu somos más del siglo XX que no del XIX, como una época algo borrosa y crepuscular. Despierta en nosotros mucho más interés la primera mitad del siglo pasado y las postrimerías del XVIII. La repercusión en España de la Revolución Francesa y las doctrinas de la Enciclopedia, que tanto eco hallaron en esta universidad de Salamanca, foco de enciclopedistas y afrancesados cuando en ella se formaban nuestro gran poeta Quintana y vuestro noble general Belgrano, que aquí cursó Derecho; la guerra luego de la Independencia, contra la invasión napoleónica; la Independencia de las colonias americanas, consecuencia de vuestra propia guerra de independencia; las luchas entre constitucionales y realistas en el reina-

do de Fernando VII: la primera guerra civil carlista, la de los siete años, del 33 al 40, que terminó en el abrazo de Vergara; todo esto se encuentra ya lleno de leyenda. El reinado posterior de Isabel II, la Revolución de 1868 y la segunda guerra civil carlista, la que acabó en 1876, no logran despertar, en general, tanto nuestro interés. Yo mismo, que fuí, siendo niño, testigo de parte de esta segunda —o más bien tercera— guerra carlista, y que estuve en Bilbao, mi pueblo, durante el bombardeo de éste, y que posteriormente estudié con minuciosísimo interés ese período para escribir mi novela histórica *Paz en la guerra,* no logro verlo con aquel prestigio de epopeya con que se me aparece la primera carlistada. Ninguno de los héroes de la que yo alcancé adquirirá, creo, en la historia las proporciones épicas de un Zumalacarregui o de un Cabrera. Y lo mismo que en esto ocurre en lo literario.

Pasado, en efecto, un período en que era moda execrar de Quintana, de don Juan Nicasio Gallego, de Lista, de todos los del tránsito del siglo XVIII al XIX, hoy empezamos a verlos con más relieve que en los de pleno siglo XIX. Y lo que empieza a borrarse un poco es el prestigio de nuestros románticos. Aparte cierto inevitable contagio de los gustos que reinan cuando uno es joven, nunca fuí, por mi parte, en exceso entusiasta ni de Espronceda —cuya oquedad de sentimientos no se me escapó— ni de Zorrilla ni aun de Larra. Pero el período de que principalmente nos habla Julio Nombela en sus *Impresiones y recuerdos,* el de la segunda mitad del pasado siglo, el de los epígonos del romanticismo, nos es menos interesante todavía.

Fué en general, en lo literario, un período de ñoñez y de cansancio para España; faltó en él en general, brío. Fué el período de Fernán Caballero, de Trueba, de Frontaura, de Hartzenbusch, de Egui-

laz, de María del Pilar Sinués... el período de la literatura casera e inocua, de la "honrada" poesía, que hubiese dicho Menéndez y Pelayo, de la ironía sin hiel o del humorismo discreto. Las que entonces pasaban por obras atrevidas, se nos caen de las manos hoy y para encontrar atrevimientos pretéritos nos arredramos aún más en el tiempo.

Nunca olvidaré que mi paisano Trueba, Antón el de los Cantares, a quien alcancé a conocer, y "cuyo angelical carácter encantaba", según dice Nombela, aunque no dejaba de tener sus malicias y su modestia no era más que un disfraz, estaba profundamente convencido de que Luis de Eguílaz, su íntimo amigo, era el más grande dramaturgo que había producido España, sin excluir ni a Calderón, ni a Lope, ni a Moreto, ni a Tirso. ¿Y quién se acuerda hoy de sus *La cruz del matrimonio, Verdades amargas,* o *Los soldados de plomo?* He conocido señores de la generación anterior a la mía que se sabían de memoria casi todo *El hombre de mundo,* del argentino españolizado Ventura de la Vega; y hoy, ¿quién lo recuerda? Y no se nos diga que el teatro es lo que más pronto pasa, lo más sujeto a modas, porque todavía se representan con éxito, no ya nuestros dramas clásicos del siglo XVII, sino comedias de Moratín y el *Don Alvaro,* del duque de Rivas. Y es fácil que fuese más resucitable Bretón de los Herreros que no Eguílaz o Ventura de la Vega.

Del teatro muy especialmente y de sus interioridades nos habla Nombela, que empezó siendo racionista en la compañía de Argona, y por las páginas de su obra desfilan los más celebrados actores de mediados del pasado siglo: Argona, Catalina, Romea, la Matilde Díez, etc. Triste sino el de estos artistas —se ha repetido muchas veces— que después de haberse embriagado con los aplausos del público

no pueden gozar sino de una gloria de prestado. En el libro quinto de la obra que estoy revistando incluye el autor unas melancólicas palabras, que le dijo el gran actor Julián Romea cuando le vió viejo ya y jubilado.

Nombela dijo de Romea que había sido en el teatro español quien más practicó la teoría de las "arias coreadas" y que todo lo sacrificó a su interés personal, que procuró rodearse de medianías cuanno no de nulidades, que no representó más obras que aquellas en las que su papel era el primero, el único de verdadera importancia, que apartaba de su lado a los que por sus cualidades prometían llegar a rivalizar con él y que no sólo contribuyó a la escasez de buenos actores, sino a la paralización de la literatura dramática porque los autores no podían dar rienda suelta a su inspiración, necesitaban amoldar sus obras a las exigencias del actor que debía interpretarlas, y este actor procuraba para brillar, rodearse de sombras. Como se ve, esto de que antaño acusaba Nombela a Romea, siguen haciéndolo no pocos actores, ya que el espectáculo mata a la obra dramática. A Romea le dolieron esos juicios, y cuando años más tarde tuvo ocasión, jubilado y viejo ya, de tratar a su censor, le hizo tristes confidencias. Y entonces le habló de la gloria, a la que todo se sacrifica, y le dijo: "Los que nos la disputan, los que aspiran siquiera a arrebatárnosla, son nuestros mayores enemigos; el terrible instinto de conservación nos impulsa a aniquilarlos, y si yo he hecho lo que usted supuso al escribir lo que me llegó al alma, fué en defensa propia, obedeciendo a una fuerza superior que anuló lo que había de bueno en mi inteligencia y mi corazón. El Dante no ha descrito un tormento superior al que sufre quien en posesión de la gloria se ve obligado a defenderse de los que aspiran a arrebatársela". Todo el relato

de esta entrevista de Nombela con el viejo artista es de un alto interés.

Nunca olvidaré la impresión que me hizo ver al pobre don José Valero, ochentón ya casi, cansado, viejo y caduco, representar *La Carcajada,* y salir a la escena fingiendo, a fuerza de afeites, un mozo. Era un drama infinitamente más dramático que el que representaba.

Aparte de las noticias que en su obra nos da Nombela de la vida íntima del teatro, y de los escritores a quienes conoció, y en especial de Bécquer, que fué íntimo amigo suyo, y de quien os diré luego, hay una parte interesantísima, y es la que se refiere a aquellas famosas novelas por entregas, que acaso no eran arte, pero eran negocio, y en que se ejercitaron don Manuel Fernández y González, ya legendario, Pérez Escrich, Tárrago y Mateos, Ortega y Frías y el mismo Nombela. ¿Quién de nosotros, los que hoy andamos cerca de los cincuenta, no se recreó en sus mocedades leyendo de claro en claro y de turbio en turbio aquellos ingentes novelones? Yo sólo recuerdo que en una de las temporadas que pasé en una casita de campo que mi abuela tenía en Deusto, cerca de Bilbao, no me dejaba dormir un cierto Mateo el Galgo, de *Las obras de misericordia,* de Pérez Escrich. Y el género, acaso, seguirá teniendo aceptación. En Portugal, por lo menos, tierra clásica del sentimentalismo, es más fácil, muchísimo más fácil, encontrar traducciones de novelas de Pérez Escrich que no de Alarcón, de Pereda, de Valera, de Galdós, de la Pardo Bazán o de Blasco Ibáñez (y eso que a este último, por su sentido, se le lee más que a los otros). Y he conocido un inglés nada torpe que me aseguraba que el novelista español del siglo XIX fué Fernández y González.

Con las cosas que de don Manuel Fernández y

González se cuentan habría para hacer un bien nutrido libro lleno de amenidad. Nombela en el libro quinto de sus *Impresiones y recuerdos* nos cuenta bastante de él y de lo que su trabajo le producía. Durante nueve meses, nos dice, le entregó el editor Guijarro mil reales —o sea 250 pesetas— cada día por el original que le llevaba. Ganó mucho, muchísimo, lo que seguramente no gana hoy ninguno de los que de la pluma viven —y ganancias cuya cuantía el público exagera—, y lo gastó todo fantásticamente. Nombela nos cuenta cómo decía que pensaba ir a París y hacerse allí de oro escribiendo, porque estaba seguro que hasta allí habría llegado su fama y que todas las puertas se le abrirían de par en par, y a la objeción de que no sabía francés respondió que no pasaría mucho tiempo sin que lo hablase y escribise como el mismísimo Víctor Hugo.

Y respecto al producto económico de esa tarea, nos dice Nombela que en aquellos años le produjeron sus trabajos literarios, novelas y periodismo, de dieciocho a veinte mil pesetas anuales, lo más de lo cual se debería a las novelas por entregas. "Ni antes ni después —añade— han podido vivir exclusivamente del producto de las letras, los que no se dedicaron a hacer en el teatro, sobre poco más o menos, lo que hacíamos nosotros en los libros, género al que, no sin razón, y salvo algunas excepciones, podía y debía llamarse de pacotilla." Sin duda alguna. No creo, en efecto, que hayan después producido lo que entonces produjeron a sus autores las novelas por entregas, ni aun las novelas pornográficas, que han sido posteriormente las de negocio, aunque muy feo y muy antiartístico negocio.

¡Pero en esto del aspecto económico de la literatura hay una de sorpresas! En esta obra misma de Nombela encuentro una noticia que me ha dejado

confuso. Siendo yo estudiante en Madrid, en 1882, se estrenó una zarzuela u opereta francesa que por su música obtuvo un gran éxito. Era *La Mascota,* del maestro compositor Audrán. A mí me llevaron los amigos alguna noche a oírla, y digo me llevaron porque nunca he sido muy aficionado a la música y no voy por propio impulso a oírla. La música, que se pegaba fácilmente al oído, era muy gustada del público, y había números de ella que se hacían repetir cada noche, pero la letra del libreto y el argumento de la opereta creo recordar que era un despropósito sin valor alguno literario. Pues bien, esta opereta y otra titulado *Gileta de Narbona,* con música del mismo Audrán, la compraron entre Nombela y otro para explotarlas en España y las repúblicas hispanoamericanas, por 24.000 francos, y en los seis o siete años que siguieron a su estreno, los derechos de representación y la venta de los libretos ascendieron a más de 25.000 duros, es decir, 125.000 pesetas. Pero la noticia para mí estupenda es ésta: "Lo que me sorprendió —escribe Nombela— es que al mismo tiempo comprase el público el libreto. En tres años fué necesario hacer diez ediciones de 1.000 ejemplares cada una." ¡Parece imposible! Que fuesen a oír *La Mascota,* que no se hartasen de su música lo comprendo, pero que en tres años se despachasen 10.000 ejemplares del libreto de aquel disparate... no digo literario, porque no lo era, es cosa que no acabo de comprender ni aun tomando en cuenta lo pervertido del gusto... tampoco diré literario, del público que frecuenta los teatros. Si de mí dependiese, prohibiría poner letra a la música de teatro. Y siempre he creído que la ópera, a pesar de las teorías de Wagner, es un género monstruoso, híbrido, maridaje de música y de pantomima, que no de literatura. Como que el obstáculo para que el público de teatro pueda ver

el Hamlet, pongo por caso, es que va a verlo con la impresión de la ópera *Amleto*.

Y volviendo a las memorias de Nombela bien quisiera detenerme aquí en el examen de los más interesantes retratos de su galería de ellos, que son, a mi juicio el del poeta Adolfo Gustavo Bécquer —o propiamente Adolfo Gustavo Domínguez Bastida, pues Bécquer no era sino el segundo o no sé si el cuarto apellido de su padre, pero el que sonaba mejor por lo de extranjero—, el del gran orador Ríos Rosas y el del general Cabrera, conde de Morella. A ellos podría unirse el de Augusto Ferrán, el de los cantares.

El retrato que de Cabrera en esta obra nos traza Nombela y el que más circunstanciadamente nos dió en su otro libro *Detrás de las trincheras,* indispensable para quien desee conocer interioridades de la última guerra civil carlista, merece estudio aparte. Al llamado Tigre del Maestrazgo —y del que se ha querido hacer aquí algo como ahí de Facundo Quiroga— se le conoce aún mal. El mismo Nombela nos cuenta que Cabrera mismo, hablándole de los horrores que ejecutó después que sus enemigos fusilaron a su madre, le dijo una vez: "¡Cuánto he sufrido después durante los períodos de calma y de prosperidad de mi vida! Durante algún tiempo hice horrores; no sabía lo que hacía. Tuvo razón el novelista que me calificó de Tigre del Maestrazgo." Quién sabe si de haber podido llegar a viejo Quiroga, y a tiempos de calma, no habría reconocido también que con justicia se le llamó el Tigre de los Llanos. Pero nuestro Cabrera no ha tenido ningún Sarmiento de genio que lo haya historiado, aunque fuese calumniado más o menos. ¡Y en verdad que merece un historiador!

Bécquer, el soñador o tal ver el durmiente Béc-

quer, el que ni siquiera se dió a conocer a la inspiradora de sus mejores rimas, no tiene el relieve de Cabrera, pero es mejor conocido en dondequiera que se hable la lengua castellana.

Salamanca, marzo de 1913.

[*La Nación,* Buenos Aires, 7. IV. 1913]

LA HUMANIDAD Y LOS VIVOS

"Azorín", nuestro admirable "Azorín", de quien supongo conocedores a casi todos mis lectores, acaba de publicar en la Biblioteca Renacimiento un libro que se titula así: *Un discurso de La Cierva comentado por "Azorín"*.

De don Juan de La Cierva, lugarteniente del señor Maura, su brazo derecho y ministro de la Gobernación que fué con él, supongo también sabedores a los más de mis lectores, porque la figura política del señor La Cierva ha trascendido en España. Hoy se agrupan en torno de él los más de los elementos mauristas y se susurra que si vuelve al poder —y como jefe de gobierno— ha de llevar a cabo soluciones y procedimientos verdaderamente inauditos y hondamente revolucionarios en España. Dícese que aquella famosa revolución desde arriba que antaño pregonó Maura —gran forjador de frases— en una frase famosa, ha de ser La Cierva quien ha de traérnosla a España. Esperemos a ver lo que pasa, si es que al fin y a la postre pasa algo.

Mas en el libro de "Azorín" no es la personalidad de La Cierva —con ser ésta interesantísima— lo que más nos importa, ni es tampoco lo que se refiere estrictamente a la política interna española. Si así fuese, no os hablaría aquí de tal libro. No, lo que da a este libro un interés más permanente y a la vez más universal, es su capítulo XIII en que nos habla

de la doctrina conservadora. Examinémoslo y comentémoslo, examinando y comentando a la vez la doctrina conservadora que en él se expone.

Empieza "Azorín" este capítulo defendiendo el estilo de Cánovas del Castillo, verbo de la doctrina conservadora española de la Restauración, después de la revolución de 1868, defendiéndolo de la acusación de laberíntico que sobre él lanzó "Clarín". La prosa de Cánovas —escribe "Azorín"— es varonil, recia, un poco dura, pero clara y concreta.

¡Qué enorme diferencia entre esta prosa henchida de voluntad e inteligencia y la prosa vacía y resbaladiza de casi todos nuestros políticos! Y luego declara, al estilo de Cánovas, "violento, plástico y enérgico". "Rechazar la prosa de Cánovas y admitir, exaltándolas, la de Hurtado de Mendoza y la de Santa Teresa es —"contando con la necesaria relatividad"— una incongruencia. La característica de esos tres estilos, su "razón de ser", estriba en la saliente, preponderante personalidad de sus autores, que se pone a cada instante a nuestra vista. El impulso del yo, su decisión, su energía, determina el estilo, impulsivo, recio, escueto, realista, violento." Todo esto está muy bien.

Dícenos luego "Azorín" que "una doctrina conservadora no podía darla más que un pensador como Cánovas" y que "hoy una doctrina conservadora, para ser fecunda, sólida y moderna, no puede tener por asiento sino la sociología de Augusto Comte". Y yo añado más, y es que el socialismo marxista, basado en la doctrina del materialismo histórico y de que gobiernen no los hombres, sino las cosas, no las ideas, sino los intereses, no es, en el fondo, sino doctrina conservadora. Y así se explica que el socialismo alemán, de tradición marxista, esté hoy aliado con el conservadorismo imperialista y en lucha contra la democracia liberal.

Entra luego "Azorín" a exponer la doctrina conservadora tal y como la definió Cánovas, haciéndonos ver cómo la limpieza administrativa, el orden, el ejercicio activo y escrupuloso de los derechos ciudadanos no pueden ser patrimonio de un partido. "Para Cánovas —añade—, el principio fundamental del conservadorismo es la continuidad." Retengamos esto, que parece y es tan obvio, y no perdamos de vista que la continuidad puede y suele oponerse a la renovación, a la creación, como la herencia se opone a la adaptación.

Escribe luego "Azorín": "¿Y quién —sigue pensando Cánovas— ha de crear este poder? ¿De qué manera se ha de dar este poder? ¿De dónde y cómo ha de surgir? Ese poder, esa autoridad no puede darse con caracteres de coherencia y de permanencia sino en la propiedad." Y añade este precioso pasaje del mismo Cánovas: "La propiedad no puede existir sin que la autoridad la ampare bajo sus alas, y de eso a cada paso tenemos patentes pruebas; la autoridad, y esto es menos claro, pero tanto y más cierto, si cabe, no puede fundarse sólidamente sino en la propiedad." Retengamos esto de que la autoridad no puede fundarse sólidamente sino sobre la propiedad, porque es ello capitalísimo.

La autoridad no puede fundarse sólidamente sino sobre la propiedad. A los que recuerden mi anterior ensayo, el de *La personalidad frente a la realidad*, publicado en este mismo diario, y la distinción que establecí allí entre lo personal y lo real, les diré que, en efecto, la autoridad real, que es a la que se refería Cánovas, la autoridad oficial —y esta autoridad no desaparece, sino más bien se corrobora, en el estado socialista, según Marx, donde las cosas, los intereses, aunque sean colectivos, gobiernan—, esa autoridad se basa en la propiedad, sea indiviual, sea colectiva, pero que hay otra autoridad, la autoridad perso-

nal, la que tiene un sabio, un artista, un héroe, un apóstol, un santo, que no se basa en la propiedad, sino en el espíritu. A esta otra autoridad solemos llamar prestigio. Y no suelen ser los más autoritarios los más prestigiosos.

El hombre es un hijo de la tierra que aspira al cielo —sea cual fuere éste—, un hijo de la materia que tiende al espíritu, un hijo del interés que va a la idea. Se apoya en la propiedad para lograr personalidad, y sin aquélla no puede llegar a adquirir ésta.

La propiedad empieza por ser parte de nuestra persona. El hombre que no poseyera nada, un instrumento o útil cualquiera, aunque sólo fuese un palo, ni se poseería a sí mismo, es decir, no sería hombre. La palanca, el hacha, el azadón, la paleta, son una prolongación de la mano, una parte de la persona.

Hay a este respecto en nuestra lengua castellana una palabra singularmente significativa y henchida de enseñanza. Es la palabra "entregar", que deriva de la latina *integrare*. Cuando se le quita a alguien algo que era suyo, un objeto o un predio de su propiedad, es como si se le quitara una parte de su cuerpo o aun de su persona, como si se le cortara un dedo, o una oreja, o un pie, o una pierna, según la cuantía del despojo. Y hay sin duda quienes prefieren que se les deje cojos, mancos o tuertos a que se les arrebate su propiedad. Se les quita algo que constituía su "integridad"; no están ya enteros o íntegros. Y si luego se les devuelve aquello de que se les privó, se les integra de nuevo, se les reintegra. Y aquí por qué el integrarle a uno en su propiedad es "entregarle algo".

Tal es el concepto real de la personalidad, y del que ni podemos ni debemos prescindir. En él toma la personalidad origen. Y el sentido de continuidad,

es decir, el sentido conservador, hace que ese concepto realístico de la personalidad humana persista. Pero si en él toma la personalidad origen es para elevarse sobre él. El triunfo supremo del hombre sería sobreponerse a la tierra y a la propiedad, dominarla. Y de hecho el concepto y el sentimiento mismos de la propiedad van idealizándose o humanizándose. La propiedad quiritaria va cambiando. El derecho mercantil va invadiendo al civil. Cada vez se borran más las diferencias jurídicas entre la propiedad mueble y la inmueble y hoy en ciertos países se compra y se vende un predio con la misma facilidad que una vaca.

Prosiguiendo "Azorín" en exponer la doctrina conservadora de Cánovas del Castillo, llega a la afirmación de éste de que el "sufragio universal y la propiedad son antitéticos", lo que me parece ambiguo. Tal vez lo sean si se trata de propiedad individual, mas no tratándose de propiedad colectiva. Y la propiedad no cambia de naturaleza, y sigue siendo fuente de autoridad real, no personal, sea individual, sea colectiva. "La tierra como base de continuidad; la propiedad como guardadora y garantía del orden social", escribe "Azorín". Y añade esto de Cánovas: "Porque es inútil desconocerlo; donde quiera que no tenga éste (el orden social) confiada su conservación y dirección a la propiedad de la tierra y al capital heredable, es decir, a la riqueza en sus condiciones de hoy, la pendiente natural de los hechos, lógicamente, llevará al socialismo, al colectivismo, al comunismo, más tarde o más temprano."

Aquí tengo que insistir, dejando para otra ocasión el justificarlo más ampliamente, que el socialismo, el colectivismo y el comunismo pueden ser muy conservadores, profundamente conservadores, y, por lo tanto, autoritarios y realísticos. ¿Ha habido acaso doctrina más conservadora, más imperialista y más mi-

litarista que la del llamado socialismo de cátedra —*Kathedersozialismus*— en Alemania? ¿Cuál ha sido la táctica del imperialismo prusiano, profundamente conservador y enemigo jurado del liberalismo y de la libre personalidad humana, sino adoptar las soluciones del socialismo y desarmarlo así? La legislación toda llamada social, ¿a qué ha tendido sino a convertir a los obreros en verdaderos empleados públicos y asegurarles la vida material y un cierto bienestar privándoles de su personalidad? ¿Cuál ha sido su intención sino convertirlos en cosas, en reses bien atendidas, a las que se engorda y cuida, pero haciendo que no sean hombres? Y así con el sufragio universal puede lograrse llegar a matar la libertad. Porque el sufragio universal no es por sí sólo garantía alguna de libertad. Y mucho menos de espiritualidad. Es más aún, y es que el sufragio universal puede llegar a ser la más terrible máquina para ahogar la personalidad humana. Porque a veces ocurre que los que votan no son hombres, sino cosas. Ello sin contar con que el voto se vende y es la propiedad real la que lo compra.

Y llega por fin "Azorín" a otra fórmula del conservadorismo, a la que dió Mauricio Barrés. Esta reza así: la tierra y los muertos. Y al llegar a esta fórmula di un suspiro de satisfacción y agradecí desde el fondo de mi alma a mi amigo "Azorín" el que hubiese aceptado como suprema fórmula del conservadorismo ese enérgico símbolo de mi amigo Barrés. Cuando alguien llega a una expresión simbólica o emblemática definitiva, de una doctrina que sentimos es contraria a la nuestra, nos hace el mayor servicio posible, porque así nos permite formular por oposición la nuestra.

¡La tierra y los muertos!, exclama Barrés, y esa fórmula sagrada de la realidad y de la continuidad le sirve a nuestro "Azorín" para símbolo del conser-

vadorismo. Y al oírla surgió al punto en mi espíritu el símbolo del liberalismo, de la doctrina de la personalidad frente a la realidad, de la renovación —y si se quiere la revolución— frente a la continuidad, del ideal frente al interés. Y fué éste: la Humanidad y los vivos. Frente a la tierra la Humanidad y frente a los muertos los vivos.

La tierra es, en efecto, de los muertos. O, mejor dicho, los muertos son de la tierra, que no ésta de aquéllos. En mis campañas agrarias he dicho más de una vez a los campesinos que no tendrán propio, sino cuando hayan muerto, los cuatro palmos de tierra en que los entierren. Mas tengo que rectificarlo. Ni eso será suyo. No serán de sus cadáveres esos cuatro palmos de tierra, sino que ellos, los cadáveres, serán de la tierra. Y sobre ésta, así abonada con sus cuerpos, volverá a pasar el arado de sus amos. Como ha sucedido no hace mucho en esta provincia.

"Barrés —escribe "Azorín"— ha tratado de hacer la síntesis de los contrarios; el yo exaltado por aquél en sus primeras obras (obras anárquicas) no podía darse aislado de todo, como una causa sin causa. Necesitaba un "justificante" y un "apoyo". Justificante: la Historia, los antepasados, los muertos. Apoyo: la tierra, un determinado medio físico y social, una nación. "Sólo que la historia no la hacen los antepasados, los muertos, sino que la hacemos los presentes, los vivos. La historia no es tradición; la historia es progreso. La historia no es tanto lo hecho cuanto lo que se está haciendo. Y si se escribe la historia hecha, es decir, la historia ya muerta, mirando al pasado, se hace la historia viva, la historia *in fieri,* mirando al porvenir. Y la verdadera labor histórica es una labor revolucionaria, que rompe la continuidad conservadora. Y el apoyo, más que una tierra, un determinado medio físico, es un pueblo, un espíritu, una humanidad, un ideal, siempre una

nación. Mas no una nación de tal modo ligada a un territorio que se esclavice a él. Sobre todo teniendo en cuenta que el territorio nacional suele no pocas veces no pasar de ser sino una hipoteca de los tenedores de la deuda pública.

¡La humanidad y los vivos! Tal debe, pues, ser la fórmula del liberalismo. Y humanidad significa personalidad.

"Azorín" nos habla luego de *La colina inspirada,* de Barrés, y nos dice que la disciplina triunfa al fin sobre el entusiasmo. "Por entusiasmo entiende Barrés la innovación, la iniciativa libre, la pasión, lo desconocido; por disciplina —no necesitamos explicarlo— la tradición, el orden, los siglos, los antepasados..." Voto por la innovación, por la iniciativa libre, por la pasión y hasta por lo desconocido. Y me revuelvo contra un refrán profundamente conservador, y es el que dice que vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer. Frente a lo cual hay quienes no están lejos de decir que vale más que lo bueno conocido lo malo por conocer. Tal fué, por lo menos, el parecer de nuestro padre Adán, el que al probar la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal fundó el liberalismo, y con el liberalismo el progreso.

Termina este capítulo del libro de "Azorín" con un apartado que dice así: "El régimen parlamentario creador de desorden e incompetencia." En él se apoya en Carlos Maurras y en sus ataques al régimen parlamentario. Mas esto merece ser tratado con algún mayor detenimiento.

Precisamente una de las cosas que he notado en este mi último viaje a Madrid es que se acentúa la aversión al parlamento y al parlamentarismo, y que los jóvenes más animosos y más intelectuales sienten un profundo desdén hacia él. Un incidente en que intervino el mismo admirable escritor "Azorín", que bajo el nombre propio de José Martínez Ruiz es

diputado también de la nación, dió una muestra de lo que nuestro parlamento es.

Discutíase algo que me atañe, y al tomar la palabra el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, un abogado travieso que nada sabe de instrucción pública ni de Bellas Artes ni de otra cosa que no sea triquiñuelas de su oficio, trató de echar sobre mí un mote que los beocios emplean para motejar a todos aquellos a quienes no comprenden, que somos todos los que pensamos. El diputado Martínez Ruiz, es decir, "Azorín", le interrumpió diciendo varias veces: "¡ Eso es indigno, indigno, indigno !", y un número de diputados que jamás han escrito cuatro líneas y que son incapaces no ya de escribirlas, sino de entender lo que escribimos otros, se echó sobre él con griterío, y alguno le dijo: "¡ Que hable !, ¡ que hable !" Y es que "Azorín", nuestro admirable escritor y pensador, no es orador ni habla jamás en público. Como no habla Galdós. Y al que gritó eso puede retrucársele diciéndole: "¡ Que piense !, ¡ que piense !"

Mas esto del parlamentarismo merece, digo, ser tratado aparte.

Salamanca, diciembre de 1914.

[*La Nación*, Buenos Aires, 4. I. 1915]

ALGO SOBRE PARLAMENTARISMO

Al hablaros del libro de "Azorín" —*Un discurso de La Cierva comentado por "Azorín"*—, cuando os expuse mi fórmula de liberalismo: La Humanidad y los vivos, frente a la que él, tomándola de Barrés, nos da del conservadorismo: La Tierra y los muertos, os decía que hay en ese libro una rápida y brevísima crítica del parlamentarismo. Conviene tener presente que "Azorín" es parlamentario o por lo menos es diputado a Cortes, que asiste con gran asiduidad a las sesiones de nuestro congreso y que uno de sus mayores éxitos literarios fueron las crónicas parlamentarias que hizo en un tiempo desde la tribuna de prensa, comentando las sesiones. Conoce, pues, el paño.

El descrédito de nuestro parlamento es entre nosotros grandísimo. Mas no así entre los extranjeros que lo visitan y que lo encaran con muy otro espíritu que nosotros, y mirando acaso más a la estética y las formas que la eficacia política. Precisamente tuve en Madrid hace pocos días el gusto y alto honor de conversar largamente con el ministro de la Argentina don Marco Avellaneda, de cuya conversación salí encantado, y oí de sus labios grandes elogios a nuestros oradores parlamentarios. Había asistido a dos debates: el de la contestación al mensaje de la corona y el de la guerra de Marruecos, y me aseguró que había oído en ellos no uno, sino varios discursos dignos de cualquier parlamento. Y nótese que el doc-

tor Avellaneda, que ha viajado bastante, conoce otros parlamentos y es él, por su parte, un gran parlamentario. Nunca olvidaré su brillantísima intervención en el debate sobre la ley de divorcio que en 1902 se sostuvo en la cámara de diputados de esa República Argentina, y al cual me he referido antes de ahora en estas columnas.

Es muy posible, en efecto, que nuestro parlamento no sea inferior a otros parlamentos, y desde luego se dice que sus debates se suceden con más solemnidad y en formas más corteses y moderadas que en otros. Mas esto puede no querer decir sino que hay en el nuestro menos pasión y sinceridad, más farsa y más convenciones. Los debates del parlamento francés se convierten fácilmente en diálogos; mientras que en el nuestro suelen sucederse los largos y rotundos discursos, no pocas veces embotellados. Lo que depende en gran parte de que los españoles, en fuerza de querer ser oradores, somos malos conversadores o dialogadores.

Estamos habituados al monólogo. Nuestros diálogos suelen ser monólogos entreverados.

Hay en nuestro parlamento cuatro o cinco tenores, los que pasan por primeros espadas de nuestra oratoria política, que se reservan para las ocasiones, estudiando las frases y más que las frases los gestos. Sólo hablan en las grandes ocasiones, recitando entonces el discurso que desde hacía días venían preparando. Son actores trágicos que por lo común se agotan en el momento crítico. Y, ¿cómo va a pedírseles la intervención inesperada y breve, el discurso improvisado y rápido, la réplica, el diálogo? Su arte escénico padecería. Tienen que cuidar de su prestigio.

Los he llamado actores trágicos y así son. La ligereza, la gracia, la amenidad, la agilidad, no son sus características. En nuestro parlamento podrá en-

contrarse de todo, menos gracia. Nuestros actores cómicos parlamentarios son detestables y rara vez pasan de bufones. Siempre he creído que el español, fundamentalmente serio y hasta fúnebre, tiene muy poca gracia. El chiste madrileño suele ser la cosa más desgraciada que cabe darse. Y cuando se coge el Diario de sesiones de nuestro congreso y se recorre las acotaciones, deteniéndose uno donde dice "risas", hay que reírse no de lo que dijo el diputado a quien le rieron el chistecillo, sino de la infantil ingenuidad de los pobres diputados que se ríen de semejantes gansadas. No, no es la gracia la característica de nuestro parlamento.

Ni tampoco la pasión y, consiguientemente, la sinceridad. Rara, rarísima vez se oye allí una voz cálida y vibrante, con calor íntimo, y que rompa los vergonzosos eufemismos. Todo parece ensayado y preparado de antemano, y que el ministro sabe al dedillo lo que el diputado le va a decir, y éste sabe lo que va a contestarle aquél. Todo es arrastrado y cansino. Hiede a muerte allí. Y el lenguaje mismo que se emplea es un lenguaje convencional y falso, lleno de tranquillas y de ripios, con fórmulas casi pre-históricas. Nada disuena más allí, en aquella campana penumática, que la voz de la calle. La modorra reina en soberana.

Y vengamos ahora a lo que "Azorín", el diputado mudo, nos dice en su libro sobre el parlamentarismo. "Serán inútiles —escribe— cuantos esfuerzos haga el político para buscar en un estado parlamentario las causas de la confusión, del desorden, de la incompetencia y de la infructuosidad. Las causas de todo están en el mismo régimen parlamentario. El régimen parlamentario es el régimen de opinión. ¿Qué es la opinión? ¿Cómo se hace y dónde se encuentra? La opinión es una cosa variable, fluctuante, apasionada, superficial." Detengámonos.

Yo no sé lo que será en otras partes, pero en España no cabe decir que el régimen parlamentario sea régimen de opinión. Hay poca, muy poca opinión política en España; una de nuestras mayores desgracias nacionales es la endeblez y la penuria de nuestra conciencia pública nacional, pero puede afirmarse que esa poca opinión no está representada en el parlamento. Conozco distrito rural cuya verdadera opinión dominante, por pobre que la supongamos, tiende hacia la reforma agraria y la supresión de los males del latifundio y está representado por un gran propietario latifundioso, feroz cacique y tirano de los mismos que le han votado. Sus mayores enemigos son los que por miedo o por venta le dieron o vendieron sus votos. Y así resulta que nuestro parlamento, muy poco intelectual, sin duda, no representa ni mucho menos el nivel medio de la inteligencia española, sino algo más bajo. Los representados suelen ser muy superiores a sus representantes. Y conozco también un distrito en que desde hace años se viene votando a un pobrecito mentecato, a un correveidile y agente de menesterillos a quien todos sus votantes desprecian y le votan precisamente por eso, para poder mejor despreciarle y reírse de él y ponerle en berlina. Le votan por su insignificancia representativa. Es diputado por la envidia democrática.

Sigue tratando "Azorín" de la opinión pública y escribe: "Hoy hemos llegado a hacer una abstracción de este factor social; a las antiguas abstracciones hemos sustituído otras, seguimos siendo tan supersticiosos ahora como antes. Cuando vamos en el tren, o estamos un momento en un café, o entramos en una tienda, escuchamos fragmentos de diálogos en que, tratándose de las cosas más delicadas, por ejemplo, expresan los juicios más absurdos. Nos asombramos en nuestro interior de tal manera de pensar, pero

no podemos exigir que este hombre que ha estado junto a nosotros tenga los conocimientos, la perspicacia, el patriotismo y la serenidad de un hombre de gobierno. Y sin embargo, en un estado parlamentario este hombre —con millares y millares de sus semejantes— es quien gobierna. Y este hombre y la muchedumbre de sus congéneres forman la opinión, que es una creación de la inteligencia —influyendo sobre las muchedumbres— la cual opera su labor estando esclavizada por el Dinero, la Industria, la Finanza. Carlos Maurras ha escrito páginas profundas sobre este fenómeno social del mundo moderno en su libro —un poco pesimista— *L'Avenir de l'intelligence* (1). Detengámonos otra vez.

Es indudable que, hoy más que antes y en virtud sobre todo de la difusión de la prensa que hace creer a las gentes que se enteran de todo y llegan a poseer la clave de la enciclopedia de los conocimientos humanos, apenas hay quien no se atreva a emitir los juicios más absurdos sobre problemas cuyos fundamentos ignora. Pero que sean esos hombres los que gobiernan es ya otra cosa. No gobiernan los ciudadanos que emiten su sufragio; gobiernan a lo sumo los partidos políticos. El parlamento, lo repito, no representa la opinión media de la nación, la opinión dominante, por débil y equivocada que sea. Lo peor del régimen parlamentario es que no es representativo. Si el parlamento representase siquiera esa opinión pública variable, fluctuante, apasionada y superficial, sería mucho mejor y más eficaz que hoy es. El parlamento representa a lo sumo una opinión pasiva o recibida, la que los diarios de más circulación —extensión y secuela del parlamento y de sus partidos— dan a sus lectores, no la opinión activa de éstos. Porque aquí se da hoy el fenómeno de que los

---

[1] *Un discurso de La Cierva,* capítulo XIII. (N. del E.)

lectores de periódicos opinan, por lo general, en contrario del periódico que leen. Y lo leen para eso: para discrepar de él y para maldecirlo.

Muy cierto que la inteligencia crea la opinión operando esclavizada por el dinero, la industria, la finanza. Recientemente he repetido una vez más en Madrid —y por haberlo dicho en Madrid ha tenido mayor resonancia, llegando hasta el parlamento mismo— que éste, nuestro parlamento se compone, en general, de ricos, que son los mejores; de criados de ricos, que son cien veces peores que ellos, y de abogados de ricos, que es lo último que se puede ser en el orden moral. Pero si el dinero, la industria y la finanza son los que en realidad gobiernan, forjando la opinión pública, ¿es que no habían de gobernar lo mismo una vez suprimido el parlamento? Aún más y sin tener que temer fiscalización alguna, por débil que ella sea. Los poderes que hoy gobiernan, sirviéndose del parlamento, son los mismos que gobernarían no existiendo él. Y por pequeño freno que les imponga eso de tener que ir a dar cuenta de su gestión, y por mal que lo hagan, algo es algo. Malo y todo, el parlamento es hoy por hoy la única fiscalización. Su labor legislativa suele ser desdichadísima, pero su labor crítica algún valor alcanza.

Sigue "Azorín": "En lo espiritual, como en lo material, el progreso es la lucha de los pocos, de las individualidades fuertes, contra la opinión, contra la masa" (1). Esto es ya de clavo pasado y se ha dicho miles de veces. Sí; en toda innovación siempre es uno el que empieza por tener razón contra todos los demás. Pero no olvidemos que acaba por tenerla con todos los demás y que en cierto sentido puede sostenerse que no tiene razón hasta que no gane el asenso de los otros. Porque la razón es colectiva.

---

1 *Un discurso de La Cierva,* capítulo XIII. (N. del E.)

Y desdichado del que se gana muy pronto y con facilidad la opinión de los otros.

Creo más aún, y es que la lucha de un pensador con su público debe ser inacabable. El escritor, por ejemplo, debe vencer dejándose vencer, es decir, haciendo que sus lectores entren al fin por asalto en su reducto y exclamen: ¡Pues claro está que es así! El mayor triunfo de un escritor es que aquello que parecía una extravagancia o una paradoja a sus lectores cuando empezó a exponérselo, acabe por parecerles una perogrullada y una cosa de clavo pasado. Que empiecen diciendo: "¡En mi vida he oído tal cosa!" para que acaben de decir: "¡Pero si eso es lo que se le ocurre a cualquiera...!" Mas una vez que el público le ha tomado a un escritor su reducto, éste debe retirarse a otro y defenderlo, e ir así, de reducto en reducto, sin dejarse nunca vencer del todo y convencido de que la última verdad es siempre inasequible. El que no mantiene siempre a la expectativa a su público no debe escribir ni hablar para él. ¡Desgraciado de aquel de quien se sabe siempre lo que ha de escribir o decir sobre un tema cualquiera! Escribe luego "Azorín" de la lucha de Stephenson, el inventor de la locomoción a vapor, en 1825, contra la opinión pública. Y pasa a hablarnos de la memorable sesión del 15 de julio de 1870 en la cámara francesa, en que Thiers se enfrentó con la opinión pública de su país. "Inminente la declaración de la guerra por el parlamento, enardecidos los ánimos, en un ambiente de vociferaciones y de gestos violentos, Thiers se oponía a la declaración y pedía *quelques instants de réflexion avant de prendre une résolution aussi grave*. Se interrumpía su discurso con gritos ardorosos y groseros dicterios. "¡Sois la trompeta antipatriótica del desastre!", llegó a gritarle un diputado. "¡Ofendedme!, ¡insultadme! —exclamaba el ora-

dor—, ¡Yo estoy dispuesto a sufrirlo todo por defender la sangre de mis conciudadanos, que vosotros estáis dispuestos a derramar tan imprudentemente!" Thiers, clarividente: Thiers, razonador, gran patriota, fué vencido. Triunfó la opinión... Gobierno parlamentario es gobierno de incoherencia. No se podrá hacer obra duradera en un país de parlamentarismo. Lo que haga de fecundo y de bienhechor un gobierno lo destruirá otro. Los gobiernos serán pandillas de políticos profesionales. Sólo una fuerte dirección suprema que neutralizara en lo posible, si no anulara, los efectos del régimen, podría hacer que un país parlamentario progresara" (1). Volvamos a detenernos aquí un momento.

Como Francia fué vencida en la guerra del 70, la actitud de Thiers en la sesión del 15 de julio nos resulta hoy la de un patriota clarividente, y la del parlamento como hija de una locura. Es un juicio *a posteriori*. Y es muy fácil echar la culpa de la derrota de Francia entonces al parlamento francés de 1870. Prosigamos.

Sigue escribiendo "Azorín": "Hace poco leíamos un artículo de un ex diputado del parlamento alemán (*Le rôle du Reichstag*, por el clérigo E. Wetterlée, en *L'Echo de Paris*, del 17 de septiembre de 1914, edición de Burdeos). No es una autoridad política ni filosófica el autor del artículo; pero son, sí, interesantes sus palabras, por tratarse de un antiguo miembro del Reichstag. Cosa curiosa: todo el artículo, que está escrito como lamentación de que el Reichstag no sea un verdadero Parlamento y no haya sido tenido casi para nada en cuenta en la vida oficial de Alemania; todo el artículo está demostrando lo utilísimo de esta anulación casi total del parlamentarismo en un país parlamentario. ¿Hu-

---

1 *Un discurso de La Cierva*, capítulo XIII. (N. del E.)

biera llegado Alemania a tener su enorme fuerza —científica, industrial, militar— sin esa anulación? "¡El Reichstag! exclama Wetterlée—. Mejor sería que no habláramos de eso. Alemania no conoce el parlamentarismo. Siempre que la representación nacional ha esbozado un gesto de resistencia, los gobiernos confederados han autorizado al emperador para que la disuelva, y el pueblo ha enviado siempre a Berlín una mayoría más dócil..." Todo el artículo es sumamente instructivo" (1). Y lo que es más instructivo aún es esta comparación entre el régimen parlamentario francés y el embuste de parlamentarismo alemán.

La memorable sesión del 15 de julio de 1870 en la cámara francesa resultó *a posteriori,* y en vista del resultado de la guerra franco-alemana, reveladora de incoherencia e imprevisión.

Esperemos ahora unos meses a ver si el régimen alemán, que no es de opinión pública —sabido es que los alemanes no tienen otro criterio político que el que sus autoridades les ordenan tener—, resulta más coherente. El alto mando alemán, ese que dispone siempre de mayorías dóciles y ante el cual hasta los socialistas se rinden, ha lanzado a Alemania a una guerra sin provocación alguna previa de sus enemigos, e inventado para ello todo género de falacias para acabar invocando la necesidad. El canciller se ha permitido expresiones que parecía imposible pudiesen brotar de un hombre público europeo al cabo de veinte siglos de cristianismo. Dejemos que pasen unos meses y se verá si no puede decirse del alto mando alemán lo que se dice de la cámara francesa de 1870, y si toda su cacareada previsión no resulta al cabo cosa tan incoherente como la otra. Porque es indudable que el imperio militar y mercantil pru-

---

[1] *Un discurso de La Cierva,* capítulo XIII. (N. del E.)

siano ha preparado al pueblo alemán, o mejor, a los pueblos alemanes, para todo menos para la derrota. Y entonces, cuando esta guerra concluya, podremos decir si el parlamentarismo a la francesa y a la inglesa, con ser todo lo malo que Maurras quiera, no es cien veces mejor que el régimen del Reichstag, con sus mayorías dóciles —la palabra es otra— y sus partidos sin apoyo en una opinión pública, que allí no existe de veras.

Y entonces se verá también si esa enorme fuerza científica, industrial y militar de Alemania, de que tanto se habla, no la ha comprado a costa de otros bienes espirituales, menos tangibles, menos espectaculares, menos de apariencia y relumbrón, pero de mucho más valor para los que nos preocupamos ante todo y sobre todo de salvar la personalidad y de ser hombres, verdaderos hombres, con libre conciencia y pensando por nuestra propia cuenta. Y preferimos siempre el orgullo individualista a la vanidad que se desarrolla en los que forman parte de una grey bien apacentada (1).

Salamanca, diciembre de 1914.

[*La Nación,* Buenos Aires, 10. I. 1915]

---

[1] No son estos dos los únicos artículos que Unamuno dedicó al libro de "Azorín", cuyo tema político debió de interesarle, reciente como estaba —setiembre de 1914— su destitución del Rectorado de la Universidad de Salamanca. Sin embargo, su preocupación política es anterior. En marzo de aquel año realizó un viaje a Madrid, de regreso del cual dirigió una correspondencia a *La Nación,* de Buenos Aires, en la que reitera el disgusto que la capital le producía y el placer de su vida retirada en Salamanca. Aquel verano, primero en *Nuevo Mundo,* de Madrid, y luego en *La Nación,* escribe sobre el profesionalismo en política. Los escritos que dedicó al libro azoriniano, más breves e incompletos que los aquí recogidos, son también de diciembre de 1914; se publicaron en *Nuevo Mundo* y llevan por título, respectivamente, 'Parlamento democrático o camarilla" y "¡Que piensen! ¡Que piensen!" (N. del E.)

UN TONTO A SABIENDAS Y A QUERIENDAS

Del ensayo "Elogio del corazón", que figura en el libro tan sugestivo *Del vivir heroico* (1), de Victoriano García Martí, tomo estos párrafos:

"Hay gentes de buen corazón y las hay que hacen de tripas corazón. Con lo primero basta para servir al prójimo; con lo segundo se puede servir al prójimo y a uno mismo, ya que crea el mérito de la persona. Y claro, este corazón, hecho en casa, es menos inocente, porque responde a la industria particular y privada; anduvo aquí la mano del hombre y no es regalo con toda la simplicidad y toda la sencillez de las cosas naturales.

"Cierto que un corazón que nace es mucho mas dulce que un corazón que se hace; por eso es más soso. Yo no haría voto de pobreza sino a condición de ser muy rico.

"Las gentes estiman, con justicia, el soplo de voluntad que anima nuestras obras, porque sólo en tal sentido son nuestras. Un virtuoso de nacimiento suele ser un idiota, o por lo menos no le hace ninguna falta la inteligencia.

"Casi todos los tontos que andan por el mundo son unos santos; pero, como no han hecho nada por

---

[1] Madrid, 1915. Para la segunda edición, a la que se incorporó *Del mundo interior,* escribió un prólogo Unamuno, prólogo que encontrará el lector en el tomo VII, de estas *O. C.* (N. del E.)

ser tontos, su santidad no tiene mérito. Este elemento intelectual, esa voluntad heroica, es lo que reclama el sentido de una vida superior.

"Por eso preferimos el corazón hecho de tripas a un corazón que nace..."

Estos párrafos con que Victoriano García Martí empieza su elogio del corazón son ingeniosos, conceptistas, gracianescos. Pero...

Veamos. En rigor, todo corazón se hace de tripas, o por lo menos sin éstas, sin las tripas, no hay corazón posible. A lo que se nos podrá objetar que sin corazón tampoco puede haber tripas. Quedamos, pues, en que las tripas y el corazón son algo solidario y acaso intercambiable. Y cabe hacer del corazón tripas. Hay quien sin tener que comer no se ha muerto de hambre porque no ha querido, por fortaleza de corazón. Como que el saber ser pobre es cosa más del corazón que de la cabeza.

No veo del todo clara la diferencia entre un corazón que nace y otro que se hace, como no la veo entre los dos poetas del dicho decidero, el que nace y el que se hace. Y no la veo porque nacer no es sino hacerse, y hacerse es nacer.

"Un virtuoso de nacimiento suele ser un idiota, o por lo menos no le hace ninguna falta la inteligencia." Si es virtuoso de veras necesita no poca inteligencia para conservar y defender su virtud nativa. Nativa o innata, que es lo mismo, pues hemos dado en decir que es de nacimiento lo que es anterior a él, y llamamos innato, esto es, no nacido, a lo nativo o nato, a lo nacido. Y tal lío nos hemos armado, que a uno que es rey desde que nació lo mismo puede llamársele rey nato que innato. Porque nació rey y era rey antes de haber nacido. Ahora, yo no llamaría virtuoso de nacimiento a aquel santo oficial del que se nos cuenta que al mamar cerraba los ojos para no ver los pechos de su nodriza y que no ma-

maba los viernes para guardar el ayuno. A este santo oficial, a este que nació ya predestinado al calendario y al altar, a éste sí que no le hace falta alguna la inteligencia. Pero no es un virtuoso de nacimiento, como no nos refiramos a la virtuosidad de su santidad. Porque así como hay virtuosos del violín, los puede haber de la santidad oficial, la de calendario o la de martirologio. Hay quien nace mártir.

"Casi todos los tontos que andan por el mundo son unos santos." ¡No, no, no! Protesto contra semejante afirmación. Casi todos los tontos que andan por el mundo son malos; dan coces. El tonto es avieso, es envidioso, es mezquino. Me parece que aquí ha cometido García Martí una falta que se estudia en los tratados de Lógica. Las proposiciones universales no son convertibles. Recordemos aquello del que decía: yo no diré que todos los republicanos sean borrachos, pero sí digo que todos los borrachos son republicanos. Lo cual, ¡claro está!, tampoco es cierto. El borracho más bien, acaso por efecto de la arterioesclerosis que el abuso del alcohol provoca, tiende a conservador, y cuando ya no se puede tener en pie resulta reaccionario. Lo que García Martí ha querido decir es que casi todos los santos que andan por el mundo son unos tontos. Y esto es muy diferente.

"Pero como no han hecho nada por ser tontos, su santidad no tiene mérito." ¡Alto aquí, de nuevo! Eso de que los tontos no hayan hecho nada por ser tontos es una proposición que de todo tiene, menos de evidente por sí misma. Es más, yo creo que los más de los tontos lo son pertinazmente, a traición, con premeditación y alevosía. O por lo menos el tonto, lejos de apesararse de serlo y tratar de remediar su mal, se obstina en ser tonto. Y llega al refinamiento de malicia de hacerse el tonto además de serlo. Porque tengo observado que esos de quienes se dice que

se hacen los tontos lo son, además, y de capirote. Explotan su tontería. Y el tonto que explota su tontería es como aquel mendigo que se niega a que le operen la deformidad con que implora la limosna pública. Hacerse el tonto es como hacerse el loco. El que se hace el loco es que está loco de verdad.

Me han dicho que en un cierto extracto del *Quijote* para uso de los niños —¡profanación!— se dice que Don Quijote se hizo el loco para acometer a los molinos de viento. Esa expresión me parece un acierto —no sé si consciente— del autor de ella. Es mi teoría. Don Quijote se hacía el loco. Lo que no quiere decir que no lo estuviese. Como que su heroica locura, su locura sublime consistió en hacerse el loco frente al mundo, en tomar éste no como es, sino como él creía y quería que fuese. Y así como sólo el loco se hace el tal, así sólo el que es tonto puede hacerse el tonto.

No creo en las tonterías inconscientes.

Y el que nació tonto —se me dirá—, ¿qué va a hacer para dejar de serlo? Yo no sé si así como se nace santo se nace tonto, o no es más bien que le entontecen a uno en los primeros pasos de su vida, cuando no puede defenderse; pero he conocido quienes han dejado de ser tontos por camino de humildad y de sumisión. Hay quien empezó siendo tonto, y a fuerza de heroísmo, llegando a los bordes del suicido, convencido de que lo era y empeñado en dejar de serlo, lo dejó de veras. Y alguno se ha muerto en el empeño o se ha vuelto loco. Se ha vuelto loco por haberse empeñado en comprender lo que era para él incomprensible. Pero los más de los tontos persisten, maligna y pertinazmente, en su tontería. Y lo hacen por espíritu vengativo. Son tontos por mala intención, a propósito. En vez de tratar de corregirse como saben que con su tontería molestan a los demás, se obstinan en conservarla sólo para eso, para molestar al prójimo. Se creen en su tontería que la

culpa de que sean tontos la tenemos los demás, los que no lo somos, y se vengan diciéndonos o haciéndonos tonterías. Es como el mal leproso que se mezclaba a los que no lo eran para contagiarlos. La secreta malicia del tonto es su deseo de pegarnos su tontería. Porque el tonto es igualitario.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 3, VII, 1915.]

NUESTRA EGOLATRIA DE LOS DEL 98

A Francisco de Cossío, *en Valladolid.*

Suelo leer con gusto y provecho los breves ensayos críticos que Francisco de Cossío viene publicando en *Castilla,* suplemento literario dominguero de *El Norte de Castilla,* de Valladolid. El último de estos ensayos titúlase *Egolatría* y está dedicado al libro *Crítica profana,* del señor Casares. Y voy a poner aquí unos comentarios un tantico cínicos al comentario que Cossío pone al libro del señor Casares.

"Una de las características de la llamada generación del 98 es la egolatría", empieza diciendo Cossío, y lo apoya con los ejemplos de Baroja, de "Azorín", de Valle Inclán y de mí. Y debo agradecerle la cariñosa, al par que respetuosa manera como denuncia mi egolatría.

Pues bien, sí; querer negarlo sería hipócrita. Los que en 1898 saltamos renegando contra la España constituída y poniendo al desnudo las lacerias de la patria, éramos, quién más, quién menos, unos ególatras. Pero esa egolatría fué la consecuencia, de cierto hipertrófica, de un descubrimiento moral que hicimos en el fragoroso hundimiento de los ideales históricos españoles: el descubrimiento moral de la personalidad individual, hasta entonces vejada, abatida y olvidada en España.

Aquel nuestro movimiento espiritual del 98, aquella recia refriega de pluma, que halló su principal tribu-

na en *Vida Nueva,* fué un sacudimiento anárquico y anarquista, fué un "¡sálvese quien pueda!" En el derrumbamiento moral de la patria nosotros, los jóvenes de entonces, nos lavábamos, nuevos Pilatos, las manos y acusábamos. Acusábamos a todos y a todo; pero atentos a salvar nuestra irresponsabilidad, nuestra personalidad. Y con ella, aunque no nos diésemos entonces clara cuenta de ello, la personalidad de todos y cada uno de los españoles que sepan descubrirla en sí mismos. Porque en este país de desenfrenado individualismo no se conocían los fueros de la individualidad, de la dignidad personal. No era por nuestros sendos yos por lo que peleábamos los ególatras de entonces; era por el yo de cada uno; era porque en este viejo solar del egoísmo se descubriera el yo. Porque estoy persuadido de que el egoísmo sólo se cura cuando el egoísta descubre su íntimo y eterno yo, la idea arquetípica de sí mismo.

Fué, ante todo, aquella nuestra gritería una protesta contra la pobre y triste política que se venía siguiendo en España. Casi todos nosotros detestábamos entonces la política, y más aún la actitud que la intelectualidad había guardado para con ella. Recuerdo lo que me indignó cuando primero oí aquella frase atribuída a Campoamor, una de las devociones de mi mocedad, y es que al salir diputado y preguntarle uno que por dónde, respondió: "¡por Romero Robledo!" Humorada campoamorina, en cuyo fondo había un dejo de amargo desdén, pero también de despecho. Y también recuerdo que discutiéndose en una tertulia los méritos artísticos de Núñez de Arce, uno de los del corro exclamó: "¡Cómo va a ser un gran poeta quien ha llegado a ser ministro de Ultramar!" Evidente salida de tono, aunque conviene añadir que Núñez de Arce no fué un poeta, esto es, un creador, ni grande ni chico, en el ministerio. Porque

Cisneros fué un poeta, y lo fué Richelieu, y lo fué Floridablanca, y lo es hoy Lloyd George.

¡Nuestra egolatría del 98! ¡Sin duda alguna! Aquello fué un movimiento de personalismo —no de fulanismo— frenético. ¿La patria? La veíamos hundirse con la más encallecida modorra, y ya que España se hundiera queríamos salvar al español. Cada cual al suyo. Y el pobre Ganivet, lleno de sí mismo, predicaba desde lejos de la patria el evangelio de Pío Cid, y Costa, el gran soberbio, el gran ególatra, arremetía, nuevo Don Quijote, contra el caciquismo. Pues, ¿qué era, en el fondo, el caciquismo, sino el desconocimiento y el desprecio de la personalidad individual humana y de sus sacrosantos fueros? El cacique atropellaba a las demás personas, en quienes no veía sino medios o instrumentos, y jamás fines, y las atropellaba porque él, el cacique, no sentía por su parte su propia personalidad. El cacique, como todo tiranuelo, está hecho de madera de siervos.

Antes del 98, en aquella sombría Restauración, Cánovas del Castillo, el Monstruo, decía no encontrar jóvenes para su obra. Pero es que los buscaba como dijes o joyas y para guirnalda del canovismo. Y es claro: don Francisco Silvela, que era de verdad inteligente y lo que hoy decimos un intelectual, sintiendo su propia personalidad, hubo de sublevarse contra el que se pretendía amo y señor. ¿Y quién de entonces no recuerda la triste oscuridad de Morlesín?

En aquella Restauración estaba también Sagasta, del que no se sabe que escribiera versos a ninguna Elisa ni historiara período alguno de nuestra historia; el inventor de aquello que se llamó el fusionismo, denominación que es ya de por sí un poema tragicómico. Y con el fusionismo intentó fusionar algunas personalidades; pero personalidades políticas.

¡Qué tiempos aquellos de Cánovas y Sagasta, de

Lagartijo y Frascuelo, de Calvo y Vico; tiempos de un gris crepuscular y lóbrego! Menéndez y Pelayo, casi solo, revolvía el polvo de los escombros de nuestra historia; Menéndez y Pelayo, a quien don Alejandro Pidal, otro arrebañador de reclutas, no logró uncir al yugo de sus caciquerías. ¡Verdad es que don Marcelino era otro ególatra, y formidable! Y en tanto, Alfredo Calderón, que no se consolaba de la derrota de la metafísica, como me dijo una vez llorándole la voz, lanzaba al aire frío y brumoso su triste quejumbre continua. Y Troyano, otro solitario, daba cada día a nuestros burgueses, desde las columnas de *El Imparcial*, su ración de pensamiento.

Volvamos el recuerdo a Cataluña y veremos que, mientras queda pura y fecunda la obra de Maragall, el cantor de la fuerte personalidad de Serrallonga, se va hundiendo en la lobreguez del olvido la memoria de la presentación parlamentaria del doctor Robert.

Nosotros, por nuestra parte, los ególatras del 98, no estábamos entonces dispuestos a vender el alma por un acta de diputado. Nos admirábamos a nosotros mismos, como dice Cossío; creíamos haber nacido para renovar la patria, para hacer de España el solar de los españoles, un pueblo de yos y no un rebaño de electores y contribuyentes. ¡Pero no éramos "arribistas", no! En el sentido que se da a esto del "arribismo", no lo éramos. Nuestro mayor cuidado consistía en no dejarnos poner hierro, en permanecer orejanos. ¿Fué un error? ¿No lo fué? ¿Y quién puede decirlo?...

Soplaban sobre nosotros vientos de anarquismo, de individualismo desenfrenado; apacentábamos los unos de la fórmula spenceriana de "el individuo contra el Estado"; otros se nutrían de Nietzsche y, a la busca dentro de sí mismos del sobre-hombre, descubrían al hombre, se descubrían a sí mismos, su

propia dignidad personal. Y todos nos sentíamos iconoclastas. ¡Pero si supiera Cossío, si supieran los de su generación, los de esta generación cuyo hipo es, según me dicen, formarse y que sueña en la eficacia; si supieran a qué bajezas se había abatido antes del 98 el valor de la libre personalidad humana! ¡Si supieran lo que significaba un hombre, esto es, un alma, en aquellos áridos años del *Madrid Cómico,* en que las caricaturas de Cilla y los artículos de Taboada parecían estar modelando a la generación incipiente! Era el triunfo en todo del género chico.

Vino el derrumbe de nuestros ensueños históricos, vino lo de Santiago de Cuba y lo de Cavite, vino el Tratado de París, y en medio del estupor, o más bien de la estupidez general, nosotros, los que dicen del 98, nos tocamos, sentimos el alma, descubrimos que teníamos un yo, y nos pusimos a admirarlo. Por lo que a mí hace, acabé de descubrir mi yo español, castizo, en el *Quijote,* y es natural, creí haber descubierto mi *Quijote,* nuestro *Quijote,* y dije lo que Cossío recuerda: que Cervantes nos dió en 1605 la Biblia del personalismo individualista español para que yo, tres siglos después, y siete años tras del 98, la comentase. Y es que hasta entonces y por entonces, y aún hoy, esa nuestra Biblia nacional era presa de dómines, de preceptistas, de eruditos y de masoretas, atareados en disecarla para convertirla en pieza de museo, mojada en alcohol. ¿Que acaso descubrí un Mediterráneo? Es que suele ser preciso descubrírselo a los peces que en él viven. Y la peregrina historia del Hidalgo, que supo decir a relleno sentido: "¡Yo sé quién soy!", tiene que enseñarnos a cada uno de los españoles quién somos. El que no aprenda en ella, en el espejo del Caballero de la Locura, quién es él, el que la lee, ¿qué va a aprender? ¿A tornear párrafos a la manera cervantina? ¡Menguada labor!

Sí; los guerrilleros espirituales de aquella que se ha dado en llamar la generación del 98 vislumbramos de pronto, entre el desplome de la leyenda, nuestras propias almas desnudas y nos vimos adanes españoles avergonzados; pero a la vez, por íntima contradicción, orgullosos de nuestra desnudez. algunos se hicieron con hojas de parra delantales; pero otros no ocultamos nuestra viril vergüenza, nuestra egolatría. Y enseñamos, alguien me ha dicho que satánicamente, que cada cual ha de adorar su yo y para poder adorarlo hacerlo digno de adoración, ya que Dios no es sino el Yo común a que enfocan y en que se majan y consunan nuestros sendos yos.

Acaso nuestros predecesores, los de la generación del 68 y los de la del 76, no se adoraron a sí mismos, pero es porque no se conocieron, o absortos en una obra revolucionaria impersonal o abismados en una Restauración hastiosa y de sesteo. ¿Se conoció acaso, descubrió su yo, su eterno yo, aquel don Ramón de Campoamor, el escéptico lírico del desengaño, el que, habiendo escrito un libro que se titulara *El personalismo: Apuntes para una filosofía,* pudo decir, con amargo dejo de humorada, que fué diputado por Romero Robledo? Y esa terrible frase, ¿no sería tal vez una venganza del personalista escéptico, a quien la propia, íntima e intangible personalidad se le escapaba?

Cossío la trama luego con Valle-Inclán, otro ególatra, aunque éste apareció en el coso de nuestras letras algo después del 98. No voy a aquilatar la originalidad de las invenciones novelescas de Valle-Inclán ni sé si en sus *Sonatas* se ha servido o no de materiales de Barbey d'Aurevilly, de D'Annunzio o de Casanova. Es ésta una tarea, muy interesante sin duda para la historia literaria, que cedo gustoso a la diligencia del señor Casares o de otros curiosos investigadores. La inquisición de esa suerte de origi-

nalidad no me interesa sino muy restringidamente. ¿Pero cabe negar que Valle-Inclán ostenta su personalidad, y una personalidad inconfundible, en un estilo fuertemente acusado?

"También el señor Selgas y Carrasco tenía algún talento —acaba diciendo Cossío—, a pesar de lo cual hoy ninguna persona que se precie de gusto literario lee las cosas de Selgas. Y contad con que Selgas, malo o bueno, era legítimo propietario de sus escritos." Yo no sé si las personas de algún gusto literario leen o no hoy a Selgas; sólo sé que yo no puedo leerlo, que sus libros se me caen de las manos. Y es porque Selgas, malo o bueno, se me aparece como no legítimo propietario de sí mismo. Lo que escribía sería suyo; pero es como si fuese de cualquier otro, de un individuo impersonal, de hache o de ene, o de equis; es decir, de nadie. Su literatura es mostrenca. Y en arte vale más robar lo de otro, lo que tiene dueño conocido, si uno sabe apropiárselo de verdad, darle la irradiación de la propia personalidad, que no coger, por derecho de primer ocupante, un bien mostrenco y poner allí, en un cartel y sobre una valla, el nombre de quien lo ocupa. ¡Legítimo propietario de sus escritos! ¿Y quién lo es? Lo que yo escribo es, después que lo he escrito, de quien quiera aprovecharse de ello, y si acierta a avalorarlo mejor que yo es más suyo que mío. Estoy íntimamente persuadido de que muchos —entre ellos acaso Cossío— llegarán a comprender mucho de lo que yo escriba mejor que lo comprendo yo mismo, como abrigo la profunda persuasión de comprender yo algo de lo que escribió Cervantes mejor que lo comprendió él mismo. Pero de lo que hay que ser propietario es de sí mismo. Porque la palpitación del hombre que escribe, ese latido cordial por dentro del escritor, eso es la única originalidad que salva. ¡Ah, si el joven Cossío se hubiese podido ver a solas con-

sigo mismo en las yermas tinieblas espirituales de aquel desplome del 98! Comprendería cómo la desnudez puede, a raíz de la caída, y oyendo a la serpiente tentadora, llevar a la egolatría.

[*El Imparcial,* Madrid, 31 I, 1916.]

RECUERDO DE DON FRANCISCO GINER

En medio de esta alborotada charca de pasiones —¡y ojalá trascienda del alboroto!—, cuando los que más presumen de hispanófilos —y llamarse un español hispanófilo es hipócrita cinismo— olvidan la dignidad de España; cuando más vocean "¡neutralidad!", los menos neutrales, aunque acaso los más neutros, nos hemos puesto a leer, en horas de remanso —aunque después de haberle dado un remejido a la charca—, el tomo II de las *Obras completas* de don Francisco Giner de los Ríos, tomo dedicado a *La Universidad española.*

Pronto, el 18 de este mes, hará dos años que se nos fué para siempre de esta nuestra España, de esta su España, de este mundo. ¡Pero no se nos fué del todo, no! Aún nos queda; aún nos queda aquí a los que le conocimos, es decir, a los que le quisimos; aún le llevamos dentro —y él nos lleva— a aquel gran maestro, es decir, a aquel gran agitador de espíritu. Que es lo que era sobre todo. Porque aquel hombre que se pasó la vida clamando "¡paz, paz!", era un gran luchador. Ni podía ser de otra manera. La verdadera paz, la paz fecunda, la paz digna, la paz justa no se obtiene más que con la lucha.

¡Y qué hombre de pasión, de intensa pasión, de encendida pasión era aquel hombre que iba predicando serenidad! Como era un estupendo orador y se pasó la vida queriendo ahogar en sí esa noble fa-

cultad de la oratoria. Yo creo que don Paco Giner —así se le llamaba cariñosa y familiarmente— comprendió que la obra más autoeducadora de un hombre es la de luchar contra su propia profesión, la de impedir, mientras uno la ejerce honrada y hasta amorosamente, que le profesionalice, la de hacer que el hombre, el hombre entero, no se deje dominar del funcionario. Y por eso él, catedrático, propendió a hacerse maestro. Y para poder ser maestro, a hacerse discípulo, a ser siempre discípulo, el eterno discípulo.

Nunca olvidaremos nuestras conversaciones con él, con nuestro Sócrates español, con aquel supremo partero de las mentes ajenas. Inquiría, preguntaba, objetaba, obligábanos a pensar. Y después de una de aquellas intensas charlas con él volvíamos a casa tal vez sin haber recibido de él ninguna nueva idea; pero, lo que vale más, mucho más, con nuestras propias ideas, antes turbias, aclaradas ahora, habiendo descubierto en nosotros mismos puntos de vista que ignorábamos antes, conociéndonos mejor y conociendo mejor nuestros propios pensamientos que nos conocíamos y los conocíamos antes de habernos acercado a él. Este era el maestro.

¡Y no decimos el pedagogo, no! En esto de la pedagogía discrepábamos de él, acercándonos más al criterio de Wundt, de Münsterberg, de Fouillée, que él, Giner, en este su libro sobre la Universidad española, que acabamos de leer, menciona. Aquel su magisterio, aquella su maestría, no es posible reducirla a fórmulas trasmisibles y menos a recetas. Era el hombre y el hombre se da en espíritu, pero no es posible traducirlo en letra.

Sus escritos son para nosotros, los que le quisimos, esto es, los que le conocimos y tratamos, muy otra cosa que serán para los que sólo han oído hablar de él y de su obra. Aunque no hubiera dejado

escrito nada, como no lo dejó Sócrates, su obra viviría entera.

Lo que no quiere decir, claro está, que no haya mucho que aprender en sus escritos. Más bien, que no sugieran mucho.

De todo lo que de él conocemos preferimos las cartas, breves, vibrantes; a las veces ligeras notas en tarjetas postales. Allí estaba, como en sus conversaciones, el hombre. Y esperamos con ansia el día en que se publique su anunciado epistolario.

Componen este tomo titulado *La Universidad Española,* varios escritos, el primero y más extenso de los cuales, enteramente inédito, fué una Memoria que escribió para optar al premio, que le fué concedido, que la Universidad de Valencia ofreciera en 1902, con motivo de la celebración de su tercer centenario. Después de escrita y premiada, don Francisco halló, como era su costumbbre, que estaba "poco hecha", y en corregirla y arreglarla se le fué el tiempo. Y así no ha llegado a ser publicada hasta ahora. Y no era, ¡no!, lo que podríamos llamar la manía de la perfección, esa fatal manía que han padecido muchos —dícese que entre los literatos sobre todo Flaubert—; era que aquel hombre vivía tan intensamente, era tan hombre y tan maestro, y tan poco profesor —el que profesa algo—, que su pensamiento estaba en continua y constante marcha, mejor aún, conocimiento, y al acabar un escrito se encontraba con que opinaba respecto a su asunto muy de otro modo que cuando empezó a escribirlo. Y es que no escribía lo ya pensado, sino que pensaba escribiendo como pensaba hablando, pensaba viviendo, que era su vida pensar y sentir y hacer pensar y sentir. De un maestro así no podía salir nada "hecho".

Y es el encanto mayor de este escrito del maestro de que hablamos, que no está hecho del todo. Por eso sugiere tanto.

Leed este párrafo que en su aparente sencillez y sin decir más de lo que todos sabemos lo dice con un tono —sobre todo para los que al leerlo oímos la voz cálida del maestro— que sugiere mucho más que se dice:

"La mayoría de nuestros estudiantes pertenece a las clases medias; hace mucha vida de teatro, de café, de casino; de Ateneo, a veces, casi ninguna de campo; va a los toros; nada de juegos ni ejercicios corporales; otro tanto de viajes y excursiones; aparte los periódicos, lee poco, y esto, principalmente, novelas; y suele tener, en una proporción mediana, los vicios y virtudes propios de la masa masculina de nuestro pueblo. Sufre alegre, casi sin enterarse, parte por la austera sobriedad de la raza, parte por su atraso, el sucio hospedaje y mala bazofia a que los más tienen que atenerse; es político y patriota, en todos los sentidos, desde el más puro y noble, al pésimo."

Parece que le oímos, en uno de aquellos raptos de elocuencia a que el fervor de la conversación le llevaba, pronunciar esta última palabra de ¡pésimo! Y todo el pasaje, aunque diga cosas que tenemos olvidadas de puro sabidas —y esto es lo malo—, las dice con un tal movimiento oratorio de lengua coloquial, conversacional, concentrada y cálida, que nos obliga a no olvidar esas cosas de puro sabidas.

¡Y lo que dice luego de la minoría que dentro de esa masa estudiantil lucha! "Una minoría, importante por la calidad y perteneciente, no pocas veces, a aquellas capas inferiores medias que lindan con el jornalero, de quien apenas las distingue la hechura, más que el precio del traje, trabaja, lucha, padece, en una miseria mal disimulada; sacrifica su reposo, su salud, sus diversiones, su alegría y frescura juvenil; pero pone su alma en su labor; no quiere vegetar; vive y se entera." ¡A cuántos de estos jóvenes que luchando con la miseria económica lu-

chan contra la miseria moral e intelectual de la patria, a cuántos de ellos no confesó Giner! ¡A cuántos confortó! ¡A cuántos les abrió un sendero! ¡Un sendero estrecho y escabroso y pedregoso, pero sendero al fin! Que lo malo es andar perdido en el desierto. ¡O a cuántos no les enseñó que echando a andar por el desierto, derecho, hacia donde brilla de noche la estrella que tomamos de Dulcinea celeste, se hace con los pies, y según se anda, el sendero del destino!

Son muy de leer las páginas 102, 103 y principio de la 104 de este volumen. Allí se ve qué sentimiento tenía aquel maestro de la escuela primaria, "la del pobre, la del pueblo, la de todos", y cómo su fin ha de ser "no reducirse a los informes y noticias más indispensables para no quedarse fuera de su tiempo, ni a adaptarlo a éste, y menos a hostigar su memoria, sino despertar y orientar e intensificar las potencias todas de su ser (el del hombre)". Habla luego de la nobleza, de los gustos, y nadie como él trabajó por la cultura estética española.

Y en esto de la cultura estética está, sin duda, el toque de lo más de nuestra regeneración o más bien ingeneración o engendramiento cultural. Si se va al fondo de ciertas aberraciones colectivas de nuestro pueblo, de ciertos sarpullidos de troglodítismo, se verá que son debidos a incultura estética, a tosquedad y grosería de gusto, a ordinariez de sentimientos. Un amigo nuestro suele decir que hay estrumpidos —que no juicios— de opinión que vienen envueltos en vaho de regüeldo (que, con perdón de Don Quijote, así se llama en castellano, mejor que eructo, que es latín indigesto en el romance).

Por supuesto que si don Francisco viviera y me oyese esto, me lo reprocharía. En él, todo pulcritud

y mesura, sin excluir, ¡claro está!, la energía, ciertas expresiones disonaban. Aunque tan comprensivo y amplio de criterio alguna vez me censuró ciertas formas de expresión, ciertos vocablos. Acaso tuviera razón... ¡no lo sé!..., pero acababa por reconocer que cada cual tiene su temperamento y modo de expresión y que es la intención lo que salva. Y él transigía siempre con todo espíritu claro, sin dobleces, sin segundas y bastardas intenciones. Era, al fin, el hombre de lucha que se pasó la vida clamando: "¡Paz!"

En esa misma Memoria que nos inspira estas líneas acababa pidiendo que los partidos políticos, haciendo penitencia, lleguen a entender que el problema de la educación nacional no es un problema de partido, sino que pide el esfuerzo de todos sobre la base de la más serena y honrada neutralidad doctrinal, política, religiosa, de todas clases. ¡Generoso ensueño! Muy generoso, sí, pero muy ensueño.

El problema de la educación nacional llegará a ser, si es que se quiere resolverlo, cuestión de cierto modo de guerra civil. ¡Y si no al tiempo!

[*El Día*, Madrid, 13, II, 1917.]

PIO CID SOBRE LA NEUTRALIDAD

Me he puesto a releer las obras de aquel formidoble español que fué mi infortunado y querido amigo Angel Ganivet, a la luz de cuya violenta muerte adquieren todo su sentido los más intensos pasajes de sus escritos, en general tan diluídos. Porque Ganivet hablaba demasiado escribiendo, ya que tan poco hablaba de hecho —al menos cuando le conocí y traté—, y se dejaba llevar, como tantos españoles habladores por escrito, que no son escritores, del deleite de hacer párrafos flúidos.

¡Y qué español, o mejor dicho, qué berberisco era aquel hombre que de sangre francesa, provenzal o catalana acaso, nació en la morisca Granada! Todos sus viajes por el Norte de Europa y su larga estancia en ella no le desberberizaron. Al contrario. La poderosa dialéctica de su espíritu atormentado se revolvía en derredor de sus raíces espirituales españolas. Y como Costa, habiendo aparecido cual un europeizante, fué uno de los más irreductibles españoles en lo que de más exclusiva y excluyente tiene la españolidad.

¡Y luego dirán que somos nosotros, los vascos, los más irreductibles iberos! Para otra vez dejo volver a comentar no ya la internacionalidad, mas la universalidad de nuestro Iñigo de Loyola. Porque más universal, en fuerza de ser individual y personal, que el vasco...

Vuelvo a Ganivet, a quien estoy releyendo y re-

cordando, al releerlo, aquellos nuestros paseos por Madrid, él añorando su Granada y yo mi Bilbao.

Releo *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* y aquello de que: "nadie es capaz de penetrar en el pensamiento ajeno, y bien podría suceder que el que vive sin ideas fijas o dejándose llevar de impulsos contradictorios, tuviera dentro de sí un ideal muy alto y permanente. ¿Cómo se concibe que un hombre irreligioso trabaje en pro de la religión unas veces y otras en contra de ella, y que ese hombre no se mueva sin rumbo fijo, sino que sea tan firme e inconmovible como el árbol muerto, que muerto sigue clavado en tierra, mientras algunas de sus raíces están quizás echando retoños? Esto ocurre porque la muerte es fecunda y crea la vida, aunque sea sólo para entretenerse con ella; y un hombre que llevase la muerte absoluta dentro de su espíritu, y que se viera obligado a trabajar, sería un creador portentoso, porque no teniendo ya ideas de vida, que siempre son pequeñas y miserables, crearía con ideas de muerte, que son más amplias y nobles".

¡Crear con ideas de muerte! ¡Qué terriblemente berberisco es esto! ¡Y qué terrible la amplitud y la nobleza de las ideas de muerte! Con esas ideas se suicidó en Riga, entre Germania y Rusia, Ganivet, y con ellas acabaría por suicidarse su patria. Y al fin Ganivet se quitó la vida arrojándose al mar, por "el amor que viene del corazón, y que lo ama todo, y aun falta realidad para satisfacerle". ¡Le faltó realidad para satisfacer a su corazón, que lo amaba todo! Y su patria, ¿qué es lo que ama?

¡Pobre Ganivet! "¡Qué pedazo de mujer!", murmuraba entre dientes Pío Cid, siguiendo con los ojos a su Martina, a la que al ver por vez primera, de máscara, se dijo para sí: "¡Esos ojos sí que son la mar!" Y en la mar, en el seno de la mar, en el seno del Báltico, que es todo un pedazo de mar,

fué a perderse el pobre Ganivet. ¿A perderse o a ganarse? ¡Quién lo sabe...! Pío Cid no buscaba la felicidad. "No le doy importancia —decía de ella—, es una forma de la vida, pero no es la vida". ¿Y qué es la vida? ¿Llegó a saberlo Pío Cid? ¿Lo vislumbró siquiera cuando le envolvía el seno frío de aquel pedazo de mar que es el Báltico?

"Una de las más notables cualidades de Pío Cid —nos dice Ganivet— era el saber distinguir al primer golpe de vista el lado bueno de las cosas; su pesimismo era tan hondo que le obligaba a buscar un agarradero por donde cogerlas; y así, despreciándolas todas por malas, sabía amarlas todas por lo poco bueno que tuvieran."

¡Cuán distinto este pesimismo de Pío Cid de lo que llaman así, con un término casi siempre mal entendido y peor aplicado, los profesionales del optimismo patriotero!

Pues bien, oigamos las terribles ideas que sobre la política exterior o internacional de España abrigaba este berberisco, pesimista, creador con ideas de muerte y a cuyo amor no había realidad que satisficiese.

"¿Será usted capaz de sostener que nuestra política exterior es inmejorable? —preguntó a su contradictor dando un puñetazo en la mesa.

"—Es inmejorable porque no existe —contestó Pío Cid.

"—¡Acabáramos! —exclamó Gandaria.

"—Pero no se precipite usted —continuó Pío Cid—; no existe ni debe existir hasta que nazcan en España seres racionales que comprendan lo que conviene hacer. Mientras este día llega, el mejor partido es no hacer nada, y para no hacer nada no es posible encontrar, ni buscándolas con un candil, personas tan diestras y hábiles como las que ahora

tenemos al frente de nuestros negocios, que deberían llamarse no-negocios."

No es posible expresar con mayor precisión el fundamento político de lo que ahora se llama neutralidad. Como en nuestra política no hay aún seres racionales que comprendan lo que conviene hacer, o mejor dicho, como en ella dominan y dan el tono las no-personas, los políticos inexistentes, es natural que cultiven los no-negocios. O sea, los ocios. Porque "negocio" es no-ocio, y no-negocio será no-no-ocio, o sea, ocio.

Y poco después dice Pío Cid:

"Pero ahora, hablando seriamente, yo le digo a usted que hay que trabajar para que España se levante, y que hasta que se levante no hay medio de hacerla andar en ningún sentido. Por esto la diplomacia es la última que debe aquí entrar en fuego, y por ahora nada bueno se podría sacar metiéndose en historias, como no fuera que nos moliesen a palos como a Don Quijote los yangüeses."

Es muy cierto que no hay medio de hacerle andar a nadie en ningún sentido mientras, estando echado, no se levante, como lo primero que necesita una paloma para orientarse es elevarse a altura desde donde pueda avizorar horizontes. ¡Antes de orientarse, elevarse, sí! Pero, ¿y si mientras la paloma se eleva para orientarse le pegan un tiro? Mas en todo caso, sí, lo primero adquirir conciencia colectiva, crear opinión pública. ¿Pero es ello posible sin implicarle a un país en una política internacional bien definida? He aquí un terrible círculo vicioso.

"Yo he conocido —prosigue Pío Cid— a muy pocos diplomáticos españoles, y alguno de ellos ni siquiera conocía los límites geográficos del país en que representaba a España; pero éste, más que los otros, tenía un orgullo a prueba de bomba; y como quiera que lo único que hoy tenemos en España es ignoran-

cia y orgullo, no se puede pedir más perfecta representación de lo que somos. Ese orgullo es bueno; algún día vendrá el saber y todo se andará.

No, el orgullo que acompaña a la ignorancia, el orgullo de antes de saber, que es el orgullo de no querer saber, de no querer aprender, de no querer enterarse, por miedo las más de las veces de que aprendiendo el orgullo se derrumbe o cambie en despecho, ese orgullo no es bueno.

Y prosigue Pío Cid:

"Nosotros no conocemos más que dos orgullos: el aristocrático y el militar. El día que tengamos el orgullo intelectual, podremos aspirar a algo. Yo soy quizás el único español que tiene ese orgullo, pero pronto nacerán centenares que lo tengan, y usted debía también afiliarse a mi bando, y puesto que posee bienes de fortuna, dejarse de diplomacias y trabajar para ser el primer poeta de España."

¡Pobre Pío Cid! ¡Y qué ilusiones le ahogó el pedazo de mar que es el Báltico! Entre ellas la de que vendrían centenares de españoles con orgullo intelectual. ¿Quién se enorgullece aquí de la inteligencia? ¡Pero si hasta ha llegado a ser, sobre todo en boca de los trogloditas y los beocios, un mote infamante el de "intelectual"! Y en cambio hay quien se enorgullece de ser bruto e inconvencible. Cuántas veces no hemos oído decir: "no, no se canse usted más que perderá el tiempo; a mí no puede usted convencerme; yo no quiero dejarme convencer". El famoso pundonor de los hidalgos se ha convertido para muchos en el puntillo de no dejarse convencer. Y a veces ni quieren oír. Andan las gentes por esas calles de Dios o de quien fueren tapándose las orejas con las manos, y con las manos cerradas, a que llamaba puños nuestro castizo Pero Grullo, pontífice del sentido común. Con éste, con el sentido común, les basta; no necesitan sen-

tido propio alguno. Cada cual se atiene al periódico diario que ha escogido y que, por sacarle los cuartos llevándole el humor, le breza en el orgullo de su ignorancia y le dice y repite lo mismo que no piensa.

¡Orgullo intelectual! ¡Pobre Pío Cid! ¡Orgullo intelectual en este páramo de neutros neutrales! Los pocos que han sentido este orgullo, como él, Pío Cid, como Costa, o se han tenido que arrojar al mar de cabeza o han muerto reventándoles el corazón de pena y de asco.

Por otra parte, el orgullo aristocrático y el militar no debían excluir el intelectual. Es más, debían ser orgullo de inteligencia aristocrática, de comprensión de lo que la aristocracia es y de su función social, y orgullo de inteligencia militar. Pero observamos que estos dos orgullos no crecen a medida que la nobleza o la oficialidad del ejército se intruyen, sino todo lo contrario. Yo no sé si nuestra nobleza es muy orgullosa, más bien creo que no lo es, pero holgazana e inútil y parasitaria como pocas. Ni creo que nuestro ejército peque demasiado por orgullo, pero hay que reconocer que tiene bien poco de qué enorgullecerse. Otro creo más bien que sea el pecado capital que les corroa. Pero de todos modos, si alguna vez parten de alguna parte de nuestro ejército insolencias contra la civilidad, no será ciertamente de la parte más inteligente de él. Será más bien un retozo de ininteligencia, de trogloditismo, de beocia y hasta de misología, de odio a la intelectualidad.

Como Pío Cid vivió tanto tiempo fuera de su patria, y, cuando aquí vivía, muy encerrado en sí, no llegó a percatarse de toda la extensión que entre nosotros ha cobrado esa plaga de la misología, del odio a la intelectualidad y a la inteligencia. Y es ella, la misología, el origen de nuestra cobardía espiritual, y lo es de nuestra neutralidad a todo trance y a

toda costa. El romperla, el aliarnos de veras con pueblos civiles europeos nos obligaría a discurrir, a pensar racionalmente, a proponernos problemas hoy nefandos o prohibidos, ¡y todo antes que esto!

[*La Publicidad*, Barcelona, 14, III, 1917.]

DE LOS RECUERDOS DE LA VIDA DE CAJAL

Se ha publicado el tomo segundo de los *Recuerdos de mi vida,* de Ramón y Cajal. Lleva este tomo el subtítulo de "Historia de mi labor científica". Y nada más interesante que la historia de un descubrimiento científico. Para nosotros, más que el descubrimiento mismo, si éste pudiese separarse de su historia. Tales historias constituyen la lógica viva y no aquellas formalidades escolásticas de las reglas del silogismo: *terminus esto triplex,* etc., etc. Pocos libros enseñan más que las autobiografías de grandes investigadores y descubridores que son hombres a la vez de acción y de pensamiento, de pensamiento en acción. Y uno es Cajal. Y sin la historia de la creación científica, de la formación del pensamiento científico, la ciencia misma, o sea el conjunto sistematizado de los conocimientos verdaderos, no alcanza su valor pleno humano.

En las "Dos palabras al lector", que abren este segundo tomo de los recuerdos de su vida, nos dice Cajal que en el primero describió "los extravíos de una voluntad distraída y sobrado inclinada a los devaneos artístico-literarios". Y agrega: "Mientras que en el presente se da cuenta de cómo, a impulsos del sentimiento patriótico y de la triste convicción de nuestro atraso cultural, fué dicha voluntad disciplinada y orientada hacia la producción científica." Que es artística también, añadiremos.

Creemos, por nuestra parte, que los que Cajal llama "extravíos de una voluntad distraída y sobrado inclinada a los devaneos artístico-literarios" fueron los que le llevaron a su labor de creación científica, al arte de la investigación. Arte que abrazó con tal entusiasmo imaginativo y sentimental, que alguna vez nos habla de "la luna de miel del microscopio". Aquellos devaneos no eran sino los esfuerzos por romper el hielo de la indiferencia pública.

A un maestro de escuela que para ponderarnos la desatención y espíritu distraído de un muchacho nos decía que se ponía éste a seguir con la vista el vuelo de una mosca, mientras él, el maestro, explicaba, le preguntamos: "¿Y sigue con la mirada el vuelo de la mosca?"; y al contestarnos que sí, le dijimos: "Pues no es un desatento ni un distraído"; a lo que no atiende es a la explicación de usted y de ella se distrae, pero atiende al vuelo de la mosca; ¿y no se ha preguntado usted si este vuelo no tiene más interés que cuanto usted explica y merece que se le atienda?"

Creemos que aquellos devaneos artístico-literarios de nuestro Cajal eran vuelos de su espíritu que buscaba escaparse de la manera como por entonces, en su juventud, de voluntad distraída, se explicaba la ciencia en España.

El mismo nos habla de cómo le sorprendía "sobremanera la ausencia casi absoluta de curiosidad objetiva de nuestros profesores, los cuales se pasaban el tiempo hablándonos prolijamente —dice— de células sanas y enfermas, sin hacer el menor esfuerzo por conocer de vista a esos trascendentales y misteriosos protagonistas de la vida y del dolor". Y añade: "¡Qué digo!... ¡Muchos, quizá la mayoría de los profesores de aquellos tiempos menospreciaban el microscopio, juzgándolo hasta perjudicial para el progreso de la Biología!... A juicio de nuestros miso-

neístas del magisterio, las maravillosas descripciones de células y de parásitos invisibles constituían pura fantasía. Recuerdo que, por aquella época, cierto catedrático de Madrid, que jamás quiso asomarse al ocular de un instrumento amplificante, calificaba de Anatomía celestial a la Anatomía microscópica. La frase, que hizo fortuna, retrata bien el estado de espíritu de aquella generación de profesores."

Por nuestra parte hemos conocido profesores de historia de la literatura española y de preceptiva literaria —antes llamada retórica y poética— que no habían leído casi a ningún escritor español de los que empezamos a escribir después de 1876, y sólo nos conocían por vagas referencias o por tal o cual escrito volandero y suelto, aunque a las veces ruidoso, pero sin valor de queda. Y alguno se jactaba de ello diciéndonos: "Yo no hago sino releer a mis clásicos; ¡para mí la literatura española acaba en la Revolución de Septiembre!" Y nos sorprendía sobremanera, como a Cajal, su ausencia casi absoluta de curiosidad objetiva y en el objeto mismo de su enseñanza profesional.

Aún hay más, y es que hemos podido observar que para no pocos de esos profesores de literatura y de preceptiva literaria, y no ya de los viejos, las preciadísimas obras de Menéndez y Pelayo, que deberían servirles de acicate para asomarse por sí mismos al ocular crítico por donde se ve nuestra literatura, no les han servido sino como de remediavagos, de apoyo a su haraganería mental. Con repetir los juicios de Don Marcelino creen haber salido del paso. ¡Y quiera Dios que las obras científicas de nuestro Cajal, de ese fortísimo maestro de energía y de entusiasmo, no sirvan a otros histólogos españoles para echarse a dormir y contentarse con ver en los dibujos de esas obras, trabajo personal no pocas veces del autor mismo, lo que deberían buscar y ver con

el microscopio! ¡Cuántas veces el que combate la rutina de ayer no está fraguando, sin pensarlo ni quererlo, la rutina del mañana! Y por esto la historia de los descubrimientos de Cajal nos interesa más que lo descubierto mismo.

Este tomo segundo de los recuerdos de la vida del maestro es un libro de magisterio y de maestría. Magisterio de energía y de fe y magisterio también de patriotismo. En este libro nos expone "cómo surgió y se realizó el pensamiento, un poco quimérico, de fabricar Histología española, a despecho de la indiferencia, cuando no de la hostilidad del medio intelectual". ¿Medio intelectual? Precisamente la principal labor de Cajal ha sido la de contribuir tanto como el que más a crear un medio intelectual científico en España, a fraguar aquí un ambiente científico. Ambiente que ni se crea ni siquiera se acrecienta y enriquece con sostener a todo trance la excelencia de la producción científica española en pasados siglos. Creemos que aquellas enconadas disputas de antaño sobre si hubo o no verdadera ciencia española en poco o en nada contribuyeron al renacimiento de ésta. Eran, además, por lo común, disputas bibliográficas.

Decimos de este libro que es un libro de magisterio, de patriotismo. Y es que Cajal es uno de nuestros más grandes y más sanos patriotas. Por patriotismo ha rehusado alguna vez que le hagan ministro, así como otros han aceptado tal cargo por falta de patriotismo, pues se conocían nada preparados para él. Y no sabemos lo que hará la juventud intelectual española de hoy, a la que Cajal llama "la ponderada, equilibrada, circunspecta y financiera juventud intelectual".

Al hablarnos de la ninguna emoción provocada en el mundo científico por el hallazgo de la maravillosa potencia reveladora de la reacción cromo-argéntica

del profesor italiano Golgi, hoy ya, como Cajal, famoso en el mundo científico, nos dice: "¿Cómo explicar tan extraña indiferencia? Hoy, que conozco bien la psicología de los sabios, hallo la cosa muy natural. En Francia, como en Alemania, y más en ésta que en aquélla, reina una severa disciplina de escuela. Por respeto al maestro ningún discípulo suele emplear métodos de investigación que no se deban a aquél. En cuanto a los grandes investigadores, creeríanse deshonrados trabajando con métodos ajenos. Las dos grandes pasiones del hombre de ciencia son el orgullo y el patriotismo. Trabajan, sin duda, por amor a la verdad, pero laboran aun más en pro de su prestigio personal o de la fama intelectual de su país. Soldado del espíritu, el investigador defiende a su patria con el microscopio, la balanza, la retorta o el telescopio. Por donde, lejos de acoger con agrado y curiosidad la conquista realizada en extrañas tierras, la recibe receloso, como si le trajera grave humillación."

Aunque luego nos habla de sabios "que, por honrosa excepción, sienten placer en realzar, con trabajos de confirmación y ampliación, el mérito forastero preterido o ignorado".

Lo que ocurre es que en el ánimo del sabio se confunde el prestigio personal y el de su patria, ya que el patriotismo en su forma más rudimentaria e incipiente no es sino un egoísmo colectivo, una ambición colectiva, y otras veces una codicia colectiva. El sabio que sabe que con su prestigio personal realza el de su patria, sabe también que el prestigio de su patria realza el suyo personal y propio y le sirve como pedestal. Al proclamar aquellos, ya para siempre famosos, 93 sabios y artistas alemanes en su histórico Manifiesto —que ha de quedar como documento de abyección y comprobación del dicho de Rousseau de que los sabios y los poderosos se corrompen

mutuamente—, al proclamar ellos la identidad del militarismo alemán y la cultura alemana, sabían bien que su prestigio científico, artístico o literario se basaba, sí, en parte, en sus propios méritos; pero se basaba mucho más en el prestigio del poderío militar del Imperio; sabían que sobre cañones y amenazas se fundaba mucho de su prestigio.

Un español como Cajal, dado el escaso o nulo prestigio de nuestra patria como nación fuerte y que quiere formar parte activa, y no neutra, de Europa, necesita para hacerse apreciar en su valor un esfuerzo mucho mayor que un Golgi, por ejemplo, que pertenece a la Italia de la tercera Roma.

¿Es que por esto hemos de predicar el que se trate de levantar a nuestros prestigios científicos dándoles un pedestal de cañones y de submarinos? De ningún modo. Son hombres como Cajal los que, al hacerse ese pedestal, se lo hacen a los compatriotas que imiten su conducta. Más de esto, otra vez.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 20, IV, 1917.]

LA CONTEMPLACION VEGETATIVA

Glosa a un poema de Querol

Hay entre las poesías de aquel delicadísimo poeta —uno de nuestros más preferidos entre los poetas españoles del pasado siglo XIX— y oscurísimo hombre que fué Vicente Wenceslao Querol, una dedicada a un árbol, que en nuestros momentos de desmayo civil se nos viene a las mientes.

> El día en que yo vi la luz primera,
> plantó mi padre en su risueño huerto
> ese árbol que admiráis en Primavera
> de tiernas hojas y de flor cubierto.

Y ese árbol fué el agorero genio familiar del pobre poeta, el que le hundió en la oscuridad de su vida de ermitaño civil.

> Yo entré en la sociedad, donde hoy batallo,
> con la esperanza audaz de los mancebos,
> cuando él ennoblecía el fuerte tallo
> cada nueva estación con ramos nuevos.

No; el pobre Querol no batalló en la sociedad.

> Yo abandoné, buscando horas felices,
> mi pobre hogar por la mansión extraña,
> y él, inmutable, ahondaba sus raíces
> junto al arroyo que sus plantas baña.

Sí; ahondaba el árbol sus raíces en la oscuridad,

en las tinieblas. y elevaba su copa al cielo; pero, ¿veía más por eso?

Hoy, rugosa la frente y seca el alma,
cuando hasta el eco de mi voz me asombra,
vengo a encontrar la apetecida calma
del tronco amigo a la propicia sombra.

¿Calma? ¿No más bien modorra?

Y evoco las memorias indecisas
de la edad juvenil, sueños perdidos,
mientras juegan sus ramas con las brisas
y al alegre rumor cantan los nidos.

El pobre poeta no puso nido en las "mustias y áridas colinas" que rodean a la corte, donde se oscureció su vida.

Mi vida agosta ese dolor interno
con que los ojos y la frente enluto:
él abre en mayo su capullo tierno
y da en octubre el aromado fruto. [1]

Lo que no sabemos es cuál era el fruto que daba el árbol que el padre de Vicente Wenceslao Querol, el día mismo en que éste naciera, sembró en el risueño huerto valenciano del hogar tan dulcemente cantado por el poeta del hogar paterno.

El árbol no se mueve, si no es que tiembla y se estremece cuando le agita el viento; el árbol crece sin moverse un punto del sitio mismo en que lo plantaron; el árbol sube. ¿Pero progresa?

Hay otra poesía, ésta de Uhland, en que nos habla del olmo de Hirsan, de un olmo que crece entre las ruinas de un antiguo convento, y que, buscando la luz del cielo, se elevó, y se elevó por encima de los muros del claustro. El poeta alemán compara con el

---

[1] "A un árbol". *Rimas,* Madrid, 1893, p. 47-48. (N. del E.)

olmo de Hirsan al espíritu de Lutero, que se alzó por sobre los muros del claustro de Wittenberg. Pero Lutero no se alzó por sobre los muros del claustro, sino que se salió de él. La comparación se aplicaría a otros espíritus monásticos, esto es: vegetativos.

¿Qué habrá detrás de esa montaña que me cierra la vista del remoto horizonte? Y el árbol del valle puede crecer y crecer y seguir creciendo hasta ver si de tal modo levanta su copa por sobre el nivel de la cima de la montaña que llegue a columbrar lo que hay detrás de ella. Aunque a medida que crece disminuye la proporción de lo que abarca con la mirada de su copa.

Crecer, crecer, subir hacia el cielo, a ver más cielos, ¡a ver otros cielos! Pero es más seguro avanzar. Si quieres ver nuevas estrellas en el cielo, más seguro que subir y subir es avanzar y avanzar sobre la tierra. Por mucho que subamos aquí no llegaremos a ver la Cruz del Sur. El cielo no está sólo arriba, está alrededor nuestro, está debajo de nosotros. Está también dentro nuestro. Está, sobre todo, en nuestros ojos. No es tanto subiendo cuanto avanzando como llegaremos a descubrir el sitio por donde se nos pone el sol o aquél por donde nos sale.

¿Para qué quieres crecer? ¡Avanza! No verás mucho más cuando estés más alto; verás mucho más si recorres tierras, si avanzas. No es ahondando tus raíces en la tierra y elevando tu copa al cielo como descubrirás tu destino; es caminando por la Historia.

Para el que se concentra en la contemplación mística o filosófica sin lanzarse a las jornadas del mundo, su destino acaba por mostrársele en el punto mismo en que brotó, su sepultura es su cuna; lo que quiere decir que su cuna no fué más que su sepultura. Muere sin historia; es decir, muere sin haber vivido. Vegetó tan sólo. La pura contemplación es algo vegetativo.

Nada nos da tanto la impresión de perfectos monjes contemplativos como esas solemnes encinas que en amplias comunidades interrumpen de vez en cuando los páramos castellanos, o bien los pinares. Un pinar es una especie de monasterio de contemplativos.

La contemplación solitaria tiene algo de un placer vegetativo; es un goce muy parecido al de hacer la digestión. Y hasta produce, como este goce digestivo, una dulce modorra que nos sume en siesta.

¿Que esa contemplación solitaria, monástica y vegetativa da sus frutos? También los daba el árbol que plantó el padre de Vicente W. Querol; también lo dan las encinas y los pinos. Y las bellotas y los piñones no dejan de ser nutritivos y hasta gratos al paladar. Y Querol, por su parte, dió el dulcísimo, aunque muy escaso, fruto de sus poemas.

¿Pero no lo hubiera dado también, y acaso más abundante y más jugoso y, sobre todo, más recio, rico, de más alta poesía, si en vez de acurrucarse en la "mansión extraña", enjaulado, o mejor "entiestado" en un empleo burocrático, hubiera podido avanzar por la historia de su pueblo?

El, Querol, cantó a la patria con motivo de la guerra civil —así se titula el poema: "A la patria. Con motivo de la guerra civil"—; ¡pero cuán de otro modo la habría cantado si hubiera tomado parte de patriota en aquella guerra civil!

> Clamad: "¡Oh, patria, a quien lloramos muerta!
> Patria, caída en afrentosas luchas;
> patria, si nos escuchas,
> álzate erguida en pie: ¡Patria, despierta!"
>
> [*Rimas*, p. 137.]

Lo malo es que la patria no suele despertarse a la voz de los poetas; más bien se duerme brezada al arrullo de esa voz. Para despertar a la patria hace

falta otra voz que la del poeta. Lo que el poeta debe hacer es cantar ese despertamiento después de que la patria haya despertado. No ha de pararse el Sol porque un Espronceda le diga: "¡Para y óyeme, oh Sol; yo te saludo!"; pero sí un Josué, que es un guerrero y no un poeta —aunque, por otra parte, todo guerrero de Dios sea, sólo por serlo, poeta o creador—; si un caudillo del pueblo de Dios logra detener al Sol, el poeta debe cantar entonces al Sol parado y al caudillo que lo paró.

Y este mismo Querol dirigió una carta a don Gaspar Núñez de Arce con motivo de su libro *Gritos del combate,* que así se llama el poema que es esa carta, y le decía:

> Marca su ruta al caminante incierto;
> muestra el redil a las dispersas greyes;
> sé como fué la nube del desierto;
> sé como fué la estrella de los Reyes.
>
> [*Rimas,* p. 222.]

Pero ni la nube del desierto ni la estrella de los Reyes se redujeron a subir y subir y seguir subiendo en contemplación vegetativa, sino que la nube del desierto y la estrella de los Reyes avanzaron por el cielo y sobre la tierra. Ni nos parece que debe el poeta civil mostrar el redil a las dispersas greyes; ese es oficio del zagal a servicio del amo de la majada.

Querol, el dulcísimo poeta del hogar paterno, el que nos dejó aquel inmarchitable poema que es "La Nochebuena", y que dedicó a sus ancianos padres, él, que no pudo dedicar poema alguno a sus hijos, no encontró nunca acentos cuando quiso cantar a la patria. Aquel hijo y hermano modelo que no fué padre, aquel ermitaño de la burocracia, aquel monje de una oficina de Compañía ferroviaria, no supo avanzar por la Historia, que es la vida civil. Aquel tiernísimo poeta filial y fraternal no sintió la

virilidad ni la paternidad. Sólo una vez, y por mero tropo, por figura retórica en la hermosísima "Oración al pie de un *Ecce homo* de mis antepasados", dijo:

A tus plantas vinieron mis abuelos
su cuita, oh Dios, para contarte amarga:
mis padres a tus plantas, de sus duelos
dejaron la vil carga.
Yo, a quien pasa el dolor de parte a parte,
hoy pongo en Ti, Señor, los ojos fijos
y a Ti vendrán también para adorarte
los hijos de mis hijos.

[X-XI, *Rimas,* p. 329.]

Pero es que el árbol de la Cruz de Cristo, a diferencia de los otros árboles, hace otra cosa que crecer y subir, y es que camina, camina por los senderos de la Tierra, por las vías del mundo, guiando a los pueblos en su marcha por la Historia, que es el progreso y la civilidad.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 6, VIII, 1917.]

V I D A   E   H I S T O R I A

A nuestro buen amigo José Ortega y Gasset.

Polibio dice alguna vez de una historia, que se hace como corpórea —*soma toide*—, tan espesamente se suceden los hechos que han de quedar en ella. Y hay, en efecto, años vacíos y años llenos, ciudades con poca historia y otras con mucha. "Es un aburrimiento vivir aquí —le oímos decir alguna vez a alguno—: no pasa nunca nada." Y eso que pasa, eso que se dice que pasa, es lo que suele quedar. Por lo menos en la memoria de las generaciones.

Los estudiantes suelen decir de las semanas y de los meses en que hay pocos días de vacación, que son *macizos*. Una semana maciza es aquella en que los seis días de clase realmente lo son.

No puede negarse que el verano pasado ha sido, en cuanto a historia, corpóreo o espeso, o, si se quiere, macizo en España. La rebelión de las Juntas de Defensa primero —porque ésa sí que fué y no la huelga pacífica más tarde—, con la crisis ministerial que provocó; la reunión de la Asamblea de Parlamentarios, la huelga general pacífica, el proceso del Comité de huelga, la prisión de Marcelino Domingo, la crisis larga, etc., etc. Y antes que todo esto, el mitin de las izquierdas en la Plaza de Toros. Y en todo ello las campañas de Prensa.

"¿Y qué se ha conseguido con todo eso?", preguntan los materialistas y los escépticos. A lo que algu-

nos cándidos les contestan que ya se verá lo que con todo eso se ha de conseguir. Y otros hablan de renovación, y otros de revolución. Para la vida misma, histórica, la Historia es siempre renovación y siempre revolución.

Hay que desprenderse del prejuicio de que la Historia, que es la vida del espíritu, tenga un fin fuera de sí misma. El fin de la Historia es la Historia misma, es su desarrollo. En cada momento acaba y se concluye para recomenzar y abrirse de nuevo en cada momento.

Aunque todos los sucesos y los hechos de este pasado verano tan histórico no dejaran más que el haberlos vivido y el tumulto de ideas que nos dieron, bastaba y aun sobraba. Si no hubiera habido los sucesos militares del primero de junio en Barcelona, muchos de los oficiales que en ellos tomaron parte se habrían pasado el tiempo jugando al dominó o cosa así, y vale más que lo hayan empleado en lo que lo emplearon, parézcanos bien o mal, que en distracciones ociosas o en rutinas del oficio. Su actuación en aquellos sucesos les hizo vivir vida espiritual más intensa, les suscitó problemas e ideas, les revolvió las que tuvieran. Y lo vivido, vivido queda, como pensado lo pensado.

Supongamos que conduciéndonos todos de otra manera, como un pueblo ordenadito y cotidiano, de costumbres fijas, nos dedicamos no más que a acrecentar la riqueza pública. ¿Para qué queremos más riquezas? Sin duda que para consumirla. Pero es el caso que con esas pasadas agitaciones hemos consumido riqueza espiritual, hemos experimentado emociones, hemos remozado pensamientos, hemos vivido. Y hemos vivido con verdadera vida humana, con vida histórica.

El hombre es espíritu, lo humano es lo espiritual, y la vida del espíritu es la Historia. Y todo lo de-

más, lo natural, no es más que la base, el lugar más bien, el *donde* de lo histórico.

Nuestro querido amigo y maestro José Ortega y Gasset, escribió hace poco que "es el ascetismo o rigorismo o utopismo ético la perversión que consiste en atender sólo a la moral y olvidarse de la vida". Pero es que el que atiende sólo a la moral no se olvida de la vida. Y luego añadía: "La moral vale más que la vida, es cierto; pero la moral no es sino la *vida* buena, el *buen* orden de la vida." Luego el que atiende a la buena vida, a la bondad de la vida, no puede olvidarse de ésta. La cosa está clara. Y más adelante añadía que puede darse el caso de ser más urgente, y, por lo tanto, más moral salvar las energías históricas que el orden público. Pero es que el orden público no es sino la energía histórica.

No creemos que nuestro buen amigo dé a eso de *vital* el sentimiento que le daba Fausto después de su razonamiento gracias a las artes mefistofélicas. Sabe nuestro buen amigo de sobra que la vida es, ante todo, vida espiritual, es decir humana, y que la vida espiritual es vida histórica, que la Historia es la vida del espíritu humano colectivo. Y sabe que vivir históricamente es sobrevivir, es eternizarse, es crear valores para siempre.

Este concepto de *vida,* o sea la vida cuando se la quiere reducir a categoría lógica, resulta un poco confuso. Y es que lleva en sí un germen de contradicción. Decimos de una ostra, y hasta de un árbol, que viven, y, sin embargo, el concepto de vida en este caso es muy otro que cuando hablamos de la vida del pensamiento o de la del sentimiento. Una ostra y un árbol no tienen historia. Y para un hombre la vida, fuera del todo de la Historia, no es vida humana, no es verdadera vida.

Felipe Trigo, el que se quitó la vida, acostumbra-

ba a decir que él hablaba en nombre de la Vida; así con mayúscula. Es que Trigo creía que Spinoza no había vivido, y que habían vivido, en cambio, el caballero de Casanova o el marqués de Sade. Nuestro amigo Ortega y Gasset y nosotros, en cambio, creemos que Spinoza, el solitario de Amsterdam, que vivió tan intensamente su pensamiento y su emoción, su amor intelectual de Dios —*amor Dei intellectualis*—, vivió más completamente que Casanova o que Sade. Y yo, por mi parte, creo que un asceta, que un cartujo metido en una celda y meditando de continuo en la vida eterna, no se olvida de la vida, sino que la vive, a su modo muy intensamente. San Bruno vivió su vida, y una vida histórica, y vivió una vida histórica Bruno, el dominico, Giordano Bruno el de Nola.

Lo vital para el ciudadano —y el ciudadano es el hombre ya que éste es, según Aristóteles, *zoon politicon,* es decir, animal civil— es lo histórico. Lo vital, pues, que nuestro buen amigo nos recomienda por oposición a lo oficial, es lo histórico.

¿Y cómo lo oficial es lo histórico, lo no histórico? Porque lo oficial es aquí la rutina cotidiana, el balduque, el despacho del expediente. En una de nuestras ciudades en que todas las oficinas públicas marchen con la mayor regularidad técnica, no hay verdadera vida civil, no hay historia. La administración y la gobernación pública anden como un reloj que ande bien, que señale la hora que es; pero un reloj que no es más que un mecanismo, no vive aunque funcione. Un reloj no hace historia, aunque marque el momento de un solemne suceso histórico.

Nuestro buen amigo nos dice que desde el primero de junio último "España acepta una serie continuada de ilegalidades en gracia de una serie de vitalizaciones; rompe la costra de los hábitos legales constituídos para dejar crecer y expandirse una rea-

lidad vital subyacente y en constitución". Nosotros diríamos que desde el primero de junio último se ha espesado y se ha acelerado la historia en España; que los pensamientos y los sentimientos públicos, civiles, históricos, han brotado a luz. Porque esa "realidad vital subyacente" es, ante todo y sobre todo, pensamiento, espíritu. La justicia que pedían las Juntas de Defensa es una idea; lo que quería hacer triunfar la huelga general pacífica de agosto, es otra idea. Y esas ideas han vivido en la acción de unas y de otra. Y nadie nos puede quitar lo vivido. Nuestro espíritu se ha enriquecido con la historia del pasado verano, mucho más que con la cosecha de trigo de él.

Un pueblo, para vivir, ha de hacer historia. Por eso lo más terrible es cuando "no pasa nada", aunque la riqueza se acreciente y los individuos maten las horas placenteramente.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 30, XI, 1917.]

SOBRE UNA OBRA FILOSOFICA DEL SEÑOR SANCHEZ DE TOCA

Acabamos de recibir el primer volumen de la obra que sobre *Las cardinales directivas del pensamiento contemporáneo en la Filosofía de la Historia* —así se titula— ha publicado don J. Sánchez de Toca, en la colección "Ciencias y educación", de las ediciones de *La Lectura.* Aún no lo hemos empezado a leer; aún no hemos leído más que el índice. Mas esto nos basta para trazar algunas reflexiones.

Por el índice vemos que el señor Sánchez de Toca se ocupa en él de la doctrina de la evolución, de la filosofía trágica y voluntarista de Nietzsche, de Wundt y de Eucken, como intérpretes de una filosofía espiritualizadora de la vida. Y por ahora —no más que por ahora— esto nos basta.

Un político español, un ex ministro —lo que suele querer decir un posible futuro ministro—, un hombre a quien en un momento dado llegó a encargársele que formara Ministerio, un político que discute los problemas pragmáticos e inmediatos de nuestra gobernación estudiando a Herder, y a Fichte, y a Hegel, y a Max Stirner, y a Nietzsche, y a Wundt y a Eucken —y esto mientras tantos trogloditas hablan de la *Kultura,* sin saber ni siquiera castellano—, esto es algo insólito.

Siempre nos ha llamado la atención en el señor Sánchez de Toca su ansiosa curiosidad y su anhelo por mirar los problemas todos, *sub specie aeterni,* y

esto nos explica por qué sus compañeros de política —y no de otra cosa— le tienen por díscolo, por peligroso y hasta por paradójico. No se concibe a nuestro castizo político pragmaticista más que como una especie de abogado filisteo, si es que no beocio. Las altas doctrinas le estorban. El que más, llega, como el señor Maura, a una especie de retórica entre profética y sibilítica; pero toda filosofía parece que le pesa. En la última conferencia que dió el señor Maura en el Ateneo de Madrid, parece que hablaba de *los tratadistas,* así, genéricamente, y que decía: "esos libros que tenéis ahí..." ¡Sí, esos libros que tenéis ahí!

El señor Cánovas del Castillo fué el último gran político español de los turnantes que parece que se interesó algo por los eternos problemas, vistos con alguna intensidad y desinterés especulativos. Pero el señor Cánovas del Castillo apenas se salió de la Historia, y estudiaba con un criterio historicista que no era el más adecuado para verla bien hasta el fondo. Al señor Cánovas del Castillo le faltó, como en otro respecto al señor Menéndez y Pelayo, intrepidez para mirar fijamente, clavando en ellos la mirada, a los abismos de la Historia —que son los de la política—, y donde se encuentra uno con la mirada de la Esfinge. Pero aun su relativo interés filosófico no le impidió gobernar a España no peor que la hubiera gobernado, cualquiera de esos filisteos que sólo leen periódicos o librillos de vulgarización. Como no les estorbó su cultura filosófica ni a Castelar ni a Salmerón para intervenir en los problemas inmediatos de la gobernación del Estado.

¿Quién ha soltado la enorme tontería de que los filósofos no sirven para gobernar? Serán los malos filósofos. Pero éstos no son peores que los malos abogados.

Lo que hay es que aquí llaman filosofía a cual-

quier cosa. Con decir que nos hemos encontrado con más de un pobre cura rural que nos ha dicho muy serio que el señor Vázquez de Mella, a juzgar por sus dicursos, ¡es un gran teólogo!

"El experimentalismo, que reduce el hombre al animal, declarando incognoscible, no sólo lo sobrenatural, sino lo suprasensible; el panteísmo quc aniquila toda personalidad sumergiéndola y disolviéndola en el océano (*sic*) sin riberas del Dios-todo, y el subjetivismo, que los junta y los confunde, po niendo su ser por límite de su conocimiento y haciendo brotar lo que es causa objetiva de fuerzas, que son efecto, son con apariencias nuevas aberraciones antiguas, que salen al encuentro de quien quiera estudiar los fundamentos de la Ascética y la Mística. Y lo mismo el experimentalismo antiespiritualista, el quietismo y la absorción y la *inmanencia vital* del modernismo, que de gérmenes y fuerzas ocultas de la *subconciencia* hace surgir lo que las excede inmensamente..." ¡Basta! Y el señor Vázquez de Mella, autor de este hatajo de palabras vacías de definición y faltas de sentido preciso, pasa entre algunos ingenuos ¡por un gran teólogo! Es lo que se dirán éstos al oír del occéano (así, con dos *ces*) sin riberas del Dios-todo y la inmanencia vital del modernismo y los gérmenes de la subconciencia... "¡Qué tío! ¡Lo que sabe!" ¡Y lo que no saben ellos!

Es, pues, natural que con tal idea de la filosofía se crea que no hay peores políticos que los filósofos. Aunque hay otros peores, y no son los que se dedican a eso que llaman grandes síntesis históricas para uso de las más solemnes sesiones parlamentarias, y en que salen Covandonga y Las Navas de Tolosa, y el Salado y Lepanto —que rima con *espanto*—, y Otumba —que rima con *retumba*—, y Bailén— que no hay que confundir con *bailen*—, y... quién sabe qué más!

No, no nos explicamos el desdén y el horror que nuestros políticos de carrera le tienen a las altas y hondas especulaciones de los problemas eternos. Y hasta llegamos a creer que podrá llegar a ser un hábil electorero o un útil arbitrista, pero jamás un estadista de verdad, quien nunca en su vida se haya preocupado del origen primero y del fin último del hombre, y de lo que es y vale para la eternidad la Historia. Pero sin gérmenes de la subconciencia ni inmanencias vitales del modernismo ni otras *incognoscibles* (con ge y con ese) pataratas retumbantes.

Tucídides, que fué como historiador un profundísimo político y el verdadero padre de Maquiavelo, escribió su historia, según su noble expresión "para siempre" (*eis aiei*). No pensaba, como el señor De La Cierva, que él mismo y sus contemporáneos todos se quedarían calvos cien años después. Pensaba más bien como Ruy de Pina, el político —¡y de verdad!— y cronista portugués del siglo XV, que es la Historia una "muy liberal Princesa de todo bien, que nunca en su alabada conversación nos recoge que de ella no nos separemos sino en toda calidad de bondades y virtudes espirituales y corporales hallarnos luego otros y sentir en nos un otro singular mejoramiento". Y es que para Ruy de Pina, verdadero político, la política no era abogacía de estrados.

Por malos que sean los filósofos para gobernar, son peores, mucho peores, los abogados. Y creemos que se aprenda más en Herder y en Fichte, y en Hegel y en Nietzsche, y en Wundt y en Eucken —y el que sean todos alemanes no depende ahora de nosotros, sino del pie forzado de la obra que nos sugiere estas reflexiones psicológicas—, que se aprenda más en ellos para gobernar, que no en el Alcubilla o en los ramplones comentaristas pragmáticos de nuestra, en general, ramplonísima codificación. Y nada digamos de la vacua retórica tradicionalista

que nos legó aquel flatulento marqués de Valdegamas, que tan mal entendió al robusto conde de Maistre.

Levanta el ánimo encontrarse con un político español, con un parlamentario activo, que tiene espíritu —más que tiempo, pues éste les sobra a todos ellos para matarlo en intriguillas y en compadreos de tertulia de partido—, espíritu para escudriñar los eternos y fundamentales problemas de que dependen los de la política pragmática del día, que pasa y no vuelve.

[*El Sol,* Madrid, 28, IV, 1918.]

EL DEMONIO DE LA POLITICA O LA TRAGEDIA DE CANOVAS DEL CASTILLO

"¡Malhayan las historias
testigos del honor de otras edades!
¡Tus héroes y victorias,
tus campos y ciudades,
que hoy son vergüenzas porque fueron glorias!"

(CÁNOVAS DEL CASTILLO: *Ilusiones y desengaños.*) (1)

Esto, y así, en verso, lo decía a Italia aquel terrible pesimista que fué Antonio Cánovas del Castillo. cuando a sus veinte años, siendo estudiante de Jurisprudencia, podía aplicársele lo que él de sí mismo dijo más tarde al decir: "En cuanto a mí, el demonio de la política, que ha quebrado las más espontáneas y decididas aficiones de mi vida, sedújome muy pronto, casi adolescente..." (*El solitario y su tiempo,* capítulo XV).

En esa época en que Cánovas maldecía las victorias históricas,

que hoy son vergüenzas porque fueron glorias,

luchaban ya en él, adolescente, el demonio de la política, "el ciego y exclusivo afán con que únicamente cabe obtener, más temprano o más tarde, las tristes satisfacciones de la ambición política" (1. c., cap. I), y el ansia de gloria literaria, ansia que no satisfizo a su talante y sabor.

---

1 *Obras paéticas,* Madrid 1887, p. 284. (N. del E.)

"Los pocos o muchos que se hayan tomado la pena de seguir los pasos de mi poco fructuosa carrera literaria...", escribía melancólicamente en el capítulo XII de esa piadosa biografía de su tío el *Solitario,* don Serafín Estébanez Calderón, el único hombre de quien confesaba haber recibido protección y auxilio, debiéndoselo todo lo demás a sí mismo tan sólo. ¡Y lo que hubiera dado él, Cánovas del Castillo, aquel a quien la chusma de politiqueros de carrera que se le agarró a los faldones de la levita, llamaba *el Monstruo;* lo que habría dado él, *el Monstruo,* que sentía la monstruosidad de su aislamiento entre tales mendigos de ministerios y altos (!!!) cargos; lo que habría dado por cambiar su gloria con la del *Solitario,* su tío!

Como el maligno biblio-pirata don Bartolomé José Gallardo hubiese dicho que llamaba a Estébanez Calderón *Aljamí Malagón Farfalla,* según mote que le puso, con el aumentativo de *Malagón,* como escritorazo que era de Málaga, para distinguirlo de otro escritorcillo malagueño principiante, llamado Cánovas, sobrino de don Serafín, ¡qué iba a ser otro tío!, el escritorcillo éste, o sea Cánovas, exclamaba: "¡Ojalá que lo que me dijo se hubiera cumplido! Harto más satisfecho, en tal caso, estaría que está de mí mismo" (cap. XIII). ¡Harto más satisfecho habría quedado de sí mismo *el Monstruo* de la política española de la Restauración, si en vez de eso, hubiera logrado ser un *Solitario* de la literatura patria, un escritor de regocijantes escenas andaluzas siquiera, como lo fué su tío! ¡Pero "el demonio de la política" y "el ciego y exclusivo afán con que únicamente cabe obtener, más temprano o más tarde, las tristes satisfacciones de la ambición política...!"

En otro pasaje de la misma obra (cap. VIII), hablándonos del general don Luis Fernández de Cór-

dova, nos dice que para político "no le faltaba personalmente sino lo que sobra en otros por lo general: una resuelta y tenaz ambición", ya que buscaba "antes el merecimiento o la gloria pura, que no la posesión y conservación del fruto que de ella se podía derivar". Y por cierto antes, en el capítulo VII, hablando del mismo general Córdova y de Zumalacarregui, nos dice que "si hubiese experiencia en los pueblos y fueran los odios políticos capaces de prudencia, por dondequiera debería andar esculpida en mármol, para eterna lección, la historia del peligro sumo que hizo correr a la causa liberal española, en los comienzos del reinado de Isabel II, la poca justicia con que los dos más peligrosos hombres de la época se vieron sucesivamente tratados.

¿Creyó él, acaso, Cánovas del Castillo, en su fuero interno que el público literario, el que ama la poesía, amor "que, cuando se cultiva desde la primera edad, aun brindando con menos éxito que otras materias, se suele gustar más de ellas que de ninguna, y preferirla interiormente a todos" (cap. III); creyó, en su fuero interno, decimos, que ese público le trató con poca justicia, con tan poca como el otro, el que él conocía mejor, tratara a Córdova y a Zumalacarregui? ¿No había, acaso, una cierta desesperación íntima en la carrera política de Cánovas, y no explica esa desesperación sus ideas sobre "esta cansada y enferma España", como la llamó? (capítulo XII).

"¡Dulce, incomparable refugio el de los libros!", exclama (cap. XI) Cánovas del Castillo en ese libro que, apareciendo como una biografía de su tío, *el Solitario,* es, en realidad, y en una gran parte de él, un discreto libro de *Confesiones.*

Y este hombre, que, previendo que la gloria que

él anhelaba, la literaria y no la política, se le iba, escribió en sus *Reminiscencias* aquello de:

> "Triste es, pues, y seguro que la gloria
> o el torreón roquero,
> el árbol recio o la mujer más bella,
> todo sucumbe al tiempo;"

este solitario, en la monstruosidad de la política española, albergue de filisteos y de beocios, sucumbió, cuando iba a llegar a los setenta, a manos de otro desesperado de la gloria también. Porque tal era Angiolillo; lo sabemos muy bien y de persona que le trató mucho. El anhelo de gloria, de nombre, y de una gloria en cierto modo teatral y literaria, era devorador en el matador de Cánovas del Castillo, el cual llevaba en su ardiente y perturbada fantasía la figura de Bruto, pero de Bruto el de la tragedia de Alfieri. Angiolillo vió en Cánovas, en *el Monstruo,* en aquel desesperado de la gloria literaria, en el que hubiese querido ser otro, como su tío, antes que presidente del Consejo de ministros, un tirano alfieresco. En el fondo, el verdugo y la víctima padecían la misma dolencia. Y, en rigor, un mismo demonio arrastró a la muerte a ambos. Que tan demonio es cuando ejerce de conservador como cuando se hace anarquista y asesino.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 19, VII, 1918.]

LA SOCIEDAD GALDOSIANA

Deseábamos que en esta página dedicada a Galdós no faltase un juicio de nuestro insigne colaborador don Miguel de Unamuno. Telefónicamente, por encontrarse en Salamanca, le pedimos unas cuartillas sobre Galdós sociólogo. He aquí el trabajo que Unamuno nos envía, también por teléfono (1).

No creemos que en la obra novelesca y dramática de Galdós, como en la de Cervantes y como en la obra de la Naturaleza y de la Historia, haya doctrina alguna reflexiva, ni dogmática, ni dialéctica. A lo sumo la tienen algunos de los personajes que creó y a quienes hizo hablar, y aun éstos ni mucha ni honda.

Los personajes de Galdós, como sus modelos reales, son muy pobres de doctrina. Viven al día. Y la de él, la de Galdós, se reducía acaso al progresismo generoso y romántico, pero cándido de sobra, sencillo, de la Setembrina, de la Revolución española del año 1868.

El mundo social que en sus obras nos deja eternizado es el de la Restauración y la Regencia, un mundo de una pobreza intelectual y moral que pone espanto.

En la obra de Galdós, como un espejo fidelísimo, se retrata la pavorosa oquedad de espíritu de nues-

---

[1] Nota de la redacción de *El Liberal*, de Madrid, en el número donde daba cuenta de la muerte de Galdós. (N. del E.)

tra mal llamada clase media, que ni es ni media ni es apenas clase. Su Torquemada es un símbolo, y otro símbolo el Amigo Manso. La vida, triste, de una desolación íntima trágica y de una frivolidad agorera, de los pequeños empleados, tal como se puede ver en la obra novelesca galdosiana, nos explica la tragicomedia mansa de la España de hoy, trágicomedia de charca ponzoñosa. Si leyendo la obra novelesca de Dostoyeuski se comprende el huracán de pasiones desenfrenadas que está amasando, con barro hecho con sangre y alcohol y bilis, la Rusia de mañana, del mismo modo, leyendo la de Galdós nos daremos cuenta del bochorno que pesa sobre la España en que él ha muerto, del bochorno de una anarquía de modorra.

Apenas hay en la obra novelesca y dramática de Galdós una robusta y poderosa personalidad individual, uno de esos héroes que luchan contra el trágico destino y se crean un mundo para sí, para sí mismos, un Hamlet, un Segismundo, un Don Quijote, un Tenorio, un Fausto, un Brand o un Juan José. Es que Galdós no les encontró en el mundo en que el destino le hizo vivir. Su Pepet, el de *La loca de la casa,* es más bien un personaje cómico, y en cuanto al Máximo, de *Electra,* por ejemplo, Dios nos libre de ingenieros así.

Porque Galdós, artista exclusivamente, sentía la superstición de una aplicación científica para él desconocida.

Galdós ha muerto cuando está muriendo —así, al menos lo queremos creer— la triste España de la Restauración y la Regencia, la España episódica y anecdótica, pero no histórica. Han ceñido las tinieblas el alma de Galdós, cuando se hace noche cerrada para la España crepuscular, después de Setembrina.

Galdós —ante su muerte hay que decirlo con sin-

ceridad— no sintió lo que llamamos cuestión social, como no lo sintieron nuestros progresistas de 1868 que creían que las heridas de la libertad con libertad se curan; sintió, en cambio, el problema de la libertad de conciencia y de la libertad civil.

Y cuando influído por corrientes literarias que llegaban de Rusia quiso diversificar el campo de sus creaciones, nos dió aquel Nazarín, que es un perfecto extranjero en el Madrid del último tercio del siglo pasado, que no podía ofrecer sino una sociedad sin pasiones, protoplasmática y casi inorgánica.

De aquí el que si de la obra novelesca galdosiana se puede extraer alguna psicología elemental y poquísimo complicada, será difícil extraer sociología de ella. No refleja una sociedad, sino una muchedumbre.

Cuando, pasado el tiempo, se lea, dentro de unos años, o aun siglos, la obra de Galdós, para hacer en ella la España de la Restauración borbónica y de la Regencia habsburgiana, sentiráse toda la inmensa desolación de una muchedumbre amorfa y amodorrada de hombres y mujeres anémicos, sin huesos, sin fe ni esperanza, de un pueblo que soñaba en el puchero y la cama, diciendo: "Se vive."

El mundo, que pasando por el alma de Galdós nos ha quedado para siempre en su obra de arte, es un mundo sin pasiones ni acciones, que se deja vivir, pero que no hace la vida. Y en su mundo agonizan, sin acabar de morirse —que es lo peor—, Don Quijote y Sancho. Es un mundo que nació cansado de la vida. Descanse en paz el mundo de Galdós, como en paz descansa ya quien nos lo ha eternizado.

[*El Liberal*, Madrid, 5, I, 1920.]

Galdós ha sido el puro y mero literato y más estrictamente el novelista, y en su última época el dramaturgo. O mejor aún, el novelista en la escena teatral. No fué un profesor, aunque, sin proponérselo, haya enseñado más cosas que los más de los profesores; no fué un crítico, aunque indirectamente resulte su obra de crítica; no fué un periodista, aunque alguna vez escribiera artículos para periódicos; no fué un historiador, a pesar de sus *Episodios Nacionales,* en que la historia, el modo específico y técnico, se reduce a bien poco —más históricas son sus *Novelas españolas contemporáneas*—; no fué un orador, aunque algunos de sus personajes hablen alguna vez oratoriamente; no fué un político, con todo y haber sido más de una vez diputado a Cortes. Fué un puro y mero literato laboriosísimo.

El ejemplo moral más grande que Galdós haya dado a su generación y a la que le sucedió fué el de su laboriosidad. Y la señal más triste del grado de civilización a que hemos llegado en la cultura del espíritu es el premio que esa laboriosidad obtuvo. ¿Sería piadoso recordar ahora, sobre el cuerpo aún entero que albergó su espíritu inquisitivo, retraído y doliente, el lamentable episodio de aquella suscripción pública y la actitud del Estado?

Y dentro de la literatura fué Galdós un novelista que se hizo, en su edad más que madura, dramaturgo. El hombre avezado a ganar la atención de

cada uno de sus lectores, quiso ganarlos en muchedumbre. Y llegó un día en que fué aclamado públicamente, en que el grito de "¡Viva Galdós!" proferido estentóreamente en la calle —¿verdad, amigo Maeztu?— parecía el santo y seña de una rebelión, ya que no de una guerra civil. Pero el hombre que con ojos de novelista vió, a sus veinticinco años, la revolución de setiembre, la de 1868 —y permaneció siempre fiel a su ideología liberal—, y vió luego la segunda carlistada, no logró ver, al conjuro de su *Electra,* nada de lo que viera siendo joven.

Fué el 30 de enero de 1901, en las postrimerías de la Regencia habsburgiana. El asunto de la señorita Ubao —que no dejaba de tener alguna analogía con algún asunto de candente actualidad, aunque no sea hoy clerical la Inquisición contra la que la civilidad, que es la civilización, tiene que luchar— fué la ocasión de *Electra.* Galdós intentó hacer de una anécdota una categoría. Pero en esta España episódica, anecdótica e interina, hasta las categorías se reducen a anécdotas.

El 30 de enero de 1901, Galdós fué el hombre del día. La muerte vuelve a convertirle en actualidad. Pero su obra novelesca y dramática, que es su alma eterna, se salvará de la terrible actualidad que tantos estragos hace y que a tantos mata. ¡Ay del que se pasa la vida siendo el hombre del día!

La obra novelesca y dramática de Galdós, bruñido y limpidísimo espejo de metal —en que las figuras toman un color plomizo y unos contornos crepusculares—, nos refleja la muchedumbre, más que la sociedad española, y más que española, madrileña, de 1876 a 1902, en esos años lúgubres de Torquemada y de Pantoja y de Casandra: los de Galdós.

Las figuras que Galdós ha hecho pasar por su retablo de Maese Pedro, rara vez parecen tener libre

albedrío; se dejan vivir más que hacen su vida. La rutina cotidiana es un motivo de acción. Y cuando quieren ser rebeldes no pueden, a pesar de todos sus esfuerzos, rebelarse. Alargan unas existencias lánguidas. Casi nunca surge allí o un energúmeno —locos, sí, como en el mundo de Cervantes— o un desesperado. En el fondo todos, hasta los que parecen rebelarse, se resignan y aun se conforman.

Y la lengua de Galdós —que es su obra de arte suprema— fluye pausada, maciza, vasta, compacta, sin cataratas ni rompientes, sin remolinos, sin remansos, espejando los álamos y sauces de las orillas de su cauce y el cielo de otoño que le cubre. Sobre este río no hay tormentas, y bajo de él no hay temblores de tierra como ocurre en el río tempestuoso de Dostoyeuski. Tampoco España, la de Galdós, es Rusia, digan lo que quieran algunos agoreros soñadores que quieren darnos importancia, aunque sea amedrentadora.

Galdós, el épico en prosa del liberalismo nacional, ha merecido su reposo.

[*España*, Madrid, 8, I, 1920.]

NUESTRA IMPRESION DE GALDOS

Acabo de saber la muerte de don Benito Pérez Galdós. En realidad hace ya algún tiempo que estaba peor que muerto, que agonizaba casi sin conciencia. Lo mismo que la España episódica que nos ha dejado para siempre en el rollo de sus novelas contemporáneas, la España lamentable de la Restauración borbónica y de la regencia habsburgiana.

Cuando en Madrid nos dieron aquel banquete a él, a Mariano de Cavia y a mí por haberse ensañado en nuestros escritos una censura más ininteligente, torpe e incomprensiva que no rigurosa y excesiva, pude observar al pobre anciano, ya ciego, que comía junto a mí y que no sé si se enteró de sus cuartillas que yo leí (1).

Ha muerto ya; es decir, ha empezado a vivir una vida nueva. Y nada tendría de extraño que ganara después de muerto, como el Cid de la leyenda, su última batalla. Porque el mejor día resurge, merced a su recuerdo, una jornada como la de *Electra*.

Ahora, ante la muerte reciente de Galdós, recuerdo aquellos años de mocedad soñadora y atormentada, en que, con los ecos de la guerra civil, de que fuí inocente testigo, en mis oídos, leía las primeras novelas de Galdós, las de su época de liberalismo

---

[1] Tuvo lugar en el Palace Hotel, de Madrid, el 13 de octubre de 1918. Ofreció el banquete Felipe Sassone, y al final hablaron los tres homenajeados. El semanario *Los Aliados*, en su número de 19, X, 1918, publicó una amplia información del acto. (N. del E.)

romántico, *Gloria, La familia de León Roch, Doña Perfecta.* No las he vuelto a leer. No quiero, por ahora al menos, volver a leerlas. Pero recuerdo cómo me hacían latir el corazón y empañarse en lágrimas mis ojos.

A aquellos tiempos, en cierto modo heroicos, en que presenciamos, yo siendo casi un niño, las últimas luchas cruentas del liberalismo, a aquellos tiempos en que aún decía algo el "Himno de Riego" —cosa que no pueden comprender los jóvenes de ahora—, sucedieron los tiempos crepusculares del turno de Cánovas y Sagasta, de Lagartijo y Frascuelo, de Gayarre y Massini. Y Galdós es quien nos ha dejado esa sociedad, que no era sociedad, sino muchedumbre. Pero vista y sentida en Madrid.

El mundo galdosiano, en efecto, es un mundo genuinamente madrileño, como en otro respecto lo es el de Luis Taboada, y del Madrid que tiene por centro la calle de Toledo. Un mundo de pequeños tenderos, de pequeños oficinistas, de pequeños usureros o más bien prestamistas: un mundo de una pequeñez abrumadora. En el que no encontraréis ni aquellos sentimentales melodiosos de Carlos Dickens, ni mucho menos aquellos trágicos personajes verdaderamente dantescos, de las novelas tormentosas, de Dostoyeuski, de estas novelas que tanta luz proyectan sobre la Rusia que se está deshaciendo.

La novela de Galdós es acaso, en muchas de sus partes, la última trasformación de la novela picaresca. Pero de unos pícaros que de trashumantes se han hecho estadizos; de unos pícaros de café.

Un escritor francés de extraordinario talento, monsieur Georges Le Gentil, tiene escrito un libro que se titula *Le poéte Manuel Bretón de los Herreros, et la societé espagnole de 1830 a 1860.* La elección de Bretón de los Herreros para presentarnos la sociedad española de mediados del siglo XIX es acerta-

dísima, porque Bretón de los Herreros, naturaleza nada lírica ni subjetiva, refleja el mundo en que vivió, el de los románticos que prepararon la Revolución de 1868 y la guerra civil que le siguió. Y de análoga manera se podrá escribir un libro sobre "El novelista Pérez Galdós y la masa de la clase media española de 1868 a 1898". De una clase media que ni fué clase ni fué media.

La obra novelesca de Galdós es la pintura de una época y una gente profundamente antiheroicas. No sólo no se ve en parte alguna de ella rastro de Don Quijote, mas ni aun de Sancho; todos son curas, barberos, yangüeses y Sansones Carrascos.

No, no quiero ponerme a leer esas obras que son el espejo fidelísimo de una sociedad cuyo peso muerto siento sobre mi corazón. Prefiero, de releer a Galdós, releer sus primeras novelas, las del romanticismo de 1868, las de la Setembrina, aquellas en que se idealiza a España. Los personajes de *Doña Perfecta* son aún algo que nos llega al corazón; los de sus últimas novelas, no. Y es que había dado en ser realista, y la realidad que tenía delante era una muy triste realidad, una realidad anémica y fofa.

La vida pasional, palpitante, profunda de España había que buscarla donde la halló Pereda, en *Sotileza,* o Blasco Ibáñez en *La Barraca,* en las naturalezas bravías y elementales del pueblo del mar o del campo. ¡Pero la España de Torquemada!

Si la obra de un artista, y un artista y no otra cosa ha sido Galdós —no un pensador, no un crítico siquiera—, consiste en expresar la vida que en torno de él se desenvuelve, Galdós ha cumplido su obra. Ahora que esa vida nos resulta mortecina y crepuscular y tediosa. Ninguna fuerte pasión ni acción la sacude.

No puede decirse que Galdós fuera un escritor pesimista; no, no lo era. Ni de doctrina, ni de tono.

Porque Flaubert, por ejemplo, que profesaba teóricamente una impasibilidad estética imposible, impregnaba de profundo pesimismo cuanto expresaba. Galdós era un hombre de carácter apacible e igual, silencioso, pero no lo que se dice taciturno; que se dejaba vivir y reflejaba en sus escritos la vida igual y cotidiana que sentía en torno de sí. Pero de sus obras sube un vaho que a muchos, a mí entre ellos, nos atufa de pesimismo. Y es que nos parece un mundo de sueños y aun de modorra.

Y ese hombre silencioso ha hablado mucho en sus obras. Tenía el deleite de la conversación escrita. Sus novelas parecen contadas en un café de Madrid, de sobremesa. Y su lengua quedará, como dechado de la lengua conversacional, corriente, de café, del Madrid del último tercio del siglo XIX. Siempre que se encuentra libre de dejos cervantinos.

[*El Mercantil Valenciano,* Valencia, 8, I, 1920.]

VERSOS A OJO

En el número 1.271 de la revista *Blanco y Negro*, correspondiente al 26 de setiembre de 1915 —pues qué, ¿se creía acaso el lector que carecemos de erudición?—, insertábase una poesía del señor Villaespesa (F.) titulada "Las ciudades de España. Almería", y de la cual son estos cuatro versos:

Para pagar las flores
con que alfombras mis pasos y enalteces mi orgullo,
¿qué puedo yo brindarte, ciudad de mis amores,
si todo cuanto tengo y cuanto valgo es tuyo?

Conviene saber que la composición toda está en consonantes y no como algunas de otros autores clásicos, en que se mezclaban asonantes con los consonantes. Lo que quiere decir que para el señor Villaespesa *orgullo* y *tuyo* son consonantes. Y no sólo para él, sino para una gran parte del pueblo español.

No creemos, a decir verdad, que eso sea un pecado del señor Villaespesa, ni mucho menos. En el pueblo natal del poeta, que creemos recordar es Laujar de Andarax, en la provincia de Almería, como en esta provincia toda y en toda Andalucía y en mucha parte del resto de España y de la América de lengua española, no se distingue ya entre la *ll* y la *y*, entre *pollo* y *poyo*, *halla* y *haya*, etc., y como el poeta laujareño hizo sus versos a oído, que es como se debe hacerlos, los hizo bien.

Precisamente ayer mismo leímos una hermosa composición de la excelentísima poetisa chilena Gabriela Mistral, en que se hace rimar *sollozos* con *amorosos,* y también estos versos están bien hechos a oído, ya que en la tierra de la Mistral no se distingue entre la *z* y la *s.* Como en el mismo orden está bien que uno use en verso de la forma *verdá* no *verdad,* cuando le convenga, o de *amastes* por *amaste* para evitarse un hiato.

En el siglo XV no era correcto rimar en castellano —y así nos lo advierte la *Gaya Ciencia,* de Segovia— *ave* con *sabe,* ni *haze* con *nace,* ni *mesa* con *essa,* ni *dixo* con *fijo,* pero era porque distinguían en la pronunciación la *v* (nunca a la francesa o valenciana) de la *b,* la *z* de la *ç,* la *x* de la *j;* pero hoy no puede regir eso, ya que las hemos confundido. Y la *x* y *j* en un sonido nuevo.

Pero he aquí que en el número de *La Esfera* del día 20 de marzo de este año nos encontramos con otra composición del mismo fecundo y facundo poeta titulada "La balada de la abadesa de los ojos verdes", que empieza así:

> Era una abadesa de los ojos verdes...
> Romero que marchas a Santiago: si
> por esas veredas, de noche, te pierdes,
> que el Apóstol tenga compasión de ti.

Y esto sí que no puede pasar. Porque si en Laujar de Andarax, como en gran parte de España —acaso en su mayor parte— no se distingue la *ll* de *orgullo* de la *y* de *tuyo,* ni en Laujar de Andarax ni en Andalucía toda —y menos acaso que en otras regiones en ésta, ya que en ella la elocución tiende a ser más átona— puede rimar el *si* condicional con *ti.* Y no puede porque ese *si,* átono proclítico —es decir, que apoya en la palabra siguiente— carece de acento. Si los versos se presentaran en forma de prosa y uno

los leyera bien, se observaría el disparate. Y gordo. Lo que quiere decir que estos últimos versos no están hechos, como aquellos otros del *orgullo* y el *tuyo,* a oído, sino a ojo.

Como a ojo están hechos versos de Rubén Darío, de Manuel Machado y de otros excelentes versificadores —estos dos, además, grandes poetas— que se han empeñado en hacer tónicas palabras —conjunciones y preposiciones y algún pronombre— que son, incluso en sus bocas, átonas. Rimar el pronombre indefinido *una* con *luna* suele ser un disparate; o la preposición *con* y *corazón,* verbigracia.

Y a tal punto ha llegado ese prurito, que sabemos, en cambio, de un señor que le criticó a un amigo nuestro este verso: "y que nos fué tan fiel", diciendo que seis monosílabos no haben un verso. Suponía que seis monosílabos suponen seis acentos. Y no es así. Porque en ese verso sólo hay dos acentos.

En la inefable Gramática de la Real Academia Española de la Lengua se decía que en castellano todos los monosílabos son agudos, y definiéndose palabra aguda la que tiene el acento en la última sílaba, algún escolástico podría preguntar si donde hay una sola es ésta la primera o la última; pero aparte de esta sutileza, por ridícula, propia de un gramático, hay que hacer notar que la afirmación académica es falsa. Y la misma Academia, que ha hecho quitar el acento que se pintaba a ciertas partículas —como *a, e, o*— lo ha reconocido.

¡Versificar a ojo, no!

[*El Fígaro,* Madrid, 1, IV, 1920.]

UNA VIDA PUBLICA EJEMPLAR

De la influencia que Mariano de Cavia haya podido ejercer en la formación del espíritu público español y en la cultura patria en el último tercio del siglo pasado y el primer quinto del actual, ni se puede escribir todavía, improvisando, ni cabe tratar de ello sino en una historia general de la civilización patria en este tiempo, que es el nuestro. Y no somos sus estrictos contemporáneos los que mejor lo podemos hacer.

Le ocurriría lo que a todos los escritores de alguna influencia les ocurre, y es que su prestigio queda sujeto a marea de apreciación, a flujo y reflujo. Raro es el que no tiene, después de muerto, nuevas muertes seguidas de resurrecciones. Los que dan la nota, en una generación lo condenan a olvido y luego vienen otros que lo remembran.

Como, además, la labor de magisterio público por medio de la Prensa, de Cavia fué cotidiana, continua, sin sobresaltos ni estridencias, podríamos decir que consuetudinaria, es más difícil medir su acción. ¡ Pero han sido tantos y tantos los que día a día, un año tras otro, se han apacentado de sus enseñanzas y se han recreado con sus gracias! A muchos el artículo de Cavia llegó a serles tan imprescindible como el desayuno habitual. Que por algo tituló Cavia en algún tiempo a su lección cotidiana con el nombre de "¡ Plato del día!"

Pero ahora y aquí, queremos hacer constar otra cosa.

Mariano de Cavia ha sido acaso en España el ejemplar más característico del puro periodista, y a la vez del periodista puro. O si se quiere el cronista, ya que firmaba sus artículos. Porque no faltará quien quiera reservar lo de puro periodista para un hombre como fué, por ejemplo, aquel admirable don Manuel Troyano, que en una ingente labor anónima fué en algún tiempo el más poderoso formador de opinión política pública en España y el que más influía hasta en la esfera del Gobierno.

Cavia ha sido el puro periodista. Ni novelista ni dramaturgo. Las poesías mismas —algunas bellísimas en su género— que publicó, fueron periodismo. Los libros que dió a luz son colecciones de crónicas, de artículos de periódico.

Fué un político, un influyentísimo político, pero como periodista. Si alguna vez figuró formalmente en algún partido, que no lo sabemos, no consta que formase parte de ningún comité, ni que fuese síquiera candidato a concejal por el tal partido. Creemos recordar haber oído que fué republicano, pero no debió de ser de esos del Hospicio o de Palacio. Nos referimos, ¡claro!, a los distritos electorales de Madrid.

Menos consta que llegase a ser concejal, diputado provincial o a Cortes, o senador. Tampoco fué catedrático con cátedra oficial y de nómina del Estado, porque, en otro sentido, pocos escritores más catedráticos que él. Su tribuna periodística era una cátedra; su artículo cotidiano, la lección del día.

Eligiéronle académico de la Real Academia Española de la Lengua y ha dejado que le llegue la muerte sin tomar posesión de ese cargo, no sabemos si por una fina elegancia o por un impulso más de

independencia, y no nos atrevemos a decir que de desdén.

¿Qué iba él a hacer en la Academia más ni mejor que lo que para limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua española hacía de continuo en su magisterio periodístico y periódico? Y esto aunque no aplaudamos sin reservas su actuación de purista y casticista en este respecto. Nuestro disentimiento o asentimiento en esto importa muy poco. Ni podemos echarle la primera, ni la segunda piedra por ello.

Lo más noble, lo más puro, lo más ejemplar de la vida pública de Cavia, ha sido, en efecto, su admirable independencia de espíritu y de conducta. Independencia que a muchos parecería desdén y que acaso lo fuese. Nobilísimo, purísimo, ejemplarísimo desdén. Ni fué ni quiso ser nada más que periodista. Y acaso le ayudó a ello el no haberse hecho hombre de palabra hablada, orador. Porque la oratoria es uno de los mayores peligros para la independencia del espíritu. El orador fácilmente aspira a que un cacique, o el Gobierno —que es la caciquería abstracta— haga que le nombren su representante los que acaso ni le conocen.

En cierta ocasión otro periodista que llegó a ministro de Instrucción Pública —el peor de los que han pasado por ese ministerio— hizo que le concediera una cruz y luego quiso llevarle, cogido de ella, a donde Cavia no quiso ir. ¿Fué desdén hacia la distinción? ¡No! No lo fué porque él sabía bien a qué y a quién se la debía. Fué un acto de nobilísima independencia, fué una lección política.

Cavia tuvo una vida pública. Todo el que escribe para el público, firmando lo que escribe, tiene una vida pública. Cavia fué un político y político público, ya que comentó públicamente la vida política —¡cuán menguada!— de su patria. Y la vida pública

de Cavia ha sido un ejemplo de austera independencia. ¿Que fué un desdeñoso? En esto consistió su grandeza moral. Porque hay tiempos y lugares en que el desdén es la señal de los escogidos.

[*El Liberal,* Madrid, 21, VII, 1920.]

PATRIOTISMO Y OPTIMISMO

Aquí tenemos estas *Chácharas de café; pensamientos, anécdotas y confidencias* —que así reza por título completo— de nuestro Cajal. Y aunque su autor ilustre, en las líneas manuscritas con que nos dedica un ejemplar, les llame "bagatelas", nunca lo son los pensamientos de un hombre no sólo trabajador, sino creador de trabajo.

Lo que un investigador de un ramo cualquiera de conocimientos pueda pensar sobre asuntos que caen fuera de su competencia técnica, podrá carecer de valor técnico, pero tendrá otro valor acaso más alto. Y en el caso presente se trata de un poeta, es decir, de un creador de ciencia, y no de un rapsoda, no de un repetidor, o vulgarizador. Nos proponemos, pues, ir comentando algunas de estas chácharas del creador Cajal, y alternando estos con otros comentarios a otras... no chácharas y de no Cajales.

Uno de los pensamientos dice así:

"Decía J. Ortega Gasset que todo propósito racional de reforma política debe partir del previo reconocimiento de nuestra inferioridad.

"De acuerdo con la observación del eminente y cultísimo escritor, yo vengo diciendo casi lo mismo, aunque predicando en desierto, desde 1898. En mi sentir, todo político optimista es un apático, un inconsciente y, por de contado, un mal patriota. Hay que sentir la obscuridad para emerger a la luz; pero no como el feto que fía el alumbramiento a la pro-

videncia orgánica de la madre, sino como la semilla enterrada, que saca de sí misma, es decir, de su "albumen" y cotiledones, la energía necesaria para organizar un tallo capaz de aflorar la tierra y de conquistar un puesto al sol."

Dejando por ahora otros aspectos de este complejo pensamiento —y entre ellos el interesantísimo de que no nace uno, sino que le nacen; si es que es del todo así...— fijémonos en eso de que todo político optimista es un apático, un inconciente (aquí, señor corrector de pruebas, sin *s,* que si antes lo escribimos así fué por respetar la ortografía del original, que es la académica) y, por de contado, un mal patriota.

No creemos, en primer lugar, que haya hoy en España político alguno que sea optimista, y si así lo finge será por dar ejemplo. Aunque tampoco estamos muy seguros de qué sea eso del optimismo.

El actual presidente del Consejo de Ministros de Su Majestad suele ser el que más a menudo da la nota del optimismo y repite o que todo está arreglado o que todo se arreglará, pero no es porque así lo crea, sino por lo que entiende, a lo que se nos figura, que es la mejor manera de aquietar los espíritus. Es como el médico que jamás desahucia a un enfermo y para justificarlo dice: "Si le digo que está en peligro de muerte precipito ésta, si es que no la provoco".

Nosotros creemos, por el contrario, que lo que se llama pesimismo es la medicina de los espíritus fuertes y que es a la desesperación a lo que se debe los mayores milagros de energía.

Mas en lo que estamos de acuerdo con nuestro Cajal es en que un político optimista sería en España un mal patriota, un pésimo patriota.

"¿Y qué entiendes por patriotismo?" —nos preguntará aquí el lector—. En efecto, eso del patriotismo es un concepto, como todo concepto de senti-

miento, tan oscuro y ambiguo como los de optimismo y pesimismo. Concebimos muy bien, por ejemplo, que un patriota, un verdadero patriota, llegue a emigrar de España por patriotismo, y a emigrar como emigrado, no como emigrante —de esta distinción trataremos otro día—, y lo haga convencido de que hoy se puede trabajar en pro de nuestra patria mejor fuera de ella que dentro de ella, pero concebimos también que se quede aquí, como un desterrado en su tierra madre, a pelear a la desesperada. A pelear al modo de la semilla enterrada en suelo apisonado por toda clase de huellas y encostrecido por heladas, y en el que se busca romper el pelmazo y el hielo para dar un tallo que florezca y fructifique al sol.

Lo que desde luego no puede estimarse patriotismo de buena ley, sino a lo sumo frívolo deporte de patriotismo —porque hay el deporte del patriotismo y el patriotismo deportivo—, es el de ostentar un optimismo disciplinario. El optimismo de disciplina cae en optimismo deportivo. Y, como todo lo que no es serio, suele ser más dañino que el hipócrita mismo.

"¿Patriotismo deportivo? Sí. Y se le conoce, además, en que como todo lo deportivo, como todo lo frívolo, como todo lo aseñoritado, se paga de liturgias, emblemas, etiquetas, chirimbolos y percalinas.

Tenemos hijos, han debido aprender de nuestra acción pública a amar a su patria, la nuestra, pero si mañana nos dijeran que querían irse de ella no les aconsejaríamos en contrario y sin creer faltar por ello al patriotismo. Pero lo que no se nos ha ocurrido nunca es educarles en el culto a ceremonias puramente externas y litúrgicas. ¿Es que se nos va a ocurrir para hacer a nuestros hijos buenos españoles hacerles dormir, *verbi gratia,* poniéndoles sobre el lecho, a modo de sobrecama, una bandera española? Es como si en el caso de que los achaques

o la calvicie nos hiciese dormir con gorro, nos liáramos a la cabeza, a modo de turbante, un trapo con los colores nacionales. Esto sería patriotismo de trapo. O sea patriotismo deportivo.

El trapo es cosa muerta, que proviene de la fibra vegetal, que fué cosa viva. El tallo capaz de romper la tierra apelmazada crece, se renueva, da brotes, se propaga; el trapo no sirve, cuando ya decrépito, sino para hacer papel. Y en cuanto al papel...

[*El Liberal,* Madrid, 2, XI, 1920.]

"EN EL PAIS DE LOS BUBIS" (1)

José Más, hijo de un Benito Más y Prat, poeta sevillano, de quien gusté antaño *La tierra de María Santísima,* es un joven sevillano también, como su padre, que lleva escritas unas ocho novelas, la mitad de ellas llamadas sevillanas. Novelas de que nada hemos de decir ahora aquí. Porque aun escribiendo por su parte novelas el que esto ahora escribe aquí, difícilmente soporta su lectura y menos si no están construídas como un drama, con rápida acción, diálogos apretados y la mayor sobriedad posible en acotaciones, sean de paisaje, sean de psicología. Pero José Más tiene ya una novela o si queréis un drama en su no larga vida, y es el del viaje que emprendió a nuestra colonia de la isla de Fernando Poo, en la costa occidental del Africa, en el golfo de Guinea, a los doce años de su edad, a ganarse la vida, y donde permaneció siete años. ¡De los doce a los diecinueve años! Los de la verdadera educación, aquellos en que se echa los cimientos del hombre social y civil, aunque los del hombre natural y doméstico se echen antes. Y de esta aventura de un muchacho ha surgido el libro que acaba de publicar titulado *En el país de los bubis,* es decir, de los indígenas de Fernando Poo.

Hay en este libro, lleno de interés, como todos aquellos en que un espíritu de veras poético nos

[1] Este escrito fué reproducido al frente de una nueva edición de la novela de José Más, así titulada. (N. del E.)

cuenta casos y cosas de países salvajes, un largo pasaje sobre la primera caja de libros que llegó, para la venta, a Fernando Poo, pasaje que más de una vez tendremos que recordar. Los anteriores colonos de la isla tropical africana no tenían libros; "nos aburre la lectura", le decían a José Más, pero éste, a quien fué la lectura la que le lanzó a los doce años a su vida aventurera, deseaba libros para alimentar su fuente de acción. Porque él vivía y los otros se dejaban vivir, él era un emigrado, los otros emigrantes, Escribió a su casa pidiendo libros y le enviaron unas cuantas novelas de Julio Verne y del capitán Mayne Reid.

"¡Oh, cómo gocé —exclama— con aquellos cuadernos de portada azul; con aquellas hojas agarbanzadas, a dos columnas, de letra menuda; con aquellos ingenuos grabados en madera, donde adquirían vida real los personajes y las descripciones!"

Recordamos nuestra edad de los doce años, cuando, Quijotes casi infantiles, eran esas mismas novelas de Julio Verne y Mayne Reid nuestros libros de caballerías. Y aquel amigo que trastornado por su lectura estudió náutica y se embarcó de piloto para experimentar un naufragio. Y por cierto lo experimentó y no quiso volver a embarcarse. Lo que nos sugirió el primer pareado de unas aleluyas que escribimos por entonces, y que decía: "Le gusta naufragar, y se hace una vez al mar".

Más nos cuenta cuál fué la primera carga de libros que llegó para la venta a Fernando Poo, casi todos novelas extranjeras en traducciones de la Casa Maucci —era la casa misma, en efecto, la que traducía, y son traducciones industriales—, y cómo el primer volumen que se vendió fué el que incluye *El jugador* y *Las noches blancas,* de Dostoyeuski, y lo compró un oficial de infantería de marina. ¡Leer las noches blancas en una noche negra de Fernan-

do Póo, no lejos del Ecuador! O en una de aquellas noches de las que Más nos dice que "la luna era un sudario que se extiende sobre las olas muertas" y "es todo como una inmensa tumba donde hubieran sepultado al mar, al cielo y a la tierra".

Y a pesar de todo despréndese de estos recuerdos africanos, ecuatoriales, de un muchacho blanco desterrado entre negros, un vaho de tragedia muda, de tragedia sin palabras. Se siente la tragedia animal, casi vegetal, de la raza negra. El autor nos invita en una de las páginas de su libro a que comentemos la filosofía que él llama paradójica y positivista, de los bubis al no invocar a "Rupé", el genio del bien, del que dicen que nada tienen que temer puesto que su bondad es infinita, y sí a "Morimó", el genio del mal, que es a quien temen. ¡Pero si esto lo hacen los más de los cristianos! ¡Si los más de los cristianos rezan más al Diablo —diablo quiere decir fiscal— que a Cristo y aunque crean hacer otra cosa! ¡Si rezando encienden dos velas, una a San Miguel y otra al Diablo, la encendida a aquél es de sebo y la otra de cera!

Más filosofía positivista tiene aquello de los fernandinos, negros nacidos en Fernando Poo, pero procedentes de familias de la costa del continente, que los días de fiesta por la mañana acuden a oír misa a la iglesia católica y por la tarde van a la protestante. Lo que lejos de ser, como el autor supone, un caso de ejemplar tolerancia, es un ejemplo de la más fina y sutil intolerancia. La tolerancia sería no ir ni a una ni a otra y no perseguirlas.

Hay en el libro pasajes de intensa poesía trágica. Y a las veces cuando menos lo parece. Como es en la sección titulada "Medallones" el dedicado a la negra fernandina Matá, que tiene veinte años y vive completamente libre en una casita de calabó y bambú. Tuvo amores con un blanco, que se volvió a España,

y de quien tiene un hijo, se entrega cuando quiere y no por plata, "y bajo el cielo encendido de la isla, esta mujer sonríe, enseñando su blanca dentadura y henchidos de vida sus redondos senos, duros y negros como el ébano".

Hay otro precioso relato, titulado "Las botas de montar", que es la historia de un blanco. Don Luis, a quien le salva la vida, heroicamente, defendiéndole, hacha en mano, una mujercita negra, Fanny, a quien quería con delirio y que llegó a ganarle algo más que la carne, o mejor, el cogollo de la carne, la fuente de la sangre: el corazón. "Quisiera haber nacido blanca para ser más digna de ti", le decía su mujercita negra colgándosele del cuello con los brazos. Y aquí está toda la tragedia muda de la raza negra, esa tragedia que apenas si se roza en el *Otelo*, y todo el misterio de la existencia del mulato. ¡Que vaya si es misterio, aunque no lo parezca! Y algo que acaso entrevió Baudelaire. Porque no sabemos qué pensará de esto José Más, pero llegamos a creer que si una negra ha llegado alguna vez a desear haber nacido blanca para ser más digna de su blanco, acaso algún blanco, en alguna noche ecuatorial cargada de pesados aromas de la selva, ha deseado volverse negro para estar más cerca de su negra. O más bien que más cerca, más dentro.

Termina el libro con un tremendo relato, "La espuria", que es la narración horripilante del castigo que dan unos bubis a una de sus mujeres porque vivió con un blanco. La entierran viva, dejándole fuera el busto, después de haberle cortado una mano, mano que ve, a diez pasos de distancia, sobre la tierra removida. Y es terrible cuando bajan los cuervos, y luego un buitre, y al verla indefensa se atreven con aquella cabeza, aún viva, que sobresale de la tierra. En esta página, la última del libro, el horror llega al extremo. No a más, sin embargo, que

en el *Edipo* de Sófocles, el relato de cómo Edipo se saca los ojos con la aguja de una fíbula tomada del vestido de su mujer y madre, Yocasta, luego que ésta se hubo ahorcado. Y es fácil que alguna de esas personas que tienen el corazón enfermo y que parecen creer que lo clásico es lo sedante —acaso lo narcotizante— se horroricen de esas que llaman truculencias. Y, sin embargo, sin pasar por lo truculento, rara vez se llega a lo trágico, y sin llegar a lo trágico no se ha sentido la poesía.

De la visión de la raza negra, la de los bubis, que se desprende de este libro de un muchacho español que pasó entre ellos los años elementales y a la vez fundamentales de su vida social, se forma una nube de tragedia. Esos niños grandes, lúbricos y crueles, borrachos y embusteros, que son los negros, y capaces, sin embargo, hasta de la santidad, pero de una santidad casi vegetal, constituyen uno de los más grandes misterios de la historia. Hay quien cree si a una gota de sangre negra, aunque perdida en un vasto lago de la otra sangre, no se deberá algo de lo que más nos inquieta en la historia —es decir, en el progreso— de ciertos pueblos. Dice la Biblia que quien ve a Dios la cara se muere.

La raza negra le ha visto la cara a "Morimó", el dios del mal, o le ha visto el cogote a Dios, y no se ha muerto, pero ha introducido la levadura de la muerte en el pan de la vida. Y no olvidemos que la esposa del *Cantar de los Cantares,* del más encendido canto de amor, era, según parece, una negra. Negra. como la que cantó Baudelaire, el de las *Flores del Mal,* el poeta diabólico, o mejor demoníaco, el de las drogas que matan en vida.

Pero José Más, joven, fresco y lleno de vida, está entre nosotros.

Salamanca, diciembre de 1920.

[*La Nación,* Buenos Aires, 1.° I. 1921.]

"ROMANCES DE CIEGO"

Allá, en 1918, en los tiempos más oscuros de esta revolución civil española que sigue su curso —en estos días en momentos culminantes— y en tiempos en que mi espíritu, de conformidad y en conformación con el ambiente, corría también brava tormenta, cayeron bajo mis ojos en el semanario *España*, de Madrid, unos *Romances de ciego,* firmados por un Julio Arceval, que desde luego supuse que era un pseudónimo. Y lo era de Salvador de Madariaga, uno de nuestros primeros escritores y trilingüe, pues lo mismo que en español escribe en inglés y en francés, de los más cultos y, sobre todo, un soberano poeta. Poeta, esto es. creador, y tanto o más que pensador, sentidor.

Escribí para aquellos romances de ciego un prólogo, y prólogo y romances han estado sin publicarse, recogidos en un tomo, y por falta de editor, hasta hace muy poco, hasta este mes (1).

No sé cómo recibirá el público de lengua española los *Romances de ciego* de Salvador de Madariaga, pero de mí sé deciros que hace mucho tiempo no recibía una impresión tan fuerte y tan honda de poesía española. Ya por la forma, ya por el fondo.

Yo no sé si ocurrirá con estos Romances algo de

---

1 Salvador de Madariaga: *Romances de ciego. Poesía.* Madrid, Atenea, 1922. El prólogo de Unamuno lleva por título "Poesía de verdad tenebrosa", y está fechado en Salamanca el 25 de enero de 1919. Lo encontrará el lector en el tomo VII de estas *O. C.* (N. del E.)

lo que William James, en su ensayo "¿Vale la vida la pena de ser vivida?", decía del poema *La ciudad de la noche terrible,* de James Johnson, llamándole "patético libro" que "creo —decía— que es menos bien conocido de lo que por su belleza literaria debería serlo, sencillamente porque los hombres temen citar sus palabras, tan sombrías (*gloomy*) son y a la vez tan sinceras". Y en este mismo pasaje hablaba William James de "almas tan incapaces de felicidad como la de Walt Whitman lo era de desesperación" y del "exquisito Leopardi". Traduciendo yo por desesperación el inglés *gloom.* Y me temo que muchos teman citar a Madariaga o leerlo precisamente por su tono patéticamente pesimista. Pero no leopardiano.

El pensamiento de estos *Romances de ciego* de Salvador de Madariaga no es, en efecto, de tono leopardiano. Va la diferencia de uno a otro pesimismo que va de los endecasílabos y eptasílabos, en general libres o sea sin rima, del italiano, a los octosílabos asonantados del español. Y esto que parece formal y externo influye poderosamente en el fondo y en lo interno. Algún mayor parentesco tiene la poesía de Madariaga con la de ciertos poetas patéticos, de desesperación portugueses, como Antero de Quental y Antonio Nobre. Aunque de Antero le distingue el no tener como aquél tan a sobrehaz el elemento conceptual, el esqueleto de los poemas.

Ved aquel romance del romero que va a Roma y con él tres hermanas: Fe, Esperanza y Caridad, y le abandonan la Fe y la Caridad y se queda sólo con la Esperanza hasta que

"sin motivo un día
como todos los demás
la Esperanza, la Esperanza
también te abandonará.
Cerraráse en torno tuyo

un cerco de soledad,
y cuando, al caer la tarde,
cansado de caminar,
al borde de tu camino
te sientes a descansar,
solo, solo y sin consuelo,
ya no podrás ni llorar.
Romero que vas a Roma,
a Roma no llegarás."

O leed también aquellos lamentos de Matusalén, que sobrevivió a los suyos, lamentos que tienen como estribillo un "¡Ay de mi alma!", eco del estribillo tradicional "¡Ay de mi Alhama!", que dice el rey moro de Granada en el famoso romance viejo que diciéndolo traducido del arábigo conservó Pérez de Hita en su *Historia de los bandos de Cegríes*. En el de Madariaga hay expresiones felicísimas —y la expresión es la belleza— y una estrofa que dice:

"¿Para qué quiero, Señor,
para qué vida tan larga
si por un hoy que me das
un ayer de mi alma arrancas?
¡Ay ue mi alma!"

"¡Bueno —dirá alguien—, ¿a qué entenebrecer la vida?" Pero, saliéndonos ya de la estética propiamente tal, para entrar en la ética, es lo cierto que no hay mejor remedio contra la desesperación que convertirla en poesía: "Los duelos con pan son menos" —dice el refrán—, pero mejor cabría decir que las penas cantadas dejan de serlo y se convierten en consuelo. "Ningún dolor mayor que acordarse del tiempo dichoso en la miseria", hacía decir el Dante a Francesca de Rimini, pero se lo hacía decir en verso y patéticamente y, mientras lo decía así, Francesca se recreaba en su miseria y gozaba con ella. Aquel Infierno cantado es una gloria.

"Es que —me decía un viejo amigo— ese pesimismo poético o filosófico vuestro no es ya pesimismo." No lo sé, pero sí que los hombres más recios para la acción, los más eficaces, los que han hecho cosas con más entrañas de eternidad son los que han vivido respirando desesperación trascendente.

Claro está que todo esto nada tiene que ver con el arte. El arte ni es triste, ni alegre, ni esas categorías de tristeza y alegría tienen valor estético. Pero las gentes gustan de evaluar la poesía por otro valor que el estrictamente poético.

No vaya a creer tampoco el lector que los poemas, los romances de Salvador de Madariaga son cosa filosófica y de meditación solamente, ¡no! Tienen un gradísimo valor plástico, descriptivo. No hay sino leer el que empieza:

"Ya me llevan, ya me llevan,
camino de mi destierro,
la Primavera, el Verano,
el Otoño y el Invierno."

Ahora lo que suele ocurrir es que hay gentes a quienes les molesta que en los versos haya algo más que visiones externas en sonsonete.

Expresiones aforísticas, sentenciosas, hay no pocas —y muy felices— en los romances de Madariaga, pero esas expresiones les dan un tono didáctico profundamente castellano. Que la poesía castellana siempre tuvo un cierto sabor a sermón. No ya aquella famosa *Epístola moral,* la que empieza: "Fabio, las esperanzas cortesanas, — prisiones son do el ambicioso muere...", sino las mismas famosísimas coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre, ¿son otra cosa que un sermón poético? Desde que empiezan: "Recuerde el alma dormida — avive el seso y despierte..." hasta que acaban "y aunque la vida murió — nos dexó harto consuelo — su memoria".

Con las *Coplas* de Jorge Manrique ha querido emparentar los *Romances de ciego* Salvador de Madariaga el editor de éstos, aunque haciendo notar que en estos últimos la "idea del añejo abolengo en la poesía española" está remozada por "una filosofía moderna". ¿Moderna? ¡Quiá! ¡Antiquísima! La del Eclesiastés atribuído a Salomón, dechado tradicional y popular de sabiduría, la de Omar Khayam, la sabiduría más antigua. Y a la vez la más popular.

El "Romance final" de los del ciego vidente que es Salvador de Madariaga reza —esta es la palabra, reza —así:

"Cayó la luna en el mar
y se quebró en mil pedazos.
Cayó el amor en el hombre
y se quebró en desengaños.
Cayó el hombre en la Natura
y se quebró en deseos vanos.
Cayó lo Eterno en la Edad
y se quebró en miles de años.
Cayó Dios, y se hizo trizas;
son los hombres, mis hermanos."

Este romance es acaso el menos popular y el menos ciego a la vez que el más filosófico. Pero ¿reharemos a Dios componiéndonos los hombres? Es la preocupación actual de esta Europa de la trasguerra. Y ello aunque los más no lo vean así. Hay que recomponer, hay que unir, hay que rehacer a Dios.

Este libro de los *Romances de ciego* de Madariaga, es un libro español, o mejor ibérico, y es un libro de la trasguerra. De la que precede a otra guerra. Y quiero aquí, para terminar, reproducir las palabras con que terminé el prólogo que en enero de 1919 escribí para esos Romances. Y dicen: "En las tristezas temporales de esta disolución histórica de España, las almas españolas fuertes hallarán reme-

dio, remedio trágico, en la recia medicina de esta desesperación que le endiosa a uno permitiéndole luchar, como Jacob, con Dios. Y guárdense los satisfechos de la vida sus narcóticos." Desde enero de 1919 acá la disolución histórica de España ha ido en aumento y hoy parece que llegamos al fondo de lo que el señor Maura llamó "declive" y yo he llamado "derrumbe", fondo que será el principio del ascenso a una nueva cumbre acaso tras de la cual habrá otro barranco. Y en este derrumbe, el más hondo trabajo es el de recomponer a nuestro Dios ibérico. Y a ello nos ayudan obras como ésta de Madariaga, que son obras de religión, de nuestra poética religión española, en la que la desesperación se hace conformidad.

Salamanca, diciembre de 1922.

[*La Nación*, Buenos Aires, 9, II, 1923.]

"EL COHETE Y LA ESTRELLA"

En el libro *El cohete y la estrella,* de José Bergamín (1) hay entre otras germinativas afirmaciones aforísticas, ésta: "Existir es pensar y pensar es comprometerse." ¿Sabe José Bergamín todo lo que ha dicho —lo que se ha dicho— al decir esto? Seguramente que no. Que no, porque no es el dicente el que sabe todo lo que dice. Son los otros los que mejor saben lo nuestro. Y nosotros lo de ellos. Como que hay que verse y conocerse en los demás. Y nadie es más de los demás que el que más parece ocuparse en sí mismo.

Y ahora... ¡el filólogo! ¡Qué le vamos a hacer! "Existir es pensar..." Pero existir —*ex-sistere*— es estar fuera de sí, es acaso ponerse fuera de sí. En griego el verbo que corresponde al *ex-sistere* latino, el *existanai,* significa a las veces estar loco. Tal en aquel pasaje del segundo Evangelio (Marcos, III, 21), en que dice que los de la familia de Jesús, sus hermanos y su madre, fueron a prenderle, diciendo que estaba fuera de sí —*hoti ex esté*—, que estaba loco. Y el *ecstasis* es un ataque de locura, de enajenación, de salirse de sí. Y es un acto de *ex-sistencia.* Y si, pues, existir es pensar y existir es estar loco, pensar es estar loco. En lo que no cabe duda.

Y luego, ¡claro!, pensar es comprometerse. Y con

[1] Madrid, 1923, Biblioteca de Indice, núm. 2. Con una caricatura lírica de Juan Ramón Jiménez. (N. del E.)

un compromiso de eternidad. Sólo que... ¡piensan tan pocos! Tan pocos como los que existen. Píndaro dejó dicho a los hombres: "¡Huideros! ¿Qué uno? ¿Qué no uno? ¡Sueño de una sombra el hombre!" Pero el sueño existe y piensa. Lo que no existe ni piensa es lo soñado, es la sombra. ¿De veras? ¿Y si dijésemos: "sombra de un sueño...?" Ni acaso es lo mismo existir y pensar... ¡Quién sabe! ¡Y quién no sabe!...

"Pensar es comprometerse..." Y, a las veces, caer bajo el Código. Porque el delito mayor del hombre es haber pensado.

Aquello de Descartes de *cogito, ergo sum,* lo tradujo él mismo: "Pienso, luego soy"; ¿pero *cogitare* es pensar? Otra vez la filología. Pensar es pesar, y viene de *pendere,* mientras que *cogitare* es a *cogere* lo que *agitare* a *agere,* y si *cogere* es *co-agere,* juntar, unir, *cogitare,* es co-agitar agitar juntamente. Muy otra cosa que pesar. Y esa co-agitación íntima del pensamiento sí que es cosa de sacarle a uno de sí, de volverle loco.

En ese mismo libro, *El Cohete y la Estrella,* nos dice José Bergamín otra cosa que no parece tener relación con esa del existir y el pesar, y que sin embargo... Dice así: "Tener sed y beber agua es la perfección de la sensualidad, rara vez conseguida. Unas veces se bebe agua, y otras veces se tiene sed". Y otras se bebe uno su sed... ¡Majadero! (Este "¡majadero!" se dirige a uno a quien yo desde ahora le oigo susurrar, al leer esto de que uno se bebe su sed: "¡Paradoja tenemos!").

¡Beberse la sed! Esto sí que es existir en el más hondo grado y pensar. Es la identificación del pensamiento y la existencia. Beberse la sed es existir no más que pensando.

Bueno; y esto otro: "¿Un escéptico verdadero no puede ser nunca un ecléctico ni un indiferente?"

¡Claro! Como que un escéptico es un apasionado del pensamiento, de la existencia, es uno que se bebe su sed porque duda de la realidad del agua, porque sabe que el agua del saber es como el agua salada de la mar, que da más sed cuanto más de ella se bebe, y que la otra, el agua del regato de la sierra, el agua del manantial, no es todavía agua, no es entraña de agua, no es más que pellejo de agua. Agua entrañada, agua abismática, no es más que el agua de la mar —de la mar y no del mar—, el agua salada.

La escepsis, la facultad del escéptico —escepticismo es otra cosa, como criticismo no es crisis, ni dogmatismo es dogma—, la escepsis es la pasión del pensamiento, es la pasión —y la acción— de pensar, y nos da inteligencia. Por eso, poco después de aquel aforismo, pone José Bergamín este otro: "Por la pasión, la inteligencia. Pasión no quita conocimiento; al contrario, lo da." ¡Pues claro, hombre, pues claro! ¡No faltaba más!... Sólo el apasionado conoce. Sobre todo el apasionado de conocer, el que tiene sed de sed, el que quisiera beberse toda el agua de la mar para hogarse de sed en ella.

¡Beberse toda el agua de la mar! ¡Y toda su sal con ella! ¡Y embalsamar así el espíritu para la eternidad! Esto sólo saben sentirlo los que mueren momento a momento de pasión de conocer. Una pasión que es acción. Los que no pueden vivir si no se les deja gritar en cada momento su verdad y la verdad de aquel momento. La que les ahoga en existencia.

Pasión da conocimiento. ¡Vaya si lo da! Sólo el que siente apasionadamente el terror de la botaratería conoce al botarate y sabe su terribilidad. Sólo el que abriga la pasión trágica de la escepsis conoce toda la perversión de los frívolos que pasan por escépticos, y sabe que frivolidad no es escepticismo. El frívolo dice: "¡Hay que esperar!" Y el escéptico,

aunque desesperadamente, espera a la esperanza. Que hay una manera de esperar desesperadamente, como hay una manera de creer descreídamente. Que por algo el padre del hijo que tenía espíritu mudo le dijo a Jesús: "Creo; ¡ayuda a mi descreimiento!" (Marcos, IX, 24).

Y todo esto es fruto de pasión y de la "más recóndita sinceridad". Como sabe José Bergamín y lo saben todos mis lectores que sean míos. Es decir, lectores de mí y no sólo de mis escritos.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 7, III, 1924.]

EL ALMENDRO DE DON NICOLAS ESTEBANEZ

El viernes, día 25, armaron un... incidente ruidoso en las Cortes los diputados canarios, y poco después, sin esperar a la sesión permanente, me salí de la Cámara, me fuí a dormir —sin soñar— sosegadamente para venirme a esta sosegada Salamanca. Y aquí he pensado en toda la íntima y simbólica significación del incidente aquel, a la vez que recorría en mi ánimo los recuerdos de aquellas benditas Islas Afortunadas, en que me ha sido dicha vivir dos veces, en 1910 y en 1924.

Antes de proseguir me conviene hacer constar que aquí, en la Península, se les llama canarios a los de las siete islas; pero allí, en ellas, canarios son sólo los de la Gran Canaria, y los otros son tinerfeños, palmeros, gomeros, herreños, conejeros, y los de mi entrañada Fuerteventura, la mayor y más desventurada de las islas, majoreros. Y en todas ellas se desarrolla un cierto espíritu que alguien llama federal, pero que es todo lo contrario de esto. Un cierto espíritu isleño que en ciertos, por fortuna escasísimos casos, degenera en isloteño, y que es lo más desfederativo que cabe. Un cierto espíritu de máximo aislamiento —¡qué terrible palabra ésta!—, que, a base de cierto caso individual bien conocido en todas aquellas Islas, podría llamarse *almendreño*.

Me refiero al almendro patrio de aquel noble, ingenioso, simpático y españolísimo lagunero que fué

don Nicolás Estébanez, republicano, ¿federal?, que fué ministro de la Guerra en la infortunada República federal española de 1873, a la que le hizo acabar su propio contradictorio y paradójico —aquello sí que fué paradoja y no otras que llaman así los mentecatos— federalismo. Y vengamos al almendro.

Es éste uno que hay —me lo mostraron allí— cerca ya de la Laguna de Tenerife, en la huerta de la casa natal de don Nicolás. El cual, en una poesía —hacíalas muy exquisitas— cantó así:

> "Mi patria no es el mundo,
> mi patria no es Europa,
> mi patria es de un almendro
> la dulce y fresca sombra..."

Y casi todos los isleños cultos —¡y son allí tantos!— de las Afortunadas se saben de memoria este pequeño evangelio del más radical individualismo... antifederal. Y obsérvese que don Nicolás salta de Europa a su almendro, suprimiendo España y Tenerife y la Laguna, aunque esto no sea sino fuerza del asonante y necesidad de concentración poética. Mas, por otra parte, ¿no será acaso el más radical individualismo el universalismo más radical? No tuve la fortuna de conocer y tratar a Estébanez; pero estoy seguro que de haberlo conocido y tratado —¡y cuánto habría yo ganado con ello!— le habría oído confesar que se abarca mejor el universo desde un almendro que desde una aldea o villa, desde una isla, desde un Estado, desde un Continente, o desde el mundo todo. Pero este universalismo nada tiene que ver con el federalismo político. El universo no es propiamente una Federación. Acaso para ciertos panteístas; pero para los monoteístas, no. Ni sé si los católicos —esto es, universales— güelfos concebirán al universo redimido como una federación; pero los católicos gibe-

linos, imperiales, dantescos, no lo conciben así. Y ahora otra vez al almendro.

Don Nicolás Estébanez soñó el universo, y con él soñó la patria al pie de un almendro, a la entrada de la Laguna de Tenerife, como otros españoles la soñaron al pie de un roble vasco, de un pino gallego, de una encina castellana o catalana, de un avellano o algarrobo levantinos, de un olivo andaluz, de otro árbol cualquiera doméstico, y estos soñadores se hicieron federales a la manera del almendreño Estébanez, y cuando éste era ministro de la Guerra de la República federal acudieron al Ministerio en busca de... almendras. Y don Nicolás tuvo que poner en el antedespacho de su oficina este cartel: "¡La República no tiene destinos que dar!"

Y esta fué la tragedia de la descentralización... federativa. Los almendros nativos no daban almendras para todos. ¡Y quien dice almendras dice otro fruto cualquiera. ¡Y aquellas almendras mismas resultaban tan caras! Porque no hay régimen más caro, más burocrático y de menor equidad distributiva que el régimen que aquí se llama federal, a menos que se le considere como una especie de comunismo, de federación soviética, en que sean agentes de poderes y podercillos públicos todos los de otro modo trabajadores de toda clase, pero parados.

¡La dulce y fresca sombra del almendro! Mas otros árboles dan sombra —apenas en invierno— amarga y bochornosa. Y los hay nativos, cuya leña apenas sirve para reconfortar un poco los ateridos miembros en largas noches de helada, o acaso para tallar de ella seis tablas para el último lecho, el del sueño patriótico de la muerte. ¡Hermoso emblema de la patria el árbol! Pero el árbol tiene, sí, copa que recoge luz al sol del cielo, y tiene raigambre que recoge tiniebla de la tierra. Y el fruto que no muere en ésta, en la tierra, no da semilla para árbol nuevo.

Y dejo ahora de lado el más íntimo aspecto del incidente parlamentario isleño, que es el de la capitalidad federativa canaria. Porque muchas veces, cuando se habla de descentralizar se piensa en otra centralización, ni hay nada más duramente unitarista que el cantonalismo.

Al almendro de don Nicolás le protegía Tenerife mejor que la Laguna, y le protegía España mejor que Tenerife. En el orden político, ¡claro!, que en el orden cósmico, o mejor religioso, al almendro de don Nicolás Estébanez, allí, al pie del grandioso Teide, que lleva fuego en el corazón y en la cabeza nieve, le ampara el cielo universal, el de las estrellas todas, el que abroquela a nuestra pobre Tierra, isla perdida en la infinidad. Pero en política, no en cósmica, y más si es la sedicente federal, nada se gana, y sí se pierde mucho, mirando las cosas desde Sirio.

[*El Sol*, Madrid, 20, IX, 1931.]

DON MARCELINO Y LA ESFINGE

¡Siempre amarrado a lo mismo! Seguía rumiando el pasto amargo de mis inquisiciones sobre la íntima tragedia española engendradora de malcontentos, agraviados, resentidos, resquemorados, puntillosos, recelosos, desesperanzados y desesperados, cuando ha venido a dar a mis manos la nueva edición de la *Historia de los Heterodoxos Españoles,* de mi venerado maestro Menéndez y Pelayo, y cuyo sétimo y último volumen acaba de aparecer. ¡Y qué de actualidad! Porque parece de hoy la quijotesca batalla que don Marcelino libró hace más de medio siglo contra los campeones de la revolución liberal de España. ¡Qué obra de periodista! De periodista, sí.

¡Y no era chica la ojeriza que don Marcelino le había cobrado al periodismo! Escribiendo de Feijóo decía: "No quiero hacerle la afrenta de llamarle periodista, aunque algo tiene de eso en sus peores momentos, sobre todo por el abandono del estilo y la copia de galicismos." En otro pasaje llama a los periodistas —que parecen ser los encantadores, malandrines y follones de Don Quijote— "mala y diabólica ralea nacida para extender por el mundo la ligereza, la vanidad y el falso saber"..., y sigue la tirada. En otro, hablando de los *Desengaños del teatro español,* de Moratín el padre, decía que "si no eran periódico ni salían a plazo fijo por lo menos deben calificarse de hojas volantes análogas al periodismo". ¡Hojas volantes! ¡Hojas volantes las Epístolas de

San Pablo, a quien un prelado de la Iglesia católica llamó periodista! ¡Y hojas volantes las páginas del libro, profundamente periodístico, de don Marcelino! ¡Hojas volantes! Y días, y años, y siglos volantes y volanderos. ¡Y lo que nos remeje el ánimo la relectura de la obra quijotesca antiliberal en este siglo al día tan macizo y apretado que se nos está volando!

En otro pasaje dice de Feijóo don Marcelino que fué "filósofo" sin duda, aunque no de la generosa madera de Santo Tomás, de Suárez o de Leibnitz, sino con esa filosofía sincrética y errabunda, a cuyos devotos se llama hoy "pensadores"... ¿Y él, don Marcelino? Él, el periodista que compaginaba en robustos volúmenes hojas volantes, pensador —o investigador más bien— sincrético y errabundo más que filósofo. Benedetto Croce ha visto muy bien que le faltó filosofía. Y yo, que fuí su discípulo directo —y hasta oficial—, que le quería y le admiraba, tengo motivos para creer que la honda filosofía, la contemplación del misterio del destino humano, le amedrentó, y que buscó en la erudita investigación una especie de opio, un anestésico, un nepente, que le distrajera. No se atrevió a mirarle ojos a ojos humanos a la Esfinge, y se puso a examinarle las garras leoninas y las alas aguileñas, hasta a contarle las cerdas de la cola bovina con que se sacude las moscas de Belzebú. Le aterraba el misterio. Y por esto él, que tan hondamente sintió a Lope de Vega, no llegó a penetrar en todo el trágico sentido de Calderón, el de "la vida es sueño". Y es que temía que este sueño le quitase el sueño.

En todo su juicio sobre el siglo XIX español, el de la revolución liberal, se ve que don Marcelino no logró penetrar en el fondo de él, no logró ver la agonía de una fe que se le antojaba sin heterodoxias apenas, no logró percatarse de todo lo que había,

en que casi ningún español medianamente culto creyese que fuera de la iglesia no hay salvación, que el que se muere sin aceptar sus dogmas —ni aunque sean el de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma— se condene por ello a penas eternas, ni pudiese creer en estas penas, y con ello ni en eternos goces. Don Marcelino no llegó a tocar el fondo de la tragedia espiritual nacional, nacida del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, y que fué, no que nuestras clases cultas, burguesas, hubiesen perdido la fe en la religión católica como freno de malas pasiones, por temor al castigo y amor al premio de ultratumba, que esto no es más que ética o acaso política y carece de grande y eterna importancia, sino que habían perdido la fe rigurosamente religiosa, la esperanza más bien, como consuelo del delito mayor del hombre, que es, según Calderón, el de haber nacido. Don Marcelino no vió que la Iglesia católica española, la clerical, la de la Contra-Reforma, la jesuítica, se constituyó en policía, y no vió las desesperaciones a que conducía a los espíritus renacientes, reformados y revolucionados, la incertidumbre de su propio destino y de su vocación íntima. ¿Es que no vió toda la tragedia, por ejemplo, de aquel pobre don Benito Bails, matemático de fines del siglo XVIII, a quien se le dió su casa por cárcel por haberse confesado "reo de vehementes dudas sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma?"

Empiezan ya a resucitarse juicios de don Marcelino en su periodística *Historia de los Heterodoxos Españoles,* y se parece querer proseguir en su incomprensión —¡y cuán comprensivo era en todo lo demás, y sobre todo en estética!— del último fondo de la revolución religiosa —que no fué otra cosa— de la España de los Borbones. No vió que la llamada Contra-Reforma, la española, llevaba en sí todo el jugo de la Reforma, la germánica y aun la ginebrina, con-

tra que luchaba; no vió que la cruz de una cara es, a la vez, la cara de una cruz. Y aún siguen sus continuadores sin atreverse a mirar ojos a ojos humanos a la Esfinge. Y siguen hasta contándole las últimas cerdas que le han salido en la bovina cola con que sacude las moscas de Belzebú; siguen escudriñando los servicios que a la llamada "ciencia española" rinden estos o aquellos eruditos y diligentes padres espirituales y teocráticos; siguen sin querer comprender que la cruz no puede ser cetro de rey, y menos de rey de este mundo, sino símbolo de consolación dolorosa y acaso de esperanza desesperada; siguen sin querer darse cuenta de que la Policía —tal es la moral— es una cosa del César, y que de Dios es la religión, el sueño del divino sueño con que nos sueña.

Volveremos, pues, a nuestro —¡y tan nuestro!— don Marcelino y a sus voceros de hoy; ya que sus días de periodismo antiperiodístico han vuelto. Y aquí estamos con estas hojas volantes, que son estos nuestros comentarios... periódicos.

[*El Sol,* Madrid, 10, V, 1932.]

¡AY MI JARDIN, MI JARDIN!

Nuestro buen amigo —lo es de todos nosotros— el siempre Conde de Romanones ha publicado un libro sobre *Espartero, el General del Pueblo,* que tal reza su título. Es lo que se dice una semblanza, limpia, rápida, sencilla, y no un estudio crítico, una biografía novelada de las de al uso actual. Espartero escapa al juicio crítico —hasta de un político—, pues, como dice con penetrante sentido histórico el Conde: "¿Qué importa que la crítica, después de analizarlos —a los hombres representativos, símbolos—, no encuentre en ellos nada de excepcional si su generación lo considera como el mejor, como el indispensable, como el salvador de la patria?" Así es, y la crítica luego puede muy poco contra esos hombres míticos y simbólicos. Así fueron Riego y Espartero: mitos y símbolos del castizo liberalismo español.

La perspicacia psicológica de Romanones, aguzada por su ejercicio del poder y de la política de partido, se detiene en ciertas particularidades de Espartero. Le extraña que la pasión del juego de azar tuviera raíces tan hondas en un temperamento "ecuánime y sereno y dueño siempre de sí mismo". Pero el rigor con que aplicaba ciertos castigos, haciendo diezmar a un batallón franco; el asumir la responsabilidad de sentencias de muerte sin previo sumario, bastándole "su propio convencimiento" —por razones que el rey conoce—, y el caso de don Diego de León —su mayor torpeza política—, ¿qué son sino

fruto de un espíritu de jugador de lance que se lía la manta a la cabeza para jugarlo todo a una carta?

Aguda es también la observación de que Espartero, el hijo del carpintero de carros de Granátula, el hombre del pueblo hecho luego duque y príncipe, "poseía la soberbia de los humildes que es la más tenaz de las soberbias". ¿Soberbia? No, sino un ingenuo engreimiento que ni es propiamente vanidad. Basta leer las íntimas y candorosas cartas que el general dirigía a su mujer, doña Jacinta de Martínez Sicilia, que fué su dueña y que le hizo arraigar en Logroño. Durante la campaña de 1835 y 1836 no hace sino decirle que en cuanto se separaba de su división dejaba ésta de ser invicta; que el extranjero "sentirá el que se quede de cuartel"; que goza "de favor en el extranjero"; que... "los ingleses, locos conmigo"; que se consideraba invencible e inmortal a la cabeza de sus húsares... Y todo ello diciendo a su Chiquita —así llamaba a su mujer— a cada paso que deseaba acabase todo aquello "para reunirme contigo y no separarnos más", y lo repite como estribillo conyugal. O "sin ti no quiero habitar en este mundo". En carta a su "querida Chiquita" de 9 de noviembre de 1840, al final de su Regencia, después de decirle: "yo soy la bandera española, y a ella se unirán todos los españoles", agrega que confía en consolidar el trono de Isabel y "que aún me ha de conservar Dios algunos años de vida para emplearla en plantar árboles en la Fombera y mejorar a Logroño como un simple ciudadano". Y aquella entrañada carta, antes de Luchana, desde Castro Urdiales, en que le dice: "Mi movimiento sobre Bilbao es temerario y antimilitar; pero hay que sacrificarlo todo en estas circunstancias aunque puede perecer el Ejército. Si después de salvar Bilbao, lo dejo, lo volverán a bloquear; si levanto la guarnición, ¡qué dirían los patriotas! Terrible esta situación de un

general en jefe de guerras civiles. ¡Ay mi jardín, mi jardín!" Y en esto se le fué el alma toda, una alma humanísima.

Por esto cuando Prim, en mayo de 1870, le ofreció la corona de España, el viejo soldado —tenía ya setenta y siete años—, el del "cúmplase la voluntad nacional", no la rehusa por creerse él "la bandera española", indigno de "tan elevado cargo", sino porque: "mis muchos años y mi poca salud no me permitirían su buen desempeño". Y "¡ay mi jardín, mi jardín!", se diría. Que no vale por él una corona. Y el hombre —¡y tan hombre!— con su Chiquita y su jardín acató a don Amadeo, y luego, a la República, y después, a Alfonso XII y "¡cúmplase la voluntad nacional!"

Al fin, a sus ochenta y seis años, "el 8 de enero de 1879 se extinguió sin protesta ni agonía, sometiéndose a la voluntad divina, como siempre se había conformado con la nacional". Así acaba Romanones el libro. Y así acabó aquel ingenuo patriota, candoroso liberal y marido modelo, soñando al acabar, en su última infancia, con el jardín de la primera, con el Paraíso Terrenal. "¡Ay mi jardín, mi jardín!"

Algo dice el Conde de los amoríos de Espartero —amor no tuvo más que el de su Chiquita—, de su rivalidad con Bolívar por uno de ellos y hasta de cómo fué la reina María Cristina durante muchos años su verdadero ídolo y a la que hasta le dedicó un soneto que revela "la sencillez de su espíritu" y su ningún sentido poético. "Por eso cabe sospechar, sin dejarse llevar de la malicia —escribe el biógrafo—, si en aquella devoción latía un escondido sentimiento amoroso. Casos como éste no son insólitos; muchas veces tales fervores pasan inadvertidos de las personas a quienes se rinden." Sí; ya corre por ahí, al propósito, algo relativo a don Segismundo Moret

y otra Regente. ¿Pero amor? ¿Amor de Espartero? A su Chiquita, a la de su jardín. Y esto, que era el alma radical de su alma, le libró de pretender ser dictador, rey, emperador, tirano acaso. En aquel ¡ay! a su jardín se le fué toda el alma de manchego casero y quijotesco, todo aquello por lo que su generación le consideró como salvador de la patria. El "¡cúmplase la voluntad nacional!" es otra cara de su: "¡ay mi jardín, mi jardín!" Y así murió, como su paisano Don Quijote, aquel General del Pueblo que llenó un tercio de nuestro siglo XIX y fué el símbolo del liberalismo español. Tuvo en Logroño su Dulcinea, recatada y casera.

Tal fué el hombre, el hombre de Luchana y de Vergara, el Regente del Reino, el que rehusó la corona de España, el hombre de su mujer, el hombre de su jardín, el hombre de la nación.

[*Ahora*, Madrid, 14, XII, 1932.]

CASTELAR, ORADOR

En la colección de *Vidas españolas e hispano-americanos del siglo* XIX (Espasa-Calpe, S. A.) ha publicado Benjamín Jarnés un muy significativo estudio sobre *Castelar, hombre del Sinaí,* que así se titula el libro. Muy significativo de la actitud de la juventud actual, de la generación del siglo XX frente a los hombres del XIX, y representada por uno de los más representativos, más comprensivos y más agudos de los de esta generación. Mi impresión de intermediario —Castelar fué de la generación de mis padres y Jarnés lo es de la de mis hijos— es de que Jarnés se encaró con Castelar llevando todos los prejuicios de sus coetáneos respecto a éste y a su tiempo espiritual, y según ha ido estudiándolo y dejándose ganar del espíritu castelarino ha ido rectificando esos prejuicios, mas sin declarárselo del todo a sí mismo. El personaje se le ha ido imponiendo. Como a mí se me impuso el Augusto Pérez de mi *Niebla*. Y de aquí las tan vitales, tan fecundas, tan sugestivas contradicciones que rebosan del excelente libro de Jarnés

Ya en el título mismo: "...hombre del Sinaí", aparece el fecundo prejuicio. Y al principio de la obra dice Jarnés "de la personalidad castelarina" —que no es lo mismo que Castelar, ¿eh?— esto: "Yo en él veo, ante todo, un gran escritor. Después, su elocuencia, su oratoria política y de otros órdenes..." ¿Escritor? No, sino orador por escrito. Castelar no es-

cribió sus discursos, pese a las apariencias, sino que habló, pronunció sus escritos. "No conoció la espontaneidad, no fió nunca su oratoria a la improvisación", dice Jarnés. Y ¿qué es improvisar? ¿Es que no improvisó sus cartas, tan oratorias? Jarnés: "Cuentan de él que iba desparramando por las tertulias jirones del próximo discurso." Y yo: es que lo iba improvisando, y no en el papel. Y cuando escribía hablaba con la pluma. Como Santa Teresa, aunque con otra retórica: alicantina y no avileña. El escritor, el específico escritor, era Valera, a quien tan a menudo acude Jarnés; Valera, el crítico, el escéptico, el de la zumba, el que, aunque sintiera la poesía —hasta compuso poemitas en verso—, no la hacía. Y también a Valera el escritor, el escéptico, el zumbón, se le impuso Castelar como se le ha impuesto a Jarnés.

Se habla a las veces de retórica contraponiéndola en cierto modo a la poesía. No Jarnés hogaño, creo, como ni antaño Valera. Si se refiere el juicio a esa quisicosa que llaman poesía pura, pase, pero la poesía pura es como el agua destilada, impotable —agria es la que nos apaga la sed y no H^2O—, o como el oro puro que no se amoneda porque se gastaría. El agua potable necesita sales y el oro acuñado aleación de cobre. La retórica es sal y cobre para la poesía, la hace vividera y la acuña. "No esperamos de Castelar —dice Jarnés— ningún acto elocuente por sí mismo." ¿Que no? Aparte de que sus grandes oraciones fueron actos —una de ellas su artículo "El rasgo"—, sus actos de gobierno, políticos, fueron elocuentísimos. Y siguen hablándonos. Ya lo veremos

Al principio de su penetrante estudio de escritor se ocupa Jarnés, siguiendo informes de Charles Benoist, de la voz de Castelar. ¡Singular acierto, seguro sentido de escritor! ¡La voz! Pero la voz es-

piritual; lo íntimo del verbo; el son por el que se va a la visión, el soplo o espíritu por el que se va a la idea. Dos veces le oí yo —yo que os hablo de esto— a Castelar; una siendo yo mozo, en el Paraninfo de la Universidad de Madrid; le oí materialmente y olvidé luego el timbre físico de su voz. Pero volví a oírle, y esta vez el espíritu de su voz, en Elda, donde él se crió, cuando al tener yo que hablar en la celebración del centenario de su nacimiento, hube de recitar, leyéndolos, algunos de sus más sentidos o íntimos recuerdos de niñez y de mocedad. Sentí que su espíritu encarnaba en el mío, en mi voz su voz. Y una vez más comprendí todo el sentido recóndito de aquellas palabras con que se abre el Evangelio de San Juan, de que Dios era el Verbo, y en el Verbo estaba la vida y la vida es la luz de los hombres. El verbo, la palabra, llevado por el son, el espíritu. Y por el son a la visión, lo repito. Vi la Elda espiritual por el son castelarino. Castelar me representó a su pueblo.

¿Un actor? Sin duda. Y su vida acción. Un gran actor actual, un gran político y orador, ha hablado del placer de crear. Y yo acoté: el placer de crearse. Y de recrearse. Y el placer de representar —a su pueblo— y de representarse. (Castelar no escribió para el teatro.) El pueblo, para Castelar, era público, nos dice Jarnés. ¿Y para qué hombre público no lo es? El pueblo que no es público está fuera de la historia; no tiene espíritu humano. Y como gran actor Castelar se nos aparece —nos lo dice Jarnés— como un Narciso. El público es su espejo, no siempre terso y claro. Jarnés aprovecha mucho y bien cierta autobiografía en que Castelar habla de sí mismo en tercera persona, una autobiografía de una encantadora e ingenua infantilidad. ¿Egolatría? ¿Egotismo? No; Castelar no se ve a sí mismo —¿y quién?—, sino que ve el Castelar que se forja su público, su

personalidad pública. Pocos menos introspectivos que Castelar; no es hombre de diario íntimo. Y por eso Jarnés le niega intimidad. Pero ¿qué es ésta? ¿Sabe Jarnés, sé yo, quienes somos?

Jarnés, que echa de menos ciertas intimidades de Castelar —intimidades eróticas—, descubre la infantilidad del grandísimo tribuno. Y dice de su biografía de Eva y de su canto a la madre: "¿Qué encantadora Dulcinea habrá quedado escondida para siempre invisible, en el corazón recatado y silencioso del casto célibe Castelar?", dice Jarnés. Eva, le digo yo, la mujer madre, la que da la vida. "La mujer le persiguió —añade— quizá toda la vida por no haber sabido —o por no haber podido— entregar toda su vida a una mujer." ¿Y qué es una mujer? Castelar, enmadrado desde su infancia —con algo espiritualmente del complejo de Edipo—, no encontró, o no pudo encontrar, la esposa madre, que siendo madre suya —como lo fueron su madre doña María Antonia Ripoll y su hermana Concha— le hiciera padre de hijos de la carne. Padre o acaso madre también. Su voz era una voz femenina, nos dice Jarnés. Una voz maternal, aclaro yo. "Por eso —arguye Jarnés— coqueteaba, se escuchaba a sí misma, zigzagueaba tanto, alcanzaba niveles pasionales de aquella altura; atraía y cautivaba, sin empujar a la acción." ¿Que no? A la acción y a la pasión. La voz de Castelar ha fraguado lo mejor acaso de la acción patriótica de la España que salió de la Revolución del 68. Castelar es una de las personas madres de la España liberal, democrática y republicana. Y hay maternidades muy viriles.

Pero ahora dejo esta pluma a que se me calle. Otro día, después de un breve descanso, os diré de Castelar, persona madre de nuestra España republicana y cómo salvó a la república española, cómo posibilitó —él formuló el posibilismo— la resurrección

de esa república, el hacer una república donde no hay republicanos, que creía tan difícil Prim, el de que había que destruirlo todo "en medio del estruendo". Vamos a ver al político, amigo Jarnés. Me falta improvisar otro artículo.

[*Ahora*, Madrid, 20, II, 1935.]

CASTELAR, POLITICO

Cuenta Benjamín Jarnés en su *Castelar, hombre del Sinaí* cómo a una interrupción de éste le replicó Prim en el Congreso: "Si no es fácil hacer un rey, más difícil es hacer una república donde no hay republicanos." Y Jarnés acota: "Republicanos no faltaban, pero en estado nebuloso." Vamos, sí, no auténticos. La sentencia del hombre de la revolución setembrina, del que pedía destruir, "en medio del estruendo", lo existente, no es tan acertada como aparece a primera vista. El hombre a quien no podemos llamar "de la batalla de Alcolea", pues no estuvo en ella, hizo menos caso por la caída de la monarquía isabelina que Castelar con su artículo "El rasgo" y su acción subsiguiente de pluma y de palabra. El "hombre del Sinaí" hizo posible —posibilitó— una república donde no había republicanos y haciéndolos. Hay que leer en el excelente libro de Jarnés lo que podríamos llamar el testamento político de Castelar, cuando el hombre del Sinaí se hizo el hombre del Nebo, del monte en que murió Moisés —el que recibió en el Sinaí las tablas de la ley— mirando a la tierra de promisión, a cuyos linderos había llevado a su pueblo.

Lo más político, lo más patriótico, lo más abnegado y a la vez lo más republicano que hizo Castelar fué su valerosa conducta cuando el golpe de Pavía, el 3 de enero de 1874, al dejar la presidencia de aquella república, la que habían deshecho los "auténticos" de entonces. Con ello hizo posible la res-

tauración republicana de cincuenta y siete años después, cuando la monarquía borbónico-alfonsina volvió a caer en las torpezas de la monarquía borbónico-isabelina de 1868. Castelar, con su magisterio político durante la llamada Restauración, fué haciendo los republicanos que pudieran hacer una república. Una república posible. Y tiene razón el conde de Romanones cuando en su *Sagasta o el Político* dice —y son palabras que Jarnés recoge y reproduce— que "el sufragio, con el Jurado y la ley de Asociaciones, convertían la monarquía española de derecho en la más liberal de Europa, con gran satisfacción de Castelar, que así lo había impuesto como condición para no combatir a la institución monárquica, aun sin dejar de ser republicano. Sagasta le escuchó, y desde aquel momento el gran tribuno quedó convertido en mentor no sólo del Gobierno, sino de la Corona". Y así fué cómo Castelar, más que otro alguno, fué haciendo los republicanos que pudiesen restaurar la república. ¿Han traído luego estos republicanos la república? No, ciertamente. Cuenta Jarnés que Castelar alguna vez dijo: "La reina ha fundado verdaderamente en España la libertad. Si Alfonso XII hubiese vivido, él hubiera traído la revolución". Pero la ha traído después —esa que llaman pomposamente revolución— su hijo Alfonso XIII. Es lo que ha traído la república, posibilitándola los discípulos de Castelar, el posibilista.

Jarnés pasa casi por alto el otro gran acto político y patriótico de Castelar, que fué el licenciamiento de sus huestes y el consejo de que colaboraran en la monarquía. Sobre ello ha dado nuevos esclarecimientos —y en estas mismas columnas de *Ahora*— Melchor Almagro San Martín en su precioso ensayo sobre Castelar y, sobre todo, con la carta —magnífica— que éste dirigió al padre del ensayista. De aquellos posibilistas salieron luego los reformistas, con

lo de la accidentalidad de las formas de gobierno, y del reformismo salieron los que supieron aprovechar el instinto políticamente suicida de Alfonso XIII para restaurar la república. ¿La castelarina?, ¿la posible? Así pareció en un principio. Después se han colado en ella los mismos elementos que acabaron con la del 3 de enero de 1874.

Jarnés no se contiene de comentar zumbonamente el ocaso de Castelar, hombre ya del Nebo y no del Sinaí, cuando "el gran actor positivista" —así le llama— da por implantada "una era octaviana, risueña, bajo el signo de Ceres". "¡Qué delicioso espectáculo!", exclama el zumbón. "Le quedaba un ocaso espléndido, pero a España le quedaba todo —casi todo— por vivir", añade. Pues bien, ¡no!: a España le quedaba aprender bien la lección del gran tribuno, es decir, del gran político y gran pensador. Pensador, ¡sí! Porque se piensa política y vitalmente con metáforas. Ni son más que metáforas las fórmulas sociológicas y las metafísicas. Dice Jarnés que "bien puede decirse que todo en la vida de Castelar es oratoria, que todo —libros, cartas, charlas, artículos— forma parte de un enorme, gigantesco discurso". Cabal; de una enorme, de una gigantesca lección política, de un enorme, de un gigantesco acto político. Porque —volvamos al Evangelio de San Juan— en la palabra, en el discurso está la vida, y la vida es la luz de los hombres.

"No era, pues, un genial político —sentencia Jarnés—: era un excelente retórico." Ambas cosas. Y luego: "Era un hombre europeo sumergido en la fosca España del siglo XIX." ¡Pobre España del siglo XIX, y cómo la ponen! Y después: "Sus discursos fueron siempre ruidosamente aplaudidos, nunca silenciosamente meditados." ¿Está de ello seguro el zumbón biógrafo? El hombre del Sinaí y luego del Nebo hizo meditar a muchísimos españoles —no to-

dos europeos— desde "el carro triunfal de sus metáforas".

Lo que ha sentido profundamente Jarnés es que Castelar —que le ha ido ganando según le biografiaba— vivió para la política y no de la política, sino de su pluma y de su palabra. No buscó cargos políticos bien retribuídos y hasta los rehusó. Ni aceptó cargos de consejero en lo que tenía conciencia de no poder aconsejar, por estar fuera de sus facultades. Y trabajó, trabajó sin descanso. Y no sólo para sustentar su vida privada. Al acabar su excelente obra, dice Jarnés: "El verdadero Castelar está aquí: en el hombre de cada día, laborioso y fértil. Justamente el Castelar desconocido." ¿Desconocido? ¡No! Y será más y mejor conocido ese hombre de cada día —siempre el verdadero hombre es el de cada día, el del pan nuestro de cada día— merced a libros como éste de Benjamín Jarnés. ¡España se lo pague!

En el último párrafo de su libro escribe Jarnés: "Ahí está el ataúd del hombre del Sinaí, esperando que lo rodeen generales..., etc." Y yo, querido amigo Jarnés, digo que ahí está el sepulcro del hombre del Nebo esperando que le hagan guardia patriotas españoles, europeos, liberales, demócratas, republicanos, que aprendan de su ejemplo a trabajar cada día y a dar cada día el pan "sobresustancial" de la palabra a sus compatriotas. Lo de "sobresustancial" es del Padrenuestro según el Evangelio. Y la palabra es pan sobresustancial de vida y luz que alumbra a los hombres. Y todo esto, nada menos que todas unas metáforas; como Castelar, nada menos que todo un gran político.

Meditar y considerar la historia patria y sus hombres es hacer historia, y es hacer patria, y es hacer hombres de ella, históricos y patriotas.

[*Ahora*, Madrid, 22, II, 1935.]

LA GENERACION DE 1931

Cuando estaba ocupándome para mi trabajo —mi vocación— en cavilar y meditar la postura que la actual generación civil, la de 1931, toma respecto a las pasadas, la de 1868 y la de 1898 especialmente, visto a través de la biografía que de Castelar nos deja Benjamín Jarnés, una noche no logré reanudar la inconciencia del sueño en la soledad silenciosa de mi celda laica. Una tolvanera de ensueños y de fantasmas históricos me envolvía. Y entonces, para fijar algo, encendí la luz y, a mi modo, traté de cuajar todo aquel remolino en una comprimida expresión rítmica, en unos versos, viviente memorialín. Helos aquí:

La ciudad liberal bulle en holgorio;
la Patria es libre ya; la gloria nace;
un nombre llena la espaciosa plaza:
¡Constitución!
Han corrido cien años, y sus nietos,
rota la placa y rota la memoria,
con otro nombre lañan la rotura:
¡Revolución!
Y así la bola de la historia rueda,
generación de las generaciones...
—viva, pues, la definitiva— y todo
generación. [1]

Ocioso desarrollar esto en historia patria; lo de "¡Constitución o muerte será nuestra divisa!", la

[1] Poema incluido por su autor en el *Cancionero*, con el número 1.722. (N. del E.)

época romántica, cuando a las plazas de las ciudades y villas que fueron antaño de los Comuneros se les rotuló: "de la Constitución", y cuando, años adelante, estalló la revolución llamada la Gloriosa, y luego la primera, que no llegó a añeja república, y después ésta dicen que corriente revolución, con que se trata de lañar la rotura de la otra. Y por debajo, la eterna restauración que acompaña siempre a la eterna revolución —son lo mismo—, como se acompañan muerte y nacimiento. Y por debajo y, a la vez, por encima de ello, el eterno pleito de las generaciones. ¡Generación de generaciones y todo generación! o ¡vanidad de vanidades y todo vanidad! Así es la historia.

Y en el fondo de esta postura de la actual generación frente a las que le precedieron y de que ha venido, ¿qué es lo que hay? Y meditando —¡fantaseando más bien..., aunque es igual!— en ello, en la insatisfacción, en el desasosiego, en el despego de esta generación juvenil de hoy, aunque se disfrace de la mentirosa *giovinezza* del fajismo italiano, llego a vislumbrar el terrible cáncer espiritual que consumió a las generaciones monacales de la Edad Media, aquella pavorosa enfermedad que los escritores ascéticos y místicos llamaron acedia.

Y ahora una breve digresión lingüística. No podía faltarme. De un término griego que, en rigor, significa descuido, flojera, desgana, despego y otros así, hicieron los escritores eclesiásticos latinos su voz técnica: *acedia,* y de ella, en castellano, más bien literario que popular: *acedia* o *acidia.* En ambos casos, trisílabo y con el acento en la segunda sílaba. Que a las veces se confunde con *acedía* (el acento en la *i),* la cualidad de ser algo acedo o ácido, áspero, agrio y desapacible. La semejanza de sentido se prestó a confusión. Lo ácido o acedo suele producir a las

veces —no siempre— desgana. Y basta de lenguajerías.

De lo que padece lo mejor, lo menos frívolo, lo más recogido de la actual generación juvenil es de acedia civil y en gran parte religiosa. De despego de vivir histórico, de tedio, de hastío, de aburrimiento. De aquella *noia* que tan hondamente cantó el hondísimo Leopardi, tratando de sobrellevarla, si es que no curarla, con el canto. Y esto a pesar de apariencias en contrario. Y del disfraz del deporte, donde éste no es señal de pueril deficiencia mental, lo que es frecuente. Porque deporte no es precisamente juego, ni un niño juguetón es por eso mismo deportivo. ¿O es que alguien cree que los llamados, por ejemplo, "exploradores" *(boy-scouts)* se divierten? No más que los monaguillos de coro.

Guardo testimonios de ese profundo hastío que consume a lo mejor acaso de la actual generación intelectual española. Se quejan del desierto espiritual en que tienen que trabajar. Y menos mal si encuentran consuelo y sentido de vida íntima en el camino, aparte del arribo a que lleve. Porque se van "cansando, cansando en este desierto". ¿Verdad, amigo Jarnés? Y esto no es consecuencia de arribismo, ¡no! (Escribo arribismo con b, porque en español se escribe y debe escribirse arribar y no *arrivar.)* Los presos del hastío, los mejores, no padecen de arribismo. ¿Llegar? ¿Y qué es eso de llegar? Oigan una historia evangélica.

Aquel apóstol Tomás —Dídimo—, el de "tocar (no ver) y creer", el prototipo del incrédulo de antemano, cuando Jesús les anunció que Lázaro había muerto sin estar El, Jesús, allí y que iban allá, Tomás, henchido de celo, exclamó: "¡Vamos también nosotros para morir con El!" Mas en otra ocasión, cuando el Maestro dijo: "Donde yo voy sabéis el camino", Tomás le dijo: "Señor, no sabemos dónde

vas; ¿cómo sabemos el camino?"; a lo que Jesús: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida." Y llega el relato evangélico de la arribada del Cristo, de su aparición, ya resucitado, a sus discípulos, y cuando le dicen a Tomás que han visto al Maestro replica el apóstol que él no creerá si no le ve en las manos el agujero de los clavos y mete en éste el dedo y en el de la herida del costado. Y ocho días después cuenta que el Cristo se les presenta, cerradas las puertas, y hace que Tomás le meta la mano en el costado para que crea. Y al rendírsele el apóstol le dice: "Porque has visto has creído; dichosos los que sin haber visto creen." Relato en que, aparte de lo de tocar, y ver, y creer, hay que pensar en lo del camino. En la fe en el camino, lleve adonde llevare y aunque no lleve a parte alguna, aunque no haya arribada. Pero, ¿es fácil acaso este consuelo en el caminar mismo, esta satisfacción en el trabajo por el trabajo mismo? ¿Y no es acaso éste la dificultad de este consuelo, el origen del hastío?

Por lo que hace a la generación intelectual española de hoy —llamémosla de 1931—, ¿sabe su camino, si es que no su meta?; ¿sabe no adónde va, sino por dónde va? Desde luego, en el casi fatal cambio de 1931, en el advenimiento del régimen republicano, no tuvo apenas parte esa generación. Ni otra cualquiera. Porque ese cambio no lo trajeron los hombres. Y es, desde luego, significativo que ninguno de los jóvenes de esa generación se encontró en primera fila ni jugó papel primordial. Acaso porque ninguno de ellos tenía conciencia —si no clara, por lo menos honda— de un nuevo ideal colectivo de destino histórico nacional ni un sentimiento de la unidad de ese destino. Lo que no se logra corregir con expansiones litúrgicas mal traducidas, sea del italiano, sea del ruso. La vacuidad de esas expansiones se nota por dondequiera en nuestra España.

Deporte, no juego. Oímos lo que de la generación de los abuelos —de la de los padres de nosotros, los que hoy somos padres y abuelos— dicen los de esta generación: ¿qué dirán de ella sus hijos y sus nietos? Ya ellos mismos o se quejan o dan gritos para encubrir sus quejidos. Y hay rabadanes que apacientan a sus rebaños deportivos con herrén de vaciedades que no matan el hastío, que es hambre espiritual. Ni la otra, por supuesto; la de destinos, quiere decirse.

[*Ahora,* Madrid, 2, III, 1935.]

EL HABLA DE VALLE-INCLAN

Nuestro buen amigo don Ramón del Valle-Inclán —séale la posteridad aficionada— seguirá por mucho tiempo nutriendo más los anecdotarios que las antologías. Algo así le pasó a Quevedo. Se hablará de él más que se estudie su obra. Aunque su obra cardinal, ¿no fué él mismo, el actor más aún que autor?, vivió —esto es, se hizo— en escena. Su vida, más que sueño fué farándula. Actor de sí mismo. "Siento lo que digo, aunque no diga lo que siento", pudo decir como el personaje —más que persona— de mi drama *El hermano Juan*. Su prodigiosa memoria —era un portento— le permitió acaparar muchos papeles. Y todos los mezclaba y confundía. Así como los lugares y los tiempos. La historia que fantaseaba no era cronológica ni topográfica. El principal modelo que se forjó el marqués de Bradomín —de la cantera de Barbey d'Aurevilly— era noble, feo y católico. Católico literario, a lo Chateaubriand, ¡claro! Como su carlismo, también de teatro. En su vida se ponía a menudo en jarras —en estos días se están poniendo así los políticos—; alguna que otra vez se encampanaba. Y so capa se reía. Como buen actor se comportaba en su casa como en escena. El hizo de todo, muy seriamente, una gran farsa. Que por su desinterés cobró cierta grandeza. Fundió a la tragedia con el esperpento. Y adoró la belleza, alegría de la vida.

Mas ahora quiero hablar de su habla. Habla es

la mejor expresión para la obra poética —artística— de quien fué más que escritor, más que orador, un conversador y un recitador admirable. ¿Lengua? Si la llamara lengua, podría creerse que me refiero a su característica maledicencia. Maledicencia teatral, libre del veneno que da la envidia. Lenguaje tampoco me gusta. Mejor acaso llamarle "idioma". O "dialecto". Entendidos estos dos términos a derechas, en su originaria significación: "idioma", propiedad; "dialecto", lenguaje conversacional, coloquial. Porque Valle-Inclán se hizo, con la materia del lenguaje de su pueblo y de los pueblos con los que convivió, una propiedad —"idioma"— suya, un lenguaje personal e individual. Y como le servía en su vida cotidiana, en su conversación era su "dialecto", la lengua de sus diálogos. Y de sus monólogos. Porque dialecto no quiere decir algo subordinado e inferior como parecen creer no pocos paisanos de Valle-Inclán y míos y catalanes. La lengua imperial y la más original se hace idioma cuando el que la usa se la apropia, se la personaliza, y se hace dialecto cuando es de veras hablada.

Valle-Inclán se hizo su habla —hablada y escrita— con las hablas que recogió en su carrera de farándula. Empezando, ¡claro está!, con el castellano galaico, propiamente gallego, de su niñez y de su mocedad. ¡Qué alma galaica —no sé si céltica o suévica, que esto no son sino pedanterías aldeanas— la de su habla hispánica! En rigor, romana; él lo sabía. Mucho más galaica y mucho más alma que la de ese gallego en formación de los galleguistas —el de los "hachádegos de cadeirádegos", que dije otra vez—, de esa especie de esperanto regional o comarcal. Lo galaico va en el ritmo, en el acento, en la marcha ondulatoria y, a las veces, como oceánica de su prosa, en su sintaxis con más arabescos que grecas, con más preguntas que respuestas. Y para ello tuvo que

acudir al caudal popular de todos los pueblos de España y de la América de lengua española. El gallego regional no le habría servido. Así como Rosalía de Castro, cuando tuvo que sacar a luz su alma individual y a la vez universal, lo más íntimo de sí misma, lo vertió en las poesías castellanas de las orillas del Sar más que en sus cantares gallegos. Mejor esto que fraguar un pseudo dialecto de gabinete. Y digo pseudo porque ese dialecto no sería tal, no sería conversacional. Y, por lo tanto, ni idioma, ni propiedad. Más bien algo mostrenco.

Cuando mi buen amigo José María Gabriel y Galán empezó a escribir en aquel dialecto extremeño, que no era el de su infancia salmantina, le dije que ni podría expresarse bien a sí mismo en aquello y que pecaría más que por omisión por comisión, poniendo en boca de sus extremeños de Granadilla voces que ellos no conocían por no conocer lo que con ellas se significaba. Y así digo que Valle-Inclán pudo decir en su habla individual idiomática (propia) y dialectal (conversacional), y por ello imperial hispánica, lo que los de su casta galaica sentían oscuramente sin lograr expresarlo.

Hombre de teatro Valle, su habla, su idioma dialectal, o dialecto idiomático, era teatral. Ni lírico ni épico, sino dramático, y a trechos, tragicómico. Sin intimidad lírica, sin grandilocuencia épica. Lengua de escenario y no pocas veces de escenario callejero. ¡Cómo estalla en sus esperpentos!

No hay que buscar precisión en su lenguaje. Las palabras le sonaban o no le sonaban. Y según el son les daba un sentido, a las veces completamente arbitrario. Y era una fiesta oírle sus disertaciones filológicas y gramaticales. No era capaz de desentrañar las expresiones de que se servía porque para él —actor ante todo y sobre todo— las entrañas estaban en lo que he llamado antes de ahora "las ex-

trañas"; el fondo estaba en la forma. Y acaso no andaba descaminado si se entiende por forma algo más sustancial que la mera superficie. Que lo formal no es lo superficial. ¿No dejaron dicho los escolásticos que el alma es una forma sustancial?

Aun siendo tan diferentes —a ratos, tan opuestos— Valle-Inclán y Quevedo, hay ocasiones en que el gallego hispánico, con sus arabescos me recuerda al manchego —que manchego fué, en rigor, el señor de la Torre de Juan Abad—, con sus grecas, picudas y pinchudas. Si bien es verdad que en Valle no se pueden recoger aforismos y sentencias como en Quevedo. La continuidad que podríamos decir líquida de la prosa valle-inclanesca no se presta a los despieces a que se presta la prosa conceptista quevedesca. Valle resulta a las veces conceptuoso, pero no conceptista. Sabido es que una de sus máximas de estilo era que había que juntar por vez primera dos palabras —sustantivo y adjetivo, por ejemplo— que nunca se habían visto así juntas. Un asociacionista. A lo que yo le decía que era más honda empresa disociar dos términos que siempre se ven juntos. Disociarlos para asociarlos con otros. Pero, ¿qué más da? Para nosotros el mundo de la palabra —el lenguaje— es algo sustancial, material, y que de él creamos, asociando, o destruímos, disociando. Y sabemos que la palabra hace el pensamiento y, lo que vale más, el consuelo, el engaño vital. Y él sabía, Valle —como sé yo—, que haciendo y rehaciendo habla española se hace historia española, lo que es hacer España. La religión del Verbo, de que procede el Espíritu.

¡Y lo que conocía Valle nuestros clásicos castellanos! ¡Había que oírle recitar trozos del teatro de nuestro siglo XVII! ¡Y qué cosas decía de Lope de Vega, por caso!

Con un empuje galaico parecía don Ramón del

Valle-Inclán estar dictando desde el Finisterre hispánico o tal vez desde la Compostela de Prisciliano —más que de Santiago—, por encima de la mar que une y separa ambos mundos, un habla imperial, idiomática y dialectal, individual y universal. Habla que en su extravagancia lo fundía todo. Y en mucho tiempo se hablará más de él que se estudie su obra.

[*Ahora,* Madrid, 29, I, 1936.]



IV
DE LITERATURA VASCA
(1890-1908)



Desde que supe la muerte de Arana determiné cumplir la deuda de amistad, haciendo pública memoria de él; pero no sabía por dónde empezar, y lo iba dejando pereza mediante.

En tal estado y leyendo el drama de Goethe *Torcuato Tasso*, llegué a la cuarta escena del acto tercero, en que Leonor Sanvitale trata de amansar a su rudo amigo Antonio Montecatino, después de la reyerta entre éste y el pobre Tasso.

Se queja Antonio de que a su vuelta de Roma hallase al Tasso en favor de los duques de Ferrara, sus soberanos, temiendo ser suplantado, él, el político, por el poeta, y dice a Leonor lo que a continuación traduzco:

"Confiesa si un hombre activo que llega con la frente ardorosa por agrio trabajo, que espera hallar a la tarde en la ansiada sombra reposo, y encuentra esta sombra ocupada por un holgazán, no debe sentir algo humano en su pecho."

A lo cual contesta Leonor:

"Si es verdaderamente humano, partirá de buen grado la sombra con un hombre que con su conversación y sus hermosos cantos le hace el reposo dulce y el trabajo ligero. Extenso es el árbol que da sombra, amigo, y nadie tiene que desalojar a los otros."

Leí esto, me acordé de mi buen amigo, y me pregunté: ¿Arana ha sido útil?

Todos hemos leído de niños, y muchos aprendido de memoria, aquella célebre e inmoral fábula que empieza:

> "Cantando la cigarra pasó el verano entero
> sin hacer provisiones allá para el invierno."

Junto a ella debieron ponerse para justo equilibrio aquellas palabras de Jesús acerca de los lirios del campo y de los pájaros del aire.

La hormiga, animal neutro, tía eterna, podrá murmurar de la cigarra, pero es muy posible que notara la falta de la cantora si ésta callara en las tardes ardorosas, a la hora en que la hormiga descansa al sol oyendo el chirrido de la holgazana. La hormiga pensará a su modo, pero es lo cierto que el chirriar de la cigarra es parte en la dulzura monótona del campo, y que da a éste más carácter y amenidad la pobre cantora que la afanosa acaparadora. La hormiga recoge para sí, para su tribu, y la cigarra canta para todos. Cuando Dios la ha hecho, sus razones tendrá.

Bilbao crece mucho, casi se infla, sus necesidades se cubren y siente ya la sed del lujo del espíritu. En esa inmensa colmena donde unos persiguen el negocio humano y otros el gran negocio de nuestra salvación, escasea quien, sin abandonar aquéllos, recree a los caminantes, distraiga a los ocupados.

Yo he creído siempre que en cuestión de utilidad es mayor la utilidad inmediata de una obra de arte que la mediata de un medio de vivir. Trabajar para vivir y vivir sólo para trabajar es el círculo vicioso más horrible; hay que embellecer la vida.

Arana fué un verdadero epicúreo, en el sentido más puro de este vocablo, y Arana, hay que confesarlo, está un poco dislocado de su tiempo y de su país. Quiso infiltrar en nuestro rudo pueblo algo de

la delicadeza de la clase culta de Inglaterra; basta ver sus obras.

Gustaba con el alma de la literatura inglesa y a él debemos las más lindas traducciones de Tennyson. Muchas veces le he oído murmurar a solas versos de Wordsworth o de Coleridge.

Persiguió un ideal, con el que quiso llenar en sus últimos años un vacío de su alma, vacío que le ha dado lo más sincero de su poesía. Quiso hacer del arte algo colectivo y social.

Todos recordamos su ensayo de implantación del Folklore, la fiesta que entonces provocó y la indiferencia general que ahogó el proyecto. ¡Ya sé ve!, es mucho más fácil para los poetas fantasear, y para los políticos razonar algebraicamente, que estudiar al pueblo con cuidado, en sus dichos, sus cuentos, sus refranes, sus niñerías todas. ¿Qué vale una colección folklórica, por copiosa y ordenada que sea, junto a una disertación acerca del origen de los derechos inmanentes, etc., etc.?

Ahora, antes de morir, se ocupaba Arana en organizar el Consistorio de juegos florales, después de haber iniciado y coadyuvado a las fiestas euskaras de Marquina y Guernica, fiestas que con él han muerto.

Era un socialista literario en un país de individualismo rudo.

No quiero hablar de sus obras. Las leyendas de *Oro y Oropel,* las de *Los últimos iberos* valen más de lo que generalmente se cree (1), y entre sus poesías hay algunas, como la titulada "Florestán y Gra-

---

[1] *Oro y Oropel,* Bilbao, Juan E. Delmar, 1876.
Los últimos iberos. Leyendas de Euskaria, Madrid, F. Fé, 1882. Uno de los relatos del primero de estos libros, el titulado "La rosa de Ispaster", y cuatro del segundo, fueron traducidos al francés por E. Contamine de Latour y R. Foulché-Delbosc, y publicados bajo el título de *Legendes basques.* París, *Societé des Publications Internationales,* 1889, poco tiempo antes de la muerte de su autor, al que Unamuno dedica estas páginas. (N. del E.)

ciosa", en que la sinceridad del sentimiento, vertido con una forma tan templada y discreta, les da un colorido suave y tierno.

Disentía de él en mis aficiones literarias, nunca he gustado de sus géneros favoritos, he combatido muchas de sus tendencias, pero sé bien que su obra merece más de lo que se le concede.

¡Y el hombre! Los que le conocían de verle en paseos y calles, acaso por alguno de sus trabajos menos íntimos, es casi seguro que tenían de él una idea falsa.

Nunca olvidaré unos días de campo que hicimos él, nuestro amigo Anchía y yo. Era de considerar aquel humor tan alegre al parecer, y digo al parecer, porque en el fondo se veía un sentimiento tenuemente melancólico. Le he oído decir más de una vez que él también tenía sus pesares, pero que no era justo apesadumbrar al prójimo con ellos: él quería, distrayendo su pena, distraer las ajenas; siempre creyó que es un deber procurar el buen humor entre amigos. Sólo las almas buenas sienten así; los atrabiliarios amargan al prójimo con sus amarguras.

Era un día hermosísimo cuando los tres amigos fuimos de Bermeo a Gauteguiz de Arteaga, y después de visitar el famoso palacio, quedamos a comer en casa de mi buen amigo el médico Alegría. Allí, reunidos seis, pasamos uno de los ratos más dulces. Veíamos al frente el enhiesto y desnudo Ereñozar, el aire y la luz llenos llegaban hasta nosotros, respirábamos a campo, y allí se hablaba en broma de todo lo humano y lo divino. Siempre que recuerdo a Arana recordaré aquel día, como él lo recordaba.

En los escritos de Arana se lee muchas veces entre líneas esta queja: Aquí no me comprenden del todo.

Y en verdad, pocos han visto a Arana hasta su

fondo, aunque siempre llevó abierto el pecho y el corazón en la mano.

De sus méritos como escritor no quiero hablar, lo dejo para otra ocasión, cuando más frías sus cenizas, aunque no su recuerdo en mí, hable de él y de otros escritores vascongados. Hoy escribo del amigo, del espíritu suave que hemos perdido, del hombre decidido y creyente que en lucha con el espíritu de un pueblo, fué acaso vencido por el momento.

¡Ah! ¡Qué diferente era Arana de como se lo figuraban muchos!

Luchó guiado por su fe, con intención hermosa y sana, es cierto, pero acaso se equivocó; no conoció bien a su pueblo, como su pueblo no le conoció bien. No es hoy, sin embargo, día de críticas, sino de piadosas memorias.

Había yo recibido la esquela de defunción de Arana y pensaba en su pérdida, precedida de otras, y en el porvenir de la literatura vascongada. Pocos días después de su esquela recibí carta cariñosísima de uno de mis más íntimos y mejores amigos, del poeta del porvenir literario vasco. ¡Dios quiera que la semilla de mi buen Juan halle la tierra más en sazón que la halló la del pobre Vicente! (1).

¡Pobre Vicente!, siempre joven, así querías que te llamaran, Vicente, no don Vicente; ¡pobre Vicente!, desengañado acaso, pero no rendido en tu empresa. Yo no sé cuánto vivirán tus obras, que tal vez llegaron o muy temprano, o muy tarde; pero sí que la memoria del hombre no morirá antes que volvamos tus amigos a la tierra en que descansas.

Madrid, 28. I. 1890.

[*El Noticiero Bilbaíno*, 3. II. 1890.]

---

[1] Unamuno se refiere a Juan de Arzadun. (N. del E.)

"REDENTA", por TIMOTEO ORBE (1)

A reserva de volver a ocuparme de esta novela, porque su lectura me ha sugerido multitud de cuestiones, voy a trazar aquí una breve noticia de ella para recomendar su lectura.

Redenta, la novela de Timoteo Orbe, es una novela romántica, esta es la palabra adecuada, y socialista, pero de un socialismo consciente y no meramente literario.

La figura del burgués, Ranzade, está hecha con firmísimo dibujo, y acusa seguro y hondo conocimiento de cómo se produce psicológica y socialmente el burgués.

Don Santos Artola, el cura, tiene algo más que condensación de meditaciones de orden ideológico, y parece el fruto de un estudio acerca de las condiciones en que puede darse fe religiosa en nuestros tiempos.

Doña Rafaela, la mujer de Ranzade, aunque trazada con grandísima sobriedad y en muy pocos trazos, acompaña en vida a su marido.

Pero la figura central del relato, el héroe de él, el romántico y socialista, resulta un poco esfumado, como sucede siempre con todos aquellos que dicen más que hacen. Es un soñador que, para dar cimiento y hueso a su insaciable sed de justicia social, se dedica al estudio de los problemas eco-

---

[1] Son dos escritos aparecidos, el primero, en *Revista Nueva,* y el segundo, en el diario madrileño *La Epoca.* (N. del E.)

nómicos y acaba en marxista, con su correspondiente condenación de las doctrinas de Bakunin. Escribe cartas para desahogar su pecho y filosofa acaso en exceso.

Mas lo que hay en el libro de Orbe, por encima de todo, es sentimiento, verdadero sentimiento de que se desprende, cuando no degenera en sentimentalismo (y pocas veces degenera así), vaho de fraternidad, aroma de amor.

Cuando parece empezar a infestar nuestra literatura un nietzschenianismo de pega, de postura y afectación nada más, de moda, libros como el de Orbe, brotados de un fecundo maridaje entre el corazón y la cabeza, llegan a tiempo.

Vuelvo a repetir que esto no pasa de una noticia, y que he de dedicar a la novela de Orbe un estudio más detenido, para el que tengo ya recolectados los materiales.

He aquí una novela romántica, del romanticismo imperecedero: romántica y socialista.

Conozco personalmente a Orbe, su autor, y no sé si este conocimiento influirá en mi juicio, pero es lo cierto que de la lectura de su libro me ha subido al espíritu perfume de humanidad. Además Orbe es paisano mío, vizcaíno como yo, y conociendo como conozco el ambiente en que la afición de su libro se mueve, no sé si completaré lo que me dice e iré traduciendo su relato.

A Ranzade, el emprendedor capitalista, trazado de mano maestra, la figura de más firme dibujo y más sólidos trazos del libro, le conozco. Y no es que sea tal o cual capitalista bilbaíno, este o el otro, no; es como una concentración y símbolo de varios de ellos, siendo a la vez —y aquí está el arte— un individuo concreto, tan concreto como los que topáis por el mundo, no una abstracción. Ranzade es

una lección viva de psicología del burgués, aquel Ranzade que se embriaga con el negocio, generoso en el fondo, con instinto de justicia, ni sórdido ni brutal, víctima del papel que en sociedad representa.

Su mujer, doña Rafaela, también vive, y vive el cura Artola, aunque en éste el dibujo degenera a las veces en caricatura. En Artola se ve bastante la condensación de reflexiones sociológicas; el símbolo esfuma un poco al personaje.

La figura central, la de Pedro, el héroe del relato, se espiritualiza e *intimiza* (pase la palabra) tanto, que acaba por perder la concreción del contorno, ondulando sus perfiles. Es el inconveniente de las almas que mostramos al lector habiéndolas visto de dentro a fuera.

Parece no pocas veces Pedro en *Redenta* un pretexto para que el autor nos dé personales reflexiones y páginas de sentidísima poesía lírica en prosa. Recuerda a aquellos héroes románticos que como Werther, Obermann, Jacobo Ortis, y otros, no se cansaban de escribir cartas.

Orbe piensa con el corazón, lo cual significa casi siempre sentir a la vez con la cabeza. Y no es su socialismo un socialismo pulposo y fofo, meramente sentimental, socialismo de literatos que no son nada más que literatos, ¡horrible plaga!, no; es el suyo socialismo conciente, en que el sentimiento de justicia está fecundado por la reflexión y el estudio de los problemas económico-sociales. En su novela misma se ve que cuando habla de socialismo sabe de lo que habla, que no es aquello del gabán de pieles y la blusa del obrero, u otra cualesquiera de las oquedades a que da vueltas cierta literatura *soi disant* socialista.

En el libro de Orbe es casi todo templado, dulce, sin brusquedades. Cuando el autor aborda algún pa-

saje trágico, de fuerza y nervio, se ve que no está en su elemento. El impulso de bajo origen que siente Pedro ante su prima, a la que tan sentidas cartas escribió, cuando ella, casada ya con otro, va a verle en nombre de Ranzade, su padre, para solucionar la huelga, es algo que desentona y que produce efecto de facticio y ripio. El autor ha querido humanizar a su héroe, desespiritualizarle un poco, y no nos convence. Está mejor Pedro en sus alturas, medio esfumado en las nieblas del ideal, cerniéndose sobre el relato todo, y sobre Redenta como un ángel de futuros destinos.

Hay páginas de muy subido valor, como son: la muerte de los padres de Pedro, dejándole huérfano, de una sobria delicadeza y de muy íntimo sentimiento; la requisa de los libros de Pedro, por don Santos y doña Rafaela, relato que revela una perspicacísima finura de observación; el reparto de los panes durante la huelga, y otras que es ocioso enumerar a quien no haya leído el libro, y más ocioso aún a quien lo haya hecho.

Pero vuelvo a repetir que la labor maestra de *Redenta* es Ranzade, el burgués. En él nos muestra Orbe cómo las buenas cualidades pueden resultar dañinas y ser las malas fuente de buenas obras, y cómo el hombre es víctima de la función que desempeña. Aquel pobre hombre ambicioso, embriagado con los negocios, débil de carácter en las cosas de familia, que por no tener disgustos domésticos cede a su mujer en todo, y se deja explotar por don Santos, el infatigable forjador de socaliñas, es todo un *carácter*. Repito también que es uno de mis antiguos conocidos, y que viviendo en Bilbao algún tiempo, se le ve surgir como una de las condensaciones de aquel ámbito social.

La psicología de don Santos es más sutil, tan sutil que no pocas veces huele a libro. No dudo de

que haya gentes que más que en Dios crean en la idea de Dios y que hayan hecho de la iglesia el objeto de sus amores, un poco paganos sin duda; son de los que suele decirse que no creen, sino que creen que creen; pero tales personajes son muy difíciles de reducir a la cristalización artística. Lo que más resalta en don Santos es su lado malo, su dureza, su sentido jacobino del prestigio de la autoridad. ¡Sálvese el principio de autoridad y perezca el mundo!

La novela de Orbe es, con sus preeminencias y sus faltas, sus bellezas y sus defectos, uno de esos libros que darían lugar a interminables discusiones, ya estéticas, ya psicológicas, ya económicas y sociales. Pero por encima de todo, lo diré una vez más y para acabar, se desprende de ella perfume de humanidad.

[*Revista Nueva,* Madrid, 5, VII, 1899. *La Epoca,* Madrid, 13, VII, 1899.]

A L M A   V A S C A

> "Egialde guztietan
> Toki onak badira,
> Bañan biyotzak diyo
> Zoaz Euskalerrirá."
>
> [Iparraguirre] (1).

No se conoce a uno sino por lo que dice y hace, y el alma de un pueblo sólo en su literatura y su historia cabe conocerla —tal es el común sentir—. Es hacedero, sin embargo, conocer a un pueblo por debajo de la historia, en su oscura vida diaria, y por debajo de toda literatura, en sus conversaciones.

"Si los pueblos sin historia son felices, felicísimos han sido los vascos durante siglos y siglos", dijo de nosotros Cánovas del Castillo. De esta felicidad secular arranca nuestra juventud, una juventud amasada durante siglos. Pero, ¿es que no hemos tenido historia? ¿Nos han faltado Aquiles u Homeros que nos hayan cantado? "El pueblo inglés es un pueblo mudo; puede cumplir grandes hazañas, pero no describirlas", dijo de su pueblo Carlyle, y con más razón que él del suyo puedo yo decirlo del mío. Y así como Carlyle añadía que *su* poema épico, el de los ingleses, está escrito en la superficie de la tierra, así añado yo que, más modestamente y más en silencio aún, ha escrito en la superficie de la tierra

[1] "Hay, es cierto, en todas partes buenos sitios, pero el corazón dice: vete al pais vasco". Lema utilizado por Unamuno en el escrito titulado "En Alcalá de Henares", incluído en su libro *De mi país*. (N. del E.)

y en los caminos del mar su poema mi raza, un poema de trabajo paciente, en la América latina más que en otra parte alguna.

Durante siglos vivió mi raza en silencio histórico, en las profundidades de la vida, hablando su lengua milenaria, su *eusquera;* vivió en sus montañas de robles, hayas, olmos, fresnos y nogales, tapizadas de helecho, argoma y brezo, oyendo bramar al océano que contra ellas rompe, y viendo sonreír al sol tras de la lluvia terca y lenta, entre jirones de nubes. Las montañas verdes y el encrespado Cantábrico son los que nos han hecho.

Entramos tarde en la cultura, y entramos en ella con todo el vigor de la juventud y toda la cautela de una juventud elaborada tan lentamente, con timidez bajo la audacia misma. Porque el vasco, por arriesgado que sea ante la naturaleza, suele ser tímido ante los hombres, vergonzoso. El más valeroso marino vasco que haya afrontado el peligro supremo con serena calma, el más fuerte luchador contra los elementos que salga de mi raza, la de Elcano, el primero que dió vuelta al mundo, encuéntrase en sociedad cohibido. Mi paisano y entrañable amigo Juan Arzadun, en el hermosísimo relato "La Nochebuena del expósito", que figura en su precioso libro *Poesía* (tomo II de la *Biblioteca bascongada de Fermín Herrán,* Bilbao, 1897), habla del "tipo hermoso y tranquilizador del aldeano vasco" que "daba vueltas entre sus manos de gigante a la boina, lleno de insuperable timidez y sonreía con vaguedad, fuerte y bonachón como un Hércules adolescente". La pintura es admirable; sobre todo lo de la timidez. Quien haya conocido en Universidades grupos de estudiantes vascongados, recordará dónde y cómo suelen reunirse y cómo huyen de cierta sociedad. A ello ha contribuído un poco la natural torpeza para expresarse en lengua castellana, porque donde ha llegado

a ser ésta, como en Bilbao, la nativa, las cosas varían.

"Vizcaíno es el hierro que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo."

concluye diciendo Don Diego de Haro en aquel magnífico final de la escena primera del primer acto de *La prudencia en la mujer,* en que Tirso de Molina dijo de nosotros en cuarenta versos lo que en cuarenta volúmenes no se ha dicho después. "Cortos en palabras, pero en obras largos." Hasta nuestras palabras suelen ser acción —que lo diga recientemente el vasco Grandmontagne—, y confío en Dios en que cuando se nos rompan por completo los labios y hagamos oír nuestra voz en la literatura española, será nuestro pensamiento corto en palabras y en obras largo.

Es, ante todo, un pueblo ágil, y ágil más que maciza su activa y silenciosa inteligencia. *Il saute comme un basque,* se dice proverbialmente en Francia, y cuando nos metemos a escribir damos también saltos y cabriolas. Y la agilidad es la expresión más pura de la fuerza espontánea. Ved que nuestro juego típico es el de la pelota. De las ideas mismas hacemos pelotas en que adiestrar y robustecer nuestro espíritu. En los últimos disturbios de Bilbao, las ideas que unos y otros empendonaron eran, creánlo o no ellos, un pretexto para luchar.

La inteligencia de mi raza es activa, práctica y enérgica, con la energía de la taciturnidad. No ha dado hasta hoy grandes *pensadores,* que yo sepa, pero sí grandes *obradores,* y obrar es un modo, el más completo acaso, de pensar. El sentimiento del vasco es un sentimiento difuso que no se deja encerrar en imágenes definidas, savia que resiste la presión de la célula, sentimiento, por decirlo así, protoplasmático. Estalla en la música, que es lo menos

ligado a empobrecedoras concreciones. Coged las letras de Iparraguirre sin música, hacedlas traducir, y os resultará lo más vulgar y pedestre. Y, sin embargo, oír cantar aquel "extiende y propaga tu fruto por el mundo mientras te adoramos, árbol santo", y como en un mar se brizará en sus notas robustas vuestro corazón, acordando a ellas sus latidos. Y es que letra y música se concibieron juntas, como formas de una misma sustancia.

Un carácter rudo y pacientemente impetuoso, por lo común autoritario. De la rudeza dan buena muestra las atrocidades que de los turbulentos fronterizos de fines de nuestra Edad Media nos cuenta Lope García de Salazar en su *Libro de las buenas andanzas e fortunas,* aquellas sombrías luchas entre los de Butrón y Zamudio, los de Zamudio y los de Leguizamón, los Leguizamón y los Zariaga y Martiartu, narradas con fúnebre monotonía por el viejo cronista mientras estaba preso por sus hijos *en la su torre de Sant Martín de Muñatones.*

Y autoritarios, sí, autoritarios, a la vez que de espíritu independiente. Para mandar salvajes o para regir frailes, para colonizadores o para priores que ni hechos de encargo, pintiparados allí donde haga falta una energía un poco ruda y procedimientos rectilíneos, pero torpes para gobernar pueblos ya hechos, donde haya que concertar voluntades y templar gaitas, donde se requiera flexibilidad ante todo. Y cuando le toca ser subordinado, el vasco, según frase consagrada, obedece, pero no cumple; no dice que no, pero hace la suya.

Porque a tercos sí que no nos gana nadie. "Vizcaíno, burro", suele decirse aludiendo a nuestra testarudez, que acaso llegue a ser muchas veces en nosotros un vicio, pero que es, sin duda, de ordinario nuestra virtud capital. Si no entra de otro modo el clavo, lo meteremos a cabezadas. Pero nuestra

terquedad es menos violenta que la del aragonés. Toda la afabilidad que se quiera, pero a hacer la suya, el vasco. "Los vascongados —suele decirme un amigo— no atienden ustedes a más razones que a las suyas propias; si se arruinan, serán solos, sin empacharse de consejos ajenos, pero sin culpar tampoco al prójimo de ello." Por tercos, más que por otra cosa, hemos sostenido dos guerras civiles en el siglo pasado, porque nos parecía que marchaba demasiado de prisa el progreso político, sin acomodarse al social; para ponerle a paso de buey, lento, sí, pero seguro.

Si hay algún hombre *representativo* de mi raza, es Iñigo de Loyola, el hidalgo guipuzcoano que fundó la Compañía de Jesús, el caballero andante de la Iglesia, el hijo de la tenacidad paciente. La Compañía, me decía una vez un famoso ex jesuíta, no es castellana, como se ha dicho, ni española; es vascongada. Y vascongada hasta en sus defectos. Es vascongada en su terquedad pacienzuda, en su espíritu a la vez autoritario e independiente, en su horror a la ociosidad, en su pobreza de imaginación artística, en la fuerza para acomodarse a los más distintos ambientes, sin perder su individualidad propia. Y esto me lleva como de la mano a decir algo de lo que se ha llamado nuestro fanatismo.

Fué el pueblo vasco de los últimos en abrazar el cristianismo, pero lo abrazó con tanto ahinco como retardo. No es para nosotros la religión una especie de arte supremo en que busquemos tan sólo satisfacción o anhelos estéticos, sino que es algo muy hondo y muy serio. No es extraño encontrar en nuestras mantañas quienes vivan hondamente preocupados del *gran negocio de su salvación,* en un estado de espíritu genuinamente puritánico. Nuestro sentimiento religioso, hondamente individualista, no se satisface con pompas litúrgicas en que resuenan ecos

paganos. Es por dentro un espíritu nada romano; la de un alma que quiere relacionarse a solas y virilmente con su Dios, un Dios viril y austero. El calvinismo hugonote empezó a arraigar en el país vasco-francés; uno de los primeros libros impresos en vascuence —si no el primero el segundo—, fué la traducción del Nuevo Testamento hecha en 1571 por Juan de Lizarraga, un hugonote vasco-francés, bajo los auspicios de Juana de Albret. En el fondo de la más rígida e incuestionable ortodoxia, se descubre pronto en la religiosidad de mi raza un germen antilatino, germen que espero dará frutos. La misma Compañía de Jesús que fundó mi paisano Loyola para atajar la marcha del protestantismo, ¿no nació, acaso, como todo movimiento que pretende oponerse a otro, en el seno mismo en que éste se agita, en relación de unidad profunda bajo su oposición superficial? Los *Ejercicios espirituales*, de Loyola, ¿no es acaso uno de los libros más gustados entre protestantes? Si persiste o no hoy el primitivo espíritu ignaciano en la Compañía, es ya otra cosa.

Se habla de nuestro espíritu reaccionario cuando debía llamársele más bien conservador, en el mejor sentido. Queremos progresar al paso de la naturaleza, con calma, acomodando lo político a lo social. En el fondo del carlismo vascongado hubo siempre un soplo socialista; vislumbraba que se ha ahogado la libertad social bajo la política. Me decía una vez Pablo Iglesias que a nadie era más difícil de ganar el socialismo que al vascongado, pero que una vez dentro de él, era de los convencidos y de los sólidos, sin impaciencias ni desmayos.

Sobre esa base de austera y seria religiosidad, de activo recogimiento, se levanta la familia vasca, bajo la autoridad del *éche co jauna*, del amo de la casa. Y junto a él su mujer, que con él laya la heredad, una mujer robusta. De soltera, con las trenzas ten-

didas sobre la espalda, lleva a la cabeza la herrada, suelta, ágil y fuerte, con la gracia reposada del vigor, "asentándose en el suelo como un roble, aunque ágil además como una cabra; con la elegancia del fresno, la solidez de la encina y la plenitud del castaño... amasada con leche de robusta vaca y jugo de maíz soleado...", permitidme que reproduzca estas palabras de mi *Paz en la guerra.* Y es ésta luego una mujer en que la maternidad priva sobre la sexualidad. Me han confirmado sacerdotes de mi país, que por el confesionario lo saben, que los rarísimos casos de adulterio que en nuestras montañas ocurren, se deben en gran parte al ansia de las mujeres por tener hijos, cuando el marido no se los da. Los desea y los necesita.

"Si su aspereza tosca no cultiva
aranzadas a Baco, hazas a Ceres,
es porque Venus huya, que lasciva,
hipoteca en sus frutos sus placeres."

[Tirso de Molina. *La prudencia en la mujer.*]

Aquí observó bien dos hechos el travieso mercedario, aunque no acertó a relacionarlos. En el país vasco, ni la extrema pobreza y desolada aridez que sume a los pueblos en incurable tristeza, ni la exuberancia y facilidad que los hunde en modorra e indolencia. Ahora que con las minas y las industrias ha empezado a acumularse una gran riqueza, ahora es cuando empieza a notarse algún cambio en el espíritu. Emprendedor y activo, sí, pero se ha hecho insoportable el bilbaíno por lo pagado de sí mismo y de su riqueza y de su convencimiento de pertenecer a cierta raza superior. Mira con cierta petulancia al resto de los españoles, a los no vascongados, si son pobres, llamándolos despreciativamente *maquetos.*

Es antigua en el pueblo vasco la pretensión de nobleza, originada del aislamiento en que vivió. Para

el aldeano vasco no hay más que una distinción entre las gentes; *euscaldunac* los que hablan *euscara* o *eusquera* como él, y *erdaldunac* los demás, los bárbaros, los que hablan cualquier *erdara* o *erdera,* nombre en que se incluyen todas las hablas que no sean vascuence. Y respecto a pretensiones de hidalguía, basta leer lo que a Don Quijote dijo Sancho de Azpeitia. Cuéntase también que diciendo un Montmorency, creo, delante de un vasco, que ellos, los Montmorency, databan no sé si del siglo VIII o IX, contestó el otro: pues nosotros, los vascos, no datamos. Y Tirso de Molina hizo decir a don Diego de Haro que

> Un nieto de Noé les dió nobleza,
> que su hidalguía no es de ejecutoria.

Estos *humos* han producido ahora, a favor de la riqueza, una atmósfera irrespirable, pero es de esperar que digieran mis paisanos su riqueza y surja allí la cultura que canta sobre las chimeneas de las fábricas, como diría otro vasco, Maeztu, la que brota de expansión de vida.

Se ha dicho alguna vez que el vasco es triste, y triste habría de creerle, a juzgar por los relatos de Baroja. Yo no lo siento así, sino que aspiro en mi país, y entre los míos, una alegría casera y recogida, y no pocas veces el estallido de gozo de la vida que desborda.

Para alegría la de mi país; una alegría como la del sol que sonríe entre jirones de nubes, sobre las montañas verdes al través de la lluvia no pocas veces; una alegría agridulce, como la del chacolí o la sidra. Suele ser la alegría de dentro, no la que él os impone, sino la que brota del estómago saciado; no del cielo, sino del suelo. Suele ser la alegría a la holandesa que irradia de los cuadros de Teniers, la de sobremesa, tras pantagruélicas comilonas, no

la que se nutre de manzanilla, aceitunas y cantos morunos. Hay que ver en la romería de la Albóniga, sobre Bermeo, cómo los intrépidos pescadores se desentumecen los miembros dando saltos y cabriolas, con una encantadora tosquedad, con la torpeza de gaviotas o albatros que se pusieran a bailar.

¡Y si vierais una vuelta de romería allá, al derretirse de la tarde, en los repliegues del sendero, entre las fuertes hayas cuyo follaje susurra extraños rezos! Vuelven cantando y saltando, cogida la moza no pocas veces por el robusto brazo de layador del mozo, riendo cualquier bobada, porque es la risa la que busca el chiste y no éste el que la provoca, abriendo la espita al chorro de vitalidad que desborda como de henchida cuba. De cuando en cuando arranca de un gaznate fresco un *sanso* o *irrintzi,* un relinchido, y sube como alondra, esparciéndose por el valle mezclado al rumor del follaje de los robles, y callan los pájaros y vibra el cielo, y se derriba al fin en el ámbito saturado de la santa alegría que del descanso del trabajo brota, aquel latido de un alma sencilla, que vive sin segunda intención y que sólo sabe expresarse así, inarticuladamente, en robusta oración al dios de la alegría del trabajo, de la alegría seria y del trabajo serio.

No; mi pueblo no es triste; y no lo es porque no toma el mundo no más que en espectáculo, sino que lo toma en serio; no lo es porque estará a punto de caer en cualquier dolencia colectiva, menos en esteticismo. El día en que pierda la timidez, cobre entera conciencia de sí y aprenda a hablar en un idioma de cultura, os aseguro que tendréis que oírle, sobre todo si descubre su hondo sentimiento de la vida: su religión propia.

[*Alma Española,* Madrid, 10, I, 1904.]

OTRO ESCRITOR VASCO

En cierta ocasión, Menéndez y Pelayo, que nunca ha sentido predilección por los vascos, habló de la "honrada poesía vascongada", recordando a Samaniego y a Trueba, y yo, comentando esa frase, cuyo sentido íntimo creo que no se me escapa, dije en Bilbao que era menester deshonrar a nuestra poesía y a nuestra literatura.

Por desgracia, más que por fortuna, en efecto, de la literatura vascongada, nunca muy rica, no ha podido decirse hasta hoy en su elogio sino el ser honrada, y esto, tratándose de una literatura, no es ciertamente un gran elogio.

La característica de los literatos vascos hasta no hace mucho era la parquedad imaginativa, el encogimiento y timidez en los temas y en la manera de tratarlos, la falta de brío, de originalidad y de empuje. Señores muy respetables y muy dignos, excelentes hijos, hermanos o padres, y modelos de ciudadanos, se ponían a escribir cosas tan razonables como incoloras o insípidas, en un estilo incoloro e insípido también. Con tal que defendieran no ya los intereses, sino hasta los prejuicios del país, todo lo demás se les dispensaba. Y así se daba el caso de que llegara a pasar entre algunos por prestigioso escritor el autor de cierta *Defensa histórica de las provincias vascongadas,* obra latísima y aburridísima, cuya lectura infunde sueño en el más despierto.

El sentido estético parecia, si no muerto, dormido en nuestro pueblo.

Conocí y traté, siendo yo un jovenzuelo, a Antón el de los Cantares, al excelente Trueba, y declaro que me parece se le tiene en mi país en un olvido que no merece, pero debo también confesar que su literatura doméstica, pacata, encogida y falta de brío, no puede ni debe tomarse por el exponente del espíritu vasco. Aquello es demasiado infantil y demasiado idílico. Los campesinos vascos que nos describe Trueba parecen pastorcitos de nacimiento de Navidad: todos son inocentes, candorosos y —hay que decirlo— bastante simples. Y así se acreditó para muchos una leyenda que bien miradas las cosas nos perjudica más que nos favorece.

Pero desde hace algunos años pareció despertar el espíritu de nuestro pueblo a una vida más intensa, más robusta y más enérgica y un sentimiento más hondo y más viril del arte. En la pintura ha empezado a dibujarse algo así como una escuela vasca, a cuyo frente figura Zuloaga, y en literatura pasa algo parecido. Baste citar aquí los nombres de Baroja, Bueno, Grandmontagne y Maeztu, por ser los más conocidos, callándome el mío, porque ya hemos convenido en eso de la modestia. Y a ellos empieza a unirse el de José María Salaverría. Y quedan otros de que os hablaré otro día, que si no han sonado más fuera de nuestro país vasco, se debe acaso más que a otra cosa al encogimiento y timidez de los que lo llevan, pues es ésta una cualidad muy de mis paisanos.

Y ha llegado a resultar que mientras en Madrid eran muchos los que se fijaban en cierto parentesco espiritual entre los últimos escritores vascos y notaban algo así como un tono común dentro de las diferencias que nos separan, en nuestro propio país, en el país vasco, se nos miraba con cierto recelo, a pesar de realzar nosotros su nombre ante los extra-

ños, tendiendo a limpiar a nuestra literatura regional del dictado de la casi exclusiva honradez.

Buena parte de nuestro propio pueblo, tan verdaderamente honrado, tan enérgico, tan serio en la vida, aplanado por la influencia jesuítica y clerical y encarrilados sus gustos por camino de ñoñeces, de prejuicios y de fantasmagorías, como que se disgustaba de ver a algunos de sus hijos emprender derroteros que el director espiritual estima peligrosos o pecaminosos. Su actitud era la de una antigua y honrada familia de esas que llamamos patriarcales, de las que rezan cada noche el rosario, cuando les sale un hijo radical o siquiera modernista. Para nuestros buenos burgueses apacentados en Trueba resultábamos unos desentonadores, unos muchachos alborotados o extravagantes. Y parecían decir; ¡lástima de chicos! Nos tenían cariño, sí, y siguen teniéndonoslo —yo por mi parte no me quejo—, pero lamentaban nuestras calaveradas. Y cuando han visto que iba en serio y que uno de nuestros propósitos era despertar dormidas energías de la casta y tratar de quitarle ciertas cadenas, no han faltado quienes nos hayan declarado, a mí especialmente, hijos descastados y hasta espúreos.

Los pobrecitos, que estiman el vascuence y el catolicismo consustanciales al espíritu vasco, no pueden comprender que amamos a nuestra tierra de otro modo que ellos la aman. Y siguen dándole vueltas al eterno manubrio del organillo tradicionalista y repitiendo todo género de inocentes fantasías y de cándidas leyendas. Se encuentran muy a su gusto en esa Baskonia —con *b* y *k,* pues así resulta más infantilmente pintoresca— de una historia sin crítica y de unas tradiciones en su mayoría falsificadas.

Cuando en el prólogo de la comedia de Bernard Shaw *John Bull's other island* me encontré con que el autor se envanece ante todo de ser irlandés, pero

irlandés de origen protestante y de pura lengua inglesa, de la lengua inglesa de Swift, también irlandés, me acordé de mi posición, de nuestra posición, la de los escritores vascos que he citado, respecto a nuestro pueblo. También nosotros, yo por lo menos, llevamos con más orgullo que otra cosa nuestra calidad de vascos, pero jactándonos de haber empleado la energía de la raza en sacudirnos de la tutela ortodoxa y en llevar al lenguaje castellano todo el vigor, la concisión y la expresividad de nuestro pueblo.

Fué un barcelonés muy barcelonés, de la penúltima hornada de la juventud intelectual barcelonesa, fué un hombre que se vierte en lo exterior, Jaime Brossa, quien para apoyar un gesto soltó una vez la frase de que el vasco es el alcaloide del castellano. Me chocó y me penetró la frase y en puro repetirla he logrado que tenga cierta relativa circulación.

Bien sé que, como todas las frases retóricas, es discutible, y muy discutible, y que en puro querer abarcar mucho, aprieta y ciñe poco, pero en el fondo me parece que encierra no poco de verdad. Digan lo que quieran los exaltados exclusivistas de mi tierra, los bizkaitarras, cada vez me parece más patente el castellanismo de los vascos.

Nuestros grandes hombres representativos cumplieron su misión al servicio de Castilla o del espíritu castellano. Así el canciller Ayala, así Legazpi, así Urdaneta, así Garay, así Irala, así Elcano, así Churruca, así Oquendo, así hasta Zumalacarregui, y, así, sobre todo, nuestro más grande héroe, Iñigo de Loyola, que encarnó en una compañía el alma de la España castellana del siglo XVI. No hay un solo hecho de historia universal que haya llevado a cabo el pueblo vasco por sí solo.

Digo más, y es que nos gusta la estepa, "la llanura, eterna y poderosa tentación de todo montañés", como dice Salaverría en su *Vieja España,* hermoso

libro cuya lectura me sugiere esta correspondencia a *La Nación*. Creo que los vascos somos los que mejor hemos sentido a Castilla, y no me dejarán mentir los cuadros de Zuloaga y las novelas de Baroja. Creo más, y es que hay más de un aspecto íntimo de Castilla y de su espíritu que se lo hemos revelado a los castellanos mismos.

¿Y la lengua? Hace poco que hemos irrumpido en el castellano, dejándonos de timideces. Tratamos, algunos por lo menos, de hacérnoslo nuestro por derecho de conquista. Es de cierto una lengua admirable para la lucha por el idioma del mundo. "El idioma castellano es —dice Salaverría— como un acero batido cien veces a golpes de martillo, pulimentado por cien artífices concienzudos, endurecido al choque de cien pueblos: este idioma que siguió de cerca a las espadas, que llegó a los límites de la tierra, este idioma puede ser el arma brillante para la lucha por el dominio del mundo".

Hallándome en Barcelona hace poco más de un año hube de topar con cierto entusiasta escritor barcelonés, que sostenía la graciosísima teoría de que los catalanes se diferenciaban de los restantes pueblos españoles —a los que llama iberos—, más que éstos entre sí. Como me pareciese muy divertida esta opinión de lógica mediterránea o levantina, me permití hacerle observar que en el respecto de la lengua no llegaría hasta sostener que el catalán se diferencia del castellano más que el vascuence, cuando el hombre, con un animado gesto y una intrepidez levantina, me replicó: "Le diré a usted..." Yo me preparé a oír. Y el hombre me dijo que lo que da individualidad y carácter a un idioma, su esencia, no es ni el léxico, ni la morfología, ni otra cosa más que la fonética. Y yo que le vi venir, añadí: "Sí, y la fonética de las vocales." "¡Exacto!", agregó el hombre encantado de mi perspicacia. Y me preguntó:

"¿Qué vocales tiene el vascuence?" Y yo: "Las mismas que el castellano: *a, e, i, o, u*." "¿Sin diferencia de *e* y *o* abiertas y cerradas?", dijo, y yo: "Sin tal diferencia." Y él entonces: "¡Lo ve usted!" Y para darle gusto agregué yo con calma: "Como que después de todo lo más probable es que el castellano no sea más que un desarrollo del latín pronunciado por pueblos de lengua vascongada, que dejaron ésta para adoptar aquél, y lo peculiar y distintivo de él sea debido a los hábitos de hablar eusquera o vascuence en aquellos que recibieron primero con la cultura, la lengua romana." Y mi hombre, en el paroxismo del entusiasmo y casi a punto de abrazarme: "¡Exacto! ¡Exacto! ¡Exacto!" Y así acabó aquel diálogo socrático.

Larramendi y tras él otros vascos escribieron sobre la antigüedad y universalidad del vascuence en España. Si así fuera, si el vascuence hubiera sido antes de la invasión romana en la Península la lengua ya que no de toda ella, por lo menos de una gran parte, en la que comprendería Castilla, resulta claro que la base de la población de esta parte es una población vasca que abandonó hace siglos su lengua para adoptar la romana como la está hoy abandonando la población de las provincias vascongadas. Porque siempre hay que partir del principio, más confirmado cada día, de que el fondo de la población española es el primitivo y que significan muy poco junto a él los aportes de las sucesivas inmigraciones e irrupciones. De que el pueblo vascongado conserve aún, en gran parte, su lengua aborigen y el castellano la haya perdido no puede deducirse sin precipitación y falta de criterio histórico que aquél sea más puro que éste, pues el cambio de lengua no supone por sí mismo mezcla. Hay negros puros que hablan inglés.

Todas estas consideraciones tienden a esclarecer mi creencia de que hay entre nosotros los vascos, y

los castellanos, una hermandad mucho mayor que se figuran unos y otros. Y nada quiero decir ahora de las candorosas fantasmagorías de aquellos de mis paisanos que se meten a fraguar nuestra historia con tanto entusiasmo y sentimentalidad como falta de sentido crítico, que nunca, por desgracia, ha abundado en mi país donde el prejuicio es soberano, intolerable y terco.

Y dejando todo esto para deciros algo de Salaverría, el amor de éste a Castilla es evidente y traspira de cada página de su *Vieja España.* Sólo que ve a Castilla más que directamente a través de la historia y de la leyenda, sin haber convivido con ella, ni es la parte que inspiró su libro, Burgos, lo único castellano a pesar de llamársele *caput Castellae,* cabeza de Castilla. En este sentido le corrige atinadamente Galdós al completar, en el prólogo que a la obra pone, la visión de Castilla con una hermosísima pintura de otra parte de ella, la de los comuneros.

Hay en el libro de Salaverría, más que una visión directa de Castilla, un gran conato por penetrar en su espíritu y por penetrar en ella a través de doctrinas filosóficas, no siempre las más adecuadas. Se ve demasiado a Nietzsche más allá de las páginas de *Vieja España.*

Constituye gran parte de este libro una defensa del ideal guerrero y una censura de la actitud meramente defensiva. "Un espíritu militar, consecuente y arraigado, salvaría a este pueblo de su anárquica e incoherente vida de hoy", dice, y añade: "La sólida compenetración nacional no puede conservarse si no es mediante un ideal guerrero." Y en otro pasaje: "Este pueblo español que está aún sin desbastar, que todavía no está fatigado, sino dormido, éste es un pueblo de guerra capaz de haber acome-

tido una nueva temeridad, como en los buenos tiempos antiguos."

Merecen leerse las páginas en que desarrolla la idea de que el hombre es guerrero no por instinto sino por reflexión y por voluntad, puesto que venido al mundo sin armas naturales ha tenido que procurárselas gracias a su voluntad de atacar, e inventó las armas. Lo cierto es que la inteligencia hace en el hombre lo que las garras, las fauces, los picos, los aguijones o los cuernos en otros animales.

Es el libro de Salaverría un libro alta y profundamente idealista. "¡Unicamente para soñar grandes sueños de poder y gloria es para lo que puede vivirse la vida!" Es una contribución más a la obra que unos cuantos perseguimos en España. Es un nuevo y fuerte contingente a mi evangelio quijotista. Y creo que mi *Vida de don Quijote* no ha sido extraña a la inspiración de este libro de mi paisano. Y es porque en ella quise dar ensueños y ante los que sacaban del espíritu de mi pueblo que es la sustancia del mío, creyendo, como creo, que el quijotismo alienta, si en alguna parte, en nosotros los vascos. Mientras no nos lo mutilen con patriarcaladas y memeces de caserío, mientras no se impongan allí las amas y los sobrinos y los bachilleres y los curas y los barberos.

A don Quijote dedica Salaverría, en efecto, el final de su obra, y hay aquí una observación tan penetrante, tan viva, tan intensa, que me reservo comentarla.

Es cuando dice: "Por ser irreal y extraño es por lo que todos se burlaron de ti." "Además —añade— la tierra de Castilla era demasiado real, demasiado seca, y en ese terruño arisco no puede permitirse el lujo de vivir las fantasías y los redundantes simbolismos." Y más adelante: "Te engendraron para disculpar la marrullería de todo un pueblo."

Esta última parte del libro de Salaverría la he de comentar directa y especialmente.

Aquí tenéis, pues, un libro fuerte y breve que os revelará un alma y un alma de mi tierra no retenida ni menoscabada por ese fatal encogimiento en que algunos parece quieren mantenernos.

Una cosa hay, sin embargo, que no me parece bien en el libro de Salaverría y es su palabra final, aquel "¡Madrid...!" murmurado con "intranscribible emoción" al ver a lo lejos "un oasis de luz", "una neblina luminosa". No, Madrid no es luminoso.

Salamanca, diciembre de 1907.

[*La Nación,* Buenos Aires, 21. I. 1908.]

¡El coitao! ¡El coitao! La *coitadez,* no tan *coitada* como parece, y que se disfraza de mil formas, es ahí precisamente el enemigo. Hay que acabar con ella.

Una vez dije ahí a los míos, a los del *bocho,* refiriéndome a la expresión de Menéndez y Pelayo sobre la "honrada poesía vascongada", que era menester deshonrarla. Y así es. Entendámonos ahora. Esa honradez —mejor sería llamarla *memelez*— de la antigua poesía, o lo que fuere, vascongada, nació de eso, de lo de ser *coitaos,* de ese fondo de vergonzosidad, que aunque tiene muy nobles raíces tiende sobre nuestro pueblo una funesta copa. Hay que desmocharla, pues, y hasta descuajarla, pero sin desarraigarla.

Decía Adolfo, (1) refiriéndose a cierta familia bilbaína que ha cultivado la *coitadez* artística y literaria, que sus maestros eran en dibujo Calam, en música Gounod y en literatura Selgas. Yo no sé si esto es estrictamente así, pero sí sé que ahí, en esa bendita tierra de mis ensueños y mis esperanzas, se ha cultivado el temor a todo lo fuerte e intenso, a todo lo hondo y recio.

En derredor de la estatua de Antón, el de los Cantares, aquel espíritu sencillo y bueno que tanto daño nos hizo con sus aldeanitos de nacimiento de cartón y sus *chocholadas,* en derredor de esa esta-

---

[1] Adolfo Guiard, amigo y paisano del autor. (N. del E.)

tua que se alza —y está muy bien— donde fué la campa de Albia, cazadero de *cochorros* en mis años infantiles, allí tenemos que gritar: *¡abajo la coitadez!*

El pueblo vasco, para ser en el orden de la cultura del espíritu lo que en otros órdenes ha sido, no tiene sino romper ese freno, y es Bilbao el que debe rompérselo.

> Vizcaíno es el hierro que os encargo,
> corto en palabras, pero en obras largo.
>
> [*La prudencia en la mujer.*]

dijo Tirso, y lo hemos repetido mil veces.

Pero también debemos ser largos y anchos y profundos en palabras, en palabras de hierro y que sean obras.

Hemos sido un pueblo mudo o casi mudo; nuestros Aquiles no han tenido Homeros. Y por eso se nos desconoce. Y tenemos que apoderarnos del lenguaje adueñándonos del castellano, y frente a todos esos *marichus* que se enmejurjan con él los oídos revestir nosotros con él nuestro pensamiento. Y como los tiempos son de lucha y nosotros, los nietos de los ferrones y de los balleneros, no hemos de andar en estetiquerías, hagamos que ese nuestro vestido espiritual sea de hierro vizcaíno, que rechine con ruido de herraje, agrio a los oídos podridos de los *marichus*.

Apenas si roto el freno de la vergonzosidad y quebradas roñosas cadenas hemos empezado a hablar desde dentro, con todo el alma indomable, nosotros los de la cabeza dura, los que Salmerón declaró inadaptables a la civilización moderna —¿cuál?—, los que Carner cree ineptos para la visión estética, o sea mediterránea, del mundo.

Aún no nos conocen, aunque en parte nos adivi-

nen. Hablan de nosotros como de gente tan honrada como dura de mollera unos cuantos señoritos que veranean por nuestros puertos o algún intruso, de visión estética, que pretenden conocernos en una excursión de ocho días. Y de malicia, de hostilidad. Y de ignorancia.

Lo fuerte, lo serio, lo verdaderamente nuevo somos nosotros, pero, en España y como españoles, nosotros somos el corazón de la vertiente atlántica.

Porque España no creo que pueda dividirse en la polaridad tan fecunda para todo pueblo, en norte y sur como algunos piensan, sino más bien, como creen otros, en las dos vertientes, la atlántica y la mediterránea —incluyendo en ésta la parte en que el Guadalquivir desemboca—. A España hay que partirla transversalmente por una línea que de hacia el Maladeta vaya al cabo de San Vicente. De un lado Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia, Castilla la Nueva, toda Andalucía y hasta Extremadura; del otro, el litoral cantábrico, Castilla la Vieja y el reino de León. De un lado los pueblos estéticos, los del gesto y eso que llaman la gallardía, los de parada y plaza pública, los de zarzuela, y de otro nosotros. Y de la parte de allá quédase Madrid con sus cotarros, donde todos son unos.

Dejémosles predicando la alegría de vivir y otras vaciedades y seamos como somos, sin proponernos ser ni alegres ni tristes. No, sino como Dios y nosotros nos hemos hecho.

Y cultivemos la antipatía. Porque, en el fondo, somos antipáticos, profundamente antipáticos a todos esos —a los otros— que se pasean por entre las bambalinas de su teatro de feria haciendo chistes o estética y buscando cómo agradar al que les mata el hambre.

Le dije a Salaverría cuando fué allá, al teatro de

la feria: "Usted no puede caer bien allí; acabará por ser antipático; usted no es de cotarro."

Tenemos por delante toda una gran obra que cumplir, mas para ello es preciso que nos sacudamos de esa *coitadez* y sobre todo de la que se incuba en Loyola y que tan poco guarda del verdadero espíritu de aquel nuestro Iñigo. Nuestro y no de ellos.

¡Que no nos mermen el brío! ¡Que no nos mutilen! ¡Que no nos desvirilicen! Todo menos eso que llaman la paz de los espíritus.

Y es a Bilbao, a ese Bilbao invicto y heroico, es a esa villa fuerte a la que está reservada la obra. La villa tiene su alma que viene creciendo desde los turbulentos tiempos de las banderías. Siendo ya mozo oí decir a un anciano: aunque todos los bilbaínos se hicieran neos, Bilbao seguiría siendo liberal. Y así es.

Y la villa que mostró su fortaleza de espíritu en 1836 y en 1874, tiene que mostrarla en otro campo y peleando contra un enemigo no, como aquél, noble y franco, noble y franco como el antiguo y quijotesco Sancho de Azpeitia, sino solapado y sutil. Guerra a la *coitadez* y a la marrullería.

¡Y guerra a la beocia por ellas explotada! Duro y a la cabeza a todo el que quiera enjaularnos dentro del sel del caserío, a todo el que ponga estorbos a que demos, tras de Elcano, la vuelta al mundo. Donde llegó él y donde llegaron Legazpi y Urdaneta e Irala y Garay, allá tiene que llegar nuestra palabra de hierro, y en la lengua en que Sabino predicó, lleno de fe heroica, su evangelio de perdición. En esa fecunda contradicción en que se movió su noble espíritu, en ella está el resorte para salir del error en que la sombra de Loyola le tuvo preso. ¡Pobre luchador que duerme, al arrullo del mar bravío, entre montañosos pedernales!

Hay por debajo de la secular infancia del pueblo vasco, brizado por rancias *chocholadas,* por todo género de *añas* y *sensainas,* hay por debajo de esa sencilla y cándida infancia una virilidad potente y fresca. Tenemos que sacarla a flor, despidiendo al Coco.

¿No es ésta acaso una obra que llevar a cabo para todos los jóvenes bilbaínos que alientan el sagrado desdén hacia las actitudes más o menos elegantes y griegas de los otros, los de parada y feria?

Nosotros somos el hierro de España. Dejemos que sean ellos su sal, pero no la de conservarla, sino la de sazonarla para cuando le tocare la vez de ser devorada por otros pueblos en el comedero internacional.

[*El Coitao,* Bilbao, 26. I. 1908.]

EL "JIU-JITSU" EN BILBAO

Estando yo el mes pasado en Bilbao, apenas se hablaba allí entre los muchachos de otra cosa que de Raku, el luchador japonés, el profesional del *jiu-jitsu.* Raku por arriba y Raku por abajo; todo se volvía molernos los oídos con el nombre de Raku.

En mi casa y en la mesa, a la hora de comer, mis dos hijos mayores no hablaban de otra cosa que de Raku, comentando sus proezas profesionales en el circo. Por la calle seguía a Raku una procesión de muchachos, y cuando iba al café rodeábanle en la mesita situada en la acera de la calle. Raku fué durante unos días el héroe popular en Bilbao y Vizcaya toda.

Y luego se veía a diario a los muchachuelos ejercitándose en el *jiu-jitsu* o lucha japonesa por las calles. Frente al café donde yo concurro cuando estoy en mi pueblo hay dos chicos que se dedican a lustrar las botas y zapatos de los transeúntes, y estos dos honrados pequeños limpiabotas, dejando la caja de su oficio, se ponían a luchar uno con otro, a echarse *llaves,* las famosas llaves de Raku con brazos y piernas, mientras los rodeaban azuzándoles y recreándose con su juego algunos ociosos.

Hay que advertir que este hombre, Raku, fué a exhibir su arte a uno de los pueblos en que más desarrollada está la afición a los deportes, cual es Bilbao; a uno de los pueblos donde más se estima —tal vez se sobrestima— la fuerza física; a uno de los

pueblos donde más pronto y mejor se adoptó en España el *football,* para lo que les tenía preparado a mis paisanos la afición al juego de la pelota.

De Bilbao se fué Raku a Tolosa y allí luchó con dos campeones vascos, con "Eltzecondo" —que equivale a "pozo o barrenadura que queda en el puchero"— y con el *burrucalari,* es decir, el "luchador" de Urrestilla. Y esta lucha del japonés con los dos vascos formará fecha en la historia popular vascongada, como dice muy bien Salaverría en una crónica que le ha dedicado. También en Bilbao luchó con algunos de los forzudos que hay allí.

Burrucalari deriva de burruca, pelea, y la pelea puede ser de dos clases: *maturrioca* cuando es a puñetazos, y *azpiatzea* cuando se prohibe golpearse y el juego consiste en derribar al otro al suelo, y poniéndole una rodilla sobre el pecho obligarle a que se declare vencido, con la apalabra *errendi.* La lucha con el japonés era *azpiatzea,* es decir al *jiu-jitsu* japonés, sin poder darse patadas o puñetazos. Y en ella fueron vencidos por el hombrecito japonés los dos *guizones,* los dos hombrones vascos.

Dice Salaverría describiéndolo:

"El burrucalari de Urrestilla había logrado derribar al japonés: le puso la rodilla encima, le atenazó con sus ciclópeos brazos y se creyó vencedor. Pero he aquí que el japonés acude a su ingenio de serpiente y, por medio de una desconocida operación gimnástica, coge el cuello del burrucalari y lo aprieta fuerte, muy fuerte, hasta el punto de que brote la sangre del pescuezo del vasco. Entonces éste renuncia a luchar con una tal serpiente. ¿Para qué luchar? Con un sujeto así no caben dilemas: o se renuncia o se le aplasta. Y entonces el público se indigna, protesta, se encoleriza: hasta se oye una voz terrible que exclama: ¡Pégale...!"

Exactamente lo mismo ocurría en Bilbao en las

luchas que allí mantuvo Raku en los días en que yo estaba. El público, indignado de que aquel hombrecito menudo redujera a la impotencia a mocetones fornidos y con fama de sansones, cuando alguno de éstos tenía por un momento a aquél bajo sus brazos le gritaba hasta ¡mátale!

Vuelvo a ceder la palabra a Salaverría.

"¡Ah, si se tratase de pegar, qué pronto quedaría todo terminado! El mocetón vascongado echaría el cuerpo atrás, levantaría el puño, lo dejaría caer, y la pobre serpiente japonesa no volvería nunca más a pelear. A este respecto, bueno será que recordemos aquella leyenda esparcida por todo nuestro país, contada de distintos modos, pero cuyo sentido es el mismo, así como su filosofía. Salió un marinero vasco a luchar con un boxeador inglés, en una plaza de Londres: el boxeador era muy ducho en la esgrima y le traía a nuestro marinero como a un guiñapo, dándole ahora un puntapié, después un puñetazo, después un metido en los riñones; y nuestro marinero no acertaba a dar un golpe que mereciera la pena. Hasta que se cansó de aquel juego molesto para su piel, y todo irritado, volviéndose a sus compañeros, les gritó: "¿Será libre el matar?" Le respondieron sus amigos: "¡Sí!"

"E inmediatamente nuestro marinero cogió al inglés por el cogote con una mano, por las piernas con la otra mano, y lo quebró sobre su rodilla como quien quiebra un bastón."

Lo mismo decían en Bilbao. Y un mozo que hay allí, que presume de forzudo y desprecia a los flacos, se decía dispuesto a luchar con Raku, pero en la calle o en el campo —mejor en el monte, como las fieras— y a puñetazo limpio. Eran muchos los que creían que el tablado del circo encerraba algún engaño, que allí había trampa. ¿Cómo era posible, si no, que aquel hombrecito menudo y fino, de as-

pecto simiano, redujera a la impotencia a los imponentes mocetones?

Hay que reconocer que Raku se hacía antipático al público, pero el verdadero motivo de la irritación de éste contra él era el ver la fuerza bruta abierta y sin dobleces, la brutalidad a que allí se rinde culto, sojuzgada por la destreza, por la habilidad, por el arte, por la ciencia al servicio de la fuerza también. Y digo esto porque Raku es, ante todo, fuerte.

Primero lo de la antipatía que provoca. Esto es indudable. Y la provoca por esa aparente e hipócrita cortesía japonesa, en la que nunca he creído. Cuando el público protestaba, el japonés, sonriendo le mostraba el tablado como diciéndole ven y convéncete de que no hay trampa. Otras veces se atusaba el bigotillo ratonesco en momentos culminantes. Y el público adivinaba en esto una cierta insolencia de vencedor que la disfraza de cortesía y templanza.

De cuantas cosas se han dicho en loor de los japoneses, desde que éstos se pusieron en moda por su victoria sobre Rusia, una de las que menos he creído es la de que sea un pueblo de gente modesta. Me parecen soberbios, extremadamente soberbios, desdeñosos y hasta insolentes. Sólo que su soberbia, su desdén y su insolencia toman formas hipócritas. Y ahora están ensoberbecidos por su victoria. Si llegan a derrotarlos los rusos, acaso a estas horas no creyeran ya ni en el teorema de Pitágoras.

El público se irritaba adivinando una cierta actitud de desprecio, se irritaba también por creer que no se debe abusar de la destreza y que en aquello de las llaves había no poco de inhumano, pero se irritaba sobre todo y ante todo al ver la pura fuerza, la fuerza bruta, vencida por otra fuerza, tal vez menor, pero dirigida con más inteligencia. Protestaba contra la inteligencia.

Esa protesta la he presenciado muchas veces, y no sin cierta amargura, en mi país natal. En el fondo, la inteligencia aparece allí como arma prohibida, como algo demoníaco, como una trampa, como un artificio para dominar a todos los sencillos. Hay un culto tal a la sencillez que frisa en culto a la brutalidad.

Salaverría exalta el culto que en nuestro país vasco se rinde a la fuerza y el respeto con que se mira al hombre fornido y valiente. Y estableciendo diferencias entre las distintas regiones de España, escribe:

"La afición del pueblo en algunas regiones de España se diferencia de la afición del pueblo vasco en un sentido fundamental: entre la gente vulgar de ciertas regiones, el tipo de hombre más estimado es aquel que puede, en un momento dado, sacar de su corazón mayores instintos de fiereza; mientras que entre el vulgo vascongado, será más preferido el que más violencia y más fuerza pueda sacar de su ánimo y de sus músculos. Así, pues, entre el vulgo de ciertas regiones será considerada la fuerza como un elemento secundario sin importancia apenas, puesto que la punta de una navaja llega más lejos y más hondo que el puño cerrado; el tener fuerza o el no tenerla carecerá de interés: lo importante será saber esgrimir un arma a tiempo, y poseer suficiente fiereza para clavarla. Dados estos sentimientos, no tardará en surgir el tipo representativo: el *chulo*."

Esto está muy bien, mi amigo y paisano, ¿pero no cree usted que junto con ese culto a la fuerza física va un cierto recelo a la destreza, al arte, es decir, a la inteligencia?

Añade Salaverría:

"Así también, allí donde impere el tipo del *chulo* la mujer se forjará un ejemplar de hombre que re-

una las condiciones apetecidas; la mujer allí querrá que el hombre sea de cuerpo liviano, de cintura flexible y bonita, de andar pausado y jactancioso, como el de un felino que está preparado para el salto, de mirada incisiva, de pie y manos pequeños, de miembros nerviosos y finos. Mientras que la mujer vascongada admirará a un ejemplar de hombre completamente distinto del anterior: su hombre habrá de ser alto, de espaldas anchas, de pecho erguido, de rostro varonil y claro, de manos robustas, de pies que pisan fuerte y con verdadera firmeza: un hombre que la pueda levantar a ella en andas, que pueda ser padre de sus hijos y trabajar para sus hijos..."

Muy bien: soy vasco como Salaverría, conozco nuestro país y a nuestras paisanas —mi mujer es vasca también—, ¿pero no siente esta mujer un cierto recelo también ante la inteligencia? Sobre todo cuando se deja guiar demasiado —lo que ocurre con lamentable frecuencia— por el confesor. Porque la inteligencia, es cosa sabida, conduce a la herejía.

Apenas hay buena cualidad que no tenga su lado malo, y el lado malo de ese culto a la fuerza bruta, a la robustez corporal, es el desprecio, o mejor dicho, el recelo, el miedo, el odio a la destreza, a la inteligencia.

Tenemos los vascos una fama, sobre todo entre el vulgo suramericano, que no me place nada a mí, que soy vasco por todos costados, y a rectificarla he dedicado no poco trabajo. "Nadie diría que es usted vasco", me dijo en cierta ocasión un argentino, y le repliqué: ¿por qué?, ¿porque no soy católico?, ¿porque no uso boina?, ¿porque no soy lechero?, ¿porque hablo bien el castellano?, ¿porque tengo amplitud de criterio?, ¿porque no soy terco ni intransigente?, ¿por qué?

Ese recelo, ese miedo a la inteligencia, hace que

en nuestro país pese sobre los espíritus un terrible rodillo nivelador. En pocas partes es más peligroso apartarse de las ideas y creencias comunes, las de sufragio universal, en pocas partes se consienten y se perdonan menos los ataques al sentido común, a ese desgraciado sentido común que de ordinario no sirve más que para ahogar el sentido propio. Y de aquí proviene la singular cobardía que distingue a los hombres inteligentes de mi tierra; su temor a desentonar. Y de aquí ese carácter de apocamiento, de ñoñez, de exagerada parsimonia, que caracteriza a la literatura vascongada y que sugirió a Menéndez y Pelayo aquella terrible expresión de "la honrada poesía vascongada". Si hay quien cree esto un elogio, con su pan se lo coma.

Hace poco, después de haberle yo aquí dedicado una correspondencia (1), me escribía Zuloaga diciéndome que, en efecto, él se cree tan vasco como el que más, aunque allí, en su tierra y la mía, no haya asuntos para su temperamento artístico, que quiere a nuestro país y nuestro pueblo, pero sin *chocholerías*. Empleaba esta voz bilbaína. Y así me ocurre a mí; quiero a mi tierra con delirio, mucho más, acaso, que todos los beocios que la están envenenando, mucho más que los infladores de leyendas y de rencillas, pero la quiero sin *chocholerías* y en primer lugar sin la chocholería católica; ortodoxa la quiero, sin necedades bizkaitarrescas.

Y por eso me duele el culto a la fuerza bruta acompañado del recelo a la inteligencia.

Y aun transigen con ésta, con la destreza, cuando se pone al servicio de la fuerza.

Dicen que han invitado a Raku a que vaya a Bilbao y abra allí una academia de *jiu-jitsu*. Es mejor que una biblioteca. A esa academia pueden con-

[1] "Zuloaga, el vasco"; la encontrará el lector en el tomo IX de estas *O. C.* (N. del E.)

currir los curas jóvenes de los pueblos, curas en su mayoría más o menos separatistas o antiespañoles, para aprender a discutir. Porque discuten así, a fuerza bruta y a lo sumo con tal o cual llave más o menos silogística.

En el famoso congreso de la *buena prensa* —es decir, de la prensa antiliberal o católica—, en Zaragoza, se distinguió por su ruda acometividad y violencia de *burrucalari* un cierto cura vizcaíno que allá, en su tierra y mía, goza fama de predicador. Sí, predicador de puño cerrado, a *burruca,* es decir a *aburuca,* a cabezadas, a topes, como los carneros.

¿Cuándo desharemos, amigo Salaverría, una cierta fama que hemos cobrado por ahí fuera y que algunos paisanos nuestros se empeñan torpemente en corroborar? Porque el que ahí, en la Argentina, y en Chile, y en Méjico, y en otras partes fuera de España, coja ciertas publicaciones en que paisanos nuestros barbotan todas las inepcias que aquí no podrían barbotar sin ponerse camino de la cárcel, quien coja eso no podrá formarse muy favorable idea de nosotros. Hay por ahí cada relincho...

No, para ser vasco y muy vasco no es menester gastar boina —que nuestros abuelos no gastaban—, ni hablar vascuence —que nuestros nietos o biznietos no hablarán—, ni ser lechero, ni ser un hércules, ni mucho menos relinchar. Y tampoco es menester para ser vasco y muy vasco, ser católico apostólico romano, ni renegar de España.

España significa, para nosotros, la cultura que aguza y fomenta la inteligencia, la lengua castellana es nuestra arma de combate espiritual —hasta los relinchadores relinchan... en castellano—. No vamos a pelear a topetazos. Basta de *burrucalaris.*

Salamanca, octubre de 1908.

[*La Nación,* Buenos Aires, 15. XI. 1908.]

PERSONALIDAD DE SASTRERIA

He leído que la Junta de Cultura Vasca —un remedo del *Institut d Estudis Catalans*— va a editar las poesías de Francisco de Iturribarría (1).

El poeta Iturribarría, un delicadísimo y muy íntimo poeta, y muy poeta, fué coetáneo y amigo mío de la infancia. Nos perdimos de vista, después de haber andado juntos a la misma escuela, cuando él entró en el Seminario y yo en el Instituto. Nos encontramos después, siendo él ya sacerdote y yo catedrático, y reanudamos, con más intensidad, la amistad de la infancia. En mis viajes veraniegos a Bilbao, las largas y entrañables charlas con Iturribarría, con Paco, en su casa, y los paseos que dábamos juntos, eran mis mayores y mejores fiestas. Sentí hondamente su muerte.

Pero las poesías de Iturribarría que la Junta de Cultura Vasca va a editar están en español —o, si se quiere, en castellano—. Ni podría ser de otro modo, porque Iturribarría, bilbaíno, desconocía el vascuence. Pensaba y sentía en español. Aprendió, y solo, francés, inglés, alemán y hasta danés —yo le di indicaciones de cómo y en qué textos aprendí la lengua de Kierkegaard—, y no se le ocurrió nunca, que yo sepa, ponerse a aprender vascuence. Sabía,

---

1 1863-1916. A su muerte le dedicó don Miguel un escrito, tejido con los que llamó "recuerdos de entrañabilidad y de silencio", escrito que incluyó luego en su libro *Sensaciones de Bilbao*, y que el lector podrá ver en el tomo X de estas *Obras Completas*. (N. del E.)

por lo demás, muy bien, que podía conservar y afirmar y ensanchar y expresar su personalidad personalidad de vasco, en idioma español. Y no sé de poeta alguno en vascuence que sea más vasco que en romance lo fué Iturribarría.

La Junta de Cultura Vasca debería, según su íntimo y no siempre explícito sentimiento, publicar las poesías de Iturribarría, pero traducidas al vascuence. Así no las entendería nadie, ni los vascos que hablan el vascuence vivo, natural, tradicional y corriente, no el *euzkadiano*. (Sabido es que eso de *Euzkadi* es una invención moderna; no hace aún treinta años nadie conocía ese voquible.) ¿No oímos acaso hace unos años que se iba a traducir al catalán, pero al catalán catalanista, al catalán de alambique, las obras de Balmes, de Piferrer, de Pi y Margall y de otros catalanes que escribieron en español? Y ello para darles personalidad. Pues, ¿quién duda de que si Balmes, verbigracia, hubiese escrito en catalán habría logrado una personalidad de que careció?

Cuando un día le decía a un paisano mío que el alma bretona. la personalidad bretona, hay que buscarla en Brizeup, en Chateaubriand, en Lamennais, en Renan, y que Daudet es tan provenzal como Mistral, me contestaba que acaso sea así, pero que leyendo a Chateaubriand cuando no hable de Bretaña, no se sabe que es bretón, mientras que una lengua diferente y especial es un perpetuo recordatorio del origen. A lo que, viendo que para él se trataba más que de verdadera personalidad, de apariencia de ella, le respondí que no debíamos los vascos sino poner bajo el título de nuestras obras literarias: "traducido del vascuence" o adoptar una ortografía diferencial para el español que usamos. Que es, en rigor, a lo que obedece a esa pueril y grotesca bobada de escribir *Biskaia*, a que se sepa que el que escribe así es vizcaíno o mejor, bizkaitarra.

Se habla mucho de personalidad, ya individual, ya colectiva, pero en boca de literatos —y literatos y no otra cosa, no políticos, son los más encarnizados separatistas lingüísticos— eso de la personalidad es más de apariencia que de otra cosa. Se cuidan más del traje que del alma. Aborrecen el uniforme —¡la uniformidad, horror!—, pero es porque no aciertan a marcar su originalidad con él. Un hombre naturalmente elegante lo es vistiendo un sayal de capuchino o un uniforme de soldado de corte reglamentario o una ropa hecha cualquiera. Y no lo es con un traje especial que se hizo cortar, dándole el patrón al sastre o haciendo de sastre él mismo.

Gabriel Alomar señalaba hace poco, en un artículo de *Los Lunes de El Imparcial*, la artificialidad de una parte de la actual poesía catalana, poesía delicuescente y superteroliticofláutica, de señoritos diferenciales y novecentistas, que rebuscan, en una lengua de alquimia —como aquella "fabla que nunca se fabló", que decía Menéndez y Pelayo—, una personalidad de sastrería.

"Es que la lengua no es un vestido, sino una piel", me dirá alguien. Habría mucho que hablar, a este respecto, y hay, después de todo, seres animados que cambian o mudan de piel cuando la vieja les viene angosta. ¡Buena estaría el alma de mi pecho si tuviese que contornarse en la piel de su infancia! En vascuence no es posible un poeta como Iturribarría, ni tan vasco.

No faltará señorito novecentista y mediterráneo que fruncirá el hocico ante nuestra incomprensión esteparia y nuestra idiología de tiempo de Viriato. No hace mucho que leímos en un órgano de la pedantería diferencialista, hablar de mentalidad de tiempo de Viriato y nos proponemos explicar a esos "idealistas" (!!!) cómo Viriato es más moderno, mucho más moderno que Roger de Lauria, como el Im-

perio romano es más moderno que la Edad Media, como César y Séneca están más cerca de nosotros que Carlo Magno, que Jaime de Aragón, que Arnaldo de Vilanova o que Raimundo Lulio —perdón, ¡Ramón Llull!—, que Prudencio es mucho más de hoy que Ausías March. El diferencialismo externo, de apariencia, es cosa medieval; la verdadera personalidad humana, la imperial y unitaria, es lo clásico. Y en la antigüedad clásica hacían poco papel los sastres de cualquier clase que fuesen.

[*La Publicidad,* Barcelona, 20-I-1919.]



V

SOBRE LA LITERATURA CATALANA

(1898-1934)

"BALADES" (1)

Por E. GUANYABENS

Aunque hace poco protestaba el señor Valera contra la afirmación de los catalanes de que no se conozca en Madrid su literatura privativa, el hecho es, en general, cierto. De la genuina literatura catalana, de la escrita en catalán, no suele conocerse más que aquello que se traduce, y no suele, de cierto, traducirse lo más típico. Ocurre, en efecto, de ordinario, y es natural que así ocurra, que se lleve a traducción lo asimilable con menor esfuerzo por el público que ha de recibirlo, aquello que se aparta menos de sus hábitos espirituales, cuando lo que deberíamos buscar en las literaturas ajenas son los elementos que más nos falten.

El escritor que quiera enriquecer su facultad productiva debe aprender lenguas extranjeras y procurar con ellas penetrar en las literaturas extrañas, y dentro de éstas, en lo que más se aparte de su constitución propia.

No me gusta leer traducciones mientras pueda leer el original, y es por tener que esforzarme, y con el esfuerzo conquistar lo que se escapa a cuantos, llevados de pereza mental, prefieren traducciones.

Creo que los escritores de países meridionales, de cielo espléndido y diáfano ambiente, deben sumergirse de vez en cuando en brumas septentrionales

---

[1] *Poesies*. Barcelona, "L'Avenç", 1897.

e intentar ver a través de éstas el mundo. Nuestro mismo propio fondo sólo despliega su contenido todo al contacto con lo extraño.

Lo que de ordinario es más intraducible en literaturas extrañas es la poesía, y dentro de ésta la lírica, y mucho más si, como la suave y perfumada lírica inglesa, parece no decir nada, cantando, en realidad, las íntimas honduras del alma.

Estas consideraciones generales respecto al defecto de traducciones, y a nuestra pereza mental, no quieren decir, ni mucho menos, que la obra de Guanyabens sea de las más intraducibles. La creo, por el contrario, de las más traducibles. Las he aducido, tan sólo á propósito del descuido en que tenemos el conocimiento de lenguas extranjeras, y podría decir otras más respecto a la infundada resistencia por parte de muchos a ponerse a aprender el catalán, como basándola en necias preocupaciones políticas y en absurdos prejuicios respecto al valor de las lenguas regionales.

No creo, en efecto, que *Alades*, la colección de poesías de Guanyabens, sea de lo más exclusivamente catalán, no; pero es indudable que nos presentan gran parte del alma catalana, y, sobre todo, mucho del alma de esa gran juventud, la más preñada de conceptos y sentimientos de España, que tiene su centro en Barcelona.

Podrán algunos, no muchos, de estos jóvenes caer en cierta *posse* y en delicuescencias de importación, pero les salva el buen sentido catalán, el alma vigorosa de Cataluña, que bajo sus obras palpita el alma de una tierra que tiene por espinazo el Pirineo austero y baña sus costas en el sereno mar lleno de luz helénica.

En las *masías* de las faldas pirenaicas, en torno al *llar* de la casa paterna, en el seno de esa sociedad

cuya pasada vida tan al vivo retrata la institución del *hereu,* del Esaú, en un paisaje según mosén Verdaguer recuerda a menudo el de Palestina, viven apegados aún a sus tradiciones patriarcales, los depositarios de la más vieja cepa del espíritu catalán, cepa con fondo aborigen, mientras llenan las activas ciudades mercantiles e industriales los hijos de los *fadristerns,* de los segundones, que obligados a ser activos, corrieron a las rientes costas a recibir a oleadas diáfano espíritu helénico, sangre griega también. Estos dos factores, cuya polarización da tanta vida al espíritu catalán, se reflejan en su riquísima literatura, junto a elementos debidos a otros orígenes, económicos y políticos no pocos. De la región de la ceñuda Vich, patria de Verdaguer, al alegre Ampurdán, ¡qué contraste!

Vuelvo a Guanyabens, en quien hay un catalanismo, por decirlo así, cortical, algo sobrepuesto y de accesión, que lleva dentro otro catalanismo medular más hondo, y, sin duda, más poético. Hay en él el catalanismo de su poesía *La ratlla,* y el que le hace llamar esclavo al pueblo catalán, catalanismo más sincero que poético, ya que va a remolque de ideas y, aun en parte, de preocupaciones políticas. Pero aun éste es de generosísima estirpe, ya que el poeta siente que el amor a lo diferencial y propio y el cultivo de esto es, ante todo, el mejor medio de vivificar lo que en nosotros hay de universal.

Que on parlen com jo parlo,
que on senten com jo sento,
allà tinc lo insondable, lo infinit!...

["Consensus omnium".]

Buscar lo vivo de lo universal y eterno buscando en lo particular y presente, he aquí la gran tarea. Llama, sí, esclavo a su pueblo; pero en la hermosa

poesía *Melanconía*, puede verse qué es para Guanyabens la triste esclavitud bajo que gime todo.

Les flors, la llum del die,
les pobles i la gent, les ones i el cel blau...

Bajo este catalanismo cortical hay otro: el de aquel admirable baile de las cepas. (*El ball del ceps*), cuando bailan éstas celebrando el día que acaban de enterrar, cantando alegres la muerte de un día más que les acerca al buen tiempo; el catalanismo que le hace exclamar en *Ben vinguda*, que reposar es morir; el que en *Salutació* les saca esta voz:

¡Avant, avant fem via
séns mai oblidá lniu!

¡adelante, adelante, abrámonos camino sin olvidar el nido!

Atesora Guanyabens mucho del espíritu helénico que, junto a su espíritu a la escocesa, guarda el catalán. Propende a pintar albas más que puestas de sol, y hasta cuando lo hace de éstas es, como en *Vesprada*, para acabar recordando que nunca anochece para el canto infinito, como al describir la noche de San Juan vuelve sus ojos al día lleno de vida que tras ella viene.

Por otra parte, sus poesías, *Albada*, *Blanc i negres*, *L'avi*, *El darrer glop*, acusan, con su frescura de visión, su precisión de dibujo y su sobriedad de color, un temperamento de lo que se llama Magna Grecia. Son verdaderos idilios, en el sentido helénico, es decir etimológico, de este vocablo. Y no basta a explicar esto el ambiente físico, puesto que en Andalucía, donde sobran luz y horizontes diáfanos, propenden a los cuadros borrosos, de puro pintarrajeados y recargados de todo género de hojarasca retórica.

Las primeras poesías, las que forman la sección titulada *D'altre temps*, llevan muy marcado el sello de la imitación *heiniana* —la mejor traducción española que conozco de Heine es, sin excluir la excelente de Herrero, la catalana del exquisito poeta Apeles Mestres—; deben proceder tales poesías de cuando Guanyabens andaba, con ayuda de Heine, buscándose.

En la poesía final, *Adeu-siau*, hay notas hermosísimas, que han de hallar vibraciones de simpático eco en todos aquellos que desde las honduras mismas de la tristeza de este fin de siglo presienten con el corazón un alba de esperanza y de redentor consuelo.

Guanyabens es un poeta fortificante.

Me parece que el estudio de la actual poesía catalana no sería de los menos eficaces para contribuir a curar esa facundia versificadora con que en las letras castellanas se las arreglan tantos para encubrir con hojarasca bien agrupada la oquedad del fondo, enristrando versos correctos y bien sonantes para no decir nada de provecho, ni sentido, ni imaginado, ni pensado. ¡Cuándo se curará la literatura castellana actual de la desesperante ramplonería que la corroe, y de la absurda obsesión del purismo!

Otro día diré aquí mismo algo acerca del hermosísimo libro *Oracions* del delicado *sentidor* y finísimo artista Rusiñol, obra que siendo una de las más preñadas de *cosas* —y cosas de verdad, de sentimiento y de fantasía— que en mucho tiempo se han hecho en España, parece ha pasado desapercibido a nuestra crítica de cartel... por estar escrita en catalán.

[*La Epoca*. Madrid, 31-I-1898.]

"ORACIONS"

Por Santiago Rusiñol.

I

El libro *Oracions*, de Santiago Rusiñol, hubiese provocado numerosos juicios, y hasta debates literarios en cualquier otro país, y creo que en España misma, si su autor fuese uno de los *consagrados* y no escribiese en catalán. Mas como quiera que, aun así y todo, se ha hablado, a propósito de él, de decadentísimo, de extravagancia y de fermentación morbosa, estimo no inconveniente el indicar aquí algunas sencillas reflexiones acerca del llamado decadentismo, contra el que se revolvió con tanto brío Max Nordau, y contra el que se pelean hoy, armados de muy buenas razones, no pocos espíritus cultos, si bien no todo lo amplios que es de esperar.

Empiezan muchas gentes a maldecir de todas esas corrientes turbias que apasionan a gran parte de la juventud, a prevenir el peligro del *filoneísmo*, de los aborrecedores sistemáticos del *misoneísmo*, a clamar contra el *snobismo* y *posse* y la modernistería a toda costa, y a pedir a voz en cuello sencillez, trasparencia, coherencia, lógica, clasicismo, en fin. En toda esta campaña hay una base fortísima de razón que le sobra a los que la promueven; mas como quiera que en punto a razón suele ser tan malo que sobre como que falte, no estaría de más juzgar más desapasionadamente el arte decadente o de fermentación,

Paréceme que lo más esencial de un período clásico es cierta adecuación entre el fondo de lo que siente y piensa un pueblo y las formas en que lo expresa, que es una correspondencia la más fiel posible entre el contenido del espíritu público y su expresión. Son a modo de períodos de reposo, edades de madurez y calma, en que el espíritu descansa y goza de lo que con labor y empeño ha logrado. La literatura de nuestra edad, llamada de oro, informaba a lo más íntimo del sentir de nuestro pueblo. Pero muy pronto vuelve a iniciarse el desequilibrio, traído en gran parte por la misma plenitud clásica que desborda, la adecuación se rompe y empieza lo que llamamos una decadencia. Nuevas ideas, en embrión las más, hasta meros esbozos de ideas y aun conatos de ellas, oscuros sentimientos nacientes o renacientes, elementos que durante el período clásico palpitaron vencidos o embrionarios, pugnan por adquirir expresión y vida plena.

El caudal mismo de conceptos aumenta más rápidamente que el de vocablos que los expresen; las ciencias y las artes aportan a la vida concepciones sin tradición alguna, y por lo tanto, sin raíces ni forma precisa, general y clara; nuevos o renovados matices de sentimiento piden giros nuevos, y se produce en virtud de todo esto un hormigueo de futuros elementos que ansían formas. Dedícanse entonces los escritores a rebuscar vocablos para sus nuevos conceptos, giros para los cambios de su sentir, expresión para sus vagas aspiraciones. Y aún hay más, y es que ocurre no pocas veces que en realidad ni saben bien lo que sienten o piensan, y que la presión intelectual que les lleva a la caza de nuevas formas no es otra cosa más que el apetito de vida de sus mismas oscuras concepciones, que en expresándose se revelarán al mismo que las alimenta. ¡Cuántas veces no ocurre que una idea se revela al

mismo que la consiguió, al acertar éste con su expresión adecuada o al encontrar la idea misma en el espíritu en que se aloja!

Aunque todo es de clavo pasado, no parece está de más el recordarlo ahora aquí.

En estos períodos de tránsito —de decadencia o de ascensión— abundan los tanteos, los ensayos, fracasados los más, los abortos mismos. Son edades de arte *in fieri*, en formación, así como las edades clásicas lo son de arte hecho ya. Series de abortos suelen preceder al engendro definitivo.

De vez en cuando acierta este o aquel artista, halla una fórmula, un giro, una expresión adecuada a nuevas ideas, y van a engrosar el común acervo. Y cuando el caudal de adquisiciones es ya copioso y se ha logrado enriquecer y depurar la primera materia artística de nuevas concepciones, un afortunado recoge toda esa labor en una obra clásica. Una vez producida ésta, a maldecir de los que la prepararon.

En lo más externo de la literatura, en el lenguaje, ocurre lo mismo. Fué de moda burlarse del tecnicismo krausista aquí, como los humanistas tronaban contra la bárbara jerga escolástica, y, sin embargo, en nuestra lengua común literaria se han hecho corrientes vocablos y giros que el krausismo implantó, como la lengua filosófica moderna se compone sobre todo de tecnicismos de origen escolástico.

Tronar contra los decadentismos —gongoristas o conceptistas— es como tronar, en otro orden de cosas, contra el deshacimiento de viejas instituciones económicas. Estoy convencido de que la ruina de muchas viejas categorías económicas (gremios, vinculaciones, bienes del común, etc.), cuya desaparición lamentan muchos, y que el proceso de violenta diferenciación e individualización económica que las ha seguido, no es más que necesaria etapa para una

integración futura, para que vuelva no aquello que pasó, sino algo de que aquello era como esbozo y símbolo. Sólo creo posible una nueva integración sobre elementos diferenciados merced a la desintegración de antiguas categorías.

Se dice que mucho de la literatura llamada modernista no es más que fermentación. ¿Y qué? Si no se extra-vaga, nunca se sale del confinamiento empobrecedor. El clasicismo exclusivista suele ser en muchos la forma más aguda del espíritu de empantanamiento. Es meor mil veces la reacción, que al fin es acción y movimiento.

No cabe negar, por lo demás, que el público, el mero consumidor de literatura, lo que pide y quiere y necesita no es arte en formación, sino arte hecho ya, algo definitivo, como quiere vinos hechos y formados. Pero aparte de que hay aficionados a mostos, vinos crudos y vinos agrios, tampoco hay que olvidar que el crítico, intermediario entre los autores y el público, no puede colocarse ni en el punto de vista exclusivo del productor ni en el del consumidor, sino acercar uno a otro y procurar modificarlos mutuamente. Mucho hay, sin duda, en la literatura que sólo a los literatos importa: cosas del oficio, ensayos de procedimientos, artificios técnicos; pero hay también en esto mucho que puede y debe llegar al público mientras no venga la edad dichosa, y creo que inasequible, en que consumidor y productor se fundirán en uno y cada cual hará arte y lo gozará: todos para todos, todos para cada uno y cada uno para todos.

Hay otros que para denigrar algunas de esas tendencias nuevas o renovadas no hallan en boca otra palabra mejor que la vaguísima palabra *cursi*. Si cursi es, como se dice, el que quiere y no puede, lo creo preferible al que puede y no quiere, porque es

más fácil hacer un poder del querer que no convertir en potencia una voluntad perezosa.

Lo nocivo es el instinto de estancamiento de los bien hallados con lo que les rodea, y en literatura lo más dañoso para todo progreso es el espíritu de los que sólo buscan deleite pasivo, sin ansia por nuevos goces, aunque sea a costa de esfuerzos, y el de aquellos que reducen el arte a amena distracción y a elegante tejemaneje de sutilezas y discreteos o a la habilidad de vestir de toda gala y de adornar con gracia meros lugares comunes de primero, segundo o enésimo grado.

Ocurre además que las obras clásicas nos adormecen no pocas veces con su encanto, llevándonos insensiblemente a cierto reposo muy parecido a la absoluta quietud y fomentando nuestra pereza mental. Las obras decadentes, por el contrario, aquellas en que es más lo que se quiere decir que lo que en realidad se dice; aquellas en que abundan ya larvas, ya abortos de ideas, nos excitan y cosquillean, son más sugestivas, dejan más campo al lector, le espolean la actividad espiritual.

Sucede, sí, que las generaciones futuras olvidan a los exploradores de las regiones recónditas del espíritu, a los que se metieron en intrincadas selvas vírgenes en busca de tesoros que otro aprovechó, elevando el nombre de éste. ¿Qué importa después de todo? ¿Qué importa que tal concepto artístico lleve la firma de éste o del otro? ¿Qué importa el nombre? Nada debe importar a un hombre el que otro le tome ideas, las exprese mejor y pase por el verdadero dueño de ellas. Colón arribó el primero al Nuevo Mundo; pero los europeos llamaron a este Nuevo Mundo América, porque Américo fué quien primero hirió su imaginación describiendo aquel país, fué el verdadero *descubridor* para las más de las gentes, fué quien primero dió viva expresión literaria

al hallazgo de Colón fué el clásico. Y Colón, si se mira despacio, no resulta más que un decadente de la ciencia geográfica de su tiempo, ¡si bien un decadente que acertó! Los doctores que le trataron de extravagante tenían razón entonces, ¡vaya si la tenían! Lo que hay es que no basta tener razón en un momento dado.

Hablan otros con motivo de ciertas manifestaciones literarias de hoy, de delirio y de fiebre, olvidándose acaso de que la fiebre suele ser necesario acompañamiento de ciertos esfuerzos del organismo para sanar. Rara es la herida que cicatriza sin fiebre.

En estas épocas de fiebre, el enfermo pide a gritos agua, agua fresca, clara, trasparente, lo mismo que en épocas de decadentismo literario se pide arte fresco, claro, trasparente. Pero así que el enfermo se repone, suele preferir al agua vino generoso, y luego, por desgracia, hastiado de vino, da en beber alcohol y éter al cabo. Pero, ¿se ha de renegar por esto del alcohol, necesaria base del vino? Sin alcohol, como sin fermentación, no hay vino posible. Y la fermentación produce detritus, que cuando menos, sirven de abono.

Con todo y lo dicho, prefiero en general la literatura y el arte clásicos a los de decadencia, como prefiero al alcohol el vino y al vino el agua. Pero de mis preferencias a nadie le importa nada.

No se crea por lo dicho que la obra de Rusiñol que ha provocado esta larga digresión sea una obra de pura fermentación decadentista, ni muchos menos de meros tanteos y rebuscas, aunque hay no poco de esto en ella.

Mas como quiera que entre unas cosas y otras se me han ido las cuartillas sin entrar de lleno en el examen del hermosísimo, sugestivo y preñado libro *Oracions*, dejo para otro artículo este examen, que

procuraré sea ceñido, porque, francamente, esto de faltar al título de un escrito es un pecado gravísimo de afectación.

[*La Epoca,* Madrid, 16-I-1898.]

II

Difícilmente consiente la obra de Rusiñol una crítica informativa, y mucho menos una exposición de su contenido. Es completamente inextractable. No cabe decir de qué trata, porque en rigor no trata de nada. Así es que lo mejor que puedo hacer para dar idea del conjunto de ella es traducir algo de lo que en su prólogo "al lector" dice:

"El sol, bajando a la puesta; el cielo, coronado de estrellas; la luna, desfilando silenciosa; el rocío, llenando de perlas la tierra; la lluvia, cantando la canción del agua; la belleza, desfilando majestuosa, adorada por el arte que besa su cabellera de plata; la campana llorando al día que muere, y la noche soñadora, esperando el amor del alba, son las bellezas que advierte al alma y para que las contemplemos nos avisa y nos detiene.

"Aquella contemplación silenciosamente gozada, aquel hechizo que nos trasporta a una vida espiritual, hace nacer las oraciones. En aquel momento feliz en que el hombre vive realmente, en aquel desvelamiento de un instante de muda contemplación, el hombre reza delante de lo que contempla con los ojos idealizados y presiente, mientras reza, que la oración le es correspondida, que se enlaza con las cosas que le rodean y que todo reza a su manera, formando un concierto armónico de esencia misteriosa.

"Como todo, y como todo hijo de la tierra, a mi manera, he rezado, y mis pobres oraciones forman el libro que veis, libro impropio para los tiempos de positivismo que sufrimos a nuestro pesar, para los tiempos en que el espíritu de que se decía no se despierta ya casi de los tiempos civilizadores, tan cantados por mucha gente".

Componen la obra treinta y dos *oraciones;* las unas, dedicadas a aspectos de la naturaleza, como al alba, al rocío, al día, al mar, a las cascadas, al viento, a la lluvia, al trueno, al arco iris, al sol, a la bruma; otras, a aspectos del arte, como a los *primitivos*, al canto llano, a las pirámides, al Partenón, etcétera, y otras, a objetos análogos.

Son todas ellas trozos líricos, de vaga poesía, en que se nos muestran fugitivos estados de conciencia nacidos de la contemplación de diversos aspectos de la naturaleza espontánea, o ya de la naturaleza refleja, es decir, del arte consagrado por generaciones y siglos.

El tono general es de una hermosa monotonía, pero de una monotonía llena de íntimos matices, de casi imperceptibles transiciones, de medias tintas y suaves cambiantes. Forma el libro con su rosario de *oraciones* una monodia lánguida y, sobre todo, triste.

La naturaleza que nos revela el libro de Rusiñol es la naturaleza vista por el hijo de las ciudades, por el hombre moderno formado en la aglomeración de sus semejantes, en lo que se llama *sociedad;* es la naturaleza vista por un refinado a través del arte y por mediación de éste.

Siempre he creído que el fin capital del arte es irnos descubriendo poco a poco la belleza de la naturaleza, y forjándonos el espíritu para que de ella nos aprovechemos. La pintura de paisajes, verbigracia, nos educa a ver la belleza del paisaje natural, y el día en que todo ojo, hecho artista, descubriese

cuanto de belleza hay o embelleciese cuanto viera —cosas ambas que se producen a una—, la pintura de paisaje estaría de más. En el fondo de todo esto no hay otra cosa que el proceso de adaptación refleja entre el hombre y la naturaleza, proceso merced al cual a medida que el hombre humaniza a la naturaleza por el arte, se hace más y más natural él mismo, con naturalidad verdadera, porque creer que el salvaje sea más *natural* que el civilizado, que viva más conforme a naturaleza, es un error sencillamente. Y más en el fondo aún, lo que hay es que el arte, obrando sobre la naturaleza, nos ayuda a subir *ad invisibila Dei per ea quae facta sunt*, nos sostiene en la continua ascensión que nos lleva de la creación al Creador, de quien somos imagen. Si así no fuere, no sería progreso el que llamamos con este nombre. El progreso consiste en que el linaje humano se hace cada día más cristiano y, por lo tanto, más natural, a pesar de las meras apariencias en contrario.

Volviendo a lo que decía respecto al libro de Rusiñol, añadire que representa el baño de un alma enferma en plena naturaleza vista a través del arte.

Al rezar al sol le dice: ¡Qué hermoso eres cuando en el hospital, estirándote a lo largo de la larga sala, resbalando por entre las cortinas blancas, te tiendes sobre el lecho y reposas un momento en el cojín del dolor! El enfermo a tus besos se endereza, e tira las manos poco a poco al calorcito dulcísimo que le regalas, abre los ojos agradecido para llenárselos de claridad, de claridad que le consuela cuando te siente que te alejas con la tristeza de la puesta, con la congojosa comezón de la noche, que entra por las salas llevando la fiebre a la sangre y el frío al tuétano de los huesos. Y más adelante dice que el salvaje, criado al sereno, adoraba al sol a plena luz; pero el hombre moderno, acurrucado

en las ciudades, no le reza cuando quema, sino cuando excita y consuela, no es su fuego de mediodía lo que le endulza el corazón, sino la claridad de puesta que se lleva el mismo al bajar tras las montañas. Rusiñol, dedicado principalmente a la pintura, parece de los pintores crepusculares, enamorados de las medias tintas, de los tonos fundidos, de las languideces y desmayos de lo que otro pintor paisano mío, pero formado como artista en París, llama *la hora sagrada del anochecer*. La *oracion* a la bruma (*A la boira*) es en este respecto típica.

La impresión de naturaleza que de la obra *Oracions* se desprende, no es la impresión robusta, directa, casi inconciente y casi meramente objetiva en que el hombre se pierde en lo que contempla y lo expresa con sobrio realismo o no lo expresa de ningún modo. No lo expresa, digo, porque los pueblos que más han vivido en plena naturaleza son los que menos la han descrito. La naturaleza, como todo, se nos revela reflejamente por oposición. A la vida de ciudad se debe sobre todo el que hayamos adquirido conciencia refleja, no meramente espontánea, del sentimiento de la naturaleza, que aseguran muchos es un sentimiento moderno. Vivían los antiguos muy envueltos en ella para poder verla frente a sí mismos. El paisaje en literatura, la animada descripción del campo como objeto directo del arte literario, puede sostenerse que es cosa moderna; pero, ¿no se respira acaso campo en obras literarias donde apenas se le describe? En algunos romances del Cid me parece ver la austera llanura castellana como la veo leyendo paisajes de *La vida es sueño*. La maravillosa pintura del campo de Castilla, el campo de Castilla que nos ofrece Núñez de Arce en su imperecedero *Idilio*, palpita inconsciente en gran parte de la literatura castellana. Don Gaspar, confinado gran parte de su vida en ciudad, nos

la ha revelado y hecho consciente. Lo propiamente moderno es hacer de la naturaleza algo a modo de personaje.

Entre unas y otras cosas voy viendo que el libro de Rusiñol me sirve para digresionar a cada paso. Es acaso su mayor mérito para mí que sugiere multitud de reflexiones y hace imposible el que se diga de él: "dice esto, y aquello, y lo otro... y nada más".

Pero lo más hermoso acaso de la obra de que escribo es la forma, una forma elocuente, sobre todo elocuente, amplia. El catalán de Rusiñol es una lengua sonora, dulce, rica, llena de cadencias armoniosas, un catalán que a las veces parece italiano si bien con frecuencia afrancesado. La lectura del libro *Oracions* serviría a muchos para desechar el prejuicio infundado que acerca de la lengua catalana reina en España, juzgando por el castellano que suena en boca de ciertos catalanes.

Esta sonoridad y armonía de la lengua la utiliza algunas veces el autor artificiosamente, produciendo lo que se llama prosa rimoide, prosa que aparece en las decadencias literarias. La *oración* "al amor" está escrita en prosa cantable —como la prosa latina litúrgica del *Gloria* o del *Credo*—, casi en verso. Es una transición entre la prosa literaria cadenciosa y el verso propiamente dicho. Recuerda ciertas poesías en verso archilibre de las que hacen algunos jóvenes poetas belgas. En realidad, el tránsito de la prosa al verso es casi imperceptible, no siendo en literaturas como la castellana, en que el verso suele propender a ser tamborilesco, de compases rigurosamente isócronos, poco flexibles. Una preceptiva absurda proscribe licencias —así las llaman, no sé bien por qué— como las del verso libre italiano, pongo por caso.

Volviendo otra vez al libro de Rusiñol debo declarar francamente que no se puede atribuirle gran originalidad. Sus ideas y sentimientos son corrien-

tes en literaturas extranjeras. El mérito de Rusiñol estriba en habérselas asimilado y saber verterlas como cosa propia en su propia lengua. Rusiñol representa en la literatura catalana una adaptación íntima de la moderna literatura francesa, con sus defectos inclusive. Su mayor originalidad consiste acaso en la manera de tratar y manejar la forma. Mas no cabe decir de él que sea un catalán típico, representante genuino de su casta.

Algo quisiera decir de las ilustraciones en colores con que Utrillo ha enriquecido el texto de Rusiñol, no menos valiosas aquéllas que éste. Las hay preciosísimas.

Por sus condiciones materiales es el libro de que trato una verdadera obra de arte, honra de la artista tipografía de *L'Avenc*. Su mayor inconveniente es el precio, diez pesetas, que en España y en los tiempos que corremos es regalo de contados golosos de la literatura refinada.

[*La Epoca*, Madrid, 19-VII-1898.]

"LA BÓGERÍA"

Por Narciso Oller

Narciso Oller acaba de publicar una nueva novela, *La Bogería*, esto es "La locura", *novela de costums del nostre temps.*

Narciso Oller, el autor de *La Papallona, La febre d'or* y *L'Escanya-pobres*, es harto conocido de aquella parte de nuestro público que lee sabiendo lo que lee. Es, a mi juicio, uno de los más catalanes entre los escritores catalanes. Al gran Verdaguer le encuentro muy a menudo castellanizado; me recuerda a Zorrilla. En su *Canigó* hay pompas descriptivas con su puntita de moderado gongorismo, que no me parecen genuinamente catalanas. En la juventud literaria catalana, tan vigorosa y potente, se observa no poca influencia exótica, francesa sobre todo. Tal vez sean Guanyabens y Aladern los más catalanes de los jóvenes. Pero en Oller, así como en Guimerá, tan gran poeta lírico como dramático, lo catalán domina.

Es el espíritu de Oller un espíritu a lo Balmes, que se pliega a la observación corriente, sin quintaesenciamientos ni nada de alambicado. Nos muestra lo que todos podemos ver pero no vemos, lo que, en fuerza de verlo, lo tenemos olvidado. Nada me sorprende que Zola prologase su novela *La Papallona,* porque la manera de ver y de hacer de Zola, su realismo, son muy parecidos a los de Oller.

Oller es claro, conciso, concentrado, transparente,

sobrio siempre. Sus personajes se revelan por lo común hablando y obrando: rarísima vez penetra el autor directamente en sus almas para mostrárnoslas. ¿Por qué no se dedicará al teatro? Porque sus asuntos novelescos tienen no poco de dramático.

Las descripciones en Oller no suelen ser de inventario escribanesco: no pasan de la decoración pintada con el toque sobrio y franco de un buen arte escenográfico, para que no roben atención a la escena. El relato rápido, limpio de digresiones y sin más que los episodios precisos. En esto me recuerda a Blasco Ibáñez, otro levantino, cuya última novela, *La Barraca*, es una hermosura de sobriedad y fuerza. Una y otra, *La Bogería* y *La Barraca*, las he leído de dos tirones cada una. Es un modo de hacer que admiro en otros, aunque, francamente, no me creo capaz de él ni jamás me he propuesto lograrlo. Sea cada cual como es.

En *La Bogería* el relato de la locura del pobre Serrallonga, relato de que surge con fuerza la repulsión que a la lectura sentimos todos, y la incredulidad que para convencerse de que se ceba en alguien hallamos en los deudos, parientes o amigos de éste.

Desde que aparece Serrallonga como un progresista exaltado, idólatra de Prim, revolucionario a todo trapo y autor de inflamadas proclamas, hasta que estalla su locura en las calles de Barcelona, se sigue paso a paso la incubación terrible de la dolencia.

Hay pasajes, como aquel en que el autor nos cuenta con extremada concisión el efecto que el cadáver del pobre loco causa en su hijo, y el tremendo final tragicómico de la novela, que son de poderosa fuerza.

Ocasión era ésta de que me metiese a disertar acerca de la locura como asunto de obra de arte, pero no creo que venga aquí a pelo. Es mi objeto

llamar la atención del público que se halle dispuesto a sobrepujar el pequeño trabajo que el dominar la lengua catalana le cueste, acerca de la última novela de Oller.

Tampoco creo oportunidad ésta para hacer reflexiones acerca del uso de la lengua catalana, asunto a que he de volver. Las obras de arte se deben escribir en la lengua que se piensa.

Respecto a Oller mismo, a sus obras y a la significación de éstas, pienso extenderme cuanto dé forma a mis notas para un estudio acerca de la literatura catalana contemporánea, una de las manifestaciones más briosas y más fructíferas del espíritu de nuestra patria, tan decaído en este fin de siglo.

[*La Vida Literaria*, Madrid, 11-II-1899.]

"FULLS DE LA VIDA"

Por SANTIAGO RUSIÑOL.

Una nueva obra de Santiago Rusiñol, nuestro sugestivo romántico catalán. Sí, es el calificativo que, una vez puestos a poner motes, mejor le cuadra; ese viejo y glorioso término que nos trasporta más allá de lo que él llama el sueño negro del naturalismo.

El término *modernismo* me resulta en realidad tan vago, tan indeterminado e indeciso como el de *romanticismo* lo era. Es más, que una escuela, una tendencia, y aun mejor una tonalidad. Es el mismo viejo romanticismo que renace, como renacerá el naturalismo más tarde. En rigor, nunca desaparecen.

Declaro que aún no me he enterado bien de lo que sea específicamente esó de modernismo; no he conseguido comprenderlo. Ni a lograrlo me ayuda el *somni rosa* de Rusiñol, con su hermosísima crisantema, cada una de cuyas hojas tiene diferente tono, perfume distinto y todas juntas olor de incienso: aquella flor a que acaricia una bandada de mariposas que forman humareda de transparencia suavísima con el pintado polvillo de sus delicadas alas.

Esas mariposas pintan con sus alas un cuadro sin fondo ni figuras, de una armonía que deleita al alma. Y sueña el autor que firman: *modernista*. (Otras veces son avispas las que así firman.) Y yo recordé leyendo esto lo que decía Juan Pablo de pintar éter con éter en el éter.

El naturalismo, al cabo, lo comprendo. Ha sido en gran parte un arte deducido, aposteriorístico, algo como un recubrir osarios científicos con relleno retórico —que puede ser muy bueno— y acomodar luego a tal obra la piel arrancada del cadáver, cuya vida se trata de reproducir. Y es natural que después de haber abusado del dibujo que aísla y concreta los objetos se trate de reproducir el misterioso nimbo que los enlaza en el seno de la bruma, que hartos de lo definido busquemos lo indefinido y vago, lo que se nos escapa a peso, número y medida.

Pero dejándonos de teorías para ir a la práctica, al recorrer las *Hojas de la vida*, de Rusiñol, es el caso que podrá no averiguarse qué sea el modernismo, pero sí que se nos revela el alma del poeta —poeta en prosa —melancólica y tierna de dulcísima monotonía.

Me encanta lo monótono, lo que brota de la fuente del arte (v. *La font de l'art*), lo que no es el asunto ni la escena, ni la trascendencia de la obra, sino lo que se aprecia, como lo apreciaba Barrés, por el tacto. Por el tacto espiritual. No es la complicación artística y tal vez artificiosa de distintas y numerosas notas, sino "dos solas notas armónicas", o una sola, limpia, pura, llena, como el son de una campana que se disipa y muere adelgazándose en el derretimiento de la luz crepuscular.

Las *hojas* que componen el último libro de Rusiñol son en general simplicísimas y hasta monótonas; su encanto está en su fragancia y en la pureza de su color sencillo.

Hay en ellas rápidas impresiones de la vida, de cuya lectura nos queda un dejo de tristeza pensativa. Véanse *Doguines*, una madre que coloca tras la vidriera del nicho de su difunto hijo los juguetes de éste; el *Darrer viatge*, inspirado por un tren de repatriados en que iba un "muerto que entraba en

un túnel que daba a la otra vida, una vida sin guerras donde reina la paz eterna"; *Visió rápida; Passant*, etc. Hay trabajos de mayor extensión y contenido real, como *Llibertat*, la historia de un pobre negro emancipado que viene a España con su amo. *El pati blau; Una juerga triste*, hermiso recuerdo de Granada y otros.

En *El benaventurat* nos presenta al *beneit del poble*, al bobo del pueblo, al pobre imbécil, planta sin flor que creció abandonada; al pobre imbécil que cesó de reír. "¡Bienaventurados los que lloran, pero bienaventurados también los que se ríen sin saber por qué se ríen!" Dióse el pobre a la bebida sin dejar de reír cuando soñaba, y "sólo el llanto de la muerte rehará aquella almita". Esta inspirada hoja me recuerda, en parte, alguno de los más humanos poemas del estupendo Wordsworth, de aquel poeta por excelencia, poeta cuya poesía era esencialmente poética, poética más que pictórica, escultural, musical o literaria como la de otros, por lo demás excelentes poetas; de aquel tranquilo *lakista* que explotó como pocos el fondo común humano que nos hace a todos hermanos, la raíz de la caridad. ¡Qué bálsamo el de los poetas tales después de haber leído a todos esos nietzschenianos que brotan como al sol los hongos después de una lluvia!

En *La casa de París*, una de las *hojas* más sentidas en que Rusiñol nos cuenta la cofradía que en París formaron con él Utrillo, Clarassó y Canudas, nos refiere la muerte de este último, "bohemio declarado, grabador de planchas finas, pintor después y burilador, de pecho enfermo y corazón grande", y nos la refiere con rasgos de inolvidable y sobrio sentimiento. Es acaso lo más profundamente humano que tiene el libro. Al concluir este relato de serena y reposada tristeza, cuando enterrado el pobre grabador de corazón grande en su querida tierra

catalana, en el país del buen sol, junto al mar de Sitges, al pie de los lozanos cipreses y bajo una cruz de hierro que tenían en el jardín de su rinconcito de Montmartre, se dice el lector en silencio: ¡Pobre Canudas! Y en esta exclamación trivialísima, trivial como toda la que arranca un espontáneo sobresalto del sentir, en esa exclamación se encierra toda la impresión que nos deja esa corona de siemprevivas ideales y no de porcelana ni de papel cuero, que su amigo Rusiñol ha colgado a su memoria. ¡Pobre Canudas!

Quisiera, para acabar este artículo, poder hacer un retrato del autor de *Fulls de la vida*, pero ¿qué retrato mejor que el que hecho de su misma mano nos da en *La casa de París?* Mejor es traducirlo, aunque al hacerlo pierda en fuerza y se borre un juego de palabras (*rovell*, orín del hierro y yema de huevo):

"*Mossén Jaume Rusiñol*, pintor bien provisto de cebollas, con cara de manzanas agrias. Largo de cuerpo y de esquinada osamenta, prefiere la roña de los hierros a la yema del huevo (*estimá'i rovell dels ferros molt més que 'l rovell de l'ou*). Es hombre que se perece por las cosas de otros tiempos y por las cosas que vendrán. Muchos le llaman modernista, y al decírselo le riñen; pero él tiene mucha paciencia, va a la suya, y no escucha a los que le motejan, sino tan sólo a los que le aconsejan, porque dice que las buenas palabras hacen comer a los enfermos, y la salud es muy amable."

[*La Epoca*, Madrid, 26-III-1899.]

SOBRE LA LITERATURA CATALANA

Salamanca, noviembre de 1906.

Señor director de *La Nación*:

Con motivo del Congreso Internacional de la Lengua Catalana celebrado el mes de octubre de este año en Barcelona, se celebró allí una exposición del libro, a que asistí.

Es mucho realmente lo que se ha publicado en catalán en poco más de medio siglo, desde que empezó el renacimiento de la literatura catalana. Y esto contando con el escaso público con que su lengua cuenta. Las cuatro provincias catalanas reúnen unos dos millones de habitantes, y si les añadimos un tercio de millón de las islas Baleares, los que en el antiguo reino de Valencia, que cuenta con algo más de un millón, hablan valenciano, y los catalanes franceses, apenas si pasarán de los tres millones y medio, una población como la de Chile.

Añádase que muchos, muchísimos catalanes de lengua, leen y escriben todavía —aunque cada vez menos, por ahora— en castellano. Y, sin embargo, la literatura catalana contemporánea es más rica y más variada que la literatura contemporánea portuguesa —aunque no tan castiza y propia, tan específica como ésta—, y eso que Portugal tiene una población como la de la República Argentina, y el Brasil por añadidura para el consumo literario.

Pero Cataluña es más rica que Portugal, y en Cataluña hay mayor número de grandes centros de población que no en Portugal, y el consumo literario se cifra por las grandes poblaciones. Una ciudad

como Barcelona, que tiene 800.000 habitantes, y con los pueblos de su llano, todavía no anexionados a ella, pero que forman con ella un todo orgánico, cerca del millón, consume más literatura que cuatro o cinco millones de hombres desparramados en pequeños lugares y villas y alquerías por el campo.

Del mismo modo que el millón de habitantes de Buenos Aires ha de comprar más libros que los millones de argentinos desparramados por pequeños pueblos y lugares. El consumo literario es un consumo predominantemente ciudadano.

Mas aun así y todo, sorprenden el caudal y la variedad de la producción literaria catalana desde la época, no lejana, de su renacimiento, desde la época en que volvió a hablar al aire libre del mundo esa lengua enmudecida durante los siglos XVI, XVII y XVIII, durante los siglos del liberalismo. El catalán ha reanudado su literatura, tomando la lengua tal y como quedó a fines de la Edad Media o, poco más o menos, cuando produjo las admirables crónicas de Montaner, de D'Esclot, del rey Don Jaime, de Turell, de Boades, los cantos de Ausías March y de Jordi de Sant Jordi, los altos conceptos de Raimundo Lulio.

No me propongo hacer aquí un estudio de la literatura catalana contemporánea; ni dispongo de espacio para ello ni es éste el lugar. Pero sí me conviene hacer notar que ha producido en estos cincuenta o sesenta años ingenios de alto y fuerte valer, entre ellos el poeta más grande que ha tenido España en todo el siglo pasado y uno de los más grandes, de los verdaderamente grandes de todos los siglos y todas las tierras, un poeta al que puede llamársele con ese nombre tan desprestigiado por tan a tontas y a locas prodigado, como es el nombre de genio, Mosén Jacinto Verdaguer, el del arpa dulcísima y a la vez robusta, de cien cuerdas. Y hoy

mismo, el poeta más íntimo, más noble, más lleno, que canta en España, canta en catalán, y es el admirable Juan Maragall, el recreador del conde Arnaldo, del *comte* Arnau. Y junto a estos dos grandes y altos poetas hay otros: Guimerá, lírico siempre, hasta en sus dramas; Matheu, Guanyabens, Rubió, Costa y Llobera el horaciano, y, entre los jóvenes que empiezan, Pijoan, Pujols y otros. Y en el drama se han hecho aplaudir en Madrid, traducidos al castellano, Guimerá y Rusiñol, e ilustran, además de ellos, el teatro catalán el fecundísimo *Serafí Pitarra,* de la primera época del renacimiento, y hoy Ignacio Iglesias. Y en la novela, que ilustraron Pin y Soler, Narciso Oller, Vayreda, Bosch de la Trinxería y otros, se señala hoy una mujer, que bajo el seudónimo masculino de *Víctor Catalá,* está dando a la literatura catalana relatos de color y fueza, de brío y de patéticos efectos.

Y esta literatura catalana que hoy renace con tanto brío y fuerza, ¿se inspira acaso en la antigua literatura catalana, en la que enmudeció al abrirse la edad moderna con el descubrimiento de América? No, no se inspira en ella; no es posible que se inspire en una literatura medieval una literatura del siglo XIX. No en vano ha pasado la ráfaga romántica del primer tercio y hasta de la primera mitad del siglo XIX.

Los neos del intelectualismo catalán, y hasta los neos catalanófilos de otros intelectualismos, quieren ver una especie de bendición para la literatura catalana en eso de que permaneciera muda durante los tres siglos y medio del liberalismo. Dicen que fué en ese período cuando las literaturas neolatinas rompieron con la tradición popular y se dejaron penetrar por influencias cultas y hasta eruditas del renacimiento: fué en ese período cuando las tres grandes literaturas neolatinas, la castellana,

la italiana y la francesa, dejaron de ser populares. Tentaciones me están dando de reproducir aquí unos altos y profundos conceptos del sumo poeta y sumo crítico Carducci, respecto a la literatura popular, pero lo dejo para otra ocasión. El lector que quiera enterarse de ellos los hallará en su discurso *Alla Lega per l'istruzione del popolo,* inserto en las *Prose di Giosué Carducci,* MDCCCLIX-MCMIII, Bologna, Ditta Nicola Zanichelli [1905].

En efecto, en esos tres siglos y medio las literaturas neolatinas fueron despopularizándose —la que menos la castellana, pues nuestros dramaturgos y novelistas de los siglos XVI y XVII eran todavía demasiado pueblo—, pero es que fueron *civilizándose,* fueron haciéndose más civiles, más ciudadanas, y a las veces fueron aristocratizándose. Y es que en esos siglos empezó la elevación del pueblo, siervo hasta entonces de la Iglesia Romana, por obra y gracia de los humanistas, de los letrados, de los que bebieron el licor vivificante del renacimiento.

¡Popular! ¿Y a quién se le ocurre que Carducci, este poeta tan culto, tan erudito, tan lleno de reminiscencias de la antigüedad clásica, este poeta incomprensible casi siempre para los rudos campesinos italianos, sea menos popular, en el íntimo, en el profundo sentido de esta palabra, que los cantores cuyos cantos se recitan por las plazas de los burgos campestres?

¿Quién sostendrá que las coplas de los pliegos de cordel que cantan los ciegos por los lugares de Castilla, al pie del cartelón de espeluznante escena, son más profundamente populares, es decir, llevan más savia del pueblo, que las odas de Quintana, de Gallego, de Tassara o de Núñez de Arce?

¿Quién va a sostener que las hermosas décimas de Rafael Obligado no son más popularmente argentinas que las más de las décimas gauchescas es-

critas en un habla que muere hasta en el pueblo? ¿Y quién dirá que Andrade no es más "popular" que Ascasubi?

No, la Musa que enmudeció al morir la Edad Media no puede cantar hoy. Y si todavía balbuce, con balbucir senil, es en pliegos de cordel o en formas parecidas, no ya populares, sino plebeyas o más bien populacheras.

Toda la historia íntima de esos tres siglos y medio es la continua ascensión del pueblo hacia formas de vida más refinadas, más complejas, más superfluas. El lujo atrae al pueblo, y lo que hoy es lujo será necesidad mañana. Los grandes espíritus luchan por libertades de que el pueblo no se aprovecha al pronto —donde no se lee, la libertad de imprenta es ociosa; donde la conciencia religiosa dormita en la fe de la rutina, la libertad de conciencia de nada sirve—; pero le servirán más tarde. Proclamando la libertad de volar, se fomenta el nacer y crecer de las alas. El pueblo argentino estuvo en un tiempo con Rosas y no con Sarmiento, pero las libertades, de lujo entonces, por las que el gran montonero de la inteligencia luchó, son hoy libertades de primera necesidad para su pueblo.

En pleno siglo XIX, en pleno siglo XX, la literatura catalana, sin tradición de los siglos XVI, XVII y XVIII, no podía inspirarse en sus clásicos, los de las postrimerías medievales, y se inspiró y se inspira en las demás literaturas, en las neolatinas, sobre todo en la francesa y la castellana. Y de aquí que los escritores catalanes en catalán nos parezcan casi siempre por su fondo y su forma, o franceses o castellanos. Verdaguer, el gran Verdaguer, nos recuerda unas veces a Zorrilla —un Zorrilla con más jugo, con más pensamiento y con más poesía, y con menos hojarasca melódica— y otras a los místicos castellanos, aunque con menos sequedad y menos aus-

teridad que éstos, con más humedad humana y terrestre. Guimerá recuerda a Echegaray. Y en Maragall, que es el más propio, el más personal, el más íntimo, y acaso el más catalán, se encuentran influencias de Goethe.

La literatura catalana, como algo específico y particular, con sello propio, puede decirse que está empezando. A pesar de ser su producción actual más rica que la producción portuguesa, no nos suena a cosa tan castiza, tan peculiar, tan vernacular, para servirme de un término muy usado en portugués. Los escritores catalanes, aun los más grandes, no nos dan la sensación de algo tan específico de una tierra como nos la dan João de Deus, Guerra Junqueiro, Eugenio de Castro en sus poesías más portuguesas, Correa d'Oliveira, y otros. Verdaguer tocaba un arpa de cien cuerdas sonoras, João de Deus un guitarrillo portugués de dos solas cuerdas, la elegíaca y la erótica, y de un sonido monótono en fuerza de pureza, pero en estas dos solas notas puras, simples, monótonas, de João de Deus se siente un timbre mucho más peculiar que la sinfonía riquísima y compleja del arpa verdagueriana. Sin que esto quiera decir, ni mucho menos, que João de Deus sea un poeta más grande que Verdaguer.

Hay que tener, además, en cuenta que la literatura catalana contemporánea es más obra de oferta que no de demanda, que han sido más los productores los que han ido a buscar consumidores de ella que no éstos a aquéllos. Hay un viejo refrán que dice que más vale ser cabeza de ratón que cola de león, y los escritores catalanes, que escribiendo en castellano no lograrían franco resultado y un buen público, pueden siempre achacarlo, ¡buen pretexto!, a que no manejan con soltura y destreza una lengua que no es aquella en que piensan, y contentarse con la popularidad y el éxito regiona-

les —en espera, siempre, claro está, de ser traducidos— y con un público que compra por sentimiento catalanista más que por afición a las letras.

Abrigo la convicción de que ese relativo éxito de librería que alcanzan las obras catalanas se debe a sentimientos políticos, que los que las compran las compran por patriotismo regional más que por amor a la cultura y a la belleza —muchos de ellos ni las leerán—, y aunque una vez compradas, sea por lo que fuere, haya muchos que las lean, y aunque la oferta provoque demanda y la producción consumo, en el fondo implica todo ello un movimiento bastante artificial. Y de esto he de hablaros cuando os hable del proceso actual de la lengua catalana y de su aparente resurgimiento. Porque creo que el catalán irá a fundirse en el castellano como fueron el leonés y el aragonés y están yendo el gallego y el valenciano.

Claro está que de esto no puede hablarse fría y serenamente con catalanes; el amor patrio, tan sagrado como inevitable, les hace fraguar todo género de sofismas inconscientes. Además no ven claro ni bien el proceso por encontrarse metidos en él. Y a muchos de ellos cierta mala voluntad que profesan a la lengua castellana, no sé si por no dominarla, les lleva respecto a ello a consideraciones tan peregrinas y fantásticas como las que emplean algunos americanos que sueñan con no sé qué lenguas nacionales desprendidas de la matriz española. Lo cual es una cosa, y otra cosa muy distinta el que todos los pueblos que hablan lengua castellana de origen se esfuercen por ensancharla, enriquecerla, flexibilizarla y colorarla sin hacer caso ni de ridículos pretendidos monopolios de casticidad, ni de absurdas imposiciones académicas. Para la lengua no hay metrópoli ni madre patria; es por igual de todos los que la hablan.

[*La Nación*, Buenos Aires, 16, XII. 1906.]

SOBRE EL IMPERIALISMO CATALAN

Luis de Zulueta ve ciertas analogías de temperamento y de tonalidad entre Grandmontagne y yo, y acaso no ve mal. Parece atribuirlo a que nos cree a ambos vascos. Yo lo soy, en efecto, por todos sesenta y ocho costados, de casta, de nacimiento, de educación y, sobre todo, de voluntad y afecto. Grandmontagne, hijo de francés y de guipuzcoana, nació en la provincia de Burgos y creo vivió, siendo niño, en Fuenterrabía. Cuando vivía ahí, en América (1), acentuaba su vasquismo; ahora que vive en España, y en San Sebastián, acentúa su castellanismo.

Dejo de lado los elogios que de mí hace Zulueta, porque entra en ellos por mucho la amistad que nos profesamos. Pero sí recogeré aquello de que "como el amigo que amonesta" fuí a acometer al catalanismo "cara a cara en Barcelona". Así es y estoy dispuesto a repetirlo y remacharlo.

Zulueta opone lo que yo allí dije a los catalanes y lo que les he repetido, a lo que les dice Grandmontagne. Mi prédica fué la misma que fué a mis paisanos los vascos en Bilbao —aunque éstos, por el pronto al menos, no quisieron entenderla—, y es que se dejen de regionalismos de concentración y de exclusiones, que se salgan de sí, que intenten imponer a los demás pueblos españoles su ideal de vida, que se esfuercen por ejercer una hegemonía

---

[1] El autor se refiere a la República Argentina, ya que esta correspondencia vió la luz en *Hispania*, revista de la Asociación Patriótica Española, de Buenos Aires. (N. del E.)

espiritual sobre el resto de España. Muy bien condensa y refleja mi pensamiento el amigo Zulueta cuando escribe: "Nada de instintos recelosos, defensivos, cobardes y egoístas, nos decía. Imposición y no aislamiento, nos predicaba. El que se sienta hermano mayor, no debe abandonar la casa común, sino gobernarla para bien de todos. No os recluyáis; expansionaos, nos repetía. Catalanizad, si podéis, a España entera. Sólo el que pierde su alma, la salvará, según reza el Evangelio". Exacto, exactísimo, excepto esta última frase evangélica que en rigor reza: "el que quiera salvar su alma, la perderá" lo cual varía.

Y añade Zulueta que esas palabras les confortaron. Por lo menos quiero creer que corroboraron a muchos como Zulueta en nobles propósitos. Y se dispusieron, dice, a llevar la buena nueva de su renacimiento por todas las tierras ibéricas, esperando que unas más pronto y otras más tarde respondieran a ella. "Seremos —escribe— el núcleo de condensación de las energías dispersas, la levadura de la nueva España regenerada".

Pero he aquí, agrega, que se presenta otro consejero, Grandmontagne, y les dice que es inútil, que la hegemonía castellana es definitiva, que la impuso el descubrimiento y conquista de América. Y dice Zulueta: "¿Qué vamos a hacer que no contraríe a Unamuno ni a Grandmontagne, al Evangelio ni al Océano Atlántico?"

Aparte de que es cosa de muy poca monta el que Grandmontagne y yo quedemos contrariados, por mi parte me ratifico en cuanto tengo dicho y escrito al respecto.

Yo no creo, como parece creer Grandmontagne, que el pueblo catalán es un pueblo prosaico, utilitarista y mezquinamente práctico; yo no le creo un pueblo de buhoneros. Creo más bien, con Zulueta,

que "el catalán, y sobre todo el barcelonés moderno, es un tipo fundamentalmente idealista, poético, sentimental; un poco infantil, hablador y aparatoso, como los franceses del Mediodía, que tanto han contribuído y contribuyen, sin embargo, a la más alta exposición del generoso espíritu francés".

Y por creer al pueblo catalán un pueblo, aunque algo infantil, hablador y aparatoso, fundamentalmente idealista, poético y sentimental, por eso le prediqué mi evangelio de imposición. Es el nervio de mi ética social éste del esfuerzo por imponerse unos a otros los hombres y los pueblos, es el nervio de la ética quijotesca. Cada cual debe pelear por sellar a los demás con su sello, por llevar su espíritu a los espíritus de los demás. Es lo que vengo haciendo y es lo que Maeztu llama mi egotismo. Lo será, pero es el modo de matar el egoísmo. El mejor medio de librarse del yo mezquino, es tratar de trasmitirlo a otros. Y creo que nada puede ayudar más al completo resurgimiento de España —que está de hecho resurgiendo— que esto que los gallegos trabajen por galleguizarla, nosotros los vascos por vasconizarla, por castellanizarla los castellanos, por catalanizarla los catalanes y así los demás.

Por lo que hace a lo definitivo de la hegemonía castellana, en una cosa estoy conforme con Grandmontagne, y es en lo definitivo de la hegemonía de la lengua castellana, hoy española. Esto sí que es un hecho histórico y definitivo. Castilla ha dado, no ya a España, a veinte naciones más (incluyo Puerto Rico y Filipinas), su lengua, la lengua española, que es hoy una lengua internacional, que llegará a ser la segunda, tal vez la primera, del mundo.

Yo quiero, y lo quiero con toda mi alma de español, que mis paisanos los vascos traten de vasconizar a España y que traten de catalanizarla los catalanes; pero unos y otros tendrán que hacerlo en

castellano. Esta es la clave de la cosa. No se puede vasconizar a España en vascuence —lengua afortunadamente para nosotros, los vascos, en la agonía—, ni se puede catalanizarla en catalán, lengua llamada también a morir antes, mucho antes que el castellano.

La labor misma de catalanización que Zulueta hace, la hace en castellano. Y en muy claro, puro y neto castellano. Y en castelleno catalanizan en España Maragall, Oliver y el mismo Cambó. Maragall, el excelso poeta en catalán, ha hecho en castellano lo más, y yo creo que lo mejor de su labor de publicista político. Y en castellano muy fogoso.

Hay que deshacer ese necio prejuicio de los ridículos casticistas de que los catalanes no han escrito nunca bien en castellano. Es una de tantas tonterías con que los puristas ponen chinas a la conversión del castellano en lengua hispanoamericana. Esos grotescos sacerdotes del casticismo más o menos arcaizante perjudican más al final reconocimiento y homenaje de todos a la lengua hispanoamericana que los cultivadores y galvanizadores de lenguas regionales moribundas o decadentes, aun a pesar de engañosos y falaces renacimientos.

Que se haga imperialista el catalanismo, ojalá. Cuanto antes mejor. Que traten los catalanes de imponernos su ideal de vida civil, pero en castellano, en lengua hispanoamericana. Lo demás perderán el tiempo. Y digo más, aunque muchos de ellos me lo tomen a paradoja: sólo en castellano acabaran por cobrar entera y perfecta conciencia de sí mismos; sólo en castellano, y cuando todos los catalanes lo tengan como lengua propia, descubrirá Cataluña lo más hondo y más recóndito de sus entrañas. En francés, más que en provenzal, se ha revelado al mundo y a la Provenza misma el alma de ésta; en inglés, y no en su vieja lengua céltica, el alma de Escocia.

Esfuércense por catalanizar a España y a Cata-

luña misma los catalanes, pero en la lengua en que escribieron — y la escribieron muy bien— Boscán, Capmany, Balmes, Pi y Margall, Milá y Fontanals, Piferrer... en la lengua en que escribe Zulueta. Y si quieren hablar mal de España; que no lo quieren. Mientras se habla mal de España en español, todo va bien, porque, queriendo o sin querer, se habla mal de España filialmente.

Lo que nos ha perjudicado, lo que ha hecho mal a España, en América sobre todo, no son las perrerías que contra ella hayan proferido *en español* españoles o americanos; son las insidias, las mentiras, las patrañas, las calumnias que contra ella se han vertido en otras lenguas y por hijos de otras naciones que hablaban de España sin conocerla. Y la calumniaban por envidia.

Sí, así como suena, por envidia, por envidia, por envidia. ¿Es que se envidia a España? —dirá al leer esto, sonriéndose, cualquier barbilindo—. Sí, se la envidia. Los desdenes son más aparentes que reales. Y esa envidia es, en parte, retrospectiva; se envidia a España lo que fué en los siglos XVI y XVII; y lo que entonces hizo, pero se le envidia su porvenir, se le envidia la imperial expansión de su verbo. Se le envidia el que hay setenta millones de hombres desparramados por veinte naciones en una gran extensión del planeta, los que pueden leer a Cervantes, a Calderón, a Fray Luis, en su lengua; se le envidia el público que llegarán a tener sus publicistas, porque esos setenta millones doblarán, triplicarán, se multiplicarán.

¿Quieren los catalanes dar su espíritu, difundirlo? Viértanlo en castellano. Déjense de la ridiculísima ridiculez de traducir a Balmes al catalán —que es algo así como traducir a Burke al irlandés o a Renan al bretón— y tradúzcanse al castellano. En español —que era su lengua materna— predicó Sabino

Arana el bizkaitarrismo, en español cantan las excelencias del vascuence muchos vascos que no lo saben (es decir, que no saben vascuence).

Esto es lo definitivo, amigo Zulueta.

[*Hispania*, Buenos Aires, 16. VII. 1911.]

Sr. Director de *La Publicidad.*

No sabe usted bien, amigo mío, el efecto que su telegrama me ha causado y eso que esperaba esa noticia. Esta misma tarde paseándome con Cándido R. Pinilla —traductor a verso castellano de algunas poesías de Maragall— hablábamos de lo que se decía de su gravísimo estado. De prisa y corriendo he trazado las líneas adjuntas, de homenaje público, por ahora. Hay que hacer más, mucho más. Yo admiraba mucho, muchísimo al poeta, pero quería más, mucho más, si es posible, al hombre. No ha habido otro que haya ejercido sobre mí mayor acción de presencia. Irradiaban bondad y una bondad henchida de inteligencia su rostro, su mirada... Parece que le estoy viendo cuando me miraba con sus ojos de un mirar tan sereno y hondo como su poesía. ¡Y las cartas, las cartas que de él guardo! Son unas cuantas. ¡Qué tesoro! A cuantos amigos se las he hecho, aquí y en Bilbao, leer, los he vuelto amigos del hombre, enamorados de su alma. Esas cartas son una de las cosas de más precio que legaré a mis hijos. Estamos todos de luto. Está sobre todo de luto España, y en especial Cataluña. ¡Qué pena, Dios mío, qué pena!

Vaya, adiós. Otra vez tocará a otro.

Es su amigo,

UNAMUNO.

En este momento recibo el telegrama de *La Publicidad* en que se me anuncia la muerte del poeta inmortal, de Juan Maragall, del amigo del alma, del hermano. Interrumpo a medio párrafo lo que estaba escribiendo para trazar, antes de que mi estupor pase, estas líneas.

Presentía Maragall su temprana muerte. Entre las admirables cartas que de él guardo —y es acaso lo que más aprecio de cuanto de él conozco, pues allí, en la intimidad vertía toda la nobleza de su alma— hay una en que me hablaba de sus temores. ¡Tristes aprensiones que el hado indómito ha venido a justificar!

Recordaré mientras viva el día en que, acompañado de Eduardo Marqina, fuí ahí a verle en su hotelito de San Gervasio. ¡Qué dejar fluir de nuestros espíritus en la penumbra y tibio ambiente de su gabinete! Por cierto que estando allí con él, sonó fuera, en la calle, la esquila del Viático; se siguió un silencio durante el cual noté en él un cierto desasosiego. Y al salir díjome Marquina que mi presencia acaso le cohibió para arrodillarse. Y le contesté: "no me he percatado de ello; que si no, soy el primero en arrodillarme". Y ahora me arrodillo en espíritu, pero clavándome en tierra de hinojos, mientras oigo en el alma la esquila del Viático de gloria que al eterno reposo le acompaña.

¡Y descanse en paz! ¡Descanse en paz este hombre de paz suprema, el más merecedor de paz y de descanso! Descanse en paz este inmortal poeta de la serenidad y de la nobleza.

España acaba de perder a su más grande poeta contemporáneo, al que más dentro llegó de sus entrañas. Y llegó a las comunes entrañas ibéricas a través del alma de su Cataluña. A fuerza de catalán, era honda, íntima, entrañadamente español.

¡Y qué proyectos los suyos para anudar esta her-

mandad ibérica, haciendo entrar a los portugueses en ella! En sus últimas cartas apenas me hablaba de otra cosa. Proponíame que fundásemos una revista que acaso se editaría aquí, escrita en castellano, catalán, portugués y en cuantas hablas se hablen en la península. ¡Todo se lo ha llevado la muerte! (1).

Me deja, como me dejó Ganivet, otro amigo y hermano del alma, un recuerdo imperecedero que embalsamará para siempre mi memoria; me deja también como me dejó aquél, un ramillete de cartas admirables, tan admirables como sus más hermosos poemas, y escritas en castellano, en este nuestro castellano que él, maestro de la lengua catalana, escribía en maestro.

Cuando no hace aún un año hubo un tiempo en que pensé enviar a mi hijo mayor a estudiar ahí arquitectura, me escribía: "No le digo cómo he de recibir a su hijo; será como otro mío. Tengo ya trece; serán catorce" (carta del 25 de marzo). ¡Y se ha muerto, se ha muerto el que pudo haber llegado a ser otro padre de mi hijo!

¡Pero no, no ha muerto no! Y ahora desde la inmortalidad será otro padre de todos cuantos ama-

---

[1] En un escrito de Unamuno, publicado en abril de 1915, en la revista *Iberia*, de Barcelona, da nuevos detalles sobre este proyecto, con estas palabras: "No hace muchos años el inolvidable Maragall, mi amigo del alma, y yo proyectábamos haber fundado una revista, que habria de haberse llamado *Iberia* y estar escrita en las lenguas literarias de la península: castellano, catalán y portugés. Algún día publicaré noticias circunstanciadas de aquel proyecto, con lo que al respecto me escribia Maragall. El cual llegó a proponerme que la revista se editase aqui, en Salamanca, como ciudad española la más próxima al centro de Portugal. El proyecto era entonces poco practicable, pero me halagaba. Halagábame el llegar a tener un órgano de aproximación espiritual entre los pueblos ibéricos de distintas lenguas. Aproximarse espiritualmente es conocerse cada vez mejor. Y mi ensueño y ahinco ha sido que nos conozcamos, aunque sea para disentir. Sé que conociéndonos mejor en nuestras diferencias respectivas y mutuas, llegaremos también mejor a conocer nuestro común espíritu ibérico, lo que nos une frente a la diferencia común con los demás pueblos hermanos en humanidad." Este escrito lo encontrará el lector en el tomo VI de estas *O. C.* (N. del E.)

mos la verdad, la bondad y la belleza. ¡Porque este soberano poeta era soberanamente veraz y sincero, soberanamente bueno! ¡Fué un santo! ¡Y su poesía es poesía de santidad!

Para tiempos de más reposo un estudio más de fondo y más de calma, como me lo pide también aquel otro amigo con quien ha ido Maragall a juntarse, aquel otro gran español a quien se trata de honrar ahora.

Se nos ha muerto Maragall, el poeta de Iberia, y al morírsenos se nos inmortaliza. ¡Viva Maragall!

Salamanca, 20 diciembre 1911.

[*La Publicidad,* Barcelona, 23. XII. 1911.]

¡Pobre Maragall! Él, uno de los más grandes cantores de la vida y a mi sentir el más grande de la España actual, renaciente, ha muerto apenas traspuesta la cincuentena. Ha muerto el más noble profeta de la grande Iberia del porvenir.

No he conocido hombre que haya sobre mí causado una más profunda acción de presencia. Era su mirada serena, honda y clara, como su poesía. Y él era el hombre-poeta. No un poeta que se hace a fuerza de arte y a las veces de artificio y de mera técnica. De su poesía cabe decir —si esto no escandaliza a los estetas, y si les escandaliza, mejor— que está sobre el arte. Ni sus formas se soyugan a preceptiva. Es la verdadera poesía libre, desnuda. (Y desnuda no es lo mismo que desvestida.)

Presentía su temprana muerte, y presintiéndola, escribió aquel estupendo *Canto espiritual,* que empieza:

Si el mundo es tan hermoso, si se mira
Señor, con vuestra paz en nuestros ojos,
¿qué más nos podréis dar en otra vida?
¡Por esto de los ojos tengo celos,
y del rostro, y el cuerpo que me disteis,
y el corazón, Señor, que late fuerte
en él..., y tiemblo tanto de la muerte!

para acabar diciendo:

¡Sea mi muerte un nuevo nacimiento!

Ha muerto cantando a la vida hasta el último instante.

"Dice su familia que ha muerto por no quejarse", me escribe Joaquín Montaner, uno de sus mejores y de mis mejores amigos, de quien es la traducción de los versos que doy más arriba, y que se propone traducirlo por entero.

¡Morir por no quejarse! ¡Y en esta nuestra Patria de llorones y plañideras, donde es una institución la quejumbre y donde casi todos nos quejamos de vicio!

Recuerdo la carta con que me contestó a una de las mías, escrita en uno de esos momentos de abatimiento debidos en gran parte al contagio de la neurastenia colectiva ambiente... Hablábale yo de mis aprensiones de mala salud y me dejó entrever, de paso, con una sonrisa escrita, sus propias reservadas aprensiones. No, no se sentía fuerte; presentía su próxima *major naixença,* su nacimiento en la Iberia celestial y eterna. Pero no se quejaba y ha muerto sin quejarse.

¡Y qué cartas las de este hombre! Las guardo junto a las que Ganivet, hasta muy pocos días antes de su muerte, me escribiera, y unas y otras son lo más preciado de mi tesoro epistolario. En esas íntimas cartas de Maragall, con cada una de las cuales me venía un nuevo aliento para mi labor, en esas cartas escritas en un castellano tan sobrio como jugoso, está todo el poeta, es decir, todo el hombre.

Ha muerto cantando a la vida. Así murió también otro gran poeta, el poeta castellano Gabriel y Galán, una de cuyas obras prologó Maragall. También Galán, pocos días después de la muerte de su padre y pocos días antes de la suya propia, exclamaba, en la flor de sus años: ¡Quiero vivir!

¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.

De luz y de sombras soy,
y quiero darme a las dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla,
de esto que tengo de arcilla
de esto que tengo de Dios!

["*Canción.*."]

De ambas cosas ha dejado Maragall semilla: trece hijos y más de trece poesías imperecederas.

Murieron ambos, Galán y Maragall, cantando a la vida, y se puede muy bien vivir, esto es, pelear, cantando a la muerte, a la paz. ¿No cantaba acaso a la paz y al descanso aquel áspero y recio combatiente que fué el maestro Fray Luis de León? Porque cantar a la muerte no es quejarse. Ni es quejarse tampoco el desesperarse, ya que la desesperación es copioso manantial de fuertes hazañas y hasta madre de la esperanza. Del pesimismo trascendente puede brotar y brota un optimismo temporal. Puede uno dudar o desesperar de la última finalidad espiritual del universo y creer en un destino de gloria y de cultura temporales para la propia Patria. Y si el universo no tiene una finalidad, nuestro deber es esforzarnos por dársela.

Maragall ha muerto por no quejarse. Tal vez, si se queja a tiempo, se hubiera podido alargar algún tiempo más su vida. Pero ¿valía este alargamiento el estado de congoja y de alarma continuas en que hubiese puesto a los suyos? ¿Es vida una vida puramente defensiva, en que no se está sino avizorando todos los recovecos por donde puede venir la muerte, calafateando todas las rendijas por donde puede escurrírsenos?

Su muerte ha sido la última y una de las más altas lecciones que este gran maestro de la vida nos ha dado. Parece decirnos: "¡cantad a la vida, cantad a la muerte; predicad la guerra, o predicad la paz:

pero no os quejéis!" Sí; todo, menos el llanto. El grito, sí, el grito de rabia, de desesperación, de dolor, de despecho, pero no la quejumbre plañidera. ¡El que sepa cantar a la vida, que la cante, y el que no, que cante a la muerte, o que se calle!

Pero es que hay un viejo refrán castellano que reza así: "el que no llora no mama". Y aquí se llora para mamar y hasta para mascar a dos carrillos, y quedan aún plañideras de oficio que cobran por llorar. Nuestra quejumbre es quejumbre de pordiosero. Almas de mendigos arrogantes al fin.

[*La Noche,* Madrid, 7. I. 1912.]

I

Su inconmensurabilidad

En el pasado verano de 1911 apareció en uno de los pueblecitos de la costa catalana, en que veranea la burguesía barcelonesa, una garrida moza que puso en conmoción a la juventud allí congregada. Hallábase entre estos jóvenes Eugenio d'Ors —o, a su manera, Eugeni d'Ors—, que ha hecho discutido y célebre el pseudónimo "Xenius", con sus *Glosas,* en *La Veu de Catalunya.* Prendóse, como los otros jóvenes, de la garrida moza que, aunque de cepa catalana, llegaba de allende los mares, de tierras de la América española, y la intelectualizó al punto, como Dante a Beatriz, elevando o ahondando a símbolo la anécdota de la aparición de la bien plantada. Porque es así como la nombró: *La Ben Plantada,* y con este título han publicado sus amigos en un sencillo y elegante volumen las glosas que la garrida moza le inspirara. Y lo ofrecen a la Nación Catalana como un pequeño y sustancial Breviario de la Raza, pues que en el texto mismo pretende "Xenius" haber escrito no un poema lírico, sino un ensayo teórico sobre la filosofía de la catalanidad.

El que el autor, aun siendo como es hombre de muy sólida y muy variada cultura, de sutilísimo in-

genio y de honda clarividencia, pretenda haber escrito en ese libro la filosofía de su raza, no tiene sino un valor muy relativo. ¿Quién es el que no se cree dechado y patrón de su propia casta? Y "Xenius" es —o era al menos— catalán de profesión. Pero el que un no pequeño número de jóvenes catalanes entusiastas, estudiosos y cultos lo crea también así, es ya otra cosa. Sólo la ofrenda de la edición fírmanla cincuenta y seis nombres de los mejor conocidos en Barcelona, y entre los que el más conocido para mis lectores será, sin duda, el de Francisco Cambó. Y hanse adherido después al homenaje muchos otros.

No cabe, pues, pasar por alto y como anécdota literaria de poca monta la publicación de este libro de *La Ben Plantada*. Podrá, no ser, en efecto, un ensayo de filosofía de la catalanidad —cosa bien ardua de desenredar, si es que cabe filosofía de un pueblo, y no más bien mera historia—, pero es, sin duda, un incipiente evangelio de una parte, y si no la más numerosa, seguramente la más culta de la juventud catalana congregada en Barcelona, y que se decora con el título de *noucentista,* la del siglo XX, es decir, la de la confluencia entre el pasado y el porvenir.

Y si leído este pequeño evangelio estético-político —y empleo el segundo término de este compuesto en la fuerza toda de su derivación etimológica, de "polis", la ciudad—, le ocurre a algún lector lo que a mí, y es que su contenido disuena de sus más arraigadas visiones y aspiraciones, tanto más de razón para ahincarse en su comprensión y su estudio, pues el más alto modo que de completarse tiene el hombre es el de tratar de penetrar en lo más opuesto a su propio espíritu y de asimilárselo, aunque sea por contraposición, en lo posible. Es la más alta

lección que de veinte años de enseñanza de los clásicos griegos he recibido.

La bien plantada, la garrida moza que apareció en el pueblecito de baños de la costa catalana me fué simpática —¿y cómo no?, que dirían en la tierra donde nació— al serme conocida, mas con esa simpatía que despierta en un viejo un niño. Volvía a sentirme ante los jóvenes novecentistas que la celebraban como un sacerdote egipcio ante griegos, y volví a murmurar lo que ya otra vez, al presenciar el blanco vuelo de pañuelos con que terminó la celebración del *aplec* de la protesta en la Plaza de Toros de Barcelona, el 21 de octubre de 1906, murmuré:

¡Seréis siempre unos niños, levantinos!
¡Os ahoga la estética!

[En el libro *Poesías*.]

Mas quiero darme cuenta de la bien plantada, acaso para enderezarla un sermón. Y eso que apenas sino a través de su glosador la conozco. Y ha de serme permitido poner en duda la exactitud de este glosador en describírnosla, ya que alguna vez he puesto en duda la exactitud de Cervantes al presentarnos a Don Quijote, y, sobre todo, a Sancho.

Habla la Bien Plantada un catalán puro y castizo, o, mejor dicho, acaso bien ceñido, *escayent*. Pero, ¿qué es un catalán puro y bien ceñido? ¿Es el que habla el pueblo? ¿Y es que hay "un" catalán", "un" solo catalán? ¿No hay más bien un conjunto de dialectos catalanes que integran el habla catalana? ¿Subsiste acaso su uniformidad —no ya su unidad, que esto es indiscutible— como lengua literaria? ¿No es más bien el catalán literario una creación artística, y, aunque a base de vida real, en gran parte artificiosa? "Hay dos maneras de hablar el catalán en Cataluña —dice el señor Rucabado, uno de los

comentaristas de *La Ben Plantada*—: por inercia y por renovación. Hay mucha gente que habla y escribe un catalán como sus abuelos. Pero las generaciones nuevas hablamos y escribimos en catalán por conciencia de nuestra personalidad nacional... Ellos hablaban 'todavía' catalán. Nosotros hablamos 'ya' catalán." No cabe delatar más fina y sutilmente el artificio. Artificio que consiste en gran parte en preferir el vocablo más lejano al correspondiente castellano, aunque no sea el más castizo catalán. Tan castizo catalán es *logar,* lugar, como *indret* (cf. francés *endroit*), y tanto *cada ú,* cada uno, como *quiscum* (cf. francés *chacun*); pero... el uno suena a menos castellano y a más francés el otro.

Y esta garrida moza que se llama Teresa —ya hablaremos de este su nombre— nació en Asunción, es decir, en la América española, que es donde está acaso el porvenir de los pueblos ibéricos todos, pero... en castellano. Y habiendo nacido en la América de lengua castellana, y no haciendo sino dos años que de allí volvió, y siendo como es la lengua de todo hombre, no la de su hogar, sino la de su calle; no la que en su casa se habla, sino la que se habla en el pueblo en que nació, ¿habla la Bien Plantada catalán puro y castizo? No lo creo. Lo que hablará ha de ser más bien suramericano puro y castizo, es decir, castellano. Como tienen que hablar castellano no sólo los catalanes nacidos en América, sino todos los que sueñen en una acción hacia fuera de la raza, en una expansión de ésta. De seguro que la Bien Plantada no impondrá en catalán su estética y su ética. Ahora, si es que no quiere imponerla... El que no impone es impuesto...

Pasa luego su glosador a definírnosla, como si de una ecuación se tratase. No quiere darse a comparanzas, pero acaba por emplearlas. Es que la vida, que no es definición, se impone. "No cantes nada

—dice—, no exaltes, no mezcles nada; define, cuenta, mide." Muy bien. Y nos dice que la Bien Plantada tiene un metro ochenta y cinco centímetros de alzada. Lo pongo desde luego en duda; y no porque ésa sea para mujer una altura desmesurada, no. Pues que se trata de medir con exactitud, pongo en duda que una mujer viva, cualquiera, tomada al azar tenga así 1,85, ó 1,75, ó 1,76 exactos. No; la perfecta conmensurabilidad es la excepción; dos líneas cualesquiera trazadas al azar, son las más de las veces inconmensurables entre sí. La perfecta conmensurabilidad cabrá, a lo sumo, en las líneas del un edificio; pero es porque se trazaron antes a cuenta y medida. Además, la Bien Plantada es una mujer de carne y hueso y no un edificio trazado a razón, número y medida, y como mujer de carne y hueso no tendrá exactamente la misma alzada ni en dos posturas diversas ni en dos momentos.

¿Y luego, por qué 1,85 en sistema métrico francés? ¿Por qué no una cana y 2/3 o cosa así? ¿Por qué no medirla en catalán?

Aunque no, no; la raza es inconmensurable. No se debe medir a una mujer viva, y en cuanto a los hijos de la Raza, que los talle quien los lleva a servir al Rey.

Tiene la Bien Plantada manos bastas y pies no chicos. Está bien. Lo que yo no comprendo es que proponiéndose "Xenius" definir, contar y medir y nada de comparanzas, nos saque la comparación de los brazos de la bailarina rusa Trouhanowa. Esta anécdota cosmopolita disuena aquí, y una disonancia, nos lo dice el mismo "Xenius, es peor que un pecado.

Y sigue describiéndonos a la Bien Plantada y su sensualidad casta, y cómo se muestra en ella el instinto de maternidad antes que el de sexualidad. Aquella frase suya de: "A mí, por ahora, en cuanto a

los hombres, tanto me da; pero me gustaría tener criaturas que fuesen mías", es una frase humana, mejor dicho, femenina, profundamente femenina, pero no diferencial de la Bien Plantada. Creo aún más, y es que tomándola como símbolo de la Raza, no es acaso la que más privativamente puede aplicársela. La otra Teresa, la castellana, la del nombre adusto, encendido, amarillo, bilioso, áspero, está mucho más cerca de la maternidad original, mucho más lejos de la sensualidad más o menos casta.

Y es que "Xenius", que ha ennoblecido, que ha elevado a símbolo a la Bien Plantada, y que mientras mira a ella a través de sí mismo no va mal, da traspieses y marra cuando dejándose de definirla, contarla y medirla, nos la compara con la otra Teresa. No ha tratado bastante a esta otra Teresa, la adusta, la áspera, al parecer; no la ha tratado con intimidad, y es acaso que en vez de encontrarla en un camino, al aire libre, en una de sus andanzas —porque es como Teresa de Jesús, la monja, andariega—, la ha encontrado tan sólo de ama de casa, celosa de las tradiciones de su hogar y cuidando de que no se abran demasiado las ventanas, pues con el sol se llena de moscas la sala en esta brava tierra de Castilla.

Si viniera a conocer a esta otra Teresa, a la rica hembra, en su propia tierra, en una alquería, entre sus criados, vería cuán otra es de como se la figura acaso. No es, no, la moza de rompe y rasga y de pañolón de Manila que vió tal vez en las calles de la Corte y Villa.

Mas prosigamos.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 29. IV. 1912.]

II

ESTETICA Y ECONOMIA

El poderío de la Bien Plantada no se ejerce por el desorden, sino por el orden, nos dice "Xenius". Pienso un rato en Roque Guinart y sigo leyendo que la Bien Plantada no es como un rayo que cae, sino como un hogar encendido que esparce serenidad y simpatía en derredor. Su movimiento se ajusta a proporción perfecta, y lo mismo su manera de mirar, y su voz, y sus palabras, y su modo de dar la mano, y su manera de vivir, y de tratar, y de ser amiga; y no digamos nada de su manera de bailar. Y yo me digo: esta perfecta y proporcionada moza, ¿es de carne y hueso? Porque la perfección no es de carne y hueso, sino, a lo sumo, de mármol y de madera.

La Bien Plantada serena y ordena. No es doña María la Brava; no es tampoco la trágica Inés de Castro. ¿Y qué diría de la Bien Plantada aquella otra trágica mujer catalana, aquella Mila que en su novela *Solitut* nos ha presentado una mujer catalana también, que se oculta tras el seudónimo masculino de "Víctor Catalá"? "Xenius", un hombre, nos define, cuenta y mide a la serenadora Bien Plantada, plantada a orillas del mar latino; y "Víctor Catalá", una mujer, nos muestra la entraña de otra mujer, tan catalana como Teresa; de la Mila que perdida entre los barrancos del Pirineo, siente que las filtraciones de la soledad cristalizan amargamente en su destino. Matías, el santero, el marido de la Mila, es una realidad, y el novio de la Teresa es una esperanza, y una esperanza... no catalana.

Y tenemos a Adelaida —Adalaisa— a la del conde

Arnaldo, a que tan egregiamente cantó el ya inmortal Maragall. Porque Adelaida es trágica. "En Adelaida —dice "Xenius"— el instinto parece, sobre todo, dirigirse al fin de la especie, mientras que en la mía (en la Bien Plantada) lo que funciona sutilmente es el instinto de la Raza; es decir, una cosa que ya es inteligencia, y profunda, inconscientemente, cultura. Adelaida habría sido lo mismo que fué contando no más que con la tierra y el cielo de su patria. La Bien Plantada, en cambio, tal vez no fuera lo que es hoy, si no hubiese existidos Ausias March. Tomando las cosas por otro lado, Adelaida es de la montaña, y la Teresa es de la marina."

Y lo diferencial, lo concreto, lo propio, lo realmente consciente, lo más vivo, es la montaña y no la marina. Ya sé, sí, ya sé que se tiene al mar por más progresivo que a la montaña, pero no lo creo así. Cambia día a día, hora a hora, segundo a segundo, pero siempre es igual. Lo dijo Lord Byron en aquella estupenda estrofa 182 de su *Childe Harold:* "El tiempo no traza arrugas en tu frente azul; ruedas hoy tal como el alba de la Creación te viera." Así el mar, así una estatua; no así una montaña, que va, aunque muy poco a poco, desmoronándose; no así una mujer de carne y hueso. Porque Teresa, la bien plantada, se ajamonará, envejecerá y morirá al fin, y ésta es una de las cosas que no le han dicho los que allá, en aquel pueblecito de baños, buscaban cánones en su perfección corporal, que se morirá. Y hay que decírselo, para que haga penitencia en expiación de haber traído a esos jóvenes novecentistas al retortero. Y algún día le ha de convenir prepararse a bien morir. Y no estará de más que se vaya preparando a esa preparación.

La Bien Plantada vive y en vivir concentra sus energías. Está bien. Sus ocupaciones, por orden de preferencia, son: primero, dormir; segundo, bañar-

se; tercero, ir al teatro; cuarto, bailar; quinto, recibir cartas de las amigas; sexto, coser; séptimo, lavar, en verano, si no se lo impidiesen; octavo, leer; noveno, hacer visitas, conversar y otros menesteres que la sociedad impone; décimo, contestar las cartas de las amigas.

Dormir; muy bien. Dormir es acaso lo más espiritual que podemos hacer; es tomar un baño en nuestro protoplasma anímico, en el océano del espíritu; es acostarse en el regazo de Dios, es rehacerse.

Muy bien nos dice "Xenius" que "la excelsa criatura encuentra tal vez en el secreto de su dormir no sólo una renovación de sustancia, sino también una renovación de inspiración. Cuando ella duerme es cuando el Inconsciente le da sus consejos infalibles".

Pero Teresa, cuando duerme, ¿sueña? Parece que no. Y el que no sueña dormido sueña despierto. Ese porvenir en que estando despierta piensa Teresa, no es más que un sueño.

Se baña y hace bien, pero, a las veces, el baño deja de ser necesidad de aseo para convertirse en voluptuosidad de holganza. En el baño ahogaron los bárbaros a los patricios romanos; bañándose es como se perdió también Grecia. Porque se perdió. Y baila; ¡muy bien! Cuanto más y mejor baile de soltera, mejor se rendirá, después de casada, a su marido, que ha de ser, ¡claro está!, de otra raza.

Ayudan a definir a la Bien Plantada las cosas que le rodean, la montañita tranquila, el árbol solitario y fuerte, la alquería enana, el molino de viento, el barco de vela. Parece ver uno aquella magnifica oda del poeta valenciano Querol, *Ausente*. Del barco de vela nos dice "Xenius" que miremos cómo se nos presenta graciosa y esencial la utilitaria disposición de él; nada que sea inútil, pero nada en él tampoco que no sea elegante.

Sí, la utilidad de la belleza y la belleza de la utilidad, la inconmensurabilidad, la fusión acaso entre la estética y la economía, la ley de economía rigiendo toda relación de belleza. Por eso la Bien Plantada es económica; esto es, ordenada, estética hasta en la administración de la caridad. "Hoy no damos limosna —le dice a un pobre—, vuelva el martes." Es costumbre del pueblo, en efecto, que los pobres pasen a recoger la limosna los martes, nos dice "Xenius". Sí; es costumbre en casi toda España, no en Cataluña sólo. Pero en punto a esto, quiero recordar aquella frase épica que en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* he citado, la de aquel pobre que al llamarle la atención uno de sus parroquianos de caridad, después de haberle socorrido, que no era sábado, contestó: "Tome, tome su *perra* y busque otro pobre." El pobre a quien la Teresa le dijo que volviese el martes se fué refunfuñando, y ella y su madre quedánrose mirando al insolente rebelado contra la costumbre, y la madre dijo con unas palabras naturales y profundas: "No debe ser de aquí".

En efecto; los pobres insolentes y malencarados, insolentes porque se rebelan contra la costumbre, no son de ningún aquí nunca, son siempre de allí, son siempre de fuera. Y son los que traen la renovación con sus insolencias y su rebelarse a la costumbre, y Teresa, así como su madre, si son cristianas, deben saber que no hay pobres de aquí ni de allí, y que no se le puede decir a todo pobre que vuelva el martes, porque es acaso Cristo, Cristo que pasa una vez sola para no volver. Y porque ese pobre pondrá acaso una bomba antes del martes, y acaso al ponerla no haga mal. Que no es con economía, no es con estética como puede tratarse a los pueblos, sino con religión. Y la religión en lo más íntimo de ella es antieconomía, es antiestética; es pa-

sión, y pasión irracional, inconmensurable a la razón. Es dar limosna por corazonada.

La caridad de Teresa, y de su madre, es una caridad para andar por casa, pero hay que saber dar limosna por el impulso irracional y sin saber a quién, al primero que pasa, sin esperar al martes, al de fuera.

La Teresa "tan obediente a la oculta tradición, antigua y noble, de su Raza, tendría alguna cultura aunque no supiese leer", nos dice "Xenius", y esto es muy exacto y lo sabe muy bien el diputado demócrata "por algún lugar de Galicia", que se le acerca. ¡No ha de saberlo! ¡Si es acaso Galicia donde más cultura hay entre los que no saben leer, donde hay más oculta tradición, antigua y noble, de toda España! Ni en la ciudad en que el joven diputado demócrata vive se habla todavía de modernistas, lo aseguro, ni se habló de ellos sino entre cuatro jóvenes desocupados. No, allí no se habla de jóvenes modernistas, ni se habla aún de jóvenes novecentistas. Les tiene todo eso sin cuidado. Viven sin razonar la vida y así, sin razonamientos, conquistan Teresas.

Que se ande con cuidado, con mucho cuidado, la Bien Plantada, o mejor dicho, que se anden con cuidado sus adoradores y devotos, que pudiera ser que a ese novio, que cayó de improviso, le desbanque un diputado cualquiera demócrata, un domador de Teresas y de muchedumbres.

En la vida de la Bien Plantada, como en toda mujer de carne y hueso, como en la de toda mujer inconmensurable, lo más importante, lo único importante es su casamiento, es lo que le hará madre, aunque al hacerla tal estropee las armoniosas proporciones de su cuerpo. El símbolo puede ser virgen; la realidad viva no puede serlo, porque es madre. Teresa, que anhelaba tener hijos, tiene que casarse, y no con ninguno de sus platónicos adorado-

res, no con ninguno de los que la definen, cuentan y miden. ¿Cómo va a entregarse una mujer de carne y hueso, una mujer "inconmensurable", a un hombre que se le presenta con un metro para tomar su talla? ¡Imposible! ¡Antes al diputado demócrata!

"¡Se consumó la tragedia!", dice "Xenius", al hablarnos de cómo Teresa se fué con su novio, dejando plantados a sus definidores. Así tenía que ser.

Veamos, pues, su matrimonio, la tragedia.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 13. V. 1912.]

III

Del matrimonio de Teresa

Al llegar "Xenius" a hablarnos de cómo la Teresa se fué con su novio, parece a las veces acercarse a tocar la cuerda trágica, aunque luego su racionalidad le retiene de ello. Y eso que hay en el libro éste de *La Ben Plantada* un pasaje honda e intensamente trágico, el "Del terrible poderío de una dama hermosa". Pero no se refiere a Teresa la categórica, no, sino a la "Dama de Aragón", a una Ana María anecdótica, robadora del amor, de la que su propio hermano se enamora. Y es esta disonancia trágica del incestuoso deseo, lo que da la tragedia es el pecado, que todo lo desordena y nos lleva de la estética a la religión, de la contemplación y el goce a la desesperación y la penitencia.

Teresa, que lleva generosa sangre de almogávares en sus venas, que acaso cuenta entre sus nobles antepasado a Don Juan de Serrallonga, el que no quería le ejecutasen hasta haber dicho el "creo en la resurrección de la carne"; Teresa, uno de

cuyos bisabuelos, ibero furioso, peleó contra los gabachos en el Bruch; Teresa, que es en el fondo —quiéralo o no y créalo o no ella misma— africana; Teresa no quiere que la definan, que la cuenten ni que la midan, quiere tener hijos, y para ello que la tomen de mujer, no de símbolo ni de estatua canónica. Si Beatriz no se hubiese muerto no se habría casado con el Dante, y de haberse casado con él no hubiese escrito la *Vita Nouva*. Y no sé si esto habría sido un mal o un bien para Italia y no para el público literario.

"Los números son los principios y la esencia de las cosas", enseñaba Pitágoras en Crotona el siglo VI antes de Cristo, y "Xenius" dice que ésa es también la doctrina de Teresa, llamada la "Bien Plantada", doctrina profesada, bien que sin palabras en un pueblecito de la marina, provincia de Barcelona, el año de gracia de 1911. Y agrega el definidor de Teresa: "Quien pueda entender que entienda".

Pues bien; yo, que conozco también a Teresa y he tenido con ella un secreto coloquio, aseguro que ésa es la doctrina de la Teresa símbolo o visión; de la que bajó de las nubes a envolver y a velar a Teresa la real, de carne y hueso, inconmensurable, pero esa doctrina pitagórica e inhumana no es —¡gracias sean dadas a Dios por ello!— la doctrina de esta Teresa real, la de sangre de almogávares. El principio y esencia de las cosas humanas, que son las única que a Teresa le interesan, es la sangre, y la sangre, principio de la raza, no es número.

Y es natural, Teresa se casa, y se casa para huir de sus platónicos, esto es, inhumanos adoradores, y se casa porque cree en la resurrección de la carne y que la naturaleza es algo más que cenizas caídas de las ideas que subían.

Al parecer en el pueblecito de la marina el novio que ha de llevarse a la Teresa —si antes no se la

quita un diputado demócrata—, "Xenius", el definidor, nos dice que la anécdota se ha tragado a la categoría. ¡Naturalmente! Es lo que sucede siempre; siempre lo más vivo se traga a lo menos vivo. Es el toro el que se come la florida yerba del prado, y no la yerba al toro. Todas las categorías del mundo no pueden destruir una sola anécdota, y una sola anécdota destruye a las categorías todas.

Y es porque el mundo, la realidad viva, que es, como Teresa, inconmensurable e irracional, es anécdota y no categoría Es Alejandro, y no Platón, el que domina el mundo, para mayor bien y felicidad del mundo mismo. Y aun entre los dictadores de la palabra, del pensamiento, fecundan al mundo los macedónicos, no los platónicos. ¡Y no digamos de las razas!...

La raza es anécdota, no es categoría; la raza tiene historia, no tiene filosofía. Tácito nos enseña de razas y de hombres de raza mucho más que Platón. Hay más vida en los *Anales* y en las *Historias* que en la *República* y las *Leyes,* y vida más trágica, es decir, más viva.

La Teresa real, la anecdótica, la de carne y hueso, y ésta es la raza, la verdadera raza, la histórica, se le va a "Xenius", su definidor, con el novio, y entonces el filósofo se consuela con otra Bien Plantada, la que se le aparece en una llanura de los alrededores de la santa ciudad de Roma. Y es al describirnos esta visión de la Bien Plantada y su ascensión al cielo del ideal platónico cuando toma en "Xenius" la palabra su más solemne y espléndida vestidura, y su catalán, de suyo armonioso, se hace armoniosísimo. La aparente ligereza del resto de este breviario del novecentismo intelectual de Cataluña se cambia aquí en luminosa profundidad. Hay algo de religioso, aunque no con la religiosidad de

la Teresa inconmensurable y real, en estas henchidas páginas.

"Piensa "Xenius" —le dice a éste la Teresa ideal o transfigurada, la que escapó de la anécdota—, cómo me he dado y cómo has tenido tú la mejor parte. ¿Había de turbarte un novio, una miserable anécdota epitalámica? Como tú me has poseído, "Xenius", jamás hombre me poseerá en la tierra. Tú formulaste mi definición, que es una manera de conquista. Tú aprendiste de mi esencia y la desparramaste por el mundo. Tú aspiraste mi encendida fragancia y contemplaste desnuda mi entelequia..."

Y mientras la Teresa transfigurada le decía esto a "Xenius" en su catalán puro y bien ceñido, la otra Teresa, la histórica, la anecdótica, la que lleva generosa y ardiente sangre de almogávares en las venas —sangre que no se puede pesar—, ésta decía a su marido ternezas en el cálido castellano que aprendió en la Asunción. La Teresa platónica le hablaba a "Xenius" de yo no sé qué siglos de servidumbre a que ha estado sujeta su raza y que han extinguido en ella la virtud antigua; y la otra Teresa, la histórica, la real, le decía a su marido cómo renace a nuevos destinos su raza de allende los mares, en la América en que ella nació, y cómo renace a esos destinos en el habla internacional ibérica. La Teresa de la visión romana le habla a "Xenius" de una gloria futura de su Roma —así, en mayúscula, como cumple a una categoría platónica—, y la Teresa de carne y hueso le habla a su marido de un porvenir que es ya presente en su seno; de un porvenir de su raza histórica —así, con minúscula—, como cumple a la anécdota que vive. La Teresa ideal le habla a "Xenius" de un día en que vea el Mediterráneo nacer de sus espumas nuevas ideas, y la Teresa real le habla a su marido de cómo cruzan

el otro mar, el mar grande, el mar de todos, el que une a los dos gemelos continentes, tantos y tantos nietos de los almogávares que van a engendrar allí, en la Asunción, nuevas Teresas.

Sí, ya sé, ya sé, que esta Teresa inconmensurable, anecdótica, histórica, ibérica, que os presento no es menos símbolo que la Teresa inconmensurable, categórica, filosófica, helénica más aún que latina, que "Xenius" nos ha dado a conocer; pero esta suya es símbolo de una idealidad, y la mía lo es de una realidad; la suya lo es de una Escuela o de una Academia; la mía de un pueblo. Y los pueblos no se hacen con traducciones íntegras de Menandro. Se hacen más, aunque esto pueda parecer blasfemia, con bombas que ponen los insolentes y malencarados mendigos de fuera a los que se les dice que vuelvan el martes, pues hay que hacer la caridad con número, peso, medida y proporción. Y ese mendigo de fuera era, me consta, un mendigo catalán también, y era de una barranca del Pirineo, de un sitio donde no hay espuma de mar con que hacer ideas.

Dejemos que "Xenius" y los de su Academia posean a la Teresa idealmente y agradezcámosle el habérnosla definido y medido, ya que Teresa, la de carne y hueso, que por haberse criado en la Asunción, donde se habla nuestra lengua, era nuestra, lo es más aún por su matrimonio. Dejémosles como consuelo a la que estiman la tragedia de este matrimonio, se aprovechen de la lección de estética y de filosofía que de sus armoniosas proporciones de virgen se desprendían, puesto que ahora, una vez casada y cuando va a engendrar hijos de carne y hueso, hombres y no ideas, anécdota y categoría, es nuestra. Y aprovechémonos de la definición que de ella nos da "Xenius", como los romanos se aprovecharon de las

definiciones helénicas y tomando lo vivo de ellas las convirtieron en arma de combate y de dominación. Tenemos que aprender, sin duda, en lo que fué Teresa y en la Teresa ideal, ya que la Teresa real es y será nuestra. Tenemos que aprender de este breviario.

El Evangelio, escrito originariamente en griego, sólo se universalizó en latín y se fecundó al contacto de las Doce Tablas. Y fué Roma la de los soldados y legistas, la de Tácito el anecdótico, la que domeñó, para universalizarla, a Grecia, la de los mercaderes y filósofos, la de Platón el categórico; fué Roma la que al otorgar derecho de ciudadanía a todos sus conquistados, espiritualizó y universalizó las razas de éstos; fué Roma, en que moralizó Séneca, cantó Lucano, bromeó Marcial, adoctrinó Quintiliano y Trajano reinó, la que dejando que en Bizancio se pudrieran las categorías y el cisma de Focio acabara por petrificar el helenismo, dió su asiento a la Iglesia universal, a la Ciudad de Dios, que dijo Agustín el Africano. Siglos más tarde, a principios del XIV, una banda de aragoneses y catalanes caía sobre Grecia para fundar un pasajero ducado de Atenas, y Ramón Muntaner, estando en su alquería de Xiluella, en la huerta de Valencia, recibía la visión de un anciano vestido de blanco que le mandaba escribir el libro de las grandes maravillas que había visto. Y dos siglos después de esto, en el XVI, descubierta por Castilla América, conquistaban los castellanos para la lengua del Cid la tierra en que había de nacer, de sangre de catalanes, y había de criarse Teresa. Su símbolo ideal flota sobre las espumas del que llaman allí "mar muerto"; y un símbolo real, todo de anécdotas, que son las que dan hijos de carne y de pasión, vive, y sufre, y anhela, y lucha, y espera, y desespera también, a ambas márgenes del gran mar de todos, del mar que fué para Platón un sueño y

es una realidad viviente para nosotros. ¡Viva, pues, Teresa la Bien Plantada!

Y yo, como "Xenius", repito las palabras del maestro: "El que quiera entender que entienda."

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 20. V. 1912.]

LEYENDO A MARAGALL

I

En estas pasadas vacaciones de Navidad, después de una pequeña campaña en Madrid, encerréme en casa a descansar, a leer, a estudiar, a meditar, a escribir, a prepararme a nuevas luchas, en fin. ¡Ah!, y a buscar nueva materia para mis obligados escritos y alimento para mi espíritu a la vez. Que el que consume para producir, acaba por no poder pasarse sin el consumo.

Eché mano, entre otras cosas, de un gran amigo muerto, de Juan Maragall. Quiero decir que de sus libros. Hase publicado sus obras completas en once volúmenes, seis de la serie castellana y cinco de la catalana. Y en aquélla, en la serie castellana, cinco volúmenes son de *Artículos.* Los artículos que Maragall publicó de 1892 a 1911, durante diecinueve años, principalmente, casi su totalidad en *El Diario de Barcelona.* Y ha sido para mí una fiesta recorrer en unos pocos días, muy pocos, esta labor fragmentaria, de articulista periódico, de cerca de veinte años. Era como un nuevo conversar con mi amigo, que goza ya de la paz y el silencio que tanto amaba y en el seno de su tierra catalana.

Maragall fué un poeta, un gran poeta, un poeta grandísimo —mayor que él no le tuvo España en el pasado siglo— y un poeta catalán. Pero lo más, en cantidad, que de él nos queda son artículos en pro-

sa castellana. Y en ellos hay que ir a buscar no su filosofía, que en rigor no la tuvo, sino su estética reflexiva. Porque si sintió e imaginó en catalán, pensó en castellano, en la lengua en que no sentía. Y de aquí la discreta moderación, la timidez, la opacidad gris de su pensamiento, cuando en sus poemas se nos aparece tan trasparente y tan nítido.

Maragall fué un poeta, pero un poeta catalán, a quien la vanidad primero, según él mismo nos lo confiesa y dice, el hábito luego, una necesidad interior, le llevó a escribir periódicamente artículos en prosa castellana y a ser aquello de que más renegaba a las veces: escritor profesional.

Primero y ante todo y sobre todo fué un poeta. ¿Y qué es ser un poeta? El mismo va a decírnoslo. Hablando de Ruskin (18-II-1900, y de aquí en adelante señalaré así las fechas de sus artículos), nos dice que era un poeta, es decir, "que tenía una visión total de la vida por la belleza". En otro, al tratar de Campoamor (21-II-1901) y llamarle el poeta de mayor sustancia de la España del siglo XIX, añade: "Queremos decir que es el que ha tenido un sentimiento más completo de la realidad poética de la vida y expresión más propia y luminosa de ella."

Otra vez, comentando el que se le hubiese concedido el premio Nobel a Sully Prudhomme, y que la obra de éste revelara un espíritu investigador y observador, según el informe de la Academia de Estocolmo, dice Maragall que "no son ésas precisamente las cualidades esenciales de un poeta" (19-XII-1901). Otra vez nos dice que "así como cada planta da su flor, siendo uno solo el misterio de florecer, cada poeta da la misma palabra eterna según él es", hablando del poeta catalán Pijoán (24-X-1905). En el fondo, Maragall sentía, como Novalis, uno de sus poetas preferidos, y cuyo *Enrique de Ofterdingen*, tradujo al catalán, que: "la poesía es

la sola realidad absoluta; he aquí en sustancia toda mi filosofía. Cuanto más bella una cosa, más verdadera es".

Era, pues, el suyo, como el de Novalis, uno que podríamos llamar panpoetismo y del cual surgió su filosofía toda, si es que de filosofía maragaliana se puede hablar. Y es que Maragall era ante todo y sobre todo un poeta, nada menos que un poeta. El mismo, al hablarnos de su don Juan Mañé *(Mi Don Juan Mañé,* 26-IX-1901), nos dice: "El, hijo de la voluntad, vió en mí a un hijo de la fantasía. Y tras algunas tentativas, tan cariñosas como vanas, para educar mi voluntad en su escuela, resolvió que yo era solamente un poeta, y se resignó a mi compañía." ¡Y cómo debía halagarle a Maragall, en el fondo de su alma, este juicio de su maestro amigo! "Porque por más que se ría la gente —decía—, lo cierto es que a la corta o a la larga los poetas son los que mueven el mundo." ¿Qué político, qué industrial, qué hombre de ciencia, ha tenido más parte que Maragall en la formación del alma catalana moderna?

Era, pues, Maragall un poeta, y un poeta, naturalmente, catalán, en su lengua propia, en aquella en que sentía, en la que su madre le enseñó a balbucir en la cuna, en la del pueblo que le rodeaba. Y es que no cabe ser poeta en otra lengua que en aquella en que se siente, en el dialecto conversacional. Y tomo aquí la voz dialecto —dejándome de ridículas discusiones, en cuyo fondo no hay sino dos vanidades contrapuestas e igualmente incomprensivas—, la tomo en su sentido más primitivo y directo, en el etimológico: lenguaje conversacional por oposición al escrito y oficial. Y así cabe decir que junto al castellano oficial, académico, hay tantos dialectos castellanos, o si se quiere españoles, como pueblos o localidades, y si me apuran mucho,

tantos como individuos. Y el poeta tiene que cantar en ese su dialecto.

Hay más aún, y es que el poeta, más que otro cualquiera, crea su lengua. Por eso es poeta. Y lo somos todos en cuanto, en cierto modo, creamos nuestra lengua. En un artículo titulado *Poesía viva* (26-II-1903), que Maragall dedicó a las *Extremeñas,* de José María Gabriel y Galán, después de decirnos que "somos poetas de verdad cuando forzados por el ritmo de una delicia misteriosa que nos produce súbita e inesperadamente una realidad, la cantamos sin saber lo que nos decimos", contrapone unos versos oratorios, más bien declamatorios y enfáticos de Quintana, a unos de Galán en dialecto extremeño. Y después de decirnos que antes se le olvidará el nombre de Quintana que el de Galán —esto es algo fuerte—, dice que los versos de aquél están "en hermosa lengua castellana, de la legítima, de la académica; en una palabra, de la oficial". Lo que ya no es cierto. Porque la lengua legítima castellana no es la académica, no es la oficial, la única que en rigor conocía Maragall y la única que pueden conocer los catalanes que no han vivido fuera de Cataluña y aun muchos que fuera de ella vivieron. Como que se les conoce. La lengua castellana de Balmes, la de Piferrer, la de Pi y Margall, la de Sardá y Salvany, la misma de Maragall con todas sus excelencias, jamás sabe a dialecto. Y es que la lengua castellana viva, aquella en que se puede cantar poesía viva, es una integración de dialectos. Y hay dialecto santanderino y burgalés y palentino y zamorano y salmantino y avilés... y luego de cada pueblo y aun más.

"Yo creo —añadía Maragall a propósito de Galán— que así que una lengua llega a ser oficial, ya no sirve para la poesía." Y creía bien. En cuanto oficial... ¡no!, no sirve. Ni para la prosa viva, para la verdadera prosa poética, es decir, para aquella en

que uno piensa, esto es, crea según va escribiendo, y no para aquella otra en que repite lo ya pensado y oficialmente admitido. "El castellano académico lo entendemos todos demasiado, y así para nosotros ya no puede ser un lenguaje emotivo, ya no puede ser emotivo", dice luego. ¡Claro está! En una lengua hecha, acabada, sólo puede expresarse bien el pensamiento hecho ya, acabado. Pero el pensamiento que se está haciendo, en vías de formación acaso tumultuosa, el pensamiento poético, ese sólo puede adecuadamente expresarse —sea en verso o no— en una lengua en vías de formación, acaso tumultuosa, en una lengua en creación, en un dialecto. Y no pocas veces en un dialecto individual.

"El alma del pueblo es esencialmente dialectal y sólo ella es manantial de poesía", dice luego Maragall, y añade: "El inglés de Dickens es estrambótico; el del poeta Burns es un dialecto escocés; el modernísimo de Rudyard Kipling es una mezcla de *slang* londinense y dialectos coloniales; y los tres autores son de los que, modernamente, más al vivo han mostrado el espíritu inglés". Indudable, pero a condición, ¡claro está!, de que ese dialecto sea algo sincero, natural. Porque puede muy bien ser otro artificio más. Y en cierto modo —hay que decirlo, pues es verdad— el dialecto extremeño de Galán era un artificio, un artificio que por imitación a Vicente Medina tomó el poeta, que era maestro de escuela, que había enseñado gramática académica y que era salmantino y no extremeño. Porque en el pueblo en que nació y se crió Galán, en Frades de la Sierra, en el riñón de la charrería salmantina, se habla también, como en todas partes, un dialecto, pero que no es precisamente el que se habla en el Guijo de Granadilla, lugar extremeño donde Galán se casó y estableció y cuyo lenguaje o dialecto remedaba en sus versos extremeños. Y más de una vez le dije

que en ese remedo corría riesgo de cometer pecados, no de omisión, sino de comisión académica, es decir no que las palabras y giros extremeños, o más bien granadillenses, insertos en sus poesías no fueran de los que realmente se usaban por el pueblo, sino que otros vocablos y giros, oficialmente castellanos o académicos con que allí rellenaba los huecos del dialecto, no serían de los usados por el pueblo.

Que también en esto del dialecto, y sobre todo cuando se escribe en él por oposición consciente al lenguaje oficial, hay insinceridad y hay hasta... academismo. ¿Es que los escritores catalanes no tienden a crear un catalán, si no oficial, por lo menos oficioso, unitario, académico? ¿Es que la lengua en que está escrita la *Atlántida* de Verdaguer, es la que habla el pueblo de la plana de Vich, donde nació y se crió el poeta? El catalán, y con él el vascuence, el gallego y el bable, son, como el castellano, un conjunto de dialectos cada uno, más o menos integrados, y lo mismo puede cometerse pecado de academismo escribiendo en catalán, en vascuence, en gallego o en bable que en castellano. A la lengua española, oficial o académica la llamó Maragall "un acartonado *volapük* hispanoamericano para el comercio, la gaceta y la prensa de gran circulación", y la llamó bien; pero yo añado que en mi nativo país vasco se ha dado en escribir un vascuence o eusquera que es peor que un acartonado *volapük*, porque es una insoportable jerigonza de gabinete que ni los mismos que la escriben la entienden.

Sí, el poeta verdadero no puede cantar más que en dialecto, pero en el suyo propio, individual. Maragall en el dialecto maragalliano. En una lengua personal, pero que pueden entender los otros; en una lengua que, en rigor, vaya uno creándola según habla; aunque, como es natural, con materia-

les que toma de su pueblo, con palabras que oye. Y esto no sólo con el verso sino con la prosa.

El encanto de los escritores que piensan escribiendo, que escriben acaso para pensar y no piensan para escribir ni escriben por haber pensado —recuérdese lo de Schopenhauer, que tantas veces he citado—; el encanto de esos escritores es que se hacen su lengua, es decir tienen estilo. Y no le tienen los que aplican una lengua hecha, una receta. Y así en castellano tenía acaso más que nadie estilo Santa Teresa, que escribió en dialecto teresiano, en una lengua que se iba ella misma, con vocablos avilenses, creando. Y de otro escritor de estilo personalísimo, y por cierto muy enrevesado y difícil, de Plotino, dice el docto historiador alemán de la literatura griega Wilamowitz-Moellendorff, que pensaba con la pluma. Como que se le siente pensar cuando se le lee y se siente que aquel pensamiento es una tragedia.

¿Es que así, escribiendo cada uno en su dialecto, no hemos de entendernos? Al contrario. No sólo nos entenderemos, sino que nos comprenderemos mejor. Hablando Maragall del *Cançoner,* de José Pijoán, escribía: "Así su palabra es palabra de gracia. Yo no conozco en la poesía catalana una cosa igual: que la expresión sea tan poco 'literaria', tan popular y también tan personal e inconfundible; que sea tan genuinamente catalana, y al mismo tiempo tan llena de sentido, que parece dicha en una lengua universal que todo el mundo ha de entender. Es esta lengua universal que está en el fondo de todas las lenguas, y que hace que cuanto más profundamente una lengua es lo que es, más viene a ser todas las lenguas; cuanto más particular, más general. Esta lengua universal es la poesía. Y el día en que la poesía humana llegue adonde ha de llegar, cada

hombre hablará una lengua individual y, sin embargo, todos se entenderán unos a otros."

Esto está bien, muy bien, y es digno del gran poeta, del excelso poeta catalán, y español por lo tanto, que sentía con Novalis que la poesía es la sola realidad absoluta. Sí, la sola realidad absoluta es lo absolutamente real, lo absolutamente concreto, la conciencia individual expresándose con su dialecto individual, personal. Y todas las conciencias se unen y armonizan, aun luchando entre sí, en una sola conciencia, que es la humanidad común. Y esa lengua poética es la verdadera lengua universal, y no cualquier *volapük* o esperanto, más o menos ridículo. ¡Y hasta hay quien se atreve a escribir poesías en... esperanto! ¡Que Apolo acabe de entontecerle de tal modo que hasta escribir olvide!

Y este poeta, este gran poeta Maragall, este poeta catalán, lo que más escribió fueron artículos periodísticos en prosa castellana. Cerca de doscientos cincuenta contienen los cinco volúmenes de *Artículos* de la serie castellana de sus obras, esto sin contar los *Elogios* castellanos y algunas otras composiciones en prosa, y no falta —¡qué ha de faltar!— poesía y muy honda poesía en esos artículos en prosa castellana. Y tanto más cuanto más se avanza en ellos. En sus últimos años, cuando declinaba en su temprana muerte, en su ocaso, destilaba más gloria el alma tiernísima y trasparente de Maragall.

Hay en esos artículos, entre muchas cosas de ocasión, del pícaro oficio, de puro periodismo de actualidad aparente, otros de eterna actualidad, que siempre se lee con igual interés, de eterna poesía. Sobre todo los que le inspiraban sus salidas al campo y sus vueltas desde él a la ciudad —¡la ciudad!— a aquella Barcelona que tan intensamente quiso y tan hondamente comprendió. ¡Como que la comprendió poéticamente! Basta leer su *Oda nova a Barcelona.*

La mayor poesía de los artículos en prosa castellana de Maragall hay que ir a buscarla, en efecto, en aquellos que describen sensaciones de campo, de montaña, y en los de las fiestas tradicionales. Así *Pascua de Resurrección* (10-IV-1898). *La Montaña* (XI-1901), *Poesía de noviembre* (7-XI-1901), *Canción de Navidad* (26-XII-1901), *Corpus* (29-V-1902), *Navidad* (25-XII-1902), *El día de San José* (19-III-1902), *La paz de los campos* (29-XII-1905), *Sensaciones de otoño* (31-X-1905), *Martes Santo* (10-IV-1906), *Alegría de Pascua* (16-IV-1906), y tantos más. Sobre todo en su última época.

Como los niños sentía hondamente la poesía de esas fiestas solemnes —*solemnis,* de una sola vez al año— que vuelven cada año, y sentía la dulzura de hablar del tiempo, de lo de hoy, de lo de siempre.

Y hay en su prosa castellana no ya pasajes de una intensísima poesía, sino frases, frases sueltas, que él tanto amaba. Pues me ocurrió más de un vez con él, leyéndole poesías o dándoselas a leer, que se detuviese, no en un pensamiento aunque fuese poético, no en una metáfora, sino en una frase halagadora. Recuerdo que al leerle mi romance *El ciprés y la niña* me detuvo al llegar a los dos versos que dicen:

Y en las serenas tardes
de los tranquilos días

y lo repitió dos o tres veces. Y en la composición *La Catedral de Barcelona,* que le dediqué, lo que me señaló no fué lo que yo creía y sigo creyendo haber allí puesto de más intenso, sino estos cuatro versos:

A esta mi áspera tierra catalana,
a los adustos campos de Castilla,
de Portugal a los mimosos prados
y al verde llano de la dulce Francia (1)

[1] Ambas composiciones en su libro *Poesías* (1907). (N. del E.)

discutiendo tan sólo si no habría estado mejor decir "de la Francia dulce". Pues de esas frases están los artículos en prosa castellana de Maragall llenos. Ya cuando nos habla de "la divina sonrisa de los moribundos", ya "al dorado caer de la tarde", ya cuando la frase le resulta como un endecasílabo, como aquello tan sugestivo de "la triste paz de la mujer estéril". ¡La triste paz de la mujer estéril! (1). ¡Cuánto no dice esto!

Otras veces la frase es ingeniosa, mas si se ahonda en ella se ve que no hay más que ingenio y sofisma. Como lo de "dar la vaciedad del alma en humo de palabras". Porque donde hay humo hay fuego y no cabe dar humo de palabras sin haber antes encendido algún fuego, aunque sea de virutas y hojarasca.

Por dondequiera, en los artículos periodísticos de Maragall, y más, como he dicho, según él se acercaba más a su muerte, encontraremos poesía.

Y ahora bien; este poeta, nada más que poeta, según lo dijo Mañé y Flaquer, nada menos que poeta y poeta catalán, ¿cómo se movió a dedicarse a periodista o articulista en castellano? Tenemos en esto que oírle a él mismo, porque formuló terribles juicios contra esta profesión de escribir periódicamente para el público. Vamos a verlo.

Salamanca, enero de 1915.

[*La Nación*, Buenos Aires, 7. III. 1915.]

II

¿Cómo —decíamos— se movió Juan Maragall, poeta y poeta catalán, a dedicarse a escribir artículos en castellano? Según él mismo nos dice, por vanidad.

---

1 Este verso lo utilizó Unamuno para título de uno de sus escritos. Véase más adelante, en este mismo tomo. (N. del E.)

En un artículo titulado *Examen de conciencia* y publicado el 8 de agosto de 1905, en pleno verano, después de decirnos que la atonía social de la estación quitaba asuntos de actualidad "a los que hacemos oficio de escribir para el público", añadía que el forzado artificio de buscar un tema "por no tener nada que decir espontáneamente" le podría resultar provechoso para sí y para los demás, "cosa en nuestro oficio preciosa y rara".

Y dice: "Pregúntese cada uno: —Yo, ¿por qué empecé a escribir para el público? Y muchos seremos los que, en conciencia, habremos de contestarnos: —Por vanidad. Yo era muy joven, nada mío tenía que decir a las gentes, pero leía, leía mucho, y las cosas que leía me causaban admiración; y los hombres capaces de causar esta admiración mía y la de todo el mundo me parecían hombres superiores, y sus nombres gloriosos; y empecé a desear ardientemente causar a los demás la admiración que ellos me causaban a mí, y que mi nombre llegara a ser famoso como el suyo. Yo que era casi un niño, ¿qué podía decir al mundo? Nada nuevo, nada mío, porque ni a él ni a mí mismo conocía; pero un prurito de exhibición me hacía considerar mío lo que más impreso quedara de las lecturas en mi mente, que lo elaboraba en otras palabras, y con esta diferencia meramente exterior me satisfacía para poner mi nombre al pie de aquella superficialidad, y lanzarlo así al público. ¿Me importaba a mí algo el haber dado forma propia a una idea propia o el bien o el mal que aquello pudiera causar a mis hermanos los hombres? No; lo que me importaba era que mi nombre corriera por el mundo y que, por este solo hecho, la gente me señalara por la calle como a un joven superior, y mis amigos se sintieran pequeños a mi lado. Esto es lo que yo quería. Así empecé. ¡Vergüenza ahora a mí!"

Y empezó Maragall a escribir, a sus diecisiete años, por vanidad, según él mismo nos cuenta. Mas lo que nos importa no es por qué empezó a escribir, sino por qué siguió escribiendo, por qué y para qué acabó escribiendo. Porque lo que empieza tal vez por vanidad y sigue por rutina o interés, lo que se hace oficio puede acabar en vocación y en apostolado. "¡Ay! —exclama después—, que conozco que he pecado mucho en todas estas cosas y que no he sabido redimir mis palabras de la culpa original de vanidad en que fueron engendradas!" Mas esto no fué así.

Maragall, como excelso poeta, religiosamente poeta, sentía la santidad de la palabra y pocos habrán rezado con más entrañada intimidad que él aquello de: ¡santificado sea tu nombre! Sentía la santidad de la palabra y que no se debe profanarla. En un artículo titulado *El derecho de hablar,* y que debía más bien titularse *El deber de callarse,* artículo del 30-I-1902, recordando aquella frase del filósofo ginebrino Ernesto Naville: "¡He creído y por esto he hablado!", añade que debemos decirnos: "Dudo, y, por tanto, me callo". Y agrega: "¡Profesión el hablar, con la lengua o con la pluma! ¡Qué gran aberración! Público y profesionales imbuyéndose mutuamente en ella han llegado a tomarla por la cosa más natural del mundo. Y, sin embargo, a poco que se medite se comprenderá en seguida su enormidad y su funesta trascendencia." Y sigue diciendo que es monstruoso que un hombre se gane la vida hablando al público, aunque no tenga nada que decirle, que es lo que sucede el noventa y nueve por ciento de las veces. Y sigue el escritor enfilando líneas para recomendar el... ¡silencio!

He aquí un deber, el deber de callarse, que no hay que predicar mucho en España. El gran pintor Zuloaga, mi paisano, le decía a Eugenio d'Ors, el

exquisito prosista —prosista-poeta— catalán, refiriéndose a un enano de Segovia que le sirvió de modelo para uno de sus más hermosos cuadros: "¡Habrías visto qué filósofo!... ¡No dice nada!" Y filósofos así los tenemos a montones. Como que el sumo de la filosofía es nuestro radicalísimo nihilismo, que no consiste en enseñar que todo es nada, o que no vale nada todo, o que de nada se sabe nada, sino que consiste en no decir ni enseñar nada de nada. ¿Para qué?

En aquel mismo artículo decía Maragall: "Yo, autor, empezaré por no hacer profesión de autor. Buscaré una manera de ganarme honradamente la vida sin meterme a llamar la atención de los demás con mis palabras; me convenceré de que son muy contados los hombres superiores que tienen misión de hablar y nunca creeré que sea yo uno de ellos... etcétera." ¿A qué seguir? Y añade que si el malhadado oficio de autor le ha penetrado hasta las entrañas, si es demasiado viejo para mudar de oficio, si su vida se encuentra comprometida en tal aberración, entonces procurará atenuar el mal parafraseando los eternos sentimientos afirmativos que son la fuerza del hombre: Dios, la belleza, el amor, la alegría de la creación. Y es que Maragall no quería comprender que se escriba para hacer dudar, para hacer pensar, para inquietar.

Pero en mayo de 1904 escribió un artículo titulado *Escritor,* que es una feroz acometida al oficio de tal. "Escritor quiere decir uno que escribe por profesión: es hacer profesión del escribir, y como escribir no otra cosa es que hablar por signos gráficos, resulta que profesión de escribir es profesión de hablar: ¡escritor, hablador! Avergoncémonos. ¿Cómo podemos tolerar, cómo complacernos en tal sacrilegio? Hablar es cosa sagrada; hay en ello todo el divino misterio de la humanidad: es expresarse, dar

el alma a nuestros hermanos cuando el alma necesita darse y es esperada. ¡Y de esto hacemos una profesión! ¡Y comemos de ella! Y ¡comemos de ella con orgullo! ¡farsantes! ¡sacrílegos!" Y Maragall... escribía. Y hacía muy bien en seguir escribiendo. Hablaba de mudar de oficio, pero seguía escribiendo.

¿Y para qué escribía? Una vez nos dice que por ser "deber de todo ciudadano aportar a las cuestiones generales del estado su individual criterio en la medida de su razón y por el medio que mejor tenga en su mano". (*El trágico conflicto,* 4-IX-1902.) Otra vez dice: "A dónde voy, ni qué impulso es éste que me mueve a decir todas estas cosas yo no lo sé", y añade que podrá haber dicho muchas cosas vagas, y otras incoherentes y de muy poco sentido, y aun algunas incomprensibles, y concluye: "Por una sola que germine y viva pido que se me absuelva del resto." (*Sensaciones de otoño,* 31-X-1905.) Absuelto, pues, ¡y con premio! En otro artículo (*Del tiempo,* 21-XI-1905), decía: "¿Qué más da, pues, que yo hable ahora del asunto del día, del libro, del discurso, del triunfo, del duelo, o que hable del cielo que tengo delante de mi ventana? Hasta creo que da más que hable del cielo y de las copas de los árboles que oscilan ante mi vista. Porque ya, ¿qué busco sino el acorde de mi corazón con el de aquel que me escucha?" Y concluye: "No creo, pues, haber perdido el tiempo comunicando mi sensación del día de hoy si con ella he dado el tono de mi alma acordado con el de algunas otras." No, no lo perdió.

En otro artículo, de los últimos (*El cesto de frutas,* 28-IX-1911), nos dice que otros podían haber sentido otras cosas que él sintió, más grandes o más pequeñas, "pero lo mío, no; lo mío era bien mío, era de la ciudad y a ella lo traía yo ahora como un puñado de tierra, como un ramo de flores, como

un cesto de frutas que uno lleva del campo a su casa y a los suyos".

Importa muy poco por qué empezamos a escribir los que escribimos para el público y hemos hecho de ello una profesión. Lo que importa es por qué seguimos escribiendo y cómo escribimos. No, claro está, que nos ensoberbezcamos del oficio, que nada tiene para ensoberbecerse por él. De Nuestro Señor Jesucristo sólo una vez se cuenta en los Evangelios que escribiese, y para eso en un pasaje que muchos diputan apócrifo, y es cuando los fariseos le presentaron a la mujer adúltera para que la juzgase. Y dice el sagrado texto que se encorvó al suelo, mostrando así la humildad del oficio de escritor, y escribió con el dedo desnudo, sin tinta ni caña, en el polvo del suelo no se sabe qué. Y conocí un señor presidente de una audiencia que nos dijo una vez que Jesucristo no sabía ni leer ni escribir, que había sido analfabeto.

¿Para qué escribimos? Para muchas cosas. Y no tan sólo como acaso crean algunos mentecatos maliciosos y torpes —*honni soit qui mal y pense*—, para ganarnos unas pesetas con ello.

Sólo las almas abyectas y envilecidas por el negocio pueden pensar así. Escribimos para muchas cosas, y de paso, claro está, para vivir en parte de ello. Yo, por mi parte, escribo para pensar, porque pienso escribiendo o hablando. Y creo que un escritor hace bastante si sabe repetir, repetir mucho y repetir bien. Ocio humilde tal vez este de repetidor, pero ocio necesarísimo en la república humana. Repetir, repetir mucho. Recordar a cada paso lo que de puro sabido se olvida. ¡Qué terrible eso de olvidar algo de puro saberlo! Y hay que repetirlo y darle cien vueltas y presentarlo de cien modos, muchos de ellos paradójicos, que son los más eficaces. Y con el oficio viene la vocación.

Como le llegó la vocación a Maragall. Sus últimos artículos, en que casi siempre defiende su fe, individualista, son un verdadero apostolado. El creía que se debe más bien cantar que hablar. Cantaba en catalán, hablaba en castellano. Y acabó haciéndose una especie de dialecto castellano propio. "¡Ah, si el agua que sale de la fuente pudiera hablar! Pero sí, habla: mejor que hablar, canta", nos dice una vez. (*La sardana y el género chico,* 12-XI-1905.) Y en el bellísimo artículo *Canción de Navidad* (26-XII-1901), cuando nos habla del rabadán de la canción catalana de Navidad, de aquel rabadán materialista e incrédulo, que no quiere ir al portal de Belén a adorar al Niño y que acaba diciendo: *¡No vull cantar!*, agrega el poeta: "No quiere cantar; es inútil. ¡No puede cantar, pobre *rabadá!* Los *rabadanes* no cantan."

Y él escribía: "Siendo, debiendo ser mis artículos periódicos reflejo de cuanta luz va pasando por encima de mi espíritu durante el período que los separa...", decía una vez (*La levadura,* 16-1-1906), y así era en verdad. Y otra vez, refiriéndose a Eugenio d'Ors, el exquisito prosista-poeta, le llamaba "periodista en el más bello sentido de la palabra, porque siente la actualidad de las cosas que el tiempo va dando, en relación con su profunda eternidad, y las dice con el mismo temblor todavía que una revelación pone en las palabras". (*Galería de catalanas hermosas,* 24-IV-1906.) Y así era también él, Maragall.

Lo que había era que le tenía miedo al público. Temía que le comiese. .Sabía en qué disposición de ánimo lee la gente los diarios y lo dijo en su prólogo de los *Escritos* de José Soler y Miguel. Tenía miedo al público. Tenía miedo a la mirada de la multitud. "¿Podrás sostenerla? Si te esfuerzas en sostenerla estás perdido, porque en este esfuerzo

por pensar en la multitud, te olvidas de ti mismo y ya no eres más que un reflejo de la luz que has encendido. Serás desde entonces una criatura de la multitud en vez de crear tú en ella. Ella te dará la fama a trueque de tu gloria, desvanecida para siempre. La corona que echarán sobre tu frente apagará la aureola que la ceñía: reinarás en su aplauso, pero no ya más en sus corazones; pudiendo haber sido su rey, serás su bufón, su favorito." (*La gloria y la fama,* XII, 1908.) Y en otro artículo, dirigido a una joven artista, el titulado *Otro rapto* (28-X-1911), le decía: "Porque el público es una cosa impura e impurificadora; para herir su sentido —y, ¿a qué irías si no?— habrás de valerte de los más groseros recursos de tu arte, y al gustar el éxito te aficionarás a ellos y los inventarás nuevos y al fin tu arte ya no consistirá sino en una diestra combinación de mecanismos." Y luego: "Habrás llegado a dominar al público perdiéndote en él para siempre."

Pero él, Maragall, conocía también la suprema gloria del escritor, la lucha constante con el público, con su público, el estarle conquistando día a día y no dejarse dominar de él, el no claudicar, el no entregarse, el no transigir a darle lo mismo que ellos piensan, a dar expresión a su pensamiento colectivo, al del público, un pensamiento como colectivo, hecho, sino a obligarle a pensar, a repensar, y para ello deshacerle el pensamiento e inquietarle, y si es menester irritarle.

En su artículo *Evocación* (21-1-1907) nos decía Maragall lo que le costaba escribir para un público lejano, al que no conocía de vista, cuyos centenares de rostros personales no podía imaginarse, ni el gesto de cada uno a cada una de sus palabras, y exclama: "¡Oh! ¡Mi público, mi público! ¿Dónde estás, mi público, que no te veo ante mi, y estoy

hablando solo en las tinieblas, como un poeta o como un loco? ¿Quién me dará la comunicación viva para que mis palabras tomen aquí algún sentido? ¿Por qué no veo yo ahora aquellas caras que solía, con la expresión de sus ojos, ni oigo aquellas voces que me replicaban o aquellos suspiros? Yo no las creía encerradas en el recinto de una ciudad, sin embargo; o creía al menos que en esta ciudad mía cabían muchas más gentes. Y he aquí que ahora me vuelvo del otro lado y a nadie veo, y me parece que estoy hablando solo. ¿Qué es esto?"

Cuando Maragall empezó en 1892 a escribir artículos periodísticos para el venerable *Diario de Barcelona,* el *Brusi,* como allí se le llama, el diario hoy más antiguo de España, tenía conciencia de no tener apenas más público que un público barcelonés. Poco a poco su fama y también su gloria —él, con Ernesto Tello, las distinguía, llamando fama al renombre, al resonar de nuestro nombre en los oídos de las gentes, y gloria al reinado, al resonar de nuestro espíritu en los espíritus—, su fama y su gloria fuéronse extendiendo por España toda y aun fuera de ella. Su público se ensanchaba, y con su público, su voz y su aliento y su espíritu.

Sabía ser escuchado en Madrid y en España toda. Su catalanismo se convertía en iberismo. Basta leer aquel su artículo sobre *La integridad de la Patria* (2-I-1909), en que narra una conversación con un portugués... ¡en francés! y a que llama diálogo trágico. Por supuesto que el que aquella conversación con el noble portugués en la terraza de un hotel de los Pirineos franceses, "en la hora de la siesta y paz del verano, cuando se habla íntimamente entre extranjeros y se tratan con ligereza los asuntos graves", que el que semejante conversación la hubiesen mantenido en francés no pasó de ser una pedantería del noble portugués. Se habrían en-

tendido muy bien, al poco rato, hablando cada cual su lengua, es decir, Maragall en castellano y no en catalán. Maragall habría entendido al portugués, de seguro, pero de lo que no me cabe la menor duda es que el portugués le hubiese entendido perfectamente a Maragall hablándole éste en castellano —y que lo hablaba y pronunciaba clarísimamente—, mejor que en francés. Más de una vez me ha ocurrido invitarme algún portugués a que nos entendiésemos en francés, decirle yo que no, que hablásemos cada cual en nuestra lengua, pues que entiendo perfectamente el portugués, y si es preciso —que hablando español, no lo es— lo hablo, y resultar al cabo que mi interlocutor no sólo entendía muy bien el español —como lo entienden, aun sin haberlo estudiado, los portugueses cultos— sino que lo hablaba. Y que lo hablaba... ¡mejor que el francés! En medio de aquel diálogo que Maragall llamó trágico, había hecho falta un castellano para poner de manifiesto ciertas pedanterías ya portuguesistas, ya catalanistas. Bien es verdad que el castellano habría introducido la pedantería castellanista.

Pues bien, os decía que a medida que Maragall sintió crecer su público sintió también que el alma de escritor que en él había se le crecía. Y no necesitaba buscar su público. Ni tampoco execrar vanamente del oficio de escritor. Que si es cierto lo de vanidad de vanidades y todo vanidad, es vanidad también decirlo. Y lo mejor es entregarse cada cual a su destino. El destino de Maragall fué el de escritor público. Empezó, nos dice él mismo, a sus diecisiete años, por vanidad. ¿Y qué importa? Supo entregarse a él, como supo entregarse a la vida y a la muerte; supo ponerse en manos de Dios. Y el oficio de escritor resultó para él una misión, un sacerdocio, un apostolado.

Y este poeta, este gran poeta, este poeta catalán,

grandísimo poeta catalán, excelso como poeta y como catalán excelso, metido a hacer artículos, a hacer teoría en prosa castellana, ¿tuvo alguna filosofía? ¿Qué tiene de catalana la filosofía individualista y sentimental de Maragall y qué tiene de española? Este hombre dijo: "Así, pues, español, ¡oh hermano mío!, abandona toda ficción política y entra en tu alma. Deja la ilusión de gobernarte a quien la tenga, y sigue imperturbable tu camino, el tuyo propio, individual, directo a Dios; y cuando llegues a alguna de sus alturas, vuélvete un momento al mundo de las naciones y de los estados y dales alguna limosna de tu luz, que les rija por algún tiempo, porque siempre esos grandes pueblos de las naciones y de los estados son regidos en el fondo por algún profeta o solitario de algunos de estos pequeños pueblos que les parecen sometidos" (*La espaciosa y triste España,* 17-VIII-1911). El hombre que escribió estas nobilísimas y acaso proféticas —¿por qué no?— palabras, tenía una filosofía, una filosofía sentimental y poética, y en algún sentido cabe decir que fué uno de los profetas o precursores de la filosofía española, tal vez ibérica, que aguarda aún quien la formule y al formularla la descubra el mundo.

Hemos de ver cuál fué la filosofía de Juan Maragall, el excelso poeta catalán y español.

Salamanca, enero de 1915.

[*La Nación,* Buenos Aires, 22. III. 1915.]

"LA TRISTE PAZ DE LA MUJER ESTERIL"

Este sonoro endecasílabo castellano es de un gran poeta, sí, de un grandísimo y excelso poeta; pero no de un poeta castellano ni que hubiese hecho nunca versos en esta lengua, que yo sepa. Este sonoro endecasílabo castellano aparece en un artículo que el excelso poeta catalán Maragall —el más grande poeta, acaso, de la España del siglo XIX— publicó, en prosa, claro está, en el *Diario de Barcelona* del día 3[illegible] de febrero de 1894 y que figura en el tomo primero de sus *Artículos,* que forma parte de la serie castellana de sus *Obras completas.*

En el tal artículo, titulado *Crispi el dictador,* pone a Crispi el viejo, el de 1894, el septuagenario, frente al otro Crispi, al joven, al revolucionario, al garibaldino, al que en 1847 fué a Sicilia a batirse por sus míseros compatricios contra la tiranía del rey de Nápoles, y les hace sostener un diálogo. ¡Terribles diálogos estos que sostenemos a las veces con uno de los que fuimos, con uno de nuestros yos pasados! ¡Bien decía aquel trágico escritor de tragedias que fué Cristián Federico Hebbel que la enfermedad mayor de la vida es que sepamos todavía lo que fuimos cuando hace largo tiempo que no lo somos ya!

El joven Crispi de Maragall le dice a Crispi el viejo: "Veo que los años te han vuelto muy metafísico"; y el Crispi viejo, el de 1894, le dice al Crispi joven, de 1847, según Maragall, esto:

"Es que ahora me parece ver el fondo de las co-

sas. El pueblo cree ser potente cuando no es más que fecundo. Se agita en un perpetuo malestar que es precisamente condición de vida. Esta agitación es necesaria para que de su seno puedan brotar las nuevas ideas, las nuevas fuerzas que han de regirle personificadas en determinados individuos. ¿Se ha dado nunca, puede concebirse siquiera un pueblo definitivamente contento y apaciguado? No, porque su paz sería la triste paz de la mujer estéril; y la humanidad ha de ser permanentemente fecunda. ¿Puede concebirse un pueblo en masa completamente dueño de sí mismo? No, porque entonces perdería esa constante aspiración a elevarse que, contrariada, produce sus héroes, sus mártires, sus grandes hombres, como del choque entre el pedernal y el eslabón brota la luz; ninguna idea nueva fructificaría, y llegaría un momento en que las sociedades se pararían en su marcha. Esto es contra la naturaleza y no ha de suceder nunca. La lucha ha de ser eterna, y a intervalos viva y sangrienta; el pueblo irá indefinidamente dándose nuevos dueños que arrojen a los antiguos cuando la idea nueva esté bastante madura para sustituir a la idea vieja; pero el pueblo, seguirá siendo pueblo."

¡La triste paz de la mujer estéril! Esta frase es digna del soberano poeta que en su gran poema *El conte Arnau,* al hablar con Adalaisa le habla de la fortaleza mujeril del parto, cuando chorreando sudor, encendida la cara, suelto el cabello, como astro radiante al salir de la brega gloriosa, nos da en abrazo furioso y su beso resuena como un canto.

Llavores que'l marit, més fred que'l marbre,
tremola encara com la fulla en l'arbre,
dret al costat del llit tempestejat
i ajegudes vosaltres, sens memòria,
embriagades per la gran victoria,
el rebreguéu al pit —volent—, més fort combat...

Y así es el pueblo cuando pare, esto es, cuando guerrea. ¿Quién ha dicho que la guerra es sólo matanza? No, la guerra es parto. Y acaso nacen muchos más de la guerra y gracias a ella que los que en ella mueren.

Se ha hablado como de una de las desgracias de España, de sus guerras civiles, motines, pronunciamientos, asonadas y revoluciones durante el pasado siglo XIX. Y yo estoy persuadido de que si no hubiese sido por todos estos combates de parto, estaríamos aún mucho más atrasados de lo que parecemos estar y acaso estamos.

Presentar como muestra del atraso de un pueblo sus conmociones y discordias interiores, es una vulgaridad que sólo tiene acabado sentido en la cabeza de un rentista, no siendo que éste juegue a la Bolsa y haga especulaciones con esos trastornos de orden público. Mucho más bárbaro que un pueblo agitado por facciones interiores en casi perpetua guerra civil, como lo estaba la democracia ateniense, es un pueblo que en una terrible paz interior —la paz de la abyección y de la servidumbre políticas— prepara una guerra exterior, se dispone a arrojarse sobre otro pueblo y a saquearlo.

La guerra civil es más noble que la guerra contra el extranjero, como es noble que un hombre pelee consigo mismo, riña batalla en su conciencia, y no lo es que pelee con el prójimo. Las guerras civiles obedecen siempre a ideales más puros y más altos que las exteriores. El pueblo que pelea dentro de sí por definir y afirmar su propia cultura, siempre en formación y en rectificación perpetua, es mucho más culto que el que imaginándose en su petulante vanidad haber llegado a un tipo definitivo de cultura, trata de imponérselo a otros pueblos. Las discordias interiores son las que ennoblecen y elevan a los pueblos en el camino de la cultura, del ideal; la con-

cordia interior en vista de echarse sobre otro pueblo envilece a aquel que la soporta.

La gran revolución francesa fué algo fecundo, muy fecundo en el orden del ideal, y lo fué para todos los pueblos, no sólo para el francés, mientras que las guerras del Imperio de Napoleón no lo fueron. Sin ellas se habría afirmado antes en Europa la obra de aquella revolución. No creo que sea verdad que los soldados de Napoleón nos trajeron a España la obra de la revolución francesa. Esa obra vino por otros caminos, por nobles patriotas españoles, de los motejados de enciclopedistas, que cuando Napoleón invadió a España se pusieron, como Floridablanca, Jovellanos y Quintana, frente a él. En cambio el alto clero más bien estuvo por el invasor aunque se dejara luego arrastrar del pueblo, como lo expuso muy bien el Conde de Toreno en su tan conocida *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España.*

En el libro tercero de esta su *Historia* nos dice Toreno que "el clero español antes de los sucesos de Bayona más bien era partidario de Napoleón que enemigo suyo, considerándole como el hombre que en Francia había restablecido con solemnidad el culto", y en el libro octavo, al contarnos la segunda entrada del rey José Bonaparte en Madrid, añade: "Mostráronse igualmente adictos varios obispos, y en tanto grado que dió contra ellos un decreto la Junta central, coligiéndose de ahí que si bien la mayoría del clero español, como la de la nación, estuvo por la causa de la independencia, no fué exclusivamente aquella clase ni el fanatismo, según ya queda apuntado, la que le dió impulso, sino la justa indignación general. Corrobórase esta opinión al ver que entre los eclesiásticos que abrazaron el partido de José contáronse muchos de los que pasaban plaza de ignorantes y preocupados."

Sí, Napoleón restableció con solemnidad el culto en Francia y el Káiser invoca a Dios y dirige una charanga durante una misa de campaña. ¡Y Dios nos libre en España de la triste paz de la mujer estéril!

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 5. VI. 1915.]

LA MUERTE DE JORGE FRAGINALS

Qui pot pensar la dolor del dessèsser?
E de tant mal, qui és lo qui's console?

(AUSIÀS MARCH, CXII, 33-34).

Hace cinco años apareció en Barcelona una de las novelas más robustas, más sobrias, más reales y más ideales que han sido publicadas en lo que va de siglo, y aun en mucho más, en España. Es una novela catalana, y muy catalana. Su nombre: *La vida i la mort d'En Jordi Fraginals*. Su autor, J. Pous i Pagés.

Es una novela de costumbres, y mejor que de costumbres, de sentimientos rurales catalanes. Jordi, esto es, Jorge Fraginals, es el segundón, el *fadristern* de la casa Fraginals, y como todos los segundones de esa casa han sido dedicados siempre, desde tiempo inmemorial a la Iglesia, Jorge tiene que hacerse cura. El padre no entiende de vocaciones ni de que se pueda desacatar su voluntad despótica y soberana y Jorge mismo, henchido de vida, nacido para la vida de lucha mundana, ni siquiera piensa en oponerse al destino. El cura que le prepara para el Seminario adivina su ánimo y se lo advierte al padre, que no le hace caso. El muchacho languidece y se amustia en el Seminario como un águila enjaulada; se enamora y merced al amor descubre su estado; huye del Seminario; refúgiase en casa de un tío materno, anticlerical e incrédulo;

empieza a hacer fortuna explotando bosques; cásase con su Alberta, a despecho de los padres de uno y otra; sigue redondeando su fortuna; no logra que el padre le dé por vivo, ni aun a la vista del nieto; pierde a la madre sin poderse despedir de ella; pierde al padre luego; sueña con hacer dos hombres de estudio de sus hijos, y luego en pleno vigor físico, en plena prosperidad, en pleno triunfo, le aparece un cáncer en un labio, y acaba viendo cómo le llega la muerte. Las últimas páginas, la lucha de Jorge con la certeza de su muerte próxima, el arreglo de su fortuna y negocios para asegurar el porvenir de sus hijos, la despedida de éstos y de su mujer y la final desaparición es de lo más intensamente trágico que hemos leído. El autor no nos lo dice, pero se adivina, que cuando en la final despedida, al encontrarse Alberta, después de un breve desmayo, sola y "levantándose de un salto, gritó alocada, extendidas las manos a las tinieblas, que se habían engullido a su hombre: ¡Jorge...! ¡Jorge...!" y "de más allá de la oscuridad la voz lejana del marido le respondió con extraño retumbo, como si viniese de pasada vida: ¡Piensa en los hijos, Alberta!", y "algo estalló en el corazón de la mujer, que cayó aplomada", adivínase que Jorge va a quitarse la vida antes de que la vida le quite el alma, va a ahorrarse los tormentos de una larga agonía retorcedora.

La narración es de lo más sobrio, de lo más robusto, de lo más narrativo que conocemos. La novela es novela, toda una novela y no más que una novela. Y por esto es tantas cosas. El autor no comenta, no diserta, no divaga. Pero como narra con supremo arte, sugiere. Algunas breves, muy breves, y escasas, muy escasas, escasísimas escapadas hay al mundo de las supremas preocupaciones mentales.

A Jorge "le faltaba aquel sentimiento de medrosa incertidumbre en las cosas del mundo que empuja a buscarse en un más allá el principio de certeza necesario a la vida humana. Y todo lo refería a sangrienta medida de hombre". Era catalán.

Jorge Fraginals no temía que las cosas del mundo se le fueran de entre las manos y de bajo los pies. No es que no pensara en desaparecer él: es que no pensaba en que le desapareciesen las cosas. Porque de haber pensado Jorge Fraginals en la muerte, habrá sido en que el mundo visible y audible y tangible y gozable se le fuese, y no en que se fuese él del mundo. ¿Adónde? ¿A que sus costillas sintiesen la dura tierra y le diera ésta vestidura, como dijo Ausias March? De quien es la enérgica expresión de *dessésser*, esto es: *des-ser, des-existir,* dejar de ser. La carne de Jorge Fraginals quería también volar, y esto de la *carn volar vol* es otra expresión ausiasmarquiana. Sólo que a Jorge le ocurría lo contrario que a Ausias el de:

Mon delit és vida contemplativa.
e romanch trist devallant en l'activa

(LXXXVII, 269-270.)

Y de pronto el cáncer le abre el sentido de la muerte a Jorge. "Y Jorge rumiaba ansiosamente para conciliar aquellos dos términos antitéticos: la experiencia cotidiana de la muerte al hombre yéndose del mundo para jamás volver y la realidad de aquel sentido que le daba certeza de haber de perdurar en él alguna cosa, no en una vida ultraterrena, que no sabía imaginarse, sino en el mundo y en la vida donde había pasado sus penas y alegrías de hombre.

"El enigma se le aclaró de una vez. Fué como una revelación que le mostró en forma nueva aquellos misterios de la muerte y de la vida. Y Jorge se

extrañó de no haber atinado antes de tan sencillo que era.

"¿Por qué sabiéndose la muerte próxima seguía trabajando como si hubiese de gozar largamente el fruto de sus esfuerzos? ¿Qué le obligaba a ocuparse de la esposa y de los hijos como si fuese de sí propio? El amor de familia, los lazos de la sangre, cierto. Pero, ¿qué había en el fondo de aquel amor? ¿De qué estaban hechos aquellos lazos? Jorge veía claramente que aquello no podía venir tan sólo del hecho de haber dado a sus hijos la vida. Entonces la Alberta habría quedado fuera de aquel amor y de la ligadura de aquellos lazos. Por otra parte, las bestias también dan vida a los hijos, y ya no se acuerdan de ellos así que pueden éstos campárselas."

Y el hombre que en toda la novela obra y siente y trabaja y aspira, pero apenas piensa, se pone a pensar que ha dado a sus hijos y a su mujer algo más que vida, que les ha dado una parte de su propia persona, y que esto vivirá en ellos cuando de él no quede rastro, y que acaso dentro de sí llevaba migajas —*engrunes*— vivas de sus antepasados. "Y una parte del hombre que soy —acaba pensando a los espolazos del cáncer— vivirá también en mis descendientes tanto como haya mundo, tanto como sobre la tierra queden hombres." Una cierta inmortalidad material, como se ve.

Jorge Fraginals no sabía imaginarse una vida ultraterrena, una que no fuese la del mundo, que no fuese aquella en que había pasado sus penas y sus alegrías de hombre. A pesar de sus años de seminario —o tal vez por ellos— no sabía imaginarse la contemplativa visión beatífica. Recordemos el *Cant espiritual* de nuestro grande, de nuestro máximo Maragall cuando le pide a Dios que le dé en sus

sentidos terrenales la eterna paz, y no querrá más cielo que este cielo azul:

> Deu-me en aquests sentits l'eterna pau
> i no voldré més cel que aquest cel blau,

cuando quiere detener tantos momentos de cada día y hacerlos eternos dentro de su corazón; cuando quiere que esta tierra, ésta y no otra, le sea patria celestial; cuando expresa cómo su fe y su esperanza se sostienen aquí, en la tierra, y cuando pide, al fin, que le sea la muerte un mayor nacimiento:

> sia-m la mort una major naixença

Y su Juan Sala Serrallonga, el famoso bandido, después de haber confesado sus culpas todas, hijas de la más fiera terrenalidad, muere rogando al verdugo que al oírle rezar el Credo no le mate hasta que haya dicho: *Crec en la resurrecció de la carn.* Esa carne, esa carne que con tanto vigor aparece en las duras y encendidas estrofas de Ausias March el intelectualista, el aristotélico, el que decía deleitarse en la vida contemplativa y quedarse triste al bajar a la activa, carne que le quemaba el fuego —*fochl crem ma carn* (CII, 137)—, que estaba enamorado de un corazón de carne tan dura que pedía a los hados la ablandaran —*un cor de carn tan dur, feu-lo ser moll* (XV, 30-31)— aquella carne aristotélica que pedía mezclarse en el día del Juicio con la carne de la amada:

> Lo jorn del Juhy, quant pendrem carn e ossos,
> mescladament partirem nostres cossos.
>
> [XCII, 249-250.]

Y no huía del dolor esta carne de Ausias, como

huyó la de Jorge. Pedía más bien que el dolor le fuera aceptable y escudo contra el olvido.

O tú, Dolor, sies-me cominal!;
encontra ublit vules-me sser escut

[XCVI, 35-36.]

Pero, ¿es que Ausias sintió acaso en lozanía de virilidad que el cáncer le empezara a dar tirones de las entrañas? El dolor de haber perdido a la amada, el que le pide ir descalzo y descubierto entre la tempestad de nieve (LVIII, 17-24), no es el dolor del cáncer que anuncia cómo ha de ser uno arrancado de la mujer y de los hijos, carne de su carne.

Este sentimiento de la otra vida, del más allá de la muerte, o mejor del centro de la muerte, tal como se nos revela en Ausias March, en Maragall, en el Jorge Fraginals, de Pous i Pagés, nos hace pensar en eso de que sea Cataluña en España donde más conventículos de espiritistas quedan, donde más gente trate de comunicarse con sus muertos. Y eso que Ausias March les dijo que los muertos no piensan en nada de los vivos:

Quant pens que-lls morts de res dels vius no pensen.

[XCII, 125.]

Pero, ¿y quién lo sabe?

Y esta terrenalidad, este creer llevar migajas de los muertos propios, ¿no es acaso el cimiento más fuerte de la tradición? ¿No es acaso el antídoto de ese quietismo tibetano de quienes en la tierra, más que ceniza de corazones y sesos que fueron y con la que se hará sesos y corazones nuevos, hijos de aquéllos, ven masa de hacer trigo y cebada con que sustentarse en esta miserable y pasajera vida, que no es sino una pesadilla?

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 13. VIII. 1917.]

RATPENATERIAS

Mariano.—*Nosotros, en cortesía*
y en us de la oteromía...

(Eduardo Escalante:
La chala, escena XVIII.)

Estoy leyendo los sainetes valencianos —los más de ellos bilingües— de Eduardo Escalante, que me traje, como delicado obsequio del Ateneo Mercantil, de esa ciudad del Cid y del rey En Jaume. Y leyendo esos sainetes llenos de fresca y espontánea poesía popular no he podido menos que compararlos con las rimas catalanas, que no valencianas, de aquel delicadísimo poeta que fué en lengua española Vicente Wenceslao Querol. Ninguna de las cinco poesías en catalán que figuran en las *Rimas* de Querol puede competir con las españolas. Son poesías jocofloralescas que huelen y saben a artificio y convención.

El que quiera sentir la valencianidad —no el valencianismo, que es otra cosa— de V. W. Querol, su amor a su tierra y pueblo nativos, que lea sus poesías españolas *A un árbol,* su *Carta a mis hermanas,* y, sobre todo, aquella maravillosa —una de las más hermosas poesías en "nuestra" común lengua— titulada *Ausente,* pero que no lea los *versos llegits en los Jochs florals de Barcelona de l'any 1872,* y titulados, como era de rigor, *Patria, Fides, Amor.* Estos versos no son más que ratpenaterías.

Ni podía ser de otra manera. Al escribir Querol

sus rimas catalanas —que no valencianas, repetimos— se encontraba preso no a la labor de expresar poéticamente lo que sentía, sino de fraguar una lengua que no le era propia, en que ni pensaba ni sentía. Porque Querol pensaba y sentía en español —o en castellano, si queréis— o en valenciano, en el valenciano de Eduardo Escalante y de Baldoví, pero no en el catalán ratpenatesco o jocofloral. Querol, aunque tan fino, tan distinguido, podía decir con el Miguel del sainete *Cheróni y Riteta,* de Escalante:

"Com el valensiá
no'l usa molt, la paraula
la té mes espeletiva
en castellano."

La musa catalana, aquella de que tan soberanamente habló mosén Verdaguer en su magnífica poesía *L'Arpa,* no era en la Valencia de Querol y de Escalante más que una musa convencional, un estro —o tábano— político. Cuando Serapio, en el susomentado sainete *Cheróni y Riteta, dice*: "Me pican mucho las musas", le responde Cheróni: "¡Pos a rascarse al corral!" Hay musas de que hay que rascarse.

¿Es que en Cataluña misma hoy, después de Maragall, el hombre más comprensivo que hemos conocido, aquel que nada excluyó, el que en su amor a su Cataluña incluyó un amor fortísimo a toda España y a todos los pueblos de lengua española, es que en Cataluña, después de Maragall, no se ha degradado la poesía en artificiosas delicuescencias no más que por el pedantesco empeño de fraguar una lengua lo más diferencial posible, una lengua defensiva, una lengua de señoritos que buscan en el traje y no en la manera de llevarlo su personalidad?

Oigamos lo que Gabriel Alomar nos dice en *Los Lunes de El Imparcial,* de Madrid, del día 13 de este mes:

"Los poetas actuales de Cataluña buscan la inspiración en el contagio educativo de sus lecturas, en los refinamientos, tan efímeros casi todos, de las escuelas profesionales extranjeras. Estamos presenciando el fenómeno de un nuevo trovadorismo, o, si se quiere, una nueva generación de conceptistas. La poesía es ya una construcción esotérica de verbalidades, manifestación de multiformes colegios eleusíacos; parece, en ocasiones, una tortura que el poeta se inflige a sí propio *(Heautontimorúmenos)* para producir, torturada también, su frase poética. Hay algo de masoquismo en esa violencia pasional. El poeta necesita subir al trípode sibilino para poder cantar. Esa evolución de la poesía se parece mucho a la que media entre la sincera espontaneidad del pensamiento filosófico y la argucia profesional de los sofistas, prontos siempre a convertir en trampolín de sus acrobacias intelectuales cualquier tesis que se les ofreciese. No incurramos en abogadismo de la poesía. No hemos de ser nosotros quienes llamemos, como mendigos, a la puerta de la inspiración, sino ella quien sacuda nuestro sueño y se imponga a nuestro labio para que transmitamos la voz del misterio que ella nos dicte."

Esto es muy exacto y se debe a que esos autores de sonetos eleusinos y aristocráticos o de prosas delicuescentes en una lengua y un estilo que son extranjeros en todas partes, esos señoritos "novecentistas" —¡pedantísimo mote!— que desdeñan por incomprensivos a los que viven en más ardiente y mordiente realidad popular, todos esos andan buscando, más que una personalidad ética, una apariencia de ella, y la buscan en un vestido de fantasía, en que hay retazos de trajes de payés. Algo así como los trajes de charra que en Carnaval visten aquí, en Salamanca, algunas señoritas de la tierra... o forasteras.

Prosigue Alomar, y dice:

"Lo curioso es que algunas de esas escuelas han llegado a imponer a la incurable multitud de los *snobs* una especie de glosolalia impresionista, que quiere reducir a fórmula algebraica la sugestión lírica."

Esa glosolalia impresionista proviene del empeño de hacer "diferente". Ni es posible hacer poesía fresca, viva, sincera, es decir, poética, con el empeño de hacer con ella la lengua y de diferenciarla, y ello más por motivos políticos que culturales.

¡Y no digamos nada en mi tierra nativa, la vasca! Las poesías que hoy se escriben allí en vascuence no se puede leerlas. Son el colmo del artificio. Más disparatadas que las poesías en esperanto.

El *Mireyo,* de Mistral, ha sido el monumento funerario del provenzal, su tumba poética. Y lo ha sido porque ya la lengua de Mistral es una lengua convencional y falsa. Su labor fué más labor de filólogo que de poeta. Escribió con un diccionario provenzal a la vista y procurando meter en sus versos los vocablos ya anticuados y los esparcidos en distintas regiones de Provenza, pero no comunes a toda ella. Y dentro de poco los marselleses leerán el *Mireyo* como los griegos modernos la *Odisea* o los judíos de hoy el *Cantar de los Cantares* hebreo, y en cambio seguirán cantando *La Marscllesa* en francés.

Las ratpenaterías no pueden con la vida.

[*El Mercantil Valenciano,* Madrid, 19. I. 1919.]

MAS DE LA ENVIDIA HISPANICA

La *Biblioteca catalana d'autors independents* acaba de publicar una obra de mi buen amigo Juan Estelrich titulada *Fenix o l'esperit de Renaixença.* En otras veces cuento con volver a ella, pues ofrece ancho margen a comentarios; por ahora me voy a limitar a transcribir aquí, traducido del catalán, un pasaje en que, por cierto, se me alude. Y que dice así:

"Dos hombres bien diferentemente representativos —Cambó y Unamuno— han coincidido en reconocer la envidia como la gran enfermedad psicológica de los hispánicos. En esto todos los peninsulares son idénticos; la unidad hispánica se comprueba, sobre todo, en los aspectos negativos, en los defectos. Quienquiera que haya resaltado en la cosa más modesta, habrá recibido los pinchazos de la envidia. Existe, pues, la envidia entre nosotros y existe en cantidades enormes. La hemos padecido, y de ello nos quejamos. Pero hemos de reconocer que no podemos extirparla. Es un rasgo hondo del carácter hispánico. También le tenían los griegos y bien agudizado, y los pedagogos antiguos no pensaron en extirparlo. Sabían que un carácter no es bueno ni malo; que es fuerte o débil, y que la maldad o la bondad dependen no tanto del carácter como de su utilización. ¿Y si de la envidia nativa inextirpable hiciésemos, por la educación, el principio del querer ambicioso? La envidia débil, la en-

vidia triste, la envidia de los impotentes es la envidia nefasta; el pobre envidioso se consume de pena. ¿Y la envidia fuerte? ¿No podía transformarse en una virtud impulsora? Las sociedades cultas utilizan el egoísmo individual haciéndolo derivar hacia finalidades sociales. Semejante operación puede cumplirse con la envidia fuerte, depurándola de toda bajeza, haciéndola confesable. Entonces la envidia se volvería voluntad de vencer, goce de brillar. Los triunfos individuales serían entonces ofrecidos a la ciudad; las propias coronas, a la Patria. La gloria hace generosos a los egoístas más aferrados."

Así Estelrich. Y Salvador de Madariaga, por su parte, hablando de ingleses, franceses y españoles, dijo que sus sendos vicios específicos eran la hipocresía, la avaricia y la envidia. Aquí, en Salamanca, me dijo una vez Cambó que la envidia había nacido en Cataluña. Otro recuerdo: Hace más de cuarenta y cinco años asistí en Madrid a una conferencia que daba Pi y Margall sobre don José María Orense a la misma hora que, en otro local, hablaba el jefe de otro partido republicano. Y jamás me olvidaré del gesto y tono con que Pi y Margall, alzando el índice de su diestra, dijo con su clara vocecita: "Orense no conoció la envidia."

Luego me contaba un republicano cómo en 1873 Roque Barcia le decía a Castelar, señalando a otro caudillo republicano: "No te fíes de él, Emilio, que te tiene envidia." Y hace poco hemos oído a un prohombre de esta república acusar a otro de envidioso.

Pero ¿para qué vamos a ir señalando anécdotas? El que quiera saber de psicología de la envidia hispánica que acuda al arsenal de nuestro gran Quevedo.

Y hay, además de las envidias individuales, las colectivas. Regiones que se envidian mutuamente.

Que no pueden verse; que esto, no verse —*invidere*—, es envidiarse. Y castas que envidian. El antisemitismo de los presuntos, supuestos y sedicentes arios, ¿qué es sino envidia, envidia tapada por un fingido orgullo que oculta la conciencia de un complejo de inferioridad? Y en el fondo de esa salvajería de ir a quemar iglesias —o andar a tiros con imágenes, como hace poco—, ¿qué hay sino envidia, envidia al sosiego de los creyentes, a su conformidad, a su resignación? ¿Al opio que les consuela?

Sí, tiene razón Estelrich: los griegos eran envidiosos. Y eran envidiosos los dioses que se forjaron a su imagen y semejanza. Basta leer a Heródoto para enterarse del *phthonos,* de la envidia, de la celotipia con que los inmortales perseguían a los mortales. Sólo que los griegos, los del ostracismo, hicieron de la envidia una de las principales virtudes democráticas. La envidia es acaso la virtud democrática fundamental, la que no se harta de exigir responsabilidades.

El pueblo judío, por su parte, pueblo de pastores, inicia su leyenda histórica por el asesinato de Abel el pastor, por su hermano Caín, el labrador, de cuya sangre surgieron los ciudadanos. Pero los que conocemos pueblos de abelitas, de ganaderos, sabemos que éstos han perseguido por envidia a los hortelanos. Tal aquí, en España, se hizo con los moriscos. Y la expulsión de los judíos, que habían dejado ya de ser pastores de ganados para ser pastores de ganancias monedadas, ¿no fué obra también de envidia? Y no digo de envidia ariana porque no sé qué es eso de arios, ni lo saben esos pobres racistas mentecatos de la cruz ganchuda.

Sigue Estelrich, después de lo citado, tratando de cómo hay que proponer a nuestro pueblo —él se refiere más propiamente al catalán, mas sin excluir a los otros hispánicos— la envidia emulativa, la que

nos obligue a empresas y ambiciones difíciles. A "sentir las fiestas y las apoteosis, elogiar gloriosamente, usando con amor el ditirambo, y condenando la envidia, el pesimismo, el rencor y la "reventada". Y luego habla de humanistas y de modernistas. Mas de esto, nosotros otra vez.

Ahora me sentía empujado a inquirir si esta república democrática ha depurado o no la virtud democrática de la envidia, si eran malamente envidiosas ciertas llamadas defensas; pero recuerdo lo de Trotzki de que "hay que echar fuera de los rangos proletarios, como a la peste, a los pesimistas y a los escépticos" —lo mismo decía don Alfonso—, y como se me ha acusado tanto de pesimista y de escéptico...

[*Ahora* Madrid, 18. IV. 1934.]

DISCURSO SOBRE LA LENGUA ESPAÑOLA

Este memorable discurso fué pronunciado en las Cortes Constituyentes de la República, el día 18 de setiembre de 1931. Discutíase por aquellos días el proyecto de Constitución y, al llegar el turno al artículo que hace referencia al idioma oficial, intervino Unamuno para defender una enmienda presentada a aquél. Con este motivo pronunció una magnífica alocución propugnando el uso nacional de la lengua española. Hay a lo largo de ella una vacilación en el empleo de dos términos al parecer sinónimos, los de "español" y "castellano", cuya pugna secular ha sido estudiada por Amado Alonso en su libro *Castellano, Español, Idioma nacional*. Buenos Aires, 1942. Pero el valor permanente de esta lección unamuniana, dictada en el ágora pública, ante un auditorio que, pese a algunas interrupciones, le escuchó con atención, es otro. Por su dimensión política, en primer término, y por ser una nueva manifestación de una actitud mantenida a lo largo de su vida de escritor y de maestro. Muchos de los conceptos anteriormente usados afluyen ahora, y si antes los hizo públicos con la pluma, reciben aquí el apoyo de su voz y de su gesto, ante un auditorio que no se daba cuenta de lo hondo de este problema nacional. Comentando este discurso y la sesión de las Cortes en que fué pronunciado, escribía, al día siguiente, un diario madrileño: "Don Miguel de Unamuno, ayer como siempre, propugnó la unidad de España en la lengua que ciñó la redondez del orbe y es todavía un imperio espiritual y un tesoro. La actitud del rector no podía ser más noble. Acreditó que podía departir con los catalanes en catalán, con los gallegos en gallego y con los vascos en la lengua adorable de Axular. No conoce sino quien ama, y si Unamuno puede hablar las lenguas de la nación es porque las ama. El castellano, empero, debe, en sentir del autor de *La agonía del Cristianismo*, ser el idioma hegemónico en el que los demás se refunden y cobran existencia nueva. Los apóstoles pre-

dicaban en cristiano, y cada cual los oía en su propia lengua. Así quiere Unamuno que se oiga el castellano en las regiones todas y en los dominios que aún conservan el idioma más allá de los mares."

Aquel período parlamentario fué de gran actividad para Unamuno. Tanto en el problema de la lengua nacional, como en el de la enseñanza del español en las regiones bilingües, como en el de los Estatutos regionales, volvió a sonar su voz. Recordemos, por ejemplo, sus discursos ante la Cámara los días 25 de setiembre y 22 de octubre de 1931, y 23 de junio del año siguiente. Los diarios de aquellas fechas los reprodujeron en versión taquigráfica, y fué grande el eco que despertaron en España. Pero el más característico de todos ellos es éste, porque junto a su sentido político, transido de ese gran amor que tuvo a su patria, hay un contenido literario espléndido. Aquél es el cúmulo de sus inquietudes españolas, y éste como una antología de sus lecturas.

Sus palabras emocionadas y sinceras fueron muy comentadas en el ámbito nacional, y los comentarios arreciaron pocos días más tarde, cuando el propio Unamuno —a quien tanto debía dolerle España en aquellos momentos, según la expresión que él mismo difundió— inauguraba solemnemente el curso académico 1931-32 en la Universidad de Salamanca y como rector de ella, con estas palabras, con las que cerraba un patético discurso: "En nombre de Su Majestad España, una, soberana y universal, declaro abierto el curso de esta Universidad universal y española de Salamanca, y que Dios Nuestro Señor nos ilumine a todos para que, con su gracia, podamos en la República servirle sirviendo a nuestra común madre patria." Aquel día se cumplían los cuarenta años de su llegada a Salamanca, para establecer en ella su hogar espiritual, al que fué fiel hasta su muerte.

Para reproducir el discurso que sigue, hemos utilizado el texto taquigráfico aparecido en el diario madrileño *El Sol*, cotejándolo con el del *Diario de Sesiones*, cuyas interrupciones han sido respetadas. Los textos gallegos, catalanes y valencianos, citados por el autor, han sido revisados con los de los poetas a quienes pertenecen.

Señores diputados:

El texto del proyecto de Constitución hecho por la Comisión dice: "El castellano es el idioma oficial

de la República, sin perjuicio de los derechos que las leyes del Estado reconocen a las diferentes provincias o regiones".

Yo debo confesar que no me di cuenta de qué perjuicio podía haber en que fuera el castellano el idioma oficial de la República —acaso esto es traducción del alemán—, e hice una primitiva enmienda, que no era exactamente la que después, al acomodarme al juicio de otros, he firmado. En mi primitiva enmienda decía: "El castellano es el idioma oficial de la República. Todo ciudadano español tendrá el derecho y el deber de conocerlo, sin que se le pueda imponer ni prohibir el uso de ningún otro." Pero por una porción de razones vinimos a convenir en la redacción que últimamente se dió a la enmienda, y que es ésta: "El español es el idioma oficial de la República. Todo ciudadano español tiene el deber de saberlo y el derecho de hablarlo. En cada región se podrá declarar cooficial la lengua de la mayoría de sus habitantes. A nadie se podrá imponer, sin embargo, el uso de ninguna lengua regional."

Entre estas dos cosas puede haber en la práctica alguna contradicción. Yo confieso que no veo muy claro lo de la cooficialidad; pero hay que transigir. Cooficialidad es tan complejo como cosoberanía; hay *cos* de estos que son muy peligrosos. Pero al decir: "A nadie se podrá imponer, sin embargo, el uso de ninguna lengua regional", se modifica el texto oficial, porque eso quiere decir que ninguna región podrá imponer, no a los de otras regiones, sino a los mismos de ella, el uso de aquella misma lengua. Mejor dicho, que si se encuentra un paisano mío, un gallego o un catalán, que no quiera que se le imponga el uso de su propia lengua, tiene derecho a que no se le imponga.

(*Un señor* DIPUTADO: ¿Y a los notarios?)

Dejémonos de eso. Tiene derecho a que no se le

imponga. Claro que hay una cosa de convivencia —esto es natural— y de conveniencia; pero esto es distinto: una cosa de imposición. Pero como a ello hemos de ir, vamos a pasar adelante. Estamos indudablemente en el corazón de la unidad nacional, y es lo que en el fondo más mueve los sentimientos; hasta aquellos a quienes se les acusa de no querer más que vender o mercar sus productos —yo digo que no es verdad—, en un momento estarían dispuestos hasta arruinarse por defender su espíritu. No hay que achicar las cosas. No quiero decir en nombre de quién hablo; podría parecer una petulancia si dijera que hablo en nombre de España. Sé que se toca aquí en lo más sensible, a veces en la carne viva del espíritu; pero yo creo que hay que herir sentimientos y resentimientos para despertar sentido, porque toca en lo vivo. Se ha creído que hay regiones más vivas que otras, y esto no suele ser verdad. Las que se dice que están dormidas, están tan despiertas como las otras; sueñan de otra manera y tiene su viveza en otro sitio. (*Muy bien.*)

Aquí se ha dicho otra cosa. Se está hablando siempre de nuestras diferencias interiores. Eso es cosa de gente que, o no viaja, o no se entera de lo que ve. En el aspecto lingüístico, cualquier nación de Europa, Francia, Italia, tienen muchas más diferencias que España; porque en Italia no sólo hay una multitud de dialectos de origen románico, sino que se habla alemán en el alto Adigio, esloveno en el Friul, albanés en ciertos pueblos del Adriático, griego en algunas islas. Y en Francia pasa lo mismo. Además de los dialectos de las lenguas latinas, tiene el bretón y el vasco. La lengua, después de todo, es poesía, y así no os extrañe si alguna vez caigo aquí, en medio de ciertas anécdotas, en algo de lirismo. Pero si un código pueden hacerlo sólo juristas, que suelen ser, por lo común, doctores de la letra muer-

ta, creo que para hacer una Constitución, que es algo más que un Código, hace falta el concurso de los líricos, que somos los de la palabra viva. (*Muy bien.*)

Y ahora me vais a permitir, los que no los entienden, que alguna vez yo traiga aquí acentos de las lenguas de la Península. Primero tengo que ir a mi tierra vasca, a la que constantemente acudo. Allí no hay este problema tan vivo, porque hoy el vascuence, en el país vasconavarro, no es la lengua de la mayoría. Seguramente que no llegan a una cuarta parte los que lo hablan y los que lo han aprendido de mayores. Acaso una estadística demostrara que no es su lengua verdadera, su lengua materna. Tan no es su verdadera lengua materna, que aquel ingenuo, aquel hombre abnegado, llegó a decir en un momento: "Si un maqueto está ahogándose y te pide ayuda, contéstale: *Eztakit erderaz.* No sé castellano". Y él apenas sabía otra cosa, porque su lengua materna, lo que aprendió de su madre, era el castellano.

Yo vuelvo constantemente a mi nativa tierra. Cuando era un joven aprendí aquello de

Egialde,
guztietan,
toki onak badira,
bañan biyotzak diyo:
zoaz Euskalerrirá".

("En todas partes hay buenos lugares, pero el corazón dice: vete al País Vasco.") Y hace cosa de treinta años, allí, en mi nativa tierra, pronuncié un discurso que produjo una gran conmoción, un discurso en el que les dije a mis paisanos que el vascuence estaba agonizando, que no quedaba más que recogerlo y enterrarlo con piedad filial, embalsamado en ciencia. Provocó aquello una gran conmoción, una gran alegría fuera de mi tierra, porque no es lo

mismo hablar en la mesa a los hermanos que hablar a los otros; creyeron que puse en aquello un sentido que no puse. Hoy continúa eso, sigue esa agonía; es cosa triste, pero el hecho es un hecho, y así como me parecería una verdadera impiedad el que se pretendiera despenar a alguien que está muriendo, a la madre moribunda me parece tan impío inocularle drogas para alargarle una vida ficticia, porque drogas son los trabajos que hoy se realizan para hacer una lengua culta, y una lengua que, en el sentido que se da ordinariamente a esta palabra, no puede llegar a serlo.

El vascuence, hay que decirlo, como unidad no existe; es un conglomerado de dialectos en que no entienden a las veces los unos con los otros. Mis cuatro abuelos eran, como mis padres, vascos; dos de ellos no podían entenderse entre sí en vascuence, porque eran de distintas regiones: uno de Vizcaya y el otro de Guipúzcoa. ¿Y en qué viene a parar el vascuence? En una cosa, naturalmente, tocada por completo en castellano, en aquel canto que todos los vascos no hemos oído nunca sin emoción, en el Guernikako Arbola, cuando dice que tiene que extender su fruto por el mundo, claro que no en vascuence.

Eman ta zabalzazu
munduan frutua
adoratzen zaitugu,
arbola santua.

("Da y extiende tu fruto por el mundo mientras te adoramos, árbol santo.") Santo sin duda; santo para todos los vascos y más santo para mí, que a su pie tomé a la madre de mis hijos. Pero así no puede ser y recuerdo que cantando esta agonía un poeta vasco, en un último adiós a la madre Euskera, invocaba el mar y decía: *Lurtu ichasoa.* ("Con-

viértete en tierra, mar"); pero el mar sigue siendo mar.

Y ¿qué ha ocurrido? Ha ocurrido que por querer hacer una lengua artificial, como la que ahora están queriendo fabricar los irlandeses, que por querer hacer una lengua artificial, se ha hecho una especie de *volapük* perfectamente incomprensible. Porque el vascuence no tiene palabras genéricas, ni abstractas, y todos los nombres espirituales son de origen latino, ya que los latinos fueron los que nos civilizaron y los que nos cristianizaron también. (*Un señor* DIPUTADO *de la minoría vasco-navarra*: Y gogua, ¿es latino?) Ahí voy yo. Tan es latino, que cuando han querido introducir la palabra "espíritu", que se dice *izpiritué,* han introducido ese *gogo,* una palabra que significa, como en alemán *Stimmung,* o como en castellano "talante", estado de ánimo, y al mismo tiempo, igual que en catalán *talent,* apetito. *Eztankat gogorik* es "no tengo ganas de comer, no tengo apetito".

(*Un señor* DIPUTADO *interrumpe, sin que se perciban sus palabras. Varios señores* DIPUTADOS: ¡Callen, callen!)

Me alegro de eso, porque contaré más. Estaba yo en un pueblecito de mi tierra, donde un cura había sustituído —y esto es una cosa que no es cómica— el catecismo que todos habían aprendido, por uno de esos catecismos renovados, y resultaba que como toda aquella gente había aprendido a santiguarse diciendo: *Aitiaren eta semiaren eta izpirituare nizenian* ("En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"), se le hacía decir: *Aitaren eta semiaren eta gogo donisuaren izenian,* que es: "En el nombre del Padre, del Hijo y del santo apetito." (*Risas.*) No; la cosa no es cómica, la cosa es muy seria, porque la Iglesia, que se ha fundado para salvar las almas, tiene que explicar al pueblo en la

lengua que el pueblo habla, sea la que fuere, esté como esté; y así como hubiera sido un atropello pretender, como en un tiempo pretendió Romero Robledo, que se predicara en castellano en pueblos donde el castellano no se hablaba, es tan absurdo predicar en esas lenguas.

Esto me recuerda algo que no lo olvido nunca y que pasó en América; que una Orden religiosa dió a los indios guaraníes un catecismo queriendo traducir al guaraní los conceptos más complicados de la Teología, y, naturalmente, fueron acusados por otra Orden de que les estaban enseñando herejías; y es que no se puede poner el Catecismo en guaraní ni en azteca sin que inmediatamente resulte una herejía. (*Risas.*)

Y después de todo, lo hondo, lo íntimo de nuestro espíritu vasco, ¿en qué lo hemos vertido?

El hombre más grande que ha tenido nuestra raza ha sido Iñigo de Loyola, y sus *Ejercicios* no se escribieron en vascuence. No hay un alto espíritu vasco, ni en España ni en Francia, que no se haya expresado o en castellano o en francés. El primero que empezó a escribir en vascuence fué un protestante, y luego los jesuítas. Es muy natural que nos halague mucho tener unos señores alemanes que andan por ahí buscando conejillos de Indias para sus estudios etnográficos y nos declaran el primer pueblo del mundo. Aquí se ha dicho eso de los vascos.

En una ocasión contaba Michelet que discutía un vasco con un Montmorency, y que al decir el Montmorency "Nosotros los Montmorency datamos del siglo tal", el vasco contestó: "Pues nosotros los vascos no datamos." (*Risas.*) Y os digo que nosotros, en el orden espiritual, en el orden de la conciencia universal, datamos de cuando los pueblos latinos, de cuando Castilla, sobre todo, nos civilizó. Cuando yo pronunciaba aquel discurso, recibí una carta de don

Joaquín Costa lamentándose de que el vascuence desapareciera, siendo una cosa tan interesante para el estudio de las antigüedades ibéricas. Yo hube de contestarle: "Está muy bien, pero no por satisfacer a un patólogo voy a estar conservando la que creo que es una enfermedad." (*Risas.*)

(*El señor Leizaola pide la palabra.*)

Y ahora hay una cosa. El aldeano, el verdadero aldeano, el que no está perturbado por nacionalismos de señorito resentido, no tiene interés en conservar el vascuence.

Se habla del anillo que en las escuelas iba pasando de un niño a otro hasta ir a parar a manos de uno que hablaba castellano, a quien se le castigaba; pero, ¿es que acaso no puede llegar otro anillo? ¿Es que no he oído decir yo: "No enviéis a los niños a la escuela, que allí aprenden el castellano, y el castellano es el vehículo del liberalismo?" Eso lo he oído yo, como he oído decir: *¡Gora Euzkadi ascatuta!* (*Euzkadi* es una palabra bárbara; cuando yo era joven no existía; además, conocí al que la inventó). *¡Gora Euzkadi ascatuta!* Es decir: ¡Viva Vasconia libre! Acaso si un día viene otro *catuta!* ¡Viva España libre! Y sabéis que España en vascuence significa labio; que viva el labio libre, pero que no nos impongan anillos de ninguna clase.

(*Un señor* DIPUTADO: *Muchas gracias en nombre del pueblo vasco.*)

Pasemos a Galicia: tampoco hay aquí, en rigor, problema. Podrán decirme que no conozco Galicia y, acaso, ni Portugal, donde he pasado tantas temporadas; pero ya hemos oído que Castilla no conoce la periferia, y yo os digo que la periferia conoce mucho peor a Castilla; que hay pocos espíritus más comprensivos que el castellano. (*Muy bien.*)

Pasemos, como digo, a Galicia. Tampoco hay allí problema. No creo que en una verdadera investiga-

ción resultara semejante mayoría. No me convencen de eso. Pero aquí se hablaba de la lengua universal, y el que hablaba sin duda recuerda lo que en la introducción a los *Aires da miña terra* decía Curros Enríquez de la lengua universal:

"Cando todal-as lenguas o fin topen
que marca a todo o providente dedo,
e c'os vellos idiomas extinguidos
solo unha fala universal formemos;
esa fala pulida, idioma úneco,
máis qu'hoxe enriquecido, e máis perfeuto,
resume d'as palabras máis sonoras
qu'aquelas n'os deixaran como en herdo;
ese idioma, compendio d'os idiomas,
com-unha serenata pracenteiro,
como-unha noite de luar docísimo,
será—¿qué outro sinon?—será o gallego.
Fala da minha nay, fala armoñosa,
en qu'o rogo d'os tristes sub'o ceo
y en que decende a prácida esperanza
os afogados e doridos peitos.
Fala dos meus abós, fala en qu'os parias,
de trévoa e polvo e de sudor cubertos,
piden a terra o gráu d'a côr d'a sangue
qu'a de cebar a besta d'o laudemio...
Lengua enxebre, en qu'as ánemas d'os mortos,
n'as negras noites de silencio e medo,
encomendan os vivos as obrigas
que, ¡mal pocados!, sin cumprir morreron.
Idioma en que garulan os paxaros,
en que falan os anxeles ôs menos,
en qu'as fontes solouzan e marmullan
entr'os follosos álbores os ventos."

Todo esto está bien; pero que me permita Curros, y permitidme vosotros; me da pena verle siempre con ese tono de quejumbrosidad. Parias, azotada, encarnecida... amarrada contra una roca... clavado un puñal en el seno...

¿De dónde es así eso? ¿Es que se pueden tomar

en serio burlas, a las veces cariñosas, de las gentes? No. Es como lo de la emigración. El mismo Curros, cuando habla de la emigración —lo sabe bien mi buen amigo Castelao—, dice refiriéndose al gaitero:

Tocaba..., e cando tocaba,
o vento que d'o roncón
pol-o canuto fungaba,
dixeran que se queixaba
d'a gallega emigración.
Dixeran que esmorecida
de door a Patria nosa,
azoutada, escarnecida,
chamaba, outra *Nay chorosa,*
os filliños d'a sua vida...
Y-era verdá. ¡Mal pocada!
Contr'un penedo amarrada,
crabad'un puñal n'o seo,
n'aquela gaita lembrada
Galicia era un Prometeo.

["O Gueiteiro" v. 91-105.]

No; hay que levantar el ánimo de esas quejumbres, quejumbres además que no son de aldeanos. Rosalía decía aquello de:

Castellanos de Castilla
tratade ben ôs gallegos;
cando van, van como rosas;
cando vên, vên como negros.

¿Es que los trataban mal? No. Eran ellos los que se trataban mal para ahorrar los cuartos y luego gastarlos alegre y rumbosamente en su *terra,* porque no hay nada más rumboso, ni menos avaro, ni más alegre, que un aldeano gallego. Todas esas morriñas de la gaita son cosas de los poetas. (*Risas.*)

Vuestra misma Rosalía de Castro, después de todo, cuando quiso encontrar la mujer universal, que era una alta mujer, toda una mujer, no la encontró en

aquellas coplas gallegas, la encontró en sus poesías castellanas de *En las orillas del Sar.*

(*Denegaciones en algunos señores diputados de la minoría gallega.*)

¿Y quiénes han enriquecido últimamente la lengua castellana, tendiendo a que sea española? Porque hay que tener en cuenta que el castellano es una lengua hecha, y el español es una lengua que estamos haciendo. ¿Y quiénes han contribuído más que algunos escritores gallegos —y no quiero nombrarlos nominativamente, estrictamente—, que han traído a la lengua española un acento y una nota nuevos?

Y ahora vengamos a Cataluña. Me parece que el problema es más vivo y habrá que estudiarle en esta hora de comprensión, de cordialidad y de veracidad. Yo conocí, traté, en vuestra tierra a uno de los hombres que me ha dejado más profunda huella, a un cerebro cordial, a un corazón cerebral, aquel gran hombre que fué Juan Maragall. Oíd:

Escolta, Espanya, — la veu d'un fill
qu't parla en llengua — no castellana;
parlo en la llengua — que m'a donat
la terra aspra:
en'questa llengua — pocs t'han parlat:
en l'atra, massa.

En esta lengua pocos te han hablado, en la otra... demasiados.

Hont ets, Espanya? — No't veig enlloc
No sents la meva veu atronadora?
No entens aquesta llengua — qu't parla entre perills?
Adéu Espanya!

Es cierto. Pero él, Maragall, el hombre que decía esto, como si no fuera bastante lo demasiado que se le había hablado en la otra lengua, en castellano.

a España, él habló siempre, en su trabajo, en su labor periodística, habló siempre, digo, en un español, por cierto lleno de enjundia, de vigor, de fuerza, en un castellano digno, creo que superior al castellano, al español de Jaime Balmes o de Francisco Pi y Margall. No. Hay una especie de coquetería.

Yo oía aquí el otro día al señor Torres empezar excusándose de no tener costumbre de hablar en castellano, y luego me sorprendió que, en español. no es que vestía, es que desnudaba perfectamente su espíritu, y es mucho más difícil desnudarlo que vestirlo en una lengua. (*Risas.*) He llegado —permitidme— a creer que no habláis el catalán mejor que el castellano. (*Nuevas risas.*) Aquí se nos habla siempre de uno de los mitos que ahora están más en vigor, y es el "hecho". Hay el hecho diferencial, el hecho tal, el hecho consumado. (*Risas.*)

El catalán, que tuvo una espléndida florescencia literaria hasta el siglo XV, enmudeció entonces como lengua de cultura, y mudo permaneció los siglos del Renacimiento, de la Reforma y la Revolución. Volvió a renacer hará cosa de un siglo —ya diré lo que son estos aparentes renacimientos—; iba a quedar reducido a lo que se llamó el *parlá munisipal.* Les había dolido una comparanza —que yo hice, primero en mi tierra, y después en Cataluña— entre el máuser y la espingarda, diciendo: Yo la espingarda con la cual se defendieron mis antepasados la pondré en un sitio de honor; pero para defenderme lo haré con un máuser, que es como se defienden todos, incluso los moros. (*Risas.*) Porque los moros no tenían espingardas, sino, quizá, mejor armamento que nosotros mismos.

Hoy, afortunadamente, está encargado de esta obra de renovación del catalán un hombre de una gran competencia y, sobre todo, de una exquisita probi-

dad intelectual y de una honradez científica como las de Pompeyo Fabra. Pero aquí viene el punto grave, aquel a que se alude en la enmienda al decir: "No se podrá imponer a nadie."

Como no quiero amezquinar y achicar esto, que hoy no se debate, dejo para cuando otros artículos se toquen el hablar y el denunciar algunas cosas que pasan. Algunas las denunció Menéndez Pidal. No se puede negar que fueran ciertas.

Lo demás me parece bien. Hasta es necesario: el catalán tiene que defenderse y conviene que se defienda; conviene hasta al castellano. Por ejemplo: No hace mucho la Generalidad, que en este caso actuaba no de generalidad sino de particularidad (*Risas*), dirigió un escrito oficial en catalán al cónsul de España en una ciudad francesa, y el cónsul, vasco por cierto, lo devolvió. Además está recibiendo constantemente obreros catalanes que se presentan diciendo: "No sabemos castellano"; y él responde: "Pues yo no sé catalán; busquen un intérperete." No es lo malo esto; es que lo saben, es que la mayoría de ellos miente, y éste no es nunca un medio de defenderse. (*Rumores en la minoría de Izquierda Catalana. Un señor diputado pronuncia palabras que no se perciben claramente.*) Eso es exacto.

(*Un señor* DIPUTADO: Eso es inexacto. *El señor* SANTALÓ: Sobre todo su Señoría no tiene autoridad para investigar si miente o no un señor que se dirige a un cónsul. *Otro señor* DIPUTADO *pronuncia palabras que no se perciben claramente. Rumores.*)

¿Es usted un obrero?

(*Rumores. Varios señores diputados pronuncian algunas palabras que no se perciben con claridad. Continúan los rumores que impiden oír al orador.*)... que hablen en cristiano. Es verdad. Toda persecución a una lengua es un acto impío e impatriota.

(*Un señor* DIPUTADO: Y sobre todo cuando procede de un intelectual.)

Ved esto si es incomprensión. Yo sé lo que en una libre lucha puede suceder. En artículos de la Constitución, al establecer la forma en que se ha de dar la enseñanza, trataremos de cómo el Estado español tendrá que tener allí quien obligue a saber castellano, y sé que si mañana hay una Universidad castellana, mejor española, con superioridad, siempre prevalecerá sobre la otra; es más, ellos mismos la buscarán. Os digo aún más, y es que cuando no se persiga su lengua, ellos empezarán a hablar y a querer conocer la otra.

(*Varios señores diputados de la minoría de la Izquierda Catalana pronuncian algunas palabras que no se entienden claramente. Un señor* DIPUTADO: Lo queremos ya. *Rumores.*)

Como sobre esto se ha de volver, y veo que, en efecto, estoy hiriendo resentimientos...

(*Rumores. Un señor* DIPUTADO: Sentimientos, no resentimientos.)

Lo que yo no quiero es que llegue un momento en que una obcecación pueda llevaros al suicidio cultural. No lo creo, porque una vez que aquí, en un debate, el ministro de la Gobernación hablaba del suicidio de una región, yo interrumpí diciendo: "No hay derecho al suicidio." En efecto; cuando un semejante, cuando un hermano mío quiere suicidarse, yo tengo la obligación de impedírselo, incluso por la fuerza si es preciso, no tanto como poniendo en peligro su vida cuando voy a salvarle, pero sí incluso poniendo en peligro mi propia vida. (*Muy bien, muy bien.*)

Y tal vez haya quien sueñe también con la conquista lingüística de Valencia. Estaba yo en Valen-

cia cuando se anunció que iba a llegar el señor Cambó, y afirmé yo, y todos me dieron la razón, que allí, en aquella ciudad, le hubieran entendido mejor en castellano que si hablara en catalán. Porque hay que ver lo que es hoy el valenciano en Valencia, que fué la patria del más grande poeta catalán, Ausias March, donde Ramón Muntaner escribió su maravillosa crónica, de donde salió *Tirant lo Blanc*.

El más grande poeta valenciano del siglo pasado, uno de los más grandes de España, fué Vicente Wenceslao Querol. Querol quiso escribir en lemosín, que era una cosa artificial y artificiosa y no era su lengua natal. El hombre, en aquel lenguaje de Juegos florales, se dirigía a Valencia y le decía:

Fill so de la joyosa vila que al sol escampa
Tot temps de fresques rosas brodat son mantell vert;
....
Fill so de la que quaytan, com dos gigants, cativa,
D'un cap Penyagolosa, de l'altre cap Mongó;
De la que en l'aygua juga, de la que fon per bella
Dues voltes desposada ad lo Cid de Castella
Y ab Jaume d'Aragó.

[*Rimas*, p. 354.]

Pero él, Querol, cuando tenía que sacar el alma de su Valencia no la sacaba en la lengua de Jaime de Aragón, sino en la lengua castellana, en la del Cid de Castilla. Para convencerse no hay más que leer aquella poesía, *Ausente*, que ningún buen valenciano debe leer sin que se le empañen los ojos de lágrimas.

El valenciano corriente es el de los donosos sainetes de Eduardo Escalante, y algunas veces el de aquellas regocijantes salacidades de Baldoví de Sueca, al pie de cuyo monumento no hace mucho me he recreado yo. Y también el de Teodoro Llorente cuando

decía que la patria lemosina renace por todas partes, añadiendo aquello de...

"...y en membransa dels avis, en penyora
de la gloria passada y venidora,
en fe de germandat
com penó, com estrella que nos guía
entre llaus de victoria y alegría
alsem lo Rat Penat."

Lo rat penat; alcemos *lo rat penat,* es decir, el ratón alado que, según la leyenda, se posó en el casco de Jaime el Conquistador y que corona los escudos de Valencia, de Cataluña y de Aragón; ratón alado que en Castilla se llama murciélago, murciélago o ratón ciego; en mi tierra vasca, *saguzarra,* ratón viejo, y en Francia, "ratón calvo"; y esta cabecita calva, ciega y vieja, aunque de ratón alado, no es más que cabeza de ratón. Me diréis que es mejor ser cabeza de ratón que cola de león, no; cola de león, no; cabeza de león, sí, como la que dominó el Cid.

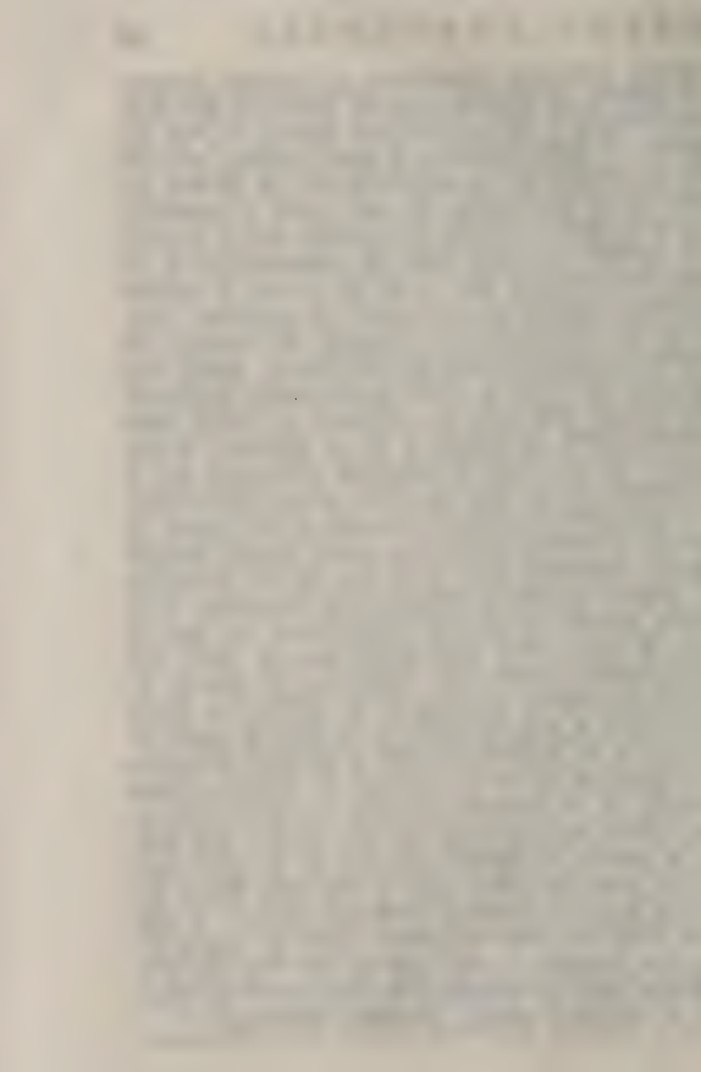
Cuando yo fuí a mi pueblo, fuí a predicarles el imperialismo; que se pusieran al frente de España; y es lo que vengo a predicar a cada una de las regiones: que nos conquisten; que nos conquistemos los unos a los otros; yo sé lo que de esta conquista mutua puede salir; puede y debe salir la España para todos.

Y ahora, permitidme un pequeño recuerdo. Al principio del Libro de los Hechos de los Apóstoles se cuenta la jornada de aquello que pudiéramos llamar las primeras Cortes constituyentes de la primitiva Iglesia cristiana, el Pentecostés; cuando sopló como un eco el Espíritu vivo, vinieron lenguas de fuego sobre los Apóstoles, se fundió todo el pueblo, hablaron en cristiano y cada uno oyó en su lengua y en su dialecto: sulamitas, persas, medos, fri-

gios, árabes y egipcios. Y esto es lo que he querido hacer al traer aquí un eco de todas estas lenguas; porque yo que subí a las montañas costeras de mi tierra a secar mis huesos, los del cuerpo y los del alma, y en tierra castellana fuí a enseñar castellano a los hijos de Castilla, he dedicado largas vigilias durante largos años al estudio de las lenguas todas de la Patria, y no sólo las he estudiado, las he enseñado, fuera, naturalmente, del vascuence, porque todos mis discípulos han salido iniciados en el conocimiento del castellano, del galaico-portugués y del catalán. Y es que yo, a mi vez, paladeaba y me regodeaba en esas lenguas, y era para hacerme la mía propia, para rehacer el castellano haciéndolo español, para rehacerlo y recrearlo en el español, recreándome en él. Y esto es lo que importa. El español, lo mismo me da que se le llame castellano, yo le llamo el español de España como recordaba el señor Ovejero, el español de América, y no sólo el español de América, sino el español del extremo de Asia, que allí dejó marcadas sus huellas y con sangre de mártir el imperio de la lengua española, con sangre de Rizal, aquel hombre que en los tiempos de la Regencia de doña María Cristina de Habsburgo Lorena fué entregado a la milicia pretoriana y a la frailería mercenaria para que pagara la culpa de ser el padre de su patria y de ser un español libre. (*Aplausos.*) Aquel hombre a quien aquella España trató de tal modo, con aquellos verdugos, al despedirse, se despidió en lengua española de sus hijos pidiendo ir allí "donde la fe no mata, donde el que reina es Dios", en tanto mascullaban unos sus rezos y barbotaban otros sus órdenes, blasfemando todos ellos el nombre de Dios.

Pues bien; aquí mi buen amigo Alomar se atiene a lo de castellano. El castellano es una obra de integración: han venido elementos leoneses y han

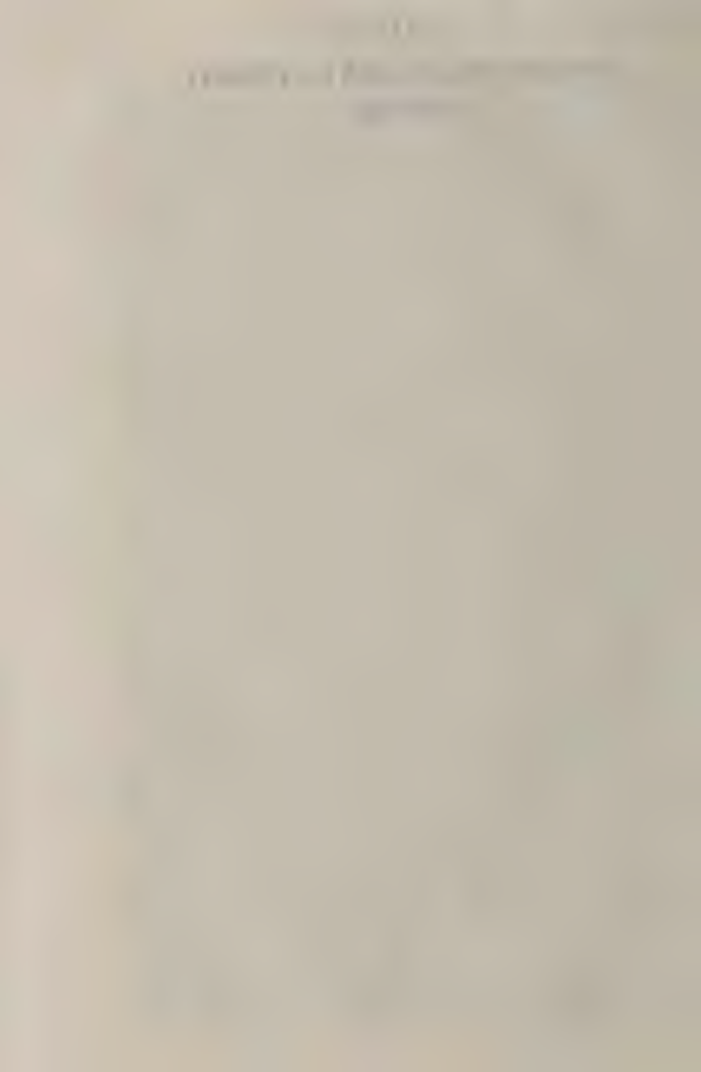
venido elementos aragoneses, y estamos haciendo el español, lo estamos haciendo todos los que hacemos lengua o los que hacemos poesía; lo está haciendo el señor Alomar, y el señor Alomar, que vive de la palabra, por la palabra y para la palabra, como yo, se preocupaba de esto, como se preocupaba de la palabra nación. Yo también, amigo Alomar; yo también en estos días de renacimiento he estado pensando en eso, y me ha venido la palabra precisa: España no es nación, es renación: renación de renacimiento y renación de renacer, allí donde se funden todas las diferencias, donde desaparece esa triste y pobre personalidad diferencial. Nadie con más tesón ha defendido la salvaje autonomía —toda autonomía, y no es reproche, es salvaje— de su propia personalidad diferencial que lo he hecho yo; yo, que he estado señero defendiendo, no queriendo rendirme, actuando tantas veces de jabalí, y cuántos de vosotros acaso habréis recibido alguna colmillada mía. Pero así, no. Ni individuo, ni pueblo, ni lengua renacen, sino muriendo, es la única manera de renacer: fundiéndose en otro. Y esto lo sé yo muy bien ahora que me viene este renacimiento, ahora que, traspuesto el puerto serrano que separa la solana de la umbría, me siento bajar poco a poco, al peso, no de años, de siglos de recuerdos de Historia, al final y merecido descanso, al regazo de la tierra maternal de nuestra común España, de la renación española, a esperar allí, en ese reposo, que por larga que sea siempre será corta la espera, a esperar allí que en la yerba que crezca sobre mí tañan ecos de una sola lengua española que haya recogido, integrado, federado si queréis, todas las esencias íntimas, todos los jugos, todas las virtudes de esas lenguas que hoy tan tristemente, tan pobremente, nos diferencian. Y aquello sí que será gloria. *(Grandes aplausos.)*



VI

QUIJOTISMO Y CERVANTISMO

(1895-1932)



Q U I J O T I S M O

Hay en el poema inmenso de Cervantes un pasaje de profundísima hermosura. Cuando, despedido de los duques, se vió Don Quijote "en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías". Elevó entonces un himno a la libertad, reputando venturoso a aquel a quien el cielo dió un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo, y se encontró en seguida con una docena de labradores que llevaban unas imágenes de talla para el retablo de su aldea. Pidió cortésmente Don Quijote verlas, y le enseñaron a San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, caballeros andantes del cristianismo los cuatro, que pelearon a lo divino. Y exclamó el hidalgo manchego:

"Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo" (1).

Aquí la temporal locura del caballero Don Quijote se desvanece en la eterna bondad del hidalgo

[1] Capítulo LVIII, de la Segunda Parte, 5. (N. del E.)

Alonso el Bueno y no hay acaso en toda la tristísima epopeya pasaje de más honda tristeza. El caballero empeñado en la hazañosa empresa de enderezar los tuertos del mundo y corregirlo, confiesa no saber lo que conquista a fuerza de sus trabajos y vuelve su mirada a la salvación de su alma y a la conquista del cielo, que padece fuerza.

¿De qué te serviría salvar a todos tus prójimos si perdieras tu alma? De ti, no de los otros, has de tener que dar cuenta.

Esas palabras de descorazonamiento del ingenioso hidalgo, ese descenso suyo a la cordura de Alonso el Bueno, es lo que más pone en claro su íntima afinidad espiritual con los místicos de su propia tierra, con aquellas almas llenas de la sed de los secos parameros castellanos y del vibrante calor del limpio cielo que los corona. Son a la vez la queja del alma al encontrarse sola.

¿Por qué afanarse? ¿Para qué todo...? El mundo lo llevamos dentro de nosotros, es nuestra representación; purifiquémonos y lo purificaremos. La mirada limpia, limpia cuando mira, los oídos castos, castigan cuanto oyen. La mala intención de un acto, ¿está en quien lo comete o en quien lo juzga? La horrible maldad de un Caín o un Judas, ¿no será acaso condensación y símbolo de la maldad de los que han nutrido sus leyendas? Tal vez el Demonio carga con las culpas de los que le temen... Santifiquemos nuestra intención y quedará santificado el mundo, purifiquemos nuestra conciencia y puro saldrá el ambiente. Las ajenas intenciones están fuera de nuestro influjo.

Este es parte del camino de la demoníaca tentación de las horas de desfallecimiento, cuando el maestro de la ciencia del bien y del mal murmura a nuestro oído: ¡O todo o nada! y algo así, en vaga nebulosa de larvas de ideas, debió oir Don Quijote

cuando confesaba no saber qué es lo que conquistaba a fuerza de sus trabajos.

Mas siguiendo su mente la cadena de pensamientos, y al entrar, distraído, en razones y pláticas, por una selva, se halló a deshora, y sin pensar en ello, enredado en unas redes de hilo verde. Así, cuando más ensimismado estás en meditar la vanidad de la locura del esfuerzo de tus trabajos, verdes redes te vuelven al fresco sueño de la vida. Vuelto a él, y poco después de haber expuesto su deseo de encaminar sus pasos por mejor camino del que llevaba, ofreció el caballero sustentar durante dos días naturales, y en mitad del camino que iba a Zaragoza, que aquellas señoras zagalas contrahechas que tendieran las verdes redes eran las más hermosas doncellas y más corteses del mundo, exceptuando sólo a la sin par Dulcinea del Toboso.

Había vuelto el caballero al sueño de la vida, a la generosa locura, resurgiendo reconfortado de la egoísta cordura de Alonso el Bueno. Y entonces, al retornar a su sublime locura, entonces es cuando volvía a la magnánima pureza de intención con que purificaba el mundo, su mundo; entonces es cuando su limpia mirada limpiaba cuanto veía; entonces cuando su conciencia pura lo purificaba todo; entonces cuando, olvidado de sí mismo, se encontraba en sus propias honduras; entonces cuando, santificando sus actos, se hacía santo.

De aquel breve baño en los abismos de la vanidad de los trabajos humanos, la energía creadora del caballero recobraba su vigor, como al contacto de la Tierra, su madre, Anteo, y se lanzaba a la santa resignación de la acción, que nunca vuelve, como la mujer de Lot, la cara al pasado, sino que siempre se orienta al porvenir, único reino del ideal.

Vuelto a la eterna cordura de Alonso Quijano el Bueno, murió con muerte ejemplar y sublime el

generoso caballero, y es de creer que al morir, descubriera en los hondos senos de su espíritu qué es lo que ha conquistado a fuerza de sus trabajos, y viera en la visión profética del último tránsito conquistada su eternidad con el tesoro de sus sublimes locuras.

Cuando, andante caballero, más vigoroso, imprimió el pueblo castellano su energía en el revuelto combate de los pueblos, fué cuando más hondo penetró su espíritu místico en las raíces de la vida; cuando más se agitó en las olas encrespadas de la historia, más se supo bañar en la solemne quietud de los abismos del Océano de la vida. Envuelto en guerras, gustó, como nunca ha gustado, el recogimiento de la paz inmanente.

¡Grandes enseñanzas para la juventud que oscila hoy entre la quietud y la batalla, ansiando como Lucrecio la *pietas* suprema de poder contemplarlo todo con alma apacible, y a la vez sintiendo con el profeta que hay que hacer que la justicia brote como río de aguas vivas! Devoradora hambre de paz y ardiente sed de batalla, consume el alma de las generaciones nuevas, y mientras los unos se lanzan al combate con generosa quijotería contémplanlos otros mormojeando cantos que no son sino eco y glosa de aquellas palabras del viejo Homero en su *Odisea:* "Los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que tengan argumento de canto los venideros."

Como la eternidad del tiempo, el silencio del sonido y el olvido de la memoria es la paz, la sustancia de la guerra. Predicar cordura suele ser predicar muerte, combatir la locura del sueño de la vida es zapar el heroísmo. Penétrate de que el mundo eres tú, y esfuérzate en salvarlo, para salvarte. El mundo es tu mundo, tu mundo eres tú, pero no el *yo* egoísta, sino el hombre. Dentro del

mundo, de mi mundo, que soy yo, yo soy uno de tantos prójimos.

Al morir cuerdo Alonso el Bueno y repasar en su conciencia el generoso rosario de sus proezas de loco, debió de reflejar en ellas la santa intención de su bondad eterna, la santa intención que les dió sustancia y eficacia, porque la intención tiene efecto retroactivo y santifica pasados actos. Abandonándonos a la quijotesca locura podremos, en los momentos de cuerda contemplación, santificar los más ridículos molimientos de huesos, y así un día, mejorada nuestra ventura y adobado nuestro juicio, podremos ver la inmortalidad, que se conquista a fuerza de trabajos. Hay que dejarse guiar de la sin par Dulcinea, que es la estrella que conduce a la eternidad del esfuerzo.

[*La Epoca*, Madrid, 15, X, 1895.]

¡MUERA DON QUIJOTE!

Con tanta razón como Carlyle de la obra de Shakespeare y el imperio de la India, debemos decir que el *Quijote* vale para España más que su moribundo imperio colonial. A la luz del *Quijote* debemos ver nuestra historia.

El pobre hidalgo manchego, una vez perdido el seso por la lectura de los libros de caballerías, echóse por esos campos a deshacer lo que se le antojaba tuertos y a conquistar imperios. Y no por culpa suya, sino de su caballo, solía verse tendido en tierra cuando menos lo esperaba, por culpa de aquel rocín al que dejaba tomar camino a su talante, creyendo que en esto consistía la fuerza de las aventuras. Tampoco por culpa suya, sino por la de los Gobiernos que le llevan a su capricho, se ha visto más de una vez tendido el pueblo español y a merced de mozos de mulas que le molieran a su sabor las costillas. El pobre caballero y el pobre pueblo saben por lo menos consolarse y no es poco esto.

Cuando el Caballero de la Blanca Luna venció a Don Quijote y sin hacerle caso a aquello de "quítame la vida, pues me has quitado la honra", le mandó se volviese a su lugar a descansar un año, tomó nuestro hidalgo camino de su aldea, dispuesto a cumplir lo que le fué mandado. Mas no bien llegó a su hogar, cogióle una calentura que le costó la vida. Y entonces, al despertar curado tras un sueño de seis horas, bendijo al poderoso Dios, cuyas miseri-

cordias no tienen límite, "ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres". Sintiéndose a punto de muerte quiso hacerla de tal modo que diese a entender que no había sido su vida tan mala que dejase renombre de loco. "Dadme albricias, buenos señores —dijo a sus amigos—, que ya no soy yo Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno." Así murió, con muerte ejemplarísima, el caballero Don Quijote, el histórico, para renacer ante el juicio de Dios en el honrado hidalgo Alonso Quijano, el eterno.

La locura es en cada cual a quien toca trastorno de su cordura; según se es cuerdo vuélvese uno loco, pero a la vez la locura saca todo el poso de soberbia y de vanidad humanas que en todo mortal descansan. La extraña y temporal locura de Don Quijote fué acaso trastorno de la bondad eterna de Alonso Quijano, pero fué más explosión de soberbia de espíritu impositivo. Creyóse ministro de Dios en la tierra y brazo por quien se ejecutaba en ella su justicia.

España, la caballeresca España histórica, tiene como Don Quijote que renacer en el eterno hidalgo Alonso el Bueno, en el pueblo español, que vive bajo la historia, ignorándola en su mayor parte por su fortuna. La nación española —la nación, no el pueblo—, molida y quebrantada, ha de curar, si cura, como curó su héroe, para morir. Sí, para morir como nación y vivir como pueblo.

Las naciones, en efecto, laborioso producto histórico, han de morirse tarde o temprano, y creo y espero y deseo que mucho antes de lo que nos figuramos. Les sobrevivirán, de un modo o de otro, los pueblos, su imperecedera sustancia. La obra mayor tal vez de la historia sea crear razas históricas y dar a los pueblos personalidad diferenciándolos, y prepa-

rar así la integración futura de la universal familia humana, bajo el padre común.

La vida de una nación, como la de un hombre, debía ser una continua preparación a su muerte, un ejercicio para legar al mundo un pueblo puro, pacífico y cristiano, lavado de la mancha original del salvajismo, que en la concepción militar subsiste.

Al prepararnos a morir, quiera Dios que curemos de la locura a que nos han traído los libros de caballerías de nuestra historia, al pensar en alguno de cuyos pasos acordamos acogernos como a ordinario remedio en nuestras desdichas colectivas.

El bueno del cura, ayudado por el barbero, tomó la providencia de escudriñar los libros de Don Quijote, quitándoselos todos, quemarle los más, y tapiar la estancia de ellos. ¡Ojalá en España se pudiese olvidar la historia nacional! ¡Ojalá se sacara conciencia de la casi inexplotada mina del espíritu del hidalgo pueblo, que ara sus tierras en resignado silencio e ignora felizmente lo que sucedió en Otumba, en Lepanto o en Pavía! ¡Continuar la historia de España...! Lo que hay que hacer es acabar con ella, para empezar la del pueblo español. Porque España, este fantasma histórico simbolizado en una tela de colores, esta visión, de origen sobre todo libresco, que se cierne sobre nosotros sofocándonos y oprimiéndonos, nos esclaviza. ¡Terrible esclavitud la de los pueblos guiados por su mezquina imagen en la historia, superficie y nada más de la vida!

Un pensador español de extraordinaria originalidad, Angel Ganivet, pide en su hermoso *Idearium* que después de los períodos hispano-romano, hispano-árabe e hispano colonial, tengamos un período español puro, "en el cual nuestro espíritu constituído ya, diere sus frutos en su propio territorio", pide la acción ideal que "alcanza sólo su apogeo cuando se abandona la acción exterior y se concentra

dentro del territorio toda la vitalidad nacional". Hay en esto gran fondo de verdad.

Hay que olvidar la vida de aventuras, aquel ir a imponer a los demás lo que creíamos les convenía y aquel buscar fuera un engañoso imperio. Hay que meditar, sobre todo, en lo profundamente anticristiano del ideal caballeresco. Si la tarea de la nación, producto esencialmente burgués, ha sido asegurar la desigualdad con la guerra, la misión de un pueblo es realizar en sí mismo, *ad intra,* la justicia y cristianizarse. Un pueblo de verdad cristiano conquistaría por el amor al mundo. Sin salir de su aldea, con su olla de algo más vaca que carnero, su salpicón las más noches, sus duelos y quebrantos los sábados, sus lentejas los viernes y su algún palomino de añadidurá los domingos, puede el hidalgo Alonso el Bueno realizar la justicia callada, sin ruido de armas y sin buscar sitio en la condenada historia ni cuidarse de andar en romances y coplas. Preocuparse de sobrevivir en la historia estorba al subsistir en la eternidad; es sacrificar el hombre al hombre, el pueblo a la nación; es una de las más tristes supersticiones que nos ha legado el paganismo, que por boca de Homero dijo que los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que tengan argumento de canto las futuras generaciones. "Dejad que los muertos entierren a sus muertos" digamos con Cristo, considerando a la historia un cementerio, un osario de sucesos muertos, cuya alma eterna llevamos los vivos. Sólo rompiendo y abandonando el capullo puede el pobre gusano extender sus alas, secárselas a la brisa libre y volar, como mariposa, a la luz.

Las naciones en pie de guerra y de proteccionismo, viviendo en paz armada, oprimen a los pueblos. No por encima sino por debajo de ellas; no en alianzas guerreras internacionales ni en pactos diplomá-

ticos, sino en el doloroso abrazo de los que trabajan y sufren, cuaja la hermandad en que pueda fructificar el evangelio eterno. Día vendrá en que las hoy más celebradas glorias de las naciones serán objeto de piadosa execración por parte de los pueblos. Día vendrá, debemos esperarlo, en que descubierta a la conciencia cristiana la infame blasfemia que se cela en el bárbaro principio romano de *si vis pacem, para bellum,* reine el evangelio "no resistáis al mal"; día vendrá en que se sienta que sin paz no hay honra verdadera, honra cristiana y no pagano pundonor caballeresco, día en que los utopistas de hoy aparezcan profetas y nuestras grandezas históricas vanidad de vanidades y pura vanidad. Y si este día por su misma sublimidad no ha de venir nunca, si es un ideal inasequible, ¡no importa!, a él debemos tender. Lo inasequible se nos puso como fin al decirnos que fuésemos perfectos como es perfecto nuestro Padre.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!

Vuelto a su cueva, Segismundo medita en el sueño de la vida y reputa que quiere obrar bien, "pues no se pierde el hacer bien aun en sueños". Dejando a Don Quijote acuda Sancho a Alonso el Bueno, el eterno.

Acudamos a lo eterno,
que es la fama vividora
donde ni duermen las dichas
ni las grandezas reposan.

¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno! ¡Muera Don Quijote!

¡Muera Don Quijote!

[*Vida Nueva,* Madrid, 25, VI, 1898.]

¡VIVA ALONSO EL BUENO!

Sr. D. Federico Urales:

Mi muy estimado amigo: Ante todo mil gracias por la atención que ha prestado a mi artículo en *Vida Nueva* "¡Muera Don Quijote!" y por el interés que demuestra hacia mí. Que no caiga en el vacío lo que predica es lo que todo escritor debe desear.

Usted en su "Crónica" opone, siguiendo la general costumbre, a Don Quijote, Sancho, dejando vislumbrar que a un explícito ¡muera Don Quijote! ha de corresponder un tácito ¡viva Sancho Panza! Y no es así, por lo menos en mi modo de ver las cosas. Bien claro escribí al final de mi artículo: "*¡Muera Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno!*"

Todo lo de generoso, todo lo de noble, todo lo de cristiano que había en Don Quijote arrancaba de aquel honrado Hidalgo Manchego, que mereció por sus virtudes ser llamado el Bueno, y todo lo que en él hubo de violento y bárbaro, todo lo pagano del caballero andante se debió a su condenada lectura de aquellos libros de caballería, que, trastornándole el juicio, le hicieron creer en su invencible brazo y confiarlo todo a la fuerza de las armas.

Así cometió tantos atropellos con gente inocente e indefensa. Creyó en el bárbaro *juicio de Dios,* en la ley de la espada.

En lo de borrar todo el pasado bárbaro, sea de aquí o de allí, tiene usted razón. No me ha pasado

nunca por las mientes creer que la historia de España sea más bárbara que la de los demás pueblos. Hay que renunciar a los libros de caballería de la historia que nos trastornan el juicio y reducirla a su papel y oficio. Lo eterno de la historia, su sedimento estable, el legado que no por las guerras, sino a pesar de ellas, nos deja, lo llevamos dentro.

De lo que en su "Crónica" atañe directamente a mí, poco he de decir, por la sencilla razón de que yo no debo de importar a nadie más que a mí mismo, pues soy yo, y no otro, quien de mí ha de dar cuenta.

Usted parece lamentar el que después de haber andado yo ejerciendo de Quijote haya empezado a descubrir en mi interior a mi Alonso el Bueno, al que vivificaba las locuras de aquél.

Y pasando a otra cosa: hace usted bien en renegar de los Sanchos que obran pensando en ganancias, aunque Sancho el Bueno, como su amo le llamaba, llevaba por bajo de su codicia una fe robusta en Don Quijote, fe que le dió esperanza en alcanzar la ínsula. ¿Qué hubiera hecho Don Quijote sin Sancho? ¿Y qué supone más fe: meterse en aventuras por propia locura, o seguir a un loco siendo cuerdo, sin desengañarse a pesar de ver a ojos claras sus desvaríos?

Mas hace usted bien en renegar de los Sanchos que piden *ahora* la paz por razones sanchopancescas: todos los que invocan la ruina de la riqueza pública, la bancarrota de la Hacienda y otras razones parecidas. No es lo peor de la guerra los daños que en vidas y haciendas causa; lo peor de ella es que mantiene el pecado original del salvajismo, que provoca impulsos de odio, que fomenta el bárbaro sentimiento del honor pagado.

¡Paz! ¡Paz! La predican muchos, muchos la piden, otros la razonan. Hay Congresos de la paz, asocia-

ciones internacionales para acabar con ella, publicistas que la combaten, escuelas que la anatematizan. Pero en este movimiento en contra de la guerra, que las gentes sin fe creen un mal necesario, ¿quiénes se mueven con actos positivos, con heroísmo cristiano, llegando hasta el martirio? ¿Quiénes son los que en silencio, sin ruido de disputas ni teorías de escuelas, oponen a la guerra una heroica resistencia?

Son los cuáqueros en los países anglo-sajones, los nazarenos en Austria, los menonitas y los *dukhobortsi* en Rusia; son otros de la misma índole. Los cuáqueros han sufrido el martirio antes que armarse en guerra; los nazarenos sufren prisión durante el plazo usual del servicio militar; a los menonitas se les computa por trabajos forzados en obras públicas; doce mil *dukhobortsi,* perseguidos por el Gobierno ruso, se disponen a abandonar el Cáucaso, emigrando en masa antes que pecar contra su fe. Y a todos éstos les mueve fe religiosa. Piden la paz en nombre de Cristo, no de Mercurio, ni siquiera de Minerva.

Es decir, que mientras los sentimientos meramente humanitarios y las convicciones progresistas no pasan de propaganda oral y escrita contra la guerra, y hasta la toleran provisionalmente, es fe religiosa lo que lleva a los hombres al martirio, antes que faltar al claro, limpio, terminante *¡no matarás!,* que no pueden empañar casuismo farisaicos.

¡No matarás! Precepto claro, limpio, terminante; voz de lo divino que hay en la conciencia humana, estrella polar de la trabajosa ascensión del linaje humano a la Verdad.

Es cosa que apena ver cómo los que más anatematizan el duelo entre individuos son los que más exaltan las virtudes de la guerra, siguiendo a aquel monstruo De Maistre, que hizo su apología. Entristece, por otra parte, ver que los que no dejan caer de sus labios las palabras *libertad* y *progreso* tam-

poco callan en su cantilena de la honra nacional lavada en sangre.

Se oye por un lado predicar la monstruosa leyenda de aquella cruz que apareció en un campo de batalla con la inscripción: *in hoc signo vincis;* se oye por otro exaltar a Napoleón, que dicen llevó a sangre y fuego la libertad, la igualdad y la fraternidad por Jena, Austerlitz y Marengo, sembrados de cadáveres. Todos son unos y a unos y a otros les causan compasión o risa esos pobres y ridículos cuáqueros, nazarenos, menonitas, *dukhobertsi* y otros locos de remate por fanatismo.

Y aquí tiene usted explicado lo que constituye el nervio de su "Crónica". Aquel cristiano viejo de Alonso Quijano se volvió loco con el paganismo de los libros de caballerías, e hizo una monstruosa mezcolanza de su fe de cuerdo con su ideal de loco, de Cristo con Dulcinea, de la caridad con el honor. Por esto al decir ¡muera don Quijote! digo: ¡Viva Alonso el Bueno!

El tema es casi inacabable; la fuerza de atención, limitada. Como si Dios me da tiempo he de continuar en una u otra forma, por ahora basta.

Suyo afectísimo,

MIGUEL DE UNAMUNO.

(*El Progreso,* Madrid, 1, VII, 1898.)

MAS SOBRE DON QUIJOTE

Sr. D. Federico Urales:

Mi muy estimado amigo: Al mismo tiempo que su última "Crónica" recibo dos números de *Lo Somatent,* de Reus, en uno de los cuales se reproduce, traducido al catalán, mi "¡Muera Don Quijote!", y en el otro se inserta, tras unas harto benévolas líneas que su autor me dirige, el excelente artículo del señor Aladern titulado *Don Quijote en la agonía,* que en mayo de 1889 publicó ya el diario reusense. De este vigoroso artículo del señor Aladern tomo una cita sacada del libro *La muerte y el Diablo,* de Pompeyo Gener, cita que me hace al caso como anillo al dedo. Dice así:

"Exagerando el cuadro Cervantes hizo patente el porqué no se realizaba la justicia sobre la tierra, a pesar de las buenas intenciones. Si el Quijote no la producía no era por falta de voluntad, sino por falta de conocimiento."

Falta de conocimiento, he aquí el pecado capital que encuentro en Don Quijote y en todos los revolucionarios como él. Lo que les sobra de buenas intenciones suele faltarles de inteligencia de las cosas. Y recuerde aquel proverbio de que el infierno está empedrado de buenas intenciones.

Don Quijote, y con él todos los quijotes *locos* queriendo hacer *lo que él creía* el bien, hizo mal. Procuró a Andrés una segunda paliza, atropelló al barbero del yelmo, a los frailes benitos, a los acompañan-

tes del entierro, a muchos más. Es imposible practicar la justicia con el seso trastornado, y teniéndolo sano es casi imposible apelar a procedimientos de violencia. Las llamadas vías de hecho son especialidad de los inconcientes, incapaces de edificar nada duradero sobre las ruinas de lo que destruyen.

El núcleo tal vez de la locura quijotesca, el paso de soberbia que su desvarío le sacó a flote, fué aquella su creencia en el poder invencible de su brazo. A encantamientos atribuía sus fracasos. Aplique usted el cuento a nuestro pueblo, a quien le hacen creer, repitiéndole libros de caballería, que no hay otro más bravo, ni más heroico ni más sufrido que él. Y mientras los hijos de los *viles mercachifles, adoradores del dollar,* van a batirse y morir quijotescamente en la manigua, ¿qué hacen nuestros *nobles* hidalgos? Sanchopancizarse.

Hay que dejarle a Don Quijote que purgue su locura, que aprenda a su costa que ni su brazo es invencible ni monopoliza el *heroísmo;* que aprenda, sobre todo, que el hombre es fuerte por la inteligencia. Y que se retire a su lugar a cultivarla, que buena falta le hace.

Cultura, cultura, cultura y más cultura es lo que necesita este pobre pueblo español, sumido en general en la ignorancia. Si se conociera y conociera a los demás, no habría provocado tantas desgracias. No le habrían llevado adonde está con tantas necedades como se le ha repetido y tanta *mentira patriótica* con que se le halaga.

Quiso Don Quijote luchar con su brazo contra los males de la sociedad y fracasó. Robinson luchó con su inteligencia para someter la naturaleza y lo consiguió. Algún día he de desarrollar esta comparación entre ambos héroes.

Respecto a los móviles quijotescos, basta con leer atentamente el libro inmortal de Cervantes para ver

que lo que el hidalgo se proponía ante todo era pasar a la historia, ser argumento de las fábulas de la posteridad. Y esto se paga.

Lo que sucede es que hemos desfigurado el ejemplar originario, el que nos dejó Cervantes, el genuino, dejando en la sombra sus radicales pecados y sacando a luz, exagerándolas, sus virtudes.

El Quijote de Avellaneda está más cerca del cervantino y del real que el que hoy flota por la imaginación de las gentes. No hay que olvidar que fué un loco y que es siempre pésima consejera la locura. Padecer por la justicia no es ejercer la violencia.

Como Don Quijote, creemos tener siempre razón y estar siempre del lado de la justicia, y no sirve argüir dónde el conocimiento escasea.

Siempre se me ha aparecido mucho más grande, y sobre todo más cristiano que Don Quijote, Robinson haciéndose un mundo de una isla desierta, con su industria, su paciencia y su ciencia, y no pretendiendo reformar a tajo y mandoble una sociedad vieja y hecha ya.

Domeñar a la naturaleza con la inteligencia es la gran obra. Pero harto sabe usted cuál es el fin de los Lavoisier y cómo perecen en manos de los fanáticos, de los inconcientes, que a falta de inteligencia lo fían a la fuerza todo.

En estos mismos días hemos visto desencadenarse las mayores injurias contra un hombre cuyo pecado mayor no es para nuestro *público* su falta de decisión, sino su espíritu europeo. Esté usted seguro de que si resucitara el duque de Alba le acogían con júbilo muchos que hoy execran su memoria porque sirvió a Felipe II, no por la manera de servirle. Tal vez esperasen que sublevara el ejército.

Hay muchos modos de luchar con eficacia. Uno muy grande y muy noble es la lucha con la Naturaleza tal como la cantó el pobre Leopardi en su estupendo

canto a la retama (*La Ginestra*); hay también la sublime lucha de la resignación activa, tal como la expuso con áurea pluma Milton, el amigo de Cromwell, en aquel su religioso soneto a su ceguera.

Régimen, severo régimen para curar la locura de Don Quijote y que recobre el juicio; y una vez con éste y con recto conocimiento de las cosas, ¡vengan Quijotes! Ya no lo serán sino honrados hidalgos al modo de Alonso el Bueno.

Su afectísimo.

Miguel de Unamuno

(*El Progreso*, Madrid, 6, VII, 1898.)

El fondo del quijotismo.

Cada loco lo es de su cordura; quiero decir que el loco disparata y desbarra en las cosas mismas que si estuviese cuerdo habrían de preocuparle, puesto que en rigor apenas se diferencian los locos de los cuerdos, sino en que éstos piensan las locuras de aquéllos, pero ni las dicen ni las hacen.

Hecha esta advertencia, vamos a ver cuál es el fondo de la locura de Don Quijote, y para ello me valdré de cuatro pasajes del perdurable relato de sus aventuras, como pudiera valerme de cuarenta y aun más.

"Rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así *para el aumento de su honra* como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándose, *cobrase eterno nombre y fama.*" (Cap. I de la primera parte.)

Aquí se ve bien claro que el fondo de su locura es lo que en otra parte, en mi novela *Amor y Pedagogía,* he llamado *erostratismo,* el ansia loca de

inmortalidad, que, si dudamos de persistir en espíritu, nos hace anhelar dejar siquiera *eterno nombre y fama.*

Enloqueciéronle al pobre Alonso Quijano sus lectura de libros de caballerías, y dió en el desatino de querer andar en ellos, de que se escribiese la historia de sus aventuras, cobrando él así eterno nombre y fama. Y así vemos que al encontrarse en campo libre, en su primera salida, iba hablando consigo mismo y diciendo: "¿quién duda si no que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos...?" Y todo lo que sigue a esto. La misma obsesión le persigue en el curso de sus aventuras todas.

Cuando vencido por el caballero de la Blanca Luna se volvía a su aldea, a cumplir la penitencia que le había aquél impuesto, llegó al prado en que al ir camino de Zaragoza topara "con las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto", y allí propuso a Sancho que se convirtiesen en pastores, comprando algunas ovejas y "todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias", y llamándose él, Don Quijote, el pastor Quijotiz, y Sancho el pastor Pancino, andarían por los montes y selvas cantando y holgando. Y acaba diciendo que con ello podrían hacerse "eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos". (Capítulo LXVII de la segunda parte.)

Bien se ha dicho que cada loco con su tema. Parece cambiar aquí Alonso Quijano de locura, pero el fondo de ésta permanece, pues si se metió a caballero andante para cobrar eterno nombre y fama, piensa convertirse en pastor arcádico para hacerse eterno y famoso, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos.

Y no dejaba el pobre Quijano el Bueno de conocer la maligna raíz de su locura, como vemos en uno de los más hermosos pasajes —para mi gusto el más hermoso— de su peregrina historia. Y es que cuando al verse en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora (Cap. LVIII de la segunda parte), topó con unos labradores que llevaban para el retablo de su aldea las imágenes de relieve y entalladura de San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, y después de ponderar los méritos de estos cuatro caballeros andantes, agrega: "Estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador, y peleo a lo humano." Y añade estas preñadísimas palabras: "Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta agora *no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos;* pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo."

En este instante de descenso a su cordura, muéstranos Don Quijote cómo tenía conciencia de la raíz de su locura. No soy de los que suponen que tenga la obra de Cervantes sentido alguno esotérico, ni que él se propusiera encarnar símbolos en los personajes de su historia, pero sí creo que nos es permitido poner tales símbolos bajo esos personajes.

Y para mí, Dulcinea del Toboso ha simbolizado siempre la gloria, es decir, la gloria mundana, la inextinguible sed de dejar eterno nombre y fama en el mundo. Y así el ingenioso hidalgo manifiesta, en un acceso de cordura, que curado tal vez de su sed de gloria, de renombre y fama mundanos, en-

camine sus pasos a la consecución de la otra gloria, en que le hacía creer su fe de cristiano viejo.

Y llego al cuarto pasaje, al de la sublime muerte del loco sublime, a cuando libre de las caliginosas sombras de la ignorancia que sobre él puso su amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías, confiesa su pecado, confiesa su necedad y el peligro en que le puso el haber leído aquellos libros, y, dejándose de cuentos que habían sido verdaderos en su daño, hace que los vuelva su muerte, con ayuda del cielo, en su provecho. Muere Alonso Quijano "arrepentido" de su locura, doliéndose de ella no como de la pesadumbre de una desgracia, sino como de un pecado; muere convencido de su culpa. Y pecado fué su locura, según su cristiano modo de sentir, porque arrancó la vanagloria de atormentadora sed de renombre eterno, de erostratismo.

La sed de sobrevivir ahogó en Don Quijote el goce de vivir, goce que caracteriza a Sancho. La cordura de Sancho provenía de atenerse a esta vida y a este mundo en cuanto personalmente los gozara, y el heroísmo sanchopancesco —porque Panza es heroico— consistió en seguir a un loco, siendo él cuerdo, acción más de fe que la de seguir el loco su propia locura.

Grande fué la locura de Don Quijote, y lo fué porque era grande la raíz de que brotaba, ese inextinguible anhelo de sobrevivirnos, que es el manantial tanto de los más desatinados desvaríos como de los más heroicos actos. Los mayores bienhechores de su patria y de sus prójimos han sido los que soñaron en eterno nombre y fama.

Pero es que hay dos clases de ambiciosos: los que tienen fe en sí mismos y los que no la tienen. En los que no tienen fe firme en sí mismos, la sed de notoriedad, o cuando menos la fama y nombre, en-

gendra la envidia y se produce el tipo triste del fracasado. Nada más lamentable que el Quijote, que no creyendo que sean gigantes los molinos, no se resuelva a salir al campo lanza al brazo y casco en cabeza.

Hay en la historia un tipo memorable de erostratismo, y es aquel Jerónimo Olgiati, discípulo de Cola Montano, que mató, ayudado de otros dos, a Galeazzo Sforza, el tirano de Milán. Olgiati, Lampugnani y Visconti, habiéndose reunido de noche en la iglesia de San Esteban, se conjuraron, y pidiendo ayuda a San Ambrosio, patrono de Milán, cuya imagen allí estaba, decidieron matar al tirano y luego lo mataron. Y al ir a ser ejecutado Olgiati en el cadalso, exclamó: "¡Animo, Jerónimo, que se te recordará largo tiempo; la muerte es amarga, pero la fama eterna!"

Mas en ninguna parte he leído una expresión más concentrada, más viva y más poderosa de la raíz del quijotismo, del ansia loca de eterno renombre, que en un pasaje de uno de nuestros dramas, que es maravilla de concentración de viveza y de poderío expresivos. Me refiero a *Las mocedades del Cid,* de Guillén de Castro, en que al caer muerto en desafío Rodrigo Arias, exhala estas últimas palabras: "¡Muera yo! ¡Viva mi fama!"

Sacrificarse a la fama en vez de sacrificar ésta a sí mismo; he aquí la esencia íntima del quijotismo y la raíz de la heroicidad. Podrá ser la vida sueño, pero yo que la sueño, yo no soy sueño, aunque nos diga Shakespeare que estamos hechos de la madera misma de nuestros sueños. Y no puede decir que muere el que al morir consigue que su fama viva.

Merece el trabajo que en ello se empleara el perseguir a través de nuestra historia española la obra del quijotismo y el ver cómo nos trae hoy a mal traer el que los que aquí pasan por más ambiciosos

cifran su ambición toda en tener prestigio y poder mientras viven y en esta nuestra patria tan sólo. Esto, y no otra cosa, es el sanchopancismo, que se aquieta con el gobierno de la ínsula Barataria. Serán estos moderados ambiciosos más cuerdos que los ambiciosos desenfrenados, que los verdaderamente quijotescos, pero no debe la patria arrendarles su cordura.

A Alonso Quijano le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra, es decir, de su fama, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante. Los mejores servidores de su república son los que más se cuidan del aumento de su honra, y cuanto a más ancho espacio y a más largo tiempo anhele uno que su renombre alcance, tanto mayor será la fuerza con que a su república sirva.

"¡Muera yo! ¡Viva mi fama!"

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 22, XII, 1902.]

La causa del quijotismo.

Tratando del fondo del quijotismo lo mostré en el anhelo de eterno nombre y fama, en el ansia de inmortalidad. A lo que entonces exponía debo añadir que ese fondo lo sentía en el suyo propio Cervantes, quien, al cerrar su obra perdurable, decía dirigiéndose a su pluma: "Aquí quedarás, colgada desta espetera y deste hilo de alambre, no sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos..." y luego: "para mí sola nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir." El mismo Cervantes anheló la perpetuidad de su nombre y fama.

Y es natural que Cervantes hallara a Don Quijote en los entresijos de su propia alma, que lo sacara del hondón de su propio espíritu. Con gran acierto se ha dicho y repetido no pocas veces que Don Quijote es el mismo Cervantes. Es Cervantes en cuanto éste tenía de hombre de su tiempo y de su pueblo, es el alma española cuajada en Cervantes. Y en esa alma el anhelo de dejar nombre.

Este anhelo de dejar eterno nombre y fama no es más que una forma de la sed de inmortalidad que a todos los amadores de la vida anima.

Me parece un gran error el de asegurar cuando se habla de eso que se llama el culto de los españoles a la muerte, que no amamos la vida porque nos es dura, que el español no ha sentido nunca gran apego a la vida. Creo, por el contrario, que ha sentido y siente grandísimo apego a ella, precisamente por serle dura, y que de ese su grandísimo apego a la vida arranca el que llamamos su culto a la muerte.

Tan grande es nuestro amor a la vida que la queremos inacabable, sin resignarnos a perderla: la esperanza de sobrevivir o el temor de no sobrevivir ahoga en nosotros el goce de vivir, esa *joie de vivre* que tanto caracteriza a los franceses.

Y si otros arguyen que no pueden mecerse en esa esperanza ni atormentarse con ese temor por faltarles la fe de que hayan de sobrevivir y por estar completamente convencidos de que, al morir cada uno de nosotros, concluye toda su conciencia, contestaré a esto que no les mata el deseo de sobrevivir la convicción de la imposibilidad de que se realice, sino que es, por el contrario, su poco fuerte deseo de sobrevivir lo que les priva de la fe de conseguirlo.

En la tercera parte de la *Etica* de Spinoza, un judío de origen español —o portugués, que para el ca-

so es lo mismo—, hay cuatro admirables proposiciones, la sexta, séptima, octava y novena, en que establece cómo la esencia actual de cada cosa es su tendencia o conato a persistir en su ser propio durante tiempo indefinido y cómo la mente humana tiene conciencia de esa su tendencia. Desarrollo de este maravilloso pasaje es la doctrina de Schopenhauer acerca de la voluntad. Y si Schopenhauer admiraba tanto a los españoles y nos reputaba por gente de tanta y tan robusta voluntad —en contra de la opinión contraria, entre nosotros mismos tan extendida— es porque veía nuestro fortísimo anhelo de persistir individualmente sin término de acabamiento, nuestra sed de inmortalidad.

Sed que arranca, lo repito, de un grandísimo apego a la vida concreta y vívida y querida, no al puro espectáculo de ver lo que pasa.

En rigor, pues, es la pobreza de la vida lo que causando un gran apego a ésta, causa a la vez el ansia de inmortalidad; la pobreza de la vida unida a la ociosidad. Porque la vida pobre y trabajosa, la laboriosidad en la pobreza produce sanchopancismo.

Sancho Panza era un pobre labriego, un pobre trabajador, absorbido por las labores del campo, y Don Quijote un pobre hidalgo ocioso.

Pocas cosas más admirables que el principio del *Quijote,* en que para explicarnos la locura de su héroe y cómo se le secó el cerebro con sus lecturas, empieza por darnos cuenta Cervantes de cómo comía y vivía el hidalgo.

"Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos

de lo mesmo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino."

Los duelos y quebrantos de los sábados explican el apego a la vida del pobre hidalgo. Era "gran madrugador y amigo de la caza", pero "los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y su desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías..." [Cap. I de la primera parte.]

A los duelos y quebrantos de los sábados, a la pobreza del ingenioso hidalgo, se une su ociosidad, pues eran los más del año los ratos que estaba ocioso. Y tanta era su pobreza, que para poder leer los libros con que llenaba su ociosidad tuvo que vender muchas hanegas de tierra de sembradura. Caballero ocioso y pobre, tomó gran apego a la vida, y como ésta le era dura y monótona en su pobre aldea manchega, cobró ser a una vida más amplia, a una vida perdurable en la eternidad del nombre y de la fama.

Tesis mil veces sustentada, y con acierto casi siempre, la de que la dureza y asperidad de la vida no hace sino acrecentar nuestro amor a ella y que el terrible *tœdium vitae* nace en los hartos. Estoy leyendo los admirables ensayos que constituyen el libro titulado *The will to believe and other essays in popular philosophy* del vigoroso pensador norteamericano William James, y hay entre ellos uno: "¿Merece vivirse la vida?" *(Is life worth living?)* en que el autor desarrolla con gran maestría el principio de que la fuente de la melancolía es el hartazgo, que las necesidades y la lucha son las que nos inspiran y nuestra hora de triunfo la que nos

trae el vacío. "No de los judíos de la cautividad —dice—, sino de los judíos de los días de gloria de Salomón nos provienen las expresiones pesimistas de nuestra Biblia".

El terrible "¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad!" es, en efecto, queja exhalada por un harto. El que como Sancho Panza vive encorvado hacia tierra, luchando con ésta para arrancarla día a día y grano a grano el pan con que sustentarse, no maldice de la vida, sino que anhela descanso y sosiego en ella, y no fuera de ella, y sueña con las venturas y hartazgos de la ínsula Barataria. Se le arrastra con la promesa de espléndida recompensa y la perspectiva de una carrera de ociosidad y vagancia. Acepta los trabajos con tal de verse libre del trabajo. Así, prometiéndole que "tal vez le podía suceder aventura, que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della", arrastró Don Quijote a aquel labrador vecino suyo, "hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre)" (Capítulo VII de la primera parte.)

Pocos amadores de la vida tan ahincados y constantes en su amor como Sancho Panza. Apenas hay rastro —por lo menos que yo recuerde— de que rindiese culto alguno a la muerte.

Y si Sancho nos ofrece el tipo del pobre trabajador y ocupado, en Don Quijote tenemos el tipo del pobre ocioso y desocupado. Su ociosidad y su pobreza nos explican su apego a la vida y a sobrevivir y a perpetuarse en libros. El rico ocupado y el rico ocioso no producirían ni sanchopancismo aquél, ni quijotismo éste. El rico ocupado da en filisteo, y el rico ocioso puede dar en esteta, en melancólico, en toda forma de escepticismo y de íntima desesperación más o menos resignada.

Con grandísimo acierto otro norteamericano, Frank

Wadleigh Chandler, en una tesis de doctorado acerca de nuestras novelas picarescas (*Romances of roguery*), tesis que presentó a la Universidad de Columbia en 1899, hace notar que al empezar nuestra decadencia, "así como el valor del paladín fué reemplazado por la astuta cobardía del ratero, así la guerra contra monstruos y encantadores sucumbió al común conflicto contra el hambre y la sed". Mas, ¿es que la lucha contra monstruos y encantadores no era una forma de la lucha contra el hambre y la sed? ¿Cómo degeneró Don Quijote en el pícaro Guzmán de Alfarache?

La pobreza de Don Quijote no era más que relativa, pues los duelos y quebrantos de los sábados se compensaban en parte, con el salpicón de las más noches, las lentejas de los viernes y el palomino de añadidura de los domingos, y aún le quedaban hanegas de tierra de sembradura, aunque era su hacienda escasa, para poder comprar libros de caballerías. Pero si su pobreza hubiese sido aun mayor, tal que no le hubiera permitido llenarse la mollera de los desatinos y disparates de aquellos libros, ni aun salirse de caza con el romper del alba; entonces habría tenido que salirse al campo solo y escotero sin caballo, ni escudero, ni lanzón, ni casco, y buscarse la vida por pueblos y aldeas como mejor Dios le hubiese dado a entender. Empobreced aún más al pobre Alonso Quijano y le convertiréis en Guzmán de Alfarache, y no es esto deprimir a aquél, sino más bien exaltar a éste, pues los pícaros tenían su fondo quijotesco y generoso, si bien el tener que ganarse la vida no le dejara pensar mucho en cobrar eterno nombre y fama, que es pensamiento que pide algún ocio para brotar.

El término de la subida es el principio de la bajada, se ha dicho con notable precisión perogrullesca. Y así en el seno de la que se llama nuestra

época de grandeza, se notan los principios de nuestra decadencia. Y del mismo modo, en el seno del quijotismo, se ven gérmenes picarescos, y no es menester pasarse de lince, ni mucho menos, para observar en el curso de las aventuras del ingenioso hidalgo manchego lo que éste tenía de pícaro, su afición a vivir a costa ajena, o, como hoy decimos, "de gorra", aunque creyese que todo le era debido merced a lo útil y beneficioso que era a la república el ejercicio de caballero andante que él había escogido.

He aquí otro punto, el del picarismo de Don Quijote, que merece punto y aparte y atenta consideración sobre textos cuidadosamente escogidos de nuestra Biblia nacional.

Lástima es, en efecto, que mientras han caído sobre el *Quijote* tantos eruditos y masoretas, que le han escudriñado por todos sus rincones y recovecos la letra, y tanto exégeta que lo ha sometido a exámenes históricos y además no pocos sujetos que, estando no menos locos que Don Quijote mismo lo estuviera, han visto en la historia de éste yo no sé cuantos enigmas, reconditeces y enrevesados simbolismos, haya tan pocos que tomen su espíritu y aprovechen la maravillosa historia como texto de libres pláticas y base de meditaciones patrióticas al modo que se toman versillos del Evangelio para hacer sobre ellos homilías, sermones y piadosos consejos para una vida mejor y más íntima. Por mucho que meditemos en el *Quijote*, como en los poemas homéricos meditaban los griegos o en los dramas shakespearianos meditan los ingleses, no acabaremos de agotarle el meollo de enseñanzas que contiene en sí.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 12, I, 1903.]

GRANDES, NEGROS Y CAIDOS...

"Los bigotes grandes, negros y caídos"... Así nos dice Cide Hamete Benengeli que los tenía Don Quijote: grandes, negros y... caídos. Y no erizadas sus dos puntas como dos bayonetas que amenazan al cielo.

Nuestro Gran Caballero de la Triste Figura, el héroe admirable de la derrota, el que ha sabido mejor que nadie la sabiduría después de la de saber ser pobre, la más difícil, cual es la de saber ser vencido; Nuestro Señor Don Quijote tenía los bigotes grandes, negros y caídos.

Caídos en señal de nobilísima humildad o, si se me permite una vez más servirme de una expresión paradójica, de una arrogantísima humildad. Porque nuestro Señor Don Quijote, a pesar de sus aparentes, jactancias y baladronadas, era humilde, honda y entrañablemente humilde. Era un hombre habilísimo, puesto que se conocía.

Dicen que la habilidad consiste en conocer a los hombres y saber engañarlos, y tal era el arte de Maquiavelo. Mas yo os digo que la verdadera habilidad estriba en conocerse a sí mismo y no engañarse. Y Don Quijote, el loco, se conocía a sí mismo y no se engañaba. Y basta para convencerse leer con piadosa atención y sin prejuicios su gloriosa historia. No se engañaba ni con sus propias aparentes baladronadas.

Don Quijote sabía muy bien que los molinos de

viento eran molinos y no gigantes cuando los apostrofaba como a tales gigantes. Quería que lo fuesen, y acometía su empresa buscando heroicamente lo que el mundo creía derrota y no lo era.

—¡Yo sé quién soy! —exclamó una vez, arrogantemente, y así era la verdad; él sabía quién era.

Nunca he podido creer que, como sostienen los más de los comentadores de su locura, padeciese engaños de percepción, discurriendo, a partir de ellos, con perfecta lógica. No; Don Quijote percibía bien, percibía como los que se tienen por más cuerdos perciben. Veía bien que los molinos eran molinos y no gigantes; pero a él se le antojaba que fuesen esto y no aquello, y como a tales los trató. Su heroica locura, su locura sublime, no arrancaba de la perceptiva ni de la razón; arrancaba de la voluntad. Y ponía la imaginación a su servicio. Nuestro heroico Caballero de la Derrota quería que el mundo fuese como él creía que debe ser y no como era. Y por eso supo ser vencido, que es, después de la de saber ser pobre, la más elevada sabiduría.

Iba por los caminos solo, sin más compañía que su fiel Sancho, sin ejército alguno. El, con sus bigotes grandes, negros y caídos, no guiaba ejércitos. Era él mismo todo su ejército.

Y era un hombre comedido y modesto. Nuestro Señor Don Quijote, aunque versado en letras y hasta amigo de discursear, no era un pedante, no era un catedrático. Y menos un águila cacareadora. Porque observad cómo a las veces, mientras el gallo vencido calla, el águila, que se cree vencedora, cacarea.

Hace unos años se hablaba mucho del *Kathedersozialismus*, del socialismo de cátedra o imperialista. Pues os digo que hay también un *Kathedermilitarismus*, un militarismo de cátedra, de generales doctores y pedantes. Un militarismo de cátedra que ha

lanzado en los últimos años un número tal de volúmenes sobre la actual guerra europea —¡libros proféticos!— que pesan más que cuantos proyectiles se desperdicien en la guerra misma. Y los doctores en estrategia y táctica que han escrito esos volúmenes nos han hablado mucho de la disciplina, esto es, de la *discipulina,* de lo que es propio del discípulo. Mas en el fondo se trataba de *catedraticina.* No de maestría, no, que es lo propio del maestro, sino de catedraticina, que es lo propio del catedrático.

Puede un pueblo confiar sus ejércitos a generales literatos que escriban sonetos, madrigales o cuentos; pero a quienes tengan escritos libros de texto o de consulta sobre estrategia es muy peligroso. Del catedrático con texto cabe decir que o sobra él o sobra su texto. Y si es de milicia, peor que peor. Y si el catedrático estratega tiene fe en su propio texto, peor para aquellos a quienes guía.

Nuestro Señor Don Quijote, el Caballero de la Triste Figura, el héroe de la derrota, el de los bigotes grandes, negros y caídos, tenía fe, verdadera fe, honda confianza en sí mismo; sabía que con su derrota había de vencer, como venció. ¡No era esa confianza en sí mismo una arrogante ceguera, no! No era esa confianza en sí mismo la infatuación del catedrático de milicia que se cree poseedor de la ciencia absoluta y matemática, que se finge que puede predecir el resultado de una batalla como se predice un eclipse. Don Quijote no fió nunca en su ciencia; fió en su arrojo... para ser derrotado.

Y creedme: la locura de la voluntad, la nobilísima locura quijotesca de querer que el mundo sea, no como es, sino como creemos que debe ser y queremos que sea, y proceder así con él es una locura que lleva siempre al más grande triunfo, al de saber vencerse sabiendo ser vencido. Y la locura de la razón de imaginarnos que el mundo ha de plegarse a nues-

tra ciencia y que con nuestra astronomía dirigimos a los astros por el espacio, la locura de creer a la técnica omnipotente y de pretender pesar, medir y contar hasta el valor, esta locura lleva siempre a la verdadera derrota, aunque lleve a un aparente triunfo.

"¡Los bigotes grandes, negros y... caídos!" Señalando con sus guías a esta nuestra madre Tierra todoparidora, la que a todos nos recoge en su seno; apuntando a la Tierra, al *humus,* en posición de *humildad,* de quien al *humus* se inclina. Caídos... no levantadas sus guías al cielo, como bayonetas en tono de desafío.

Recordad cuando Nuestro Señor Don Quijote hablaba ¡con qué piedad!, ¡con qué humildad!, ¡con qué religión! No fué Don Quijote de esos que al decir: "Yo, en nombre de Dios, os digo..." sobreentienden: "Dios, en mi nombre, os dice..." Jamás creyó que Dios era un aliado suyo o un ministro a su servicio. La profunda piedad cristiana del de los bigotes grandes, negros y caídos le impidió caer en esa sima de irreligión y de impiísima soberbia.

Por todo ello Don Quijote, vencido según el mundo, nos guía a sus fieles a la verdadera victoria, y a España, si sabe penetrar en la esencia de su espíritu, del altísimo espíritu quijotesco, en la noble locura de la voluntad que quiere el mundo como debe ser y no como es, la guiará al único triunfo duradero e íntimo. Para lo cual hay que seguir al Caballero de los bigotes grandes, negros y caídos.

Salamanca, 22, X, 1914.

(Los Lunes de "El Imparcial", Madrid, 3. XI. 1914.)

SOBRE EL QUIJOTISMO DE CERVANTES

En mi obra *Vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada,* exageré acaso por vía de paradoja y para mejor revelar el idealismo que la informa, mi culto a Don Quijote a expensas de Cervantes. Era mi objeto mostrar que lo real, lo duradero, lo eterno, es la obra de uno. El mismo Cervantes comentó lo de que cada uno es hijo de sus obras, y así podemos decir que más bien que Don Quijote es hijo de Cervantes, Cervantes es hijo de Don Quijote.

Llevado por aquel sentido quise prescindir de todo lo que en el *Quijote* no es Don Quijote y los que le completan, de todo lo que en ese libro no es quijotismo. Y, desde luego, de todo lo que en él es pura literatura, que es a lo que de ordinario se agarran los puros literatos, los de la letra, los que no llegan al espíritu. Quise reaccionar contra la estúpida exégesis de los masoretas de nuestro cervantismo, por muy eruditos que ellos sean. Y es que adivinaba en el fondo de estos hombres nefastos un repuesto de antiquijotismo, una suerte de horror a la obra del Caballero de la Triste Figura. Son ellos, y no Cervantes, quienes se burlan de Don Quijote.

Llevado de aquel sentido, pasé por alto los prólogos y las dedicatorias del *Quijote,* y no quise dete-

nerme donde presumía que Cervantes nos iba a hablar de sí mismo o de su obra como obra literaria, pero no de Don Quijote y de la obra de éste. Y salté aquellas tan conocidas palabras que en el prólogo al lector de la Segunda Parte nos dice sobre su manquedad Cervantes:

"Lo que no he podido dejar de sentir es que se me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Lo que el soldado muestra en el rostro y en los pechos estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años".

Al volver a leer esto ocúrreseme pensar, en primer lugar, que si Cervantes, en vez de haberse quedado manco, se hubiese quedado muerto en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, seguramente que no nos habría descubierto y contado la vida de Don Quijote, salvando así, con su nombre, su alma en el alma de España, pero habría salvado su alma, incorporándola al alma de España, en aquella memorable hazaña histórica. Aunque anónimo Cervantes, héroe

siempre, habría salvado su alma en el alma de su patria.

En aquella altísima ocasión, en la batalla de Lepanto, España opuso un dique a los avances del Gran Turco y cerró el occidente de Europa a la barbarie de ese pueblo, enemigo de la cultura cristiana, que lucha hoy, en los momentos en que esto escribo, bajo las banderas del Imperio germánico. Luchando contra los turcos fué como Cervantes se capacitó para descubrirnos a Don Quijote.

Y ocúrreseme a las mientes esto ahora en que una buena parte de los españoles están turquizados o aturcados y se regocijan de los triunfos, reales o supuestos, de esos descendientes de los bárbaros a quienes venció en Lepanto Don Quijote y se duelen de sus derrotas, también reales o supuestas. Y si a Don Quijote le preguntáramos su parecer y sentencia en la contienda que hoy desvela a Europa, estoy seguro de que nos contestaría al punto: "¿De qué parte está el Gran Turco? Pues de esa están la sinrazón y la felonía."

Yo, hablando de nuestros encallecidos creyentes españoles, dije alguna vez que seguían al Corán de Cristo. Y así es la verdad. Han hecho del Evangelio un Corán. Es decir, han deshecho el Evangelio y sólo de nombre rinden a Cristo culto. Son islamitas, y nada más que islamitas. Su modo de invocar a Dios, al Dios de las batallas y de la venganza, es el mismo con que le invoca el kaiser: un modo islamítico. Y en todo caso de Antiguo que no de Nuevo Testamento. Es un modo pre-cristiano. O post-cristiano.

La similitud de la opinión de una buena parte de la sociedad española con la opinión de la clase dirigente de Turquía es cosa que sorprende, es decir, ¡clase dirigente, no!, sino clase dirigida. Hasta en el

Consejo de Ministros de la desgraciada Turquía de hoy han entrado como consejeros dos extranjeros: dos alemanes.

Nuestro Señor Don Quijote, tan disciplinado y sumiso a su ideal, tan obediente a los que con amor le mandaban, jamás se prestó a potestades imperiales ni menos despreció la libre voluntad del pueblo. Hay quien le ha llamado anarquista por todo lo que hizo y dijo cuando dió libertad a los galeotes. ¡Bendito anarquismo el suyo! Y Cervantes, que había peleado por la cultura cristiana en Lepanto, contra los bárbaros turcos, y que fué después cautivo de ellos, pudo comprender mejor que nadie las razones por las que Don Quijote libertó a los galeotes. Sabía muy bien que la prisión no es patria del prisionero. Y Cervantes, como Don Quijote, quería que el hombre tenga patria, porque sabía que sin patria, sin historia, el hombre no es hombre, sino un animal prehistórico. Tal el turco.

Tal el turco y tales los aturcados que, sintiéndose cuadrilleros de la Santa Hermandad, sólo se cuidan de pedir que se les ponga esposas y grilletes a los Ginesillos, y piden también que se le prenda y se le encarcele y se le castigue a Don Quijote por haberlos libertado.

El *Quijote* fué descubierto en una cárcel, que no era la patria del encarcelado Cervantes, y cuando éste acaso soñara en la patria, en aquella que sintió su patria cuando le llevó a pelear el Gran Turco. Si entonces España hubiera permanecido neutral, o si Cervantes se hubiese mantenido tal en aquella la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, no tendríamos hoy el Evangelio español del *Quijote*. Don Quijote nació en Lepanto y no en el oscuro lugar de La Mancha, pero su alma vino a encarnar en él desde la batalla de Lepanto, donde nació de las entrañas de

España, de las entrañas de la patria, conmovidas al luchar contra el Gran Turco, contra los bárbaros servidores del Corán y del Soldanado. Mas dicen los cuadrilleros que el Corán y el Soldanado son el orden y la disciplina y la seguridad del goce.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 13, II, 1915.]

ROQUE GUINART, CABECILLA CARLISTA

En un artículo que Maragall el grande, mi amigo nunca bastante llorado, publicó el 18 de febrero de 1899 en el *Diario de Barcelona* y figura en el tomo segundo de *Artículos* de la serie castellana de sus *Obras Completas,* artículo que se titula "Nyerros y Cadells" encuentro la noticia de quién era Roque Guinart, el bandolero que agasajó a Don Quijote. No he tenido, pues, que acudir al libro de don Luis María Soler y Terol, a que nos remite el señor Rodríguez Marín en una nota de la edición del *Quijote* por él diligente y eruditamente anotada, aunque seguramente en este libro habría encontrado más amplias y minuciosas noticias. Pero me basta a mi propósito las que me da Maragall.

Maragall, en efecto, comentando el estudio que sobre los bandos de *nyerros y cadells* —que en Cataluña figuraron desde el siglo XIII a fines del XVII— hizo don Celestino Barallat y Falguera, y se publicó en el tomo V de las *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona,* nos dice que los *nyerros y cadells* eran verdaderos partidos políticos, por más que generalmente se les llame bandos y así sucede casi siempre.

"En los tiempos de las guerras religiosas en Languedoc, cuando el conde de Foix era el campeón de los albigenses contra la Iglesia Romana, las familias de Nyer y de Cadell, poderosas en el Conflent la pri-

mera, y en la Cerdaña la segunda, tomaron posiciones contrarias en la lucha. Entonces Cadell representó la alianza contra el conde de Foix, con la casa bearnesa de los Moncadas; Nyer, la alianza o la transacción con los romanistas de Montpellier. Y cuando en 1296 empieza el combate entre los Moncada de Torelló y el obispo de Vich, el partido del obispo aparece capitaneado por Gilabert de Nyer, y el partido de los Moncada por Bernardo Cadell."

Sigue Maragall contándonos, siguiendo siempre a Barallat, la historia de ambos bandos y llama a los *nyerros* clericales. "La lucha en sustancia —dice— era en pro o en contra del poder político del clero", y continuó durante los siglos XV al XVII. En tiempo del famoso cabecilla Juan Sala Serrallonga —a quien el mismo Maragall dedicó un estupendo poema, una de las cosas más hermosas que en España se han escrito—, "los *nyerros* de Serrallonga ya no defienden las prerrogativas clericales, sino la existencia misma del derecho señorial y del derecho clerical contra la uniformidad absorbente de los Reyes de Castilla". Serrallonga aparece como un enemigo del partido jurista y realista del siglo XVII, como un regionalista o catalanista clerical, como un carlista, en fin. "El partido castellano —dice Maragall— le empapeló como a un criminal cualquiera, logró echarle mano y le encarceló". Y a este famoso cabecilla cantó luego, como a un criminal de genio, Maragall mismo en *La fi d'en Serrallonga.*

El estudio del señor Barallat acababa con la desaparición de Serrallonga, pero Maragall creía que no habían acabado los *nyerros* y los *cadells;* sospechaba que existían todavía en 1899. Claro está, y subsisten todavía. Los jóvenes turcos de los requetés son los *nyerros* de hoy, y los jóvenes bárbaros —que así se llaman ellos a sí mismos— del radicalismo son los *cadells*. Maragall los encontraba en la guerra de

sucesión y en los carlistas y liberales del pasado siglo y de éste. "Primero fueron católicos contra herejes —decía—; después, clericales contra nobles; luego, feudales contra absolutistas." Y acababa diciendo: "Y nosotros, los catalanes, en el fondo, siempre seremos *nyerros* y *cadells*." Ellos, los catalanes, y nosotros, todos los demás españoles. Y más vale que sea así.

Pues bien, en el partido de los *nyerros* figuró Roque Guinart. "Perot Roca Guinart, natural de Oriestá, cerca de Prats de Molló, es el caudillo del partido monacal desde 1607 a 1613". Perot Roca Guinart acudió en defensa de los monjes de Ripoll contra los ripollenses que pretendían que el monasterio les ayudase a restaurar la iglesia parroquial, la civil podríamos decir, en vez de dar la mitad de sus limosnas a las monjas de Santa Clara. Y luego, en 1613, por mediación de un monje, Roca Guinart pasó al Real servicio de Flandes. Lo que Maragall comenta diciendo: "El partido castellanista no perdonaba medio para ahogar la vida política de Cataluña".

Como se ve, pues, Roque Guinart, o más bien Roca Guinart, fué un cabecilla carlista de principios del siglo XVII. Lo que nos aclara muchas de las cosas, nobilísimas algunas, que Cervantes puso en su boca, en la de aquel hombre cuya fama no había límites en la tierra que la encerrasen, según le dijo Don Quijote.

De él, del gran Roque, dijo su escudero: "Este nuestro capitán más es para fraile que para bandolero". Y si tomamos esta última denominación no en su mal sentido, sino en el más primitivo y más recto, en el de jefe de banda o de facción, equivaliendo a cabecilla, de más de un cabecilla carlista de las guerras civiles del pasado siglo, cabe decir que fué más para fraile que para cabecilla. Y a la inversa

de otros, que fueron más para cabecillas que para frailes o siquiera sacerdotes. Oficios ambos que anduvieron, no pocas veces, muy mezclados. Pero hay que hacer este juicio con ojo, pues Roque Guinart, al que tal sentencia dejó escapar de sus labios, le abrió la cabeza en dos partes, diciéndole: "Desta manera castigo yo a los deslenguados y atrevidos." Roque Guinart, al despedirse de Don Quijote, escribió una carta a un amigo suyo de Barcelona "dándole aviso cómo estaba consigo el famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían, y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí a cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la plaza de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y a su escudero Sancho sobre su asno, y que diere noticia desto a sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen; que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios..." [Cap. LX.]

¿Qué habrían hecho los cabecillas carlistas de nuestras últimas guerras civiles si entre ellos hubiese aparecido Don Quijote? No lo sé. Pero los periodistas carlistas de hoy, al aparecer en campaña el Kaiser, que no es precisamente un Don Quijote ni mucho menos, han querido que se solacen con él los *nyerros* y no los *cadells*. Pero no ha podido el Kaiser dejar de dar gusto general a todo el mundo, y todos, unos de un modo y otros de otro, nos divertimos y solazamos con él.

(*Nuevo Mundo*, Madrid, 1.º V. 1915.)

Entre los vicios opuestos a la virtud de la religiosidad —o sea a la piedad— cuéntase la superstición. La superstición es algo profundamente impío.

Superstición, *superstitio,* de *superstare,* quedar encima, es el acto de conservar escurrajas o desperdicios. Es como si uno guardase las cáscaras de las nueces o las mondaduras de las patatas que hubiese comido. Y aun hay quien tira la pulpa y se queda con la cáscara. Lo que en ciertos casos se comprende, como el de aquel que no guste de las ostras guarde sus conchas para hacer de ellas botones.

Es lo que están haciendo no pocos de esos llamados cervantistas: botones con las conchas de las obras literarias de Cervantes. Y la superstición cervantina o cervantesca toma las formas más hostiles a la religiosidad patriótica y a la piedad que se debe a la memoria de Cervantes. Del alma misma de éste, viva, gracias sobre todo al *Quijote,* en el alma de su pueblo, están haciéndose botones. Y lo peor es que, como no hay ojales, esos botones son como los de las mangas de nuestras americanas, o los dos que lleva por detrás la levita, que no sirven sino de muestra. En botones de muestra, que no sujetan prenda alguna de vestido espiritual, nos están convirtiendo la obra cervantina, que fué algo más que mera literatura.

Pero de todas las aplicaciones descentradas que del *Quijote* quieren hacerse, la más absurda y peli-

grosa acaso es la aplicación pedagógica. Dudo que pueda haber disparate mayor que el *Quijote* para los niños. Y ello proviene, no sólo de la cervantomanía, sino también de la manía pedagógica; es el encuentro de dos manías.

Cientos de veces se ha hablado de lo absurda que resulta la literatura escrita para niños. El arte para niños es cosa tan desatinada como el arte para el pueblo. Ponerse a escribir, a pintar o a hacer música pensando en que ello esté al alcance de la infancia o del pueblo, es condenarse desde luego a una labor de forzado. Y el que tal hace cabe asegurar que carece de verdadero poder artístico. Otra cosa es tratar de poner ciertos principios y conocimientos al alcance de niños y de gentes del pueblo. Pero el hacer esto no es hacer arte. Como que pocas cosas están más reñidas con la estética que la pedagogía.

A los niños, se ha dicho también, debe dárseles a leer, como pasto artístico, las cosas mismas que leen los mayores, sólo que escogidas. Y en esta selección no parece que deba entrar el *Quijote*. Hacer que los muchachos de diez años, al sufrir el examen de ingreso para el bachillerato, lean y analicen en el *Quijote* es una de las cosas de menos sentido que pudo ocurrírsele al autor de semejante ocurrencia.

El *Quijote* no es un libro popular en España. No lo es, a pesar de los esfuerzos, mejor intencionados que discretos, de cuantos se han propuesto que llegue a serlo. Son muchísimos más los que lo han leído a saltos y retazos o los que no lo han acabado de leer que los que lo han leído por completo. Se le cita tanto y se reproducen tanto sus pasajes, que a muchos les basta con ello para poder hablar de él. Y sabido es que hay libros, sobre todo si son clá-

sicos, que los más no los leen sino para poder hablar de ellos.

Y si hay muchos que siendo adultos no se deciden a leer el *Quijote* creo que se debe en gran parte a que se les obligó a leerlo, en todo o en partes, a una edad en que deberían leer el *Juanito,* el *Amigo de los niños* o las novelas de Julio Verne, que de arte tienen bien poco. Hiciéronles cobrar aborrecimiento a nuestra Biblia nacional como hay en otras partes quienes apartan con tedio la vista de la sagrada Biblia porque teniendo diez o doce años les obligaron a oír el Apocalipsis o el libro de los Números o el de Job.

Tengo ante los ojos una revista escolar —así se llama— de una de nuestras provincias, y en ella una sección titulada "Lo que dicen los niños: ¿En qué libro preferís leer, en el *Quijote* o en otro cualquiera que no sea el *Quijote?*" Las contestaciones de niños de nueve a trece años entristecen. Son un modelo de insinceridad, de esa terrible insinceridad pedagógica de muchachitos a los que se les obliga a contestar a preguntas absurdas. Parece que las manecitas de los pobres niños fueron llevadas por las manos de sus maestros mientras redactaban aquellas ridículas vaciedades.

Hay uno que dice que prefiere leer en el *Quijote* porque le gustan mucho los refranes de Sancho Panza —¡mentira!— y "por estar escrito por el mejor escritor del mundo"; otro, que "por los cuentos de risa que cuenta el principal personaje"; un tercero dice que "porque tiene muchos chistes instructivos y es muy bonito". ¡Chistes instructivos! La disparatada pedagogía que ha ideado el dirigir a los niños esa pregunta insensata que provoca la insinceridad, no tiene nada de chistosa ni de instructiva.

Hay otro niño, de doce años, que prefiere leer en *El ciudadano y el hombre,* que le cuenta cuentos

instructivos como el de Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre; "El perro barnizado", y otros muchos. Y agrega: "El *Quijote* no me gusta tanto porque no lc considero tan instructivo como *El ciudadano y el hombre,* porque el *Quijote* no habla más que de aventuras y desventuras de las que no saco nada útil." El niño de doce años que ha escrito esto está en lo cierto. Si es que lo ha escrito el niño que lo firma, y no su padre u otra persona. Desde luego no su maestro Porque, en efecto, *El ciudadano y el hombre,* libro de lectura infantil que no conozco, será para un niño de doce años mucho más instructivo que el *Quijote,* del que, en esa edad, profundamente utilitaria, no se saca nada útil. Y en cierto sentido, en ninguna otra edad.

Nada se desarrolla en el hombre más tardíamente que el sentido estético. Al niño le es más fácil comprender una teoría científica o resolver un problema moral que recibir una honda y elevada emoción artística. Nada exige mayor madurez que la comprensión estética. Es más frecuente la precocidad científica que la estética. Otswald, el químico, ha hecho hincapié en cómo los más grandes descubrimientos científicos del pasado siglo los llevó a cabo gente moza. Y el *Quijote* fué engendrado cuando su autor pasaba de los cincuenta años.

La triste risa de la madurez de Cervantes, aquella su risa otoñal, ni puede instruir a niños de doce años ni nada útil les puede ofrecer. Y si queremos que todos los españoles cultos, conscientes de su españolidad lean nuestra Biblia nacional y la lean cuantos deben leerla y como deben leerla, lo primero es no poner ese libro en manos de niños.

Se dirá que a los muchachitos de diez años —¡pobres corderillos!— a quienes se les mete en el bachillerato, se les hace leer en el *Quijote,* no para que se nutran del meollo sustantífico de éste, sino

por la lengua. ¡Malo también! Sólo conozco un absurdo pedagógico mayor que el de hacerles analizar a niños españoles de diez años y del siglo XX, sin conocimiento alguno histórico del idioma, la lengua del *Quijote*, y ese mayor absurdo pedagógico consiste en hacer que lo analicen conforme a las reglas de la Gramática de la Real Academia Española. Es decir, que no lo analicen. El asociar en la imaginación infanitl el recuerdo del *Quijote* al del pluscuamperfecto de subjuntivo y al complemento directo e indirecto y a las oraciones segundas de activa y a todo este horror de vaciedades puramente clasificativas es el medio más seguro para que le cobren ojeriza a nuestro libro patrio.

De todas las supersticiones cervantescas la más insensata es la superstición lingüística. Y nada arguye más menguado ingenio y más grande penuria artística que ponerse hoy a remedar el lenguaje de Cervantes y a querer galvanizar sus giros. Si Don Quijote volviese a nuestra España echaría de ella a lanzadas a los que encontrase remedando la retórica de sus arengas. Y en cuanto a los que aplicasen a ellas esa infame máquina que llaman análisis gramatical, no sé qué haría con ellos. Todo castigo es poco para los desgraciados pedagogos que toman un párrafo del *Quijote* y lo someten a su estúpida estadística, contando las palabras y clasificándolas en monosílabas, bisílabas, trisílabas, etcétera, y luego las sílabas, con aquella sandez de si son de juego duplo o triple y otros juegos solitarios por el estilo. Y este bárbaro entretenimiento mandarinesco es entre nosotros casi oficial.

Poner el *Quijote* en manos de los niños y ponerlo tamizado por ese hórrido y bárbaro análisis llamado gramatical —ocupación de incapaces mentales o de solitarios monomaníacos— es la más grave ofen-

sa y el más hondo perjuicio que se puede hacer a Cervantes, a nuestra Biblia nacional y a la cultura española.

¡Esa pedagogía!...

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 13, XII, 1915.]

Este año de 1916 que está al finar no me parece que ha sido fecundo en novedades literarias en España. Y digo que no me parece, sin asegurarlo redondamente, porque vivo en cierta reclusión voluntaria y un poco al margen del mercado de las novedades. Desde luego que no ha llegado a mis oídos el nombre de ningún novelista o dramaturgo o poeta lírico o crítico nuevo, enteramente nuevo. Y a los viejos, es decir, a los ya conocidos, nos ha absorbido el tiempo y la atención más que otra cosa el comentar la guerra. Acaso lo más notable de nuestra vida literaria e intelectual en general ha sido la división de literatos e intelectuales en dos bandos, unos en pro y otros en contra de Alemania, con la especie de guerra civil de ideas a que ello ha dado lugar.

Hay desde luego un campo literario del que no podría informar a mis lectores. Es el dramatúrgico. Hace años, pero muchos, que apenas acudo al teatro. Cuando se habla mucho de un drama o comedia, espero a que los publiquen y los leo tranquilamente en casa sin que el arte escénico me perturbe la comprensión estética de la obra literaria. Me libro así de un engaño, porque la experiencia ha demostrado que obra dramática que no resiste la lectura sosegada y a solas no dura tampoco muchos años en la escena, no puede ser una obra clásica de teatro. Es a lo sumo un drama de cómicos. Y a estos

dramas, a estos que son teatro sin ser literatura, el cinematógrafo los está matando. .Porque el cinematógrafo se ha hecho para sordos y el teatro no literario, el teatro, puro teatro, de espectáculo nada más, es un acto para sordos, sea con sordera material, sea con sordera espiritual. "Situaciones, situaciones —decía D'Ennery, el famoso melodramaturgo francés—, situaciones; todo el arte del teatro es prepararlas y cuando llega una situación emocionante lo mismo da que los personajes digan una cosa que otra, pues el público cuando llora no oye." Y el arte cinematográfico es un arte de situaciones en que se consigue que el público de bajos instintos estéticos llore sin necesidad de decir nada, con una mímica de latiguillo.

No sé, pues, si en el arte teatral se ha producido en este año, en España, algo que valga la pena de ser leído, pero tengo la aprensión de que la pasión, la grande y noble pasión trágica sigue ausente de nuestro teatro contemporáneo. Lo poco, lo poquísimo nuevo que he visto en estos años lo encuentro todo lo hábilmente desarreglado que se quiera, pero frío, terriblemente frío. Y nada digo de las grotescas astracanadas con que se quiere hacer reír a la gente que se ríe de cualquier cosa.

Dejo para otra vez el hablaros de lo que en poesía se ha publicado y que vale la pena de leerlo —algo de Pérez de Ayala, de Enrique de Mesa, de Joaquín Montaner y de poco más que ahora recuerde— y paso a tomar breve nota de la más resonante novedad de carácter histórico-literario y es un trabajo de cabalismo cervantesco, el de la famosa traza del *Quijote* del ya famoso don Antonio Rivero, a quien se le dió hasta un banquete por ello.

¡Pobre Cervantes! Pareció que la guerra alejaba de sobre esa memoria, tan maltratada por cervantófilos, la amenaza de un nuevo centenario, el tercero

de su muerte terrena, pero aunque se aplazaron las fiestas oficiales —¡alabado sea Dios!— por ello no se pudo evitar que los eruditos cervantistas, los masoretas del cervantismo, echaran su cuarto a espadas.

El pobre Cervantes ha sufrido la suerte de los más de nuestros grandes ingenios literarios y es que se ha tomado aquí su obra como obra muerta, como textos de lengua o como colección de modelos para los tratados de preceptiva, y apenas hay quien busque su espíritu y trate de actualizarlo. Lo característico de nuestros estudiosos de la propia literatura ha sido la sequedad y la falta de sentido estético. Su erudición ha solido ser una forma más y muy sutil de la haraganería espiritual. No tenemos una buena historia de nuestra literatura hecha con un claro y fuerte sentido estético, no ya una como la excelentísima, la maravillosa historia de la literatura italiana que escribió Francesco De Sanctis o la de la francesa de Gustavo Lanson, mas ni siquiera una de que se saque una idea de conjunto del carácter general de nuestro ingenio literario. Son las que conozco historias con exceso de datos externos, de minucias, con sobra de noticias biográficas y bibliográficas y como si una historia de la literatura de un pueblo hubiese de ser un catálogo, mejor o peor razonado, de autores y de obras. La historia, la verdadera historia de nuestra literatura, y, esto aun después de los trabajos, por otra parte meritísimos, de Menéndez y Pelayo, está por escribir. Y para hacerlo no es tanto menester recoger todos los materiales biográficos, bibliográficos y críticos acumulados, cuanto volver a leer a los eternos autores y sus eternas obras con espíritu que busque vida.

A toda literatura de todo pueblo le ocurre lo que de la griega clásica decía Wilamowitz-Moellendorff y es que se reduce a una docena de nombres representativos de autores y el que sabe leer a éstos pue-

de dispensarse del resto. Y renueva más la comprensión de una literatura una nueva manera de entender y de sentir una de sus obras maestras eternas que el descubrimiento de tal o cual obra o autor olvidados.

Sobre las obras de Cervantes y en especial sobre su obra, sobre el *Quijote,* han caído nuestros eruditos y masoretas y cabalistas, y ¡cómo lo han dejado, Dios Santo! Y como yo también por mi parte me metí a comentar el *Quijote,* debo decir. en descargo de mi conciencia, que no lo hice como erudito ni como masoreta ni cabalista, y que no pretendí desentrañar lo que Cervantes quiso decir en él, cosa que me tiene sin cuidado, sino lo que yo en él veo y lo que me sugiere. No me interesa lo que los autores quieren decir, sino lo que dicen o mejor lo que me dicen. Ni admito las segundas intenciones en literatura. Y en cuanto a la vida del literato, sólo me interesa mientras aclaro su obra. En rigor su vida es su obra. Para mí la verdadera biografía de Cervantes es su *Quijote* y ni siquiera logran los cervantistas dar interés a las cominerías y chismes de vecindad que de su víctima nos cuentan.

Parece ser que don Atanasio Rivero contó en un estilo hiperbólico y como de iluminado, y los que lo han leído dicen que bastante regocijado y no exento de donaire y gracejo, cómo había descubierto la famosa "traza" de "Quijote", y que consiste en que Cervantes escribió unas memorias íntimas y luego con las mismas letras, ni una más ni una menos ni distinta, de cada párrafo compuso el *Quijote.* En cuanto oí en qué consistía el descubrimiento de Rivero no quise ya saber más. Y quedéme sorprendido de que hubiese habido eruditos inocentes que se dedicaran a cazar gazapos en la obra cabalística de don Atanasio. La ocurrencia sola de que a Cervantes se le hubiese ocurrido dedicarse a semejante

desatinado matatiempo es ya algo disparatadísimo. No sé que a nadie en el mundo le haya dado por tal cosa. Mas, aunque así hubiese sido, no hay don Atanasio alguno capaz de descifrar tales logogrifos.

Supónganse mis lectores que escribo unas memorias íntimas y me entretengo luego en componer, párrafo por párrafo, con las mismas letras de ellos una novela; pues bien, desafío a todos los Riveros habidos y por haber a que reproduzcan mis memorias íntimas por mucho que de mi vida privada sepan. Es más, yo mismo, destruídas mis memorias, sería incapaz tres o cuatro años después de reproducirlas sobre la base de la traza de mi novela.

Voy más lejos aún. Si se hace la estadística de cada una de las letras que aparecen en un párrafo algo extenso, de su tanto por ciento de aparición entre las demás, se verá que ese exponente de su porcentaje apenas varía de un párrafo a otro. Y de este modo y con las mismas letras de cada párrafo se puede escribir más de una novela. Novela, por supuesto, que será tan pobre, en cuanto novela, como aquellas que se escriben sin emplear la letra *a* o la letra *e* u otra cualquiera.

Es cosa sabida que las letras de nuestro alfabeto pueden ordenarse por el orden de su mayor o menor frecuencia, de su mayor o menor empleo, y determinado este empleo cuantitativamente de modo tal que si tomamos una cualquiera de ellas por unidad (la de menor frecuencia, que en castellano es seguramente la *k,* y si estimamos ésta como exótica será la *x* o la *j)* se expresen las otras por otros números, cabe señalarles un valor. Y este valor se mantendrá casi constante en cada párrafo. Quiero decir que si una letra cualquiera se expresa por 7, queriendo decirse que aparece 7 veces mientras la de menos uso no aparece sino una sola vez, ese mis-

mo valor de 7 se mantendrá poco más o menos en cada párrafo.

Claro está que lo capital es que a nadie y menos al Cervantes se le pudo ocurrir dedicarse a tales rompecabezas, que además no tienen en este caso explicación alguna ni se ve por qué había de perder el tiempo en ello, pero si hubiese caído en la insensatez de la disparatadísima ocurrencia ésa, no hay don Atanasio Rivero alguno que sea capaz de reordenar el rompecabezas.

A otro señor se le ha ocurrido otro disparate mayúsculo, cual es el de que el llamado falso *Quijote,* el de Avellaneda, es también del mismo Cervantes y mañana se le ocurrirá a otro cabalista cualquier otro desatino. Y en tanto lo más de las cosas jugosas, vivas, sugestivas que sobre el *Quijote* se ha dicho nos han venido de fuera.

Recuerdo el asombro y hasta la indignación que les causó a algunos el que afirmase yo hace algunos años que alcanzaba a ver en el *Quijote* perspectivas e intenciones que su autor no vió, así como creo que en mis obras podrán muchos ver muchas cosas que yo no veo en ellas. Porque ni mis obras, aunque las haya yo escrito, son mías sólo; ni el *Quijote* era sólo de Cervantes. A nadie le cuesta admitir que no sea el inventor de un mecanismo cualquiera quien mejor lo maneje, ni el descubridor de una ley científica quien mejor la aplique o quien mida mejor sus consecuencias. Platón sabía bien de la divina inconsciencia de los poetas.

Cosa terrible cuando el culto de nuestros grandes hombres se hace fetichista y el estudio de su obra cae en manos de masoretas y cabalistas.

¿Y qué diremos de la lengua? Sobre la base, base muy discutible, de que Cervantes haya sido el mejor prosista castellano, el mejor hablista y estilista, se ha querido hacer de su lenguaje una especie de

ritual, y hay desdichados que han dado en cervantinizar de una manera lamentable. Confieso que el período cervantino en castellano de hoy y para expresar ideas y sentimientos actuales me resulta insoportable.

La lengua literaria o escrita surge de la hablada, de la lengua conversacional o coloquial, y la viva tradición va por la corriente de la lengua hablada. De la lengua que se hablaba en Castilla en tiempos de Cervantes, de la lengua que él hablaba surgió con mayor o menor artificio literario la expresión del lenguaje escrito de sus obras. De aquella lengua proviene nuestro castellano de hoy, el que nosotros hablamos y en el que pensamos, y de este castellano que hablamos y en que pensamos tienen que surgir con mayor o menor artificio artístico nuestras obras escritas literarias. Pero no hay nada peor que una evolución literaria del lenguaje meramente escrito. Obra literaria, que en cuanto a su expresión lingüística proceda, a través de unas y otras obras escritas, de tal famosa de hace siglos, es obra condenada a muerte estética.

Dicen que el íntimo, el verdadero progreso de la especie humana, va de germen a germen, que lo duradero es la mejora que al nacer trae hoy un niño sobre el niño que fué su lejano abuelo de hace siglos y que junto a éstos los adelantos que unos adultos pueden trasmitir a otros valen muy poco. La doctrina es muy especiosa y acaso sofística, ya que el progreso humano es social más que orgánico y un europeo culto de hoy lleva la ventaja a un ateniense del tiempo de Pericles no que nazca con mayor capacidad mental ni más fino organismo, sino que se encuentra al nacer con un legado social de que aquél no disponía y con medios de investigación nuevos, pero acaso no deje de haber algo de verdad en esa doctrina. Mas lo que tengo por indu-

dable es que el progreso lingüístico —y le hay— se cumple en la lengua hablada más bien que en la escrita y literaria.

De todos modos, el imitar el lenguaje y estilo cervantinos me parece una de las mayores equivocaciones en que puede caer un literato español. Es preferible imitar otros modelos. Y menos todavía el estilo que podríamos llamar solemne de Cervantes, el del discurso de las armas y las letras de Don Quijote, o el del que éste enderezó a los cabreros. Es un estilo oratorio y enfático, que no se debe imitar. Tales imitaciones, además, no pasan de ser otra traza.

Hay, en efecto, escritores de traza cervantesca, que se dedican a una labor de taracea, algo así como los seminaristas que componen versos en latín con frases compuestas, según otras frases de los clásicos latinos. Dedícanse a apuntar los giros, frases y modismos que usaba Cervantes y a irlos luego colocando en sus escritos o acaso a enderezar un período no más que a la colocación de una de esas formas. Y esto sí que es dedicarse a una traza. Y luego pasan por escritores castizos, entre aquellos lectores de inteligencia embotada, que leen para no enterarse, que gustan, al leer algo, de no encontrarse más que con cosas conocidas, que son como esos pobres lugareños que cuando van a oír el sermón del día del santo patrono, quieren que sea el mismo sermón, el de siempre, el que se saben de coro, o como los niños que piden que se les cuente tal cuento que se saben de memoria, para ir espiando si le cogen al narrador en algún olvido o equivocación.

Salamanca, diciembre de 1916.

[*La Nación*, Buenos Aires, 29, I, 1917.]

GLOSA A UN PASAJE DEL CERVANTINO FIELDING

Enrique Fielding, el inmortal autor de *Tom Jones,* muerto en Lisboa en octubre de 1754, fué, si no el primero, el más grande de los cervantistas ingleses. Y no, ciertamente, porque investigara en la vida de Cervantes o hiciese eruditas críticas de sus obras, o le tradujera, sino porque siguió sus huellas. Un genuino espíritu cervantino se descubre en las obras todas de Fielding, que a menudo cita, además, a su maestro con la ventaja grandísima de que, como el gran humorista inglés, no escribía en castellano y sí en su lengua nativa y propia, no pudo ser arrastrado a copiar giros, vocablos, modismos y construcciones sintácticas de su modelo. Que esta última es la más baja y más falsa manera de cervantismo.

En el capítulo I del Libro III de su novela *La historia y las aventuras de José Andrews,* que es, en parte, una rechifla de la sentimentalmente ambigua *Pamela,* de Richardson, nos dice Fielding esto:

"No obstante la preferencia que pueda darse vulgarmente a la autoridad de aquellos novelistas (*romance writers*) que titulan los libros: "Historia de Inglaterra, Historia de Francia, de España" etc., lo más cierto es que la verdad no ha de hallarse más que en las obras de los que celebran las vidas de los grandes hombres y se les llama comúnmente biógrafos, como a otros se les titula topógrafos o co-

rógrafos; palabras que pueden bien marcar la distinción entre ellos; siendo el negocio de los últimos, principalmente, describir países y ciudades que con la asistencia de mapas, lo hacen muy a punto y se puede fiar en ello; pero en cuanto a las acciones y carácter de los hombres sus escritos no son tan enteramente auténticos, de que no hace falta otra prueba, sino aquellas eternas contradicciones que ocurren entre dos topógrafos que emprenden la historia del mismo país; por ejemplo, entre mi lord Clarendon y Mr. Whitelocke, entre Mr. Echard y Rapin, y varios otros, donde mostrándosenos los hechos a diferente luz, cada lector cree lo que le place, y la verdad es que el más juicioso y suspicaz estima con toda justicia que no es todo ello otra cosa que una novela en que el escritor ha dado suelta a una feliz y fértil invención. Pero aunque éstos difieran extremadamente en la narración de los hechos, atribuyendo unos la victoria a una y otros a la otra parte, representándonos éstos al mismo hombre como un pícaro, mientras aquéllos le prestan un grande y honrado carácter, todos, sin embargo, concuerdan en la escena en que se supone haber ocurrido el hecho y donde vivió la persona, que es un pícaro y un hombre honrado a la vez. Mas con nosotros los biógrafos, el caso es diferente; los hechos que narramos son de fiarse en ellos, aunque a menudo equivoquemos la época y el país en que ocurrieron; porque aunque pueda ser digno del examen de los críticos si el pastor Grisóstomo, que, como nos informa Cervantes, murió de amor por la hermosa Marcela que le odiaba, fué en España, dudará alguien que semejante necio sujeto haya realmente existido. ¿Hay en el mundo, acaso, escépticos tal cual para no creer en la locura de Cardenio, en la perfidia de Fernando, en la impertinente curiosidad de Anselmo, en la flaqueza de Camila, en la irresoluta amistad de Lo-

tario? Aunque, tal vez, en cuanto al tiempo y al lugar en que estas diferentes personas vivieron aquel buen historiador puede ser deplorablemente deficiente."

Y, más adelante, añade Fielding, con singular penetración en el sentido de la verdad histórica, que un libro tal como el que nos recuerda las proezas del famoso Don Quijote es más digno del nombre de historia que no el de Mariana, porque mientras el último se confina a un particular período de tiempo y a una particular nación, el primero es la historia del mundo en general, o, a lo menos, de aquella parte que está pulida por leyes, artes y ciencias y esto desde el tiempo en que primero se pulió hasta hoy, y aún más, de aquí en adelante cuanto dure.

Esta es también, desde hace años, la mía, y siento no haber conocido este pasaje del cervantino, que no cervantista, Fielding, cuando sostuve que la historia de Don Quijote es una verdadera historia y no una novela, como las llamadas Historias de España, sea de Mariana, o de Lafuente, o de Martín S. A. Hume, o de quien sea. Y la *Ilíada*, que gira toda ella en derredor de Aquiles, y es a modo de una biografía de éste, es mucho más histórica que la *Historia de Grecia,* de Mr. Grote, pongo por novela, o la *Eneida,* biografía exornada del piadoso Eneas, es historia real y verdadera, y no lo es la novela de Mommsen que se titula *Historia de Roma.*

El poder situar un suceso en tiempo y lugar con ayuda de la cronología y la geografía tiene muy poco que ver con la verdad histórica, aunque tenga que ver con eso que se llama exactitud. Un suceso, una cosa que ha sucedido, y por haber sucedido pasó ya, y, en realidad, no existe, puede convenir fijar su actual existencia en fecha y en lugar determinados, pero un hecho, algo que haciéndose permanece como instituto o como costumbre o como idea, importa

poco que no sepamos situarlo ni cronológica, ni geográficamente. Un hecho así, no un suceso, es eterno y universal, vive fuera de tiempo y de espacio. ¿Qué persona culta no recuerda el inmortal verso con que se abre el *Endymion* de Keats?

A thing of beauty is a joy for ever. "Una cosa de belleza es un goce para siempre." Como es para siempre aquella historia de la guerra del Peloponeso —"cosa para siempre" *ctema es aiei*— que, según su enérgica y arrogante expresión, nos dejó Tucídides. No sabremos si el Pericles que llaman histórico, el de los cronólogos y geógrafos, existió o no en realidad de historia verdadera, pero sí sabemos que el Pericles de Tucídides es un hecho, esto es: una idea para siempre y existe. Y vale más existir que haber existido.

Nuestro amigo Kierkegaard estableció ya una profunda distinción entre recuerdo —*Erindring,* en danés— y memoria —*Hukommelse*—. "Recordar no es, en ninguna manera, idéntico a hacer memoria (*huske*). Se puede muy bien hacer memoria de un suceso con toda puntualidad sin por eso recordarlo. La memoria no es más que una condición desvaneciente. Con la memoria se representa lo experimentado para recibir la consagración del recuerdo. Se ve ya la diferencia en las diferentes edades del hombre. El anciano pierde la memoria, que es la facultad que primero se pierde. Tiene, sin embargo, el anciano algo poético; es en la representación popular profético, inspirado por Dios. Y es que el recuerdo es también su mejor potencia, su consuelo, que le consuela con la perspectiva poética. La niñez tiene, por el contrario, en alto grado memoria y retentiva, pero nada de recuerdo. En vez de decir: la vejez olvida lo que la juventud retiene, podría decirse: lo que el niño hace memoria, recuerda el anciano. Las gafas del anciano se aguzan para ver de más cerca.

Cuando el joven usa gafas son de cristal para ver a distancia, porque le falta la fuerza del recuerdo que consiste en alejar, en llevar a distancia. Y entretanto, es el feliz recuerdo de la vejez lo mismo que la feliz retentiva del niño, una gracia de la naturaleza que moldea de preferencia a las dos más desvalidas y, en cierto sentido, más felices secciones de la vida."

Lo que se llama por exclusión y técnicamente historia, la documentada cronológica y geográficamente, es la memoria escrita de los sucesos humanos y aun naturales —un eclipse, una inundación, un terremoto—, mientras que la verdadera historia, la espiritual, que vive, que en la literatura y en las artes —incluso la filosofía— persiste, es el recuerdo de los hechos, hechos ya para siempre en el alma humana.

Los abogados —en que incluímos los profesionales de la política, los eruditos y los apologistas de religión, mientras excluímos de su número a los jurisconsultos, los legisladores, los sabios y, desde luego, los poetas— se preocupan de situar cronológica y geográficamente los sucesos cuidándose poco de los hechos.

Al informar una vez a un abogado, respecto a un sujeto a quien formaba expediente, de que este sujeto en su trato con nosotros se nos mostró como un mulo, se empeñaba en que le individualizáramos cada una de las coces que nos dió con las circunstancias de sitio, día, hora, forma y blanco de cada coz. Parecía un fiscal o un confesor eclesiástico. Importábanle los sucesos, las coces, no el hecho de que aquel sujeto fuese un mulo probado.

[*El Sol*, Madrid, 16, XII, 1917.]

EL NAUFRAGIO DE DON QUIJOTE

Carducci escribía una vez —en *Mosche cocchiere*— que "en el concilio olímpico donde se sientan Dante y Shakespeare, hasta España —*anche la Espagna*—, que jamás tuvo hegemonía de pensamiento, tiene su Cervantes; y este mismo Carducci hablaba —en *Del rinnovamento letterario in Italia*— de "las contorsiones de la afanosa grandiosidad española" —*i contorcimenti dell'affannosa grandiosità spagnola*— (1). Y estas contorsiones, ¿no tendrán algo que ver con aquella, real o supuesta, falta de hegemonía del pensamiento español durante la Historia? ¿O no habrá que buscar esta hegemonía en aquellas contorsiones?

No ya un italiano como Carducci, sino un francés como Renan, y un francés cientificista, que rindió culto dogmático al escepticismo, en su libro sobre el porvenir de la Ciencia —*L'avenir de la science*— nos decía de "cuando se piensa que el trabajo intelectual de siglos y de países enteros, de España, por ejemplo, se ha consumido a sí mismo por falta de un objeto sustancial..." Renan nunca quiso a España; era acaso uno de los valores históricos que un Renan no podía llegar a comprender y menos a gustar. Aunque es cierto que a él, bretón, criado cara a Inglaterra, le pasaba con ésta lo mismo, y en el ya susomentado libro, entre otras partes, nos dice

---

[1] *Prose de Giosuè Carducci,* Bologna, Zanichelli, 1905, páginas 1.364 y 740. (N. del E.)

que no sabía si inglés alguno, excepto acaso Byron, ha comprendido de una manera de veras profunda la filosofía de las cosas.

¿La filosofía de las cosas? ¿Qué filosofía es ésa y en qué se diferencia de otra alguna, la de las ideas, por ejemplo? ¿Y no será que el inglés, y a su modo el español también han comprendido más la filosofía de las cosas que no la de las ideas? ¿No está la filosofía española, así como la inglesa, en su literatura —y más especialmente en su teatro y su novelística— y no en su ciencia o en lo que por especialidad y antonomasia se llama *filosofía*? Y así, será de cosas, de especies concretas e individuales, y no de ideas, de especies abstractas y generales. Porque en cuanto a las obras de literatura en Francia, el mismo Renan, y en la misma ya citada obra, decía que son elegantes y finas charlas —*causeries*— morales, jamás obras majestuosas y científicas. ¿Científicas? Matthew Arnold le replicó a su modo con aquel verso de su soneto, verso que quiero dejar sin traducir, y que dice:

France, famed in all great arts, in none supreme (1).

Sigamos con Renan y con España. Nos dice que al entrar en el Louvre en las salas del museo español, hay, sin duda, placer en mirar de cerca tal cuadro de Murillo y de Ribera —él, el erudito, escribe Ribeira recordándonos al sabio aquel Poganel, de Julio Verne, que aprendió portugués por español—. Y añade: "Pero hay algo más hermoso aún, y es la impresión que resulta de estas salas, de la postura ordinaria de los personajes, del estilo general de los cuadros, del colorido dominante. Ni una desnudez, ni una sonrisa. Es España que vive allí toda entera."

---

1 *Poetical Works of M. A.* London, Macmillan, 1903, Continued Sonnets, 7, verso 4. (N. del E.)

Pas une nudité, pas un sourire: "¡ni una desnudez, ni una sonrisa!" ¡Pase lo de la sonrisa...! Acaso sólo el *Quijote*... Pero, ¡no!, ¡no! El *Quijote* no es una sonrisa; más una mueca. O mejor, una risa trágica; la única risa trágica de la vida toda del espíritu humano en la historia. Y por eso llegamos a ella, a la hegemonía de pensamiento —o llegaremos, que es igual—. La unicidad de esa risa trágica, de esa risa que se ríe de sí misma, nos llevará a la hegemonía, del espíritu, no ya del pensamiento español.

Y vamos a la desnudez.

Hay dos denudeces: la del cuerpo y la del alma, y cabe desnudar el cuerpo para encubrir el alma. Como, por la inversa, cabe revestir el cuerpo para desnudar el alma. ¿Es que cualquier Apolo en pelota no ofrece su alma más al desnudo que el Menipo o el Esopo velazquianos vestidos de sus harapos? ¿No es aquel Menipo embozado en su vieja capa española, hermano de los pícaros de nuestra novela, un verdadero cínico, esto es, perruno, como el Menipo helénico que hacía profesión de desnudarse y desnudar a los demás el alma, donde tantos andaban tan a menudo con el cuerpo desvestido de todo? Según Luciano de Samosata, Menipo exigió a Damasías el atleta, cuando iba a pasar el pasaje del otro mundo, que se denudara hasta de sus carnes para llevar más en desnudo el alma. Que la suprema desnudez espiritual, de no ir vestido, es acaso quedarse en esqueleto. Y en cuanto a esto, basta ver nuestros Cristos españoles... Por un resto de pudor mundano, unas faldillas cubren las vergüenzas del esqueleto, apenas revestido de carne torturada. ¿Habría sentido y comprendido y menos gustado esta desnudez Renan?

Sí, Carducci anduvo en lo justo al salvar de la falta de hegemonía intelectual de España por lo me-

nos Cervantes, o mejor el *Quijote*, esta sonrisa. Pero, ¡sonrisa, no! —lo hemos dicho—, sino risa, risa trágica, risa que se ríe de sí misma y se disuelve en infinito duelo de tristeza. Si el Zeus homérico hubiese oído sus propias carcajadas, aquellas con que hacía estremecer al mundo, ¿qué habría pasado? Acaso la anticipación del cristianismo, que tampoco es una sonrisa.

En 1604, a lo que se cree, apareció por primera vez Don Quijote en los campos de la Mancha, tierra adentro, donde ni se oye el rumor de las olas ni se huele el salitre de las brisas del mar; un siglo y una docena de años antes habían descubierto los españoles que hicieron a Don Quijote el Nuevo Mundo. Con Colón, con Vasco Núñez de Balboa, con Cortés, con Pizarro, fué acaso algún hermano de alguno de los abuelos de Alonso Quijano el Bueno. Cuando se escudriñe más y mejor en nuestra historia íntima se vendrá en conocimiento de algún tío que Don Quijote tenía en las Indias Occidentales.

Cuando él, Don Quijote, embarcó (parte II, capítulo XXIX), tierra adentro, en el barco encantado de un río castellano, para ir, como Colón al embarcarse en su carabela, a las Indias Orientales si era caso, de las otras, de las Occidentales, no dice nada, y al siglo largo de haberlas descubierto Colón y luego de haberlas conquistado caballeros andantes, los más esforzados de ellos de tierra adentro, extremeños, como Cortés y Pizarro y Orellana, ¿no llevaban dentro de sí la nostalgia del mar infinito?

Naufragaron Don Quijote y Sancho "en el raudal y canal de las ruedas", en el caz del molino de la aceña, ¡en un río! ¿No habría naufragado alguno de sus tíos camino de las Indias Occidentales? Y aquella bajada de Francisco de Orellana, Marañón abajo, a lo desconocido, como la que años más adelante, en 1559, hizo por el mismo río Pedro de Orsúa

—y donde se reveló aquella formidable y magnífica bestia humana que fué Lope de Aguirre, no tan conocido como debiera serlo—, ¿no son aventuras perfectamente quijotescas, de tierra adentro?

Algún día se escudriñará mejor que hasta hoy la relación entre la invención del Nuevo Mundo y la bajada de Don Quijote a España, y cómo aquélla fué, más que causa, anuncio y profecía de ésta. Y cuando eso se escudriñe con el más apretado y penetrante escudriño, se vendrá a concluir que la hegemonía —futura, por supuesto— del pensamiento español estriba en unir la bajada de Don Quijote a España con la invención del Nuevo Mundo de las Indias Occidentales. Y esto se une en la lengua en que Don Quijote exclamó: *¡Yo sé quién soy!,* que es la misma lengua en que el 12 de octubre de 1492 gritaron los españoles frente al Nuevo Mundo: *¡Tierra! ¡Tierra!,* debió de ser el grito de aquellos náufragos —¿qué otra cosa en el fondo eran?— de España. Y aquel descubrimiento fué, sin duda, el naufragio de España, el naufragio de Don Quijote; de esta España a la que se le niega cualquier hegemonía de pensamiento y de cuyo trabajo intelectual se dice que se ha consumido a sí mismo por falta de objeto sustancial. ¡Filosofía de ideas! Que otra es la de cosas.

[*Asturias Gráfica,* 1, X, 1919.]

En las postrimerías del reinado del déspota Felipe II de Habsburgo o a los comienzos del de su hijo, Felipe III, otro Austria, engendraba a Don Quijote "seco, avellanado, antojadizo", su padre don Miguel de Cervantes Saavedra, pobre soldado herido en Lepanto, y lo engendraba "en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación" ¿Y por qué honraba Cervantes así a la cárcel, antes y después de él honrada por tantos ingenios generosos en España?

Dejemos que los cervantistas averigüen cuáles fueron los motivos de que Cervantes padeciese persecución por la Justicia bajo el despotismo de los Habsburgos de España; tenemos por averiguado que la verdadera causa, sean cuales fueren los motivos, fué por ser pobre. Que el ser pobre era entonces en España, en la España de los Austrias, y sigue siendo hoy, el mayor delito. El delito mayor del hombre es haber nacido pobre.

La amargura de la pobreza, y no por la estrechez de vida material que consigo lleva, sino por la situación de desamparo moral en que la sociedad le coloca al hombre, es una de las notas que con más profundos y más tristes acordes suena en el libro. Bástenos recordar aquel tremendo pasaje del capítulo XLIV de su parte segunda en que Benengeli, es decir, el pobre Cervantes —¡y tan pobre el pobre!— exclama

lo de: "¡Oh pobreza! ¡Pobreza!", con todo lo que se sigue, o lo que él mismo en su comedia *La gran sultana doña Catalina de Oviedo* dijo:

> Hidalgo, pero no rico—,
> maldición del siglo nuestro.

Y en el capítulo XV de la parte primera —del libro, se entiende—, cuando Don Quijote, pobre hidalgo, le dice a su escudero, aún más pobre que él, que cuando se trate de agravios de arrieros yangüeses o "semejante canalla" ponga mano a su espada y los castigue muy a su sabor, el bueno de Sancho le responde diciendo: "Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar".

¡Qué resonancias! ¡Qué ecos bajo estas palabras de aparente resignación cristiana! No sabemos —al menos el que esto escribe no lo sabe— qué laya de arrieros, más cortesanos, de seguro, que yangüeses, llevaron al pobre hidalgo de Cervantes, bajo el despotismo de los Habsburgos avecindados como Reyes en España, a la cárcel que engendró el *Quijote;* pero lo que por todas partes del libro rezuma es el amargor de la pobreza y la triste convicción de que el pobre no encontraba justicia.

El primer entuerto que enderezó Don Quijote fué el que Juan Haldudo, el rico, vecino de Quintanar, había hecho a su criado Andrés, mermándole su soldada, inventando achaques para no pagársela como era debido y azotándole después de haberle atado a una encina. ¡Y cómo lo enderezó el Caballero! Que así y todo tuvo el pobre Andrés que disimular la injuria, pues que tenía que sustentarse con la soldada que su amo el rico le daba, por muy escatimada que fuese. "Mil años viva" —dijo Andrés del Caballero—, y le llamó "buen juez" esperando que volviera, ignorando el pobre —¡y tan pobre!— que los bue-

nos jueces quijotescos no vuelven y que al cabo los pobres criados se parten llorando a buscar a Don Quijote, el buen juez, y no le encuentran, mientras sus amos, Haldudos los ricos, se quedan riendo. "Y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote" —pensó Cervantes, con el alma henchida del amargor de su pobreza en la cárcel en que engendró la epopeya trágica.

Cuando el Caballero se fué y les dejó solos, Juan Haldudo, el rico labrador, dijo a su criado: "Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado." Y luego: "Quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga", y tornó a atarle a la encina y "le dió tantos azotes, que le dejó por muerto".

"¡Quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga!" Terrible frase ésta de Juan Haldudo, que nos recuerda otra más terrible del historiador don Modesto Lafuente cuando cuenta cómo recibió Fernando VII estando en Sevilla, en el verano de 1823, la noticia de que las Cortes de Cádiz, a iniciativa de Alcalá Galiano, le habían declarado demente. Es de lo más terrible que se ha escrito sobre aquel monarca.

"¡Quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga!" Esta demoníaca sentencia nos parece leer en la sonrisa de los Haldudos ricos, mientras, sobre los presupuestos de la ética del estómago, del materialismo histórico, calculan que los pobres tendrán que disimular los agravios que de ellos reciban, ya que tienen mujer e hijos que sustentar y criar. Y si no los disimulan irán con sus huesos a la cárcel, ya que el no soportar injurias de los poderosos y el proclamarlas se estimaba y se estima como injuria en este reino de España, de Felipe II en el XVI y de Fernando VII en el XIX.

Lo que no es ponerlos en cotejo. ¡Dios nos libre!

Pues aunque déspotas los dos, del Habsburgo al Borbón va diferencia. Va diferencia del que hizo matar a Antonio Pérez al que hizo matar a don Rafael del Riego. ¡Pobre Riego!

Y fué el pobre Cervantes —¡y tan pobre el pobre!— el que ponía en boca de Sancho lo de que el pobre tiene que disimular injurias —y aguantar injusticias —añadimos—, el que hizo hablar al Caballero, aunque de paso, de la ley del encaje. En la edad de oro "la ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez", decía el caballero a los cabreros (cap. XI, parte 1.ª).

Y esta ley del encaje, injuria que tienen que disimular los pobres, es la íntima esencia de todo régimen despótico —aunque esté disfrazado—, ya sea bajo Felipes, ya bajo Fernandos, ya bajo Haldudos, ya bajo... etc.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 18 III. 1921.]

LA BIENAVENTURANZA DE DON QUIJOTE

Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu: quiero decir que se murió." Así nos lo cuenta Miguel de Cervantes Saavedra al fin del libro. Dió Don Quijote su espíritu a la eternidad, y a la vez al mundo, al morirse. Y su espíritu vive y revive.

No bien muerto Don Quijote, sintió como si se despeñara, empozara y hundiera en un nuevo abismo como el de la cueva de Montesinos y aunque curado de su locura por la muerte figurósele que volvía a una de sus caballerescas aventuras. Y se dijo: "¿Me habré de verdad curado?" Sentíase bajar en las tinieblas y bajaba y más bajaba. Y así como al bajar a la cueva de Montesinos se había dormido, parecióle que se dormía de nuevo, pero con un sueño dulcísimo. Algo así como el sueño en que vivió en el seno de su santa madre —¡la madre de Don Quijote!— antes de salir a la luz del mundo.

La oscuridad era espesísima y olía a tierra mojada; a tierra mojada en lágrimas y en sangre. El pobre Caballero iba haciendo examen de conciencia. Y lo de que más se dolía era de aquellas pobres

ovejas que alanceó tomándolas por ejército de bravos enemigos.

De pronto sintió que la sima en que iba cayendo, la sima de la muerte, empezaba a iluminarse pero con una luz que no hacía sombras. Era una luz difusa que parecía brotar de todas partes y como si su manantial estuviese en dondequiera y en redondo. Era como si todas las cosas se hiciesen luminosas y como si las entrañas mismas de la tierra se convirtiesen en luz. O era como si la luz viniese de un cielo cuajado todo él de estrellas, en que no hubiese sino estrellas. Y era una luz humana a la vez que divina; era una luz de divina humanidad.

Hundió el Caballero su mirada en aquella dulcísima lumbre derretida, que no hacía sombras, y descubrió una figura que le llenó de luminosa gravedad el corazón. Queríasele éste saltar del pecho, al que se llevó las dos enjutas manos. Era que veía a Jesús, el Cristo, el Redentor. Y le veía con manto de púrpura, corona de espinas y cetro de caña, como cuando Pilato, el gran burlón, lo expuso a la turba diciendo: "¡He aquí el hombre!" Se le apareció Jesucristo, el supremo juez, como cuando fué ludibrio de las gentes. Y el Caballero, que como buen cristiano viejo y a la española creía a pies juntillas que el Cristo era Dios y había oído aquello de que quien a Dios ve se muere, se dijo: "Pues que veo a mi Dios verdaderamente me he muerto." Y al saberse ya muerto, del todo muerto, perdió todo el temor y miró cara a cara, ojos a ojos, a Jesús. Y apenas vió sino una sonrisa melancólica, una sonrisa que era como la de un cielo cuajado de estrellas, y unos ojos celestes y una mirada como la del cielo. Y el Caballero se sentía llevar, como volando a ras del cielo, hacia el Redentor.

Cuando estuvo cerca, el Cristo dejó caer el manto de púrpura y el cetro de caña y abrió los brazos

como los tiene abiertos en la cruz. Y el Caballero abrió también sus brazos, como en crucifixión. Y se acercaron más. Y oyó Don Quijote como un susurro, brisa de eternidad, que le sonaba no en los oídos sino en el corazón y decía: "Ven a mi pecho." Y cayó en brazos del Redentor que iba a juzgarle.

Los brazos del Cristo ceñían a Don Quijote por la cintura y los de éste ceñían el cuello de Jesús. Las dos manos enjutas, sarmentosas, del Caballero, se cruzaban en la espalda del Redentor. Y Don Quijote apoyó su cabeza sobre el hombro izquierdo, el del lado del corazón, del Cristo y rompió a llorar. Lloraba, lloraba, lloraba. Sus grises cabellos enmarañados se enredaban en las espinas de la corona que ceñía la melena del Nazareno. Y lloraba, lloraba, lloraba. Sus lágrimas resbalaban por el hombro de Jesús. Y mezclábanse a lágrimas del Redentor mismo. Las lágrimas del loco de España mezclábanse a las del que fué tenido por loco en su familia (San Marcos, III, 21). Y los dos locos lloraban. Pasó sobre el alma del Caballero toda la pesadumbrosa visión de la pasión de su locura, y recordó, sobre todo, aquel momento en que a la vista de unas imágenes de talla pensó abandonar su vida de aventuras y dedicarse a ganar el cielo. Pero, ¿no le ganó acaso con sus locuras? Y pensando en su vida pública lloraba el Caballero. Y lloraba el Redentor.

Sintió de pronto Don Quijote que uno de los brazos del Cristo se desprendía del abrazo a su cintura y se alzaba y le sintió posarse sobre su cabeza rendida. Y de aquella mano dulcísima, atravesada por el agujero de un clavo, sintió como si brotara luz y como si aquella luz le penetrase en los sesos a que habían dejado secos los libros de caballerías. Se le llenó de luz el cerebro al Caballero. Y vió toda su vida bañada en luz. Y al Cristo sobre una colina,

al pie de un olivo, bañado en luz del alba de un día de primavera, y oyó —era como si cantase el cielo— estas palabras: "¡Bienaventurados los locos porque ellos se hartarán de razón!"

Y el Caballero se sintió en la gloria eterna.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 8, VII. 1922.]

JUAN GALLO DE ANDRADA

¿Quién es Juan Gallo de Andrada?, se preguntará el lector. Juan Gallo de Andrada es el primer personaje que aparece en nuestro libro, en el *Quijote;* es aquel cuyo nombre va a la cabeza del Evangelio nacional de España. Y en esta forma: "Yo, Juan Gallo de Andrada, escribano de cámara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo, certifica y doy fe..." Y sigue la tasa del libro *El Ingenioso Hidalgo de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.* Tasaron los señores del Consejo "cada pliego del libro a tres maravedís y medio, el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos y noventa maravedís y medio en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que a este precio se pueda vender".

Después del escribano de cámara del Rey nuestro Señor, sigue el Rey mismo. El Rey —"Yo el Rey"—, refrendado por Juan de Amezqueta —un vizcaíno, como, según Cervantes mismo, habían de ser los secretarios—, da licencia y facultad a Miguel de Cervantes para que pueda imprimir *El Ingenioso Hidalgo de la Mancha,* "el cual os había costado mucho trabajo —le dice— y era muy útil y provechoso". Le da licencia de imprimirlo "por tiempo y espacio de diez años", a partir del 26 de septiembre de 1604 en que se dió en Valladolid la real cé-

dula. Y sigue otra, en portugués, en que el Rey Felipe III —"Yo el Rey"—, que lo era de los dos reinos, de España y de Portugal, por lo demás separados—, da licencia para venderlo en la patria de Camoens. Lo refrenda Antonio Campello, que ya no era vizcaíno.

Al frente, pues, del libro, y antes del Rey, figura Juan Andrada, su escribano de cámara, que lo tasa como mercancía y según el papel. Ochenta y tres pliegos, a tres maravedís y medio cada pliego, hacían doscientos y noventa maravedís. Esto la Primera Parte del libro, que la Segunda, bajo el título ya de *Don Quijote de la Mancha,* se tasó por los señores del Consejo, siendo escribano de él Hernando de Vallejo, en octubre de 1615, a cuatro maravedís cada pliego —había subido el papel—, y como hacía setenta y tres pliegos, en doscientos y noventa y dos maravedís. En junto valía el libro quinientos y ochenta y dos maravedís. ¿A cuánto de nuestra moneda actual corresponde? ¡Cualquiera lo averigua, y más con todo esto del cambio! Lo indudable es que eso no pudo sacar de su pobreza al pobre e ingenioso hidalgo que lo compuso. Quien no pudo nunca jactarse de lo que le produjera su pluma.

En 1851 dirigía el austero historiador y novelista portugués Alejandro Herculano —¡todo un carácter!— un escrito sobre la propiedad literaria al Vizconde Almeida Garrett. El escrito era más bien contra la propiedad literaria. Es una acerba requisitoria de estoico en contra de la propiedad ilimitada de las ideas. Para Herculano sólo se vendía y compraba el libro como objeto material, como manufactura. Herculano comenta el que a Pedro Núñez —el inventor del Nonio—, a Leibnitz, a Newton, a Vico, a Brotero, a Kant, no les produjeran provecho material directo sus libros, mientras vivían de su pluma los Arlincourts, los de Kocks, los Balzacs, los Sués,

los Dickens. Y el austero historiador, que también hizo novelas —¡pero históricas!—, llega a decir con evidente injusticia: "Estos hombres, cuyos estudios se reducen a correr los teatros, los bailes, las tabernas, los lupanares, a viajar cómodamente de ciudad en ciudad, de país en país, a gozar los deleites que cada uno de ellos les ofrece, a adornar los vicios, a exagerar las pasiones, a trajear ridículamente los afectos más puros, a corromper la mocedad y las mujeres... ¡A estos operarios de la disolución y no de la civilización, a éstos sí que les aprovechan las doctrinas de la propiedad literaria! ¡Para ellos la recompensa del mercado; para ellos las gordas ganancias del industrialismo literario, que es la gran incitación de sus infecundos trabajos!"

¡Bien se desahogó el autor de *Eurico,* de las *Leyendas y narraciones* —género novelesco—, el solitario del Valle de Lobo! ¡Buenos los puso a Balzac y a Dickens! Cuya obra está mucho más cerca de la de Cervantes que la de los Vico y Kant y Newton y Leibnitz. Que no era Cervantes, pese a los cervantistas, ni hombre de ciencia, ni erudito investigador de cosas de historia, ni filósofo. ¡Historiador, sí, y tanto, por lo menos, como Herculano; historiador como Balzac y Dickens y Sué y hasta Paul de Kock!

Y decía Herculano: "Pague el mercado el trabajo material; pero retribuya la sociedad la obra del espíritu que no está destinada a la comodidad de uno o de otro individuo, sino a la utilidad común." Que pague la sociedad. ¡Buena está la sociedad para pagar eso! En gloria, según Herculano. Que se lo hubiesen preguntado a Cervantes cuando acudía al Conde de Lemos.

Las reflexiones morales de Herculano recuérdannos una frase que se atribuye a Castelar, y es que al oír a uno que se quejaba de que le habían tra-

ducido una obra sin su permiso, dijo: "Preferimos que nos traduzcan y no nos paguen, a que nos paguen sin traducirnos." ¡Pero así le fué con estos sentimientos al pobre Castelar! Basta recorrer las cartas que de él se han publicado para encontrarse a cada paso de ellas, no ya con la preocupación, con la angustia económica.

Juan Gallo de Andrada y Hernando de Vallejo, escribanos de cámara del Rey Don Felipe III de España y Portugal, certificaron la tasa de nuestro libro, y el pobre e ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra no pudo hacerse reclamo de sus ganancias. Eso sí: anunció el libro cuanto pudo, e hizo bien.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 14, VII. 1922.]

ULTIMA AVENTURA DE DON QUIJOTE

La sepultura de Mahán.

En estos días me llegan acá, a esta isla afortunada —y lo es de veras, pues no hay en ella ni *cine* ni equipo de *football*—, voces amigas que me recuerdan mi *Vida de Don Quijote y Sancho,* mis comentarios de pasión a la pasión de Nuestro Señor el Ingenioso Hidalgo. Voces de fuera de España... De fuera de España, no, pues que son de pueblos de limpia habla española, del habla con que Colón, fuese de donde fuese, descubrió el Nuevo Mundo, del habla en que sonó "¡Tierra!" frente a las costas de La Española. Y otras voces me llegan de otras tierras, de la noble Italia, en cuya lengua corre, años hace, aquel mi comentario, de la noble Italia de Colón. Y perdonen los gallegos que aún se obstinan en sostener que es patriotismo, ni de la chica ni de la grande, mantener supercherías. Porque ninguna patria, ni chica ni grande, se tiene en dignidad sino bajo el pabellón de la patria del alma inmortal. Y la patria del alma inmortal es la verdad. A tal punto, que no hay, que no puede haber mentira patriótica.

Don Quijote, que dicen que era loco, pero nadie ha osado sostener que fuera tonto, odió la mentira. Y, sin embargo, cuando aquello de la cueva de Montesinos... pero es que sin esto Don Quijote sería divino, sería un dios. Y aquello de la cueva de Mon-

tesinos, ¿fué mentira? ¿O no fué más bien que quiso crear su verdad?

Ahora empiezo a averiguar las miríficas aventuras que corrió aquí, en esta sedienta isla —¡sedienta, ceñida de mar y con toldo de nubes!—, Don Quijote, a donde vino después de morir y antes de subir a los cielos. Vino a rescatar el alma del gigante Mahán cuya sepultura estaba al pie de la montaña Cardones. Y vino en camello, pues Rocinante, que había muerto, no resucitó.

Dice Don Gregorio Chil y Naranjo, en sus *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias* (1876), que se decía que al pie de la montaña Cardones estaba la sepultura del gigante Mahán, que medía veintidós pies de largo. Y el sabio —porque éste sí que era sabio, y concienzudo, lo que no quiere decir consciente—, el sabio señor Chil y Naranjo, "doctor en Medicina y Cirugía de la Facultad de París y licenciado de la de Cádiz; individuo de la Sociedad Económica de Amigos del País de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria; de la Protectora de Animales y Plantas de Cádiz; de la Comisión de Geografía Comercial; de las Sociedades de Aclimatación; de la Geográfica, de la Meteorológica y de la Americana, de París; correspondiente de las Sociedades Antropológica y Etnográfica de la misma ciudad y de la Academia de Estanislao, de Nancy; individuo del Congreso para el adelantamiento de las Ciencias, de Francia; del Americano, del Orientalista y del Antropológico, de Europa, etcétera, etc." —y estos dos etcéteras quieren decir que no tenía más diplomas el modesto sabio oficial y oficioso—, el sabio doctor don Gregorio Chil y Naranjo agregaba: "Yo no negaré que bien pudo existir una sepultura de esas dimensiones; pero de esto a que el esqueleto que allí yaciera hubiese alcanzado esa altura colosal, hay una enorme distancia,

difícil de salvar, a menos que esos mismos historiadores —se refiere, entre otros, a los señores Abreu, Galindo y Marín y Cubas— se hubiesen convencido de ello por el testimonio de su vista." Esto sí que es de un sabio.

Pero vino Don Quijote, que no era un sabio —la sabiduría se la dejaba a Merlín—, vino montado en camello, y fué al pie de la montaña Cardones, pelada entonces como hoy lo está, y miró con los ojos de la cueva de Montesinos, ojos de lechuza o minervinos, de los que ven en lo oscuro y ciegan en lo claro; y, ¿qué vió? Pues vió que el esqueleto del gigante Mahán medía, en efecto, veintidós pies y aún más. La que no los medía era la sepultura. Esta era del tamaño ordinario de la de un majorero —majoreros son los de Fuerteventura— de nuestros tiempos de ahora. Y vió más Don Quijote, con sus ojos de la cueva de Montesinos: vió que toda esta isla maravillosa de Fuerteventura está formada por esqueletos de antiquísimos gigantes guanches, y que en los esqueletos, en las áridas osamentas de estos gigantes, están cavadas las sepulturas de los españoles que hoy duermen aquí, brizados por este mar dormido, el dulce y sabroso y soporoso sueño sin despertar. Y vió Don Quijote cómo las ovejas lamían las piedras para sacarles la sangre de aquellos gigantes y cómo buscaban las raicillas de los yerbajos secos al pie de un triste tarahal, que es aquí algo como la retama que cantó Leopardi.

Y esta última e inédita aventura de Don Quijote, esta su aventura de ultratumba, es la que tengo que contar. Mas antes digamos algo de don Pedro Fernández de Saavedra, primer señor de Fuerteventura.

Puerto Cabras, Abril de 1924.

[*La Libertad*, Madrid, 9, IV, 1924.]

LA NIÑEZ DE DON QUIJOTE

Sigue uno preocupado, desde que primero le hirió la idea, con la niñez de Don Quijote, no de Alonso Quijano el Bueno. ¿La tuvo aquél? ¿Puede ser infantil el quijotismo? ¿Fué niño alguna vez Don Quijote? Nos dice Cervantes que frisaba el hidalgo en los cincuenta, y nos hacemos a la idea de que a esa edad nació. ¿Es que no se propusieron los atormentados comentadores de las Sagradas Escrituras la cuestión, para nosotros absurda, de la edad a que creó Dios a Adán? O dicho en luminosa paradoja: de qué edad nació Adán. Ociosas cavilaciones para los que carecen de entendimiento de espíritu; pero para los espirituales, no para los intelectuales, para ellos... Teresa de Jesús y su hermanito, niños aún, sueñan caballerías a lo divino, pero más como santos que como héroes. Porque si el santo apenas si tiene más infancia, el héroe apenas si la tiene. Aunque, ¿cómo separar heroísmo y santidad? Y la bondad de Alonso Quijano el Bueno elevóse alguna vez a santidad en Don Quijote.

El capítulo XVIII del Evangelio, según San Mateo, nos cuenta de cómo cuando le preguntaron a Jesús sus discípulos quién es el mayor en el reino de los cielos, llamó a un niñito, lo puso en medio de ellos y dijo: "De veras os digo que si no os volvéis y hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos; quien se rebaje como el niñito éste, ése es el

mayor en el reino de los cielos." Así el santo; pero el héroe ha nacido para conquistar reinos de la tierra. Pero el que conquistó con su vencimiento Don Quijote, ¿fué del cielo, o de la tierra? ¿Y fué reino? Acaso el que está entre cielo y tierra.

Y como hay hombres que parecen no haber tenido niñez nunca, hay pueblos lo mismo: pueblos que parecen haber nacido adultos, bien maduros, tal vez pasados, a la Historia. Pueblos de una gravedad que proviene de madurez prematura, de premadurez. ¿No os ha sorprendido, lectores, el estrecho lugar que llenan y el escaso papel que juegan los niños en la literatura castellana? El teatro, desde luego, los esquiva. Venid al último clásico castellano —que lo era—, a Galdós, y ved que, en contraste con Dickens, tantas veces su modelo, apenas si aparecen —y cuando lo hacen es esfumados— los niños en su obra. En la que no hay recuerdos de su propia niñez ni de la Gran Canaria. Parece como si los hubiese olvidado.

Y hay en cambio pueblos, como individuos, que parecen vivir apegados a su niñez, envueltos en un complejo de infantilidad, que podría decirse. Pueblos que un nuestro amigo llama folklóricos. Y que recuerdan en el respecto limpio y honesto lo que se ha llamado el complejo Edipo. En nuestra villa natal había un sujeto a quien se le llamaba Amagazlo, que en vascuence quiere decir "duerme con la madre". Lo que llamamos amadrado. ¡Y hay tantos que no saben despegarse de maternidades espirituales! Excelente cosa para poder entrar en el reino de los cielos históricos; pero, ¿para conquistar el de la tierra también histórica? ¡Ay de los pueblos que se creen muy antiguos, que se creen milenarios, porque se sienten niños! Y padecen complejo de infantilidad. Con todas las acciones y todas las pasiones de los niños. Y hasta una cierta dosis

de cándida malicia pueril. Pueblos que cifran la política en danzas, canciones, trajes, ceremonias, festejos, liturgias y juegos de toda clase de infantilidad.

Este comentarista dijo una vez, a propósito del *aplec* de la protesta que presenció en Barcelona —¡y qué profunda impresión le causó!—, esto que allí, muchos no han olvidado: "Seréis siempre unos niños, levantinos. Os ahoga la estética" (1). Y esto lo dijo como si hubiese una voz que le salía de la entraña cantábrica —mejor, vascona—, siendo así que son dos infantilidades marinas o costeras. ¿Será la mar la que da infantilidad a un pueblo, y será la tierra, la tierra pura, escueta, la que le da ascética madurez? ¿No sería acaso la llanura manchega, el páramo castellano, el que hizo que Don Quijote surgiese ya más adulto y sin niñez?

Comparad al griego y al romano, a Ulises y a Remo y Rómulo, los criados por la loba. El romano, aunque nacido cerca del mar, es de tierra adentro; el griego, sobre todo el de las islas, es marino, y como el mar, ondulante. Y hasta sus lenguas: el griego es movible y cambiante como la mar; el latín, fijo y recio como la tierra. Y los grandes conquistadores, aunque hayan partido de la costa y hasta nacido y criádose en ella, proceden de linaje y abolengo de tierra adentro, de la meseta o de la sierra. Así cruzaron el océano Cortés, Pizarro, Orellana... Los otros, los costeros de raza, no conquistan, colonizan. Se hacen colonos y coloniales. Hasta en su propia tierra costera suelen formar colonia.

Y todas estas divagaciones de esa fantasmagoría que se llamó en un tiempo filosofía de la Historia, y a la que ha desplazado la hórrida sociología, le llevaron a uno a meditar en la última aventura de Don Quijote, cuando al borde del mar latino, medi-

---

1 "L'aplec de la protesta" en el libro *Poesías*, 1907, páginas 69-71. (N. del E.)

terráneo, venció y vencióse con su vencimiento, que fué su victoria. La niñez espiritual se acaba en el hombre cuando descubre la muerte, que hay que morirse, al anunciársele la pubertad —¡qué bien lo sabía Leopardi!—; pero Don Quijote, que no tuvo niñez, sintió desde su principio la muerte. Y la sintió en forma de gloria, en forma de inmortalidad. Don Quijote, como su pueblo, sintió la inmortalidad de la muerte. Y Teresa de Jesús pudo decir lo de "que muero porque no muero". En cambio, los pueblos niños, aunque sepan con el entendimiento —pues no son necios y algunos suelen ser inteligentísimos— que se tienen que morir, no lo creen con el espíritu. Y en todo caso, mientras nos dure la vida...

Y se siente uno sumido en un mar, no en una tierra, de confusiones. Y no llega a unanimidad consigo mismo. Que un individuo solo, aislado, puede no ser unánime si tiene más de un alma. Y ocurre que tenga un alma marina y otra alma terrestre o serrana. Y otras más. Y que luche en él la santidad con el heroísmo; que todos, en una u otra medida, tenemos algo de los dos.

Y después de todo esto, ¿hay una niñez quijotesca? Porque no tratamos de hacer un programa político. Ni todas estas divagaciones son pragmáticas, sino más bien prologales, que es muy otra cosa.

[*El Sol*, Madrid, 7 - VIII - 1932.]

"EN UN LUGAR DE LA MANCHA..."

Este octosílabo inaugural del *Quijote* —le sigue, en inciso, un endecasílabo de los dichos de gaita gallega y que briza un olvido involuntario—, esta entrada en el último sueño del alma imperial española, volvió a reconfortarme el ánimo cuando el sábado 19 de noviembre leí en el semanario *Estampa* una información titulada "La novia de Don Quijote", aunque más bien se trataba de una supuesta novia de Cervantes, y es igual. La firma Pedro Arenas, que refiere una su visita al Toboso, en que se nos aparecen tobosinas y tobosinos tocados de la creadora ensoñación quijotesca-cervantina.

Porque es el caso que al informador le hablaron de la casa de Doña Dulcinea, mostrándole la llave y la ventana por donde hablaba con Cervantes, y la calle del desafío de éste con otro pretendiente de su novia, y el convento en que ésta profesó de religiosa cuando no se le dejó casar con quien quería. Por donde se ve que Don Quijote dejó en su tierra nativa las semillas de la generosa pasión que le hizo enfrascarse en la lectura de los libros de caballerías. Y luego el informador se entrevistó con don Jaime de Pantoja, ex-alcalde del Toboso y "cervantista muy letrado" y... "—¿Pero Dulcinea ha existido? —exclamamos deslumbrados por esta fe—. Es un hecho indudable —dice el señor Pantoja. Y comienza a explicar sus investigaciones..."

Como vemos se trata no de aquella Aldonza Lorenzo de quien anduvo enamorado el Ingenioso Hidalgo, sino de otra, pero el "hecho indudable" es que existe, pues hay quienes en ella creen. Que para la fe no es cuestión si un poder espiritual, histórico, existió sino si existe. Cuando el apóstol Pablo, camino de Damasco, oyó, caído en accidente, lo de: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?", sintió que existía, entonces, el Cristo. La historia no es lo que materialmente pasó, sino lo que los mortales soñaron que pasaba y así nos lo han transmitido y nosotros seguimos soñando y diciendo que pasó. O mejor dicho, la historia no es el sueño que pasa, sino el que queda, porque no pasa en el tiemp material, sino en el otro. ¡Honda frase la de: "no tuve tiempo material" que, por trastorno de la de: "no tuve materialmente —es decir: en absoluto— tiempo", nos ha dado una expresión tan fuertemente expresiva del materialismo histórico!

Don Quijote y Sancho son hombres de carne y sangre y huesos espirituales, históricos, inmateriales, gracias a Cervantes, y éste lo es, histórico, inmaterial, inmortal gracias a ellos. Y si Cervantes existió es porque existe, como a su vez Don Quijote, pues que existe, existió ni más ni menos, ni de otro modo, que su Cervantes. ¿Y doña Dulcinea, la de los tobosinos de hoy, la del señor Pantoja? "Es un hecho indudable" —dice éste—. Sí, como todo mito. Y Don Quijote y Sancho, y el Dómine Cabra, y Segismundo, y Don Alvaro y Don Juan Tenorio, son mitos, como lo son Cervantes y Quevedo y Calderón y el duque de Rivas y Zorrilla, y ni más ni menos. De la literatura nacional —y la historia no es ni más ni menos que literatura— surge una mitología, y de ésta una religión. Y hay que tener fe, pues bien se dice que gana una batalla el que hace creer que la ha ganado. Y hace creerlo si él lo cree.

Hace poco pasábamos, camino de Elda, al ir a festejar a otro mito nacional, a Castelar, cerca del Toboso, y nos apeamos en una que llaman la Venta de Don Quijote. Y nos resultó no una restauración, sino una invención resurgida, donde cabe soñar a Cervantes cara a cara de Don Quijote y departiendo con él; ambos tan míticos, tan históricos, tan existentes. El buen vino manchego, generoso y claro, que allí nos sirvieron, enseñará a los que lo beban —soy aguado— a soñar y no a dormir. Ahora los tobosinos parece que empiezan a soñar, gracias al señor Pantoja, a doña Dulcinea del Toboso. ¿Pero... investigaciones? No, que no, ¡nada de ellas! No las hizo Don Quijote acerca de la existencia de Amadís de Gaula, porque la sentía en sí mismo. Atengámonos a la mitología.

En la Biblioteca Cervantina del Toboso hay libros con dedicatorias autógrafas de Mussolini, Hindenburg, Mac Donald, Masaryk... —tipos que van para mitos— ofrendas a la mítica, típica y mística Dulcinea, que resurge en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no podremos ya olvidarnos. De la Mancha ésa, claro horizonte toda ella, cama de ensueños, entre viñedos, bajo la limpia bóveda azul del aire, o ya bajo dosel de nubes en que el viento riza trazados mitológicos celestes que el Sol, al ponerse, enciende para que soñemos otros mundos.

A hacer, pues, mitología y a tener el "descarado heroísmo de afirmar que —como dejó dicho Eça de Queiroz al final de *La Reliquia*— batiendo en la Tierra con pie fuerte o pálidamente elevando los ojos al Cielo, crea, a través de la universal ilusión, Ciencias y Religiones". Y a dejarnos de eruditas investigaciones, que por lo general no sirven sino para rehusar y derrocar. Durante su reciente visita a nuestra actual España republicana, *monsieur* Herriot, investigador también, le recordaba a nuestro ministro

de Estado, como éste lo contó en las Cortes, aquel terrible "capricho" de Goya, de un cadáver que sale de la huesa con una esquela en que trae escrito, como empresa, el fruto de su investigación de ultratumba, y es: "¡Nada!" La más castiza y entrañada palabra española, con su pareja: gana. Y que lo sabía Goya tan bien como su paisano —¡qué dos tipos y qué dos mitos!— Miguel de Molinos, el que nos aconseja anonadarnos y despegarnos hasta de Dios.

A sacar de la nada —que es crear— mitología, y más ahora, que estamos creando el mito de la República española democrática de trabajadores de todas clases. Que ya vendrá a caer la historia de ésta, algún siglo futuro —¡es fatal!—, bajo manos y ojos desocupados de investigadores eruditos y rompesueños que hayan de probar que la tal república no existió en este entonces remoto pasado y ahora actual presente. O por lo menos que de haber existido fué enteramente distinta y acaso contraria a como nos la figuramos los que ahora estamos soñándola. ¡Quién sabe...! ¡Esos eruditos...! Pero mientras tanto, "soñemos, alma, soñemos", que es así como existe el sueño. Y no habrá investigadores en siglos futuros que puedan borrar la mitología inmortal. Y que Dulcinea, la del Toboso, nos acorra y nos dé verdad, pero la de veras, la del ensueño avivador, la de verdad de veras, la de la idealidad; no la realidad hastiosa de la investigación.

[*Ahora,* Madrid, 8, XII, 1932.]

VII

LA VIDA LITERARIA

(1900-1923)



LOS CARTONES DE MIGUEL ANGEL

Dicen algunos críticos e historiadores de pintura que tuvo Miguel Angel dos épocas en su carrera artística: una, la primera, en que trabajó sobre el natural, estudiando lo vivo y tomándolo de modelo, época en que sacó no pocos cartones o estudios; y otra época, la segunda o de decadencia, en que no trabajaba ya del natural, sino sobre los cartones que en la primera, del natural había tomado. Era su labor inmediatamente artística en su primera época, mediatamente tan sólo en la segunda. Tenía sus recetas y se atenía a ellas.

¡Triste cosa es ver a grandes escritores y grandes artistas luchando por la subsistencia o por la vanidad, atenidos a sus cartones! ¡Triste cosa es ver entrar a un grande ingenio en el período del auto-plagio! Y es lo más triste de todo que en vez de envolverle en un piadoso y significativo silencio, suele ser cuando más elogios y más disparatados suelen dirigirles sus mal aconsejados idólatras.

Publica Zola *Lourdes, París, Fecundidad,* y ya están batiendo palmas los mismos que se han dormido sobre esos soporíferos libros, construídos sobre sobados y resobados cartones, libros de receta y de rutina.

Los verdaderos admiradores de lo que de grande ha tenido Zola se callan por amor al poderoso novelista, lamentando que quiera competir con las guías

Joanne o Baedeker y que siga impertérrito su antigua vereda sin darse cuenta de los cambios que en torno de sí han sobrevenido. Los sectarios, que son la carcoma de todo arte serio, aplauden a rabiar.

También entre nosotros hay Migueles Angeles chicos que andan a vueltas con sus cartones, sin que falten críticos que afirmen muy serios, que es ahora cuando mayor frescura respiran, que por ellos no pasan años. Hay sobre todo un crítico, el más famoso, que pone singular empeño en realzar las ñoñeces de los resobados cartones y en fruncir el cejo o hacer que no se entera ante los cuadros que los principiantes arrancan a la realidad y a la naturaleza.

Es frecuente oír de un mozo que empieza que es una esperanza del arte o de la literatura, pero apenas se oye decir que sea un recuerdo de un viejo que acaba.

De cuando en cuando aparece en la prensa la cantinela esa de jóvenes y viejos, si éstos estorban a aquéllos o si aquéllos son irrespetuosos para con éstos. Discusión inacabable y baldía, porque ni los viejos se acuerdan de que fueron jóvenes, ni éstos piensan que llegarán a viejos, si es que antes no se mueren. Yo no veo en todo ello más que una cosa, y es la enorme pequeñez de nuestros críticos.

Porque, en efecto, nuestros críticos temen comprometerse, y el que teme comprometerse es porque no tiene fe en sí mismo, y quien carece de fe en sí mismo y en su criterio no es fuerte. Temen comprometerse, sí. "Si digo que este joven no es ya una esperanza, sino que ha empezado mucho mejor que empezaron nuestros viejos, jóvenes en un tiempo, o que esta su obra supera a las que ellos llevan hechas, y si luego este mozo no resulta, ¿qué dirán de mí? Esperemos a que se forme atmósfera y a que el público por sí y ante sí le consagre, y entretanto le dirigiré unos piropos de esos que no comprometen y

que me permitan decir mañana, cuando *llegue,* que fuí el primero en descubrir a este joven. Hay que guardar la retirada".

Y así, por guardar la retirada, son nuestros críticos de lo más malo que en crítica cabe.

Y a todo esto los pobres muchachos soñando con los críticos esos y sin pegar ojo ante la idea de si dirán o no algo de ellos. Porque si los críticos no tienen fe en sí mismos, tampoco los escritores suelen tenerla. "¿Qué pensará de mí don Juan o don Pedro?" ¿Qué piensas tú de ti mismo, allá por dentro, a solas, sin fingimiento, cuando te interrogas en el silencio de la noche? ¡Trabaja, trabaja, trabaja, trabaja sobre la realidad y rompe los cartones así que concluyas las obras para que te sirvieron! ¿Has fundido la estatua? ¡Rompe el molde! Si quiere otro, que lo saque y que te imite; tú no te imites nunca, nunca, nunca. ¡Líbrete Dios de caer en el autoplagio!

¿No recuerdas aquella tristísima puesta de sol de Castelar? ¿No le recuerdas contrahaciendo su propio estilo, forzando su manera, repitiendo sus estribillos y víctima de la manía persecutoria? ¿No le recuerdas queriendo sacar de sus recursos esperanzas cuando ya muchas de éstas se le iban convirtiendo en recuerdos?

Es cosa triste ver a nobles gladiadores del pensamiento achacosos ya en medio del circo. Si ves a Noé desnudo y ebrio en su gloria, échale la capa, no te burles de él diciéndole: ¡qué joven, qué noble, qué apuesto, cómo se conserva todavía!

Y sobre todo, ¡rompe los cartones!

[*El Correo,* Valencia, 23, II, 1900.]

ADUANEROS LITERARIOS

También en literatura hay aduana, y quienes se constituyen a sí mismos vistas de ella, encargados de poner el marchamo a ciertos productos extranjeros para que puedan circular libremente entre nosotros. Y luego viene aquello de: "yo fuí el primero que llamó la tención sobre los dramas de Herr Teufelsdrock, o sobre las poesías líricas del Signore Rosignuolo o sobre las espirituales crónicas de Mr. Blaguetout; yo, yo fuí el primero que aquí, en España, olió el olor a tinta fresca de ese libro que tanto ruido está ahora metiendo en toda Europa, de ese *Quo Vadis?* del polaco Sienkiewicz". ¡Tardan tanto en llegar las modas de París...! Y hasta hay quien sostiene que en París no hay tales modas, que se viste cada cual como mejor le parece. Pero si hemos de vestirnos cada cual como mejor nos parezca, ¿qué será de nosotros, Dios mío?, ¿cómo ha de parecernos mejor? Preguntábame una vez el hijo de un antiguo amigo mío, niño de unos ocho años, cómo había de escribir cierta palabra, y al contestarle yo: "como quieras", me replicó: "es que no sé cómo querer..." Es lo que nos pasa, no sabemos cómo querer.

¡Oh, la novedad, la última novedad!, ¡el modernismo! ¿Qué, qué dice usted?, *¿eternismo?* Esas son chifladuras y nada más; lo eterno no existe para nosotros, los que sólo en el fugitivo presente vivi-

mos; no hay más que instante que pase: *lo nuevo.*

¡*Nihil novum sub sole,* nada nuevo bajo el sol!, dijo el de ¡vanidad de vanidades y todo vanidad! ¡*Nihil novum sub sole,* nada nuevo bajo el sol!, que puede muy bien convertirse en su contrario, con el que en perfecta lógica hegeliana se identifica: ¡*omne novum sub sole!,* ¡todo es nuevo bajo el sol! ¿Hay nada más viejo que la cotidiana salida del sol?, ¡siempre el mismo sol! Ni bajo el sol, ni sobre el sol hay nada nuevo, ni es nuevo el mismo sol. Y sin embargo, para el hombre sencillo, que en fuerza de sencillez vive en la eternidad más que en el tiempo, es el sol de cada día un sol nuevo y un nuevo nacimiento cada despertar. Es todavía un hombre antiguo de aquellos a quienes habla la naturaleza sin quitarse el velo, *senza svelarsi,* que dijo Leopardi.

¿Lo viejo en literatura?, ¿el legado antiguo?, ¿lo que ha ido ya a reposar en el alma eterna de la humanidad? ¡No, y mil veces no! ¡A la aduana, a poner el marchamo al último producto! ¡Yo, yo he sido quien primero leyó a ese autor en España...! Pero, ven acá, ¿has sido tú acaso quien primero le sacó su jugo eterno?

"¡Eso es descubrirnos el Mediterráneo...!" se dice con desdén no pocas veces. Y la verdad es que hay todavía muchos Mediterráneos por descubrir, y que es eso, eso, lo que tienes ante las narices, lo que tienen que descubrirte antes de nada.

Es una pena leer algunas veces en la prensa necias discusiones acerca de quién fué el que primero formuló una frase, defendiendo cada uno su mejor derecho a la prioridad. "Yo, yo fuí quien primero levantó el diamante del suelo, fuí quien lo sacó de la mina." Cierto, tú fuiste quien extrajo de la mina el diamante en bruto, un pedrusco opaco; pero, ¿fuiste tú quien lo talló?; y aun habiéndolo tallado, ¿fuiste tú acaso quien lo montó en el collar?; y aun

habiéndolo montado en él, ¿eres tú la belleza que lo lleva y lo luce y le da su perfecto precio? Vete, pues, a tu aduana a ejercer de vista, a señalar los derechos que cada género ha de pagar, a ponerle el marchamo y a sacarte tus obvenciones por permitir que se cuele contrabando y género averiado. Vete a tu aduana, ya que no sirves ni para industrial ni para comercial.

¡Qué falta nos hace gente que nos descubra el Mediterráneo, este mismo Mediterráneo que se extiende plácido y sereno a nuestros ojos, velándolos con su líquida sábana bañada en luz inmensos tesoros submarinos!

Sí, lo he dicho más de una vez y aún he de repetirlo otras muchas, porque me gusta ser machacón: hay que enseñarnos lo que de puro sabido hemos olvidado; hay que repensar los lugares comunes; hay que repasar los clásicos.

"Nadie ha dicho nada todavía en España de Sudermann" —escribía muy serio un conocidísimo escritor, supremo inspector de aduanas literarias, cuando se había ya publicado en España, traducido, uno de los dramas del dramaturgo alemán.

¡Peste de eruditismo!, ¡cuándo nos libraremos de ella...! Porque la erudición es una forma de haraganería, como pienso demostrarlo; la cuestión es no meditar. Cuesta mucho menos citar, extractar, compilar, cocinar. Es mucho más fácil ser canal que manantial. ¡Peste de eruditismo!

No hay unas cosas nuevas y otras viejas bajo el sol, no. Todo es nuevo, que quiere decir tanto como que nada lo es, según se tome. Porque todo lo que por el tiempo discurre tiene en la eternidad sus raíces. *¡Nihil novum sub sole! ¡Omne novum sub sole!*

[*El Correo*, Valencia, 3, III, 1900.]

CONTRA "LOS JOVENES" (1)

Sí, contra los jóvenes, por lo menos contra los que así se llaman, porque no es joven el que quiere, sino el que puede serlo; el joven, como el poeta, no se hace, nace; y quien nace joven, joven sigue y muere joven.

Sí, contra esos jóvenes que han dado en decir que los viejos les estorban el paso, porque quien sea incapaz de quitar de en medio al viejo que le estorbe, de quitárselo de un reverendo empellón dado con muchísimo respeto, quien sea incapaz de hacer esto, no es joven.

Lo que hay es que los viejos de la última emisión protestan contra los de la más antigua todavía en curso, y piden se los retire.

Parece ser que Fernández Bremón ha dicho que cuando los jóvenes le "demuestren" que valen más que él, se retirará, dejando el paso franco a los que llegan. Y uno me escribía a tal propósito: "Si los jóvenes esperan a que los viejos les abran el paso, pueden esperar sentados. Creo que los jóvenes deben osar a todo", etcétera. Yo no creo, como mi amigo, que deban osar, sino que creo que cuando son de veras jóvenes, osan, porque no pueden menos,

[1] Dos años más tarde —en 1902— redactaba Unamuno su ensayo "*Viejos y jóvenes* (Prolegómenos)", incluído en el tomo IV de la colección de la Residencia de Estudiantes, y en sus páginas afloran algunas manifestaciones contenidas en este escrito. (N. del E.)

porque la juventud es osadía, y no esperan a que se les ceda el paso, sino que se lo abren, echando al arroyo al que se les ponga por delante.

Que esos que así se quejan no son jóvenes, lo demuestran con sus quejas mismas. ¿Se preocupó alguna vez Ganivet, un joven, un verdadero joven, de los viejos? ¿Se cuidó de lo que hacían y decían y pensaban? El muchacho que se preocupa de lo que de él piensen los consagrados, no es joven aunque lo parezca. Pero ¿qué queréis de una juventud literaria, pongo por caso, que así que produce una obra está impaciente hasta saber lo que de ella piense el viejo crítico A o B?

Lo que hay es que cuando vuestra labor no es juvenil de verdad, no es fresca y potente y original y sincera, sólo llega a cobrar mérito por la persistencia, por el volumen, y no llegaréis a valer sino con el tiempo en fuerza de trabajar. Al cabo de los años de estar escribiendo cosas razonables o instructivas, o hasta cierto punto amenas, os habréis hecho un cartel, seréis *respetables* o *beneméritos,* mereceréis el título de ilustrados publicistas.

Y sólo entonces, cuando seáis viejos, seréis lo que debéis ser.

Todos esos que se quejan de que los viejos les estorban el paso, serán los que de viejos en edad —porque en espíritu lo son ya— más han de quejarse de que los jóvenes de entonces les falten al respeto, llenos de petulancia.

¡Jóvenes y viejos! Los jóvenes llegarán a viejos si viven; los viejos fueron jóvenes; jóvenes y viejos en el tiempo, no en la eternidad. ¿Por qué trabajáis para el tiempo?, ¿por qué no tenéis fe?, ¿por qué buscáis el éxito inmediato?

He hecho un libro; he puesto en él años de mi vida, la flor de mi juventud, el caudal de mi experiencia, lo mejor de mi alma... ¿Es el libro joven?

¿Sí?, pues vivirá, y será joven siempre. ¿Es joven el libro? —repito—, ¿sí? Pues él se hará camino, después de la necesaria gestación en el espíritu colectivo. Porque una obra joven y viva cae al salir a la luz como en una matriz y necesita crecer allí, antes de nacer de veras. Raras son las obras que, como Minerva nacen al brotar del autor que las concibiera. ¿Es tu libro joven? Pues déjale, que él se hará su camino.

No olvidéis la frase de Gounod: la posteridad es una superposición de minorías.

¿Que los viejos os estorban? ¿Es que los viejos monopolizan al público? ¡No, no lo creáis!

Tendrán los viejos, si es caso, un público más cuajado, más congelado, por decirlo así, más organizado, pero... ¿más público, más público que un joven que de veras lo sea? Acaso un público más numeroso, pero ¿más entusiasta, más decidido, más suyo? ¡No, no lo tienen!

Suele suceder que si el viejo tiene mil lectores, pongo por caso —hablo de literatos—, de esos mil sólo cien le leen con algún cariño y forman los mil un público cuajado, en que tiene cada individuo conciencia de que forma parte de una tropa de mil lectores del mismo autor, mientras que el joven —hablo del verdadero joven—, si tiene doscientos lectores, los más le son entusiastas, y son doscientos lectores sueltos, en estado líquido y no de congelación en cuanto público, ignorantes muchos de ellos de que haya otros que compartan su entusiasmo.

¿Quejarse de los viejos? ¡Pero si la queja es la mayor muestra de vejez...! ¿Que no te hacen caso? ¿Que evitan mencionarte? ¡Bah! Cuanto más eviten tu nombre, más les preocupa tu espíritu, si es que eres de veras joven. Déjales que animen paternalmente a los buenos chicos, obedientes, correctos, compuestitos y moderados... tú les inquietas, si es que

eres joven, te repito. Y si no, mira: no te mencionan, pero se aprovechan de lo tuyo e influyes sobre ellos.

Pero no te metas a atacarles..., ¿para qué? Pasarán ellos, pasarás tú, y de ese ataque, ¿qué quedará? ¿Qué les importará a los nietos de tus nietos de las querellas que sostuvieron sus abuelos de una generación con los de otra? Sólo es joven el arrogante que ahoga la codicia bajo la ambición y sueña en el público universal y secular, no en el compatriota y coetáneo; lo propio del viejo es la codicia, la ambición lo propio del joven. Y a esos *jóvenes* que se quejan de que los viejos les cierran el paso, corróeles sobra de codicia casada a falta de ambición. No son los viejos quienes nos cierran el paso a la gloria; es nuestra propia vejez, vejez nativa.

[*El Correo,* Valencia, 3, IV, 1900.]

LA CHARCA

Permitid que cite a mi amigo Unamuno, que trascriba aquí, para comentarlo luego, un pasaje de su ensayo sobre *La juventud intelectual española* (1). Ensayo cuyas sombrías tintas ensombrecería aún más mi buen amigo si lo reprodujese. Permitidme que os lo cite.

"¡Qué idilíco concierto! Ahí está, ¡es el pantano nacional, de aguas estancadas anidadoras de intermitentes palúdicas que sumen en dulce perlesía las almas de nuestra juventud! En sus orillas cantan, mientras nuestro sol les calienta los cascos fríos, las viejas ranas, y en la charca juguetean los renacuajos buscando cebo y esperando que les crezcan las patas y se les borre el rabo. El coro es delicioso y acompasado. Al menor ruido extraño saltan las ranas de las márgenes al charco, sintiéndose en éste seguras. Y no hay nada como la charca nacional con sus viejas ranas y sus renacuajos clasificados en orden jerárquico, según la longitud del rabo. De lo que pasa fuera, ¿qué les importa? De vez en cuando se refleja en la superficie serena del pantano alguna ave libre que cruza el cielo cantando a la libertad, al aire abierto y a la luz, pero no tienen más que dar un salto al agua y la imagen perturbadora se turba, y con graznar algo más fuerte se apagan los ecos vibrantes que bajan de las alturas."

---

[1] Fechado en marzo de 1896, e incluído en *Ensayos*, ahora en el tomo III de estas *O. C.* (N. del E.)

Al concluir de copiar este pasaje que escribió hace cuatro años Unamuno, no puedo menos de exclamar con él: ¡pobre Ganivet!

Ved ahí lo que es la asociación de ideas... ¡pobre Ganivet!, ¡pobre ave libre que cruzaba el cielo cantando a la libertad y al aire abierto y a la luz, y cayó herida y se ahogó en la charca! ¿Resucitará?

La charca continúa inalterable, los renacuajos oyendo extasiados el melódico y correcto croar de las viejas ranas y murmurando de ellas porque no les dejan salir a la orilla, cuando lo que no les deja salir es su falta de patas. Conténtense con el rabo, que les sirve de remo trasero para singlar en las tranquilas aguas de la charca. Ya saldréis, ya saldréis, queridos renacuajos, a las piedras de la orilla, cuando se os reduzca el rabo.

Pero... ¿no ha de venir nadie a encandilarlas? Porque es un espectáculo divertidísimo. Se va con una luz viva y se les echa mano impunemente, mientras clavan en ella sus grandes ojazos abiertos. ¿No las han de encandilar? ¡Con luz, con viva luz de llama, de llama y de humo, con luz de incendio, de poderoso incendio! Hay que dar fuego a algo, a algo grande y muy combustible, que haga mucha llama, a algo viejo, porque la madera vieja arde como yesca, a alguna institución archisecular, a alguna doctrina venerable, para que queden encandiladas las viejas ranas, y las atrapen y guisen sus ancas, o se haga con ellas experiencias de fisiología.

Porque, ¿para qué sirve una rana si no es para experiencias de fisiólogos? ¿Qué debemos a las ranas, como no sea el galvanismo? A ellas, pues: cogedlas, decapitadlas —con lo que perderán bien poco—, y luego gota de ácido corrosivo a una anca, para que veáis cómo se la frotan con la otra y os convenzáis de una vez de que en rigor para nada necesitan la cabeza, puesto que sin ella se defienden de los áci-

dos corrosivos. ¡Oh venerables ranas, habéis entrado por no poco en el descubrimiento de la electricidad! ¿Qué habría sido sin vosotras Galvani!

¿Y la charca? ¿Cómo desencharcarla? ¿Hacerla corriente? ¡Imposible, le falta caudal de agua! ¿Desecarla? Tal vez sería lo mejor, desecarla. Pero... ¿qué beberían los ganados? Porque nos faltan ríos corrientes. ¿Desecar pantanos ahora que se piensa abrir otros nuevos? Pero dejemos esto para otra ocasión.

Y si desecamos los pantanos, ¿qué será de los renacuajos? ¡Pobrecillos! ¿Qué sería de ellos si los dejásemos en seco? Porque lo más triste es esto, la suerte de los renacuajos. Aún no han llegado a anfibios, están todavía en su existencia de peces, o cosa por el estilo. Y... ¡no están malos peces!

¿Y qué han de hacer ?—me diréis—. ¿Qué han de hacer? Dar saltos en su charca, intentar salirse de ella, sin hacer caso de las ranas, intentar volar. ¡Sí, intentar volar sobre la charca! No cifrar su anhelo en cantar a la orilla y que resuene su voz sobre la charca y sea el encanto de los renacuajos; no aspirar a ranas. Que intenten volar, que lo intenten y les brotarán de las aletas alas, y serán peces volantes, y de peces volantes se convertirán en aves. Y no necesitarán perder el rabo, su remo de singladura, sino que lo convertirán en cola, y con ese remo caudal surcarán los espacios libres. ¡Transformaciones más estupendas han visto los siglos! ¡Más hondas metamorfosis ha obrado la voluntad!

Que sean ambiciosos, que aspiren a que se les oiga en Edimburgo, y en Calcuta, y en Cristianía, y en Moscú, y en Nueva York, y en el universo todo, y en las estrellas, y en el mismo Sirio; que sean ambiciosos, y que no cifren su anhelo en llenar con su sonoro croar la extensión de la charca, en pasar por venerables ranas del pantano.

Que sean ambiciosos, que no se preocupen de croar correctamente y con propiedad, castizamente, según modelos clásicos; que intenten dar su alma toda, su alma renacuajesca en un hondo croamiento, volando a la par, y las aletas se les convertirán en alas y el croar en canto de alondra que baja desde el cielo, desde donde ni se ve al ave heroica que llena de sus libres himnos los espacios libres, mientras se baña en luz, allá entre las nubes.

Que sean ambiciosos, que aspiren a codearse con las más altas alondras, con las águilas mismas, que aspiren a lo inasequible. Que tiendan a la gloria imperecedera, a la universal y secular, no a la local y coetánea tan solo; que desprecien el aplauso de la charca; que sean ambiciosos, muy ambiciosos, y que tengan paciencia.

[*El Correo,* Valencia, 10, IV, 1900.]

DEJAR LOS ANDAMIOS

¿Y después de tanto trabajo como me ha costado el levantar el andamiaje para alzar esta torre voy a derribarlo? ¿Va a quedarse el público sin saber lo que cuesta erigir una torre así? Pero si vale más el andamiaje que la torre misma... ¡Vaya un bosque de palitroques!, ¡vaya una red de puntales y de travesaños! ¡Pues poquito esfuerzo que he empleado en ir trayendo las vigas de aquí y de allí y en levantarlas y cruzarlas y clavetearlas!... Dicen que estaría mejor la torre sola, desnuda, aislada, erguida, perfilando sus severas líneas sobre el cielo! Pero... ¿sabrán lo que me costó levantarla?, ¿apreciarán mejor mi esfuerzo?

Además, aquí para entre nosotros, en el seno de la intimidad, maldito si la tal torre me satisface..., es fea, muy fea..., no me ha resultado. Vale más dejar los andamios y que sólo a través de ellos la vean; así se disimula algo. Y luego, ¡qué demontre!, no tengo ninguna ilusión en cuanto a su solidez; me temo que si quitamos los andamios se venga al suelo y entonces... ¡adiós mi dinero! No, no, dejemos los andamios.

Hasta hay quien cree que lo único que vale algo son los andamios, no por su estructura, traza y fábrica precisamente, sino por lo excelente del material de las vigas que en ellos he metido. Dicen que si quito los andamios se vendrá la torre al punto

al suelo, y que, en cambio, aunque se hunda más tarde o más temprano, si quedan los andamios será fácil levantar otra en su lugar. Dejemos, pues, los andamios.

... ...

¿No habéis visto esas obras atestadas de citas y cubiertas por todo un andamiaje de erudición? ¿No habéis leído a esos pobres escritores que no saben dar un paso sin apoyarse en la autoridad de fulano o mengano, y que buscan el que se diga: "¡cuánto ha leído este hombre!"? ¿No os habéis echado a los ojos la obra de algún erudito? Son de los que dejan los andamios, porque maldita la confianza que en su torre tienen.

Libros hay en que sólo una tercera parte de cada página es del autor; el resto son andamios. Y en tales libros ocurre no pocas veces que el lector recorre los andamios; pero no pone pie en la torre misma. Más de un libro hay de que sólo he leído las notas y referencias.

—No dejo de leer casi nada de lo que usted publica —le dije una vez a un conocido publicista.

—Oh gracias..., muchas gracias... —me contestó—: hay tan pocos que sepan apreciar... Se creen que es cosa fácil hinchar un perro... Hay tanta incultura en nuestra pobre patria... ¡tanta! Elogios como el de usted animan a trabajar, y hace tanta falta que le animen a uno, amigo don Miguel, tanta falta, tanta...

Le callé por compasión una cosa, y es que sí, en efecto, leo casi todo lo que publica; pero lo leo como catálogos ilustrados: por el andamiaje. Tres o cuatro citas que hacía de un autor, para mí desconocido, me movieron a pedir las obras de éste, y en ellas he encontrado jugoso y nutritivo alimento. Me ha sido, pues, muy útil nuestro publicista.

¡Ha leído mucho! Todavía sigue siendo un elogio esta frase terrible: ¡ha leído mucho!

Es cosa de risa oír exponer al cantero la importancia de su trabajo. Sí, los canteros son indispensables; pero lo son los canteros en comunidad; no cada cantero. La labor modesta, reposada, silenciosa..., sí; pero en legión. ¡Que no se salgan de filas!

"Tenga usted cuidado si vuelve a publicar alguna otra obra —me decía un amigo— en hacerla más erudita, en exornarla con citas, en hacer en ella referencias... Se quejan de que quiere usted decirlo por sí y ante sí, y dicen que eso es inmodestia. El pabellón cubre la mercancía; haga usted citas... que vean nombres, muchos nombres."

Es verdad, las ideas ganan al ser citadas, al poder darlas con su firma, etiquetadas. Lo mismo que yo pueda decir de propio fondo vale bien poca cosa; mejora cuando alguien escribe por ahí: "Dice Unamuno que..."

—Pero, hombre —me decía otro amigo—, llevas nueve años explicando lengua y literatura griega, más de los que te llevaste preparándote a tus oposiciones; no haces más que traducir en tu cátedra y cada curso nuevos textos, sin repetir uno mismo jamás; has recorrido los más de los autores griegos, y rarísima vez se te ocurre hacer citas de ellos... ¡Vestiría tan bien el que dijeses: dice Platón en su *Simposion*... según Luciano... a creer a Heródoto... Tucídides nos cuenta...!, y hasta una citita en griego, con esos caracteres enrevesados, de vez en cuando, no vendría mal. Tú que explicas griego, ¿por qué no lo haces?

—Por eso mismo —hube de contestarle, como es natural—, por lo mismo que no le pongo hache a la armonía, porque creo que me creerán que sé el suficiente griego para saber por qué ordena la Academia que se la ponga, y se la ponen los que ni han olido

el griego. Y como creo que, a pesar del griego, está mal puesta, no se la pongo.

Está bien que haya quienes construyan andamios, pero lo que no está bien es que los dejen en pie luego hecha la torre. Es más, hasta puede ser un andamiaje una verdadera obra de arte, una maravilla de construcción.

Desgraciado el país en que los *sabios* ahoguen a los pensadores, y los *eruditos* oscurezcan a los videntes. De todo hace falta en la viña del Señor, sin duda, pero nada más falta que uvas.

[*Las Noticias,* Barcelona, 17, V, 1900.]

PUDOR DAÑINO

Suelo recibir cartas de escritores que tienen ganada una reputación en la república de nuestras letras, y por lo general me gustan más las tales cartas que cuanto dan al público sus respectivos autores. Veo en ellas una sinceridad y una frescura que en vano busco en los más de sus escritos. En las cartas hay quien se vierte y vacía, hay quien desnuda su espíritu y se entrega a indiscretas confidencias: ante el público no.

El escritor español tiene mucha menos afectación y menos comedia que el francés, no gusta de la *pose*, es más sencillo al parecer, pero es también más tieso, más envarado, más reservado. Rara vez deja traslucir la interioridad más interior de su espíritu. Nuestra franqueza no es más que aparente.

He estado creyendo mucho tiempo que si nuestros escritores son tan poco subjetivos, muestran tan poco de su íntima vida espiritual, es porque no la tienen; que casi toda nuestra vida es vida exterior que apenas caben en España ejemplares de las razas de los Werther, René, Oberman, Rafael, Adolfo, Jacobo Ortiz y demás rumiantes espirituales. He estado creyendo que nuestro natural recio, dogmático, tallado de una pieza, fuertemente positivista en el fondo, nada nebuloso, se compadecía mal con la vida interior. Porque nuestro héroe, Don Quijote, apenas tenía vida interior; toda su locura se exteriorizaba

en actos, no era un hombre que se entretuviese en zahondar su propio espíritu. He estado creyendo esto por mucho tiempo, y aunque todavía lo creo se ha templado y modificado no poco esa creencia mía. Porque, en efecto, no somos tan poco europeos, ni aun en lo malo, que no nos haya invadido el mal del siglo y la *psicastenia* que sigue al intelectualismo. Aunque no se hayan aclimatado los *suspirillos germánicos* y siga siendo lo castizo la poesía colorista y predominantemente objetiva que deriva de los viejos romances, empiezan nuestros suspiros a sonar a germánico. Realmente aquí hay más gravedad que tristeza, pero no deja de haber ésta.

El extranjero que juzgando al castellano por el exterior le cree adusto y seriote, amarrido, *morne*, como dicen los franceses (*le morne castillan*), no le juzga más que por la exterioridad; su adustez está en la cara, y en la cara su seriedad. Es taciturno por lo general, sí, pero no porque rumie sus pensamientos, sino porque nada tiene que decir.

Se ha templado aquella mi creencia en que aquí no haya vida interior, digo, y se ha templado al conocer a algunos escritores por sus cartas. Es que la vida interior suele serlo de flaquezas y miserias, de debilidades y pequeñeces, y aquí nadie gusta descubrirse. Aquí se llegará a escribir de todo, pero dudo mucho que se aclimaten las *Confesiones*. No entra en nuestro carácter el ir mostrando el gangrenoso muñón para despertar la piedad de los transeúntes, no cultivamos el *sport* de ser miserables y de llamar la atención inspirando pública lástima. Nuestra *hidalga dignidad* nos lo impide. ¡Y desgraciado del que lo hiciera! Aquí se celan y ocultan cuidadosamente las miserias todas.

Esto tiene sus ventajas, es indudable, pero tiene también grandes inconvenientes, sobre todo para lo más íntimo de la cultura. Es un pudor dañino. De

él deriva la oquedad de casi toda nuestra literatura, la extremada pobreza de nuestro psicologismo literario, lo meramente objetivo y externo de lo más de nuestra producción artística. Apenas anda un alma por páginas de nuestros libros; no son más que vestiduras de almas.

Y esto trae otro mal, y es que vivimos en nuestras relaciones sociales un régimen de mentira. Dos personas pueden llamarse amigos, tutearse, tratarse durante años y más años y morirse sin haberse conocido.

Pero esto merece capítulo aparte.

[*El Correo,* Valencia, 11, VI, 1900.]

TURRIEBURNISMO

Decíame una noche el gran poeta portugués Guerra Junqueiro:

"No hay que encerrarse en la torre de marfil ni despreciar nada por mezquino. ¿Qué la política es una porquería? No, nada es porquería, y si lo es, a ella hay que bajar."

"Vivo en Portugal y de lo portugués me ocupo, de lo de todos los días. Sólo que miro las cosas del tiempo desde la eternidad. He creído siempre lo mismo. Y por eso me asocio a todo movimiento que me parezca progresivo, que impulse a esta formidable historia humana que nos lleva de la piedra al ángel. Me asocio al movimiento republicano, al socialista. Tenemos una parte de camino común; voy con ellos. Sólo que ellos van a un punto determinado, su camino acaba de aquí a dos leguas, y el mío va al infinito, no acaba nunca. No pregunto adónde me lleva mi camino: pregunto si es o no bueno, si es camino de amor."

Callóse y se quedó mirando al cielo sereno, hermosísimo entonces, tachonado de estrellas. Y de pronto me dijo: "En este cielo puede haber Dios, en el de Madrid... ¡polvo!"

Me separé de él, y como siempre que con él hablo, fuíme a casa con la cabeza llena de ideas y el corazón de anhelos. Seguía oyendo sus palabras, y seguía oyéndolas en aquel dulce acento portugués, y

a la vez veía su rostro tan expresivo, tan en consonancia con su espíritu profético.

Muchas veces había pensado en el *turrieburnismo,* en ese encastillarse con armiñesco egoísmo en la torre ebúrnea, debilidad de literatos sobre todo, que les lleva al literatismo, y a la vacuidad al cabo. Es todo lo contrario del famoso dicho terenciano: *Homo sum, nihil humanum a me alienum puto.* (Hombre soy, nada humano me es extraño.)

La famosa fórmula de el "arte por el arte" ha producido verdaderos estragos, llevando a no pocos artistas a lo menos artístico que cabe, cual es la *virtuosidad.* Y la virtuosidad literaria en su más amplio sentido es el literatismo, la literatura para literatos. Y hay más solicitaciones para caer en él aquí que en parte alguna, dado que por lo general si hay 300 literatos en España hace cada uno de ellos una tirada de 300 ejemplares de cada una de sus obras, y se las cambian mutuamente, bombeándose mutuamente también...

Me ha hecho siempre mucha gracia todo eso de la "difícil facilidad" y de la dificultad vencida. No es raro que al hablar un crítico de algún poeta que escribe en verso libre diga que es muy cómodo eso de huir de la dificultad del consonante. Pero vengamos a cuentas, ¿para qué ha de creársela uno? Porque eso de crearse dificultades para darse el gustazo de vencerlas, no es más que virtuosismo; es como esos *estudios* de piano en que hay que hacer una porción de sutilísimos ejercicios de prestidigitación. Ni eso es arte ni cosa que se le parezca. Y digan lo que quieran no veo que el consonante sea una excelencia artística, sino más bien un elemento que recuerda al tamboril de los negros africanos. Así se llega a los acrósticos, pentacrósticos, ovillejos y demás dificultades que vencer.

En semejantes tecniquerías o en otras que en el

fondo se les parecen, suelen acabar los turrieburnistas, o en el más completo sibilismo *pour épater le burgeois,* para dejar turulato al burgués. Es la consecuencia de desinteresarse de todo lo hondamente humano.

Recordábame en cierta ocasión un turrieburnista aquello del gran Goethe que en plena Revolución francesa se interesaba más que de ésta de las discusiones que Cuvier y Geoffroy mantenían respecto a la evolución de las formas orgánicas. Pero es que el gran poeta, que siempre vivió al aire libre, dejándose empapar en las grandes corrientes de su tiempo, presentía que la doctrina transformista había de influir en las edades futuras más aún que los principios proclamados por la Revolución francesa. Vió esto con su vista de águila.

Tiene, sin duda alguna, su justificación del turrieburnismo; algo significa y vale eso de encastillarse en la propia torre de marfil, siempre que ésta sea uno mismo y que se airee y solee a diario y cuanto más se pueda. Nadie puede salirse de sí mismo; pero puede meter el mundo en sí, y tanto más vale lo uno como lo otro.

Mas esto es ya otra historia.

[*El Correo,* Valencia, 2, VIII, 1900.]

Es cosa vista; el cuento se desarrolla a expensas de la novela. Cada día se publican menos novelas y más cuentos y colecciones de cuentos.

Algo habrá en ello, sin duda, que responde a los gustos del público. Sobra que leer y falta tiempo para hacerlo, lo que obliga a los escritores que quieran ser leídos a condensar cada vez más sus pensamientos y buscar un modo de expresarlo más breve y epitómico. Basta que una cosa sea larga para que la dejen de lado muchos, aunque no falten quienes juzguen del valor de un trabajo por su extensión. *Monumental* llamaba un amigo mío a una obra en quince gruesos volúmenes.

El escritor que hoy quiere ser leído, lo repito, ha de saber fabricar píldoras, extractos, quintas esencias. La cuestión estriba en hacerlo de modo que sean agradables de tomar; en saber dorarlas.

Pero no es ésta, sin duda, la principal razón del desarrollo que a expensas de la novela toma el cuento. Hay mucho en la novela que en el cuento no cabe. No todo se reduce al argumento.

La primera razón creo que es una cuestión económica. El cuento cabe en el periódico y en la revista mejor que la novela, como no sea ésta de folletín. Y aún así no todos soportan la novela a trozos tipográficamente cortados.

El cuento cabe en el periódico y la revista, y la

novela no. Escribe uno un cuento, y encuentra fácilmente dónde publicarlo; no así la novela.

Si nada le dan por aquél, por lo menos su impresión nada le cuesta, y así, sin gasto pecuniario, se da el gustazo de que aparezca en letras de molde.

Si se lo pagan, mejor que mejor, y si se lo premian en uno de estos certámenes en moda, miel sobre hojuelas.

Pero haz una novela y gástate unos cuartos para imprimirla, y en el mejor caso, si la vendes y salvas lo gastado, de seguro que te da menos que un número de cuentos que ocupasen el mismo volumen.

Si por un cuento te dan 5, 6 u 8 duros, libres de gastos, ten por seguro que una novela veinte veces más extensa que él no te daría 100, 120 ó 160 duros.

Como no sea a uno de los que en fuerza de labor y tiempo se han ganado uno de los primeros puestos —no serán más de tres o cuatro— para con nuestro público tan tardo en recibir como dejar, tan reacio en adoptar a un escritor como en deshacerse de él.

Y así resulta que muchos que se decidirían a escribir una novela apenas han trazado el plan, el argumento, cuando piensan en el amplio desarrollo, dispuestos a hacer de tal argumento núcleo de variadas escenas, en cuanto ven que les dan por ellos tres o cuatro duros lo sueltan. Son, pues, no pocos cuentos, novelas abortadas, con lo que a menudo ganan. Pero otras veces pierden. Y así un cuento que no sea más que un núcleo de novelas, como cuento es imperfecto, como es imperfecta la novela que no sea más que estiramiento de un cuento. No es cuestión de cantidad y extensión tan sólo su diferencia; son dos géneros distintos. En opinión de un amigo mío opuestos, pues el tal mi amigo, forzando las cosas a la paradoja, sostiene que rara vez o nunca es buen cuentista un buen novelista, ni buen novelista un buen cuentista.

Y lo que tuerce la vocación y actitud de muchos, haciendo que de buenos novelistas que podrían llegar a ser, se queden en medianos cuentistas, es ni más ni menos que la pícara cuestión económica, que es la que lleva al teatro a tantos y tantos que maldita la aptitud que para él tienen. Pero nadie puede decir: de esta agua no beberé.

Las razones económicas explican lo más de la historia literaria, creo yo, aunque no conozco quien haya estudiado el proceso literario de un pueblo a la luz de su proceso económico.

Aquí sí que encaja la famosa concepción llamada materialista de la historia, la de Marx. Hasta la estética nos descubriría nuevos escondrijos y rincones, si a la luz de lo económico la registrásemos.

Hay un fenómeno que muchos han señalado, pero que no sé de quién lo haya estudiado a fondo, con prolijidad y empeño, y es el de la influencia del periodismo en la literatura, en lo que influye en el estilo, en el modo de concebir y ejecutar los más diversos géneros literarios, el periodismo y los hábitos que en él se contraen. Libros enteros y nada chicos se escriben, que no son, si bien se mira, más que serie de artículos de periódico. Algo se gana en ligereza, en nerviosidad, en toque conciso y rápido; pero se pierde también no poco. Tales libros tienen algo de sartas, fragmentarios, de poco asentados; acaban por cansar. Quien conozca las obras de Novicow, tiene un excelente ejemplo, por no citar un reciente y voluminoso libro español, que parece tejido de artículos de periódico, excelentes como tales, pero que en conjunto no me resultan. Falta a tales libros lo que se llama "economía" en muy diverso sentido del otro, de la economía que a ello lleva.

[*El Siglo*, Montevideo, 9, XII, 1900.]

DESCENTRALIZACION DE LA CULTURA

En este mismo quincenario (1) ha dirigido Llanas Aguilaniedo una llamada a la juventud para que, no dejándose sugestionar por el letal ambiente de la Corte, se recoja en pequeños centros donde la comunión espiritual sea más íntima y más frecuente. De ello hablábamos, no ha mucho, en Madrid mismo, el mismo Llanas y yo.

Una de las circunstancias, sin duda, que más han favorecido el desarrollo literario, artístico y científico de la Italia moderna, como en el Renacimiento lo favoreció ya, es la diversidad de centros entre que se reparte. Son allí varios los focos de cultura; como Alemania, pulula de pequeñas universidades en que la juventud estudiosa se agrupa en torno de unos pocos, por lo común de un solo guía. En Alemania ocurre más; y es que, así como aquí trashuman los estudiantes de una en otra universidad en busca de aquellos profesores más blandos en el examen, averiguando cuál de las universidades es mejor para cada asignatura, trashuman allí, no pocos, en busca del maestro más eminente en la disciplina de que intentan enterarse.

Es indudable que la diferencia de localidad modifica grandemente el ambiente literario, artístico o científico, y hasta crea una diferente tradición. No en

[1] Se refiere a *La Quincena*, de Sevilla, en el que se publicó este escrito. (N. del E.)

vano, dígase lo que se quiera, se habla en nuestra literatura de escuelas sevillana, salmantina, aragonesa, etc. Recientemente estuvo el malogrado Ganivet, según un amigo mío, y que lo fué así como yo suyo, a punto de ser el núcleo de algo así como una nueva escuela granadina; en su torno se agrupó buena parte de la juventud de Granada recibiendo impulso, entusiasmo y hasta dirección y sello de aquel su potente espíritu.

Hanse reunido en Madrid, no cabe negarlo, vigorosas personalidades; pero yo no sé qué tiene aquel ambiente achatador, aquella sociabilidad puramente externa, disfraz de un atomismo de muerte; yo no sé qué tiene la charca, que esas personalidades se neutralizan y acaban por perder su relieve propio. Muchos de esos hombres, cuyo nombre resuena y repiten los jóvenes con respeto, hacen en la Corte vida de hurones o sólo superficialmente se comunican. Los muchachos que empiezan buscan, por lo común, algún guía, llenos del espíritu de veneración que, dígase lo que se quiera, hinche a la juventud, prontos, si tienen sana el alma, a admirar y a rendir culto al prestigio; se adhieren a éste o al otro, y en decirse sus discípulos y llamarle a boca llena *maestro* ponen su mayor deleite. Y, triste es decirlo: el *maestro* no suele corresponder a la fe que en él se funda; el *maestro* apenas piensa más que en sí; ve en el ferviente discípulo un nuevo heraldo de su fama; sigue avaro de sus ideas, receloso ante la juventud, dejándose adorar como un ídolo, pero sin vivificar directamente el espíritu de sus fieles. ¿Influye en esto el que en la Corte se hayan reunido diversos ídolos, en que sea panteón y no capilla? ¿Obraría el *maestro* de otro modo si se encontrase solo, o casi solo, en un pequeño centro ejerciendo de núcleo de un foco de cultura? ¿Influye en algo en esa actitud del ídolo la cercanía de otros

ídolos? Yo creo que sí y a desarrollar en tesis esta mi creencia dedicaré otro artículo.

Otro inconveniente presenta la Corte, inconveniente que apunta el amigo Llanas cuando aconseja a los jóvenes que se recojan en pequeños centros con pocos y bien seleccionados libros y revistas. Es el tal inconveniente la relativa abundancia de libros y revistas. Nos falta tiempo y nos sobra qué leer. Quien se meta en el Ateneo de Madrid y se empeñe en *estar al día* en una rama cualquiera del saber —cuanto más en el rumbo total literario o científico— y no sepa dominar la glotonería de revistas acabará por sumirse en un barullo o flotar en superficialidad. El exceso de material perjudica, ya que no sabe uno contenerse. Por quererlo leer todo, acaba uno convirtiéndose en lector de catálogos. Hay aquí en Salamanca muy pocos cuadros buenos, pero muy pocos; el mejor, una hermosísima Concepción, de Ribera. Viéndolos un día, y otro, y otro, me han enseñado más que algunos museos que he visitado por esos mundos de Dios de prisa y corriendo. Y de prisa y corriendo tiene que hojear revistas quien quiera *ir al día,* estar al tanto del movimiento. La lectura no le da tiempo a meditar. Por todo lo cual creo que, si bien las Bibliotecas populares y los centros de lectura de una gran capital son beneficiosísimos para las clases obreras y para los que, en general, no se dedican directamente a la ciencia o al arte, centros como el Ateneo pueden llegar a ser dañosos para el intelectual que padezca de voracidad de saber. A los unos hay que abrirles el apetito y satisfacérselo; a los otros, corregírselo y regulárselo.

El asunto es inagotable. Porque, ¿a qué consideraciones no se presta el hecho de que sea Madrid el centro de la actividad política, y el si la vida política estorba o no a la vida de la cultura? El Salón de Conferencias, verbigracia, ¿no es un foco de infec-

ción para toda elevada actividad científica o literaria? Las sesiones de Cortes, ¿no emanan miasmas que enervan sutilmente no pocas actividades que hubieran podido ser provechosas en arte, literatura o ciencia? Punto es éste de la relación entre la política y la cultura, que bien merece que alguien en él se ocupe. Dejémoslo para quien sepa tratarlo con perfecto conocimiento de causa; que los que sólo sabemos de nuestra política por lo que la prensa nos dice, creo que sabemos de ella muy poco.

Sirvan, en fin de cuenta, estas líneas de excitante a otros escritores para examinar un asunto de tanto interés como es el de la descentralización de nuestra cultura.

[*La Quincena,* Sevilla, 15, XII. 1900.]

L O S   M E L E N U D O S

Recuerdo que en el Círculo vasconavarro que allá por el año 80, en que empecé mi carrera, había en Madrid, le decía una tarde Gayarre a su paisano Sarasate: "pero hombre de Dios, ¿por qué no te cortas esa pelambre?; bien está que se la dejen crecer los que no tienen arte, porque a falta de arte, melena, pero tú..."

A falta de arte, en efecto, melena o sombrero de este o el otro corte, o cualquier otra majadería con que llamar la atención de los distraídos transeúntes y *épater le burgeois* o digamos dejar turulato al hortera.

Y con la melena, cantar a la Belleza (así, con letra mayúscula), y citar a cada paso a los santones del *Mercure de France,* y a tales o cuales franceses o que hayan recibido el marchamo de la aduana literaria francesa.

No conozco impotencia mayor que la que se oculta bajo eso que llaman modernismo. De originalidad, ni chispa; parecen unos a otros los modernistas como un camarón a otro camarón. Ni son más complicados que los camarones. Ya el aceptar ese u otro mote cualquiera es prueba más que suficiente de falta de originalidad y de impotencia.

Nada conozco más imitativo que el que se da a sí mismo el dictado de modernista. Constituyen la turba suelta de los que por el año 30 eran románticos, na-

turalistas por el 80 y serán cualquier cosa mañana. Su característica es la petulancia.

Dedícanse a descubrirnos hoy a Ibsen, mañana a D'Annunzio, al otro día a Walt Whitman, después a Carlyle o a Villiers de l'Isle Adam o a Mallarmé o a Swinburne, decorándoles con epítetos sonoros y de cuando en cuando nos descubren también a Firdusi, a Homero, o a Virgilio, pero traducidos, por supuesto, y traducidos al francés.

Lo que no nos descubren es a sí mismos, ni saben ellos descubrirse.

Ahora les ha dado a esos excelentes chicos por la Belleza —así, con letra mayúscula— y quien no le entona endecha y se arrodilla ante ella y se pasa las horas muertas, que no vivas, incensándola y le endilga letanías, ni siente lo bello ni cosa que lo valga. Porque sabido es que sentir lo bello y tener alma de artista y alma moderna es estarse charlataneando de Nuestra Señora la Belleza y darnos con ella la lata como no poco le sucede al bueno de D'Annunzio.

A otros les da por la Vida —también con letra mayúscula— y la Vida por aquí y la Vida por allá, y los demás, los que no tenemos más que nuestras respectivas y humildes vidas —con letra minúscula—, ni sabemos lo que es vida ni lo sabremos jamás.

Otros cantan a la Voluntad —siempre con letra mayúscula— y se despiertan cada día dispuestos a querer algo con energía, sólo que los pobres se dan cabezadas y no saben lo que querer. Es lo que les ocurre a esos volitivos que como querer, allá están ellos queriendo querer algo y llevarlo a cabo por encima de todo dios, sólo que ese algo que han de querer no parece. Como no parece la cosa bella que los otros han de sacar de la Belleza.

En resolución todo eso es impotencia y nada más que impotencia. Porque lo que se ve es que los

creadores de cosas bellas han perdido poco tiempo en endechar a la Belleza, se han distraído poco en cantar a la vida los que más y mejor han vivido y no se detienen a exaltar la voluntad los que de veras saben querer. Por sus obras los conoceréis, y lo cierto es que no veo por ninguna parte las obras de los mayusculizadores, de nuestros melenudos. Si es que las guardan veladas a los ojos de los profanos en las capillitas en que celebran sus ritos esotéricos decorándose unos a otros con la banda del genio, buen provecho les haga.

Porque estos buenos muchachos se reconocen unos a otros genios, a despecho de despellejarse luego, y se extienden sus correspondientes diplomas y matan el tiempo en desdeñar a los demás mortales, que por su parte ni siquiera les desdeñan a ellos.

Mientras juegan al intelectualismo y al esteticismo en sus capillitas de culto esotérico o en sus conciliábulos de desdeñamiento a los profanos, todo va bien. Lo malo es cuando aprovechando cualquier cosa de la calle quieren hacer sus pinitos y decir: "aquí estamos, aquí está la intelectualidad". Entonces habrá que cogerles, raparles las melenas; meterles en una prensa y enseñar al público que no dan más que un dedal de suero; el resto, materia leñosa.

[*El Tiempo*, Buenos Aires, 12, III, 1901.]

EL PORVENIR DE LA NOVELA

(*Contestación a una encuesta*)

Las opiniones que acerca del porvenir de la novela ha expresado Julio Verne a un redactor del *Daily Mail,* de Londres, son, por su ramplonería y mezquindad, dignas del novelista que tanto me entretuvo cuando contaba yo quince años. Acostumbrado a escribir para niños, no acierta a decir cosa de sustancia a los mayores.

El buen señor dice que la novela psicológica morirá pronto de inanición, fundándose tal vez en su irremediable ineptitud para toda psicología. Le llama a Guy de Maupassant el más grande de los novelistas psicólogos que ha tenido el mundo. Siempre he creído que el mundo de Julio Verne es muy pequeño, a pesar de que hace viajar a sus muñecos por todas las partes de él. Su geografía es geografía de libro de texto, o más bien de libro de *êtrenes,* de los que reparten en Amiens a los chicos aplicados.

Dice Verne que las novelas no son necesarias, proposición digna de un tendero de ultramarinos, y añade que su mérito y su interés van declinando rápidamente. Este dato debe de haberlo recogido de su librero o de quien le administre sus obras.

Nunca se ha escrito tanta novela ni tan variada como hoy en día, y el tiempo se encargará de cernerlas hundiendo en el olvido a las más de ellas y salvando tan sólo a unas pocas. Cuantas más sean escritas, entre más habrá que escoger.

La afirmación de que los periódicos hayan de sustituir a las novelas es una de las más estupendas afirmaciones. El periódico se ayuda de la novela y hasta la necesita, siendo cosa sabida que la novela de folletín es uno de los más grandes alicientes del periódico, y que de una acertada elección de ella depende, no pocas veces, un alza considerable en el número de compradores.

Muy lejos de suplantar el periódico a la novela, la servirá de precedente, base y primera materia. "Como recuerdos para la historia, el mundo archivará sus periódicos", dice el señor Verne. ¡Archivar los periódicos, cielo santo! Pero ¿qué dice ese hombre? ¿Y dónde se almacena tanto papel viejo?

Nunca como ahora puede decirse lo de "la tarea es larga y la vida breve", ni nunca se ha dejado sentir tanto la necesidad de extractos, compendios, sumas, epítomes, manuales y todo género de concentraciones científicas y artísticas. Aviado se verá el que intente dentro de un siglo conocer la historia de la regencia de Doña María Cristina, v. gr., acudiendo a las colecciones de periódicos. Eso podrá hacerlo el historiador especialista; pero es para extractarlos, quintaesenciarlos y concentrarlos. Y esta labor es tanto o más que labor de ciencia, labor de arte. El cultivo de la historia exige dotes de novelador.

Obsérvase, en efecto, que a medida que la novela se hace más histórica, es decir, más documentada, la historia se hace en cierto sentido mas novelesca, es decir, más imaginada. Y así tienden a acercarse y aun a complementarse. Novelistas hay que recogen los materiales para sus novelas con la escrupulosidad y cuidado, con el sentido crítico y la compulsa de datos, con que pueda recogerlos el historiador más concienzudo, y, por su parte, esfuérzanse los historiadores por alcanzar la visión de la época que historian, por resucitar hombres y cosas y darnos la

impresión de realidad presente. En tal sentido, puede decirse que la historia y la novela se acercan una a otra, vivificándose aquélla con el arte y ésta con la ciencia. Si los *Rougon Macquart,* de Zola, están trabajados con la conciencia de un historiador, los *Orígenes de la Francia contemporánea,* de Taine, se lee como la más amena y viva de las novelas. Y por mi parte, puedo decir que sin más que aprovechar los materiales que reuní para mi novela *Paz en la guerra,* podría escribir una historia de la última guerra civil carlista, y que no hay en aquélla detalle alguno, sobre todo en lo referente al bombardeo y sitio de Bilbao y a las acciones de Somorrostro en 1874, que no lo comprobara cuidadosamente. Para ello leí, entre otras cosas, colecciones de periódicos; pero hay que confesar que no es ocupación muy grata.

Así como la novela y la historia tienden a completarse y vivificarse mutuamente el arte y la ciencia, y cuanto más ésta extienda su campo y se complique, tanto más necesaria se hará la imaginación para exponerla. Mas no ciertamente a la manera que la emplea Verne, sino más bien al modo de Wells.

Y queda siempre la pura novela, la novela que algunos llaman novelesca, la obra de mera y nuda ficción, la novela fantástica y emocional, más *necesaria* cuanto más absorba a los hombres la vida del negocio y cuanto más se apodere la técnica de los espíritus. El industrial, el mercader, el hombre de negocios, desea en sus ratos de descanso y ocio pasear el espíritu por países de fantasía, distraerlo y recrearlo con aventuras y sucesos que no nos es dado presenciar a diario. Los pueblos más pragmáticos, los más entregados al negocio de ganarse la vida, son los que más gustan de lo maravilloso, fantástico y hasta inverosímil. El enorme consumo que se hace hoy de novelas obedece a una necesidad compensatoria: en ellas se sirve ideal a los filisteos.

Muy lejos de decaer el papel de la novela, ábrensele a ésta cada vez nuevos y más amplios horizontes, y puede asegurarse que las novelas son hoy el canal más importante por donde llega al pueblo el pensamiento sociológico, ético, religioso y filosófico de los maestros. Es la forma más viva de la vulgarización.

Para concluir, sólo se me ocurre recordar lo que decía yo a un amigo cuando se dió, en el Ateneo de Madrid, en la humorada aquella de que la forma poética está llamada a desaparecer (lo mismo que el bazo, la hache, las Diputaciones provinciales y la Facultad de Farmacia). Acordábame yo entonces de estos vaticinios sobre que el sol va a apagarse, con que de cuando en cuando nos sale alguien, o que va a volver una nueva edad glacial. Pregunto siempre al oír tan espantables agüeros cuándo será eso, y me dicen que de aquí a tantos siglos de siglos. Y entonces me digo: "¿Sí? ¿Con que el sol se apagará al cabo de tantos miles de años? ¡Pues voy a tomarlo! Y luego nos quedará el carbón y la leña que él nos ha dado." Así, cuando decían que iba a desaparecer la forma poética, íbame a casa y me ponía a leer versos, por si acaso. Yo no sé si por un inesperado giro de las cosas acabará por no escribirse novelas; pero sé que con las ya escritas que salven la hondonada del olvido, tendrán con qué recrearse y espaciarse el ánimo las generaciones venideras, cuando se hastíen de leer periódicos y de oír a los Vernes del porvenir.

Por mucho que el periodismo progrese —y mucho ha de progresar— no es de creer que una labor hecha a diario, deprisa, bajo el terrible acicate de la tirana actualidad, en que es más importante que dar el fruto bien madurado, darlo de primicia, antes que los demás competidores; no es de creer que semejante labor pueda sustituir a la que se haga con lentitud y método en larga e intensa incubación, merced a

rectificaciones y lima. La labor periodística ha creado cierto estilo efectista, eso que llaman brillante, tan deleznable y pasajero que apenas puede prosperar. Es el periodismo la mejor escuela de preparación para un novelista, pero no más que escuela. A todo escritor le conviene entrar en él, pero es para salir de él luego. Quedarse, no debe quedarse más que el verdaderamente periodista, y éste es difícil que sea buen novelador, ni que le suplante para con el público.

(*Nuestro Tiempo,* Madrid, noviembre 1902.)

¿QUIENES SON LOS INTELECTUALES?

¿Quién de nosotros, los que escribimos para el público, no ha usado, no ya una sino muchas veces, en estos últimos tiempos, el sustantivo *intelectual?* ¿Quién no ha hablado de los intelectuales, distinguiendo con tal nombre a una variedad de hombres por oposición a otras variedades? Y la verdad es que si se nos pidiera a cuantos nos hemos servido de semejante denominación el que la definiéramos, nos habríamos de ver, los más de nosotros, en un gran aprieto.

En escritos míos, publicados en *La España Moderna,* he tratado por extenso la diferencia que podría establecerse entre los *carnales,* los *naturales,* los *intelectuales* y los *espirituales,* distinciones que provienen ya nada menos que de San Pablo, pero ahora no voy a meterme en tales recovecos y complicaciones, sino a tratar la cosa más llanamente y conforme al común sentir de las gentes (1).

Es, desde luego, un lugar común, que por lo mismo de serlo conviene razonar y si fuera posible darle forma paradójica —el convertir en paradojas los lugares comunes es renovar y acrecentar su benéfica influencia—, es un lugar común lo de que no hay

---

[1] Se refiere a los titulados "Intelectualidad y espiritualidad" y "Los naturales y los espirituales", recogidos en *Ensayos,* y ahora en el tomo III de estas *O. C.* (N. del E.)

trabajo manual que, de ejercerlo debidamente, no exija inteligencia e intelectualidad, ni hay trabajo intelectual que no sea, en mayor grado de lo que se crea, trabajo fisiológico, ya que no manual. Con los músculos, tanto como con el cerebro, se llevan a cabo muchas obras que se estiman fina y altamente intelectuales.

Lo que quiero hacer notar aquí es que de cada veinte veces que se habla de intelectuales, las diecinueve se trata de literatos, de meros literatos, autores de poesías, dramas o novelas. Apenas se llaman a sí mismos intelectuales sino los literatos. Cuando oigo a algún desconocido decir "nosotros los intelectuales...", me digo al punto: ¡vamos, éste es literato!, sin que jamás se me ocurra pensar que es físico, químico, matemático, fisiólogo, jurista, ingeniero, y mucho menos que sea inspector de una compañía de seguros, director de una fábrica de vidrio o gerente de una sociedad minera.

Y lo cierto es que para llevar bien una inspección de seguros, una fábrica de vidrio o una sociedad minera, hace falta tanta inteligencia como para componer una oda, una comedia, un cuento, o una novela. Y hasta espíritu e idealidad puede ponerse, tanto en un ejercicio de la actividad intelectual como en el otro.

Creemos algunos, yo no sé con qué fundamento, que la intelectualidad no está en el género de labor a que un hombre se dedica, sino en el modo de ejecutarla, y que hay no pocas llamadas obras de arte que están construídas con el mismo espíritu y obedeciendo a los mismos móviles con que se construye un armario de luna o un par de zapatos.

De un celebérrimo pintor de pasados siglos, de uno de los más grandes pintores según la calificación hecha, se ha podido decir que tenía sentidos y no cerebro. Era un sensitivo y no un intelectual. Y hay

no pocos artistas, no ya pintores, sino escritores, que nos deleitan cuando describen con la pluma —tratando de rivalizar con el pincel— escenas o paisajes, pero que en cuanto se meten a filosofar y a querer sacar punta y enseñanza a los sucesos que describen, caen en la más ramplona y más miserable filosofía.

¿Puede llamarse a éstos intelectuales?

Teófilo Gautier se definía a sí mismo, diciendo: yo soy un hombre para quien existe el universo visible. Y no es poco el ser un hombre para quien el mundo visible existe, o, como suele decirse, un hombre que tiene ojos en la cara. Pero, ¿es esto suficiente para considerarle como un intelectual, y por saber describir soberana y hermosamente una encina, pongo por caso, ha de querer dar lecciones sobre el modo de cuidar las encinas a un guardamontes o montaraz, o lecciones de fisiología vegetal a un botánico?

Egregio artista de la pluma era, sin duda, Emilio Zola; pero, ¿hay hoy persona medianamente culta que tome en serio la tosquísima sociología de sus novelas o la psicología, verdaderamente deplorable y ruda, que vierte en no pocos de sus libros? ¿Hay quien no se sonría leyendo aquel ridículo *Doctor Pascal,* en que se nos presenta a un sabio de guardarropía, que no anda lejos de los caricaturescos sabios de las novelas de Julio Verne?

Uno de los más grandes literatos —muchos creemos que el más grande— de la Italia contemporánea, Josué Carducci, decía en 1887 en una carta al director del *Resto del Carlino,* que creía cosa dañosa al vigor moral de un pueblo la demasiada literatura, que la demasiada literatura perdió a Grecia y enerva a Francia, y que Italia, teniendo que cobrar fuerzas, necesita muy otra cosa que excitantes o deprimentes neuróticos, y la literatura de hoy no puede dar otra cosa. Y añadía: La imposibilidad de que sa-

liese en Italia una novela italiana legible era para mí una prueba y un consuelo de que a este pueblo le quedase todavía una fibra de los antiguos riñones *(delle reni antiche)*, era una esperanza para el porvenir (1).

Suscribiría yo estos juicios del máximo literato Carducci con una aclaración, y es que creo, en efecto, dañosa para un pueblo la demasiada literatura que es demasiado literatura, es decir, mera literatura, no más que literatura amena y vaga literatura. Las grandes, las fuertes, las fecundas, las duraderas obras literarias, son las que están libres de literatismo, las que son algo más que obras de amenidad, o sumas de saber, como la *Divina Comedia,* o producciones filosóficas como el *Fausto,* o resúmenes de toda una civilización.

Y en todo caso santa y buena es la producción literaria, gran consuelo para las congojas de la vida y gran reconfortación en el trabajo y elevadora del espíritu, pero no puede ni debe consentirse que traten los literatos de monopolizar el dictado de intelectuales, cuando se puede ser un muy apreciable, y hasta en ciertos respectos técnicos, admirable literato, y un pésimo intelectual, o mejor dicho, un *inintelectual.*

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 13, VII, 1905.]

1 *Prose di Giosuè Carducci,* Bologna, Zanichelli, 1905, "Sfogo", p. 1.125. (N. del E.)

Me sucede lo contrario que a otros, y es que a medida que voy entrando en años me va hastiando más y más cada vez la prensa llamada informativa. Cada día aborrezco más las noticias y, sobre todo, eso que llaman actualidad. No me convence eso de mirar un gran cuadro a un decímetro de distancia, ni eso de saber fragmentariamente y como por granos un desarrollo histórico.

Apenas empezó la guerra rusojaponesa renuncié a seguir su curso, diciéndome: "cuando concluya, no faltará quien me la cuente ordenada y orgánicamente", y me puse a leer una historia de la guerra del Transvaal. Que si Gapony está aquí, que si está allí, que si lo apresaron, que si se escapó... Dentro de un año —me dije— sabremos dónde está hoy.

Le voy cobrando verdadero asco al telégrafo, que comete más atropellos que los automóviles. Se sacrifica todo a la velocidad, y por el empeño de querer saber cuanto antes las cosas, las sabemos mal. En vez de mostrarnos los sucesos del día *sub specie aeternitatis*, en lo que tienen de permanente, nos enseñan las cosas más permanentes *sub specie momenti*, como meros sucesos. Y así se acaba por perder la noción de la perspectiva moral de la vida. Recibimos en montón, bajo los mismos títulos, noticias de los más diversos procesos sociales, sin que hayan pasado por criba alguna.

Nada me descompone más que la sección telegráfica de un gran diario de información; aquello no son *noticias,* ni menos *informaciones,* en el verdadero sentido de estas palabras; no son sino la primera materia para elaborarlas.

Comprendo el desdén que Enrique David Thoreau sentía hacia la prensa diaria y aquella su ocurrencia de que se comprometía a redactar un número con un año de anticipación, sin más que dejar los huecos para los nombres y fechas (1).

Nunca he podido resistir la lectura de una novela por entregas, y el "se continuará" me descompone siempre. Espero a que una obra se termine para leerla, interrumpiendo la lectura donde me plazca o las vicisitudes de mi vida cotidiana me lo indiquen, y no donde el ajuste del periódico me lo imponga.

Hay quien ha sostenido que la extensión y predominio que la prensa alcanza es parte la más principal a darnos una visión cinematográfica e inorgánica del mundo y de la vida, y una de las causas de lo difícil que hoy se hace cobrar concepciones unitarias y de conjunto. Lo cierto es que se desempeñan muy mal en el periodismo cuantos se han educado en rígido disciplinarismo escolástico, siendo ésta una de las razones por las que no logran nunca hacer un buen periódico —un periódico que lo sea— los doctrinarios del catolicismo. No es raro ver en los periódicos que se llaman a sí mismos católicos o de *la buena prensa,* artículos encabezados con un XIV o XX o XXX, es decir, todo un libro publicado en capítulos cortos, uno por día. Y esto es un bien, después de todo.

Y aún queda otro aspecto del asunto, y es la especial educación que los escritores que tienen que vi-

[1] *Walden, or Life in the Woods,* Boston, 1902. III "Reading". (N. del E.)

vir de la pluma adquieren de la necesidad de tener que escribir en periódicos. Porque es sabido que a excepción de tres o cuatro —si es que a tal número llegan— no hay quien saque de un libro lo que sacaría de igual número de escritos repartido entre artículos de periódicos, semanarios y revistas. Y así, en vez de recogerse uno y meditar sus propias concepciones y las ideas que aprenda de otros, y organizarlas y tramar una obra orgánica y completa, se apresura a echar fuera lo que se les vaya ocurriendo. Y hasta los libros suelen hacer el efecto de ser colecciones de artículos de periódico.

En España, por lo menos, no se ha cumplido la diferenciación entre el periodista, el publicista y el autor de libros u obras de cierta extensión. El que hace libros y hace a la vez artículos, cuando se le ocurre o aprende un concepto o una imagen que juzga ser de alguna valía, se ve en el trance ambiguo de decirse para sí mismo: "lástima es soltarlo en el primer artículo que se irá con el viento del día, lástima darlo suelto, desgranarlo, como nota aislada, pero si lo reservo para una obra extensa, si intento darle mayor permanencia engarzándolo en un vasto conjunto, si lo quiero armonizar en una sinfonía, corro el riesgo de que se pierda también, aunque de otro modo". Y se presenta la cuestión de si ha de preferir el escritor la extensión a la duración, el que le lean en un día dado diez, veinte o treinta mil personas, a ser leído durante largo número de años por un número mucho menor de personas escogidas.

Este conflicto, que un amigo mío muy dado a ingeniosidades llama el conflicto del tiempo con el espacio, añadiendo que si se pierde tiempo en recorrer espacio, también se pierde espacio en pasar el tiempo, este conflicto, digo, se le presenta a todo escritor. Y los más lo resolverán ateniéndose a aquel aforismo de Gounod, de que "la posteridad es una su-

perposición de minorías", si no fuera por el lado económico del asunto. "El buen paño en el arca se vende", decían nuestros abuelos, pero es que nuestros abuelos no tenían muy clara noción del valor económico del tiempo ni conocían la filosofía del descuento, y así pasaban por alto el que mientras el pañero espera a que se enteren los consumidores de la bondad del paño que vende, se muere de hambre. Importa tanto vender pronto como vender bien.

Y este terrible factor del tiempo, esta necesidad de vender al día, es lo que da a la prensa su especial carácter y lo que nos la hace poco atractiva a los que no nos resignamos a vivir al día.

He conocido a un hombre que en su afán por estar al tanto de la producción literaria, en su empeño por vivir literariamente al día, dejó de leer libros para leer revistas de ellos, luego leyó revistas de revistas, y acabó por no leer más que catálogos. Y se ha curado de ello volviendo a los libros, pero a los libros permanentes y universales, a las obras clásicas. La última vez que le vi le encontré leyendo a Shakespeare y disponiéndose a leer al Dante. En cambio, entre nosotros al menos, es rarísimo el que posee alguna educación clásica, las más de las personas que pasan por cultas no han leído a los grandes genios de las diversas literaturas. A Homero, Platón, Tucídides, Virgilio, Cicerón, Horacio, Dante, Tasso, Shakespeare, Milton, Racine, Pascal, Goethe, Schiller, etc., no se les conoce sino de oídas, por referencias, citas sueltas y estudios literarios. Es más frecuente encontrar quien haya leído trabajos críticos acerca de ellos, que quien los haya leído directamente. Y eso que no faltan traducciones.

Y esto constituye un mal, sobre todo en un país como el nuestro en que no hay una segunda enseñanza que supla tal deficiencia. Los bachilleres no han leído durante el tiempo de su bachillerato ni

siquiera los clásicos españoles; durante la carrera les absorben la atención y el tiempo los libros de texto —que aparte de su perversidad como obras doctrinales, suelen ser de lo más iliterario que se conoce— y luego de concluída reducen su lectura a poco más que los periódicos. Y éstos no se cuidan de guiarles en ella. Como órganos de educación nacional suelen ser detestables. No hay en su composición principio de economía y reparto de materias: diluyen el suceso del día en un aluvión de minucias insignificantes y enojosas, y reducen a secas e inexpresivas noticias otros asuntos de interés más duradero y más hondo. A esto se nos replica diciéndonos que hay que satisfacer los gustos del público, pero me voy convenciendo de que nadie le conoce peor que sus cortesanos y solicitantes. Y en todo caso el público es una cosa muy compleja, que consta de mayoría y minorías y el que no busque sino halagar a aquélla, desentendiéndose de éstas, corre al fracaso. Y en nuestras publicaciones periódicas rara vez se tiene en cuenta a las minorías.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 7, IX, 1905.]

A LOS PEDIGÜEÑOS

No me gusta ser grosero, y menos aún con las groserías tradicionales y corrientes en nuestra España. Una de las cuales es dejar sin contestación las cartas que se reciben. Entre las que tengo sin contestar figuran quince en que se me pide libros míos, de regalo por supuesto, y voy a darlas una contestación abierta y colectiva, que a la vez sirva para los que en adelante puedan sentirse tentados a dirigirme petición semejante.

Estaba por poner aquí siquiera las iniciales de esas quince personas o sociedades que sin conocerme me piden que les regale libros, pero no quiero hacer rompecabezas para los no interesados.

Por lo demás, las tales peticiones nada me chocan, porque si yo, lector, soy pobre —y te hago la confesión gravísima de serlo—, tú también lo eres y lo somos casi todos los españoles, por no decir todos. Como que es nuestro pecado original, y del cual derivan todos los demás, que somos pobres, y por serlo somos holgazanes, y no la inversa. Y voy a mi cuento.

Hay un dicho decidero que dice así: "contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar", pero es muy feo despedir al que pide, no ya con un seco y desabrido "perdone, hermano", sino con un más seco y más desabrido silencio. Hay que explicar la negativa.

Y explicándola, digo que me parece muy fea costumbre la de pedir libros a los autores de ellos. A

nadie se le ocurre pedir a un amigo zapatero que le regale un par de botas.

El hecho deplorable y triste de que la mayoría de los que escriben libros casi nunca saquen en ellos ni aun para cubrir los gastos de impresión, ha contribuído a propagar la idea de que el escritor publica sus obras por puro gusto de que sean leídas, y con absoluto desinterés. Cuéntase de un famoso orador y publicista nuestro, muerto hace pocos años, que hablando de una autorización que dió para que se tradujese uno de sus trabajos, sin pagárselo, decía: "Preferimos que se nos traduzca y no se nos pague, a no que se nos pague y no se nos traduzca." Y es claro, no falta gente que procura aprovecharse de este desprecio al lucro por amor a la gloria.

Hace poco me pedía un amigo que le regalase un ejemplar de mi última obra, la *Vida de Don Quijote y Sancho,* y sacando cuatro pesetas del bolsillo, le dije: toma, y cómprala. El pedigüeño amigo se me incomodó, y ello parecerá natural al lector, aduciendo que él me pedía el libro y no las cuatro pesetas que cuesta, que no era por no gastarlas, etc. etc. Le contesté que, en efecto, bien sabía yo que trataba, ante todo, de evitarse la molestia de ir a comprarlo, pero que a mis intereses conviene más regalar el dinero que vale el libro que no el libro mismo. Porque así tendrá el pedigüeño que comprarlo en casa del librero y al ver éste que se vende, pondrá cuidado en venderlo más.

Cuando algún autor me regala alguna de sus obras, mayormente si me viene dedicada, pongo un cuidadoso empeño en no prestárselo a mis amigos, y si me la piden, les digo cuál es su precio y dónde se vende. Porque es triste cosa lo de que tras hacerme ese obsequio, renunciando a la probabilidad de que yo adquiera su obra, vaya a perjudicarle con algún gorrón más.

Bien comprendo que hay muchas personas tan pobres de recursos pecuniarios como ricas en deseos de instruirse o de recrearse leyendo lo que se publica, mas para estas personas están las bibliotecas públicas y las asociaciones y sociedades, que las forman particulares. Las bibliotecas de los círculos, casinos, asociaciones, sociedades y corporaciones, deberían ser las que principalmente consumieran la producción científica y literaria, pero las tales sociedades suelen ser más pedigüeñas aún que los individuos. De las quince peticiones a que arriba hacía referencia, trece son de sociedades o corporaciones, y sólo dos de particulares.

Y ahora bien; las asociaciones, federaciones, bibliotecas populares, juventudes y demás sociedades que se formen para promover la cultura, deben pedir a las personas adineradas y que simpaticen con los fines de dichas sociedades, que les den dinero para comprar libros, pero no deben pedir a los autores de libros que les regalen éstos.

Y nada quiero decir por hoy del fenómeno curiosísimo del horror al libro, que entre nosotros se observa. Hay mucha gente, a la que sobra tiempo y dinero y que por nada del mundo compra un libro. Si puede obtenerlo prestado, lo lee de gorra. Diríase que dice mal una librería bien nutrida en una casa de buen acomodo. Hay quien va casi todas las noches a la butaca de un teatro, dando a entender que le sobran dos o tres horas y tres o cuatro pesetas a diario, y no le veréis jamás en la mano un libro que por las tres o cuatro pesetas le distraiga seis u ocho horas.

Mi amigo Grandmontagne dice que ese horror a la lectura debe de provenir en España de alguna debilidad retiniana, de alguna especial fatiga de la retina. Es opinión más ingeniosa que otra cosa. La debilidad no está en la retina, sino más dentro, y

además la lectura se hace solo, y nosotros no solemos procurarnos satisfacciones estéticas sino en rebaño. De aquí el mayor éxito de las conferencias públicas y del teatro.

Mas esto del horror a la lectura y de la predominancia del teatro —que tan funesto es para los escritores, dado que el teatro no es más que teatro— me llevaría muy lejos, y más vale cortar aquí y quede tela para otro artículo.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 16, XI, 1905.]

Cuantos esgrimimos uno y otro instrumento de combate, es decir, cuantos hablamos y escribimos para el público, haciendo unas veces de oradores y de escritores otras, sentimos en España con frecuencia el pesar grande de todo lo que significa un país analfabeto.

Y no analfabeto en el sentido riguroso de la palabra, no. El peor analfabetismo no es el de los que no saben leer ni escribir, sino de aquellos que sabiendo ni leen ni escriben. Y yo no sé lo que va a costar en España el educar a la gente a que lea y escriba más y oiga y hable menos.

Mi amigo Grandmontagne sostiene paradójicamente que los españoles debemos tener una especial debilidad de la retina que nos incapacita para leer más de una hora seguido. Pero el hecho cierto y averiguado es lo que aquí cuesta acabar con el horror al libro.

Antes de ahora he escrito —y no sé si en estas mismas páginas (1)— que conozco sujeto que se gasta diez o doce pesetas semanales en el teatro, pero si por un acaso se ve obligado a no salir de casa durante una semana, no se le ocurre gastarse tres o cuatro pesetas en un libro. Si lo lee, será de gorra. Cosa muy natural, por lo demás, en un país de gorrones o gorristas, como es el nuestro. „

Acababan de invitarme —escribo esto a 6 de mar-

[1] Las del semanario *Nuevo Mundo,* de Madrid. (N. del E.)

zo— a que fuera a Madrid a dar una conferencia; fuí y la di en el teatro de la Zarzuela y tuvo su resonancia —mucho mayor que mis escritos y libros todos, con ser éstos superiores a la tal conferencia— y no faltaron quienes me reprocharon porque en la tal conferencia no repetí lo que había escrito en unos artículos publicados en *Nuestro Tiempo* (1). Lo cual es verdaderamente estupendo.

Y hay algo más terrible; y es que hay gentes que leen discursos, una de las lecturas más estériles. Comprendo que le guste a uno ir a oír discursos, tomándolo como espectáculo, como hay quien va al teatro y jamás lee un drama o una comedia; pero que se lea un discurso que no fué leído, es decir, un discurso que se dijo no más sino para que se oyera, he aquí una cosa que no he podido todavía explicarme del todo. Y menos me lo explico considerando que nuestros oradores, empezando por los que gozan de más prestigio, son, en general, ilegibles y no hay persona de sentido que pueda leer lo que dijeron. Comprendo que se lea un discurso de un poeta, de un hombre imaginativo, de un paradojista, de un conferenciante, de un *causeur,* pero no el discurso de un orador fisiológico, es decir, de un hombre que se impone al auditorio por el gesto, la entonación, el brío, y además por las circunstancias de lugar y tiempo. Los puros oradores, por grandes que sean, son ilegibles y su labor es, como la del cómico, del momento.

Las gentes van a oír un discurso o una conferencia como se va a un espectáculo, y es el espectáculo y poco más que el espectáculo lo que atrae y subyuga. Y luego la prensa concede al discurso de mitin o de parlamento la misma disparatada importancia que concede a los espectáculos.

---

[1] El texto íntegro de esta conferencia lo puede ver el lector en el tomo VII de estas *O. C.* (N. del E.)

Si las gentes leen aquí tan poco y van a oír tanto, es, en gran parte, porque nuestra prensa reseña con excesiva prolijidad cuanto se dice y trata con no menos excesiva parquedad cuanto se escribe. ¿A qué se debe esto? Creo que en no pequeña parte se debe a la deficiencia de los que ejercen de críticos, a su falta de confianza en sí mismos y en su propio juicio, a su falta de juicio propio acaso.

Nuestros supuestos críticos, en efecto, tienen miedo de ponerse delante del público y se limitan a ir detrás de él. No son críticos, sino informadores. ¿Se estrena un drama? ¿Se pronuncia un discurso? No tienen sino asistir, formar parte del público, mezclarse con él, ver cómo recibe el drama o el discurso y ajustar luego su juicio a esta impresión de la masa. Pero ¿se publica un libro o un artículo? El crítico no está seguro de cómo habrá sido recibido, no tiene reunido y junto al público que lo leyó. Y es que en el drama o en el discurso el público precede a la obra y la espera, y en el libro o el artículo lo sigue y se forma después. Voy a pronunciar mi discurso ante un público que está reunido para oírme, y lanzo un artículo para un número de personas desperdigadas. Esto es perogrullesco.

Y entristece el ánimo de todo el que habla y escribe el ver que, mientras se mete ruido y se vocea acaso en torno de lo que dijo, se hace el silencio en torno de lo que escribió, cuando puso en esto la flor de largas meditaciones y en aquello tal vez no más que las escurrajas de lo que había escrito.

A pesar de lo cual, cuando se me vuelva a presentar coyuntura de producirme en público por la palabra, volveré a hablar, aun estando seguro de que eso apenas aumenta el número de los lectores de aquellas obras en que he puesto lo más grande de mi espíritu y lo sacado de más dentro de mi corazón.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 15, III, 1906.]

EL ENTIERRO DEL CLASICISMO

A cuenta del adelanto, por los tiempos, del espíritu humano, te vuelves al sentimiento de la belleza, y me preguntas: ¿Se ha hecho después de la *Ilíada* algo que en hermosura la sobrepase? Y a esto te respondo que se ha hecho, a través de los siglos posteriores al mítico Homero, y seguimos haciendo la *Ilíada* misma. La *Ilíada*, como todas las demás grandes obras de arte duraderas, como todas las perennes flores clásicas, es obra de siglos y generaciones. Y no sólo de los que precedieron a su parto, sino también de los que lo siguieron, siguen y seguirán.

De noción común es ya como todo poema miliar de los que salvan las avenidas del olvido, tiene hondas y desparramadas raíces en el pasado, es el colmo de una espesa floración soterraña. A la *Ilíada* precedieron primaveras de cantos rapsódicos, cantos que cayeron, se ajaron, los arremolinó el viento, se pudrieron y fueron, así, deshechos, mantillo que abrigó la savia de nuevos cantos que verdecieron en una primavera para seguir la misma rueda de fortuna, hasta que floreció el árbol perenne. Y es sabido cuántas visiones de viajes a los infiernos prepararon la *Divina Comedia*. Tienen estos poemas una larga vida embrionaria, tanto más larga acaso cuanto más acabada es luego la criatura.

Y no concluye su vida al nacer, ni nacen como Minerva de la mollera de Jove. Nacidos ya, siguen viviendo, Siguen viviendo en cuantos los reciben,

cantan y comentan, en cuantos incorporan a su vida las hermosuras que rebosan. Un poema clásico vale sobre todo por los pensamientos que en él han ido poniendo sus gozadores. Las junturas de sus versos y estrofas están llenas de flores secas, de recuerdos que allí fueron dejando generaciones de lectores, y de esas flores se desprende un suave aroma que perfuma y embalsama el poema todo.

La intensa significación de las grandes obras miliares de la poética humana es, en su mayor parte, obra de los comentadores. Tal verso preñado de hermosura y de sugestión lo está por haberlo nosotros oído en tal augusto momento de vida, o envuelto con tales otros pensamientos y en una aplicación determinada. Todo el que da un nuevo sentido a un verso de la *Ilíada* o de la *Divina Comedia,* enriquece y hermosea estos riquísimos y hermosísimos poemas. Los enriquecen y hermosean por igual los que de un mismo pasaje dan interpretaciones contrapuestas e incompatibles entre sí. Son esos poemas a la manera de melodías a que cada cual pone sendas letras, y al oír un soplo de su canto, oímos vagamente, allá en las lontananzas del recuerdo, todas las letras con que lo hemos oído cantar.

La Biblia es el más característico ejemplo de lo que te vengo diciendo. Si el autor de los *Salmos* o el del *Libro de Job,* quienes quiera que ellos fuesen, pudieran resucitar y enterarse de los comentarios todos que se han arremolinado en cerca de sus divinos desahogos, volverían a morirse, tenlo por seguro, diciéndose: "¿Pero todo eso dije yo, Dios mío?" Y todo eso han hecho decir. Y el hacer algo vale tanto como decirlo.

La docta exégesis histórica está empeñada en la meritísima labor de poner en claro qué es lo que en los Evangelios dijeron y quisieron decir los evangelistas, tamizar la historia apurándola de la leyenda

y darnos el Cristo histórico. Y en tanto, sigue, de un modo o de otro, la exégesis simbólica y la mística, merced a la cual vive el Cristo en los siglos y toma los colores todos con que tiñen su divino manto todos los encendidos ocasos de todos los soles que mueren en los tiempos.

Verdaderamente digno y justo es que las doctas exégesis todas, críticas e históricas, se ensayen en las obras maestras del linaje humano y nos las quieran apurar aventándolas al aire del raciocinio; pero es condición de la esencia de ellas que hayan de vivir de las imaginaciones que en ellas anidan y crían.

La *Ilíada* no es el desnudo texto crítico que estudia el helenista; la *Ilíada* es un canto que, envuelto en cantos que lo penetran por todas partes, sostenido por las voces de los que en ella refrescaron los cansancios del corazón, atraviesa triunfal las generaciones de los hombres. Cuanto más admirado un libro, es más admirable; cada nueva admiración acrece su admirabilidad.

Déjate, pues, de literaturas, déjate de críticas y entrégate a la poesía, que es creación. Y la creación es creación continua; la conservación es una creación continuada. Si la *Ilíada* vive es porque la estamos haciendo de continuo, y la nuestra es muy otra que la del siglo XVI o la del XVIII.

Sucede con las grandes obras maestras poéticas, con los grandes poemas clásicos, lo que sucede con el paisaje, y es que las pinturas que de él hacen los hombres son las que nos sirven para admirarlo y gustarlo, y aun para verlo. Y cuando el espíritu del hombre, educado merced al arte a ver la hermosura de la naturaleza, vea éstas derechamente, cara a cara, sin medianería alguna, las obras de arte se secarán y pudrirán, como las hojas que sorbieron ya el aire luminoso que hizo al árbol.

Sometemos a la inteligencia histórico-crítica de los

caudales del legado poético de la humanidad es enterrar el talento de hermosura que se nos ha dado y no dejar que rinda relieves; es materializar las obras eternas remachándolas a lugar y a día.

Y ahora, a mi vez, te pregunto yo: "¿Tenemos en España obras clásicas? ¿Hay poetas españoles que hayan vivido atravesando generaciones y tomando jugo de la sangre de éstas? ¿Recreamos, quiero decir creamos de nuevo acaso nuestras viejas mentadas creaciones? ¿Aramos con ellas nuestro suelo espiritual?

No, no aramos con ellas, sino que, a lo sumo, las tenemos erigidas y enhiestas en escondidos altares, a guisa de ídolos, rindiéndolas culto solitario y ritual unos cuantos sacerdotes faltos de religiosidad y de fe.

Sólo muy de tarde en tarde se ensancha el ánimo y se abre el corazón a la esperanza al ver a tal o cual creyente desperdigado que ve en *La vida es sueño* una tesis anarquista o imperialista, que busca en San Juan de la Cruz budismo u otra cualquiera cosa la más imprevista, o se empeña en ver en el Romancero tendencias republicanas federales. Por grotesco y absurdo que esto nos parezca, ésos son los que hacen clasicismo. Esos lo hacen y otros lo entierran.

Lejos de mí el desconocer el valor grandísimo de toda inquisición estrechamente histórica y crítica; mas de ese valor la mejor parte es servirnos de los resultados de tales inquisiciones como punto de partida de nuevas fantasías y nuevos renovamientos arbitrarios. Y para esto sirven los aciertos, y sirven igualmente los errores. Más de una mala traducción de algún antiguo pasaje ha servido de punto de partida de ideas en que jamás soñó el autor del pasaje mal traducido. Teorías completas y por cierto muy sugestivas, hanse cimentado sobre

malas traducciones de pasajes evangélicos y, en general, bíblicos. Así es y así debe ser.

Lo más grande de la obra de arte es que sirve de incentivo para nuevas obras de arte; apenas hay grande obra poética que no tenga copiosa y dilatada descendencia. Valen más los Don Juanes o los Faustos que el *Don Juan* y el *Fausto* primitivos provocaron, que no todos los estudios que en torno a ellos se han hecho, cuando estos estudios no han sido a su vez labor poética. En otro caso no son sino auxiliares de ésta.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 20, VIII, 1906.]

Un malicioso, sin duda, que se regodea aún al recuerdo de los dos meneos que en *La Lectura*, de Madrid, le di al señor Vicuña Subercaseaux, joven chileno, por sendos libros suyos (1), me envía otro nuevo del citado señor, con el perverso propósito, supongo, de que vuelva a carmenarle. Como no sea el mismo autor que, a trueque de andar rodando por revistas, pasa por lo otro. Mas no lo creo.

Parece imposible que así se le lea a un hombre —a un hombre digo, y no a un escritor—, y así se le desconozca. Cualquier lector de corazón limpio —¡hay tan pocos!— que haya leído con serenidad mis dos críticas habrá comprendido, y más que comprendido sentido desde luego, que no me movía la más pequeña animosidad contra el joven chileno, a quien no conozco y de quien, como escritor, se me da un pitoche. El señor Vicuña Subercaseaux no fué para mí más que un caso, un ejemplo, un *n*, sobre quien disertar, con la eficacia de lo concreto, acerca de vicios y defectos comunes en la literatura hispanoamericana.

Pero es cosa terrible que no pueda uno ejemplificar sus censuras sin que la inagotable malicia humana las tome a mala parte. El señor Vicuña Su-

---

[1] Los titulados *Un país nuevo* y *La ciudad de las ciudades*, que Unamuno reseñó en los números de junio de 1904 y febrero de 1906, de dicha revista, reseñas que el lector encontrará en el tomo VIII de estas *O. C.* (N. del E.)

bercaseaux parece es allá en su tierra, Chile, una especie de personaje incipiente, es decir, que va para ministro. Y acaso no falta quien crea que todo lo que sea desacreditarle como escritor es ponerle chinitas en su camino al ministerio.

Y ¿qué se me da a mí de la carrera política de ese joven y de la política de Chile y de las demás repúblicas americanas, y de la misma política de España? Y ¿qué se me da de éste o del otro, del escritor A., del poeta B., del novelista C.? Los hombres en cuanto productores de obras de arte, me tienen sin cuidado. Lo que me importa son los hombres de carne y hueso a quienes puedo ver reír o llorar, con quienes me une afecto o repugnancia —ésta también une—, y de aquellos otros, de los escritores sólo me importan sus obras.

Da asco entrar en un cotarrillo de literatos; no hablan más que de si fulano vale más o menos que mengano. Parece que les preocupa la gloria y sólo les preocupa el dinero. Fuera de la codicia es la envidia, no la ambición ni la soberbia, lo que les mueve. Y esto entre nosotros, entre los que escribimos en lengua castellana, sube de punto.

Son muchos los que a la muerte de *Clarín* me vinieron con el cuento de que le sustituyera echándome al cuello el dogal de crítico de profesión. Lo que buscaban no era que yo marcase rumbos a nuestras letras, no, sino que los elogiase a ellos sus obras. Se me quería de instrumento.

¿Crítico? ¿Crítico yo? Harto escarmentado estoy de haberme metido a escribir notas sobre obras americanas en lengua española. Porque esto me obliga a leer, o por lo menos intentar leer, las que se me envían y, como me precio de cortés, contestar a sus autores diciéndoles invariablemente que si encuentro en sus trabajos algo digno de mención no dejaré de mencionarlo, y, ¡santo Dios!, a lo que me

obligo. Hay quien vuelve a escribirme pasado algún tiempo preguntándome si leí o no su obra y si encontré o no en ella algo digo de mención.

Estoy harto y asqueado de leer libros en castellano y empieza a darme náuseas mi propia lengua y empiezo a desear que no se escriba en ella. A la ramplonería española responde la memez americana y a la memez española la ramplonería americana. ¡Y esto con tan pocas excepciones!

Todos van para ministros o para algo parecido; apenas hay quien mire más allá de su vida. Entre esas gentes que escriben en castellano aquende y allende el Atlántico los hay que viven alegres y alegres no pueden vivir más que los santos o los imbéciles. Y como no son santos... Los hay que hablan de la dicha de vivir como si la dicha no fuese la sombra de la angustia.

Hay dos frases terribles y son la de que uno no va a ninguna parte y la de que no llegará. Y yo os digo que todo el que va a parte alguna y todo el que llega es vil e innoble. Dios me dé no ir a parte alguna y no llegar, y Dios me dé, sobre todo, esperanzas perpetuas, quiero decir esperanzas que nunca dejen de serlo, que ni se me ajen ni se me realicen. Porque la realidad es lo más sombrío y lo más congojoso que conozco.

¡Mirar más allá de la vida! ¿Y para qué?, me preguntan. Y he aquí una pregunta, ésta de *para qué,* a la que no sé nunca cómo contestar.

La ambición es nuestra fuerza y nuestra flaqueza, pero la verdadera ambición, la que tiene puestas nuestras esperanzas en cuando no seamos, en lo que haga nuestra obra cuando nosotros no podamos saberlo.

Leyendo a Isabel Barret Browning me sentí una vez tentado a besar su retrato que figura al frente de la edición que poseo de sus poemas. Y me decía:

"¿Sentirá su espíritu ahora este impulso de mi espíritu? ¿Se agitará el polvo que fué ella al sentirlo?" Y me llené de una gran tristeza al considerar que somos acaso un relámpago entre dos eternidades de tinieblas y sentí el más soberano desdén hacia todos esos copleros que buscaban bombo.

Una vez me enseñaba Carlos Octavio Bunge unos versos de sus mocedades y al preguntarle yo por qué no los publicaba me contestó que allá, en su tierra —la Argentina—, el haber publicado un tomo de versos quitaba respetabilidad y dificultaba el camino al ministerio, a la presidencia de la república acaso. Y al hacerle observar que en nada le perjudicaron a Lamartine sus poesías publicadas para llegar a los puestos políticos a que llegó, ni a Mitre mismo —aunque no era un Lamartine—, me hubo de contestar: "¡Ah! ¡Es que Lamartine era de veras un poeta!" Y por aquí se ve cómo y en qué medida estorban los versos para hacer carrera política.

¿Pero es que aquellos que no los publican —se dirá— son más discretos y sesudos que los otros?

Cuando oigo decir que no pocos banqueros son poetas fracasados, pienso que si se encuentran con un poeta que no fracasó se vengan dándole una limosna. Pero aquí no hay lugar, porque son más bien los poetas banqueros fracasados.

Es desesperante tener que leer poesía contemporánea en lengua castellana —española o americana—; hiede a ramplonería de una sentimentalidad mema o amemada. Y aun tienen la necia ocurrencia de venirse con motes de escuelas. La tontería casticista se entretiene criticando a la tontería modernista y ésta a aquélla. El desdichado que imita a Núñez de Arce, a Campoamor, a Zorrilla o a Quintana se cree autorizado a burlarse del desdichado que imita a Baudelaire, Verlaine, Leconte de Lisle,

Samain o quien sea. Y éste se burla de aquél. Y todo es uno y lo mismo.

Y toda esta gente necesita, pero con gran urgencia, un crítico. Y a falta de él se critican y se bombean o denigran los unos a los otros. Y se acogen a Nietzsche. Y todo es mentira. Y lo que necesitan es, la mayoría de ellos, comer. Y después de comer, dormir. Y menos mal si no despertaran.

Por lo menos se inquietan poco de si un día se dormirán para no volver a despertar. Y como esta inquietud no les labra las entrañas del alma, sus versos son tan fugitivos como ellos que los escribieron.

Me parece que la luna, la casta luna, está enferma. Obsérvase en ella indicios de bascas y náuseas; hay quien cree que va a vomitar. Padece de asiento. Tantos y tantos siglos tragando en silencio tantas necedades como se le han dirigido, mientras hacía de alcahueta, ha llegado el colmo y ya no puede más y va a devolvernos todo eso. ¡Qué aluvión, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer cuando la Luna nos devuelva todas las gansadas que le han escupido los copleros todos? Lo mejor sería hacérselas tragar a los que hoy andan por ahí, de nocherniegos y que revienten.

Ya sé que no faltará por ahí exquisito hispanoamericano, de esos que andan con el ritmo y la armonía a vueltas, que me saldrá con que esto está escrito en una prosa bronca, híspida y poco literaria. Sé bien lo que es literatura para esos majaderos, porque en ratos de mal humor he leído no pocos de sus escritos mucilaginosos, sin esqueleto por dentro, como las babosas o limacos. Todo eso es... ¿cómo diré?, estética.

Y para mí la estética es algo inferior, algo que se opone a la poesía. La estética es cosa de la sensibilidad; la poesía, cosa de la pasión. Esto podrá no

ser científico, pero yo me entiendo y bailo solo. Y el que no lo sienta como lo siento yo, que lo deje.

El que sea capaz de sentir a través de estas líneas escritas a la carrera, al correr de la pluma, al desgaire y como si las hablara, el que sea capaz de sentir a través de ellas las palpitaciones del alma asqueada y henchida de desdén que me las dicta, ése comprenderá por qué me pesa el haberme alguna vez metido a crítico.

Ya sé que hablarán una vez más de mi egoísmo y de mi orgullo, que desprecio a todos y que a nadie ayudo. ¿Qué quieren? ¿Que les de una credencial de barrendero o de ama de cría? Este o aquél me debe las más de sus ideas —es alusión personal—, pues fué de mí de quien primero las recibió; escribe un libro; lo llena no digo ya de pensamientos pero sí de entonaciones mías de pensar, cita a troche y moche franceses, italianos, ingleses, alemanes, rusos y de mí se calla. Lo siento por él. Y luego me llama egoísta y soberbio porque nada digo de su libro, y sobre todo porque le enseñé mucho de lo que sabe.

En la cima de Arnótegui, una montaña que está sobre Bilbao, me decía una tarde de verano Maeztu: "Aquí en España con nadie se ha cometido tanto robo con asesinato como con usted." Y le contesté: "¿Qué importa?, me quedo con la cantera; los sillares son de todo el mundo."

Ya sé que es feo, muy feo, hablar de sí mismo, pero ¿qué voy a hacer si este hórrido ambiente de ramplonería espiritual me tiene recluído en la soledad de mí mismo?

Suelo irritarme contra los hispanistas o hispanófilos extranjeros que por lo regular no pasan de nuestros siglos XVI y XVII —conozco uno especialista de 1575 a 1650— y parecen despreciar la literatura española contemporánea. (Emilio Bobadilla me aseguraba que en Francia, por lo menos, casi todos los

eruditos de literatura española son neos.) Pero acaso tenga razón. Por aquí y en América lo mismo, nuestra suprema ambición se cifra en dar gusto a esos señores que jamás podrán sentir ni el alma española ni la hispanoamericana. Buscan lo exótico, sí, pero dentro de reglas.

No es lo malo que seamos africanos, lo malo es que lo seamos sin saberlo o sin quererlo. Si nos conociéramos y nos quisiéramos africanos, entraríamos desde luego y de lleno en el concierto universal. La relación de oposición es una de las más estrechas que pueden anudarse entre dos términos y oponerse a los principios fundamentales de la cultura europea moderna, es entrar en ella, y como beligerante, no en calidad de mozo de mulas.

Y basta. Todo esto que está pateado más que escrito habrá de disonar a los oídos exquisitos de todos esos majaderos de la estética y habrá de parecerles, acaso iliterario. Es su mayor mérito.

Y se continuará.

[*Nuevo Mercurio*, París, febrero, 1907, año I, n.º 2, p. 139-144.]

EL MODERNISMO (1)

Amigo Carrillo: En no pocos pueblos del interior de España, como usted acaso sepa, se llama gabacho a todo el que habla un idioma que ellos no entiendan, sin distinguir entre una y otras lenguas. Lo mismo les suena el francés o el italiano que el alemán o el ruso. Y en el interior de la República Argentina se llamaba, y acaso se siga llamando, gringo a lo que por acá gabacho.

Una cosa parecida ocurrió también entre nosotros allá a mediados del siglo último y fué que a todo pensador o filosofante a quien no se le entendía bien se le llamaba krausista. Krausista llegó a ser para el vulgo instruído algo parecido a lo que era gabacho para el vulgo de ios campos.

Pues bien, una cosa parecida ha sucedido en el orden de la literatura con eso del modernismo y de los modernistas. El nombre de modernista ha sido un mote en que se ha catalogado a una porción de escritores a los que sería difícil encontrar una nota común que los caracterizara.

Yo, por lo menos, esta es la hora en que no sé qué sea el modernismo, ni qué quiere decir lo de modernista.

En algunos —no pocos— de los motejados de mo-

---

1 Este escrito es la contestación de su autor a una encuesta sobre el modernismo, promovida por la revista *El Nuevo Mercurio*, de París, fundada por Gómez Carrillo en 1907. (N. del E.)

dernistas veo más que extravagancia o afán —afán muy disculpable en todo caso— de singularizarse y diferenciarse, un instinto rebañego que les lleva a imitar a los que se han singularizado y diferenciado, torpeza tan grande como la de creer que se es clásico imitando a los clásicos y bebiendo de ellos en vez de ir a abrevarse en la fuente de que ellos bebieron.

Pero si esto es verdad, aún es más verdad que entre los que se han burlado de los llamados modernistas y de sus novedades más o menos nuevas —y ni ellos las han pretendido tales— abundan los majaderos ahitos de agarbanzado sentido común, presos a las roderas del hábito y la rutina e incapaces de hacerse a toda nueva sensación o nueva manera de recibirla.

No sé qué pensar de la literatura joven, pues no sé cuál es ésta; no he podido enterarme de que haya orientación alguna nueva en las letras españolas y no conozco bien el gusto y el porvenir inmediato de ellas. No sé cuál es la estética modernista de que usted habla.

Sólo sé que los escritores que eran hace diez o doce años jóvenes, los de la generación que empieza a entrar en la madurez, a los que parece se refiere lo de modernistas, me producen, en conjunto, una impresión de blandenguería, de molicie, de indecisión, de vaguedad y de desorientación. Rara, rarísima vez los encuentro apasionados.

Me parecen, en general, falsos. No creo en su alegría, no creo en su tristeza, no creo en su escepticismo, no creo en su fe, no creo en sus pecados ni en sus arrepentimientos, no creo en su sensualidad. Todo ello ha sido hasta asentarse. Al frisar en los treinta y cinco han ido dejando sus posturas respectivas para mostrarse como buenas personas calculadoras y razonables. Muy pocos, y éstos los que

de veras sentían lo que expresaban, han seguido fieles a su mocedad.

Y todo por el terrible deseo de agradar, de dar gusto al público. Hasta los mordiscos no eran más que caricias. El público gusta, como las chulas —según dicen—, de que le pegue su chulo, pero sin hacerle mucho daño y por vía de caricia.

Yo creo que no habrá redención para nuestras letras mientras el literato no sienta todo lo que de sacerdocio debe haber en su función social y no se proponga sobre todo y ante todo agradar al público, con besos o con mordiscos. El ser desagradable puede llegar a ser en casos una fórmula estética y hoy, en España, dada la horrenda ramplonería del gusto reinante, lo es.

Como habrá usted visto, aprovecho la ocasión que me brinda para decir algo sobre modernismo para hablar de otras cosas. Lo hago por principio.

[*Nuevo Mercurio*, París, mayo, 1907, año I, n.º 5, p. 504-506.]

LA FELIZ IGNORANCIA

Parecía que la doctrina de la feliz ignorancia era cosa reservada a ciertos teólogos, pero no es así, pues también entre los artistas y escritores hay no pocos que la profesan.

Recordando sin duda que según el relato bíblico nuestros primeros padres cayeron en el pecado original, quedando sujetos al trabajo y a la muerte por haber probado del árbol de la ciencia que el Señor les vedó, han sido no pocos los que han cantado las excelencias de la inocencia en el sentido de la ignorancia. Quien añade ciencia añade malicia, dijo el sabio por antonomasia, y este estribillo ha venido resonando a través de los siglos. El catecismo de la doctrina católica más usual en España, el del Padre Astete, a cierta pregunta responde así: "eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante —y quiero seguir siéndolo, debió añadir—; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder". He aquí la fórmula más popular y más precisa de esa horrible fe implícita, o fe por delegación, que nos tiene acorchada el alma.

¿Quién no ha oído alguna vez en su vida hacer el panegírico de la ignorancia y del burro santo? Y, sin embargo, he de repetir aquí lo que en otra parte tengo dicho y es que el burro no es santo ni el ignorante, en cuanto ignorante, puede ser bueno, y que yo prefiero ser ángel desgraciado a no cerdo satisfecho.

Pero esa doctrina de la feliz ignorancia parecía reservada a los teólogos malos que tienen miedo a la ciencia, cuando he aquí que la encontramos proclamada por artistas y literatos. Es legión el número de los literatos jóvenes que entre nosotros se jactan de no leer ni estudiar cosa seria, aduciendo que el estudio y la ciencia matan la inspiración.

¡La inspiración!, ¡la frescura!, ¡la espontaneidad! ¿Qué entenderán por estas palabrejas tan asendereadas esos jóvenes de profesión e ignorantes de afición?

Cuando se les habla de libros y de estudio os salen con el estribillo de la vida, y hoy es el día en que tampoco sé qué quieren decir con eso. ¡La vida! ¿Es que no vive el que estudia? Y luego hay que ver la vida que ellos hacen, la más monótona, la más uniforme, la más pobre, la más aburrida.

Esa ignorancia cultivada no les impide, por otra parte, hacer poesías paganas sin haber estudiado el paganismo, largarnos alejandrinos versallescos en que se nos habla de la Pompadour sin haber penetrado en el espiritu de aquella época, y cosas por el estilo. Y no tienen siquiera la frescura de don Manuel Fernández y González que escribía novelas históricas y cuando una vez le echaron en cara que no estudiaba historia, replicó: "¡yo la historia no necesito estudiarla, porque la presiento!" Una cosa por el estilo se cuenta de Víctor Hugo.

El estudio mata la espontaneidad de la inspiración, dicen. ¿En qué se le mató a Leopardi, que era doctísimo, o a Carducci, un profundo y erudito conocedor de literaturas clásicas antiguas y modernas?

Otro joven de estos que lo son de profesión —hay, en efecto, los profesionales de la juventud— me decía no querer leer para conservar su originalidad, y hube de replicarle: así lo que conseguirá usted es descubrir mediterráneos; salir con cosas que cree us-

ter suyas y son antiquísimas. Cuanto más uno lee y estudia, cuanto más sabe lo de los demás, más original es.

Porque la originalidad no consiste precisamente en decir algo que antes no haya dicho otro —cosa bastante fácil—, sino en combinar y relacionar de una manera personal y propia los pensamientos del común acervo. Padre no ha de estimarse al que engendra un hijo, sino el que lo cría, educa y forma; hasta colocarle en el lugar en que mejor viva y sea más útil a la sociedad. Y así un pensamiento es más de quien supo colocarlo en su sitio, en el lugar lógico que entre los demás pensamientos le corresponde y desde el que proyecte más luz sobre éstos y brille él más que no quien primero lo formuló aislado. Escritores muy medianos han dejado sentencias nuevas y otros muy originales están llenos de ideas ajenas. Nadie dudará de la grandeza y originalidad de Shakespeare, y sin embargo apenas hay frase célebre suya de la que no se pueda encontrarla en otra parte, así como los argumentos de sus dramas los tomaba de otros escritores.

Suele haber también en algunos de estos "originales" a tenazón cierta hipocresía que les lleva a ocultar lo que leen y esconderse para hacerlo. Tal celebérrimo poeta español hubo que negaba saber francés y, sin embargo, lo sabía y además algo de inglés.

Y cuando leen, ¡qué cosas leen, por lo general, nuestros literatos! Literatura y nada más. Y así hacen teatro de teatro, novela de novela, lírica de lírica.

Me preguntaba una vez el malogrado poeta Gabriel y Galán qué le aconsejaba que leyese y le contesté: "¿va usted a dedicarse a la poesía?, pues lea usted de todo, hasta de poesía, pero de ésta menos mucho menos que de lo demás. Lea de ciencias, de historia, de religión, de filosofía, sobre todo

de filosofía, y a los grandes poetas, a aquellos cuyas obras han salvado los siglos".

Pero aquí sucede que el leer al último coplero de moda en París, en Madrid, en Barcelona o Buenos Aires, impide a muchos leer a Homero, al Dante, a Shakespeare, a Virgilio, a Goethe, a Wordsworth, a Corneille o a Lamartine. Hay una especie de desvío hacia lo grande y permanente, hacia lo consagrado. Y sobre todo hacia aquello cuyo conocimiento exige esfuerzo.

Así se explica la aversión que entre nosotros se nota al estudio de la filosofía, y esa aversión se refleja en la singular vaciedad e insustancialidad de lo más de nuestra producción literaria. ¿Quién lee con atención a Platón, a Séneca, a los Padres de la Iglesia, a Bacon, a Spinoza, a Descartes, a Locke, a Hume, a Kant, a Hegel, a Stuart Mill y a tantos otros cuyas obras pertenecen ya al legado perpetuo del linaje humano? Beethoven hacía de la lectura de Platón su lectura favorita y a alguien que preguntaba para qué le servía eso al componer música se le dijo muy bien que la música se compone con el espíritu y Platón ensancha éste.

Una cosa es la formación puramente libresca del espíritu y otra muy distinta este horror a los libros, sobre todo a los libros sustanciosos. Una cosa es tomar al libro como fin o poco menos, como les sucede a esos que se llaman bibliófilos, coleccionadores de códices y ediciones raras, y otra cosa muy distinta ver en el libro el principal medio de cultura. Enseña a ver la naturaleza.

Decía Ganivet que él nunca tomaba notas de los libros que leía —y leyó muchos y los leyó bien—, sino que dejaba que las ideas que ellos le daban o le sugerían se fueran asentando por sí mismas y organizándose en su espíritu. Y es que no leía "para" citar, aunque alguna vez citase "porque" había leí-

do. Y de Darwin se cuenta que según iba leyendo un libro iba arrancándole las hojas si éstas no contenían nada que él creyese digno de volver a ser leído, y así en su biblioteca, compuesta de no muchos volúmenes, eran los menos los que estaban enteros y completos.

No, lo que se observa entre una parte de nuestros jóvenes literatos no es horror a la erudición y a la bibliofilia, sino horror a la ciencia y al estudio. Es más, se da el tipo del pedante aborrecedor del estudio, del que lee lo menos que puede pero cita todo lo que lee, y hasta he conocido un lector de catálogos. Los que apenas leen sino reseñas bibliográficas y críticas que les permiten hablar de libros y autores sin haberlos leído, son legión: constituyen una plaga.

Decía hace unos años un periodista alemán que escribió sobre España que no era lo peor de ésta el gran número de analfabetos —número que se ha exagerado mucho y que disminuye rápidamente—, sino el que, entre los que saben leer, los más o leen muy poco o leen muy mal. La afición a la lectura va desarrollándose y aumentando en España, pero hay que decir en honor a la verdad, que esa afición es mayor entre las clases populares. Aunque algún mentecato me lo tome a paradoja, he de decir que relativamente la gente que menos lee, o no lee más que futilidades, es la gente de letras. El literato con harta frecuencia odia la lectura. Y desde luego lo que lee lo lee de gorra.

¿Y qué lee? A lo sumo las producciones de sus compañeros y colegas, cuando éstos se las regalan. Si esto sigue así llegará día en que si los literatos somos doscientos, haremos tiradas de doscientos ejemplares de cada una de nuestras obras, y nos los cambiaremos con sendas dedicatorias, para cambiar luego

los bombos disparatados y los palos no menos disparatados.

Y esto tiene una fácil pero triste explicación. Desde que la literatura se convierte en medio de vida, por precaria que ésta sea, en industria sujeta a comercio, lo que al literato le interesa es averiguar los gustos del público. La bondad intrínseca y duradera de su artículo de comercio le tiene sin cuidado; lo importante es que se adapte al mercado y satisfaga a la demanda. Por eso estudia el mercado y el mejor modo de hacerlo es estudiar los productos que hallan aceptación más grande en él. ¿Que tal o cual novela llegó a ser un éxixto de librería? Pues leamos esa novela para ver en qué pueden consistir tales éxitos.

Claro está que los llamados éxitos de librería no son siempre, ni mucho menos, éxitos permanentes literarios y que no pasa por el mejor escritor el que más vende por el sólo hecho de vender más que los otros, pero a las gentes de letras la gloria les preocupa mucho menos de lo que tratan de hacer creer a los demás. Una de sus conversaciones favoritas es la de lo que ganan éste o aquél.

Todo esto, unido a una especial dispepsia intelectual —permítaseme la metáfora—, hace que se tenga en aborrecimiento o poco menos a la lectura y estudio de aquellas obras miliares literarias, científicas, filosóficas o religiosas, que son como hitos en la marcha ascendente del espíritu humano. ¿Para qué molestarse en digerir la *Etica* de Spinoza, o la *Lógica* de Hegel, pongo por caso de obras repulsivas a esos espíritus de que vengo hablando?

Hay, además, para enfrascarse en esas lecturas, que prepararse y aprender cierto tecnicismo, y aquí la mayoría de las gentes aborrecen toda lectura que exige preparación. Sobre todo la de la filosofía.

Este horror a la filosofía y esta debilidad intelectual que impide a tantos de los nuestros penetrar

en ella es lo que ha hecho la boga de ciertos filósofos amenos y de vulgarización. Spencer, hombre de vastos conocimientos —más vastos que profundos—, no pasaba de ser un *dilettante* o aficionado a la filosofía, con cierta radical incomprensión de lo más profundo de ella, y a ésta su deficiencia debió gran parte de su boga. Sus superficialísimas críticas al Kantismo y todo aquel mezquino razonar de la primera parte de sus *Primeros Principios*, toda esa filosofía de ingenioso desocupado, como de ella dice Papini en *Il crepúsculo dei filosofi*, estaba a la altura de la comprensión del común de las gentes.

Hombre de más intensidad de pensamiento, de más penetración crítica, y sobre todo de mucha mayor comprensión metafísica era Schopenhauer, pero la boga de éste se debió, más que a su pensamiento fundamental, a las *boutades*, paradojas e ingeniosidades con que sabía exponerlo y a su talento literario.

Y si pasamos a Nietzsche —este gran poeta—, es indudable que lo más de su fama se la debe a la decadencia de los estudios filosóficos, a la extensión del *dilettantismo* y a que, entre otras malas pasiones que halaga en sus admiradores y adeptos, se adapta a la ignorancia filosófica de la mayor parte de éstos. Lo que más prestigio ha dado entre nosotros a Nietzsche son sus ataques a Cristo y al cristianismo y se lo han dado a favor de la profunda ignorancia que respecto al cristianismo y a Cristo domina entre nosotros. Tal badulaque que en su vida ha leído el Evangelio por entero, y mucho menos lo ha meditado, y que tiene horror a estudiar las obras maestras del espíritu cristiano, se entusiasma ante aquello de llamar al Cristo ladrón de energías y decir de su religión que es una religión de esclavos. Y con esto cree el pobrecito que ya está desesclavizado.

Me he fijado en tres hombres de verdadero mérito,

cada uno en su esfera, en tres conductores de almas como son Spencer, Schopenhauer y Nietzsche; pero si descendiendo de ellos nos fijamos en la boga de tal o cual publicista que pasa por algo filósofo, ¡qué de cosas no veríamos! Se traduce a Sergi o a Le Dantec, pero no a Avenarius o a Renouvier, y es ello natural.

Y luego todo esto se refleja en la pura literatura, en la que llaman vaga y amena, que a pura vaguedad y amenidad acaba por perderlas quedándose en ñoñería y ramplonería.

Bien sé yo que una obra de arte no es ni tiene que ser una obra filosófica, pero cuando no tiene su filosofía dentro, sépanlo o no el autor mismo, será obra de arte endeble y floja. La *Ilíada* sirvió de repertorio de ejemplos a los filósofos paganos y el *Cantar de los cantares,* un canto erótico, de base de especulaciones místicas para los filósofos cristianos.

Salamanca, octubre de 1907.

[*La Nación*, Buenos Aires, 2. XII. 1907.]

EL TRASHUMANISMO

Yo —y ésta es la manera más filosófica de empezar un artículo y un manifiesto—, Miguel de Unamuno y Jugo, natural de Bilbao, casado, de cuarenta y cuatro años y medio de edad, vecino de Salamanca y en su Universidad catedrático, comparezco ante el público en el día de hoy —aquí la fecha en que este artículo salga a la luz— y declaro *urbi et orbe* haber creado una nueva escuela, sistema o como quiera llamársele, con el nombre de *trashumanismo*.

—¿Y qué es esto? —preguntará el lector. Y yo respondo:

—¡A eso vamos, paciencia!

Hay en Milán una especie de poeta libre italofrancés o franco-italiano —es decir, ni italiano ni francés— llamado F. T. Marinetti, el cual publica una revista internacional, magníficamente editada, bajo el sacro nombre de *Poesía* y en la que se publican poemas en varias lenguas y de varios autores. Hasta una traducción italiana de unos versos míos se ha publicado en ella, y en verdad os digo que la traducción ésa me gusta más que el original (1).

Pues bien, este señor Marinetti, a quien el público le silbó "clamorosamente" —según él mismo declara— su drama en tres actos *La donna é mobile*, en

[1] La titulada "Nubes de ocaso", incorporada muchos años después al libro *Rimas de dentro*. La versión italiana es de Gilberto Beccari, y se publicó en la revista de Marinetti, en 1909. (N. del E.)

el teatro Alfieri, de Turín, y que invita a sus silbadores a que acudan al teatro de la Obra, de París, donde se representará su *Roi Bombance*, este extraordinario Marinetti, en el número de *Poesía* correspondiente a febrero y marzo, funda el futurismo y lanza a todos los vientos su programa en francés y en italiano, pues él, su autor, es bilingüe.

De este trascendentalísimo suceso, que ha de clavar hito en la historia del pensamiento humano, han dado cuenta al público español Gómez Carrillo y Angel Guerra.

Hago gracia al lector del programa del futurismo y eso que es muy divertido. Bastará con que os cite sus últimas palabras, en las que se encierra su sustancia toda: "erguidos sobre la cima del mundo, lanzamos una vez más nuestro desafío a las estrellas". Tal es el futurismo del señor Marinetti, un desafío a las estrellas. Las cuales, hasta hoy, no se sabe que hayan respondido.

Las estrellas no han respondido, pero sí bajo el pseudónimo de "Fosfor", don Gabriel Alomar, en un breve escrito; "Sportula", publicado en el número del día 9 del corriente marzo en *El Poble Catalá*. Y a falta de oír a las estrellas, lo cual sería inestimable, oigamos a Alomar.

El cual cree no deber dejar pasar sin comentario la noticia que Gómez Carrillo y Angel Guerra dieron a los pobrecitos lectores españoles.

"El nombre de la escuela ya indica su tendencia", dice Alomar sentenciosamente. Si hubiera leído el manifiesto de Marinetti es fácil que no lo dijese tan en redondo.

"Decididamente, no hay como París para lanzar sobre el mundo la chispa de los nuevos incendios" —añade Alomar con una ironía genuinamente helénica o siquiera insular.

"Desde ahora, naturalmente —prosigue—, nacerán

en las demás naciones (provincias francesas al fin) principalmente en España, cursilísimas imitaciones de la flamante escuela."

Lo de "provincias francesas al fin" acaso expresa un pío deseo del señor Alomar respecto a su "nación". Y digo esto porque vengo observando que casi todos los catalanistas que hablan con desdén de España, lo mismo que los hispanoamericanos —cada vez, por fortuna, menos— que lo hacen, es más que por amor a su propia tierra, a la que muchos de ellos desprecian tanto como al resto de España, por un cierto deslumbramiento que Francia les produce; su antiespañolismo no es sino afrancesamiento agudo, a la vez que crónico, es decir, de una crónica agudeza. Y por lo que hace al tan típico adjetivo de cursi, felicitémonos de que haya entrado en la lengua catalana, por lo menos en la de Alomar. (El escrito de éste, su "Sportula", está en catalán.) Es natural; no podía ser de otro modo.

"¿Y ahora, qué os diré —prosigue—, amigos míos? Cataluña sigue siendo ignorada. Cuando el nombre de futurismo, que fué mi única palabra, creación del que esto escribe, ha entrado ya en el léxico corriente, hay todavía corresponsales españoles que le dan como una novedad, sólo porque un poeta parisiense, "cinco años después" que yo, usa la misma palabra."

Vemos, pues, que el señor Alomar ha creado algo: una palabra, y no es poco. Y por lo que hace a que otro poeta, es decir otro creador, la haya vuelto a crear, ignorando de seguro que estaba ya creada, éste es un caso que se ha repetido en la accidentada historia del lenguaje humano.

"No, señor Angel Guerra —prosigue solemnemente el creador mallorquín—, esta vez no habrá ciertamente por parte nuestra imitación. Ese parisianismo que se nos echa en cara a los catalanes, a semejanza de los sudamericanos, ese "criollismo" como

dice Unamuno —que no recuerda haber dicho tal cosa—, es aquí inverso. Si hay irradiación espiritual los hechos la abonan en favor de Cataluña."

Estos hechos, estos *fets,* son, en este caso, la supuesta exportación de una palabra, y palabra que no ha creado Cataluña, sino Alomar, que ni siquiera es catalán. Porque en este concreto caso no es Cataluña, es Alomar el que sigue siendo ignorado.

"Y si ellos, los castellanos —prosigue—, muestran tanto celo para reivindicar las cosas propias, justo es que nosotros, esta vez, alcemos la voz." Nosotros en este caso es Alomar.

Y concluye egregiamente: "Por mi parte, dejad que apunte en este dietario la nueva efeméride: he aquí el caso extremo del futurismo: adelantarse, cinco años a la fundación del futurismo en París, capital del mundo."

Cotejad ahora este magnífico final de la "Sportula", de Alomar, con el magnífico final del manifiesto de Marinetti: "erguidos sobre la cima del mundo, lanzamos, una vez más, nuestro desafío a las estrellas".

¿En qué se diferencia el futurismo de Marinetti del futurismo de Alomar, el del poeta italo-francés del del poeta catalo-baleárico? No lo sé. Sólo sé que se identifican en el nombre, y si, como sospecho, uno y otro se reducen al nombre —verdadero hallazgo—, *troballa,* según Alomar, se identifican en todo lo demás.

Y ahora volvamos al trashumanismo y a ver qué es eso.

Así como todos hemos oído hablar del futuro, aunque apenas haya quien sepa qué es, o mejor dicho, qué ha de ser el futuro, casi todos los que leemos algo tenemos la cabeza aturdida de eso del *superhomo,* superhombre o sobrehombre de Nietzsche, que

es también una especie de futuro, y no más claro que él.

De esos tres modos, superhomo, superhombre y sobrehombre, romanizándolo cada vez más, se ha traducido la voz alemana *Uebermensch* de que se sirvió Nietzsche, y yo, en mi afán de crear también algo, aunque sólo sea una palabra, he creado, para traducir el término nietzscheniano, la palabra trashombre.

¿Cómo? Por analogía con una voz de ilustre prosapia castellana, con el término "trastrigo".

Todos conocemos la célebre frase cervantina de "buscar pan de trastrigo", dando a entender que se busca pan hecho con una sustancia superior al trigo, más exquisita, más sabrosa o más nutritiva que no la de él, y me he dicho: si Cervantes para expresar algo que supere al trigo, que le parecía ser un término supremo y último del valor nutritivo, si para expresar una especie que sea como perfeccionamiento del trigo, empleó la voz trastrigo, nosotros, para expresar una especie superior al hombre y que de él brote, bien podemos emplear la voz "trashombre".

Y una vez que tuve la inmensa dicha de dar con esta preciosa palabra —palabra que acaso me la roben en París de aquí a cinco años—, de ella saqué la de trashumanismo.

Y si me preguntáis qué contenido conceptual tiene, qué significa esto del trashumanismo, os diré que tiene poco más o menos el mismo que el de futurismo, es decir, que no sé el contenido que tenga. Porque os declaro sincera y francamente que tanto sé yo lo que ha de ser el trashombre como Alomar y Marinetti saben a dónde camina el mundo, es decir, lo que ha de ser el futuro de él.

El culto al pasado es siempre un culto más objetivo que no el culto al porvenir, que ha de ser más sub-

jetivo por fuerza. El pasado tiene una cierta forma definida y valedera para todos, y aun así se le discute mucho, y no en todo concordamos todos respecto a él. ¡Pero en cuanto al futuro...! Ese futuro con facilidad se convierte en el "siglo futuro", es decir, en un siglo eternamente futuro. Y no pocas veces en un ex-futuro.

Y fíjense mis lectores en esta otra preciosa palabra: ex-futuro. Y como no me gusta adornarme con plumas ajenas, os diré que ese preciosísimo y tan sugestivo término se lo oí por primera vez, hace de esto más de veinte años, a un amigo y paisano que estando cierta mañana de junio en el Arenal de Bilbao, oliendo a tilo, me dijo al pasar junto a nosotros una fresca y garrida moza: "ahí va mi exfutura". Y yo le miré sorprendido de su extraña filosofía verbal. ¡Una que dejó de ser lo que habría sido! ¡Ahí es nada!

¿Y no podríamos crear un "exfuturismo"? Y acaso el futurismo de Alomar o el de Marineti —árcades *ambo*—, ¿no será en el fondo un verdadero exfuturismo?

Pero volvamos a mi trashumanismo.

El cual no hay que confundir, ¡ojo!, con el "trashumantismo", que es otra cosa. Ya sabemos que por una iota, por si el Hijo era *homousios* u *homoiousios* al Padre, corrieron ríos de sangre, y, lo que es acaso peor, de tinta. Aunque lo cierto es que esta iota era el ápice de la pingorota de una pirámide de ideas, sentimientos y pasiones. Y así no vengamos a confundir las cosas y a derramar sangre y hasta tinta por una *t*. No; trashumanismo es una cosa y trashumantismo es otra.

Trashumanismo deriva de trashumano y trashumano de trashombre, vocablo formado, como os he dicho, sobre el de trastrigo, y trashumantismo deriva de trashumante, o sea andariego.

Pero ahora, ¿no será acaso el trashumanismo una especie de trashumantismo? ¿No será que el trashombre haya de ser un trashumante; esto es, que el porvenir de la especie humana sea volver a la vida nómada, andariega o trashumante? Aquí de los futuristas y de los exfuturistas.

¡Pero qué sugestivas son, Dios mío, las palabras y cómo se pueden hacer preciosas series de trascendentalísimas reflexiones sociológicas, políticas, éticas y hasta filosóficas y teológicas, nada más que dejándose llevar del hilo de la asociación de las palabras!

¡La palabra! Aquí me dan ganas de entonar una vez más un himno a la palabra, al verbo, por quien se hizo toda cosa, al verbo creador, a que rendimos acatamiento y culto Alomar, Marinetti y yo. De ese culto ha nacido el futurismo de ellos o sus dos futurismos; de ese culto ha nacido mi trashumanismo.

¡Qué fecundidad, cielos santos, la de este sufijo *ismo!* No hay más que sufijárselo a cualquier palabra y ya tenemos un nuevo sistema.

A conjeturar por cierto juicio que sobre Zorrilla ha emitido Alomar, parece que le parece que el verbalismo es la característica de la literatura castellana. ¿De la castellana sólo? Y yo, pobrecito, que estaba tan creído que eso del culto a la palabra por la palabra misma nos había venido acá, a tierras de Castilla, con la brisa de Levante...!

Pero no hablemos de Zorrilla ni de poetas castellanos. Dejémoslos con su preteritismo o expreteritismo y abramos el pecho al futurismo desafiando a las estrellas.

Sobre todo esto de desafiar a las estrellas, en lo que acaso esté conforme Alomar con Marinetti, aunque Marinetti no esté conforme con Alomar en lo de que haya una irradiación espiritual, de palabras, de Cataluña, es decir: de Alomar, a París, esto es: a

Marinetti, en este caso, que ni es de París, ni en París, sino en Milán, actúa y representa.

"Bueno —me dirá el lector—, ¿y en qué quedamos con eso del trashumanismo? ¿A qué se reduce?" Pues bien, lector amigo, yo ya creé la palabra, ¿te parece poco?; lo demás corre de tu cuenta. Te la regalo y puedes hacer de ella lo que gustes, porque a mí después de escrito esto, no me sirve ya para más.

[*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 29, V, 1909.]

PROLOGO EJEMPLAR

El autor de la obra que aquí se sigue, un joven —¡claro está!—, me pide que sea padrino de ella y de él, que le presente al público. Y yo —¡claro está también!— no he podido negarme a ello. ¿Y cómo iba a negarme, si para hacerme más fuerza ha tenido el acierto de tocarme en la fibra sensible, diciéndome que conoce lo mucho que me intereso por la juventud que lucha y aspira a llegar? Esto de la aspiración a llegar me ha conmovido hasta las más íntimas entrañas.

Este joven que lucha y aspira a llegar me toma de padrino, y héteme aquí, lector, trayéndote en brazos al recién nacido vástago del joven aspirante a la llegada. ¿Qué he de decirte de ellos, del joven y de su vástago intelectual?

Tengo, ante todo, lector amigo, que asentar un postulado, postulado que me permitirá el que nos entendamos, ahorrándonos no pocas prolijidades al permitirnos otras tantas reticencias. El postulado es, lector, que tú también escribes. Esto, en España al menos, es axiomático. Aquí no leen los libros más que quienes los escriben. Por lo menos estos libros que constituyen lo que llamamos pomposamente la literatura española contemporánea. Porque hay otros libros, novelas sobre todo, que lee mucha gente que no escribe, como son costureras, románticos dependientes de comercio y mancebos de botica, señoritas

de la clase media, curas, banqueros, estudiantes..., pero estos libros ni entran en la literatura ni hablan de ellos los críticos.

Quedamos, pues, lector amigo, en que tú también o has publicado algún libro o piensas publicarlo. Y esto facilita mi tarea presente.

¿Qué quieres que te diga yo de la obra esta que estoy prologando? Como entre nosotros toda mentira es inútil, excuso confesarte que no la he leído. ¿Y para qué había de leerla? No es preciso leer una obra para ponerla un prólogo. Hay ciertos principios supremos, metafísicos, que sirven para prologar todas y cada una de las obras literarias humanas. Metafísicos o si se quiere *metestéticos,* porque en esto de componer vocablos por analogía y antítesis, mi genio es de una fertilidad inagotable. Mucho más cuanto que tengo observado que mis mayores éxitos se han debido a la invención de una pura palabra o de una pura frase.

No, no he leído la obra. El leerla habría significado para mí un sacrificio mucho mayor que el de escribir el prólogo, aunque éste hubiera de ser tan extenso como la obra misma prologada. De todos los infortunios que pueden sobrevenirme, estimo uno de los mayores el de tener que leer un libro cualquiera que me den sin haberlo yo pedido, cuanto tengo tantos que busco sin encontrar tiempo para leerlos. He aquí por qué me aparté con horror del oficio de crítico. Me figuro que no ha de haber más triste borrachera que la de un catador de vinos.

Y además, debo confesártelo también, lector y escritor amigo, me interesa mucho más lo que han dicho los muertos que lo que los vivos dicen. Cuando tú te hayas muerto —¡Dios te dé largos años de vida!— leeré tus obras. Ganan las obras literarias yo no sé qué solemnidad augusta cuando se sabe que quien las escribió duerme en la tierra el sueño sin

despertar. Esperaremos, pues, a que tú o yo nos muramos.

Me interesa el hombre mucho más que sus escritos; el hombre, sobre todo el hombre. Y cuando puedo conocerle, y verle, y oírle y hablarle, dejo de lado sus escritos y me voy a él. Y como no puedo hacer esto con los muertos, que si viven entre nosotros es por sus obras, he aquí porqué leo de preferencia las obras de los que murieron.

Tengo, además, para esto otro motivo, y es que si en un caluroso elogio admirativo de la obra de uno de esos que fueron deslizo algún reparo o leve censura, no ha de resucitar el muerto a increparme por el tímido reproche sin tomar en cuenta el total elogio. La vanidad no entra en la morada de los muertos.

Por otra parte, al joven autor de esta obra que estoy prologando, autor vivo y muy vivo, le importa poco, me parece, que yo haya leído su obra, con tal de que se la prologue, y tampoco le importa gran cosa el que yo hable o no de su obra en mi prólogo a ella. Lo capital para él es que mi nombre aparezca en la cubierta de su libro.

Un padre avisado busca para padrino de su hijo a una persona de posición y, a poder ser, de fortuna; a uno que pueda más adelante, protegiendo al padre, proteger al hijo. El que ese padrino al tener en brazos ante la pila al recién nacido conteste al cura *credo* cuando maldito si cree en lo que se le pregunta, esto es cosa que al padre le tiene sin cuidado. Después de todo contesta en latín, que es una manera de no contestar de veras.

Si me preguntas, pues, lector amigo, si creo en la excelencia literaria de esta obra que te presento y apadrino, te contestaré en latín: *credo*. Esto es de ritual, como los juramentos ante los tribunales de justicia, y las cosas de ritual no tienen nada que

hacer en la conciencia. Precisamente la liturgia se inventó para eso, para formalizar nuestras relaciones sacramentales sin mengua de la conciencia. Es una especie de etiqueta o protocolo a lo divino.

Las relaciones entre el hombre y los dioses que se forja tienen también sus fórmulas de cortesía. "Hay que ser cortés con Dios", dice el mejor maestro de ceremonias que conozco, un canónigo que tiene la plena conciencia de la importancia de su cargo, creyéndolo, y creo que con razón, el más importante de los cargos todos del cabildo.

Es una cosa comprobada históricamente el hecho de que el dogma ha brotado no pocas veces de la fórmula litúrgica, y también es cosa comprobada que es más fácil que la cortesía lleve al amor que no el amor a la cortesía.

Por algo se ha dicho que las buenas formas son el todo. En guardando la forma, ¿qué importa lo demás? Y el fundamento de esta doctrina, su fundamento metafísico, es que acaso, o sin acaso, no hay más que formas, todo es forma de uno o de otro grado, y el universo un montón de formas, más o menos informes, enchufadas las unas en las otras. Lo que hay que tener, pues, en el mundo es formalidad e ir pasando el rato. Pero hay que pasarlo formalmente, porque si no, ¿qué se diría de nosotros? Y nuestra forma es lo que de nosotros se dice.

Y volviendo a lo de la metestética e inspirándome en Gedeón, pero no en el hijo de Jonás, el juez de Israel y vencedor de los madianitas, sino en el otro, en el nuestro, juez también y vencedor, os diré que si esta obra tiene propia e íntima excelencia vencerá lo mismo sin mi prólogo que a pesar de él, y si, por el contrario, carece de excelencia alguna no le salva, a guisa de bula de Meco, este mi prólogo. Todo lo cual es de clavo pasado. Razón por la que lo es-

tampo aquí y así voy alargando mi prólogo sin hablaros del libro prologado, y esto es lo exquisito.

Este joven —el autor de este libro quiero decir— aspira a llegar. ¿Hay acaso algo de malo en ello? No, sino que es una aspiración muy legítima y hasta muy noble. Si han llegado otros, ¿por qué no ha de llegar él? Todos los mortales dotados de palabra, y hasta los que careciendo de ella braman, rugen, zumban, croan, relinchan, balan, gruñen o rebuznan, todos estamos hechos del mismo barro. Y al mismo barro hemos de volver todos, *quia pulvis sumus et in pulverem revertemur*. ¿Por qué, pues, no ha de llegar el joven autor de este libro que estoy prologando?

El ha de llegar, no me cabe duda de ello; pero quiere llegar cuanto antes, tiene prisa por llegar. Es que conoce el valor del tiempo, de cuya íntima eficacia no siempre sabemos darnos cuenta. En economía política, y lo mismo en la doméstica, el tiempo tiene tanta importancia como el dinero. Y la teoría de una obra literaria pertenece, ante todo, a la economía doméstica y a la política.

Eso de que el buen paño en el arca se vende es un disparate económico que proviene de los tiempos y los pueblos en que se prestaba o se presta al treinta o al cuarenta por ciento. Mientras se vende el paño en el arca tendría el pañero tiempo de morirse de hambre si no fuera por el usurero, que es quien se queda con el paño al cabo. No, hay que vender pronto. Vale más vender pronto y barato que a la larga y caro. Y te hago gracia, lector, de la teoría del descuento.

El joven autor de este libro desea acaso que le descuente yo la gloria en este prólogo, pero cuando me meto a banquero me gusta serlo con mi cuenta y razón. Me limito, pues, a garantir su firma, sin salir

fiador de más. No me asocio a sus empresas. Y he aquí por qué no he querido leer su libro.

Si hubiese yo leído este libro que prologo y me hubiera parecido malo, o lo que es peor que malo, insignificante —como son el noventa y nueve por ciento de los libros que entre nosotros se publican—, ¿iba yo a decirlo aquí? De ningún modo. Tenía, pues, que rehusar escribir el prólogo. Y sé por experiencia que esta rehusa acarrea más disgustos que no el escribir un prólogo tan inocente como este que estoy escribiendo y que ha de servir de tipo para todos los que en adelante se me pidan.

¿Que esto es tomarle el pelo al autor? El Autor de todas las cosas nos está tomando el pelo de continuo, y esto entra en su perfección, y se nos ha dicho que seamos perfectos como El es perfecto. Si Dios nos toma el pelo a los hombres a lo divino, ¿no podemos nosotros, los hombres, tomarnos unos a otros el pelo a lo humano? Y sobre todo, el autor puede decirme: dame pan y llámame tonto. Aunque yo, por mi parte, esté seguro de que este prólogo no ha de darle cuatro lectores más, y puede, en cambio, quitarle cuarenta. Diferencia: treinta y seis lectores de menos. Y esto también pertenece a la economía política, o más bien a la teneduría de libros.

En cuestión de libros la teneduría es lo capital y no hay literato perfecto sin el conocimiento de ella. Porque, vamos a ver, ¿qué es un libro?... Para esta definición remito al lector a cualquier tratado de bibliología. No todos sabemos lo que es un libro, y menos los que los escribimos. Nada hay más ridículo que el autor llame suyo a un libro que escribió. ¿Suyo? Nunca se distinguieron los escritores por poseer una clara noción de la propiedad. El hombre que escribe para el público es un animal degenerado. Rousseau dijo una cosa parecida, pero ni tan profunda ni tan precisa. Verdad es que Rousseau no sé que es-

cribiera prólogo alguno. Y esto de escribir prólogos da una profundidad y una precisión maravillosa al ingenio.

Este de los prólogos es un género especial, y así como hay dramaturgos, poetas épicos, líricos, novelistas, cuentistas, epistológrafos, y otras cien especies diversas del género literario, hay también prologuistas. Y es un género, a la vez que de los más difíciles, de los peor retribuídos.

No faltará malicioso que se sorprenda de cómo el autor de este libro se ha atrevido a dejarlo encabezar con este prólogo, pero tenga en cuenta el tal que este joven autor no sólo aspira a llegar, sino que confía en lograrlo, y cuando llegue —que llegará— cuenta con colocar él a su vez su concerniente prólogo a otro entonces joven aspirante a la llegada. Pero yo, por mi parte, no me dejé nunca prologar por nadie. Declaro, con la modestia que me caracteriza, que me he bastado para prologarme. En general, mis libros son los prólogos de sí mismos. Uno sólo de ellos, la novela *Amor y pedagogía,* lleva prólogo, pero éste es agregio y como hay pocos. Es, tal vez, modelo en su género.

Y veo que en vez de hablar de la obra ésta a que estoy prologando, me siento arrastrado a hablar de mis propias obras. Esto es muy humano. Y es un modo de cobrarle el prólogo al autor de la obra prologada.

Y ahora, lector y escritor amigo, pasa a leer el libro siguiente. O no lo leas. Con haber leído el prólogo debe bastarte. Y al autor, si es discreto, debe bastarle también, pues que vendió un ejemplar de su libro.

(*Los Lunes de "El Imparcial"*, Madrid, 6. XII. 1909.)

¡La forma!, ¡la forma! Sí, estoy conforme con usted: ¡la forma! Pero entendámonos, porque esto que usted condena en nombre de la buena forma es, como tal forma, tan buena, si no mejor, como la que usted tiene por óptima.

Sí, ya sé que usted prefiere una oveja Shorthorn por creerla de mejor forma que una buena oveja francesa que dé más carne; ¿pero de dónde saca usted que su forma es mejor? ¿Va usted a pretender lo exclusivo del sentido estético? Y esto es lo que yo le digo, que desconfíe usted de su gusto.

No lo dude, donde entra el snobismo de las buenas formas, el buen gusto, el verdadero buen gusto, el de un artista educado en las seculares tradiciones del gran arte, ese buen gusto no existe. Así, por ejemplo, yo sé que al llegar a ese su pueblo, un sujeto que iba precedido de fama de buen artista exclamaron ustedes, los de la pandilla a que usted pertenece: "¿y trae los pantalones con rodilleras? ¡Bah!" Y yo les digo a ustedes que unos pantalones no tienen carácter, no tienen expresión, y por lo tanto, carecen de valor artístico, hasta que no tienen rodilleras. Lo ridículo, lo feo, lo de mal gusto, lo de pésimo gusto, es un mocete, un tilingo cualquiera, que va como un maniquí llevando unos pantaloncitos sin rodilleras y con su pliegue en medio, como si acabaran de salir de la sastrería.

Porque no hay que olvidar que el sastre se hizo para el hombre y no el hombre para el sastre.

Hasta que no se ha usado un traje algún tiempo, hasta que no se ha adaptado a su dueño, hasta que no ha tomado los pliegues y arrugas que corresponden a los movimientos y actitudes de éste, no puede decirse que ese traje "exprese" a su amo. Cada uno hace las rodilleras a su modo. Y un traje no adquiere personalidad expresiva hasta que no se la da el que lo gasta.

Ahora, ya presumo yo lo que a ustedes les pasa y es que odian la personalidad, el carácter. ¡Se comprende! Como no pueden ustedes distinguirse por sí hacen que el sastre les distinga de los que no pueden pagar trajes como los que ustedes llevan.

La cosa no consiste en el traje, señor mío, sino en la manera de llevarlo. Y hay mendigo que lleva sus andrajos con más distinción y más elegancia que usted ese terno que le ha hecho el sastre de moda que se trajo usted de Londres.

Creo que no me rechazará usted a don Diego Velázquez de Silva como maestro de buen gusto y de elegancia. Si hay escuela de buen gusto es la de sus cuadros. Pues bien, Velázquez, que pintó a Esopo y a Menipo tan distinguidos en sus andrajos, créame que si viviera hoy no le tomaría a usted por modelo de ninguno de sus cuadros.

¡Sí, sí, la forma, tiene usted razón, la forma! Pero hay formas de formas. Y usted, goloso de superficialidad, odia lo personal, odia lo expresivo, odia lo fuerte. Y es usted lo mismo en sus gustos literarios y hasta... filosóficos. Porque se permite usted leer algo de filosofía, vamos al decir, aunque estaría mejor dicho de sastrería filosófica. Y también aquí, en literatura y en eso que usted cree que es filosofía, le molestan las rodilleras, es decir, lo expresivo, lo personal, lo característico. Me-

jor que molestarle sería decir que le levantan a usted dolor de cabeza. Porque lo que usted quiere es literatura de última moda y además de maniquí, con su plieguecito en medio. Hasta me figuro que cuando recibe usted de París la última novela lo primero que hace es olerla, por si huele a tinta de imprenta fresca. Y se preocupará usted, como si lo viera, de que los libros estén bien presentados. Y de seguro que entre dos revistas, una más sustanciosa y nutrida y otra más a propósito para que maten las horas ojeándola y viendo sus grabados las señoritas, se quedará usted con esta segunda. Y buena pro le hagan esos gustos.

Dice usted que le encanta la literatura francesa y que la conoce bastante bien. Pero apuesto cualquier cosa a que no ha leído usted a casi ninguno de los grandes clásicos de esa literatura tan profundamente clásica. A un compinche de usted le hablé una vez de Pascal; me torció el gesto y saqué en consecuencia que se figuraba que Pascal tenía el estilo lleno de rodilleras. Y no se equivocaba.

Hace unos años, un compatriota de usted, hombre culto e inteligente y de gran amplitud de gustos e independencia de criterio, aunque algo contagiado de eso de las buenas formas —que yo no creo buenas—, decía, escribiendo sobre mi estilo, que me suele faltar "de común" y que empleo expresiones que entre los que aborrecen las rodilleras sobre todo, suenan a algo... *shocking*. Citaba, en apoyo de su aserto, dos de esas mis chocantes expresiones que yo no quiero reproducir aquí por no herir los delicados oídos de usted, señor mío.

Sí, sí, formas, sí, buenas formas; tiene usted razón. Los hombres, lo mismo que las ideas, tienen que andar vestidos. Porque las ideas desnudas, además de que ofenden el pudor de los hipócritas —y éstos son mayoría—, quedan las pobres expuestas

al sol, al hielo, a la lluvia, al polvo. Además, hay ideas contrahechas, jorobadas, torcidas, y algo se disimula vistiéndolas. Sí, sé que hay que vestir a las ideas, lo mismo que a los hombres. Pero discrepo de usted diametralmente en cuanto se refiere a la estética del traje, tanto para las ideas como para los hombres. Y sostengo que todos los de la camada de usted, que todos los que presumen ustedes de vestirse bien y andan cuidando que no se les formen rodilleras en los pantalones, se visten ustedes mal, muy mal, rematadamente mal. Es decir, no se visten ustedes; les visten sus sastres.

Usted habrá acaso oído hablar de Tomás Carlyle, un escritor inglés con un estilo lleno de rodilleras, coderas, pliegues, arrugas y hasta zurcidos. Pues bien, este Carlyle escribió en su *Sartor resartus* —o sea el sastre remendado— una filosofía del traje que se la recomiendo a usted. Y se la recomiendo para que le levante dolor de cabeza. Ya que su cabeza no piensa, al menos que sufra. Y tal vez sufriendo acabe por pensar.

No le sorprenda esto último que le digo. No puede llegarse al pensamiento, al verdadero pensamiento, al que vale la pena de ser pensado, sino por la pena, por el dolor. Y usted presume que odia al dolor, y huye de él tanto como de la personalidad. Toda su... digamos filosofía práctica, a falta de otro nombre y por no llamarla por el suyo propio, se reduce a eso: a huir de toda molestia, de todo esfuerzo espiritual, de toda pena, y a buscar el placer. En uno que se escandaliza de las rodilleras, sea en los trajes de los hombres o en los de las ideas, hay siempre un epicúreo. Pero un epicúreo no en el alto sentido, en el de Epicuro, sino en el otro, en el de usted.

También en mi pueblo natal, en aquel en que nací y me crié, hay hoy bastantes mocetes que pre-

sumen de vestir bien, *dandies, sportmen* o como quiera usted llamarlos. Gentes bien, vamos al decir. Y menos mal que en esta vieja ciudad en que habito, llena de supremas elegancias arquitectónicas, donde nos viene de lo alto y de lo grande la lección de la forma, no se conoce esa casta de mentecatos. Y le digo a usted que aquellos mocetes que llevan remangados los pantalones aunque no haya ni barro ni polvo, tendrán todo lo que usted quiera menos buen gusto ni sentido estético.

Sí, sí, ya sé que entre ustedes, los de su frasca, la regla suprema es no desentonar, no destacarse. ¡Claro está!, como naturalmente no se destaca ninguno de ustedes, han de cubrir esa falta de originalidad de alguna manera. ¿Quiere usted que le diga toda la verdad de lo que pienso? Pues bien, esa nivelación ante el buen tono en el vestir no es sino una forma del instinto nivelador de las falsas democracias y este instinto es hijo de la envidia, que odia toda originalidad. Cuando no se ve modo de distinguirse y hacerse notar uno por la originalidad de su porte, se impone un uniforme. Y eso, créamelo, es una forma de inquisición. ¡Lo que debe costar entre una gente que se rige por tales principios el conquistar el derecho a la originalidad, y hasta la extravagancia!

Usted y sus compañeros de gusto —es decir, de falta de gusto, de *singerie*— merecen un presidente sastre. Quiero tecir uno que vista y que se vista.

Y no crea, le repito, que ataco sus prejuicios por desprecio a la forma. ¡No, no y mil veces no! Aprecio la forma tanto o más que usted. Sólo que, se lo repito —y va... la de cuentas—, eso que usted llama buenas formas, son, como tales formas, malas malísimas, ridículas, ramplonas, cursis, de mero remedo, de figurín. De figurín, fíjese bien, de figurín. No son ustedes sino figurines.

Aquel viejo y pintoresco traje de los paisanos de esa su tierra era algo y significaba algo, mientras que esa indumentaria a la inglesa que se cuelga usted de los hombros no es nada ni significa nada. Sólo significa una cosa y se lo diré a usted en francés: *singerie!*

Eso sí, ya lo sabe, debajo de eso está el hombre y alguna vez salta éste. Y entonces, cuando usted es usted y no su traje, entonces vale usted y significa algo. Un día me decían de uno —de uno, por cierto, muy lejos de ese país de usted— que en cuanto se le rascaba un poco el barniz cosmopolita, aparecía el indio bravo. Y contesté al punto: y entonces es cuando yo lo prefiero, porque entonces es alguien y representa y significa algo. Como aquí, entre nosotros dicen que en cuanto se nos rasca el barniz europeo, aparece el berberisco. Y yo me quedo siempre con el berberisco sin barniz. ¿Cree usted que hay *dandy* en la ciudad española que mejores los produzca —y ése no es un producto que aquí prospere— que tenga la elegancia, natural y suprema elegancia, de uno de esos moros que saben envolver su gravedad nativa en la blanca gravedad de un amplio manto moruno?

* * *

Al llegar a este punto cae en mis manos un artículo de José María Salaverría, publicado en el diario *ABC* de Madrid, y titulado *El protocolo.* Y como lo que en él se dice no deja de tener alguna relación, aunque no directa e inmediata, con lo que aquí vengo a usted, señor mío, diciéndole, no renuncio a la tentación de comentarlo. Mas antes de entrar en ello debo hacer constar que lo que Salaverría entiende por buenas formas no es, me parece, lo que usted entiende por ellas. Porque este

mi amigo y paisano dice que buenas formas es "respeto al prójimo, decencia en las funciones oficiales", y en llevar rodilleras, pongo por caso, o en no vestir a la moda, en nada se falta al prójimo al respeto y en nada a la decencia de las funciones oficiales. Con tal de que se vaya limpio.

Pero dejando ahora los comentarios a lo que Salaverría dice, voy a acabar con usted.

Es decir, no, no, yo no quiero acabar con usted y sus congéneres. No tome esa expresión en el valor más crudo de su modismo. No; ustedes son indispensables a nuestra sociedad porque sin ustedes perdería uno de sus encantos, un encanto cómico. Los grandes pintores, los que como Velázquez saben expresarnos la dignidad con que un mendigo —que a las veces puede ser un ex-rey, como Edipo o ex-caudillo, como Belisario— se envuelve en sus harapos, podrán no tomarles a ustedes de modelos, pero en cambio lo son ustedes para los grandes caricaturistas. Y váyase lo uno por lo otro.

Además, acaso cumplen ustedes, sin saberlo, una función de estética social. Son ustedes un contrapeso a la falsa originalidad, que degenera en grotesca extravagancia. Ya sabe usted, señor mío, que las carreras de caballos sirven para fomentar la cría de caballos de carrera; las corridas de toros, para fomentar la cría de toros de lidia, y los juegos florales, para fomentar la producción de poesías jocofloralescas. Pero dicen que esos caballos de carrera cruzados con otros nos dan excelentes caballos de silla y de tiro, que los toros de lidia mantienen más pura la raza de bueyes de trabajo y carne —aunque yo dudo mucho de ello— y que las poesías jocofloralescas... En cuanto a éstas confieso no saber para qué puedan servir, como no sea para obtener flores naturales o artificiales. Y así ustedes son como sacerdotes de una especie de ideal.

Los sacerdotes de la ortodoxia de la corrección de hoy, que será, ¡claro está!, la incorrección de mañana.

Y tampoco me parece mal que juzguen ustedes a los demás por su manera de vestirse o por la manera que tienen de vestir sus ideas. ¿Por qué otra cosa han de juzgarlos? Nunca se me ha ocurrido exigirle a un ciego un juicio sobre pintura o a un sordo uno sobre música. Y si se les quita a ustedes el traje, ¿qué se les queda?

¡Las buenas formas! Sí, ya sé que hay personas que no quieren comprar ciertas latas de conservas porque dicen que van mal presentadas, cuando en rigor es que les embisten los colores de la cubierta. Y no por estética, no, ni mucho menos. Eso es un pretexto. Como usted mismo lo primero que mira en el traje que recibe no es el corte, sino la etiqueta, el marchamo.

¿Pero a qué seguir? Voy a dejarle a usted, pues, aunque proponiéndome volver a tomarle, en algún otro de sus aspectos, porque ustedes, los de sus frascas, me divierten enormemente, y paso a comentar lo que Salaverría dice del protocolo.

Salamanca, octubre de 1913.

[*La Nación, Buenos* Aires, 6. XI. 1913.]

Los que, teniendo por principal ejercicio el de la publicidad con la pluma, o, más concretamente, el de escribir artículos y ensayos, nos dirigimos algunas veces de palabra a las muchedumbres, ejerciendo la oratoria, solemos preguntarnos sobre la respectiva eficacia de una y de otra actividad y sobre las diferencias de su cultivo. Aunque, en rigor, todo articulista que alguna vez pronuncie discursos, y todo orador que alguna vez escriba artículos, no cambian de actividad. El primero suele, en efecto, pronunciar algunos de sus artículos, y el segundo suele escribir alguno de sus discursos.

Parece, a primera vista, que la diferencia estriba en que la oratoria es algo más espontáneo y más de improvisación; pero yo sé de mí decir que improviso casi todos mis artículos y que los escribo como si los dictara —y con tanto calor como un discurso—, si es que no me los dicta, lo que a menudo sucede, un demonio interior como aquél que a Sócrates asistía.

Más de una vez he dicho que prefiero un libro que me hable como un hombre, a un hombre que me hable como un libro; pero esto no quiere decir que un hombre no pueda y deba hablar con precisión y densidad, como no suelen hablar nuestros oradores. Los más grandes discursos que se recuerdan, y que quedan como piezas imperecederas de

oratoria, han sido artículos pronunciados, escritos recitados. Y, a las veces, discursos vueltos a redactar por un escritor de raza, como los que figuran en Tucídides, o el maravilloso discurso de Pau Claris —¡y con qué entusiasmo nos lo declamó una vez en cátedra Don Marcelino!—, que rehizo en castellano Melo para su *Historia de los movimientos, separación y guera de Cataluña en tiempo de Felipe IV*.

Hay una primera y fundamental distinción entre el orador y el articulista, y es que aquél se dirige a la masa, a la muchedumbre, a la colectividad como tal, y el articulista a cada uno de los que la componen. Así, el orador suele empezar diciendo: "¡señores!", o "¡compañeros!", o "¡ciudadanos!", o "¡amigos míos!", u otra expresión así, en plural, mientras que el articulista se dirige al lector, a cada uno de los lectores que componen su auditorio. Porque es auditorio también, y un artículo, cuando es vivo, cuando está dicho, cuando palpita dentro de él un hombre, se oye y no sólo se lee.

Pero esta distinción no es acaso tan absoluta como a primera vista parece. Los habituales lectores de un articulista forman una colectividad, que se siente solidaria al leerlo.

Otra distinción de más consecuencia es que un artículo cabe leerlo con todo el reposo y el espacio que se quiera, y detenerse en cada párrafo y releerlo, si no se le ha entendido bien a primeras, mientras que en un discurso hay que seguir al orador al paso que él vaya, y no se le puede hacer repetir un concepto o una imagen. Y así sucede, que si el orador es algo denso, si es de estilo aforístico o sentencioso, no da acaso tiempo a su auditorio a que se vaya dando plena y cabal cuenta de cada uno de los aforismos, de cada una de las sentencias que les presenta. De donde la necesidad de la pará-

frasis y del circunloquio. Hay que dar tiempo a que el público vaya digiriendo lo que se diga, sin que importe que luego salga diciendo que diluyó poca doctrina en muchas palabras.

Tiene, sin embargo, el hablar aforísticamente, por sentencias, dos grandes ventajas. La primera es que como el público que oye un discurso lo lee luego si le pareció sustancioso —a la manera que el público de una corrida de toros lee luego la reseña de ella—, consigue que se le lea con más atención, y que, al leerle y sentir bajo el discurso escrito el calor de la voz que lo pronunció, se den más clara cuenta de su contenido. Porque hemos observado que se entiende mucho mejor un artículo cuando se le ha oído antes en forma de discurso. Conocemos escritor a quien le entienden mejor aquellos que le han oído hablar.

Otra de las grandes ventajas que tiene el hablar aforísticamente es que se pueden decir cosas más crudas y más decisivas y más fuertes y cortantes, cosas que, diluídas en un abundoso tejido conjuntivo o tal vez adiposo, chocarían demasiado. Hay un arte de decir crudezas con gran sencillez y como quien enuncia teoremas matemáticos o expone hechos incontrovertibles. Y ocurre a las veces que el auditorio no se da clara cuenta de lo que se le ha dicho hasta que ha pasado algún tiempo, y cuando acaso, si lo que se le dijo fué adverso, no puede ya protestar contra ello.

Los discursos que no podrían nunca pasar como artículos son esos en largos párrafos de los que se llama sonoros, con profusión de incisos y exuberancia de epítetos, henchidos de lañas y corchetes, en que se llena con un rodeo de veinte palabras la falta de la precisa, y pronunciados, como en cinta o, si se quiere, película oral, de un tirón. A esta peculiaridad oratoria se le suele llamar facundia o

facilidad de palabra. Por nuestra parte, confesamos que nos gusta más oír a un hombre a quien se le siente cómo está pensando, cómo está fraguando su pensamiento mientras habla, y aunque tropiece a las veces. Los artículos del mero orador a la manera viciosa nuestra, del hombre que no tiene más que facilidad de palabra, suelen ser estéticamente insoportables. Deja al descubierto toda la endeblez del organismo de sus discursos.

Una gran ventaja tiene el acostumbrarse a pronunciar o recitar los artículos que se escriben, y es que se les da cierto ritmo, cierto número. La monotonía en el estilo de algunos articulistas proviene no ya sólo de que nada tienen de oradores, sino de que no oyen los artículos mismos que escriben, de que son, en rigor, mudos, y siendo mudos no pueden oírse a sí mismos, aunque oigan a los demás, si es que a la vez que mudos no son sordos.

Y al decir de ese ritmo y ese número de la prosa, no nos referimos a cierta rotundidad de período, a la redondez de los párrafos, ¡no! Hay estilo cortado, esquinudo, lleno de aristas y de picos, y que es, sin embargo, estilo oral, oído, conversacional. Así como en algunos dibujos japoneses suele verse las curvas del ropaje reducidas a ángulos. Y esta prosa angulosa, esquinuda, llena a las veces de cabos sueltos y de remates que no acaban, tiene muy noble abolengo entre nosotros.

Lo que no acertamos a comprender es por qué se le escatima entre nosotros el título de orador al que habla de esa manera esquinuda o, si se quiere conceptista, y se le prodiga al que redondea párrafos adiposos o acaso hidrópicos, y propende al gongorismo. "Es un hombre a quien siempre se le oye con gusto aunque no sea orador", nos dijeron una vez de un hombre que se hace oír, en efecto, siempre

que se pone a hablar. Y contestamos: "pues ése es orador, y no lo es aquel otro que, ensartando con gran facilidad, y sin cortarse, párrafos redondos, no se hace oír en realidad".

Acaso tengan razón los que creen que la oratoria no es nada distinto del arte del actor, de la recitación escénica, y que un orador ni siquiera necesita haber compuesto él mismo la oración que pronuncia. Y no cabe duda que hay comedias que deben su vida artística más al actor que al autor, y que hay recitaciones más originales y más geniales que la redacción de lo en ellas recitado. En boca y en gesto de un gran actor, pueden decir unas palabras muy otra cosa que lo que intentó decir en ellas el que las compuso. Y hasta puede ocurrir que para aquellos que se las oyeron primero al gran actor, signifiquen luego, cuando las lean, muy otra cosa que habríanles significado de haberlas leído por sí mismos y sin oírlas. ¡Cuántas sentencias que viven escritas no vivirían, a no haber sido por primera vez, ante el público, puestas de palabra; a no haber sido primero oídas que leídas! Dicen que los más entusiastas lectores de las novelas de Dickens eran los que se las habían oído leer en parte. Y tenemos la aprensión de que deben cansar muy pronto a su público los escritores mudos.

Hay que educar al público para que oiga con los ojos, al leer un artículo, y lea con los oídos, al oír un discurso. Y que siempre bajo las líneas de un escritor se sienta la voz cálida de un hombre que nos habla.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 22, VI, 1917.]

NOVEDADES Y NUEVOS

Más de una vez hemos oído, en estos años de zozobra e incertidumbre, decir que la gran guerra no nos ha traído a España ningún ingenio nuevo; que la sacudida que produjo en nuestro pueblo —mucho menor que la que ha producido en los pueblos beligerantes y en algunos otros de los neutrales— no ha despertado a ningún espíritu durmiente, no nos ha dado ni un escritor, ni un artista, ni un pensador, y que apenas ha cambiado el aire y traza de los que ya conocíamos. Observación, por otra parte, que se hace lo mismo en los demás pueblos.

Y he aquí que en el número del 6 de marzo del semanario inglés *The Saturday Review* leemos un artículo titulado: *Youth and Eld,* o sea: *Juventud y edad madura,* o acaso mejor: *Jóvenes y viejos.* Aunque *eld* no sea precisamente vejez. Pero tened en cuenta, lectores, que quien os cuenta ahora y aquí esto ha pasado de sus cincuenta y cinco años.

Empieza el articulista de la *Saturday Review* citando aquello de Samuel Rogers, de que cuando aparecía un libro nuevo leía uno antiguo. A mí me pasa algo parecido, y es que el releer me quita el leer de nuevo. Y es que las obras eternas son las más nuevas y lo más pasado lo de más porvenir.

Pasa luego el articulista a dar cuenta de una queja de Mr. Phillips Gibb, "cuyo culto a la niñez frisa a las veces en la senilidad", y que se lamenta de

que los editores prefieren las reputaciones establecidas a los escritores jóvenes y desconocidos a cuenta del enorme aumento en el coste de imprenta, papel y encuadernación. Y añade ese señor que el público está ansioso de nuevos autores "con nuevos métodos de técnicas, conocimiento del mundo de nuevas ideas y una nueva visión de los problemas de la vida". Lo cual dudamos que sea así en Inglaterra, pero afirmamos que no es así en España. El público espera siempre más nuevas obras de los ingenios ya conocidos que no obras de ingenios nuevos. Y hasta le molesta toda verdadera novedad, si es que la hay. No se hace a un autor nuevo, verdaderamente nuevo —y no lo suelen ser los mozos que presumen de ello— hasta que se le ha aprendido la lengua. ¡Y tarda tanto en aprenderla! El público necesita años —y no pocos— para percatarse de la novedad fundamental de lo de veras nuevo. Ni basta que un escritor, y más si es joven, nos hable de su "nueva" manera para que le creamos bajo su palabra.

Pasa luego el articulista a comentar unas palabras de Mr. Walkley en el *Times*, quien pedía algún cambio, y nos dice que esta demanda de cambio es la enfermedad inveterada de todos los períodos que siguen a una guerra.

"Esta quisquillosa demanda —dice— de nuevos métodos y nuevas ideas es una señal cierta de la debilidad mental subsiguiente al agotamiento. Es notable que una gran guerra jamás va seguida inmediatamente por una gran producción literaria, sino siempre por mera inquietud, que busca salida en especulaciones de cambio, disputas industriales y luchas políticas". Y nos recuerda cómo en la Inglaterra de principios del siglo XVIII Swift, Addison, Defoe, Steele, Prior, Gay habían establecido su reputación antes de la guerra que acabó en la paz de

Utrecht de 1713, y cómo no fué Waterloo sino la Revolución Francesa la que inspiró a Byron y Shelley, mientras Coleridge, Southey, Wordsworth, Hazlitt, Lamb hicieron su mejor obra en los primeros años del siglo XIX. "El período que siguió inmediatamente a Waterloo fué singularmente estéril en literatura".

Para que la gran guerra que hemos visto asolar al mundo pueda producir sus frutos espirituales —y serán muy otros de los que soñamos—, tiene que ser digerida. Y la digestión espiritual de una guerra así no es cosa de pocos años, ni la pueden hacer almas de pocos años. Si esa enorme conmoción ha de renovar el ideario de la humanidad, no puede hacerlo con los que veníamos ya pensando en el viejo ideario, y el hacerse uno nuevo no es cuestión de juventud. Los jóvenes suelen ser los menos originales. La supuesta originalidad de un joven suele ser la facilidad con que reproduce las formas más viejas, tomándolas —y de buena fe— por novedad. Y es que sólo se encuentra uno a sí mismo al través de los otros, y el que más copia es el que suele acabar haciéndose modelo. De la originalidad de que algunas veces blasonan los principiantes hay que desconfiar. Aunque original deriva de origen, se acaba, y no se empieza por serlo. No es siempre el primer hijo, el mayorazgo, el más de su padre.

Sigue diciendo el articulista de la *Saturday* que otra fase de la misma generación es el culto de la juventud, meramente porque es joven. "Disraeli admitía que uno de sus errores —y lo pagó caro— fué su tendencia a creer que cada joven era un hombre de genio". A Cánovas del Castillo le pasaba lo contrario. Y Carducci, en su escrito *Crítica y arte*, nos habla de los que en cualquier coyuntura sacan su cualidad de jóvenes y proceden a descubrir hoy un novelista joven, mañana un dramaturgo joven,

pasado mañana un poeta joven. Y después todos de acuerdo se besuquean uno con otro por los apéndices, en las dedicatorias en las revista críticas y desnudan a la vista del público sus pubertades cantando a coro: "Somos los jóvenes, los jóvenes, los jóvenes" (1).

Mas volvamos al articulista inglés. El cual hace notar que las lindas antítesis y los epigramas que a las veces chispean en las obras de los jóvenes cansan, cuando no molestan, al lector. Y añade que es porque se siente que no son verdaderas ni están basadas en conocimiento de la vida.

"La brevedad epigramática —dice— es prerrogativa de la edad y la experiencia; en el joven no es más que condensación de mucha lectura." Y luego nos cuenta cómo Dickens tenía treinta y ocho años cuando escribió *David Copperfield,* Goethe cincuenta y siete cuando produjo el *Fausto,* Cervantes cincuenta y ocho cuando empezó a publicar el *Quijote* y otros casos. "Poemas pastorales, amatorios y líricos son meramente expresión de pasiones —añade— y la pasión se evapora con el tiempo." A lo que se nos ocurre hacer notar que según de qué pasión se trate. Porque hay más pasiones que las de origen sexual, y un viejo puede ser muy apasionado y hasta protagonista de tragedia. ¿Pues qué? ¿Clemenceau no ha puesto pasión e intensísima, en su dirección política de la guerra, y en la del tratado de paz? "La poesía satírica, didáctica y ética, por otra parte —agrega el articulista—, no son productos de juventud." ¿Y la sátira y el sermón no exigen pasión?

Milton tenía cincuenta y nueve años cuando publicó el *Paraíso perdido,* casi la edad de Cervantes al publicar su *Quijote.* Ahora que es lo seguro que vendría rumiándolo años antes. Porque de que un

---

[1] *Prose di Giosué Carducci,* Bologna, Zanichelli, 1905, p. 618. (N. del E.)

largo poema se acabe a una tal edad no quiere decir que se le haya concebido a esa misma. Un poema necesita más de nueve meses de gestación, sobre todo si ha de vivir siglos.

"Hasta la guerra —dice el articulista—, considerada hasta aquí como pasatiempo y prodigalidad de juventud, es ahora dirigida por viejos. Los días de Alejandro, Gastón de Foix, don Juan de Austria, Bonaparte, han pasado. Todos los generales de la gran guerra eran de más de cincuenta: Joffre, Foch, Hindenburg, Ludendorff, French, Haig." Y el articulista podía haber recordado que el más famoso y popular de los caudillos de guerra ingleses, el duque de Marlborough, el Mambrú que cantan los niños, aunque antes había servido como joven oficial bajo Turena y unos pocos meses en Irlanda y los Países Bajos, no tuvo gran mundo hasta que emprendió la campaña de Flandes, en 1702, a los cincuenta y dos años de su edad.

El articulista concluye haciendo notar, muy juiciosamente, que los jóvenes tienen medios sobrados de darse a conocer. Lo cual es muy cierto. Y cuando se dice, como aquí en España decimos de nosotros mismos, que un pueblo es misoneísta, no debe entenderse que odia a los jóvenes —y si odiar parece fuerte, que los desdeña o rechaza o desconfía de ellos—, sino que odia las novedades, lo cual es muy otra cosa. Un joven no por serlo es una novedad. Ni es la primera obra de un joven la más nueva de él, sino que, por el contrario, suele ser por lo común la más vieja de las suyas. Como que no es, en rigor, suya. Hay quien hace su obra más nueva, su primera obra —y no se me tome a paradoja—, al hacer la última.

Como no sea que trate de consolarme...

[*La Nación*, Buenos Aires, 2. VII. 1920.]

En la última novela del literato argentino Hugo Wast (Martínez Zuviría), y que ha llegado ya al ochenta millar, se indica la tirada de sus otras nueve, alguna de las cuales alcanza 95.000 ejemplares. No creo que sean muchos, si es que hay alguno, los españoles que alcancen hoy tal suceso de librería. Sé, por otra parte, que las obras de Hugo Wast empiezan a venderse en España, de seguro que más y mejor que las de los novelistas españoles en Suramérica (no Sudamérica), a pesar de esas bambollas del hispanoamericanismo de festival y brindis. Ni podrá ser mientras los libreros de allá sigan, como han venido soliendo hacer, traduciendo las pesetas por pesos.

¿Cómo se explica ese resultado de Hugo Wast en la Argentina, que tendrá poco más que la tercera parte de población que España y la mitad si contamos las Repúblicas adyacentes? ¡Ah! Pero es que aquélla es una población más ciudadana, menos rural. Los dos millones de habitantes de Buenos Aires cuentan, para el consumo de libros, más que ocho millones de aldeanos, repartidos en aldeas, lugares y villas por el campo.

Pero hay más, y es que en unas naciones todo o casi todo es aldea, hasta los grandes núcleos de población. Es aldeanería —*Bauerntum*, que dicen los alemanes— que a las veces y a trechos se condensa

en grandes centros, como Córdoba, Zaragoza, Madrid, etc. En cambio, en otras naciones, como en Inglaterra, no hay aldeanos. Son las ciudades que, a partir de los arrabales se desparraman por el campo. Un *farmer* es un ciudadano que explota una pequeña industria agrícola o pecuaria y vive en el predio de la explotación. Y suele tener su pequeña biblioteca de cultura general y de amena literatura. Mientras que en la casa de un rico hacendado campesino castellano, aragonés, extremeño o andaluz difícilmente hallaréis un libro, y menos de actualidad. Sus horas de ocio las matan con la caza o con la baraja. Ponerse a leer, ni por pienso. Como no sea algún periódico o semanario ilustrado. Y aun éste es para ver los *santos*. Y luego suele haber por esos campos el doctor de escopeta y perro, analfabeto por desuso.

Es curioso eso del horror al libro, de la bibliofobia, tan característico de nuestra aldeanería rural o urbana. (Urbano no quiere decir ciudadano ni civil.) Conozco villas de 4 a 6.000 habitantes —no almas precisamente—, cabezas de partido, en que no se podría reunir 300 volúmenes ni recogiéndolos de casa de los curas, médicos, boticarios, notario, juez y registrador. De las de los ricos propietarios, ni pensarlo. Y en el Casino, ¡líbrenos Dios! A lo sumo, el Diccionario oficial para resolver las discusiones con apuesta sobre el valor de un vocablo.

De aquí, por otra parte, cierto carácter de fragmentarismo de nuestra producción literaria. Y hasta las novelas son publicadas antes en folletín. *La tierra de todos,* de nuestro Blasco Ibáñez, se viene publicando en *La Esfera.* El mejor medio para que llegue a las aldeas rurales o urbanas. Y del tono que esta fragmentariedad, más aparente que real, da a la literatura, haciéndola periodística, hablaré otra vez.

Mi último volumen de relatos de viajes por Espa-

ña, *Andanzas y visiones españolas,* consta de cuarenta piezas, la mayoría de ellas publicadas antes en la Argentina y otras en España: un relato de una excursión a las Hurdes y algo de Mallorca y Gredos, en *El Imparcial;* de Aguilar de Campóo, en *El Liberal,* y alguna cosa sobre Avila en este semanario *Nuevo Mundo.* Pues bien: de esas piezas, cuando las publiqué en periódicos, cobré 3.970 pesetas. Para sacarlas del libro me sería preciso que se vendieran 6.615 ejemplares de él. Y a esto, al mejor andar, ni en una quincena de años; lo más probable es que nunca.

"Compro un libro, lo leo y luego ¿qué hago con él?", me decía un aldeano nacido y criado en una gran ciudad y en la que vivía. En cambio, un diario o una revista tienen otros usos. Respecto a un nuevo diario de la aldea que hace de corte y capital de España me decía un corresponsal administrativo que, aparte de las ilustraciones, se debía la buena acogida que ha logrado a que los comerciantes estiman que es de un buen papel para envoltorios. Así los billetes de cien coronas austríacas sirven para envolver cajitas de bombones. ¡Tan baratas andan las coronas, sobre todo cuando tienen algo de austríaco!

Y el problema de la difusión del libro no es problema de analfabetismo. El aldeano, rural o urbano, aunque sepa leer y escribir, aborrecerá siempre el libro. O más bien que aborrecerle, le tendrá siempre horror. El libro, esto es, la Biblia, ha sido el enemigo de la aldeanería, del paganismo. El aldeano, el hombre de la tierra, teme al libro. Le teme y le venera; pero le venera como a un fetiche maléfico, como a un demonio. Lo saben bien los abogados de nuestras aldeas que decoran sus despachos con algunos solemnes volúmenes. De alguno sé que con colecciones de *La Ilustración Española y Americana.*

(*Nuevo Mundo,* Madrid, 8, IX, 1922.)

¡LEÑA A LA HOGUERA!

Llaman los estudiantes una semana maciza o un mes macizo a aquellos en que hay pocos días de vacaciones. Y podemos llamar un tiempo macizo a aquel henchido de historia, o sea de eternidad. Y la historia, la verdadera historia, es la historia política, la de la forja de las nacionalidades. Lo demás es arqueología. Es arqueología la literatura, el arte, la ciencia, al poco tiempo de producidos. Estaba en lo cierto el ilustre Ranke al sostener que la historia es la historia política. Y éste era también el sentir de aquel Alfredo Oriani, el autor de *La lucha política en Italia,* de cuyo ideario se mantiene el fajismo de Mussolini. (Ya tengo dicho que la palabra castellana "fajo" no es más que la italiana *fascio,* de donde viene *fascismo.)*

El tiempo se llena espiritualmente con historia, la historia es ante todo política y la política por excelencia es, decía Treitschke, la guerra. Y la guerra por excelencia, la guerra más histórica, la guerra más política, es la guerra civil. Por lo que no andaba tan descaminado aquel Romero Alpuente que sostenía, con escándalo de la ramplonería incivil, que la guerra civil es un don del cielo.

Como el Dr. Harnack, el historiador de los dogmas del Cristianismo y uno de los que firmaron aquel hace siete años —¡cómo corre el tiempo!— famoso manifiesto de los noventa y tres sabios alemanes,

como ese doctor eruditísimo hubiera dicho en *The Nation* de 2 de diciembre que la ciencia alemana está bajo un grave peso y no puede desarrollarse, el vizconde Haldane, el ex-ministro inglés, le respondía en el número del día 9 del mismo mes y del mismo semanario, mostrando lo que hoy en Alemania se hace. Lo que no es para desesperar. "Parece —dice el vizconde inglés— que es todavía tan grande la pasión en Alemania como antes de la guerra, por la excelencia en el conocimiento, no menos grande, en cuanto mis lecturas y las conversaciones con sus hombres de estudio me informan, que en períodos anteriores."

El Dr. Harnack es un erudito, o lo que se llama un investigador, un hombre de ciencia en el más estricto sentido, uno que necesita libros —y hoy los extranjeros son casi inaccesibles a los alemanes—, y que sin libros no puede pensar, y el vizconde Haldane es un *gentleman* a quien le interesa la vida del espíritu. Y suponemos que para éste una obra como la de Spengler sobre la caída del Occidente tiene, a pesar de sus arbitrariedades y sus inexactitudes, mucho más valor que la Historia de la Humanidad que una obra como la *Historia de los dogmas,* del Dr. Harnack. Un hombre carne y hueso y sangre y seso que filosofa con ardor en medio de la contienda y encendido por ella, pesa más que un filósofo técnico, que un técnico de la filosofía. Y acaso la gran sacudida de la última guerra ha entrado por mucho en el parto de la teoría de la relatividad de Einstein.

En todo esto pensábamos el otro día al oír a cierto sujeto que, lamentándose del tono que va tomando el Ateneo de Madrid, nos decía que ya no va a poderse trabajar con sosiego en aquella Biblioteca. Y cuando supimos que estaba en ella preparando un trabajo histórico, le dijimos: "¡ Pero si la historia,

señor mío, está fuera de la Biblioteca! ¡Si está en la calle!" "Yo estudio historia del siglo XVIII", nos dijo. Y le dijimos: "Será arqueología, porque la historia del siglo XVIII y la del XIII, y la de cualquier otro, está en la calle."

Lo indudable es que la producción literaria y artística y científica está hoy, en nuestra España, desde hace ocho años revolucionada y revolucionante, muy por debajo de la producción política, de la vida histórica.

No es menester, ¡claro!, que en una novela, en un cuento, en un poema lírico, en una comedia, en un ensayo de crítica, en una obra de ciencia, se haga alusión a los rebosantes hechos públicos que estamos viviendo; pero sostenemos que toda esa producción no está a la temperatura del ámbito político.

Por mucho que ciertos señoritos de las letras se empeñen en fingir desdén a nuestros románticos salidos de la primera guerra civil carlista, la de los siete años —1833 a 1840—, todo lo que ellos hagan no alcanzará la eternidad de las obras de aquellos románticos. Porque éstos vivieron tiempos macizos, historia maciza, y no a todos les es dado llenar el vacío espiritual público con relleno de propio fondo. El pábulo de cada uno de nosotros se acaba muy pronto.

Ni el derrumbe de 1898 nos dió suficiente leña para encender nuestros corazones y nuestras fantasías. Es ahora, ahora, cuando empezamos a quemar aquella leña. ¡Qué lástima no tener unos años menos!

Aunque, ¿para qué? En los que Dios nos dé de vida histórica, siquiera no pasen de una docena, pensamos quemar más leña de ésa que la que en estos treinta años hemos quemado. Nos parece que empezamos a vivir. ¡Y luego que nos vengan hablando de juventud!

¡Leña a la hoguera! Hay que calentar y hay que alumbrar a este pueblo. Y hay que levantar una hoguera que sea señal, que sea hito de fuego en la procesión de los siglos de la Historia.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 5, I, 1923.]

Hemos leído en una revista de aquí, española, un artículo de Salaverría titulado "Intelectualismo y propaganda", en el que se lamenta de la poca estimación política y social que al literato se le asigna en España. "El hecho es evidente" —dice, lo que le ahorra el demostrarlo—. Por nuestra parte creemos que el hecho no es evidente, o mejor, que no es hecho y que en España no se le estima política y socialmente al literato menos que en otras naciones. Acaso más. La literatura ha sido en España tan considerada y estimada como puede serlo en cualquier parte. Y si el literato no ha hecho fortuna es porque hay poca gente que lea y mucha menos que compre libros de literatura.

Habla luego de que no existe entre los literatos espíritu de corporación, que "formamos una grey anárquica en la que cada cual tira por su lado". Esto ocurría ya en Roma en tiempo de Horacio y ocurre en todas partes. Aunque el amigo Salaverría crea que en Francia, verbigracia —es su obsesión—, hay más tacto de codos entre los hombres de letras. Lo que hay es más curiosidad.

En seguida hace notar cómo en la prensa suramericana (no sudamericana, amigo corrector de pruebas) "abundan los trabajos de publicistas europeos dedicados a comentar con detenimiento la aparición del último libro francés, italiano o centro-

europeo... a la mayor gloria del propio país y de la propia mercancía nacional". Agrega que "si aquí se habla de un libro, es a regañadientes y aun entonces por la presión insalvable de la amistad". Y luego: "Por espíritu de clase, por una idea de conveniencia colectiva, por difundir el prestigio intelectual español en el extranjero... esto no se usa todavía entre nosotros."

Pues bueno; seamos claros y justos. Si los escritores españoles apenas hablamos los unos de los libros que escriben los otros es porque no sabemos leerlos. Algunos ni los saben leer. Si hablamos de un libro, cuando lo hacemos, a regañadientes es porque a regañadientes y por ruego del autor solemos leerlo. Pues es cosa fatigosa y penosa leer un libro para hablar de él, tener que leerlo. Y es lo que hace tan meritoria y a la vez tan ingrata la profesión de crítico. ¿Tener que leer un libro "para" hablar de él? ¡Horror! Muchos prefieren hablar de él sin haberlo apenas leído —a lo más ojeado— y por referencias o por la idea previa, y casi siempre perjudicial y legendaria, que tienen del autor.

Y si no nos leemos los unos a los otros no es por hostilidad ni por menosprecio, sino porque el que escribe, cuando lee —que son legión los escritores que no leen y algunos ni saben leer— lee "para" escribir, "para" encontrar temas o sugestiones de escritos y no creemos que pueda inspirarnos nada lo que ha escrito un conterráneo o coetáneo nuestro, un hombre que vive en nuestro país y en nuestro tiempo. Porque creemos alguna vez, sin duda equivocándonos en ello, que un escritor que con nosotros convive, que está rodeado del mismo ambiente intelectual y moral, no puede darnos lo que ese ambiente no nos dé. O sea porque no creemos en la originalidad individual. Que un escritor español parezca original en Inglatera, en Suecia, en Italia o

en Rusia, no nos choca; pero lo atribuimos a que su originalidad es la de ser español, la de decirles allí lo que aquí todos decimos.

Otras veces el escritor no lee a otro escritor su compañero de país y de época por temor a contagiarse, es decir, a que si luego se deja influir de él se lo reprochen y hasta le mienten la tontería esa del plagio. Cuando publiqué mi *Vida de Don Quijote y Sancho,* un buen amigo mío, escritor de mucho ingenio y de no escasa originalidad, me escribió diciéndome que no quería leerla hasta no haber acabado unos comentarios al *Quijote* que estaba escribiendo, no sé si para conservar mejor su independencia de juicio o para poder decir, si en algo coincidía conmigo —como es inevitable—, que al escribir lo suyo no conocía lo mío.

Hay, además, quienes sólo leen para poder hablar de un autor o de una obra, y si encuentran modo de hacerlo sin tener que leerlo, están aviados. De aquí que uno lea, de ordinario mal, para muchos. Con que en la tertulia literaria haya un lector, basta; pues sobre las impresiones de él forman los otros su composición de lugar. Y así ocurre que hay escritores muy discutidos y, sin embargo, muy poco leídos. Sobre todo si han sido clasificados y etiquetados y motejados con cualquier mote. Y si se les lee como se va a buscar en ellos lo que se presuponía que hay, se escapa lo demás y hasta lo que se cree ver allí es puramente de prejuicio.

Guardo entre mis papeles el manuscrito de una crítica de mi susomentada obra, crítica que no se llegó a publicar, y que se debía a la pluma de uno de nuestros mejores periodistas, escritor sagaz, agudo y cultísimo. Pues bien, la había escrito no más que por las noticias que de ella le dieron unos compañeros que me oyeron leer unos pasajes antes de entrar la obra en prensa. Y hace poco he leído en

Le Temps, de París, una corta noticia sobre otro escrito mío en que se me atribuyen cosas que no he dicho ni en él ni en otro alguno. Al crítico parisiense le han dicho que soy, ¿qué creerán ustedes?, pues... ¡católico!, y ha hecho sobre esto su composición de lugar. ¡Así se hace la crítica!

Otras veces la supuesta crítica no es más que chismorreo. Un joven peruano que llegó a Madrid a procurarse un éxito de escándalo literario relatando chismes y cuentos y pequeñas maledicencias de literatos, me escribió preguntándome en qué "valores jóvenes" creía yo. Le contesté que eso importa poco y que lo derecho es juzgar directamente las obras sin meterse a escudriñar flaquezas de sus autores. Y que no hiciera mucho caso de lo que unos escritores dicen de otros, pues, en el fondo, se estiman mutuamente más de lo que parece. Cuando se conocen, añado ahora. Lo que sucede pocas veces. Y no se conocen lo bastante porque las ásperas condiciones de vida para los que tienen que comer, o siquiera que desayunar, de la pluma, les aislan y separan.

Y luego la pereza, la economía de esfuerzo, a que nos lleva una vida trabajosa. Al que escribe mucho suele quedarle poco tiempo, y menos ganas, de leer lo que no le sirva para su escribir. Y hay quen prefiere leer críticas y juzgar por ellas a leer directamente lo que ha de juzgar. Menéndez y Pelayo, que fué un crítico artista, lleno de calor y de luz, ha hecho, contra su voluntad, un daño grandísimo, pues con sus obras forjó remedia-vagos. Hay muchos profesores de historia literaria española que ateniéndose a los juicios ya hechos por aquél se creen eximidos de tener que leer las obras originales. Y si las leen lo hacen con antojeras y no ven en ellas nada que no hubiese visto Menéndez y Pelayo y si lo vió mal también lo ven mal ellos.

¡La frecuencia con que he oído a algún escritor cuando se le recomendaba la obra de otro a quien creía conocer: "Para qué, si ya lo que ha de decir en ella...!" Crea Salavería que no hablamos unos de otros porque no nos conocemos, y no nos conocemos porque creemos conocernos, sin ser así, y sobre todo porque a cada uno de nosotros nos falta tiempo que dedicar a nuestros conterráneos y coetáneos, de quienes no solemos esperar sugestiones originales.

Salamanca, febrero de 1923.

[*La Nación*, Buenos Aires, 18. III. 1923.]

Se observa con frecuencia en los escritores nuevos que creen de buena fe que es suyo lo que es de otro, acaso de todo el mundo. En los más de los casos de plagio se trata de plagio inconciente. Cualquier psicólogo que se dedique a la psicopatología de la vida cotidiana os puede decir, sin ser un Freud, cómo a lo mejor un muchacho publica en una revistilla y con firma una poesía muy conocida como de otro autor y lo hace creyendo que la sacó de propia inspiración cuando la iba sacando de un recuerdo olvidado como tal recuerdo. Es decir, un recuerdo que se le presentaba como impresión originaria.

Pero hay algo más frecuente aún, y es el caso de un escritor que lleva algunos años escribiendo y con asidua frecuencia y que de pronto se pone a escribir y reproduce un artículo que escribió años antes. Y esto ocurre más cuanto más original, cuanto más personal, cuanto más propio sea el escritor.

Porque los más grandes escritores se han pasado su vida repitiendo unas cuantas cosas, siempre las mismas, puliéndolas y repuliéndolas, buscándoles la expresión definitiva y más perfecta. Y así la obra completa de un gran escritor suele ofrecernos el aspecto de una vasta llanura, de una pampa, a la que puede aplicarse, trasladándola, ¡claro está!, a lo espiritual, la soberbia descripción poética que del de-

sierto dió Esteban Echevarría al principio de *La cautiva.*

"Jira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo
como el pájaro en el mar;
doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas,
doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas
que El sólo supo sondar."

¿Monotonía? No, nada menos monótono que el desierto. Aunque el tono fundamental sea uno mismo, las distintas distancias le dan distintos matices. El verdor de una inmensa llanura del mismo pasto que se pierde en la redondez del horizonte nos ofrece más matices de verdura que pueden ofrecer distintos manchones de distintas especies vegetales que se mezclen en un paisaje de montaña. Las cinco o seis notas de un caramillo no nos dan más variedad que una misma nota que se va perdiendo a la distancia y nos viene, como un eco repetido, de distintas lejanías.

Ni el cargo de monotonía ni el de pesadez suelen ser fundados en la mayoría de las veces. Alguna vez hemos dicho que una ardilla dando vueltas dentro de una jaula nos resulta mucho más pesada que un elefante caminando a paso lento.

El escritor quiere a las veces romper la aparente monotonía de su expresión propia citando expresiones de otros escritores, pero en las citas está él. Se puede escribir una obra originalísima nada más que con citas ajenas. Y es que el escritor que merece nombre de tal no hace más que decirse a sí mismo. Y aunque pretenda, como le pasaba a Flaubert, cultivar la impersonalidad. El reportero mismo,

el que publica entrevistas, si es escritor —y si no lo es no merece ser leído— no hace más que expresarse a sí mismo. Unos sin saberlo y otros sabiéndolo y unos hipócrita y otros cínicamente.

Leyendo estos días la *Historia general del movimiento jansenista desde sus orígenes hasta nuestros días* (en francés), que ha escrito Agustín Gazier, el último escritor jansenista, me fijé en lo que dice de aquel Juan Du Vergier de Hauranne, abate de Saint Cyran, bayonés de fines del siglo XVI —en esa época se hablaba vascuence en Bayona—, alma de Port-Royal y del jansenismo y uno de los más típicos representantes, con Iñigo de Loyola, del genio vasco. Hablando de él dice M. Gazier que tenía "una tendencia enfadosa a la exageración —era un vasco—, un gusto demasiado decidido por las ideas místicas y una tendencia a hablar demasiado y demasiado largamente de sí". Traduzco al pie de la letra, respetando las repeticiones del original, y lo de "era un vasco" que va entre guiones va lo mismo en él. Del pasaje no se deduce si es sólo la "tendencia enfadosa a la exageración", cosa de vasco, o si es también característico nuestro, de los vascos, la tendencia a hablar demasiado y demasiado largamente cada uno de sí mismo. Me acuerdo que cuando se le echaba esto en cara a don Antonio Trueba —que era vasco no más que en parte y por adopción y cariño, pero no de casta— sólo contestaba que él mismo era el hombre que tenía más a mano para ejemplificar sus observaciones.

"Ustedes los vascos son muy suyos" —me decía una vez cierto sujeto que pretendía cultivar lo que él llamaba la objetividad—. "¿Muy nuestros?" —le repliqué—; "querrá usted decir muy nosotros." Luego añadió: "Se dice usted demasiado a sí mismo; me gustaría más que fuese usted más objetivo." Y yo entonces: "Por lo visto yo no soy para usted

un objeto; y, sin embargo, para un hombre no puede haber objeto más digno de atención que otro hombre." Se temió que le estuviese tomando de objeto de mi estudio y, como tenía miedo de conocerse a sí mismo, se me esquivó.

Los libros más autobiográficos son las biografías que unos hombres escriben de otros. Y ocurre a las veces que el que se pone a escribir la vida de otro hombre que vivió acaso siglos antes que él acaba por persuadirse, aunque no se atreva a decirlo, que su biografiado es él mismo, que él, el autor de la biografía, es una reencarnación de aquel cuya vida cuenta. Y acaso sea así.

La objetividad es una mentira tan grande como la actualidad.

Pero... ¿no he dicho estas mismas cosas otras veces? ¿No me estoy repitiendo? Estoy viviendo, y mi vida es escribir, como la tuya, lector, es ahora leerme. En todo caso es para mí nuevo. Y el eco que te llegue de pasadas cosas mías te dará otra nota que la que ahora oyes.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 29, IX, 1923.]



VIII

ENSAYOS ERRATICOS O A LO QUE SALGA

(1901-1924)



D E A N T R U E J O

Arribamos, por fin, como todos los años, al Carnaval, flujo de primavera, introito de la Cuaresma; que no otra cosa que *introito* vale nuestro *antruejo*, antiguo *antruído* y *entruído*.

Dimos, al cabo, en el festival de la máscara, de la *persona* de los latinos, noble prosapia y abolengo de nuestra tan asendereada personalidad. ¿Es que valemos, por ventura, en saldo de cuenta, algo más que el papel que en la mojiganga del mundo representamos? Mi máscara soy *yo*, afirmo sentenciosamente.

Al cuajar los fugitivos gestos en permanentes rasgos, nos dan la fisonomía, nuestra máscara natural. Y si no, ¿por qué aquí, en el Mediodía, priva más que en el Norte esto de taparse la cara con la careta? Porque el impasible rostro del septentrional es ya, de por sí, careta, de algún modo hemos de encubrir la movilidad de nuestros denunciadores gestos. ¡Y ni aun así! Porque *yo* asiento este aforismo: Dime qué careta te pones y te diré quién eres. Para que a uno le desconozcan, nada mejor que disfrazarse de sí mismo.

Tengo *yo* mi *persona*, mi máscara privativa y congénita; pero además poseo buen surtido de caretas y antifaces, *personas* de pega y compromiso. Y ahora, ¿cuál es el disfraz en moda? ¿El de regenerador? Pues ea, me lo enfundo, ahueco mi voz, en vez de

aflautarla como es de rito carnavalesco, comparezco y digo...

Mas antes de decir cosa alguna, ¿por qué en Carnaval se aflauta y no se ahueca la voz? ¡Oh, perspicacísima sabiduría popular!, que dice el otro. Es que el pueblo barrunta que el ahuecar la voz sólo para mejor delatarse sirve. Mas, aun así y todo, la ahueco porque sería fácil que, una vez que me conocieren, hicieran que, de reflejo y por reverbero, me conozca *yo*... y harto lo he menester. (Esta máscara del *yo,* de que uso y abuso, aunque empieza ya a no llevarse, da excelente juego para bromas filosófico-carnavalescas. No seamos modernistas.)

Disfrazado, pues, de regenerador, con voz entonada y ademán cadencioso y solemne, prorrumpo: ¿Qué significan nuestras modernas saturnales? (*Anch'io sono erudito*!) ¡Ah, señores!

Hay que dejar a Encélado que se desahogue de vez en cuando vomitando humo o lava por el embudo del Etna, no sea que, en una suprema sacudida de desesperación, conmueva a Sicilia entera al querer cambiar de postura. ¡Oído a la caja!

Decimos los filósofos de antruejo que hay que abrir la espita a veces para dar salida al poso de salvajismo que, heredado de nuestra máscara paleolítica, llevamos todos en el limo del cauce por donde el espíritu fluye. "¡Es salud!", dicen las gentes a la buena de Dios cuando a un mozuelo le brotan sarna, granos, empeine o bubones. Límpiaselos, y te dirán que se los has endilgado adentro, y si a los años muere, murióse de aquello, que le escarbaba en el bandullo, redundándole de allí a apestarle las enjundías. Así son los carnavales: ¡fuerza de la sangre; sarpullido de salud! Y, ¿qué malos humores desentupe? Procedamos con tiento.

En estas nuevas saturnales desfóganse los esclavos de la cultura, los forzados de la policía que

nos oprime, y lo hacen contra la pulcritud bifronte, o de dos caretas como si dijéramos: pulcritud corporal o limpieza, y pulcritud espiritual o armonía (sin antifaz ortográfico). Porque ¿es acaso el carnaval otra cosa que una protesta popular contra la armonía, limpieza del alma, y contra la limpieza, armonía del cuerpo?

Dejemos, en efecto, al carnaval de estufa, al que se deshace en papel picado, serpentinas, flores y alegorías de concurso; carnestolendas sujetas a policía, carnaval disfrazado, lo que es ya el colmo... ¡carnaval acarnavalado!, ¡alguacil alguacilado, vamos al decir! Quien a hierro mata, a hierro muere. Dejémosle, y miremos al otro, al bravío y callejero, al antruejo, que dicen que agoniza.

Redúcese todo él, en resumidas cuentas, a salirse zarrapastroso y enhollinado, con dos jemes de pringue a cuestas, arrastrando unas sayas asquerosas; a chapotear en los chapatales y revolcarse tal cual vez en el cieno —del que se goza a menudo en esta época del año, por ser ella de lluvias—, a que los chicuelos baboseen el higo, a llevar escobas al hombro, es decir, en descanso y huelga, y a armar, en fin, los ruidos y tremolinas más discordantes que se pueda, con almireces, latas, matracas, carracas y gatos encajonados.

El pobre Encélado, oprimido por todo un Etna de coactiva impureza y de música impuesta, revuélvese y se desahoga, despidiendo humaredas de porquería y gruñidos de desconcierto. Sea en buena hora, no vaya a bambolearnos a Sicilia entera, hundiéndola, con temblor de tierra, en lodo y confusión anarmónica si pretendemos refrenarle.

¡Le prescriben la limpieza! ¡Le privan de la voluptuosidad del pringue! ¡Impónenle, con el traje, el aseo, porque al desnudo le mondarían el aire, el

sol, la lluvia, el roce...! Cuchillo en vaina luego se roña. El traje, ese guardasudores, es el culpable de la esclavitud a la limpieza. No es el hombre más que un animal que se viste, y sucio, por lo tanto, si no se restrega y fregotea a cada dos por tres. ¡Fastidiosa mundanidad! ¡Por algo se le llamó mundo, *mondo* o limpio, al primero de los enemigos del alma. ¿No vemos, acaso, que ponen algunos la porquería como presupuesto tácito de vida ascética? ¿No nos presenta el carnavalesco Aristófanes a los baños como lugares de afeminación y molicie de que debe huirse? *Sublata causa, tollitur effectus,* que decimos los filósofos. Tornemos a andar en pelota y estará el jabón de más.

¿Y la música? Nació con el baile, mellizos entrañables. Lleva el salvaje el compás con los pies, lo mismo que con los pies se hace sendero. Lo de abrírnoslo a cordel y con las manos propio es de los que a batuta y con las manos llevamos el compás. Y aun hoy el pueblo apenas concibe otra música que la bailable.

Oír un organillo y empezar a retozarle las piernas y contorneársele el cuerpo, es todo uno.

"Y esto, ¿cómo se baila?", preguntó un patán oyendo una sinfonía de Beethoven, porque el sublime ritmo no le ponía en baile las entrañas espirituales. ¡Legión los que juzgan de la música con los pies, según les bailoteen o no éstos al oírla! Más de cien veces oirás, respecto a obras de literatura o arte, preguntas que en la del patán se compendian; y esto, ¿cómo se baila? Llévales a esos danzantes a teatro, novela, lírica, épica o crónica que no sean de valses, polcas, mazurcas, jotas, zortzicos, sardanas, charradas, fandangos, gavotas o rigodones y te preguntarán: Y esto, ¿con qué se come? "¡Pero si no tiene argumento, señor...!" ¡Eh, ojito! ¡No me digan

también a mí que me salgo del compás estatuído para estas cosas!

Y, ¡es claro!, en ese tránsito de bailable a la elevada música *di camera,* de la cadencia que cosquillea los pies, al ritmo que mece las entretelas del alma, ¿no ha de sufrir el pobre Encélado? Por eso en carnestolendas, al sentir con la savia primaveral, que borbotando le sube, la comezón del desentumecimiento, se rebela, coge su lata de petróleo y la arrastra, y nos da la primera tabarra, la jaqueca hache, nos *da la lata.* (Recojan los averiguadores esta explicación del modismo.) ¡Y del mal el menos! Vale más que nos dé la lata vacía el continente, que no chamusquina del que fué su contenido.

Fuerte cosa es querer llevar a jabón y baño a quien estaba hecho a limpiarse, como las navajas, por frotación y uso, y meterle en música a pie quieto a quien se educó bailando, como el oso, al buen tuntún de monótono pandero. ¿Abluciones? ¡Es cristiano viejo! ¿Música celestial?

Bástale la ratonera. ¡Para lo que ha de vivir...! Ved ahí por qué, caros lectores, los galeotes de la cultura protestan en nuestras saturnales de la pulcritud corporal y espiritual: de la limpieza y de la música.

¡Es salud! ¡Subsista y persista el carnaval cazcarriento y bullanguero, de canallesca carantoña, no sea que, de querer borrarlo, se nos cuele a las vísceras y nos las empuerque y anarmonice!

Mas, ¡oh, vosotros, graves varones, que quisierais raspar, como a sarro de paganismo, al antruejo de nuestras costumbres! ¡Solemnes regeneradores de cejijunta máscara y de voz tan hueca como la que brotara de la bocina que unía la boca del actor a la de su *persona,* de aquel tubo *personador* o resonador que a la careta misma dió nombre!

¿Sabéis el único camino para ir borrando estas

y las otras saturnales del pobre Encédalo? Lejía y ritmo; a cepillo y batuta; a fregoteo y música. Hay que barrer, barrer mucho y barrer bien, barrer al son de melódicas cantilenas no bailables.

Y termino mi broma con su correspondiente moraleja: Jabón y música son los principales agentes regeneradores de nuestro Encédalo; vistámonos, ya que hombres nacimos, pero andando, a pesar de vestirnos, aseados y pulcros de cuerpo y de espíritu, y que al oír el arpa eólica nos dance algo más que las piernas.

[*La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 15, II, 1901.]

ESPAÑA-PEREJIL Y LA ISLA DE CALIPSO

El número de la *Revue des Deux Mondes* correspondiente al 15 de mayo de este año, traía un trabajo de M. Víctor Bérard sobre *Los orígenes de la Odisea,* interesantísimo para los españoles. El tal trabajo llamó muy justamente la atención del docto y culto escritor señor Gómez de Baquero, en *La Epoca* de 10 de este mes de junio y bajo el título *Los orígenes de la Odisea-Calipso-Perejil,* da un extracto de parte de la labor de M. Bérard.

Trata este señor nada menos que de señalar la ruta y sitios de las correrías marítimas del astuto Ulises, y de probarnos que la Odisea es en buena parte una poetización de las instrucciones náuticas de los fenicios y de otros navegantes del Mediterráneo. Lleva a cabo Bérard su cometido con verdadero ingenio.

Fíjase, sobre todo, en la duplicidad de los nombres de los lugares y cómo éstos se nos presentan con el nombre semítico y el que luego le dieron los griegos, traduciendo éstos el nombre que a un lugar le pusieron los fenicios a la vez que lo conservaban. Y esto me recuerda lo que en cierta ocasión nos decía mi inolvidable maestro don Lázaro Bardón, hablandonos del río Guadix: "Vinieron los semitas y le llamaron *Ix* —decía—, que significaba "río"; llegaron luego los árabes y le llamaron *Wad-Ix,* es de-

cir, el río río, y por último le llamamos nosotros el río Guadix, esto es el río río río. Es como el puente de Alcántara, es decir "el puente del puente".

Volviendo a Bérard y Ulises no puede negarse que es ingeniosísimo cuanto el erudito francés hace por determinar la posición de los parajes que recorrió el astuto heleno, sirviéndose para determinarlos de un cotejo entre el texto de la *Odisea* y de las *Instrucciones náuticas y Derroteros* para uso de los marinos. Y no es el menos sorprendente de sus descubrimientos el de que la isla de Calipso, en que esta encantadora retuvo a Ulises, fué la actual isla del Perejil, adquiriendo así este indecente islote una importancia en que ni aun soñaba. Bien se ha dicho que Dios ensalza a los humildes.

De esto de que el islote del Perejil sea, según Bérard, la isla de Calipso, es de lo que dió cuenta el señor Baquero; pero queda otra cosa más sorprendente aún, y es que, según el mismo ingenioso investigador, la tal isla es la que ha dado a España su nombre. No quiere decirse que España haya de llamarse perejil, sino que el nombre de *Hispania* y *Spania* fué aplicado en un principio a ese islote y de él se corrió a la península toda.

Este humilde y modestísimo peñasco está a casi igual distancia de la punta de Almarza y de la punta Leona, en el Estrecho de Gibraltar, y depende de Ceuta. Es de figura triangular, de piedra, con algunos arbustos, de una milla de bojeo y de setenta y cuatro metros de altura. Es tan modesto y apocado el islote que es difícil hallarlo, pues hasta cuando está el tiempo claro no se le puede distinguir de la costa africana, uno de cuyos numerosos salientes parece. Hay en él una *caverna*, caverna a la que veremos adquirir, gracias a M. Bérard, una extraordinaria importancia. La tal caverna, que bien merece ser fotografiada, tiene por entrada una hendi-

dura de 20 metros de alto por siete u ocho de ancho, componiéndose luego de dos salas, y, a los diez metros, de otra de 30 ó 40 metros de largo. Según el *Derrotero del Mediterráneo,* podrían refugiarse en tal caverna hasta 200 hombres.

Tal es, según Bérard, la isla de *Calipso,* es decir, del "escondrijo", derivando Calipso del verbo griego *Kalipto* (καλυπτο), "ocultar o esconder". Según la *Odisea* había en ella perejil, de donde procede su nombre actual. Veamos ahora cómo este islote ha dado nombre a España, según Bérard siempre.

Dice éste: "He aquí, pues, la *Isla del Escondrijo,* la *Isla de Kalipso,* la isla de arbustos, sembrada de perejil y de violetas, alzándose sobre las ondas como un "ombligo" sobre el escudo homérico, y conteniendo dos mesetas, dos planicies, cubiertas de monte y de yerba. Que hayan conocido y frecuentado este refugio los primeros navegantes del Estrecho; que hayan adoptado esta maravillosa estación de pesca, de comercio y de piratería los tirios o cartagineses en su cabotaje por la costa africana, es cosa que podemos *afirmar a priori.* Con la rada al abrigo de todos los vientos que deja entre sí y la costa; con su caverna accesible a los marinos e inaccesible a los terrestres, fácil de descubrir cuando se viene del Este, imposible de ver de todos los demás puntos, con su alta atalaya que domina el mar de Levante y de Poniente; a la entrada del Estrecho, he aquí la mejor emboscada y el mejor depósito, la verdadera escala de las barcas primitivas. Sólo la topografía nos permite imaginar cómo tuvieron en este punto los primeros exploradores de las columnas de Hércules una de sus etapas y después uno de sus puntos de apoyo para el descubrimiento y explotación del mar occidental. Perejil fué la *Isla,* el *Algeciras* de los primeros marinos. Pero, además de los datos topo-

gráficos, tenemos, según creo, un nombre de lugar, o más bien un doblete."

Y entra luego el ingenioso erudito francés en lo más sorprendente y curioso de su trabajo, esto es, en establecer que el nombre de *Calipso* —nombre del islote, personificado en la encantadora— es la traducción del nombre primitivo de Perejil, que debió de ser *I-spania*. "Un doblete grecosemítico va a llevarnos a la comprensión más exacta de este vocablo que empleamos sin comprenderlo, porque aplicamos al presente a toda la península ibérica o española el antiguo nombre que los primeros navegantes semíticos dieron a Perejil: *España, I-spania,* la *Isla del Escondrijo*."

El nombre de España se cree sea semítico, por haber conocido los romanos nuestra península merced a los cartagineses, y suele traducirse "isla del Tesoro", aludiendo a las riquezas mineras de nuestro subsuelo, de *i, ai, e,* "isla", y la raíz semítica *sapan,* de donde se deriva *sapun* o *sapin,* "tesoro". Pero monsieur Bérard da otra etimología derivándolo de *Ispanea,* del sustantivo *spanea,* "escondrijo". Y añade triunfalmente: "*I-spanea no es más que la isla de Kalypso, la Isla del Escondrijo. Perejil es la que era un principio Ispania, y no fué sino por error o por una extensión de sentido por lo que este nombre pasó al continente vecino.*"

No es cosa de ponderar el descubrimiento de monsieur Bérard, que se pondera por sí solo. No faltará lector descontentadizo y difícil que no vea claro cómo pudo extenderse el antiguo nombre de la Isla del Perejil a toda España, pero con sólo reflexionar en que aquel nombre significa *Isla del Escondrijo,* se le resolverán las dudas. Por mi parte, la única dificultad que encuentro para admitir el brillante invento de M. Bérard es que, según algunos paisanos míos, el nombre *España* deriva del vascuen-

ce *ezpaña,* "labio", aludiendo a la posición que tiene nuestra península en Europa, etimología muy racional y justa, ya que saca el actual nombre de España (no *Hispania*) del actual nombre del labio en vascuence, pues siempre debe uno atenerse a actualidades, que es lo real, sin ir a buscar la forma antigua del nombre de España y del nombre vasco *ezpaña,* y por otra parte es sabido que los que dieron nombre a la península tenían a la vista constantemente un mapa de Europa. Mas una vez salvado este escrúpulo, no tengo inconveniente en aceptar la brillante explicación de M. Bérard.

Y, ¡qué prestigio no adquiere Perejil! ¡Cuán insondables son las vías de la Providencia y qué inescudriñables sus designios! En ese hasta hoy humildísimo y casi olvidado islote del Estrecho, frente al ominoso y agorero Gibraltar, tenemos al padre putativo de España, al que le dió nombre y con él individualidad entre las naciones. Bien podemos llamar a nuestra *Isla del Escondrijo,* a nuestra emperejilada *Ispania,* a nuestro gran Calipso, la Península del Perejil.

[*Alrededor del Mundo.* Madrid, 27, VI, 1902.]

EL ORIGEN DEL BALCON

Debo empezar por reclamar mi derecho a exponer y defender hipótesis científicas de mi propia cosecha, y seguir luego llamando la atención del lector respecto a la que sobre el origen del balcón he tenido la fortuna de que se me ocurra. Es una hipótesis luminosísima, muy ingeniosa y muy sugestiva, y que me parece ha de hacer que dé un paso gigantesco la arqueología y con ella la historia de la civilización. Porque es para mí indudable que esta mi peregrina hipótesis ha de provocar por analogía otras respecto a otros objetos no menos dignos de estudio que lo es el balcón.

Me atrevo también a suponer —aunque con todo género de reservas— que mi hipótesis es muy original. Las reservas provienen de que somos tantos los sabios que andamos a caza de nuevas hipótesis y de originalidades de todo género, que corre uno el riesgo de tomar por propia una teoría que ha sido ya expuesta por otro, descubriendo así un Mediterráneo. Para no caer en tan deplorable caso y merecer por ello la nota de plagiario, no hay más remedio que leer todo lo que se publica acerca de un ramo cualquiera antes de pretender innovar en él, y ni aun así no se está seguro, pues se da el caso de que en un tratado de teología se exponga una nueva teoría respecto a la naturaleza de los cometas o en una novela se nos descubra un nuevo ex-

plosivo. Lo único que puedo declarar —y quien no me lo crea con su pan se lo coma, que no con el mío— es que no he leído respecto al balcón y su historia y antecedentes más que lo que nos dice Larousse en su utilísima Enciclopedia. Y si yo no fuera tan leal como soy, traduciría aquí, o extractaría, el artículo del Larousse sobre el balcón (que se encuentra en el tomo de la B) para que se viera si soy erudito.

Debo llamar la atención del lector respecto a la grandísima importancia que van tomando los estudios respecto al origen de las cosas, a su génesis. Los filósofos modernos creemos que antes de preguntar qué sea una cosa y para qué sirva, hay que averiguar de dónde procede y cómo se produjo, y sentimos un profundo desdén hacia aquellos que cazan sin saber la historia de la escopeta, o comen pan sin haber estudiado cómo se produce el trigo y se hace la harina. Relegando a segundo término el *por qué* y el *para qué* de las cosas, investigamos su *cómo,* y en primer lugar el cómo se produjeron. Por mi parte, puedo asegurar que, desde que tuve la dicha de vislumbrar cómo se ha originado el balcón, me asomo al de mi gabinete de estudio —que es un balcón hermosísimo— con una íntima satisfacción que antes desconocía.

Por ignorar la ciencia de los orígenes, de los orígenes de las cosas, y todo eso de la ontogenia y la filogenia, preguntaba aquel chino de que nos habla Enrique Gaspar y a quien le preguntaron —al chino— para qué quería la coleta, para qué queremos los europeos los dos botones que llevan detrás, hacia la cintura, nuestras levitas. Ignoraba el buen chino que esos dos botones son órganos atrofiados, representantes de los dos botones que en la antigua casaca, a la federica, servían para sujetar las faldas cuando se las recogía, cosa que aún hoy se hace

con los capotes de los soldados. ¡Lo que es la ciencia! Y de igual manera el balcón es un órgano atrofiado y rendido a nuevos usos.

No menos interesante que mi luminosa teoría respecto al origen del balcón, es el modo como se me ocurrió a la mente, de una manera casi repentina, por iluminación súbita, como se les han ocurrido a casi todos los grandes descubridores los grandes descubrimientos a que deben su fama. Algo así como aquello de Newton, que dió en la ley de la gravitación viendo caer una manzana. Pero así como este insignificante accidente no fué más que la gota que hizo rebasar de la mente del gran matemático una teoría brotada de lo mucho que había pensado en ello, así el insignificane suceso que hizo saltar de mi mente mi luminosa teoría no fué más que ocasión y no causa de mi descubrimiento. Y es que sin duda debí yo de haber pensado mucho —aunque ahora no me acuerdo de haberlo hecho— en eso de que se les ocurriera o los hombres abrir una puerta al exterior de un piso alto y ponerle un antepecho a que asomarse. Porque esto puede parecer una cosa naturalísima y que a cualquiera se le ocurre, a uno de estos espíritus superficiales que se imaginan que las cosas que hoy vemos en uso entraron en él de repente, porque sí, por invención espontánea, y no paso a paso, en virtud de un proceso complicado y muy lento. A los espíritus observadores y profundos, que somos evolucionistas siempre, no se nos ocurre semejante ligereza, y estamos profundamente convencidos de que sólo merced a un largo proceso se le ocurrió al hombre poner a sus trajes ojales y botones, v. gr., o mangos a los cuchillos. Pero vengamos al balcón, que ya es hora.

Ello fué viajando yo una vez por mi provincia de Vizcaya, y al ver un caserío que, como casi todos los de allí, tenía su entrada por el piso alto, mediante

una escalera exterior. Entonces observé que en un país húmedo, como es el mío natal, las gentes tienden a vivir en pisos altos y no a ras del suelo, fenómeno que pienso apoyar en muy nutridos datos. Y para subir a un piso alto, lo más cómodo es una escalera, sea de madera, sea de piedra, escalera que puede ser sencilla o doble; sencilla si sólo es por un lado, y doble si lo es por ambos lados. La doble ofrece la ventaja de que pueden subir unos por un lado, mientras por el otro lado bajan los otros. Y estas escaleras pueden ponerse o formando ángulo recto con la fachada, o adosadas a ellas, siendo la costumbre ponerlas adosadas, al parecer porque así se aprovecha mejor el terreno. Las tales escaleras exteriores pueden ser de piedra o de madera, y aunque unas y otras se estropean, la experiencia ha enseñado que las de madera se estropean antes que las de piedra, máxime si se tiene en cuenta que, como las carreteras de que hablaba un diputado provincial zamorano, están a la intemperie. Cuando publique mi sabia monografía acerca del origen del balcón, monografía que irá acompañada de numerosos fotograbados, planos, esquemas, diagramas y figuras, probaré todos estos extremos que aquí apunto.

Y pudo muy bien suceder, y acaso sucedió y me atrevo a sostener que tal vez tuvo que suceder, que en alguno de esos caseríos, además de la entrada por la escalera exterior, se les ocurriera a sus moradores hacer otra entrada al piso superior por escalera interior, en el cuerpo de la casa, desde la cuadra u otro lugar del piso bajo. Y una vez en uso esta escalera interior, la exterior iría perdiendo el suyo, y llegaría caso de tener que condenarla.

El ingenuo y amenísimo Heródoto, padre de la sociología y de otra porción de cosas muy antiguas, en el capítulo XVI del libro V —que es el dedicado a Terpsícore— de sus *Historias,* al hablarnos de las

habitaciones lacustres de la Peonia, nos explica cómo las construían sobre planchas tendidas entre pilotes, fijados en medio de la laguna, pasándose a ellas por un puente y cómo llevaba a la laguna una puerta bajadiza. "A los niños pequeñuelos —añade— les atan con una cuerda por un pie, por temor a que resbalen y caigan." (Hago aquí merced del texto griego, aunque en mi monografía lo citaré por entero.) Algunas veces las escaleras exteriores de los caseríos de mi país suelen estar muy deterioradas, y si son de madera y hay además escalera interior, hasta suele faltarles algún peldaño; pero no he visto nunca que por eso se les ate a los niños de un pie. Es mucho más sencillo condenar la escalera exterior, cerrando su paso al descansillo o tramo último, el que se extiende ante la puerta alta. Y he aquí cómo, condenada la escalera, tiende a desaparecer y desaparece al cabo, y no queda de ella más que su ultimo tramo, el descansillo final, es decir, el balcón, que no viene a ser, por lo tanto, más que una *escalera exterior atrofiada.*

¡Una escalera exterior atrofiada! He aquí la definición genética del balcón, la mejor que de él puede darse, pues, como llevo dicho, sólo lo genético es lo verdadaremente profundo y filosófico. Una vez sabido que el balcón no es más que una escalera exterior atrofiada, ábrensenos vastísimos horizontes respecto a la significación, al valor, al uso, al alcance y al porvenir de ese utilísimo artefacto arquitectónico. Y entre otras cosas, ¿no puede volverse a un órgano atrofiado la función que perdiera y renovarlo así? Los escalos que se llevan a efecto por balcones, subiendo a ellos mediante escaleras de mano, ¿no son tal vez verdaderos casos de atavismo, y no obedecen los ladrones o los amantes, al hacerlo, a un instinto heredado, que duerme en la subconciencia de sus espíritus, por debajo de lo que llamamos los

modernos psicólogos el umbral de la conciencia? El entrar por el balcón parece ser un procedimiento más tradicional que el entrar por la puerta, y propendo a creer que en más de un caso, en vez de ser el propósito de robar una casa lo que mueve a los ladrones a entrar en ella por el balcón es el instinto atávico de entrar por éste en ella lo que les impulsa a robarla, porque una vez en el balcón se dirán: y ahora, ¿qué hacemos?; y, ¡es natural!, la idea de robar la casa se les ocurrirá al punto. Pero es una delicadísima cuestión de psicología, y en cuestiones tales toda la cautela es poca.

No se me oculta que los espíritus superficiales y ligeros, que no dan a las cuestiones de origen la importancia que tienen, ni aprecian en lo debido la concepción genética de las cosas y se imaginan que es todo muy sencillo, ya sé que en los tales espíritus no verán la enorme trascendencia de mi descubrimiento, pero no por eso dejaré yo de seguir ahondando en estos problemas, y muy pronto espero poder exponer a mis lectores otra no menos luminosa teoría respecto al origen del bolsillo y la faltriquera.

Por desdeñar este género de investigaciones es por lo que en parte nos vemos en España como nos vemos, y otro gallo nos cantara si, en vez de andar en lucubraciones metafísico-regeneracionistas, nos ocupáramos en indagar por qué se lleva el lazo del sombrero a la izquierda, o cómo se originó la esclavina de la capa, o si conviene que los tenedores tengan tres o cuatro, cinco o más púas. Tal pelo hemos echado por esta nuestra aversión a la verdadera ciencia.

Procure, pues, cada español rendir culto a la verdadera ciencia, dentro de sus aptitudes y conocimientos; regenérese cada uno de nosotros y nos regeneraremos todos. Yo, por la parte que me toca, seguiré dedicándome a la ciencia positiva, genética, evolu-

cionista, empírica y antimetafísica, como hasta aquí me he dedicado a ella, aunque no hubiera logrado más fruto en su cultivo que el de haber hallado una tan hermosa teoría sobre el origen del balcón, moriría tranquilo y seguro de haber servido a mi patria España, que cuanto más ingrata conmigo me es más querida.

[*La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 8, VIII, 1903.]

JUGUETEOS ETIMOLOGICOS

El Caramillo y el Calamar

En no pocos tratados científicos suele ponerse antes de la indispensable e imprescindible definición de un concepto, la etimología del vocablo con que lo expresamos, y parece ser que hay quien cree de buena fe que semejantes etimologías sirven para algo sustancial.

Me gusta respetar todas las opiniones sinceramente profesadas, sin que esto implique por mi parte que pretenda se me respeten las mías, ya que yo, aun siendo quien las profeso, las respeto muy poco; mas a pesar de este mi gusto en respetar las ajenas opiniones no consigo tomar en serio la de que la etimología de un vocablo sirva para definirlo mejor. Son tales, en efecto, los tumbos, esguinces, volteretas y giros que va dando el sentido de ciertas palabras, que las hay a las que no conocería al cabo de unos siglos ni la madre que las parió.

Precisamente por no conseguir creer en la utilidad de las etimologías fuera del campo de la lingüística, ni haberme acabado de convencer de que el conocimiento del origen de un vocablo sirva más que para estudiar cómo se originan los vocablos, precisamente por esto me atrae y me divierte todo lo que a la etimología se refiere.

Es, además, uno de los campos en que más se disparata, y en el disparate es donde mejor brilla el

ingenio humano. Quien desee conocer lo más exquisito de inventiva humana y medir todo el alcance de nuestra más noble facultad anímica, de la más consoladora y liberadora, la imaginación, debe ir al campo de los disparates. Etimologías hay hoy, sacadas con todo rigor científico, y con sujeción a las más estrictas leyes fonéticas y analógicas, que dejarían tamañita a la ya famosa de Voltaire, que sacaba, en broma, el francés *cheval* del latín *equus* cambiando la *e* en *ch* y el *quus* en *val.*

Yo no sé cómo no se meten por el amenísimo y fecundo campo de las etimologías todos esos ingenios de tercer orden que andan buscando retruécanos, *calembours,* juegos de palabras, chistes de vocablo y no de concepto.

Pues si para algo sirve la ciencia, es muy principalmente para excitar a nuestra imaginación a que forme metáforas e invente graciosos contrastes y comparaciones, mostrándonos entre los objetos relaciones y enlaces que no vemos a nuda inspección sin el auxilio de aquélla.

Increíble parecerá tal vez al lector que todas estas consideraciones casi filosóficas sirvan de introducción a unas notas acerca de las relaciones que median entre el caramillo y el calamar. Y vamos al caso. A la caña se la llama en latín *calamus,* y todos mis lectores conocen sin duda la frase aquella de *calamo currente,* al correr de la caña, o sea de la pluma, porque los romanos escribían con cañitas. En esto soy romano —*cives romanus sum*— y puedo con toda propiedad decir *calamo currente,* porque uso cañas a guisa de portaplumas, y es artefacto que recomiendo a mis lectores. Son, en efecto, los portaplumas más baratos, los más ligeros y más cómodos, y los más limpios. Para obtenerlos basta con cortar un trozo de caña bien seca y del grueso que se desee, e introducir por uno de sus extremos otra cañita más

delgada que a ella se ajuste, colocando entre las dos la pluma. La caña puede limpiarse, y ésta es una de sus ventajas.

Usaban los romanos, como digo, cañas o *calami* para escribir, como se han usado hasta no mucho plumas de ave, y como esas cañas las colocaban en el tintero, se le llamó a éste "cañero" —como si luego se le hubiese llamado "plumero"—, esto es, *calamarium. Calamarium* es, en efecto, el nombre del tintero en bajo latín, y de aquí el italiano *calamaio,* que significa tintero.

Y luego se trasladó metafóricamente el nombre "tintero", *calamario,* al jibión o *calamar,* al animal marino que se defiende bravamente de sus enemigos emporcando con su tinta el ámbito en que vive, y huyendo merced a esta porquería, símbolo vivo del escritor que con su tinta debe también defenderse. Verdad es que al pobre calamar o tintero metafórico, que con su tinta se defiende, lo cocemos también en su propia tinta, como en su tinta se le cuece al escritor.

Es curioso que si el calamar endereza y pone derechos sus tentáculos, no dejan de parecer estos *calami,* cañas o portaplumas colocadas en su tintero. Y no es la forma del calamar una de las menos apropiadas para tintero.

La etimología popular supone que calamar deriva de *cala-mar,* porque el buen tintero vivo cala los mares; mas acerca de esto de las etimologías populares digresionaré otro día.

Del mismo *cálamo,* caña, salió *calamillo* o *caramillo,* cañita, la flauta rústica que se hace con una caña agujereándola en ciertos puntos. Y así se ve el parentesco que existe entre el caramillo y el calamar, sirviendo la caña de término de enlace.

También se llama *caramillo* a un "montón de algunas cosas mal puestas unas sobre otras", según la Academia, y *caramillo* es, según la misma corpora-

ción, un "adorno de cabeza a manera de mitra o sombrero, usado por las mujeres de Asturias y León". En todo esto se trata, sin duda, de montón, que era primitivamente de cañas, y de un adorno de ellas. En esta provincia de Salamanca gastan las mujeres, durante la siega, unos grandes sombreros de paja.

Esto me recuerda el cañizo, las construcciones de paja que cubren los techos y de que se hacen algunas chozas. Y tanto es así, que en francés, en que *Calamus* ha dado *chaume*, a la choza se la llama *chaumière*, palabra equivalente, por la forma, al calamar. Y en castellano mismo, ¿no tendrá nuestra palabra *encaramarse* una génesis análoga? Acaso *encaramarse* no sea otra cosa que *en-calamarse*, subirse a las cañas, como si dijéramos, subirse a la parra.

Y considerando que los techos de las cabañas y primitivas construcciones rústicas eran de caña, *encaramarse* o *encalamarse* sería subirse a tales techos. La Academa quiere derivar *encaramar* de *caramillo*.

Y aún nos queda el *caramelo*. El cual *caramelo* deriva del bajo latín *calamellus*, que no es otra cosa que un diminutivo de *calamus*, siendo, por lo tanto. el caramelo una cañita, sin que tenga que entrar aquí, a mi entender, el *canamella*, o cañamiel como la Academia quiere.

Considere, pues, el lector si es que suponía parentesco espiritual entre *caramillo*, el *calamar*, el *caramelo* y el acto de *encaramarse*, y dígame luego si hay cosa más divertida y amena que esto de las etimologías.

[*Alrededor del Mundo*, Madrid, 27, III, 1903.]

L A B O I N A

Toda aquella pintoresca variedad de monteras, gorros, caperuzas y todo género de cubrecabezas va desapareciendo en España ante la boina niveladora. La boina, más cómoda y más barata, expulsa a todos los demás cobertores de la cabeza. Y a la vez destruye el pelo.

Es interesante y sugestiva la historia de la boina en España.

La boina se introdujo del Mediodía de Francia, a principios de la guerra civil carlista de los siete años, hacia 1833, y la introdujeron los llamados *chapelgorris,* o sea "gorros rojos" —la palabra vascongada *chapela,* que es el francés *chapeau,* es cualquier cubrecabezas—, cuerpos volantes cristinos, o sea liberales. Y aquí tenemos como primer dato curioso y sugestivo, el de que la boina, que llegó a ser para muchos distintivo del carlismo, fué introducida por tropas liberales, y siempre usada, en ambas guerras carlistas, por tropas liberales también.

Al introducirse la gorra en Guipúzcoa y el país vasco todo, empezó por sustituir a los más antiguos y más típicos cubrecabezas del país. Hoy, todavía, se encontrará en rincones del país vasco aldeanos que jamás se hayan puesto una boina. Siendo yo niño, veíase cada día en Bilbao los anchos sombreros de los aldeanos del Valle de Arratia, sombreros como la montera asturiana, con anchas alas, recogidas por

detrás. Y los de otras regiones de Vizcaya gastaban otros sombreros, y algunos el *chano*, un largo gorro de punto, algo parecido a la barretina. Y estos sombreros y gorros habían, a su vez, sustituído a otros más antiguos, como puede verse en un curiosísimo cuadro que se conserva en la Sala de Juntas del Señorío de Vizcaya, en Guernica.

La boina expulsó en el país vasco a los sombreros y gorros anteriores a ella, y pronto llegó a ser prenda típica, y en cierto modo tradicional del vasco. Al vasco no se le concibe en muchas partes, en América sobre todo, sin boina.

En la desgraciada estatua de Iparraguirre que se alza en Zumárraga, aparece el bardo errante en actitud teatral, como un tenor de zarzuela, agarrando la guitarra de un modo que parece va a esgrimirla para romperle la cabeza a alguien con ella, calzado con *mantarres* y abarcas como si se tratase de un labriego, y cubierta la cabeza con una boina. Y yo recuerdo que cuando mi maestro de dibujo y pintura, el señor Lecuona, pintor guipuzcoano residente en Bilbao, hacía un retrato de Iparraguirre, al volver éste, viejo ya, de América, le oí decir al cantor del árbol de Guernica que él, en su juventud, mientras anduvo de bardo errante, tañendo la guitarra por romerías y levantando los corazones del pueblo con sus cantos, no usó boina, sino sombrero; y con sombrero, con ancho sombrero, mucho más pintoresco y típico que la boina, aparece en el retrato que de él hizo el pintor bilbaíno Bringas, cuando Iparraguirre era un joven de negra melena. Y es de preferir el Iparraguirre de negra melena bajo ancho sombrero casi cónico, al Iparraguirre de melena blanca bajo raquítica boina.

Véase cómo la boina, introducida en el país vasco hace cosa de dos tercios de siglo, ha venido a ser prenda "tradicional" del vasco. Para que nos fiemos

de las tradiciones. Y no desconfío de ver que un día nos representan al canciller Pero López de Ayala, a Legazpi, a Oquendo, a Elcano o San Ignacio de Loyola con boina. De todo son capaces los tradicionalistas.

¡Y hay tantas boinas! Unas son materiales y de lana; otras, espirituales y de ideas o sentimientos. Y tan tradicionales las unas como las otras.

Visitando una vez el pórtico de la iglesia de Arrigorriaga, cerca de Bilbao, donde hay un antiguo sepulcro, se nos acercó un aldeano y nos dijo: "qué, ¿están ustedes mirando eso?, ahí está enterrado un rey moro, al que le mataron en tiempo de la francesada". Conviene saber que una tradición tan venerable como la de la boina y la del rey moro, dice que allí se dió una batalla entre los leoneses, mandados por un tal príncipe Ordoño, y los vizcaínos, y que fué tanta la sangre que corrió que convirtió toda aquella tierra en mineral de hierro, a que debe el nombre de Arrigorriaga, esto es, pedregal rojo.

A las tradiciones les pasó lo mismo que a los sombreros, de donde resulta, en buena lógica y buena historia, que lo más tradicional y lo más tradicionalista es andar en pelo.

Enseñándome una robusta iglesia románica del siglo XII o XIII, me decía el ingenuo párroco, un tradicionalista a tenazón: "Entonces, entonces hacían las cosas sólidas y no ahora; vea cómo este templo ha resistido ocho siglos". Y hube de contestarle con Pero Grullo: "Claro, como que los que hicieron endebles se han venido abajo; deje usted que pasen ocho siglos más, y de lo que hoy se construye quedará lo bien construído". El pobre señor olvidaba cuántas fábricas de los buenos tiempos se han hundido por su endeblez de construcción, y cuantas otras se sostienen merced a los puntales y apoyos de los tiempos malos. Y el templo mismo que me enseñaba

muestra señales claras de haberse resentido, doblándose sus columnas, aunque el intrépido párroco tradicionalista sostiene que eso es cosa de construcción. Entre esos caprichos de construcción y los adornos para tapar grietas resulta la arquitectura tradicionalista una de las cosas más divertidas.

Y volviendo a la boina, para acabar con ella, ¿no resulta una de las cosas más sugestivas eso de que llegara a ser casi símbolo de la comunión política, que se llama a sí misma por antonomasia tradicionalista, una prenda de cubrir la cabeza introducida en España no hace aún un siglo y por tropas que combatían a las carlistas?

(Los Lunes de "El Imparcial", Madrid, 26, XI, 1906.)

¡CRO, CRO, CRO, CRO!

En una vieja crónica italiana del siglo XIV, todavía inédita —y Dios la libre de un erudito que haga una edición metacrítica de ella— cuéntase cómo el gran taumaturgo lisbonense, quiere decirse, San Antonio de Padua, en vista del felicísimo suceso de su sermón a los peces del mar, decidió otra vez predicar a los peces de un hermoso y cristalino río. Fuése, pues, a la ribera de éste, y allí, en un remanso, empezó a predicar a los discretos y silenciosos peces que le oyeron con su habitual discreción y no menos habitual mudez. Lo que acaso no advirtió el santo es que, juntamente con los peces, le oían también algunas ranas, asentadas, entre alisos, en las orillas del sereno río. Luego que Fray Antonio se hubo ido, acertaron a pasar por allí unos caballeros y deseando, noticiosos del sermón, saber lo que en éste dijo el taumaturgo, se lo preguntaron a las ranas, sabedores de que los discretos peces no habrían de contárselo. Y las ranas les contestaron: "¡Cro, cro, cro, cro!" De aquí proviene, según la crónica, la tan conocida leyenda de que San Antonio de Padua predicó una vez a los peces de un río diciendo: "¡Cro, cro, cro, cro!"

Y ahora, por vía de comentario a este tan sugestivo e interesante relato, ocúrreseme hacer notar que la diferencia mayor que parece mediar entre los peces y las ranas no estriba en que aquéllos sean mu-

dos y solamente acuáticos, mientras estas otras son vocingleras y anfibias, sino más bien en que los peces, como aquellos admirables cabreros que oyeron a Don Quijote su homilía sobre la edad de oro —y Dios dé a todo homiliador cabreros— oyen para enterarse, al paso que las ranas oyen para no enterarse, es decir, para enterar a los demás de lo que oyeron o creyeron oír. Traducen al punto lo que oyeron y lo traducen, ¡claró está!, en su lenguaje batrácico: "¡Cro, cro, cro, cro!" Y si empleo cuatro "cros" y no más, es porque a cuatro, a todo tirar, se estrechan las modalidades de pensamiento, o por lo menos de expresión, de las ranas. Y así que se encuentran con una quinta o sexta, se las han ya muy mal.

Hay otro rasgo característico de la psicología batrácica, y por cierto muy curioso, cual es el que si a una rana se le echa de cebo un salchichón, se engulle los granos de pimienta, dejando la carne. Y es que se va siempre detrás del condimento. Y así no cabe duda de que a San Antonio no le oyeron sino las frases de condimento, o sea las llamadas por antonomasia frases, la sal y pimienta, en fin, con que de seguro trató de despertar y mantener la atención de sus oyentes. Y enristradas luego todas esas frases debió de resultar la sarta más incoherente y disparatada. Es algo así como si a mí, que no distingo el signo del "do" del signo del "fa", se me hiciera extractar una sonata de Beethoven y lo llevara a cabo tomando acá y allá las notas que me pareciese y enfilándolas.

Lo que no nos dice la susomentada crónica inédita del siglo XIV es si el lisbonense de Padua perdió o no el tiempo en rectificar a las ranas, aunque yo presumo, piadosamente pensando, que no le perdería de tan lastimosa manera. Debía de estar muy de sobra habituado a que los unos por insuficiencia de

medios de expresión, ya que no de comprensión, y los otros tal vez por cierta insidia, le atribuyeran los mayores despropósitos y hasta inventaran el si en tal o cual conversación de refectorio dijo o dejó de decir tal o cual cosa.

En una asamblea política no están mal las ranas. Porque en una asamblea política el orador surge de una casilla de un tablero, y llevando escarapela sobre la oreja, pertenece a este o el otro grupo, aunque sea el de los llamados independientes, y según la casilla que se levanta, se sabe de antemano, dado el asunto que se debate, lo que ha de decir, y por lo tanto, no suelta ni puede soltar nada de eso a que en lenguaje batrácico llamamos paradoja. Y además, el orador político, por forzosa exigencia de su situación, de su auditorio y de su propósito, apenas puede decir sino a lo sumo cuatro cosas; eso sí, dando a cada una de ellas cuatrocientas vueltas; y esas cuatro cosas pueden muy bien traducirse, aun a pesar de las mil doscientas paráfrasis, en "¡Cro, cro, cro, cro!"

Aquel ardiente e ingenioso africano, San Agustín, gran paradojista y forjador de tremendas antítesis —de esas antítesis secas y cálidas que brotan de la lucha entre el corazón y la cabeza— en uno de sus comentarios al libro del Génesis, confiesa, con la sinceridad en él habitual, ignorar para qué fueron creados los ratones, las ranas, las moscas y los gusanos. "Porque —dice— todas las criaturas son o útiles o dañinas o superfluas para nosotros. Por las dañinas somos castigados, corregidos o aterrados para que no cobremos apego a la vida." Mas en cuanto a las superfluas, añade que "aunque no sean necesarias para nuestro servicio, se completa y perfecciona con ellas el designio del Universo." Y el agustino Fray Martín Lutero, que en tantas cosas siguió al padre y maestro de su Orden, no le siguió del todo en esto,

según observa mi amigo el profesor Andrew Dickson White (*A history of the warfare of Science with Theology in Christendom*), sino que para él la mosca era, no ya superflua, sino dañina, como enviada por el demonio para molestarle a él, a Fray Martín, mientras leía. "Odio a las moscas porque son imágenes del diablo y de los herejes", decía Lutero. De donde se deduce en buena lógica —si es que de lógica me es permitido hablar— que a San Agustín no le molestaban las moscas como le molestaban a Lutero. Tal vez las de Hipona fuesen de una especie más benigna y apacible que las de Wittenberg. Y si así fuese, tendríamos que la diferencia entre las moscas cartaginesas o africanas y las moscas sajonas o europeas es lo que llegó a provocar una pequeña disensión teológica. ¡Misteriosos son los caminos de la Providencia!

Y ahora, por lo que hace a la finalidad de las moscas, debo declarar, ya que me preocupo de los paraqués mucho más que de los porqués y de los cómos, que las moscas se crearon para las arañas y las arañas para las moscas. Es decir, que se trata de una finalidad circular o mutua: *a* para *b*, *b* para *a*, y *ab* para sí mismo o misma. Sobre todo eso de la finalidad circular, ya que hay quien se empeña en hacerme un sabio, pienso publicar una doctísima monografía, con definiciones y todo, y acaso con gráficas a mayor abundamiento. Recordemos, por último, respecto a finalidad, aquellos dos versos de Goethe que dicen: "¡Qué reverencias no merece el gracioso Creador del mundo porque al crear el alcornoque inventó, a la vez, el tapón de corcho!" (Y como sé alemán, hago gracia al lector de la cita en su idioma original.)

Y las ranas y los ratones, ¿para qué fueron creados? No hay sino preguntárselo a Esopo y los fabulistas que le han seguido, al autor de la *Batracomiomaquía* y a todos los que han tomado a tan intere-

santes criaturas por personajes de sus fábulas. Y los han tomado ingenua y candorosamente, con la sencilla bonachonería del tradicional fabulista, el de *ridendo corrigitur mores,* que rara vez pasa de la inocente alegoría moralizadora, o a lo más llega a la suave ironía; pero no se deja caer en el amargo humorismo de espuma de azúcar y heces de acíbar o de veneno.

A Minerva no le dejaban dormir las ranas, pero ella se tenía la culpa, por acostarse cerca de la charca o del remanso del río en que ellas celebraban sus conclaves. Y, por cierto, fué una rana, de las que por enterar a otros no se enteran ellas, la que le contó a Bécquer aquello de que Minerva tenga verdes los ojos cuando no hay tal verdor.

No estaría de más el que me extendiera ahora aquí sobre las relaciones que median entre las ranas y el humorismo; pero tendría que empezar por hacer una definición del humorismo, ya que de la rana no es preciso hacerla. Porque la rana, como todo lo concreto y tangible, visible, oíble, olible y gustable, se define a sí misma con sólo presentarse, o es, en rigor, indefinible. Y además, francamente, si no pudiera uno hablar sino teniendo que ir antes definiendo cada uno de los términos que emplea, sería imposible toda conversación que mereciese el trabajo de decirla y oírla.

Claro está que topa uno con el valor que, no ya el uso, sino el abuso, y sobre todo la simplicidad mental del vulgo ha dado a ciertas voces complicadas de suyo. Así, en cierto mitin o *metingue* republicano se le escapó a un orador, *ex abundantia cordis,* esta expresión: "Quiera Dios que..." y todo fué oírla y rezongar varios oyentes: "¡Vaya un republicano!", y le reputaron por un neo disfrazado.

De donde se deduce —¡y vuelta a la lógica!— que lo mejor es atenerse a "¡Cro, cro, cro, cro!" Lo cual cabe hasta ponerlo en música.

sea un conjunto de despropósitos, disparates y extravagancias. No salía de mi *apoteosis*. Bien sé que hay una cierta socarrona impiedad inconsciente en el fondo del alma del pueblo, que le hace decir que ha salido una cosa como Dios quiere, cuando salió mal la cosa, y un cierto panteísmo, inconsciente también, que le lleva a expresiones en que entra el "todo Dios sabe..." o algo así; pero no sospechaba esa interpretación de la epístola a los efesios.

Pasó algún tiempo de esta mi consulta al limpiafijaida esplendórico Diccionario —al que suelo acudir también cuando estoy de mal humor para distraerme un rato, pues para esto es preferible al *Bertoldo*— cuando en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* que, para bien de la cultura nacional y bajo la dirección de don Marcelino, a quien acaba de perder la patria, publica la casa Bailly-Baillière, se tuvo el buen acuerdo de publicar el tomo de *Autobiografías y Memorias* coleccionadas e ilustradas por M. Serrano y Sanz, y que es uno de los tomos más entretenidos e instructivos y de más atractiva lectura. Entre las autobiografías que allí figuran, todas ellas interesantísimas, está el *Viaje de Turquía*, por Cristóbal de Villalón, quien se escondió bajo el pseudónimo de Pedro de Urdemalas. Este libro de nuestro siglo XVI, libro lleno de malicias, donaires y curiosísimas observaciones y no exento de su puntita de socarronería anticlerical, es una de las cosas de más gusto y entretenimiento que cabe leer.

Está escrito en diálogos o coloquios, y en el cuarto de éstos crúzanse entre Pedro, Juan y Mata las palabras que van a seguir. Hablando Pedro de unos sacerdotes que tomaron armas, dice, y le contestan Juan y Mata así:

"A vos, como a theologo, os pregunto si una fuerza como la de Bonifacio, o Tripol, o Rhodas, o Buda,

o Velgrado la defendieran clérigos y frailes con sus picas y arcabuzes, ¿fuéranse al infierno?

JUAN.—Para mí tengo que no, si con sólo el zelo de servir á Dios lo hazen.

MATA.—Para mí tengo yo otra cosa.

PEDRO.—¿Qué?

MATA.—Que es eso hablar adefeseos, que ni se ha de hazer nada deso, ni habeys de ser oydos..."

Y algo más adelante, en la misma página (la 60), dice Pedro:

"Podría el Rei rescatar todos los soldados que allá hai, y es uno de los consejos adefeseos, como vos decíais denantes, que las bestias como yo dan, sabiendo que el Rei, ni lo ha de hazer, ni aun ir a su noticia..."

¡Ya está aquí la explicación! —me dije—. Hablar adefesios o *ad-Ephesios* no es en su principio y sentido originario decir despropósitos, disparates y extravagancias como el adefésico Diccionario da a entender sino que es decir cosas que ni ha de hacer nadie caso de ellas ni han de ser oídas y que sólo un pobre iluso —no ya bestia— las dice, sabiendo que ni han de llegar a noticia del Rey o de los Reyes a quienes se dirigen.

Y, ¿por qué se dijo esto hablar adefesios y no hablar adgálatas o adcorintios o adromanos o adtesalonicenses o adfilipenses? La cosa está clasísima para quien recuerde o aprenda que los consejos que se leen a los recién casados, después de haberse ligado uno a otro y echándoles la bendición el cura, han sido tomados del capítulo V de la epístola de San Pablo a los efesios. Es todo aquello de "las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer...", y lo de "maridos, amad a vuestras mujeres así como Cristo amó a la Iglesia", y lo que sigue. Consejos adefesios que, en general, les entran por un oído y por el otro les

salen, y de los que maldito el caso que se hace, según el pueblo supuso y estampó esta su suposición en una frase.

Hablar o decir adefesios es, pues, dar consejos como los que por boca del cura da San Pablo a los que se casan, que "ni se ha de hazer nada deso, ni habeys de ser oídos", ni han de llegar acaso a noticia de aquel a quien se dirigen. ¿O es que dos que van a casarse, estando verdaderamente enamorados el uno del otro, y mientras el cura les lee los consejos *ad Ephesios,* están mirándose a los ojos y viéndose uno a otro en ellos, oyen siquiera los consejos tales?

Lo trágico viene luego, y es que esos consejos a que nadie hace caso, esas advertencias a que las gentes hacen oídos de mercader, llegase el sentido popular, creador del lenguaje, a suponer que son despropósitos, disparates, extravagancias, o si se quiere paradojas. Medite el lector por un momento en la relación que puede haber entre los consejos que San Pablo daba a los cónyuges efesios y la Iglesia repite a cuantos se casan, y una persona vestida de una manera ridícula y extravagante; repase con la mente el proceso imaginativo por que el pueblo ha pasado de una a otra cosa, y vea si no se le abren terribles perspectivas sobre el fondo del alma colectiva en que descansa eso que llamamos sentido común, y es todo lo contrario del sentido propio y hasta del buen sentido. Porque es el sentido común —¡y tan común!— el que ha convertido en adefesios, esto es, en despropósitos, disparates y extravagancias todo lo que se parezca, poco o mucho, a los consejos de San Pablo *ad Ephesios.*

Aunque la culpa la tuvo él, San Pablo, por haber tomado tan en serio su papel. Si en vez de irles a los efesios con aquellas graves amonestaciones, se hubiese entretenido en tomarles el pelo... (Es decir,

a los que se lo dejasen tomar, y a divertir a los demás a costa de esos cándidos.) ¡Aunque no! Tampoco esto está bien en un apóstol y, por lo tanto, le habría ido igual y acaso peor. Porque no se habría librado de que sus tomaduras de pelo pasaran por adefesios también.

Y luego, que nos venga el poeta satírico con lo de *ridendo castigat mores.* ¡No, no y no! No se debe reír ni hacer reír para corregir costumbres; débese reír por reír, por la risa misma, desinteresadamente, lo cual, cuando se trata de un tonto, es reírse para ocultar la indignación o el llanto.

En fin: adefesios *¡ad Ephesios!*

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 19, VI, 1912.]

AMENAS DIVAGACIONES SOBRE NEURASTENIA

El mundo no es un hospital, aunque lo parezca, y nosotros, aun cuando enfermemos, no somos casos, sino hombres. De donde el médico ha de ser ante todo psicólogo.

La primera cualidad que debe tener un buen médico es la de saber mentir. O saber engañar, que es lo mismo. Porque la primera obligación del médico es saber engañar al enfermo, si es que éste deja que se le engañe. Y es porque no hay virtud curativa como la del engaño.

La verdad es casi siempre una cosa muy fea, trágica. Por lo cual hémosle puesto la camisa del arte. ¿Qué sería la lógica sin la estética? La más noble representación de la muerte es figurarla como un esqueleto vestido de regio manto de oro recamado de diamantes. Y que éstos brillen tanto que deslumbren la vista.

A uno que tiene una enfermedad mortal no se le debe decir que la tiene, sobre todo si con hacérselo saber no se logra sino agravarle, como suele suceder, su dolencia. Es inhumano acibarar, y acaso acortar los días de un mortal hermano nuestro. Que se muera sin saberlo. "Desdichado por su desgracia y por conocerla", dice el coro a Edipo al verle luego que, abiertos sus ojos a la verdad, se los vació con las fíbulas del traje de su madre y esposa, la infeliz Jocasta.

¿Es que puede uno ser desgraciado sin saberlo? Duns Scoto enseña que cabe a un hombre felicidad sin que él lo sepa. Pero éstos son enigmas teológicos, no menos terribles que los de la Esfinge a Edipo.

Mentir, engañar es el arte supremo del médico, esto es, dar ánimo al enfermo. ¿Y cómo puede mejor darse a un hombre ánimo que por el engaño? Y hay que engañar a las veces también a la familia. Debe evitarse que el paciente descubra en los ojos de su madre, de su mujer o de su hija, el secreto de su destino. Hay que rodearle de un ámbito de ignorancia, de engaño.

Pero los enfermos son terriblemente suspicaces. Y más los enfermos de aprensión; esos a que se da el nombre de aprensivos.

¿Qué es la aprensión? No lo saben más los médicos que saben los confesores lo que es escrúpulo y lo que no lo es. Hay enfermos terriblemente aprensivos, y es, como el de los tontos, infinito el número de los que tienen la aprensión de que han de morirse. ¡Habráse visto...! Sólo los jóvenes se creen inmortales, aunque por vergüenza se lo callan.

Sé de un enfermo que dió en la más extraña y tremenda aprensión, cual era en la de que la muerte le había de coger dormido y no despierto. Y fué tan penetrante la manía, que dió en no dormir; el terror se lo impedía. El caso pareció llegar a desesperado, pero la sabia Naturaleza —sólo la Naturaleza es sabia de verdad— lo resolvió de una manera sorprendente. Y fué que el pobre aprensivo acabó por dormir soñando que estaba despierto.

Ahora los médicos han encontrado una palabra maravillosa, que es toda una panacea de engaño. Porque no hay como las palabras para curar, sean habladas o escritas. Muchas veces lo que cura no es la droga que contiene el frasco, sino la etiqueta. O sea la fe. Y otras veces la fe mata.

AMENAS DIVAGACIONES SOBRE NEURASTENIA

El mundo no es un hospital, aunque lo parezca, y nosotros, aun cuando enfermemos, no somos casos, sino hombres. De donde el médico ha de ser ante todo psicólogo.

La primera cualidad que debe tener un buen médico es la de saber mentir. O saber engañar, que es lo mismo. Porque la primera obligación del médico es saber engañar al enfermo, si es que éste deja que se le engañe. Y es porque no hay virtud curativa como la del engaño.

La verdad es casi siempre una cosa muy fea, trágica. Por lo cual hémosle puesto la camisa del arte. ¿Qué sería la lógica sin la estética? La más noble representación de la muerte es figurarla como un esqueleto vestido de regio manto de oro recamado de diamantes. Y que éstos brillen tanto que deslumbren la vista.

A uno que tiene una enfermedad mortal no se le debe decir que la tiene, sobre todo si con hacérselo saber no se logra sino agravarle, como suele suceder, su dolencia. Es inhumano acibarar, y acaso acortar los días de un mortal hermano nuestro. Que se muera sin saberlo. "Desdichado por su desgracia y por conocerla", dice el coro a Edipo al verle luego que, abiertos sus ojos a la verdad, se los vació con las fíbulas del traje de su madre y esposa, la infeliz Jocasta.

¿Es que puede uno ser desgraciado sin saberlo? Duns Scoto enseña que cabe a un hombre felicidad sin que él lo sepa. Pero éstos son enigmas teológicos, no menos terribles que los de la Esfinge a Edipo.

Mentir, engañar es el arte supremo del médico, esto es, dar ánimo al enfermo. ¿Y cómo puede mejor darse a un hombre ánimo que por el engaño? Y hay que engañar a las veces también a la familia. Debe evitarse que el paciente descubra en los ojos de su madre, de su mujer o de su hija, el secreto de su destino. Hay que rodearle de un ámbito de ignorancia, de engaño.

Pero los enfermos son terriblemente suspicaces. Y más los enfermos de aprensión; esos a que se da el nombre de aprensivos.

¿Qué es la aprensión? No lo saben más los médicos que saben los confesores lo que es escrúpulo y lo que no lo es. Hay enfermos terriblemente aprensivos, y es, como el de los tontos, infinito el número de los que tienen la aprensión de que han de morirse. ¡Habráse visto...! Sólo los jóvenes se creen inmortales, aunque por vergüenza se lo callan.

Sé de un enfermo que dió en la más extraña y tremenda aprensión, cual era en la de que la muerte le había de coger dormido y no despierto. Y fué tan penetrante la manía, que dió en no dormir; el terror se lo impedía. El caso pareció llegar a desesperado, pero la sabia Naturaleza —sólo la Naturaleza es sabia de verdad— lo resolvió de una manera sorprendente. Y fué que el pobre aprensivo acabó por dormir soñando que estaba despierto.

Ahora los médicos han encontrado una palabra maravillosa, que es toda una panacea de engaño. Porque no hay como las palabras para curar, sean habladas o escritas. Muchas veces lo que cura no es la droga que contiene el frasco, sino la etiqueta. O sea la fe. Y otras veces la fe mata.

Y esta panacea verbal que han encontrado los médicos es la palabra neurastenia. Palabra que no quiere decir nada, os lo aseguro. Y por no querer decir nada deja que con ella digan lo que quieran.

La neurastenia es la fórmula científica del engaño. O pseudo-científica. Este pseudo tiene también un gran valor en medicina, donde hay la enfermedad hache y la enfermedad pseudo-hache, y sólo se distinguen en que la una mata desde luego y la otra no. Cuando llega a matar, pierde el pseudo. Es decir, que es pseudo mientras no mata. Así, verbigracia, una caída desde una torre, si uno muere de la caída, es caída, pero si no muere de ella, aunque se quede cojo o manco, es pseudo-caída.

"¡Bah, lo que usted tiene no es más que una neurastenia!", y es una de dos, o que el médico no sabe lo que tiene, o que no quiere decírselo por creer que no debe. Y mi hombre se va por ahí con su neurastenia y hasta dándose tono con ella. Porque la neurastenia viste.

¿Y la cura? ¡Bah!, la misión del médico no es curar al enfermo, sino engañarle. Todos los enfermos son, en rigor, incurables. Y sobre todo la ciencia termina en el diagnóstico. Lo del tratamiento no es más que arte, y en punto de arte, el supremo es el del engaño.

La ciencia, decimos, termina en el diagnóstico, porque el fin de la ciencia es conocer las cosas, sus leyes y sus causas. Sólo al enfermo —¡si será exigente!— no le consuela ni le alivia saber en qué consiste su enfermedad y cuál fué su causa. Sobre todo, si la causa es, como suele ser, la vida. Porque no hay que darle vuelta, se muere de haber vivido.

La ciencia de la medicina estudia casos y no hombres y la perfección del conocimiento del caso se cumple en el diagnóstico. Y hay casos vulgares y otros muy bonitos, dando la pícara casualidad de que

los más bonitos suelen ser los más feos para el que los padece. Yo no sé si será o no un consuelo morirse de una enfermedad de que no haya otro caso en el siglo.

¿El tratamiento? ¡Bah!, el tratamiento consiste en hacerle creer al enfermo que va mejor, es decir, que de ésta no se muere. Con lo cual queda convencido —si no es joven— de que se morirá de otra.

"Para los neurasténicos, cambio de vida." Decía un célebre doctor a un paciente que fué a consultarle: "¡ni beba usted vino!"; y como el paciente contestara: "pero si no lo bebo nunca, doctor...", replicó éste: "¡pues entonces, bébalo usted!" Y el buen médico creemos que en este caso estaba en lo cierto.

Y lo más hondo es que el neurasténico suele saber que eso de la neurastenia no es más que un mote para salir del paso, pero se deja engañar porque quiere que le engañen. Los hombres queremos que se nos engañe. Raro es el que cree a su médico, pero si se siente malo, le llama, que es como decirle: "ven y ayúdame a que me engañe; hazme creer que de ésta no me voy".

Y así resulta que la medicina es la ciencia más profunda de la vida, pero la verdadera medicina, la de hombres, no la de casos; la de engañar, no la de diagnosticar.

Las Sagradas Letras dicen que la verdad nos hará libres, pero debe entenderse, nos parece, que nos hará libres de la vida, que nos libertará de ella. Y si no, basta concordarlo con aquello otro de que quien a Dios ve se muere. ¿Y no habíamos quedado en que Dios es la verdad suma? Como se ve, pues, la teología también es medicina, medicina del alma. Todo se reduce a hacerle a uno soñar que está despierto para que no le coja dormido la muerte.

Teniendo en cuenta todo lo cual, los casos y los hombres, la ciencia y el arte, el diagnóstico y el en-

gaño, la medicina y la teología, la verdad y la vida, un amigo mío médico está estudiando ahora lo que ha bautizado de pseudo-neurastenia. ¡Maravillosa invención!

Esto de la pseudo-neurastenia va a abrir vastísimos horizontes nuevos a los médicos. Ya alguno de ellos lo ha presentido, pues sé de quien, al presentársele un sujeto quejándosele de estar neurasténico, le contestó displicentemente y volviéndole las espaldas: "¡las ganas!, ¡por presumir!"

La pseudo-neurastenia se diferencia de la neurastenia verdadera... Pero ¿en qué se diferencian los pseudos de los que no lo son? No lo sabemos a ciencia cierta. Así, verbigracia, hay quien habla de la simulación del talento, pero cabe preguntarle: ¿y para simular talento no es acaso menester tenerlo? Porque si fuera posible simularlo sin tenerlo, ¡vaya una plaga de simuladores! Es como cuando Pero Grullo se metió a paradojista.

Tal vez lo que mi amigo el médico va a llamar pseudo-neurastenia no sea más que la neurastenia trascendental, la de aquellos desdichados que no se conforman ni consuelan con la verdad, que quieren ser engañados y no pueden, sin embargo, engañarse. A éstos se les recomienda que lean, estudien y mediten a Kant, que se chapucen en la razón pura a ver si así logran soñar que están despiertos, con lo cual no les cogerá la muerte dormidos.

¿Y qué más da morirse de un modo o de otro?, dirá algún lector de estas amenas divagaciones. ¿Y qué más da morirse? Le contestaremos. Por lo menos, Schiller, médico también y médico militar, nos daba en verso alemán este admirable consejo: "¿Temes a la muerte? ¿Deseas vivir inmortal? ¡Vive en el Todo! ¡Luego que tú te hayas ido, él queda!" Consejo que, como se ve, es maravilloso. ¡Vive en el

Todo!, es decir... Es decir, ¿qué? Porque yo no lo entiendo.

¡Vive en el Todo! Admirable formulario de receta de medicina trascendental. Y dentro del frasco, ¿qué hay? Ni aire.

Luego que te hayas ido, ¡él queda! Que es como si un médico le preguntara a un paciente: "y usted, ¿qué cargo ejerce?" y el paciente contestase: "yo, señor, soy de consumos", y el médico entonces: "bueno, pues no se preocupe usted, que aunque se muera, ya habrá quien llene su vacante".

De todo lo cual se deduce que no hay como no tener nada más que inteligencia para no padecer de ella. Tal vez si fuéramos un mero y escueto cerebro no padeceríamos de eso que llaman neurastenia, ¡pero ese pícaro corazón...!

El corazón... Pero hay cosas de que no debe hablarse, y el corazón es una de ellas. Además, si habláramos aquí de él, perderían estas divagaciones su amenidad.

[*El Heraldo de Cuba,* La Habana, 18, VII, 1914.]

ARABESCOS EN TORNO DEL CETRO

En el canto primero de la *Ilíada,* y en una de las veces que Aquiles se dirige, en disputa, con violentas palabras, a Agamemnón, jura un gran juramento por el cetro que tiene en la mano. Y dice así (verso 234): "Por este cetro, que ya jamás criará hojas ni ramos, pues que dejó en los montes el tocón, ni volverá a florecer: el cuchillo le peló hojas y corteza, y ahora los hijos de los aqueos lo llevan, como jueces, en las manos..." En la *Eneida,* Virgilio pone unas palabras parecidas, imitadas de esas, en boca del rey latino. ¿Qué era, pues, el cetro?

El cetro —*sceptrum,* del griego *skeptron*— era un bastón, una cayada y signo de autoridad. Era el palo con que imponía orden el jefe del pueblo y el del ejército, el cual no necesitaba llevar armas. Fué el progenitor del actual bastón de mando, aunque sin borlas entonces. Las borlas se las han puesto después, quitándole los clavos. Porque el cetro por el que juraba su gran juramento Aquiles, y que lo echó a tierra después de jurar por él, estaba claveteado con clavos de oro (verso 246). Hoy hay bastones que están así claveteados en su puño. Sólo que entonces debía ser para hacer más daño con él cuando el rey lo esgrimía en reprimenda contundente y manejándolo como una pequeña maza.

Porque "cetro" —*skeptron*—, del verbo *skèptomai,* apoyarse, y el sufijo *tro,* de instrumento, es ins-

trumento de apoyo, aquello en que uno se apoya, o sea, un bastón. Sólo que el rey o jefe tiene que esgrimir como arma reprensiva el bastón mismo en que se apoya. Y como rey —*basileus*— significaba pastor del pueblo, usaba como bastón una cayada, con el mango curvo para poder coger por el pie a las ovejas que se descarriaban, echándoles zancadilla. Tal es el báculo o cetro episcopal. Y el que no tiene báculo o *bacillus* —que es lo mismo— en que apoyarse, es imbécil —*imbecillis*—, esto es, sin apoyo de báculo o bastón, e inerme.

Guerra Junqueiro nos hablaba una vez de aquel cayado que va pasando de mano en mano de generaciones de pastores, como el cetro de la sencillez.

¿Quién no recuerda aquello de la Esfinge, de cuál es el animal que primero anda a cuatro pies, después a dos y, por último, a tres, refiriéndose al hombre, que de niño gatea y ya de viejo necesita báculo o cayado, cetro, para no quedar imbécil? Y la autoridad participa de la vejez. La autoridad, y más la regia, ni se apoya sino en bastón y a las veces en dos muletas —los partidos turnantes, en ciertos casos—, ni se sostiene bien si alguna vez no lo esgrime. Y casos hay en que tiene que jurar por él, por el bastón, el gran juramento, y echarlo luego a tierra. Sin que la tierra tiemble al recibir el golpe del cetro. Mas un cetrazo de cuando en cuando no suele venir mal.

Al Cristo le pusieron en la mano un cetro de caña, un cetro en que no cabe apoyarse, un irrisorio cetro que no era tal cetro, es decir, apoyadero.

¿Quién va a apoyarse en una caña?

Y hay, sin embargo, algo más frágil para apoyarse en ello que no una caña, y es un rollo de papel. Tal una Constitución. Porque una Constitución no es más que un rollo de papel. Y de un rollo de papel no cabe hacer báculo. Hácese bastones, sí, ya que

no de papel, de cartulina, pero es ensartando en alma de hierro discos de naipes de la baraja. En un bastón, o sea cetro, de rodajas de naipes de la baraja, de los que han servido para tallar al monte, es posible apoyarse, aunque con dificultad, porque esos bastones de naipes se doblan y falsean. ¡Pero en un rollo de papel...!

Un rollo de papel cabe esgrimirlo, pero es a modo de batuta, para dirigir una orquesta. Y entonces se convierte en una especie de cetro armónico u orquestal. Tal es una Constitución. A pesar de la cual, o merced a la cual acaso, desafinan los de la orquesta. Y es que es más difícil llevar la batuta de papel que apoyarse en un bastón de palo.

Sancho Panza, en la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad se entró con su amo en Sierra Morena, se quedó dormido sobre su rucio, con tan pesado sueño, que quienquiera que fué tuvo lugar a llegarse a él y suspenderle sobre cuatro estacas, a los cuatro lados de la albarda, de manera que le dejó a caballo sobre ella, y le sacó de debajo al rucio sin que él, Sancho, lo sintiese (*Quijote*, parte segunda, capítulo IV), hazaña que llevó a cabo Ginesillo de Pasamonte usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas (*Orlando Furioso*, XXVII, 84), según se dice en el capítulo XXVII de la misma segunda parte de nuestro libro.

Y esas cuatro estacas en que quedó apoyada la albarda del rucio de Sancho no eran más que cuatro apoyaderos, o sea cuatro cetros. Merced a cuatro cetros, le robaron el rucio a Sancho mientras dormía. Mas el rucio mismo de seguro que no estaba dormido con su amo encima de él. Y hay que meditar en eso de que le saquen a uno de debajo, sin que lo sienta, el rucio sobre que descansa y se encuen-

tre luego montado en una albarda apoyada en cetros. Que es peor aún que tener que apoyarse en dos muletas.

¿Y las borlas del bastón de mando? Esto de las borlas merece capítulo aparte. El cetro regio parece que no las tiene, que no tiene borlas. Y decimos que parece, porque no lo hemos visto nunca más que pintado. Ni hemos visto nunca cetro alguno, ni lo hemos sentido siquiera. Y ni aun hemos visto rasguear el aire con sus esguinces la batuta de papel constitucional. Sólo nos ha llegado a los oídos el horrible desconcierto de la desafinadísima orquesta.

¡Y es tan fácil encauzar el orden no más que con una buena batuta! Se ponen a dar vivas o *viscas* y mueras o *cops de fals,* parece que aquello va a ser una batahola y a acabar en un campo de Agramante; pero llega un hombre hábil, empuña una caña o vara de medir, la esgrime a modo de batuta, y al poco rato los vivas o mueras, los *viscas* o *cops de fals* se ordenan y armonizan en coro y todo se disuelve en armonía orfeónica. El orfeón es una de las invenciones más profundamente conservadoras y uno de los cimientos del orden.

Maragall, nuestro gran poeta ibérico —ibérico, como Guerra Junqueiro, más que catalán el uno y portugués el otro—; Maragall, en su poema el *Comte Arnau,* al hablarnos del fin de éste, del conde Arnaldo, nos dice cómo tenía éste el alma a merced de una canción, y cómo cantando nació la infamia y descantando la redención, y termina:

> Lo que la mort tanca i captiva,
> sols per la vida és deslliurat:
> basta una noia amb la veu viva
> per redimir la humanitat.

Y si basta una muchacha con voz viva para redimir a la Humanidad, mucho más basta una caña o

vara de medir, que a su modo es también un cetro —en ella se apoya el negocio—, bien esgrimida, a modo de batuta coral, para convertir un motín, y hasta una revolución, en un coro orfeónico.

¡Ah, si los que se apoyan en cetros, claveteados o no con clavos de oro, supieran siempre manejarlos a modo de batuta orfeónica! ¡Aunque eso de pasarse la vida cantando...!

[*El Sol,* Madrid, 3, II, 1918.]

¡Bien!, y ¿por qué arabescos? A lo que digo que no sirve ser intolerante y que a las veces no carece de alguna utilidad el acudir al *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española* en su última décima-tercia edición, la de 1899. El cual en la palabra arabesco, pág. 83, dice así: *Arabesco, ca,* adj. *Arábigo,* m. *Esc.* y *Pint.* Adorno de composición caprichosa, en la cual entran figuras de hojas, flores, frutos y cintas y toda clase de animales reales o imaginarios". Veamos esta definición.

Pero no, no se asusten mis lectores. En mí la filología no es nunca más que un pretexto, o mejor un trampolín. No olvido nunca que el Verbo encarnó para preparar la venida del Espíritu. Mi fiesta es la de Pentecostés, a la que prepara la Pascua de Resurrección.

Eso de arabesco parece que dice al árabe una relación análoga a la que el gregüesco dice al griego. Pero no hagamos proporciones, ¡no! Y no tiene el arabesco más de arábigo que tiene el gregüesco de griego.

Mas veo que voy cayendo en filologiquería, o si queréis palabrería, y ¡eso no! Quede ello para los rizófagos, que son los que se alimentan de raíces —crudas o cocidas— como los anacoretas de la Tebaida. Otros en cambio se alimentan de flores. Y algunos, los más prácticos, de frutos.

Hace poco han andado elucubrando sobre eso de

que el verbo amar es puramente literario entre nosotros y que ningún novio sensato se permite decir a su novia "¡te amo!", sino "¡te quiero!" De donde se deduce, claro está, que en España no se ama sino se quiere.

Estas deducciones filológicas son formidables. ¿Qué deduciremos, por ejemplo, de que en alemán la señorita —*das Fräulein*— es neutro, y de que es neutro el caballo: *das Pferd?* ¡Figúrense ustedes!

Parece ser que un sabio filólogo le preguntó a un viajero cómo llamaban al perro en la lengua de cierta apartada tribu y el viajero le contestó que no le llamaban más que animal. De donde el filólogo dedujo que no conocían al perro. Y el caso es que no había allí más animales que los perros.

Claro es que esta arbitraria anécdota acabo de inventarla arabescamente, pero no está mal traída, ¿verdad?

De que las señoras que andan a compras de modas tienen para designar colores un vocabulario mucho más rico que el del mejor pintor colorista, ¿vamos a deducir que distinguen más variedades y matices de ellos que el tal pintor? Ellas les dan nombres y él los reproduce y expresa en sus cuadros.

Y volviendo al ejemplo primero. En una de esas ingeniosísimas, y a las veces penetrantes glosas que Xenius publica casi a diario en *La Veu de Catalunya* trataba de eso de que el castellano *quiere* a su novia, el francés *l'aime* y el catalán la *estima*. Y nos contaba la historieta de aquel pobre sentimental castellano que le escribió a una francesita: *je vous veux*, queriendo traducir *¡te quiero!*, y ¡claro! no le resultó.

Pero es que *vouloir* no es lo mismo que *querer*, porque *on veut* a la francesa, pero *se quiere* a la española. Y si nos vamos al *estimar* catalán, cuyo origen es mercantil... Mas todo eso no es sino palabrería.

Lo que no quiere decir, por supuesto, que yo desprecie ni menosprecie siquiera la palabrería. No, lo que hay es que la cubierta de un globo no sube si no se la llena de aire caliente o de un gas más lijero que el ambiente, y el aire caliente o el gas lijero suben, aunque sea sin cubierta, y aunque se disipen luego. El espíritu puede pasarse sin verbo, pero el verbo no se puede pasar sin espíritu.

Y volviendo a los arabescos, ¿vamos a pasarnos la vida discutiendo palabras? Tengo observado que se refugian en las palabras los que tienen miedo a las ideas. En la escuela primaria nos hablaron de dos verbos; el uno con letra minúscula y con mayúscula el otro. Y los que se pasan el tiempo definiendo el minúsculo es porque le tienen miedo a la definición del otro, del mayúsculo.

Es como la música, que se refugian en ella los que tiemblan de encarar la vista de la esfinge. Y acaso se puede decir lo mismo de las otras artes. El modernismo literario, lo que se llamó entre nosotros modernismo hace veinte años, puede ser un remedio contra el otro modernismo. Y se discute sobre el valor del Greco o de Valdés Leal como se discute sobre el valor del Gallo o de Belmonte, para llenar un hueco espiritual. Porque mientras se habla de eso...

¿Que por el Greco se puede llegar a las más hondas simas de la eterna inquietud espiritual humana? Puede ser. Pero también se puede acaso llegar a esas simas por el Gallo. Y conste que nadie desprecia más que yo todo cuanto al arte de la tauromaquia se refiere, ni nadie está más convencido de la degradación mental que está trayendo a nuestro pueblo y de lo rudimentario de la mentalidad de la *afición*. Pero...

Nada más peligroso que los narcóticos, y el arte suele ser uno de ellos. Bueno es que a uno no le duela, pero es mejor estar despierto. Y entre pasarse toda la vida dormido y sin dolor —aunque sea

soñando— o pasarla despierto y dolorido, opto por esto último. Va en gustos.

Y entre las artes narcóticas cuento a la filología. Y desde luego a la erudición.

Cuando quiero descansar el espíritu me dedico a alguna investigación erudita. Después de haber estado coleccionando las variantes del adverbio *entonces* en el *Fuero Juzgo,* pongo por caso, se duerme tan ricamente. Casi tan bien como después de haber visto un drama del teatro poético.

Y a propósito: ¿sabrá decirme alguien qué es lo que quieren decir los que hablan de teatro de ideas? Y el otro, el que no es de ideas, ¿de qué es? Yo sólo sé que un cierto sujeto me dijo una vez que Hamlet no era más que una idea, y en seguida traduje que él no se sentía nada Hamlet. Es como la verosimilitud. Ante la resolución que un personaje dramático toma en un caso dado, el espectador se pregunta: "¿Haría yo eso en un caso análogo?", y si se contesta: "¡de ninguna manera!", concluye que aquello es inverosímil. Y es que la medida de la verosimilitud es él mismo.

"¿Pero ha visto usted? —me decía otra vez uno al salir de una pieza muy aplaudida—, ¡qué verdad!, ¡qué naturalidad!, si parece que está uno en el café oyendo a los amigos." "Pues por eso —le contesté— no acostumbro a ir al teatro; porque para oír lo que oigo o en el café o en la calle, me quedo en la calle o en el café. Voy a ver y oír a Hamlet, a Macbeth, a Otelo, a Segismundo, a Brand, a uno a quien no encuentro en calles o en plazas, pero para ver y oír a uno como usted, señor mío, me quedo en mi casa y no oigo ni veo a nadie o me veo y oigo a mí mismo." ¡Figúrense cómo me miraría! Y yo, para remachar más, añadí: "Quédese usted, pues, con sus autores favoritos, que yo para desquitarme de la ramplonería ambiente no voy a mirar a un espejo donde

se muestre ramplonamente reflejada esa misma ramplonería."

Quizá... Quizá... sea uno de los mejores medios de sugerirle al lector el modo cómo el protagonista de un relato nuestro se aburría aburriéndole con la relación del aburrimiento. Y alguna vez emplearon este método aquellos escritores que hace treinta o cuarenta años se llamaban realistas.

Pero ¡a dónde me ha traído la definición de aquel adorno de composición caprichosa en la cual entran figuras de hojas, flores, frutos y cintas y de toda clase de animales reales o imaginarios!

¡Composición caprichosa...! Sigamos divirtiéndonos con la filología. La palabra capricho, de origen italiano, dicen que deriva de cabra. Y entre nosotros es corriente decir de uno que está más loco que una cabra. ¿Por qué es loca la cabra? ¿Por su amor a la libertad acaso? Buffon habla de *l'inconstance de son naturel* — *anch'io sono erudito!* Es su amor á la libertad lo que la hace encabritarse. Por donde resulta el animal menos lógico, o si queréis metódico, o bien filosófico. Porque...

Porque ¿filósofo un animal que no sabe andar paso a paso, por carreteras, y hacia una meta determinada? No, la cabra es demasiado ingeniosa, demasiado arriscada, demasiado caprichosa, para poder filosofar. ¿Cuándo ha resuelto problema alguno como no sea el de su propia vida? Y ni aun éste. La cabra no gusta de resolver su vida, sino que prefiere tenerla siempre abierta, en perpetuo problema. Su placer es saltar de risco en risco a busca de nuevos pastos. Alguna vez se despeña y se mata, pero al buey, que es mucho más metódico y que ara, le matan en el matadero.

(*Los Lunes de El Imparcial,* Madrid.)

EL HOMBRE DE LA MOSCA Y EL DEL COLCHON

¿Conocéis a esos dos hombres? Pues son los que han nacido para aislar a los solitarios.

Elie Faure, en el ensayo que en su libro *Les constructeurs* dedica a Dostoyeuski, dice de éste, el más grande apóstol del cristianismo ruso, esto: "Como tenía un alma inmensa, estaba solo y no podía aislarse. Se comprende, porque sólo el que puede vivir todos los martirios que se sufre alrededor de él es también el que está solo."

¡Estar solo y no poder aislarse, no poder hallar su isla! ¡Ser un Robinson sin isla! ¿Os dais cuenta de lo que es esto? ¿Os dais cuenta de lo que es ser de nacimiento y para toda la vida un cartujo exclaustrado?

"Sólo el que puede vivir todos los martirios que se sufre alrededor de él es también el que está solo." Sobre todo, el que sufre los martirios de los que no lo sufren; el que siente la joroba de su prójimo, que no la siente, que acaso no sabe que la tiene; aquel a quien le duele la tontería del tonto que no sabe que lo es.

El hombre de la mosca y el del colchón no se dan cuenta de la espantosa desventura de su vida, del terrible sino que les acompaña a la tumba.

El hombre de la mosca es aquel a quien se le ha antojado una cierta mosca que tiene una pintita blanca, roja, azul o dorada en el coselete, y que a

cazar esa mosca lo pospone todo. La mosca puede ser una condecoración, un título, una senaduría, un sillón de académico, un ministerio... Siempre es una mosca de seis patitas y dos alas, y nada más. Y la mosca vuela de acá allá, posándose en un plato de miel o de leche, en una boñiga o en un cadáver. Y su hombre, el hombre de la mosca, a cazarla. Y acaba por no ver más que la mosca. Se acerca al cadáver de su mejor amigo, de su padre mismo, de un hijo acaso, si sabe que sobre él se ha posado la mosca, para cazarla allí, y no para otra cosa. Y tal vez al ir a cazarla da una bofetada en el rostro helado del muerto venerado. Y encima se le escapa la mosca.

Llegan días trágicos, días en que un terremoto social sacude las entrañas del pueblo del hombre de la mosca, y un día le veréis a éste, no con el valor, sino con la impavidez de la inconsciencia, deslizarse por la plaza o la estancia en que los combatientes se matan, y pasando por entre charcos de sangre, ir a cazar su mosca, que vuela sobre la refriega. Acaso en un momento solemne interviene en la lucha y predica la paz y la concordia, pero es sólo para que le dejen un momento seguir a su mosca, a la que ahuyentan con sus agitaciones.

¿No conocéis el caso de aquel loco que coleccionaba los últimos autógrafos de hombres ilustres o notorios, y en cuanto sabía que uno de éstos se hallaba en trance de muerte le asediaba con los más ingeniosos inventos para arrancarle la última firma? Dícese que desplegaba en esto un talento colosal. Vivía para engordar su mosca, que era su colección de autógrafos fúnebres. Y sin llegar a eso, todo coleccionista, de autógrafos o de lo que sea, es hombre de mosca.

Y el dolor, el inmenso dolor, la pena desgarradora de ser el hombre de la mosca, no es éste, no es

él mismo quien lo siente, sino el solitario que no puede aislarse y pasa a su lado. Figuraos que el hombre de la mosca, persiguiendo a ésta, que un momento se ha posado junto a vuestra oreja, os da una bofetada y os la da sin reparar en que estáis allí, sin el menor ánimo de ofenderos y dispuesto siempre a daros todo género de excusas y reparaciones. ¿No os dolerá ese bofetón en lo más entrañado del alma y como una puñalada a vuestra común humanidad? Porque no le sentiréis en vuestra mejilla, ¡no!; le sentiréis en el seno augusto de vuestra madre común, de vosotros y del hombre de la mosca, de la humanidad. Porque el hombre de la mosca, al abofetearos por ir a cazarla, no os abofetea a vosotros, no os ve siquiera, no ve a sus semejantes si es que lo somos de él. La mosca le impide al hombre de ella ver a los hombres. Y esto os tiene que doler de él, que no ve a los hombres. Y es que el hombre de la mosca se ha convertido en otra mosca. No es más que una mosca más.

Y cuando, buscando un aislamiento en que nutrir vuestra soledad, huís de la mosca que es el hombre de la mosca, os encontráis con el hombre del colchón.

El hombre del colchón es el que se pasa la vida buscando un colchón, católico, protestante, budista, racionalista, materialista, ateo, agnóstico o lo que sea, en que poder echar sus siestas lo más largas posibles. El hombre del colchón quiere seguridades que le ahorren quebraderos de cabeza; el hombre del colchón quiere tener dónde dormir.

El hombre del colchón no concibe que busquéis un lecho duro y pedregoso, acaso con pinchos, sea católico, protestante, budista, racionalista, materialista, ateo o agnóstico, en que descansar un momento en vuestra marcha, pero sin dormiros, porque teméis, en caso de que os coja el sueño, no volver a

despertar de él. El hombre del colchón no comprende que viváis de inseguridades y de incertidumbre, y que el eterno más allá sea la meta de vuestro eterno viaje.

El hombre de la mosca no quiere echarse en el colchón, por cansado que se encuentre, cuando ve pasar a su adorado tormento, a su mosca de la pintita blanca, roja, azul o dorada; pero jamás se acostará en un pedregal a esperar el paso del vuelo de su mosca. Y el hombre del colchón jamás se moverá de él para ir a cazar el águila que le trae en sus ojos el misterio del sol; pero es posible que si al ir a echarse en su colchón ve la mosca posada en él, difiera un poco su acostamiento para cazarla. Y en todo caso, no se echará, sabiéndolo, sobre ella de modo que la aplaste. La cazará para dársela al hombre de la mosca. Y así como el hombre de la mosca se convierte en mosca, así el hombre del colchón se convierte en colchón, en saco de lana.

El hombre de la mosca y el del colchón se entienden perfectamente entre sí, se hermanan y a las veces se completan. Y no pocas veces se funden en uno. Hay muchos hombres que son a las veces de mosca y de colchón. Y la íntima tragedia de estos hombres es tener que levantarse del colchón para ir a coger la mosca, a la que ven pasar mientras se desperezan de la modorra de una siesta y antes de entrar en otra o pasar, rendidos de correr tras un vuelo de mosca, junto a un colchón, de la clase que fuese.

Conocimos un hombre, a quien se le tenía por inquieto y ambicioso, que gustaba repetir el verso famoso Vittorio Alfieri, en su tragedia *Saúl* (acto segundo, escena primera), aquel que dice:

Bramo in pace far guerra, in guerra pace.

esto es: "anhelo en paz hacer guerra, en guerra,

paz". Al oírle tantas veces este verso que es toda una doctrina le creímos algo; pero pronto supimos que su paz era echar la siesta sobre un colchón dogmático, y que su guerra era ir de caza de moscas. Y fué tal el dolor que nos causó este descubrimiento, que sentimos más que nunca la impotencia de aislar nuestra soledad. Nos figurábamos verle a aquel hombre muerto sobre su colchón, muerto desde siempre y para siempre, y con su mosca, muerta también, apuñada en una mano. Y sin saber que estaba muerto ni sobre el colchón y con su mosca en la mano.

¿No habría medio de ahogar a las moscas bajo los colchones y de quemar después éstos? Y que los hombres vayan a las cumbres, descansando sobre rocas, a cazar águilas de las que llevan en los ojos el misterio del sol.

[*El Sol*, Madrid, 10, II, 1918.]

MAS SOBRE EL HOMBRE DE LA MOSCA

"¿Y si el hombre de la mosca fuese un naturalista, un entomólogo?", nos pregunta uno que leyó nuestro pequeño ensayo sobre él y el del colchón.

Ah, si el hombre de la mosca fuese un naturalista, un entomólogo, es decir, un contemplativo, un rebuscador de la verdad, por humilde e insignificante que ésta parezca, y de la verdad por la verdad misma, entonces el hombre de la mosca estaría justificado al perseguir al animalito de seis patitas y dos alitas, y aun al prescindir de todo lo demás por perseguirlo. ¡Quién sabe los misterios de la vida y de la muerte que cabe sorprender en el organismo de una mosca de pintita blanca, roja, azul o dorada en el coselete! ¡Quién sabe lo que respecto a la constitución social de un pueblo se puede descubrir en el fondo de una condecoración, de un título, de una senaduría, de una plaza de académico, de un ministerio! Y si uno aspira a ser condecorado, titulado, asenadorado, academizado, o ministeriado, para mejor poder estudiar ciertos problemas sociales, queda el hombre de la mosca justificado. Pero es que entonces no es a la mosca, sino a la verdad, a la que persigue. Y aún cabe que al perseguir, al parecer, a la mosca, persiga a la justicia. Mas esto se conoce.

"Es que hay objetos más dignos de estudio que una mosca", se nos dirá. No, no hay objetos más dignos de estudio que otros. La dignidad del estu-

dio no la da el objeto. Tan digna de estudio es una mosca, y aun un mosquito, como un elefante o un mamut. Y aun en el respecto de la aplicación práctica, el estudio de la mosca *tsetsé* contribuye a combatir la enfermedad del sueño, que ha matado a millones de negros, que son hombres, y el estudio del mosquito anofele contribuye a combatir el paludismo, que mata, directa o indirectamente, a millones de blancos. Y algunas de esas moscas sociales —condecoraciones, títulos, senadurías, sillones académicos, ministerio, etc., etc.— son moscas *tsetsé*, que matan de sueño, o mosquitos anofeles, que matan de paludismo a no pocas almas.

¿No encontraríais heroico el que un investigador hiciera que le picase la mosca *tsetsé* o el anofele, para inocularse así la enfermedad del sueño o el paludismo y poder mejor estudiarla en sí mismo? Sólo que los que persiguen moscas sociales no suelen hacerlo con el propósito de estudiar en sí mismos sus terribles efectos. No recordamos ahora ningún hombre público que haya buscado el que le hagan ministro para estudiar en sí mismo, en su conciencia, los terribles y desintegradores efectos de esa enfermedad, para ver cómo se le perturbaba la inteligencia y cómo se le entenebrecía la conciencia, y cómo, perdiendo la libertad interior, la santa libertad, se hacía un esclavo.

Y también cabe defender el que en medio de formidables terremotos sociales persiga a una mosca un entomólogo, un filósofo de la entomología, y no un mero y simple y miserable coleccionador de insectos, es decir, un mentecato. Durante el sitio de Siracusa por los romanos, el año 212 antes de Cristo, el siracusano Arquímedes, que en él murió, dicen que estaba absorto, mientras se bañaba, en el descubrimiento del principio físico que lleva su nombre. Es el que salió gritando, según cuenta: *Heúre-*

ca, heúreca (con aspiración en la hache y esdrújulo, y no *eureca*, llano y nada de k, que es una letra antipática..., y dispensen esta pequeña pedantería de catedrático, ¡ay!, de griego). Arquímedes queda justificado, ya que su descubrimiento ha tenido en la cultura humana muchas más consecuencias que el sitio de Siracusa por los romanos, el año 212 antes de Cristo.

Durante la Revolución francesa, que fué una época no más preñada de porvenir y de hechos universales y eternos que es esta época de la Revolución rusa y mundial en que nos ha hecho Dios la merced de dejarnos vivir y ver y oír, durante aquella época cuéntase que Goethe se interesaba más que de la marcha de la Revolución, de las discusiones que en la Academia de Ciencias, de París, mantenían Geoffroy de Saint-Hilaire y Cuvier sobre principios biológicos, de que salió luego la doctrina de la evolución orgánica de los seres vivos. Y nadie culpará a Goethe por eso. Que si la Revolución francesa ha moldeado nuestros espíritus, no los ha moldeado menos la doctrina transformista, y aun sin ésta, los efectos de aquélla habrían sido muy otros y muy endebles. ¿Y se le culparía a uno que entre el fragor de esta guerra se aislara y recogiera para proseguir una investigación victoriosa de que pueda derivarse la curación del cáncer?

Mas no queremos descender —¡sí, descender!— a las aplicaciones pragmáticas de la ciencia; no queremos que el bárbaro materialismo industrialista, que ha desencadenado esta guerra, nos contamine. Conque un cazador de moscas no persiga al cazarlas nada más que descubrir una parte más de la verdad, por remota y humilde que esa parte sea, debe bastarnos. La verdad, ante todo. Y el que llegue a saber toda la verdad de una mosca, sabrá toda la verdad del Universo; el que llegue a penetrar

todo el sentido social de una condecoración o un ministerio, llegará a penetrar el misterio de la sociedad humana.

"Hay quien, a modo de mosca, persigue a una luciérnaga volante o rampante, y es para clavarla con un alfiler en el sombrero y que le alumbre el camino de la vida", se nos dice. ¡Pobre! Pero no; él sabe bien que la luciérnaga no le alumbrará su camino; lo que busca es que le vean a él, al hombre de la luciérnaga, en la oscuridad de la noche, y que no tropiecen. Busca evitar tropezones o simplemente que se repare en él, merced a su luciérnaga, o mejor, a la luciérnaga cuyo es él. Pero hasta la vanidad es respetable, y aun admirable cuando es heroica, cuando es trágica. La vanidad de un Chateaubriand es sagrada, pues que produjo a *René*. Pero la minúscula, la microscópica vanidad de nuestros hombres-moscas, los de sus moscas, ¿qué ha producido? Ni como hombres-moscas nos ofrecen interés alguno. Y si los tomamos como objeto de estudio, somos nosotros los que les prestamos un interés de que carecen, poniendo un alma que les falta debajo de su no alma. Les engrandecemos al estudiarlos, a ellos y a sus moscas.

Por supuesto, que no conocemos ni uno, ni uno solo de esos hombres-mosca, a la caza de sus sendas moscas, que lo haga por amor a la verdad y para ensanchar, aunque sea entomológicamente, los dominios de ésta. Es más, a nada le tiene más miedo el hombre de lo mosca, mosca él mismo, que a la verdad. La verdad es una hoguera en que se abrasa, y si va a dar en ella es enloquecido, es deslumbrado, es en suicidio. La verdad es para él la muerte. Y por eso no teme acaso a la muerte, y hasta la arrostra por atrapar su mosca, pero tiembla ante la verdad. Que hay hombres impávidos ante la muerte y aterrados ante la verdad. Porque

la verdad aclara las moscas y nos hace ver lo que son.

Initium sapientiae timor Domini (El principio de la sabiduría es el temor de Dios). Pero esa sabiduría es la sabiduría servil. El principio de la sabiduría libre, no es el temor sino el amor de Dios que es la Verdad. No es el temor es el amor a la verdad lo que nos hace libres, esto es, sabios.

Mas de esto, que se complica, otra vez. Quedémonos por ahora en que para nuestro hombre de la mosca ésta no es una verdad.

[*El Sol,* Madrid, 17, II, 1918.]

¡ R E S — N A D A !

"Al mal tiempo, buena cara", como dice el refrán. Y cuando las ideas escasean y aun las escasas andan confusas, lo menos malo que se puede hacer es jugar con los vocablos. Que no es lo mismo que jugar del vocablo. El jugar con los vocablos a la pelota hasta reventarlos y que suelten sus tripas —tripas de idea—, es muy otra cosa que jugar del vocablo haciendo calambures —*passez-moi le mot*— y camelos. Vamos, pues, hoy a jugar un poco con la estirpe de los *res* —estirpe tan de moda—, y algo saldrá.

¿Quién no recuerda al efecto aquellos tres grandes valores históricos en re, y en Re mayúscula, que son el Re-nacimiento, la Re-forma y la Re-volución? A ellos dicen que se reduce la historia llamada moderna. Volvió a nacer, o nos figuramos que fué así, la cultura pagana grecolatina en el Renacimiento; volvió a formarse o así se les antojó al menos a los protestantes, el cristianismo en la Reforma y volvió a volverse..., ¿qué?, en la Re-volución francesa. Los revolucionarios creyeron que volvían a las antiguas democracias ateniense y romana. Porque revolución, de revolver, significa el acto de volver atrás, como reflujo el de fluir hacia atrás. De donde se deduce que toda re-volución es re-acción, ya que la *volución* o la vuelta es una acción.

Vengamos a nuestra España moderna. ¿Moderna?

¡Bueno!, es igual. En todo caso, moderno es cosa de moda o de modo y no de sustancia.

En España tuvimos la re-volución —ésta ya minúscula y, por tanto, con erre tal— de setiembre en 1868, la restauración —más minúscula aún— en 1876, la re-generación —ya microscópica— en 1898, y ahora tenemos la invisible re-novación. Y las cuatro: revolución, restauración, regeneración y renovación, son cuatro res y una sola sustancia verdadera. Sus hombres respectivos han sido: Prim, el de la revolución de 1868; Cánovas del Castillo, el de la restauración de 1876; el conde de Romanones, el de la regeneración de 1898, y La Cierva, el de la renovación actual. Y de todo ello sale España revuelta, restaurada, regenerada y renovada de tal modo, que no la conoce ni la madre —¿quién fué?— que la parió.

Luego vendrá la re-forma si los sedicentes reformistas llegan al poder, y si no, ¿quién sabe?, la refundición acaso. ¿O quieren mis lectores de buen humor que formemos un nuevo partido que predique la re-creación de España, y nos llamemos los recreativos? ¿O que prediquemos la redención y nos llamemos los redentores, y si esto pareciese presuntuoso, los redentoristas? Esto sería más solemne, pero aquello es más ameno. Examinemos ambos vocablos, ya que a ellos, y sólo a ellos, estamos.

¡Re-creación! ¡Qué hermosa palabra y qué preñada de sentido! Re-crearse es volver a crearse; el que se re-crea se crea de nuevo. ¿Pero no necesita España, más bien que re-creación, creación pura y simple? ¿Es que, como nación, como pueblo, como *demo,* con conciencia de sí, con civilidad, está creada? Cuando más se llevaba y traía lo de la re-generación, dijimos muchas veces que lo que había que hacer era generar, engendrar a España, que no está degenerada, sino ingenerada, por generarse. Lo más

de su enfermedad civil es el pelo de la dehesa, es el no haber entrado en la Historia lo más de su pueblo, es el trogloditismo.

¿Y re-dención? Redención —*redemptio*—, de redimir, es volver a comprar lo que se había vendido. En nuestro caso, el voto, o sea la conciencia política. La redención de España consistiría en rescatar —*re-ex-capta-re*— la conciencia política que se vende en el sufragio. Pero ¿es que de veras se vende la conciencia política? No, no se vende; es que no la hay. Si es tan fácil comprar por dinero o por favores un acta de diputado; si los políticos de oficio —esto es, los auto-candidatos, los que se presentan a sí mismos candidatos o buscan quienes los busquen como tales, y ésta es la definición exacta de esa maléfica y apestosa plaga social—; si esta canalla puede comprar con dinero o con favores puramente personales, y no pocas veces ilegales y aun injustos, sus actas, es porque no hay conciencia política alguna en el pueblo. No hay, pues, que redimir o rescatar, que volver a comprar lo que le fué a uno comprado, sino que hay que producir conciencia política que lo sea de verdad, es decir, que ni se venda ni se compre.

Ni la re-creación, pues, ni la re-dención nos resultan. Tenemos que contentarnos con la creación. ¡Y no es poco! ¡Ser creador! ¿Hay algo más grande? Y nótese que creador es lo mismo que poeta. Como que lo único que arrojará de nuestra ciudadanía y de nuestra civilidad a la vil ralea de los políticos de oficio —a los miserables que se apuntan en este o el otro partido porque aspiran a concejales, diputados provinciales, diputados a Cortes, senadores o ministros—, lo único que nos limpiará de esa tiña social son los poetas, los verdaderos poetas. Que hay poetas, esto es, creadores, en política. Un estadista

—no un ministro— es un poeta. Ha habido poetas de pueblos, poetas de civilidad.

En cuanto a los res —re-nacimiento, re-forma, re-volución, re-generación, re-novación, etc.—, todos se reducen a re-acción. Una re-volución es siempre re-accionaria. Revolucionarse es revolverse, y revolverse es volverse atrás. Tenía razón Carlos Marx al decir que todo programa para el porvenir es reaccionario. En cuanto una revolución tiene programa es ya reaccionaria. Y si la revolución de setiembre, la Gloriosa, la de 1868, no fué demasiado reaccionaria, se debió a que Prim no se proponía sino derrumbar, en medio del estruendo —esto del estruendo es suyo—, el régimen político entonces existente. Lo al parecer —y no más que al parecer— modesto y limitado de ese programa, lo que de movimiento más que contra institución alguna contra la persona de Doña Isabel II tuvo la genuina revolución aquélla, es lo que la libró de ser reaccionaria. No se intentó volver a nada, sino quitar un obstáculo. Fué luego el pedante de Cánovas del Castillo quien, con la característica falta de sentido histórico de un historiador, soltó la tontería de que iba a continuar la historia de España.

Nos falta que decir algo de regencia. Esta regencia antójasenos que, más que de regente —*regens, tis,* participio de *regere*— el que o la que rige, deriva de re-agencia, vocablo próximo pariente de reacción.

Nos quedarían aún dos res. Pero son peligrosos.

El lector no dejará de notar a lo que en castellano llamamos reses, que es a lo que nos han reducido todos esos *res* examinados. *Res,* en latín, significa "cosa", y de aquí real = efectivo, muy diferente de su homónimo real = regio. Pero nótese que en catalán *res,* que empezó significando algo, ha concluí-

do, como en francés *rien* y en castellano *nada* (cosa nacida), por significar nada.

Cerremos, pues, este peloteo de vocablos con una fórmula comprensiva, y es ésta: ¡*res* = nada!

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 22, III, 1918.]

ERUDITOS, ¡A LA ESFINGE!

Como la simbólica Esfinge, o sea el Querubín, era un monstruo que tenía el busto de Hombre, el tronco del cuerpo de Toro, las patas de León y alas de Aguila, es de creer que en todas sus partes tuviese algo de humano, de toruno —¿por qué el Diccionario de la Real Academia no traerá este adjetivo y sí *boyuno*—, de leonino y de aguileño.

Sea uno darwiniano o lamarckiano, partidario de la pangénesis de aquél, de Darwin, o de las micelas de Naegeli o del plasma germinativo de Weismann o de lo que quiera, y háyase formado el concepto que quiera de las leyes de la herencia corporal del fraile Mendel, parécenos difícil escapar a la conclusión de que el busto humano de la Esfinge ha de tener algo de toruno, de leonino y de aguileño; su tronco toruno algo de humano, de leonino y de aguileño; sus patas leoninas algo de humano, de toruno y de aguileño; y sus alas de águila algo de humano, de toruno y de leonino. Y a la vez las riquísimas y variadísimas combinaciones que, según sus respectivas proporciones, cabe hacer entre estos cuatro términos.

¡Figúrense! Humanuzo y humanato de toro, de león y de águila; toruzo o torato de hombre, de león y de águila; leonuzo o leonato de hombre, de toro y de águila, etc., etc., etc.. Hay que reírse de la química orgánica y de sus series.

Porque no queremos creer que la Esfinge sea una nueva mezcla; la Esfinge ha de ser una combinación.

Ahora, la dificultad para estudiar esto estriba en que la Esfinge no se deja analizar tan aínas, y si devora al que no adivina sus enigmas, y el tormento de ser devorado por la Esfinge, si es tal tormento, se acaba pronto; en cambio, al que, esquivando su mirada y sus preguntas, se le va de soslayo a ver si logra sacarle unas gotitas de sangre para analizarla o mirarle el pezón de una ubre al microscopio —la Esfinge es hembra—, a ése le patea y le magulla, que es mucho peor que devorarle. Al fin, el devorado por la Esfinge acaba por convertirse en carne y sangre de la Esfinge misma, se hace esfíngico o querúbico, mientras que el del microscopio perece entre las deyecciones de ella.

Y de ella, de la Esfinge, cabe decir lo que H. Poincaré decía del elefante, y es que no lo conoce el que no lo ha estudiado más que al microscopio. Le conoce mejor el que ha recibido alguna trompada de él o un colmillazo.

Pero como hay muchas gentes, muchísimas, las más, que no se atreven a mirarle a los ojos, a la mirada, a la Esfinge, y menos a oír sus preguntas y tratar de resolverlas, porque temen ser devorados, y no saben que, como Jonás del vientre de la ballena, se sale también, y para ser profeta, del vientre de la Esfinge, conviene buscar un medio para poder estudiar con el menor peligro posible al monstruo enigmático.

La Esfinge tiene cola; una cola toruna que tiene algo de leonina también, y de aguileña y hasta de humana. Esa cola le sirve para espantar las moscas, esto es, los eruditos investigadores. En cuanto uno de esos sabios que desprecian lo que llaman misticismo, la religión y hasta la filosofía, en cuanto uno de esos positivistas, que creen, con Comte, que

ya pasamos de la edad teológica y de la metafísica, se acerca con un instrumento cualquiera de contar, pesar o medir —que puede ser hasta un estilómetro, con que se examina la obra literaria de un poeta o de un escritor—, la Esfinge le da un coletazo. Y si llega a picarle para sacarle unas gotas de sangre que analizar, entonces le patea y le magulla y le hace papilla.

Pero hemos podido averiguar que con cierta maña es posible, acercándose a esa cola, arrancarle algunas cerdas. La Esfinge, que defiende su cuerpo, no se ofende mucho de que las moscas y los moscones, o los escarabajos peloteros —a esta última especie pertenecen los eruditos—, la arranquen cerdas de la cola. Y si Cuvier decía que con un hueso de un animal antediluviano, con la taba, supongamos, se puede reconstruir el animal entero, con una cerda, bien estudiada, acaso logre un erudito penetrar en el misterio de la Esfinge.

Una cerda esfíngica ha de tener, conforme a nuestro postulado, algo de humano, de toruno, de leonino y de aguileño; y estudiando con buen número de cerdas se podrá acaso llegar, mediante la estadística y hasta el cálculo de probabilidades —¡y qué maravillosos resultados nos da éste hasta en la teoría cinética de los gases!—, a penetrar algo en el misterio del monstruo devorador. ¡Oh, la Ciencia! ¡Lo que es la Ciencia!

Esperamos que del estudio científico, metódico —la ciencia es método—, positivo, matemático, de las cerdas de la cola de la Esfinge, se llegue a obtener la *esfingina*. La esfingina es el principio activo, combinación de la *hombrina*, la *torina*, la *leonina* y la *aguilina*, que hace que la sangre de la Esfinge sea de Esfinge y no de otro monstruo cualquiera: Leviatán, Dragón, Behemot, Serpiente de Mar, Fiera Corrupia, Centauro, Serafín, etc., etc. Y analizando

debidamente la esfingina se llegará a penetrar en el secreto de la Esfinge. ¿Ignora alguien los maravillosos resultados que ha obtenido la Ciencia de las—inas? Hoy, por lo menos, se sabe por qué se mueren muchos de los que se mueren, y eso de saber por qué se muere uno es un gran consuelo para los que se quedan todavía vivos.

El caprichoso paradojista —pase, ¡pues que se empeñan!— que traza estas líneas, dijo años hace que el médico se mueve en un dilema y es: o que mata al enfermo por miedo a que se le muera, o le deja morir por miedo a matarle; pero, al decir eso, no tuvo presente que el fin de la ciencia médica —de la ciencia, ¿eh?, no del arte de curar—, que el fin de la patología no es librar al enfermo de la muerte, sino conocer la enfermedad y, sobre todo, su causa y su génesis. La ciencia médica se reduce al diagnóstico. Todo lo demás, y hasta el pronóstico las más de las veces, es charlatanería.

Y el diagnóstico se reduce, de ordinario, a una clasificación: este enfermo A padece una dolencia de la misma especie que las que padecieron los enfermos B, C, D y E y a la que, para entendernos, le llamaremos X o N. (¿No distinguió Mackenzie la enfermedad que llamó X, tomando por especie lo que es el género supremo y universal?)

El que la Esfinge nos devore o no es, pues, lo de menos; lo importante es descubrir la esfingina. ¿Y quién sabe si, una vez descubierta, se llega a preparar un suero con ella e inoculándonos con él, como en vacuna, nos inmunizamos contra la *esfingitis?* Es decir, que inoculado uno con suero de esfingina, se hace sordo a las preguntas de la Esfinge.

Pero he aquí que empezamos a darnos cuenta de que este programa está ya realizado, y que eso que hemos llamado otras veces cientificismo, considerándolo hasta como una enfermedad, no es más que un

suero de esfingina con que se le pone a uno sordo para las preguntas de la Esfinge. El así vacunado pronuncia el sésamo, es decir: *ignorabimus!,* se acuesta sobre la almohada de lo inconocible y se queda tan fresco. Y se compadece luego a los pobrecitos que, en vez de arrancarle cerdas de la cola a la Esfinge, se empeñan en mirarle a la mirada y responder a sus preguntas. ¡Metafísicos! ¡Místicos, más que místicos!

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 6, IX, 1918.]

EN UN RATO DE OCIO

¿Indolencia? Sí, que no le duele a uno —*indolentia*—, y por eso no trabaja, porque el trabajo es pena. Pero, ¿qué es trabajar y quién es el ocioso ya que no el indolente? Se trabaja para no tener luego que trabajar, buscando el descanso; se corre para luego poder pararse. Hay quien va muy deprisa por ganas de acabar pronto y descansar, por ociosidad. El trago amargo del trabajo pasarle cuanto antes.

Un boceto es, dicen, fruto de cierta ociosidad; su autor no quiso acabarlo, redondearlo. Y un boceto es, sin embargo, en los más de los casos, algo más intenso, más concentrado, más denso que la obra acabada o perfecta. Es como una semilla. ¿No es acaso una bellota que contiene en sí a una encina, más intensa que ésta? Y más simple. De las bellotas sale la encina, pero de la encina sale también la bellota. Y hay una simplicidad inicial, de nacimiento, y otra final, de muerte. Que acaso es una misma.

"He escrito esto en ratos de ocio..." leéis, y al punto se os tiene que ocurrir: ¿de ocio?; pues si en esos ratos estaba escribiendo, no estaba ocioso, ni eran, por lo tanto, de ocio los ratos. Como no sea que escribiese sin pensar en lo que escribía, cosa que cabe. Y en los eruditos es frecuente. Otras veces el trabajo íntimo del pensamiento es tan intenso, que estorba al de la expresión. Y ésta es atro-

pellada y queda en incipiente. Es como esas notas que uno escribe por sí mismo, en *taquilogía,* casi en cifra, y en una lengua interior, informe; en una lengua protoplasmática, que ni es prosa ni es verso, con una sintaxis de lenguaje interior. Sintaxis dinámica, no mecánica. Las expresiones no concluyen, pero es porque empiezan. Y todo va lleno de posibilidades y de promesas.

¿Ocio? La palabra escuela —*schola*— significó primeramente ocio. Y muchos aún no piensan sino en ocio. Lo que vale decir que no piensan. Son incapaces de ocio. Pues qué, ¿es tan fácil ser ocioso, vacar? "¡Cómo trabaja Juan!", le dijo José, admirado de lo que aquél trabajaba, a Pedro, y Pedro le replicó: "¡Claro, no tienen otra cosa que hacer!..." Y Pedro, que pasaba por un vago, trabajaba, dentro de sí, más, mucho más que Juan.

¿Vago? Vago es uno que vaga, que anda de un lado a otro, un vagabundo. Y el vago trabaja, ¡vaya si trabaja! Trabaja en vagar. ¡Pues poco trabajo que es vagar de una parte a otra! Tal vez en busca de trabajo. Y el más penoso trabajo es vagar en busca de él. Y hay luego la extravagancia y la intravagancia. A esto le llaman meditación. "¡Meditación!", exclama con voz gangosa desde el púlpito el lector; apaga la vela y se quedan todos en silencio un rato. ¿Qué hacen? Intravagan, alguno extravaga, y hay quien se duerme. Y el dormir, ¿no puede ser también trabajo? Sobre todo si se sueña.

Una araña en acecho, en el centro de su tela, parece dormir, acaso soñar; ¡tan inmóvil está! Pero apenas cae una mosca, ya está sobre ella. Es que estaba más activa que una ardilla dando vueltas en una jaula. Que esto sí que es ociosidad de la mala.

¿Activos? ¿Contemplativos? Y eso, ¿qué es? Que la contemplación es una acción, no cabe duda; lo

que no es tan claro es que la acción sea contemplación. No cabe pensar el movimiento sin moverse de algún modo, sin que a uno se le mueva algo dentro; pero cabe moverse sin pensar en ello. El pensamiento es movimiento, aunque la idea no lo sea. La idea es la curva que expresa la forma de un movimiento. Y la parábola no es un cañonazo.

Pensar de prisa. Si el arado corre, no ahonda o ara en arena. ¡Claro!; pero no todo pensar es arar. Puede ser disparar, acometer con bala. Y en casos, mejor que proyectil pesado a poca velocidad, proyectil ligero a gran velocidad. El trabajo se mide por el producto de la masa, por la velocidad. Un pensamiento de pequeña masa, pero muy rápido, puede atravesar enigmas o problemas en que se embota un pensamiento macizo, pero lento. Algo de esto es el ingenio. Una frase a tiempo, incisiva, rápida, atraviesa una doctrina mejor que veinte argumentos pesados armados de todas armas silogísticas.

Y luego hay lo de no acabar, lo de sugerir, lo de dejarle al lector u oyente que acabe él, o que cambie. No quiero los que me lo dicen todo, ni los que concluyan. Prefiero los que pasan por oscuros, porque me dejan que ilumine lo que dejaron en sombra.

Pensamientos se llama a los de Pascal. Y lo son porque no acaban, porque quedaron en semillas. Si hubiese podido acabarlos, redondearlos y sistematizarlos, serían ideas. Y lo dinámico es el pensamiento, no la idea.

Lo que se piensa en ratos de ocio... ¡Ni hay tiempo de hacer ideas!

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 30, IV, 1920.]

TEXTO E ILUSTRACION

¡Ilustrar un escrito! ¿Se llama ilustrar un escrito a ponerle dibujos... explicativos? ¿Explican realmente los dibujos al texto? ¿O no lo complican más bien? ¿No sería mejor no pretender encadenar así la imaginación del lector? En el caso de que la tenga, por supuesto...

En las novelas, nos gustan poco, muy poco, los grabados. Preferimos representarnos a nuestro modo a los agonistas de ella. Y en la historia cuando son de fantasía... Eso de que en una Historia de España, por ejemplo, nos pongan a un tío —así les llama la gente a esas figuras— chato o narigudo, que pretende representar a Indíbil o a Mandonio o a Ataulfo... Menos mal si se trata de Caín o de Abel, que después de todo son personajes simbólicos...

¿Por qué se llaman revistas *ilustradas* a las que se nos presentan con *monos, santos* o *tíos?* O monigotes. Palabra que es un diminutivo de monago, monaguillo o monacillo, el cual a su vez equivale a frailecito o pequeño monje. La cosa es sabida... Eran santos, imágenes religiosas, monjes, lo que primero se representó. Es decir, ¡primero no! Primero fué animales, como se ve en las pinturas y los grabados rupestres, los de las cavernas del hombre troglodítico. Pinturas que fueron evolucionando. Quién había de decir que M haya podido ve-

nir de la tosca reproducción de un hombre sentado en cuclillas; así: $\frac{+}{M}$

Un amigo nuestro que vive hace años en esa República Argentina y que ha visitado rancheríos de indios chaqueños nos contó que en la iglesiuca de un pequeño poblado de indígenas se encontró con un grabado en color de *La Lidia,* revista tauromáquica española, en que se representaba al que fué torero don Luis Mazzantini, y ahora es gobernador de provincia. Merced a su traje de luces don Luis fué canonizado por aquellos indígenas del Chaco. ¡Y luego dirán que el hábito no hace al monje! Monje o torero, ¿qué más da? ¿No es la santidad acaso un toreo a lo divino?

Volvamos a lo de la ilustración. ¿Por qué? "Es que las cosas tienen que entrar por los ojos", dicen. Y es verdad. Y como hay tantos lectores que no oyen lo que leen, sino que lo ven...

He aquí un problema psicológico: leer, ¿es ver o es oír? Lo que la experiencia nos enseña es que muchos de los escritores que pasan por oscuros es porque *dicen, hablan* lo que escriben y no sólo lo *dibujan,* y los lectores no suelen oír sino ver lo que leen. Al que esto escribe le ha ocurrido demostrarle a alguien que nada tenía de oscuro, como se le dijo, algo que escribió, con sólo leérselo él —que es un excelente lector— al que le acusaba de oscuridad, y luego decirle: "es que usted, señor mío, lee sólo con los ojos y no con el oído".

Huimos del cinematógrafo. No podemos resistir esas escenas mudas en movimientos zigzagueantes y esquivados. Y cuando aparece en la pantalla una inscripción en que se escribe lo que ha dicho o lo que va a decir la figura muda, nuestra impaciencia se exaspera aún más. ¡Es horrible! Preferimos las historietas completamente mudas. Pero si al cine-

matógrafo acompañase un fonógrafo la cosa sería muchísimo peor. Porque se daría el caso de que una u otro, la cinta cinematográfica o el disco fonográfico, se adelantaran o se retrasaran recíprocamente, y... ¡el disloque! Disloque de verdad.

El texto y la ilustración gráfica son entre sí valores muy parecidos al del fonógrafo y el cinematógrafo combinados y puede darse que se adelanten el uno al otro.

El que estas vagas reflexiones os dirige, lectores, dibuja además que escribe y hasta dibujaba mucho antes que se hubiese puesto a escribir y publicó caricaturas antaño. Pues bien, si se le pidiera que ilustrara un escrito suyo, se vería perplejo para hacerlo. Le sería mucho más fácil escribir un texto para comentar unos dibujos que hubiese antes recogido de la realidad visiva, que no hacer dibujos para comentar un texto previo a ellos e independiente.

Una vez sólo se nos ha ocurrido *ilustrar*, con una portada simbólica y... truculenta, una novela nuestra: *Abel Sánchez*. Y aquel Caín simbólico y aun algo cabalístico, en colores chillones y detonantes de una desarmonía buscada, desagradó a los más de los que tomaron el libro para verlo y no para oírlo. Y acaso a muchos de los que lo hayan oído les haya repugnado lo que ahí se dice no menos que a los videntes les repugnó lo que en su portada va pintado. Pero es que la cosa en sí... Y las gentes huyen de la tragedia, cuando ésta es íntima. A pesar de lo cual reincidiremos en experiencias como la de nuestro *Abel Sánchez*.

Lo que ha venido a salvar la ilustración ha sido eso del cubismo, porque los dibujos cubistas no se ven, se oyen. Un sordomudo no se entera bien de un dibujo cubista. Ni uno que oiga bien tampoco, como no oiga cúbicamente. Porque el cubo tiene tres

dimensiones, longitud, latitud y profundidad, y los más de los que oyen no saben oír más que en una sola dimensión porque sólo oyen melódicamente, en el tiempo lineal. ¡Pero el que sabe cubicar el tiempo!...

¿Cubicar el tiempo? ¡Claro! La hora de tiempo lineal tiene 60 minutos; la hora de tiempo superficial, cuadrado, tiene 60^2 (60×60) o sea 3.600 minutos, y la hora voluminosa, cúbica, tiene nada menos que 60^3 ($60 \times 60 \times 60$) o sea 216.000 minutos. Esto es habilidad y lo demás... ¡música! ¿No han oído ustedes hablar de música cubista? Pues la música cubista es eso, música que se desenvuelve en tiempo voluminoso, en horas de 216.000 minutos cada una.

Y basta de... ilustraciones. Les prometo a ustedes, lectores, mandarles un día un artículo con ilustraciones... ¡tetraedristas! O mejor de esqueleto de tetraedro. El esqueleto del tetraedro son cuatro rayas que irradian de un punto formando ángulos iguales y en las tres dimensiones del espacio.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 26, VI, 1920.]

d b

q p

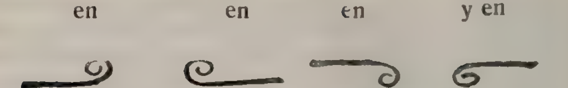
Bueno, ustedes ya saben que un hacha se puede colgar de un solo clavo de cuatro maneras... Aunque esto de que ya lo sepan ustedes es una *pelotilla,* que dicen aquí los estudiantes, o un recurso sofístico para que ustedes me admitan lo que voy a decir. Pero si no se nos permite estos rellenos a los escritores públicos se nos quita nuestra razón de ser. Dios mismo, si no tuviese público, es como si no existiera, pues a falta de humanidad, ¿quién habría probado la existencia de Aquél?

Repetimos, pues, que saben ustedes que un hacha puede colgarse de un clavo en la pared de cuatro maneras o sea: en d, en b, en q, y en p.

Con dos clavos se puede colgar de otras cuatro

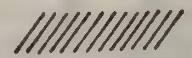


maneras, pero se expresarían en letras arábigas o algo así, más que en las muestras.

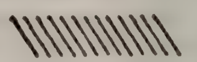


Y a propósito de esto no creemos tener que recordarles que si nosotros escribimos de izquierda a derecha, los árabes escriben de derecha a izquierda, es decir, al revés que nosotros que escribimos al revés de ellos. ¿Por qué?

Dícese que lo natural, escribiendo con la mano derecha, es escribir de izquierda a derecha, en movimiento excéntrico, hacia afuera, e inclinando la letra así:



y que escribiendo con la izquierda, a lo zurdo, lo natural sería hacerlo de derecha a izquierda e inclinando la letra así:



que es como se ve en un espejo —*mirrorwriting* que dicen los ingleses—. Y añaden los grafólogos que el escribir como escribimos, de izquierda a derecha, pero inclinando la cabecera de las letras hacia adelante, así:



es de hipócritas. ¿Lo natural? Pero eso supuesto que el movimiento o gesto de dentro afuera fuese el natural. Hay quienes dicen que en el varón, predominantemente metabólico —no haga caso el lector de estos camelos fisiológicos—, es más natural el gesto excéntrico, como de quien arroja algo, mien-

tras que en la mujer, predominantemente anabólica —¡oh, la ciencia!—, el gesto más natural es concéntrico, como de quien recoge algo y se lo atrae así. ¡Vaya usted a saber!

Ahora se ha puesto de moda la letra vertical, así:

|||||||||||||

Y dicen los que la predican que desplaza menos espacio, lo que en épocas de escasez de papel no está mal. Pero parécenos que esa letra, ni de gesto metabólico ni anabólico, sería más propia de un elefante que escribiese con la trompa. Habrá que llamarla, pues, escritura proboscídea. (¡Oh, la ciencia!, otra vez.)

Hay quienes explican el maravilloso estilo de dibujo japonés por su sistema de escribir. Nosotros al escribir, con pluma, jugamos sobre todo la muñeca (¡y que no hace falta muñeca para entendérselas con un público de lectores, lectores!), mientras los chinos y japoneses, escribiendo con pincel, lo hacen con todo el antebrazo y juegan de codo. (Aunque también aquí hay escritores de codo y que se hacen su público a codazos.)

Pero la escritura china y la japonesa —más aquélla que ésta— son más ideográficas y menos fonéticas que la nuestra. Y no parece que las vayan a dejar. Hablando de lo cual Basil Hall Chamberlain, profesor de japonés y filología en la Universidad Imperial de Tokio, decía: "¿Qué es más simple, lo más gráfico, lo más comúnmente usado —*trescientos sesenta y cinco o 365; treinta y cinco grados, cuarenta y un minutos y veintitrés segundos o 35° 41' 23"*; libras, chelines y peniques o £, s. d.? Indudablemente, un sistema ideográfico de escritura es infinitamente más enfadoso en conjunto que su

rival, pero es más fácil en cada caso particular." Esto decía un inglés, en un libro titulado *Things japanese,* o sea: "Cosas japonesas", así a la española (y declarando que toma el título de la frase española *Cosas de España),* y un inglés que explicaba japonés en el Japón. En una Universidad norteamericana hay un chino que enseña inglés.

"Bueno —dirá el lector—, ¿y todo esto qué tiene que ver con las cuatro maneras de colgar el hacha de un solo clavo?" Y le diremos que aquello era un modo de empezar para ir tejiendo estas amenazas diversiones. "¿Amenazas?" —dirá—. Hombre, hemos querido que lo sean y la intención...

Además esto es preparación de un manifiesto que vamos a dar, lanzando al mercado literario una nueva escuela que superará al futurismo, al ultraísmo, al dadaísmo, etc., etc. Puesto que literatura viene de *littera,* letra, nada de verdaderamente nuevo se conseguirá mientras no cambiemos de letras, de sistema de escribir. La gran revolución vendrá cuando escribamos ideográficamente, representando no vocablos, sino los objetos o las representaciones visuales de ellos. Hay que volver a los jeroglíficos egipcios.

Estábamos trabajando en ese manifiesto y lo íbamos a redactar ideográfica o jeroglíficamente, cuando he aquí que nos percatamos de que habíamos inventado... ¡el dibujo! Y hemos tenido que volver a empezar. Pero para este caso nuestra desgracia es no haber nacido sordomudos y en un país de ellos.

Otro día investigaremos cómo está más segura el hacha en la pared, colgada de un clavo: si en d, en b, en q, o en p.

Y cómo estaremos nosotros más seguros al pie de ella.

[*Plus Ultra,* Buenos Aires, octubre, 1920.]

EL HOMBRE ESPEJO

En los libros de Historia, o más bien en los que pretenden hacer lo que se ha llamado Filosofía de la Historia, suele hablarse, a las veces, de época o período de transición. Y ésta es una de las tantas expresiones consagradas que carece de verdadero sentido diferencial o definitivo. Y decimos diferencial o definitivo, porque lo que define, diferencia. Sólo cabe definir algo diferenciándolo de lo que no es ello. Y así, sólo cabría definir un período de transición, diferenciándolo de los períodos que no sean transitivos. ¿Y cuál no lo es? ¿Qué período no es de transición? ¿Qué *hoy* no es la transición de un *ayer* a un *mañana?* La Historia misma es una transición permanente. E íbamos a decir que eterna.

Período de transición es tan indefinido término como el de período de decadencia. La Historia siempre está decayendo o siempre ascendiendo, según de donde se le mire. En Historia pura, como en Geometría, no hay arriba ni abajo, ni delante ni detrás, ni izquierda ni derecha. Todas estas categorías dicen relación a la posición del observador, y aun si éste fuera redondo y homogéneo, no sabría decir cuál era su izquierda y cuál su derecha. Como en una embarcación redonda, o aunque fuese lenticular, sin diferencia de popa ni proa, y que estuviese quieta, nadie sabría decir cuál banda era de babor y cuál de estribor.

Todos los momentos históricos son de transición,

y no lo es ninguno. Depende el sentirlos de un modo o de otro, de que quien los sienta tenga el sentimiento de fugacidad o el de permanencia; que las olas que van y vienen —parece que van y vienen pero sólo ondulan— no le dejen sentir el mar, o que la sensación del mar le haga no cuidarse del vaivén de las olas. O se vive en el mar, o se vive en su oleaje. El mismo que dijo para siempre que todo fluye, pudo haber dicho que todo es uno y lo mismo. Un gran río no es menos eterno ni menos permanente que una gran montaña. Y no por el cauce sólo.

Pero es cosa terrible cuando los espíritus de los hombres, sintiéndose desprendidos de sus raíces tradicionales, se creen a merced del oleaje o acaso de la avenida, y diciéndose: "Estamos en un período de transición, en una época de cambio", se agarran a la primer tabla flotante, se suben a ella y se ponen a jugar allí para distraerse de la eternidad. Y hoy asistimos en gran parte a un espectáculo semejante. Y no sabemos gozar del momento que pasa. Gozarlo, comprendiéndolo y en comprenderlo.

"Esto tiene que acabar", se dice. Y "¡así no se puede seguir!" Y conque el puro se tiene que acabar, los unos arrojan buena parte de él, como colilla, y los otros se ponen a apurarlo en bocanadas, sin sosiego, sin paladeo.

"Ahora vivimos en un año siglos" —se oye decir—, y los que así dicen pretenden vivir muy de prisa. Pero no se percatan de que vive más tiempo —o, mejor, más eternidad— en igual medida cronológica el que vive más despacio, no el que vive más de prisa.

"¡Ah, los que se empeñan en que nos precipitemos!" "¡Lánzate —dicen—; mañana, acaso sea tarde; ahora es el momento!" Y no saben que una vida de honda contemplación expresiva, de contemplación pública y compartida hacia fuera, es toda una obra; es más obra que un lanzamiento. Y la obra mejor

que un hombre puede legar a sus hermanos es su vida como ejemplo y como visión.

Milton, ya ciego, compuso un admirabilísimo soneto a su ceguera, en que, lamentándose de que nada podía hacer ya, concluía diciendo que también le sirven a Dios los que sólo están aguardando.

They also serve who only stand and wait. [1]

Sí; y éstos también sirven a sus hermanos, a sus conciudadanos, a sus semejantes. Porque si hay un ejemplo de acción, le hay también de contemplación, y María escogió, según el Cristo, la mejor parte. ¿Qué sería de Marta sin María? A Marta, sin María, se le pegaría a diario la pitanza al fondo de la cazuela, o se le quemaría el puchero, o la lejía le abrasaría la ropa. Como las hormigas dejarían de allegar provisiones si no oyesen cantar a las cigarras. Y esto, aunque crean no oírlas.

Tiene que haber quien recoja la transición, la Historia, y la haga intransitiva, eterna, mientras entre el embravecido oleaje de la inundación hay quien se pone a tragar agua por miedo a morirse ahogado. Que se da este caso.

"¡Esto se va!" —exclaman—, y se van a ver el cine ¡El cine! Espectáculo característico para una sociedad dominada por el sentimiento de la transición. ¡Y espectáculo mudo, para sordos! Para sordomudos, más bien. De donde se acaba creyendo que la historia viva, la presente, la siempre presente, es cinematografía muda y que nada dice. Y así, nada queda de ella. Porque en la Historia, lo que realmente queda es lo dicho, es la palabra. El hado mismo, el *fatum,* es lo dicho; lo dicho y no lo escrito.

En el principio fué la Palabra, el Verbo, el Logos,

---

[1] "On his Blindness", *English Poems,* 1875, II, p. 92. (Nota del editor.)

y no la letra, no el Gramma. Y la Palabra, que fluye como el río, es tan permanente como la Letra, como la montaña; es más permanente. Sobre todo cuando se hace océano, cuando la Palabra es Mar.

¿Y de todo esto, qué? Pues no nos preocupemos tanto de la Sociedad futura y gocemos de la Humanidad presente, y que los que nos hacen ver y sentir lo de hoy, lo que hay, el agua de debajo de las olas, nos sirven tanto o más que los que están destruyendo lo de ayer para construir lo de mañana. Sobre todo, si nos enseñan a contemplar.

El hombre ha de aspirar a ser espejo.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 5, XI, 1920.]

EL FILOLOGO Y LA ABEJA

En la sección "Vida y letras" del semanario inglés *The Nation,* número del día 20 de noviembre último, hemos leído un artículo titulado "La revuelta de la ciencia", que empieza así: "Hay tres cosas, eslabonadas de cierto modo en nuestra imaginación, que nos producen siempre un curiosa sensación de pavor. La una es una colmena de abejas. Otra es la maquinaria de un moderno telar de algodón. La tercera es aquel rincón de las estanterías en la biblioteca de Londres, donde se guardan los tomos que tratan de filología indoeuropea. De cierto oscuro modo, que es difícil de analizar, nos traen su sugestión de inteligencia sin personalidad. La inteligencia que gasta cara humana no choca con esta fría sensación de pavor." Y luego añade: "Son los inventores y los filólogos los que parecen a la vez más y menos humanos. Hay aquí un genio que ha trabajado como la mente racial de la abeja: colectivamente... Conocéis vagamente que hombres reales han trabajado para hacer esos telares y esos diccionarios; pero no podéis nombrarlos... Un poema es hijo del poeta todo, fruto de sufrimiento y de deseo. No cabe pensar lo mismo de una invención."

El autor del artículo dice luego que le domina una sensación de pavor al imaginarse el improbable, el monstruoso hecho de que un erudito —*scholar*— vivo, hombre con brazos y piernas, haya empleado sus años en aprender el persa, el gótico o el sánscrito

antiguos, o cosas así, y añade: "¿A qué se parecían estos gramáticos, cuya existencia infiere uno del diccionario, como Paley decía que se infiere el relojero del reloj?

Este argumento de Paley, tan conocido del lector, es el que decía que, así como del reloj se deduce la existencia de un relojero, así de la contemplación del Universo se saca la existencia de un Hacedor. ¡Pobre comparación! Pobre idea la de tomar al Universo por un reloj y más la de tomar a Dios por un relojero. ¡Y aun pobre, pobrísima la de creerle un Gran Arquitecto! Porque un reloj y una catedral son cosas muertas. Y si el Universo es algo, es un poema. Y el poema supone un poeta, esto es, un creador. El relojero no lo es.

El telar mecánico y un diccionario pueden ser, y suelen serlo, como un reloj y como un panal, obra colectiva; pero un poema no puede serlo. Una Academia de la Lengua —que es un Sindicato— puede hacer un diccionario, aunque es mejor que lo haga un académico solo —u otro que no lo sea—; ¿pero un poema...? La poesía huye de los sindicatos. Un sindicato no crea nada, aunque destruye mucho. Tomar catorce de nuestros académicos de los que hayan hecho versos, y encargadles que os hagan —no sólo que os escriban— un soneto. ¿Saldrá un soneto vivo, poético? A lo sumo un reloj literario en dos cuartetos y dos tercetos.

Dice después el articulista inglés que los inventores también de artefactos mecánicos, "como los filólogos y las abejas, os parecen impersonales y anónimos". Y ahora vamos a esto del filólogo y las abejas.

Cuando se habla, no ya del maravilloso instinto, sino hasta de la inteligencia de las abejas, se cita el caso de que repartan sus celdillas en prismas exagonales, y de tal modo aprovechen el mayor espacio para recibir a los huevecillos y las larvas. Nuestro

Balmes —pensador ingenuo y sencillo si los ha habido—, admiraba en eso la Providencia. Pero luego se ha dicho que si se coge canutillos de cera, cilíndricos, se hace un haz con ellos se les aprieta y ciñe, resultan, naturalmente, prismas exagonales. Y, ¡adiós geometría de las abejas! Y hay también un modo de coger los hechos lingüísticos, de hacer con ellos haces, de ceñirlos y apretarlos bien, y resultan... ¡las leyes filológicas! ¿Pero quita esto valor a unas y a otras, a las celdillas del panal y a las leyes filológicas?

Pero la abeja, además del panal, que es de cera, fabrica miel. Y el filólogo también la fabrica. Y una y otro pican. El filólogo, el erudito, el crítico, suele, como la abeja, tener aguijón. Lo que no le ocurre tanto como a la abeja es lo de volar de flor en flor. Y la abeja, al volar, zumba y casi canta, con las alas.

¿Cantar con las alas? ¡Claro! Con las alas cantan las cigarras y los grillos. Y los ángeles. Porque hemos averiguado —y no por métodos filológicos— que los ángeles cantan con las alas. Y que cuando éstas se les caen o les están de muda, enmudecen.

Sí: un diccionario es una cosa que infunde, como una colmena o como un telar mecánico, misterioso pavor. Aunque el de la Real Academia Española de la Lengua Castellana no es, precisamente, pavor lo que nos infunde. Ni nos parece una colmena —le falta la miel— y menos aún un telar mecánico. Un reloj... acaso. Que da mal las horas, aunque dé bien los cuartos. Ni de obra filológica tiene mucho.

Hay, además, académicos que pueden ser considerados como abejas, y acaso entre ellos, su reina; pero ha de haber también, como en toda colmena, sus zánganos. ¿Mas es que el zángano no tiene su papel en la labor filológica y en la científica en general? Claro que le tiene.

Si el gran Poeta del Universo nos da tiempo, hu-

mor e ingenio para ello, pensamos escribir una disertación sobre el papel del zángano científico, o sea del vulgarizador. Y luego de compuesta la disertación, la exornaremos con toda clase de citas eruditas y de requilorios de rigor. Y haremos de ella una edición crítica, en que anotemos las variantes de nuestro manuscrito. *Verbi gratia:* cuando pusimos primero en el borrador *empezó,* y lo corregimos luego: *comenzó,* y señalaremos todo lo que haya de tacharse. ¡Será una obra que ni el *Quijote* del señor Rodríguez Marín! ¡Ya verán, ya verán las abejas filológicas de lo que es capaz un zángano!

En cuanto al telar mecánico... ¡Ah! ¡Cómo le preferimos aquel viejo y venerable telar a mano, con su trama, su urdimbre, sus lizas, sus premideras, su lanzadera, su enjullo...! Todo esto tiene el otro, el más moderno, pero... Hay algo de poemático en el viejo telar. Y no sin razón el gran Sarmiento guardaba la lanzadera con que su madre, tejedora, había sostenido a la familia. Aquella lanzadera doméstica era un símbolo del hogar. Y ningún Sindicato —de abejas, de tejedores o de filólogos— puede darnos un símbolo de hogar, de personalidad.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 17, XII, 1920.]

EL TIEMPO VACIO

Día triste. El cielo, color panza de burro, como suele decirse. ¿El cielo? ¿Pero es eso cielo? Esperamos de un momento a otro la caída de copos de nieve.

¡Copos de nieve! La nevada es silenciosa; no hace ruido; no se la siente en las vidrieras. Y la nieve se queda —por algún tiempo, al menos— y envuelve como en un manto a los bultos: rocas, matas, árboles, casas... Luego va disolviéndose y escurriendo.

"Ver nevar es, más aún que ver llover, algo así como ver la caída del tiempo en la clepsidra celeste, en el reloj de agua —no; ¡de agua, no!: de nieve— de las nubes. Por algo suelen representarle al Tiempo como un aciano de barbas y cabellera de nieve en un paisaje de invierno, nevado por lo común, y con una guadaña en la mano. ¿Por qué no como a un joven? ¿Es la Primavera o el Verano menos tiempo que el Otoño o el Invierno? ¿Es el Pasado más tiempo que el Presente o el Porvenir?

"El Porvenir no es tiempo, porque no existe...", dirá algún metafísico realista. Y, sin embargo, el Porvenir existe; existe en el Presente y tanto o más que el Pasado. Si sólo existiera el Presente, ya que el Pasado fué y el Porvenir será el punto indivisible del tiempo, no existiría nada. No, no; vivimos en el Porvenir lo mismo que en el Pasado; vivimos en la eternidad.

Pero, ¡qué tragedia, qué íntima tragedia ésta de sentir la lluvia, la nevada más bien, de los instan-

tes! Anteayer nos consumía el ansia de llegar a ayer, al suceso de ayer, a lo esperado de ayer, y hoy vemos que ese suceso se ha hundido en la sima del pasado; no es más que historia. ¿Más que historia? No, historia es la de mañana; historia es la esperanza.

Ya recordaréis aquella expresión de Polibio, que os hemos citado alguna vez, de que ocurre que la historia se hace como corpórea —*somatoeidés*—. Y cuando se hace así, como corpórea, densa, apretada, preñada, parece que había de transcurrir más despacio. Mas es todo lo contrario: es cuando más de prisa corre.

Estos seis años y medio que van desde que estalló la guerra, la que llamamos la Gran Guerra, la del ocaso tal vez de nuestra civilización napoleónica, esta guerra se nos ha ido como un sueño. Hay quien la siente tan lejos como la de los Treinta Años o como lo de Troya acaso. Y no sabemos lo que estamos viviendo.

Una oruga devora voracísimamente y se la ve moverse. Al gusano de seda se le oye comer la hoja de la morera o la del roble, según su especie. A la mariposa se la ve revolotear y agitarse, y hasta se oye el zumbido de su vuelo. La labor de la crisálida es silenciosa y oscura. El capullo es como un claustro. Allí deben de ser oídos los instantes iguales. Mas, ¡quién sabe...! Acaso es la crisálida la que, encerrada en su capullo, siente la tragedia del tiempo, soñando en el gusano, soñando a la vez en la mariposa; sintiendo que el gusano, ansioso de devorar, y la mariposa ansiosa de volar y de procrear, pelean en su seno. La tragedia íntima debe de ser la de la crisálida, que ni come arrastrándose, ni se reproduce volando. El hambre y el amor luchan en ella; el hambre, que es amor, y el amor, que es hambre. Y la crisálida es la que vive la historia del porvenir.

¿Es nuestra época actual este ocaso de la civilización napoleónica, época de gusano —de hambre—, de mariposa —de amor—, o de crisálida? Los unos, los de la concepción imperialista —o, mejor, economista— de la historia, nos dirán que es época de hambre, que la cuestión social es de estómago; los otros —los de la concepción espiritualista, o acaso estética—, que lo es de amor, y no faltará quien crea que es la nuestra una época de conflicto trágico entre el hambre y el amor, una época de crisálida. Y que vivimos en el Porvenir.

Los psicólogos modernos llaman cenestesia a la sensación de la vida total de nuestro organismo, de su funcionamiento, a eso de sentirnos vivir. Es una especie de conciencia corporal. Cada uno de nosotros siente sus entrañas y se siente sobre el suelo. Puede sentir la marcha de su corazón y el contacto de las plantas de sus pies con la tierra. Pero no sabemos que los psicólogos hayan dado nombre a la sensación, a la pura sensación de sentir cómo se va el tiempo, cómo pasamos por él, cómo desfila —¡trágico cinematógrafo!— la historia.

Y es para ahogar esta sensación para lo que las gentes se entregan al placer del otro cinematógrafo: del artístico. Porque así como hay, según Platón, tres camas: la divina, la cama-arquetipo, la idea-cama, la de Zeus; la cama de madera que hace el carpintero, y, por fin, la que pinta el pintor, hay así también tres historias: la celeste, la terrestre y la artística.

Detrás de ese triste cielo —¿cielo?— color panza de burro, del que esperamos ver caer silenciosa la nevada, está la película celeste, toda de una pieza, juntos pasado, presente y porvenir. Y empieza a rodar, y nos va demorando los sucesos, y sentimos hambres de gusano y amores de mariposa, y es la historia. Y luego llega la otra, la historia artística, el relato

de la historia, su narración. Y contando lo que pasa vamos pasando por el cuento. ¿Y lo que pasará?

¿No te has asomado nunca, lector amigo, a la sima del eterno mañana, del mañana que es mañana siempre? ¿No has tocado con la contera de tu ánimo en el fondo inmóvil del tiempo, en el lecho sobre que va la corriente? ¿No has probado el sabor del tiempo vacío?

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 18, II, 1921.]

IΛ

"¿Otro jeroglífico?" —se dirá el lector—. Porque si presentándole ese signo le preguntan: "¿Qué es eso?", de seguro que no cae en la cuenta de ello, desde luego. Uno creerá que el segundo signo es una A sin travesaño y no faltará quien diga que es la mitad inferior del nueve —o sea cuatro y medio— en numeración romana: IX. Y habrá quien llegue hasta a dar en el clavo de que es un seis, en numeración romana también, VI, vuelto del revés. Pero, ¿para qué vuelto así? Y este *para qué* les será un enigma. Y no ha de confundirse un *para qué* con un *por qué*.

"¿Para qué lleva el molinero el sombrero blanco y el carbonero lo lleva negro? —preguntaba el maestro, y los discípulos se iban por lo de que "porque la harina a aquél y el polvo del carbón a éste...", y el maestro les interrumpía: "no, yo no pregunto por qué llevan los sombreros así sino para qué los llevan..." Hasta que rendidos los discípulos, exclamaba el maestro triunfalmente: "Para cubrirse la cabeza, niños, para cubrirse la cabeza." Y allí era el reír de la experiencia psicológica. Y el maestro empezaba a disertar sobre la diferencia entre el *por qué* y el *para qué*. Mas es lo cierto que la zancadilla está en la manera de preguntar.

Otras veces es el que responde el que se la juega

al que pregunta. "¿Cuántas caras tiene un cubo?" —le preguntaban a un alumno en un examen—, y él respondió sin vacilar: "Cinco." "¿Cinco? Fíjese usted bien... ¿cinco?" "¡Cinco, sí!" "¡A ver, que traigan eso... mírelo y cuéntelas"! "Esto no es un cubo; esto es un dado y por lo tanto tiene seis." "¿Pero y el cubo?" "El cubo de agua tiene cinco porque le falta una para que se le pueda llenar de ella... ahora si usted cuenta la tapadera... porque allí no hay cara; hay hueco."

Otras veces el alumno se rebela. En el cap. III de la novela del Capitán Marryat titulada *Jacobo el fiel*, hay un pasaje graciosísimo. "¿Qué es esto, niño?" —le pregunta Mr. Knapps, el maestro, mostrándole la letra A—. Y Jacobo, que había visto usar a su padre, el gabarrero, en la gabarra en que se crió en el Támesis, aquel signo para indicar medio *bushel* —un *bushel* viene a ser unos 36 litros—, contesta: "Eso es medio *bushel.*" Y se entabla un diálogo entre maestro y discípulo: "Medio *bushel!* ¡Tú sí que eres más que medio tonto. Esto es la letra A!" "No, es medio *bushel;* me lo dijo mi padre." "Entonces tu padre era tan grandísimo majadero como tú." "Mi padre sabía lo que era medio *bushel* y yo lo sé, y eso es medio *bushel.*" "Te digo que es la letra A", gritó Mr. Knapps, ya furioso. "Es medio *bushel*", replicó Jacobo tozudamente. Y entonces Mr. Knapps, que era un pasante, le llevó al director de la escuela y rojo como el fuego le dijo: "No puedo con este niño, señor; niega la primera letra del alfabeto e insiste en que esta letra A no es A sino medio *bushel.*" Tras de lo cual se sigue otro breve diálogo que acaba en que el maestro principal sentencia así: "Bueno, Jacobín, esto representa la letra A, y cualquier otra cosa que te enseñe Mr. Knapps tienes que creérsela. Vuelve, Jacobo, y sé dócil."

El recuerdo de este pasaje de la novela del capi-

tán Marryat me trae a la memoria el de otra escena que presencié en casa de un amigo y es que como un hijo suyo, pequeñito, dijera: ““Yo no sabo...”, el padre le interrumpió: “Se dice yo no sé, ya te lo tengo dicho...”, y el niño: “No; sé es la de beber...” —se refería a la sed—, y el padre, volviéndose a mí: ¿Pero ve usted?, no puedo con él que diga *sé* y no *sabo;* siempre me sale con eso de que *sé* es la de beber...” “Pero déjelo usted —le dije—, que eso es prueba de carácter entero.”

“Y bien —dirá el lector a esto—, ¿qué es, pues, ese IΛ ?” Lo curioso es, lector, que los que andan por la calle aquí, en Salamanca, al menos, lo están viendo a diario y apenas consigo que uno dé en lo que es. Que no es sino pura y sencillamente las seis del reloj, lo mismo en el de la catedral que en el del concejo.

Porque la numeración, en cifras romanas, de la esfera del reloj de la torre ha solido ponerse colocando los números como si se vieran desde el centro de la esfera y no en posición vertical cada uno de ellos. Que es lo que se hace con las cifras arábigas, porque si a ese seis le pusieran patas resultaría un nueve (y un cinco vuelto, ç dicho sea entre paréntesis, resulta una *c* con cedilla, como lo saben muy bien los tipógrafos algo avisados. En linotipia, en cambio, no suele resultar.)

Que las esferas de los relojes de torre estén numeradas de ese modo será, sin duda, una cosa absurda, pero es lo corriente y habitual, y el hecho interesante es que personas que están acostumbradas de toda su vida a interpretar esos signos IΛ como indicativos de las seis horas, de la mañana o de la tarde, en el reloj, en cuanto se los presentan aislados y desprendidos de la asociación a que van anexos ya no los distinguen. Y no sabemos si en el caso de que desapareciera de una torre el reloj y sólo

quedase como reliquia de él la cifra que señaló las seis, si un curioso sabría interpretarla.

Claro es que simbólicamente lo mismo debería ser V que Λ ya que los dos signos pueden representar una mano con cuatro dedos de un lado juntos y el otro, el pulgar formando ángulo con ellos, y así indicar cinco, que es el número de dedos de cada mano. Y si unimos los dos cincos por sus ángulos nos darán X, esto es diez. De la inicial de *centum*, cien, escrita en caracteres rectilíneos resultó la [y luego C, 100. Y la mitad de [es L, o sea 50. Pero lo mismo pudo ser ⌈. ¿Por qué no? Porque tenemos un signo L, nuestra ele, y no tenemos ⌈. Como es sabido que CD, luego ↀ y luego M es la inicial de *mille*, mil y la mitad de CD resulta una D, o sea 500, que lo mismo pudo ser (I. Todo esto es cosa muy sabida pero no habitual.

Se enseña a las personas a asociar ideas y lo que se llama mnemotecnia, o arte de ayudar a la memoria, no suele ser sino el arte de la asociación de imágenes, y hasta hay en psicología una escuela que se llama asociacionista. Mas para establecer asociaciones nuevas es preciso no pocas veces romper las antiguas, y de aquí la utilidad del arte de disociar ideas. Y acaso una de las señales en que se conoce un espíritu fino y sutilmente analítico es en su facultad de ver disociados conceptos que de ordinario se presentan juntos. Hay que enseñar a que el bosque no nos impida ver el árbol.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 19, II, 1921.]

RUEDA LA RUEDA

Uno de los capítulos más interesantes de la historia de la civilización es el del origen de la rueda, la única máquina —que lo es— de que no nos ofrece modelo la naturaleza, la más propiamente humana. Y es en extremo curioso ver cómo fué desarrollándose, en histórica evolución, a partir del rollo de madera —tronco de árbol— sobre que se hacían rodar bloques de piedra en Egipto. Que luego formaron esos troncos como grandes carretas, de esos en que se arrolla el hilo de seda, y de aquí nacieron las ruedas fijas al eje y formando una pieza con él. Y cómo después se alivió el peso muerto de las ruedas abriéndolas grandes huecos, quitándoles madera, y de aquí se vino a la forma radiada. Y de qué manera más adelante se hizo girar las ruedas sobre el eje para acabar en la rueda más perfecta, en la más liviana, en la rueda casi teórica, que es la de la bicicleta. Con la cual el hombre vuela a ras del suelo, sin más que dos puntos de contacto con éste y hasta puede reducirse a uno cuando se es muy diestro en su manejo.

En la marcha en bicicleta la tierra no es más que un mero punto de apoyo, lo que Arquímedes buscaba para mover con una palanca el mundo. Y la bicicleta es casi la rueda pura. A la que se ha venido a parar a través de los siglos partiendo del ingente tronco de árbol sobre que como sobre un

rollo o rodillo, se hacía rodar el bloque de granito.

Rueda..., desarrollo..., rollo..., rodillo... Estos vocablos nos recuerdan —nuestra profesión, lector, es enseñar lingüística y filología castellanas— otra evolución y no la de la máquina rueda. No la de la máquina rueda sino la evolución de los vocablos que derivan de la palabra *rueda.* O mejor de la latina *rota.*

De *rota,* en latín rueda, que nos da las voces de origen culto o erudito *rotación, rótulo* y *rótula,* proviene muchedumbre de palabras con muy variadas acepciones. Desde luego *rueda* y *rodar.* Pero la voz latina *rótula* se hizo, cambiando el sufijo, *rotella,* de donde derivó nuestra "rodilla", la choquezuela, aunque hoy llamemos con ese nombre —que equivale a "ruedecilla"— a lo que en antiguo castellano se llamó "hinojo" y hoy sólo queda en las frases "caer de hinojos", "ponerse de hinojos" y otras así.

Hermano de la "rodilla" es el "rodillo", que en otra forma, ésta de origen catalán o provenzal, nos da el "rollo" —en catalán *rotlle*— y de él "arrollar" y "desarrollar". Y junto a él hay la forma "rulo" de origen francés, y "ruleta", que no es sino el diminutivo de *roulette,* de *roue,* o sea nuestro rodillo. Y por cierto recordamos a un cierto ingeniero casticista que proponía que en vez de llamarle "trole" —del inglés *trolley*— al que le llamamos así en el tranvía se le llamase, a la castellana (!!!) "captador de ruleta". Y hubimos de hacerle notar que "ruleta" es tan de origen extranjero como "trole" y que "captador" es un cultísimo pedantesco. Llamárasele "cazador de rodillo" y ya nadie le conocería. Quedémonos, pues, con el trole.

Pero el *ad-rotulare* latino se hizo en el vulgar, con cambio de sufijo, *ad-roculare,* lo que dió "arrojar", pariente de "arrollar" aunque signifique muy otra cosa. Y el *rotulus* latino dió por otra parte "rolde".

Y del mismo origen vienen, por un proceso que no hace aquí y ahora al caso: "rondar" y "ronda". Y por otro proceso, más largo de contar, la voz "alrededor" o "alderredor". Y del "rollo" o "rulo" o "rodillo" viene el "rol", vocablo tan usado en esa América de habla española y tan poco usado en España, donde solemos decir "papel". "Representó el papel... etcétera". Nos fijamos en el papel y no en el rollo o rol que con él se forma.

Del "rol" o mejor del *rôle* francés se hizo el *contrôle —contrerôle—*, el "contra-rollo", el registro opuesto a otro. ¡Y esto del "control" y "controlar" sí que ha tomado desarrollo y ha rodado! Y por cierto no nos explicamos de dónde se ha podido sacar la voz "contralor" que hemos leído más de una vez. ¿Querrán decir los que la emplean "contra-rol"? ¿O sea contra-papel o un papel que se hace o se representa frente a otro, contra él y vigilándolo?

No nos atrevemos a asegurar que "arrullar" —y por lo tanto "arrullo"— sea lo mismo que "arrollar", y eso que aquí se dice que se le arrolla a un niño cuando se le adormece brizándole —"brizar" en esta tierra en que escribimos, o "brezar", es lo mismo que en francés *bercer,* cunar, mecer en la cuna— y a la niñera, a la que cuida y arrolla a los niños, se la llama "rolla".

En portugués y en gallego "rola" es la tórtola. ¿Será porque arrulla o arrolla? Tendrá que ver con la "rolla" de esta tierra salmantina?

¡Y véase cómo a partir de la rueda (*rota*), del rodillo (*rotellu*), del arrollar (*ad-rotulare*) hemos venido al arrullo, a la rolla y hasta a la rola galaico-portuguesa, o sea la tórtola! ¡Y luego dirán que no rueda la rueda! Tanto o más que la ruleta o... ruedecilla. Y si ésta, la ruleta, rodando ha arrojado a tantos a la miseria haciéndoles hacer muy triste rol en la sociedad, aquélla, la rueda, rodando ha

desarrollado una gran riqueza lingüística. Que las palabras ruedan como ruedan las ruedas. Y acaban, como la rueda de la bicicleta, por depurarse y aligerarse y no apoyarse sino con un punto en su origen, en su etimología, y correr así libres y sueltas.

Porque no hay nada que ate más la significación de un vocablo que le inmovilice más, que más le impida el más libre juego de su expresión que el que se sienta su etimología, el tronco basto de que brotó. La etimología suele ser a menudo el peso muerto de un vocablo, es su tradición, su pasado. Y este pasado suele impedirle un libre porvenir. ¿Qué tiene que ver nuestro "control" actual con un "contra-rodillo"? Pero otras veces...

La etimología, en efecto, es una fuente de metáforas y de poesía por lo tanto. Pensad en un "desarrollo" histórico... Pensad en el rollo a que está arrollado nuestro destino, en el rollo de esta tremenda y trágica película de nuestra historia. Y pensad en el Maquinista que va dándole a la rueda del destino!...

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 16, IV, 21.]

NI AUN FUERA BIEN ENTENDERLO

A don M. N. y O., espontáneo corresponsal y censor.

Dice, señor —es decir, lector— mío y espontáneo corresponsal, que no entiende del todo todos nuestros artículos de aquí. ¡Y qué le vamos a hacer!... Conque entienda algo de algunos dámonos ya por satisfechos. "¡Es que hay que escribir para todo el mundo!", exclama usted. ¡Alto aquí, señor!

Primero no nos ha explicado usted quién es ese señor Todo el Mundo. Nosotros no lo sabemos y presumimos que tampoco lo sabe usted. Y aquellos para quienes escribimos y nos entienden están dentro del mundo y forman parte, aunque no la totalidad de él. ¿No le parece a usted?

No, no, no conviene que escribamos todos para todos, pues éste sería el camino más corto para no llegarnos a entender. O más bien para que lo que nos dijéramos careciera de todo interés.

Y ahora, si usted no se nos molesta —pues bajo las líneas de su carta palpita y verbenea un cierto resquemor—, vamos a recordarle un pasaje del Libro. (El Libro es *El Quijote*, por si usted no lo sabía.) Y es aquel capítulo VI de la Parte Primera en que se trata "del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro Ingenioso Hidalgo" y donde al hablar el Cura del "cristiano poeta Ludovico Ariosto", como el Bar-

bero, Maese Nicolás, dijese de él: "Pues yo le tengo en italiano; mas no le entiendo", el cura, licenciado Pero Pérez, le respondió: "Ni aún fuera bien que vos le entendiérades." Lo cual le parecerá a usted, lector mío, como a nosotros nos parece, una impertinencia del señor Cura. ¿Pues qué mal hay en que un barbero, aunque sea de un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiso acordarse Cervantes, entienda en italiano a Ludovico Ariosto? Sin duda ninguna, y por nuestra parte, no acertamos a comprender qué es lo que el bueno del licenciado Pero Pérez quiso decir con eso. Pero...

Pero que quisiera Pero Pérez decir lo que quisiese es indudable haber cosas que no fuera bien las entendiesen los barberos, y ello por la sencillísima razón de que para ponerse en situación de entenderlas tendrían que descuidar el rapado de las barbas. Por nuestra parte, si nos afeitáramos —que no nos afeitamos—, podemos asegurarle, señor mío, que no entregaríamos nuestro cuello a que nos lo rasurase a un barbero de quien supiésemos que se daba a leer la *Crítica de la Razón Pura,* o las obras de Nietzsche o ciertos dramas de Ibsen y otras cosas así. Con lo que no queremos decir, claro está, que estas obras sean ininteligibles ni aun para un barbero.

"¡Es que una revista popular —exclama usted— es para todo el mundo!" Distingamos, señor. Una revista popular será para el Pueblo, pero el pueblo no es todo el mundo. Y esta proposición, que le ha de escandalizar, la dejamos para desarrollársela otro día, cuando usted se calme del escándalo.

Pero, ¿y qué más da que usted no entienda del todo nuestros artículos? ¡Mejor para usted! "¿Mejor para mí" —exclama usted—. Sí, mejor. No conviene entender del todo todo lo que se lee, pues así falta el misterio. Algo de enigmático, de nebu-

loso, de oscuro es un aliciente. Por lo menos a nosotros no nos gusta que nos lo digan todo sin dejarnos algo que adivinar, suponer y hasta inventar.

Este bueno de escritor que le escribe a usted ahora, tiene, señor mío, un amigo, pintor por más señas, que le decía una vez: "Oye, Miguel, préstame para leer un libro", y al querer darle alguna novela o cosa que entendiese todo el mundo exclama: "No, no, dame algo que no entienda del todo... alguna cosa de filosofía... algo enigmático." Y luego se explicó diciendo que gustaba ponerse a soñar sobre las páginas del libro y a inquirir lo que allí se quería decir y a llenar las lagunas que en el entendimiento del libro le dejaba la deficiencia de su comprensión de él. Lo cual, sin duda, es un método como otro cualquiera y que en ocasiones ha producido sorprendentes resultados.

¿Que nosotros queremos decir una cosa y usted entiende otra? ¡Y qué más da!... Puede ser que usted tenga más razón que nosotros. Porque aquí lo importante no es lo que nosotros hemos pensado para escribir, sino lo que nuestros lectores piensan por habernos leído. Que el pensamiento no es una propiedad quiritaria e inajenable.

Tiene usted, señor, la manía didáctica, a juzgar por su carta. Padece usted de pedagogismo, enfermedad peligrosísima. Y porque ha oído que tenemos cátedra se imagina que la vamos a trasladar a estas columnas. No, nada de eso. Aquí nos proponemos ante todo y sobre todo distraer y divertir al lector y si de paso podemos sugerirle algo, miel sobre hojuelas. Y hacer pensar o sentir más que darle pensado.

Y por último vamos a comunicarle un secreto, señor don M. N. y O. Usted nos dice que no entiende del todo todos nuestros artículos. ¿Pero es que

cree usted que los entendemos nosotros? Y no se escandalice, no. Hay cosas que ni el que las dice las entiende bien. Y las dice para ver si así las entiende. En cuanto una larva de pensamiento, o de fantasía, nos estorba en la mente la echamos, escribiéndola, a fuera, para viéndola así, fuera nuestro, verla mejor.

Y esto se lo explicaremos mejor otro día.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 11, VI, 1921.]

EL DE LA DE LOPEZ

Hace pocos días he vuelto a leer, en un diario socialista esta vez, una alusión a la costumbre que tenemos muchos españoles de poner la preposición *de* entre el nombre y el apellido. Se trataba del escritor Cristóbal de Castro —que es como firma— y el diario socialista al nombrarlo añadía: "No hay que olvidar el *de*." Con lo que daba a entender, sin decirlo, que el citado escritor, o en otro caso los que usamos ese *de*, le atribuyamos una intención que, por mi parte, estoy muy lejos de atribuirle.

No sé, en efecto, si don Cristóbal de Castro supondrá que ese *de* arguye nobleza de origen, pero por lo que a mí hace nunca le he dado más valor que el de indicar que el apellido es de origen solariego. Y ésta es la doctrina antiquísima y de que ya escribió nuestro don Antonio de Trueba. El cual decía, y con razón, que no hay por qué usen ese *de* los que llevan apellidos patronímicos con *ez,* como Pérez, López, Fernández, Gutiérrez, etc., ya que en el sufijo mismo *ez* (y lo mismo en *oz* o *iz,* Muñoz, Sanchiz, etc.) va implícita la indicación de procedencia.

Y si los apellidos solariegos, o de procedencia de un lugar, han de llevar *de,* ello nada tiene que ver con la nobleza ni con pretensiones de ella. Pero un amigo que se apellidaba Rubio y era muy moreno me argüía así: "¿Y por qué he de firmar José

Rubio si soy moreno? El rubio debió de ser alguno de mis antepasados, a quien le llamaron así de mote y luego llegó a ser apellido." A lo que le contesté: "Pues yo que usted firmaría *José del Rubio* para que se viera que no es usted el rubio sino hijo, nieto, biznieto o tataranieto de él, y es como si dijera: José, hijo del Rubio. Por mi parte se lo puede usted, pues, poner; no me opongo a ello."

En el principio de la página 559 del tomo III de la *Historia de la Literatura Argentina*, de Ricardo Rojas, leo de un "don Pío de Cabezón", maestro de latín de Vicente Fidel López, allá hace un siglo. Y ese señor don Pío hacía muy bien al poner un *de* ante el Cabezón, ya que podría él ser cabecita, y acaso mejor si hubiese firmado "del Cabezón".

Y ese *de* se incorpora a las veces al apellido como en Daudet, que es "D'Audet, o sea de Audet", o en Dorrego, que no es sino el portugués "d'o Rego", o sea "del Riego", como Doval es "d'o Val", "del Valle", o en Dacosta, "d'a Costa", o sea "de la Cuesta".

Otras veces hemos oído decir que los vascos debemos anteponer un *de* al apellido porque somos todos nobles. Y aquí viene a cuento aquello que en Francia cuentan de un vasco que disputando una vez con un noble M., como éste le dijera: "¡Nosotros los M. datamos del siglo IX!, el vasco le replicó: "¡Pues nosotros los vascos no datamos!" Ya que es sabido que somos los mayorazgos de Adán y venimos de él por línea derecha y sin torcedura.

Otros paisanos míos, más modestos o más avisados, dicen que si los vascos debemos anteponer el *de* al apellido es por ser nuestros apellidos solariegos, y así yo, por ejemplo, he de firmar Miguel de Unamuno como un castellano que se apellide

Gamonal o Gamoneda debe firmar "del Gamonal" o "de la Gamoneda". Unamuno, en efecto, significa en vascuence colina o montículo de gamonas o gamones. Gamón es el nombre castellano del *asfódelo,* nombre éste erudito y no popular, y el que suelen usar los poetas que no conocen la planta.

Mas tampoco es cierto que todos los apellidos vascos sean solariegos, pues los hay patronímicos y correspondientes a los en *ez,* como Anchorena, el de Sancho, o sea Sánchez; Pedrorena, el de Pedro o sea Pérez; Machiandiorena, el de Machín o Martín el Grande; Loperena, el de Lopez o López; Juarena, Garciarena, etc.

"Es que toda pretensión de llevar apellido solariego es pretensión de nobleza —se me dirá—, porque se quiere dar a entender que se desciende de solar conocido." O no. Yo, por ejemplo, no sé dónde está el caserío o lugar Unamuno de donde salieron mis abuelos de ese apellido, así como sé dónde está el solar o caserío Jugo —en el barrio de Aperribay, anteiglesia de Galdácano, en Vizcaya—, cuyo nombre llevo como apellido materno.

Puede, además, saber uno muy bien de qué lugar procedente y no por eso tener pretensiones aristocráticas. Me parecería muy bien que un hospiciano expósito de Cuenca o de Toledo firmara Juan de Cuenca o Juan de Toledo, y de hecho así ha sucedido alguna vez. Y hay frailes que al tomar como apellido el nombre del lugar de que proceden —paréceme que es esto corriente entre los capuchinos— le hacen preceder de un *de.* No creemos que fuese por pretensiones nobiliarias por lo que Fray Luis de Granada firmaba con preposición.

Otras veces a los expósitos se les ponía el apellido Iglesia o Iglesias, y firmarían Pedro de la Iglesia, verbigracia, para denotar que se crió bajo su

protección; o el del santo del día en que se les bautizó, como San Rafael, San Eustaquio, San Martín, etc. Parece, por lo tanto, muy puesto en razón que el prócer de la independencia argentina firmase "José de San Martín", ya que descendía de alguno a quien se le puso bajo la advocación y protección de ese santo. Y de seguro que no lo hacía por pretensiones nobiliarias.

Aunque, por otra parte, no hay noble —de título quiero decir— cuyo linaje no se pierda en la oscuridad o que acaso provenga de un expósito. Ni tiene valor alguno la infantil y pedantesca argumentación del Tizón de la Nobleza. Y aquí cabe citar aquello que se atribuye a Luis Veuillot, y es que le dijo a un noble muy pagado de su ascendencia: *Moi, je monte d'un tonnelier, et vous, de qui descendez-vous?,* o sea: "Yo asciendo (subo) de un tonelero, y usted, ¿de quién desciende (baja)?" Todos, a la larga, somos expósitos.

Lo que verdaderamente es grotesco, y lo hemos dicho antes de ahora, es al hablar de la señora de don Juan del Río llamarle la señora de del Río, o a otra señora de de la Puente. Lo que nos recuerda a aquel pobre López a quien nadie le conocía sino por su señora —¡desgracia formidable!—; se empezó llamando a ésta, a la señora, la de López y se acabó llamándole a él, al pobre López, *el de la de López,* o sea: "el (marido) de la (mujer) de López". Ya don Juan Valera citó una vez al pobre Putifar llamándole "el marido de la mujer de Putifar" y de aquí o llamarle "el de la de Putifar" va poco.

No, ese *de* no ha tenido en España semejante significación nobiliaria ni mucho menos, y en cuanto a lo de la señora de del Río es una grotesca ridiculez muy propia de gentes que diciendo vivir en un pueblo democrático se perecen por distinciones de

un aristocratismo de similor. Porque serán poco soportables los príncipes o los duques o los barones, pero lo que es los *próceres* y los *patricios*... ¡Dios nos libre!

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 18, VI, 1921.]

A principios del segundo tercio del siglo XIX arrebataba los ánimos del público de las Cortes españolas —público en que entran los diputados mismos— la elocuencia tribunicia de don Joaquín María López. ¡Hay que leer en publicaciones de la época lo que decían de este orador! Don Eduardo Chao, en la continuación que escribió a la *Historia General de España* del P. Mariana, escrita hacia 1850, habla de la "imaginación homérica" de López que "abarcaba toda la grandeza dramática de la noche de Luchana" —la del levantamiento del sitio de Bilbao el 24 de diciembre de 1836—, y como prueba de lo homérico de la imaginación lopeziana insertaba un trozo de su discurso en las Cortes, y el tal trozo nos hace... sonreír. Puede ser que en aquel entonces, en aquel ámbito y con la voz y el gesto que prestara López a su perorata electrizase ésta a sus oyentes, pero lo que es hoy aquello nos resulta de lo que no se puede resucitar.

Siendo el que esto escribe muy mozo intentó leer discursos de don Joaquín María López que halló en la librería de su padre, pero le fué imposible apechugar con ellos. Ni le conmovía lo del "tétrico susurro de los cipreses", y eso que ignoraba entonces que el ciprés es uno de los árboles que no susurran, pues la brisa no penetra en la apretura de su follaje.

Mas he aquí que leyendo esa historia que escribió Chao y al llegar a lo de las discusiones que se armaron en 1840 sobre si se nombraría o no regente del Reino al general don Baldomero Espartero, nos encontramos con que después de decirnos el historiador respecto a López que "la imaginación marchaba embelesada con el torrente de flores que manaba de su boca", transcribe este párrafo lopeziano: "En mi juicio es punto menos que imposible que se encuentren unos hombros robustos que, como los de otro Atlante, puedan sostener el peso entero de la máquina del gobierno, porque para mí es punto menos que imposible que se encuentre un hombre cuadrado, que por cualquier parte que se mire presente la misma longitud, la misma latitud, la misma profundidad; porque es, no punto menos que imposible, sino imposible de todo punto..., etc., etc." Esto no es, ¡claro!, no ya homérico más ni demosteniano, pero lo del hombre cuadrado nos hizo detenernos. Y aunque quiso decir cúbico.

Recordamos al punto aquella expresión dantesca de hacerse tetrágono contra el destino para señalar el mejor modo de resistirlo, frase sacada, más que de la geometría, del arte de la fortificación. Y pensamos que considerando al hombre más que como una fortificación de muralla, prendida al suelo, como una especie de caballo de Frisia, la estructura más resistente sería la que podríamos llamar el esqueleto de un tetraedro, o sea las cuatro lanzas que de su centro irradiasen a sus cuatro vértices. Y así nos encontramos a partir de la metáfora lopeziana en un mundo de visiones nada homéricas.

Un hombre cuadrado —vamos, tetragónico— que por cualquier lado que se le mire presenta la misma longitud, la misma latitud y la misma profundidad. Esto suele decirse no de los hombres, pero sí de sus cabezas, y al decirlo se quiere decir que las

tales cabezas son muy poco comprensivas. "¡Tiene la cabeza cuadrada!" "¡Es cuadrado de cabeza!" He aquí expresiones con que se quiere dar a entender al aplicarlas a un hombre que tiene éste un espíritu estrecho, dogmático e incomprensivo. ¿Y por qué?

Es indudable que un líquido, pues que se acomoda al recipiente que lo contiene, lo mismo entra en un cubo que en una esfera, y en cuanto a sólidos depende de la forma de éstos. Y no sabemos bien la forma que tienen las ideas. Aunque debe de haberlas de todas formas: unas esféricas y otras llenas de picos, como ya lo presintió Ganivet.

Fígaro habló del hombre globo, del hombre gaseoso, el que se eleva, y suponemos que ese hombre adoptará más bien la forma esferoidal, así como el que se queda, el que pesa, el que se asienta en el suelo ha de ser, según el homérico López quería, cuadrado. O más bien cúbico: el hombre-dado. Y con el hombre-dado juegan los demás, echándolo de allá para acá. Y a cada echa —echa sin h, ¿eh?, ya lo explicaremos otra vez— especulan los otros con él.

Los dados, achatándose, han venido a parar en fichas de dominó, y en vez de echarlos por alto los combinamos unos con otros. Porque sospechamos que la ficha de dominó no es más que un dado degenerado. Y a los hombres de batalla, dados en un tiempo, los hemos convertido en hombres-fichas. Y hay uno que es el seis doble y otro que hace de blanca doble. O de doble blanco.

Esto de desarrollar una metáfora es uno de los más divertidos y a la vez de los más sugestivos ejercicios gimnásticos del ingenio. Como lo es el de hacer metáforas compuestas por el estilo de aquélla, maravillosa de incongruencia, del orador francés que dijo lo de "¡El carro del Estado na-

vega sobre un volcán!" ¡Qué bien suena! ¡Qué lopeziano! Y luego fíjense ustedes, un carro que navega y que navega sobre un volcán. Lo que en rigor sería posible si se tratase de un volcán submarino.

Bueno, de esta echa —echa sin h, ¿eh?— no logramos darle a este artículo —o pequeño ensayo divagatorio si ustedes, lectores, quieren— ni congruencia ni menos consecuencia. No, no tiene moraleja. ¿Y para qué? Estas cosas deben ser así, sin principio ni fin. Así debe ser toda charla viva. Que la vida es juego de dados o de dominó. Y ahora vamos a explicarles a ustedes por qué escribimos echa sin hache y lo que de ahí salga.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 23, VII, 1921.]

Al hablarles a ustedes, lectores, del hombre-dado les hablamos de la echa sin *h,* de la echa de los dados, o sea de la acción de echarlos, o *eito* que decían los portugueses, *jet* de los franceses y *getto* de los italianos. Y si alguna vez leen ustedes: "de esta hecha" es porque quien así lo escribe se acuerda del participio del verbo hacer o como nuestra Real Academia de la Lengua cree que equivale a "de esta fecha". Y nos parece que no es así.

Ante todo, respecto a esto de las haches nos permitimos darles a nuestros lectores el consejo que a un novel escritor que nos preguntaba de cierto vocablo si había que escribirlo con hache o sin ella y es que le contestamos: "¡en la duda, abstente!" Pues no hay nada más antipático que una hache intrusa como la de los que escriben *exhonerar* creyendo que quiere decir privarle a uno de honores cuando es descargarle de algo, quitarle una carga, ya que cargar es en latín *onerare.*

Pero en esto de las palabras... Ahí tenemos esa echa o echadura de los dados o de las suertes que ya como sustantivo no se usa fuera de la frase citada, pues a nadie se le ocurre decir, verbigracia, "asistió a la echa de las suertes..." Sin que sea el único sustantivo enquistado, por decirlo así, de tal manera en una frase y que fuera de ella apenas hay quien lo reconozca.

Si uno dijera que había recibido un golpe en el *hinojo* preguntaríase el oyente que de dónde había salido esa palabra, y todos, sin embargo, decimos que se pone de hinojos el que se pone de rodillas. Y con la voz *brete* empieza a pasar algo parecido, que apenas hay, por lo menos en estas tierras, quien sepa que es "el cepo o prisión estrecha de hierro que se pone a los reos en los pies para que no se puedan huir" y todos repetimos lo de estar en un brete o ponerle en un brete a uno.

Más curioso es, si cabe, el caso del cajón. Este cajón es el de aquella frase de "eso es de cajón", que en rigor quiere decir que es de oportunidad. "Una frase de cajón" quiere decir ya hoy una frase convencional y como litúrgica. Y este cajón parece que no tenga nada que ver con el aumentativo de caja, con la caja grande, y ello aunque acaso induzca a creerlo el pensar que una frase de cajón es la que encaja en un caso dado.

En portugués, en efecto, el cajón o caja grande es *caixão* y en la frase ésa se dice: *de cajão.* Y parece ser que se trata de un vocablo hermano del italiano *cagione,* causa, motivo, y es el latín *occasionem,* y que por lo tanto "frase de cajón" es frase de ocasión.

"Levantar en vilo" —decimos—. Y este *vilo,* ¿qué es? "¿Con qué se come?" —que diría un extremista de la concepción materialista de la historia—. Porque si el vilo no es comestible —que no lo sabemos, por ignorar qué sea—, el *bledo* de "no me importa un bledo" sí, pues que es planta.

El que se propusiera inquirir todas las pobres palabras que están así prisioneras de una frase, enquistadas en una frase, y que fuera de ella no se usan, les daría una nueva vida enriqueciendo el lenguaje y suscitando nuevas asociaciones.

Y nada digamos de esos epítetos que parecen con-

sagrados para un sustantivo. Hace años que no hemos leído lo de inexcrutables más que aplicado a los designios de la Providencia.

Claro está que si un escritor se propone sutilizar en esto acabará por hacerse un lenguaje de puro taraceado casi ininteligible, o que por lo menos exige de parte del lector una atención tal que no compensa el fruto que de la lectura se saque. Tal nos sucede con el P. Baltasar Gracián y con los conceptistas. Que la lengua corriente se compone de frases hechas de tópicos, de lugares comunes, y si rompemos esa trama la lengua, en cuanto inteligencia, se deshace.

"Tomando las estrellas se le cayó el corazón de pena..." Tal decía un pasaje de una novelita que nos leía un joven novelista, y al hacerle que nos lo repitiera agregó satisfecho:

"¿Qué?, le sorprende la frase? Se dice que toma el sol del que se pasea a él y de día; pues del que se pasea de noche, y en una noche de luna nueva, como le ocurre a mi personaje, cabe decir que toma las estrellas..." "Y de otro cabrá decir —le replicamos— que toma las nubes." "Y si decimos —prosiguió— que se le cae a uno la cara de vergüenza, ¿por qué no hemos de poder decir que se le cae el corazón de pena?" "Por mi parte —añadimos—, diga lo que quiera y le advierto que eso de caérsele a uno la cara de vergüenza es una de las frases que más gusto les da y más les divierte a los extranjeros que estudian el castellano."

¿Que todo esto no son más que juegos de palabras? ¡Ah! es que los juegos de palabras se convierten en juegos de ideas y el más alto y puro pensar se reduce a jugar con las ideas. El que al oír aquello de que "se pierde mucho tiempo en recorrer espacio" —¡insigne gedeonada!— replicó muy serio y en broma: "sí, como el espacio que se pierde en pasar

el tiempo", dijo acaso, sin quererlo, algo muy profundo. O como la niña que al oír a su madre que tenía cinco años preguntó: "¿dónde los tengo, mamá?"

Las cosas más profundas de lenguaje suelen decirlas los niños, pero es porque son los que más libremente lo crean. El lenguaje más vivo es el infantil. Y por eso hay tan pocos escritores que sepan hacer hablar a los niños. Porque el niño habla, crea, y el escritor escribe, entierra lo creado.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 28, VII, 1921.]

CITARA Y FLAUTA

El instrumento de música genuinamente helénico, de puro abolengo griego, era la cítara, la cítara instrumento de cuerda, de que luego salió la guitarra. Nuestra palabra misma guitarra, con el sufijo ibérico *arra,* deriva de la voz griega *cítara.* La cítara, instrumento noble, se toca con las manos mientras queda la boca libre, para callar si se quiere, pero también para cantar, para acompañar al toque de las manos en la cítara con el canto de la voz de la boca libre. Apolo, el dios más helénico, era el dios de la cítara, de la guitarra.

Del Asia Menor, de la Frigia o de la Lidia salió el sátiro Marsias, tocador de flauta, del instrumento de viento que tapa la boca e impide cantar. Porque el flautista podrá acompañar con su toque al cantante, pero no puede cantar él mientras toca, y no es, por ende, libre. Y el sátiro Marsias, el flautista, fué provocado a una justa por el dios Apolo, y el dios Apolo, el legítimo griego, le venció y le castigó crudamente. Y la misma Atena (Minerva) encontraba muy feo a Marsias, el flautista, cuando con los mofletes hinchados soplaba en su instrumento. Pero el arte nuevo, asiático, del instrumento de viento, fué creciendo, Apolo y Atena acabaron por transigir con él y hasta se dijo al fin que Apolo mismo, el citarista, había inventado la flauta y Atena nada menos que aquella especie de babero

que los flautistas, según nos cuenta, entre otros, Aristóteles, se ponían bajo las mejillas.

Alcibíades es el dechado del señorito ático, un verdadero *dandy*. Y nos cuenta Plutarco, en la vida que de él escribió, que cuando quisieron enseñarle a tocar la flauta —tocaba ya la lira— la rechazó diciendo: "Que la toquen los hijos de los beocios, ya que no saben conversar, pero nuestros patronos, los de los atenienses, son, según dicen nuestros padres, Apolo y Atena, y ésta arrojó la flauta y aquél desolló al flautista".

Poesía lírica quiere decir poesía de lira, que se acompaña de la lira, que se puede cantar a son de música —y hasta bailar—, poesía cantable —y hasta bailable—. Pero conviene considerar que junto a la poesía lírica, de lira y de cítara, hubo la auténtica, la de flauta. La una, la de cítara, la propiamente lírica, puede cantarla el mismo que toca el instrumento músico; el guitarrista entona la copla. Lo que le permite improvisar y variar el canto. Pero al que cante mientras le acompaña otro con la flauta no le es dado ni improvisar ni variar el canto. Va esclavo del flautista, pendiente de él, mientras éste, el flautista, va pendiente y esclavo del cantante. Por donde se ve toda la diferencia que media entre la poesía lírica, de instrumento de toque de mano, y la poesía aulética, de instrumento de soplo de boca.

Lo popular es la guitarra, la cítara, lo que deja libre la boca y sobre todo lo que permite improvisar. Y este arte permite el recitado, más épico que lírico. El de nuestros romances. ¡Las veces que lo hemos oído en eso que es el germen o el acabamiento de nuestro teatro, en esos recitados de romances de ciegos, por los pueblos! El ciego toca el violín, su cítara, la moza que le sirve de lazarillo canta el romance y enseña el cartelón —las

decoraciones— en que van pintados los pasos del drama. No improvisan, pero si es el ciego mismo el que toca y recita —como suele suceder—, puede y aun suele improvisar y meter lo que los cómicos llaman morcillas.

Y ahora recordamos que los oradores antiguos de aparato —algo así como los que ahora discursean, que no discurren, en banquetes de confraternidad iberoamericana y cosas así— se hacían acompañar de flauta. De flauta y no de cítara ni de lira. La oratoria solemne, de aparato, era aulética, no lírica. El flautista se hinchaba los mofletes tocando en acompañamiento del orador, y éste, el orador, se los hinchaba también declamando en acompañamiento del flautista. Y todo era flauta, nada más que flauta, soplo.

¿No veis todo lo que de aquí se deriva?

La elegía se acompañaba entre los antiguos griegos de flauta, no de cítara ni de lira. Hasta se cree que la palabra misma "elegía" deriva de una voz armenia que significa caña, esto es: flauta de caña o sea caramillo. Eurípides le llama a la elegía canto sin lira, *áliro*. La *Ilíada,* en cambio, se acompañaba de cítara. Y la elegía era algo oratorio. "La elegía —dicen los hermanos Croiset en su *Historia de la literatura griega*— es a menudo como una primera manifestación poética del genio oratorio, que dormitaba entonces en Grecia o que, por lo menos, esparciéndose en improvisaciones efímeras, no había aún encontrado su forma artística y duradera."

¿Quién no reconoce hoy en lo que llamamos poesía lírica dos clases, la cantable, y aun bailable, y la que se recita? A primera vista parece que aquélla, la cantable y aun bailable, es más lírica, y sin embargo no es así. Y aun resulta más extraño que la oratoria de aparato, lo que llaman aquí, no sabemos por qué, florida, es cantable y no recitable.

El orador declamatorio, el que desembotella su discurso aprendido —y hasta cuando lo improvisa parece que lo dice de memoria—, es un orador aulético. Por debajo de sus párrafos ondulantes y sonoros —con la sonoridad de instrumento de viento— se está oyendo la flauta del acompañamiento. Ni puede tocar la guitarra, pues necesita las manos para gesticular. Y hasta para prestidigitear.

¿No habéis oído nunca decir ahí, como suele decirse por aquí, de un orador que entonó un himno a la Patria —muchas veces estos oradores son accionistas del patriotismo—, o al Ejército, o a las mujeres de Villavieja, o a la Virgen de Orbajosa? Pues estad seguros, en ese caso, de que no dijo nada. El orador que entona himnos, o lo que sea, no dice nada, no "ora" nada; hincha los mofletes en la flauta oratoria y nada más.

Pero oíd, en cambio, la oratoria verdaderamente lírica, o aulética, la del que improvisa y busca las palabras, las persigue y tropieza con ellas y se equivoca, y se pierde y vuelve a encontrarse y a quien se le oye pensar y sentir. Dícese que Demóstenes, que acabó siendo orador de flauta, empezó tartamudo. Y uno de los más grandes oradores que hemos oído era tartamudo. Y estos oradores no tienen sintaxis. Porque sintaxis quiere decir construcción y ellos no construyen, como se hace con una casa, su lenguaje, sino que lo crían, orgánicamente.

Y así con las cartas. ¿No habéis leído cartas que no están más que escritas? Se ve pero no se oye lo que en ellas está no más que escrito. Leyéndolas veis palpitar unos labios, pero a falta de aire en que encarnen las palabras no oís lo que allí se dice. No habla un hombre.

Martín Fierro se sentaba en el plan de un bajo a cantar un argumento y como si soplara un viento

hacía tiritar los pastos, pero era que no se acompañaba de flauta, sino de guitarra.

"Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman,
naides me pone el pie encima
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona."

Y cuando el diablo venció a Santos Vega —el de la *Elegía* de Mitre y el poema de Ascasubi— creemos que se acompañaba de flauta, de una flauta que tocaba un sátiro escondido entre las ramas del ombú mientras él, el diablo, fingía tocar en su guitarra. Fué la flauta oratoria del progreso la que derrotó a la cítara popular.

Pero hay oratoria lírica, citarédica, de guitarra. Las parrafadas del discurso de la Bandera, de Sarmiento, por ejemplo, son líricas. A pesar del progresismo, y progresismo muchas veces aulético, de flauta, de su autor, se oye por debajo de él la guitarra gauchesca que hace tiritar los pastos.

Hay también oratoria de acordeón y la hay de clarín. Pero su examen así, metafórico, nos llevaría lejos.

¿No creéis que en estos días sombríos, tempestuosos —por lo menos aquí—, descansa el ánimo —descansa para nuevos cansancios— remontándose a estas viejas historias entre tantos olvidos dispersos?

Salamanca, julio de 1921.

[*La Nación*, Buenos Aires, 5, VIII, 1921.]

¡CON SU ATIJO Y TODO!

Recordamos uno de los cuentos más graciosos que hemos oído contar y es el de un obispo que en una de sus visitas pastorales fué a albergarse en un convento, más que de regla estrecha, de pobrísimos recursos. Había oído el prelado ponderar la austeridad y sobriedad de vida de aquellos pobres frailes, y como le sirvieran una cena más que sencilla, bastante se lo hizo notar al superior de la comunidad que le acompañaba en ella. "Esto es por Su Ilustrísima, pero nosotros nunca comemos así." "¿Pues qué comen?, ¿qué comen?" El fraile empezó a contarle su parquísima mantenencia y al acabar diciendo: "y por la noche una sopa de ajo", el obispo añadió: "¡Ola!, ¡ola!, ¿conque con su ajito y todo, eh?"

Pues ahora que los fisiólogos se nos vienen y se las traen con eso que se llaman *vitaminas* resulta que el ajo —que es algo vivo, y muy vivo— es una de las sustancias más vivificadoras. El que esto os dice sabe, por lo menos, que el ajo, y crudo, le gusta mucho, y no tiene empacho en declarar públicamente un gusto tan... plebeyo. Mayormente que no le oye el difunto Eduardo VII de Inglaterra o algún otro de esos aristócratas ingleses a quienes, por pedantería, les huelen mal los que han comido ajos o cebollas.

Coger uno de esos dientes de ajo, que mejor que

dientes estaría llamarles corazones, que corazoncitos parecen —corazoncitos blancos y tiesos—, picarlos en rebanaditas —mejor que majarlos con un majadero en el almirez—, sentir el olor de su jugo, que a las veces os pica los ojos, y luego con aceite en lechuga... Es cosa que se gusta tanto con el olfato como con el paladar, que se derrama por el aire, que trasciende.

Cuenta Goethe en su *Viaje a Italia* cómo encontró un día de mercado la plaza de Verona toda llena. "Verduras y frutas en abundancia, ajos y cebollas a placer" —dice—. La expresión alemana que traducimos por "a placer" es *nach Herzenslust,* propiamente "a gusto del corazón". Y en este caso nos parece muy justa y bien encajada. El ajo contribuye, sin duda, a robustecer el corazón. Y si no, ¿por qué los antiguos griegos alimentaban con ajos a los gallos de pelea?

Entre estos antiguos griegos, que si sabían muchas cosas, sabían sobre todo vivir, el ajo —*scórodon*— jugaba un importantísimo papel. Del vocablo *scórodon,* ajo, habían sacado el verbo *scorodizein,* que podríamos verter por "ajear" (no "ajar") y que significa aderezar con ajo, frotar con ajo, hacer llorar y alimentar con ajo como a los gallos de pelea. Lo de hacer llorar todavía queda en aquel nuestro refrán castellano que dice: "quien se pica, ajos come".

Otros dos modismos tenemos a vueltas con el ajo y son el de "tieso como un ajo" y el de "andar en el ajo" o "estar metido en el ajo", y ambos, como el ajo mismo, huelen a pelea. Porque el ajo huele a pelea, y os lo dice uno que gusta mucho del ajo y gusta no menos de la pelea. Y que a las veces si no frota con ajo su pluma es porque lo ha comido y le basta.

No sabemos si habrá algún alcaloide que se saque

del ajo y si se le llamará o no *scorodoína,* pero si no le hay debe haberlo. Nosotros le conocemos por sentido íntimo. Y recordamos a su respecto lo que el formidable panfletero Pablo Luis Courier escribía en 1824 en su *Pamphlet des pamphlets* y es: "Acetato de morfina, un gramo en una cuba se pierde, no se siente; en una taza hace vomitar; en una cucharada mata, y he aquí el panfleto." Si Pablo Luis Courier en vez de ser, como era, turenés, hubiera sido provenzal de seguro que se habría acordado del ajo. Y con ajo le habría bastado para hacer llorar —y no de risa— a los sicarios del despotismo a que persiguió. Pues que no hay poco ajo en aquella carta de Luis XVIII a nuestro Fernando VII que interceptó y publicó y escribió antes...!

El ajo puede y debe representar nuestra socarronería y hasta me atrevo a decir que la ironía, pues si ésta la ironía —de que fué maestro Sócrates—, huele a cosa clásica y ática, los atenienses aderezaban sus comidas con ajo, y Sócrates, y luego Demóstenes, sin duda lo comían y gustaban.

Y el ajo supera al acetato de morfina en que éste no se lo come uno sino que lo echa en el panfleto, y la *scoroidina* —llamémosla así— va a nuestros escritos con nuestro aliento mismo, y saliendo de dentro nuestro. Da, pues, al escrito o al dicho una socarronería, una ironía íntima que ha pasado por nuestras entrañas antes. Y con él, con el ajo, nos purgamos a la vez de bilis.

Ahora nos dicen que el hambre que se pasó en Austria no fué tanto por falta de cantidad de alimentos como de calidad y que necesitaban cosas vivas, frescas, jugosas, de esas que hacen la boca agua y entre ellas fruta soleada y ajos y cebollas. Y no nos cabe duda de que necesitaban ajos.

Pero puede ocurrir —y al que esto escribe le ha ocurrido ya— tropezar con un tribunal de... llamé-

mosle justicia —por antonomasia— que tenga un concepto exclusivamente jurídico de la ironía. ¿Y en este caso? En este caso no cabe sino un recurso: "¿no quieres ajo?, ¡pues ristra y media!"

Y ahora, lector, voy a comerme mi ajito. Es mejor que frotar con él la pluma.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 3, IX, 1921.]

Sin duda que al lector le han llamado alguna vez la atención sobre la diferencia que va de las letras esculpidas, grabadas más bien, en piedra, y las pintadas, aquéllas *grámmata* y éstas *litterae*. La letra grabada pide trazos rectos y la pintada los pide curvos. De la escritura grabada proceden nuestras mayúsculas:

A

por ejemplo, y de la pintada las minúsculas,

a

Y el proceso se ve:

Y por otro lado:

a

Y lo mismo de la

salieron y luego redondeando trazos

D y δ

Hay una escritura angular o angulosa y hay otra curva. Y hay la china y la japonesa, escritas no a muñeca sino a codo, y no con pluma, sino con pincel. Pero acaso a estos dos modos de escribir corresponden dos modos de discurrir, el discurrir en ángulo y el discurrir en curva; el discurrir en gótico y el discurrir en arabesco.

La letra cursiva alemana, el manuscrito gótico, se compone de líneas rectas, es una escritura lógica. Durante la guerra nos permitimos no pocas bromas acerca de la Kultura, con K, letra angulosa, rectilínea, con sus cuatro picos —como un caballo de Frisia—, y la cultura con *c*, curva y redonda. El alemán, además, propende a usar de muchas mayúsculas, escritura de epitafio, grabada...

¿Y no encontraremos algunos signos con que poder simbolizar esas dos maneras de escribir y de discurrir, la manera angulosa y la manera curvilínea o de arabesco? Sin duda, y no pueden ser otros que la cruz y la media luna. La cruz —pero no la de Jesús, nuestro Salvador— es el símbolo del gótico, y la media luna el del arabesco. Y los dos signos son signos de muerte, pues si la cruz, primero una

T

era la figura de un instrumento de tortura, la media luna recuerda el alfanje.

La cruz primitiva, la genuina, era como una

T

Las cruces en que se ajusticiaba no tenían cabecera.

La otra, la que hoy se usa, parece que en parte proviene de la llamada *svástica*

卍

y ésta a su vez de otra representación, esta curvilínea

que se encuentra en no pocas estelas funerarias, y que parece representar al sol, como signo de resurrección.

Sea como fuere hay un signo rectilíneo, anguloso, que simboliza todo un modo de pensar y aun de sentir, y otro signo curvilíneo, sinuoso, que simboliza otros pensamientos y hasta otros sentimientos. Y aunque sea posible la combinación de ambos.

Y esto lo vemos en la literatura misma. Que hay una literatura de cruz, angulosa, gótica, y hay otra de media luna, sinuosa arabesca. ¿Lógica la una? No sino lógicas las dos. Que no es tan claro como parece, y menos después de Einstein, eso de que la línea recta sea la más corta entre dos puntos. Acaso es un postulado y nada más.

Hay quien hablando de la literatura de media luna, de arabesco, le ha llamado literatura caligráfica. La oratoria de arabesco fué llevada a Grecia desde el Asia Menor, era asiática y de origen semítico sin duda.

Claro está que tanto la cruz como la media luna son signos que admiten mayor reducción, mayor simplificación. Más sencillo que la cruz, que son dos rectas cruzadas en ángulos rectos, son tres rectas que irradian de un punto en ángulos iguales de 120 gra-

dos cada uno, y que es la forma de rotura de una masa homogénea que se resquebraja, y así se rompe el parche de un tambor estirado por todas partes. De donde puede sacarse una especie de *i* griega mayúscula:

Y

Y la media luna por su parte se reduce a la luna llena, al círculo perfecto. Y si inscribís en un círculo o luna esa cruz simplificada tendréis un signo así:



¿Cabalismo? No tanto como lo parece. Sabemos, sí, de un cabalista que tiene sobre su mesa de trabajo un trebejo que consiste en lo que él llama el esqueleto de un tetraedro con una bola encima. El esqueleto del tetraedro son cuatro varillas de igual longitud que irradian en ángulos iguales, de un centro formando una especie de trípode —o mejor tetrápode— y que sostendría un tetraedro. Y sobre este artefacto tiene nuestro cabalista una bolita que dice representar la Luna. Y lo otro... el Sol. Y nos explicó nuestro cabalista cómo la cruz proviene del Sol. "Porque en el Sol —nos decía— lo esencial son los rayos. Haga usted en una tarjeta de visita un agujerito picándola con un alfiler, y por él podrá usted mirar al Sol y lo verá muy pequeñito y es porque le quita los rayos".

Lo terrible es que ambos signos, la cruz rectilínea y angulosa, la que proviene del sol, y el creciente curvilíneo y sinuoso, el que proviene de la luna, son signos de muerte. Y el alfanje, el creciente de acero, tiene cruz en la empuñadura. Mata el

Sol; mata la Luna. ¿Resucita el Sol? ¿Resucita la Luna?

¿Pero es un alfanje una media luna? ¿Es la curva del alfanje curva de media luna, curva de círculo? Parece que no. Más se acerca, sin duda, a lo que en geometría se llama una catenaria. Y esto nos llevaría a hablar de la hipérbola y de la asíntota y de cómo la media luna se va acercando a la cruz, o ésta a aquélla, y de otros... cabalismos. Pero por hoy basta.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 12, XI, 1921.]

LA SED DE ORO

Una pregunta que suele hacérsele a uno con frecuencia es ésta: "¿De qué color es la luna?" Unos dicen verla blanca, otros azulada, otros amarillenta. Según esté la luna y según quien la mire. Pero a quien se le pregunte de qué color es el oro no vacilará en contestar que amarillo. Y sin embargo... "¿Sin embargo?" —se preguntará el lector—. Y así es. El oro es amarillo si se le mira por fuera, pero si se le mira por dentro es rojo y rojo encendido de sangre. "Bueno, bueno, filosofías tenemos..."

Y no es eso, no. Es que si tomas, lector, lo que se llama un pan de oro, una lámina delgadísima de este metal precioso y terrible, y miras la luz a través de él, la verás roja. La luz que entre en un aposento en que a los vidrios de la lucerna se les haya cubierto con panes de oro será una luz roja y de rojo sanguíneo, como de fuego. Luego el oro visto por dentro es rojo de sangre y fuego. Y el simbolismo viene luego.

Los alquimistas se preocupaban de buscar el oro potable que creían ser un brebaje de inmortalidad. Y se contaba en la Edad Media la historia de un boyero de Scilia, del tiempo del rey Guillermo, que habiendo hallado en el suelo una botella con oro potable bebió de él y rejuveneció.

¡Y qué sed la del oro! "¿Sed, o no más bien hambre?" Sí, la famosa frase latina *sacra auri fa-*

mes, abominable hambre de oro, habla de hambre y no de sed. Pero la del oro es hambre y sed a la vez.

En el capítulo III del libro V de su *Historia de Francia en la Edad Media* dejó escrito Michelet, hablando del fisco, un pasaje admirable sobre las propiedades del oro, forma líquida de la riqueza, comparada a las del suelo. El oro, "cosa pequeña, móvil, cambiable, divisible, fácil de manejar, fácil de ocultar, es —dice— la riqueza sutilizada ya, e iba a decir que espiritualizada". Espiritualizada precisamente, no, pero liquidada, por así decirlo, sí... "El propietario —prosigue— era una dependencia del suelo; la tierra arrastraba al hombre. Hoy es todo lo contrario, él es el que lleva la tierra concentrada y resumida por el oro." Y acaba Michelet mostrando cómo el oro permitió organizar el fisco y esto dió lugar al gobierno. Porque la principal función de un gobierno es sacar oro a los gobernados. "¿Clima? —le decía un alcalde al secretario que le leía los enunciados de las casillas de una hoja de estadística—, ¿clima? Pon que ninguno; no sea que nos vayan a subir la contribución."

El oro es, como se sabe, un metal y cuerpo simple, es decir, homogéneo, o sea que no contiene más que oro y que la más pequeña partícula de él es oro. Y aunque el agua (H_2O) no sea un cuerpo simple, prácticamente es como si lo fuese. Y si el agua químicamente pura es impotable, también el oro puro, sin aleación, no se presta a circular.

Píndaro empieza su primera oda olímpica con aquello tan consabido de: "Lo mejor el agua, pero el oro brilla en la noche como fuego ardiente..." Y Baquílides, en su oda tercera, canta: "profundo el éter incorruptible; el agua del mar no se pudre; alegría el oro". Y tanto Píndaro como Baquílides lo que cantan es la pureza y para ellos, helenos genui-

nos, enamorados de la sencillez y la pureza, de los colores del arco iris, de lo que no se corrompe, el agua, el éter —o sea el aire tranquilo y azul— y el oro eran ante todo y sobre todo cosas puras.

Sólo que el agua pura, el agua químicamente pura, que no sea más que agua, es impotable; así como también lo es el agua del mar, la que no se pudre según Baquílides. La hace impotable la falta absoluta de sales y el exceso de ellas. En el punto de la sal, pues, está su potabilidad. ¿Y del oro?

El oro puro tampoco apaga la sed o el hambre. Pero el oro impuro da más sed cuanto más de él se bebe. O si queréis da más hambre cuanto más de él se come. ¡Hambre!

"Entre las provincias y tierras de Indias que con mucho trabajo, hambre, valor y esfuerzo en tiempo del emperador Don Carlos Quinto, Máximo Rey de España, descubrieron y conquistaron los españoles, fueron los ricos reinos del Perú..." Así empieza y para no seguir de un modo digno de tal principio el libro que sobre la *Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de don Pedro Gasca* escribió don Juan Cristóbal Calvete de la Estrella. "¡Con mucho trabajo, hambre, valor y esfuerzo!" Y qué bien puesto está eso de hambre, entre el trabajo, el valor y el esfuerzo. ¿Y hambre de qué? Hambre sobre todo de oro; hambre y sed. Testigo, Atahualpa. *Sacra auri sitis!* Y esa terrible sed de oro suele ser sed de oro potable y se convierte en sed de sangre humana. Los que exprimen y estrujan a un hombre o a un pueblo para extraerle su oro, o lo que lo valga, le estrujan para sacarle su sangre y tienen sed de su sangre. La sangre de Abel clama al cielo, pero, y el oro, ¿no clama también?

El oro visto por dentro, el oro transparente, parece sangre, pero la sangre vista por dentro, la sangre transparente, parece oro. Y oro y sangre son dos

valores convertibles entre sí. Con sangre se saca o se hace oro, pero también con oro se saca y hace sangre.

Y todas estas ingeniosidades metafóricas son medios, lector, para distraernos y distraerte de hondas tristezas que nos han ido depositando en el fondo del corazón el paso el oro y el de la sangre.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 3, XII, 1921.]

LA CAMA

¡La cama! Acaso no andaba tan descaminado aquel arriero que afirmaba que el más grande bienhechor del linaje humano fué el que inventó la cama y la baraja. Que para él fué, sin duda, uno mismo, uno mismo, el que inventó ambas cosas.

Pero la cama, entiéndase bien, la verdadera cama y no una yacija cualquiera. No, por ejemplo, el escaño en que se tienden por esta tierra a dormir, junto al fogón, los gañanes, sino la cama, el lecho en que sobre un colchón de lana, o siquiera de hojas secas de maíz, se mete uno, desnudo o poco menos, entre sábanas de hilo y con una almohada a la cabeza.

Levanta uno la manta encimera, mira el lecho de la cama —cauce de un remanso— y siente por todo el cuerpo correrle el dulce presentimiento del reposo. Que es más dulce que el reposo mismo. Es como el aperitivo de aquella partecilla de muerte, según llamó Leopardi al sueño; es el pre-gusto de la inconciencia. Por un tiempo va a dejar uno de sentirse vivir, pero es para sentirse luego revivir. Se va a pasar del ayer al mañana, acaso del antes de ayer al pasado mañana. Se mete uno en la cama entre las sábanas, se retuerce en un escalofrío y se acurruca, se apelotona, se pone en la postura que el feto tiene en el claustro materno. Y así se prepara a la llegada de la inconciencia, esto es: de la inocencia, de la vuelta al limbo. Porque la cama es la añoranza

del limbo, del claustro maternal. No una yacija cualquiera, no, sino la cama con sus mantas, con sus sábanas, con el calorcito maternal con que nos envuelve.

Avenarius, el filósofo de la *Crítica de la experiencia pura,* empieza, como de punto de partida, por suponernos en el perfecto equilibrio con el ámbito que nos supone la vida prenatal, intrauterina. Lo que debe ser algo así como el nirvana de los budistas. Algo así como un ser sin existir. "Pienso, luego soy" —decía Descartes— y quién sabe si el feto no piensa que es y sólo que es y no otra cosa, y como piensa que es no piensa nada. Mientras hay quien añade: "quiero, luego existo". ¡Y basta de filosofías!

Pero si no se filosofa en la cama, al acabar de acostarse, acurrucadito en postura de feto, esperando al sueño, ¿cuándo se va a filosofar? Y uno se echa a la derecha, sobre el hígado, y otro a la izquierda, sobre el corazón, y otro de espaldas, cara al techo. Y hay quien sueña que está despierto y quien se pone a contar: "uno, dos, tres..., etc.", para que le llegue antes el sueño. Y hasta hay quien se mantiene insomne —y aterrado—, espiando el momento preciso en que se le anegue la conciencia.

Y hay la cama dura —como son las de Portugal— y la blanda. Y aquellas enormes camas de hojarasca de maíz, como las de los viejos caseríos de nuestra tierra vasca, donde uno como que se entierra y hace un hoyo y allí se queda. Y a cada rebullido siente uno el crujir de la hojarasca.

Cuentan que una vez un canónigo recibió en su casa a un su pariente que era pastor de ganado y estaba hecho a dormir en el campo, sobre la tierra, arrebujado en pieles, y que le llevó a una cama y que el pobre pastor, como se ahogaba en ella sin lograr atrapar el sueño, se levantó, abrió

el balcón, y se echó en él, a la luz de las estrellas y al aire de la noche desnuda. Y que en adelante, cuando en las noches de invierno, se acostaba en el campo, sobre el santo suelo de la tierra, se decía: "¡Pobrecitos canónigos, cómo lo estarán pasando!"

Dicen que la cama embota. Pero nosotros sabemos de uno cuyo principial oficio es el de pensar e imaginar para los demás, es decir, el de soñar que fragua los más de sus pensamientos e imaginaciones, los más de sus ensueños, en la cama, tendido cuan largo es, sin sentir suelo bajo los pies y entre modorra y modorra. Tienen así sus imaginaciones de crepúsculo matutino y vespertino, amanecer y anochecer, están enmarcadas en inconciencia. ¡No en tinieblas, no! Porque durante el sueño sin ensueños no son ni las tinieblas ni el silencio lo que nos envuelve, sino que es algo más profundo. La noche es negra, pero el sueño no es negro.

Es muy frecuente soñarse muerto. ¿Y no te ha sucedido, lector, soñar que ibas remontando tu vida, de hoy a ayer, hacia el pasado, volviendo a vivirla del revés, las aguas del río hacia el manantial, y otra vez niño y por fin des-nacer? Y al sentirte des-nacer te sumerges del todo en el sueño profundo y como que el corazón se te descansa y la sangre se te clarifica. Y entonces sí que podrías decir: "¡me pienso, luego me soy!" O mejor: "¡se sueña, luego se vive!"

"¡Se vive!" ¡Qué expresión tan castiza! ¡Como que las más de las veces equivale a: "¡se duerme!" Ya dice la copla andaluza: "¡Cada vez que considero—que me tengo de morir—tiendo la capa en el suelo—y no me harto de dormir!" Y al meterse en la cama se dice uno: "¡la vida es sueño... y el sueño es vida!"

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 25,II, 1922.]

Según os dijimos, lectores, al hablaros de la cama, decía el arriero de marras —y el sabría por qué decirlo— que el inventor de la baraja fué el mismo que inventó la cama. En la cama gozamos mejor que en otra parte y de otro modo el dulce reposo de la inconciencia y en la baraja el descanso del azar.

Decía Schopenhauer que los tontos no teniendo ideas de cambiar entre sí inventaron unos cartoncitos pintados para suplir con ellos el comercio y trueque de las ideas, pero a cualquiera, por muy pesimista que sea, se le ocurre pensar que si los tontos inventaron la baraja no eran ya tan tontos como parecían. Y hasta diríamos que la invención de un sustitutivo a las ideas es una de las invenciones más geniales del hombre. Tanto por lo menos como la del billete de banco.

Debemos hacer notar aquí, de pasada, que hay tres grandes variedades de tontos, y son la de los que inventan tonterías nuevas, que son los tontos originales y hasta geniales, cuyo símbolo es Gedeón —pero no el bíblico— y la de los que no hacen sino repetir las tonterías inventadas por otros, las de curso forzoso, los lugares comunes y de sentido común, y el símbolo de ellos es Pero Grullo. Y queda la otra variedad y es la de los archi-tontos, la de los tontos rematados y sin remedio, y es la de los que se mueren sin haber hecho ni dicho tontería alguna.

Y volviendo a lo de la baraja, cuya invención se pierde en la noche de los tiempos —como diría un tonto de la segunda especie—, queda la duda de si tenía razón el arriero que la atribuía a un solo hombre o si, como creía Schopenhauer, fué una invención colectiva y de sufragio. O de contrato social.

El problema histórico es complicado. Porque cabe suponer que un individuo aburrido inventó la baraja para hacer solitarios con ella, y luego se extendió su uso a juegos entre dos o más personas, o si los tontos geniales la inventaron para ahorrarse la conversación y luego cada uno de ellos la empleó en solitarios para que no le cogiera el sueño en cuanto se encontrase solo. Una es la teoría colectivista y otra la individualista.

Y, ¡qué placer el de hacer solitarios con la baraja en espera de que le reciba a uno el blanco regazo de hilo de la mullida cama! Una partida de solitario es una lección de historia universal. Y de moral. De moral, sí, porque cuidado si hace falta fortaleza de ánimo para no hacerse uno a sí mismo trampas. Sabemos de uno de estos jugadores de solitarios que creyéndose solo en su cuarto, al ir a hacer una trampa para sacar el juego miró detrás de sí y alrededor, ¡y no era ello sino la conciencia! El rey Carlos VI de Francia, el loco, se entretenía con cartas de baraja que eran al principio pintadas, mas como esto resultase caro —la realeza francesa era a fines del siglo XIV pobre— se acudió a imprimirlas, y ya en 1441, al año de haber descubierto Gutenberg la imprenta, los naiperos de Venecia se quejaban de la competencia que les hacían los naipes impresos. Y Michelet, en su *Historia de Francia,* al hablar de la distracción del pobre rey loco Carlos VI y de la baraja, dice: "Lo que gustaba en este juego es que impedía pensar; que daba el ol-

vido. ¿Quién hubiera dicho que saldría de él el instrumento que multiplica el pensamiento y que lo eterniza, que de este juego de locos saldría el todopoderoso vehículo de la sabiduría?" ¡Bah! Si la escritura alfabética fué un secreto sacerdotal egipcio que sorprendieron los fenicios y, desamortizándolo, lo popularizaron para hacer letras de cambio mercantil —lo primero acaso que se escribió—, ¿qué mucho que la imprenta haya salido del juego de naipes? Y es que los tontos de Schopenhauer no son tan tontos como parecen. Acaso Schopenhauer fué más tonto que ellos.

Hay en el capítulo XXIII de la Parte II del Libro un pasaje en que se nos cuenta cómo el venerable Montesinos presentó, en su cueva, Don Quijote de la Mancha al cadáver de Durandarte, a quien le había sacado el corazón, y le dijo cómo podría desencantarle el caballero manchego. "Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, oh, primo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó a su acostumbrado silencio sin hablar más palabras." Lo que claramente nos muestra que Durandarte, o más bien Don Quijote, gustaba de hacer solitarios con la baraja y que haciéndolos templó su ánimo a la paciencia que pedían sus grandes hazañas.

"¡Paciencia y barajar!" ¡Qué profunda sentencia! Como que es otra versión del "¡hágase tu voluntad!", pero con una nota de actividad. *Paciencia* es la resignación, el "a Dios rogando", y *barajar* es la acción, el "y con el mazo dando".

El lector debe de saber que *desbarajuste* es un sustantivo verbal derivado de *desbarajustar* y que este verbo salió de la fusión de *desbarajar* con *desajustar,* y así el desbarajuste es una mezcla de *desbaraje* con *desajuste.* Y ahora, ¿qué diferencia hay entre barajar y desbarajar? La cuestión es peliaguda. Y no

creo que la resuelva un tipógrafo diciéndonos que la misma que hay entre ajustar y desajustar o distribuir.

La historia no es más que barajar, esto es: guerrear, y desbarajar o desguerrear o hacer paces que traigan nuevas guerras y frente a ello no cabe más que la paciencia.

¡Paciencia, lector, paciencia, y baraja estas reflexiones que te presento!

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 11, III, 1922.]

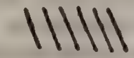
Hay una quisicosa, arte, ciencia o fantasía —porque, ¿quién sabe a estas alturas y después de lo que sobre ello se ha escrito, cómo distinguirlas?—, hay una quisicosa que llaman grafología. Los que a ella se dedican como podrían dedicarse a jugar al tángano, pretenden conocer el carácter de los individuos y de los pueblos por el carácter de sus escrituras respectivas. Y así no dejan de hacer notar cómo la letra llamada gótica, la cursiva alemana, es rectilínea y picuda y cómo la latina es más redonda.

Conocimos, sin embargo, un sujeto que en unos ejercicios de caligrafía presentó un modelo de lo que él, arbitraria y caprichosamente, llama letra gótica, y no era sino la entre nosotros hoy aquí corriente, sólo que con... pelos. Una *e* hirsuta:



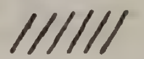
Lo gótico para tal sujeto era lo peludo o velloso.

En uno de esos tratados de grafología recordamos haber leído que el carácter de manuscrito en que las letras aparecen inclinadas por su parte superior —su cabeza— hacia la izquierda, así:



denotan hipocresía, porque lo natural es que escri-

biendo, como escribimos, de izquierda a derecha y con movimiento excéntrico del brazo, la escritura se doble, de cabeza, a la derecha, así:



Esto, sin embargo, depende de la manera de tomar la pluma. Los que la tomamos entre el índice y el pulgar y apoyándola un poco en el dedo medio hacemos la letra del tipo

//////

Pero los que la toman entre el índice y el del medio, en el fondo que los une, la hacen del otro tipo, del de cabeza hacia atrás o hacia la izquierda. Y sabido es que el que escribe con la mano izquierda o zurda escribe este mismo tipo de letra. Y se ha hecho observar cómo es de este último carácter la escritura arábiga, que, como la hebrea, va de derecha a izquierda. ¿Es que los árabes y los judíos eran zurdos?

"Pero —se dirá—, ¿qué necesidad hay de que escribiendo con la derecha o con la izquierda se lleve, en uno y otro caso, un movimiento excéntrico o centrífugo y no uno concéntrico o centrípeto? ¿Por qué el que escribe, sea con una o con otra mano, no ha de hacerlo con movimiento hacia adentro, con gesto anabólico, y no hacia fuera o metabólico?"

"¿Y qué es esto de anabólico y metabólico?" —se dirá al lector—. Pues mira, este es un nuevo y mirífico misterio. Los fisiólogos hablan ahora de procesos anabólicos de asimilación y conservación de energías vitales y de procesos metabólicos, de disimilación, de cambio, de expansión. Y dicen que la

mujer es más anabólica que metabólica y el varón más metabólico que anabólico. ¡Macanas, en fin! Otros dirían que la mujer es conservadora y el hombre revolucionario. Y añaden que los gestos del hombre son hacia fuera, excéntricos, y los de la mujer hacia dentro, concéntricos. Vamos al decir, que el hombre cuando quiere ser expresivo abre los brazos como llamando algo a sí y que la mujer los recoge como quien apechuga a un niño.

De aquí resultaría que la escritura de cabeza adelante

//////

sería, escribiendo con la derecha, la natural del hombre, e hipócrita —o impuesta— en la mujer, y escribiendo con la izquierda, la inversa. ¡Vaya un lío!

Ahora se ha dado en usar una escritura vertical para recomendar la cual se dice que ahorra espacios marginales y es, por lo tanto, más económica, o sea que caben más letras en cada renglón, y además que es más difícil reformarla. Pero si la escritura diestra, o de mano derecha, ha de ser de cabeza hacia adelante, y el movimiento metabólico y la escritura siniestra o de mano izquierda, de cabeza hacia atrás —siempre en el sentido de la marcha del escrito— en el mismo movimiento, antójasenos que esa escritura vertical o económica es la propia de un elefante que escribió con la trompa. O acaso de uno que pinte las letras, como los japoneses y los chinos, con pincel.

Pero cotejando escrituras de distintas épocas se observa la afición que ha tenido el hombre a recargar las letras con postizos, añadidos y garambainas

de todas clases. ¿A qué conduce, por ejemplo, escribir



cuando con



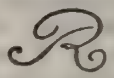
basta? ¿O aquello de ponerle a la A mayúscula una especie de penacho, así?:



Lo económico sería hacer cada letra de un solo trazo y con la menor cantidad posible de línea. Cuando se puede hacer



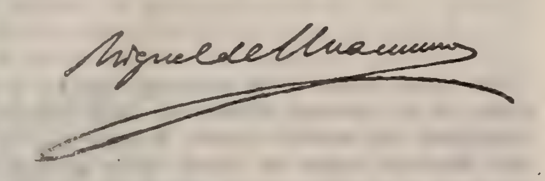
no comprendemos por qué se haga



Claro está que todo esto deja de tener interés con la mecanografía, pero ¿será posible que llegue un mozo a dirigir a una moza una declaración de amor escrita a máquina? Esto es como si fuera a darle a la novia una serenata con un piano de manubrio. Ni se le puede dar a la novia una serenata con un piano de manubrio ni se le puede di-

rigir una misiva amorosa escrita a máquina. Esto es evidente.

Por nuestra parte hemos adoptado una firma muy de cabeza hacia adelante y de un solo trazo toda ella, de modo que si se toma por un lado el arranque de la M, y del otro el cabo de la rúbrica y se tira, queda un hilo



[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 8, IV, 1922.]

Hay quien habla de la sabiduría popular a propósito de los refranes, viendo en ellos reflejada la experiencia del sentido común. A cada uno de los siete llamados sabios de Grecia se le atribuía una sentencia, y así los muchos sabios de nuestro pueblo —a cuya cabeza figura Pero Grullo— nos dejaron sendos refranes anónimos. Y lo más profundo de esa sabiduría reflejada en los refranes consiste en que los hay perfectamente contradictorios. Así junto a "una golondrina no hace verano" tenemos "quien hace un cesto hace ciento", o junto a "piensa mal y acertarás", "cree el ladrón que todos son de su condición". Y así en los demás.

Pero si en los refranes ha quedado cifrada la sabiduría popular especulativa, la razón teórica del sentido común del pueblo, su sabiduría en actividad, su razón práctica, nos ha quedado en objetos y usos de empleo diario. Uno de ellos es el botijo.

El botijo es, en efecto, una de las invenciones más singulares. Podríamos llamarle el antifiltro o filtro al revés. Porque en el botijo se echa agua, muchas veces turbia; se le pone sobre un plato y el líquido que rezumando queda en el plato, el agua filtrada, se arroja y se bebe la que el botijo guarda sin filtrar. Que como ha disminuído algo, y no así su turbulencia, resulta más sucia. A lo que se dirá

que la gente no emplea el botijo para beber el agua más limpia, sino más fresca, y que hay que tomar en cuenta sus propósitos.

Sin duda. Y así en las mantillas con que se envuelve a los niños el propósito es que sus madres o nodrizas puedan manejarlos fácilmente, para lo cual se les tiene fajados en esos envoltorios donde guardan toda la porquería de sus deyecciones. .Y ya aquí empieza la pedagogía que es, como se sabe, el arte de criar al niño con el menor trabajo posible de quien lo cría. Un problema de máximos y mínimos. Como que el maestro avisado está siempre inventando la manera de que el niño aprenda las cosas por sí solo y sin dar demasiado que hacer.

Otra de las cosas que a un amigo nuestro le parecía más característica es la aldaba, sobre todo si está en la puerta de la calle de una casa de cuatro pisos. Para llamar a los del piso cuarto izquierda se da cuatro aldabonazos y repique. Llega uno a la una o a las dos de la mañana, da un aldabonazo y ha despertado a los de los primeros pisos, con dos a los de los segundos, con tres a los de los terceros y cuando da los cuatro y repique los del cuarto izquierda siguen durmiendo como lirones.

Pero es más curiosa la costumbre que rige aquí, en la mayor parte de las viviendas de esta ciudad de Salamanca, que es una mazorca de alquerías con todo el aire de la dehesa.

Llama usted en una casa y antes de abrirle pregúntale desde dentro la voz de una criada: "¿Quién?" Con que usted diga "yo" o "Juan Pérez" le abren sin saber quién es yo ni quién Juan Pérez, aunque alguna vez le repliquen: "¿Qué quiere? o qué busca?" El que esto os cuenta ha hecho alguna vez la prueba de no responder al "¿quién?", sino volver a llamar y ha tenido que retirarse después de haber llamado así cuatro o cinco veces.

"Como no contestaba...", se le dió luego por explicación. Pero la razón de esto está en que esa costumbre traída de las alquerías campesinas, obedece a que en éstas los más de los que llaman a la puerta son mendigos, pordioseros, y como al "¿quién?" responden con un plañidero y quejumbroso: "una limosnita por el amor de Dios, noble señora", y suele seguir una retahila, se le despide con un "Dios le ampare, hermanito" u otra frase por el estilo. Y los pordioseros son por aquí uno de los principales elementos sociales y de los que más costumbres públicas han establecido.

A todo esto podría añadirse todo lo que se debe a tradiciones muertas, todas las sobrevivencias de valores difuntos y todo lo que en las costumbres, como en los trajes, representa órganos atrofiados. Así el charro de esta provincia, como usa mangas que pueda remangar las lleva con una fila de botones efectivos, vivos, que se desabrochan, pero en los trajes de los señoritos no se comprende a qué conduzcan esos botones que llevan en las mangas de la americana, que no están presos a ojales, como no sea para romper los forros de las mangas de los gabanes y sobretodos que es para lo que realmente sirven. Aunque Spencer diría que son, como tantas otras cosas que hoy sirven de mero adorno, ahorro de utilidad. Como parece que lo es la corbata.

Y vean cómo del botijo hemos venido a la corbata, de un artilugio para beber agua fresca aunque sea más sucia, a una moda que no pasa, casi permanente y por lo menos secular. Porque eso de que las modas son pasajeras es un mero decir. Nada hay más permanente que una moda. Como que las modas caracterizan a una civilización. Y lo más característico acaso de nuestra civilización actual, del Occidente, a diferencia de la de Grecia y Roma antiguas, es el uso de los pantalones en vez de la toga.

Esta civilización cuyo ocaso ha estudiado el ya famoso Oswaldo Spengler, el autor de *La caída del Occidente,* es una civilización en pantalones. Dentro de veinte siglos los historiadores que se dediquen a investigar nuestra época la llamarán la "época pantalónica" y estudiarán nuestras artes y nuestra política y nuestra filosofía como producto del empleo de los pantalones.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 20, V, 1922.]

PINTAMONAS Y PANTALONES

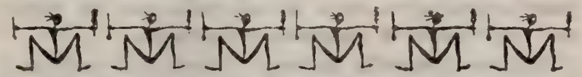
En un breve ensayo errático, de esos que uno empieza a lo que salga en muy premeditada improvisación —y que suelen ser los que más firme unidad guardan bajo su aparente incoherencia— os hablaba del uso de los pantalones como lo más característico de nuestra actual civilización occidental, de esta civilización cuyo ocaso estudia el ya célebre filósofo alemán Oswaldo Spengler en un libro que ha metido no poco ruido en su tierra (*Der Untergang des Abendlandes*). Libro en el que se da el valor central al estilo. Y para estilo el que los pantalones imprimen.

Todos hemos oído a los escultores quejarse de las dificultades que ofrece poner en estatua a un sujeto con pantalones y cómo o procuran ponerlo sentado o le envuelven en una capa. Así, en amplia capa, está en Madrid la estatua de Mendizábal, una de las mejores que hay en la Villa y Corte. Las estatuas ecuestres salvan el inconveniente de los pantalones y cómo o procuran ponerlo sentado o le envuelven sucede con todo lo que es a medias. El calzón es un pantalón vergonzante o incipiente.

Nos decía una vez un escultor: "Así como el usar sólo bigote es un disparate artístico, pues o se afeita uno del todo, como los romanos, o se deja toda la barba, como los bárbaros, así para la escultura o hay que representarle a uno desnudo, de

modo que se le marquen bien distintas y dibujadas las dos piernas, o envuelto en una toga o manto que le llegue a los pies y haga de él como un tronco; en pantalones no hay modo de hacer una estatua. Pero creo que esto se debe a que nuestros escultores, atados a la tradición clásica greco-romana, no han encontrado la estética de los pantalones. Y es muy de temer que cuando un escultor, cubista o ultraísta, haya dado con el estilo escultórico pantalónico empiece a desaparecer el uso de los pantalones. Que la belleza de una cosa empieza a descubrirse cuando esa cosa empieza a desvanecerse y desaparecer. Esperemos, pues, al ocaso de los pantalones para descubrir su valor artístico. Pero con rodilleras, claro.

En una de mis novelas esotéricas, no recuerdo si en *Amor y Pedagogía* o en *Niebla,* he disertado sobre el valor estético de las rodilleras y no necesito añadir que lo de usar pantalones en que se marque el pliegue es de un estilo puramente cubista.



En los dibujos más antiguos, en los dibujos trogloditicos o cavernarios, los que se encuentran en las cuevas en que habitó el hombre prehistórico, suele verse la figura humana reducida a una especie de esquema, casi a un jeroglífico, y en cuclillas, así:



De donde algunos han querido sacar de un lado la cruz,

el tronco de un hombre con los brazos en cruz, y de otra, parte de una eme mayúscula,

M

las piernas de un hombre en cuclillas. Que podía tan bien como estar desnudo estar en pantalones.

A las figuras que dibujan los niños les llamamos *santos* o *monos* y decimos que hacen santos o hacen monos. Y a un mal pintor se le llama un pintamonas. En cuanto a los santos, esto proviene de que lo que generalmente se pintaba, se modelaba, se tallaba o se esculpía, eran imágenes de santos. Todas ellas en toga, en faldas, en manto o si es caso desnudos, como San Sebastián, ¡pero en pantalones nunca! ¿Un santo en pantalones? ¡Horror! La santidad parece incompatible con los pantalones. Y es que hasta los santos más modernos, los últimamente canonizados por la Iglesia, son en general sacerdotes o frailes, y éstos se nos presentan en faldas, con traje talar. Y pasemos a los monos.

Aquí una pequeña digresión lingüística respecto a la etimología de la palabra *mono*. Que nos parece sea lo que suele llamarse una formación retrógrada, como *loro,* que se ha sacado de *lorito* —primero: *el orito,* voz indígena americana—, suponiendo a éste un diminutivo, aunque no lo es, o *zarza* de *zarcillo* (*circellum*) o *legislar* de *legislación.* Y así *mono* suponemos que sea una formación retrógrada de *monigote,* que es, a su vez, lo mismo que *monaguillo* un derivado de *monago* (latín *monachus*), monje. Pintar monos sería, pues, lo mismo que pintar monigotes o monjecillos o frailecillos, o sea santucos. Y de esta expresión de "pintar monos" o monigotes vendría el aplicar la voz *mono* a una figura que remeda toscamente la del hombre o sea la del jimio.

De modo que no del animal se le llamó a la figura gráfica, sino de ésta al animal, y de la frase "pintar monos", análoga a la de "pintar santos", se pasó a llamar mono al macaco o jimio. Y el mono, desde luego, como el santo, no usa pantalones. Ni los necesita.

Véase por dónde los santeros y pintamonas no han podido aún encontrar el estilo pantalónico, o sea cubista. Y se comprende que cuando los fieles católicos al oír misa ven que al oficiante le asoman los pantalones —vestido profano y casi racionalista— pierden la devoción.

Y no se crea el lector que éstas son ingeniosidades más o menos amenas, ¡no! Esto es filosofía estética. Y le aseguramos que hay en esto una concepción tan trascendental de la vida y de la historia como pueda haberla en nuestra novela —o nivola— *Niebla;* que uno de nuestros críticos franceses emparenta, en cuanto a su sentido, con *La vida es sueño.* Carlyle escribió su *Sartor Resartus,* que quiere ser una filosofía del traje, pero si se hubiese limitado a los pantalones, contraponiéndolos al traje talar o togado, habría descubierto acaso la esencia de nuestra civilización. Después de los pantalones lo más característico de nuestra época cultural es la corbata. Pero la corbata o dogal de ceremonia merece consideración aparte.



[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 3, VI, 1922.]

LA SOLEDAD DE LA NIÑEZ

> Oh soledat aymada, ma companyona un día
> lo joru de ma infantesa que no tingué demà;
> d'encà que trist anyoro ta dolça companyía
> com font escorreguda ma vena s'estronca.
>
> (Mossen Jacinto Verdaguer, *Soledat.*)

Versos del dulcísimo y elocuentísimo poeta catalán, que he traducido así:

> "Oh soledad querida, mi compañera el dia
> de mi niñez, un dia que solo se quedó;
> desde que triste añoro tu dulce compañía
> como escurrida fuente mi vena se truncó."

Lo que siento es no haber podido verter a verso castellano aquello del "día de mi niñez, que no tuvo un mañana". Como esta expresión nuestra *mañana* es de doble sentido... Pues equivale a las horas del sol que preceden al mediodía, en francés: *le matin,* y al día siguiente, en francés, *le demain.* Distinción que hay en catalán.

Y me detengo en estas minucias lingüísticas por cierto temor a entrar en los sentimientos que esa estrofa despertó en mi pecho al leerla hoy, por la mañana, en mi clase. ¡Los que llevamos la niñez a flor de alma! ¡Los que vivimos de los intereses de su caudal de espíritu atesorado en aquel largo dia que no tuvo mañana...! Porque, no, el día de la

niñez no tiene mañana. Es un día que se rompe y no se sigue.

Dijo Wordsworth que el niño es el padre del hombre, pero ese padre se muere al engendrar al hijo. Aunque... ¿no vive acaso el niño en el hombre maduro, el padre en el hijo? ¡Desgraciado de aquel que no lleva su niñez a flor de alma! Los hombres de más intensa vida íntima y por lo tanto de más sólida y eficaz acción pública, de mayor valor histórico, han sido hombres de niñez larga y no niños precoces, han sido hombres cuya inocencia infantil se prolongó por largos años. Son en su espíritu como en el cuerpo el elefante, que tiene una larga crianza.

Ya el Cristo dejó dicho para siempre que quien no se haga como un niño no entrará en el reino de los cielos, y yo he repetido muchas veces que el niño que llevamos dentro es el justo por el que nos justificamos.

Os hablaba de Wordsworth, el hondo poeta inglés. Una larga, entrañada, casi abismática niñez vibra en sus poemas todos. Hay que leer en *La Excursión* lo de la niñez de aquel hombre, entre las colinas de Atholl. Los que hemos recibido como el más preciado don de la mano del Señor, una niñez larga, una niñez honda, una niñez intensa, no podemos leer aquello sin que, enjutos nuestros ojos, lluevan nuestras lágrimas sobre nuestro corazón.

Se habla de la primavera de la vida y de la niñez del año. Pero, ¿cuándo nace éste? ¿Es el invierno o el estío, la primavera o el otoño la niñez del año? Porque el año —*annus*—, y eso significa, es anillo que se cierra. ¿Y no lo es la vida? ¿No es la extrema vejez una niñez? ¿No es el morir un desnacer y un renacer?

Y aquí recordamos aquel soneto de Gabriel Gar-

cía Tassara, cuyas cuartetas son uno de los más maravillosos cuadros de Castilla. Dice así:

> Cumbres de Guadarrama y de Fonfría,
> columnas de la tierra castellana,
> que por los hielos y las nieves cana
> la frente alzáis con altivez sombría.
> Campos desnudos como el alma mía,
> que ni la flor ni el árbol engalana:
> ceñudos al nacer de la mañana,
> ceñudos al morir del breve día.
> Al fin os vuelvo a ver tras larga espera;
> os vuelvo a ver con el latido tierno
> del patrio amor que vivo persevera.
> Para mí y para vos llegó el invierno.
> Para vos volverá la primavera,
> mas mi invierno, ¡ay de mí!, será ya eterno.

Ibamelo recitando hace unos días al acercarme a la sierra de Béjar coronada de nieves, y al ver, más allá, la cumbre de Gredos tocada de blancura. Y sintiendo que mi cabeza está, como las de esas montañas, blanca.

La blancura que este año —que ha sido año de más nieve que los anteriores— corona esas cimas es prenda de que tendremos un mejor estío. Ni faltará pasto en los prados ni agua en las fuentes. Las flores vivirán del agua que baje de esos ventisqueros.

¿Y nuestra primavera?

El que ha sido de verdad niño lo será siempre y sus canas, cuando envejezca, tendrán blancura de niñez.

Y niñez no quiere decir paz ni sosiego. El niño no es pacífico, ni la niñez es quieta.

* * *

Dejé al llegar aquí hace unos días suspendidas estas líneas, y al querer reanudarlas hoy, 18 de abril,

después de quince o veinte días en que, lejos de mi soledad, he corrido una brava tormenta, me encuentro con que no encuentro ya la vena de mi inquietud pueril. Las olas del mundo engañoso, enamorado de las apariencias, me han sacudido. Pero yo vuelvo a mis abismos.

Y ahora voy a volver a leer el *Brand* de Ibsen, que me sumergirá de nuevo en mi ser eterno, el de la santa soledad de mi niñez.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 15, VII, 1922.]

LOS OBISPOS DEL AJEDREZ

¿Por qué a lo que en el juego de ajedrez le llamamos en español alfil, esto es, elefante, se le llama en francés *fou,* loco, en inglés *bishop,* obispo, y en alemán *Laufer,* corredor? Porque no es fácil ver la relación que pueda haber entre un elefante, un loco y un obispo y cómo se pase del uno al otro.

Lo propio del alfil del ajedrez es andar siempre de sesgo, lateralmente, o mejor diagonalmente, algo así como el cangrejo, y no sabemos que anden así ni el elefante, ni el obispo, ni siquiera el loco. El loco podrá andar como el caballo del ajedrez, pasando siempre de blanca a negra o de negra a blanca, pero no como el alfil, siempre en un mismo color. Aunque acaso los monomaníacos y melancólicos...

Eso de mantenerse siempre en el mismo color, propio del alfil —hay alfil blanco de casilla negra, alfil blanco de casilla blanca y alfil negro de casilla negra y alfil negro de casilla blanca— es más bien cosa episcopal. Porque suponemos que hay obispos blancos y obispos negros.

Con rey y obispo solo no se puede dar mate al rey contrario cuando se queda solo. Hacen falta por lo menos dos obispos, pues sólo dos cierran el paso.

Y a propósito de eso de dar mate. Hay lingüistas que sostienen que nuestro verbo *matar,* cuyo

origen ha sido siempre muy controvertido, viene del *mate* del ajedrez, que es, como *jaque,* de abolengo persa. *Jaque* parece ser la misma palabra que *schah,* nombre del soberano de Persia, y equivale a rey. Jaque es, pues, rey. Y dar jaque mate es matar al rey. O comerle, que es como en el juego del ajedrez se dice entre nosotros. Y puede comerse al rey ya un obispo, ya un elefante, ya un caballo. Y hasta una torre.

Estas torres parece que iban en un tiempo montadas sobre elefantes y de ahí la confusión. Y las torres caminan derechas, de blanco en negro o de negro en blanco.

La reina, que otros llaman dama, es la que tiene más movimiento, es la que se mueve en más amplia esfera, es la pieza de más valor. Como que en cuanto un peón llega al término de su carrera se le hace reina. Que si en Inglaterra se dice que la Constitución inglesa lo puede todo menos hacer de un varón mujer y viceversa, en el ajedrez se hace de un peón una reina.

¡En cuanto al pobre rey...! De su suerte depende la de la partida toda; todos están a defenderle. El se mueve hacia todos lados, de un color a otro o al mismo color, pero en reducido ámbito. No puede pasar de una casilla. No puede salirse de sus casillas. Ni correr de sesgo como un obispo, ni de frente o de lado como una torre, ni saltar como un caballo. Como el caballo, tiene el rey ocho puestos a que poder ir, mas sin levantar pie del suelo.

Los aficionados que me lean recordarán aquello del enroque, de arrinconar al rey, de confinarle en una esquina protegido por unos peones —una especie de alabarderos o guardias de corps— y una torre.

Hay que guardarle y hay que impedirle que se le ocurra salir al campo. Pues siempre es peligroso

que el rey ande en medio del tablero. Como no sea que se lo haya antes barrido bien la reina.

¡Pero esos pobres alfiles! ¡Esos pobres locos! ¡Esos pobres obispos! Siempre nos merecieron lástima esos pobres obispos del ajedrez. Hemos oído de algún jugador que maneja muy bien los peones: la infantería, o los caballos: la caballería, o las torres: la artillería, pero no hemos oído de nadie que maneje los alfiles, o sea los obispos. Y, sin embargo, por ellos solía empezar el ataque clásico.

Al empezar la partida, la guerra, el rey se encuentra entre la reina, a quien tiene a un lado, y un alfil, el de color diferente del de su casilla, al otro lado. Y al lado de la reina el otro alfil. La pareja real está escoltada por dos alfiles, elefantes, o si queréis por dos obispos o por dos locos. ¿Por qué no se les llamó condes? Porque los condes —*comites*— empezaron siendo los compañeros del emperador —*comites Augusti*.

Suele empezar el juego avanzando el peón del rey y dejando a éste al descubierto para ir a atacar al contrario. Y es jugada clásica que por esa abertura salga a correr aventuras el obispo, loco o corredor.

Dícese que en el ajedrez se aprende estrategia. Nos parece mucho decir. Desde luego puede siempre contarse con el heroísmo de los peones. ¡Como que son de madera! Y de madera son todas las demás piezas, incluso, ¡claro está!, el rey.

Hay una situación que se llama ahogar al rey y es cuando, sin poder matarle, es decir, comerle se le deja sin movimiento. Porque el rey no debe moverse a aquel lugar en que sería comido. Allá, en nuestras mocedades, fuimos aficionados al ajedrez pero lo dejamos por aquello que se dice de que para juego es demasiado y para estudio muy poco. Es más entretenido el tresillo, con baraja, que da

su parte al azar. Y cuando pasamos del ajedrez al tresillo siempre la sota nos recuerda al alfil, al obispo. ¿Qué relación puede haber entre la sota, el caballero —*chevalier*— de los franceses, y el obispo del ajedrez? ¡Misterio!

¡Y eso de que en un reino haya dos obispos, uno en blanco y otro en negro! Obispos que jamás pueden tropezarse en su camino. Ni pueden unirse para defenderse el uno al otro. ¡Cada uno de ellos tiene que ver cómo le comen al otro —a lo peor una reina— sin poder impedirlo! Porque eso de que una reina se coma a un obispo es cosa grave. Aunque es más grave que un obispo se coma a una reina. Y puede suceder.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 9, IX, 1922.]

LA GRAMATICA DEL LADRIDO

Recordamos haber leído hace ya tiempo una curiosa teoría histórica acerca de las relaciones entre el hombre y el perro. Según la cual este animal doméstico —del que se ha dicho que sería el mejor amigo del hombre si tuviese dinero— no fué reducido a domesticidad por la fuerza, como el toro y el caballo, sino que se asoció voluntariamente al hombre. La relación, pues, entre el hombre y el perro sería una especie de contrato tácito, sinalagmático y bilateral. Y no sabemos si conmutativo.

Nos dan cuenta, en efecto, los naturalistas de especies animales —terrestres, volátiles y marítimas— que se asocian para la caza, descubriendo una la presa y apresándola la otra, que deja un despojo como premio a su colaboradora. Tal, dicen, el león y el chacal. Y así, añaden, debió asociarse el perro al hombre.

Lo cierto parece que no se conoce la especie primitiva, prehistórica por decirlo así, de que procede el perro, si es que procede de una sola. Los que pasan por perros salvajes, como el *dingo* australiano, son cimarrones, o sea descendientes de perros domésticos o civilizados que han vuelto a la salvajería. Como el caballo y el toro monteses de América.

Estos perros cimarrones aúllan y no ladran. Así

le ocurre al *dingo* australiano. De donde algunos han querido deducir que el ladrido es el lenguaje civil o histórico del perro, el que adoptó para entenderse con el hombre. ¿Lenguaje de expresión o de comunicación? Esto según las distinciones de Oswaldo Spengler, que en el segundo tomo de su obra sobre *La caída del Occidente* no deja de tomar en cuenta al perro y su lenguaje, ya de gestos, ya de ladridos.

El perro oye hablar al hombre, que es como su dios, quiere imitarle y se pone a ladrar. El ladrido es un esfuerzo para hablar. Pero cuando le duele de veras el perro aúlla. El ladrido es lo intelectual y lo deportivo; el aullido es lo patético y lo serio. ¿Habrá diferencias en el ladrido? ¿Diferencias de tono, de pausas, de acento? No sabemos de ningún sabio que se haya propuesto estudiar el ladrido como lenguaje perruno. Y eso que hemos leído de un sabio inglés que había ido a las selvas de Borneo provisto de un fonógrafo, para instalarse allí en una jaula a fin de estudiar la lengua de los orangutanes. Y pensamos que su objeto sería traducir después, por cuenta de la Sociedad Bíblica, el Nuevo Testamento al orangutanés en discos fonográficos. ¡Ah, si el hombre consiguiera aprender a ladrar significativamente! Porque aunque los cazadores hablan a sus perros, no se sabe si éstos les entienden bien siempre.

¿Y no tendrán los perros, como los hombres, distintas lenguas? Desde luego que forman distintas razas, y hay perro danés, el que los franceses llaman *épagneul* o sea español, de pelo largo y orejas caídas; el que nosotros llamamos *galgo,* o sea *gallicu,* es decir francés, etc. Y el nombre *gozque* acaso no sea sino *góticu* o sea perro godo. ¿Se diferencian los ladridos del *épagneul,* el galgo y el gozque? ¡A ver si sale por ahí un sabio *cynológico* que estu-

dia el léxico, la morfología, la sintaxis y hasta la estilística de los ladridos!

De seguro que si se nos diera la clave ideológica del ladrido descubriríamos un nuevo mundo, el mundo de la construcción olfativa. Porque el perro, cuyos lóbulos olfatorios tienen un enorme desarrollo, debe de poseer una representación del mundo que nos es tan extraña como al topo la nuestra visual. Cada sentido da un mundo.

Conocimos un sujeto singularísimo, gobernador civil que fué de varias provincias, que parecía no reconocer a la vista un lugar en que ya hubiese comido antes, mas apenas le sacaban a la mesa el cocido y probaba los garbanzos decía: "¡Teruel!" o bien "¡Cuenca!" o "¡Zamora!" Se orientaba por el sabor del cocido. Sólo que esta singularísima representación sensitiva del mundo no podía expresarla adecuadamente por falta de un lenguaje especial. Tenía que hablar como los demás hombres, y, francamente, apenas si pronunciaba. Pero comiendo el cocido era una maravilla el gobernador.

Algunos de los que han leído mi novela *Niebla* —recientemente traducida al italiano— me han preguntado cómo logré traducir la oración fúnebre que el perro Orfeo monologó a su amo Augusto Pérez a la muerte de éste y sobre su cadáver, y que de dónde he sacado aquellas filosofías cínicas o perrunas. Porque Orfeo ni las ladró ni las aulló. "¿Es que usted ha sido alguna vez perro?" —me han preguntado. Y he aquí una pregunta a la que no es tan fácil contestar como a primera vista parece. Sin que con esto queramos confesar nuestra fe en la metempsicosis.

Creemos que debiera empezarse por estudiar gramaticalmente el ladrido del dogo. Pues debe de ser entre los ladridos el más sintético. ¿Por qué?

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 16, IX, 1922.]

EL HOMBRE DEL LIBRO

Cuando desde estas mismas columnas (1) os hablaba recientemente de la bibliofobia aldeana, fué la Dirección de esta Revista y no yo quien puso muy acertadamente a la cabeza de aquel escrito las palabras del cap. VI de la Primera Parte del libro: "Cansóse el cura de ver más libros, y así, a carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen." Y al leerlas recordé lo que en el mismo Libro se nos dice de que a nuestro señor Don Quijote "del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio".

Pero, ¿fué esto verdad? ¿Le enloquecieron al caballero los libros de caballerías, o buscó en éstos un alimento a su locura íntima sin manifestación ni dirección hasta entonces? Creo que en éste, como en otros muchos casos, se tomó por causa un efecto. Si Alonso Quijano el Bueno no hubiera sabido o podido leer, habríase enloquecido, y generosamente, de todos modos. ¡Pero su locura habría resultado más infecunda que resultó! Los libros le salvaron la locura. Los libros nos depuran las locuras.

Cuenta Domingo Faustino Sarmiento en sus *Recuerdos de provincia* que: "Por las mañanas, después de barrida la tienda, yo estaba leyendo, i una

---

[1] Las del semanario madrileño *Nuevo Mundo*. El escrito al que más adelante se refiere el autor, figura en este mismo tomo. (N. del E.)

señora Laora pasaba para la iglesia o volvía de ella, i sus ojos tropezaban siempre día a día, más a más, con este niño, inmóvil, insensible a toda perturbación, sus ojos fijos sobre un libro, por lo que meneando la cabeza decía en su casa: "¡Este mocito no debe ser bueno! ¡Si fueran buenos los libros, no los leería con tanto ahinco!" Esa señora sería, sin duda, señora de libro, de libro de misa. Porque son las gentes de libro las que más se pronuncian contra los libros. Han sido los bíblicos quienes más bibliotecas han quemado. Los hombres de un solo libro —*viri unius libri*—, los monobiblistas, han solido ser los enemigos de los libros. Y ellos han inventado lo libresco.

¡El libro! Libro —*liber*—, en su acepción primitiva, es la membrana que se forma en el árbol entre la corteza y el leño; la albura es lo que separa y une —todo lo que separa, une, en conjunción disyuntiva— la parte exterior, las extrañas, y la parte interior, las entrañas. Y así el libro. Porque el libro nos comunica el yo exterior, el social, con el yo interior, el individual. Y todo aquello en que y con que nos comunicamos con el resto del espíritu nos es libro.

Cuando pensamos en el mundo exterior como en algo de espíritu, de significación de eternidad, de historia, hablamos del Libro de la Naturaleza. El Libro de la Naturaleza es aquel en que leemos la Historia Natural, o sea la Naturaleza hecha historia, hecha vida en el tiempo —y en la eternidad— y no muerte en el espacio y en la infinitud. Y hablamos también del libro cerrado con siete sellos. Y hay hombres que son, hasta para sí mismos, libros cerrados; hombres que por no haberse abierto como libros a sí mismos, no se conocen.

El libro sellado con siete sellos de que se nos habla en el *Libro de la Revelación o Apocalipsis*

(cap. V) estaba escrito por dentro y por fuera. Y así está todo libro para el que sabe leerlo. ¡Dice tanto una encuadernación natural! Cuando es natural, por supuesto. La Naturaleza misma está encuadernada.

¡Hombre de libro! Hombre de libro puede querer decir dos cosas diferentes: un hombre que vive de los libros y por ellos, que en los libros apacienta su espíritu, que es un sujeto de libro, o bien un hombre que parece sacado de libros, invención de ellos, un objeto de libro. "¡Eso no se ve más que en los libros!" —decimos a las veces—. Y, sin embargo, así como Aristóteles dijo aquello de que no hay nada en el entendimiento que no haya estado antes en los sentidos, cabría decir que no hay nada en la historia, o sea en el espíritu, que no haya antes estado, en una u otra forma, en el libro. Y por algo se dice que Dios escribe en el Libro de la Vida a aquellos que hayan de gozar de eternidad. Porque la eternidad la da el libro.

"¡Nada de libros!", decían ciertos pedagogos descarriados por ellos, por libros que no supieron leer, y sustituyeron los libros vivos de papel, por otros libros, libros muertos; sustituyeron las alburas por cortezas. Porque como la corteza es lo que está más al exterior, más en contacto y en contacto más inmediato con lo de fuera, creyeron que la corteza es más natural y más primitiva.

¿Han salido las cosas de la vida de las cosas de los libros o viceversa?

Muchos son los requiebros que ha inventado el hombre: "¡Mi sol!", "¡Mi flor!", "¡Mi estrella!", "¡Mi vida!", "¡Mi cielo!"... No recordamos haber oído ni leído: "¡Mi libro!" Y sería, sin embargo, de un profundo sentido y de un más profundo afecto.

En alguna parte dice Walt Whitman: "No tocas

aquí un libro; ¡tocas un hombre!" (1). Y quien deja un libro deja un hombre; se deja a sí mismo.

"Ese no tiene biografía", se me dijo al morir cierto sujeto. Entendí que no cabía en un libro, y no por muy grande sino por muy pequeño. O más bien porque habiendo sido un alma volátil, nebulosa, mejor, brumosa, no cabía encerrarla en un volumen, por chico que éste fuese. Y no tener biografía es no tener historia, y no tener historia es no haber vivido humanamente. O sea no haber vivido; no haber estado inscrito en el Libro de la Vida.

Y ved así cómo la aldeanería que huye de la historia huye del libro.

"En el principio fué la Palabra", principia el Evangelio de San Juan. Pero acaso debería decirse que en el principio fué la Escritura. Y de esto de que la Escritura precediese a la Palabra, el lenguaje escrito al hablado, la mano a la lengua, os hemos de decir.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 22, IX, 1922.]

1 "So Long!", versos 55-56. (N. del E.)

LA ESCALERA DE VECINDAD

Cuando leí en un tratado de arqueología griega que en la casa antigua helénica la disposición estaba condicionada por el patio y en la moderna por la escalera, se me agolparon los recuerdos de la escalera de la casa de vecindad en que me crié en Bilbao. ¡Lo que aquella escalera significó en la historia de mi niñez!

El que se haya criado en una casa familiar —para una sola familia— de sólo planta baja, como la de un cortijo andaluz o de una alquería castellana, no puede darse cuenta de lo que en una casa de vecindad de una de nuestras ciudades colmenas, con las viviendas en mazorca —aun sin llegar a los rascacielos neoyorquinos—, significa la escalera. Es el principio local de la vida de sociedad.

La casa en que me crié tenía, además de las tiendas de comercio del piso bajo, ocho viviendas, para ocho familias, en cuatro pisos divididos en izquierda y derecha, y aun encima bohardillas y en una de ellas un estudio de pintor (1). Lo que unía a

[1] Se refiere el autor a la casa núm. 8 de la calle de La Cruz, en Bilbao, a la que fué llevado, muy niño, desde la número 16 de la calle de La Ronda, donde nació, y que hoy ostenta una placa que conmemora su nacimiento. El estudio era el del pintor Lecuona, que solía frecuentar Antonio de Trueba, y muchas veces refería don Miguel sus encuentros con éste, siendo él un muchacho aún, en la escalera de esta casa. Para la cabeza de uno de los personajes que figuran en el cuadro que pintó Lecuona sobre la herida que recibió Iñigo de Loyola ante los muros de Pamplona, parece ser que aotuó de modelo el propio Unamuno, según ha revelado José María de

las viviendas todas, a todos los pisos, era la escalera, alumbrada por la claraboya de lo alto y de noche por mechero de gas. En la escalera era donde se encontraban unos vecinos con otros y en ella, de servidumbre común, donde surgían las diferencias. Era también a donde se nos echaba a jugar a los niños cuando estorbábamos en casa, salvo armarnos una escandalera cuando con nuestro estrépito turbábamos el sosiego de nuestras familias. ¡Y vaya si repercutía el fragor de nuestros juegos en aquella especie de cañón de madera!

Una de las diversiones era sentarnos a horcajadas en la barandilla y dejarnos resbalar por ella en las pendientes. Y eso que sabíamos que una niña se cayó así desde el cuarto piso, lo que le ocasionó, aunque al cabo de años, la muerte.

En el hueco que formaba la escalera tenía, abajo, una especie de garita el portero. Una vez me hizo meter en la boca una especie de puro que fumaba, y aunque nada recuerdo ni del portero ni apenas de su garita —que desapareció luego—, sí del asco que aquello me produjo. Ha sido la única vez de mi vida que he llevado un cigarro a la boca y no fué para fumarlo.

Siempre que recuerdo aquella triste casa de vecindad, con su aire de nativa vejez resignada, es la escalera lo que primero se me representa. Como durante años subí casi a diario al último piso, a la bohardilla, donde recibía lecciones de dibujo y de pintura, recuerdo que al llegar a lo alto, cerca de la encristalada claraboya, el ámbito se aclaraba y parecía llegar más pura la luz del Señor. Y mirando desde allí, desde el último descansillo, veíase el desarrollo de la barandilla dando sus vueltas en

---

Areilza en su artículo titulado "Una anécdota histórica", publicado en *La Estafeta Literaria,* número 18, Madrid, 15 de diciembre de 1944. (N. del E.)

cuadro. Aun hoy, cuando miro desde lo alto una de estas escaleras de casa de vecindad, me asalta yo no sé qué extraño sentimiento de tristeza social. ¡Algo así como sería mirar los bancos de una galera en que remaba la chusma de los galeotes! Por algo en Grecia el dueño de una casa de vecindad cuyas viviendas se arrendaban, o el que la tomaba para subarrendar cada una de éstas, se llamaban *naucleros,* como el armador y el piloto de un barco.

Y de estas casas así agrupadas, amazorcadas, sin patios ni corrales ni jardines, surge una sociabilidad muy especial y acaso todo un tipo de cultura. En estos falansterios la vida familiar carece de recato. Los del tercero oyen las trifulcas del matrimonio del segundo o se enteran de cuándo vuelve borracho a casa el del cuarto. Las paredes oyen. Pero por otra parte la civilidad, la vida civil, la verdadera vida civil, ha nacido en estos racimos de viviendas y en calles estrechas y tortuosas. El *ghetto,* la judería, es la más genuina expresión de la sociabilidad ciudadana. El que se ha criado en un patio y no ha jugado más que en la calle y no en una escalera de vecindad no conoce lo más íntimo del sentimiento ciudadano.

La escalera de vecindad, por otra parte, desaparece en los rascacielos. La sustituye el ascensor. No hay modo de subir a un duodécimo piso.

Y hay en esas escaleras, como hay en las viejas callejuelas de altas casas, algo de paisaje. Esas casas, que envejecen desde un principio, que parecen ruinas a raíz de ser habitadas, adquieren algo como de geológico. O como las habitaciones que en el fondo del océano se labran las madréporas.

¡Y esos patios estrechos, sórdidos, llenos de polvo y de telarañas, por donde reciben luz las altas casas de vecindad! Son poco más que chimeneas grandes. Por ellos suele echarse todo género de es-

currajas y hasta de inmundicias. ¡Cómo recuerdo el de una casa en que viví, siendo estudiante en Madrid! Las más de las viviendas eran casas de huéspedes y de huéspedes pobres. Tenía el patiezuelo una triste luz de tragedia recatada. Solía asomarme a una ventana de mi celda a ver, mirando a lo alto, al tejado, el último toque del sol poniente en él y nacer las primeras estrellas en aquel retazo cuadrangular de cielo. Del que bajaba una piedad lacrimosa.

¡Pero aquellos juegos bulliciosos en la escalera, a la luz del mechero de gas! ¡Y aquel contar tantas veces los escalones! Era un modo de subirlos ahuyentando el pensamiento.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 30, IX, 1922.]

TRONO Y CATEDRA

El lector que conozca mi obra *Del sentimiento trágico de la vida* recordará acaso lo que en ella digo del hombre como mamífero vertical, el único mamífero vertical —como que ésta podría ser su mejor definición zoológica—, y todo lo que de esa verticalidad se deriva: el uso de las manos que le quedan libres; el poder articular palabras; el poder tener un cerebro más pesado, y cómo de ello provienen para la mujer los dolores del parto. Y hay otra circunstancia accesoria que debe el hombre a la verticalidad de su posición y es el poder sentarse en silla o asiento. Los animales no se sientan así; cuando no están de pie, o mejor, de patas, se tienden o acuestan.

No parece, sin embargo, que el sentarse en poyo, tajo, asiento o silla, sea ni general, ni primitivo. Cuenta don Sinibaldo de Mas, ministro que fué de España en Pequín, en un libro curiosísimo sobre las cosas de China, que dándole apuro ver que sus criados se sentaran, o más bien se acurrucaran en el suelo, en cuclillas, o con las piernas cruzadas, les regaló unos asientos, y sirvió para encontrarlos al día siguiente otra vez en cuclillas, pero sobre los asientos. Eso de sentarse a la europea moderna no parece muy natural.

Desde luego los antiguos griegos y romanos se reclinaban más bien para comer y conversar y leer

y escribir. Las *clinas* eran una especie de sofás en que se podía hasta dormir. Lo de poner el cuerpo en 4 o en Z no les gustaba. Y tengo yo un amigo médico, aficionado a las hipótesis paradójicas e incomprobables, que sostiene que el sentarse así, en silla, es lo que más ha contribuído al desarrollo del reuma y a las malas digestiones. "Un hombre —suele decirme— que se está más de una hora sentado en una silla de una manera correcta, sin cruzar una pierna sobre otra, sin inclinarse a un lado, créamelo, no es una persona normal; es algo de estatua egipcia."

Entre los antiguos griegos la silla de sentarse así, correctamente, o mejor se diría, solemnemente, a modo de estatua egipcia o de juez, se llamaba *thronos*. El trono no era sino la silla de respeto, con brazos y con respaldo. Y de trazado recto. Sus patas eran verticales; su respaldo, vertical. Este, el asiento del hombre de calidad, del rey por ejemplo. El de su mujer, el de la reina o señora noble, tenía patas y respaldo curvos y se llamaba *clismo*. El juez, el que dictaba justicia —y no era otro que el rey—, había de sentarse en una silla, más bien sillón, derecho, rectilíneo como la justicia misma. Y como solía ser alto, para dominar desde él a los demás, se le ponía a los pies un escabel. Y el mamífero vertical, sentado así, en un sillón de brazos y de respaldo, parece como que está en un potro. Hacedle pronunciar desde él un discurso y veréis lo que resulta. ¡Un discurso de cátedra!

Porque cátedra no significa más que asiento, sillón y si se quiere trono. La cátedra es una especie de trono y el trono a las veces se convierte en cátedra. Degenerando en ambos casos uno y otro. De la voz *cathedra* derivan las francesas *chaire* = púlpito y *chaise* = silla. Y nuestra voz *cadera*, que de asien-

to pasó a designar la parte del cuerpo con que el mamífero vertical se asienta. A la silla se le llama en portugués *cadeira* y en catalán *cadira*.

Se dice de las aves que también se sientan, ¿pero se sientan de verdad? ¿Una paloma perchada está sentada? Por lo menos no se sientan al modo del hombre cuando le cuelgan las piernas del asiento.

El sentarse no es, sin duda, una cosa muy natural. Es más bien algo histórico. Y acaso empezó como postura de preeminencia, como actitud de juez, y luego quisieron todos darse aires de príncipes y el trono ha llegado a ser algo muy común.

Un pantalón o una chaqueta colgados de una percha son algo muy ridículo, pero, ¿no te has detenido nunca, lector, a contemplar una butaca o un sillón vacío, sin nadie en él? Y aún más un sillón con una pata rota, cojo.

El orador antiguo, clásico, hablaba en tribuna, en estrado, paseándose. Nuestro predicadores religiosos, aquí, en España, hablan de pie, pero en púlpito y como si estuviesen metidos en una tinaja. Nuestros diputados hablan de pie, desde sus escaños o bancos, no sillones ni butacas, y pueden pasearse algo. Sólo el presidente habla desde su sillón o trono y sentado.

A lo que se le llama oratoria de cátedra debería llamársele oratoria de sillón. Y hay también oratoria de suelo. Con frecuencia topamos con mendigos que sentados en el suelo en cuclillas nos echan verdaderos discursos quejumbrosos que suelen empezar con "¡noble caballero!" o cosa así. Y hay oratoria de balcón.

En nuestros templos, hasta no hace mucho, las mujeres solían sentarse en el suelo y así sentadas oían los sermones. Desde que les han puesto bancos, su actitud espiritual religiosa ante el predica-

dor ha cambiado. La turba que le oyó a Jesús el sermón de la Montaña no estaba sentada en bancos, sino posada, en cuclillas de seguro, sobre la santa tierra. Y él no hablaba desde trono ni cátedra.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 4, XI, 1922.]

FLOR Y CORAZON DE ENCINA

En un comentario que dedicamos a Don San Diego Matamoros, como le llamó Don Quijote, decíamos al comentar unos versos de nuestro poeta preferido, Antonio Machado, que mejor que tallar en roble al dios hispano, al dios adusto de la tierra parda, es tallarle en el corazón de encina, de que se hacen dulzainas. Y así es, en efecto: de ese corazón se tallan dulzainas.

Llámase en la encina corazón al centro de su tronco y de sus ramas, a lo más denso del leño, a las capas primitivas, de primera formación. Que suelen ponerse de un dulce y encendido color. El corazón de la encina es lo más apretado de ella. Y lo más musical. Pues con ese corazón, horadándolo a fuego, se fabrican dulzainas. La parte más entrañada e íntima del leño de la encina, y la más densa de él es la que, tañida, suena más dulcemente y acompaña al baile campestre de los que descansan a la sombra del árbol.

Cuando el árbol se hace viejo, se le consume el corazón. Las encinas centenarias —¿quién sabe si milenaria alguna?— se nos presentan abiertas, mostrándonos sus vacías entrañas y sin corazón. Este se les ha recogido, a lo sumo, en las ramas.

Y acaso tiene estrecho enlace con ese melodioso y apretado corazón de la encina, madera de dulzainas, la flor del árbol. ¿Conocéis la flor de la encina?

En estos días hemos estado leyendo, para divertirnos de las tristezas y las vergüenzas actuales, un libro de impresiones sobre España, de un belga, Edmundo Joly. El libro se titula *El clavel de Sevilla* (*L'Œillet de Seville*), y se habla en él de esta ciudad y la cultura española, de Burgos y el heroísmo, de Toledo y el misticismo, de Granada y el sentido de la vida, del Escorial y el sentido de la muerte, de Madrid y la pintura española. Y de paso de otras ciudades y de otras cosas.

En este libro, y al hablar en él de Granada, se nos dice que en el clima granadino árboles y plantas parecen sobre todo floreros o portaflores. Y luego de la flor de la pita: "Su floración se retarda largos años. Después, llegado el momento, en unos días, en unas horas, surge un largo tallo llevando al cielo flores que estallan para la vida y para la muerte. La planta armada, paciente, tenaz y acabándose el día que es menester, ¿no se parece acaso al alma de España, belicosa, encendida de todas las sedes, trabajada largamente y realizándose de pronto en un salto vertiginoso?"

Tal, según nos cuenta el belga Joly en su bello libro sobre España, la flor de la pita granadina. Pero, ¿y la de la encina castellana? A la flor de la encina, llamada *candela,* no la conocen todos; no salta a los ojos. Un profano, un urbano —y no decimos ciudadano—, un hombre de calle y de plaza pública puede recorrer un encinar con los árboles en flor sin reparar en ésta, sin percatarse de la floración. Y es que la candela, que cuelga como un pobre carambanito verde, se esconde entre las hojas, de cuyo color se diferencia muy poco. Es su verdura algo más tierna que la del follaje, lo mismo que el leño del corazón es melodioso y más densc que el de las ramas y el del exterior del tronco.

Y ahora pensemos, o más bien meditemos en

nuestras meditaciones metafóricas y simbólicas si el corazón melodioso y denso de la encina castellana, el corazón de que se hacen a fuego dulzainas, no está estrechamente emparentado con la candela, con la flor modesta y verde que se esconde en el follaje, con las flores de que salen las bellotas que inspiraron a Don Quijote aquel su discurso —canto más bien— sobre la dichosa Edad de Oro, aquel discurso en que habló de "las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando (a los hombres) con su dulce y sazonado fruto" (parte I, capítulo XI).

Dulce le parecía a Don Quijote el fruto de la encina, la bellota; dulce como el sonido de la dulzaina, esa especie de chirimía corta que se hace de corazón de encina, y dulce es la vista de la candela escondida en la copa del árbol, con su follaje pardo, denso y perenne.

Y habría que ver si ese corazón, esa flor y ese fruto no son símbolos del corazón, de la flor y del fruto del pueblo que entre los encinares se ha formado.

¡Ah, la encina! ¡La encina inmoble al viento, como si fuese un árbol metálico, robusta y recia, de hoja perenne y de corteza que es como una armadura; la encina de crecer lento; la encina que arraiga en las rocas, en las entrañas pedernosas de la tierra, y de éstas toma jugo para fraguar su corazón melodioso, y para ofrecer al sol, al sol desnudo de Castilla, sus candelas, como en oficio litúrgico, y dar luego el dulce y sazonado fruto de la bellota! Un encinar es como un templo. En él se sueñan misterios druídicos.

La flor de la pita nos recordará los saltos vertiginosos, hechos de pronto; los estallidos de pasión y de acción; las revoluciones, acaso; pero la flor, la candela de la encina, nos trae al corazón —al corazón más que a las mientes— el verde florecer secu-

lar, la grave sonrisa melancólica y quijotesca. El corazón melodioso de Don Quijote era como el corazón de la encina manchega, y su flor como la candela. ¿Y el fruto? El fruto henchido de la savia con que se curtía la coraza. Que la coraza y el escudo eran de cuero en un principio y la casca de curtirlo tiene sangre de bellota.

[*Nuevo Mundo*, Madrid, 8, XII, 1922.]

ESCRITURA Y LENGUAJE

Os hablaba otro día aquí (1) de los originales y las copias y cuál fué lo primero, y ello íbame sugiriendo otra cuestión cual es la del lenguaje escrito y el hablado. Porque a primera vista parece que el lenguaje escrito es mediato o secundario y el hablado inmediato o primario y que de éste salió aquél. Mas a poco que nos fijemos caeremos en la cuenta de que esta idea proviene de la escritura alfabética y la silábica, pero que tratándose de la jeroglífica o ideográfica se comprende muy bien que surgiese independientemente del lenguaje hablado y aun entre mudos.

En cierta ocasión le oí a nuestro ingeniosísimo don Ramón del Valle Inclán una cosa que me hizo detenerme a pensar en ella, y es que el escribir es anterior al leer, pues no cabe leer sino lo ya escrito de antes.

Pero, ¿cabe escribir lo que no se ha leído? Y entonces di en pensar si no habrá algún sabio etnólogo, a caza de hipótesis paradójicas y fecundas —nada más fecundo que lo paradójico—, como para sostener que haya habido raza humana que primero escribió, o mejor dicho trazó dibujos representativos y jeroglíficos, y luego adquirió el habla articulada.

¿Quién nos dice que los trogloditas que trazaron esos dibujos admirables —como los que se ven en

[1] En la revista *Caras y Caretas,* de Buenos Aires. El escrito al que alude figura en el tomo X de estas *O. C.* (N. del E.)

la cueva de Altamira, en nuestra provincia de Santander— poseían un lenguaje? ¿Quién nos dice que no se comunicaran por dibujos y por señas, gestos y ademanes —fugitivos dibujos al aire— y que sólo a partir de ellos vinieron a encontrar la palabra? Primero dibujaron un caballo y lo designaron con un gesto, y después, del dibujo o del gesto, pasaron a darle nombre pronunciado.

Nos cuenta el *Génesis* en el versillo 19 de su capítulo II que luego que Jehová hizo a Adán, el primer hombre, le trajo las bestias del campo y las aves de los cielos para que viese cómo les había de llamar, y les dió nombres. Y esto antes de ser hecha Eva y cuando Adán estaba solo, que no se comprende para qué iba a hablar ni con quién. Mas, ¿no nos cabe suponer que las cosas pasaron de otro modo? Que Adán salió un día al campo con una pizarra y se entretuvo en dibujar en ella, del natural, bestias y aves, y que al verlo luego Eva dió nombre a sus dibujos, y de aquí a los animales en ellos representados y que así surgió el lenguaje. Una hipótesis como otras muchas.

Y ¿por qué nos ha de sorprender que el conocimiento de las cosas originales sea por imágenes? Es muy probable que el hombre no llegaría nunca a conocimiento de sí mismo si no se viese en espejo —que puede ser una charca o el agua de un pozo— o en otra imagen. Y para deducir que un carnero no tiene conciencia de sí mismo basta verlo frente a un espejo. Aunque aquel judío portugués del siglo XVI que fué Samuel Usque en la espléndida descripción que de la vida pastoril bíblica nos dejó en su *Consolaçan ás tribulaçoens de Israel* nos hable de "que algunos carneros airándose, arremetían de cuando en cuanto a su figura (en los claros ríos) y hallándose después escarnecidos quedaban con la cabeza mojada como atónitos".

¿Quién sabe si los animales para llegar a tener lenguaje hablado —aunque el lenguaje de lengua no puede ser sino hablado como no hagamos muecas con ella— han de pasar por el dibujo? ¡Y como no tienen manos...! ¿Y quién nos dice que esos juegos, a saltos, brincos y cabriolas, a que se entregan las fieras a las veces, no son una especie de lenguaje sin lengua? El baile mismo es una expresión.

Yo sé que a alguien le parecerá todo esto puras ingeniosidades y ganas de invertir los términos naturales de la comprensión de las cosas. De la comprensión del sentido común, se entiende. Pero si se quiere discurrir con alguna fecundidad y originalidad de pensamiento hay que acostumbrarse a darle vuelta al sentido común como se hace con un calcetín, y a suponer, v. gr., como hizo Fechner, que la sombra es lo primitivo y originario y el cuerpo que la proyecta lo secundario y derivado. De esta escuela de las fecundas inversiones del sentido común han salido las teorías de Einstein sobre el tiempo. Y hace años que un amigo mío se le anticipó diciendo que se pierde tanto espacio en pasar el tiempo como el tiempo que se pierde en recorrer espacio. Cuestión de economía y de máximos y mínimos: un mínimo de tiempo en un máximo de espacio —la infinitud— o de un mínimo de espacio en un máximo de tiempo —la eternidad—.

Pero no nos despeñemos en estos abismos. Precisamente las paradojas de Einstein han nacido de las matemáticas, del álgebra, de un lenguaje sin lengua, de un idioma universal y mudo. Y por eso no cabe expresarlas adecuadamente en lenguaje de lengua, en habla. ¡Cualquiera explica con palabras 0∞ ó ∞^{0}!

¡Si hubiera podido escribir yo esto jeroglíficamente! Pero entonces habría dicho acaso lo contrario.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 16, XII, 1922.]

HACERSE EL ZUECO

Hay que aflojar el arco de vez en cuando. Divirtámonos, pues, de la apretada historia que estamos haciendo y pasando con la contemplación de historias lejanas y pasadas. Ahora le va a tocar el turno a Suecia.

Al acabarse el primer tercio del siglo XVIII, el siglo de la Revolución por excelencia, gobernando en Suecia Arvid Bernardo Horn, bajo Federico I, en lo que allí se llamó el "tiempo de la libertad", dividiéronse civilmente los suecos en "sombreros" y "gorros", gorros de dormir, se entiende. Los "sombreros", los belicosos, y a la vez los conservadores, lanzaron, después de su triunfo en 1738 a Suecia a la guerra. Y fué un desastre.

La campaña de Finlandia, una vergüenza para los "sombreros". Rusia, a su cabo, impuso a Suecia el que se le nombrara a Adolfo Federico de Holstein heredero de la corona. Ganaron a éste los "sombreros", engatusándole con el señuelo de un aumento de su poder regio y echaron la responsabilidad del desastre de la campaña sobre los generales. Dos de éstos, Buddenbrock y Levenhaupt, fueron juzgados, condenados a muerte y muertos. Y los "sombreros" siguieron en el poder.

Subió —si eso es subir— al trono el pobre Adolfo Federico, juguete de su mujer, la prusiana Luisa Ulrica, hermana de Federico II de Prusia, el "viejo Fritz", aquel a quien los tudescos llaman no el

Grande, sino el Unico. Luisa Ulrica empujaba al zanguango de su marido al absolutismo. El Senado le resistía. El debate se llevó a la Dieta en 1755. La Dieta declaró que el rey debía someterse a la mayoría del Senado. Hizo más; cambió los preceptores de los hijos de los reyes. Entendía que la educación de éstos debe de ser asunto público. Y todo ello andaba entre "sombreros".

La hermana del viejo Fritz, el Unico, sintiéndose única, perdió comedimiento y preparó un golpe de Estado. Es decir, un golpe al Estado. Se había de sublevar al pueblo, armarle, detener de noche a los senadores y a los cabecillas de la mayoría de la Dieta. Quebró la conjura; el Senado se puso en guardia; se detuvo a los conjurados y se ejecutó a muerte, tras de condena, a ocho de ellos. Hasta se pensó prender a la reina, pero quedó en que el clero le calentara las orejas con sermones. El papanatas del rey tuvo que confesar sus culpas y sancionar una decisión en que se le amenazaba con descoronarle si seguía en la suya. ¿En la suya? No, sino en la ajena, en la de su mujer. El Senado recibió una estampilla con la firma real que habría de usar si el soberano rehusaba aceptar alguna de sus decisiones. Esto era en 1756.

Ese expediente de la estampilla nos parece más elegante que aquel del Tíbet, gobernado a nombre del gran Lama, que es siempre menor de edad. Parece, en efecto, que no se le deja llegar a la mayor edad al gran Lama, y en esto consiste su grandeza. Es la perfección de la idolatría gubernamental. Pero la estampilla es un hallazgo genial. Claro que de inspiración conservadora, como todo lo que no sea suprimir el soberano estampillado.

Los años que siguieron a eso de la estampilla fueron lamentabilísimos para Suecia. El régimen era "monárquico". "Sombreros" y "gorros" se sucedían,

a trompadas, en el impoder. Los partidos se desmigajaban. La miseria aumentaba. Al pobre Adolfo Federico, muerto en 1771, sucedió Gustavo III, que restauró en gran parte el poder regio y se entregó a hacer de "déspota ilustrado". Mas ni por esas. Habíase educado en mala escuela.

Y aquí, en lo de la educación, en la pedagogía regia o palatina, está la clavija. La Dieta sueca de 1755 discurría con grandísimo tino al decretar que los preceptores de los hijos de los reyes, que sus maestros —sobre todos los del que haya de reinar— sean nombrados por la representación del pueblo. Sería mejor que fuesen a escuelas públicas, único modo de que llegaran a conocerse a sí mismos. ¿Pero un príncipe que llegue a conocerse a sí mismo —si esto es hacedero— no llegará, por lo mismo, a dejar de ser príncipe? Otros, en cambio, se han hecho príncipes conociéndose y sobre todo conociendo a los demás, napoleónicamente.

"Conócete a ti mismo" —decía el letrero de Delfos. Para ello ayuda un espejo, o un retrato, y puede servir una estampilla. Una estampilla es un espejo.

Hay quien por conocerse se hace el sueco; otros por no conocerse. Pero no creamos que ese dicho decidero de "hacerse el sueco" provenga de nada de la historia, ni de la vida, ni de la naturaleza de Suecia; sospechamos, sin saber dar razón de nuestra sospecha, que quiere decir "hacerse el zueco", o sea "hacerse la almadreña". Y el zueco no está mal entre sombreros y gorros. Un zueco y no otra cosa fué el marido de Luisa Ulrica, la hermana del viejo Fritz, del Unico de Prusia, del antepasado del ex kaiser Guillermo II, que acaso haga zuecos con los tronos que corta.

[*El Mercantil Valenciano*, 12, I, 1923.]

SILUETA, MINISTRO OCHOMESIMO

La palabra *silueta* —que empezó siendo un galicismo—, como las palabras *chambergo* y *quinqué* entre otras, procede de un nombre propio. M. Etienne (Esteban) de Silhouette fué en 1759 ministro de Luis XV, el degenerado Borbón de Francia, que no duró en el ministerio más que ocho meses, cuando otros duraron uno año, dos, tres, cuatro y hasta de doce a quince, como el conde d'Argenson, Machault y Choiseul.

De los de Luis XIV, Colbert lo fué veintidós años, y Louvois, veintinco. M. Silhouette se hizo célebre por la brevedad de su ministerio, ministro *silueta* vino a querer decir de brevísima duración. No efímero que esto vale el que dura un día. Aquí los hemos conocido efímeros, verdes a la mañana, secos a la noche.

Del sentido de cosa —un ministro es cosa— pasajera y rápida, *silueta* pasó al de sombra: sombra chinesca. Y cuando se puso en moda recortar el contorno de la sombra que de uno se proyectaba sobre un papel y regalarlo a un amigo o a la novia —costumbre de que nos habla Goethe—, *silueta* se le llamó al contorno. Así de un ministro ochomesino se fué a dar un contorno de sombra.

M. Silhouette ha dejado, por lo menos, su nombre. Pero desapareciendo él, el hombre. Y he aquí una

cosa trágica. El nombre ha matado al hombre. Luis XV hizo a M. Silhouette y le deshizo. Le hizo como hacía tabaqueras, como se hacía el café, para matar su soberano aburrimiento. Porque Luis XV era un Borbón que se aburría soberanamente, que es la peor manera de aburrirse. Era un libertino tétrico, a quien ni sus queridas de todas clases y grados, ni sus orgías, ni el juego le distraían de su sino fatal. Gustábale hablar de operaciones quirúrgicas a los enfermos y de entierros a los ancianos. Se complacía en fisgonear las intimidades ajenas, en sorprender secretos y hasta en ponerse a escuchar detrás de las puertas. No sin cierta instrucción en algunas cosas, como, por ejemplo en las ceremonias de la iglesia, que conocía muy bien. De la abyección a que en sus costumbres rodó a partir de sus cuarenta años de edad, es sabido. Con todo lo cual fué él, Luis XV, quien le preparó más que otro cualquiera, a su sucesor Luis XVI la Revolución. De la abyección moral del libertino, aburrido e indolente Luis XV se engendró el Terror.

Esta es la silueta de Luis XV, el tallista o recortador del ministro ochomesino M. Silhouette. Le recortó ministro como recorta un sastre una pieza, y lo desechó a los ocho meses. Pero, en general, Luis XV no cambiaba de ministros, porque el cambio suponía resolución e iniciativa entonces y en su caso. Que en otros casos la resolución está en no cambiar. Hoy nos sonreímos al saber que con ocho meses de ministerio se hacía silueta. Si los ministros ochomesinos se hacían siluetas, ¿qué se harán los de ocho días y los diarios? ¡Ni siluetillas!

La sombra que hace la silueta, sin embargo, puede alargarse. Las sombras se alargan, sobre todo al nacer y al ponerse el sol en el orto y en el ocaso. En los principios y en las postrimerías de un régimen como la luz —luz fría—, vienen muy de soslayo

las siluetas; en la sombra se alargan. La de un enano puede hacerle aparecer gigante. En cambio al mediodía y, sobre todo, en los días de equinoccio, no se hace sombra sino hacia abajo; se pisa la sombra.

¡Hay quien por ver así su sombra alargada se cree más grande! Una vez que le oímos a uno quejarse de las doctrinas comunistas niveladoras, que quieren igualarnos cortando las cabezas de los que sobresalen de la masa, le dijimos: "Cuando vea usted venir la terrible guadaña niveladora de la revolución, apéese de los zancos y no correrá peligro alguno su cabeza." Pero a las veces no se trata ni de la cabeza, sino de la sombra de la cabeza, de la silueta de la cabeza. Que suele ser la cabeza de la silueta.

Tampoco Luis XV fué más que silueta. Se le declaró mayor de edad para ocupar el trono en 1723, cuando no tenía más que trece años —¡una criatura!—; lo ocupó cincuenta y un años, hasta 1774, en que murió de sesenta y cuatro años. Ocupó el trono, pero no reinó. Aquel soberano absoluto no reinó ni pudo reinar. No mandó ni se mandó a sí mismo. Su vida fué un continuado desmán, un desmande o desmandamiento. En 1768, teniendo cincuenta y ocho, cayó en brazos de madame Du Barry, hija natural de una mujer de la calle, y en brazos de la Du Barry acabó de extinguirse, de derretirse en la sombra de la tierra, aquella sombra, aquella silueta que fué Luis XV. Sus cincuenta y un años de trono, o más bien, de alcoba regia, no fueron más que los ocho meses del ministerio de M. de Silhouette. Más silueta, más sombra el rey que no su ministro.

"Sueño de una sombra" llamó Píndaro al hombre; al hombre a quien otros le llaman el rey de la creación. Tal vez si no fuese semejante rey no sería sueño, aunque fuese sombra. Hijo de rey fué

Segismundo, el trágico soñador de Calderón de la Barca; hijo de rey fué Hamlet, el trágico soñador de Shakespeare. ¿Y si representáramos la tragedia de M. de Silhouette? ¡M. de Silhouette es para muchos el que "ha llegado"! ¿Adónde?

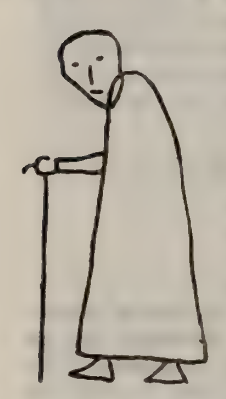
[*Nuevo Mundo*, Madrid. 19, I. 1923.]

En una ocasión —de esto hace ya varios años— estaba uno de mis hijos *creando* arabescos con un lápiz sobre un papel. Creando es la palabra. ¿De la nada? De la nada no, pero del azar sí. Pues no le guiaba idea alguna previa. No iba a dar forma a tal o cual imagen de su fantasía, sino que buscaba, al azar de los trazos, la imagen. Iba a lo que le saliera. Y hacía líneas cerradas, círculos y óvalos que se entrecruzaban, arabescos en fin. Una especie de dibujos cubistas, sólo que curvilíneos y no rectilíneos. De pronto *le salió* una figura como la que va aquí adjunta —y que copio del original que conservo—, y al verla, exclamó: "¡Anda! ¿una vieja?" Y yo que lo oía le pregunté cómo veía la vieja allí. Y entre los dos completamos la figura tal como se ve en la segunda.



Esto me dió que pensar sobre el proceso de la creación artística.

El niño no se proponía dibujar una vieja ni otra figura representativa alguna; el niño no se proponía sino distraerse dando juego a la fantasía. Acaso satisfacer un instinto artístico creativo y buscar formas nuevas. ¿Có-



mo? Al azar. Y después de haber hecho los trazos de la figura vió en ella una vieja; descubrió que era la representación de una vieja.

"Si sale con barbas, San Antón, y si no, la Purísima Concepción". He aquí un dicho decidero que encierra mucha doctrina estética —o mejor, artística— de lo que se cree. Y os aseguro que las representaciones más significativas, más firmes, más bellas, suelen ser aquellas en que el artista va a lo que salga. Diríase que es la obra misma la que lleva la mano del artífice, y por caminos que éste ignoraba. Es la obra la que se hace a sí misma.

Y si esto ocurre en las artes plásticas, en el dibujo, en la pintura, en la escultura, ocurre también algo análogo en el arte literario. Y más en la poesía. ¿Qué es la rima —la rima generadora, como se ha dicho— si no un elemento de azar que nos sugiere imágenes? Para colocar un consonante se descubre una metáfora. Lo que se ve en el Dante acaso más que en otro rimador.

De mí, que he hecho no pocos versos, sé deciros que las poesías que me han resultado más unas, más de una pieza, más enteras, son aquellas en que al escribir el primer verso no sabía lo que habría de decir después. Cada verso sacaba al que le seguía. Y la unidad del conjunto dependía de la unidad de mi estado de ánimo. No era unidad de concepto, sino de sentimiento.

Y estos mismos artículos, o pequeños ensayos, u hojas sueltas, que suelen ser —sin petulancia lo digo— pequeños poemas en prosa, me salen a las veces como le salió la vieja a mi hijo. Ni yo sé cuando

los empiezo cómo van a acabar. Es decir, yo soy acaso el que menos lo sé. Y ésta es la verdadera creación artística.

Y no sólo artículos breves, sino obras de mayor extensión surgen así. De la decena de novelas, entre largas y cortas, que llevo publicadas, no hay acaso ninguna que tenga la unidad íntima, esencial, profunda, que *Niebla*, a pesar de su constante divagación, y esa novela la comencé al azar, creando sus personajes según la escribía. Eran más bien ellos los que se iban haciendo. Y tengo la íntima convicción de que no participan los más de mis lectores habituales, de que el Augusto Pérez de mi *Niebla* es un personaje tan de una pieza, tan uno, tan lleno de vida, tan representativo, tan criatura en fin, como el Alejandro Gómez de mi "Nada menos que todo un hombre" (que forma parte de mis *Tres novelas ejemplares y un prólogo*) que pasa por ser la figura de más relieve y más vida que he logrado crear. Aquel pobre hombre pasivo, que se deja hacer y vivir, es tan criatura, tan yo, tan real, tan propio, como este varón activo, que hace y vive y crea.

No es sólo un carácter lo que en dramaturgia se llama así. A las veces lo característico de un hombre es no tener eso que se llama por excelencia un carácter. También la niebla tiene contornos y cabe dibujar la niebla.

Pero el arabesco no es precisamente la niebla. El arabesco es lo que no obedece a una lógica de finalidad práctica. Como no suelen obedecer a ella muchos de estos pequeños ensayos. Cosa que no satisface a los lectores de instintos instructivos, enciclopédicos o pedagógicos, los que van a buscar la lección o la tesis. Y estos tales harán mejor en ir al sermón o al mitin o a la conferencia que no en leerme, en estos casos.

Lo que da ese tono ferozmente —ésta es la pala-

bra— didáctico a lo más de nuestra literatura clásica castellana es que no era literatura creativa, poética, sino constructiva, oratoria, literatura de sermón; era de lección y no de pura contemplación. Cuando la más fuerte, la más profunda lección es la que nos da la contemplación desinteresada.

Paso hoy en España por ser el publicista más tendencioso y se dice de mí que en vez de hacer arte puro, literatura, hago campañas políticas. Y no es así. Lo que hago es historia. La hago y la escribo. Hago historia escribiendo y contando la historia del día, la coetánea, la del momento. Y lo que hay es que como no callo nada de lo que veo y oigo y siento, y suelto la queja siempre que me duele la realidad y no me propongo al contar historia otra cosa que hacerla, las gentes se desconciertan. Sin percatarse de que el éxito de mis campañas se debe a su carácter artístico, a su valor creativo. No voy buscando la vieja, sino que, como le sucedía a mi hijo, me la encuentro en mis creaciones. Y éstas son las verdades del barquero.

Cuando hace poco me excitaba Enrique Gómez Carrillo a que dejase la política y me consagrara a la literatura tan sólo, no se percataba de que mi política es literatura, o mejor: poesía, y que mi poesía es política.

Estos mismo sensayos, en arabesco, al azar de la improvisación, son mucho más político-civiles de lo que parecen. ¿Que cómo?

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 20. I. 1923.)

SOBRE UNA ERRATA

Hay erratas vengadoras. Tal una que se deslizó en mi último comentario en estas páginas (1), el que rotulé *Metáforas.* Escribí yo: ... "la Armada Invencible que fué vencida en el canal de la Manga? Pues la Mancha es la de Don Quijote, la de tierra sedienta." Y los impresores me hicieron Manchas a las dos, manchándome así el pedantesco juego de palabras. Justo castigo a mi pecadillo de pedantería, aunque fuese con su granito de humorada. ¿Quién me metió, pecador de mí, a querer traducir un nombre geográfico? Manga de mar es la del canal que separa de Francia a Inglaterra, pero todos le llamamos aquí Mancha. ¿Se le ocurre a nadie llamarle El Puerto a Oporto, o Río de Enero a Río de Janeiro, o Puentes a Brujas —que con las brujas nada tiene que ver—, o Altos Hornos a Essen? No, no traducimos los nombres propios geográficos extranjeros y menos mal si, como hacían nuestros antepasados, los acomodamos. Un caso excepcional es Montenegro, el Tsernagora. Y por allí andan los eslavos del sur —no sud— o sureslavos —y no *sudeslavos,* como no *sudamericanos,* sino suramericanos—, a los que muchos les dicen yugoeslavos, siendo así que en ese caso *yugo* es sur.

Y algo relacionado con esto son ya ejemplares las

---

[1] En la revista *Nuevo Mundo,* de Madrid. Lo encontrará el lector en el tomo X de estas O. C. (N. del E.)

equivocaciones entre Ginebra (Genève) y Génova (Genes) o el que, tomándolo del italiano, llamaba Mónaco a Munich, la capital de Baviera. ¡Cada cosa de estas que se suele leer en los telegramas de los periódicos! Y eso que desde que nuestros soldados no andan, como los de los siglos XVI y XVII, por Flandes, Italia, Borgoña, en los nombres de sus ciudades los tomamos tales cuales.

Es, además, muy expuesto querer traducir siempre los nombres toponímicos. Figúrense ustedes que tradujesen al francés, inglés, alemán o ruso el de Buenos Aires. Pues bien: nada tiene que ver originariamente con los aires ni con la bondad de ellos. Y el lector que quiera enterarse bien lo puede ver en una erudita nota del libro que Paul Groussac —aunque escribiendo en español, este francés argentinizado no se firma Pablo— dedicó a Mendoza y Garay, fundador y refundador de Buenos Aires; libro de sana historia, de agradable lectura y de curiosas notas.

A Buenos Aires le bautizaron primero con el nombre de Santa María del Buen Aire, una cofradía de mareantes de Sevilla, ya que sevillanos había entre los que la fundaron. Ese culto de Nuestra Señora del Buen Aire había ido a Sevilla desde Cerdeña —como el de Nuestra Señora de Begoña de Bilbao a Gijón—, ya que en la costa sarda hay un santuario de *Madona della Bonaria*. De esta Bonaria hicieron los sevillanos el Buen Aire. Y la Bonaria, a su vez es la transformación en sardo de un *Balnearia* latino. Y así se ve cómo el *Balnearia* latino, que traducido sería *bañera,* ha ido dando tumbos y cambios desde Cerdeña a Sevilla y de Sevilla a las orillas del Plata, donde ha dado Buenos Aires. Todo lo cual detallado y documentado hallará el lector que en ello se interese en el susomentado libro del seño, Groussac.

A tales confusiones puede prestarse el traducir nombres propios de lugar, que ya sabemos de quien prefiere escribir Firenze o Torino a escribir Florencia o Turín. Un casticísimo amigo nuestro, cuando se nos dijo que ya San Petersburgo se llama Petrogado, exclamó: "Llamémosle Ciudad-Pedro, como decimos Ciudad-Rodrigo, y dejémonos de *burgos* y de *grados!*" Claro está que no le hicimos caso.

¿Qué más? Al ver que las gentes andan preguntando cómo se dice lo de fascismo y hay que explicarles que la *sc* suena como en francés *ch;* inglés, *sh;* alemán, *sch* —sonido que se adaptó al castellano del francés *chef,* jefe, v. gr.—, propusimos llamarle fajismo, sobre todo en vista de que del italiano *fascio* = haz, hicimos nuestro fajo, un fajo de papeles, pariente de faja. Mejor que *hacismo,* pues se le conserva el sabor del original y se le apoya en vocablo latino que ya habíamos acomodado a nuestra fonética.

Claro está que todo esto son minucias y frioleras, pero en algo se ha de pasar el tiempo. Y estas frioleras gustan a mucha gente y hasta apasionan. Como que no suele haber disputas más agrias que las de los gramatiqueros y cazavoquibles. Son terribles los eruditos. Sobre todo cuando caen sobre el *dilettante* (no *dilettanti*), sobre el aficionado.

Y luego las cosas que están pasando en nuestra España nos invitan a divertirnos con estas cosas. Y si no, ábrase una enquisa o enquesta. Y la colé otra vez, porque la *encuesta* se me ha indigestado. Y no saben ustedes lo que es una indigestión de palabras, ¿verdad, don Antonio?

Y que el impresor vuelva a soltarme otra errata que me dé pie para otro comentario. Y vamos muriendo.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 16, III, 1923.]

Esta costumbre, tan general en España, de usar dos apellidos, el paterno y el materno, suele llevar a combinaciones verdaderamente absurdas. Proviene aquélla de que a las veces el primer apellido es muy vulgar y se busca realzarlo combinándolo con otro que lo sea menos. O aun siéndolo ambos vulgares su combinación resulta algo menos vulgar que cada uno de ellos. Sin duda que hay menos Sánchez Pérez o García López o Pérez Martín, que Sánchez, Pérez, García y Martín a solas. Y de aquí ha venido la tendencia a la eliminación de los Fulánez de que he disertado largamente en mi escrito *La selección de los Fulánez* que figura en el tomo IV de mis *Ensayos* y donde el lector a quien le agrade el tema podrá ver en torno de éste otras amenidades.

Otro modo de realzar los apellidos vulgares es ponerle al que lo tiene un nombre alto, sonoro y extraño. Mi hijo mayor ha recogido en un pueblecito muy pequeño de la provincia de Palencia los siguientes nombres de hombres y mujeres: Ursinaro, Gurdundófilo, Burgundóforo, Uvilibrordo, Babil, Ausencio, Próculo, Aderito, Anfiloquio, Filapiano, Ursicino, Sirinio, Ursino, Filadelfo, Gangérico, Rogaciano, Andoaldo, Adanto, Onesíforo, Liclético, Erótido, Adulfo, Adelfo, Laurentino, Calimerio, Atico, Erasmo, Andifaz, Hilarino, Elpidio, Eutimio, Servilia, Poten-

ciana... El párroco de este lugarejo se llama don Honesto y el secretario del Ayuntamiento don Felino. Y en esta provincia de Salamanca he conocido un Decoroso Sagrado Conejo que tenía por hermanos un Juventino, una Gaudiosa y una Teotiste.

La razón que en la provincia de Palencia dan para explicar esos nombres pesquisados así del Santoral es que de tal modo evitan el que les pongan motes, pues si les llaman Pedro o Juan o José o Antonio difícilmente se libran del mote.

Otra manera de salvar cierta vulgaridad es reforzarla, y así los que se llaman Juan Juan y Juan, Vicente Vicente y Vicente, Gil Gil y Gil, siendo el primero nombre de pila y los otros dos apellidos. Hoy está metiendo ruido en España el director general de Seguridad que se llama don Millán Millán de Priego. Millán es el mismo nombre que Emiliano. Como Olalla es otra forma de Eulalia y Ramón procede del mismo que Raimundo. Y Fadrique es Federico, Recaredo Ricardo, Guillén Guillermo.

Pero entre las combinaciones absurdas hay las de aquellos apellidos significativos, pero con significaciones contradictorias. Uno, por ejemplo, que se llame Moreno Rubio, Redondo Cuadrado o Delgado Obeso. O acaso Paz y Guerra o Guerra y Paz. Sólo que uniéndolos por una *y* desaparece en este último caso la contradicción. Y es, por cierto, curioso lo que pasa con estos dos apellidos: Guerra y Paz, y es que así como Paz nada tiene que ver con la paz —como ocurre en el nombre de pila de mujer—, sino que es una contracción de Páez y éste de la forma galaicoportuguesa de Peláez o Peláyez, el descendiente de Pelayo —como Vaz se corresponde con Velaz y Vázquez con Velázquez—, así es lo más probable que el apellido Guerra no tenga que ver nada con la guerra, sino que sea una forma emparentada con Aguerria y Aguirre y el vasco-francés D'Aguerre (el

del daguerrotipo). Decía Goethe, a propósito de las bromas a que se prestaba su apellido, que no se puede jugar con el nombre de uno, ya que éste es algo no como el vestido, sino como la piel, con la que se ha crecido y se ha hecho. Pero los primeros que juegan con él son los padres que por un capricho o por lo que fuere le ponen a un hijo semejantes nombres. En general se debe evitar poner a los niños nombres significativos o muy estrafalarios. Bautizarle a uno con un Cándido o Silvestre o Inocencio es siempre expuesto. Es mejor llamarle Juan o Pedro o Francisco o José.

Hay un nombre de pila que en España se usa bastante y es Jesús, nombre que fuera de Dios no se usa, y que en alguna otra nación, como en Inglaterra, lo estiman irreverente. Un amigo mío que se llamaba Jesús y fué a Inglaterra tuvo allí que cambiar de nombre. No podía ponerlo en sus tarjetas. Y fué mayor el asombro cuando dijo que en España hay quienes llevan por apellido Dios. La forma eufemística de Jesús es Josué. Y así es como se llamaba Carducci, Giosué Carducci. Y la verdad es que al gran poeta italiano, al gran poeta civil de la Italia una, le habría venido el Jesús como a un Cristo un par de pistolas, según reza el dicho decidero.

Hay quienes alteran y simplifican sus nombres y así a uno que se firmaba Max le preguntaba yo si le bautizaron con Máximo, Maximino, Maximiano o Maximiliano, que los cuatro nombres hay. Y hay quienes adoptan la forma extranjera de un nombre. Conozco franceses que firman Angel, Carlos, Pedro, y aquí un español que lleva por nombre de pila Jofre, que es la forma catalana de Godofredo.

En casos la forma genuinamente española o mejor castellana, romanceada, se ha ido dejando como pasa con Gutierre que es lo que en francés se llama Gautier y en inglés Walter. Por lo que yo le decía a

doña Emilia Pardo Bazán, cuando le llamó a Walter Scott Gualterio Escoto, que debió llamarle Gutierre Escoto, y así nadie le reconocería.

Nosotros los vascos podemos usar nombres de pila de lo más corridos porque los apellidos nos bastan. Un Cillorrogaztañagogeascoa o un Jaureguiberi o un Iruretagoyena no tiene por qué anteponerle Uvilibrordo o Gurdundófilo.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 31, III, 1923.]

LOS OIDOS DEL CORAZON

En un pasaje de una de sus epístolas, la dirigida a los efesios —de donde salió la palabra *ad-efesio*—, nos habla el apóstol San Pablo de "los ojos del corazón" (I, 18). Aquel libro místico alemán que se llama *Theología Germánica* y que tanto leyó y meditó Lutero, nos dice que el alma del hombre tiene, como su cuerpo, dos ojos, uno con el que mira a las criaturas y otro con el que mira al Creador y que sólo vemos con cada uno de ellos cuando cerramos el otro. Y Blas Pascal, en uno de sus Pensamientos —el 793—, dice que Jesucristo "ha venido en gran pompa y en prodigiosa magnificencia a los ojos del corazón, que ven la sabiduría".

Pascal emplea en este pasaje la voz *sagesse,* que, como el alemán *Weisheit* y el inglés *wisdom,* se distinguen y a las veces hasta se oponen a *science, Wissenschaft* y *knowledge,* a ciencia o conocimiento. Pero la sabiduría, la sapiencia, la *sagesse,* ¿se ve o se oye? ¿Es que con los ojos o es con los oídos del corazón con los que la percatamos? El corazón, en su recogimiento íntimo y entrañado, ¿ve u oye?

En nuestras errabundas lecturas por los libros, en estos olvidados tiempos de tumulto comunista casi olvidados que brotaron en días de fe de espíritus reconcentrados en el seno de Dios, hemos venido a dar con aquel que a fines del siglo XVI escribió Ricardo

Hooker, de la iglesia nacional de Inglaterra, sobre las leyes de la política eclesiástica: *On the laws of ecclesiastical policy.* Es obra clásica en la literatura inglesa y en la teología anglicana. De su estilo dice George Lillie Graik que es "casi sin rival por su sostenida dignidad de marcha".

El Prefacio de esta obra de Hooker se abre así: "Aunque no sea por otra causa, por ésta: que la posteridad sepa que no hemos permitido flojamente, por silencio, que las cosas pasen yéndose como en un sueño..." No bien leímos esto fué como una voz que oyéramos en el corazón y que nos decía que lo que pasa en silencio pasa como en un sueño, que el sueño se ve y no se oye. Porque en los sueños, en efecto, no suele haber alucinaciones del oído; los sueños suelen ser silenciosos, cinematográficos. El corazón ve dormido.

¿Cómo, sin embargo, se nos habla de la visión y no de la audición beatífica? Y siendo que se ve al Verbo, a la palabra de Dios, que es sonido aunque sea luz. La palabra suena más que luce. Es que acaso se ha creído que en la región celeste, etérea, como no hay aire no hay sonido, sin advertir que éste se transmite también por otros medios. En el teléfono no va por el aire el sonido.

El corazón duerme y el corazón vela; y sueña. El gran poeta lírico portugués João de Deus —Juan de Dios—, uno de los más grandes líricos del siglo XIX, decía: "Bebiste para olvidar las penas del corazón; mas él es quien no se olvida, él quien no se adormece como se adormece la razón. Duermo, dice Salomón, pero duermo exhalando ayes, y mi corazón vigila y siento como sentía si es que aún no siento más. No es con vino con lo que extraes el veneno de ese amor, apagas al pensamiento y dejas al sentimiento sin equilibrio en el dolor. Tales nos hizo el Creador que sin la luz de la razón bien

se reclina la cabeza, mas aun cuando ella adormezca vela siempre el corazón." Así João de Deus. Y veamos que apagar al pensamiento no es dejarle a oscuras sino que es acallarle, dejarle en silencio, y que si la cabeza descansa sin la luz de la razón, el corazón vela cuando oye la voz de la conciencia.

Los sueños suelen ser silenciosos y en los sueños suele estar la voluntad muerta; el sujeto —más bien objeto— del sueño está sordo. ¿Dónde está la actividad? Nosotros decimos en español, lo mismo ver *a* uno que oír *a* uno, suponiéndonos activos en la visión y en la audición, mientras que en griego se decía oír *de* uno, en genitivo, siendo curioso que el verbo que significaba en general sentir o percibir (*catar* en español) —*aisthanesthai,* de donde viene *aisthetike,* estética— venía a concretarse en oír. "Sentir de uno un relato" era oírselo. Y, sin embargo, el oír es tan activo como el ver, el escuchar como el mirar. Y hasta se escucha con los ojos.

"¡Con los ojos abiertos ya sin vida
como queriendo oír, miraba al cielo
—de la mano de Dios la palma abierta—
y caía el silencio!"

Así hemos dicho en un pequeño poema a la última palabra de Hamlet moribundo, que fué: "El reposo es silencio" (1).

El corazón duerme y reposa en el silencio y no en la oscuridad, pues mientras ve sueña. Y sólo vela cuando oye. Sueña visiones, no palabras. Los fantasmas son para la vista, no para el oído.

Todo esto he estado entretejiendo estos días en el silencio de mi celda doméstica, lejos del bullicio civil de las muchedumbres, rumiando en mi corazón esta brava tormenta que se ha desencadenado

---

1 Lo incluí en la antología de poesías inéditas u olvidadas, que figura en mi libro *Don Miguel de Unamuno y sus poesías,* Salamanca, 1954, p. 418-419. (N. del E.)

sobre mi patria. Y recordando como el general don Juan Prim, el que trajo a España la revolución de setiembre de 1868 en que rodó el trono de doña Isabel de Borbón, hablaba de destruir "en medio del estruendo" lo existente. Quería ruido; sabía que sin ruido no hay revolución. Las manifestaciones silenciosas son manifestaciones cinematográficas de ensueño.

¿Pero es que la revolución no es también sueño? ¿Y qué no es sueño? Píndaro le llamó al hombre "sueño de una sombra" y no sueño de un eco. ¿Qué diferencia va de un eco a una sombra? ¿No es el eco la sombra de un sonido?

En tanto, corazón, aunque nada veas, escucha; abre los oídos, aunque cierres los ojos. Vale más que oigas a la Palabra con las tinieblas que no el que veas el Sol en el silencio.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 19, V, 1923.]

Hay para las discusiones de palabra un arma prohibida por Nuestro Señor Jesucristo, un arma prohibida a los cristianos. En el eterno Sermón de la Montaña, tal como se nos expone en los capítulos quinto, sexto y séptimo del Evangelio, según Mateo, se nos dice que el que dijere a su hermano *racá* —esto es: un "nada"— será reo ante el concejo; y el que le dijera *moré* —esto es: "soso" o "zonzo"— será culpable de la pena del fuego (V, 22). El texto original griego emplea primero la palabra hebrea *racá* y luego la griega *moré*. Y *morós*, que el texto latino, oficial de la Iglesia Católica Romana, traduce por *fatuus*, significa primeramente: insípido, desabrido o desaborido, insulso —o sea sin sal—, y luego tonto. Lo grave, pues, no es llamarle al prójimo embustero o ladrón o pervertido o... Es llamarle tonto. ¡Y cuántas maneras hay de llamárselo! ¡Qué rica sinonimia!

Se comprende que de la rica sinonimia que el idioma griego tenía para llamarle a uno zoquete el evangelista escogiera el término *moré*, zonzo o soso, ya que en el mismo Sermón de la Montaña dice el Cristo a sus discípulos que son la sal de la tierra y que si la sal se desvaneciere o "asosare" (*moranthei*) ya no se le salará (V. 13). Y el español *soso*, portugués *ensosso*, viene de *insulsus*, sin sal. Y de

ahí debe de venir *zonzo,* aunque Meyer-Luebke lo dude.

¡Qué de metáforas para llamarle al prójimo tonto! *Tonto* pudiera ser "tundido". Luego se le llama *bobo,* o sea *balbus,* tartamudo o balbuciente. O *idiota,* que quiere decir un particular, un hombre privado, uno que no es ni concejal siquiera o de la Junta del Casino. O *imbécil,* que es —*imbecillis*— el que no tiene *bacillus* o bastón, el inerme, el flaco, el débil. O mentecato —*mentecaptus*— privado de la mente, casi demente. O estúpido, el que se queda aturdido. Y vienen luego las metáforas del reino animal y del vegetal.

No sabemos por qué se habrán escogido ciertos animales, sobre todo peces, y no otros para llamarle tonto al hombre. Se le llama burro, cernícalo, y luego congrio, besugo o percebe. ¿Es el congrio más tonto que el salmón o que la sardina? Y entre los vegetales, ¿por qué hemos de decir de un tonto que es un alcornoque o un ciruelo y no un olivo o un manzano? Porque si es por dar éste fruta, también el ciruelo la da. Lo del alcornoque debe de ser por el corcho. Aquí se dice de un tonto de capirote que si se le sacude suelta bellotas. Pero esto no es poco.

Tonto de capirote es el que con un capirote o bonete puntiagudo hace de tonto en las fiestas. Es un tonto de alquiler y casi oficial. El tonto de atar es ya otra cosa.

En una ocasión le oímos a uno decir de otro que era un majadero de piedra, y como le pidiéramos explicación de la frase nos explicó que majadero de piedra no quiere decir que sea hecho de piedra o con piedra el majadero, sino que sirve para majar o machacar piedra. Porque majadero es, en su sentido primitivo, la mano del almirez con que se maja en éste ajos, pimienta o lo que sea. Y ya le veíamos al calificado de majadero de piedra majan-

do pedruscos con la cabeza. Una metáfora parecida a la de majadero es la de adoquín.

Hay otros calificativos que más que cerrazón mental o tontería implican ligereza, tales como: badulaque, botarate, mequetrefe, chisgaravís, zanguango, mamarracho, zamacuco, zampatortas, papanatas, papamoscas, etc., etc. La lista sería muy larga. ¡Porque hay tantas maneras de llamarle a uno zoquete y memo!

Un amigo nuestro acostumbraba decir de un tonto de capirote que era tonto constitucional y absoluto, y nos hacía observar que en los tontos no son, como en los reyes, contradictorios estos adjetivos.

Pero de toda la riquísima sinonimia de la dementalidad nada nos ha hecho más gracia que aquella expresión usada por los piquíatras o alienistas cuando hablan de un "idiota profundo". ¡Idiota profundo! ¡La profundidad de la idiotez!

Idiota quiso decir, como ya hemos dicho, un particular, uno que no ocupa cargo alguno público, uno que no se distingue por nada. Para nosotros, idiota es el que no discurre más que con lugares comunes, el que no hace sino repetir las frases tradicionales, aquel que todos los años observa a primeros de año —en este hemisferio— que empiezan a alargar los días y acortar las noches; el hombre sensato, en fin, el que odia las paradojas. Ese es el idiota. Es el hombre del sentido común porque carece de sentido propio. Y la profundidad de la idiotez consiste en que su sentido no sea más que común. La comunidad del sentido es lo que hace la profundidad de la idiotez. Los idiotas profundos son comunistas de la inteligencia. O mejor, de lo que entre ellos hace sus veces.

La imaginación en ellos no pasa de imaginación en el sentido etimológico, *mimaginatio*, o sea facultad de *mimar* o de imitar —*mimitare*— sin que pue-

da llegar nunca a fantasía. Esta se queda para los locos, que pueden ser poetas, esto es: creadores. Pero por lo común ni imaginación tiene el idiota profundo.

¡Y qué cóleras les acometen a los idiotas ante ciertas manifestaciones de arte o literarias! Al idiota se le conoce en que siempre tiene en la boca las palabras: extravagancia, locura, paradoja, chifladura, macana...

De todos los comunismos, el más terrible, el más devastador, es el comunismo del sentido común, el de los que discurren con los tópicos tradicionales gastados por siglos de choques de ellos en sus cabezas de majaderos de piedra.

Y basta por ahora de... paradojas a cuenta del comunismo del entendimiento.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 26, V, 1923.]

TRASGOS Y BOTONES

En mi reciente excursión por Asturias he tenido ocasión de conocer un libro muy curioso. Se titula *Del folklore asturiano; mitos, supersticiones y costumbres.* Su autor es Aurelio de Llano Roza de Ampudia, C. de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, Delegado regio de Bellas Artes de la provincia de Oviedo. Lleva un prólogo de R. Menéndez Pidal, el tan conocido filólogo.

El señor Llano Roza de Ampudia, que ha recorrido toda Asturias a pie recogiendo curiosísimas noticias y los últimos restos de costumbres y dichos que desaparecen, se pica de exactitud científica. Nos da cuenta de la persona de quien oyó un relato o un dicho, o un cantar, de su edad, del concejo a que pertenecía y hasta del día en que se lo oyó. Así, por ejemplo: "Me recitó estos versos en Folgueras, pueblo de la montaña del concejo de Riosa, el 24 de octubre de 1921, Pedro Villoria, de setenta y un años". Hora era ya de que nuestros investigadores se hicieran a estos hábitos de exactitud y regularidad técnicas en que son maestros los eruditos alemanes. Que no se diga, como se ha dicho, que del español no cabe fiarse porque no conoce los métodos rigurosos de la inquisición o enquisa —no encuesta— histórica y que procede por *à peu prés,* por poco más o menos y a la buena de Dios.

En la sección de mitos populares el autor estudia

el Nuberu, las Xanas, el Cuélebre, la Sirena, el Trasgu, el Diablo Burlón, la Güestia y las Brujas. No ha omitido diligencias para averiguar todas las particularidades de esos entes misteriosos, regocijados y burlones algunos de ellos. Porque la concepción popular asturiana —y aun de otros pueblos españoles— de ese mundo de más allá es una concepción humorística. Los pobladores del mundo extranatural son camarrupas, que diría un teósofo. Y uno de los más humorados y burlones es el Trasgo.

Del Trasgo, especie de duende muy parecido al Kobold germánico, nos dice el señor Llano Roza de Ampudia que "es de figura diminuta y simpática, viste de blusa de bayeta colorada y cubre su cabeza con un gorro del mismo color". Y en seguida añade el concienzudo autor: "Nadie se ha fijado si gasta o no pantalones y si anda calzado o descalzo". ¡Lástima grande!, digo yo.

Nos parece que debería organizarse una batida de trasgos por toda Asturias al objeto de averiguar si gastan o no pantalones y si andan descalzos o calzados. Pero como acaso escaparan a la presa de nuestra policía científica, sería mejor someter a un más riguroso interrogatorio a los que han visto y ven a los trasgos, pues en cuanto se les apurase un poco declararían ese y otros particulares. No se puede consentir que las personas a quienes se aparecen esos seres extranaturales mantengan secreto alguno respecto a la indumentaria de éstos. Porque más bien que el que nadie se haya fijado en si los trasgos gastan o no pantalones y andan calzados o descalzos, es de suponer que por algún motivo lamentable no han querido declarárselo al señor Llano Roza de Ampudia los por éste interrogados y enquisados.

Habría, además, que clasificar los trasgos, porque debe de haber clases entre esos duendecillos. Y en punto a clasificación es notable el libro de que ha-

blamos. Donde describe el antiguo traje asturiano —que va desapareciendo—, al llegar a los botones del calzón, botones "pendientes de cada pernil por medio de una cadenita", nos dice que son de cuatro clases: "De "filigrana":

Botones de filigrana
embutidos en acero,
¿cómo quieres que te olvide,
siendo tú el amor primero?

Estos botones tienen el busto de Isabel II. De "San Fernando"; llamados así porque tienen el busto del santo. "Coleteros": los que tienen un "asa" en vez de cadenilla; éstos son ordinarios y, por último, los llamados "tarabicos", construídos en casa con hilo y estaquillas de madera; los más preferidos han sido los de filigrana". Aquí hay un (1) y al pie una nota —en la página 157 del libro— que dice así: "Esta es la primera vez que se describe la clasificación de los botones. Me la dió a conocer el 22 de agosto de 1920, delante de la iglesia parroquial de Libardón, concejo de Colunga, el vecino de la misma Manuel Alonso González, de noventa y un años."

¡Menos mal que ya que don Aurelio de Llano Roza de Ampudia no ha logrado inquirir de los que han visto a los trasgos si éstos gastan o no pantalones y andan calzados o descalzos, ha conseguido que un anciano de noventa y un años, cargado de experiencia, le diera la clasificación de los botones del antiguo calzón asturiano! Clasificación no tan complicada como la de las enseñas, galones y estrellas, y también botones, de los uniformes militares. Si don Aurelio no se encuentra con ese anciano de noventa y un años el 22 de agosto de 1920 delante de la iglesia parroquial de Libardón, concejo de Colunga, en la ciencia española se habría perdido irremisiblemente la clasificación de los botones del cal-

zón asturiano. ¡Y lo que habría dicho la severa ciencia germánica!

Como al contarle un aldeano a don Aurelio un incidente cómico macabro ocurrido en el velorio de un muerto, le dijera el investigador folklórico que era poco serio, el aldeano le replicó: "¿Dice usted que es poco serio? Si no fueran estas cosas, ¿con qué nos íbamos a entretener en estas montañas?" Apliquemos el cuento a la investigación científico-folklórica. Si no nos preocupásemos de si los trasgos gastan o no pantalones y calzado y de la clasificación de los botones, ¿con qué íbamos a entretenernos en esta soledad civil? Además de que estos métodos de investigación por riguroso inventario nos educan para su aplicación a más trascendentales estudios. Pero, ¿qué es lo serio? ¿Son ángeles del Señor o son trasgos del supremo Empresario del gran Sainete del Universo los que rigen los destinos humanos?

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 30, VI, 1923.]

LA ORIGINALIDAD DE LA NIÑEZ

Se oye con frecuencia decir cuán difícil es que un gran escritor sepa presentarnos niños y cuán difícil el que un pintor sepa retratarlos bien. "No hay nada más dificultoso —me decía un gran pintor retratista— que retratar a un niño dándole individualidad... ¡claro!, como no la tiene...." Y le repliqué: "El que no la tiene es el que no sabe retratarle."

Dificilísimo, en efecto, representar niños, salvajes y... tontos. Mucho más fácil para un hombre representar una mujer. Y es que el hombre lleva a la mujer dentro y el adulto suele haber perdido al niño que fué —si es que lo fué—, el civilizado no logra descubrir su propio salvaje y para un hombre inteligente nada hay más difícil que hacer el tonto. Un tonto hace mejor el listo que no un listo el tonto. Se simula mejor el talento que no la tontería. Y es que el ser tonto no es tan fácil como se figuran los listos.

Cuéntase que como dijera una vez Plinio que el elefante ve crecer la yerba, uno de los que le oían exclamó: "O Plinio ha sido elefante o algún elefante se lo ha contado a Plinio." El dilema no es correcto y se reduce, bien examinado, a un monolema. Porque para que Plinio pudiese entender al elefante que le contase tal cosa era menester que

Plinio hubiese sido elefante. No entiende la lengua elefantina sino el que ha sido alguna vez, y por breve rato que fuese, elefante. El entendimiento se hace uno con lo entendido, decían los antiguos. Y no entienden la lengua de los niños los que no han sido de veras niños y llevan todavía la niñez a flor de alma. Aquella niñez de que dijo el Cristo: "De cierto os digo que si no os volviereis y fuereis como niños no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo, XVIII, 3).

Cuando un adulto para hablar con los niños balbucea y trata de imitar su lenguaje infantil los niños se ríen de él y le tienen, y con razón, por un mentecato. Como se ríen de todos los libros pedagógicos de lectura para los niños, de todos los cuentos infantiles de texto. Los niños adivinan que la pedagogía se ha inventado para arrebatarles la niñez. Y debe bastar el tiempo y su tragedia. Porque no hay tragedia como la del tiempo, la de "cómo se pasa la vida..."

De todos los personajes trágicos que en la historia —que es ficción— y en la ficción artística —que es historia— hemos conocido, sin excluir los del teatro shakespeariano, ninguno más hondamente trágico que aquel pobre niño que lloraba amargamente porque se había de hacer mayor. Era la primera y más trágica revelación de la muerte. Sentía en el tiempo a Herodes. Herodes que buscó primero al Niño para matarlo (Mat. II, 13) y después menospreció y escarneció al Hombre y le entregó al que había de hacer que le crucificaran (Luc. XXIII, 11). La tragedia de aquel pobre niño era la revelación de lo más hondo de la muerte.

Se me dirá que atribuyo al llanto de ese niño histórico —el hecho es rigurosamente tal— una significación demasiado trascendente, pero es que en los niños habla, mucho más que en los mayores, el es-

píritu genial del linaje humano, el genio de la humanidad. En cuanto el niño aprende la lección y sabe recitarla ha perdido su genialidad. Que la recobra cuando olvida la lección aprendida.

Hace poco uno de los hijos de un amigo mío, niño de ocho años, iba a hacer su confesión y comunión primeras, y como en la mañana del día en que se iba a confesar y comulgar le encontraran sus hermanitos llorando amargamente y le preguntaran por el motivo de su lloro, exclamó entre sollozos y todo compungido: "Es que no me acuerdo de ningún pecado..." Esto podía parecer a los adultos igual que si uno que va a entrar en examen se angustiara por no saberse las lecciones a que le ha de tocar en suerte contestar, pero yo que he sido niño —os lo aseguro— le doy un sentido mucho más vasto. El pobre niño sentía, acaso, con genuina genialidad que hay pecados inconscientes —y eso que no había leído a San Pablo— y que el olvidarse de los pecados es otro pecado y de los más grandes.

¡Genialidad! Se ha dicho que la genialidad es el sentido común elevado al cubo. Mejor estaría decir que la genialidad es el sentido común hecho propio, o sea el lugar común hecho paradoja, la paradojización de los lugares comunes, el descubrir por primera vez lo que todos vemos, pero en rigor la genialidad no es más que la infantilidad, la niñez del espíritu. La cual, a su vez, no es más que la originalidad.

"Carlos, cuando era niño —me decía un amigo—, era tonto, pero un tonto graciosísimo; se le ocurrían las más divertidas tonterías; ahora no se le puede oír porque no hace sino repetir las tonterías de los demás." Y le respondí: "Es que ha pasado por el pedagogo, y el pedagogo no sabe apreciar el mérito y el valor de la tontería original y

en cambio siente respeto por las tonterías de repetición."

Los que desde luego no son niños son los niños prodigios. La prodigiosidad del niño es prueba de que carece de niñez. Remeda a los mayores y esto es una monstruosidad.

Y luego hay lo más pavoroso, lo más trágico, y es la soledad del niño —que no es lo mismo que la soledad de la niñez—, o sea que el niño se críe entre mayores, sin trato ni convivencia con otros niños sus iguales. Porque el niño que se cría así, aislado, solitario, separado de los otros niños, ni llega a descubrir que va a hacerse mayor y que dejará de ser niño y no puede llorarlo. Y no sentir la tragedia del tiempo y no poder llorarla es mucho más trágico que llorar esa tragedia. El niño que se cría aislado, entre mayores, no puede descubrir que nació para morirse, porque está muerto.

Decía Juvenal, en su Sátira XIV, verso 47, que al niño se le debe el más grande respeto —*maxima debetur puero reverentia*—. La más noble ocupación de un espíritu es la de escudriñar en sí mismo su propia niñez y compadecerse por haber salido de ella. Y llorar los pecados de que uno se ha olvidado.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 1, XII, 1923.]

NO SABEN TOCAR LA CITARA

Hay en la comedia de Aristófanes *Las Abejas* (1) un pasaje de la más honda psicología que nos place hoy comentar.

Ante todo conviene enseñar a los que no lo saben y recordar a los que lo sepan que *Las Abejas* es una recocijada sátira contra la manía de juzgar, y más que de juzgar, de condenar, que había hecho presa en los atenienses, el pueblo del ostracismo, que es, con la Inquisición, las dos más diabólicas invenciones demagógicas. Y no se olvide que diablo es fiscal.

En Atenas llegó a constituir una manía el ser jurado, y muchos, ancianos sobre todo, vivían del salario de tal. En la comedia aristofanesca se nos aparece Filocleón —o sea amigo de Cleón, el demagogo—, un pobre viejo, presa de la juradomanía, a quien su hijo, Bdelicleón —o aborrecedor de Cleón— no logra reducir a términos de tranquila vida doméstica lejos del tribunal de justicia. El hijo se sirve de todos los medios para retener en casa al padre, a quien sus compañeros de manía van a buscar.

Consigue al cabo el hijo de Filocleón retener a su padre en casa, pero es dándole en ella un simulacro de vista pública. Se trata de juzgar a un

[1] Es la titulada *Las avispas*. Véase más adelante el escrito titulado "Avispas, abejas y moscas", donde el autor aclara la confusión. (N. del E.)

perro que ha robado un queso siracusano, y al que prende y lleva al tribunal doméstico el criado Sosías. Bdelicleón hace ante su padre de abogado del pobre perro, y Filocleón supone que su hijo lee una defensa que escribió el perro ladrón mismo. El abogado aboga que su defendido es el mejor de los perros y capaz de guardar muchas ovejas. Filocleón replica: "¿Y de qué sirve eso si se come el queso?" A lo que su hijo replica: "Pelea por ti, te guarda la puerta y en todo lo demás es el mejor, y si robó perdónale, pues no sabe tocar la cítara." Y Filocleón: "¡Así no supiera las letras, para que después de ese estropicio no hubiese escrito la defensa!" (versos 954 a 961).

Lo de que el perro no supiera tocar la cítara quiere decir que no había recibido educación alguna, que no era ni bachiller, sino analfabeto e inculto, y que había que perdonarle, por lo tanto, el que, siguiendo su natural instinto, no enfrenado por una buena educación —musical, sobre todo—, robase quesos.

Sigue el proceso y al ir a fallarlo Filocleón el ciudadano jurado del pueblo del ostracismo, se dispone a condenar al perro, y al suplicarle su hijo, el abogado, que le absuelva, exclama aquél: "¡No; pues no sabe tocar la cítara!" (verso —o *vieso,* que habría dicho el Infante D. Juan Manuel, y así resulta consonante de *divieso*— 989).

¡El rasgo es maravilloso y el tiro da en la diana! "¿Con que el perro, por no tener educación, por no haberle enseñado a tocar la cítara, obedece a su instinto natural y animal al robar quesos, y hay, por lo tanto, que perdonarle? Pues yo, Filocleón, el jurado, el ciudadano del pueblo del ostracismo y de la envidia, tampoco tengo educación ni se me ha enseñado a tocar la cítara, ni sé tocarla —¡ni ganas!—, y obedezco a mi instinto natural

y animal de juez popular e inculto, y condeno. Y hay que perdonarme el que condene, el que juzgue para condenar, ya que no sé tocar la cítara."

En el séptimo de los ensayos del tomo VI de los nuestros —*Ensayos*— (1) podrá encontrar el lector que se interese por estas cosas amplio desarrollo respecto a aquellos que juzgan no en virtud de la necesidad de juzgar, sino de castigar. Pero éstos son muchos más que los que uno podría figurarse a primera vista. Y ese sentimiento natural y animal, no espiritual y humano, ese sentimiento de venganza y no de justicia, brota y se desarrolla más allí donde una mala educación, una deseducación, diríamos, popular contrarresta y destruye toda la armonía de la cítara.

¡La cítara! La cítara es aquí el símbolo de la intelectualidad. Bdelicleón era un intelectual y así es como se le ocurría el argumento de la cítara. Bdelicleón creía que el oficio de juzgar es un oficio intelectual, espiritual, humano, y no un oficio instintivo, natural y animal. Su padre, en cambio, se había embriagado con la ponzoña demagógica del Pnix.

Lo terrible no es que el padre, Filocleón, no supiera tocar la cítara, si el hijo, Bdelicleón, sabía tocarla; lo terrible sería que el padre se opusiese a que el hijo aprendiera a tocar la cítara. Y esto de padres que no se cuidan de que sus hijos aprendan a tocar la cítara para poder juzgarles en su día intelectual, espiritual y humanamente, esto estamos presenciando. ¡Cómo los juzgarán y condenarán esos hijos cuando hartos de andar a coces con una bola se vuelvan a examinar lo que a sus padres hayan debido!

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 21, XII, 1923.]

---

[1] El titulado "La Patria y el Ejército", incluído hoy en el tomo III de estas *O. C.* (N. del E.)

FLOR DE HABLAR

"¡Eso es ganas de hablar!" He aquí una frase que solemos emplear cuando queremos decir que algo que se dice carece de fundamento. Pero, ¿de fundamento de qué? Y, ¿qué es fundamento? Como también solemos decir "hablar por hablar".

Y, sin embargo, el hablar por hablar que proviene de las ganas de hablar aunque no se tenga que decir nada es fuente de decires. Se empieza hablando y se acaba diciendo. No siendo, además, cosa probada, ni mucho menos, que el hombre rompe a hablar por la necesidad de comunicar algo a un prójimo, aunque este prójimo sea él mismo. Uno mismo es, en efecto, el más prójimo o *próximo* a sí.

Creemos, más bien, que el monólogo es anterior al diálogo y que el hombre se pone primero a hablar consigo mismo para ahuyentar la soledad. Hay muchas, muchísimas personas, que cuando creen que nadie les observa, hablan en voz alta consigo mismas y hasta gesticulan.

El hablar por hablar es la flor del habla y no nos parece ningún disparate sostener que la flor es el fin del fruto tanto como éste el fin de aquélla. Porque... ¿qué es eso del fin? Para el que gusta de huevos, la gallina es un medio para obtenerlos, y para el que gusta carne de gallina, el huevo es un medio de obtenerla.

Pudiera ser que el hombre haya empezado a hablar como el pájaro a cantar, para desahogarse, y que el decir algo haya sido una exigencia posterior. Y todavía hoy en lo más íntimo, en lo más entrañado, en lo más vital de las relaciones humanas, en el trato amoroso entre varón y mujer, lo que se diga es lo que tiene menos importancia; la cuestión es hablar.

"Juanito habla con Lola", solemos decir, y al decirlo no suponemos que Juanito le diga nada de particular a Lola. El famosísimo diálogo de Romeo y Julieta no es cosa de decir, es cosa de hablar. Ni el suyo era tanto lenguaje cuanto *corazonaje*.

Hablar por hablar, además, no es lo mismo que hablar para que le oigan a uno. Hablar por hablar es un deporte puro, es el goce del productor en producir, y hablar para ser oído es un deporte impuro, de exhibición; es producir para el consumo ajeno.

Podemos asegurarle al lector que no han sido nuestras mejores producciones literarias aquellas en que nos movía el propósito de decir alguna cosa precisamente determinada, aquellas de índole didáctica, sino aquellas otras en que nos movió a tomar la pluma el cosquilleo de escribir o, como ahora nos sucede, el cumplir un compromiso periódico ya adquirido. Y suele resultar que mientras el autor anda buscando un artículo o un ensayo o un poema, anda un artículo, un ensayo o un poema buscándole a él y que dice lo que ni pensaba que había de decir. Que así como hay escritores a la caza de ideas, hay ideas a la caza de escritores. Que es lo que se quiere expresar al decir que hay ideas que flotan en el ambiente. Hasta que se posan.

De la forma sale el fondo antes que del fondo la forma. Hablar por hablar —o escribir por escribir— es algo formal, mas de ello suele surgir algún di-

cho. Pero ¿qué es eso de *dicho?* Porque no estamos muy seguros de qué sea eso de *dichos* o de *decires.*

En nuestro tomo de *Poesías* (1907) publicamos una titulada: "Sin sentido" que empezaba así:

"Quisiera no saber lo que dijese,
nada decir, hablar, hablar tan sólo
con palabras uncidas sin sentido
verter el alma."

¡Y, sin embargo, nunca hemos escrito nada con más sentido, y sentido... didáctico! Al empezar ese poemita no sabíamos —lo recordamos bien— lo que íbamos a decir en él; la cosa era hablar, era hacer versos, era engarzar endecasílabos y pentasílabos y sin hilo de rima, a ritmo puro, a cadencia desnuda de consonancias y asonancias buscadas.

Y al empezar este pequeño ensayo, no nos acordamos de ese antiguo poemita. Escribiendo este ensayo nos ha venido el recuerdo.

Los lectores, y sobre todo las lectoras, que están acostumbradas a oírnos hablarles por escrito —decimos "oírnos" y no "leernos"— nos agradecerán, estamos de ello seguros, estas líneas de monólogo.

Y decimos *oírnos* y *leernos* y *nos,* hablando en primera persona del plural y no del singular, no *oírme* y *leerme* y *me,* porque éste es un monólogo colectivo. Nos lo estamos hablando esto en un acto de intimidad y de libertad. Y nos lo estamos diciendo.

¿Verdad, lector o lectora, que en este momento formamos uno solo? Tenemos el hábito o la necesidad; yo de hablarte, y tú de oírme.

Cuando has puesto la vista en estas líneas te has dicho: "A ver qué nos dice hoy Unamuno..." Pero ¿no crees que importa mucho menos lo que te pueda decir que el que durante unos minutos te arranque a preocupaciones impuras?

¡La cuestión es hablar, créeme, la cuestión es hablar!

Tú no eres, lector mío o lectora mía, de los que se comen flores; te contentas con mirarlas y olerlas.

Y este pequeño ensayo es una flor, créemelo. De papel, pero flor al cabo.

Y ahí la tienes.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 22, XII, 1923.]

AVISPAS, ABEJAS Y MOSCAS

En mi último comentario se imprimió aquí por dos veces *Las Abejas,* refiriéndose a la comedia de Aristófanes, que se llama *Las Avispas.* Y estoy casi seguro de que por esta vez el error no fué mío, y eso que suelo cometer, por inadvertencia, confusiones grandes. Pero acababa de leer la comedia en su original griego, por supuesto; la tenía ante los ojos, y sé muy bien que *Spheces* no es *Melittai;* avispas no son abejas. Ni sé por qué me lo corrigieron.

Te juro a la vez, lector, que esto no es un truco para hablarte hoy de abejas y avispas. Hace poco, en otro artículo donde decía cómo un cochero me preguntó si me llevaría "al mismo hipódromo", el oficioso corrector se creyó en el caso de alterarlo e imprimir "al hipódromo mismo", para que se viera mejor la captación del artículo por parte del hipódromo sin percatarse de que es así como no se ve, pues hace falta demasiado fino oído para distinguir "al hipódromo" de "el hipódromo". Y lo que se me dijo es si "al mismo hipódromo".

Pero ya que la oficiosidad del corrector ha confundido las abejas con las avispas, sigamos el hilo. Que una corrección indebida, como a las veces una errata, es tan generadora como la rima.

Aristófanes comparaba a los jurados que no sabían tocar la cítara, a los condenadores de oficio,

con avispas y no con abejas. Las avispas no ponen miel para el hombre.

Y hasta en cuanto a las abejas... Maeterlinck, en su bello libro sobre *La vida de las abejas,* encomia el heroísmo lógico de estos animalitos, que si se les mete en una botella y se pone ésta en lugar oscuro con la boca contra la luz, la abeja razonando que donde está la luz está la salida, muere bregando contra el fondo de la botella, mientras que la atolondrada mosca se pone a volar en su prisión y halla la salida. Es decir, que la abeja, animal lógico, o sea estúpido, hace un silogismo sobre la premisa de que donde está la luz está la salida y perece en su prisión, mientras que la mosca, animal estético, convencida desde luego de que su prisión, su pequeño mundo, no tiene salida, la encuentra poniéndose a pasear en él. Y además, la abeja hace la miel y la mosca se la come.

Pero la abeja que hace la miel y zumba con las alas, pica además. Por lo que se dijo del epígrama:

> "A la abeja semejante
> para que cause placer
> el epígrama ha de ser
> ligero, dulce y punzante."

Epígrama, ¿eh?, esdrújulo, y no *epigrama,* llano —como *telégrama*—, pese a la Academia que se empeña en hacer que lo acentuemos a la latina y no a la griega, que es como si se empeñara en que dijéramos *filosofia,* con cuatro sílabas.

La abeja puede ser el símbolo de la ironía. Y la ironía es lo que más temen los beocios de todas clases. Tengamos lo de aquel que interrumpiendo su patriótica arenga se volvió al tercero de la fila, a quien suponía de espíritu ático, y le interpeló: "¿Qué? ¿Y se sonríe usted?" Y como el interpelado lo negase, añadió: "Además, cobarde, porque está us-

ted sonriendo por dentro." El muchacho se quedó meditando en eso de la sonrisa interior, de la sonrisa contenida.

¡La sonrisa interior! Es el triunfo de la ironía. Y más cuando adopta un exterior muy serio y hasta fúnebre.

"¡Esto está envenenado!", exclamaba otro cada vez que tropezaba con algo que no entendía bien. Y no hay nada más peligroso que tener fama de intencionado, de ironista.

Pero si la abeja, la que hace la miel y zumba, pica, la mosca, la que se come la miel y vuela en silencio, molesta. Molesta y transmite no pocos gérmenes morbosos.

¿Y la avispa? Tenemos menos trato con las avispas y las conocemos peor. La avispa es una especie de abeja montaraz y selvática, no domesticada, quién sabe si no una abeja cimarrona. Y la avispa no debe de ser capaz de sonrisa interior, de ironía. Así como tampoco sabemos qué es lo que haría una avispa metida en la ya mencionada botella y con la salida a contraluz.

La avispa aristofanesca, la que vivía de picar, pero sin dar miel, esa avispa no cabe decir que sea muy lógica. Sus resultandos y considerandos, sus gerundios procesales, no son verdaderas premisas silogísticas. Y, desde luego, no se saca ni miel ni cera de ellos.

En cuanto a la mosca... ¡Ah! La mosca merecería no un capítulo, sino todo un tratado aparte. En mis *Recuerdos de niñez y de mocedad* he hablado de ella, porque a las moscas debo no pocas enseñanzas. Las moscas fueron en mi niñez uno de mis juguetes favoritos, un juguete vivo. ¡Y hay que ver a una mosca oculta entre las patitas de una ligerísima pajarita de papel, de un solo doblez, y hecha con un papelillo de fumar, pegadas sus alas a aquellas

patitas arrastrar el pequeño artefacto! A media luz y sobre un suelo oscuro es juego de grandísimo efecto, que sorprende y cautiva a los mayores, que no sospechan el artificio, y no engaña a los niños, que lo adivinan al punto. ¡Los recursos deportivos que se obtienen de una mosca! Desde luego, más que de una abeja. Porque la abeja, si da cera para hacer cirios, no se presta a ciertos entretenimientos. Es, sí, más poética que la mosca, pero menos estética y acaso menos retórica.

Bueno; pero no se crea el lector que me estoy sonriendo por dentro. Estoy revoloteando sin zumba, como una mosca.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 4, I, 1924.]

E T I M O L O G I A S

FILOSOFÍA ES FILOLOFÍA.

Decíamos ayer... Es la frase leyendaria que se atribuye a Fray Luis de León como dicha aquí, en Salamanca, al salir del calabozo inquisitorial. Pero ¿qué decíamos ayer? Porque la obra periódica de un escritor que se dirige con regularidad a un mismo público es una conversación seguida y que entraña una profunda unidad por diferentes que sean los asuntos de que trate. Si es que en realidad hay lo que se suele llamar asunto y que en una obra así es de mínima importancia. Porque el asunto es, en efecto, lo de menos.

"¡No tengo asuntos de qué tratar!" —exclama uno—, y lo que no tiene es espíritu. Pues en teniendo espíritu, o sea soplo, se sopla y la música surge en seguida. Y cada oyente le va poniendo su letra.

Hablar por no callar suele llamarse a esto. Pero hablar —*fabulare*— es lo más humano y lo más social que puede hacer el hombre, y hablando surge la idea, que es la suprema realidad. "En el principio fué el verbo", empieza diciendo el Evangelio según San Juan. El término helénico es *logos,* que solemos traducir por "verbo". Vocablo feo pero erudito o literario y por su empleo técnico en gramática; vocablo que no le gustaba al Benítez granadino de que os hablaba últimamente. Mejor será, pues, decir que en el principio fué la palabra.

Palabra. El vocablo palabra es de origen griego: deriva de *parábola*. En su forma más antigua —ya que quedamos en que no existe lo primitivo— significó rodeo en el tiro o disparo. *Paraballein,* en efecto, significa lanzar el proyectil soslayando el blanco y luego rodear, así como *hyperballein* pasar por encima del blanco, y luego *parábola* circunloquio o rodeo, e *hipérbola* exageración. Aparte de las dos curvas, dos secciones cónicas, así llamadas. Palabra es, pues, rodeo. Y un rodeo es la palabra. Porque a la íntima realidad, a la idea, a la esencia de las cosas no se puede ir de frente y por fuerza. Todo el que ha logrado coger algo real, lo cogió de sesgo, bordeándolo. De frente se estrella uno.

Del nombre "palabra" no tenemos nosotros verbo alguno. Le tienen los franceses, y es *parler*. *Parler* es *paroler*, o como si dijéramos "palabrar". Y de *parler* vino *parlement*, o sea Parlamento. En castellano habría sido "hablamiento" y es curioso que para nosotros "parlar" quiera decir hablar sin ton ni son, sin acierto ni concierto, y en francés para esto mismo empleen *hâbler*, Y es que a cada cual le parece que charla aquel a quien no entiende. Pero ¡las cosas que dice un parlanchín o charlatán! ¡Y hay cada charlatán mudo! ¿Charlatán mudo? Sí, por cierto. El *cine* nos lo ofrece a embuelzas. Toda aquella gesticulación no es más que charlatanería.

Cinema quiere decir movimiento, y en esta época cinemática —cinematográfica— que estamos atravesando —no rodeando— se nos habla de dinamismo confundiendo la *dynamis*, la fuerza, con el *cinema*, el movimiento. Y no es lo mismo. Porque las fuerzas mayores y más poderosas, las más fuertes, se mueven poco y hasta se están quietas. El movimiento, en cambio, suele ser una forma de charlatanería.

¡Una forma! He aquí el problema. Porque se dice

que el movimiento es la forma y la fuerza el fondo. Pero es sabido que el concepto de fuerza empezamos a elaborarlo por la sensación de esfuerzo que experimentamos al mover alguno de nuestros miembros o al resistir con él un movimiento ajeno. Cuando levanto con el brazo un peso tengo conciencia de un movimiento, y a esta conciencia la llamo fuerza. La fuerza es, pues, conciencia. Y donde no hay conciencia no hay, en rigor, fuerza; no hay más que movimiento. Y la íntima realidad de toda cosa —causa—, su entraña, es una conciencia. Y cuanta más conciencia más fuerza. Lo que no quiere decir más movimiento.

"Fué un período muy movido", se dice, y estos períodos así, muy movidos, suelen serlo de muy poca fuerza, de gran debilidad. Debilidad, a su vez, viene de "débil", y débil de "deber", y deber —de *dehibere*— es un derivado de "haber". Todo mercader sabe que el "debe" se opone al "haber". Y si "deber" es lo contrario de "haber", "débil" es lo contrario de "hábil" y "debilidad" lo contrario de "habilidad". Y hay debilidad donde no hay habilidad. Debilidad, que puede ser muy cinemática e ir acompañada de grande movimiento, así como la habilidad suele ser muy dinámica y acompañarse de gran fuerza y quietud. Que por algo se ha dicho que Dios es fuerte porque puede esperar, ya que dispone de la eternidad. Y los hombres fuertes por su parte, son los que no tienen prisa. El no tener prisa es el manadero más rico de energía.

¿Logomaquias? ¿Palabrería? Al fin y al cabo, a la postre y remate vence la palabra, que es la fuerza, porque es la ciencia. El movimiento pasa y la fuerza, la verdadera fuerza, queda. Y a la vez la palabra, la conciencia, la fuerza es la libertad. Y la libertad es la suprema autoridad —*auctoritas*—, la que nos aumenta. La conciencia se hace hablando.

El que no habla lo que hace no tiene conciencia de su acción. El que no se expresa podrá moverse, pero no obra.

[*Nuevo Mundo,* Madrid, 25, I, 1924.]

PALABRAS DE SANGRE AZUL

En su excelente *Historia del criticismo y del gusto literario en Europa desde los más antiguos textos hasta el presente,* escrita en inglés por el profesor George Saintsbury, que lo fué de Retórica y Literatura inglesa en la Universidad de Edimburgo, y en el volumen II, al tratar de aquel González de Salas que escribía hacia 1633, se para en lo que don Marcelino Menéndez y Pelayo decía de él, y era que su estilo de escribir era "la misma lobreguez y el mismo desconsuelo".

Y el criticista y crítico inglés al comentar el juicio de nuestro don Marcelino dice: "Es una cosa curiosa, pero que puede hallar en dondequiera paralelo, que el extranjero, que no sabe qué es lo que *tenía que* haber dicho el hombre para trasmitir su sentido propiamente, puede, en casi todas las lenguas, llegar a ese sentido más fácilmente que el nativo, que se ve apartado de él por excentricidad y barbarismo. Palabras, por ejemplo, como *lucífugas* y *parasangas,* que don Marcelino condena a especial reproche, son para un inglés, con su Virgilio y su Jenofonte en la cabeza, tal vez más fáciles de entender que algunas de las más castizas palabras del puro español."

Para lo que traduzco aquí por castizas emplea Saintsbury una expresión inglesa que no cabe traducir de otro modo. Dice: *of the bluest-blooded words*

of pure Spanish, o sea "palabras de la sangre más azul". Y la sangre azul en el lenguaje no puede ser más que su casticidad. Una palabra de sangre azul castellana, o aragonesa, o andaluza, o asturiana, o argentina, o mejicana, o colombiana, no es sino una palabra castiza en una de esas diferentes hablas de nuestro común lenguaje español. Y es evidente que una palabra no castiza puede ser mucho más clara no sólo para un extranjero sino hasta para un español.

El casticismo suele ser muchas veces motivo de oscuridad, y la oscuridad es motivo de muerte en un idioma. Del mismo modo las familias, los linajes, que se preocupan con exceso en mantener la pureza de la sangre, su casticidad, su *azulidad,* acaban por hacerse estériles y extinguirse. Sólo la sangre roja se propaga.

Yo que propendo, sin duda por mis estudios profesionales —llevo más de veinte años explicando la historia y evolución de la lengua española—, a emplear voces y locuciones castizas, populares, que difieren algo de la corriente e incolora lengua de los periódicos, he oído muchas veces a extranjeros, y sobre todo a los que han traducido obras mías a sus respectivos idiomas, que mi lengua les resulta una de las más difíciles de traducir. De tal modo que cuando escribo algo para que sea traducido suelo escribirlo en otra lengua más incolora, más periodística, más cosmopolita si se quiere, en una lengua que es más vestidura que carnadura.

Porque hay lengua que es vestido y hay lengua que es carne del pensamiento. El que escribe con lengua que llamaríamos indumentaria, de vestido, no puede mostrar desnudo su pensamiento, no puede desnudar su pensamiento al expresarlo por palabra o por escrito. Sólo desnuda su pensamiento el que lo encarna y no el que lo viste. Los sastres de la

literatura, los estilistas, jamás llegan a desnudarlo. Y acaso es mejor, pues tratan de encubrir su deformidad. Y estilista no quiere decir el que tiene estilo. Al contrario, suele llamarse estilista a los que no tienen estilo propio.

Ahora que la sangri-azulidad —permítaseme el vocablo— o la casticidad de un vocablo puede llegar a ser una afectación pedantesca, en la que entra de por mucho la moda. Hay temporadas en que se pone de moda una palabreja o una locución, sobre todo cuando un escritor la saca a flote o de un mamotreto antiguo o del fondo popular. Me acuerdo una temporada en que andaba de moda *pergeño*, y recientemente he observado que hay escritores que buscan la ocasión de decir que uno *se tocaba* la cabeza con gorra, boina o sombrero. Eso de "se tocaba" les hace mucha gracia.

El *lucífugas* de González Salas le ha de resultar a un inglés que sepa algo de latín más claro que cualquier otro vocablo, que no acierto a dar con cuál podría ser, con que nuestro humanista del siglo XVII lo hubiese sustituído. Y hasta hay frases a las veces que si las romanceamos del todo pierden su sentido. "Le tocó el estro y tomando el plectro tañó la cítara." Traduzcámoslo, teniendo en cuenta que *estro* es tábano, *plectro* es púa y *cítara* es guitarra, y nos quedará en que le picó el tábano y tomando la púa se puso a tocar la guitarra o la bandurria".

Hay textos que en rigor no se traducen. Tal aquel de que "las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella", ya que ni se trata del Infierno ni en castellano quiere decir nada prevalecer una puerta. Pero de esto otra vez.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 9, II, 1924.]

EL JUEGO DEL HOMBRE

Más de una vez hemos hecho alusión a lo interesante que resultaría un estudio de las palabras de nuestro idioma español que han pasado al uso, más o menos corriente, de otros idiomas europeos modernos. Entre ellas están *pronunciamiento, camarilla, guerrilla, junta, siesta,* etc., etc. Y al francés ha pasado nuestra palabra *hombre.* Que debe ser una de las palabras más nobles de toda lengua.

Hay, en efecto, en francés la palabra *hombre.* Hombre con *h,* por supuesto, y no *ombre* sin ella, porque *ombre* —en latín *umbra*— es sombra. Y aunque el hombre sea una sombra —"sueño de una sombra", le llamó Píndaro— *hombre* es en francés una cosa y *ombre* es otra. *Le jeu de l'hombre,* el juego del hombre, se le llama en francés al que nosotros llamamos el juego del tresillo, los italianos *tresetto* y los portugueses *voltereta.*

En español mismo se llama "el hombre" al jugador que en el tresillo dice: "¡juego!", señala palo y se compromete a hacer más bazas que cualquiera de sus contrarios. El *Diccionario de la Lengua Castellana por la Real Academia Española* —nótese que la Academia es española pero la lengua no es más que castellana—, en su palabra "Hombre" dice, entre otras cosas: "El que en ciertos juegos de naipes dice que entra y juega contra los demás. Juego de naipes entre varias personas con elección de palo

que sea triunfo. Hay varias especies de él." Quiere decir, ¡claro!, que hay varias especies de ese juego y no varias especies de hombres.

Véase, pues, cómo el hombre español ha entrado en el francés como un juego, si es que no como un jugador. Pero ahora se nos ha vuelto, aunque traducido, ya que de Francia nos ha venido esa canción canallesca que dice "¡Es mi hombre!" *C'est mon homme!* Y este hombre no es precisamente un jugador, sino algo peor.

"¡Juego!" O sea: "¡soy el hombre!" O si se quiere: "¡aquí el que talla soy yo!" Sabido es que en España decir de uno que es el que talla equivale a decir que es el hombre. Aunque a las veces se quede en *ombre,* sombra.

Y de paso no estará de más advertir que en el primitivo castellano, en el castellano medieval se escribía *omne* u *ombre* sin *h,* ya que esta *h* no sonaba. En aquel castellano, cuya ortografía era genuinamente fonética, no ponían *h* más que a aquellas palabras derivadas de latinas que empezaban con *f* y cuya *h* era un verdadero sonido, una aspirada así: *hazer, higo, harina, harto,* etc. Y cuando la *h* no sonaba no la escribían aunque su palabra antecesora latina la tuviese, como no la escriben los italianos, donde hombre es *uomo.*

Por otra parte no podía en nuestra lengua confundirse el hombre con su sombra, ya que ésta lleva la *s* inicial del prefijo latino *sub-* en español *so.* Y así *sombra* es *so-ombra* (*subumbra*) bajo la sombra, como *somonte* es bajo el monte y *socapa* bajo la capa. La sombra pura parece que les daba miedo a nuestros remotos abuelos, y eso que se les supone sombríos.

¡El hombre! El hombre es el que juega, es el que talla, es el que elige el palo que ha de ser triunfo. Y si le derrotan, su derrota es tanto más vergon-

zosa cuanto que fué él mismo quien eligió palo —oros, copas, espadas y bastos— y jugó con él. ¡Oros, copas, espadas y bastos! Acaso en esa cuaternidad —o cuarteto, si queréis— se encierra toda la filosofía práctica humana. Por lo menos la española.

Dos son los llamados palos cortos: espadas y bastos; y dos los llamados largos: oros y copas. Y hay la alianza entre ellos. Unas veces la espada se alía con la copa, otras con el oro. Ahora la estamos viendo aquí, en España, aliada con la copa. Pero también se alía con el basto! ¡El hombre y el juego! ¡El juego del hombre y el hombre del juego! Porque suele ocurrir que en el juego del hombre se convierta éste en el hombre del juego.

Es lástima que en español no podamos distinguir bien las dos acepciones de la terrible y equívoca voz juego. Porque juego es el de azar, el *game* inglés, y juego es el deporte, el *sport* inglés. Aunque también el deporte suele convertirse en juego de azar. ¿O es que un *match* de boxeo no suele convertirse en una ruleta? Y de aquí que a lo peor se llame deportista a un espectador de deporte o a uno que va a especular con las apuestas. Y ¡cuán lejos todo esto del noble juego que cantaba Schiller, el poeta de la libertad!

Ahora, y a propósito del juego del hombre quisiera hablaros de los ases y de los reyes —reyes de oros, copas, espadas y bastos, reyes de baraja—, pero esto nos enredaría en nuevas brañas que crecen a orillas del sendero. Dejemos, pues, a los reyes, que yo os prometo volver a ellos con más calma. Que nos esperen si pueden.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 23, II, 1924.]

S. V. Q.

Uno de los signos más curiosos de ciertas civilizaciones son esas frases o lemas corrientes que acaban por reducirse a unas cuantas iniciales que a las veces forman un vocablo. De ellos hemos tratado muchas veces. Es, por ejemplo, aquel S. P. Q. R., o sea *Senatus Populus que Romanus,* el Senado y el pueblo Romano. Es D. P. R., o sea "Dios, Patria y Rey", es, en francés, L. E. F. *Liberté, Egalité, Fraternité* —que nos gustaría más: "Libertad, Justicia, Humanidad"—; es el R. I. P. de las lápidas funerarias, es el I. N. R. I. de que hemos hecho una palabra. Y el que esto escribe recuerda la impresión que le hizo en París, durante la Exposición Universal de 1889, la frecuencia con que veía el S. V. P., o sea *s'il vous plait,* fórmula de una empalagosa y rutinaria *politesse* cortical. A tal punto que una cierta vendedora de sellos de correos se negó a poner uno en una carta que le presentamos porque al ir a pagárselo no añadimos *s'il vous plait.* Y es que a un español no le cabe en la cabeza que se le diga a un comerciante que está a vender su género que nos lo venda "si gusta". Suponemos que le gustará venderlo y recibir el precio que por él le demos. Llegó a darme náuseas aquel S. V. P.

Sería curioso un estudio de todos esos signos concentrados en iniciales, de los efectos que han producido y de las confusiones a que han dado lugar. Por

algunos se ha creído que el pez que se encuentra, como símbolo o jeroglífico, en algunos laudes de las catacumbas cristianas, responde a que con las iniciales de la frase griega "Jesús Cristo Hijo de Dios, Salvador", se forma una voz que quiere decir pez. Aunque acaso sea más bien que el pescado es el alimento de los cuerpos gloriosos o resucitados, como el pan lo es de los vivientes en la tierra, según se lee en el Evangelio según San Juan, versillo 13 del capítulo XXI. Y en el versillo 43 del capítulo XXIV del Evangelio según San Lucas se nos dice que el Señor comió, después de resucitado, parte de un pez asado y un panal de miel.

Otros signos de esos hay que tienen su interesante historia. La epigrafía está llena de ellos. Y hasta el formulario epistolar. Tal aquel divertidísimo S. S. S. Q. B. S. M. "Su seguro servidor que besa sus manos" o, según los puristas, S. S. S. Q. L. B. L. M. "Su seguro servidor que le besa las manos" con que cerraban nuestros padres sus cartas y que ya va cayendo en desuso, o el A. L. R. P. D. V. M. "a los reales pies de Vuestra Majestad", o el Q. D. D. G. "que de Dios goce", u otros por el estilo. Que si muchas veces son cosa muerta y hasta podrida, otras, en cambio, son algo vivo y recatado y pudoroso.

Hay una de estas fórmulas en la epigrafía funeraria latina de una ternura emocionante. Es ésta: S. V. Q., que se interpreta así: *Sine ulla querella*, o sea "sin disputa alguna". Se encuentra sobre la tumba de algún matrimonio, marido y mujer, que vivieron juntos, alguna vez más de cuarenta años, como se dice en una de ellas. S. V. Q. *Sine ulla querella*, sin disputa alguna, sin una sola disensión doméstica.

En un cementerio de una de nuestras ciudades castellanas hemos visto una tumba, la de un novelista muy favorecido del público y del dinero del

público hace ya años, y en ella unas líneas que le dedicaba su viuda, poetisa por su parte y colaboradora en la novelación de su marido, que acababan diciéndole: "¡aguárdame; voy pronto!" Y tardó más de treinta años en ir a unirse con él, treinta años que se pasó en un convento, de monjas salesas, haciendo alguna vez versos religiosos, rogando a Dios por su difunto marido y gozándose en esperar la hora en que iría a juntarse con él.

Figurémonos que al morir uno de los cónyuges, el otro, el sobreviviente, le hiciese poner la lápida funeraria no con el "¡aguárdame!" sino con un S. D. A., "sin disputa alguna" —que sería la versión española del S. V. Q. latino—, luego, al ir a visitar la última morada del cónyuge difunto, clavara sus ojos en el S. D. A. ¡Qué de recuerdos se le agolparían! O ¿quién sabe si alguna vez iría a susurrar allí, entre oraciones, aquella disputa que uno y otra estuvieron conteniendo durante toda su vida de unión?

¡S. V. Q.! *Sine ulla querella!* ¡S. D. A.! ¡Sin disputa alguna! ¿Es siempre el signo de una perfecta concordia? Cónyuge quiere decir compañero de yugo; son cónyuges dos bueyes, que bajo sendas camellas que hacen un solo yugo, aran juntos, y juntos abren un surco en la tierra sobre el que el labrador esparce la semilla. Pero a nadie se le ocurre llamar a la pareja de bueyes que tiran de un mismo arado una pareja, en el sentido en que a una de toro y vaca. Los bueyes cónyuges aran el surco sin disputa alguna, pero en la otra pareja, ¿no hay disputa ninguna? En nuestra epigrafía funeraria, en nuestra epitafia, no se encuentra nada que responda al S. V. Q. latino. Es que los antiguos matrimonios romanos debían de ser de otra frasca.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 22, III, 1924.]

YA SE CONSABE QUE...

Como decíamos hace poco...

"Bien —podrá decir un lector inquisitivo y no inquisitorial, que es muy otra cosa, al leer este comienzo—, bien; ¿por qué decíamos y no decía? ¿Por qué nos ha de hablar usted en primera persona de plural, en nosotros, y no en primera de singular, en yo? ¿Por qué ese que los gramáticos llaman plural de majestad?"

Pues bien, lector; no es por arrogancia o sentimiento de propia majestad, no. Majestad quiere decir popiamente mayoridad, y es la cualidad de ser uno mayor respecto a otro u otros. Y no es por presunción de mayoridad por lo que, a modo episcopal, empleo ese nosotros. Es por asociarte, lector, es por asociaros, lectores, conmigo, y por evitar el que llaman yo satánico, el empleo, dicen que molesto, de la primera persona.

Y ante todo, ¿por qué primera? ¿Y por qué satánico? ¡Pobre yo! ("¡Pobre yo!" no es lo mismo que: "¡pobre de mí!") Es que si el tuteo parece demasiado familiar y acabaremos por dejarlo relegado, como los ingleses, al trato con Dios: "Padre nuestro, que estás...", el *yomeo* supone también un exceso de familiaridad, el que uno hable de sí mismo con excesiva familiaridad. Y eso del *yomeo* y

yomear son palabras que inventaremos a semejanza del tuteo y tutear (1).

No uso del nosotros cuando quiero enunciar algo en que os supongo, lectores, de acuerdo conmigo, reservando el yo para cuando enuncie alguna proposición herética o paradójica. Los principios de sentido propio los expresaré en primera persona de singular y los principios de sentido común... no en persona nosotros, no, porque no quiero asociaros ni asociarme con vosotros a ello, sino con un impersonal *se,* así: "se dice...", "se asegura..." Porque el sentido común no es de cada uno de nosotros, de vosotros ni de mí, sino que no es de nadie, es común, es mostrenco. Cada uno de vosotros, lectores, tiene su sentido propio, pues si no lo tuvierais, si no tuvierais más que sentido común o mostrenco no me leeríais a mí. O mejor, no nos leeríais. Porque estas nuestras divagaciones son pequeños monólogos colectivos.

Y si el *tú* tiende a desaparecer, en otras partes el vosotros. En Andalucía, un padre que tutea a cada uno de sus hijos, cuando se dirige a dos o más de ellos les llama "ustedes" y no "vosotros", costumbre que aquí choca. Por otra parte, el empleo de *vos* —"vos sos", que se dice en esta provincia de Salamanca lo mismo que en la Argentina— en vez de *tú,* ha hecho que haya habido que sustituir el vosotros.

El "nos", llamado de majestad, nació en el estilo cancilleresco del Imperio Romano; el Emperador era "Nos" y decía: "Nos place..." Y de ahí que se dirigieran luego a él en "vos". Pero acaso más que por arrogancia, por sentimiento de mayoría, por estimar que el Emperador, cabeza suprema de la Re-

[1] En efecto, años después las emplearía en algún poema de su *Cancionero.* Véase el señalado con el núm. 19. (N. del E.)

pública —pues el Imperio Romano siguió llamándose República—, hablaba en nombre del pueblo, de la mayoría, o más bien, de la totalidad de los ciudadanos.

Del "vos" y del "vuestro" de reverencia han procedido, como se sabe —y como sabemos—, el "usted" por "vuestra merced" y el "usía" —¡qué feo!— y otros tratamientos así.

Conozco un "nuestro" de cariño e interés, que se usa mucho en mi nativa tierra vasca. El "nuestro" en vascuence o eusquera —no *eúskaro*—, *gúreá,* dice una mujer cuando habla de su marido, o el ama de un cura cuando habla de éste. El "nuestro", sobre todo cuando el matrimonio lleva años y tiene hijos, cuando hay familia, es como le llama la mujer, la *echecondría,* al cabeza y sostén de la familia.

¿No se han fijado ustedes, lectores, en cómo cuando el celebrante de la misa se vuelve al público —ni digo auditorio, porque los que se dice que van a oír misa no la oyen, sino que la ven—, antes de empezar a leer o recitar una oración, dice: *oremus?* Pues un plural así, de mayoría y no de mayoridad, de asociación y no de arrogancia, es el que empleo cuando digo que decimos o que sabemos o que dudamos o que esperamos o que tememos. Es que supongo que en esos casos mis lectores dicen, saben, dudan, esperan o temen conmigo.

¿Mis lectores?, y, ¿por qué no "nuestros lectores"? Porque, lectores míos, en esto que es de todos y cada uno de nosotros, y no sólo mostrenco, os leéis a vosotros mismos. Y acaso exclaméis al leerlo: "si es lo que yo me decía...", y lo que uno se dice juntamente con otros es lo consabido, lo que se sabe en común, lo que se consabe. Mostrenco muchas veces.

Y ¿por qué, lectores nuestros, no ponemos en pie, o mejor, en curso, ese verbo *consaber* relega-

do al participio *consabido?* Si decimos: según la consabida definición", ¿por qué no hemos de decir: "según se consabe"? Sería una bonita restitución.

Ya se consabe que todas estas nuestras exploraciones lingüísticas tienen por fin inmediato pasar el rato, o matarlo, pero si matándolo así vivificamos o resucitamos algo, nada habremos perdido.

[*Caras y Caretas,* Buenos Aires, 29, III, 1924.]

EL ZARAGOZANO

Tengo aquí, en la mano y a la vista, el pequeño Calendario o Almanaque del Zaragozano, para este año de 1924. El *Zaragozano* —que con este nombre se le conoce— es popularísimo en toda España, es una institución meteorológica. Reza así su portada: *El Firmamento, primera edición, doble Calendario Zaragozano para el año bisiesto de 1924, arreglado para toda España por don Mariano del Castillo y Ocsiero.* En el espacio que represento por el blanco ese viene un retrato, muy tosco, de don Mariano y a ambos lados de él, en líneas verticales, dice: "Fijarse bien en los dos apellidos del autor, porque el retrato lo imitan otros para engañar."

El retrato lo imitan, pero el Zaragozano mismo es inimitable. Y es un recuerdo de nuestra vida toda. Dudo que haya en España figura más popular que la del Zaragozano del Calendario. En España y hasta en Portugal.

A raíz de la muerte del gran lírico portugués —y uno de los más grandes de la Europa toda en el siglo XIX— João de Deus, paseábanse dos profesores, uno español y otro portugués, en un botecito por el encantador Mondego, de Coimbra. Hablaban del recién muerto, del egregio poeta, y como el portugués dijese que había sido un gran poeta popular, el español le replicó que no hay poetas verdaderamente populares, que el pueblo no conoce a los

poetas y que el barquero que les llevaba ignoraría, de seguro, quién fué João de Deus. Dirigiéronse entonces al barquero, preguntándole por él, y replicó: "¿João de Deus? ¡João de Deus? Não o conheço", es decir, "no, no le conozco". Y como le preguntasen qué poeta conocía, contestó: "¿Poeta? ¡O Zaragozano!" Y es que entre el pueblo de los campos en Portugal, como en esta región de España en que vivo, *poeta* quiere decir *calendariero,* el que hace calendarios o "juicios del año". Juicios del tiempo que ha de hacer en sus diversas estaciones; juicios que solían hacerse en verso.

Los juicios que en el Zaragozano de hoy aparecen en cada cuarto de luna no están en verso, sino en una prosa muy concisa y esquemática, pero no por eso dejan de ser, a su manera, poéticos. Desde luego, por lo fantásticamente aproximativo de los pronósticos.

Lo miro hoy, 11 de febrero, y para este cuarto de luna, el que ha venido desde el día 6 y termina mañana, 12, leo esto: "*Nueva en Acuario, a la 1 y 38 m. de la madrugada.* Tiempo claro y frío, por varios días, con vientos flojos y variables y escarchas; después volverán a moverse con violencia los vientos del N. O., empeorando el temporal con su destemple y sequedad, que en nada favorecerá los campos, deseosos ya de vivir." Esto de que los campos están ya deseosos de vivir en esta primera mitad de febrero, es algo de seguro efecto. "¡Lo que sabe este hombre!", se dirán las buenas personas que todos los años descubren por sí solas, sin ayuda de nadie, que en noviembre van ya acortando los días y alargando las noches —ahí, en ese hemisferio austral, a la inversa—, y que a primeros de año alargan ya los días y se acortan las noches, aquí, entre nosotros.

El que el Zaragozano llama "juicio universal me-

teorológico-astronómico para el año de 1924" —o el que fuere—, es algo muy divertido. El de este año dice en sus dos primeros meses: "Enero. Será anubarrado y revuelto; lluvioso, pero no en demasía. aunque sí con frecuencia y de frío intenso." "Febrero. Temporales de invierno riguroso, con frecuentes borrascas y nada propicio al renacimiento y prosperidad de los campos, ni bueno tampoco para la salud." Y como el juicio es universal, o sea valedero si no para todo el universo, ni siquiera para la llamada zona templada de su hemisferio septentrional o boreal, para toda España, no sólo para Zaragoza, y como en España se dan todos los climas, no hay manera de equivocarse. Habiendo, además frases de una encantadora embigüedad, como esa de "lluvioso, pero no en demasía". En este mismo año y para el cuarto de luna que irá del 18 al 25 de junio dice que descargando abundantes chubascos refrescarán la atmósfera y "dejarán un tiempo algo extraño para esta época". Esto de un tiempo "algo extraño para esta época", es un hallazgo.

En la segunda cubierta del Calendario se le llama a don Mariano del Castillo y Ocsiero, el Zaragozano, "célebre astrónomo y único observador". Entre esos astrónomos de campanillas, los de los grandes telescopios, los que saben cálculo diferencial e integral, estudian las nebulosas, las estrellas dobles, las manchas del sol o los canales de Marte o el peso de la luz, entre esos ni será conocido el nombre del Zaragozano. Pero en cambio le conocía el barquero de Coimbra.

Por lo demás, ese librillo nos acompaña durante todo el año. A él acudimos a ver en qué días caen Carnavales y Semana Santa, y cuándo hay dos o más días de vacaciones. El calendario americano, el de pared, aquel cuyas hojas se van arrancando día

a día, no puede sustituirle. El Zaragozano nos da la impresión de la permanencia en el tiempo, de la eternidad; nos presenta a la vez pasado, presente y porvenir. Decididamente, el Zaragozano era un poeta.

[*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 19, VII, 1924.]



IX

AFORISMOS Y DEFINICIONES

(1923)



Se publicó esta serie de artículos, salvo los dos últimos, en "Los Lunes de El Imparcial", de Madrid, en las fechas que más adelante se indican.

I

Hay dos clases de tontos: los tontos que repiten las tonterías corrientes y ajenas, o tontos de repetición, y los tontos que inventan tonterías nuevas, o tontos de iniciación. Pero el que inventa tonterías verdaderamente nuevas no es ya tonto, sino un genio, pues llamamos genio, sobre todo en filosofía, al que inventa tonterías verdaderamente nuevas, al tonto original u originario. En el orden moral, al tonto de repetición se le llama hipócrita, y al de iniciación, cínico. La santidad es una enfermedad de la hipocresía, y la criminalidad, una enfermedad del cinismo.

Objeción: "No parece que haya tonterías ajenas, porque todas las tonterías son propias del tonto." A lo que respondo que no; que el tonto, como el comunista de hecho —no de doctrina—, no tiene nada propio, carece de propiedad. La propiedad es de todos, no es de ninguno. Se dijo que la propiedad es un robo, como se pudo decir que el robo es una propiedad. La originalidad, o sea la propiedad mental, es un robo, un plagio, y el plagio es una originalidad. El plagio es una segunda originalidad, y la originalidad es un primer plagio. Y esto es un plagio original del procedimiento dialéctico de Pascal, que decía que,

pues el hábito es una segunda naturaleza, la naturaleza es un primer hábito. Que es como decir que, pues se pierde mucho tiempo en recorrer espacio, se pierde mucho espacio en pasar el tiempo.

El sentido común no es de nadie, no es propiedad de nadie; es mostrenco y resiste a monopolios. Un idiota —un particular, que no ha llegado a general— es uno que no tiene más que sentido común, o sea que carece de sentido propio. Y hay idiotas profundos, o sea geniales, como aquel de quien decía Zuloaga: "¡Qué filósofo! ¡No dice nada...!" El idiota profundo es el que renuncia a todo sentido, ni propio ni común; es héroe y mártir.

El sentido común opera con lugares comunes, colocándolos y clasificándolos en unas cajitas, Lo opuesto a un lugar común es una paradoja, o sea un lugar común de mañana. Los tontos de iniciación malabarizan con paradojas, lanzándolas por el aire, hasta que los tontos de repetición las metan en sus cajitas y allí las ordenen y etiqueten y numeren.

Después de muertos, todos somos iguales, o sea igualmente cadáveres. Y por eso dijo Salomón que lo mismo le irá al sabio que al necio. (*Eclesiastés*, II, 14.) Y se muere uno intelectualmente. Y se mueren las ideas. Y hay cadáveres de ideas —en sus cajitas—, o sea lugares comunes. Y no hay comunidad como la de la muerte. Por lo que los comunistas, los de verdad, se dedican a matar.

Nada más propio de un tonto de repetición que dedicarse a la filosofía de la historia, a la sociología, o sea el arte de profetizar lo pasado. Pero para profetizar lo venidero hace falta originalidad. Así era un tonto de iniciación, original, el que dijo: "Yo, si no me muero antes de otra cosa, me moriré de angina de pecho". Y a propósito de ésta, los médicos la dividen en verdadera y falsa: verdadera es aquella de que se muere, y la falsa aquella con que se vive

—como sucede con la fe y con todo—. Es como en la moneda: verdadera, la que pasa, y falsa, la que no pasa. Y para hacerla pasar basta con hacer creer que pasará. Pues se llama crédito a hacer creer a cada uno que cada otro cree que creen los demás que uno, el acreditado, tiene con qué responder, aunque todos ellos sepan que no hay tal. El crédito político, verbigracia, es el que hace los monstruos, como don Antonio Cánovas del Castillo, o las "máximas autoridades", como don Antonio Maura.

Así, si yo tengo crédito de original, de tonto de iniciación, cuando repita lo que le oí a Pérez García, dirán: "¡Qué cosas se le ocurren a este don Miguel!..."; y cuando le oigan a Pérez García alguna tontería verdaderamente original, exclamarán: "¿Dónde la habrá leído...?" Porque todos los tontos creemos saber que hay un Diccionario Enciclopédico de todas las tonterías pensables, y hasta impensables, que Adán redactó luego que les puso nombre a todos los animales, según se nos dice en el *Génesis,* II, 19-20, y antes de que se le sacase a Eva de una costilla.

Y ese Diccionario es la verdadera "Biblia de la Humanidad", Biblia no escrita, sino grabada, antes de nacer, en las mentes de todos. Y toda la experiencia de la vida se contrae a leer en esa Biblia para tener luego que olvidarla.

El arte de ayudar a la memoria se llama de apodo mnemotecnia —nombre de pila, gula-lujuria o concupiscencia—, y el de ayudar al olvido, pedagogía. Otros le dicen "disciplina". Pedagogo es el que enseña a enseñar a los niños a que se le olviden de que están viviendo, es decir, de que van a morirse. Maestro es otra cosa. Y demagogo es el pedagogo de los pueblos: otros niños.

Y a todo esto, ¿para qué pensar? Pensar es rumiar; pensamiento es pienso. ¡Gran pensador aquel capi-

tán italiano de quien Goethe se despidió en Perusa el 25 de octubre de 1786, según nos lo cuenta en su *Viaje por Italia!*, que le dijo al olímpico Proteo germánico: "¡Qué piensa! El hombre no debe pensar jamás; pensando se envejece. No debe el hombre pararse en una sola cosa, porque entonces se vuelve loco; hay que tener mil cosas, una confusión, en la cabeza". Y Goethe envejeció —¿envejeció?, ¿tuvo edad nunca?— pensando hasta los ochenta y tres años en que rindió al regazo de la tierra madre su seso, y a los ochenta y dos años acababa la segunda parte del *Fausto*, cuando tenía ya mil cosas, un enjambre de recuerdos zumbadores, pero sin miel, una confusión en la cabeza. Y Jorge Meredith, el poeta aforístico, escribía a sus ochenta años una poesía que vuelta de su medida inglesa a mi desmedida española, dice: "Fuí en un tiempo parte de la música que oía en las ramas o dulce entre tierra y cielo; por el goce del batir de alas en lo alto saltaba mi corazón al pecho del ave. La oigo ahora y la veo volar, y de nuevo se siente sacudida una arrugada vida y se sentirá por mero amor hasta el último sollozo".

Este Meredith, para remedio de definidores, le hizo decir a su Alvan en "Los comediantes trágicos" que la metáfora no debe parecerse al tratado sobre la Naturaleza del metafísico, "una antorcha para ver la salida del sol". Que así suelen ser las definiciones y así suelen ser los aforismos. Excepto para los tontos de repetición, que nunca ven el sol, ni aun salido.

La más sublime filosofía de los tontos, sean de repetición o sean de iniciación, es la que suelen llamar optimismo o pesimismo, que son ambos a dos motes, del todo convertibles entre sí, se la cree conocer. No sirve, pues, decir que unos tontos son optimistas y otros son pesimistas —cara o cruz—, porque optimismo y pesimismo son los dos sobrehaces de un cristal a través del cual se mira el mundo. Ni lo de

"todo es según el color..., etc.", de nuestro Campoamor, otro aforizante en rima, y a las veces en ripio. La salud para el sano no es la misma que para el enfermo, pues para éste es una paradoja, y para aquél un lugar común. O a la inversa, que no estoy muy seguro de ello. Ni de ello ni de nada, ni de que no estoy seguro. Como no lo está nadie de que la tierra se mueve y nos arrastra consigo. Pero estoy seguro de que a los idiotas —véase arriba la definición o aforismo del idiota— les parecerá todo esto un colmo.

1.° de abril de 1923.

II

Esto va para todos nuestros lectores, claro es, pero sobre todo para aquel que hizo como que se escandalizaba de nuestro aforismo de que la santidad es una enfermedad de la hipocresía, y que se le llama hipócrita al tonto de repetición, en el orden moral. Y vamos primero con la hipocresía.

Procedamos, a nuestra manera, etimológicamente. Hipócrita quiso decir, en un principio, actor o comediante. Hipócrita es el que representa un papel. Sólo que hoy no se le llama así más que a quien se cree que lo representa sin sentirlo. A pesar de lo cual, hay hipócritas que sienten profundamente el papel que representan y que quisieran ser lo que fingen ser. Y como, por otra parte, persona significó la careta de escena, la máscara trágica o cómica y luego el personaje representado, he aquí que la hipocresía y la personalidad son hermanas mellizas, si es que no son una sola y misma cosa.

Arturo Schopenhauer en sus "Aforismos para la sabiduría de la vida", distingue entre lo que uno es,

lo que uno tiene y lo que representa. "Lo que uno es —dice—, o sea la personalidad en el más amplio sentido". Y luego: "Lo que uno representa: bajo esta expresión se entiende, como es sabido, lo que es en la representación de los otros, o sea propiamente como se lo representan los otros." Pero aquí hay, sin duda, una contradicción íntima, cual es la de que la personalidad, lo que se es, no es sino una representación: uno se es lo que los demás se le representan.

Y aquí conviene detenernos en esto de "uno se es".

En español las expresiones "se es bueno" y "uno es bueno" son sinónimas, pues tanto el *se* como el *uno* los empleamos con el valor del francés *on,* en catalán *hom*, o sea "hombre". Pero conviene introducir una diferencia entre *ser* y *serse*. Cuando en el soneto de Cervantes, del diálogo entre Babieca y Rocinante, dice éste que "asno se es de la cuna a la mortaja", queremos ver aquí algo más que la necesidad de redondear el endecasílabo. Otra vez dice Sancho: "... Yo de mío me soy pacífico..." Ser no es lo mismo que *serse*. Un animal, aunque sea humano, es; una persona, se es. Serse es propio de la personalidad. Y el asno del que hablaba Rocinante, el asno enamorado, así como el que ultraja a su amor, tiene personalidad, se es.

Serse es ser para sí, y ser para sí es ser para los otros. El que no es en él otros y para los otros, el que carece de representación, no se es, y no es para sí, carece de personalidad. Y cuando se mira al espejo no se ve. Es decir, no se mira.

El animal que uno es no pasa de ser; la persona que uno es, se es. Y esta persona es el hombre histórico, el que hace su papel en su tablado, en su mundillo, el que representa el actor, el hipócrita. Y he aquí por qué los hombres, cuando son algo más que animales, codician alguna representación. Siquiera la

de mayordomo de cofradía o de concejal para lucirse en la procesión.

¿Quién se es uno? El que representa, el que es para los otros. Si las representaciones que de mí —pongo por caso, de persona o de actor, o sea hipócrita— tienen A, B, C, D, E, etc., se fundieran en una representación compuesta —a la manera de las fotografías compuestas de Galton—, esa representación compuesta y colectiva, con su nimbo de contradicciones, sería más el yo que me soy que no el que me figuro ser; sería mi yo histórico, mi personalidad extrínseca, el papel que represento en nuestro mundillo. ¿Que eso daría la leyenda que de mí se han forjado los demás? Pero ¿es que no tengo mi leyenda de mí mismo, mi autoleyenda?

Hay, es cierto, el que uno cree ser y el que quiere ser; pero hay el que los otros creen que es y el que quieren que sea. Y éste que es su papel, se le impone. Los papeles nos los distribuyen los demás. Y el deber de cada uno es representar lo mejor posible el que le tocó en el reparto.

La sociedad humana no es más que una compañía dramática —unas veces de verso, otras de prosa, otras de zarzuela y a las veces de ópera—, y el ser social no es sino ser hipócrita. Y hay que seguir representando hasta que, de puro sabido, se olvida uno de su papel. En la vida pública, civil o histórica, única en que actúa la personalidad —pues en la privada no actúa sino la animalidad o la individualidad—, ¡cuántas veces no tiene uno que seguir defendiendo una causa luego que perdió la fe en ella!

Y uno de los papeles que se representa en el mundo es el de santo. La santidad no sale fuera del escenario. Más aún, es la suprema exaltación de la personalidad, o sea de la representación. Lo de ahogar el yo satánico —satánico, ¿por qué?— es la suprema

afirmación de la personalidad. El santo se es santo, representa la santidad.

Eso de que se pueda ser santo sin saberlo es cosa que se le ocurre a un poeta como Guerra Junqueiro, quien nos dice del pastor de *Os simples* que realizó en el mundo la perfección del alma

> "porque foi bondoso como a lua é calma
> porque foi um santo sem saber que o era!..."
>
> ["O pastor", estrofa 32.]

pero no hay que fiarse mucho de los santos que aparecen siéndolo sin saber que lo eran. La de la santidad es una carrera o profesión como otra, y de las dos clases principales de santos, los iniciales y los convertidos, los unos, ya desde que nacen, no maman los viernes y cierran los ojos al mamar para no ver la teta de la nodriza, y los otros, los conversos, se dedican a pecadores para convertirse luego y llorar sus pecados. Y eso de que se crean unos grandes pecadores entra también en su papel, sin que ello quiera decir que no tengan conciencia de su santidad. ¿Hipocresía? Según se tome esta palabra.

San Iñigo de Loyola, santo converso, en la famosa carta que desde Roma dirigió el 26 de marzo de 1553 a los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús de Portugal y en que hace la distinción aforística de los tres grados de obediencia: de ejecución, de voluntad y de entendimiento, trae a cuento lo que refiere Casiano del abad Juan, "que no miraba si lo que le era mandado era útil o inútil, como en regar un año un palo seco con tanto trabajo". Pero es que el abad Juan representaba, por ejemplaridad, la obediencia; su papel era el de obedecer, y aunque sabía muy bien que el palo seco que se le mandaba regar no había de retoñar, ni dar hoja, ni flor, ni menos fruto, lo regaba, por hacer su papel de obediente o inferior, así

como el que le mandaba regarlo se lo mandaba sabiendo también la inutilidad del efecto, por hacer su papel de mandante o superior. Era el juego o deporte de la obediencia, o, si se quiere, de la humildad. Y en esto consiste la obediencia de entendimiento, reduciéndose todo ello a jugar limpio.

Aquí pueden hacer los fariseos como que se escandalizan y estarán en su papel. Porque esta tragicomedia de la historia es una pieza en que cada persona lleva su máscara. Y si se la quita, lo que queda es el animal y nada más que el animal, el individuo. Y si en la representación y como parte de ella le veis a un actor, a un hipócrita, a una persona, quitarse la careta, es que lleva otra debajo. La cara no se le cae a uno más que de vergüenza. Pero un descarado lleva careta.

En la carta que Renán dirigió a Strauss el 15 de noviembre de 1871, le decía que "este universo es un espectáculo que un dios se da a sí mismo", y añadía: "Sirvamos las intenciones del gran Corego, contribuyendo a hacer el espectáculo tan brillante y tan variado como sea posible."

Nos queda hacer la aplicación de estos aforismos y de estas definiciones a los personajes políticos, a los representantes del pueblo civil, a los actores de la historia política, que es la historia por excelencia.

Pero esta aplicación la hará, en su papel, el lector. Nosotros tratamos aquí de la actualidad permanente o aforística.

15 de abril de 1923.

III

Nos proponíamos volver al comento del pasaje schopenhaueriano de la diferencia que media entre lo que se es y lo que se representa: *was Einer ist* y *was Einer vorstellt*. Y recordando aquella doctrina del mismo Schopenhauer, de que el mundo es voluntad y es representación *(Vorstellung)*, o sea que el mundo quiere y el mundo se representa, íbamos a pasar a nuestra doctrina —nos permitimos tenerla y representarla— de que lo fundamental, lo esencial, lo íntimo y, por lo tanto, lo duradero de cada uno, es lo que quiere ser y no lo que es. Mas como esto lo hemos desarrollado en el prólogo a nuestras *Tres novelas ejemplares y un prólogo,* hubimos de abandonarlo, pues no es cosa de que nuestros ensayos en hojas periódicas empezcan a la difusión de nuestros escritos, agavillados en tomos de tomo y lomo, por pequeños que el tomo y el lomo sean.

Nos proponíamos así cuando he aquí que se nos ocurre que, como razón de método, debimos haber empezado por definir qué sean la definición y el aforismo. ¿Pero es que la definición se deja definir? ¿Puede definirse algo sin haber definido la definición antes? Y así entramos en lo infinito, que es lo indefinido.

Empezamos entonces a darle vueltas a cierto curioso experimento pedagógico de un maestro que no conocía, ¡claro!, los métodos de las escuelas del Ave María, que el doctor Manjón fundó en Granada, y el cual maestro, poniendo un papel de borde recto sobre fondo negro preguntaba a sus alumnos —sus cuines pedagógicos— si la línea de separación era blanca o negra, o blanca por un lado o negra por el otro, o qué otro color tenía, o si no tenía color. Que

es muy distinto, como se ve, que ponerse unos chicos en fila y decir: esto es una recta o cosa por el estilo.

Y cuando estábamos en esto se nos llegó un sujeto de esos que desbordan de sentido común, de los que no quitan los labios del piezgo del jarro de la tradición castiza, y nos dijo, algo ceñudo y enfurruñado, que todo esto no era más que humorismo, y que el humor ni es sano, ni es razonable, ni es castizo. Y empezó a espetarnos una de andróminas inacabable sobre el humor, y la ironía, y la sátira, y el gracejo... y ¡qué sé yo! Y, por no ser menos, le hablamos de la guasa, y de la socarronería, y del camelo, y de la tomadura de pelo, y del sarcasmo, que es algo más que despellejamiento, pues que es descarnamiento, y como vimos que al sujeto se le alteraban los humores y nos echaba en cara el que buscábamos liarle, quisimos someterle a una enquisa socrática, entablando con él un diálogo. Y se nos escurrió con no recordamos qué, acerca de Cervantes, cuando se receló de que queríamos escamarle los ojos.

Fuése el castizo y, al quedarnos con nuestra conciencia a solas, volvimos a pensar en el método aforístico o definitivo, y pensamos si nos convendría someter el concepto del humorismo a semejante método. Y pronto se nos ocurrió que con la definición, que es un análisis, aplicándola a compuesto tan orgánico y complicado como el humor estético, se corría el riesgo de que con la definición misma destruyéramos el *definiendo* —lo que había de definir— y obtuviéramos un producto de su descomposición, un subproducto.

"Prefiero sentir la compunción a saber su definición" —decía el autor del libro a que se llama *Imitación de Cristo* (lib. I, cap. I, 3), y es preferible tener humor a saber definirlo. Y ¿será capaz de definirlo el que no lo tenga? Escasamente. Mas, por otra parte, más costoso ha de serle definirlo al que lo ten-

ga. Porque lo ha de definir humorísticamente, lo que equivale a indefinirlo. Y esto sí que entra en la doctrina de la relatividad, a la que están oscureciendo con simbolismos algorítmicos y matemáticos. Acabará por confesar Einstein que su doctrina se demuestra mejor con el violín que no con el encerado, y que fundamentalmente es música celestial. Y en vez de llamarle a Dios, como dicen que hacen los francmasones, el gran Arquitecto del Universo, hay que llamarle, como insinuaba Renan, el Gran Maestro Concertista o Director de Orquesta del Universo. Lo que es ponerle en una posición estética más que ética. Y en el fondo, en una posición humorística.

Dios es para Kant un postulado de la razón práctica; pero ¿por qué no de la razón, o mejor, del sentimiento estético? El y afamoso deán Inge —William Ralph Inge, C. V. O., D. D., F. B. A. (se trata de un inglés), deán de la catedral (anglicana, ¡claro!) de San Pablo, de Londres—, en uno de sus ensayos de franqueza" *(Outspoken Essays)* el que llama *Confessio fidei* o confesión de fe —hay que suponer que nuestros bachilleres no saben latín—, nos dice así: "No hay prueba de la teoría de que Dios sea un Ser meramente moral, y lo que observamos de sus leyes y operaciones aquí indica fuertemente que no lo es. Si suponemos que Sus intereses están igualmente divididos entre los aspectos moral, intelectual y estético de Su creación, de modo que goza de todas las maravillas que la ciencia estudia y de todas las bellezas que el arte imita no menos que de la santidad de un santo o de la abnegación de un héroe, entonces mucho de aquello en que el mero moralista encuentra un escándalo en el gobierno del mundo, recibe una explicación satisfactoria. Jamás he comprendido por qué ha de considerarse derogatorio para el Creador el suponer que tiene sentido del humor. La falta de este sentido se considera un defecto en la naturaleza

humana, y algunos de nosotros pensaríamos que el cielo sería muy aburrido sin él. El mundo está lleno de absurdos, que a un Ser superior pueden procurarle diversión. Varios animales son ridículos, aunque haya pocos realmente feos, y varios de los raros de nuestra propia especie han de parecer exquisitamente ridículos a quien los observe desde fuera. A menudo, sin pensarlo, nos representamos a Dios como un agric puritano. Sería más fácil justificar Sus procederes para con el hombre representándonoslo más genialmente."

En apoyo de esta humorística tesis del deán de la catedral anglicana de San Pablo, de Londres, empezamos a recoger de las Sagradas Escrituras rasgos de humorismo de Jehová —nos gusta este viejo nombre, aunque se vaya desacreditando—, pues aunque los truenos que sonaban sobre el monte Sinaí no eran las homéricas carcajadas con que Zeus —o Júpiter, si preferís— hacía retemblar el cielo, no por eso Jehová dejaba de divertirse. Así cuando, según se nos cuenta en el *Génesis* (cap. III, 11), le preguntó a Adán que quién le había enseñado que estaba desnudo, ¿qué hacía sino tomarle el pelo? Aunque intérpretes más profundos, o sea menos humorísticos, supongan que el hombre no descubre su desnudez, sino ante un espejo, y que le preguntaba por el espejo.

Mas ¿es el menos humorístico más profundo? ¿Qué es eso de la profundidad? La extensión, ¿no es también profundidad? Y aquí recordamos a un opositor a escuelas de primera enseñanza a quien le pidieron que definiera la longitud, la latitud y la profundidad: pidió un cuerpo —quería decir un poliedro de madera— para materializárselo a los niños; le dimos un cubo o hexaedro, y al ver que tenía todas las aristas iguales dijo que no le servía, por no caberle en la cabeza pedagogizada que fuesen longitud, latitud y profundidad del mismo tamaño. Como hay a quien no

le cabe en la cabeza que el mar no sea más profundo a medida que más se adentra uno en él alejándose de la costa; lo que no suele suceder.

Y así creemos que estos nuestros errabundos aforismos y definiciones son profundos, y si no que el lector los ponga de pino, convirtiendo en vertical lo que le parece horizontal, y ya lo verá. Latitud, longitud, profundidad, como arriba, abajo, delante, detrás, izquierda y derecha, no son conceptos geométricos o matemáticos, sino fisiológicos. No cabe, por lo tanto, aplicarlos a nuestra filosofía. Rechazamos el que se quiera aplicar la sensación o el precepto —que no concepto— de profundidad a nuestra filosofía, como rechazamos el que se quiera aplicar el de izquierda o derecha a nuestra política.

Ahora querríamos decir algo del sarcasmo, palabra griega que significa descarnamiento, desgarrón de carne, y de la diferencia que va a tomar el pelo y afeitar en seco a sacarle a uno túrdigas de pellejo y hasta rebanadas de carne, sin que acaso por el pronto lo sienta, sino cuando se ve desollado. Mas de esto hay que tratar con más longitud.

20 de mayo de 1923.

IV

Un lector de nuestros Aforismos, a quien por otra parte le preocupa profunda y extensamente la propaganda que del pecado original está haciendo nuestro amigo don Ramiro de Maeztu, nos escribe, y alarmado, pidiéndonos, entre otras cosas, que le definamos el misticismo. Pues ahí es nada. ¡Definir el misticismo! ¡Antes la democracia o el humorismo!

Y por cierto que nuestro lector —que parece hombre nada lerdo y bastante culto— enlaza, no sabemos

por qué, eso del misticismo con el pecado original, y nos pregunta si no será aquél algo así como un humorismo a lo divino. Nos cita, tomándolo de uno de nuestros escritos —es decir, nos recita—, aquella expresión que en su libro de la *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma,* capítulo XI, emplea el M. R. P. Fr. Juan de los Angeles, franciscano, cuando dice: "Yo para Dios y Dios para mí, y no más mundo." A lo que después de añadir: "¡Acaparador!", nos pregunta nuestro lector si eso no es humorismo a lo divino. A lo que sólo le diremos que el codicioso fraile olvidaba la fórmula suprema de la fraternidad con que empieza la oración dominical, diciendo: "Padre nuestro..." y no: "Padre mío..., y que harto trabajo tendría si le dejaban a solas con Dios y sin mundo alguno y sin carne.

Nuestro inquisitivo lector, que no conoce nuestras aficiones lingüísticas y que parece saber algo del inglés, nos pregunta, no sin su punta de sorna, si *mística* tiene que ver algo con el inglés *mist,* niebla. Acaso para los ingleses sí, pues resulta difícil desprenderse de esas asociaciones verbales, y nosotros conocimos, en efecto, un escocés que venía a España a estudiar el misticismo y echaba de menos la *mist.* En cambio, a un alemán, *mística* ha de sugerirle su *Mist,* que quiere decir cieno.

Y por cierto que no ha faltado doctor germano, de esos que saben griego, que se ha permitido académicos y eruditos juegos de palabras entre *mysticos,* que significa lo relativo a los misterios o iniciaciones, y *misthios,* asalariado.

Le diremos a nuestro lector que en griego el verbo *myo,* de donde derivan *misterio* y *místico,* significa cerrar la boca o cosa que se le parezca. Y añadimos esto porque ese verbo empleaba uno que describía cómo la ostra de la perla puede cerrar sus valvas,

coger entre ellas los dedos del pescador y cortárselos. Que es, en este caso, una acción mística.

El iniciado debe cerrar la boca, ya que en boca cerrada no entran moscas; cerrar la boca y abrir mucho los ojos y los oídos. En griego también, *eufemeo,* hablar bien, decir algo bueno, es callarse. Por lo que se habla de silencios elocuentes, como se dice que uno brilla por su ausencia.

El místico debe, como las aves de presa, abrir mucho los ojos y cerrar el pico cuando no se trata de devorar lo prendido. Ni el águila ni la lechuza cantan. Y nótese que las aves de presa pueden ser, o diurnas como el águila, de la que se dice que puede mirar al sol cara a cara —corriendo un tercer párpado, dicen los concienzudos naturalistas que no toleran fábulas simbólicas—, o pueden ser nocturnas, como la lechuza. La una ve en lo claro, pero no en lo turbio; mientras que la otra ve en lo oscuro, y no en lo claro. Y por eso es símbolo de la mística el águila de San Juan, el solitario de Patmos, y es símbolo de la ciencia la lechuza de Minerva. Y Minerva misma, o Atenea, tiene ojos de lechuza, ojos *glaucos;* esto es de *glaux,* o lechuza. La presa de la mística está en lo claro, como que es la claridad suma para la intuición vital, o sea Dios, el Sol de las almas, y por eso cuando el muy reverendo padre fray Juan de los Angeles dice: "Dios para mí", lo trata a Dios de presa y él se pone de águila que mira al Sol cara a cara. La presa de la ciencia, por el contrario, está en la oscuridad, en lo que no ve el común de los mortales y no puede mirar al Sol, a pesar de que los astrónomos le miren. El que mira por el microscopio suele ser a menudo miope. Y en esta palabra miope —*myops*— entra de nuevo el verbo *myo,* cerrar, y *ops,* que significa vista. El miope es, pues, el que tiene vista mística o cerrada, el hombre de ciencia, el que se pone bajo el patronato de la lechuza minervina. Y *myops* significa tam-

bién el tábano. Y tábanos suelen ser los hombres de ciencia.

Andamos desde hace tiempo recogiendo informes para contar una cierta conversación que sostuvieron al encontrarse entre la isla de Patmos y Atenas, acaso en la isla de Tenos, el águila de San Juan y la lechuza de Minerva, contándose lo que habían visto, la una en el Sol y la otra en la noche. Lo que nos falta averiguar es cuál fué el ave humorística que trató de ponerles de acuerdo, porque nos consta que hubo tal ave. Y que así como el ave mística, el águila, mira al Sol, y el ave científica, la lechuza, mira a las tinieblas, a la noche cerrada y nublada, así el ave humorística contempla a la Luna tratando de descubrir su misterio. El ave humorística es, pues, un ave lunar o lunática, y el misterio de la Luna que trata de descubrir es el de lo que oculta en su espalda, o sea en su otra cara, en la que no nos da nunca. Con la diferencia de que el ave mística, el águila, suele creer que va a ver algo en el Sol, y el ave científica, la lechuza, se figura que ha descubierto algo en las tinieblas, mientras que el ave humorística sabe que nunca verá la otra cara de la Luna, y por eso se divierte en imaginársela y en jugar con ese misterio. Se propone problemas irresolubles a sabiendas de que lo son, y así juega la verdad y juega la vida. Y jugándolas es como se las crea.

Y a todo esto, lector amigo, los místicos y los científicos, los aguileños y los lechucinos le llaman, con cierto retintín de lástima, ingenio, imaginándose acaso que in-genio es lo contrario de genio, y que lo ingenioso es lo contrario de lo genial. Lo genial es lo profundo, y lo ingenioso es lo extenso —lo largo o lo ancho—; creen ellos que están atenidos a esas categorías fisiológicas.

Aplicando ahora el Arte Magna combinatoria de nuestro don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón

(v. nuestro *Amor y pedagogía*), podemos decir que hay una mística de la ciencia o científica, y una ciencia del misticismo o mística; pero una y otra se disuelven en humorismo, o sea en juego genial y divertido. Y todo ello es diversión.

Diversión, del verbo divertirse, verterse fuera del cauce, salirse de la corriente, es romper la diamantina vía del destino, quebrar la rígida consecuencia de la lógica —de la lógica científica o tenebrosa, o de la lógica mística o solar—, jugar a la libertad. Y como uno de los tres grandes bretes de la libertad del espíritu son el tiempo, el espacio y la consecuencia —lógica—, el espíritu juega a la eternidad, a la infinidad y a la arbitrariedad, juega contra el Destino. Y desatina. Y he aquí por qué con profunda adivinación se les ha llamado lunáticos a los humoristas que, confundiendo la ciencia con la mística, se han buscado un refugio en el fuego de la sabiduría.

Decía Lucrecio que la piedad consiste en poder contemplarlo todo con alma serena, o más bien, apaciguada: *pacata posse omnia mente tueri (De rerum natura,* V, 1201), y la sabiduría humorística o simplemente sabiduría, pues la otra es ciencia o es revelación, consiste en poder mirarlo todo con alma retozona. Melancólicamente retozona. Consiste en jugar.

Ahora que, como si no tuviésemos bastante seriedad incapaz de juego, incapaz de sabiduría, con la mística pura y la ciencia pura, se nos ha venido ese subproducto de las industrias mística y científica combinadas, que se llama la sociología, de donde han salido el socialismo maximalista, el sindicalismo, el anarquismo y sus doctrinas contrarias. Y contra esa plaga sociológica, no menos dañina para la diversión del alma que la plaga pedagógica, no cabe más que el genial juego del humorismo.

27 de mayo de 1923.

V

Bien, ¿y qué es eso de la sociología? —podemos preguntarnos—. Y recordar lo de aquel catedrático que se creía escolástico y que hacía contra la sociología la objeción, para él de gravísimo peso, de que ha tenido que denominarse con una palabra híbrida, compuesta del latín *socius* y del griego *logia.* Eso de *sociología* parecíale casi tan absurdo como lo de *burocracia,* sin percatarse de que fueron los escolásticos, a los que él decía pertenecer —sin conocerlos, ¡claro!—, los inventores de esas palabras bárbaras.

Y ¿cómo le llamaríamos si no a la sociología? ¿Acaso *demología?* Así entraría el *demo* o pueblo, de demagogia y democracia. Sin que se nos pueda argüir que la categoría de sociedad es más extensa —y menos comprensiva, por lo tanto— que la de pueblo, ya que cabe hablar del pueblo de las hormigas y del pueblo de las abejas. Republicano el uno y monárquico el otro, según dicen los naturalistas antropomorfizantes. Mas de eso trataremos aparte al hablar de la monarquía de las abejas y de si es la reina o son los zánganos los que en ella reinan sin gobernar. "República", llamó Don Quijote a la de las "solícitas y discretas abejas", y ya diremos por qué la llamó así, aun sabiendo que tienen reina.

¿Qué es eso de la sociología? ¡Cualquiera lo sabe! Sólo nos atrevemos a hacer una proporción, diciendo que la sociología es a la historia lo que la pedagogía es a la educación. Y no decimos a la psicología porque todas las logías nos parecen igualmente enrevesadas. Y habría que empezar por definir la *logología.* Que acaso no es sino lo que se llama la filología.

En cuanto se anuncia una conferencia sociológica, ya vamos dispuestos a divertirnos. Allí la historia no

sirve más que para suministrar ejemplos. Y luego viene la estadística. Es el triunfo del sistema métrico decimal, del *kilo* con *k*. Ahora, que el pueblo, que no tiene noción ni de la medida, ni del tiempo, ni del espacio, se queda en ayunas.

Nos contaba un ingeniero agrónomo, empleado en el catastro rústico, lo que le costaba el conseguir que en ciertos pueblos le diesen medidas superficiales de las tierras de cultivo. Para ellos, diez, doce o veinte fanegas no eran fanegas de extensión superficial, sino fanegas de valor, fanegas de sembradura. Una tierra buena que admitiese doble semilla que otra, la representaban como teniendo doble extensión. Y ni lo rectificaban, haciéndoles ver que así se perjudicarían, porque habría de aparecer el terreno bueno mucho más que el malo. Pero ¿es que no tenían razón los campesinos?

¿Es que un terreno arenoso, en el que cueste andar, no es más largo que otro más sólido? ¿Es que no hay leguas cortas y largas? Se ha querido remediar esto de las leguas cortas y largas con los kilómetros, ya que éstos, gracias a su *k* sobre todo, no son de tira y afloja. Pero ha venido Einstein, y donde se aplicaba la extensión nos ha introducido el valor o la valencia. ¡Y adiós metro y adiós línea recta! Y adiós todo lo métrico y rectilíneo, como suele ser la sociología.

¿Pero si no cabe definir la sociología, no definiremos la demología? Para ello habría que definir antes el *demo* o pueblo, ¡y cualquiera define a éste, al pueblo, sobre todo si es soberano! ¿Qué es el pueblo? Eso es como preguntar qué es el proletariado o qué es la burguesía. Términos que sólo cabe emplear artísticamente, con intención retórica y para un fin práctico y aún mejor humorísticamente. Humorísticamente, sí; "burgués" como "filisteo"" se siente lo que quiere decir. Se siente, pero no es posible definir-

lo. Como no se puede definir lo que es "romántico", ni lo que es "castizo". Y es que la historia no se define, sino que se indefine. No hay mejor modo de definir la Revolución francesa que contarla. .

En el fondo es que se quiere exponer cuantitativamente, por estadística, lo que es no sólo un absoluto inconmensurable, sino puramente cualitativo, lo que es cosa de dirección. En matemáticas se nos dice que el orden de los factores no altera el producto, y que si $ab = c$ será también $ba = c$; pero en la línea $a \rightarrow b$ no es lo mismo la dirección de *a* hacia *b* que la de *b* hacia *a*. Se nos dirá que si la dirección *ab* se nos aparece de izquierda a derecha no hay sino dar la vuelta al papel, mirarlo del revés, y resultará de derecha a izquierda, y que hasta en la historia podemos mirar los sucesos del revés. Es el problema del huevo y la gallina. Y como una línea, una dirección histórica, no es homogénea, no es reversible. El tiempo, dicen, no se revierte. Pero ¿de veras? ¿No sucederá, acaso, que al terminar de arrollarse la historia, como se va arrollando del enjullo del pasado hacia el porvenir, cambien de dirección y empiece a arrollarse en sentido opuesto, del porvenir al pasado, y que toda la trama de la vida sea el vaivén de una lanzadera en el telar de Dios? Y todo ello un movimiento en círculo.

En nuestras esferas de reló de torrre va la aguja del minutero de izquierda a derecha, y hacia abajo desde las XII a las III; luego, de derecha a izquierda, y hacia abajo también, de las III a las VI; de derecha a izquierda y hacia arriba, de las VI a las IX, y de izquierda a derecha y hacia arriba, de las IX a las XII; cuatro direcciones y una sola dirección. Y a propósito: si vieran ustedes en las ruinas de una torre un signo así: IΛ, ¿se les ocurriría pensar que son las seis de un reló, que, invertidas, suelen representarse? Pues al dar, desde luego, en que ésas son

las VI de un reló supone que el sentido matemático no ha ahogado en nosotros al sentido histórico. Y suelen meterse a sociólogos los que, horros de todo sentido histórico, se ven perplejos cuando se encuentran con una IΛ. Suponen que al segundo signo le falta un travesaño, que es un A sin él y se ponen a cavilar sobre lo que quiera decir el IΛ. Una cosa así como los fonetistas en lingüística, que suelen tropezar en las trasformaciones de un sentido.

A un amigo nuestro, por ejemplo, se le antojó que así como *desbarajustar* se ha hecho del cruzamiento de *desbarajar* con *desajustar,* y *apretujar* del de *apretar* con *estrujar,* si *escatimar* no será un cruce de *escamar* con *estimar.* Fuese con su hipótesis a un filólogo de sistema métrico decimal, fonetista, estadístico y cuantitativo, que le contestó que no veía la relación entre *escamar* y *escamarse* y *escatimar.* Nuestro amigo, que es, como el pueblo, poeta, y que está habituado a inventar metáforas, no logró convencerle de la probabilidad de esa relación estética a un hombre que le pedía documentos. Y es que nuestro amigo es un historiador, y el filólogo a quien acudió era un sociólogo.

Le preguntábamos una vez a un estudiante de lógica, que andaba con eso de la extensión y la comprensión de los conceptos y que nos decía lo que le enseñaron, que el concepto de Ser o Cosa es el más extenso y menos comprensivo, cuál sería el más comprensivo y el menos extenso, y, después de dar mil vueltas, no acertó con qué es el concepto histórico del Universo, o sea, la Historia del Universo, el Universo en su pasado, presente y porvenir, o sea, en Dios; Dios más bien. "¿Pero eso es a la vez —nos dijo— lo más extenso?" "Y lo más profundo" —le contestamos.

Ahora podríamos extendernos, es decir, profundizar, explicando cómo si lo sociológico es discutir una teoría —la del salario, la del contrato social, la de la

soberanía—, lo histórico es discutir, y aún mejor que discutir, triturar una persona concreta e individual. El que en política no personaliza, no individualizará más bien, es que carece de sentido histórico.

Demóstenes no perdió el tiempo en disertar sobre la tiranía, sino que atacó a Filipo de Macedonia. Y el que quiera aprender política hará mejor en leer la historia de la guerra del Peloponeso, que para siempre trazó Tucídides, que no la *República* de Platón. Era en Tucídides y no en Platón donde Demóstenes estudiaba.

10 de junio de 1923.

VI

Nos escribe un lector quejándose de la falta de orden y concierto que se observa en estas nuestras inquisiciones, y nos dice que procedemos sin método. Lo cual nos obliga a escudriñar qué sea el orden, qué el concierto y qué el método.

En cuanto al orden, desde que lo han tomado de santo y seña y de chibolete los conservadores —conservadores de su orden— apenas hay quien se pueda entender con ello. Hasta un hombre tan hombre como Goethe, tan poco matemático, decía —en su relato del asedio de Maguncia— que prefería cometer una injusticia (*Ungerechtigkeit*) a tolerar el desorden (*Unordnung*), como si la injusticia no fuera el mayor de los desórdenes. Pero es sabido que históricamente el orden es el principio de autoridad, así como la justicia es su fin. Mas no embrollemos el problema aún más de lo que está. Aunque sí, embrollémoslo. El embrollo es el procedimiento humorístico.

Si tomamos estas ocho letras: a, b, c, d, e, f, g. h, i, podemos ponerlas en enorme cantidad de órdenes, en una línea, en dos, en tres, etc. ¿Cuál es la del orden? El de nuestro abecedario, la del Diccionario, es uno y como a él se han acomodado nuestros procederes, ese para nosotros es el orden. Como yo es la primera persona, tú la segunda y él la tercera. Pero caben infinitos órdenes.

Sí, ya sabemos aquello de que echando al azar las letras no resultaría el *Quijote,* pero resultaría algo de que al cabo del tiempo —siglos, si fuera preciso— se haría un *Quijote.* Y es que la mente se hace a la cosa —o acaso se hace la cosa— y luego se maravilla de que la cosa se haga a la mente. Cuando el M. R. P. Fr. Juan de los Angeles decía "yo para Dios y Dios para mí" no se percataba de que decía una sola y misma cosa.

Hay quien ha hecho la prueba de hacer girar el disco de un fonógrafo en sentido inverso de aquel en que fué impresionado y asegura que no le resultaba música. Pero eso es porque no había hecho su oído a esa música reversiva, porque no se había hecho un oído reversivo que oiga de después a antes. Y aquí viene lo del concierto, ya que éste es un término de música. Si al lector le resultan estos aforismos sin concierto es porque no ha aprendido a pensar en lanzadera, pensando, despensando y repensando. Que es propiamente la rumia. O la meditación.

Cuando en las novenas, allá al oscurecer, el cura, después de leer un pasaje, dice, cerrando el libro y con voz gangosa, "¡meditación!", y apaga la vela a cuya mortecina llama leía en el libro, pónense las devotas y los devotos a rumiar pensamientos, a darles vueltas, a discurrir en ovillo y como quien devana. O se duermen. Y en sueños deshacen el hilo de la vida. Medite, pues, el lector y déjese del orden de los pensamientos. ¿Que no seguimos un método, o sea

un camino o un cauce? ¡Claro está que no! Es decir, sí, le seguimos. Vamos haciendo el camino según caminamos. Un hilo de agua que se vierte por una pendiente sigue la línea de menor resistencia, pero es en cada momento de su curso y no en la resultante. Si en un punto dado le quitaran un obstáculo, es fácil que el resto de su curso fuese de menor resistencia, de mayor pendiente que el que sigue a partir del obstáculo aquél. Y en esto se diferencian los ríos de los canales. Y esta nuestra disertación aforística, con sus meandros, sus vueltas, sus remansos, sus rompientes, sus lagos, es como un río vivo al que no queremos acanalarle entre pretiles de lógica.

¡Método! ¡Camino! Se ha dicho de los ríos que son caminos que andan, pero y el mar, ¿es que el mar no es también camino? ¿No es camino todo él? Y un lago, ¿no es todo él camino? Y hasta el campo. A lo mejor —o a lo peor, según quien lo juzgue—, el agua de un río se precipita torrencialmente por un rápido, o cae en cascada, arrasando tierras y arrastrando cuanto encuentra; pero ¿hemos de decir que no sigue un camino? Sí que le sigue, y en un orden; en orden revolucionario. Que la revolución es orden. Y cuando eso sucede, suele ser porque en la fuente del río, sobre su manantial, descargó una tormenta, una manga de agua, de agua que venía en nube del mar, adonde el río había ido a morir. Es un caso de reversión. Porque eso de que las aguas de un río no reviertan a su fuente, de que no vayan curso arriba, no es más que un decir. Van, aunque en forma de nube. Y así en el origen de toda revolución histórica hay que ver el descargue de aguas del pasado, que cruzando el cielo fueron a dar sobre la fuente del río. Y como los ríos corren de continuo, es que sus aguas se revuelven. Y del mismo modo en esta nuestra disertación hay un curso acuoso

y sobre él, en lo alto, un curso nuboso en sentido contrario y tenemos que interrumpir el devallar de nuestras ideas líquidas hacia el mar para dar paso al remontar de nuestras ideas vaporosas hacia la cumbre.

Y este método metafórico es el método histórico. Y lo que no es metáfora es cosa muerta.

¿Se cree el lector que la matemática, por ejemplo, se sale de la historia? En la matemática la noción de línea recta es capital, y esta noción perfectamente indefinible es un producto histórico. Dado que el famoso homogéneo primitivo de Herbert Spencer no es, como el Ser puro de Hegel, más que la Nada, la pura nada.

"¿Por qué hay mundo?" —preguntamos; y se nos responde que porque hay Dios. "¿Y por qué ha de haber Dios y mundo?"; y lo mismo cabe decir del para qué. Y cuando nos fijamos en el porqué y en el para qué, vemos que sencillamente hay todo lo que hay y pasa todo lo que pasa, que hay historia y que la historia, al irse haciéndose, hace el porqué y el para qué. Y que todas las categorías no son más que anécdotas. Y así se disuelve la filosofía en su historia, en la historia.

¿Demostración? Si usted no ve que desde un punto fuera de una recta no se puede, históricamente, bajar más que una sola perpendicular a esa recta, no hay quien se lo demuestre. Ahora que entra en la historia el que haya espíritus que traten de disolver la historia misma. Son los que destejen. Y destejiendo, la retejen.

¿Ustedes han oído hablar de la teoría del conocimiento? Pues hay la teoría de las teorías del conocimiento, y así sin término. Es como aquel regente de una escuela graduada aneja a una Normal de maestros que para poder poner libro de texto de las prácticas de pedagogía y cobrarlo, decía que él en-

señaba la teoría de la práctica. Y no la práctica de la teoría.

¿Qué diferencia va de una teoría a un hecho? La doctrina kantiana de la naturaleza de los conceptos del espacio y el tiempo, ¿no es un hecho? Y esta hora que estoy viviendo en este mi gabinete de estudio, ¿no es una teoría? ¿No fué una teoría la batalla de Waterloo? Definir las cosas es el mejor camino para no comprenderlas bien. Por eso el campesino comprende mal lo que es una fanega geométrica. "¿Hay nada más fácil de comprender que el triángulo?" —nos preguntaba uno. Y le contestamos: "¡Sí, esta peseta!", a la vez que sacábamos una del bolsillo. Y he aquí por qué se deja uno matar por pesetas y no por triángulos. Porque comprende aquéllas y no éstos. Renan decía *(Les Evangiles,* Chap., XIII) que se muere por opiniones y no por certidumbres, por lo que se cree y no por lo que se sabe, y que el sabio que ha hallado un teorema no tiene necesidad de morir para atestiguar la verdad de ese teorema. Pero ¿qué es la verdad de un teorema? Podemos saber lo que es una peseta verdadera y lo que es una peseta falsa, pero le desafiamos a cualquiera a que nos explique por qué el triángulo es verdadero sin caer en un círculo vicioso. Que el único círculo que no es vicioso es el de la historia, el de los hechos, y todo lo demás es tautología. Porque aunque trate uno de definir el triángulo, como no puede definir ni las líneas rectas de que decimos que consta ni el número tres, resulta que se queda el triángulo sin definir.

También decía Renan en sus "Fragmentos filosóficos" *(La metafísica y su porvenir)* que no veía razones para que un Papúa sea inmortal. Mas lo que habría que averiguar es si el Papúa las ve y si al verlas y por verlas deja de ser Papúa, y si se inmor-

taliza no más que viendo las razones de su inmortalidad.

Y ahora que nos diga el lector que esto de pasar de los conceptos de orden, concierto y método a la inmortalidad del Papúa no es ni orden, ni concierto, ni método. Y remonte estas meditaciones.

[Inédito.]

VII

Bueno, ¿y qué fin práctico llevan estos aforismos? Lo que nos plantea el problema de la teoría y de la práctica. Aunque ¿cabe un fin que no sea práctico? ¿Es posible un fin teórico? Práctica es lo mismo que finalidad y teoría es lo mismo que causalidad. Pero las palabras, sustancia de las ideas, se enredan. De "no tengo materialmente —o sea en absoluto— tiempo" se ha venido a decir "no tengo tiempo material", como si hubiera tiempo espiritual. Y acaso le hay...

Un fin siempre es práctico, hasta el fin de pensar que termina en el pensamiento mismo. Y es que lo mismo es querer que pensar, ni cabe abstraer la línea del movimiento de la dirección de éste. Pensar es querer pensar y querer es pensar que se quiere. Ni cabe querer sin pensamiento, ni pensar sin querencia.

Ante todo, debemos distinguir, en lo que sea posible —toda distinción ahoga la vida—, el desear del querer. Deseo que mañana haga buen tiempo, pero en rigor, no lo quiero porque no puedo influir en el buen tiempo de mañana, no siendo si es que hace malo poniéndole buena cara. A mal tiempo, buena cara. O sea: "hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo". Y si llego, no a desear, resignándome, sino a querer que suceda lo que haya de suceder, sucederá

lo que yo quiera, y así llegaré al topoderío gracias a la confusión de mi voluntad con la voluntad divina.

Querer, del latín *quaerere,* es buscar, es requerir o requisar, pesquerir o pesquisar, conquerir o conquistar, y es también inquirir o enquisar. Una enquisa, inquisición o enquesta (no *encuesta),* es la forma más volitiva del pensamiento, aquella en que el movimiento de éste es más macizo y hacia fuera. Porque así como el calor o movimiento molecular interno de una masa se convierte en traslación o movimiento de una masa que se traslada de un punto a otro del espacio, así el pensamiento, calor del espíritu, se convierte en acción, movimiento macizo espiritual y éste en aquél. Ni son cosas diferentes.

Lo que los políticos llaman un acto no suele ser más que una palabra, un pensamiento expresado, un mandato. Es lo que decía el centurión del Evangelio por medio de mensajeros al Cristo: "Di la palabra y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre que ejerzo poder y tengo bajo de mí soldados, y digo a éste: ¡ve!, y se va; y al otro ¡ven!, y se viene; y a mi siervo: "haz esto!, y lo hace" *(Luc.,* VII, 7-8). Y por esto se ha escrito que Dios hizo el mundo con su Palabra, diciéndolo, pensándolo hacia fuera, y que todo lo que se ha hecho ha sido por el Pensamiento. Y en vano quiso Fausto corregirlo diciendo que en el principio fué la Acción, porque la Acción y la Palabra son la misma cosa. Y si oís de alguno que piensa y no hace, estad seguros de que no piensa, y si quiere y no ejecuta, será que no quiere, sino desea. Y no piensa, sino sueña, pues en el sueño se es pasivo y sin voluntad; se es soñado. El que sólo sueña es soñado. El sueño es el reino de los deseos sin voluntad.

La teoría, la contemplación, el pensamiento suelen presentárselos como el campo espiritual de la quietud. Si a una bola le dieran a la vez por cuatro polos cua-

tro otras bolas, chocando con ella violentamente y con igual fuerza cada una, de no romperla, habrían de calentarla, es decir, darle que pensar. Y esa bola, así comprimida, entraría en un intenso movimiento íntimo que en ciertas circunstancias podría trasladar pesos. En *Un banquete moderno (A modern Symposium),* G. Lowes Dickinson nos presenta a Henry Martin, el profesor, uno de los interlocutores, diciendo esto: "Para mí la razón es una pasión. Los hombres creen fría la vida de la razón. Qué poco saben lo que es ser respondiente a cada llamada, solicitado por cada impulso, pero siempre, como la brújula, vibrar hacia el norte, jamás tan tenso, jamás tan sabedor del empuje y aprieto de la fuerza como cuando más irremoviblemente se está fijo sobre la meta. La intensidad de la vida no se mide por el grado de oscilación. Es en el punto más quieto donde las más tremendas energías se encuentran, y semejante punto es la inteligencia abierta al infinito". Así el Henry Martin de Dickinson. Y nosotros, que la suma acción se encuentra en la pasión. La Pasión del Cristo es su Acción, su Creación. Y el drama es la pasión hecha acción, el pensamiento hecho voluntad, expresado hacia fuera. O sea, simplemente, el pensamiento que piensa, no el pensamiento que es pensado.

Y a propósito de ese punto, el más quieto y donde las más tremendas energías se encuentran de que nos habla el Henry Martin de Dickinson, ¿no recordáis a lo que en Mecánica se llama el *punto muerto?* Es en él donde hay que dar los golpes si se quiere destruir de raíz el sistema. Y así como en una hueva de pescado los huevecillos periféricos son los que antes perecen, protegiendo a los del centro y aunque sean por sí mismos más resistentes que los otros —¡ay del que nace periférico!—, así el que nace punto muerto o aquel a quien el Hado le llevó a hacer de tal tiene que aguantar, así como la presión

de todas las fuerzas que en él convergen y en él buscan contrarresto, así también los golpes de los adversarios clarividentes del sistema. Y sería un grave error en ciencia de la Mecánica declararle al punto muerto irresponsable, porque es el más respondiente de todos los puntos del sistema de fuerzas, es el que a más de éstas responde, es el que con eso de ser muerto modera los conflictos todos de las contrapuestas fuerzas en juego. Y ese punto muerto es el de más calor, y si no piensa, está perdido él y todo el sistema. Si en vez de pensar es pensado, si sueña y no quiere, el calor le funde.

Ahora podríamos volver a cierta distinción, verbal, ¡claro!, que más de una vez hemos establecido entre *voluntad* y *noluntad* —de *nolle,* no querer—, y la diferencia que hay entre no querer trabajar o no tener ganas de trabajar y querer no trabajar o tener ganas de no trabajar. Y podríamos disertar sobre nuestras fecundas expresiones —fecundidad de ideas activas, de acciones, ya que las palabras engendran actos— de "no me da la real gana" y "no me da la santísima gana". Y sobre la desgana. Gana y desgana, dos vocablos henchidos de vida, de acción y de pasión, y que como tales se escatiman a definiciones y aforismos, no dejándose prender más que por analogías, ya que con la analogía se maneja lo vivo y con la inducción y la deducción no más que lo muerto, que es lo definible y lo definitivo. Gana y desgana tienen que ver con ganar. El que tiene ganas, gana, y el que desgana, pierde.

¿Qué es, pues, la teoría y qué la práctica? El hombre es un pensamiento que piensa y es pensado. Y mientras piensa, quiere, y mientras es pensado, sueña. Es un movimiento que se mueve y es movido. Es una pasión que actúa y una acción que padece. Es un drama.

"¡Palabras!, ¡palabras!, ¡palabras!" —se dirá—.

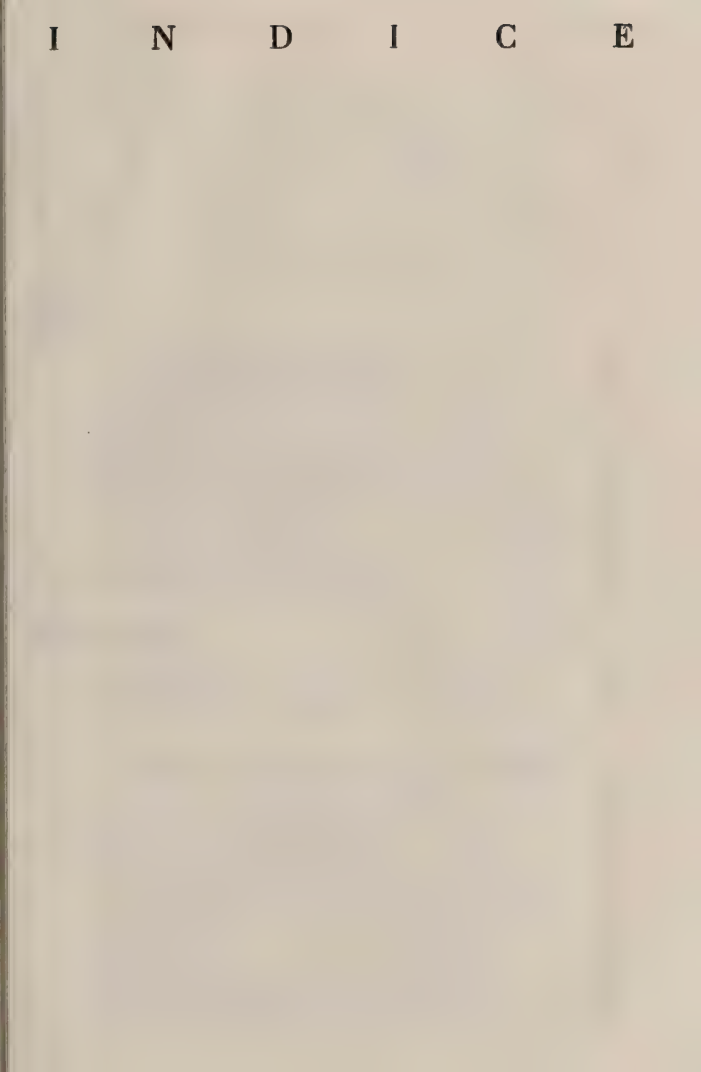
Y bien, ¿y qué más? Monsieur Marcel Bataillon, en la excelente traducción francesa que ha dado de nuestros ensayos *En torno al casticismo,* dice que nuestro pensamiento parece allí a las veces pisionero de las imágenes y que sin duda está a menudo prisionero de una intuición obsesionante. Y así es; nuestro pensamiento está preso de las imágenes, ya que imágenes son las palabras y nuestro pensamiento es palabra. Y nuestra lógica, filología o logología. Lo que no sabemos decir, no sabemos pensar ni sabemos querer. El que encuentra una expresión encuentra un acto; el que crea una palabra, crea una acción. El que sabe poner un mote mortal a un adversario, le mata, y a las veces al matarle así le inmortaliza.

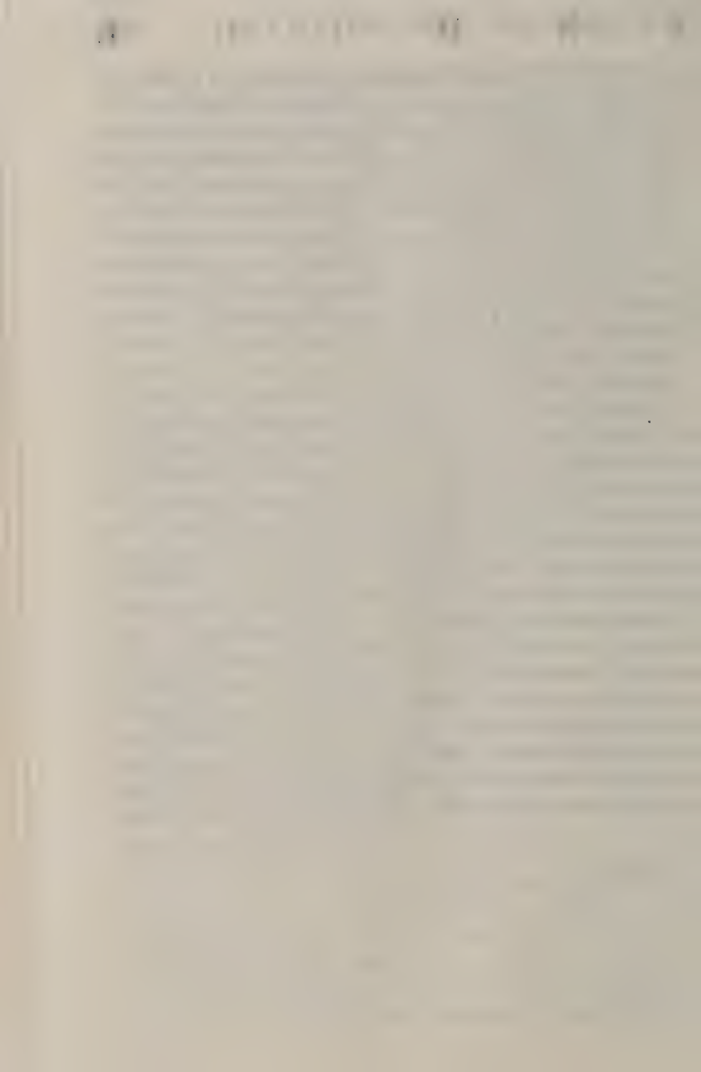
Y ahora, ¿es cierto que Rousseau desencadenó la Revolución Francesa?, ¿es cierto que Carlos Marx ha desencadenado la Revolución Rusa?, ¿es cierto que Emilio Castelar desencadenó nuestra Revolución de Setiembre de 1868? Luis XVI de Francia, el Zar Nicolás II de Rusia e Isabel II de España fueron tres puntos muertos. Y por su mortalidad cayeron. Pero si hubieran sido vivos, habrían muerto antes.

Y en Lógica, la definición es un punto muerto. O un círculo vicioso, que es casi lo mismo. Por eso es por lo que sólo se deja definir lo muerto "¡No logro definirle a usted!" —nos dijo un definidor, y le replicamos—: "Es que aún estoy vivo." ¿Mi aforismo? Mi aforismo no puede ser más que mi epitafio, y no cabe inscribirle a uno el epitafio hasta que no haya muerto a resucitar.

[Inédito.]

I N D I C E





Prólogo.

Bibliografía.

I. España y los españoles, II (1919-1936).

II.—Lecturas españolas clásicas (1895-1935).

IV.—De Literatura vasca (1890-1908).

V.—Sobre la Literatura catalana (1898-1934).

VI.—Quijotismo y cervantismo (1895-1932).

VII.—La vida literaria (1900-1923).

IX.—Aforismos y definiciones (1923).

Advertencia.—Los lectores que tengan la edición anterior de este tomo V comprobarán por sí mismos las modificaciones de la presente. Y aunque en el prólogo se detallan, vaya aquí esta nota complementaria. Los escritos del antiguo tomo V que pasan a otros de esas *Obras Completas* se detallan en el índice anterior. La única supresión se refiere a los escritos titulados "Política y cultura", del epígrafe V, por hallarse ya incluído en el libro *Mi religión y otros ensayos;* y "La firma", que ya figura en el tomo VI, de esta edición. Las adiciones se señalan con un asterisco precediendo al título; y los cambios de lugar podrá apreciarlos por sí mismo el que leyere.



Esta nueva edición de las Obras completas de don Miguel de Unamuno la edita

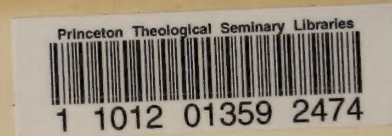
VERGARA EDITORIAL

por concesión especial de

AFRODISIO AGUADO, S. A.

el presente tomo quinto se terminó de imprimir el día veinticinco de agosto de mil novecientos sesenta en los talleres gráficos de Escelicer, S. A., de Madrid.





Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01359 2474

